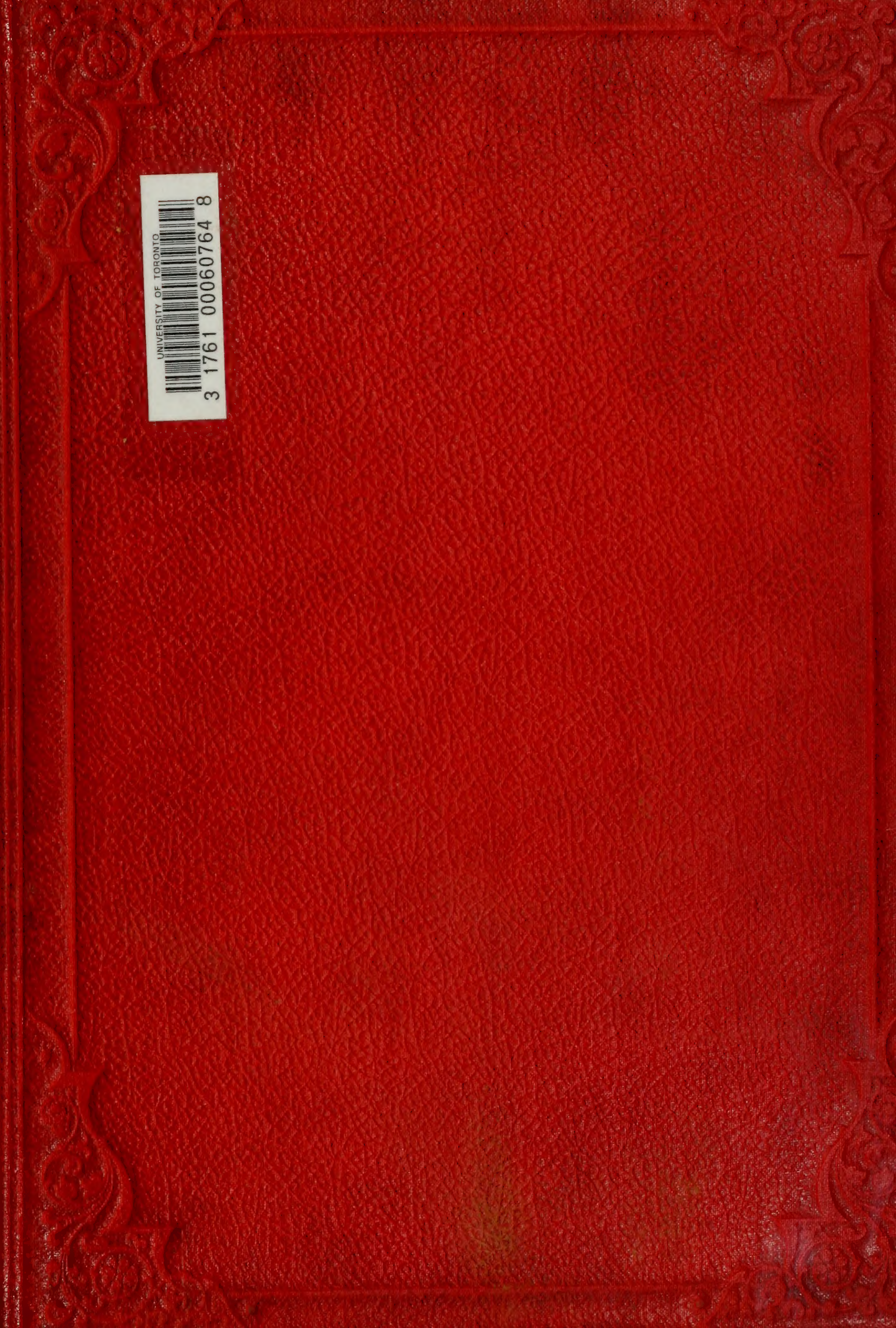








HISTORIA GENERAL

DE AMÉRICA

HISTORIA GENERAL

DE

AMÉRICA

DESDE SUS TIEMPOS MÁS REMOTOS

POR

D. FRANCISCO PI Y MARGALL

MAGNÍFICA EDICION

ILUSTRADA CON CROMOS, GRABADOS EN ACERO, AL BOJ, VIÑETAS, ETC., QUE REPRESENTAN MONUMENTOS, VISTAS, RETRATOS, ÍDOLOS Y CUANTAS BELLEZAS MERECEN REPRODUCIRSE POR EL BURIL.

TOMO I

VOLÚMEN SEGUNDO.

EL PROGRESO LITERARIO

CENTRO EDITORIAL — BARCELONA

MDCCCLXXXVIII.

ÍNDICE

DEL PRIMER TOMO, VOLÚMEN SEGUNDO, DE LA HISTORIA DE AMÉRICA.

EPÍLOGO.

Págs.

APÉNDICES.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO PRIMERO.—VOLÚMEN SEGUNDO.

CAPÍTULO XLI

Los chinuks.—Su situacion.—Sus diversas tribus.—Su clima y sus condiciones de vida.—Su caracter físico.—Su costumbre de aplanar la cabeza de los niños.—La de agujerearse narices y orejas.—Prodigalidad en adornarse.—Traje.—Habitaciones.—Falta de limpieza.—Alimentos.—Caza y Pesca.—Pesca de los salmones.—Pesca de los esturiones.—Comercio.—Industria.—Cestas.—Canoas.—Guerra.—Armas.—Gobierno.—Propiedad.—Esclavitud.—Esclavitud por deudas.—Familia.—Poligamia.—Costumbre de casar á los viejos con jóvenes y á las jóvenes con viejos.—Esponsales.—Matrimonio.—Condicion de la mujer ántes y despues del casamiento.—Privaciones al hacerse núbil.—Libertad para prostituirse mientras permaneciese soltera.—Fidelidad que debía guardar ya casada.—Divorcio.—Alumbramientos.—Educacion de los hijos.—Division de cargas entre la mujer y el marido.—Fiestas.—Danzas.—Juegos.—Juegos de azar.—Juegos de habilidad y fuerza.—Terapéutica.—Los hombres-medicina.—Su division en etaminuas y kilalles.—Espíritus.—Espíritus de los muertos.—Tamanowas.—Teogonía.—Ikánam.—Itapalapas.—Si era ó nó Itapalapas el génio del mal entre los chinuks.—Los génios del mal y el bien eran, segun Ross, Ecutoch y Econe, el del bien, segun Kane, era Hias Sochali Tiyah.—Culto.—Sacrificios.—Sacrificios en honor de los muertos.—Hecho bárbaro que refiere Scholcraft.—Ideas sobre la vida futura.—Ritus fúnebres.—Respeto de todos los chinuks á los muertos.—Como los enterraban los que habitaban en la boca del Columbia.—Como los que vivían más adentro y en las orillas del río Willamette.—Como los habitantes de las cascadas y los calapuyas.—Manifestaciones de dolor.—Idioma.—Su áspera y difícil pronunciacion.—Sus tres números.—Su plural inclusivo y exclusivo.—Sus pronombres.—Sus verbos.—Sus conjugaciones de transicion.—Sus muchos dialectos.—El calapuya.[1]

Constituyen los chinooks ó chínuks, segun Bancroft, la cuarta especie de los columbios. Moran al Occidente de la cordillera Cascada entre las orillas del Columbia y los montes Umpqua. En el mismo Columbia, desde la fortaleza de Dalles á la confluencia del Cówlitz, están los *chínuks de arriba*, por otro nombre *wuatlalas*, que se derraman á Mediodía por las márgenes del Willamette; de la confluencia del Cówlitz al mar, á Norte los *chínuks de abajo* en que van comprendidos los *wakiakumes*, y á Sur los *cathlametos* y los *clatsopos*; en el valle del Willamette, los *calapuyas;* en las riberas del Clakamas, los *clakamas;* y entre las sierras de la Costa y el Océano los *umpquas* y los *killamukos*.

Están favorecidos los chínuks por la naturaleza. Dulce y blando es su clima; fecunda, su tierra; abundantes en caza, sus bosques y en pesca su mar y sus ríos. No hay allí ya ni interminables noches ni prolongados

---

[1] Fuentes de este capítulo: Bancroft, vol. 1. cap. 3.°; vol. 3.°, cap 2.°, 4.°, 5.° y 12, Mithology; cap. 3.°, Languages;—Lewis *and* Clarke, *Travels to the source of the Missouri*, pág. 425-443;—Ross (Alex) *Adventures... on the Oregon or Columbia River*, pág 89-98; —Waitz (Theodor), *Introduction to the Anthropology*, vol. 3.°, pág. 337-339; Kane (Paul) *Wanderings of an artist among Indians of North America*, pág. 177-189, 205-216; —Washington Irving's Works, vol. 8; pág. 222; —Schoolcraft, *Ethnological Researches*, vol. 2.°, 71; *United States, Exploring Expedition*, vol. 5.° página 118.

hielos. Se adquiere sin mucho trabajo frutas y raíces de que sustentarse, pieles de que cubrirse y árboles de que construir canoas y viviendas. No se ha de luchar tan desesperadamente por la vida como en pueblos más al Norte. Son hoy los chinuks raza pobre y débil; pero sólo por las enfermedades y las guerras que les llevaron los europeos. Eran ántes numerosos y fuertes.

Por lo que no se distinguieron jamás los chinuks es por lo bellos. Eran fornidos, pero de corta estatura y nada agradables formas. Tenían ancha y redonda la cara; chatas, carnudas y muy abiertas las narices; grande la boca, gruesos los labios y desiguales y muy gastados los dientes; negros, poco ó nada expresivos y un tanto oblícuos los ojos; alto el cráneo y largo el cabello; el color un si es no es más oscuro que el de los haidahs; angulosos el pecho, los brazos, los hombros; las piernas aun más combas que las de los nutkas; vasto el pié, salientes los tobillos. Semejantes á los mongoles han creido verlos algunos viajeros principalmente por lo sesgado de los ojos.

Aumentaban los chinuks su nativa fealdad aplanando, como ninguna otra nacion del Norte, la cabeza de los recien nacidos. En aquella parte de América fueron, segun parece, el orígen de tan bárbara costumbre, y llegaron á concebir como ideal de belleza que fuesen extremos de una línea recta la punta de la nariz y la coronilla. De tres á doce meses tenían sujetos niños y niñas á la cuna, si muchas veces labrada en figura de artesa ó de canoa, las más una simple tabla. Poníanles en la frente una pieza de cuero, de corteza de árbol ó de madera, y se la iban de día en día apretando por medio de cuerdas. Estaba la tierna criatura tendida de espaldas; la cabeza lijeramente en alto por un zoquete de madera; vendado, aunque sin gran fuerza, lo demás del cuerpo; debajo de la piel con una capa de musgo. Se la desvendaba de tarde en tarde para limpiarla; no se le desceñia jamás la frente. Sólo los hijos de los esclavos estaban exentos de este martirio: era aquí tambien la cabeza en forma de cuña signo de libertad, ya que no de hidalguía.

Desfigurábanse tambien los chinuks taladrándose ó sajándose la ternilla de la nariz y el pulpejo de las orejas, de los que se colgaban largos sartales de menudas conchas. Mujer había que llevaba hechos cribas los oidos, y de tal magnitud los pendientes, que se los había de sustentar con cintas atadas en la cabeza, si no quería que le desgarraran las carnes. Acababan de afearse las hembras con ceñirse á la garganta del pié estrechas ajorcas que les impedían la circulacion de la sangre y les ponían abultadísimos piernas y muslos.

En adornos eran pródigos los dos sexos. Pintábanse el cuerpo con brillantes colores que extraian del jugo de varias frutas; y á veces se lo untaban con manteca de salmon ó roja arcilla. Con polvos de carbon solían tambien labrarse en piernas, brazos y rostro círculos, ya de puntos, ya de tildes. Peinábanse cuidadosamente el cabello, se lo partian y se lo dejaban caer por la espalda; y algunas hembras, sobre todo las niñas, bien se lo recogian en lo alto del cervi-

guillo, bien se lo distribuían en dos trenzas, que les bajaban á los hombros. Eran mujeres y hombres amigos de collares.

Muchos adornos y escasas ropas. Iban desnudos los varones lo más del año; las hembras, con un zagalejo de fibras de cedro que apenas les alcanzaba las rodillas. Aún esa corta falda las cubría mal á los ojos de la lujuria; cosida sólo por arriba, no era en realidad sinó un ceñidor de largo fleco. Sustituíanla algunas por un delantal de cuero y otras por una tira de piel de ciervo que se ponían á manera de maxtle.

Sólo en lo riguroso del invierno se vestían algo más mujeres y hombres. Usaban todos entónces mantas de pieles de conejo ó de almizclera, cuando no de nutria, que á veces substituían por otras de piel y plumas de ganso. De las caderas á los sobacos se ceñían ,además, las mujeres una como almilla, tambien de pieles. Mujeres y hombres llevaban por fin un sombrero cónico á la manera del que vimos en los nutkas y los indios de Púget; un sombrero tejido de fibras de corteza y césped, con ó sin alas, generalmente adornado de toscas pinturas y provisto de tiras que permitían se lo sujetasen debajo de la barba.

Tenían los chínuks, como tantos otros pueblos, tiendas para el verano y casas de asiento para el invierno: las tiendas, meros sombrajos de varias formas, cubiertos de juncos, pieles ó cortezas de árboles; las casas, construidas sobre seis postes, cuatro en los ángulos y dos en el centro de los dos extremos de un cuadrilátero. Descansaba en estos dos postes un caballete y en los demás, cuatro largueros; sobre los largueros y el caballete la techumbre. Techo y paredes estaban formados por tablas, que en las viviendas de los ricos eran de cedro. De ordinario estaban puestas las tablas horizontalmente y formando alero: sólo una que otra verticalmente.

Solían medir estas casas de veinticinco á setenta y cinco piés de largo y de quince á veninticinco de ancho; y en algunos lugares, en las orillas del Columbia, por ejemplo, estaban metidas en el suelo hasta la mitad de su altura, que no excedía de tres varas. Carecían de ventanas y de chimenea: no tenía ninguna sinó una angosta puerta que los constructores se complacían en presentar como la boca de una gran cabeza que pintaban en el fróntis. Como los nutkas, levantaban los chinuks una de las tablas del techo cuando los ahogaba el humo. El hogar estaba siempre en mitad del aposento; las camas, junto á las paredes, en forma de camarotes.

Servían tambien estas viviendas para diferentes familias, y llegaban en poco tiempo á tal suciedad y tal abundancia de pulgas, que se hacía necesario derribarlas, y se las derribaba guardando los materiales para reconstruirlas en el mismo ó en otro sitio. Tablas ó esteras separaban las diversas estancias.

Sucios lo eran en extremo los chínuks. Sobre divertir sus ocios cazando y comiendo piojos en cabeza ajena, tenían por uno de los más delicados manjares la bellota que guardaban debajo de tierra en hoyos donde orinaban durante me-

ses. No se les hacía repugnante, sinó muy grato, el fétido olor que despedía.

No sería porque no abundaran en alimentos. Les daba la tierra, como ántes indiqué, multitud de raíces que encontraron sabrosas los mismos hombres de Europa: la *camma*, que se parecía exteriormente á la cebolla y en el sabor á la patata que hoy conocemos; el *wappatu*, que era de la misma especie, aunque de ménos fragancia; el *shanataque*, de que no tengo la menor noticia, y el *regaliz silvestre*. Principalmente para cocer el wappatu empleaban el procedimiento que vimos en los nutkas para asar la carne. Lo habían en realidad perfeccionado abriendo desde la superficie de la tierra á las piedras calientes un agujero por donde vertían el agua. Las demás raíces bulbosas, ya las hacían hervir en calderos de madera, ya las ponían en la punta de astillas inclinadas al fuego.

Por medio de trampas y redes cogían, además, los chínuks aves sin número en las frondosas orillas de sus pantanos. Ni dejaban de cazar en sus montes ciervos y alces, bien asaeteándolos, bien haciendo en los caminos hoyos que cubrían con un frágil cañizo y una lijera capa de tierra.

No, sin embargo, en la caza, sinó en la pesca, buscaban y encontraban sus principales elementos de vida. Todos los años, el mes de Abril, entraban del Océano en las aguas del Columbia millares de salmones que para desovar subían, no sólo por el río, sinó tambien por los afluentes. Arrastrados por el instinto, no dejaban de subir mientras no diesen con los manantiales; y, si muchos morían á manos de hombre, muchos más por empeñarse en pasar de un salto las cascadas. Los que no lo conseguían, que eran la mayor parte, se estrellaban al caer contra las rocas. Llegaban á veces á infestar el aire los que de tal modo sucumbían; así que los chínuks no tenían más que apostarse al pié de las cascadas, si querían sin trabajo hacer sus acopios de invierno.

Cogían tambien los chínuks gran copia de salmones, sobre todo en los meses de Abril y Mayo, echando á las aguas del Columbia redes de quince piés de ancho y cuatrocientos ó quinientos de largo, de las cuales iban tirando desde las orillas, provistos de porras con que impedir que los salmones ya cautivos se escaparan. Despues de Mayo los pescaban, ya con anzuelos sin cebo unidos por un corto sedal á una vara de cedro, ya alanceándolos desde las rocas del río ó desde tablas que tendían de márgen á márgen.

Tal importancia tenía para los chínuks esta clase de peces, que los hacía supersticiosos. Restregaban anzuelos, lanzas y redes con el jugo de ciertas plantas á que los suponían muy aficionados. A los que primeramente cogían los trataban con ceremonia. Ni los cortaban fibras á través, ni dejaban nunca de comerles el corazon, que creían peligroso echar al agua ó entregar á la voracidad de los perros.

A los salmones que reservaban para el invierno les quitaban la cabeza, los daban á limpiar á sus mujeres, los curaban al sol ó al humo, los molían entre

dos piedras y, despues de haberlos reducido á polvo, los guardaban en sacos de piel ó de estera.

Estimaban tambien mucho los chínuks los esturiones, á cuya pesca solían ir en canoa provistos de un arpon y de anzuelos con cebo. Al sentirse cogido el esturion, salta á la superficie del agua: arponeábanlo en cuanto salía y lo remolcaban á la orilla ó lo subían por medio de un garfio á la barca. No perseguían á las ballenas; pero se les alegraba el corazon y hacían grandes festejos, si acertaba á parecer una en la costa.

Cubrían fácilmente los chínuks las necesidades de la vida, y se dedicaban, sin embargo, al comercio mucho ántes del Descubrimiento. Reuníanse todos los años donde están hoy el fuerte Cascadas y el fuerte Dalles, y cambiaban con las tribus de tierra adentro su pescado, su aceite y su wappatu por otras raices y sobre todo por pieles. Como dominasen con sus canoas así el río como el Océano, vendían bien á los extranjeros los artículos que compraban, y obtenían pingües beneficios. Por signo y medida de todo valor habían adoptado el sartal de wampum de una braza. Cuantas más conchas tenía el sartal, tanto más valía. El de cincuenta conchas, por ejemplo, valía casi el doble del de cuarenta.

Eran tambien industriosos los chínuks, aunque en grabar y esculpir la madera y la piedra no tanto como los pueblos del Norte. Fabricaban hermosas esteras yuxtaponiendo juncos ó espadañas de tres piés de largo, atándolos por los extremos y de cuatro en cuatro pulgadas pasándoles á través con agujas de hueso cuerdas de junco retorcido, que no pocas veces medían de ocho á diez varas. De estera hacían sus platos y sus fuentes; y de yerba ó delicadas fibras de cedro, sus incomparables cestas, que así les servían para cubrir la cabeza como para acarrear y calentar el agua. Tan apretadamente las tejían, que sin necesidad de barniz ni de resina los dejaban impermeables; y tan várias dimensiones y formas les daban, que, mientras unas eran pequeñas copas, otras, vasijas de veinte y treinta litros de cabida. Algunas las adornaban con hilos ó cordones de yerbas que formaban figuras de distintos colores. Las de gran capacidad eran casi todas cónicas y tenían dos agujeros por asas.

Hacían, además, los chínuks artesas de cedro ó de otras maderas, cucharas de largo mango y ancha pala, generalmente de cuerno; agujas más ó ménos largas y finas, de ala de grulla; herramientas para arrancar el wappatu, que consistían en fuertes, agudas y corvas estacas con mano de hasta de alce; segun algunos autores, escoplos que introducían por medio de piedras oblongas ó mazos de nudo de pruche; pipas de madera durísima con tallos de sauco por tubos, canoas de varias clases, utensilios, armas.

En sus canoas excedían los chinuks á todos los pueblos que llevo descritos. Las hacían de quince piés de largo para una ó dos personas; de veinte á treinta y cinco piés de eslora, dos y medio á tres de manga y dos de cala, que con sólo cuatro remos podían llevar á doce ó más hombres; de cincuenta piés de longitud,

para treinta pasajeros ó cinco toneladas de carga. Hacíanlas todas de una pieza, ordinariamente de un tronco de cedro; y se esmeraban en las más capaces. En éstas aseguraban los costados por medio de travesaños cilíndricos que encajaban en agujeros debajo de la borda y afirmaban con cuerdas; doblaban la borda hácia fuera como para impedir ó por lo ménos dificultar que el agua entrase en la barca; y así en la popa como en la proa, igualmente altas, ponían sobre bajos pedestales grotescas figuras de hombres ó de otros seres, ya reales, ya fantásticos. Sobre cinco piés de longitud solían dar á los remos; y al mango, que labraban en forma de costilla, un espesor equivalente á un tercio de su altura.

Al ponerse en marcha una de esas canoas, colocábase un marinero en la popa y tomaba un remo por gobernalle; sentabanse los demás dos á dos en la cala sobre sus talones y asía cada cual del remo que más cerca tenia. Navegaban así los chinuks perfectamente seguros por las más embravecidas olas, y recorrían mares á que no se aventuraba ningun otro pueblo. Hasta las mujeres eran allí diestras en el manejo de esas tan sólidas como veleras barcas.

A esta circunstancia se debía que aquellos hombres persiguieran á sus enemigos más por agua que por tierra. Aunque no muy belicosos, veíanse envueltos en frecuentes guerras por odios y raptos de tribu á tribu. Proponían medios de paz ántes de recurrir á las armas; pero, si no se los aceptaban, partían en sus canoas, el arco en la mano y la esposa al remo. En llegando al lugar á que se dirigían, renovaban las negociaciones; y, como no lograsen tampoco llevar á buen término las cosas, ponían á salvo las hembras y empezaban el combate ó lo dejaban, segun la hora, para el amanecer del otro día. Peleaban, como pudieran, desde sus barcas; no acudían jamás á la traicion, á la sorpresa ni á los ataques de noche; no se cebaban despues de la victoria ni en las mujeres ni en los niños. Considerábanse vencidos en cuanto perdían algunos hombres, pagaban daños y perjuícios á los vencedores, y daban por concluída la lucha.

Disponían los chinuks de muchas armas: de arcos de varias dimensiones y formas, unos simplemente de cedro y otros forrados de nervios de animales para que fueran más elásticos; de flechas con punta de pedernal, de cobre ó de hueso y astil de dos piezas, una de madera durísima y otra de sustancia mucho más blanda; de agudas clavas de dos y medio á tres piés de largo ó anchas espadas de doble filo hechas de ramas de árboles; de altas picas y, segun algunos autores, hasta de tomahawks y cuchillos de escalpe. Disponían, además, de armas defensivas: de una cota llamada *clemal* que les cubria todo el cuerpo dejándoles libres los brazos para el combate, cota de cuero de alce, de media pulgada de espesor, á prueba de toda flecha; de un peto no ménos impenetrable, compuesto de pequeñas varillas atadas por recias fibras; de un yelmo de corteza de árbol que los podía defender no sólo contra las más agudas saetas sinó tambien contra no muy rudos golpes; de un escudo, por fin, de pié y medio de diámetro, tambien de cuero de alce, unas veces pintado, otras endurecido al fuego, que, segun Ross, hubiera

podido resistir á los más violentos hachazos. Provistos los chínuks de todas estas armas y poco dispuestos á venir á las manos con el enemigo, no parece natural que en sus batallas vertieran mucha sangre. Poca en realidad era la que derramaban.

No por ésto eran cobardes ni toleraban la cobardía. Declarada la guerra, debían todos seguir al jefe de su tribu. Los flojos y los cobardes eran mal vistos y aún castigados de muerte.

¿Había allí, pues, gobierno? ¿había leyes? ¿había tribunales? Desgraciadamente son poco ó nada conocidas las instituciones de los chínuks, y he de hablar de ellas más por conjeturas que por hechos. No estaban las tribus de los chínuks, á lo que parece, unidas por vínculos políticos. Si alguna vez se confederaban, era sólo para defender contra enemigos comunes su dignidad ó su territorio: acabada la guerra, volvían á su antigua independencia. En cambio se hallaba cada una de por sí bastante bien gobernada. Su jefe, ya hereditario, ya electivo, si no gozaba de grande autoridad, ejercía la bastante influencia para que nadie se opusiera á sus mandatos: suplían la falta de poder los hábitos de disciplina. Tribunales ni verdugos no se sabe que los hubiese en tribu alguna; puede, sin embargo, asegurarse que en ninguna quedaban impunes ciertos crímenes. Se penaba con la muerte, no sólo la cobardía, sinó tambien el adulterio y el robo en los sepulcros; con multas, los ultrajes; con la devolucion de lo usurpado, á los usurpadores. Hacía veces de ley la costumbre y oficio de juez el pueblo.

Conocían los chínuks la propiedad individual; pero, como los nutkas, la limitaban á los esclavos y los bienes muebles. Consideraban la tierra propiedad de la tribu y no de las familias. ¿Estarían más en lo justo que nuestros legisladores?

Los esclavos entre los chínuks no vivían mucho mejor que en los demás pueblos del Norte. Si se los trataba bien cuando sanos y robustos, se los dejaba morir cuando por sus años ó sus achaques se hacían inútiles para el trabajo. No era comun que se los matara; pero se los podía matar y se los sacrificaba con harta frecuencia á los manes de sus dueños. Cuando morían, se los arrojaba al mar, al río ó al bosque para cebo de peces ó fieras. Por lo redondo de la cabeza se los distinguía de los hombres libres; y aun cuando se los adoptase por la tribu, cosa que alguna vez sucedía, no podían ocultar su orígen. Sólo sus hijos tenían en este caso el derecho de que se les amoldara el cráneo al tipo chínuk. Siempre el estigma sobre el vencido.

Las fuentes de la esclavitud eran aquí, como en tantos otros pueblos, la guerra y el rapto. Una había especial: las deudas, sobre todo las del juego. Recordará el lector que en la antigua Roma podían los acreedores reducir á servidumbre al deudor insolvente; no podían aquí tanto, pero habían conseguido, sin duda por la costumbre, que el deudor les entregase la libertad en pago. Hecho ciertamente notable en hombres tan celosos de su dignidad y su independencia.

Eran buenos y pacíficos los chínuks, no sólo en la ciudad, sinó tambien en la casa. En la casa se reunían á veces dos y más generaciones. El hijo que contraía matrimonio llevaba la novia al hogar de sus padres; y el nieto, al de sus abuelos. No se dividían las familias sinó cuando por lo muy numerosas no cabían bajo el techo de su jefe. Ni siempre era allí el jefe el más anciano, sinó el más activo y más útil. Como todos le obedeciesen, escaseaban las disputas, cuanto más las riñas.

Aunque se permitía la poligamia, eran raros los polígamos. Como en tantas otras naciones se adquiría la mujer comprándola: sólo á los ricos era dable hacerse con más de una esposa. No porque se tomase dos ni ciento, reinaba ménos la paz en la familia: sobre no existir los celos, poníalas á todas en órden la primera, á quien se concedía siempre cierta autoridad y prestigio. ¿Cuál de ellas por otra parte se había de oponer á la voluntad de su dueño?

En algunos pueblos de la parte de Oriente vimos la costumbre de casarse viejos con mozas y mozos con viejas. La observaban los chínuks, fundándose en que para la ventura de un matrimonio era indispensable unir la actividad y la experiencia y, jóvenes marido y mujer, no podrían ménos de sucumbir en las batallas de la vida. El varon que se proponía tomar esposa, encargaba á sus amigos que ofrecieran tales ó cuales dádivas á los parientes de la elegida; y, como éstos las aceptasen, tenía logrados sus deseos. Las ceremonias de la boda estaban reducidas á la entrega y exhibicion de esas arras, al cambio de regalos y á los plácemes de los deudos de ambos novios.

La mujer entre los chínuks ganaba por el matrimonio consideracion y decencia. Sufría al hacerse núbil privaciones, aunque no tan bárbaras como las que llevo descritas. Debía en algunas tribus, por ejemplo, bañarse durante un mes todos los días, restregarse el cuerpo con cicuta, abstenerse de comer nada en sazon y, mientras soplase el viento Sur, no salir de los umbrales de su casa. Si comía algo en sazon, se temía al punto que los peces no abandonasen los ríos y las frutas no se desgajasen de los árboles; y si salía con viento Sur, que no asomase por el horizonte el Pájaro Trueno y sacudiendo sus alas no extendiese por la haz de la tierra la luz y el fragor de la tormenta.

Despues de estas privaciones la casta vírgen podía convertirse en prostituta. Mandaba en su cuerpo, y podía cederlo á quien quisiera. Calculése á que desenfreno y á que disolucion no había de dar orígen libertad concedida á tan pocos años. Sentía la doncella rubor al sentirse madre y recurría no pocas veces al aborto y al infanticidio; pero no lo sentía al dar rienda suelta á sus apetitos.

Sólo el casamiento ponía fin á tan hediondo libertinaje. Recobraba por él la castidad sus fueros; y la mujer se había de consagrar toda al marido so pena de infamia y muerte. De vez en cuando pasaba aún entónces á otros brazos; pero, no ya por su voluntad, sinó por la de su despreocupado esposo, que tenía el derecho de ofrecerla y aun arrendarla. Adquiría de todas maneras respeto

y decoro, tanto que se la consultaba en todos los asuntos graves de familia.

Podía el marido repudiar á su consorte; pero lo hacía raras veces. Cuando tál acontecía, quedaba libre la mujer para convolar á segundas nupcias.

Eran pocos los matrimonios que tenían más de dos hijos; poquísimos los dobles partos; frecuentemente estéril, la casada que de soltera se había prostituído.

Se daba poca ó ninguna importancia al acto del alumbramiento. Amamantaba la madre al hijo tres y más años; y al salir al campo se lo ponía á la espalda, cuando no en la tabla-cuna, en cestas de mimbre. Le educaba generalmente con la flojedad que las mujeres de los demás pueblos bárbaros.

Las hembras entre los chínuks no eran ya simples bestias de carga. Sus especiales deberes estaban casi reducidos á buscar raíces y labrar los objetos de junco, de yerba ó de fibras de corteza de cedro. Tomaban parte en los trabajos de la pesca y hasta iban al remo, pero con los varones. Salía el varon por leña, encendía fuego, fabricaba el hogar, la canoa y todos los artículos de madera; y, cuando tenía de huesped á un estraño, hasta le servía. Hablaba libremente la mujer delante del marido, y no pocas veces en son de mando. Ejercía señalada influencia en los negocios de la casa, mayor aún en los de comercio.

Hembras y varones mataban en fiestas y juegos sus ocios. Las fiestas consistían en banquetes donde había de comer cada cual lo más que pudiera y en danzas á que se asistía fantásticamente vestido y ostentosamente pintado. No había en los banquetes ceremonias ni para invitar ni para recibir á los comensales; tampoco la costumbre de repartirles mercedes y dádivas. Los bailes iban acompañados de bulla y estruendo. Quienes batían palmas, quienes daban acompasadamente en el suelo con sus bastones, quienes hacían sonar conchas á modo de castañuelas, quienes cantaban, ya triste, ya alegremente, segun exigía el caso. Los que danzaban no hacían más que brincar y zarandearse. Sospecha Bancroft que no debía de ser mucha la aficion de los chínuks á tan estrepitosas fiestas.

Era mucho mayor la aficion al juego. En el juego arriesgaba el chínuk, como el indio de Puget, su fortuna, su mujer, sus hijos y hasta su propia libertad, sus fueros de hombre. Hacía á veces el oficio de banquero y jugaba contra todos los jugadores. Ya pasaba rápidamente de la una á la otra mano dos palillos, uno sin marcar y otro marcado, y daba que adivinar á los concurrentes donde estaba el de la marca; ya cogía diez piezas del tamaño y la forma de un duro, las envolvía en fibras de cedro, las barajaba, las distribuia en dos montones y preguntaba en cual de los dos había puesto la señalada para el premio. Arrojaba otras veces al aire dos trebejos pintados por las dos caras, y perdía ó ganaba segun dejase de acertar ó acertase la posicion en que caerían. Con el nombre de *ahikia* conocía, además, una especie, de juego de dados que reservaba á sus mujeres. Los dados eran dientes de castor con variedad de figuras. Jugaban los

chinuks á estos y otros juegos sobre esteras metiendo el ruído que podían para confundir y turbar á sus contendientes.

Tenían juegos de azar y juegos de habilidad y fuerza. Ponían de pié en el suelo, á pocas pulgadas de distancia el uno del otro, dos palos, y detrás abrían un agujero. Ganaba el que de léjos hacía entrar un boliche en el hoyo por entre las dos estacas. Jugaban por fin á la pelota distribuídos en bandos, con varas provistas de un aro en uno de sus estremos, entre dos metas que separaba una milla de tierra. Era éste el más animado de los pasatiempos: lo describiría con pormenores, si no fuese exactamente igual al que vimos en los dakotas. Dakotas y chinuks vivian casi en la misma latitud geográfica: indudablemente lo tomaron unos de otros.

Divertían tambien las chinuks sus ocios fumando. Fumaban la hoja de la gayuba, que aun hoy mezclan con la del tabaco en sus anchas pipas. A lo que nunca mostraron aficion fué á las bebidas alcohólicas. No usaban ninguna antes de conocer á los europeos; y despues de haberlos conocido tardaron en aceptar las nuestras. Libres así de la embriaguez, conservaban mejor que otros pueblos la salud y el entendimiento.

Contra las enfermedades disponían de escasos recursos. Combatían muchas haciendo traspirar en baños de vapor al enfermo y sumergiéndole de seguida en las aguas del mar ó de un rio. Sólo contra las externas empleaban, ya las hojas, ya el jugo de ciertos árboles y plantas. Hacían sus ungüentos para tumores y heridas; pero algunos con sustancias á que daba virtud la supersticion, no la esperiencia. Cuando resistía la enfermedad á los remedios de costumbre, se acudía á los Hombres-Medicina, que ponían en juego las supercherías usadas por los de otros pueblos: el canto, el toque de tambor, el ruído, los gestos estraños, las succiones, los amasijos de cuerpo etc. Se dice si entre esas supercherías iba envuelto el magnetismo. No sería de extrañar cuando el magnetismo está en el hombre y es antiguo como el mundo.

Esos Hombres-Medicina, segun los chinuks, estaban en relacion con los espíritus. Eran unos *etaminuas* ó sacerdotes; y otros, *kilalles* ó doctores. Los etaminuas intercedían por el alma del pariente; y, ya que abandonase el cuerpo, le abrían franco y seguro paso á la region de las sombras; los kilalles, unos hombres, otros, mujeres, administraban al enfermo toda clase de remedios materiales y morales. El enfermo ¿se les moría? Era que los espíritus de los parientes muertos se empeñaban en llevarle á mejor vida. ¿No se les moría ni se curaba? Era que algun genio del mal, deseoso de morar en la tierra, le había tomado por vivienda el cuerpo. Ni los etaminuas ni los kilalles eran así responsables de sus errores: no se los castigaba como en tantas otras gentes.

La creencia en los espíritus era general entre aquellos hombres. Daban desde luego los chinuks grande importancia á los de sus difuntos. Los creían escudo contra el genio del mal y contra toda suerte de peligros; y cuando salían de

noche á sus trabajos de caza ó de pesca, suponían que los llevaban de compañeros de viaje. Tenían otros espíritus familiares á que daban el nombre de *tamanowas*. Elegía cada cual el suyo en edad temprana entre los séres vivos de la naturaleza, y seguía los consejos que en su imaginacion le oía por no exponerse á misteriosos y tremendos castigos. Con él sostenía frecuentes pláticas, sobre todo cuando estaba en el mar ó en los ríos: tál afirmaba por lo ménos que hacía cuando murmugeaba, que era no pocas veces. Hasta á sus deudos, cuanto más á sus amigos, ocultaba quien fuera su tamanowa: no parece probable que al morir lo trasmitiese á su hijo, como algunos autores afirman. Más probable parece que entre su nombre y el del tamanowa hubiese, ya que no identidad, relacion íntima y secreta: no revelaba el chínuk su nombre á los propios, cuanto ménos á los estraños. Si un extranjero se lo preguntaba «¿para qué lo quieres saber? le decía, ¿pretendes robármelo?»

Recordará el lector que todo esto lo vimos ya en otras partes, la primera vez en Cerquin ú Honduras. Como los habitantes de Honduras, para escoger algunos chínuks su tamanowa se preparaban ayunando y mortificando sus carnes. ¿De dónde esa igualdad de costumbres y creencias entre tan apartadas naciones?

Tenían los chínuks, aunque muy imperfectas, su teogonía y su cosmogonía. *Ikánam*, segun ellos, había creado el Universo y héchose piedra en la montaña de su mismo nombre. Antes ó despues de Ikánam había venido á la tierra *Itapalapas*, el Coyote de muchos otros pueblos bárbaros. Había Itapalapas construído al hombre, pero con los ojos y los oídos cerrados y las manos y los piés sin movimiento. Había debido venir Ikánam y mejorar al nuevo sér haciéndole con agudos pedernales incisiones en piés y manos y abriéndole oídos y ojos. Habíale enseñado luego á fabricar todo género de utensilios, inclusas las canoas; y para facilitarle la pesca de los salmones había arrojado grandes rocas en los ríos y hecho altísimas cascadas.

¿Era Itapalapas el génio del mal? No encuentro razones para creerlo. De él decían los chínuks que habían aprendido á encender fuego, á guisar y á tejer sus redes; á él consagraban todos los años las primicias de la pesca; á él y sólo á él llevaban esculpido en la proa de sus elegantes barcas. No es de presumir ni que tal hiciera un sér maléfico ni que tal hicieran con él los hombres, por más que hayamos visto á muchos pueblos rindiendo culto, no á Dios, sinó al Diablo. El Coyote, por otra parte, á los ojos de todas las naciones vecinas de los chínuks ha sido siempre la divinidad protectora de nuestra especie. Es verdad que Itapalapas, como el Eningonhahetgea de los iroqueses, no acertó á crear perfecto al hombre. No lo es ménos que ni le creó por celos que de Ikánam tuviese, ni Ikánam había creado otro á la manera de Enigorio.

Tenían los chinuks á lo que parece su Ormuz y su Ahriman; pero no en Ykánam ni en Ytapalapas. Su espíritu del mal era, segun Ross, *Ecutoch*; el del

Bien, *Econé*, tal vez el mismo Ykánam. El espíritu del Bien, segun Kane, se llamaba *Ilias Sochali Tiyah*. Hablábase, además, de un espíritu del Fuego y del Pájaro Trueno.

Que los chínuks rendían culto á todos estos dioses parece indudable. Tenía cada jefe en su casa ídolos de madera á que ofrecía solemnemente su pipa en las deliberaciones sobre la paz y la guerra. Los tenían tambien los etaminuas y tambien los kilalles; y cuando éstos á la cabecera de un enfermo no podían ponerse de acuerdo sobre el plan curativo, ponían en lucha los suyos y descartaban el dictámen del doctor que salía con su ídolo roto. Vertíase á veces ante esas fantásticas imágenes de los dioses la sangre del hombre: sabrificabáseles más ó ménos esclavos. Si hemos de creer á Kane, se los sacrifica todavía.

Sacrificios humanos los hacían y los hacen los chínuks hasta en obsequio de sus difuntos. Inmolaban é inmolan aún sobre el cadaver de sus jefes, no sólo esclavos, sinó tambien ingénuos. Atribuían siempre á malignas influencias la muerte de sus caudillos; y, como la creyesen producida por hombre á quien conociesen, lo inmolaban sin piedad, aunque hubiera sido el mejor amigo del muerto. Inmolaban despues á la esposa y otros deudos del jefe para que junto con los esclavos le sirvieran en la region de los espíritus.

Sobre este punto consigna Schoolcraft con referencia á un testigo de vista un hecho verdaderamente salvaje. Acababa un jefe de perder á una hija de singular hermosura. La hizo envolver, con todos los dijes que la habían adornado viva, en una estera de junco, y mandó que la pusieran en una canoa. Escogió luego una esclava, y ordenó que, sujeta de piés y manos, la ataran á la hija y amortajaran los dos cuerpos en otra estera dejando al aire la boca de la pobre sierva. Llevóse la canoa á lo alto de una roca y allí vivió tres días la esclava. Al cuarto la ahogaron con una cuerda segun costumbre.

Debíase ésto en gran parte á las ideas que sobre una vida futura habían concebido los chínuks. Ponían los chínuks su paraíso al Mediodía, en una tierra brillante, por nombre *Tamath*, rica en todo género de bienes, á la que, segun unos, se llegaba atravesando un caudaloso río que la separaba de la region de los vivientes y, segun otros, por un camino que emparejaba con la vía láctea. Disfrutaban allí las sombras de los justos de todos los placeres que les pudiera sugerir la fantasía; pero, no por el sólo deseo, sinó por el ejercicio de sus facultades y de sus fuerzas. De aquí principalmente el interés de los que morían en llevar consigo esclavos, personas queridas y tambien utensilios.

Esto me lleva como por la mano á decir algo sobre los ritus funerarios de aquellas gentes, diversos en las diversas tribus.

Tenían los chínuks profundo respeto á los muertos. No los miraban sinó por entre los dedos de sus manos; se hablaban al oído y se abstenían de toda ruidosa manifestacion de dolor mientras no los sacaban al campo; miraban como el mayor de los sacrilegios la violacion de los sepulcros. Envolvían en mantas el ca-

dáver junto con joyas y otros objetos de poco volúmen y mucha riqueza, y lo llevaban siempre á lugar tranquilo y apartado, tal vez á la cumbre de una colina que lamían las aguas de un río, tal vez al seno de una isla que batían las olas del Océano. Rompían al acompañarlo y al dejarlo allí en fúnebres lamentos y asordaban los aires. En señal de luto cortábanse además los parientes la cabellera y áun algunos se desgarraban el cuerpo.

Las diferencias estaban principalmente en la manera de guardar y depositar los cadáveres. Los chinuks que habitaban en la boca del Columbia, despues de haberlos amortajado, los ponían en canoas que previamente lavaban y cubrían de mantas ó esteras de junco. Los suspendían luego de la rama de un árbol, los subían á un tablado de cinco á seis pies de altura ó los dejaban á flor de tierra. Los utensilios de bulto, las herramientas y las armas por ejemplo, ya las apilaban junto á las canoas, ya los colgaban de las paredes del cadahalso. Los inutilizaban de antemano, tanto para evitar codiciosas profanaciones, como para obligar á los espíritus de esos mismos objetos á volar con el muerto á la region de las almas. Tendían siempre el cadáver de modo que la cabeza estuviese más alta que los piés y mirase á Oriente ó hácia la embocadura del rio. En el fondo de las canoas abrían no pocas veces agujeros para dar salida al agua del cielo. Al año proximamente recogían los restos de los finados y los enterraban. Los tablados y las canoas quedaban reducidos á simples cenotafios.

Solían esos chinuks repintar la canoa del jefe muerto y atar á la del rico otra en posicion inversa.

Los que vivían más adentro del Columbia y los que moraban en las márgenes del Willamette hacían no muy profundas excavaciones, en que sepultaban unos sobre otros á sus difuntos hasta llegar al techo, que estaba algo inclinado y compuesto de palos, cuando no de tablas. Sobre tablas tendían los cadáveres; y no á todos los enterraban colectivamente. En cercados de ocho piés de longitud, cinco de elevacion y seis de anchura, con techumbre y puerta, guardaban á sus muertos los habitantes de las Cascadas; y en tumbas regulares, los calapuyas.

Que fuese de una ó de otra manera el enterramiento, lo presenciaba toda la tribu. Durante mucho tiempo iban despues los deudos al nacer y al morir del sol á visitar el sepulcro y entonaban cantos, ya de dolor, ya de alabanza.

Pondría aquí fin á esta monografía, si no encontrase en Bancroft, á quien principalmente sigo, noticias sobre el idioma chinuk que creo de interés para los que me lean. En Ross y en Kane había visto ya lo difícil que es la pronunciacion en tan bárbara lengua. «Daría de buena gana, escribe Kane, muestras de este lenguaje á ser posible representar por alguna combinacion del alfabeto los horribles, ásperos y desentonados sonidos que saca aquel pueblo del fondo de su garganta sin que al parecer contribuyan á formarlos ni la lengua ni los lábios.» Confirma Bancroft esta que podría creerse exageracion diciendo: «con encarecer que los chinuks hablan gutural y farfulladamente ó en vez de hablar cloquean,

no se dá sinó debilísima idea de sus furiosos esfuerzos para descargar de un pensamiento su espíritu. Los thlinquites, cuya lengua carece tambien de labiales, hablan melodiosamente, cuando se compara sus voces con los graznidos de los chínuks.» La pronunciacion es tal, que en sentir de Kane y de Ross es de todo punto imposible que la aprendan los extranjeros. Carece el chínuk de los sonidos que expresamos por las letras *f*, *r*, *v* y *z*; y confunde casi siempre la *d* y la *t*, la *k* y la *g* y la *ç* y la *s*.

No es ménos complicado en su estructura. Tiene para sus pronombres tres números—el singular, el dual y el plural—y además el plural inclusivo y el exclusivo que hemos encontrado en otros idiomas. Yo es *naika;* tú, *maika;* aquel, *iakhka;* nosotros dos–tú y yo que hablamos–*tkhaika;* vosotros dos–yo y otro–*ndaika;* vosotros dos, *mdaika*; aquellos dos, *istakhka*; nosotros–yo y mis interlocutores–*olkhaika*; nosotros–yo y otros–*nstaika;* vosotros, *msaika:* aquellos, *tkhlaitska.*—Mi casa, (casa, *itukutkhle* ó *itukwutkhle*) *kukwutkhl*; tu casa *meokwitkhl;* su casa, la de él ó ella, *iakwitkhl;* nuestra casa, la de los dos que hablamos, *tkhakwitkhl*; nuestra casa, la mía y la de otro, *ndakwitkhl*; vuestra casa, la de los dos, *mdakwitkhl*; su casa, la de los dos, *istakwitkhl*; nuestra casa, la mía y la tuya ó la vuestra, *olkhakwitkhl*; nuestra casa, la mía y la de otros, *utsakwitkhl;* vuestra casa, *msakwitkhl;* su casa, la de ellos, *tkhlakwitkhl.*

Existen los mismos números para el verbo. Estoy frío ó tengo frío: presente; singular; *naika tsinokhkeak*, *maika tsisomkeakh*, *iakhka tsikeakh*—dual; *tkhaika tsistkeakh*, *ndaika tsisontkeakh*, *mdaika tsimokeakh*, *ictakhka tsistkeakh*—plural; *olkhaika tsilokeakh*, *utsaika tsicontskeakh*, *msaika tsisomskeakh*, *tkhlaitcka tsisotkhlkeakh.*—Considero aquí del caso observar, como de pasada, que las personas del verbo vienen indicadas, no sólo por la anteposicion de los pronombres personales, sinó tambien por ciertas inflexiones que ni son finales, como las del nuestro, ni iniciales, como las del de otros idiomas de América, sinó medias, como no recuerdo haberlas visto en otro idioma.

Tiene, por otra parte, el chínuk conjugaciones de transicion á juzgar por los siguientes ejemplos. Yo te mato es en chínuk *aminowagua*; yo te mato, *tsinowagua;* yo os mato, á los dos, *ostkinowagua*; yo los mato, á los dos, *ostkinowagua;* yo os mato, *omskinowagua*; yo los mato, *otkhlkinowagua*; vosotros le matais, *omskiwagua*; vosotros los matais, *otkhlkiwagua.* Cuantas fuesen estas conjugaciones lo ignoro. No llegan á más las noticias que da Bancroft en su obra.

Se sabe tan sólo que de este idioma había muchos dialectos, algunos de tan escasas relaciones con él en la parte léxica, que no los entendían los chínuks de la boca del Columbia. El calapuya, que se hablaba y se habla todavía en el valle de Willamette, constituye verdaderamente otra lengua. Dista de ser el calapuya tan gutural ni tan áspero como el chínuk; y áun en la estructura gramatical difiere mucho de este idioma. No tiene ni dual ni plural exclusivo ni in–

clusivo; y aun para indicar la posesion emplea los pronombres personales. Yo es en calapuya *tsi* ó *tsii;* tú, *maha* ó *maa;* aquel, *koka* ó *kak*; nosotros, *soto*; vosotros, *miti*; aquellos, *kinuk*. Mi padre es *tii simna;* tu padre, *maha kaham;* su padre, *kok inifan* ; nuestro padre, *soto tufam*; vuestro padre, *miti tifam;* su padre, el padre de ellos, *kinuk inifam*. Hay aquí evidentemente, además de los pronombres personales, posesivos prefijos: *ka*, *tu*, *ti*, *ini:* ¿á qué ese pleonasmo?

Se presentan aún más raras las formas del verbo. *Ilfatin* significa estar enfermo. Yo estoy, tú estás, aquel está enfermo, etc.; *tsi ilfatin*, *intsi ilfatin*, *ilfatin*, *tsiti ilfaf*, *intsip ilfaf*, *kinuk in ilfaf*. Aquí están modificados los pronombres personales y no por los posesivos.

Fíjese ahora los ojos en las conjugaciones de transicion, y se verá empleados los primeros pronombres personales. Yo te amo, *kistapatsitup maha*; yo le amo, *tsi–tapinsuo kok*; él me ama, *himtapintsiwata tsii kak*.

Es verdaderamente de sentir que de todos esos idiomas haya tan escasas noticias. Variedad despliega en sus obras la naturaleza; variedad en sus idiomas el hombre. ¡Qué de formas, qué de giros, qué de voces no se ha inventado para traducir unas mismas ideas é indicar unos mismos objetos!

Los chínuks, tal vez para obviar las dificultades que nacian de la diversidad de sus muchos dialectos, ya antes del Descubrimiento empezaron á poner en uso una jerga, hoy bárbara mezcla de palabras de América y Europa. Hablan ahora indistintamente la jerga y la lengua.

— — ———

CAPITULO XLII

Los columbios de tierra adentro.—Situacion.—Subdivisiones.—Situacion de los shushwaps.—Situacion de los salishes.—Situacion de los sahaptines.—Situacion de las tribus que componen cada una de las tres familias.—Condiciones físicas.—Adornos.—Traje.—Habitaciones.—Viviendas subterráneas.—Dificultades para la alimentacion.—Manera especial de pescar los salmones.—Manera de cazar la cabra montés y el ciervo.—Raíces.—Acopios para el invierno.—Cocina.—Industria.—Herramientas.—Armas.—Guerra.—Costumbres militares.—Identidad de estas costumbres con las que vimos en los pueblos de Oriente.—Esclavitud.—Comercio.—Propiedad.—Gobierno.—Asambleas.—Jefes.—Escasa autoridad de que éstos gozaban.—Familia.—Manera de constituirla.—Ceremonias nupciales.—Divorcio.—Educacion de los hijos.—Condicion de los viudos.—Poligamia.—Costumbres particulares de los spokanes y los kliketatos.—Condicion de la mujer soltera.—Supersticiones.—Orígen que se atribuían los columbios.—Leyendas sobre este orígen.—Ideas sobre la futura destruccion del mundo.—Espíritus del Bien y del Mal.—Creencias de los salishes, los nisquallis, los yakimas y los flatheads.—Estado de la Medicina.—Baños de vapor.—Curacion de los enfermos por los hombres-medicina.—Cronología.—Cosmología.—Geografía.—Aritmética.—Bellas Artes.—Poesía.—Oratoria.—Elocuencia de los cayusos.—Hablaban dos lenguas: una vulgar, otra, por decirlo así, literaria.—Lengua de los nez-percés.—Sus particularidades.—Particularidades de la lengua salish.—Carácter moral de los columbios.—Juegos.—Respeto á los difuntos.—Manifestaciones de duelo.—Enterramientos.—Sacrificios.[1]

La última division de los columbios la constituyen para Bancroft los pueblos que del paralelo cincuenta y dos treinta al cuarenta y cinco viven entre la cordillera Cascada y las montañas Pedregosas. Fórmanla, por decirlo así, los columbios de tierra adentro.

Subdivídelos Bancroft en tres grandes familias y éstas en naciones: los SHUSHWAPS, en que van comprendidos los *atnahs*, los *okanaganes*, y los *cutenes* (cootenais ó kootenais); los SALISHES, de que son ramas los *flatheads*, los *pend d' oreilles*, los *coeurs d' alêne*, los *colvilles* los *piscuusos* y los *spokanes;* y los SAHAPTINES, á los que pertenecen los *nez-percés*, los *paluses*, los *walla-wallas*, los *yakimas* y los *kliketatos* y puede agregarse los *wascos* y los *cayusos*.

Ocupan los shushwaps, del paralelo cincuenta y dos, treinta al cuarenta y nueve, los valles del Fráser, del Thómpson y del alto Columbia y tambien las márgenes de los lagos y los afluentes de estos ríos; los salishes, del cuarenta y

---

[1] Fuentes de este capítulo BANCROFT, vol. 1.°, cap. 3.°; vol. 3°. cap. 5°., Mithology; cap. 3°., Languages.

nueve al cuarenta y siete, las riberas del mismo Columbia y de las aguas que le rinden tributo; y los sahaptines, del cuarenta y siete al cuarenta y cinco, toda la tierra contenida entre los montes de la cordillera Cascada y los de Bitter Root ó Raiz Amarga.

De los shushwaps viven los atnhas en la parte más septentrional del territo rio; los okanaganes, en el valle del río y lago de su mismo nombre; y los cútenes, en las orillas del lago y río Flatbow y en todo el triángulo que forman con el paralelo cuarenta y nueve el Columbia Superior y las Montañas Pedregosas.

De los salishes moran los flatheads (los de la cabeza plana) entre estas montañas y las de Bitter Root, junto á los ríos Flathead y Clarke; los pend d' oreilles (los de los pendientes), junto á este mismo río y en el lago de su propio nombre; los coeurs d' alène (los de corazon de lesna), en el lago de su dominacion y en las aguas que lo alimentan; los colvilles, al rededor de las cascadas Kettle, y á lo largo del Columbia, hácia el Norte, hasta el lago Arrow; los spokanes, en el río Spokane y la meseta que se hace junto al Columbia, debajo de las cascadas Kettle; los piscuusos, por fin, en el río Pisquouse, uno de los afluentes del mismo Columbia, entre el Okanagane y las corrientes Priest.

De los sahaptines habitan los nez-percés (los de la nariz horadada) en las orillas del Clearwater, en las de las aguas que á él afluyen y en las del Snake; los palusos, en la region septentrional del mismo Snake, junto á la boca del Paluso; los walla-wallas, en las riberas meridionales del Snake y del Columbia, allí donde mezclan sus aguas los dos ríos; los yakimas, en el valle del río de su nombre; los kliketatos, en los cerros que circundan el monte Adams; los wascos, en los que están al Oriente del río John Day, y los cayusos, desde este río al Grand Rond ó Grande Ronde á través de las Montañas Azules.

Todos estos columbios de tierra adentro son de mediana estatura y buenas formas. Tienen aún muy salientes los pómulos y el color algo más oscuro que los de las riberas del Pacífico; pero más baja la frente, más largo el rostro, rara vez oblícuos los ojos, pronunciada, recta y algun tanto aguileña la nariz, delgado el lábio, negro el cabello, negra la barba, si rala por naturaleza, nula por la costumbre de arrancársela. Los hay verdaderamente bellos, sobre todo entre los de la nariz horadada y los cayusos.

A excepcion de los salishes, todos, cual más, cual ménos, se aplanan y se aplanaban la cabeza, aunque no ya ninguno con la exageracion de los chinuks. Bien que sólo para las fiestas, pintábanse tambien todos, inclusos los salishes, la cara y la cabellera, generalmente con minio. No era tampoco raro que se taladraran ó rajaran la ternilla de las narices. Verificábanlo principalmente los nez-percés, los kliketatos y los yakimas. Sólo entre las tribus del Mediodía unos se cortaban el cabello sobre la frente, y otros se lo anudaban en el occipucio. Los demás columbios lo llevaban largo y suelto, cuando más en trenzas. Eran todos amigos de untárselo con grasa.

Entre los que vivían en las orillas del Fráser y del Columbia, así como entre los kliketatos y los wascos, estaban todavía en uso para los vestidos las pequeñas pieles; entre los demás, sólo las de la cabra montés, el venado y el antílope. Llevaban los columbios ceñida al cuerpo una especie de saco ó camisa de mangas perdidas, que llegaba á las rodillas en los varones y á los tobillos en las hembras; unas polainas que en no pocos subían á la mitad de los muslos, ya atadas á las piernas, ya sujetas al cinto; encima de todo, principalmente en invierno, una manta de búfalo ó de ciervo; en los piés, mocasines; la cabeza, por lo comun, al aire; el traje todo con franjas de púas de puerco espin, conchas ó cuero. Era todo, cuando nuevo, de muy agradable vista; repugnante, cuando viejo, por lo desaliñado y sucio.

No eran de mucho tan sucias las habitaciones. Sólo en las márgenes inferiores del Columbia se construía aún casas de corteza y cedro. Se las edificaba en lo demás con simples postes formando cuadrilátero ó círculo, sobre los cuales se tendía ó pieles de búfalo ó esteras de junco. Algunas se levantaba en que se podían alojar muchas familias. No se hacía en ellas separacion de estancias, pero sí de fuegos: corría á lo largo y en medio de la casa una línea de hogares. Las viviendas todas tenían en las paredes agujeros que servían de puertas y en el techo aberturas por donde entrase el aire y saliese el humo.

Conocían además las habitaciones subterráneas y las usaban para el invierno algunas tribus: los atnahs, los okanaganes y más que todos los walla-wallas. Abrían los walla-wallas un hoyo circular de diez á doce piés de profundo, lo techaban con palos ó tablas de cedro y ponían encima una capa de barro y césped, dejando un hueco por donde entraban y salían merced á un madero con dientes que hacía veces de escalera.

Debían luchar por la vida los columbios de tierra adentro con mucho más afan que los de la costa. No tenían la mayor parte en su territorio ni bastante caza ni bastante pesca para el sustento del año; y habían de suplir la falta, ya atravesando las Montañas Pedregosas en persecucion del búfalo, ya bajando hácia el mar en busca de salmones. No por esto dejaban de cazar y pescar dentro de sus fronteras cuanto podían: algunas tribus para obtener más ventajas se dividían en cuadrillas, unas de caza y otras de pesca. Empleaban generalmente hablando los mismos procedimientos que hemos visto en los demás columbios; pero algunos con modificaciones que no he de pasar en silencio.

En las cascadas Kettle (en las Calderas) pescaban el salmon con cestas de sauce que medían ordinariamente doce piés de profundidad y doce de diámetro. En vez de ponerlas sobre rocas ó meterlas en el agua las suspendían de fuertes vigas que metían en las grietas del lecho de la cascada. Sobre estas vigas armaban luego un aparato de estacas de tal modo dispuestas, que, al dar con ellas el salmon en su esfuerzo por ganar la altura, caía de rechazo al fondo del cesto, donde le esperaban dos hombres con sendos palos. Tambien en las redes habían

hecho una reforma digna de encomio. Mientras estaban vacías, las mantenían abiertas por un travesaño, que se desprendía cuando estaban llenas.

La cabra montés, el ciervo, el alce, los cazaban, ora llevándolos por círculos de fuego al lugar en que los esperaban ocultos los cazadores, ora precipitándolos á emboscadas por líneas convergentes de espantajos, ora atrayéndolos con señuelos hasta ponerlos á tiro de flecha. En el mismo corazon del invierno perseguían al ciervo; y, cuando las nieves eran profundas, á palos llegaban á derribarlos. Tendian en algunos lugares celadas al castor y al oso; y en los lagos y en los pantanos, principalmente en los del Norte, cogían asombrosa multitud de pájaros, caza que no pocas veces los ayudaba á matar el hambre.

Ayudábanlos tambien las raíces, numerosísimas y varias. Crecen allí en las húmedas praderas la ya descrita camma; en los más estériles y pedregosos lugares, la *cowish*, del tamaño de la nuez y del sabor de la patata; en el valle y los montes de Bitter Root, la raíz de este mismo nombre, de gusto amargo. Las hay nauseabundas y aun nocivas para los europeos; más no para los indígenas, que á veces emigran con el sólo fin de recogerlas.

Tanto de esas raíces como de la caza y la pesca hacían estos columbios los acopios que podían. Durante el verano comían tambien del salmon sólo la cabeza y los desperdicios; lo demás lo curaban al sol ó al humo, lo molían entre dos piedras y lo ponían en cestos con forro de piel de pescado. Cortaban la carne del ciervo y el búfalo en delgadas hojas, y las secaban más que al sol en altas parrillas de madera, debajo de las cuales encendían ramas húmedas. De muchas raíces hacían tortas que se conservaban años sin corromperse. Al efecto ya las reducían á polvo y las amasaban curándolas al calor del día; ya las dejaban en hornos subterráneos hasta convertirlas en una sustancia gelatinosa capaz de todo género de formas. No comian nada crudo sinó los walla-wallas, que raras veces arrimaban el pescado al fuego.

En las artes no habían realizado estos columbios de tierra adentro muchos adelantos. Fabricaban esteras de junco por el mismo procedimiento de los chinuks. Labraban con fibras de sauce, cortezas de árbol ó yerba, no sólo sus cestas, sinó tambien sus vasijas para recoger y calentar el agua. Aunque muy toscas, hacían tazas y cucharas de madera ó de cuerno. Como los pueblos del Atlántico, tundían y adobaban las pieles empleando sesos de ciervo para ponerlas suaves y blandas. Distaban de construir canoas como las tribus del Pacífico; pero tampoco las necesitaban sinó para cruzar lagunas ó esguazar ríos sin vado. Limitábanse por lo comun á vaciar troncos de más ó ménos corpulencia; y muchos, entre ellos los sahaptines y los cayusos, se valían de simples balsas. No se distinguían por sus canoas sinó los columbios del Norte, que las hacían de corteza de pino ó de abedul, como las naciones al Oriente de las Montañas Pedregosas. Extendían la corteza sobre una armazon de cedro, y para impedir que el agua la calase engomaban esmeradamente costuras y nudos. Lo singular

era que ponían á nivel con el fondo de la barca así la popa como la proa, rematadas en punta. Subía hácia el centro la curva del buque.

Para todo ésto no disponían sinó de cuerdas de fibras vegetales, agujas de hueso, cuñas de hasta, martillos de piedra y un instrumento á modo de azuela compuesto de una hoja de pedernal y un corto mango. Pocas las herramientas, no podía ser mucha la industria.

Tampoco eran muchas las armas. Fuera del arco y la flecha, no se sabe que tuvieran sinó una especie de honda, de que sólo usaban los okanaganes. Consistía esta arma en un cilindro de madera terminado por una pequeña bolsa donde cogían piedras como huevos de ganso y sujeto á una cuerda que ataban á la muñeca.

No eran á la verdad estos columbios muy aficionados á la guerra: pocas veces resolvían por la fuerza las cuestiones que los dividían. Portábanse con todo bravamente cuando los obligaba á tomar las armas ó la defensa ó la venganza. Sobresalían en ésto los cayusos y los nez-percés, que estaban frecuentemente en lucha con los shoshonies, y tambien los flatheads y los cútenes, á quienes hostigaban sin cesar los blackfeeets ó pies negros.

Vuelven á parecer aquí las costumbres que vimos al Oriente. Preparábase tambien aquí las expediciones militares con no escasas ceremonias: asambleas de guerreros, arengas, danzas, simulacros y alardes. Escogíase un jefe de ninguna autoridad en la paz, de omnímodo poder mientras durase la campaña; y reducíase la estrategia á ir sigilosamente al enemigo y atacarle al amanecer del día que ménos lo esperaba. Andábase no ménos desalado por arrancar la cabellera al adversario que caía y proteger al amigo á quien cupiera igual suerte. Durante la pelea cabía asímismo suspender las hostilidades con que los unos presentaran y los otros aceptaran la pipa de la amistad y la alianza. Se era por fin cruel con los prisioneros, á quienes atormentaban de mil modos principalmente las hembras. Voy convenciéndome de que las costumbres cambian, más que por razas, por latitudes.

Los más benignos con los prisioneros eran aquí sin duda los nez-percés, que se limitaban á sacarlos uno y otro día en hora determinada y obligarlos á que, mientras se celebrase la danza de los escalpes, sostuviesen en altas pértigas los de los amigos que más hubiesen querido. Aun entre esos columbios no dejaban de cebar las mujeres su sed de venganza en tan desgraciados cautivos. Los que sobrevivían á los tormentos quedaban por de contado sujetos á servidumbre. No lo estaban ya sus hijos; que no fué allí jamás hereditaria la esclavitud ni consentido el comercio de esclavos, y aun de los shushwaps se dice que nunca los conocieron.

Estaban los columbios de tierra adentro más que por la guerra por el tráfico. Reuníanse todos los veranos en los ríos; y aún algunos bajaban á la costa para el cambio de sus productos. Habian llegado á establecer por costumbre reglas

mercantiles, y las observaban cuidadosamente. Tenían además para el régimen de la propiedad leyes que la garantían contra el fraude y la violencia. No la reconocían tampoco más que sobre los bienes muebles; pero ésta la defendían á todo trance. Sólo de los salishes se refiere que muy a menudo se veían los huérfanos de menor edad despojados del haber de sus padres por los parientes. El robo era ya delito público, y como tal severamente castigado. Lo castigaban las asambleas.

Había en cada tribu ó nacion una asamblea de doctos ó de ancianos que, sobre deliberar y resolver acerca de los negocios de la República, juzgaba y condenaba á los criminales. En ella se penaba al ladron; en ella tambien al asesino, víctima en tantos otros pueblos de la vengánza y no de la justicia.

A pesar de lo rudimentarias que eran este género de asambleas, servían como de piedra de toque para los que ambicionaban el cargo de jefes. Allí se aquilataba quien era más discreto en sus arengas, más firme en sus propósitos, más prudente en sus consejos y más seguro en sus juícios; y de allí generalmente salía el que había de gobernar la tribu en la guerra y cumplir en la paz los acuerdos de las naciones. Este gobernador ó jefe, no siempre electivo, regía en la paz á sus gentes ménos por su autoridad que por su personal influencia: ni podía imponer tributos ni inmiscuirse en los derechos ni en las acciones de indivíduos ni de familias.

La familia estaba constituída más sobre el principio de la permuta que sobre el de la venta. Había de comprar siempre el hombre á la mujer; pero siempre tambien había cambio de presentes entre los progenitores de los novios. Comprometían á veces los padres la mano de hijas de edad muy tierna; y como se verificara el trueque de arras, pocas veces se dejaba de celebrar á su tiempo el matrimonio. Pocas ó ninguna se entregaba tampoco á la hembra por quien no se hubiese estipulado y recibido precio: por humillada y aun por afrentada se habría tenido á la familia que hubiese caído en tal bajeza. En algunas tríbus, sin embargo, precedía á la boda un más ó ménos corto galanteo y en otras se había de solicitar el asentimiento de la novia, el de los futuros suegros y el del jefe. Puro cumplimiento, mera fórmula.

Ceremonias para el casamiento no las había en todas las naciones. Estaban reducidas en muchas á simples banquetes; y en la de los flatheads, á largos consejos, baños, mudanza de trajes, procesiones á la luz de las antorchas y animados bailes.

Casada la mujer, no solía recibir malos tratamientos; pero tenía á su cargo las más rudas faenas. Era comunmente fiel, hacendosa y humilde: abandonaba rara vez al marido por el amante. Ya que lo hiciese, se cubría de infamia á los ojos de su tribu, sobre todo entre los nez-percés, que la miraban desde entónces como prostituta. Divorciada bien por su voluntad, bien por la del esposo, retiraba la mitad del haber conyugal y se quedaba la prole. No era sinó muy comun que se volviese á reunir con el padre de sus hijos.

A los hijos los criaba siempre á sus pechos, y no los destetaba ántes de los dos años. No los destetaba á veces hasta que les repugnaba la leche ó venía otro vástago á substituirlos. Estaba exclusivamente á su cargo educar á las hembras; tambien á los varones, mientras no estuviesen en edad de concurrir á los trabajos de la caza y la pesca.

Viuda, no podía volverse á casar ántes de los veinticuatro meses. Aun despues de trascurridos, perdía la hacienda del cónyuge premuerto, si no casaba á gusto de la suegra. Entre los nez-percés debía tambien el viudo esperar un año para contraer nuevo matrimonio; pero eludía la ley contrayéndolo días ó momentos ántes de morir la esposa. Tambien allí era lícita la poligamia, aunque bajo la condicion de que cada mujer tuviera casa ó por lo ménos hogar aparte. El que casaba con la hija mayor de una familia tenía derecho á las demás hijas.

Había entre los spokanes una singularísima costumbre. Pasaba el hombre á la tribu de la mujer, si no casaba dentro de la suya; y propiedad de la mujer eran todos los bienes conyugales. No era ménos singular otra costumbre de los kliketatos. Si perdía el marido á su consorte poco despues de la boda, podía reclamar el precio.

Nada he dicho aún de la mujer soltera, y algo es de necesidad que diga. Distaba de prostituirse entre esos columbios de tierra adentro como entre los de la costa. Estimaba en tanto ó más su virginidad que las europeas, y la guardaba y la defendía como su mayor tesoro. La prostitucion era en todas aquellas tribus casi desconocida y en algunas severamente castigada.

No estaba allí tampoco libre la mujer de mortificacion ni de privaciones cuando se hacía púber. Había de vivir de diez á treinta días apartada del mundo, especialmente de los hombres; y no podía volver á la casa paterna sin purificarse por frecuentes abluciones. Debía hacer otro tanto, bien que sólo por dos ó tres días, en los sucesivos menstruos. ¡Qué tan generalmente creyeran los pueblos bárbaros que fuese entónces impura la mujer y nociva su impureza!

Los columbios de tierra adentro no eran ménos supersticiosos que los de la costa. Escogían asimismo en edad temprana un ser vivo de quien hacían su protector y su escudo; y los de algunas tribus lo elegían viviendo en desiertos montes hasta que se lo indicaran los sueños. Con que llevaran de aquel animal una garra, un diente, un hueso, una pluma, se tenían por invulnerables contra toda especie de conjuros. Creían por de contado en la magia, á la que atribuían poco ménos que un poder sin límites.

En el ahullar del lobo y otras bestias no dejaba de ver ninguno presagios de calamidades. Deponía el flathead ofrendas al pié de un árbol en cuyo tronco hubiese hincado sus cuernos un morueco, y se reputaba invencible contra toda clase de fieras. Imaginábase el nez-percé que adquiría gran vigor y fuerza, si de los diez y ocho á los cuarenta años consagraba anualmente de tres á siete días al ayuno, á pasar del baño frío al de vapor y del baño de vapor al frío y á

introducirse por la garganta en el estómago varillas de sauce. Entendían sus mismos hombres medicina que para restaurar ó fortalecer su maravillosa influencia habían de retirarse de vez en cuando á los montes y hablar con el lobo.

No hablemos del orígen que esos columbios se daban. Al castor atribuían el suyo los nez-percés, los cayusos, los walla-wallas y otras muchas tribus. En las orillas del río Palouse, decían, vivió un tiempo una familia de gigantes compuesta de cuatro hermanos y una hermana. Suplicó la hermana á los hermanos que fuesen por un castor de cuya manteca necesitaba; y aunque no era fácil la cosa, pues no había en todo el río más de uno y éste de extraordinarias dimensiones, se armaron de lanzas los hermanos y fueron en busca del mónstruo. Lo encontraron cerca de la boca del Palouse, que entónces corría blanda y sosegadamente por un llano, si bien algo tostuoso, lecho. Siguiéronlo río arriba y á poco lo alcanzaron con sus lanzas. Herido el castor, se revolvió en las aguas con indecible furia, aquí deprimió y allí levantó la tierra del cauce y dió orígen á las primeras cascadas. Viéronlo despues los gigantes algo más arriba; y como de nuevo lo alcanzasen, lo sujetaron con sus agudas armas contra el lecho del río. Retorciose otra vez el castor, ahondó, logró salvarse y formó nuevas cascadas en el bregar de la lucha. Por tercera vez lo persiguieron y lo acometieron los hermanos y ésta le clavaron en la espalda las puntas de sus cuatro lanzas. De tal modo forcejeó aún, que se abrieron las grandes cascadas de Aputaput, donde bajaron espumosas y raudas las aguas por la desgarrada tierra; pero no pudo ya sustraerse á la mano de sus enemigos y allí rindió la vida. Le hicieron pedazos los gigantes y se los esparcieron á los cuatro vientos; y de cada pedazo salió una de las tribus. Porque nacieron del corazon del castor, se añadía que eran los cayusos más enérgicos, más audaces y más venturosos que los demás columbios.

Los okanaganes se atribuían más noble y no ménos fantástico orígen. Allá en apartados tiempos, decían, tan apartados que el sol, jóven aun, no era mayor que una estrella, había en alta, pero en muy alta, mar una isla que llamaban *Samahtumiwhuloh* ó isla de los Hombres Blancos. La habitaban gigantes de este color, y la regía una mujer de notable hermosura, por nombre *Scomalt*, grande y poderosa maga. Vió un día Scomalt á muchos de sus vasallos en discordia y guerra; y lo tomó tan á mal, que, levantándose colérica, dijo: «léjos de mí esos malvados á quienes agitan bastardas pasiones: no quiero que por más tiempo aflijan mi alma ni turben con sus reyertas el leal corazon de mis pueblos.» Los arrinconó en uno de los confines de la isla; y cuando los tuvo allí hacinados y revueltos, cortó la tierra en que estaban y la empujó al mar entregándola á merced de los vientos y de las olas. Tan combatido fué por los huracanes y las borrascas el flotante islote, que, sobre andar muchos días sin rumbo y zozobrando, se despobló hasta no tener más que un varon y una hembra. Estaba ya próximo á sumergirse, cuando esta infeliz pareja, no sin razon temerosa de la muerte,

se hizo una canoa y, remando noche y día al Ocaso, ganó ciertas islas y con sólo bojearlas el Continente. Al valle Okanagan fueron á parar aquellos dos hombres salvados de tan general naufragio: allí se establecieron y multiplicaron y allí crearon la tribu de los okanaganes. Es verdad que no son éstos de color blanco; más ¿no habían de llegar á la tierra curtidos por el sol, el viento y la lluvia sus primogenitores?

Por un procedimiento análogo creían los okanaganes que había de venir á destruirse el mundo. Irán los profundos lagos, decían, reblandeciendo las rocas en que la tierra descansa, y las irán por otra parte corroyendo en su incesante curso los caudalosos ríos; y, cuando esté ya la tierra sin cimientos, flotará tambien y correrá á perderse en los abismos del Océano. Estaba para ellos asentada en peñascos la tierra, que para los esquimales lo estaba en columnas

Creían, además, los okanaganes en dos grandes espíritus: uno del Bien, *Elemehumkillanwaist* ó *Skyappo*, y otro del Mal, *Kishtsamah* ó *Chacha;* ambos constantemente en el espacio atentos á la marcha del Universo. No tenían culto privado ni público; pero acometían rara vez empresas de importancia que no dirigiesen una corta oracion á Skyappo ó tres bocanadas de humo de tabaco al Oriente, tres al Occidente, tres al cielo y tres á nuestro planeta.

De las creencias de los demás columbios de tierra adentro apénas tengo noticia. Sólo sé que los salishes miraban al Sol como el primero de sus dioses, le tributaban culto y habían hecho sacerdotes á sus jefes; que ellos, los nisquallis y los yakimas hablaban de un hijo del Sol y le atribuían la formacion del reino animal y aún la de las plantas comestibles por medio de metamórfosis de hombres á quienes había hecho cruzar á nado las aceitosas aguas de un lago mágico; que los flatheads veían, por fin, en los castores la transformacion de otros hombres castigados por antiguas culpas y entendían que esos anfibios habían de recobrar un día su primera forma.

Si no había en todas las tribus sacerdotes, no faltaban en ninguna hechiceros. Tenían estos columbios algo más adelantada la Medicina que los del litoral del Pacífico. Conocían y aplicaban á la curacion de sus dolencias multitud de cortezas, raíces, yerbas y gomas; y, cuando estaba localizado el mal, como sucedía en las heridas, relajaciones y mordeduras de serpientes, lo combatían casi siempre con éxito. A la par de tantos otros pueblos, obtenían tambien grandes resultados por medio de los baños de vapor, que tomaban generalmente á las orillas de los lagos y los ríos, ya en cavidades subterráneas de tres á ocho piés de profundidad y diez ó más de diámetro, ya en casetas de ramas de sauce que cubrían de tierra y césped, donde no dejaban sinó un agujero por donde entrar y aun éste lo cerraban en habiendo entrado el bañista. Sudaba y trasudaba allí el enfermo, no sólo por el vapor que despedían piedras enrojecidas al fuego y rociadas con agua fría, sinó tambien porque en tanto cantaba, gritaba y aun se revolvía por el suelo; y, cuando más copiosamente sudaba, corría á precipi-

tarse en el vecino lago ó en el próximo río. Buscaban en tan violento paso del calor al frío el remedio de muchos males; y por lo ménos el de algunos es indudable que lo conseguían.

Mas siempre que se trataba de enfermedades de peligro y de ignorado orígen acudían, como los otros columbios, á sus hombres medicina, es decir, á sus magos. Empleaban éstos sobre poco más ó ménos las artes que vimos en los de otras naciones. Se tendía de espaldas al enfermo en mitad de una espaciosa cámara y al rededor se sentaban formando corro sus pocos ó muchos amigos y deudos armados de tambor y palillos. Penetraba á poco en el círculo el poderoso hechicero, las más de las veces grotescamente pintado; y con el propósito de echar del enfermo al maligno espíritu, de que le suponía poseído, ya le apretaba con toda la fuerza de sus puños la boca del estómago, ya le maceraba y amasaba otras partes del cuerpo. Soplábale de vez en cuando por entre los dedos y le chupaba la sangre. En tanto los asistentes daban con fuerza en sus tambores; y todos, incluso el doctor y á veces el mismo enfermo, cantaban ó prorumpían en contínuos alaridos. Repetíase el conjuro muchas veces por día mientras no sanaba el paciente; y, si este no curaba, bien podía prepararse el médico á pagar con la vida. No se atribuía nunca el fracaso á falta de poder sinó á falta de voluntad del hechicero; y se le mataba irremisiblemente, como no lo achacase á la maligna influencia de uno de sus rivales ó no procurase ablandar con dádivas el empedernido corazon de los parientes del muerto.

Con ser hombres de entendimiento, eran ignorantes nuestros columbios. Dividían cuando más el tiempo en años, meses y días; contaban los años por los inviernos y los meses por las lunas. Sólo de los salishes se dice que por la aparente marcha del sol habían distribuido el día en nueve horas. Salishes y no salishes se figuraban la tierra, segun se ha dicho, como sostenida por grandes peñascos. Pueblos poco amigos de largos viajes, no conocían, por otra parte, sinó el suelo á que llevaban sus cacerías ó sus armas. Asegúrase, con todo, que, ya sobre pieles, ya sobre cortezas de árbol, tenían pintados mapas, aunque toscos y sin proporciones, bastante exactos, y si caminaban de noche, tomaban la estrella polar por guía. No se esplica fácilmente como pudieron llegar á sistemas de numeracion que permitan expresar las mayores cantidades: raras veces pasaban del número quinientos, y éstos los contaban ayudándose con los dedos.

En Bellas Artes distaban de haber hecho ni siquiera los adelantos que descubrímos en los columbios de la costa. No decoraban ni sus canoas ni sus viviendas; y si algo pintaban ó esculpían, tan rudamente, que no se lo podía mirar sinó como obra de un pueblo en la infancia. Tampoco se distinguían como poetas á juzgar por lo monótono y pobre de sus cantos. Sobresalían, á lo que parece, en la oratoria; hecho nada extraño, como se recuerde que en asambleas se examinaba y resolvía todas las cuestiones de interés público. De los cayusos por

lo ménos es sabido que hablaban con elocuencia y salpicaban de elegantes expresiones sus arengas.

Tal importancia debían de atribuir esos cayusos á la oratoria, que sobre su lengua vulgar se habian forjado otra de que no usaban sino en los debates de sus parlamentos. Lo dicen escritores que pudieron observar la existencia de los dos idiomas; y no es posible negarlo por raro que parezca en nacion tan ruda. Dos lenguas se sabe tambien que empleaban los nez-percés; pero la una simple jerga de la otra, como hemos visto que acontecía entre los chinuks. Para que no faltara en América nada de lo que pudiéramos tener en Europa.

La lengua de los nez-percés ofrecía particularidades que no creo merecedoras de olvido. Era en primer lugar una de las más sincréticas ó aglutinantes que pudiese haber en aquella parte del mundo. Por la sola palabra compuesta *hi-tau-tuala-wihnan-kau-na* decía: «el viajó tiempo atrás en lluviosa noche.» Elidía en la composicion letras segun lo aconsejaba la armonía, y resultaba á la vez concisa y pintoresca. Declinaba los nombres, si unas veces con afijos, otras con verdaderas inflexiones, como demuestra el siguiente ejemplo: *init*, una casa; *ininm*, de una casa; *initph*, á ó para una casa; *inina*, una casa, cuando objeto de la accion del verbo; *initpa*, *initki*, *initpkinik*, *initain*; en, con, desde, á propósito de una casa. Formaba el plural de los sustantivos reduplicando la primera sílaba y, si esta empezaba por vocal, la vocal sola, como no expresarán relaciones de parentesco, caso en que lo formaba posponiéndoles la partícula *ma* como sufija: *pitin*, niña; *pipitin*, niñas—*atwai*, anciana; *aatwai*, ancianas—*pika*, madre; *pikama*, madres. Tenia sus tres grados de comparacion para los adjetivos—*tahs*, bueno; *tahs kanmakanm*, mejor; *tashni*, muy bueno ú óptimo—; dos verbos sustantivos *wash* y *witsasha*, ser y venir siendo, es decir el *être* y el *devenir* de los franceses, el *sein* y el *werden* de los alemanes y el *to be* y el *to become* de los ingleses; verbos activos y verbos neutros: y además verbos activos absolutos y verbos activos relativos, distincion que se observó ya en otras lenguas, la nahuatl, por ejemplo, y dista de ser arbitraria. Arbitraria ¿cómo habría de serlo si aun cuando no da lugar á distintas conjugaciones ni á distintos verbos, como en los idiomas américanos sucede, existe en todos los de nuestra Europa? «Yo leo,» significa yo sé, yo puedo leer cuando leer es verbo activo absoluto; yo estoy leyendo y por lo tanto yo estoy leyendo algo, cuando leer es activo relativo.

Particularidades ofrecía tambien la lengua salish, la de los flatheads. Formaba el plural de los nombres, ya reduplicando la raíz, como en *skoi*, madre; *skoikoi*, madres; ya reduplicándola y elidiendo una vocal, como en *skáltmigu*, hombre, *sklkaltmigu*, hombres; ya reduplicando en medio de la diccion una consonante, como en *skolchemm*, párpado, *skolchammus*, párpados; ya anteponiendo el prefijo *ul*, como en *nackoemen*, ladron, *ulnackoemen*, ladrones; ya empleando voces distintas, como en *es' schite*, árbol, *szlzlil*, árboles; *s' m' em*, mujer, *pelpl-*

gui, mujeres. Con una *l* antes de la raiz hacía diminutivos los nombres; con el prefijo *kutn ó kuti* los hacía aumentativos: *s' m' em*, mujer, *slm' em*, mujercita; *luk*, madera, *llul'-lk*, pequeña pieza de madera; *skagac*, caballo, *kutiskagac*, gran caballo. Tenia pronombres personales, posesivos, demostrativos, relativos, interrogativos é indefinidos; y para los personales dos formas, la copulativa y la absoluta. Yo, forma obsoluta *koic*, forma relativa *ko;* tú, *anui, ku;* aquel, *zmilz, s*; nosotros, *kaempilc, kae;* vosotros, *mpilopstemp*, *p* ó *mp*; aquellos, *zni' ilz, s*. Para la conjugacion del verbo empleaba con algunas modificaciones la segunda forma. Lo más de notar era que indicaba más por las variaciones de estos pronombres que por las del verbo los distintos tiempos. Encolerizarse ó estar colérico, *aimt*. Presente de indicativo: *tnes aimt-i*, *kues aimt-i*, *es aimt-i*, *kaes aimt-i*, *pes aimt-i*, *es aiimt-i*. Presente de subjuntivo. *iksiaimt-i*, *kuks aimt-i*, *ks aimt-i*, *kacks aimt-i*, *pks aiimt-i*. Pretérito de indicativo: *tn aimt*. Futuro del mismo modo: *nem tu aimt*, etc. Los pronombres posesivos guardaban bastante relacion con la segunda de las formas de los personales: mio era *in*; tuyo, *an*; suyo (de el ó de ella)-*s*; nuestro, *kao*; vuestro-*mp*; suyo (de ellos ó de ellas)-*s*. Los demostrativos estaban reducidos á *iė*, este ó ese, *zi*, aquel: los interrogativos á *suet*; los indefinidòs á *chnaksi*.

Eran aquí muchas las lenguas, muchos más los dialectos. En ninguna que yo sepa había ni el número dual ni los plurales inclusivo y exclusivo.

Ya que no en conocimientos, en virtudes aventajaban los columbios de tierra adentro á los de la costa. Principalmente de los nez-percés, los flatheads y los cútenes se sabe que eran castos, justos y caritativos; algo fríos y reservados, pero sociables y aun alegres cuando la ocasion lo exigía: contra todo género de iniquidades vivos y coléricos; crueles sólo para los prisioneros de guerra; impasibles á su vez en los trabajos y los tormentos; grandes amigos de su familia y de su casa. Tenían tambien aficion al juego y al baile; pero á bailes y juegos en que pudieran ejercer sus fuerzas: al juego de la carrera y al de la lucha con escudos, á bailes de grande agitacion y estrépito que acompañaban con inarticulados y salvajes cantos y el contínuo batir de numerosos tambores; á la danza de los escalpes, que ejecutaban horriblemente pintadas las mujeres en medio de un círculo donde estaba sentado y tocando el tambor el resto de la tribu.

Un juego había entre los colvilles que era singularísimo. Distantes una de otra hasta cuarenta piés se levantaba en terreno llano dos lijeras estacadas. De estacada á estacada se hacía rodar un aro de madera de tres pulgadas de diámetro, que llevaba unidas á su cerco interior seis cuentas de varios colores. Al dar contra una de las estacadas el aro, se había de arrojar una lanza de modo que lo ensartase. Ganaba el jugador más ó menos puntos segun el número de órden de la cuenta que venía á caer sobre la punta de la lanza.

Conocían tambien los columbios de tierra adentro los juegos que vimos en

los chinuks; pero los tenían en poco. Se entregaban generalmente á las diversiones y los pasatiempos sólo al volver de sus espediciones de caza y guerra.

Eran, por fin, respetuosos y cariñosos con los difuntos. No se atrevían á pronunciar en sus tribus el nombre de los que fallecían sinó largo tiempo despues del fallecimiento. Como los chinuks, consideraban sagrados los sepulcros y sacrílego al que los robaba. Cortábanse el cabello y salpicábanse de negro el rostro á la muerte de sus deudos: y, aunque enemigos de publicar la tristeza de sus corazones, vertían á veces lágrimas por sus hijos y algunas hasta recurrían al suicidio. Semanas y aún meses prorumpían las mujeres á intervalos en alaridos de dolor por sus próximos parientes. Despues del Descubrimiento padre hubo que llegó á hacerse enterrar vivo con uno de sus hijos.

Envolvían por lo comun á los muertos en la manta de que habían usado en vida, y los bajaban sin ataud al seno de la madre tierra. Sólo algunas tribus del Norte los encerraban como los chinuks en canoas y los suspendían de las ramas de los árboles. De las ramas de los árboles solían tambien suspenderlos los okanaganes; pero en posicion vertical y sin canoa. En cambio algunas tribus del Sud los apilaban debajo de cobertizos de madera ó los depositaban en sepulcros que levantaban algunos piés del suelo.

Era bastante general que sacrificaran la propiedad y aun algunos esclavos del difunto. Encerraban con él los objetos de más valía; colgaban de altos postes los demás ó los derramaban por la superficie de la tierra. Inutilizados tambien, para que no despertaran la codicia de los vivos; que la codicia harto sabido es que no respeta ni la santidad del sepulcro.

CAPITULO XLIII

Los shoshonis ó snakes (serpientes).—Vastísimas comarcas por que estaban derramados.—Su division en snakes propiamente dichos y utahs.—Principales tribus de unos y otros.—Carácter físico y moral de la familia.—Adornos.—Traje.—Habitaciones de los snakes.—Habitaciones de los utahs.—Misérrima condicion de los últimos.—Alimentos.—Manera de cazar el ciervo—los lagartos—las hormigas—los conejos.—Variedad de procedimientos para la pesca.—Modo de preparar algunas comidas.—Suciedad habitual de aquellas tribus.—Carencia total de canoas.—Balsas.—Herramientas.—Vajilla de barro.—Esteras.—Pipas.—Armas.—Arcos y Flechas.—Lanzas.—Poggamoggones.—Escudos.—Cotas.—Aficion á la guerra.—Costumbres militares.—La pipa de la paz.—Manera ingeniosa de burlar la persecucion de los enemigos.—Gobierno.—Campamento del río Snake descrito por Ross.—Ventas de las mujeres y los hijos por los maridos y los padres.—Tratamiento de los esclavos.—Degradacion de la mujer.—Inmoralidad y bajeza general de sentimientos.—Aficion al tabaco.—Pretensiones de haber sido los primeros fumadores de la tierra.—Mitología.—Los ninumbis y los pahonahs.—Waikanaga.—Leyenda sobre las aguas carbónicas de Idaho.—Escasa influencia de las creencias religiosas sobre los shoshonis.—Enterramientos.—Sacrificios.—Lutos.—Falta de inteligencia.—Idiomas.[1]

INTERRUMPO aquí el órden de Bancroft para escribir de los shoshonis, con los que lindan á Oriente los columbios de tierra adentro. Aunque los incluye aquel autor en el grupo de los californios, reconoce que constituyen familia aparte. Les consagro este capítulo en atencion á su importancia.

Los shoshonis, por otro nombre snakes, serpientes, estuvieron siempre derramados por vastísimas comarcas. Lewis y Clarke los vieron al otro lado de las Montañas Pedregosas, en el valle y el nacimiento del río Jefferson, una de las fuentes del Missouri. Bajaban por las cumbres de la Cordillera, más acá del paso del Sud, hasta la confluencia del Sweed-Water con la rama septentrional del Nebrasca: y desde allí se extendian á Sudoeste hasta los márgenes del río Colorado y á Noroeste hasta las del Snake, tributario del Columbia. Ocupan hoy aún el Sudeste de Oregon é Idaho, el Occidente de Montana, todo

[1] Fuentes de este capítulo BANCROFT *The Native Races*, vol. 1.°, cap. 4.°, págs. 422-442; vol. 3.°, capítulos 3.° y 5.°, Mithology; cap. 5.°, Languages.—LEWIS AND CLARKE, *Travels to the source of the Missouri* pags. 260-289, 306-316.—ROSS, *Fur Hunters of Far West*, vol. 1.° pag, 249-275; vol. 2.°, páginas 102-117; 150-169; 250.—SCHOOLCRAFT, *Information respecting the History, Condition and Prospects of Indian Tribes etc.*, vol 1.° pags. 198-228.

el territorio de Nevada y Utah y parte de Arizona y California. Distan del mar, los que ménos, sobre ciento cincuenta millas.

Comprendo bajo el nombre de shoshonis á los *snakes* propiamente dichos y á los *utahs*. Los snakes se dividían en multitud de pequeñas tribus, las más notables, la de los *bannakes* y la de los *yampatick-aras* ó comedores de raíces; los utahs, en *washoes*, *pah utes*, *pah vantes*, *pi edes* y *ghos utes*, tribu que no era ya sinó informe y confusa mezcla de utahs y snakes. Vivían los snakes al Norte y los utahs al Mediodía.

Eran generalmente los shoshonis de pequeña talla, de oscura tez, de bastas é incorrectas formas. No se distinguían por su belleza ni las mujeres, como no fuera en piés y manos. Solían ser algo más fornidos los utahs que los snakes; pero tambien ménos ágiles y más deformes. Unos y otros tenían escasos el volúmen del cerebro y la capacidad del cráneo. Constituían por esta razon, así en lo intelectual como en lo físico, uno de los más bajos tipos de nuestra especie.

Pintábanse de ordinario los shoshonis y llevaban suelta por cara y hombros la cabellera. A veces, sin embargo, principalmente los utahs, con tiras de piel de nutria se la recogían en dos trenzas, que les bajaban por el pecho. No se la cortaban nunca los varones sinó en señal de luto; pero sí las hembras. Ni hembras ni varones se labraban tampoco el cuerpo ni se agujereaban ni sajaban la ternilla de las narices. No por ésto cabe suponerlos poco amigos de adornos. Colgábanse muchos de las orejas manojos de cuentas mezcladas con piezas de madreperla y se ceñían al cuello sartas, ya de conchas de mar, ya de puas de puerco espin, ya de garras de oso, ya de colmillos de alce, cuando no cordones que hacían de olorosas yerbas. ¡Cuantos no llevaban además en la cabeza alas y colas de pájaros y plumas de grandes águilas!

En verano los utahs iban comunmente desnudos; en invierno, con una sola capa de pieles de conejo, que llevaban suelta en los hombros ó sujeta al cuerpo con tiras de la misma sustancia. Vestían los snakes, además de la capa, una camiseta que les bajaba á la mitad del muslo, altísimas polainas y elegantes mocasines. Hacían de cuero los mocasines y, cuando no los adornaban con puas de puerco espin, los cubrían con una piel de gato montés, cuya cola les daba en los calcañares y arrastraba por el suelo. Para las polainas se servían de pieles enteras de antílope, y éstas las cosían de modo, que les viniesen las piernas al cinto y el cuello les batiese tambien los talones y anduviese arrastrando. Guarnecían con franjas y puas de puerco espin el borde inferior de esos botines y con escalpes las costuras. Usaban en sus camisetas cuello y mangas: cuello cuadrangular, mangas abiertas del hombro al codo y cerradas del codo á la muñeca. Embellecíanlo todo asimismo con puas y orlas; pero guardaban el mayor lujo para sus capas, ordinariamente de piel de búfalo. Esas capas tenían tambien cuello y además una como valona ó palatina. Tenía formado el cuello por toda la parte superior de una piel de nutria, tanto que lo terminaba la ca–

beza y la cola de este anfibio; y la valona, por multitud de cordones de yerbas, cubiertos de pieles de armiño, que no bajaban nunca de ciento y llegaban á veces á doscientos cincuenta. Toda piel de armiño llevaba, como la de la nutria, su cola y su cabeza: la cabeza cosida al cuello de la capa y la cola suelta y terminada por una borla. Completaban el traje un cinturon y una especie de gorra que, por ser á menudo la piel de la cabeza de un lobo y presentar erguidas las orejas, daba al que se la ceñía un aspecto fantástico.

Aventajaban tambien los snakes á los utahs en habitaciones, aunque no tanto como en el traje. Vivían los snakes en tiendas cónicas formadas de postes y pieles con sólo un hueco en el vértice para el escape del humo y otro que servía de puerta y medía tres ó cuatro piés de altura sobre el nivel del suelo. Cerraban á voluntad el primero cuando llovía ó nevaba, y defendían el segundo con anchas tiras de cuero que suspendian de estacas. Ni ésto hacian los utahs, que cuando más se guarecían del aire dentro de un semicírculo de arbustos sin frente ni techo. Ya se albergaban en oscuras cuevas, ya en unos como hornos que abrían en tierras areniscas, ya en madrigueras no más espaciosas ni más cómodas que las del lobo. Cuando la nieve cubría cerros y valles, dice Farnham, días y días pasaban los utahs en esas pobres guaridas medio aletargados y muertos de hambre, miéntras no les permitía el tiempo salir en busca de víveres. No era sinó muy comun encontrar despues en los alrededores cadáveres insepultos y hombres apénas con aliento para arrastrarse y comer la yerba que empezaba á brotar de la tierra.

Vivían verdaderamente los shoshonis triste y difícil vida. Los que no se habían establecido en las orillas de los ríos debían alimentarse principalmente de raíces, bayas, reptiles é insectos. Comían ratas, ratones, lagartos, serpientes, cigarras, hormigas y á veces hasta las carnes de sus propios hijos. Teníanse por dichosos cuando cazaban algun conejo. No vivían con más holgura sinó los del extremo Norte, que bajaban alguna vez á los valles de Oriente en persecucion del búfalo, los ribereños, que podían dedicarse á la pesca, algunos utahs que cultivaban el maíz, y las tribus del Idaho y del Oregon, cuyos montes abundaban en ciervos y gamos.

Cazaban los shoshonis el ciervo, ya remedándolo y acercándosele hasta que lo tenían á tiro, ya uniéndose muchos y acorralándolo como los tahuantinsuyus; á los lagartos, sacándolos de la madriguera por medio de corvas estacas; á las hormigas, extendiendo sobre los hormigueros frescas pieles de animales ó verdes cortezas de árboles. Veían á poco millares de hormigas sobre cortezas y pieles, y las iban echando en talegos. Por un procedimiento no ménos raro cogían los gosh-utes al conejo. Atajaban con faginas las veredas por donde solía pasar, y tendían sobre ellas redes de lino. No bien las pisaba, cuando, torpe en andar, caía en manos de los cazadores.

Pescaban ordinariamente aquellas tribus con lanzas de móvil punta, que al

herir se desprendía; pero tambien con redes de junco ó de flexibles ramas. Cuando se servían de redes, buscaban en el río algun banco de arena. Llevábanlas á flote río abajo, y al dar con el banco las recogían por los extremos. Pez que cautivasen lo mataban al punto cortándole la cabeza con los dientes. Pescaban, además, con estacadas y grandes cestos principalmente donde una ó más islas dividían las aguas. Al través de los canales que éstas formaban tendían sobre cerradas líneas de estacas de sauce corpulentos árboles. Abrían en medio de la línea de estacas un grande agujero y detrás ponían boca arriba un cesto de diez y ocho á veinte piés de diámetro, que era cilíndrico en su cuerpo y cónico en su remate. Por su remate lo vaciaban cuando estaba ya lleno de pesca.

Es de citar la manera como preparaban algunas de sus comidas. Chamuscaban el conejo, lo comprimían á fin de desocuparle el estómago y lo asaban ó lo cocian sin desollarlo ni destriparlo. A los lagartos, á las serpientes, á las cigarras, á las hormigas, las echaban vivas en platos llenos de rescoldo, y allí los revolvían hasta verlos asados y muertos. Asados ya, bien los comían secos, bien en sopa. Arrojaban con frecuencia al caldero en que tenían hirviendo el agua puñados de hormigas ó de cigarras. Del pescado quitaban á veces las espinas; cosa de notar, atendida su extrema suciedad, que los llevaba como á los columbios de tierra adentro á cazar y comer piojos.

No usaban ni conocían los shoshonis género alguno de canoas para atravesar los ríos. O los vadeaban, ó los pasaban á nado, ó los cruzaban cuando más en groseras y peligrosas balsas, compuestas aquí de ramas y juncos, allí de cañas. Pudo ser debida carencia tal de barcas á escasez de madera, más no de herramientas. Disponían de hachas ó cuñas de cuerno de alce, de martillos de pedernal, de lesnas y rascadores de hueso y de cuchillas de obsidiana ya con, ya sin mango, cuyas afiladas hojas tenían sobre un tercio de pié de largas. Instrumentos imperfectísimos todos, pero no tanto, que no les sirvieran para hacer vasijas de piedra, de que aún quedan ejemplos.

La vajilla, sin embargo, la solían los shoshonis fabricar de tierra cocida al horno. Eran en esto hábiles como en ningun otro pueblo de la comarca: hacían con no ménos belleza que solidez, platos, fuentes y jarros. Habían dado, segun Stuart, hasta con cierta arcilla que comunicaba agradable sabor y fragancia á todo lo que esos utensilios contenían. Labraban tambien ollas y cestos impermeables como los que hemos visto en los columbios. Tejíanlos, ya con trenzadas yerbas, ya con mimbres, y los cubrían ó forraban de cuero. Distinguíanse tambien por sus elegantes y vistosas esteras de junco y por sus hermosas pipas, unas de verde y trasparente piedra, otras de rojo barro.

Eran no ménos dignas de atencion sus armas. No empleaban algunos shoshonis sinó la clava así en la defensa como en el ataque; pero conocían y usaban los más el arco, la flecha, la lanza, el poggamoggon, el escudo y la cota. Eran

generalmente los arcos de cedro ó de pino; sólo uno que otro, de cuerno de alce. Variaban en longitud; tanto, que unos medían hasta seis piés y otros no más de treinta pulgadas. Como los de los columbios, solían llevar pegado á la parte posterior un nervio. Un nervio les servía tambien de cuerda. De dos á cuatro piés tenían de largo las flechas y terminaban abajo por una pluma, arriba por una punta de pedernal ó de obsidiana. De treinta á cuarenta llevaba el soldado shoshoni en su aljaba de cuero, además de las dos que traía en las manos.

Las lanzas de guerra diferían poco de las flechas como no fuese en altura; las de pescar eran las verdaderamente notables. Consistían las últimas en lijeras ramas de sauce de diez piés de largo, provistas de una punta de hueso que, sobre estar prendida al cuello del hasta, iba sujeta al cuerpo del hasta misma por una larga cuerda. Si, herido el pez, no podía el pescador retirar la lanza, tenía aún por ella medio de seguirlo, puesto quo no dejaba nunca de verla flotando como una boya sobre las aguas. Conseguía frecuentemente retenerla y no tardaba en apoderarse de su víctima.

El poggamoggon era una especie de *casse-tète*, compuesto de una piedra, un mango y una presilla ó lazada. La piedra, siempre de mucho peso, colgaba del mango por una cuerda de dos pulgadas de longitud, á veces un simple nervio; el mango tenía como dos piés de largo; la lazada servía para llevar el arma suspendida de la muñeca. Podía así el shoshoni manejar el poggamoggon sin temor de perderlo y usar del arco y la flecha sin necesidad de soltarlo. Mango y piedra solían estar cubiertas de cuero.

El escudo para los snakes era más un talisman que una defensa. Con sólo llevarlo se creían invulnerables. Era ésto debido á que lo fabricaban con grandes ceremonias. Hacíanlo circular, de dos piés y medio de diámetro, de la fresca piel de un búfalo macho que no tuviera más de dos años. Abrían en la tierra un hoyo, lo llenaban de piedras calientes, las rociaban con agua fría y sujetaban la piel á la accion del vapor hasta que se le pudiera quitar el pelo con las solas manos y se la redujera á las acostumbradas dimensiones. Cuando lo alcanzaban, la ponían sobre una piel ya preparada, y hacían que la pisaran los desnudos piés de cuantos asistían á la fiesta. Distaba de tener el escudo para los utahs la misma importancia. Si algunos lo usaban, lo llevaban suspendido del cuello.

La cota, por fin, se componía de muchas pieles de antílope unidas por cierta mixtura de goma y arena.

Inútil sería ya decir que los shoshonis eran aficionados á la lucha. Vivían frecuentemente en guerra y cifraban su orgullo en los escalpes. No se satisfacían con arrancar la cabellera al enemigo que habían visto fuerte y bravo en el combate; le arrancaban pedazos de carne y se los comían para infundirse el valor del muerto. Admiraban tanto el ajeno como el propio heroismo: no era sinó muy comun que dejaran libres y salvos á los prisioneros que lo hubiesen mostrado en la batalla. A los demás, principalmente si eran mujeres, las

entregaban á las suyas para que las sujetaran á los más crueles tormentos.

Como la generalidad de los pueblos bárbaros, valíanse los shoshonis de la emboscada y la sorpresa. Hacían, además, ahumadas. Ofrecían y celebraban la paz por medio de la pipa. La pipa de la paz era allí como las que vimos en las naciones de la banda de Oriente: largo el tubo; de piedra pintada ó esculpida, el tazon; tazon y caña, adornados de plumas. Pasaba de boca en boca luego de celebrado el convenio, y cada embajador echaba el humo en la direccion que mejor le parecía, no sin murmujear votos ó plegarias. Era aquello la más solemne ratificacion de los tratados.

Distinguíanse los snakes por la destreza en burlar la persecucion de sus enemigos. Cuando los veían, se ocultaban entre las altas yerbas de sus praderas y caminando en direccion opuesta los dejaban á su espalda. Iban hácia sus perseguidores en vez de huirlos; y tan seguros estaban del éxito de su estratagema, que á veces cuando los tenían ya detras de sí, les llamaban la atencion prorumpiendo en alaridos.

En guerra como en paz carecían los jefes de las tribus shoshonis de autoridad y fuerza. Para hacerse obedecer no disponían de otros medios que la influencia personal y el consejo. Debían unos el cargo á la herencia y otros á su prestigio; pero no gozaba ninguno de privilegios ni de tributos. No podían ni castigar á los delincuentes, allí como en tantas otras partes blanco y señuelo de la venganza de los ofendidos. Si alguna vez se ejecutaba públicamente al asesino, era por el pueblo, no por el jefe. Celoso de su libertad, no consentía el shoshoni que nadie se la mermara.

Pero ¿no habría en realidad otros jefes que los de tribu? Ross habla de una importante reunion de los tres grupos en que divide la familia de los shoshonis: los *shirry-dikas* ó comedores de carne de perro, los *war-are-rikas* ó comedores de pescado y los *ban-at-tis* ó salteadores. Hasta diez mil shoshonis dice que vió acampados en las orillas del Snake. Todos, segun él, obedecían á la voz de dos grandes jefes, *Pi-eye-em* y *Ama-qui-em*, dos hermanos de mediana edad y de hermoso aspecto. Es verdad que habla de un suceso por decirlo así de nuestros días; pero tambien lo es que no dan á los shoshonis sinó jefes de tribu los que describen á los existentes.

Pondera Ross el buen órden de tan vasto campamento, que ocupaba á lo largo del río hasta siete millas; y convienen los autores todos en el órden que guardaban generalmente las tribus shoshonis. ¿Será cierto qué no se necesite de la autoridad para el régimen de los pueblos?

Podía reinar allí el órden material; el moral y el social no existían. A menudo empleaba el utah su libertad, si marido, para vender ó jugar á su esposa; si padre, para jugar ó vender á sus hijos. Robaba con frecuencia los hijos y las mujeres de los demás para tambien venderlos. Sabía que los esclavos obtenidos por compra eran objeto de tratamientos bárbaros; y enagenaba, sin embargo, á

sus más próximos deudos, no pocas veces por fruslerias. Hacía de la esclavitud su principal tráfico y de los esclavos su mayor riqueza. Se arrogaba el derecho, no sólo de azotarlos y extenuarlos de hambre, sinó tambien de matarlos.

Esclavos tenían los snakes y dueños absolutos se consideraban tambien de sus mujeres é hijas. Castigaban de muerte á la adúltera y entregaban por precio la esposa fiel al antojo del primer extranjero que pisaba su tienda. Vendían á sus hijas, ya adultas, ya niñas, al mozo ó viejo que se las pedía en matrimonio. Casábanse por otra parte con tantas mujeres como podían y las repudiaban por los más frívolos pretextos. No tenían en mucho la castidad de la mujer soltera.

Como tantos otros pueblos de América, dejaban en completa libertad á sus hijos varones. No los castigaban nunca por no quebrantarles el espíritu, que, una vez relajado, decían, no es fácil que recobre su antiguo temple. Eran verdaderamente señores de sí mismos y siervos de su prole.

En virtudes escaseaban tanto los shoshonis de las montañas y los desiertos, que apenas cabía distinguirlos de los brutos. Ningun freno ponían á sus pasiones; ningun sentimiento noble abrigaban, como no fuese el amor á tan ingrato suelo. Eran ménos viciosos los shoshonis de los valles y los ríos; pero tampoco dignos de encomios. Se distinguían por lo crueles, lo desleales y lo codiciosos del bien ajeno. Tenían poco ó nada de hospitalarios. Abandonaban á los ancianos y los enfermos cuando les servían de estorbo. Declinaban en la mujer todo trabajo, excepto el de la guerra, y le daban por recompensa más golpes que buenas palabras. Extremadamente aficionados al juego, jugaban, como dije, á sus propios hijos.

No bebían licores los shoshonis porque no los tenían: se apasionaron por el *whisky* en cuanto lo conocieron. Eran en cambio grandes fumadores. Ratificaban con la pipa, no solamente la paz, sinó tambien todo contrato. Usábanla entónces con muchas y variadas ceremonias. Quien le hacía describir un semicírculo y quien un círculo entero antes de llevarla á los labios; quien la levantaba al cielo y quien la inclinaba á la tierra. Fumaban una hoja que llamaban *kinik-kinik;* y, cuando trataron con los europeos, no la quisieron cambiar en muchos años por el tabaco, temiendo que no se la substituyese la naturaleza por alguna planta venenosa. Vanagloriábanse ¿quién lo diría? de haber sido los primeros hombres que fumaron y los que trasmitieron á las demás naciones tan general costumbre.

Carecían de moralidad los shoshonis y no de creencias religiosas. Hablaban tambien de una region de las almas y de un supremo sér, hombre ó espíritu, que vivía en los cielos. No atribuían gran poder á Dios; pero sí al diablo, á quien daban por auxiliares cuerpos numerosos de duendes y trasgos. Contaban entre éstos á los *nenumbis* y á los *pahonahs*, que no diferían realmente sinó en ser los unos hijos de la tierra y los otros del agua. Medían, segun ellos, así

los pahonahs como los nenumbis sólo dos pies de altura, tenían rabo é iban completamente desnudos. Andaban al acecho de los niños descuidados por las madres, y los robaban substituyéndolos con seres de su raza. Luego que cogían el pecho de la madre, empezaban á devorárselo. Importaba poco que hubiesen de soltarlo por los desgarradores gritos de la víctima y la consiguiente alarma: dejaban á la infeliz mujer herida de muerte.

Hablaban además los shoshonis de un anciano misterioso por nombre *Wankanaga*, que miraban como su padre. Por él esplicaban que fuesen carbónicas las aguas de ciertos manantiales de Idaho. Allá en apartados tiempos, decían, cuando los algodonales no eran aún mayores que flechas, vivían en paz todos los hombres. Yacía el hacha debajo de la tierra, y los cazadores se invadían mutúamente sus territorios de caza sin levantar odios ni torpes recelos. Aconteció un día que al márgen de una fuente se encontraron dos poderosos jefes: uno que lo era de los shoshonis y otro que lo era de los comanches. Venían de cazar, y había sido tan afortunado el uno como desdichado el otro. De mal humor el comanche por su mala suerte, provocó una cuestion sobre la importancia relativa de las dos naciones; y se enfureció de modo, que echó al manantial á su contendiente cuando le vió inclinado y bebiendo. Conmoviéronse las aguas á la caída del shoshoni, despidieron primeramente burbujas y luego chorros de gas, y formaron á poco una oscura niebla de que no tardó en salir el viejo y canoso Wankanaga. Por el tótem que le descubrió en el pecho, reconoció al punto el asesino en Wankanaga al padre comun de los shoshonis y los comanches, y quedó estático y mudo. Llevaba el anciano una tremenda clava de cuerno de alce. «¡Maldito! exclamó, dirigiéndose al turbado delincuente, acabas de separar por la muerte á los dos más grandes pueblos que el sol alumbra, y la sangre de ese shoshoni pide venganza.» Le hizo saltar de un golpe los sesos y le precipitó al agua. El agua entónces se volvió amarga y turbia, tanto que nadie pudo beberla hasta que el mismo Wankanaga dió con su clava en un peñasco vecino y por los pedazos que al manantial cayeron la puso clara, fresca y sabrosa como la mejor del mundo.

No quedan de la mitología de los shoshonis sinó estos pobres fragmentos. La influencia que pudo ejercer sobre el pueblo harto vimos que fué escasa. Apenas sirvió más que para poblarle de fantasmas cerros y valles. Tenía por compañera la magía, como todas las de América, y ponía varones y hembras á merced de unos pocos hombres que se decían favorecidos por el cielo y árbitros de la vida y la muerte. Había tambien entre los shoshonis sus hechiceros para el tratamiento de las enfermedades. Para curarlas ¡se disponía de tan pocos remedios! No se sabe que estuvieran en uso ni aún esos baños de vapor que hemos encontrado hasta ahora en casi todas las naciones del Pacífico.

Aumentó la religion la barbarie de los shoshonis, como la de tantas otras gentes. Quemaban unos y sepultaban otros los cadáveres; pero destruían todos la

propiedad del que moría y no pocos inmolaban sobre el sepulcro á la esposa que le fué más querida para que le acompañara á la region de las almas. Lacerábanse tambien el cuerpo en señal de duelo y se lamentaban á intervalos durante semanas y aún meses.

Intelectualmente no valían más los shoshonis que moralmente. Sobre todo los de la montaña se dice que llevaban impresa la estupidez en el rostro. No se sabe que tuviesen sistema alguno ni de numeracion ni de cronología. No se les conoce ni poesía, ni música. No se descubre algo de belleza sinó en sus arcos. Léjos de sentir afan por comunicarse con los demás hombres, se asegura que ocultaban á todo extranjero las voces en que expresaban sus conceptos.

Así debió de suceder, atendidas las escasas noticias que se posee acerca de su idioma. Fundándose Bancroft en buenas autoridades, hace á la lengua shoshoni madre de otras muchas: la *wihinasht*, la *bannack* y la *shoshoki;* la *utah*, la *uintaute*, la *goshute*, la *piute*, la *pahute*, la *painli*, la *washoe*, la *sampitche* y la *mono;* la *comanche*, la *moqui*, la *kizh*, la *netela*, la *kechi*, la *chemehuevi* y la *cahuillo*. De ninguna de ellas, dice, hay gramática escrita; y despues de consignar que en todas suele acentuarse la última sílaba de los vocábulos que no llevan prefijo el pronombre posesivo ni pasan de cuatro sílabas y la primera y la quinta de los que constan de más de cuatro é indicar que algunas, aunque muy pocas, palabras son casi idénticas á las de las lenguas tinnehs, pasa á examinar la ya debatida cuestion de si hay ó no vestigios del idioma de los aztecas en los idiomas del Norte. Da por vía de comparacion algunas palabras shoshonis, y con éstas y las que publica Schoolcraft no se llega á reunir sinó las que á continuacion transcribo.

Bancroft. Sol, *taba;* luna, *munga;* piedra, *timpi;* agua, *pa;* huevo, *nupahw* ó *nanki;* casa, *ninkan;* invierno, *tumu;* perro, *schari;* esposa, *wepi;* cabeza, *pampi;* ojo, *pui* y *umboi;* oido, *nongkawa* ó *masoaki;* nariz, *mui;* labio, *timpa*; dientes, *tangwa;* lengua, *aku;* brazo, *puiro;* mano, *mashitu;* pie, *nampa;* uno, *shemiti* ó *shimutsi;* diez, *paimanush*.—Schoolcraft. Castor, *harnitze;* almizclera, *pauitze;* salmon, *arki;* oso, *wearabse;* anzuelo, *natzun;* arpon ó cuchillo para la pesca, *wehe;* trampa contra los castones, *harnitzeun;* hacha, *hohanic;* pipa, *parm;* conchas marítimas, *tahwacar;* yerba, *shawnip;* mocasines, *maunep*; camisa, *wa-nup*; peto, *tu–wanup*; peto grande, *tosshi–wanup*; manta de búfalo, *cutche*; tabaco, *tu-parm*.

Cita otras palabras Schoolcraft, pero muy posteriores al descubrimiento: mula, *murah*; caballo, *tohuech*; brida, *auke-wa-nuss*; silla, *narrino*; látigo, *neutequar*; pólvora, *nargotuche*; tiro, *peait*; hombre blanco, *tarbabo*; navaja, *harbeteze*.

Ni aun estos cuarenta y nueve vocábulos puede admitirse que perteneciesen todos á la lengua madre de los shoshonis. Los publicados por Schoolcraft se ve claramente que disuenan de los de Bancroft y deben de ser por lo tanto de otra lengua ó dialecto. Cuando pudiéramos sobre este punto abrigar dudas, nos las

desvanecería el hecho de traducir Schoolcraft las voces agua, sol y luna incluídas en el libro de Bancroft, por las de *paah*, *tarpe* y *uphuie*.

La historia de los antiguos pueblos de América está, como tantas veces he dicho, llena de sombras. Los shoshonis, tal vez los más salvajes, no habían de ser naturalmente los más afortunados.

CAPÍTULO XLIV

Los californios.—Su situacion.—Su division en californios del Norte, californios del Centro y californios del Mediodía.—Principales tribus de los californios del Norte.—Caracteres físicos.—Manera de llevar el cabello.—Perforaciones de nariz y orejas.—Desgaste de los dientes.—Modo de labrarse el cuerpo.—Modo de pintárselo.—Traje ordinario y traje de fiesta.—Casas de verano y casas de invierno.—Casas cónicas y casas cuadradas.—Alimentos.—Diversas clases de raíces.—Pan de bellotas.—Acopios para el invierno.—Manera de guardarlos.—Caza y pesca.—Ardides contra los antílopes.—Atajos contra los salmones.—Pesca á la luz de las antorchas.—Pesca de los espirenques.—Pesca de las anguilas.—Adobo de pieles.—Fabricacion de canoas.—Balsas.—Analogías entre las de los californios y las del antiguo imperio de los Incas.—Otras industrias. Armas.—Arcos y flechas.—Guerras.—Causas que las producían.—Escalpes y otras mutilaciones de los vencidos.—Caza de hombres.—Gobierno.—Castigos.—Degradacion de la mujer.—Como se adquiría la novia por el novio.—Por qué se la vendía cara.—Poligamia.—Ceremonias nupciales.—Repudios.—Cargas que pesaban sobre la mujer.—En que la ayudaba el hombre.—Danzas y Fiestas.—Danzas religiosas.—Mitología.—Chareya.—Como creó el mundo.—El Coyote.—Porque era bueno para el hombre.—Origen que daban al hombre los shastas.—Leyenda que es toda una cosmogonía.—Origen que se atribuían los californios del río Trinity y los de la costa.—Wapeckquemow.—Los Hohgates.—Razas prehumanas.—Diablos.—Diversidad de creencias sobre la vida futura;—Diversidad de ritus funerarios.—Duelos.—Influencia de las ideas religiosas sobre los californios del Norte.—Como los aterrorizaba la idea del diablo.—Hombres-Medicina.—Su importancia.—Sus distintas clases.—Su rara terapéutica.—Sus logias.—Sus ritus de iniciacion.—Los temescales.—Moralidad de los californios.—Lo apasionados que eran por el juego.—Comparacion entre ellos y los shoshonis. [1]

LINDABAN con los shoshonis al Occidente los californios, que en la clasificacion de Bancroft constituyen el tercer grupo. Los pone Bancroft entre los paralelos cuarenta y tres y treinta y dos, treinta; de Norte á Sur desde los montes Umpqua hasta la boca del río Colorado, y de Oeste á Este desde las costas del Pacífico hasta las sierras que limitan á Poniente la Gran Cuenca (*the Great Bássin*). Los ve distribuídos en tantas, tan distintas y tan independientes tribus, que los divide, no etnológica, sinó geograficamente.

Los californios se dividen, segun Bancroft, en californios del Norte, californios del Centro y californios del Mediodía. Se extienden los del Norte desde los márgenes del río Rogue hasta las del Eel (Anguila); los del Centro, desde los del Eel hasta cerca de las del Guyamas; los del Mediodía, desde las del Guyamas, hasta las islas Montague y Goree, que están en lo más interior del golfo de California. Al Oriente las fronteras del actual Estado de California tienen todas por límite.

1 Fuentes de este capítulo: BANCROFT, *The Native Races*, vol. 1.° cap. 4.°; pags,. 322-361; vol. 3.° pags. 160, 161; 175-177; 523, 524;638.

Segun el mismo Bancroft las principales tribus de los californios del Norte son: 1.° los *klamathes*, que viven en las playas del lago superior y en las fuentes del río de su mismo nombre; 2.° los *modocos*, que habitan en las riberas del Klamath inferior y a lo largo del río Lost ó Perdido; 3.° los *shastas*, que moran cerca de los montes de esta misma denominacion, al Sudoeste de los lagos; 4.° *los indios del río Pitt*; 5.° los *eurocos* que ocupan las márgenes del río Klamath, desde Weitspek á la costa; 6.° los *cahrocos* que las ocupan desde poco ántes de la confluencia del *Trinity* hasta los montes Klapath; 7.° los *hupahs*, que están en el valle de este nombre, orillas del mismo Trinity, cerca de la embocadura; 8.° los *wiyotes*, los *wallis*, los *tolewahs* y otros que desde la bahía de Húmboldt al río Eel se derraman por las costas del Océano; 9.° *los indios del Rogue*, por fin, íncolas de las cercanías y los alrededores de este río.

Viven y vivían todos estos californios del Norte en tierras que por sus muchos lagos, ríos, arroyos y bosques eran ménos estériles que las de sus vecinos: examinemos si física, moral é intelectualmente fueron ó no mejores que los shoshonis.

Los californios de los lagos Klamath y de los ríos Klamath, Rogue y Trinity eran en general de buena estatura, de recios músculos, de gallardas formas, de ancho rostro, de angosta y bien sentada nariz, de no muy salientes pómulos, de vivos y brillantes ojos, de un color más ó ménos oscuro, segun estaban más ó ménos cerca del mar ó de los grandes cuerpos de agua. Solían ser las mujeres algo más bajas, pero, tambien más hermosas y algunas de singular belleza. Aunque se marchitaban pronto, no llegaban á presentar nunca la arrugada y repugnante faz de las del Centro. Eran, por lo contrario, las gentes del arroyo Redwood, de la bahía de Humboldt y del río Eel mal formados y obesos, de repulsiva catadura, de enorme cabeza poblada de espeso y basto pelo, de oscura tez, de tosco y zafio continente.

Llevaban unos y otros largo el cabello, ya recogido en una ó dos trenzas y caído por la espalda ó los hombros, ya anudado en la coronilla á manera de rodete, ya suelto y flotando. No era raro que las mujeres se lo adornasen con guirnaldas de hojas de laurel ó roble, ó con plumas de pintadas aves ó con colas de ardilla. Sólo algunas se lo cortaban sobre la frente; costumbre que tambien seguían en las riberas del Eel algunos varones.

La ternilla de la nariz se la agujereaban todos y se la ataviaban, quien con un cañon ó pluma de ánade, de tres á cuatro pulgadas de largo, quien con una sarta de cuentas ó conchas. Las orejas no se las taladraban sinó algunas de las tribus más al Norte, que se las solían engalanar con rodajas de madera. Los dientes se los desgastaban las de la bahía de la Trinidad hasta ponerlos á nivel de las encías y algunas hembras hasta dejarlos completamente cubiertos.

Mas ó ménos labrábanse el cuerpo todas las mujeres y muchos hombres: los hombres, el pecho y los brazos; las mujeres, la barba y en algunas tribus tam-

bien los brazos y aún el envés de las manos. En la barba se labraban perpendicularmente desde el centro y los ángulos del labio inferior tres líneas azules, que iban ensanchando, segun avanzaban en edad, hasta casi confundirlas. Cuanto más anchas eran las líneas, tanto más autoridad y respeto les daban.

En algunas, aunque pocas, tribus, principalmente en las que vivían cerca de los lagos, se pintaban los hombres de varios colores y comunmente de un modo grotesco. Entre los modocos se pintaban asímismo las mujeres. Guerrero modoco que se teñía de negro la cara iba á la guerra resuelto á vencer ó morir y no sobrevivía á su derrota.

Ceñíanse las californias del Norte un delantal ó un faldellin de piel de ciervo ó de entretegidas yerbas, y se echaban alguna que otra vez á los hombros una capa de pieles de marta ó de conejo, si no de venado. De piel de foca ó de nutria la solían llevar los que habitaban en la costa. Iban sin más abrigo los varones cuando se resolvían á usarla; y cuando no, se prendían de un cinturon unos médios calzones que no les tapaban sinó las caderas. Se cubrían la cabeza solamente las hembras, y éstas con sombreros ó gorras de mimbre, en que ya pintaban varias figuras, ya entrelazaban vistosas plumas de codorniz ó de picamaderos. Hembras y varones calzaban mocasines: en los alrededores de los lagos, de yerba ó de paja; en la confluencia del Klamath y el Trinity, de cuero, con dobles y triples suelas. En la bahía de Trinidad se ataban además los dos sexos con tiras de piel muslos y piernas hasta el tobillo.

Tenían aquellos pobres bárbaros sus trajes para los días de fiesta. Los modocos, por ejemplo, ora vestían anchas pieles á que habían cosido formando más ó ménos caprichosos dibujos escalpes de ganso; ora delantales bordados con yerbas de varios colores y recamados con cuentas y conchas de varias formas.

Tenían tambien los californios del Norte sus casas de verano y de invierno. De las de verano eran unas cuadradas, otras cónicas y otras en figura de taza vuelta boca abajo. Componíanse éstas de corvas ramas metidas en la tierra por los dos estremos, aquellas, de postes distribuídos en forma de círculo que se reunían por su parte superior dejando un hueco para el escape del humo; las primeras de cuatro filas de estacas ó piés derechos en los que descansaban horizontalmente más ó ménos toscos maderos. En todas cubrían la armazon esteras hábilmente entretejidas, helechos, broza ó ramaje.

De las casas de invierno unas eran tambien cónicas y otras cuadradas. Construíase las cónicas abriendo en la tierra un hoyo circular de dos ó cinco piés de hondo, en cuya circunferencia se hincaba postes lo bastante flexibles para que se pudiera doblarlos por arriba y reunirlos dejando un espacio que sirviese de chimenea y de puerta. Cubríase aquí la armazon generalmente con capas de tierra, y se bajaba al pavimento por un madero dentado que hacía las veces de escala. No fabricaban de otra manera sus casas los hupahs, pero vestían de piedra las paredes del hoyo y aún levantaban sobre el nivel del suelo, á la

distancia de unos cinco piés, otro muro, tambien de piedra, contra el cual apoyaban los postes.

Para la fabricacion de las casas cuadradas, de uso general en la costa, se abría tambien un hoyo de cuyas paredes sobresalían losas en que venía á descansar un techo de palos ó tablas con caballete y alero. Estaba la puerta, ya en el tejado, ya debajo del alero, ya al nivel de la tierra; pero no consistía nunca más que en un agujero redondo por donde pudiese entrar á gatas el hombre de más corpulencia. Cuando no venía la puerta al ras del suelo, subíase á sus umbrales ó por un madero con dientes ó por escalones de barro. Casas había en que las losas no eran más altas que el hoyo: levantábase entónces paredes sobre el nivel de la tierra dejando al rededor del subterráneo uno como anden que hacía el oficio de cama. No era raro que enfrente de la puerta hubiese un pequeño espacio no mal empedrado y limpio, á la vez locutorio y taller de las mujeres.

Distaban los californios del Norte de padecer la escasez y el hambre de los shoshonis. Disponían de bastante caza y de mucha más pesca; de bayas, de semillas, de raíces, entre ellas la ya conocida *camma*, la *kice* ó *kace*, el *wocus* y la *manzanita*. Hasta pan tenían, cosa hasta aquí no vista en ningun pueblo del Norte. Dejaban secar las bellotas, las molían, las hacían harina en toscos almireces de piedra, las amasaban y las cocían en hornos. Mezclábanlas comunmente con bayas de diversas clases, y no pocas veces las sazonaban con olorosas yerbas. Hacían budines valiéndose de las mismas sustancias; en vez de cocerlas al horno, las ponían á hervir en apretadas cestas de mimbre.

Como tantas otras naciones, acopiaban mucho para el invierno. Abrían al efecto los peces por el lomo; les sacaban la espina dorsal y los curaban al sol ó al humo. Colgábanlos despues en manojos de los techos de sus casas, que no despedían el mejor perfume. Guardaban los más al Norte las semillas y las raíces dentro de arcones labrados en las ramas inferiores de árboles de anchísimo ramaje: á fin de librarlo de gusanos solían untar de pez el tronco. Temían los modocos ver arrebatados sus acopios por las vecinas tribus, y los ocultaban debajo de las rocas y los matorrales. Tan bien lo hacían, que no siempre acertaban á encontrarlos en la estacion de las grandes nieves.

Como cazadores se distinguían los californios del Norte por su ingenio, ya que no por su bravura. Empleaban todo género de trampas y los de la montaña un ardid que no merece olvido. Salían estos hombres en busca de los antílopes sujetas á los talones tiras de piel de armiño; y, ya que los veían, escondían en altos yerbazales el cuerpo. Poníanse allí de modo que pudieran sacar al aire los piés y mover las blancas pieles. Curiosos los antílopes, iban acercándose al yerbazal; y, apenas estaban á tiro, bajaba los piés el cazador, sacaba la cabeza y disparaba el arco. Inútilmente huia la tímida y engañada fiera: era más veloz la flecha. Recurrían otras naciones á procedimientos análogos; pero no al de estos montañeses.

Era más original y singular el medio que se usaba en la bahía de Humboldt. En lugares no muy anchos se cerraba con toscas empalizadas los espacios entre los árboles, y, no se dejaba sinó una estrecha salida en que se colgaba de un poste un lazo corredizo. De tal manera estaba dispuesta la salida, que difícilmente podía la ojeada res cruzarla sin que viniera á dar con su cabeza en el nudo. Forcejaba la víctima, y á veces conseguía derribar el poste; pero caía al fin muerta ó viva en manos de sus perseguidores.

Empleaban tambien los californios del Norte para la caza mayor las hoyas encubiertas que en otras partes hemos visto; por ellas cogían hasta el oso, cuya carne se abstenían de comer porque consideraban impuro todo sér que se alimentaba de la de nuestros semejantes.

No habían desplegado ménos habilidad en la pesca. Al subir de los salmones levantaban en los ríos, sobre todo en los puntos donde era más rápida la corriente, estacadas con huecos de cuatro á cinco piés en cuadro, por donde no podían ménos de precipitarse aquellos peces, empujados los unos por los otros. Esperábanlos á la otra parte, y los alanceaban á su sabor ó los cogían en cestas ó redes. Lo notable era que hacían á veces las estacadas en lugares donde los ríos medían setenta y cinco varas de ancho, cosa verdaderamente de admirar cuando se disponía de escasas herramientas.

Pescaban, además, nuestros californios al resplandor de las antorchas. En el río Rogue salían á veces juntas hasta veinte canoas tripuladas cada una por dos mujeres y un hombre: el hombre con su lanza, una de las dos mujeres con la antorcha y la más fuerte remando. Atraídos y deslumbrados por la luz los peces, salían á la superficie del agua y morían á lanzadas. Adoptábase á veces otro procedimiento. Atajábase el río; y por la tarde se llevaba los peces al atajo á fuerza de vadear las aguas, de sacudirlas y de prorumpir en alaridos. Ya que se lo conseguía, se levantaba más arriba otra valla y se los dejaba sin salida. Encendíase por la noche hogueras en torno de aquel reducido espacio y se los alanceaba desde la ribera.

Algunas tribus, las del Klamath, por ejemplo, levantaban en mitad del río sobre altos postes tablados en que á la vez pescaban y dormían. Atábanse al brazo una cuerda que partía de las redes abajo tendidas, y despertaban á los brincos de cada salmon que por ellas entraba.

Es todavía más de notar la manera como los californios del Océano pescaban los espirenques de mar, que pertenecen tambien á la familia *Salmonidæ*. Tomaban una red triangular tendida entre dos ligeros palos, entrábanse en el agua hasta que les diese en la cintura, poníanse de cara á la costa y de espalda á las olas y al volver de las olas recogían á los espirenques. Por un no muy ancho cuello estaba unida la red con un enorme saco de malla: hacían pasar la pesca de la red al saco, y podían continuar por mucho tiempo su faena sin abandonar el puesto. A fin de resistir el empuje de las olas estaban generalmente atados á un poste hincado en la arena.

Para la pesca de las anguilas usaban, por fin, nuestros californios una red ó trampa á manera de embudo, que suspendian de una estaca y mantenían por medio de pesos en el fondo del río. Cerrábase la red en cuanto entraba la anguila; así que esta hallaba tan fácil la entrada como imposible la fuga. Empleaban tambien otros procedimientos para la pesca de los salmones.

Sobresalían en el ejercicio de otras artes. Tundían como nadie las pieles. Teníanlas en agua mientras no soltasen el pelo, extendíanlas entre dos árboles ó entre dos postes y esperaban á que estuviesen medio secas, raspábanlas por los dos lados, las mullían á golpes, las untaban por la parte interior con sesos de animales que calentaban al fuego y las dejaban veinte ó más días enterradas en lugar húmedo: procedimiento si nó igual, análogo al de los pueblos del Atlántico. No eran de mucho tan diestros en la fabricacion de sus canoas; pero las hacían en algunos lugares sin ningun instrumento de corte. Utilizaban troncos de pino, de abeto ó de sicomoro que había derribado el viento, y por el fuego los reducían y los vaciaban. Para acelerar el trabajo cubrían de pez lo que deseaban quemar y atajaban por medio de verdes cortezas de árbol el paso de las llamas. Hacían romas así la proa como la popa, y allá en la popa dejaban una como banqueta interior que servía de asiento. Pasaban luego días y aun meses puliendo y acabando la barca: desgraciadamente no lograban nunca darle simetría ni belleza.

En la costa las canoas eran generalmente grandes. Las había de cuarenta y dos piés de eslora y cuatro y cuatro y medio de manga que podían contener hasta veinticuatro personas y cinco toneladas de géneros. No ponían estos californios ménos cuidado que otros pueblos del Pacífico en preservarlas de los rayos del sol cuando las sacaban á tierra: pero no las calafateaban por abiertas y rajadas que estuviesen. Limitábanse á unir fuertemente con mimbres los bordes de la grieta. Movíanlas y empujábanlas con pértigas, mitad palos, mitad remos.

No eran, sin embargo, las canoas lo que llamaba la atencion en esa parte de América, sinó unas como balsas, que nos parecerían en extremo originales, si no hubiésemos visto ya otras muy parecidas en el mar y los ríos del antiguo imperio de los Incas. En aquellas aguas recordará el lector que vimos unos haces de enea, del tamaño de bueyes, por delante ahusados, por el medio fuertemente sujetos y por detrás anchos, donde el marinero iba de bruces sobre la popa y hacía bogar la embarcacion por el acompasado movimiento de sus piés y manos. Navegaban aquí nuestros californios en haces de juncos ahusados por los dos estremos, iban en mitad de ellos á horcajadas y los hacían bogar por el solo movimiento de sus piés, que procuraban fuese blando y suave para no espantar la pesca. Californios y tahuantinsuyus se dice que se atrevían en tan al parecer frágiles barcas á separarse de la playa: lo cierto es que en ellas podían navegar sin temor de que se les volcaran ni se les estrellaran contra las rocas. ¿Como no

ha de ser inagotable la inventiva del hombre cuando así se manifestaba en épocas en que se disponía de tan escasos medios?

Distinguíanse, además, los californios del Norte por su habilidad en trenzar las yerbas y las raíces de sauce, de las que hacían esteras, sombreros, cestas y aun cintas de colores para atarse y recogerse la cabellera. En todos estos artículos desplegaban ya gusto y sentimiento de belleza, puesto que los adornaban con dibujos, bien valiéndose de tinturas vegetales, bien combinando materias de diversos matices. De yerbas y de sauce como tambien de juncos y mimbres fabricaban platos, fuentes, tazas, calderos y hasta los sacos de figura cónica que solían llevar á la espalda las mujeres que iban en busca de bayas y bulbos.

No se distinguían tanto por sus armas, casi reducidas al arco y la flecha, pues no todos manejaban ni conocían la clava. Hacían sus arcos de tejo, de cedro ó de otra madera no ménos flexible y elástica; y ordinariamente los pintaban y aún los reforzaban con nervios, que les servían así mismo de cuerdas. Buscaban para sus flechas bien cañas, bien otra sustancia lijera; y les daban por hierro una punta de obsidiana, de pedernal ó de hueso y por cabo una como contera de cinco á ocho pulgadas, cubierta de plumas. Encajaban la punta en un aro de madera y éste en el cañon del astil, de modo que, no porque se arrancara la flecha, dejase de quedar la punta en la herida. Era ésto tanto más grave, cuanto que algunos, los wallis, por ejemplo, la envenenaban con el virus de la serpiente de cascabel, la más temida de las serpientes.

Describen algunos autores como hacen aún hoy esos californios la punta de sus flechas y no creo justo pasarlo en silencio. Cogen los shastas un pedazo de obsidiana, lo ponen contra una especie de yunque, lo recortan con un escoplo de ágata y, tomándolo luego entre el dedo pulgar y el índice, le dan ligeros y repetidos golpes que descargan con maravilloso tino. Los wiardos y aun otras muchas tribus, despues de batir á martillazos la obsidiana ó el pedernal hasta reducirlos á la forma que desean, van á lo que parece afilándolos por medio de unas pinzas que hacen de dos cuernos de gamo. Suplen aquí por la paciencia la falta de arte: cosa comun en todos los pueblos bárbaros.

No eran nuestros californios muy inclinados á la lucha; pero tenían sus guerras, y éstas, cuando no por el rapto de mujeres, por motivos de supersticion ó de religion que viene á ser lo mismo. Atribuían muchas veces los infortunios de un pueblo á las malas artes de otro, y no las castigaban sinó con la guerra. Declarábanla también alguna vez por cuestiones de pesca, que no siempre llevaban con paciencia las tribus sentadas en lo alto de un rio que otras establecidas más abajo lo atajasen é impidiesen la subida de los salmones. Salían nuestros hombres á campaña llevando, no en la espalda, sinó en el brazo la aljaba, que era comunmente de una piel de zorra, gato montés ú otro animal de no grandes dimensiones; y tendían el arco, no vertical, sinó horizontalmente, cosa hasta aquí no vista. Arrancaban la cabellera á los vencidos, como tantos otros pueblos salvajes.

Aunque no con frecuencia, sostenían tambien guerras por el afan de ejercer predominio sobre vecinas tribus y obligarlas á pagar tributo. La pelea solía ser entónces mucho más encarnizada y sangrienta. No se satisfacía el vencedor con el escalpe; se llevaba del enemigo muerto las manos, los piés ó la cabeza como señal y trofeo de su victoria. De los cahrocos se dice que se batian con piedras cuerpo á cuerpo; y de los indios del río Rogue, que de sus prisioneros no dejaban con vida sinó á las mujeres y á los niños. Si despues habían de atormentarlos, valía mucho más que les dieran desde luego muerte.

Lo más bárbaro que en esos californios encuentro es la infame costumbre de cazar con trampa á los hombres ni más ni ménos que á las fieras. Abrían en mitad de un camino un hoyo estrecho de boca, ancho de fondo, en cuyo centro hincaban un agudísimo palo de cuerno de alce ó de ciervo. El hombre que allí caía rara vez dejaba de clavarse en la punta del palo; y, ya que consiguiese evitarlo, no podía en manera alguna salir de su angosta cárcel. Tapábase la entrada de la hoya con estacas y tierra; y para engañar al más precavido se imprimía sobre tan falso pavimento la huella de dos ó más mocasines. Difícilmente escapaban del peligro más pasajeros que los iniciados en el secreto, á quienes se advertía el riesgo con piedras, ramas ú otros objetos que se colocaba de cierto modo: áun éstos eran á veces víctimas de la perfidia de su pueblo. Por fortuna de la humanidad sólo en las márgenes del río Pitt existía tan salvaje caza.

No podía allí evitar el gobierno tan impíos asesinatos. Sólo entre los patawates del río Dam y entre los allequas de la bahía de Trinidad eran hereditarios los jefes y lograban alguna obediencia. Aconsejaban los demás, no mandaban: no tenían autoridad ni para imponer lo justo. Cada padre de familia se consideraba rey, lo mismo en la calle que en su casa, y creía indigno de sí doblar la frente á voluntad agena. Había jefes de hogar, jefes de pueblo, jefes de tribu; pero todos igualmente nominales. Quedaban impunes á excepcion del adulterio los más graves crímenes. Se redimía por multas, pagaderas en sartas de wampum, hasta los homicidios. El destierro era el castigo mayor; la pena de muerte, inaplicable. Debía, con todo, vivir con gran desasosiego el que anduviese remiso en pagar la multa: ni la ciudad ni el sacerdocio podían salvarle del vengativo furor de los parientes del muerto. Dábase por el homicidio de la mujer sólo la mitad de lo que debía satisfacerse por el del hombre. ¿Se necesita más para saber cuan superior se creía el varon á la hembra?

La mujer era aquí tambien objeto de venta. No la ganaba el hombre ni por sus hechos militares, ni por sus aventuras de caza, ni por sus galanteos, sinó por sus riquezas. El que más daba, ese era el que la obtenía por esposa. Convenido y pagado el precio, se la llevaba al hogar como si hubiese comprado una esclava. Se la tomaba algunas veces á crédito; pero ¡desdichado del que tál hacía! Siervo de la familia de su novia era en tanto que no satisfacía el último plazo. De ordinario los padres vendían caras á sus hijas: de otra manera creian

que las despreciaban y se despreciaban á sí mismos. No sin razon, puesto que los hijos de mujer graciosamente entregada eran tenidos casi por bastardos y vivían fuera del trato comun de las gentes. Una sola ventaja tenía el comprador en tan raro negocio: la de poder en caso de error ó engaño despedir á la novia y reclamar la devolucion del precio.

Eran naturalmente polígamos sólo los ricos; rara vez, los pobres, que por muy contentos se daban cuando conseguían una mujer que no fuese desdentada y fea. Pobres y ricos, sin embargo, miraban mal y castigaban peor el adulterio. Arrancaban un ojo al varon y las entrañas á la hembra; hacían á los hijos que nacían de tan torpe ayuntamiento esclavos de cualquiera de los deudos de la madre. Sólo entre los hupahs se eximía de responsabilidad á la mujer y se la exigía al hombre. Entre todos los californios eran las célibes libres y dueñas de su cuerpo; no de mejor condicion sus hijos que los de las adúlteras.

Ceremonias nupciales no se dice que las hubiera sinó entre los modocos. Celebrábase allí el día de la boda un banquete en casa del padre de la novia. En tanto novia y novio estaban solos en una tienda á que los habían llevado con antorchas en las manos, á ella un coro de doncellas, á él de mancebos. Ardían apiladas junto á la tienda todas las antorchas. No había ni aun allí ceremonia ninguna para el divorcio. Repudiaba el marido á la mujer alegando los más frívolos pretextos, y la despedía de su casa con ménos formalidades que nosotros á la última de las sirvientas.

Durante los menstruos no podía tampoco la mujer klamath seguir en su pueblo; debía retirarse á lugar donde no la viesen ni se le acercasen hombres. En cambio la tribu de los muckalucos tenía, segun parece, instituida una danza en honor de las niñas que se hacían púberes.

Entre todos los californios del Norte pesaban tambien sobre la mujer gran número de cargas: los quehaceres domésticos, ir por agua y raíces, adobar las pieles, hacer todos los artículos de cestería, armar y desarmar la tienda; pero aquí siquiera la ayudaba el varon, no sólo en armar y desarmar la tienda, sinó tambien en recoger las raíces de los campos. Podía, por otra parte, la mujer declinar parte de sus deberes en sus esclavas, que esclavas y esclavos había en todas aquellas tribus.

Varones y hembras divertían sus penas con danzas y fiestas. Divertíanlas sobre todo cuando entraba alguna ballena en la playa, caía en la trampa algun ciervo ó subían los salmones por los ríos. Fiestas celebraban que tenían á no dudarlo carácter religioso. Hacían una todos los años que no era sinó una especie de accion de gracias al Supremo Espíritu. A juzgar por la de los wiardos, consistía principalmente en un baile á que concurrían de muchas tribus gran número de hombres y algunas mujeres. Danzaban unos y otras lentamente y acompañándose con singulares cantos al rededor de un fuego que se encendía en mitad de una larga y espaciosa tienda. Llevaban todos su mejor vestido y

cuantos adornos y galas poseían: la fiesta resultaba todo lo brillante que permitían las circunstancias.

Concluída la danza, salía del fondo de la tienda un anciano de cabellos grises y pronunciaba un discurso en que, despues de enumerar los beneficios de todo el año —las riquezas acumuladas y las victorias conseguidas— exhortaba á sus oyentes á que se hicieran dignos de nuevas gracias por su buena conducta y la moralidad de sus actos. Casi sin respirar estaban los asistentes por no perder palabra que de los labios del orador fluyese; pero no bien dejaba de hablar cuando ¡oh dolor! se entregaban todos al más desenfrenado libertinaje. ¿Sería porqué á los ojos del hombre bárbaro no constituirían los actos contra la honestidad verdaderos delitos? Tampoco los juzga muy severamente el hombre culto, mientras no vayan acompañados de la violencia.

Tenían los cahrocos una fiesta parecida que calificaban de propiciatoria. Danzaban y cantaban aquí los profanos, mientras un personaje, por nombre *Chareya*, vivía en lo más recóndito de los vecinos montes sin más compañía que la de un criado ni más comida que la necesaria para conservar el aliento. Diez días duraban los bailes y los cantos y diez el retiro del sacerdote; finidos los cuales, salía una comision en busca de Chareya, que raras veces podía venir por su pié segun estaba de flaco y débil. Vendados llevaban los ojos los que le traían por no ser posible la vida en hombre que hubiese llegado á verle el rostro; y en cuanto parecía, dispersábanse llenas de terror las gentes, sucediendo al regocijo el espanto y al bullicio el silencio.

Pasaba luego Chareya á los baños de vapor del pueblo; y cuando salía empezaban las verdaderas danzas propiciatorias. Bailaban ya solamente los hombres y éstos acompañados, no por propios, sinó por ajenos cantos. Tambien aquí venía tras la solemnidad la crápula, tras el temor sacerdotal y las graves salmodías las más impúdicas saturnales. Creíase ya reconciliados á los dioses y conjuradas las catástrofes; y todo era placer y locura.

¿Tenían pues, una religion los californios del Norte? Ese Chareya de que acabo de hablar era el Dios-Hombre ó la imágen de Dios en la tierra. Por ésto no cabía mirarle ni resistir su mirada, sobre todo cuando volvía de su periódico apartamiento. Sentábase en el mismo banco desde el cual se suponía que el Chareya del cielo había creado el mundo: era el gran sacerdote, el jefe de los magos y de los hombres-medicina. ¿Cómo no, si se le aparecía de vez en cuando el Chareya Dios, ceñida al cuerpo una larga túnica, el sagrado talego en el brazo y los blancos y sueltos cabellos flotando por los hombros?

Chareya, decían los cahrocos, hizo primero á los peces, despues á los animales de la tierra y por fin al hombre, á quien confirió la facultad de prescribirles la posicion que habían de guardar y los deberes que habían de cumplir para llenar los fines de la vida. Veían los cahrocos en ese Chareya el espíritu creador; y guardaban, sin embargo, su adoracion y su culto para cierto sér fantástico

que descubrimos ya en otros pueblos, el *coyote*. El coyote, añadían, bien que por agradecimiento, es nuestro mejor amigo y nos presta señalados servicios. La gratitud la atribuían al siguiente acontecimiento.

Cuando el hombre, decían, recibió de Chareya la facultad de fijar la suerte de los demás animales, resolvió darles á todos un arco por cuya longitud se midiese la categoría del que lo llevase. Señaló para el reparto el amanecer de un bello día; y el coyote, deseando coger el arco de mayor altura, se decidió á pasar en claro la noche de la víspera. Por muchas horas resistió al sueño; más durmióse al fin cuando estaba, por decirlo así, la aurora á las puertas de Oriente. Llegó á la cita el último, cogió el menor de los arcos y cayó en honda tristeza. Gracias á la intercesion del hombre obtuvo de Chareya en cambio la más refinada astucia. De aquí su agradecimiento.

Creían también los shastas en un Supremo Espíritu, autor de lo creado; pero daban al hombre muy distinto orígen. El grande espíritu, decían estos californios, sirviéndose de una gran piedra por barreno, taladró el cielo y vertió nieve hasta que dejó formado el monte Shasta. Bajó luego de nube en nube á la montaña, descendió al valle y con sólo meter acá y acullá los dedos en la tierra la pobló de árboles. Salió en esto el Sol y derritió parte de la nieve. Desatáronse en seguida por las vertientes del Shasta abundantes aguas, que en las llanuras formaron caudalosos ríos.

De las hojas que cayeron de los árboles hizo de un soplo el Creador la multitud de pájaros que cruzan los aires y de una estaca los demás seres vivos. De uno de los extremos de la estaca sacó los peces, del medio, casi todos los animales de tierra: del otro extremo, al oso gris, á quien hizo dueño y señor de todos los demás brutos. Al oso gris llegó á temerlo por lo vigoroso y lo grande, tanto, que le abrió el monte Shasta á fin de que tuviera cómodo y seguro albergue.

Sobre la cima del monte vivía en fuerte y espaciosa casa el Creador mismo con su mujer y sus hijos. Tras miles de nevadas aconteció un día de primavera que la casa tembló y se conmovió hasta sus cimientos al soplo de una tempestad que venía del Océano. Mandó al punto el Creador á su hija, aún de muy pocos años, que fuese á intimar al viento la órden de recogerse. Aunque la niña llevaba especial encargo de no meter la cabeza en el torbellino, la metió en él afanosa por ver los árboles, los ríos, el lejano mar y sobre todo las olas que, agitadas por la tormenta, estaban á la sazon blancas como los bosques en que la nieve cubre las ramas de los abetos. Cogióla el torbellino por los cabellos y la arrojó monte abajo á la tierra de los osos grises.

Los osos entonces hablaban y andaban en dos piés y con armas. Acertó á ver á la pobre niña uno que venía de cazar con un ciervo en la mano y la clava al hombro. Compadecido y admirado, la levantó del suelo y la llevó á su esposa, que, no ménos buena, la amamantó en sus propios pechos y la educó á la par de sus hijos. Fué la niña creciendo y, ya mujer, casó con el primogénito del oso.

El hombre fué el producto de tan raro enlace. Orígen por cierto no poco significativo: moralmente considerado ¿es acaso más el hombre que una mezcla de dios y bruto?

Satisfechos de la nueva raza los osos grises, levantaron para alojarla el pequeño monte Shasta junto al que servía de morada al Grande Espíritu. Feliz vivió allí muchos años el hombre con sus padres; y mucho más habría vivido, si su abuelo el oso, sintiéndose cerca de la muerte y conociendo á los progenitores de su nuera, no se hubiese creído en el deber de avisarles la existencia de la niña que lloraban muerta. Al recibir la noticia el Grande Espíritu, se alegró de modo que, poniéndose inmediatamente en camino, bajó de su montaña fundiendo acá y acullá la nieve bajo el rápido movimiento de sus plantas; mas no bien supo á su hija madre y madre de la humana estirpe, se enfureció hasta el punto de matar á la osa suegra con sólo fruncir su ceño. Habían salido á recibirle con la clava en el sobaco millares de osos distribuídos en dos filas; y, al ver muerta á su anciana compañera, no pudieron dejar de prorumpir en espantosos alaridos. El Grande Espíritu entónces, levantando arrebatadamente en sus hombros á la hija, se volvió á la armada y alborotada hueste y le dijo: «¡Silencio! ¡Silencio para siempre! Ninguna palabra volverá á brotar ya de vuestros labios. ¡Al suelo esas frentes! Andareis á cuatro piés hasta que vuelva.» Arrojó de allí osos y hombres, cerró la puerta del Pequeño Shasta y subió de nuevo á sus hogares. No se volvió á ver nunca más ni al padre ni á la hija; no volvió á humear nunca más la cumbre en que moraban.

Hay todavía shastas que se consideran descendientes de aquella raza de osos; no los matarían aunque pudiesen. Si en cambio ven á uno de sus semejantes muerto por un oso, miran con temor y respeto el sitio de la catástrofe y no lo cruzan que no depongan una piedra sobre el sepulcro.

Los californios del río Trinity y los de la costa distaban de atribuirse este orígen. Hablaban los primeros de un *Wappeckquemon*, gigante que vivía en la embocadura del Klamath, y le decían arrojado de la tierra por un dios á quien había ofendido. Añadían que ni él ni sus hijos habían podido volver jamás á tan hermosas márgenes, y en lugar de ellos habían bajado del Nordeste los hombres en quienes veían á sus primitivos padres. Tampoco éstos habían sido para con su dios humildes ni sumisos; pero no habían llevado en castigo sinó el quedar abandonados á sus fuerzas contra las malas artes del diablo.

Hablaban por su parte los californios de la costa de unos *Hohgates*, á quienes suponían autores de una inmensa capa de conchas y huesos que aún hoy existe en la meseta de la punta de S. Jorge. Decían de esos Hohgates que eran sólo siete y habían venido al país en barca por los tiempos en que bajaron del Norte los primeros habitantes. Tan extraordinarios seres, continuaban diciendo, vivían en casas al nivel del suelo, cazaban alces, pescaban con arpones sujetos por un sedal á la borda de la canoa, iban á las rocas en busca de almejas y ha-

cían tales acopios de víveres, que de los solos desperdicios se formó y quedó el banco de huesos y conchas.

Aconteció un día que esos Hohgates arponearon un leon marino de gran tamaño; y, no pudiendo ó no queriendo cortar la cuerda, se vieron con espantosa rapidez arrastrados al remolino de Chareckquin, que cae al Noroeste. En el borde estaban ya de tan formidable escollo, cuando de improviso se rompió la soga, fué en un abrir y cerrar de ojos engullido el mónstruo y ellos con su barca empezaron á subir por los aires y se perdieron al fin en la inmensidad de los cielos. Adonde fuesen á parar se ignora; los californios creian y creen aún verlos en las siete estrellas del Carro.

Una y otras leyendas parecen referirse á seres pre-humanos, á una raza anterior á la nuestra, que se pierde en la noche de los tiempos. ¡Sucede en tantas naciones lo mismo! ¿En cuántas no preceden los gigantes al hombre? Más allá del período histórico raro es el pueblo que no ve fantasmas.

Los californios del Norte creían, no en uno, sinó en muchos diablos: en *Omahá*, oso gris invisible, que á todas partes llevaba consigo la enfermedad y el infortunio; en *Makalay*, especie de unicornio, que corría como el viento, saltaba como el kangaro y mataba con la vista; en *Kalicknatek*, pájaro enorme, que anidaba en las altas cumbres, rumiaba en silencio sus pensamientos hasta encenderse en ira, y al sentir hambre barría con sus alas el Océano, cogía en el pico la primer ballena que descubría, la subía al más próximo cerro y sólo comiéndola de una vez saciaba su apetito; en *Wanusweyock*, en *Surgelp*, en *Napusney*, en *Nequiteh*, en otros muchos de ignorada forma é ignorada naturaleza. Como tantos otros pueblos, temían y respetaban más á esos ángeles del mal que al Grande Espíritu, sér, de quien no se acordaban ni al oir el estrépito y el fragor de la tormenta. Supongo que en Kalicknatek habrá ya reconocido el lector el pájaro trueno de otras mitologías.

Creían tambien los californios del Norte en la vida futura. Consideraban los más el cielo como un vasto juego de pelota, donde las almas despues de la muerte vivían bajo la salvaguardia del Grande Espíritu, exentas de cuidados y pesadumbres. La dificultad, segun ellos, estaba en llegar á ese punto de bienandanza, pues no fallecía hombre que no anduviese Omahá al acecho para robarle el alma luego que ésta abandonase el cuerpo. Otros californios, los eurocos por ejemplo, pintaban el paraíso como un lugar de claros y trasparentes ríos, brillantes cerros y verdes selvas, separado de la tierra por un abismo que debían cruzar las almas sobre un estrecho y movedizo palo. Las de los buenos lo cruzaban ayudados por el buen espíritu; las de los malos caían del puente al abismo. Suponían los cahrocos que el alma en su viaje daba con dos caminos: uno sembrado de flores, que conducía á través de las grandes aguas á una tierra sita al Occidente, llena de luz y vida; y otro, erizado de zarzas y espinas, que terminaba por un lugar poblado de venenosas serpientes. Las almas de los ré-

probos habian de seguir forzosamente este camino porque no cabía recorrer el otro sin la proteccion de Chareya. Encima de la tierra ponían los modocos su cielo: tan cerca de nosotros que desde allí los muertos incitaban al bien ó al mal á los vivos. Los tolewahs, por fin, colocaban el paraíso más allá del astro del día, y el infierno en un sitio oscuro donde las almas tiritaban de frío y de miedo azotadas sin cesar por los vientos y acosadas por las furias. Tiritando de frío en la oscuridad los describían tambien los californios de la costa; pero en el remolino de Chareckquin, á donde vimos arrastrados los siete hohgates.

Diferentes conceptos de la vida futura habían de dar naturalmente orígen á diferentes ritus funerarios. Quemaban los cadáveres los que temían la presencia de Omahá; y en tanto que los reducían á polvo cantaban y gesticulaban á fin de distraerle y facilitar á las almas el paso al cielo. Por tres noches tenían los eurocos fuego sobre la tumba de sus amigos para que las almas vieran donde ponían el pié al cruzar el peligroso puente que conducía al paraíso. Hacían otros lo mismo, y áun lo acompañaban con ruidosas manifestaciones creyendo que las almas sólo tres dias despues de la muerte dejaban de vagar en torno del cuerpo.

No había, sin embargo, unidad de ritus ni aún dentro de una misma tribu. Se incineraba donde se inhumaba, y se inhumaba donde se incineraba. Lo más en uso era á la verdad el enterramiento. Sepultábase los cadáveres, aquí tendidos, allí sentados, en otras partes la rodilla contra el pecho; más había en todas la costumbre de sepultarlos. Ordinariamente se ponía con ó junto al muerto los objetos muebles que habia poseído en vida: no era raro que se le quemase además la casa y se le esparciese las cenizas sobre el sepulcro. Principalmente si había sido jefe, le servia de cortejo fúnebre todo el pueblo. Se iba cantando por uno de los concurrentes sus virtudes y respondiéndose por los demás á coro. Luego que se llegaba al lugar del eterno descanso se prorumpía en ruidosas exclamaciones y llantos. Solían las viudas permanecer dos y más días sentadas sobre la fosa de sus maridos negándose á probar todo alimento; y algunas hasta se medio enterraban con ellos en señal de mayor cariño. Sólo las del Klamath Superior se cortaban el cabello sin dejarlo crecer hasta que tenían á quien entregar de nuevo el corazon y el alma. No debían de sentir tanto los modocos, cuando para expresar el dolor se valían de plañideras.

Cubríase en muchos lugares las fosas con toscos maderos y á veces se levantaba otros sobre la cabeza y los piés del cadáver. No se cerraba sinó las de los Jefes.

En ninguna tribu era, por fin, lícito recordar el nombre de los muertos.

Más por su mal que por su bien habían concebido los californios del Norte ideas religiosas. Vivían aterrados por la idea del diablo. En los murmullos de bosque, en el caer de las hojas ó las ramas de un árbol, en el más leve ruído que no acertaran á esplicarse reconocían la presencia y la accion del maligno

espíritu. Mirábanlo como un mónstruo que acechaba en la soledad al viajero para hacerle pedazos, y lo veían acompañado de asquerosos y hambrientos seres que desenterraban y devoraban á los muertos. Lo consideraban en muchas tribus susceptible de revestir diversas formas, y temían por esta sola razon al murciélago, al halcon, á la tarántula y sobre todo á la zumaya. Creían para colmo de mal en duendes, en trasgos, en hechiceros, en brujas y les concedían poder para meterles en el cuerpo sapos y serpientes que los tuvieran ó locos ó enfermos.

En pueblo tal no podían ménos de prevalecer los hombres-medicina. El hombre-medicina era allí efectivamente un personaje de importancia que vestía las más costosas pieles y tenía á su cargo visitar y purificar el campo de que hubiesen arrojado á su tribu los enemigos. Habia de recorrerlo todo entonando la cancion de la muerte y procurando aplacar al colérico espíritu causa de la derrota, porque entendían que sólo así cabía volver á encender sin peligro el fuego en los antiguos lares. El era quien debía curar las dolencias graves, vivir en perpétua comunicacion con el diablo y rasgar á los ojos de sus gentes el velo de lo futuro.

Había allí, no sólo hombres, sinó tambien mujeres-medicina; y en los dos sexos, doctores que hacían el diagnóstico y doctores que aplicaban los remedios. Agachábanse aquellos doctores á los piés del paciente y le ladraban como perro con rabia. Si procedía la enfermedad de venenos ó de conjuros, saltaban sobre él y le chupaban la parte dolorida ó le administraban eméticos; si de cualquiera otra causa, se retiraban y cedían el puesto á los otros doctores, que se valían de yerbas y raíces ó de ménos sublimes encantos. Asistían á veces al enfermo multitud de médicos ó médicas, que empezaban por rodearle, hacian los más raros gestos y las más violentas contorsiones, le lamían, le magullaban el cuerpo con las manos y las rodillas y, despues de haberle levantado ronchas y ampollas y de haberle atronado con horribles lamentos, caían ó fingían caer en misteriosos deliquios. Otras veces esos magos, de cabeza sobre el paciente, murmujeaban oraciones que nadie entendía: era que invocaban en secreto el auxilio de la naturaleza toda: los árboles, las fuentes, las rocas, el viento, la lluvia, el cielo y hasta las hojas que ruedan por el campo al soplo de los vientos.

En la mayor parte de las tribus constituían los hombres-medicina una especie de lógias. Reuníanse de ordinario en los *temescales* ó baños de vapor, subterráneos generalmente abiertos á la orilla de un río ó de un lago, donde ardía sin cesar un fuego que se encendía al asomar del otoño y no se apagaba mientras no soplasen las auras de la primavera. No podía entrar varon alguno en tan augusto cuerpo que no hubiese vivido diez días en el bosque sin probar más de lo necesario para la vida y al entrar en el temescal no saltase y brincase hasta caer sin sentido. Tampoco mujer alguna, como no danzase hasta rendirse al rededor del sagrado fuego.

El temescal no era sinó la estufa de que escribí en el capítulo 5.° del libro 1.° y habló Castañeda en su *Relacion del viaje á Cíbola*. Durante el invierno servía al decir de Bancroft y otros autores, no sólo para la reunion de los magos, sinó tambien para todos los hombres de la tribu, que allí comían y dormían; pero yo me resisto á creerlo. En mi opinion debia de haber dos clases de estufas: una para el pueblo y otra para los sacerdotes. No es posible admitir que cuando tan grande importancia se atribuia á esas logias, se las condenase á celebrar sus sesiones y sus ritus en medio de la profana muchedumbre. Volveremos á ver más al Sud en esos mismos temescales la confirmacion de lo que aquí presiento.

La religion tampoco moralizó á los californios del Norte. Como hubiesen puesto en la riqueza la fuente de toda consideracion y todo poder, recurrían para hacerse ricos á toda clase de medios. No vacilaban, siempre que pudieran asegurarse la impunidad, en emplear la traicion y el robo. De los shastas dice Kane que hasta vendían la libertad de sus hijos á los chinuks. Eran jugadores todos y se jugaban á sus mismas esposas. Jugaban unos y apostaban otros; y sufrian los bienes contínuo trasiego. Carecían así de arraigo las familias.

El juego allí más animado consistía en levantar, á cierta distancia uno de otro, dos postes, colocar en medio un bolo de madera y ver entre dos bandos provistos de estacas cual conseguía arrojarlo primero más allá de la contraria meta. Los dos bandos eran generalmente dos pueblos ó dos tribus; la agitacion y el tumulto, extraordinarios. Otro juego tenían aquellos hombres mucho más tranquilo: cogían un manojo de palillos, algunos negros, los demás blancos, lo tiraban al suelo y ganaban los que llevasen más allá los negros. Los demás eran juegos de adivinanzas como los que vimos en los columbios. Lo singular era que los solían acompañar todos con groseras canciones ó agitando sonajeros de puas de langosta.

Estaban los californios del Norte, como ve el lector, en lamentable atraso. Valían, sin embargo, mucho más que los shoshonis. Eran más hombres, no llevaban pintada la estupidez en el rostro, tenían más ingenio, ejercían mayor número de industrias, sentían algo más la belleza, se preocupaban de su propio orígen, gracias á ese mismo amor á poseer que con tanta frecuencia los llevaba al mal eran más activos y no se dejaban morir de hambre en los rigores del invierno. No comían ya ni lagartos, ni serpientes, ni hormigas. Enfrenaban más las pasiones. Habían concebido ideas más determinadas y concretas sobre la moralidad y la inmoralidad de nuestros actos, sobre el premio y el castigo.

Esos californios, segun sus propias tradiciones y la opinion de un entendido etnógrafo, habían bajado de países más al Norte. Parte, á lo que parece, habían venido por la costa y desparramádose tierra adentro; parte procedían del Villa-

mette y por las gargantas del Calapuya, por los descampados de Umpqua y por el valle del río Rogue habían llegado á los de Scott y Shastas; parte, costeando el río de las Cascadas habían ido á situarse en la gran meseta de los lagos. Participaban de la manera de ser de los pueblos más septentrionales; y de aquí la superioridad que á no dudarlo tenían sobre los shoshonis.

CAPÍTULO XLV

Los californios del Centro.—Sus principales tribus.—Sus condiciones físicas y los adornos de su cuerpo.—Su traje.—Su manera de llevar el cabello.—Sus viviendas.—Su alimentacion.—Sus procedimientos de caza y pesca.—Sus tamales y su pan.—Su modo de preparar las comidas.—Sus vasijas y cestos.—Sus haces de juncos por barcas.—Sus armas.—Sus guerras.—Sus escalpes.—Sus desafíos por heraldos.—Su conducta para con los prisioneros.—Su horror á la esclavitud.—Sus jefes.—Su organizacion política.—Sus casamientos.—Su poligamia.—La condicion de sus mujeres.—Facilidad con que éstas daban a luz á sus hijos.—Costumbre de acostarse los maridos en los partos de sus esposas.—Educacion de los niños.—Repudios.—Como se trataba á los ancianos.—Ideas religiosas.—Leyendas sobre el orígen del sol y la luna y sobre su propio orígen.—Observaciones sobre la tradicion de los habitantes del lago Tahoe.—Juegos.—Fiestas.—Enterramientos y lutos.—Enfermedades, médicos y medicinas.—Los californios del Sud.—Las dos principales tribus en que estaban divididos.—Condiciones físicas.—Adornos del cuerpo.—Traje.—Dijes.—Habitaciones.—Templos.—Alimentacion.—Ingeniosos procedimientos para coger las aves acuáticas.—Herramientas é industria.—Armas.—Costumbres militares.—Escalpes.—Prisioneros.—Instituciones políticas.—Abdicaciones de los jefes y ceremonias para la coronacion de los sucesores.—Medios que empleaban los jefes para conseguir la obediencia de los súbditos.—Derecho de asilo.—Poligamia y monogamia.—Diversidad de ceremonias para los esponsales y las bodas.—Como se trataba á las mujeres y se castigaba el adulterio.—Manera de purificar á la mujer despues del parto.—Carácter comunista de la educacion de los niños.—Como se les hacía escoger patrono entre los seres de la naturaleza.—Pruebas á que se les sometía cuando querían entrar en la categoría de los guerreros.—Sufrimiento que se imponía á la mujer al hacerse núbil.—Baños de vapor.—Terapéutica.—Remedios supersticiosos.—Hombres-Medicina.—Poder que se les atribuía.—Creencias religiosas.—Tradicion de los montañeses de San Juan Capistrano.—Tradicion de los llaneros de la misma comarca.—Identidad de las dos tradiciones.—Chinigchinich.—Ouiot.—Nocuma.—Tacu.—Touch.—Panes.—El buaro.—Tradicion sobre este pájaro.—Ideas de los acagchememes sobre la vida futura.—Para todos los californios del Sud el infierno estaba en la presente vida.—Tradicion de los californios del Condado de los Angeles.—Inmoralidad de los californios todos.—Sodomía.—Juegos.—Bailes.—Ritus fúnebres.—Ceremonias especiales en Santa Inés y otros puntos.—Lenguas que se hablaban segun Bancroft en toda la Alta California.—Carácter general de estos idiomas.—Diferencia entre los del Norte y los del Mediodía.—Particularidades del dialecto gallinomero.—Particularidades del inútsun.—Particularidades de la lengua taché ó talamé.—Distribucion de las lenguas califórnicas.—Conclusion. [1]

Los californios del Centro, dice Bancroft, no están divididos en grandes tribus, sinó en bandas sin número que se resisten á toda nomenclatura. Cita como las principales á los *tehamas*, que viven en el condado del mismo nombre; á los *pomos*, que desde el nacimiento de los ríos Eel y Rússian bajan al Sud hasta el lago Cléar y al Occidente hasta el Océano; á los *gallinomeros*, que ocupan el valle de Healdsburgo; á los *saneles*, *socoas*, *lamas* y *scacos*, esparcidos por los alrededores del pueblo de Sanel; á los *comachos*, que están en los valles de Ranchería y Andérson; á los *ukiahs* ó *yokias*, que cerca de la ciudad de Ukiah tienen y tuvieron siempre su asiento; á los *gualalas*, que moran en las orillas del arroyo de su propio nombre, á unas veinte millas de la boca del río Rússian ó Ruso: á los *lopillamillos*, á los *mipacmas* y á los *tyugas*,

---

[1] Fuentes de este capítulo: Bancroft, vol. I, cap. IV; vol. III, caps. II, III, IV, V y XII. Mythology; cap. IV. Languages.—Schoolcraft, vol. V, págs. 214-217

que pueblan las márgenes del lago Cléar; á los *yolos* ó *yolays*, que habitan las riberas del riachuelo Cache, en el actual condado de Yolo; á los *colusas*, derramados por las playas occidentales del Sacramento; á los *sonomas*, á los *guillicas*, á los *kanimares*, á los *simbalakis* y á los *wapos*, que se extienden por el valle de la Luna; á los *yachichumnes*, por fin, entre el Stockton y el monte Diablo. Con referencia á otros escritores sitúa, además, en el valle Napa á los *mayacomas*, los *calajomanas*, los *caymus*, los *napas*, los *ulucas*, los *suscoles*, los *guenockos*, los *tulcayos* y los *socollomillos*; en el valle Suisun, á los *suisunes*, los *pulpones*, los *tolenos* y los *ulludatas*; cerca de la mision de San Rafael y en la costa del condado María, á los *bolanos* y los *tamales*; en los estrechos, á los *karquines*; en los alrededores de la bahía de San Francisco, á los *matalanes*, los *salses* y los *quirotes*; en la mision de Dolores y en Yerba Buena, á los *ahwashtes*, los *altahmos*, los *romananos* y los *tulomos*; vagando por Santa Clara, á los *socoisukas*, los *thamios* y los *gergecensenos*; entre San Francisco y Monterey, á los *olchones*; en los contornos de Monterey, á los *rumsenos* ó *runsienos*, los *ecclemaches*, los *escelenos* ó *eslenos*, los *achastlienos* y los *mutsunes*; en San Joaquin, á los *costroweros*, los *pitiaches*, los *talluches*, los *lumneares* y los *amonces*; en el río Fresno, á los *chowclas*, los *cukchaneyes*, los *foneches*, los *nukchnes* y los *howetseros*; en los Cuatro Arroyos, á los *coriahs* y los *imitches*; en el río King, á los *waches*, los *notowthas* y los *chunemnes*; en el lago Tulare á los *wuweles* y los *talches*. Tal y tan grande es aquí la division, que algunos autores han contado sólo en la mision de Dolores quince y diez y nueve tribus y alguno ha dado el nombre de cerca de doscientas rancherías. Bancroft entiende, sin embargo, que se los puede abarcar todos en una sola monografía, porque difieren poco en maneras y costumbres; y en una sola monografía los comprenderé yo, deseoso como estoy de dar cima á este largo y penosísimo libro de mi historia.

Eran los californios del Centro de color más oscuro que los del Norte, ni altos ni bajos, si de buenas carnes, no de tan buenas formas. Tenían baja y deprimida la frente, pobladas las cejas, negros y hundidos los ojos, chata la nariz en el arranque y muy abierta en las ventanas, salientes los pómulos, ancha la boca y grueso el labio, grandes, blancos y desiguales los dientes, abultada la oreja, poca la barba. No solían labrarse el cuerpo los hombres: pero sí pintárselo. Se lo pintaban generalmente de rojo; de negro, sólo en señal de luto. Cuando soplaban vientos fríos, no era raro que se lo defendiesen con una lijera capa de barro. Labrábanse las mujeres sólo el pecho y los brazos y en la barba las tres líneas que vimos en las californias del anterior capítulo.

Durante el buen tiempo iban los varones completamente desnudos: los que más, llevaban cubiertos los lomos. Solamente en invierno se echaban al hombro pieles ó se arrollaban al cuerpo sogas compuestas ó de plumas de aves acuáticas ó de tiras de piel de nutria. No andaban en verano más vestidas las hembras: or-

dinariamente sólo con una falda de yerbas, abierta por ambos lados, que les bajaba de la cintura á la rodilla, y en la parte septentrional del valle del Sacramento con un sombrero de mimbre. Adornábanse en cambio hembras y varones el cuello con luengas sartas de conchas; las orejas, bien con lo mismo, bien con piezas redondas de madera ó de hueso, más ó ménos toscamente esculpidas; y una que otra vez la cabeza con guirnaldas de hojas y flores. Todo ésto para los días comunes, que para los de fiesta acostumbraban vestirse y engalanarse mucho más, distinguiéndose principalmente por sus varios y vistosos tocados de brillantes plumas.

No llevaban todos de igual manera el cabello. Se lo anudaban unos á la coronilla, se lo recogían otros á la espalda, se lo cortaban otros; y no se lo dejaba ninguno sinó en ciertas ocasiones suelto y flotante.

No estaban más adelantados estos californios en sus habitaciones que en su indumentaria. No se tomaban durante el estío ni siquiera el trabajo de armar tiendas; se defendían de los rayos del sol á la sombra de los árboles ó, cuando no, á la de unas como faginas, que al efecto levantaban, comunmente simples haces de ramas ó broza. En el invierno, ya al nivel del suelo, ya á tres ó cuatro pies de profundidad, hincaban circularmente en la tierra varas de sauce, que unían por la parte superior ó doblaban en forma de arco segun deseaban que fuesen cónicas ó semiesféricas sus pobres chozas, á veces de nueve y á veces de treinta piés de diámetro. Cubrían los intersticios, ya con tiras de corteza de árbol y una espesa capa de tierra ó barro, ya con tiernas ramas hábilmente entretejidas y una pared de cañas. En cada una de estas casas, que tampoco tenían por chimenea y entrada sinó una reducida abertura en el techo y otra no muy grande al ras de la tierra, albergaban generalmente todas las generaciones y ramas de una familia.

Cubrían de paja sus viviendas sólo los californios del río Ruso, que las hacían oblongas, y los gallinomeros, que les daban la forma de una *L* y por puertas tres angostos agujeros, uno en cada extremo y otro en uno de los ángulos.

Parecíanse en su alimentacion todos estos bárbaros á los shoshonis. Como no fuera venenoso, comían de todo lo que daban aire, mar y tierra: granos, frutas, bayas, raíces y semillas silvestres; gansos, ciervos, liebres y conejos; lagartos, serpientes, y toda clase de gusanos; hormigas y cigarras; de cuantos peces se criaban en el mar y los ríos; de cuantas aves iban á buscar el sustento en la vegetacion ó en las aguas. Comían tambien piojos; tambien al hombre. Por demás perezosos, aquello preferían que más á mano encontraban; y, ya que se decidiesen á la caza ó á la pesca, recurrían, más que á la fuerza, á la astucia. Empleaban pocas veces la carrera contra los venados; muchas la estratagema de ir á buscarlos entre los altos yerbazales cubierta la cabeza por la de algun ciervo. Con trampas más que con el arco y la flecha cogían tambien el conejo y la liebre. Hasta contra los cigarrones usaban de su ingenio. Abrian hoyos, y á los

hoyos los precipitaban quemando ó batiendo en derredor la yerba. No hay por que decir si en la pesca utilizarían las redes. Valíanse en la costa del mismo procedimiento que contra los espirenques vimos en los californios del Norte. Verdad es que blandían tambien contra los grandes peces la lanza de movible punta que descubrimos entre los shoshonis.

Tenían redes en sus ríos contra los peces y las aves acuáticas. Desde una de las orillas á una pequeña balsa ponían un palo, tal vez de cien piés de largo, sobre el cual tendían una red que sostenían por uno de los extremos. En cuanto sentían un pez enredado en las mallas, la recogían precipitadamente. Dirigíanse otras veces á los arroyos de estrecho cáuce, plantaban en cada una de las márgenes un poste, tendían entre los dos las redes, colocaban delante un señuelo y esperaban desde una de las riberas á que se detuviese algun pájaro. Estaba la red atada por uno de sus cabos al poste de la contraria márgen y por el otro unida á cierto sedal que pasaba por un agujero practicado en el otro árbol. Luego que veían posada ó revoloteando un ave junto al señuelo, levantaban de súbito y con ímpetu las redes y, del golpe que recibia, el ave caía atontada en uno como embudo que las mismas redes hacían.

Hasta las semillas del campo recogían ingeniosamente. Llevaban dos cestos: uno grande, á la espalda, otro pequeño, en la mano. Con este, de forma de achicador, descabezaban las yerbas y vertían en el otro las simientes.

Hacían de algunas de estas semillas los tamales que hallamos en Méjico; y de la bellota, el pan que acabamos de ver entre los californios del Norte. Mondábanlas todas y las molían; y reservaban gran cantidad de harina para el invierno. De ciertos granos prescindían difícilmente: cuando arreciaba el hambre, buscaban aún los que guarda el picamaderos en los troncos de los árboles.

Acopiaban tambien para el invierno buen número de cigarrones. Secaban éstos al sol; y los demás ó los amasaban, ó los reducían á polvo y los mezclaban con harina, ó, despues de impregnarlos de sal, los asaban en hoyos préviamente calentados que tapaban con piedras candentes. En hoyos asaban igualmente las carnes, cuando no en astillas inclinadas al fuego.

No conocían ni tenedores ni cucharas; tampoco otras vajillas que la de yerba ó la de mimbre. Mas en éstas desplegaban destreza y gusto. Aun las de yerbas las tejían de modo que las hacían impermeables; y unas y otras las adornaban no pocas veces con lindas asas y con plumas y conchas que suspendían de los bordes. Daban así á las vasijas como á los platos variedad de formas.

Lo raro era que ni aún en la costa usaban género alguno de barcas. Se ha querido esplicar el hecho por la falta de maderas de construccion; pero sin recordar que las había tierra adentro y áun en colinas no muy distantes del mar, y allá en la estacion lluviosa las arrastraban los ríos en cantidad bastante para llenar de canoas bahías y puertos. Tenían nuestros hombres por todo medio de navegacion los haces de juncos de que ántes dije, balsas que manejaban con re-

mos de doble pala y no les servían para luchar ni con las baidarcas de piel de los esquimales.

Tampoco se distinguían por la originalidad de sus armas. Hacían sus flechas como los demás californios: no diferían sinó en que unas veces lengüeteaban la punta, otras le daban la figura de la del diamante y solían pintar el astil de modo que cada cual pudiera reconocer las suyas. Empleaban tambien para la guerra la lanza; pero una lanza de cuatro á cinco piés de largo, ya con punta, ya con sólo el extremo del asta aguzado y endurecido al fuego. No hablo de la de pesca, igual á la de los shoshonis. Manejaban, además, la clava, y en los alrededores de San Miguel un sable de madera durísima, afilado por los dos bordes con agudos pedernales. Se dice si envenenaban las flechas con el jugo de plantas trepadoras que sólo crecían en lugares sombríos ó con el de ponzoñosas serpientes: la verdad se ignora.

Lo que no cabe duda es que tenían frecuentes guerras por violaciones de territorio ó por raptos de mujeres. No se dejaban fácilmente sorprender por los que de súbito les invadiesen la tierra: avisábanse con ahumadas en lo alto de los montes y reunían al punto numerosas tribus. Formaban en batalla al ver á sus enemigos; y no bien empezaba la pelea, cuando se esforzaban en espantarlos por sus gestos y alaridos y en distraerlos por su incesante danza y sus contínuos saltos. No prolongaban de ordinario el combate ni perdían mucha gente: dábanse por vencidos á la primera sangre que derramaban, y emprendían la fuga. No por esto cabe decir que fueran cobardes, que sobradamente acreditaron su valor cuando la conquista.

No todos arrancaban la cabellera á sus contrarios muertos ó heridos; pero muchos les cortaban, á la par de los californios del Norte, las manos, los piés ó la cabeza y algunos les sacaban los ojos. Solían devorar tambien las carnes del enemigo que había sobresalido por lo bravo, figurándose que con ésto ganaban en valor y aliento.

Desafiábanse de pueblo á pueblo por heraldos. De los shumeias, por ejemplo, se sabe que retaban á los pomos hincando en un monte que constituía la frontera de las dos tribus pequeños palos con una muesca en medio y otra en cada extremo. Si aceptaban los pomos, ataban á la muesca del medio una cuerda. Reuníanse entonces los heraldos de una y otra parte y concertaban el día, la hora y las demás condiciones de la lucha. No faltaba nunca á la cita ninguno de los contendientes.

A pesar de su barbarie debían de ser estos californios algo caballerosos en sus guerras. No se sabe que atormentaran ni hicieran esclavos á los prisioneros. Antes de empezar una batalla acordaban frecuentemente con sus enemigos la mútua facultad de enviar niños al campo opuesto en busca de las respectivas flechas. Costumbre todavía no vista en ningun otro pueblo de esta América del Norte.

La esclavitud era rarísima entre estos californios del Centro: la hereditaria, totalmente desconocida.

Eran en cambio hereditarias casi todas las jefaturas. Pasaban de varon en varon; y, cuando no le había, nombraban sucesor las mujeres de la familia. Gozaban allí ya los jefes de autoridad y respeto: si no podian aún imponer tributos ni castigar á los delincuentes, presidian las fiestas públicas y eran árbitros de la paz y la guerra. Distinguíanse de los súbditos, no sólo por su dignidad, sinó tambien por su porte, aunque, en mi entender, distasen del aparato con que se dice que se presentó á Drake cierto rey de la bahía de San Francisco, á quien anunciaban heraldos, precedia un hombre de gran cuerpo y gentil presencia, que le llevaba el cetro, y seguía con lento paso una bien uniformada escolta. Vestían, á lo que parece, lujosos mantos de pieles y se ceñían plumas á la cabeza.

Tenía cada familia ó banda de uno á tres jefes; y, si vivian juntas dos ó más, uno superior que las regía con audiencia y consejo de los otros. Reuníanse á veces todos y se erigían en tribunal para decidir la suerte del matador á quien se habia cogido en flagrante; pero la dejaban de ordinario á cargo de los parientes del muerto. No siempre los parientes exigían sangre por sangre: al año entre los nishemanes prescribía el derecho de venganza.

Había aqui organizacion política, pero muy rudimentaria y pobre. En el mismo caso estaba poco más ó ménos la de la familia. Sólo entre esos nishemanes y los gallinomeros se casaba á las hijas sin consultárselo. Dejaba el pretendiente nisheman sus arras á la puerta del hogar de su elegida; y como los padres de la elegida las aceptaran, se la llevaba sin ceremonia alguna de grado ó por fuerza. Comprábala el gallinomero y podía revenderla. En las demás tribus, áun comprando la mujer, no se la obtenía como lo resistiese. Hasta entre los olipas tenía la novia medio de evitar el casamiento que no fuese de su gusto. En cuanto se sabía otorgada por sus padres, podía dos ó más veces huir y ocultarse. No la conseguía el amante, si otras tantas no la encontraba.

Erá lícita la poligamia. Podía cada hombre tomar cuantas esposas quería; y no era raro que algunos, cosa que vimos ya en otros pueblos bárbaros, casasen con todas las hijas de un padre y aún con la madre, si acertaba á quedar viuda. Tal vez á ésto fuese principalmente debida la paz que tantos viajeros han observado con sorpresa en los hogares de estos californios. Seríalo tambien á la sumision en que se tenía á todas las mujeres y al desprecio con que se las trataba. No se sentaba ninguna junto al marido, ni con el marido comía. Para la mujer y sólo para la mujer eran todas las faenas, aun las más serviles. Si por otra parte se rebelaba, había encontrado el hombre en algunas tribus medio seguro de reducirla á la obediencia. Pintábase de blanco y negro las carnes, y parecía de repente en la casa brincando y saltando como si fuera duende ó diablo. Espantada la mujer, se apresuraba á implorar el perdon de su orgulloso cónyuge.

Castigaban nuestros californios la infidelidad de sus esposas; pero, más que en ellas, en los adúlteros. Matábanlos unas veces y obligábanlos otras á que les compraran la infame cómplice. Dícese que no folgaban sinó en determinadas estaciones: ¿dependería realmente de este hecho la facilidad con que las mujeres daban á luz sus hijos? Como las de la banda de Oriente, luego que sentían los dolores del parto, se iban á la vera de un arroyo ó río, salían del paso por sí solas ó cuando más con ayuda de una vecina, se bañaban, bañaban al recien nacido y volvían por su pié al hogar sin que por más tiempo interrumpieran sus ordinarias ocupaciones. Hacíanlo todo tan brevemente, que si acertaba á sobrevenirles el trance estando de marcha con su tribu, la alcanzaban sin grande esfuerzo poco despues de paridas y lavadas. Si en todo ó en parte hubiese verdaderamente dependido tan pasmosa facilidad de aquella costumbre, preciso sería reconocer que la habían observado casi todos los pueblos salvajes y aun algunos de los semi-cultos de la antigua América. En la América Meridional la mujer guajiva alcanzaba, despues de parida, á su tribu en marcha ni más ni ménos que la californía; y la quichua, ó por mejor decir la tahuantinsuyu, ni pasaba en sus alumbramientos mayor trabajo ni invertía más tiempo.

Lo más de extrañar era que aquí en California, cuando paría la mujer, se acostaba el marido, y se quejaba y gemía como si para él fuesen los dolores, y durante unos días de todas y de cada una de sus esposas recibía los más cariñosos consuelos y tiernos cuidados. Que se acostase y no se levantase en cuarenta y ocho ó más horas lo hemos visto ya en otros pueblos como resultado de ininteligibles supersticiones: lo aquí singular eran los lamentos del hombre y la solicitud de las mujeres. Cual fuese el motivo de aberracion tal creo imposible adivinarlo: la atribuye Estrabon á nuestros antiguos cántabros sin que tampoco haya podido esplicarse de donde tomara orígen. Hay quien dice si existió la misma costumbre en Groenlandia, y en Kamchatka, y en Borneo, y en la parte occidental de China, y al Mediodía del mar Negro: ¡qué así prevalezca la extravagancia en nuestra especie!

Trataban los californios del Centro á sus hijos como los demás bárbaros; no con rigor, sinó con extremada blandura. Estimaban en ménos á las hembras que á los varones, tanto, que segun ciertos autores no vacilaban en dar muerte á las recien nacidas, cuando tenían ya muchas en la familia. Lo cierto es que no dejaban de inculcar nunca á los varones cuan superiores eran y debían ser en todo á las hembras. No necesitaban á la verdad inculcárselo, que harto se lo enseñaban con el ejemplo. Por la más leve causa, por mero hastío, repudiaban á sus mujeres y las ponían impíamente á la puerta de sus casas.

No se portaban mejor con los ancianos. Aun á los que más se habían distinguido por sus proezas los condenaban á serviles trabajos, y, cuando los veían inútiles, ó los abandonaban ó los mataban. Los conducían los gallinomeros á los bosques, los tendían de espaldas, los sujetaban á la tierra, les introdu-

cian un palo por la garganta y se sentaban en él hasta que los dejaban sin vida.

Ocupaban indudablemente estos californios del Centro en la escala de los seres humanos una de las postreras gradas: en esta parte de América tal vez no tuvieran detrás de sí más que á los shoshonis. La causa de tanta barbarie es de esplicacion difícil, máxime teniendo en cuenta que no vivían como los shoshonis en lugares tristes y áridos, sinó en uno de los más templados y bellos climas del Universo.

De Dios apenas habian adquirido nocion alguna; del Diablo, sólo una vaga y confusa idea. Hablaban los más de una region de las almas sita allí donde el Sol termina fatigado su brillante curso; pero sin que por creencia tal rigieran ni moderaran sus actos. Algunos hasta veían la aniquilacion en la muerte: tales eran los miwocos y, segun algunos autores, los californios del valle del Sacramento.

Sobre la formacion del Sol y la Luna, sobre su mismo orígen ¡en que de extravagancias no habían caído! Cuando no se tenían por hijos de la tierra que pisaban, se decían oriundos del Coyote. Al Coyote atribuían tambien la creacion de los grandes astros. Transcribiré aquí sus raras leyendas para que vea el lector por cuan pobres medios esplica el hombre en su estado de salvagismo los más altos hechos.

En un principio, decían los gallinomeros, cubría densa oscuridad la tierra. No existia la luz, y tropezaban unos con otros los hombres, chocaban unas con otras las aves. Acertó un día el halcon á dar en su vuelo con el coyote; y, despues de haberse tributado los dos los mayores elogios, entraron en discusion sobre la necesidad y la manera de vencer las tinieblas. Tomó el coyote gran cantidad de juncos, los hizo una bola y los entregó al halcon junto con algunas piedras de sílice. Voló en continente el halcon al cielo, encendió lumbre, pegó fuego á la bola y la arrojó al espacio. Desde entonces el Sol corre alumbrando el mundo. Se hizo por igual procedimiento la Luna. Es su luz más pálida y débil, porque estaban húmedos los juncos.

Los peces del lago Clear, decían los que lo habitaban, deben tambien su orígen al coyote. Hubo un tiempo una gran sequía y una gran peste de cigarras. Comiólas el coyote, y hubo tal sed, que apenas pudo apagarla con las aguas del lago. Dormido de puro harto, recibió en el vientre una lanzada de un hombre que vino del Mediodía. Salieron al instante por la herida el agua y los cigarrones y fueron al lago: los cigarrones ya convertidos en peces.

Allá en remotos días, contaban por su lado los potoyantes, no poblaban la tierra sinó los coyotes. En muriendo que moría uno, hervía en pequeños animales, pero en animales que, despues de arrastrarse fatigosamente por el cadáver, recibían alas, y dirigían su vuelo á la luna. Acordaron quemar á los que en adelante falleciesen, y luego pensaron en mejorar su condicion y sus formas. Tardaron en llegar á las del hombre; pero lo alcanzaron al fin á fuerza de

corregirse hoy el pié, mañana la pierna, al otro día la rodilla, en otros las demás partes del cuerpo. Gran satisfaccion tuvieron al ver que podían andar seguidos y mirando á las nubes; pero no menor pena, cuando por sentarse sobre el rabo lo perdieron y no consiguieron recobrarlo. Nosotros, añadían los potoyantes, somos los descendientes de esos hombres que empezaron por ser coyotes. ¡Lástima que de aquí no sacaran leccion y ejemplo para mejorar su entendimiento y su conciencia!

Otros californios aseguraban que el coyote y el águila habían creado al hombre despues de una gran revolucion del globo. Hubo una edad, decían, en que sobre la inundada tierra no descollaban sinó el Monte Diablo y el Pico de las Cañas. Había en el Pico un coyote, el único sér del mundo; y en las revueltas aguas, una pluma que estaba en contínuo movimiento. Vió la pluma el coyote: y, no bien la miró, cuando vinieron sobre ella otras mil, y carne, y huesos, y juntándose, formaron un águila. Moviéronse las aguas trazando cada vez más vastos círculos; y, antes que estos llegaran á las faldas del Pico, estaba ya el improvisto pájaro junto al atónito coyote. Amigos los dos, hacían frecuentes excursiones al Monte Diablo, el coyote nadando y el águila volando con lento y tardo vuelo. Cuando empezaron á sentir la soledad en que vivían, crearon al hombre, y, á medida que se multiplicaron los hombres, decrecieron las aguas.

Hablaba tambien de un gran trastorno de la naturaleza en relacion con su propio origen la tribu que moraba en las cercanías del lago Tahoe. Nosotros, decía, fuimos un tiempo ricos, numerosos y fuertes. Dejámos de serlo porque vinieron sobre nosotros más poderosas gentes y nos vencieron y redujeron á servidumbre. Aconteció un día que el Grande Espíritu desencadenó y arrojó sobre la tierra las olas del Océano, y las olas tragaron á opresores y oprimidos dejando con vida á muy pocos hombres. Hicieron entónces los amos construir por sus esclavos un gran templo que, de repetirse la catástrofe, pudiera servirles de albergue: y allá en la cima del templo levantaron una columna de fuego á que se proponían dar eterno pábulo y rendir eterno culto.

No había transcurrido media luna, añadía la tribu, cuando de nuevo se turbó la tierra y hubo convulsiones, y huracanes, y rayos. Corrieron los señores á refugiarse en el templo: y con implacable egoismo dejaron fuera á sus pobres esclavos, que huyeron despavoridos al río Humboldt y metiéndose en canoas remaron en direccion opuesta á la de la borrasca que se cernía sobre su patria. Su patria volvió á ser pronto un mar que vomitaba incesantemente llamas, humo y cenizas: llamas que subían hasta el cielo y llegaron á fundir muchas estrellas en metales, que bajaron hirviendo á las entrañas de la tierra.

Alzáronse á la sazon los montes y hundióse el lugar del templo. No quedó del templo sobre las aguas del lago Tahoe sinó la cúspide. En vano aquellos mónstruos pretendieron hallar en esa cúspide nuevo refugio: bajó lleno de ira el

Grande Espíritu y cogiéndolos uno por uno, como si fueran guijas de arroyo, los introdujo en los más recónditos senos de una gran caverna, sita al Oriente del lago, donde estarán encerrados por las aguas mientras no sufra nuevas convulsiones la naturaleza. Cuando se derriten las nieves y se hincha el lago, concluía diciendo la tribu, se los oye todavía lamentándose y gimiendo en el fondo del antro. De tal modo excitaron por su tiranía la cólera y la venganza del Grande Espíritu.

No creo necesario hacer observar al lector cuanto difiere ésta de las anteriores leyendas. No sólo difiere, sinó que tambien disuena, puesto que en ella se habla de un Grande Espíritu, de un templo, de un culto al fuego, de unos metales que fundió una erupcion volcánica y caen en las entrañas de la tierra, de canoas, de remos, de ideas y cosas que no se sabe existieran en California. No parece ser esta la tradicion de un pueblo bárbaro, sinó la de un pueblo culto; y yo para mí tengo que ó no es auténtica ó la tribu del lago Tahoe debe ser mirada como resto de una raza y una civilizacion distintas de las que había en lo demás de la comarca.

Tampoco encuentro muy adecuada á las anteriores leyendas la que esplicaba como los ríos Sacramento y San Joaquin se habían abierto camino para el Océano. Cerraban la boca de la bahía de San Francisco, dice, altos y no interrumpidos montes; desgarró un terremoto las rocas y por la Puerta de Oro facilitó paso á los ríos. La historia de la Antigua América, lo he dicho y lo repito, es una serie de enigmas.

Ninguna de estas concepciones ejercía la menor influencia en la vida ni en la muerte de nuestros californios. Eran los más la verdadera imágen de la pereza. No trabajaban hoy sino para holgar mañana. Los movía solamente la necesidad y ni aun ésta les servía siempre de acicate y estímulo. Horas y días consagraban á juegos y fiestas. Jugaban como los californios del Norte á cual de dos partidos lograría el primero arrojar una bola de roble á la opuesta banda; jugaban tambien á quien pasaría por un aro en marcha una varilla disparada con ímpetu; pero se entregaban con preferencia á los juegos de azar, sobre todo al que tanto se parecía al de pares y nones.

Las fiestas aquí, como en todas partes, estaban casi reducidas á bailes. Danzaban nuestros hombres generalmente desnudos, la cabeza coronada de plumas, el cuerpo unas veces con fajas de varios colores, ya en espiral, ya verticales, ya horizontales, otras veces pintado la mitad de azul y la mitad de rojo, otras todo de negro para que sirviera de fondo á un esqueleto blanco que les daba horroroso aspecto. Mientras unos danzaban, otros batían las palmas de las manos, otros soplaban en pipas de dos ó más tubos, otros tocaban sendos tambores, otros sacudían conchas de tortuga en que iban encerradas pequeñas guijas, otros entonaban monótonos cantos. Asistían rara vez las mujeres á esos bailes; y ya que lo hiciesen, no pasaban de contonearse á compás y en silencio. Representábase

pantomímicamente en algunas danzas escenas ya de familia, ya de guerra, ya de caza.

No se preocupaban esos californios con la muerte, pero sentían y lloraban la de sus amigos y deudos. Incineraban generalmente los cadáveres despues de haberlos adornado con plumas y flores y dejádolos por algun tiempo á las miradas de la muchedumbre. Poníanse todos al rededor de la fúnebre pira y prorumpían en espantosos gemidos. Iban creciendo en dolor á medida que subían las llamas al cielo; y llegaban á tal estado de frenesí, que saltaban, gritaban, dilaceraban sus carnes y devoraban á medio quemar las del muerto. Guardaban ó enterraban las cenizas, y ordinariamente disolvían parte en cierto líquido para en señal de duelo embadurnarse con ellas la cara. De pez se la cubrían las viudas.

A los cadáveres que no se incineraba, ya se les ponía las rodillas contra el pecho y se los sentaba en sepulcros circulares, ya se los metía en agujeros á la medida, ora de pié, ora cabeza abajo. Los sepultan hoy los pomos horizontalmente y con la cabeza á Mediodía.

Generalmente llevaban consigo los muertos á la tumba ó á la hoguera las armas y los demás efectos que habían usado en vida. En algunas tribus eran además por muchos meses objeto de la solicitud de sus parientes. Tenían constantemente sembrado de víveres el lugar en que descansaban. Todos los años daban por otra parte motivo á un baile en que se los conmemoraba entre lágrimas y gemidos. Supongo no habrá olvidado el lector que vimos análogos aniversarios en muchos pueblos de Oriente.

Contra la muerte no tenían, por fin, los californios del Centro gran defensa. Empleaban, además de algunas infusiones y cocimientos, los baños de vapor, la sangría y esos médicos-brujos á quienes atribuían absoluto imperio sobre la salud y la enfermedad del hombre. Los baños de vapor los tomaban, ya como las demás tribus de aquella parte de América, ya tendiéndose á lo largo en un hoyo de arena calentado al fuego y no dejando al aire sinó la cabeza. Cuando más estaban traspirando, se precipitaban al agua fría. Sangrábanse del brazo derecho, si sentían malo el cuerpo; del izquierdo, si los miembros. La terapéutica de sus médicos era la de los que vimos en tantas otras ocasiones: el canto, el tambor, el conjuro, el magullar de las carnes, el chupar de la parte dolorida, la ignorancia y la impostura.

Quizá fuese en los médicos donde más se pareciesen las naciones salvajes de América.

Los californios del Sud parecían constituir un solo pueblo segun eran semejantes sus costumbres. Están hoy divididos en dos principales tribus: los *cahuillas*, que viven en los alrededores de las montañas de San Bernardino y San Jacinto, y los *diegueños*, derramados por las fronteras meridionales de California. Son y fueron siempre superiores á los del Centro y los del Norte.

Eran y son los hombres de buena estatura, de gallardas formas, de buen color, de agradables facciones; y las mujeres, de bellos ojos y modesto continente. Arrancábanse los varones la poca barba que tenian con las dos conchas de la almeja, que usaban á manera de pinzas. No se labraban sinó las hembras; y aun éstas, no más que la cara, los brazos y el pecho. Labrábanselos picándose las carnes con espinas de cáctus y restregándose luego con carbon las heridas. Pintábanse unos y otras; pero ellas sólo en la época de sus amores, y ellos sólo para la guerra y la danza. Limitábanse las mujeres á salpicarse de almazarron las mejillas; teñíanse los hombres, quien de uno, quien de otro color, todo el cuerpo. Se pintaban, segun Vizcaino, las mujeres de la costa del Mediodía de azul y plata. Empleaban al efecto cierta sustancia mineral que no les servía sinó para estos adornos. Llevaban largo el cabello los dos sexos: unas veces trenzado y al rededor de la cabeza á modo de turbante, otras añudado á la coronilla, otras recogido y á la espalda.

Iban á veces los varones desnudos; cuando no, con una capa corta de piel de gamo ó de pieles de conejo ó liebre. De las mismas clases de pieles vestían las hembras zagalejos con franjas que apenas les cubrían las corvas, y en ciertos lugares unos capotillos que les caian sobre los pechos. En la costa y las islas usaban hembras y varones pieles de foca. En todas partes el que podía bordaba con menudas conchas tan sencillos trajes. Aretes de conchas y tambien de hueso llevaban suspendidos de las narices los dos sexos en las cercanías de Santa Bárbara: de las orejas, sólo las hembras. De conchas y de pequeñas guijas se hacían hembras y varones brazaletes y ajorcas.

Las casas eran poco más ó ménos como las de los otros californios: unas circulares, otras semi-esféricas y todas cubiertas de juncos y tierra. Casas de mampostería no hay sinó un autor que diga haberlas visto en el canal de Santa Bárbara. Habia templos llamados en la lengua del país *vanqueshs;* pero templos de cuatro ó cinco varas de circunferencia, de planta más bien oval que redonda, divididos en dos secciones, atrio una y altar otra, cercadas ésta de ramas de árboles y esteras altas de seis piés y aquella de bajos postes. Templos más primitivos, más pobres ni más rudos podrá difícilmente el lector recordarlos.

En alimentos no diferían tampoco mucho estos californios de los del Centro. Comían tambien cigarrones y toda clase de insectos, serpientes, como no fuese la de cascabel, lagartos, ranas, lechuzas, halcones, cuervos, ratas, gatos silvestres y aún los animales de olor más fétido, los del género *Mephitis.* Comían, además, carne de venado, de conejo y de liebre; pero raras veces por ser flojos y nada diestros cazadores. No cogían ordinariamente el ciervo sinó por el artificio que en este mismo capítulo llevo descrito. La carne de oso la repugnaban muchos por creer que en osos estaban convertidos algunos de sus abuelos. Los habitantes de la costa y de las islas se sustentaban generalmente del Océano: de mariscos, de peces menores, de focas, de algun cetáceo que encallaba en sus

bancos de arena. Hacían todos por fin, gachas y pan de bellotas y andaban en busca de yerbas, semillas, bayas y raíces. Se regalaban, sobre todo, con las semillas, que no cambiaban por ningun otro plato de los europeos.

Si no eran estos californios hábiles en la caza de monte, no dejaban de mostrarse ingeniosos en la de aves acuáticas y en la pesca. Pescaban con las lanzas de movible punta de que hablé en este y el anterior capítulo y con jábegas, que hacían de tiras de cortezas de tioño. Buscaban lugares en que estuviesen claras y trasparentes las aguas, tendían una red entre la superficie y el fondo, ponían debajo semillas y frutas y se ocultaban entre espadañales ó rocas. Cogían, si no peces, aves. Deseosas éstas de comer la fruta ó las semillas, metían la cabeza por entre las mallas de la red, no podían sacarla y, sobre quedar presas, servían para otras de atractivo y señuelo. Se las cogía á veces por otro artificio. En balsas ó arroyos donde se forman canales por la interposicion de bancos de espadaña se extendía una red á tal altura que no les impidiese nadar holgada y tranquilamente. Espantábaselas cuando había muchas debajo de la jábega y se enredaban al tender el vuelo.

Hacían de hueso ó de concha estos californios del Sud anzuelos y agujas; de granito, almireces; de esteatita y tambien de junco, ollas y otras vasijas. Aunque escasos de herramientas, labraban con bastante perfeccion los utensilios de piedra. No disponían para ésto sinó de punzones y de unos cuchillos de pedernal de doble filo con mango de madera incrustado de nácar.

Navegaban en almadías ó barcas de junco parecidas á las que vimos en los demás californios; pero tambien en canoas, algunas de una sola pieza, como las de los columbios, y las más compuestas de tablas bien unidas y embetunadas, como no las hemos encontrado todavía en ningun pueblo bárbaro. Daban á muchas de esas canoas suficiente cabida para veinte hombres; y en todas levantaban y hacían puntiagudas la popa y la proa.

Fuera del arco y la flecha no conocían más armas que la porra y unos sables de madera muy dura que cortaban como si fuesen de acero. Eran, sin embargo, belicosos y declaraban con cualquier pretexto la guerra á los que consideraban inferiores en fuerzas. Salían ordinariamente á campaña con sus mujeres y sus hijos para que les llevaran las provisiones de boca y les recogieran en los combates las flechas perdidas. No daban, segun ciertos autores, cuartel á nadie; no mataban, segun otros, á los prisioneros sinó despues de haberlos sometido á los más crueles tormentos. A los enemigos muertos los decapitaban ó les arrancaban la cabellera. Lucían en sus fiestas como trofeos los escalpes; mas no se negaban á entregarlos como se les pagara el rescate á buen precio. A las prisioneras ó las vendían ó las reducían á servidumbre. No se prestaban tan fácilmente á desprenderse de esas cautivas.

Vivía cada tribu con absoluta independencia. Si á veces se aliaban dos ó más, era sólo para rechazar ó llevar la guerra á comunes enemigos. Los jefes eran

aquí tambien hereditarios. Bajaba la autoridad de varon en varon y á falta de varon recaía en la hembra. Mandaba entónces la hembra, y con tan propio y exclusivo derecho, que no podía delegar en su marido ninguna de sus funciones políticas. Podía y debía dejar el gobierno sólo cuando llegase á la mayor edad el primero de sus hijos. Abdicaban hasta los varones cuando se reconocian demasiado viejos para regir la tribu. Celebrábase con esta ocasion una gran fiesta. Reunido por voz de pregon el pueblo, se revestía al sucesor de las insignias reales: se le ceñía una corona de plumas á las sienes, se le cubría con un sayo de plumas desde la mitad del pecho á las rodillas y se le pintaba de negro lo demás del cuerpo. Se le conducía despues al templo donde bailaba, primeramente solo, y luego con sus magnates, al son de sus maracas de tortuga; y se le aclamaba jefe por toda la tribu.

El jefe tenía entre estos californios su consejo de ancianos. Como entre los del Centro, decidía la paz ó la guerra. Resolvía, además, las cuestiones entre los súbditos, bien que sin imperio ni fuerza para imponer sus fallos. No podía aquí tampoco penar á los homicidas, abandonados, como en tantas otras naciones, á la venganza de los parientes de las víctimas. Así para castigar á los delincuentes como para rechazar ó acometer á los enemigos disponía, sin embargo, de un medio que rara vez dejaba de surtirle efecto. Enviaba á todos los pueblos oradores que exaltasen los ánimos describiendo con los más negros colores el crímen que no quería dejar impune ó los agravios de las gentes á quienes se proponía hacer la guerra.

Lo aquí más de notar es que se conocía el derecho de asilo. Criminal que se guareciese en el templo estaba á cubierto de todo castigo y de toda venganza. Mas estos californios no eran ménos rencorosos que los demás salvajes. Si no los agraviados, sus hijos ó los hijos de sus hijos recurrían al talion y vertían sangre por sangre.

Los jefes eran polígamos; los súbditos, monógamos; los preliminares y las ceremonias del casamiento, varios y dignos de recuerdo. En el condado de los Angeles se empezaba por reunir á las parientas de la novia. Las visitaban á poco los parientes del novio y les distribuían pequeñas sartas de wampum, la moneda de aquellas tribus y tiempos. Las parientas de la novia devolvían luego el cumplido á los deudos del novio y les daban cestas de víveres. Mútuamente admitidos los regalos, señalábase dia para la boda, y en él la novia salía del hogar de sus padres, ataviada lo mejor que podía, acompañada de su familia y llevada en brazos por uno de los del séquito. Dirigíase la novia á la casa de la futura suegra, daba á medio camino con la comitiva del novio y pasaba á los brazos del deudo que éste había escogido. Por todo el tránsito se iba esparciendo delante de la afortunada jóven semillas y frutas que se disputaban los espectadores. Dejábanla junto al novio las dos comitivas, y se retiraban. Celebrábase á continuacion una fiesta donde se hacían, danzando, pantomimas de caza y de guerra,

Representaban los mancebos el papel de soldados ó de cazadores; y las ancianas el de mujeres que mataban á sus enemigos ó recogían la caza. Estaban sentados en corro los demás concurrentes y acompañaban el baile cantando.

En otros lugares por sí ó por tercera persona pedía el novio la mano de la novia, y, si se la concedían, pasaba desde luego á vivir con los futuros suegros para con sus servicios dar prueba de que sabría mantener á su familia. Las ceremonias del casamiento no diferían sinó en que el novio esperaba á la novia dentro de un albergue provisional que se había erigido delante de su cabaña, y la novia dejaba á la puerta del albergue su traje y sus atavíos.

No era aquí tampoco raro que para hacerse con una mujer se recurriera al rapto ni que muchos padres concertasen bodas entre hijos áun en la infancia. Faltábase pocas veces á tales conciertos, porque se procuraba que los futuros esposos creciesen y se educasen juntos.

Ordinariamente los maridos no trataban mal á sus mujeres, como no las cogiesen en adulterio. De hacerlo se exponían á que sus afines se las arrebataran devolviendo los regalos nupciales. No tenían en realidad por que maltratarlas pudiendo como podían con ó sin causa despedirlas. Si las sorprendían en flagrante delito de infidelidad, tenían derecho á matarlas ó cambiarlas por las de los seductores.

Tampoco se daba aquí por algunas tribus importancia alguna al parto. En las cercanías de San Diego retirábase la mujer, apenas sentía los primeros dolores, á lugar donde hubiese agua y un árbol cuyas ramas pudiera, tendida en el suelo, coger con ambas manos. Echábase allí y cuando arreciaban los dolores se agarraba y suspendía de las ramas del árbol, dejando caer hácia atras la cabeza. Fuera ya de cuidado, ataba, cortaba y quemaba el cordon del ombligo y echaba la criatura al agua. Si la veía sobrenadar, la retiraba y la cuidaba; si sumergirse, allí la dejaba sin sombra de remordimiento. Volvíase luego por su pié al hogar como si nada hubiese acontecido.

En los demás puntos la mujer salía del paso con una anciana. Cogía la anciana al recien nacido, le bañaba, le daba á beber un sorbo de orines y bebía del agua del baño. Aquí ya la mujer, considerada impura por el hecho del parto, había de someterse á ciertas privaciones y ceremonias. Tres días pasaba en ayunas sin probar más que agua caliente. Abríase despues en medio de la cabaña un hoyo, se lo llenaba de piedras enrojecidas al fuego y se lo cubría de una capa de yerba y de otra de tierra sin dejar más que un agujero por donde echar agua. Se echaba el agua y se ponia sobre el hoyo á la madre y al hijo envueltos en mantas de pieles. Cuando no podían ya con el sudor, se los tendía debajo de la tierra: pero sólo para restituirles fuerzas y volverlos al hoyo. Dos meses había de estar luego la madre sin comer carne y al fin desayunarse tomándola en píldoras mezcladas con tabaco.

No debía aquí el padre guardar cama ni fingir dolores que no sentía: pero

debía tambien en los días del parto abstenerse de viandas sólidas y de salir á la calle. En ciertas tribus había de privarse, además, de tocar á su mujer mientras no se destetase al niño; costumbre más de pueblos cultos que de pueblos bárbaros.

Vivían los niños sólo hasta ser púberes bajo la autoridad de sus padres; caían después bajo la de sus jefes, que les enseñaban á sufrir con impasibilidad todo género de privaciones y fatigas, no les permitían ni en lo más crudo del invierno acercarse á la lumbre, les prohibían el uso de toda comida que pudiese parecer golosina, para más endurecerlos les infligían penas que distaba de exigir la gravedad de las faltas, y en todas las ocasiones que se ofrecían los estimulaban á decir la verdad, hacer el bien y respetar á los ancianos. Como en tantas otras naciones, entraban temprano bajo la proteccion de un ser tutelar, ave, pez ó bestia, en quien no se veía sinó una de las infinitas formas del dios de la tribu. Debían ellos tambien escogerlo y distinguirlo por los ojos del espíritu. Al efecto se los atosigaba, se los tenía tres ó más días en rigoroso ayuno y no se dejaba de acosarlos y atormentarlos á preguntas. Decían al fin que se les aparecía la divinidad bajo tal ó cual forma; y esa forma se les imprimía desde luego en brazos y pecho. La manera de imprimírsela es por lo bárbara verdaderamente digna de memoria. Se les perfilaba en las carnes la figura del animal que había de ser en adelante su patrono con cierta pasta de secas y apretadas yerbas; encendíase la pasta y se la dejaba arder hasta que del todo se consumía. Quedaba esa especie de tótem marcado de un modo indeleble.

Debían los niños someterse aún á otros tormentos, si por acaso querían figurar entre los guerreros. Se les picaba con agujas el cuerpo hasta dejarlos inmóviles y se los ponía sobre un nido de venenosas hormigas. Estas, á quienes se irritaba hurgándolas, se esparcían furiosas por todos los miembros de la víctima y les causaban indecibles dolores mordiéndoles ojos, oídos, nariz, boca. Supongo no habrá olvidado el lector que allá en la América del Sur vimos pueblos donde se estaban sujetos á pruebas todavía más duras los que pretendían ser jefes de tribu.

Tambien las niñas al hacerse núbiles estaban condenadas á sufrimientos. Se las tendía en un lecho de ramas sobre el agujero de un hoyo dispuesto como el que servía para la purificacion de las recien paridas, y allí se las dejaba dos ó tres días con escasísimos víveres. Sólo á intervalos las distraían algunas ancianas cantando y algunos mancebos danzando. En los alrededores de San Diego padecía más la adúlta. La enterraban dejándole al aire sólo la cabeza, y por veinticuatro horas batían la tierra que la cubría. Desenterrábanla á trechos, más sólo para volver á enterrarla.

Los baños de vapor no servían sólo para la purificacion de las mujeres; eran tambien remedio contra muchas enfermedades. No lo eran ya contra la fiebre, que combatían muchas de aquellas tribus ó con agua fría, ó con eméticos, ó ten-

diendo al paciente sobre cenizas ó sobre arena y poniéndole junto á los piés fuego, en la cabeza un tazon de agua. Dejábase al calenturiento en tal estado. cuando no se esperaba la curacion sinó de la naturaleza: sentábanse al rededor los parientes y no cesaban de lamentarse hasta verle sano ó muerto. Se sacudía con manojos de ortigas los miembros atacados de parálisis; y de una pasta de ortigas, que se quemaba sobre la carne, se hacía eficaces vejigatorios. Se aplicaba á las heridas y las úlceras lociones, cataplasmas de yerbas, tales como la salvia y el romero, y un aceite negro que se sacaba de ciertas semillas. Contra las mordeduras de las serpientes se daba además á beber, desleído en agua ó ceniza, polvo del que había en el fondo de los hormigueros.

No vaya por esto á creerse que prescindieran estos californios de los remedios supersticiosos que empleaban los demás pueblos bárbaros. Refiere Schoolcraft que los diegueños, cuando veían acometido á uno de su tribu de enfermedad que no comprendían, se juntaban todos llevando cada cual en ofrenda productos de su cosecha. Despues de haberlos depositado en un cesto empezaban los guerreros á danzar al compás de sus propias flechas y los ancianos, las mujeres y los niños á entonar canciones acomodadas al objeto de la ceremonia. Trascurrida una hora larga, salía un sacerdote, presentaba las ofrendas, ignoro si á Dios ó al Diablo, y las pasaba repetidamente de la una á la otra mano prorumpiendo cada vez en un alarido á que respondían los demás á coro suspirando ó gimiendo. Concluían allí la danza y la junta; pero al siguiente día se aderezaba lo ofrecido y por la noche se lo comía la gente inhábil de la tribu. Atribuíase la enfermedad al malquerer de brujos ó de brujas, y de aquí tan estraña fiesta.

Los diegueños y los demás californios tenían, además, sus hombres-medicina, que empleaban las mismas rarezas y supercherías que tantas veces he descrito. No corrían éstos el peligro que los de otros pueblos, porque achacaban siempre á la cólera de Dios la muerte de sus enfermos; y eran, sin embargo, tenidos por árbitros del bien y el mal, de la vida y la muerte. Se los suponía en relaciones con los espíritus; y se los consideraba capaces, no sólo de adivinar lo futuro y trasformarse como quisieran, sinó tambien de enfrenar y dominar los elementos. Llevaban debajo del brazo izquierdo un saquito de cuero que no contenía sinó una bola compuesta de cierto licor llamado mescal y de miel silvestre: con sólo poner la diestra en el saco decían y se creía que podían obrar todo género de milagros. Ellos eran los que por las apariencias de la luna determinaban los días en que con esperanzas de buen éxito se podía emprender una campaña ó celebrar una fiesta; ellos, los que fijaban con precision el aniversario de todos los acontecimientos memorables de la tribu. No era á la verdad muy fácil que lo fijaran los profanos, atendida su viciosa cronología, que contaba los meses por lunas y completaba el año por numerosos días intercalares.

No es de extrañar que atribuyesen tan vasto poder á sus magos hombres tan ignorantes y supersticiosos como estos californios. Creían en toda clase de

agüeros. Se arrojaban de bruces al suelo y se tapaban con las manos la cara en cuanto veían desprenderse del cielo una de esas exhalaciones que siempre tomó por estrellas el vulgo. A todo eclipse de sol ó de luna se reunían y cantaban con estrépito para aplacar, segun unos, ó para espantar, segun otros, á los malos espíritus, de quienes temían que devoraran tan importantes astros. Mientras no volvía á brillar con todo su esplendor el luminar eclipsado, ni cesaban de cantar ni dejaban salir de sus cabañas á las mujeres en cinta por creerlas sometidas á la influencia del Diablo. Recelosos de que les fuera contraria la suerte comiendo de lo que por sus manos cogiesen, no salían nunca solos á sus cacerías ni á sus pesquerías y á la noche trocaban unos con otros el fruto de sus trabajos. Ni dormidos ni despiertos, vivían por fin tranquilos, creyéndose como se creían siempre al alcance de los malos designios y las peores artes de sus enemigos.

No dejaban, con todo, estos californios de tener sus dioses, y dioses á quienes, como se ha indicado, erigían templos y rendían culto. Como sobre este particular no eran iguales en todas las tribus las tradiciones, el lector me ha de permitir que las vaya recogiendo todas para ponerle en estado de conocer cuales fuesen en el fondo las ideas religiosas de aquel pueblo, en ésto algo más distante que en todo lo otro de los californios del Centro y los del Norte. Los que vivían en la comarca de San Juan Capistrano eran al parecer los que poseían nociones más definidas y concretas: empezaré por ellos consignando primeramente la tradicion de los de la sierra y despues la de los pueblos del llano.

Antes de existir el mundo, decían los de la montaña, vivían dos hermanos: el uno arriba, la otra abajo; el uno por nombre *Cielo*, la otra por nombre *Tierra*. De la union de los dos salió numerosa prole: primero la tierra y la arena, despues las piedras y las rocas, más tarde los grandes y los pequeños árboles, luego las yerbas y el césped, en otros días los animales, por fin *Ouiot*, que fué gran capitan y tuvo de madre desconocida multitud de hijos pertenecientes á la raza de los magos. A medida que se fueron multiplicando los descendientes de Ouiot se fué extendiendo la tierra hácia Mediodia.

Andando el tiempo, envejeció Ouiot y fué envenenado por sus hijos, que le consideraban inútil para el gobierno. Dejó, al sentirse enfermo el monte por lo que es hoy costa y no lo era entónces, que no existía el Océano. Tenía allí preparado por su madre la Tierra en una gran concha un antídoto á que los rayos del sol estaban dando fuerza; pero no lo pudo aprovechar, porque al olor de la pócima había acudido el coyote y derramaba la concha. Ya en la orilla del sepulcro, prometió á sus hijos que volvería; pero no ha vuelto.

En cuanto murió Ouiot le pusieron en lo alto de una pira. No bien la encendieron, cuando el coyote saltó á la hoguera, arrancó al difunto carne del estómago, se la comió y escapó á las iras del pueblo. Llamábanlo *Eyacque*, sub-capitan, y lo llamaron desde entonces *Eno*, ladron y caníbal.

Concluídos los funerales, se reunieron los hijos del muerto y deliberaron sobre

la manera de procurarse alimentos fuera de la blanca arcilla de que hasta allí se habían exclusivamente mantenido. Aparecióseles en esto un sér maravilloso; y, llenos de asombro y temor, le preguntaron: «¿eres tu por ventura nuestro capitan Ouiot, á quien acabamos de reducir á cenizas?» «No, les respondió el espectro, yo soy más grande que Ouiot: vivo en los cielos, *Chinigchinich* es mi nombre.» Dijéronle porque estaban reunidos y añadió: «yo soy el autor de cuanto existe, y voy ahora á crear al hombre á vuestra semejanza. A vosotros os daré poder, á cada cual segun su naturaleza, para que produzcais lo bueno. Uno de vosotros derramará sobre la tierra la lluvia, otro el rocío, otro hará crecer los cereales, otro las semillas, otros poblarán de caza los montes y los valles. Pasará este poder á vuestros más remotos descendientes, y vosotros todos sereis para los hombres magos y adivinos. De ellos recibiréis ofrendas para que no les falte la caza ni se les malogren las cosechas.»

Hizo entonces Chinigchinich de la arcilla del lago un varon y una hembra; y estos dos primeros hombres fueron los padres de los californios.

Nocuma, decían por su parte los californios del Llano, es el autor del mundo. Lo amasó y redondeó largo tiempo en sus manos; y al fin para darle consistencia le introdujo la roca *tosáut*, pesada y negra. El mar no era á la sazon sinó un arroyo que lo ceñía; y los peces que lo poblaban, tantos, que ni mover podían sus aletas. Pensaron algunos en ganar la tierra y lo habrían hecho á no oir de boca de los más viejos lo mortíferos que les serían el sol y el aire. Sin correr tanto peligro lograron al fin mayor holgura merced á la audacia y la fuerza de uno de sus compañeros, que partió en dos la roca tosáut. Encontraron en ella una vejiga llena de materias amargas, las probaron, las hallaron buenas y sabrosas y las derramaron por sus dominios. Volvióse amargo el diminuto Océano; pero creció y se extendió sobre la tierra hasta que la dejó reducida á sus actuales límites.

De la misma tierra fueron entónces creados por Nocuma el hombre y la mujer, *Ejoni* y *Ae*. Tanto crecieron y se multiplicaron sus descendientes, que llenaron pronto el mundo. De *Sirout*, el Manojo de Tabaco, y de *Ycaiut*, la Señora de Arriba, nació con el tiempo *Ouiot*, el Dominador de las Gentes. Era Ouiot terrible y feroz guerrero, de indómita soberbia y de ambicion sin tasa: quería extender á todas las naciones su imperio y regirlas severamente. Tan insufrible se hizo por su tiranía, que al fin movió contra sí el ánimo de los súbditos. Resolvieron los súbditos envenenarle; y al intento por tales vías molieron y mezclaron un pedazo de la roca tosáut, que bastaba aplicarlo exteriormente para producir la muerte. Aunque supo Ouiot por el pequeño *cucumel* tan horrible trama, no pudo conjurarla. Un día en que estaba durmiendo le dejaron sobre el pecho granos de tosáut que le royeron las carnes hasta dar con las fuentes de la vida. Llamóse inútilmente á los sabios de la tierra, no hubo quien pudiera salvarle. Muerto ya, es indecible el regocijo con que bailaron y cantaron los pueblos al rededor de la pira.

Reunidos con este motivo los pueblos, deliberaron, como en la tradicion de los montañeses, sobre la posibilidad de encontrar más alimentos que la arcilla. Aparecióseles tambien en ésto un ente misterioso, por nombre *Attajen*, ser humano ó por lo menos racional, que escogió á los mejores entre los ancianos y convirtiéndolos en hombres-medicina, los armó de poder para fecundar los campos y poblar de caza los bosques.

Muchos años despues, continuaban diciendo los californios del llano, se les apareció en el mismo lugar *Ouiamot*, hijo de *Tacu* y *Auzar*, á quien se conocía por el gran nombre de *Chinigchinich*, el Omnipotente. Presentóseles Chinigchinich en traje de *tobet*, ceñida por una corona de plumas la cabeza, cubierto por un peto de plumas el cuerpo y pintadas de negro y rojo las carnes. Danzó por algun tiempo, llamó luego á los hombres-medicina, los *puplems*, entre los que figuraban á la sazon los jefes; y les dijo que había bajado de las estrellas para instruirlos en la danza y encargarles que en todos los apuros se vistiesen como estaba vestido, bailasen como había bailado y le pidiesen por su gran nombre y en tono de súplica lo que les hiciera falta. Les enseñó como habían de adorarle. levantar los *vanquechs* ó templos y conducirse en los principales negocios de la vida; y como se preparara á morir y le preguntaran si habían de enterrarlo. «guardaos, les dijo, de tal blasfemia: pisaríais entónces mi fosa y os sería pesada mi mano. Vivid alerta, porque hé aquí que ahora subiré á las estrellas, y veré desde allí las sendas de los hombres, y al que falte á mis mandamientos, enfermedades le plagarán el cuerpo, huirán de sus labios los víveres, le desgarrará el oso las carnes y le morderán y devorarán las serpientes.»

Estas dos tradiciones, aunque várias en los detalles, son en el fondo idénticas. En las dos es Ouiot un gran capitan que muere envenenado por sus hijos. En las dos está reunido el pueblo con motivo de los funerales de Ouiot, cuando se le aparece un sér misterioso que arma de poder á los hombres-medicina. En las dos es Chinigchinich el Señor Omnipotente de los cielos. Modifica la segunda á la primera, pero tambien la completa. Por la segunda sabemos el orígen de las danzas religiosas y el de los ritus que ya describí para la proclamacion de los reyes.

Unos y otros californios, comprendidos generalmente bajo el nombre de *acag-chememes,* representaban á Chinigchinich bajo la figura de un gato montés, de cuya boca salían, como de una aljaba, numerosas flechas. Haciánlo de piel de coyote, rellenábanlo de plumas de ciertas aves y lo ponían en sus templos sobre un zarzo. No se acercaban á esta imágen, junto á la cual habia un arco y algunas saetas, sinó con temor y respetuoso silencio. No le inmolaban género alguno de víctimas; pero le dirigían ardientes plegarias y no pocas veces las acompañaban con pantomimas, expresion de lo que deseaban y pedían. Con el traje de Chinigchinich habían de entrar en el templo si eran hombres-medicina ó jefes de tribu.

Además de Chinigchinich adoraban y tenían los acagchememes á *Touch*, dios que vivía en los montes y en las entrañas de la tierra y, se les aparecía en diversas formas, pero siempre en la de algun animal de terrible aspecto. De este dios creían recibir cuando niños la vision del sér que había de protegerlos. Veneraban tambien al *buaro*, á quien daban el nombre de *pánes*. Dedicabánle todos los niños una fiesta cuya principal ceremonia consistía en matar un pájaro de la especie sin quitarle una gota de sangre. Desollábanlo despues procurando que no le cayera una sola pluma, y lo enterraban por fin en el templo con gran dolor de las mujeres, que lo lloraban ó fingían por lo ménos llorarlo como uno de sus amigos ó deudos. Decían del buaro que había sido en otro tiempo mujer y, vagando un día por el monte, había tropezado con Chinigchinich, que lo había trasformado en ave. Creían, y es más, que cuantas veces lo mataban otras tantas renacía, y si el día de la fiesta le daban muerte en cien pueblos, en los ciento se la daban á un solo y mismo buaro. ¿Que es aquí comparada al buaro el ave Fénix?

Estos acagchememes habían verdaderamente concebido ideas singulares. Afirmaban algunos que el hombre al nacer recibía el alma ó el aliento, que para ellos era lo mismo, del aire ó de cierta entidad invisible que lo constituía, y al decaer la iba poco á poco perdiendo y dejando en ese mismo mar ó principio de su vida. Materialistas puros, no veían naturalmente más allá del sepulcro ni paraíso ni infierno. Otros, empero, sostenían que despues de muerto iba el hombre á la morada del gran Chinigchinich, lugar sito debajo de la tierra, donde podía cumplir sin trabajo todos sus deseos y entregarse á los placeres sin que se los enturbiaran ni el recuerdo de lo pasado ni el temor de lo futuro. Ni faltaban quienes asegurasen que Chinigchinich iba distribuyendo las almas de los que morían segun su rango y su muerte. Trasforma, decían, en astros las de los jefes y los hombres medicina, á quienes devora Tacu; y deja que vayan á cualquiera otra parte las que Tacu no puede comer, porque abandonaron el cuerpo en el agua ó en el cautiverio. Las del vulgo pasan algun tiempo en la tierra y se comunican con sus deudos, y despues á lugares donde son siempre más dichosas que en la presente vida.

Creían la mayor parte de los acagchememes en el paraíso, no en el infierno, y en ésto coincidían con los demás californios de que ahora escribo. Los californios del Mediodía estaban todos en que Dios castiga en la tierra las iniquidades de los hombres; así que á castigo de Dios atribuían siempre así las enfermedades como la mala suerte en los negocios. Chinigchinich no había realmente amenazado á los acagchememes que violaban sus preceptos sinó con hacerles desgarrar las carnes por los osos, ó lacerarles por la enfermedad el cuerpo ó atormentarlos por el hambre, no con privarles de las dulzuras del cielo ni con llevarlos á ningun horno de fuego donde hubiese de haber llanto ni crugir de dientes.

En el Condado de los Angeles había aún otras dos tradiciones religiosas. Se

hablaba, por una parte, de un dios por nombre *Quaoar*, que había bajado de los cielos, introducido en el caos órden, asentado el mundo sobre las espaldas de siete jigantes, creado los seres vivos y por fin sacado de la tierra al hombre y á la mujer, á quienes había llamado *Tobohar* y *Pabávit*. Hablábase por otra de dos hermanos sobre los que se refería la siguiente leyenda.

Hubo en un principio dos grandes seres que hicieron el mundo, lo cubrieron de yerbas y árboles y dieron forma y vida á los animales. El mayor, tal vez Quaoar, se volvió al cielo y el menor quedó en el suelo. Triste y solo el menor acá en la tierra, se creó niños y tuvo la buena suerte de que la luna, entónces por aquellas cercanías, les sirviera de madre. Puesta la luna en el umbral de la cabaña les velaba los pasos y el sueño, y los guardaba de los peligros de la noche. Felicísimos vivian los niños con el amor de tan buenos guardas; pero llegó día en que se entristecieron viéndolos más amantes el uno del otro que solícitos por su ventura. Empezó su dios á dejarlos apenas faltaba el día y á marcharse con la luna, que iba por su parte olvidando sus deberes de centinela. Tristes estaban los pobres niños, y para colmo de mal aguijoneados por los celos. Despertolos cierta noche quejumbroso llanto, y á la primera luz del alba vieron junto á su puerta á una recien-nacida niña. Fué la niña creciendo, y era blanca y hermosa como su madre; pero, como su madre tambien, voluble y frágil. Su madre era la misma luna, que con su amante se había escapado á los cielos y por su amante había escogido en ellos seguro albergue. Resultaban ser así las mujeres hijas de la luna y por ésto bellas y tornadizas.

De todas esas tradiciones se infiere que los californios del Mediodía creían todos en un sér supremo, creador del cielo y de la tierra; y casi todos en un paraíso donde gozaban de suprema ventura las almas al abandonar sus cuerpos. Creían todos que sus magos y sus jefes eran poco ménos que sobrenaturales, puesto que habian sido por el mismo Dios revestidos del poder que se atribuian tanto sobre los elementos como sobre los espíritus. Creían que hijos de Dios eran al fin todos los hombres y por la mano de Dios purgaban acá abajo sus faltas y delitos. Se dice que creían tambien en la metempsíchosis; pero, en opinion de Schoolcraft, entendían, no que las almas trasmigrasen de cuerpo en cuerpo, sinó que las de una generacion ya extinguida habían pasado al cuerpo de animales tan fuertes y grandes como el búfalo y el oso.

Lo cierto es que todas esas tradiciones y creencias influyeron muy poco en la moralidad de aquellas gentes. Eran los californios del Mediodía inconstantes, disimulados y pérfidos hasta el punto de no poderse nunca asegurar que harían en determinadas situaciones y negocios. Bajos y lúbricos, habían llevado las cosas al extremo de vestir y educar á lo mujer á ciertos hombres y casarlos públicamente con sus jefes, para cuyos apetitos no bastaban treinta y más esposas. En la isla de Hayti vimos ya hombres sin pudor que ejercían el oficio de rameras y para que los buscasen y conociesen vestían enaguas; entre los caviaks

dimos con madres que educaban hijos varones para mujeres de sus magnates: entre los kaviaks y los haytis hallamos ahora en los californios mancebos destinados al brutal sensualismo de los jefes con el nombre de *joyas*. ¿Donde encontró pues límites la lujuria del hombre?

Ni eran estos californios ménos amigos de los juegos que los del Mediodía y los del Norte. Uno tenían que no hemos observado aún en otros pueblos. Hincaban los jugadores en el suelo, de dos en dos pulgadas y formando fila, hasta cincuenta estacas ó palillos. Puestos en los dos extremos de la línea, iban alternativamente arrojando sendos puñados de astillas de caña, por un lado negras y por el otro blancas. Hacían tantos puntos cuantas eran las cañas que caían del lado negro; y el que primero llegaba á cincuenta, ese ganaba. Podía tirar de nuevo el que de una sola vez hiciese ocho puntos ó tuviese la desgracia que las cañas todas cayesen del lado blanco. Marcábase los puntos de cada jugador por piezas de madera colocadas ante la correspondiente estaca.

Eran todavía estos californios más amigos de los bailes. Pasábanse bailando los días y aun los meses. Bailaban al nacer, al casarse y al morir de sus deudos; bailaban para hacerse propicios á los dioses y tambien para agradecerles el favor que de ellos creían haber recibido. Tenían entre otras la danza del halcon, la de la paz y la abundancia, la de la victoria y la de vida para los enfermos: danzas casi todas pantomímicas, y algunas tan obscenas, como las de los nutkas. Pintábanse para casi todas el cuerpo y áun se adornaban con cuentas y conchas; pero se presentaban en otras completamente desnudos. Aunque solían tomar parte en la fiesta las mujeres, teñidas de pechos arriba de color oscuro, rara vez bailaban junto con los hombres. Formaban ordinariamente corro aparte ó llevaban el compás bien cantando, bien tocando sonajeros de conchas de tortuga. El canto era monótono; monótona la música. Danzábase, como he indicado, hasta en ciertos funerales.

De los californios del Mediodía unos quemaban y otros enterraban á los muertos. Los guardaban los de San Juan Capistrano hasta cerciorarse de que no les quedaba destello alguno de vida, y los ponían después sobre piras á que daban fuego personas investidas de tan fúnebre cargo. Nada hacían ni decían amigos ni deudos en tanto que ardía el cadáver; pero se trasladaban luego á las cercanías del pueblo y allí daban por tres días y tres noches rienda suelta al dolor y al lamento. Referían en sentidos cantos el orígen y los progresos de la enfermedad que había producido la muerte, y en señal de luto se cortaban la cabellera quienes más, quienes ménos, segun fuesen más ó ménos próximos parientes del difunto. No llegaban en caso alguno á lacerar sus carnes.

Los californios de Santa Inés enterraban, segun parece, á sus muertos en bien ordenados cementerios. Los sentaban en ataudes compuestos de tablas de piedra arcillosa y los sepultaban con los utensilios y las armas de que habían usado vivos. Esas armas y esos utensilios los quemaban los de San Juan Capistrano.

En el condado de los Angeles no bien moría un californio, se reunían todos sus parientes y le lloraban arrojando cada cual del fondo de su pecho especiales gemidos. Cuando entraba ya en putrefaccion el cadáver, se lo arrollaba y se lo conducía al lugar de su enterramiento. Cantaban entónces á coro los deudos, y los acompañaba uno soplando en una canilla de cierva. Terminaban los funerales por una danza que no consistía sinó en cruzar y barajar los piés de extraño modo.

En otros puntos, segun parece, eran más las ceremonias. Se empezaba por llevar y depositar el cadáver ante el ídolo del pueblo, y allí se lo velaba por la noche al rededor de una hoguera. Al otro día los vecinos todos se dirigían en procesion á tan lúgubre sitio llevando al frente uno que, acompañado de tres auxiliares, fumaba gravemente en una larga pipa. Adelantábanse estos cuatro, y por tres veces daban la vuelta en torno del ídolo y del muerto. No pasaban por la cabeza del muerto que no levantasen el sudario y le echase el de la pipa al cuerpo tres bocanadas de humo; ni por los piés que no se detuviesen ni cantasen á coro una especie de plegaria. Avanzaban luego los parientes y ofrecían uno tras otro al sacerdote cuerdas de semillas del largo de una braza, prorumpían los demás en estrepitosos gritos y lamentos, y, levantando en sus hombros el cadáver los cuatro delanteros, lo llevaban á la sepultura. Se hincaba sobre la sepultura una lanza ó jabalina pintada de muchos y brillantes colores, y al pié se deponía los objetos que indicaban la profesion ú ocupacion del difunto. Cuando guardaba la tumba los restos de una mujer, se suspendía de la lanza misma las obras de junco ó de mimbre que la mujer había hecho en vida.

Esta costumbre, tan general en los pueblos bárbaros y en no pocos agravada por la de aniquilar la casa y la propiedad toda del muerto, acredita verdaderamente la falta de prevision y de economía de nuestros salvajes, que, míseros como de ordinario estaban, acrecían su miseria destruyendo de tan bárbaro modo el capital acumulado por cada una de las generaciones que se extinguían en el seno de la muerte. Cerraban por este procedimiento la puerta á la esperanza de herencias, orígen de innobles sentimientos, cuando no de nefandos crímenes; pero se la cerraban tambien á todo progreso. El capital de la generacion de hoy es siempre el que permite los adelantos de la de mañana.

Debería terminar este ya largo capítulo; pero ¿cómo no decir algo sobre las muchas lenguas que allí se hablaban? No ya á las de los californios del Mediodía, sinó á las de los californios todos, me propongo estender aquí mis escasas observaciones. A propósito he guardado silencio sobre este punto en las monografías de los californios del Centro y los del Norte.

Las lenguas y los dialectos eran muchas en California. Hasta ciento diez y siete incluye Bancroft en el catálogo de las que se hablan en los Estados del Pacífico; y ésto consignando que han desaparecido centenares de dialectos, de que no queda ni el nombre. Aún de las que subsisten se conoce poco merced á

la casi absoluta carencia de diccionarios y gramáticas. Da Schoolcraft en el tomo tercero de sus *Ethnealogical Researches* los vocabularios recogidos por Jorge Gibbs al Nordeste: no contiene ninguno más de ciento ochenta voces.

Por los datos que hasta aquí se ha podido recoger las lenguas de California eran, generalmente, dulces y sonoras. Sólo las que se hablaba en las márgenes del río Smith y como cuarenta millas á lo largo de la costa se distinguían por lo duras y lo guturales. Sobresalían ya por lo armoniosas y eufónicas las del Klamath Superior, ricas en vocales y de entonacion parecida á la de nuestro idioma. Al paso que las del Klamath Inferior, la euroca, por ejemplo, tenía voces como *mrprh*, nariz, *chlh*, tierra, é *ynx*, niño; las del Klamath Superior, la cahroca, por ejemplo, daba á personas y á lugares nombres como los de *Eufippa*, *Escassassu*, *Tahasufca*, *Savorum* y *Panumna*.

Ni se diferenciaban estas dos series de lenguas sólo en los sonidos. Eran las del Norte irregulares, pobres y, cuando ménos en la apariencia, monosilábicas; y las más al Mediodía, tan regulares en su estructura como abundantes en vocábulos, no ya tan sólo para indicar objetos, sinó tambien para dar á conocer los diversos matices de los pensamientos. Era á la verdad notable la manera como por una sola palabra decían los pueblos del Klamath Superior «hoy, mañana, de aquí á dos, de aquí á tres, de aquí á cuatro, de aquí á cinco, de aquí á quince días.» *Kor, nihhi, naxil, chohnah, mare, marunimicha* equivalían á uno, dos, tres, cuatro, cinco, quince: *Kohchamol, nahamohl, naxamohl, chohnahamohl, maremohl, marunimichahamohl* á hoy, mañana, de aquí á dos, de aquí á tres días, etc.

Disponían los pueblos del Klamath Superior de una lengua rica, y sabían enriquecerla con voces nuevas cada vez que se presentaban á sus ojos nuevos seres ó á su razon nuevos conceptos. Eran enemigos, como la mayor parte de los bárbaros, de adoptar palabras de otros idiomas, práctica á que por lo contrario propenden las naciones cultas; y, cuando tal les sucedía, inventaban vocábulos ó cuando no daban á los que ya tenían nuevas acepciones.

No dependía ésto, como algunos creen de la dificultad de los salvajes para aprender idiomas; en esa misma California había pueblos que conocían todos los dialectos de su lengua, con ser éstos muchos y no existir entre algunos sinó escasísimas semejanzas. Tales eran los pomos, que adquirían fácilmente los dialectos de los ukiahs, los saneles, los gallinomeros, los masallamagunes, los gualalas y los matoles, á pesar de no comprenderlos ningun europeo sabedor del pomo que particularmente no los estudie.

Del *gallinomero* se tiene algunas nociones gramaticales. No había en aquel dialecto para el nombre géneros, números ni casos. Se conocía el genitivo sólo por la anteposicion del nombre regido al regente; y el acusativo, sólo por la inmediata posposicion del nombre al verbo. *Atopte*, jefe; *mentega*, hermano; *atopte mentega*, hermano del jefe. *Bidacha*, río; *bidacha hoalye*, voy al río; *bi-*

dacha hnoduna, salgo del río; *bidacha toholeena*, me voy del río; *chaduna bidacha*, veo el río. Distinguíase tambien el acusativo por las terminaciones *ga* ó *gen*; pero raras veces. El adjetivo era aún ménos variable que el sustantivo: ordinariamente lo subseguía. Hacíase la comparacion de superioridad por el mismo procedimiento que en nuestro idioma: al adverbio «más» correspondía el adverbio *pala*, en composicion *paleya*. *Paleyabata waymo ahmet*, literalmente más grande él yo, significaba él es más grande que yo. Abreviaba más el bajo pueblo y decía simplemente: *bata waymo ahmet:* suprimía el adverbio.

Los pronombres personales eran *ah*, *ahto* ó *ahmet*, yo; *ama*, tú; *wemo*, *waymo*, *hamo* ó *amata*, aquel y aquella. En el nominativo no cambiaban tampoco, á lo que parece, de singular á plural, como no fuese el de primera persona, que en plural era *aya*. En todos los verbos á excepcion del auxiliar «ser» omitíase constantemente el de primera persona; con mucha frecuencia, los de segunda y tercera. Cuando se los empleaba, iban prefijos al verbo, si agentes; sufijos una que otra vez, si pacientes. *Ahwa*, yo soy; *ayawa*, nosotros somos. *Chechoanomdo*, contraccion de *chechoana meto*, yo os pego; *meto tudawa*, yo os amo. *Meto* revela aquí que esos pronombres se declinaban ó por lo ménos en el caso acusativo cambiaban de singular á plural. Derivaban de los personales los posesivos, bien que sufriendo grandes modificaciones, sobre todo al incorporarse con los nombres. *Orkey*, mío; *maykey*, tuyo; *webakey*, suyo. Mi padre, *orkahmen* y tambien *ahmen*; vuestro padre, *maykemay*; su padre, *webamen*. Padre era *medde*; reducíaselo unas veces á *men* y otras á *may*.

Los verbos no cambiaban tampoco de singular á plural; tampoco de persona á persona, como no fuese por los pronombres prefijos. Ser, *wa:* yo soy, tú eres, aquel es, etc.; *ahwa*, *amewa*, *hamewa*, *ayewa*, *amewa*, *hamowa*. Eran todos regulares y tenían tres tiempos—presente, pretérito y futuro—con más tres formas para el imperativo. Yo hago, *tsina*; yo hacía, *tsitina*; yo haré *tsicuwa*. Yo soy, *hoalye*; yo fuí, *hoaletina*, yo iré, *hoalecuwa*. Las terminaciones características del pretérito y del futuro eran, segun todas las probabilidades, contracciones de otros verbos: *Cuwa* pudo muy bien proceder de *tudawa*, querer, desear. Vaya yo, vé tú, vaya él, se traducía en gallinomero por *hoaleluh*, *hoalir*, *hoalegun*.

Había, además, en aquel dialecto formas reverenciales como las que vimos en el idioma de los aztecas. Al hablarse de los deudos, de los jefes ó de cosas que á los jefes correspondieran, se solía anteponer y unir al nombre las partículas *me* ó *jin: atopte me-etchen*, *atopte jin-shinna*, la esposa, la cabeza del jefe.

De otra lengua se posee noticias gramaticales, que no son merecedoras de olvido; de la lengua *mutsun*, segun Taylor, una de las muchas ramas de la runsia que se extiende entre la bahía de San Francisco y Monterey por una faja de tierra de ciento setenta millas. Carecía la lengua mutsun de las letras *b*, *d*, *k*, *f*, *v*, *x* y *r* fuerte. Tenía para los nombres, si no géneros, que lo ignoro, nú-

meros y casos. Declinaba los adjetivos de igual modo que los sustantivos, si iban solos; no los declinaba ni los alteraba en manera alguna, si acompañaban el nombre.

Appa, el padre. Singular.—Nom. *Appa*; Gen. *Appa*; Dat. *Appahuas*; Ac. *Appase*; Abl. *Appatsu*, *appatea*, *appame*. Plural.—Nom. *Appagma*; Gen. *Appagma*; Dat. *Appagmahuas;* Ac. *Appagamase*; Abl. *Appagmatsu, appamatca, appagmane*. Aquí el signo de plural era, como se ve, *ma* ó *gma* ó *m* y se ponía entre la raíz y las desinencias de los casos, particularidad que hemos observado ya en otro idioma de esta misma parte de América.

Los pronombres personales eran *can*, yo; *men*, tú; *nunisia*, aquel; *macse*, nosotros; *macam*, vosotros; *nupcan*, aquellos. Había aquí ya, si no plural para los pronombres, pronombres de plural y en mi entender plurales que derivaban de los singulares.

Había en el verbo desinencias; pero sólo para el cambio de tiempos, no de números ni de personas. Ará, dar. Ind. Pres. *Can ará*; *men ará*; *nunisia ará*; *macse ará*; *macam ará*; *nupcan ará*.—Pret. *Can*, *arán*; *men arán*; *nunisia arán*, etc.—Fut. *Can et* ó *iete ará*, *men et* ó *iete ará*, etc. Lo de notar aquí es que así para el pretérito como para el futuro existía gran variedad de formas y se usaba de unas ó de otras, segun se tratase de acciones más próximas ó más remotas. Yo dí hace muy poco tiempo era *can itzs arán*; yo dí hace largo tiempo, *can cus arás*; yo dí hace muchísimo tiempo, *can hocs ará*; yo dí en tiempos de que no hay ya memoria, *can munna arás*; yo dí (absoluto) *can arán*; yo dí quien sabe cuando, *can arás*; yo dí hace algun tiempo, *can araicun*; yo dí ya, *can aragte*. Yo daré pronto, *can et ará*; yo daré de aquí á muchos días, *can iti ará*: yo daré de aquí á muchos años, *can munna ará*; yo habré dado quizá, *can pin arán*.—Imp. Dame, *arat* ó *aratit*; date, *araia*; dale, *arai* ó *arati*; dales, *arais*.

Era el mútsun lengua abundante: lo prueban sus muchos adverbios: Si, *gehe*: no, *ecue*; nunca, *ecue et*; nunca más, *ecue imi*; verdaderamente, *asaha eres*; ciertamente, *amane*; he aquí, *giré*; este día, *neppe tengis*; hoy, *naha*; inmediatamente, *iñaha*; mañana, *aruta*; antes, *aru*; despues, *yete*; siempre, *imi*; bien, *miste*, *utin*; mal, *equitseste*; mucho, *tolon*; muchísimo, *tompe*; poco, *cutis*; muy poco, *cuti*; despacio, poco á poco, *chèquen*.

Aunque ménos en número, algunas noticias cabe dar aún de otra lengua que con los nombres de *tachè, telamè* y *sextapay* se hablaba en los alrededores de la mision de San Antonio de Padua. Carecía de las letras *b*, *d* y *r*. Tenía en la voz *na* un artículo determinado y un adjetivo demostrativo. Hacía el plural de los nombres añadiéndoles ya *il*, *el*, *l* ó *li*, ya *ti* ó *t*, ya *leg*, *aten*, *ten* ó *teno*. Suplía por el uso de partículas los casos. No daba á los adjetivos género ni número. Incluía generalmente en el verbo los pronombres personales, áun siendo objetivos. Incorporaba los pronombres posesivos á los nombres. Poseía una forma

plural para el verbo. Conocia las conjugaciones de transicion, como es de presumir que las conociese la lengua mútsun. Abundaba en preposiciones.

Ejemplos.—Hombre, *tama*; hombres, *tamaten*; mujer, *lixii*; mujeres, *litzzin*; hermano, *citol*; hermanos, *citolanel*; hueso, *ejaco*; huesos, *ejaclito*; horno, *alo-coniya*; hornos, *alocotiniya*.—Sangre, *akata*; mi sangre, *ekata*; tu sangre, *ci-mekata*. Padre, *ecco*; mi padre, *tili*; tu padre, *cimic*; nuestro padre, *tatilli*. Obra, *tacato*: mi obra, *tacat*; tu obra, *cimtacat*; nuestra obra, *zatacat*; vuestra obra, *zugtacat*.—Beber, en singular *cacheme*; en plural, *cachetem*: correr, en singular *quenole*; en plural, *quenoltec*: decir, en singular *malaco*; en plural, *malol-taco*.—Háblame, *pssiac*; habladme, *pssitac*; dame, *meyac*; danos, *maitiltac*; él nos da, *paitiltac*.—Por *zo*; en, *nepe*; á, *zui*, *zuiyo*, *zo*; de, preposicion de ablativo, *zepe*; sobre, *zui*; dentro de, *zinepa*.

Lo más notable era aquí la forma plural para el verbo y la existencia del artículo ó la manera de suplirlo por el adjetivo demostrativo.

Habla Bancroft, á quien exclusivamente sigo, de si hay ó no afinidades entre estos idiomas californios y los de la familia malaya. Aunque dice y prueba haberlas encontrado, sobre todo fijándose en el kulanapo, uno de los dialectos del Pomo, no les da grande importancia y obra en mi sentir cuerda y sensamente. Cita hasta veintinueve vocábulos del kulanapo, y para encontrarles similares ha debido buscarlas nada ménos que en siete de aquellos idiomas: el malayo, el polinesio, el kayan, el sakarran, el millanow, el suntah y el tonga. Entre estas afinidades figuran las siguientes: Madre, *nihk*, *indi*; esposa, *bai le*, *bini*; casa, *kah*, *falle*; verde, *doh tor*, *ota*; rojo, *keh dah reh duk*, *dadara*. ¿Qué cabe inferir de aquí en buena lógica?

Las lenguas estaban distribuídas por la comarca, materia de este y el anterior capítulo, del siguiente modo. A lo largo de las fronteras orientales de los Estados de Oregon y California se hablaba el klamath, con el cual se confundian al Norte el yakon y al Sud el palaik y el shasta. En la parte baja del río Klamath prevalecia el euroco y en la alta el cahroco, *qui toto coelo aberrabant*. En las márgenes del Trinity resonaban las ásperas voces del pataway, quizá el weitspek de la confluencia del Klamath y el mismo Trinity, idioma de que parecían ser dialectos el wiyot y el wishosk de los ríos Mad y Eel y el wiard del bajo Humboldt. Al ehnec ó pehtsik del río Salmon seguían en la region del Klamath el watsahawah, el howteteoh y el nabiltse. Expresaban sus conceptos en las lenguas chillulah, whileutta y kailta los californios del arroyo Redwood, y en otra especial los chimalquagos del New River antes de ser absorbidos por los húpahs. Los habitantes de la bahía de Humboldt se comunicaban sus pensamientos en patawat, los del Round Valley, en yuka; y los del valle Potter, en tahtu. En los valles de los ríos Eel y Ruso imperaban el pomo y sus distintos dialectos. Afines al Pomo eran todavía el choweihak y el batemdakei de las fuentes del Eel, el chocuyem de las cercanías de la mision de San Rafael y el

olamentke y el chwachamaju del río Ruso. Alguna relacion tenía tambien con el ya referido yuka el wapo ó ashoshemi de los alrededores de Calistoga. En los ríos Yuba y Feather existían por fin el meidu y el nishénam.

Numerosísimos eran los idiomas que se hablaba en las dos orillas del río Sacramento y sus afluentes: en la oriental el ochecamne, el serouskumne, el chupumne, el omochumne, el siecumne, el walagumne, el cosumne, el sololumne, el turealumne, el newichumne, el matchemuc, el saywamine. etc.; en la occidental el pujuni, el puzlumne. el tsamak, el secumne, el nomshaw, el kiski, el yasumne, el yalesumne, etc.. etc.; idiomas que, segun parece, guardan relacion entre sí y podrían muy bien haber sido dialectos de una misma lengua. En las montañas al Sud del Yuba y en ciertos lugares del Sacramento se hablaba además el cushna; en el río Wilkes, el kiakla; en el valle de Napa, el myacoma, el calayomane, el caymus, el napa, el uluka y el suscol; en Solano, el guiluco; en los estrechos de Karquines y en los valles de San Joaquin y Tulare, el tulare; en el río Tuolumne, el hawhaw; en el río Merced, el cocónun.

En las playas de la bahía de San Francisco predominaba el olhone, de que se cree fueran dialectos el matalan, el salse, y el quirote; más al Sud, el runsio y el esleno, que Taylor da como dialecto del runsio. Dialecto del runsio era tambien el mútsun, de que antes dije, y además el sakhone, el chalone, el katlendaruka, el poytoqui y el thamio. En la mision de Santa Cruz se hablaba un idioma de numerosas ramas, cuyo nombre se ignora; en la de San Antonio de Padua, el taché ó sextapay; en la de San Gabriel y San Fernando Rey, el kizh; y en San Juan Capistrano el netela; idiomas que pertenecían ya á la familia shoshoni.

¡Que variedad de lenguas, de tribus, de hombres! Imposible de toda imposibilidad abarcarlas y determinarlas, imposible de toda imposibilidad clasificarlas de un modo racional y lógico. Sigo en esta parte de Occidente las clasificaciones de Bancroft, no porque desconozca ni la escasez de datos en que las funda, ni la diversidad de criterios que aplica, ni las veces que se contradice, sinó porque las creo, como fruto de veinte años de estudio y de atencion profunda, las mejores y sobre todo las que permite el actual estado de la historia de la antigua América. Vendrán probablemente á iluminarla torrentes de luz hijos de nuevas investigaciones; pero hoy por hoy está envuelta en grande oscuridad, y los trabajos de Bancroft constituyen verdaderamente un adelanto y revelan un esfuerzo de que nunca se hará el encomio que merecen. Le sigo yo casi exclusivamente, tanto por la confianza que me inspira, como por la falta de libros que sobre muchas de aquellas gentes, por nosotros no conquistadas ni descubiertas, hay en nuestras librerías y bibliotecas. Es tan poco lo que he podido añadir y corregir, que esta parte de mi obra, me complazco en declararlo, es de Bancroft, no mía.

CAPÍTULO XLVI

Los nuevo mejicanos.—Sus cuatro grandes familias.—Primera familia: la de los apaches.—Naciones en que estaban divididos.—Condiciones físicas.—Manera de llevar el pelo.—Manera de labrarse y pintarse el cuerpo.—Trajes y adornos.—Viviendas.—Casas de los mojaves.—Casas de los comanches.—Agricultura.—Cultivo del maíz.—Como lo comian.—Como sacaban de él los licores llamados mescal y pulque.—Alimentacion.—Caza.—Caza del antílope y el ciervo.—Caza del búfalo.—Pesca.—Industria.—Alfarería.—Cestería.—Barcas.—Esculturas y pinturas en rocas y cavernas.—Artes decorativas.—Tejidos.—Forma de los telares.—Cunas.—Armas.—Correrías.—Ardides de guerra.—Ahumadas y fogatas telegráficas.—Pillaje á que se entregaban los vencedores.—Retiradas.—Manera como se recibia á los expedicionarios segun iban vencedores ó vencidos.—Manera de tratar á los cautivos.—Carácter belicoso de los comanches.—Táctica de esta nacion.—Conducta para con los prisioneros.—Tratados de paz.—Escasa aficion de los apaches todos al tráfico.—Propiedad.—Leyes de sucesion raras entre los navajos.—Gobierno.—No cabe decir que lo hubiese entre los apaches.—Jefes y asambleas.—Instituciones notables de los comanches.—Solemnidad de las asambleas de tribu.—Asambleas generales.—Jefes.—Lo incompleta que era esta federacion de los comanches.—Limitadísima autoridad de los jefes.—Instituciones sociales.—Condicion de la mujer.—Matrimonio.—Divorcio.—Conducta de los comanches para con los lipanes.—Partos.—Crianza y educacion de los hijos.—Carácter moral de los apaches.—Danzas.—Juegos.—Religion.—Idea general de un Ser Supremo.—Creencia general en la inmortalidad del alma.—Mitología de los seris.—Mitología de los mojaves.—Mitología de los comanches.—Mitología de los navajos.—Dioses en que creian.—Paraiso que se habian forjado.—Tradiciones.—Alteracion que estas han sufrido despues del Descubrimiento.—Supersticiones.—Ignorancia general de los apaches.—Medicina.—Enterramientos.—Funerales.—Duelos.—Manera como honraban los comanches la memoria de sus héroes.—Sentimientos que inspiraba la muerte.[1]

ALGO de lo que acabo de escribir verá confirmado el lector en este capítulo.

Comprende Bancroft con el nombre de nuevo-mejicanos en su cuarto grupo las naciones de Nuevo-Méjico, Arizona, Baja California, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Durango, Coahuila, Nuevo Leon, Norte de Zacatécas y Occidente de Téjas; naciones la mayor parte situadas entre los paralelos treinta y seis y veintitres y los meridianos noventa y dos diez y ocho y ciento y quince diez y ocho, á contar desde el de esta Córte. Divide luego todo el grupo en cuatro grandes familias: los *apaches*, los *pueblos*, los *indios de la península californiana* y *los del Septentrion de Méjico*, aplicando para la formacion de las dos últimas el criterio puramente geográfico y para la de las primeras, no ya el geográfico ni el etnográfico general, sinó el del carácter sedentario ó nómada y el de la mayor ó la menor cultura de las gentes que

[1] Fuentes de este capítulo: BANCROFT, vol. I, cap. V.; vol. III, cap. II, III, IV, V y XII Mythology.—SCHOOLCRAFT, vol. I, págs. 229-241; vol. II, págs. 125-134; vol. V, págs. 202-214.—*Journal of the Ethnological Society*, vol. II, págs. 267-277.—MOLLHAUSEN, *Journey from Mississipi to Pacific*, volúmen I, págs. 182-185; 218-225.

clasifica. Incluye así en una de las cuatro familias, sólo porque son todos nómadas, á los comanches y á los apaches propiamente dichos, que, como irá observando el lector, difieren no sólo en organizacion política sinó tambien en idiomas, puesto que aquellos son por el suyo afines con los shoshonis y éstos con los tinnehs; y en otra á los semi-civilizados pueblos casas y á los bárbaros pimas sólo porque unos y otros son sedentarios y los pimas no viven ya, como los apaches, del botin y el robo. Distan, repito, de ser lógicas estas clasificaciones; pero no dista ménos de considerarlas tales el mismo Bancroft, y yo con él las acepto á falta de otras mejores, cuando no sea más que por no verme obligado á escribir tantas monografías como tribus había en América ó, lo que es lo mismo, á retardar indefinidamente la conclusion de este ya enojosísimo trabajo.

Los apaches, primera familia de los nuevo-mejicanos, gracias á su vida errante y azarosa, que los obligaba á moverse y extenderse en distintas direcciones, no tuvieron nunca bien deslindadas fronteras. Los subdivide Bancroft en las siguientes naciones: 1.ª la de los *comanches* ó *naunis*, que constaba de la tribu del mismo nombre, la de los *yamparachos* y la de los *tenawas* y vivía en la parte septentrional de Téjas, en la oriental de Chihuahua, en Nuevo Leon, en Coahuila, en Durango y en las regiones sud-occidentales de Nuevo Méjico; 2.ª la de los *apaches* ó *shies*, de que eran ramas los *chiricaguis*, los *coyoteros*, los *faraones*, los *gileños*, los *lipanes*, los *llaneros*, los *mimbreños*, los *natajes*, los *mescaleros*, los *pelones*, los *pinaleños*, los *tejuas*, los *tontos* y los *vaqueros*, pueblos que vagaban y vagan aún por Nuevo Méjico, Arizona, la parte norte-occidental de Téjas y los actuales estados de Chihuahua y de Sonora; 3.ª la de los *navajos* ó *tenuayos*, que moraban en la sierra de los Mimbres y los alrededores; 4.ª la de los *mojaves*, que ocupaba, en el valle de su nombre, las dos orillas del río Colorado; 5.ª la de los *hualapayos*, que estaba en las fuentes del arroyo Bill Williams; 6.ª la de los *yumas*, que bebía en las aguas del Colorado, cerca del punto en que se mezclan con las del Gila; 7.ª la de los *kosninos*, que andaba errando por las montañas de Mogollon; 8.ª la de los *yampayos*, sita entre el Bill Williams y el río Hassayampa; 9.ª y 10.ª la de los *yalchedunes* y la de los *yamajabes*, la una en la márgen occidental y la otra en la oriental del Colorado; 11.ª la de los *cochis*, los montañeses del Chiricaguy; 12.ª y 13.ª la de los *cruzados*, de Nuevo Méjico, y la de los *nijoras*, de Arizona.

Los hombres de todas estas naciones, á excepcion de los shies, constituían en lo físico la mejor de las razas que hemos visto desde el estrecho de Béhring. Eran altos, bien hechos, de fuerte musculatura, de agradables facciones, de alta y espaciosa frente, de grandes ojos, de negro y áspero cabello. Tenían algunos, aunque pocos, ancho el rostro; casi ninguno barba; casi todos, vista de mucho alcance; los más, oscura la tez; los ménos, clara. De color algo más claro la solían tener las mujeres; pero sin que fuesen tan hermosas como los hombres. Be-

llas había pocas: eran la mayor parte obesas y envejecían todas pronto. Distinguíanse por lo feos principalmente los shies, de talla corta, enjutos, mal forjados, sin expresion en el semblante, de cabellera cerdosa y revuelta, de cara no ménos aplanada que algunos de los pueblos del Norte. No eran aquí tampoco más atractivas las hembras.

Llevaban ordinariamente los apaches corto el cabello sobre la frente, largo y flotante en el occipucio. No dejaban de cortárselo sinó los navajos, que se lo ataban en la coronilla, y entre los comanches los varones, que ya se lo trenzaban, ya se lo recogían en moños, ya se lo componían de mil caprichosas maneras, adornándoselo siempre con más ó ménos brillantes dijes. Completamente suelto no se lo veía sinó en los hombros y las espaldas de las mojaves.

Labrábanse estas mojaves la barba como las californias del Centro, bien que juntando algo más las líneas: pecho y cara, los comanches de ambos sexos: más ó ménos el cuerpo, los demás apaches, excepto los navajos. Los navajos ni siquiera se pintaban; hacíanlo principalmente los comanches, que á todos los demás colores preferían el encarnado, los mojaves, que estaban por el negro y el rojo, los shies, los yumas y otras tribus, que ponían en la variedad el gusto. Emplastábanse casi todas el cuerpo y aún la cabeza con barro para resguardarse de los rayos del sol y de los insectos.

Los más lujosos en vestirse eran los comanches. Calzaban los hombres mocasines que les subían á las corvas, se ceñían delantales que les bajaban á las rodillas, cubríanse algunos el cuerpo con camisetas de piel de ciervo y los demás con larguísimos mantos de búfalo, que se prendían en los hombros. Calzaban tambien las mujeres polainas y mocasines, y del cuello á las piernas se ceñían ropas de piel de gamo. Unos y otras para embellecerse ponían á contribucion todo género de adornos: principalmente cuando se disponían para sus fiestas, invertían mucho tiempo en el atavío de sus personas.

De cuero de gamo llevaban tambien los navajos la cazadora ó la manta que se sujetaban á la cintura, el maxtle que no pocas veces recamaban con puas de puerco espin, los mocasines, por lo largos más bien botas que zapatos, y uno como almete con carrilleras, sobre el cual dejaban flotar vistosos penachos ó plumas de águila. De cuero de gamo hacían aún los cintos que usaban varones y hembras. Vestían casi de igual modo los shies y los mojaves: no se distinguían sinó por sus mocasines, altos, romos y por delante anchos y vueltos hácia arriba para que mejor los defendieran de los cactus y las zarzas.

En sus viviendas se mostraban los apaches atrasadísimos. ¿Cómo no habían de estarlo, si eran nómadas, vivían del pillaje y no pasaban á veces ocho días sin cambiar de asiento? Se dice que habitaron casas de piedra; pero no las tuvieron nunca sinó en las cuevas de las Montañas Rocosas. Los mojaves eran, á lo que parece, los más hábiles constructores. Hacían cobertizos de muros perpendiculares é inclinado techo con caballete, aleros, soportal y puerta: no siempre da-

ban paso al humo, porque comunmente encendian sus fuegos al aire libre. Para la armazon de esos tinglados, que no eran muchos, usaban postes: llenaban despues los intersticios con barro ó paja. Levantaban, además, para graneros torres cilíndricas con techo cónico de mimbre.

No diferirían mucho, á lo que entiendo, las casas de los comanches de las de los mojaves; pero los comanches en verano se limitaban á construir galerías en que no podían estar sinó sentados ó tendidos. Hincaban paralelamente en el suelo ramas de sauce, las doblaban de dos en dos por los vértices y las cubrían con esteras de junco. A Oriente y Occidente dejaban puertas; á Norte y Mediodía, ventanas; el hogar, al raso.

Lo general entre los apaches era levantar postes ya vertical, ya oblícua, ya semicircularmente, y cubrirlo todo con broza, yerbas, pieles ó piedras. Daban de anchura á tan humildes habitaciones de doce á diez y ocho piés, y de altura de cuatro á ocho, altura que á veces aumentaban excavando el terreno. Triangular solían hacer la puerta y con una piel de gamo cerrarla. Eran más bajas, pero no de distinta forma, sus casas de baños ó, lo que es lo mismo, sus estufas.

A pesar de su vida errante y vagabunda labraban casi todas las tribus apaches, cual más, cual ménos, la tierra, y cultivaban el maíz y algunas legumbres. Verdad es que generalmente reducían el cultivo á echar la semilla en agujeros que abrían con agudas estacas y, próxima la cosecha, escardar los campos. Los regaban algunas entre los navajos, los mojaves y los yumas; pero otras preferían sembrar en las orillas de recien desbordados ríos. Como quiera que fuese, no recogía ninguna lo bastante para el año; así que todas recurrían á las plantas silvestres. Buscaban ávidamente entre estas al *maguey*, la agave americana, del que sacaban, á la par de los antiguos aztecas, el *mescal* y el *pulque:* el mescal asando las raíces, dejándolas en agua mientras no fermentasen y haciendo hervir el líquido; el pulque abriendo los tallos y recogiendo el jugo que de las heridas manaba. En fermentacion este jugo, les daba un licor que se les hacía agradable y los ponía ébrios.

El maíz lo comían los apaches como aquí los pueblos del Noroeste. Desgranaban las mazorcas, tenían por algun tiempo en remojo el grano, lo molían, amasaban la harina en forma de tortillas y á manera de tortillas las asaban. Segun parece, molían ya el grano en el *metate*, es decir en la piedra cóncava donde aquí molemos el cacao. Comían tambien el bulbo del maguey y este le asaban en el rescoldo.

Carne apenas la probaban. Cazadores indiferentes, se daban por satisfechos con disponer de vez en cuando de ardillas, de conejos y, si ni aún esto podían, de ratas, cigarrones, lagartos y otros reptiles. Alimento principal no lo era en realidad la carne sinó para los shies y los comanches. Los shies cazaban el antílope y el ciervo por el artificio que últimamente vimos en los californios. De las reses que cogían no desperdiciaban sinó los huesos; devoraban lo demás me-

dio asado, medio crudo. Los comanches por otro lado perseguían á los búfalos, que al acercarse el invierno les invadían la comarca, y por cierto que lo hacían con indecible bravura. Con sólo el arco y la flecha y á veces con la sola lanza parecían ante aquellos forzudos y fieros animales y los vencían. Complacíanse en beber caliente la sangre de los que mataban: arrancábanles ante todo el hígado, su plato favorito. No les importaba comer cruda la carne: cuando la querían asar, la ponían, como tantos otros pueblos salvajes, en la punta de astillas inclinadas al fuego. Cortaban la sobrante en delgadas lonjas; la secaban al sol y la molían; y con esta suculenta harina, que echaban en agua hirviendo al sentir hambre, no vacilaban en acometer las más aventuradas expediciones de caza y guerra. En cambio estos comanches no se dedicaban ni poco ni mucho á la agricultura: en el búfalo y las plantas silvestres tenían todo su alimento.

De pescado no se nutrían sinó las tribus que moraban en las riberas de los ríos. Aun éstas distaban de tenerlo en abundancia. Se distinguían, sin embargo, los mojaves y los axuas por la fortaleza y la hermosura de sus redes, compuestas de yerba trenzada ó de fibras de corteza de sauce.

Esos mojaves eran sin duda los más industriosos de los apaches. Sólo ellos y algunos shies se mostraban hábiles alfareros: hacían de barro cocido platos, jarros, vasos, calderas y otros utensilios. De paja ó de mimbre los fabricaban los demás apaches: para volverlos impermeables los cubrían de sustancias resinosas. Carecían todos de barcas; disponían cuando más de almadías de madera ó de haces de juncos que se parecían á los de los californios. Para la agricultura no tenían más herramienta que la puntiaguda estaca de que hice mérito. Llamábanla *kiskishay* y le daban forma de báculo para con ella coger fruta de las ramas de los árboles.

En piedra no sé que labraran sinó sus metates. Se les ha visto en rocas y cavernas pinturas y esculturas de hombres y animales, pero lo más pobres y toscas del mundo. No es á la verdad fácil decidir si son jeroglíficos ú obras de mero capricho y pasatiempo. En las artes decorativas no se dice que descollaran sinó los comanches, que pintaban con bastante gusto sus tiendas, sus escudos y sus vestidos de búfalo.

Se asegura que los navajos eran tejedores. Tejen ahora el algodon y la lana: pero cuando ménos la lana es indudable que no pudieron trabajarla antes del Descubrimiento. ¿Tejerían siquiera el algodon? Si no en las tierras por donde vagaban, lo había en las de las vecinas tribus. Me induce á creer que lo tejían la descripcion de los telares que hoy conocen y usan. No consisten éstos sinó en dos vigas, una que cuelga del techo y otra sujeta al suelo, que sirven para extender perpendicularmente la urdimbre, y dos tablillas de pizarra que la mantienen en doble cruz y abren paso á la lanzadera. La lanzadera es simplemente un palo corto á que arrollan el hilo. Máquina tan primitiva no es de suponer que fuese importacion de los europeos.

Se dice tambien si los comanches eran mineros. Puede que realmente sacasen plata de las cercanías de San Saba. Es muy de notar que entre los pueblos de esta banda de Occidente sean hoy los únicos en adornar con piezas de este metal sus cabelleras.

Donde tambien desplegaban cierto gusto los apaches era en las cunas de sus niños. Aunque simples tablas como las de casi todos los salvajes, las almohadillaban, les ponían en la parte superior un medio aro y las recamaban con flecos, más ó ménos largos, de lustroso cuero.

Abundaban y habían adelantado más los apaches en armas que en herramientas. Disponían de arcos y flechas, de lanzas, de hondas, de escudos y tambien de macanas como las de los soldados de Montezuma. Hacían sus arcos de tejo ó de sauce, altos de cuatro á cinco piés, con nervios de gamo en el dorso para mayor elasticidad y nervios tambien por cuerdas; sus flechas, de veinte á treinta pulgadas de largo, con puntas de pedernal ó de ágata en forma de arpon y móviles, con astil de dos piezas, encajadas la una en la otra, la superior de bambú, la inferior de acacia ó de otra madera más dura, y con más ó ménos plumas segun la tribu á que pertenecían; el carcaj para guardarlas, de piel de ciervo ó de gato montés, cuando no de cañas; las lanzas, de quince á veinte piés de altura, con afiladas puntas de obsidiana por hierro; las hondas, de cuadruple cuerda; las clavas, en figura de mazo, de mucho peso, de corto mango, con lazada de cuero para llevarlas prendidas de la muñeca como el *poggamoggon* de los shoshonis; los escudos, de mimbres, con doble y triple forro de piel de búfalo, estofados, con dos abrazaderas, con pinturas, escalpes y plumas por adornos. La clava apenas la conocían más que las tribus del río Colorado; el estofar los escudos, no más que los comanches. Se vió tambien el hacha de sílice; pero no sé en que punto. Lo que adoptaron los apaches todos fue el guarda-brazo contra la cuerda de sus arcos.

De todo ésto y más necesitaban nuestros salvajes para sus bárbaras é indignas excursiones. No se portaban jamás como guerreros, sinó como bandidos. Preparaban con tiempo sus correrías, y no las empezaban que no dejasen á sus mujéres y sus hijos en lugares poco ménos que inaccesibles para no exponerlas á represalias. Salían, no juntos, sinó de dos en dos y en distintas direcciones: y al llegar todos al convenido sitio, se emboscaban, hacian reconocer sigilosamente el terreno y la posicion de los enemigos, apostaban escuchas y cuando creían imposible ó muy difícil toda resistencia, caían de rebato y como tigres sobre su codiciada presa. No les importaba esperar dos ó más dias muriendo de hambre ó de frío, si temían que por precipitarse pudieran verter sangre de sus cuerpos; proponíanse, más bien que dar golpes, darlos sobre seguro. Recurrían para lograrlo á los más ingeniosos ardides. Ya se ocultaban en altos yerbazales, ya se ponían detrás de arbustos y rocas del color de su propio cútis, ya se envolvían en mantas de color grís y las salpicaban de tierra para que se los confundiese con

las masas de granito, ya se tendían y cubrían de yerba á fin de que por yerba se los tomara, ya se colocaban en tales actitudes entre las yucas, que por árboles los tenían aún los que pasaban á corta distancia. Comunicábanse, mientras iban divididos, de día por columnas de humo, de noche por llamaradas; y hasta en los caminos se daban por mudas señales advertencias y consejos: aquí por varillas que encorvaron, allí por piedras con que formaron dibujos, más allá por otras que removieron.

Vencedores, lo entraban todo á saco: robaban muebles, animales, hombres, mujeres, niños. Retirábanse luego al través de los desiertos y los montes por veredas que sólo ellos conocían, y no llevaban otro afan que el de salvar el fruto de sus ataques. Abandonaban, si muy perseguidos, los bienes y mataban á los hombres; pero guardaban mientras podían á los niños y las mujeres. Temían, y no sin razon, volver á la tribu con las manos vacías: solteros, no encontraban padre que les cediese la hija; casados, oían de los labios de sus mismas esposas los más sangrientos sarcasmos. Entraban por lo contrario en sus hogares entre cantos y bailes, si podían presentar más ó ménos copioso botin á la codiciosa mirada de sus amigos y deudos.

Trataban con suma crueldad á los cautivos. A unos atenaceaban y se les comían las carnes; á otros cortaban la cabellera; á otros ataban á un poste y los quemaban como los aboinugs y los ojibwas. Estaban siempre dispuestos á cambiarlos por mantas ó por cualquier otro género de bienes; pero no esperaban ni exigían otro tanto de sus enemigos. Los mojaves desde el momento en que caían prisioneros dejaban de pertenecer á su tribu: si volvían á sus casas, no lograban que los reconociesen ni sus propias madres: costumbre que vimos ya entre los algonquines.

Los más belicosos eran aquí los comanches. De muy niños se habituaban al ejercicio de las armas, y no tenían quien les excediese ni en manejar el arco ni en blandir la javalina. Miraban como la principal virtud el valor y como la mayor fortuna la suerte de la guerra: por sus venturosas proezas se abrían paso á los más distinguidos puestos y por sus derrotas los perdían. No lograban asiento en las asambleas de su tribu, como no se hubiesen distinguido por alguna hazaña.

Antes de salir á sus expediciones celebraban ordinariamente su danza de guerra. Llevábanse mujeres para que les guardasen el campo; y, como los demás apaches, se dirigían en pequeños grupos al lugar que designaban para, concertando sus fuerzas, atacar al enemigo. Acometíanle siempre en columna cerrada; pero se desbandaban en cuanto le tenían al alcance de sus flechas. Por este medio dejaban rara vez de turbarle, envolverle y conseguir victoria.

No solían ensañarse con los prisioneros. Violaban á sus mujeres, no las mataban, y á veces las tomaban por esposas. Respetaban constantemente á los niños; y, como los encontrasen dóciles, los afiliaban á su tribu. De los hombres á

algunos daban muerte y arrancaban la cabellera; á los más les respetaban, ya que no la libertad, la vida. Era cada cual dueño exclusivo de los prisioneros que por su mano hubiese hecho: podía á su antojo retenerlos ó enajenarlos.

Celebraban la paz despues de prévios y mútuos regalos por la ceremonia de fumar los guerreros en una sola pipa.

Comanches y no comanches sentían poca aficion al tráfico. A excepcion de los mojaves, que usaban el wampum, no conocían los apaches género alguno de moneda. Hacían á capricho los cambios, no siendo raro que vendiesen por el más baladí de los artículos sus ricas pieles de búfalo. Distaban de emplear en el comercio la deslealtad ni el fraude. Verdad es que, atendida su general pobreza, no es de presumir que tuviesen gran sobra de productos.

La propiedad individual sobre cosas raíces tampoco la conocieron nunca los apaches. Consideraban de la tribu lo mismo la tierra de monte y pasto que la de cultivo. Los comanches hasta llegaron á mirar como de todos el territorio de sus diversas tribus. No consentían que entrasen á cazar en él extrañas gentes: pero sí que los yamparackos cazasen, por ejemplo, en el de los tenawas. Como en muchos pueblos de la banda de Oriente, la caza era tambien entre todos los apaches comun á los cazadores: sólo á la piel tenía derecho el que hubiese herido la res muerta.

Respecto á las cosas muebles una costumbre había entre los navajos que era singularísima. Tenía el marido su patrimonio y la mujer el suyo; y, cuando morían, pasaba el de la mujer á los sobrinos de la mujer y el del marido á los del marido. Sobre todo en la sucesion de cargos recordará fácilmente el lector que algo parecido establecieron otras naciones salvajes; pero no se esplica aquí lo que allí se esplicaba. Deferíase allí la herencia á los sobrinos que fuesen hijos de hermana, fundándose en que el padre no podía estar nunca cierto de la legitimidad de su prole: ¿qué fundamento racional cabía presentar aquí para deferirla indistintamente á los sobrinos por línea de varon y línea de hembra, prescindiendo de los descendientes y los ascendientes de los dos cónyuges? Los navajos, segun parece, no están ahora muy bien avenidos con la costumbre, puesto que muchos la burlan entregando los bienes á sus hijos cuando temen por su vida ó creen segura su muerte.

Gobierno los apaches no cabe decir que lo tuvieran. Nacidos y educados en la libertad, eran indóciles á todo yugo, siquiera fuese el más blando. No carecían de jefes; pero los obedecían sólo en lo que les aconsejaba la necesidad ó el gusto. En sus mismas excursiones vandálicas hacían lo que se les mandaba sólo durante el peligro. Creíase cada uno rey de su casa y dueño de sí mismo, con bastante fuerza en su familia para vengar todo género de agravios; y ni necesitaba de la autoridad ni la quería. ¿Qué gobierno podia por otra parte haber donde no ya cada tribu, sinó cada rancho se decía independiente, y no se proponía vivir sinó del pillaje?

Los jefes no eran hereditarios: si el hijo sucedía alguna vez al padre, era porque en vida de su antecesor había dado ya muestras de generosidad y de bravura. Podían ser depuestos y en manera alguna impedir que otros ganaran por más distinguidos hechos el favor de las tribus. Eran, además, pocas las que no contaran sinó un jefe: había en las más su capitan y sus capitancillos. Sobre que á veces se nombraba para determinadas expediciones jefes cuyo mando expiraba con las expediciones mismas.

Tenían los jefes de tribu asambleas de guerreros á que sometían sus propósitos; pero ni asambleas ni jefes, autoridad bastante para dirimir ni siquiera los litigios entre sus gentes. En vez del castigo público había aquí tambien la particular venganza.

No eran excepcion de la regla sinó los comanches. Los comanches vivian ya bajo verdaderas instituciones políticas. Convocaban periódicamente asambleas donde se deliberaba sobre los intereses de la tribu, se dictaba leyes y se penaba los crímenes. Discutían en ellas tranquila y sosegadamente, oían y exploraban la opinion general y no se precipitaban en tomar acuerdos. Hablaban poco y con poca elocuencia; pero decían lo que pensaban y se distinguían por su buen juício. Procuraban siempre que las resoluciones fuesen ó cuando ménos pareciesen unánimes. Aun así, no las consideraban obligatorias hasta que las aceptase la muchedumbre. Publicábanlas entónces por la voz de un pregonero, que era la segunda dignidad de la República.

Las sesiones de estas sencillas asambleas, generalmente compuestas de guerreros, eran solemnes. No se las empezaba, que no fumasen los congregados en la sagrada pipa é invocasen la proteccion del Grande Espiritu. Proponía el jefe las cuestiones y dirigia los debates. Ningun orador faltaba á las leyes de la conveniencia ni á las del mútuo respeto. Tenían todos en mucho, así para el exámen como para la division de los negocios, las costumbres de sus padres y las antiguas tradiciones.

No eran tampoco hereditarios los jefes, pero sí obedecidos. Personalmente ó por subjefes á sus órdenes cumplían y hacían cumplir lo que las asambleas habían dispuesto. Por los subjefes ejecutaban generalmente las penas á que venían condenados los ladrones, los sediciosos, los homicidas y los reos de otros delitos.

Segun muchos autores, habían llevado más allá los comanches su organizacion política. Sus tribus todas no formaban sinó una cuando se trataba de intereses á todos comunes. Celebraban asambleas generales y tenían una autoridad suprema. En esas juntas era, segun parece donde se ventilaba y decidía las cuestiones entre los diversos jefes. Adelanto notabilísimo, que no habíamos observado en ninguna de las naciones de esta parte de Occidente.

No vaya, sin embargo, á creerse que esta federacion fuese perfecta. Tenia por objeto, más bien que establecer vínculos políticos entre las distintas tribus, es-

cudarlas todas en caso de guerra contra gentes de otras razas. No evitaba, segun leo, las luchas de tribu á tribu, por desgracia harto funestas.

Aun los gobiernos de tribu tenian limitada la autoridad á muy estrecho círculo. Habían de poner grande esmero en no menoscabar los derechos de los ciudadanos. Decian y creían los comanches que al crearlos el Grande Espíritu les había otorgado el privilegio de vivir libres. En los agravios de palabra ó de obra no siempre era posible evitar que se tomasen por su mano la venganza. Lo era mucho ménos si el agraviador pertenecía á diversa tribu.

En las instituciones sociales diferían poco los apaches. La mujer era en todas partes objeto de compra y venta. Duraban breve tiempo los galanteos. No había ritu alguno para la celebracion del matrimonio. Podía casar todo varon con las hembras que quisiese, mientras no le faltasen bienes con que adquirirlas. Si las repudiaba con motivo, tenía derecho á exigir hasta la devolucion del precio. No necesitaba de fallo ni de juício alguno para castigar á la esposa adúltera: le cortaba diagonalmente la punta y las alas de la nariz para afrentarla y en cierto modo obligarla á ser la meretriz de la tribu. Tampoco los necesitaba, si en vez de admitir dádivas en satisfaccion del ultraje, quería vengarse del adúltero. Fuera de este caso de infidelidad, en toda separacion iban con la mujer los hijos.

La mujer era allí, como en tantos otros pueblos, bestia de carga. La hemos visto acompañando al marido á la guerra, le acompañaba tambien en las cacerías. No sólo cuidaba de la familia; armaba y desarmaba la tienda, la acarreaba, hacía todo lo que no fuese manejar el arco y la lanza. No por ésto recibía el mejor trato; ménos considerada á veces que la peor de sus esclavas, sufría azotes, hambre, indecibles tormentos. Los yumas hasta la vendían y la cedían á sus huéspedes. Verdad es que casi todos los apaches hacían de sus propios hijos el más indigno tráfico. La mujer solía, con todo, ser casta ántes como despues del matrimonio.

Los comanches no llevaban aquí gran ventaja á las demás tribus. Hacían muchas veces la guerra á los lipanes sólo para arrebatarles las mujeres, que tenían fama de hermosas. Los padres y los abuelos que disponían de muchas hijas ó nietas las entregaban con la condicion de que los maridos les diesen la cuarta parte de lo que ganaran á fin de por este medio acrecentar incesantemente su fortuna. Traficaban tambien con su propia sangre.

Paría la mujer apache con no ménos facilidad que la de otros pueblos. Si le asaltaban los dolores estando de viaje, se hacía tambien á un lado del camino y seguía á su tribu llevando al recien nacido á la espalda. Por contenta podía darse, como no debiera cargar con otro de sus hijos y tal vez con algunos utensilios. Ponia ordinariamente á la criatura el nombre del primer objeto que acertase á ver una vieja, despues de haber dado la vuelta al lugar del alumbramiento, vendados los ojos. Cuidábala mucho si varon, muy poco si hembra.

Hembra ó varon, sin embargo, educábala con esa libertad que hemos visto en casi todas las naciones bárbaras.

No se distinguían, como habrá observado ya el lector, los apaches por el amor á su prole. Tampoco por otras virtudes. Bandoleros, lascivos, orgullosos, crueles, eran y son aún baldon de la humanidad y terror de las vecinas gentes. Separábanse algun tanto de la regla los comanches, fieles á sus aliados, formales y discretos en sus negocios, hospitalarios para los extranjeros y áun para sus enemigos, notables por su espíritu de familia, que los llevaba á proteger á sus más remotos deudos y afines; y se hacian no obstante insufribles por sus imprevistas y devastadoras correrías, su sed de venganza, que no se satisfacía sinó con sangre, y su inmoderada soberbia, que revelaban diciéndose el pueblo más poderoso de la tierra. Exentos de la aficion al robo no había sinó los tamajabes. Los mismos navajos, con ser más pacíficos y más agricultores, no dejaban de tomar parte en las vandálicas expediciones de sus conterráneos.

Eran todos los apaches, especialmente los comanches, gente muy sufrida y sobrellevaban con heróico estoicismo los más rudos trabajos; pero esta cualidad la hemos observado en casi todas las naciones salvajes.

Como todas, se desvivían las de los apaches por el baile y el juego. Horas y horas consumian en danzas y pantomimas. Con bailes celebraban sus victorias, con bailes, los fáustos acontecimientos de familia, hasta la pubertad de los niños, en otros pueblos orígen de privaciones y tormentos. Bailaban ya uno, ya muchos, ya sólo varones, ya varones y hembras, acompañándose con sus propias voces, mientras otros tocaban ó flautas de caña ó tambores de madera ó las ya conocidas calabazas llenas de guijas. No eran tampoco raros los banquetes.

En el juego aventuraban tambien todos sus bienes, inclusas las ropas y dijes pegados á sus carnes. No pocas veces, permítaseme la metáfora, los ponian todos en una carta. Que yo sepa, no conocían otros juegos que los de suerte: el de adivinar en que mano estaba una bola y el de echar al suelo diez palillos cruzando los más posible. El primero en cruzar hasta ciento, ese ganaba el juego.

La religion, segun parece, los preocupaba muy poco. No se les atribuye culto de ningun género. Lo más que se dice, y no de todos, es que al fumar dirigían la primera bocanada de humo al cielo y la segunda á la tierra. Se añade que al rayar el día, hincaban los comanches en el suelo sus javalinas y colgaban de ellas sus escudos poniéndolos al sol naciente; pero sin asegurar que el hecho tuviese carácter de idolatría.

Que los apaches todos hubiesen concebido la idea de un Sér Supremo, creyesen en la inmortalidad del alma y se hubiesen creado para despues de la muerte un más ó ménos fantástico paraíso está fuera de duda. Para mí tambien lo está que, si no todos, los más reconocían la existencia del Diablo. Tenían de todo, nociones indefinidas, vagas y sin influencia en su conducta; pero las tenían. Porque no las tenían iguales todos, iré marcando las diferencias.

Con el nombre de *Yaxtaxitaxitanne* conocían los shies un poder supremo, á quien decían creador y señor del Mundo. No sé como llamarían al Diablo; pero lo debían de admitir cuando en la serpiente de cascabel veían ó el alma de un malvado ó un agente del Mal Espíritu. Miraban, además, con veneracion á ciertos animales: al águila, á la lechuza y á las aves enteramente blancas, porque las suponían con almas de celeste origen; al oso, porque decían que había llevado en hombros á la hija del dios Montezuma, la madre de su raza. No se atrevían á matar al oso ni aún en defensa propia; tampoco á comerlo ni aún acosados por el hambre. Quien fuera ese Montezuma lo verá el lector en otro capítulo. No formaba parte de la mitología de los apaches.

Consideraban posible los shies la relacion del hombre con los espíritus. Con ellos entendían que se comunicaba el que veían reflexivo y taciturno. Considerábanle oráculo de los dioses y le buscaban en todas sus desventuras. No recurrían á otro al sentirse enfermos de peligro; ese era á la vez su profeta y su hombre medicina.

Hablaban los mojaves de otra divinidad, creadora de cielo y tierra; de *Matevil*, de quien afirmaban que en los pasados tiempos había vivido entre sus mayores ocupando una gran casa. Por infaustos acontecimientos había venido abajo la casa y á gran ruína las naciones. Matevil había partido á Oriente; y de allí había de venir más tarde á devolver á su pueblo, con el cual se avecindaría nuevamente, la paz y la ventura. A las regiones del sol saliente, donde Matevil estaba iban en tanto las almas que acá en la tierra no se habían manchado con crímenes ni vertido la sangre del hombre. Allá iban aún éstas despues de haberse purificado trasformándose en ratas, y en madrigueras de ratas viviendo cuatro dias y cuatro noches. Atribuían los mojaves á ese Matevil ó Mathowelia un hijo por nombre *Mastambo*, de quien decían que había hecho el agua, y plantado los árboles. Hablaban, además, de un espíritu del mal, de *Newathie*.

Los comanches creían tambien que existía un Sér Supremo. Dábanle humana forma y gigantesca estatura; poníanle más allá del sol y afirmaban que desde allí regía las cosas del mundo. Invocábanle, segun muchos autores, en todos sus negocios; y nada comían ni bebían de que no le ofreciesen el primer bocado ó el primer sorbo. El bocado que le ofrecían lo enterraban luego. Consagrábanle asímismo la primera bocanada de humo que sacaban de sus pipas.

Donde moraba este Supremo Sér, allí suponían el paraíso. No lo cerraban para ningun espíritu que abandonase cuerpo de hombre. Veían en él á las almas todas discurriendo y cazando alegremente por risueñas y verdes praderas donde no faltaba nunca luz ni vida. Todas esas almas, decían, pueden bajar de noche á la tierra; pero han de retirarse antes no rompa el alba.

Créese que adoraban tambien los comanches al Sol y la Tierra: al Sol, como fuente de calor y vida; á la Tierra, como productora de todo lo que nos sustenta: á Tierra y Sol, como símbolo del mismo Sér Supremo. La verdad es que al Sol

dirigían la segunda bocanada de humo de sus pipas, á la Tierra arrojaban la tercera, y en sus escudos solían llevar pintado el luminar del día. La figura del Sol hasta se dice que la esculpían y la colgaban de sus collares.

Tambien se asegura que reconocían la existencia de espíritus malignos. Atribuían indudablemente sus enfermedades y todas sus desventuras á sutiles y poderosos enemigos, pero á enemigos de su propia especie: á magos y hechiceros. Si los consideraban ó no en relaciones con genios del mal lo ignoro; me inclino á creer que los miraban como instrumentos de su Dios, cuando leo que á esos magos, conocidos con el nombre de *puyacantes*, llevaban todas sus armas y utensilios de guerra para que, por sus encantos se las asegurasen y se las hiciesen irresistibles.

Los de más largas tradiciones entre los apaches eran los navajos. Los navajos tenían en *Whaillahay* su dios y en *Chinday* su diablo; y, temerosos de las malas artes de Chinday, apenas buscaban en Whaillahay más que un escudo. Debían, sin embargo, despues de muertos, invocarle para ganar el paraíso. El paraíso lo ponían, no ya en el cielo, sinó en las entrañas de la tierra: hé aquí por donde aseguraban que iban las almas á tan raro cielo. «Luego de separadas del cuerpo, decían, van á un extenso pantano donde se encienagan muchas ó por confiar demasiado en sus propias fuerzas ó por ir sobradamente cargadas con los muchos objetos que les dejaron en el sepulcro. Aun implorando el auxilio de Whaillahay, vagan cuatro días por aquellas turbias y legamosas aguas. Encuentran después una escala que conduce al mundo subterráneo, bajan y quedan estáticos viendo á dos grandes espíritus, el uno varon y el otro hembra, que están sentados y peinándose incesantemente el cabello. No por uno sinó por muchos soles contemplan llenos de gozo aquella vision encantadora; salen luego al pantano; y cuando vuelven á bajar es ya para vivir eternamente en la paz y la abundancia.» No todos los navajos creían que pudiesen todas las almas, aún invocando á Dios, gozar de esas delicias del paraíso. Sostenían algunos que las de los malos se trasformaban, ya en coyotes, ya en peces, ya en otros animales.

Como vimos en otro capítulo, ponían tambien los esquimales en el seno de la tierra la bienaventurada region de las almas. No era de extrañar, segun entónces dije, puesto que, viviendo en las frías regiones del Polo, solamente en la tierra encontraban lo más del año el grato calor que les negaba la atmósfera; mas ¿es de tan fácil esplicacion que hiciesen otro tanto habitantes de templados climas? Tal vez nos dé la clave del enigma una tradicion rara y por demás curiosa.

«Hubo un tiempo, decían los navajos, en que vivíamos con los *pueblos* y los coyoteros debajo de una montaña, cerca de un río. No comíamos sinó carne. La poseíamos en abundancia, porque con nosotros estaban encerrados en la caverna todo género de aves y brutos. Teníamos allí escasa luz y duraba poco: afortu-

nadamente nos alegraban con su música durante la oscuridad dos mudos, tocadores de flauta. Cierto día uno de los mudos acertó á dar con su flauta en las bóvedas y se notó que sonaban en hueco. Resolviéronse desde luego los ancianos á taladrarlas por aquel punto, y encargaron la obra á uno de los osos, al oso *Procyon* (el *Raccoon* de los Norte Americanos), á quien dieron por escabel la flauta misma. Emplearon despues del oso á la polilla larva, que, una vez colocada en la brecha, minó y minó hasta encontrarse en la parte exterior del monte. El monte estaba rodeado de agua: se encontró la polilla en grande aprieto y hubo de recoger tierra y levantar una como topera, desde la cual se pudiese hacer cargo del mundo que descubría. Ya sentada en la eminencia, se halló en la situacion más crítica. De los cuatro ángulos del mundo vió venir sobre sí cuatro grandes y blancos cisnes, armados cada uno de dos flechas debajo de las alas. Recibió primeramente en su cuerpo las flechas del cisne del Norte, se las sacó, las examinó y «ese es de mi raza,» dijo, apenas las hubo visto. Fué sucesivamente herida por las flechas de los otros cisnes.

«Volviéronse los cisnes cada cual hácia el punto de que vino, y parecieron á los cuatro vientos anchas torrenteras por donde se derramaron y salieron las aguas. Bajó entonces la polilla á la cueva y subió el oso, que se hundió hasta la mitad de la pierna en el légamo. Soplaron los aires, secóse la tierra y fuímos saliendo los que vivíamos debajo de la montaña. Los primeros fuímos nosotros. Vinieron despues los *pueblos* y otros que hoy se cortan el cabello y construyen casas. Mientras estuvimos en la caverna, hablábamos todos un mismo idioma; despues que la dejamos no nos entendíamos.

»No había aún á la sazon ni cielos, ni estrellas, ni sol, ni luna: tan escasa teníamos la luz encima como debajo de la tierra. Reuniéronse los ancianos y se decidieron á fabricar los hermosos luminares de que hoy gozamos. Ya que hubieron concluído la luna y el sol, los pusieron bajo la direccion y guía de los dos mudos flautistas. El mudo que se encargó del sol estuvo por su torpeza á punto de quemarse y abrasar la tierra. Gracias á que vinieron los ancianos é hicieron retirar al sol á fuerza de echarle al rostro sendas bocanadas de humo de tabaco. De tal modo fué creciendo la tierra, que por cuatro veces más se hubo de obligar á tan brillante astro á que remontara su curso. Se le hubo de privar tambien de que por la noche se entrara en la caverna. En cuanto á la luna, la cogió el otro flautista debajo del brazo y la colocó donde pudo.

»Propusiéronse después los ancianos crear el cielo. Querían distribuir las estrellas de modo que formaran vistosos dibujos, aquí un ciervo, allí un búfalo, más allá un águila; pero, no bien empezaban la obra, cuando se las revolvió un lobo y las derramó por los espacios con el desórden que hoy las vemos. ¿A qué todos esos cuidados y filigranas? dijo el anárquico lobo, y no pudo nadie contenerlo.

»Dedicáronse, por fin, los ancianos á labrar dos grandes tinajas de barro: una, adornada de brillantes colores y llena de fruslerías: otra lisa y cargada de

riquezas de todo género. Cubriéronlas y presentáronlas á las naciones: y ¡ay! escogimos nosotros la primera, los *pueblos* la última.

»Los demás objetos, añadian, nos los proporcionaron los animales. Al coyote, al murciélago y á la ardilla debemos el fuego; á un pavo, las semillas que cultivamos. El coyote fué á muy lejanas regiones en busca de lumbre. Se puso á la cola astillas de pino, pasó por una hoguera y se volvió en cuanto las tuvo encendidas. Estaba ya para caer de paso rendido en manos de sus perseguidores, cuando le relevó el murciélago, cogió las preciosas ascuas y desconcertó por mucho tiempo á los enemigos con su inconstante vuelo. Hubo de relevarlo á su vez la ardilla, que fué la que nos trajo el rescoldo. Venía el pavo del lugar en que brilla y fulgura la estrella de la mañana; y, sacudiendo sus alas, hoy dejaba caer entre nosotros unas simientes, otras más tarde.»

Creían además esos navajos que allá en los venideros siglos habian de volver á la subterránea morada de sus mayores. Iremos, decian, cuando allí se hayan desarrollado con sin igual lozanía y hermosura las semillas de frutas y cereales hoy perdidas en el seno de la tierra.

He suprimido en esas tradiciones ciertos detalles con que las refiere Bancroft, porque son evidentemente posteriores al Descubrimiento. Lo hice observar otra vez y lo repito ahora: los pueblos bárbaros de América, al ver á los hombres de nuestra raza, corrigieron y modificaron muchas de sus leyendas cosmogónicas. Quisieron esplicarse nuestra ignorada existencia y el largo aislamiento en que de nosotros vivieron, é insensiblemente nos mezclaron con sus primeros padres en las disparatadas historias acerca de su orígen. Aquí, por ejemplo, dicen los navajos que nosotros estuvimos con ellos en la oscura caverna donde por toda diversion tenían los acordes de dos flautas; que con ellos salimos á la superficie exterior del monte y dejándolos nos fuímos hácia Oriente; que nos perdieron de vista por muchos inviernos y, si al fin volvimos, fué llamados por un jugador, que, despues de haber ganado los bienes y las personas de toda la tribu, fué puesto por flecha en el arco de uno de sus ancianos y con grande ira y fuerza disparado al aire. Vino á parar tan afortunado mortal á España; y, movido como otro conde D. Julian por la venganza, nos llevó allí con nuestros caballos y nuestras armas de fuego. ¿Cómo no creer que todo ésto sean alteraciones de las primitivas leyendas?

Los navajos eran, por otra parte, muy supersticiosos. Con el fin de procurarse lluvias, ya echaban al cielo bocanadas de tabaco, ya colocaban con gran ceremonia en círculo piedras que suponían desprendidas de las nubes por el soplo de las tormentas. Tenían por impuro, mientras no se bañase, á todo el que llevaba un cadáver al sepulcro. Allá junto al fuerte Defiance en una profunda y solitaria cañada, hay una fuente: no se atrevía ningun navajo á pisar las tierras del contorno sin mostrar el mayor respeto y practicar misteriosos ritus. Decía que en otros tiempos hervían aquellas aguas y seguían dispuestas á saltar

sobre el que se les acercase con descuido ó con no muy limpia conciencia. Para los navajos era sagrada aquella fuente.

Supersticiosos lo eran todos los apaches. El yuma asesino de otro yuma durante un mes no comía carne, ni bebía licores, ni conocía mujer, ni hacia más que bañarse á fin de purificar su cuerpo. Un mes pasaban tambien los mojaves sin probar carne salada cuando recibían algun cautivo. Azotaban los comanches á uno de sus esclavos si los afligían prolongadas sequias ó lluvias; y, si ni aun así lograban sus deseos, le desollaban vivo. Creían unos y otros en brujos y confiaban mucho en los amuletos.

No es de extrañar, atendida la ignorancia de todas las tribus. Los shies eran los que poseían un sistema de numeracion más regular y más difuso; los comanches no sabían contar sinó por los dedos ó con ayuda de otros objetos: ni unos ni otros conocían los más sencillos cálculos de la Aritmética. Por la salida del sol contaban todos los apaches los días: no habían llegado á dividir de otra manera el tiempo. Se habían fijado en la inmovilidad de la estrella polar, y á ésto habían reducido sus conocimientos astronómicos. En Medicina estaban poco más ó ménos como los californios. Yerbas, hojas y raíces, ya en infusion ya en cataplasmas; sajaduras, dieta y baños rusos; tablillas para los miembros dislocados ó rotos y la ya conocida mágia de los hechiceros constituían la terapéutica de tan pobres bárbaros. Una yerba habían descubierto y aplicaban, si no todos, los más contra las mordeduras de las serpientes: la *euphorbia*.

Eran naturalmente pocos los enfermos que sanaban. Curábanse muchos ménos por la inhumanidad de sus deudos, que no pocas veces los abandonaban ó los trataban con dureza.

No quemaban ordinariamente á los muertos sinó los apaches que vivían en las márgenes del río Colorado; los enterraban los demás en someras fosas. Que se los enterrase, que se los quemase, desaparecían aquí tambien con los cadáveres ropas, alhajas, utensilios, armas, víveres, esclavos, viudas. Nada se solía poner sobre la tumba que la revelara á los ojos del transeunte; únicamente sobre la de sus guerreros levantaban los comanches un monton de piedras y un poste de que suspendían un par de zapatos.

Honraban los comanches la memoria de esos héroes como pocas reuniones bárbaras. Despues de haberlos sepultado cantaban y danzaban en torno de una grande hoguera; y en treinta días no cesaban de llorarlos ni de prorumpir en alaridos y lamentos. Como señal de luto cortábanse, además el cabello y laceraban sus carnes. Daban rienda suelta al dolor, sobre todo las hembras.

La muerte de los deudos la sentían en general todos los apaches: despues de enterrados y llorados los muertos, nadie se atrevía á nombrarlos. Los miraban los navajos, segun se ha visto, con terror supersticioso: como pudiesen, evitaban por no impurificarse acompañarlos á la fosa. ¡Qué tanto impongan siempre los muertos á los vivos!

CAPÍTULO XLVII.

Segunda familia de los nuevo-mejicanos.—Situacion de los pueblos, los moquis, los pimas, los maricopas y los pápagos.—Cuántos y cuáles eran los pueblos.—A qué pueblos de hoy equivalían.—Condiciones físicas de los pueblos.—Condiciones físicas de los pimas y demás gentes.—Tocados de unos y otros.—Trajes.—Adornos.—Viviendas de los pimas, los maricopas y los pápagos.—Minuciosa descripcion de las raras habitaciones de los pueblos.—Estufas.—Situacion de las poblaciones.—Cultura que revelan estufas y casas.—Decorado de las paredes de las estufas.—Utensilios de barro.—Hilados y tejidos.—Otras industrias.—Agricultura.—Inferioridad de los pimas.—Alimentos de pimas y pueblos.—Uso especial del maíz.—Caza.—Pesca.—Bebidas alcohólicas.—Armas de que se valian pueblos y pimas.—Modo de hacer los pimas la guerra y conducta que seguian con los prisioneros.—Costumbres militares de los pueblos.—Gobierno.—Jefes de los pimas.—Jefes y asambleas de los pueblos.—Instituciones políticas de los moquis.—Instituciones sociales de moquis y pueblos.—Condicion de la mujer.—Prohibicion de que la mujer bajase á las estufas.—El matrimonio en los pueblos.—El matrimonio en las márgenes del Gila.—El matrimonio entre los pápagos.—Educacion de los niños.—Pubertad y menstruos de las hijas.—Divorcios.—Locura por la danza.—Terminacion de muchas fiestas por deplorables orgías.—Fiesta de los keres.—Fiesta de los pimas y los maricopas.—Danzas especiales.—Instrumentos de música.—Ejercicios de fuerza.—Juegos.—Juego de pelota.—Supersticiones.—Creencias.—La creacion del mundo, el origen del hombre, el diluvio y la repoblacion de la tierra segun los pimas.—Cosmogonía de los pápagos.—Origen que se daban los moquis.—Ideas de los pimas y los maricopas sobre la metempsicosis.—Creencias de los pueblos.—Montezuma.—El fuego sagrado.—Quiénes lo custodiaban.—Ideas de pueblos y pimas sobre la vida futura.—Enterramientos.—Lutos.[1]

COMPRENDE Bancroft en la segunda familia de los nuevo-mejicanos á los *pueblos*, los *moquis*, los *pimas*, los *maricopas*, los *pápagos* y otras cercanas tribus. Pone á los pueblos en las orillas del Río Grande del Norte y de los que le pagan tributo; á los moquis, en la parte oriental del territorio de Arizona; á los pimas, los maricopas y los pápagos, en las márgenes del Gila. Los pueblos, dice, están entre los paralelos treinta y cuatro cuarenta y cinco y treinta y seis treinta; los moquis, al Occidente de los pueblos; los pimas, como doscientas millas más arriba de la confluencia del Gila y el Colorado entre el río Salt y el Picacho; los maricopas y los pápagos, en las vecinas tierras. Reconoce que hay aquí tambien diferencias características entre las naciones, pero las agrupa fundándose en que eran ya agrícolas y tenían asiento fijo cuando las descubrimos los españoles.

[1] Fuentes de este capítulo: BANCROFT, vol. I, cap. V; vol. III, caps. II, III, IV, V y XII Mythology.—SCHOOLCRAFT, vol. IV, pág. 72-91; PEDRO DE CASTAÑEDA, *Relacion del Viaje á Cíbola;* tomo IX de la Coleccion Ternaux Compans.—Apéndices al mismo libro.

La nacion principal eran aquí los pueblos, de los cuales hablé someramente en el libro primero de esta Historia. Llamáronlos así nuestros capitanes del siglo XVI porque los encontraron distribuidos en pueblos de especial situacion y estructura que parecían formar una sola casa y una sola familia. Cuantos y cuales fuesen éstos y á que poblaciones de hoy correspondiesen es difícil averiguarlo; diré, con todo, lo que resulta más cierto.

Pedro de Castañeda formó parte de la expedicion que en el año 1540 hizo al Norte de los desiertos del Gila Francisco Vazquez Coronado. En su *Relacion del Viage á Cíbola* enumera hasta setenta y un pueblos. Siete, dice, hallamos en la provincia de Cíbola; siete, en la de Tucayan; uno, en la de Acuco; doce, en la de Tiguex; ocho, en la de Tutahaco; siete, en la de Quivix; siete, en la de Sierra Nevada; tres, en la de Jimena; uno, en la de Cicuyé; siete, en la de Hemés; tres, en la de Aguas Calientes; seis, en la de Yuqueyunque; uno, en Braba; otro en Chia. Testigo más abonado no le hay que yo sepa.

Schoolcraft en el volúmen cuarto de sus *Ethnological Researches* da como probables las siguientes equivalencias y las somete al juicio del *Bureau of Indian Affairs,* bajo cuya direccion escribe. Cíbola corresponde en su opinion al Viejo Zuñi; Tucayan, á Moqui; Acuco, á Acoma; Tiguex, á Isleta ú otro pueblo de los alrededores; Quivix, á San Felipe y á las aldeas adjuntas; Cicuyé, á Pecos; Hemés, á Jeméz; Braba, á Taos; Chia, á Silla ó Pia. Yuqueyunque, dice, es posible que sea Abiquin; Aguas Calientes tal vez estuviese cerca de la ciudad de este nombre; de Tutahaco, aunque se puede identificar la posicion, no fijar donde estuvo.

La verdad es que todas estas poblaciones conservan la fisonomía de las antiguas. Segun Bancroft, la conservan además Acoti, Shipap, Picuris, San Juan, Pojuaque, Santa Clara, San Ildefonso, Nambo, Cochite, Santo Domingo, Cuyumanque, Galisteo, Santa Ana, Zandia, Laguna y Chilili. Consérvanla tambien, si hemos de creer al mismo autor, Oraibe, Shumuthpa, Mushaiina, Ahlela, Gualpi, Siwinna y Tegua, ciudades moquis, que en otro tiempo llevaban los nombres de Harno, Hocpeki, Shiourki, Shomoparvi, Shipowarlive, Mushongae nay vi y Orayvi y para los yavipayos Sesepaulabá, Masagneve, Janogualpa, Muqui, Concabe y Muca, la Oraibe de los zuñis.

Ni moquis ni pueblos se distinguian por lo varonil de sus formas. Eran de baja estatura, de bien cortadas facciones y plácido semblante, de negro, fino y suave cabello, de morena tez, de pequeños piés y manos, de brillantes ojos. Hacianse notables las mujeres por sus curvilíneas formas, su gracioso porte y la inteligente expresion de su rostro; pero no solian medir más de cuatro piés de altura.

Los pimas, los maricopas y los pápagos eran por lo contrario de gran talla, huesosos, anchos de espalda y pecho, erguidos, de abiertas facciones, de aguileña nariz y salientes pómulos, de largos piés, si de breves y reducidas manos. Tenían

ya grueso y áspero el cabello como la mayor parte de los americanos; moreno-oscuro, el cútis. Eran tambien hermosas las hembras, pero de algo más angulosos miembros que las de los pueblos. No sobresalian sinó por su linda cara y sus blancos y bien puestos dientes. Estaban algun tanto feas por lo arremangado de sus narices.

Pintábanse pueblos y pimas de varios colores y de muchos y muy grotescos modos; pero de ordinario solamente para sus fiestas. El cuerpo no se lo labraban sinó los pimas. Labraban los pimas á los niños los párpados, y á las niñas, cuando adultas, desde los ángulos de la boca á la barba. Lo mismo entre los pimas que entre los pueblos se cortaban los hombres el cabello de la frente al nivel de las cejas, se recogían el resto en trenzas ó nudos. Si aún solteras, se lo cortaban las mujeres sólo en algunas tribus de los pimas. En las de los pueblos se lo partían y se lo arrollaban sobre las orejas en forma de asas; si casadas, en la de apretados moños. No era raro que las solteras se pusiesen entre los dos bucles una esbelta pluma.

Entre los pueblos y los moquis vestían generalmente los varones una saya corta, que apenas les bajaba á medio muslo, no pocas veces con orla bordada y fleco: una manta ya de algodon, ya de plumas, ya de pieles de conejo ó de liebre; al rededor de la cabeza un pañuelo; y, si no todos, algunos, una camiseta de piel de ciervo y polainas y mocasines de cuero de gamo. Polainas y mocasines llevaban tambien las hembras, y además una larga túnica sin mangas que se ceñían á los lomos con un cinturon de colores, una como esclavina, que les llegaba á las caderas y sujetaban al cuello, y una especie de mantellina que les caía sobre la frente. No habrían dejado de estar graciosas á no seguir la costumbre de rellenarse las polainas, que las hacía parecer diminutas de pié y cortas de pierna.

Difería no poco del traje de los pueblos el de los pimas, los maricopas y los pápagos. Vestían todos el *serape*, manta de algodon parecida al poncho, que se metían por la cabeza y les bajaba por el cuerpo en airosos pliegues. Lo usaban lo mismo las mujeres que los hombres, sólo que las mujeres, ya se lo arrollaban á la cintura, ya se lo pegaban á la carne con anchos cintos. Uno y otro sexos calzaban tambien sandalias de cuero y solían llevar la saya corta de los moquis: pero ni uno ni otro polainas ni cosa alguna en la cabeza. El zagalejo de las mujeres, cuando no de piel de ciervo, era de hojas ó de cortezas de árbol.

Pimas y pueblos eran amigos de adornos. Bordábanse con frecuencia así las sayas como los mantos, entrelazaban con sus cabellos piezas de hueso y conchas, poníanse gargantillas de caracolillos de mar y aretes de una piedra azul que se daba en sus cerros. Para sus galas y fiestas lucían, además, los pueblos, máscaras, pelucas, cómicos gorros, penachos, y por todo el cuerpo listas y círculos de varios colores.

Pimas, maricopas y pápagos vivían los estíos en sus maizales al abrigo de

lijeros sombrajos, desde los cuales podían vigilar sus crecientes cosechas; los inviernos, en chozas de planta circular ó elíptica y forma de cúpula, altas de cinco á siete piés y como de veinte á cincuenta de diámetro ó de eje, sin más aberturas que una puerta de entrada y un agujero en la bóveda por donde penetrasen la luz y el aire. Construían estas chozas hincando en el suelo ahorquillados postes y poniendo encima atravesaños, en cuyos extremos sujetaban y ataban los de varas de algodonal dobladas en arco. Llenaban con ramas de sauce, cañas ó tosca paja los intersticios y lo cubrían todo de arcilla. Anejos á tales viviendas solían tener graneros, si de igual forma, de construccion algo más sólida, que hacían impermeables á fuerza de capas de barro, y unos cobertizos, abiertos á los cuatro vientos, debajo de cuya techumbre, ordinariamente de tallos de maíz, preparaban y aderezaban sus sencillos y modestos guisos. Presentaban por lo comun reunidas y no mal distribuídas de veinte á treinta chozas.

Los pueblos construían muy de otra manera sus habitaciones. Por ellas principalmente se hicieron notables á los ojos de los españoles y adquirieron, como dije, el nombre que llevan. Hacíanlas de tres, de cinco y hasta de siete pisos; unas de piedra y barro; otras de grandes adobes de diversos tamaños y formas, que fabricaban quemando montones de tomillos y juncos y revolviendo con tierra y agua el carbon y la ceniza. No conocían la cal ni por lo tanto la argamasa; pero la suplían por tan rara mezcla. Solían dar á estos edificios vastas dimensiones: de trescientos á cuatrocientos piés de largo, de ciento veinte á ciento cincuenta de ancho, y de cuarenta á sesenta de alto. Bien por el uno, bien por el otro, bien por los dos lados iban reduciendo la anchura de los pisos y dejando en todos una como azotea ó galería que ordinariamente cerraban con un pretil, si antepecho en la paz, trinchera y parapeto en la guerra. Ni al ras del campo ni al de la calle abrían puerta alguna: subían á sus respectivos aposentos por escaleras de mano. Servíanse de esas escalas aún para entrar en los pisos bajos, que comunicaban con los altos por una trampa. Ascendían á los altos por una escalera y descendían á los bajos por otra. En las paredes posteriores de los bajos no dejaban hueco de ningun género: en las de los altos, no más que estrechos tragaluces. Las anteriores de los bajos las rasgaban con una que otra ventana; las de los altos, con puertas que daban sobre las azoteas. Dividían los pisos en cuartos y cámaras con tabiques de madera, y formaban los techos con vigas ligeramente inclinadas que cubrían de una capa de broza, cortezas de árbol ó tablas y de otra de barro. Distribuían bastante bien los cuartos: ponían en todos una pieza para moler el maíz, otra para cocina y otra para entregarse al sueño. Los de los pisos bajos, por demás oscuros, los destinaban ordinariamente á depósitos de granos y legumbres.

Casas más originales las habrá visto difícilmente el lector en parte alguna del mundo. Lo eran aún mucho más de lo que hasta ahora se ha visto. Constituía á

veces una sola casa un pueblo, y se componía de un cuerpo central y dos alas, que comunmente enlazaba y cerraba un muro de piedra. Otras veces alas y centro estaban separados por angostas calles. Aún entonces parecían formar una sola casa, pues ó los unían puentes ó los acercaban grandes voladizos. Casas había completamente circulares; y casas tambien construidas en las opuestas márgenes de no muy anchos arroyos, que se comunicaban por numerosas tablas. Como quiera que fuesen, presentaban todas imponente aspecto por estar como divididas en gigantescas gradas de ocho á diez piés de altura. Corrían por todo el edificio las citadas azoteas: debían ser aún más imponentes aquellos caserones, cuando, próximo algun enemigo, estuviesen coronadas de gente de armas. Es de advertir que esas galerías pasaban rara vez del cuarto piso.

En los patios de estas casas había siempre estufas, ya cuadrangulares, ya redondas, algunas no ménos vastas que nuestros espaciosos juegos de pelota. Eran todas subterráneas: levantaban cuando más uno ó dos piés sobre el nivel del suelo. Tenían sostenido el techo por gruesos pilares de mampostería ó por troncos de pino que tal vez medían hasta dos metros de circunferencia; solado el pavimento con grandes baldosas de piedra; al rededor de los muros anchas tarimas: en medio un hogar donde incesantemente se quemaba olorosas yerbas. Eran comunmente de un solo piso; más las había tambien de dos y hasta de cuatro. En todas se entraba por la chimenea y á todas se descendía por escalas. No dejaba de haberlas en lo interior de algunos edificios.

Para que se acabe de comprender la originalidad de estas casas-pueblos, falta decir donde se las situaba. Estableciaselas raramente en las orillas de los arroyos, pocas veces en estrechos valles, algunas más en mesetas, casi siempre en las cumbres de empinados cerros y en los bordes de espantosos precipicios. No se podía generalmente subir á las últimas sinó por un camino y éste difícil. Describe Castañeda la posicion de Acuco, la actual Acoma, y dice: «Está Acuco en la cima de una roca á que con dificultad llegarían las balas de nuestros arcabuces. Para llegar á lo alto hay trescientos escalones cortados en la peña: doscientos de bastante anchura, ciento mucho más angostos. Concluida la escalera, hay que ganar tres toesas de altura poniendo en un agujero la punta del pié y en otro los dedos de la mano.»

Por estas raras construcciones se empieza á ver cuanto más cultos no eran los pueblos que los apaches. Supone muchos conocimientos arquitectónicos levantar extensos edificios de cinco y más altos con galerías corridas, antepechos, voladizos y puentes; darles *ad libitum* la forma circular ó la cuadrilonga; labrar bien que mal la piedra y sentarla en lechos de barro; fabricar adobes de suficiente resistencia para sostener pesos enormes y haber dado con una mezcla que supliera la argamasa. En los caserones de cuatro pisos no tenían de espesor las paredes sinó dos piés y medio; en las de más de cinco eran sólo de madera los últimos. ¡Qué de ensayos y cálculos no revelan tales prácticas! Añádase á ésto que

los pueblos hacían murallas con aspilleras al sesgo, abrían cisternas profundas y llevaban el agua de los ríos al través de largas acequias. Todas estas obras eran á no dudarlo toscas y rudas; pero, toscas y rudas, exigían un arte que en ningun país adquirió la humanidad fácilmente.

Manifestaban, por otra parte, los pueblos no poco gusto en decorar las paredes de sus estufas. Aunque sin perspectiva, pintaban allí con bastante propiedad y simetría plantas, aves y otros seres. Embellecían con turquesas las principales puertas de sus casas, y ponían en las ventanas y tragaluces láminas de selenita que llenaban el oficio de cristales. Hechos todos que los van levantando.

Distinguíanse tambien los pueblos por sus utensilios de barro. Les daban elegantes formas, hermosos colores y un barniz especial que llamó vivamente la atencion de mis compatriotas. Se dice si los hacían tambien de oro y plata; pero no lo veo confirmado en ninguno de los autores coetáneos del Descubrimiento. «No he podido adquirir noticias de metal alguno,» escribía al Emperador en el año 1540 el virey D. Antonio de Mendoza, y á continuacion añadía: «tampoco los indígenas saben ni afirman que lo tengan.»

Hilaban y tejían los pueblos el algodon en aparatos no ménos primitivos que los de los navajos; pero lo fabricaban con más perfeccion y gusto. Si hilaban y tejían tambien la lana se duda, por más que no se ignore cuanto abundaban en el país las cabras monteses. Con varillas de sauce tejían cestas y vasijas tanto ó más tupidas que las de los californios. Adornábanlas con figuras, cosa que no vimos en ninguna de las tribus más al Norte.

Tundían además pieles, hacían cedazos de pelo y sogas de cuero, pintaban abanicos, labraban pipas de piedra, cultivaban los campos, recogían abundantes cosechas de maíz, frutas y legumbres. Progreso tanto más de admirar, cuanto que disponían de escasas herramientas, casi todas de palo. De palo eran sus hachas, sus corvas estacas, sus rastrillos, sus palas, sus arados ó para hablar más propiamente los instrumentos que los suplían; de piedra, sólo sus metates.

Tenían, por fin, los pueblos sus pinturas y sus esculturas simbólicas, sucinta y vaga historia de lo que habían sido en más ó ménos remotos días.

No habían llegado á tanta cultura los pimas, los maricopas ni los pápagos, aunque en algo los aventajaban. No conocían los jeroglíficos, no hilaban ni tejían, no usaban aún para sus construcciones ni de la piedra ni del adobe. Tampoco eran tan aseados ni en sus personas ni en sus viviendas. Aventajaban á los pueblos sólo en que hacían á modo de cestas unas barcas donde navegaban por sus ríos.

Pueblos y pimas se diferenciaban tambien algo en los alimentos. Unos y otros vivían principalmente de los productos de la tierra; más los pápagos, habitantes de comarcas poco favorables á la agricultura, se veían con frecuencia reducidos á nutrirse de frutas silvestres, entre ellas la pitahaya, y á comer serpientes,

escuerzos y lagartos. Unos y otros cultivaban y amasaban el maíz, que era su trigo; más los pueblos lo habían ya convertido en cierta especie de golosina. De la pasta del maíz hacían los pueblos delgadísimas hojas extendiéndola con igualdad por una piedra plana que ponían encima de la lumbre. En lo que aquí parecían estar conformes unos y otros era en el modo de preparar las mazorcas para los depósitos de invierno: las hacían hervir sin deshojarlas y las suspendían del techo para que se fueran secando.

Aunque ni pimas ni pueblos eran muy aficionados á la caza, comían tambien carne de gamo, de conejo y de liebre. Ni dejaban de utilizar los peces de sus ríos. Cuando las aguas venían bajas, cogíanlos por medio de banastas ó de flechas; cuando altas, por redes generalmente formadas con varillas de sauce, que unían por los extremos. Gustaban de las bebidas alcohólicas. Sacábanlas del maíz, de la agave, del áloes y sobre todo de los frutos de la pitahaya, una de las especies del cáctus. Secaban esos frutos al sol maricopas y pimas, los maceraban y esperaban á que fermentasen. Usaban los pueblos con preferencia el mezcal de los aztecas.

Pacíficos eran de suyo tanto los pueblos como los pimas; pero se veían frecuentemente obligados á entrar en guerra los unos con los navajos, los otros con los apaches. Embravecíanse entónces y raras veces se limitaban á defenderse: solían vengarse con usura de las violencias de sus enemigos. Además del arco y la flecha, disponían de la lanza, de la honda, de la clava y de cierto palo corvo que disparaban á manera de dardo. De ramas de sauce hacían ordinariamente sus arcos, que medían seis piés y llevaban por cuerdas retorcidos nervios de gamo; de caña, los astiles de sus flechas y de madera durísima las puntas; de no ménos dura y pesada madera, las clavas ó más propiamente hablando, los machetes, cortos y algunos con filo de pedernal ú obsidiana. Conocían y usaban además dos armas puramente defensivas: una rodela de cuero y un delantal de piel de búfalo.

Cuando los pimas y los maricopas querían emprender una guerra, empezaban por convocar á los mejores soldados de la comarca. En el día y lugar de la cita, puestos los valientes en torno de una grande hoguera, entonaban heróicos cantos y pronunciaban fogosas arengas. Consultaban luego á uno de los hechiceros ó magos, trazaban un plan de operaciones y rompían la marcha. Acometían por lo comun al enemigo en cuanto apuntaba la aurora; y no cejaban que no le pusieran en fuga ó no hubieran experimentado notables pérdidas. A contrario que volvía la espalda no le perseguían. En el calor del combate no perdonaban edad ni sexo; mataban después impiamente á los prisioneros varones, pero guardaban, bien que para venderlos, á los niños y las hembras. Vencedores, entraban por sus villas en medio de coros y danzas, que duraban muchos días; vencidos, no oían sinó gritos de muerte. Como los americanos de la banda de Oriente, hacían en todos los triunfos ostentacion de las armas y las cabelleras arrancadas á los enemigos.

Al abrir una campaña los pueblos, se coronaban de plumas la frente, se pintaban el cuerpo y se ponían cabezas, cuernos y colas de fieras. Llevaban sus flechas á veces en aljabas de piel, á veces en el cinto. Parábanse á la mitad del camino y recibían de sus jefes medicinas con que se restregaban la parte izquierda del pecho á fin de hacer grandes y fuertes sus corazones. Peleaban con tanto empuje como los pimas y no eran más blandos. En los primeros días del Descubrimiento hasta se los decía caníbales.

Cuando eran objeto de ataque, hallaban los pueblos su principal defensa en la posicion y la estructura de sus propias casas, verdaderos fuertes. Podían observar desde ellas los movimientos de sus agresores; y al verlos cerca, con sólo recoger las escalas de mano, cosa que como medida de precaucion hacían todas las noches, les dificultaban considerablemente el asalto. Ya que los tenían debajo de sus galerías, los agobiaban con lluvias de piedras y dardos, y casi siempre los rechazaban. Atajábanles á veces el paso con un ardid parecido al de los araucanos: con zanjas mañosamente encubiertas en cuyo fondo clavaban estacas de afiladisíma punta.

Pueblos y pimas acataban las órdenes de sus jefes; en la paz, solamente los pueblos. Eran hereditarios los jefes pimas, los maricopas y los pápagos; pero con tan escaso poder, que no se atrevían ni á castigar los delitos ni á reprimir la libertad de nadie. Se exponían á ser depuestos si descontentaban á los súbditos, bien usurpando atribuciones, bien perdiendo en elocuencia, bien mostrándose cobardes. No podían ni dictar leyes. Tampoco en todos los pueblos había gobierno. Los de la provincia de Cíbola, escribe Castañeda, no tienen ni caciques regulares como los aztecas ni consejos de ancianos: sólo sí unos sacerdotes que al salir el sol suben á la más alta de las galerías de la casa y dan sanos consejos á la multitud, que los escucha en silencio. Dice en cambio que los de la provincia de Tiguex se regían por asambleas de ancianos, y deja entrever que vivían sometidos, si no á leyes, á costumbres.

En estos últimos pueblos, á juzgar por lo que hoy sucede, senadores y jefes eran electivos y se renovaban anualmente como los cónsules de Roma. Reuníanse unos y otros en las estufas, y eran á la vez legisladores y magistrados. Deliberaban sobre todos los intereses comunes, decidían los negocios que se les sometía y castigaban algunos delitos. Citaban, por ejemplo, á juício al mancebo y la soltera que vivían en relaciones ilícitas y los obligaban ó á romperlas ó á contraer matrimonio. Si no querían los reos casarse ni renunciar al concubinato, los condenaban á la pena de azotes. Resolvían siempre por mayoría de votos, y comunicaban por voz de pregon al pueblo sus leyes y sus sentencias. Una ley habían dado por la que nadie podía vender cosa alguna ni tomar esposa fuera de su villa sin consentimiento del jefe.

En los siete pueblos de los moquis estaban aún más adelantadas las instituciones políticas. Tenía cada pueblo su gobernador y su consejo de ancianos: y los

siete juntos, otro jefe y otra asamblea. Los cargos de jefe y de gobernador eran, no ya electivos, sinó hereditarios: podían, no obstante, los súbditos, cuando querían escoger sucesor entre los indivíduos de las familias reinantes.

En los moquis y los pueblos eran tambien de notar las instituciones sociales, que son las que más revelan el adelanto moral de las naciones. Estaba prohibida la poligamia; castigábase, como se acaba de ver, el concubinato; se penaba con la muerte el adulterio. Mirábase tanto por la castidad, que en la provincia de Tiguex andaban desnudas las doncellas para que las contuviera la seguridad de que habían de hacerse visibles sus faltas á los ojos de sus convecinos. No era allí ya la mujer bestia de carga. Contribuía á la edificacion de las casas haciendo el mortero y levantando los muros, más, ya construidas, apenas debía ocuparse en otros negocios que en los domésticos. No había de ir ni aún por leña, puesto que los mancebos, obligados por ley á servir al público, debían poner en los patios cuanta exigiera el consumo. Se la miraba como la compañera del hombre y se la trataba con respeto.

No se permitía, sin embargo, á la mujer la entrada en las estufas, como no fuera para llevar la comida á los hijos, el marido ó los padres. Eran las estufas exclusivamente para los varones, que allí conferenciaban, allí tenían sus asambleas, allí preparaban y ensayaban sus fiestas, allí rendían culto á sus dioses, allí se bañaban, y en los días del invierno allí dormían vueltos los piés al fuego. Las casas, en cambio, eran principalmente para las hembras.

Tanto se respetaba á la mujer en los pueblos, que se la dejaba escoger marido. Ponía una doncella los ojos en el jóven que más le agradaba y abría el pecho á los de su padre. El padre al punto comunicaba los deseos de la hija al del elegido, que rara vez los desatendía. Daba el padre del novio al de la novia, como precio de rescate ó de venta, regalos en proporcion á su rango y su fortuna, y quedaba concertado el matrimonio. Celebrábase la boda con un banquete á costa del novio y terminaba por bailes y cantos.

No escogía ya la mujer en las naciones del Gila; pero podía aceptar ó rechazar á sus pretendientes. Manifestaban éstos su amor y sus pretensiones con repetidas serenatas en que hacían cuanto les era dable para arrancar á la flauta los más dulces sonidos; y ella los rechazaba con sólo permanecer en los umbrales de su casa. ¿Oía tal vez los acordes de algun mortal á quien quería? Salíale al encuentro y le entregaba, á la par del corazon, la mano. Pasaba desde luego al hogar del novio y de soltera á casada sin más ceremonía.

Entre los pápagos elegían los padres marido para sus hijas. No era raro que las pusiesen á subasta y las adjudicasen al que más diera.

En los pueblos se educaba con bastante severidad á los hijos de ambos sexos. Los bañaban las madres con agua fría, y no se les dejaba entrar en las estufas ni aún para guardarse del frío. Cuando lo sentían, por la carrera ó por cualquiera otro ejercicio debían principalmente dominarlo. Si querían fuego, habían de pro-

curarse la leña. Acostumbrábanlos de niños á ser honestos, laboriosos, dóciles, sumisos á los padres y á los ancianos. Se los llevaba tambien temprano á la guerra y se les enseñaba á ser cautos y valientes.

En las naciones del Gila se celebraba con grandes regocijos la pubertad de las niñas. Apénas se la vislumbraba, se corría la fausta nueva á todos los amigos, que no perdonaban medio de festejarla. Reuníanse todos, llevaban la niña al mago para que alejara de ella al maligno espíritu y se entregaban á ruidosos cantos y locas danzas. Lo notable era que después, en cada uno de sus menstruos, había de retirarse al campo y vivir apartada del trato de sus propios deudos, porque se creía que con sólo tocarla ó respirar su aliento enfermaba el hombre: creencia y uso comunes á todos los grupos que aquí describo.

No era frecuente el divorcio en ninguna de estas naciones; pero sí consentido por las leyes ó las costumbres. Promovíalo el simple disentimiento de los cónyuges, que podían convolar desde luego á segundas nupcias. Los hijos en los pueblos y los moquis pasaban á poder de los abuelos.

Eran todas estas gentes, como ve el lector, bastante morigeradas y serias. Perdían toda esa formalidad y áun sus castos sentimientos en cuanto se consagraban á sus bailes, por los que se desvivían. Presentábanse en ellos extrañamente pintados y con mil caprichosos trajes: con pieles de alce, de ciervo, de oso, de zorra; con máscaras á cual más grotescas: con plumas en los cabellos; con lazos, con collares, con otros muchos adornos; con sendas calabazas en la mano provistas de guijas; tal vez con pezuñas de antílope y conchas de tortuga en las rodillas para aumentar el ruido. Cantaban, saltaban, brincaban y se revolvían, que se los hubiera tomado por energúmenos. No era esto lo peor, sinó que en muchas danzas concluían por las más vergonzosos bacanales. Se embriagaban todos ó cuando ménos la mayor parte; y hasta los pueblos se entregaban desenfrenadamente á la lujuria usando de la mujer ajena como de la propia.

Celebraban los keres al año una fiesta que duraba tres días y tres noches. Comían, bebían, bailaban y, cuando bien les parecía, se entraban en una oscura cueva, próxima al lugar del bullicio, donde había camas ó asientos que convidaban al reposo. Allí de día, y sobre todo de noche, gozaban varones de hembras y hembras de varones hollando todos los derechos, todos los deberes y todos los respetos.

Una vez por año celebraban tambien los pimas y los maricopas una fiesta en que empleaban á veces hasta quince días. Emborrachábanse con el licor de la pitahaya, más sin permitirse tan lamentables excesos. Para evitarlos hasta habian introducido la costumbre de embriagarse por tandas. Protegían los que aún conservaban la razon á los que la habían perdido, y los libraban de todo género de ultrajes.

Danzas especiales había muchas en unos y otros pueblos: la de las flechas, la de los escalpes, la de la tortuga, la del búfalo, la del maíz verde, la de Motezu-

ma. Casi en todas cantaban é iban marcando el compás algunos de los concurrentes; casi en todas se tocaba el tambor y la flauta, cuando no las sonajas. No era el tambor más que un vacío tronco de árbol, de veinticuatro ó treinta pulgadas de largo y quince de diámetro, que se cerraba por los dos extremos con redondeles de limpio y tirante cuero; ni la flauta más que una caña con agujeros, vária en formas y dimensiones. Con esta flauta, sin embargo, producían todas aquellas gentes muy agradables sonidos y remedaban, metiéndola en agua, los trinos y los gorjeos de los pájaros. Era el instrumento que más querían y á veces se reunían sin más objeto que el de adiestrarse en tocarla. El tambor lo batían con palillos como en Europa.

Los pimas y los cocomaricopas eran, además, aficionados á los ejercicios de fuerza: el salto, la carrera, el golpear de los escudos, el juego de pelota. Era éste allí completamente distinto del que hasta ahora hemos observado en los demás pueblos. La pelota, ordinariamente de goma, llevaba embutidas pequeñas conchas de almeja. Soltabásela en lugar determinado y fijo y se la iba empujando por unos con el pié hasta que otros conseguían con el pié hacerla marchar en direccion contraria. Corrían así tal vez cuatro y más leguas; y el que primero volvía al punto de que se había partido, ese ganaba. No se desconocía tampoco los juegos de azar ni entre los pimas ni entre los pueblos.

Pueblos y pimas eran tambien supersticiosos. No se rascaban la cabeza los pimas con las uñas, sinó con astillas que al intento llevaban prendidas en la cabeza. Si mataban algun apache, se consideraban impuros y con el fin de purificarse ayunaban diez y seis días en los bosques ó en otros lugares desiertos. No podían en los cuatro primeros beber cosa ninguna ni en los diez y seis mirar fuego que llamease ni platicar con hombre nacido. El décimoséptimo día se despejaba cerca del pueblo un pedazo de tierra en medio del cual se encendía una hoguera. Al rededor de la hoguera se ponía buen número de ancianos y fuera del corro el matador impuro. Entregaba luego el matador sus armas á uno de los viejos; y, como lograse que danzara con ellas en torno del fuego, él y su armadura quedaban limpios de toda mancha. No solían presentarse los ancianos á tan importantes servicios, de no recibir algun obsequio. Costumbre rara, cuyo orígen se atribuía á cierto personaje mítico llamado *Szeukha*, de quien se decía que hizo otro tanto despues de haber dado muerte á un mónstruo.

¿Tenían pues los pimas creencias propias? Las tenían los pimas, los pápagos, los moquis y los pueblos. La tierra, segun los pimas, había sido creada por *Chiowotmahke*. Era al principio como una telaraña que se extendía por el espacio. Fué despues tomando consistencia hasta ser tan sólida como la vemos. La recorrió Chiowotmahke volando en figura de mariposa; y, deteniéndose en el lugar que le pareció más á propósito, formó al hombre. Tomó arcilla en las manos, la amasó con el sudor de su cuerpo y la sopló hasta que llena de vida se movió y convirtió en los dos seres de nuestra raza.

Estaba ya medianamente poblado el mundo cuando vivía á la par de un gran profeta en el valle del Gila un hijo de Chiowotmahke, el ya mentado *Szeukha*. Cierta noche despertó con sobresalto el profeta á causa de cierto ruído que sonó á la puerta de su casa, y vió delante de sí un águila de gigantes alas. Levántate, le dijo el águila, tú que curas á los enfermos y ves lo futuro, porque está muy cerca el diluvio que ha de inundar la tierra. Rióse el profeta y aún hizo burla del agorero pájaro; y, recogiendo sus ropas, volvió á dormirse. Por segunda vez el águila le anunció la catástrofe y por segunda vez sin resultado.

Tenía el águila, á lo que parece, deplorable fama. Atribuíasele que se trasformaba en anciano y atraía á su nido, puesto en la orilla de un despeñadero, multitud de niños que no volvian á vér la faz de sus padres. Quizá por esto no le hiciese caso el profeta, que por tercera vez la despreció á pesar de oirle que iba á ser invadido y sumergido el valle. Quedó, no obstante, bien pronto realizado el vaticinio.

En un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que dura el aleteo de un ave, sonó trás una andanada de truenos el más horrible estallido, y se levantó en la llanura un monte de agua. Obra de un instante estuvo el monte en alto: se derrumbó luego sobre el valle con pavoroso estruendo y devoró la choza del profeta. Al romper del alba no había ya hombre vivo; se salvó tan sólo el hijo de Chiowotmahke, que andaba flotando sobre una pelota de resina.

Cuando había ya descendido algun tanto aquel improvisado océano, desembarcó Szeukha, con todas sus herramientas y utensilios, en la cumbre de un cerro contiguo á la embocadura del río Salt. No tardó en irse á vengar del águila, á quien creía cuando ménos promovedora de tan bárbara desdicha. Subió al nido por una escala de cuerda que hizo de las fibras de un árbol, mató al atrevido halcon, restituyó la vida á los muchos esqueletos que halló esparcidos por los alrededores, y con ellos volvió á poblar la desolada tierra.

Había en la cueva del aborrecido pájaro una mujer y un niño: la esposa y el hijo del mónstruo. Szeukha los hizo poner en marcha. Fueron, segun los pimas, los progenitores de aquellos *hohocamos*, que, dirigidos en sus peregrinaciones por un águila, fueron á establecerse en el lago de Méjico. «Uno de estos hohocamos, decían nuestros hombres, se llamó Sivano y edificó la Casa Grande del Gila. Tomó despues el hijo de Sivano una de las ramas de su pueblo, y la condujo al río Salt, donde labró una acequia. Andando el tiempo y reinando una hembra, estuvieron los del río Salt en guerra con gentes que vivían en las márgenes del Río Verde. No quisieron un día creer á un misterioso pájaro, consejero de la reina, que les advirtió lo que sus enemigos intentaban, y fueron todos destruídos: expulsados de sus hogares los que no muertos.

Véase ahora como se esplicaban los pápagos su orígen y su servidumbre. El Grande Espíritu, decían, hizo la tierra y cuanto en ella crece y vive ántes que al hombre. Bajó de los cielos, tomó de lo hondo de un campo húmeda arcilla, y

desde las nubes, á donde volvió, la fué dejando caer en el agujero obra de sus manos. Surgió al punto *Montezuma* y trás él y con su auxilio las tribus todas, la última la de los apaches. Fueron tranquilos y felices los primeros días del mundo. Estaba el sol mucho más próximo á la tierra y todo el año la calentaba por igual con sus rayos: ni había estaciones ni necesidad de vestirse. Conversaban amigablemente los hombres y las bestias, hermanos todos por la identidad de lengua.

Puso término á edad tan venturosa una terrible inundacion que acabó de pronto con la vida de todos los seres. No se salvaron más que Montezuma y su amigo el Coyote, que le había anunciado la catástrofe. Montezuma había sido aquí ménos incrédulo que el profeta de los pimas: se había labrado una canoa y la había puesto en la más alta cumbre de Santa Rosa. El Coyote por su parte, se había hecho un arca del tronco de un bambú que había tapado con cierta goma por los dos extremos.

Seca otra vez la tierra, quiso Montezuma saber á que distancia tenía el mar por los cuatro vientos, y encargó la investigacion al Coyote. Volvió pronto el Coyote de sus viajes al Occidente y al Mediodía, porque no tardó en dar con el Océano. Le costó ya mucho más encontrarlo al Oriente, y no lo vió al Norte, aunque anduvo hasta rendirse de fatiga. Montezuma en tanto había vuelto á poblar de hombres y animales el mundo.

Puesto Montezuma por el Grande Espíritu al frente de la nueva raza, se hinchó de orgullo; y, más cuidadoso de sí mismo que de sus prójimos, olvidó sus deberes hasta dejar triunfante cuanto más impune la maldad en la tierra. Bajó el Grande Espíritu y le amonestó ya blanda, ya severamente; mas él hizo burla así de los consejos como de los mandatos, y terminó por declararse en abierta rebeldía. El Grande Espíritu entónces, lleno justamente de ira, empujó hácia arriba el sol y lo llevó á los remotos espacios por donde hoy sigue su brillante curso.

Montezuma, léjos de ablandarse, llamó á las tribus para que le ayudaran á levantar un palacio que llegase á los cielos. Teníanlo ya muy adelantado, á grande altura y con muchos pisos cubiertos de oro, plata y pedrería, cuando nuevamente lleno de ira el Grande Espíritu se lo redujo á ruinas con uno de sus rayos.

Ni áun así cedió Montezuma. En menosprecio del Grande Espíritu profanó los templos, arrastró por el polvo los ídolos y hasta los dió por juguetes á los niños. No pudiendo ya el Grande Espíritu sufrir por más tiempo tanta insolencia, mandó á tierras de Oriente aún desconocidas un insecto volador que se trajo á los españoles. Vinieron los españoles, hicieron la guerra á Montezuma, le destruyeron y hasta le arrancaron la divina aureola de que le habían circuído los pueblos.

Estas dos leyendas, la de los pápagos y la de los pimas, son una confirmacion

más de la influencia que ejerció la conquista sobre las tradiciones religiosas de los americanos. Me significa poco que en las dos figure el diluvio y en la de los pápagos hasta la torre de Babel de nuestra Biblia, que encontramos ya en los aztecas; mucho, la manera como en las dos se enlaza los hechos para explicar la venida de los europeos. En la de los pápagos se habla, por otra parte, de una especie de semidios llamado Montezuma, nombre del que hubo dos reyes en Méjico, segun dije á mis lectores en el primer libro. ¿No llevaría otro nombre ántes de la Conquista ese mitológico personaje?

Se atribuían los moquis distinto orígen. «Donde nace el sol, decían, tenemos un Padre, autor de todas las desventuras: la guerra, la peste, el hambre, la muerte; donde se abisma el sol, una Madre, orígen de todos los bienes: la paz, la salud, el amor, la riqueza. Allá en el principio de los tiempos sacó de su occidental vivienda la Madre las nueve razas de hombres que constituyen nuestra familia: la del Ciervo, la de la Arena, la del Agua, la del Oso, la de la Liebre, la del Coyote, la de la Serpiente de Cascabel, la del Tabaco y la de la Caña. Estas fueron las razas que edificaron los actuales pueblos. Allá en los futuros tiempos volverá cada moqui al elemento de que deriva. Ondeará el uno en los cañaverales, recorrerá el otro las praderas en busca de víctimas donde saciar su apetito, correrá el otro con el río ó dormirá tranquilo en el lago, servirá el otro de lecho á los arroyos ó recibirá en la playa las olas de los mares, humeará el otro en la pipa de sus descendientes.» Parecen aquí de nuevo el dualismo del bien y el mal y la metempsichosis ó por lo ménos la incesante renovacion de la materia. ¿Qué habrán pensado los pueblos cultos que no hayan concebido los bárbaros?

Acerca de la metempsichosis tenían aún ideas más raras los pimas y los maricopas. Decian que despues de siglos se les habían de trasformar los miembros en seres distintos: la cabeza, por ejemplo, en lechuza, los piés en lobos, los brazos en ciervos, el corazon en oso.

Creían los pueblos en un espíritu bueno y grande, cuyo santo nombre no podían pronunciar terrestres labios; pero guardaban todo su respeto y amor para el ya referido *Montezuma*, á quien unas veces equiparaban al sol y otras á ese mismo dios, orígen del Universo. En ese Montezuma veían su maestro, su legislador, su profeta y áun el padre de su raza. De él decían haber aprendido á construir casas y estufas y á guardar el fuego sagrado. A él se manifestaban deudores de todos sus conocimientos en las artes. De él esperaban el rocío y la lluvia, cuando prolongadas sequías esterilizaban sus fecundos campos. En él tenian, por fin, al Cuculcan de los mayas y al Quetzalcoalt de los toltecas. Para que fuese más parecido á Quetzalcoalt hasta le suponían en relacion misteriosa con una Gran Serpiente, por cuya existencia aseguraban haberles encargado que velasen. A esta gran serpiente, larga como ninguna del mundo, gruesa por lo ménos como el tronco del hombre, atribuian tanto poder sobre las aguas de los mares, los la-

gos y los rios como sobre las del cielo, y la consideraban por lo tanto compañera de su ídolo.

No conocían los pueblos la patria de Montezuma; pero afirmaban que había parecido mucho ántes que ellos en las orillas del Río Grande. «Bajó, decían, de Norte á Sur: fundó Acuco y Cicuyé (hoy Acoma y Pécos). En Cicuyé plantó ramas abajo y tronco arriba un árbol, y dijo á nuestros mayores que, cuando los dejase, vivirían muchos años sin lluvias y en dura servidumbre; mas que no por eso dejasen de alimentar el sagrado fuego de sus estufas mientras no cayese el árbol, pues él vendría entónces con gentes de blanco rostro que destruirían á nuestros enemigos y haría llover del cielo aguas que refrescasen y fecundasen la abrasada tierra.» Palabras por las que se descubre una véz más la influencia de la Conquista en las tradiciones de aquella parte del mundo.

Velar el fuego sagrado no era en remotos días, á lo que parece, fácil tarea. Segun unos, lo custodiaban incesantemente dos guerreros que se renovaban cada dos días y dos noches y no podían durante la guardia comer, beber, ni conciliar el sueño; segun otros, los que hacían la centinela no la dejaban sinó con la vida. Contábase que en este caso recogía y devoraba á los muertos la Gran Serpiente. Podían muy bien los pueblos hacer aquí el sacrificio de sus deudos cuando creían que Montezuma había de bajar en la hora que ménos esperasen por la columna de humo que despedían sus braseros y llenar de luz y de gloria sus ennegrecidas estufas.

El fuego sagrado era, si no el único, el principal ritu de aquellos hombres; Montezuma, si no el único, el principal dios á quien rendían culto. Tenian otros dioses y otros ritus; pero de poca importancia: las salutaciones y las preces; númenes del agua parecidos á los Tlaloques de los aztecas; cuerpos de espíritus del mal que infestaban los aires. No eran fetichistas; no conocían otros sacerdotes que sus jefes.

Pueblos y pimas hablaban de un paraíso; más no todos lo pintaban con los mismos colores. El alma, segun los pimas, al abandonar el cuerpo, se dirigía al Oriente, á una region del cielo donde reinaba Szeukha, el hijo de Chiowotmahke. No era allí todo lo feliz que deseaba, puesto que vivía expuesto á las malignas sugestiones y á los tormentos de *Chiawat*, el Diablo. En la otra vida, segun los maricopas, continuaban los espíritus divididos en jerarquías y con las mismas necesidades que en la tierra, esperando el día en que pudiesen volver á las márgenes del Río Colorado y sufrir las raras metamórfosis que llevo descritas. Solamente los pueblos creían que las almas, al romper las ataduras de la carne, eran objeto de un rigoroso juício y gozaban segun sus hechos.

Tampoco pueblos y pimas observaban las mismas costumbres para con sus difuntos. Los pimas los envolvían en mantas, como tantos otros pueblos, y los enterraban en fosas de seis piés de profundas. Les destruían la casa y los demás bienes como no dejasen hijos á quien entregarlos. Para los hijos reservaban

cuando más la tercera parte de los muebles. Los maricopas, contradiciendo abiertamente sus ideas de ultratumba, quemaban los cadáveres. Los pueblos metían piedras por la boca á sus muertos á fin de ahuyentar los malos espíritus. Los sepultaban luego dejándoles de que comieran y bebieran. Las almas, segun ellos, cierta noche del mes de Agosto visitaban las colinas próximas al lugar en que vivieron, y esperaban de sus deudos y amigos nuevas y mejoras ofrendas de víveres.

Los lutos eran, por fin, casi iguales á los de otras naciones. Entre los maricopas la viuda y la hija del muerto se cortaban el cabello, y se lamentaban y se abstenían de bañarse por espacio de tres meses. Entre los pueblos y los moquis las muestras de dolor eran grandes; las mujeres, las principales plañideras.

Siempre llorando la ajena muerte los que esperamos la propia.

CAPÍTULO XLVIII.

La península de California.—Pueblos que debieron de habitarla antiguamente.—Pueblos que la habitaban cuando la Conquista. Los cochimies, los guaicuras y los pericues.—Condiciones físicas de todos estos californios.—Traje.—Adornos.—Viviendas.—Alimentacion.—Glotonería y costumbres asquerosas de tan atrasadas gentes.—Procedimientos de caza y pesca.—Utensilios y herramientas.—Medios de navegacion.—Armas.—Manera de hacer la guerra.—Ausencia de toda clase de instituciones.—Falta de todo sentimiento de pudor.—Partos.—Amor á los hijos.—Fiestas.—Fiesta para la distribucion de pieles.—Los sacerdotes.—Terapéutica.—Numeracion y cronología.—Depravada condicion de todas estas gentes.—Ideas religiosas.—Sectas entre los pericues.—En que consistía la diversidad de sus doctrinas.—Creencia en la vida futura.—Enterramientos.—Duelos.—Los mejicanos del Norte.—Naciones en que estaban divididos.—Carácter físico.—Traje.—Adornos.—Costumbre de pintarse y labrarse el cuerpo.—Tocados.—Habitaciones.—Alimentacion.—Canibalismo.—Caza y Pesca.—Pan.—Agricultura é industria.—Tejidos.—Balsas.—Bellas artes.—Observacion de los astros.—Idea de los eclipses.—Preocupaciones.—Medicina.—Abundancia de medios terapeuticos.—Conducta que se seguia con los enfermos.—Carácter moral.—Fetichismo.—Idolatría.—Sacrificios.—Dioses penates.—Creencia en otra vida.—Muschita.—Leyenda sobre esta especie de paraíso.—Las creencias hacían belicosas estas naciones.—Costumbres militares.—Armas.—Envenenamiento de las flechas.—Clase militar.—Ceremonial para entrar en ella.—Consejos de guerra.—Penitencias durante la campaña.—Centinelas.—Combates.—Triunfos.—Derrotas.—Prisioneros.—Reparto del botin.—Carencia de gobierno.—Instituciones sociales.—Prostitucion.—Matrimonio.—Sodomía.—Poligamia.—Nacimientos.—Borracheras.—Fiestas.—Fiesta de Torom raqui.—Fiesta de 1.° de año.—Juego de la pelota.—Enfermedades.—Entierros.—Duelos.[1]

No ofrece la humanidad ménos contrastes que la naturaleza. Del paralelo treinta y dos al veintitres se extiende la península de California, larga de mil kilómetros, ancha de cuarenta á ciento sesenta, de Norte á Mediodía cruzada por una cordillera de altas y desiguales cumbres, de Oriente á Occidente interrumpida por hondas quebradas y algunas colinas, generalmente seca, arenosa, estéril, sin nubes, sólo en uno que otro lugar con manchones de vegetacion espléndida á que da vida el agua. En este singular brazo de tierra, donde se asegura que llueve sin que se enturbie el cielo, vivirían en remotos siglos pueblos cultos á juzgar por las espaciosas cuevas de que habla Clavigero, abiertas en roca viva y adornadas en sus muros con imágenes de hombres, de fisonomía y traje muy distintos de los que se ve hoy en los indígenas. Por donde viniera á desaparecer esa raza no hay quien lo sepa; la verdad es que en los tiempos de

[1] Fuentes de este capítulo: BANCROFT, vol. I, cap. V; vol. III, caps. II, III, IV, V y XII; CASTAÑEDA, *Relacion del Viaje á Cibola*, Parte 2.ª caps. I y II; CLAVIGERO, *Storia della California*, vol. I, 111-145; ZUÑIGA en los *Nouvelles Annales des Voyages*, tomo XXXIII, págs. 238 y 239.

la Conquista estaba substituída por otra, que apenas tenía de humana más que la figura y los instintos. Para estas gentes eran los shoshonis de grande moralidad é inteligencia.

Hallábanse á la sazon divididos estos californios en tres naciones: la de los *cochimies*, que bajaban desde lo más septentrional de la Península hasta los alrededores de Loreto; la de los *guaycuris* ó *guaicuras* que vivían entre Loreto y el trópico de Cáncer; y la de los *pericues* que desde la línea tropical se extendían al cabo de San Lucas.

Eran todos de buena estatura y no malas formas; robustos, aunque no corpulentos; si de flexibles miembros, de facciones un tanto rudas; de baja y estrecha frente; de gruesa y carnuda nariz, aunque no chata; de ojos que se distinguían por lo curvilíneo de sus extremidades interiores; de negros, brillantes y cerdosos cabellos; de poca ó ninguna barba. Moreno tenían todos el color: pero claro los de tierra adentro, oscuro los de la costa.

No se vestían los hombres; se ceñían cuando más á la cabeza unos como sombreros de tiras de piel ó de juncos, que los cochimíes entrelazaban con pedazos de caña ó conchas de nácar y los demás con blancas plumas. No usaban ni siquiera el maxtle de los aztecas: tenían á deshonra cubrir sus carnes. Conocían algo más el pudor las mujeres, sobre todo las perícues, que con fibras de hojas de ciertas palmas se tejían zagalejos que les llegaban á los tobillos, y ya de la misma tela, ya de pieles, ya de enea se hacían mantos que se echaban á los hombros; mas no todas ponían tampoco grande ahinco en ocultar á la ajena mirada lo que entre nosotros la honestidad exige. El faldellín de las cochimíes, que se componía de breves cañas, unidas por cordeles de áloes, no era realmente sinó un doble delantal que apenas medía de seis á ocho pulgadas de ancho. Las hembras todas calzaban además sandalias de cuero, prendidas á la garganta del pié con cuerdas que se pasaban entre los dos mayores dedos.

No se vestían estos californios, pero se adornaban, que en los países cálidos ántes piensa el hombre en adornarse que en vestirse. De perlas, conchas y huesos ó semillas de frutos se hacían sartas que les servían de collares y brazaletes. Perforábanse el labio, la nariz, las orejas y se introducían en los agujeros caracoles de mar, palillos y otros dijes. Se pintaban de varios colores, principalmente para festines y guerras; y algunos se labraban tambien el cuerpo. Dábase al de los niños cierto barniz compuesto de carbon y orines; pero sólo con el fin de preservarlos de la intemperie. Distinguíanse los pericues por el uso de un cinturon decorado con perlas y conchas de nácar.

Llevaban largo y flotante el cabello entre los pericues y los guaicuris así los varones como las hembras; corto, las hembras entre los cochimíes; alto y en la coronilla, los varones.

Cochimíes, guaicuris y pericues vivían al aire libre: sólo cuando enfermos se albergaban en míseras chozas, compuestas de ramos que unían por los rema-

tes y de cañas y yerbas con que cubrian los intersticios. Buscaban en verano refugio contra los rayos del sol, ya en las torrenteras, ya debajo de colgantes rocas; en invierno, abrigo contra el aire detrás de un parapeto semicircular de broza ó de piedras, al que solían dar unos dos piés de altura. De noche sólo en la estacion más fría buscaban por lecho cavernas ú hoyos abiertos en la tierra.

Se alimentaban, como los shoshonis, de todo género de seres vivos: comían lechuzas, ratas, lagartos, serpientes, murciélagos, cigarrones, grillos, ciertas orugas verdes, largas de un dedo, ciertos gusanos como el pulgar de grandes, que se distinguían por su blancura, pájaros, peces, raíces, semillas y plantas. De los animales devoraban lo mismo la piel y las entrañas que la carne: no se tomaban la pena ni de desollarlos ni de limpiarlos. Tan glotones y poco ascados eran que hacían cosas aún para referidas, cuanto más para vistas, de sin igual repugnancia. Mientras disponían de los frutos de la pitahaya, como dos meses por año, ni se nutrían de otros víveres, ni querían pensar en la caza ni en la pesca, para ellos de gran fatiga. ¿Querrá creer el lector que buscaban en sus propios excrementos las indigestas semillas de aquellos frutos y despues de tostarlas y molerlas sentían verdadero placer en saborearlas? Más hacían aún, y era colgar de largas hebras los bocados de lo que por más exquisito tenían y sacarlos tres y más veces del estómago á fin de prolongar el gusto, no siendo raro que los mudasen de unos estómagos á otros consintiendo que los digiriera otra persona muy distinta de la que empezara á mascarlos. ¿Cabía más degradacion en humanas gentes?

No tenían estos californios ni hornos para las comidas ni más ajuar de cocina que conchas. Saciaban cuando podían su apetito, y en conchas de mar ponían así los manjares como el agua. Comían crudos los peces, asaban sobre el mismo fuego las carnes, tostados al rescoldo los cigarrones y los demás insectos. No conocían licor alguno.

Los peces los cogían, ya en las costas al bajar de las mareas, ya en el Océano por medio de redes y lanzas; las aves, con el arco y la flecha; las liebres, con trampas; los ciervos y los gamos, bien valiéndose del engaño que vimos en tantos otros pueblos, bien cortándoles las piernas con agudas y corvas estacas que despedían casi al ras del suelo.

No disponían de muchos más utensilios ni herramientas. Usaban en vez de cuchillos pedernales de uno ó dos filos; en lugar de punzones ó agujas, puntiagudos huesos; para llevar el agua en sus viajes, anchas vejigas; para cunas de sus hijos, caparazones de tortuga; para recoger semillas y frutos, cestas de mimbre; para el trasporte de víveres y aún de niños, redes de fibras de áloes. Las redes para los niños las solían colgar de ahorquilladas pértigas que apoyaban en los hombros.

Para la navegacion empleaban, ya bien atados manojos de cañas, que movían

con ayuda de cortos remos, ya canoas de cortezas de árboles, ya almadias compuestas de tres ó más leños bastantemente sujetos con juncos ó cuerdas de pita. A lo largo de los ríos trasladaban sus muebles en canastas de apretados mimbres, que empujaban nadando. Ni en las almadias ni en las canoas podían ir más de tres hombres; tampoco más de uno en los barcos de cañas.

Eran rudas y toscas las armas de esos californios, pero temibles. Medían los arcos seis piés y llevaban intestinos de animales por cuerdas. Tenían dientes en los dos filos las triangulares puntas de las flechas, puntas generalmente de pedernal, engastadas en astiles de caña, de treinta pulgadas de largo. Aunque de sola madera las javalinas, aguzadas despues de habérselas endurecido al fuego, causaban mortales estragos. Unas en figura de hacha y otras en figura de mazo solían ser las clavas; como las que hemos visto en otras gentes, las hondas; parecidas á las cimitarras por lo corvas, las macanas.

De todas estas armas se valían los californios en sus frecuentes guerras, casi siempre originadas por cuestiones de límites. Blandíanlas todas, prorumpiendo en grandes alaridos, al empezar los combates; disparaban después una tras otras multitud de guijarros y flechas; y al llegar á las manos, recurrían á la jabalina y la clava. Batíanse ordinariamente sin plan ni concierto, en tumulto, oyendo por toda voz la de sus pasiones. Acostumbraban no obstante, reservar parte de sus guerreros tanto para relevar á los ya cansados, como para caer adonde más arreciaran los ataques de los enemigos. No abandonaban tan pronto el campo como otras naciones; no lo hacían sinó después de haber muerto por ambas partes muchos combatientes.

No conocían ni tribunales, ni leyes, ni gobierno. Elegían jefes sólo para la guerra; si en tiempo de paz consentían alguno, no le respetaban sinó en lo que satisfacía su gusto. Tampoco admitían el derecho de propiedad como no fuera sobre sus armas y sus escasos muebles. Tenían reducido su comercio al cambio de conchas y plumas por los productos de la tierra.

Real y verdaderamente carecían de instituciones sociales. Tomaban los pericues tantas mujeres como querían, las condenaban á los más serviles trabajos y las despedían cuando las consideraban inútiles ó se las hacía desagradables la saciedad ó el capricho. Eran monógamos los guaicuris y los ochimies, pero sólo por falta de hembras. Apareábanse todos al igual de los pájaros, sin previos esponsales ni ceremonias de casamiento; sólo entre los guaicuras solían tantear los amantes la voluntad de sus elegidas ofreciéndoles una taza ó cesta de hilo de pita. Con admitirla aceptaba ya la mujer al donante: lo ratificaba luego regalándole á su vez un sombrero tejido y embellecido por su propia mano.

Sentimientos de castidad y pudor apénas si los tenía ninguno de esos californios. Cambiaban de mujeres en sus fiestas; y cuando en público solicitaban los favores de alguna, la veían frecuentemente puesta á cuatro piés á fin de que pudieran saciar desde luego sus brutales apetitos. Hasta con la muerte castiga-

ban al adúltero; mas he dicho ya que los pueblos salvajes solían mirar el adulterio como una violacion de la propiedad y no de la fé jurada.

Las mujeres todas eran fáciles en sus partos. Llevaban las cochimies á sus niños de pecho en las redes que ántes dije: á los de dos ó más años, á horcajadas sobre sus hombros. Apénas salidos de la infancia los dejaban libres, y en épocas de carestía no era raro que los abandonaran ni que los mataran. Las guaicuras y las pericues lavaban á los recien nacidos y los cubrían de ceniza. Ignoro la causa.

Mujeres y hombres gustaban mucho de las fiestas, reducidas casi todas á la satisfaccion de la glotonería y la lujuria. No se embriagaban bebiendo, mas sí fumando en tubos de piedra las hojas de yerbas que abundan mucho en aquellos países. Cuando ya madura la pitahaya, largos días y noches invertían en cantos, danzas, carreras y luchas. Bailaban ordinariamente dando brincos y haciendo muecas, y á la vez acompañándose con murmullos y alaridos. En día y lugar señalados reuníanse anualmente los cochimies para la distribucion de prendas: sus ceremonias y regocijos no son para entregados al silencio. En mitad de una anchurosa plaza hacíase una enramada á que conducía un camino cubierto con las pieles de los animales muertos durante el año. Comían allí y fumaban los más hábiles cazadores; y, cuando ya medio beodos, parecía á la puerta un sacerdote en traje de ceremonia y dirigía al pueblo una arenga donde contaba y encarecía los hechos de los comensales. Salían éstos á poco y repartían á las hembras las recogidas pieles. Empezaban despues los bailes y los cantos, y no cesaban hasta el amanecer del otro día. Terminaban las más de estas diversiones por la ya indicada promiscuidad de mujeres, y no pocas por sangrientos disturbios.

Los sacerdotes, á quienes daban unos el nombre de *quamas* y otros el de *cusiyaos*, eran poco más ó ménos entre los californios peninsulares lo que en los otros pueblos. Decíanse tambien en comunicacion con los espíritus, y tenían amedrentada la muchedumbre, y, lanzando planideras voces desde las cavernas y los torrentes, ya amenazándola con todo género de males y aún con la muerte, si por acaso no los proveían de víveres tan abundantemente como deseaban. Vestían, sobre todo para el ejercicio de sus altas funciones, largas túnicas adornadas con cabellos.

Eran tambien médicos los sacerdotes y empleaban las supercherías que tantas veces he descrito. Hacían uso de otros medios dignos de mencion por lo bárbaros. Cortaban á veces un dedo de la mano derecha á uno de los hijos ó de los hermanos del enfermo, y dejaban caer gota á gota la sangre en las heridas ó las úlceras. Batían otras veces con ramos de ortigas la parte dolorida ó le aplicaban hormigones, ó la cauterizaban con el humo de su mal tabaco. Quemaban otras los tumores y los chupaban con su misma boca. Sangraban con aguzados huesos y combatían por fin los males interiores con baños de agua fría. Las ca-

taplasmas, los ungüentos, los emplastos, constituían, por decirlo así, la terapéutica vulgar, la medicina casera.

¿Qué de extraño que tál sucedíese? Eran tan ignorantes estos californios, que no acertaban á contar sinó por los cinco dedos de una de sus manos; ni siquiera hasta la cifra diez habían sabido llevar su sistema numérico. Division exacta ni medida exacta del tiempo no la tenían. Hablaban sólo de seis estaciones á que habían dado los siguientes nombres: *Mejibo*, el madurar de laspitahayas; *Amadappi*, la sazon de las últimas frutas y semillas: *Amadaappigalla*, el fin del otoño y el principio del invierno; *Majibel*, el rigor del frío; *Majiben*, el despertar de la primavera; *Majiibenmaaji*, el crecer de los frutos.

Eran estos californios ignorantes y nada virtuosos. Abandonaban y aún mataban, no sólo á los hijos que no podían procurarse el sustento en las grandes carestías, sinó tambien á los enfermos de cuyo restablecimiento desesperaban. Al paciente que veían en peligro de la vida no le dejaban dormir temerosos de que el sueño acabara en muerte. Los cochimies eran los mejores por su buen corazon y trato, y se hacían, sin embargo, temibles por su inconstancia y sobre todo por la brutalidad de sus instintos. Fieros y vengativos dejaban de serlo muy pocos: explayaban unos su odio en la propia y otros en las vecinas tribus; pero los explayaban siempre que podían así los cochimies como los guaicuras y los pericues. Los pericues y los guaicuras eran sin duda los peores. Eran todos más amigos de la bondad que de ejercerla.

Tenían sus ideas religiosas; pero tampoco determinaban por ellas su conducta. Estaban divididos los pericues en dos sectas de todo punto irreconciliables. Hablaba la una de un creador de mar y tierra, por nombre *Niparaja* ó *Niparaya*, ser que moraba en los cielos. «Niparaja, decía, hubo por mujer á la incorpórea *Anayicoyondi* y entre sus hijos á *Quaayayp*, que era ya hombre y había nacido en las montañas de Acaragui. Quaayayp podía sacar y sacó de la tierra á muchos de nuestros semejantes: fué el orígen y el tronco de nuestra raza y vivió largo tiempo en paz con nuestros antepasados. Se le mató después y se le puso en la cabeza una corona de espinas. No sabemos donde está; pero sí que permanece incorrupto y bello, destila sangre de sus heridas y oye en silencio las palabras de cierta lechuza. Hubo discordias, no sólo aquí, sinó tambien en el cielo. Vivía en remotas edades con Niparaja otro dios llamado *Wac* ó *Tuparan*, que no dejaba de ser poderoso. Vive hoy en una caverna del mar donde le guardan ballenas por haberse atrevido á ponerse en lucha con el creador del Mundo.» Sostenía la otra secta que el Mundo había sido obra de muchos dioses y tenía á Wac por superior á Niparaja. «La luna, decía, la hizo *Cucunumic;* las estrellas, que son todas de metal, *Purutabui*. Wac distó de ser vencido por su contrario.» Con ésta más que con la otra secta estaban de acuerdo los cochimies y lòs guaicuris. Eran todos politeistas.

Creían tambien estos californios en la vida futura: en la existencia de un in-

fierno y un paraíso, cuando ménos los pericues de la primera secta. «Niparaja, decían, aborrece la guerra y nos ha dicho que entregará á Wac las almas de los que mueran en batalla.» A juzgar por la conducta de esos pericues, Niparaja no debía de prohibirles sinó las guerras civiles. ¿Cuándo dejaban de vivir en lucha con las demás gentes?

Enterraban unos californios á sus difuntos y otros les quemaban el cuerpo dejándoles intacta la cabeza. Con ellos quemaban ó enterraban, como tantos otros pueblos, las armas y los demás objetos de que habían usado vivos. Lo singular era que los calzaban para que pudieran más cómodamente hacer el viaje á la apartada region de las sombras.

No moría nadie que no prorumpiese la familia en tristes y plañideros cantos, y no exhalasen amigos y deudos lamentaciones y gritos hiriéndose la cabeza con afilados huesos. En algunos lugares reuníanse de nuevo días despues del fallecimiento conocidos y parientes y hacían extrañas ceremonias. En nombre del muerto, con cuyo espíritu fingía estar hablando, les ordenaba el sacerdote que en señal de duelo se cortasen la cabellera. Se la cortaban todos: y rompiendo en llanto verificaban un tan breve como extraño baile. El sacerdote volvía entónces á dirigirles la palabra y les pedía vituallas para el difunto. ¿Quién se había de atrever á negárselas?

Constituyen estos californios en la clasificacion de Bancroft el tercer grupo de los nuevo-mejicanos. Forman otro los mejicanos del Norte, es decir, los pueblos que vivían entre los mismos paralelos que los californios, pero al Oriente hasta las márgenes del Río Grande. Se hallaban esparcidos esos nuevo-mejicanos por las tierras de Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Nuevo Leon y Durango y tambien por la parte septentrional de los Estados de Zacatecas, San Luís Potosí y Tamaulipas.

En tan extenso territorio así distribuye Bancroft las siguientes naciones. Sitúa en las costas boreales de Sonora y en la isla del Tiburon á los *ceris*, los *tiburones* y los *tepocas;* en las más al Sur, á los *cahitas* ó *sinaloas*, denominaciones genéricas bajo las cuales vienen comprendidos los *yaquis* y los *mayos*, tribus así llamadas por los ríos en cuyas márgenes vivían; en el mismo Estado de Sinaloa, á los *cochitas*, los *tuvares*, los *sabaibos*, los *zuaques* y los *ahomes;* en los Estados de tierra adentro, en los de Chihuahua y Durango, á los *ópatas*, los *eudeves*, los *jovas*, los *tarahumares*, los *conchos*, los *acaxees* ó *acaxas* y los *xiximes;* en las mesetas de Mapimi y en sus numerosos lagos, á los *irritilas;* en Zacatecas y San Luís Potosí, á los *guachichiles*, los *huamares* y los *cazcanes;* más al Oriente y tocando ya con las playas del Golfo de Méjico, á los *carrizas* ó *garzas*, los *xanambres,* y los *pintos*. Las gentes derramadas por tan grande espacio eran infinitas: no habla Bancroft sinó de las principales.

Eran, por lo comun estos mejicanos del Norte altos, robustos, de buenas formas, erguidos, de regulares facciones, de dulce y agradable rostro; unos de

color moreno claro, otros de color moreno oscuro, otros de color de cobre; todos de negro y fuerte cabello, de vivos y penetrantes ojos, de salientes pómulos, de gentil boca, de airoso porte. Distinguíanse principalmente por el alcance del oído y de la vista. Eran hasta hermosas y de buena figura las mujeres; más se hacían pronto corpulentas. Entre los ópatas tendían tambien á la obesidad los hombres. Una particularidad presentaban los garzas y era el labio superior muy largo.

El traje en todas estas gentes era muy sencillo y pobre. De los ópatas se dice que vestían blusa y calzoncillos de algodon, y calzaban zapatos de madera. Los demás concretándome por de pronto á los varones, apénas usaban sinó el maxtle de los aztecas: un mal trapo sujeto por una cuerda á la cintura los cahitas y los ceris; un pañete encarnado de piel de ciervo, los acaxées y los tarahumares. Sólo en lo más rigoroso del invierno solían todos ceñirse un amplio manto de algodon azul á los hombros. Los que no iban descalzos llevaban á la medida del pié sandalias de cuero. Usaban tambien manto las hembras y además un zagalejo ó una camisa sin mangas que las cubría hasta los tobillos. De pieles de alcatraz con las plumas hácia adentro hacían ordinariamente sus enaguas las mujeres ceris. Hay quien asegura que no alcanzó las ropas de algodon ninguna de éstas gentes: pero no es de creer cuando las hemos visto en pueblos más al Norte.

Adornos los usaban estos mejicanos como ninguna otra nacion de América. Se los ponían en las orejas, en la nariz, en la garganta, en los brazos, en las muñecas y hasta en los tobillos. Hacíanlos de pedrezuelas verdes, de conchas, de caracolillos, de perlas, de habas rojas, de pezuñas de ciervo, de plumas y áun de cuerpos de pájaros. Nuño de Guzman refiere que dió en Sinaloa con millares de guerreros que llevaban por collares luengas sartas de codornices, pequeños pericos y otras avecillas. De una tribu llamada de los humes, se dice, que se ceñían á la cabeza coronas de plumas de papagayos y guacamayas. De los temoris, escribe otro autor, que se cercaban las orejas con finas conchas de nácar prendidas en hilos azules. Y no eran aún éstos los más amigos de dijes y galas. Aventajábanlos á todos los cahitas y los acaxées, que, sobre derramarlas por todos los miembros que indiqué, se agujereaban narices y oídos.

Pintábanse, además, todos ya la cara, ya pecho y brazos, ya todo el cuerpo; quien de rojo, quien de azul, quien de blanco y quien de todos estos colores distribuidos en alternas y perpendiculares fajas. Algunas de sus gentes se labraban tambien las carnes: los yaquis, por ejemplo, los brazos y la barba; los tarahumares, la frente, los labios y los pómulos; los más el rostro. Por las diversas rayas del rostro se distinguía, á lo que parece, las diversas tribus.

Hasta en el cabello mostraban estos mejicanos del Norte su vanidad y su gusto. Lo llevaban largo varones y hembras; pero las hembras suelto y flotante, los varones recogido en dos ó más nudos sobre la coronilla. Unos y otras lo embellecían con perlas y plumas; y los varones al salir de caza á los montes se ce-

ñian una especie de gorra para defenderlo de los zarzales y las ramas de los árboles.

De todas estas gentes sólo los chinipas, los yaquis, los ópatas y los conchos vivían en casas de ádobes y vigas ó de bien trenzadas varetas que revestían de barro; los demás se albergaban en chozas compuestas de palos y cañas y cubiertas de toscas esteras. Segun muchos autores, por esas bastas esteras (en mejicano, *petatl*) se llamó Petatlan á las que fueron provincia y ciudad de este nombre. Tribus había, sin embargo, como las de los tarahumares, que buscaban abrigo en las cuevas de las Montañas Pedregosas; tribus, como las de los tepehuanes y los acaxées, que anidaban, por decirlo así, en la cumbre de inaccesibles despeñaderos. Pasaban todas en verano lo más del día y áun de la noche á la sombra de los árboles.

En la alimentacion estos mejicanos diferían mucho de los pueblos que hasta ahora vimos en las costas del Pacífico. Asoma aquí el canibalismo de los aztecas. Es indudable que los acaxas comían carne humana é iban á caza de hombres como de ciervos. Hacían lo mismo otras muchas tribus de Durango y Sinaloa. Devoraban á los enemigos imaginando que así crecían en bravura; poro tambien por mero deleite á cuantos podían haber á las manos. Entre los aztecas tenía esta bárbara costumbre por fundamento las ideas religiosas; no sé que origen pudo tener entre los mejicanos del Norte.

Cazadoras lo eran casi todas las tribus. Entre los tarahumares se perseguía al ciervo, ya con engañifas, ya llevándolo á estrechos pasos donde se lo esperaba, bien con la flecha, bien con la lanza. En toda la tierra de Sinaloa se cazaba colectivamente. Salía armado todo un pueblo, cercaba un bosque, ponía fuego á la broza y mataba á todo reptil ó bruto que huyese del incendio. No dejaba con vida sinó á las iguanas, á quienes cogía con las manos, rompía las piernas y guardaba mientras no las reclamase el apetito.

Eran tambien pescadores los más de estos mejicanos. Se acercaban á la tortuga de mar los ceris de la isla del Tiburon y le clavaban de súbito una lanza á que habían prendido una larga cuerda. Por medio de la cuerda la arrastraban á sus almadias al verla exhausta. Metíanse en la cabeza los laguneros de Coahuila una calabaza con agujeros por donde respirasen y viesen: y, entrándose por los charcos y las lagunas, se hacían sin ruído con gran número de patos. Los mataban con sólo sumergirlos en el agua. De los otros mejicanos, quien pescaba con puntiagudos palos entre las rocas, quien, valiéndose de las hojas de ciertos árboles que atontaban á los peces; quien, con cestas de mimbre; quien, atajando los ríos sobre todo en las cercanías del Pacífico y en la época del desove.

Comían algunos, segun parece, ratones, serpientes, ranas, gusanos, piojos y hasta sus propias inmundicias; pero sólo algunos. Lo que sí aprovechaban todos eran las frutas, las semillas y las raíces que producía espontáneamente la naturaleza Hacían. principalmente uso de la pitahaya, de que sacaban un licor

que los ponía beodos. Gustaban tambien mucho de la miel silvestre, tanto que en Sinaloa se empleaba con el fin de obtenerla un raro procedimiento. Al ver una abeja se la seguía hasta descubrir el árbol en que vivía; se cortaba luego el árbol por la parte que contenía el codiciado jugo y se la llevaba al pueblo ó la casa de los autores del hallazgo. Para muchas tribus eran las habas y las calabazas cocidas platos comunes y sabrosos.

Una ú otra clase de pan la conocían los más de estos mejicanos. Cogían los zacatecas el pulpo del maguey, lo ponían á hervir con sal, lo limpiaban, lo cocían de nuevo en agua pura, lo dejaban secar, lo amasaban y lo reducían á tortas. De la harina de ciertas plantas acuáticas hacían los laguneros tortillas como las que hemos visto de maíz en tribus más al Norte. En las playas de la Sonora áun hoy se muele cierta paja y ciertos juncos y se los amasa. En algunas partes había ya los tamales de los aztecas.

En punto á la cocina de todas esas gentes escasean los datos. Los ceris de la isla del Tiburon comían crudas ó cuando más á medio cocer así las carnes como los pescados; los salineros solían tambien comer crudos, bien que sin piel, los conejos y las liebres. Cocían los tarahumares en la tierra cierto plato á que daban el nombre de *tatema;* pero no sé en que consistía. Es presumible que la mayor parte de las tribus hiciesen hervir ó asasen los productos de la caza y de la pesca.

Antes de la Conquista dedicábanse poco á la agricultura todos estos mejicanos del Norte. Cultivaban algo más las artes. Especialmente los yaquis y los ceris fabricaban utensilios de barro que podían competir con los que vimos en otros pueblos. Para contener líquidos usaban muchos, sin embargo, calabazas de todas dimensiones. Cazaban y pescaban casi todos con sus armas de guerra; pero tenían los ceris para la pesca una que no es merecedora de olvido. Blandían estos bárbaros con singular acierto una javalina de dos puntas, que por estar dentadas interiormente y hácia abajo impedían la fuga de los peces entre ellas cogidos y presos. Eran además hábiles muchas tribus en la extraccion de perlas, turquesas, esmeraldas, corales y áun oro, segun algunos escriben.

Los ahomes, los eudebes, los jovas, los yaquis, y los ópatas eran tambien tejedores. Tejían el algodon y la pita; y con ciertos hilos de diferente color sabían hacer en sus telas no malos dibujos. No por esto disponían de más bien dispuestos telares que los navajos. Componían el telar sólo cuatro estacas en el suelo, á las cuales iba unida cierta especie de bastidor para sostener el hilo. Una mala regla servía de peine; y una pieza oblonga de pino ó roble, de lanzadera. Distinguíanse las mismas naciones por sus esteras de caña ó de hojas de palma.

No se hacía canoas en parte alguna del territorio. Sólo en las costas los ceris, los tiburones y los tepocas salían al mar en balsas, que no eran sinó manojos de bambues, largos de diez y ocho piés y terminados en punta por los dos extremos. En estas balsas donde podían ir cómodamente de cuatro á cinco hombres,

se bogaba con gran destreza por uno y otro lado con ayuda de un remo de doble pala que se cogía por medio del asta.

En bellas artes considero inútil decir si estarian ó no atrasadas todas aquellas gentes. Habla Nuño de Guzman de casas de Sinaloa, en cuyas paredes vió pintadas figuras obscenas; habla tambien Castañeda de templos de la Sonora, á cuyo alrededor plantaban los indígenas gran cantidad de flechas siempre que creían próxima una lucha; más tengo para mí que ni los templos ni las casas habían de revelar ni muchos conocimientos arquitectónicos, ni gran sentimiento de belleza. Entiendo que no debían de revelarlos ni las casas de adobes de los chinipas, los yaquis, los ópatas y los conchos, todas de un solo piso. Algun idealismo tendrían, sin embargo, los habitantes de Petatlan cuando con perlas bordaban en los vestidos figuras de bestias y pájaros. Aunque carecían de instrumentos con que taladrar las perlas se sabe que las engastaban por medio de una ranurita que alrededor les hacían, cosa de no poco trabajo ni poco ingenio. Eran, por otra parte, buenos músicos, no sólo los de Petatlan, sinó tambien los de otras tribus: sobre coger fácilmente los aires que en boca de extrangeros sonaban, habían compuesto melodías notables por lo armoniosas y dulces.

Todos estos mejicanos eran observadores atentos de los astros y de los cambios de la atmósfera. Los yaquis habían llegado á medir el tiempo por las revoluciones de la luna. No se vaya, con todo, á creer que estuviesen aquí exentos de las preocupaciones de otros pueblos. Con gritos y gestos querían tambien los ópatas disipar los eclipses de los luminares del día y de la noche. Al aullar del viento se agachaban como si oyeran la voz del Supremo Espíritu.

Ni eran éstos los solos desvaríos de los hombres que describo. Mejicanos había que veneraban profundamente las plantas venenosas y creían llamar sobre sí la desgracia con destruirlas. Colgaban otros del cuello de sus niños bolsitas de esas plantas imaginando que los preservaban así de los ataques de las fieras y los hacían invulnerables en las batallas. Se atrevían pocos á tocar personas heridas por el rayo: no se acercaba nadie á socorrerlas ni á sepultarlas si morían. Respetaban grandemente los ópatas á los hombres contrahechos y de pequeña estatura: les franqueaban, sólo por miedo, su casa y su mesa.

Continuaban las preocupaciones respecto á las enfermedades. Si mordía una serpiente de cascabel á un ópata, se la cogía por la cabeza entre dos palos, se le estiraba la cola y se le mordía á su vez el cuerpo. Otros en igual caso unían por los dos extremos la ponzoñosa culebra, y con los dientes le iban quebrando los anillos hasta que moría. Figurábanse que con esto habían de salvar al paciente. Metían los yaquis un palo por la garganta de sus enfermos y pretendían nada ménos que arrancarles del estómago la causa de la dolencia. Chupaban los acaxées la parte dolorida ó la soplaban por medio de tubos. Los ceris de la isla del Tiburon recurrían por fin, á los encantos: buscaban la salud en sus hombres-medicina.

No todo eran, sin embargo, preocupaciones en la terapéutica de estos mejicanos. Servían de purgante activo los granos del maguacate y de febrífugos, las hojas del sauce y las de la cenicilla, de las que se hacía cocimientos. Mezcladas con aguamiel las hojas de la cenicilla, formaban un verdadero antídoto contra las calenturas. En Sinaloa se aplicaba las raíces y las hojas del guaco á las mordeduras venenosas. Las heridas de flecha, después de chupárselas cuidadosamente, se las rociaba en muchas tribus con polvos de peyote; se las limpiaba luego cada dos días y se las cubría de nuevos polvos, que se substituía á la postre por los de raíz de lechuguilla: supuraban por más ó ménos días y se cicatrizaban. De las hojas de esa misma lechuguilla, de las del maguey, de las de la palma datilera y tambien de las del romero, se componía por otra parte excelentes bálsamos. Se empleaba con éxito ciertas sustancias vegetales para apagar la sed, que se creía peligroso mitigar con agua. En casos extremos no se vacilaba en refregar el cuerpo con polvos de las hojas de agave, erizadas, como se sabe, de espinas.

Tal vez no recuerde el lector, que allá en la cuenca del Orinoco vimos pueblos que se sajaban las piernas cuando se sentían cansadas ó por juegos de fuerza ó por largos viajes. Hacían aquí otro tanto nuestros hombres: se las sajaban despues de penosas marchas con agudos pedernales.

Por lo dicho no parece sinó que esos mejicanos cuidaban mucho de su propia salud y la de sus deudos. Abandonaban á sus amigos, á sus hermanos, á sus mismos padres cuando los creían atacados de enfermedades contagiosas: les dejaban agua y frutas silvestres al alcance de la mano, y huían llenos de pavor á los más apartados y espinosos montes con la esperanza de que el contagio, que miraban como un sér vivo, no había de ir á buscarlos entre los zarzales y los enmarañados bosques.

¿Eran, pues, de mala índole esos mejicanos? El terror producido por las epidemias alcanza á los pueblos cultos como á los salvajes. Es tan fuerte en el hombre el instinto de conservacion, que prevalece en la mayoría de las almas sobre toda clase de generosos sentimientos, lo mismo sobre la amistad que sobre la sangre. Sería injusto calificar indignamente á los mejicanos por este sólo hecho. Eran á la verdad fieros, traidores y crueles los tepocas y los tiburones; estúpidos, perezosos, inconstantes y dados á la intemperancia y al robo, los ceris del continente; salvajes, belicosos y enemigos de todo extrangero, los tepehuanes y otros montañeses; feroces é incomunicables, las tribus de Chihuahua; pero eran generalmente honrados y sociables los yaquis, los mayos y los acaxas; amantes del trabajo, alegres, exentos de todo espíritu de pillaje y firmes en sus empresas, tanto más firmes cuanto más peligrosas las veían, los ópatas, segun Zúniga, superiores á todos los indígenas de aquel territorio; inteligentes, amigos de sus casas y hospitalarios, los laguneros y algunas más tribus de Coahuila; pacíficos, dóciles y de una honradez á toda prueba, los ahomamas, los tarahu-

mares, los enavas y los sisibotaris. Hasta las mujeres se hacían agradables en estos últimos pueblos: lo eran sobre todas las de los ópatas, los mayos, los acaxas y los yaquis, mezcla de dulzura y de orgullo que llamó poderosamente la atencion de los europeos.

¿Influirían las creencias en el variado carácter de esos mejicanos del Norte? Son escasas las noticias que sobre ellas tengo. Los ceris, á lo que parece, eran fetichistas, celebraban los novilunios y al salir y al ponerse el sol lo reverenciaban inclinándose. Los tahus, de la provincia de Culiacan, tenían tambien sus fetiches: adoraban á las serpientes. Domábanlas y criábanlas en sus propios hogares, donde no se atrevía á mirarlas nadie sin el mayor respeto. Eran ya idólatras los habitantes de Sonora. Los habitantes de Sonora, segun el Padre Las Casas, principalmente en los días de la siembra y la cosecha, sacrificaban á los piés de un enorme ídolo, ciervos, lobos, liebres y pájaros en medio de los acordes de muchas flautas y otros instrumentos. Abrían por el pecho á todos esos animales, les arrancaban el corazon y lo colgaban del cuello de la imágen, que estaba á poco rociada de sangre.

Rociados de sangre, y no siempre de sangre de pájaros y cuadrúpedos, estaban ya los ídolos de los habitantes de Durango. Para obtener buen éxito en la guerra ofreciaseles en ancho tazon habas y carne cocida de uno ó más enemigos. Eran muchos esos ídolos, porque había allí dioses para lo bueno y lo malo, dioses para la tormenta y la bonanza, dioses para todo lo que vivía en agua, cielo y tierra; y los había, además, sin número para toda familia y toda casa. Estos penates, segun se dice, revestían las más diversas y fantásticas formas, como que no eran algunos sinó informes piedras, tales como las daba la naturaleza. Cuéntase de un pueblo que adoraba un cuchillo de pedernal á fin de que le salieran buenos y seguros todos los instrumentos que empleara en el ejercicio de sus artes. Sobre este cúmulo de divinidades se levantaba, con todo, un creador supremo *Meyuncame*, y otro ser llamado *Cachiripa*, de que no se conserva sinó el nombre.

Los habitantes de Sinaloa no eran ménos politeistas que los de Durango. Tenían su Júpiter en *Cocohuame*, voz que significa Muerte. Adoraban el valor en cierto *Ouraba*, á quien ofrecian arcos, flechas y toda clase de armas. Habían divinizado el Placer en *Sehuatoba*, y le sacrificaban plumas, mantas y adornos, en especial los de las mujeres. Rendían culto en la imágen de *Bamusehua*, el dios de las aguas. Hacían mencion de otra deidad que se les revelaba en las maravillas y los hechizos de sus magos. Sentían veneracion por algunas aves y tambien por algunas yerbas.

Los tahus, por otra parte, honraban, segun el testimonio de Castañeda, no sólo á las serpientes, sinó tambien á cierto dios, á quien sacrificaban turquesas y estofas, sus principales bienes.

Pueblos todos más ó ménos religiosos, debieron de concebir la idea de una

vida futura. Concibiéronla efectivamente los mejicanos todos del Norte, por más que cierto autor dude la tuvieron algunas tribus de Sinaloa, á quienes atribuye la creencia en una madre suprema y un hijo, que fué el primer hombre. No imaginó ninguno un infierno donde padeciesen las almas; pero tampoco muchos un paraíso donde gozasen. Para los habitantes de Sonora vagaban los espíritus de los muertos por las rocas de los precipicios: sus voces constituían los ecos. Para los de Nayarit, como para los aztecas, había diferentes cielos á que se iba segun la edad y la manera de sucumbir del que fallecía: un cielo destinado á todos los niños y á los adultos que muriesen buena y pacífica muerte; otro, situado en la region de los aires, donde pasaban á ser brillantes estrellas cuantos pereciesen bajo extrangeras armas; otro en la misma tierra donde al parecer entraba el vulgo y por lo tanto la mayor parte de las almas. En este último lugar á que se daba el nombre de *mucchita*, contábase que vivían los espíritus bajo la vigilancia de ciertos hombres de rapada cabeza.

La mucchita en otros tiempos no era, segun se decía, un recinto de que no pudieran salir las almas. Pudieron salir y aún volverse á encarnar en sus antiguos cuerpos hasta que lo hizo imposible la imprudencia de otro Orfeo.—Cierto día hizo un hombre un pequeño viaje en busca de sal dejando la casa al cuidado de su consorte. Volvió precisamente cuando la mujer estaba desapareciendo en la mucchita. Inconsolable, porque la quería entrañablemente, tales lágrimas derramó y tales suspiros dió al viento, que logró mover el corazon del celoso guarda de aquella region de las sombras. «Mira, le dijo el guarda, ven aquí de noche, busca con los ojos á la que fué tu esposa, y cuando la veas danzando, dispárale una de tus flechas. Te reconocerá y volverá á tu casa; pero guárdate bien de prorumpir en gritos ni alaridos, porque, si tal haces, la perderás para siempre y serás entónces tú la causa de su muerte.» Hizo el hombre lo que se le dijo; y al verse de nuevo con su conyuge, no sabía como celebrar tanta ventura. Llamó á cantores y músicos, y dió una gran fiesta. Excitado, olvidó por un momento el aviso del guarda y exhaló un alarido de gozo. Cayó al punto cadáver la mujer, y entró de nuevo el espíritu en la mucchita.—No volvió desde entónces alma alguna á tomar carne en el que fué su cuerpo. Mas pudieron todas, como podían ántes, convertirse de día en mariposas, salir en busca de alimentos y andar entre los vivos. De noche recobraban sus naturales formas y la pasaban danzando.

¿Por dónde cree el lector que habían de poder influir en la moralidad de nuestros mejicanos, ni estos raros paraísos, ni aquellos raros dioses? El mejor cielo estaba aquí destinado á los que morían en batalla: era natural que fuesen belicosos cuantos abrigaran semejante creencia. Belicosas fueron efectivamente la mayor parte de las tribus. Vivían casi todas en constante guerra ó por mútuas invasiones de territorio ó por querellas de familia. Adiestradas en tan constantes luchas, hasta habían llegado á tener su estrategia y su táctica. Tambien sus instituciones militares, algunas dignas de nota.

Las armas de los soldados eran el arco, la flecha y la clava, de ordinario corta; las de los jefes, una pequeña lanza y una rodela ó escudo. A las de los unos y los otros hay que añadir un cuchillo de pedernal para los escalpes. Envenenaban las flechas los ceris, los jovas y otras muchas gentes: como lo hiciesen lo ignoro. Quien supone que extraían la ponzoña de cierto árbol, por nombre *n agot*, que á la más lijera incision despedía una leche fatal para los mortales; quien la dice sacada de bofes mordidos por la serpiente de cascabel ó por otra clase de víboras y puestos al sol para que más pronto se corrompieran. Que la buscaran en este ó en aquel reino de la naturaleza, es lo cierto que las flechas llevaban la muerte á donde quiera que se mojaran en sangre.

Eran generalmente de caña los astiles de esas armas; de pedernal, de otra piedra ó de hueso, las puntas. Las puntas iban engastadas en piezas de durísima madera y atadas á los astiles con nervios. Como tuviesen esos astiles cierta especie de muesca, se podía llevar y se llevaba frecuentemente hasta la hora del combate vueltas hácia abajo y metidas en el hueco de las cañas las puntas, á fin de que no se rompieran ni se mellaran. Pueblos había que arponeaban las puntas con el objeto de que no se las pudiera sacar de la herida. En las cañas ponían casi todos tres plumas.

Las clavas solían ser de guayacan; y, mientras no se las habia de emplear, se las llevaba colgando de la muñeca por un cordel de cuero. De palo del Brasil se hacía comunmente las lanzas; de piel de cocodrilo las rodelas; de la de búfalo, unos grandes escudos que cubrían todo el cuerpo y tenían en lo alto un agujero por donde mirar al enemigo. Conocíase aún otra clase de escudo compuesto de listones entrelazados con cuerdas, que se podía cerrar como un abanico y llevar á manera de palo.

Los guerreros constituían en todas esas naciones una verdadera clase. No podian aspirar á tan honroso título sinó los que se habían distinguido por su valor en algunas campañas ni obtenerlo aún los más bravos sinó despues de pruebas y ceremonias que pasaban de meras fórmulas. En la hora y el lugar que se convenía, puesto el jefe en medio de un círculo de guerreros, recibía al néofito dirigiéndole una arenga en que le explicaba los penosos deberes de la órden; y, sacando luego de su bolsa una garrra de águila, le rasgaba con ella hombros, brazos, pecho y muslos hasta que fluyera abundantemente la sangre. Como diese el candidato la menor muestra de dolor, le despedía ignominiosamente; como permaneciese impávido y sereno, le entregaba un carcaj y un arco. Hacía despues que cada uno de los guerreros del corro fueran sucesivamente regalando dos flechas al que debían mirar desde entonces como un camarada. No concluían allí los sufrimientos del nuevo soldado: ínterin no tuviera otro novicio que le reemplazase, debía en las próximas campañas sujetarse á las más duras privaciones y acudir á los puestos de mayor peligro.

Organizada así la milicia, no era de temer que nuestros mejicanos hiciesen

la guerra atropelladamente y sin concierto. Al decidirla, se nombraba un caudillo. y en la casa del caudillo se reunían, no solamente los principales guerreros, sinó tambien los ancianos y los hombres-medicina. Sentados allí todos al rededor de una hoguera que á propósito se encendía, se iban pasando la pipa y fumaban en silencio. Levantábase á poco el caudillo ó el más viejo y distinguido de los guerreros. y en tono alto y poética frase, despues de recordar las victorias hasta allí obtenidas, declaraba los agravios de que se había de tomar venganza. Pasábase nuevamente la pipa y hablaban nuevos oradores encareciendo. ya el valor de la tribu, ya la poca importancia de los enemigos, ya la excitacion que no podían ménos de producir en nobles y valientes pechos los recibidos ultrajes. Acordábase á veces en estas juntas pedir ajeno auxilio; mandábase en este caso embajadores con cañas llenas de tabaco á las tribus cuyo auxilio se solicitaba. y se las tenía por aliadas desde el punto en que admitían el regalo.

Repetíanse estas militares asambleas, que se celebraba siempre de noche, hasta llegar el día de la marcha. No la emprendían los acaxas sin haber ántes elegido una virgen que durante la campaña había de estar reclusa, no hablar con nadie, y no comer sinó un poco de maíz tostado sin sal que lo sazonase. No hacían otro tanto los demás pueblos mejicanos; pero guardaban, mientras no se ponía término á la lucha. riguroso ayuno. Se llamaba á los aliados. si los había. por medio de fogatas.

La guerra no todas las tribus la hacían de igual modo. Las de Sinaloa y la de los mayos parece que ponían centinelas donde se detenían y los relevaban de cuarto en cuarto de hora: colocaban en dos filas y á los unos enfrente de los otros hasta cincuenta hombres con la rodilla en tierra. Los ceris y los ópatas sólo á favor de las tinieblas se acercaban en silencio á los enemigos y los atacaban de súbito al romper del alba. Los tepagues y otros se desvivían por incendiar las chozas de sus contrarios y al efecto ataban á sus flechas cañas secas de maíz, que encendían ántes de tender el arco. Otros, y eran los más, advertían hidalgamente el día y el lugar en que se proponían dar la batalla.

Los combates eran comunmente rudos. No se perdonaba ni edad ni sexo. No se daba fácilmente por vencido ninguno de los dos bandos. Se arrancaba la cabellera á los caídos ó se les cortaba la mano como trofeo. Nadie abandonaba el campo sin retirar á sus muertos. En el campo mismo danzaban los vencedores al rededor de las armas y los escalpes de los enemigos.

Al volver de la expedicion, si venturosa, salía todo el pueblo á recibir á los combatientes. Apoderábanse las mujeres de los escalpes y, pasándoselos de las unas á las otras manos, bailaban en corro, cantaban. gesticulaban frenéticamente y prorumpían á cada vuelta en alaridos de triunfo. Al capricho de esas mujeres se entregaba desgraciadamente á los infelices prisioneros. que. despues de sufrir las más bárbaras torturas, morían. bien atados á un poste y quemados á fuego

lento, bien sacrificados de cualquiera otro modo no ménos cruel y salvaje. No faltaba quien despues de muertos los cociera y comiera dejando por trofeo los descarnados huesos. Si había sido desgraciada la expedicion, entraban los combatientes en el pueblo á favor de la soledad y el silencio de la noche.

El botin, cosa por cierto singular y rara, se lo distribuía siempre á los ancianos y á las hembras. No lo utilizaban nunca los guerreros, porque imaginaban que les había de traer malaventura usar de los bienes del enemigo.

Estaban los mejicanos del Norte organizados militar y no civilmente. No tenían ni tribunales, ni leyes, ni verdaderas autoridades. Había en cada tribu un jefe, pero un jefe sin poder alguno á quien no se obedecía durante la paz sinó en lo que cada cual consideraba conveniente y justo.

Las instituciones sociales eran en general deplorables. Entre los tahus, leo en Castañeda, había hombres que vestían de mujer y servían de esposas á gentes de su propio sexo. En honor de las hembras que se consagraban al celibato y la prostitucion se hacía grandes fiestas. Reuníanse los hombres principales y danzaban y folgaban todos sucesivamente con la mujer que había tomado resolucion tan digna. No podía ya desde entónces la voluntaria ramera negar su cuerpo al que le ofreciese el fijado precio. No podía ni aún casada. Los que pretendían contraer matrimonio debían, por otra parte, comprar la mujer con dádivas y conducirla á su gran sacerdote para que la gozara el primero y declarara si la había encontrado ó no vírgen. Si la declaracion era negativa, el marido podía reclamar lo que hubiese entregado y retener á la esposa ú obligarla á ser prostituta. Daban orígen los casamientos á grandes orgías y borracheras.

La sodomía, leo en el mismo autor, era general desde el país de los tahus á los desiertos del Gila.

Polígamos lo eran casi todos estos mejicanos; los que se casaban con una sola mujer solían tener muchas mancebas. Prohibían el matrimonio entre cercanos parientes los ceris, los chinipas, los tepocas y los tiburones; pero no los banzarigames, los cabezas, los contotores ni los tehuecos. Entre los ahomes empezaban á levantarse un tanto las costumbres. La doncella ahome llevaba en señal de virginidad una pequeña concha grabada, pendiente del cuello: el día en que se casaba la ponía en manos del marido. Caía en gran desgracia, si la perdía ántes de su casamiento. Apreciaban tambien en mucho la castidad los sisibotaris y los tepehuanes: guardábanla notablemente así sus matronas como sus doncellas. Mas estas pocas gentes constituían la excepcion: la regla estaba en la más vergonzosa lujuria.

Al nacimiento de los hijos se practicaba diversas ceremonias. Unos atosigaban ó embriagaban al padre, le rodeaban cantando y le escoriaban las carnes hasta verlas manar sangre. Otros visitaban al recien nacido, le palpaban miembro por miembro, le exhortaban á ser bravo y le daban nombre. En tales pue-

blos el padre no salia de la cama ni comia pescado ni carne en seis ó más días.

Esta rara costumbre la hemos visto ya en otros pueblos de esta misma parte de América; otra observámos al Norte de la América del Sur que tambien seguían algunos de nuestros mejicanos. Eran éstos casi todos aficionados á los licores; los hacían ya con el jugo de la pitahaya y de la agave, ya con miel silvestre. No se cansaban nunca de beberlos; y, cuando no podían ya por la boca, se lo hacían echar por abajo con un embudo los que vivían en la provincia de Pánuco. Exceso que sólo es comparable con el de aquellos romanos del Imperio de quienes se dice que arrojaban lo que comían para reproducir los deleites de la gula.

Bebían hasta embriagarse esos mejicanos en casi todas sus fiestas, no pocas ni poco obscenas. No era raro que pareciesen en ellas con indecorosas máscaras y danzasen hasta caer de rendidos ó de puro beodos. Los yaquis, escribe Zuñiga, tienen un baile, que llaman *tutuli gamuchi*, donde cambian de mujeres y se otorgan recíprocamente sus conyugales derechos. Sólo los sisibotaris y los ópatas se conservaban, á lo que parece, cuerdos y dignos en sus danzas. Entre los sisibotaris bailaban juntos varones y hembras, pero sin hablarse ni darse inmediatamente las manos. Entre los ópatas eran, no ya decentes, sinó bellas y virtuosas la fiesta de *torom raqui* y la de primero de año.

En la primera, que tenía por objeto implorar la lluvia y las abundantes cosechas, despejaban aquellos hombres un espacioso cuadro de terreno en cuyos ángulos levantaban tiendas. Sembraban el suelo de ramas, semillas, cuernos, conchas de mar y huesos; y, á cierta señal salían de las cuatro tiendas otros tantos grupos que bailaban desde el nacer del día hasta el de la noche. En la segunda fiesta plantaban un palo de bastante altura, del que colgaban cintas de cuero de varios colores. Vírgenes caprichosamente vestidas, tomando cada cual del cabo una de las cintas, danzaban al rededor del palo entrelazándose las unas con las otras y formando hermosas figuras.

Tenían tambien los mejicanos del Norte sus juegos: el tiro al blanco, la lucha, la carrera y sobre todo la pelota elástica, que, como en algunos pueblos de la América del Sur habían de echar y recibir con los hombros, las rodillas ó las caderas, no con las manos. Como en nuestras provincias vascas allí daba la pelota lugar á juegos de competencia que duraban á veces días é iban acompañados de bailes y banquetes. Había otra pelota, la de madera; pero ésta se la movía con palos al ras del suelo como vimos en gentes de las mismas costas del Pacífico.

La vida que en general vivían esos mejicanos, sobradamente comprenderá el lector que no era la más á proposito para conservar la salud del cuerpo ni la del alma. Eran verdaderamente propensos á muchas dolencias, de que con dificultad se restablecían por la escasez que ya observámos de medios curativos. A los muertos no los quemaban en parte alguna. Los enterraban, unida la cabeza con las rodillas, ya en cuevas, ya debajo de rocas junto con los utensilios y las he-

rramientas de que hubiesen usado vivos. Solian tambien poner sobre el sepulcro un pequeño ídolo para que le sirviese de guía en el largo viaje al paraíso. El signo general de luto era, como en tantas otras gentes, cortarse el cabello. En la historia de América es verdaderamente de admirar tanta variedad en ciertas cosas, tanta unidad en otras.

CAPÍTULO XLIX.

Lenguas de los nuevo-mejicanos.—Lenguas de los apaches.—Lenguas de los pueblos.—Particularidades del idioma queres.—Muestra de lo armonioso y dulce que es el diegueño.—Manera como se hablaba el tamajab.—Idiomas de la península de California.—Noticias gramaticales sobre el guaicura.—Idiomas de Sonora y Sinaloa.—Noticias gramaticales sobre el pima—Afinidades del pima y el nahuatl.—Dialectos del pima.—Su carácter.—El idioma ópata —Sus elementos gramaticales.—El idioma ó dialecto eudeve.—Particularidades de este idioma que vimos en otros del Mediodía.—Si tiene alguna semejanza con el nahuatl.—El cahita.—Noticias gramaticales.—El Padre Nuestro en cahita y en yaqui.—El tarahumar.—Noticias gramaticales.—Dialectos.—El tepehuan.—Su estrecho parentesco con el pima.—Noticias gramaticales.—El cora.—Noticias gramaticales.—Dialectos.—Infinita variedad de lenguas que había en América. [1]

CONSAGRO este capítulo á las lenguas de los nuevo-mejicanos. Será corto por la escasez de noticias que sobre ellas existen.

Los apaches hablaban un idioma de que había siete dialectos: el *chemegue*, el *yuta*, el *muca oraive*, el *faraon*, el *llanero*, el *lipan*, y el *toboso*. En el chemegue, el yuta y el muca oraive expresaban sus conceptos los apaches de Sonora; en el faraon, los de Chihuahua; en el llanero, los de Coahuila; en el lipan, los de Nuevo Leon y Tamaulipas. El toboso es ya hoy dialecto perdido: no se sabe que tribus lo usaron. La lengua madre, segun Orozco y Berra, era la *yavipay* ó *yampay*, llamada tambien *apache*.

Tenían los pueblos cinco idiomas con numerorsos dialectos: el *queres*, el *tegua*, el *picoris*, el *jemez*, y el *zuñi*. El zuñi se lo habla hoy sólo en Zuñi: el jemez, sólo en Jemez y el antiguo Pecos; el picoris en Picoris, Taos, Zandia é Islota: el tegua, en S. Juan, Sta. Clara, S. Ildefonso, Pozuaque.

---

[1] Fuentes de este capítulo: BANCROFT, vol. III, caps. VI, VII y VIII, Languages; OROZCO Y BERRA, *Geografía de las lenguas de Méjico*, Partes 1.ª y 3.ª; OLMOS, *Gramática de la lengua nauatl*; SCHOOLCRAFT, vol. III, pág. 460.

Tezuque, Nambe y una de las ciudades moquis, la de Harno; el queres en los lugares que no determino. Los más afines entre los cinco idiomas eran, á lo que parece, el jemez y el tegua; los más afines entre los dialectos del queres, el *kiwomi* y el *cochitemi*. El *acoma*, tercer dialecto del queres, era el más distinto.

En el idioma queres las voces solían ser cortas; el acento cargaba invariablemente sobre la primera sílaba. En el tegua, y sobre todo en el zuñi, predominaban las voces largas. Arbusto era en tegua *peghndhricahmborih;* ser, *hahnnenahnpih;* grande, *haihahgnuhai;* nada, *heinginubainboyoh*. Otoño era en Zuñi, *ahmeeashneekeeah;* dedo, *ahseeailahpagulhtonnai;* oro, *lahtailoopeetsinnah;* clava, *tahmchahpahnahmnee;* oreja, *lahschucktínnay*.

En la region que cruzan las aguas del Colorado y en la que media entre este río y el Gila prevalecían y prevalecen aún los dialectos de la lengua *yuma*. Los principales eran y son todavía el *yuma* mismo, el *maricopa*, el *cuchan*, el *mojave* y el *diegueño*. Cita, además, Bancroft el yavipay y el yampay; mas, como ántes dije, el yavipay y el yampay no son, para Orozco, sinó la lengua apache. Se distinguía entre todos, el diegueño por lo armonioso y dulce. Reunía no solamente los sonidos de nuestro idioma, sinó tambien los del de Inglaterra. Juzguen los lectores por el Padre Nuestro:

Nagua anall amai tacaguach naguanetuuxp mamamulpo cayuca amaibo mamatam meyayam canaao amat amaibo quexuic echasau naguagui ñaña choñaquin ñipil meñeque pachis echeyuchapo ñagua quexuic ñaguaich ñacaguaihpo ñamechamel anipuch uch-gnelich-cui-apo. Nacuiuch-pambo-cuchlich-cuiatpo-ñamat. Napuijá.

Hablábase además en la misma comarca el *chevet*, el *cajuenche*, el *tamajab*, el *benemó*, el *covaji* y el *noche*. Del benemó había dos dialectos: el *tecuiche* y el *tequeneche;* del *cajuenche* el *jalliquamai* y tal vez algun otro. Los pueblos que traducían en tamajab sus pensamientos se expresaban con violenta pronunciacion y arrogantes formas: al perorar se daban frecuentemente en los muslos con las palmas de las manos.

En la península de California había tres verdaderos idiomas: el *cochimí*, el *guaicura* y el *pericú*. El pericú no tenía dialectos. Lo eran del cochimí, segun Bancroft, el *laymon* y el *ika;* segun Orozco, el *cochimí del Norte*, el *edú* y el *didú*. El edú y el didú, segun Bancroft, lo eran, no del cochimí, sinó del guaicura, del que indudablemente derivaban el *cora*, el *concho* ó *monqui*, el *uchite* y el *aripa*. Se hablaba el pericú sólo en la parte más austral de la Península, en lo que fué más tarde mision de Santiago y en las islas de Cerralvo, San José y el Espíritu Santo; el guaycura, desde allí, hácia el Norte, hasta San Francisco y Loreto; el cochimí, desde Loreto y San Francisco hasta las márgenes del Gila. La lengua ménos difundida resultaba ser la de los pericúes; la más, la de los cochimíes. La pericú ha desaparecido.

Se dice que todos estos idiomas eran duros y pobres; lo verdaderamente pobre son las noticias que sobre ellos se tiene. Sólo del guaicura se conoce algun tanto la gramática. Carecía este idioma de los sonidos representados por las letras *o*, *f*, *g*, *l*, *x*, *z* y *s*, consonante que no sonaba sinó en la compuesta *tsh*. Carecía tambien de artículos; no declinaba los nombres; ponía la conjuncion copulativa *thsie* despues de las palabras que unía. Sus pronombres personales eran *be*, *eï*, *tutau*, *catè*, *petè*, *tucava*. Contractos de éstos paréceme que serían los posesivos, que iban prefijos al nombre: mi padre, *be-dare;* tu padre, *e-dare;* su padre, *t-i-are;* nuestro padre, *kepe dare*. Cuando los posesivos eran adjetivos, y no pronombres, tomaban diferente forma, pero no perdían las letras radicales: *becun*, *beticun*, mío; *ecun* ó *eiticun*, tuyo. Los verbos no tenían sinó un modo y tres tiempos: el presente, el pretérito y el futuro. Se formaba el presente por los sufijos *re* ó *reke;* el pretérito por los *rikiri*, *rujere*, *raupe* ó *raúpere;* el futuro por los *me*, *meje* ó *èneme*.

Amukiri, jugar. Presente: yo juego, tu juegas, etc., *be amukiri-re*, *eï amukiri-re*, *tutau amukiri-re*, *catè amukiri-re*, *petè amukiri-re*, *tucava amukiri-re*. Pretérito: yo jugué ó he jugado, *be amuquiri-rikiri*. Futuro: yo jugaré, *be amukiri-me*. El imperativo no era sinó el infinitivo con el pronombre pospuesto: juega tú, jugad vosotros, *amukiri tei*, *amukiri tu*. De donde derivaba ese *tu* no tengo datos para decirlo.

Algunos verbos tenían un participio pasivo perfecto en forma de sustantivo: tschipake, apalear; *tschipitschurre*, el que ha sido apaleado, el apaleado.

Ninguno de esos idiomas de la península de California guarda relacion alguna con los de su propio ó parecido nombre en otros pueblos. Ni la guarda el cora de California con el cora de Jalisco ni el guaicura de California con el guaicurú de la América del Mediodía.

En Sonora y en algunas partes del Norte de Sinaloa predominaba el *pima*, cuyos principales dialectos eran el *pápago*, el *sobaipuri*, el *seri*, el *guaima*, el *upanguaima*, el *cahita*, y, segun Orozco, el *yuma*, que considera Bancroft idioma. Hay tambien del pima, aunque pocas, algunas noticias gramaticales que no quiero pasar en silencio. Carecía la lengua de las letras *e*, *f*, *l*, *ñ* y *z;* y tenía en cambio dos erres: *r* y *rh* ó *r* aspirada. Concluía por una vocal casi todas sus voces. Aunque sin géneros para los nombres, los suplía por la adicion de las palabras *ituoti* y *ubi*, equivalentes á las de macho y hembra. Formaba los plurales duplicando la primera sílaba de los singulares, bien que con algunas excepciones. *Hota*, piedra; *hohota*, piedras: *vinoy*, serpiente; *vipinoy*, serpientes: *tuaia*, muchacha; *tusia*, muchachas: *sisi*, hermano; *sisiki*, hermanos. Es aquí de notar que en la lengua nahuatl se formaba tambien muchos plurales doblando, ya la primera, ya la segunda sílaba de los singulares y, si quitándoles á algunos letras finales, dejándoselos á otros intactas. *Coatl*, culebra; *cocoa: cueyatl*, rana; *cuecueya: culutl*, alacran; *cuculu: acueyutl*, ola del mar;

acuecuegutl: milhcalatl, rana de cierta clase; *mihlcacalatl: tlatolli*, plática, *tlatlatotli*. Iré marcando á la par de ésta otras afinidades.

Como en el nahuatl, se formaba en el pima nombres derivados por medio de terminaciones ó afijos que modificaban cada cual de cierta y determinada manera la significacion de los primitivos. Usábase de la terminacion *magui* para indicar que algo participaba de la naturaleza del nombre primitivo ó á él se refería; de la terminacion *kama*, siempre que se quería indicar nombres de lugar ó formar patronímicos; de la terminacion *daga*, si á voces concretas se pretendía dar sentido abstracto; de la terminacion *parha*, cuando se hacía referencia á tiempos que ya fueron. *Xaivori*, miel; *xaivori-magui*, meloso, amielado: *stoa*, blanco; *stoadaga*, blancura: *nigaga*, mi tierra; *nigaga parha*, la tierra que fué mía. El nahuatl era en ésto de gran precision y riqueza.

Los pronombres personales de la lengua pima eran los siguientes: yo, *ani*, *an' ani;* tú *api ap' api;* él, ella, *hugai*, *huka;* nosotros, nosotras, *ati at' ati;* vosotros, vosotras, *apimu;* ellos, ellas, *hugama*, *hukama*. Los de la primera y la segunda persona se declinaban: yo: nominativo, *ani*, *an' ani;* genitivo, dativo y ablativo, *ni;* acusativo, *ni*, *nunu*, *nu*. Tú: nom., *api ap' api;* gen. dat. y ab. *mu;* ac. *mumu*, *mu;* vocativo, *api*. Nosotros, nosotras: nom. *ati*, *at' ati;* genitivo, dat. y ab. *ti;* acus. *ti*, *tutu tu*. Vosotros, vosotras: nom. *apimu;* genitivo, dat. y abl. *amu:* acus. *amumu*, *amu*. En nahuatl, obsérvelo bien el lector, los pronombres personales que se empleaba en la conjugacion de los verbos eran *ni*, yo; *ti*. tu; *ti*, nosotros; *an*, vosotros. No pongo los de tercera persona, porque no se los usaba en los verbos. Más ó ménos remoto hay aquí evidente parentesco entre los dos idiomas.

Como en el nahuatl, había en el pima verbos frecuentativos y verbos compulsivos; formas distintas para los verbos activos relativos y para los verbos activos absolutos. Había además en el pima verbos de singular y plural. La conjugacion general del verbo era como sigue: Aquiarida, contar—Indicativo: Presente: yo cuento etc., *ani aquiarida*, *api aquiarida*, *hugai haquiarida*; *atiaquiarida*, *apimu aquiarida*, *hugam aquiarida*. Pretérito Imperfecto: yo contaba: tú contabas, etc., *ani aquiarid cada*, *api aquiarid cada* etc. Pretérito Perfecto: yo conté ó he contado, *an' t' haquiari*. Pretérito Plusquamperfecto: yo había contado, *an' t' aquiarid cada*. Futuro Imperfecto: yo contaré, *ani aquiaridamucu* ó *an' t' io haquiari*. Futuro Perfecto: yo habré contado, *an' t' io haquiari*. Imperativo: cuenta tú; *haquiaridani* ó *hahaquiarida;* contad vosotros, *haquiarida vorha* ó *gohra haquiarida*. Subjuntivo: Presente: que yo cuente, *co' ni igui haquiaridana*. Optativo: Presente: ¡ojalá que yo cuente!, *dod' an' iki haquiaridana*. Infinitivo: contar, *aquiarida*; contando *aquiaridatu*; habiendo contado, *aquiaridac*; el que cuenta, *haquiaridadama*; el que contó, *haquiaridacama*; el que ha de contar, *haquiaridaguidama* ó *io haquiaridacama*. Como se ve, tiene aquí el verbo los modos y casi todos los tiempos del de nuestros

idiomas y lleva por lo tanto gran ventaja al de la lengua guaicura. No varía de persona á persona; mas de tiempo á tiempo cambia generalmente de terminacion ó interpone partículas entre él y el pronombre.

Hacíase frecuentativos los verbos añadiéndoles *himu*, ir; se los convertía de activos absolutos en activos relativos dándoles por terminacion *da*; se los trasformaba en compulsivos por medio del afijo *tuda*. *Vaita*, llamar; *vaitahimu*, llamar con frecuencia. *Tubanu*, bajar; *tubanida*, bajar algo, algun objeto. *Aquiarida*, contar; *huquiaridatuda*, obligar á contar. Como ántes indiqué, había verbos de singular y plural, es decir verbos que sólo servian para uno de los dos números. Así acontecía, por ejemplo, con el verbo correr, *muhra* con relacion á una persona, *vopobo* con relacion á muchas. Aun dentro de un mismo verbo y para un mismo tiempo se empleaba á veces distintas formas segun el sugeto de la accion eran uno ó varios. Cuando no se trataba sinó de una persona, contando era *haquiaridatu*; cuando de dos ó más, *haquiaridada*. Sucedía otro tanto en el guaicura. Pelear en este idioma era con relacion á uno solo *piabaké*; con relacion á muchos, *kupiábaque:* recordar *umutú* y *kumutú*; hablar, *jake* y *kuake*. El prefijo *ku* servía aquí para trasformar el verbo de singular en verbo de plural.

Abundaba el pima en adverbios, preposiciones y conjunciones. Los que se conoce son los siguientes. Adverbios: *ua*, *ubai*, donde; *ia*, aquí; *ai*, aquí (indeterminadamente); *mia*, cerca; *miacu*, más cerca; *iavu*, cerca de aquí; *taco*, ayer; *xa*, *astu*, *xaco*, cómo; *pima*, no; *tai*, arriba. Preposiciones: *vaita*, ántes; *iquiti*, *vusio*, por; *damana*, sobre; *aba*, en; *oiti*, ya que, desde que; *bumatu*, *buma*, con; *amidurhu*, de, preposicion de ablativo. Conjunciones: *upu*, *cosi*, y; *posa*, pero; *coiva*, porque; *aspumusi*, *aspi*, ó *apada*, aunque; *bunoga*, luego.

De la sintáxis no se sabe sinó que el genitivo de posesion iba ántes del caso regente, los sustantivos despues de los adjetivos y las preposiciones afijas á los verbos y los nombres. Indicábase el genitivo posesivo por la sola anteposicion del nombre del poseedor al de la persona ó cosa poseida. *Pedro onnigga*, la esposa de Pedro.

Los dialectos del pima abundaban todos, á lo que parece, en vocales y en palabras sonoras tanto ó más que la lengua madre y nuestros idiomas latinos. Así me lo dejan creer las cuatro versiones del Padre Nuestro que en otros tantos dialectos da Bancroft y no copio por no alargar este capítulo. No puedo, sin embargo, dejar de decir cuanto contrarían esta opinion las ciento cincuenta y tres voces de un vocabulario pima que encuentro en Schoolcraft y el mismo Bancroft cita en confirmacion de lo que escribe. En este vocabulario figuran como pimas las siguientes palabras: *hooth*, mujer; *hoo ik uts*, padre; *ptmook*, cabello; *pt nah auk*, oido; *mah ahtk*, mano; *cuwick*, invierno etc. Las más de las palabras son tan duras como éstas; y en ninguna predomina la vocal *a*, que tanto suena así en lo que acabo de dar del pima como en las muestras

de los cuatro indicados dialectos. ¿Será verdaderamente pima el vocabulario? Lo singular es que se dice haber recogido esas voces de labios de los pimas altos ó del Norte, que en primores y bellezas de lenguaje pasan por superiores á los pimas bajos ó del Mediodía.

Entre los pimas altos y los bajos vivían los ópatas, que hablaban el idioma de su mismo nombre. Este idioma era aún más notable que el pima. Contaba como él dos erres *r* y *rh* y, además de la *t*, la *th* y la *tz*. Carecía sólo de las letras *t*, *f*, *l*, *g* é *y*. Tenía muchas voces acabadas en vocal y algunas desmesuradamente largas, como *kuguesaguat guikide*, la primavera, y *makoiseniguabussainbequa*, setenta. Hacía nombres derivados añadiendo, como el pima, á los primitivos partículas tales como *ahka* y *ragua* para significar cosas abstractas, *de* para la idea de localidad, *suraua*, *guëna*, *ena*, *on*, *essa* y *otze* para dar á los adjetivos carácter de superlativos é indicar la cantidad de los sustantivos. *Massi*, padre; *massiragua*, paternidad. *Tossai*, blanco: *tossaiahka*, blancura. *Deni*, luz; *denide*, lugar de luz. *Neomachi*, difícil; *neomachide*, lugar difícil.

Distinguía tambien el ópata los géneros por medio de palabras equivalentes á las de macho y hembra; el plural del singular, duplicando ya la primera ya la última sílaba y alterando frecuentemente algunas letras. *Hore*, ardilla; *hohore*, ardillas. *Vatziguat*, hermano; *vapatziguat*, hermanos. *Uri*, hombre; *urini*, hombres. Declinaba además el nombre de diez modos distintos. Los nombres de la primera declinacion hacían el genitivo en *te;* los de la segunda, en *ri;* los de la tercera, en *si;* los de la cuarta, en *gui;* los de la quinta, en *ni;* los de la sexta, en *tzi;* los de la séptima en *ki;* los de la octava y los de la novena en *ku;* los de la décima en *pi*; los de la segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta, séptima y décima, el dativo y el acusativo como el genitivo; los de la novena, el acusativo y el dativo como el nominativo. En los de la octava el genitivo era el acusativo con la terminacion *ku*. Ejemplos: de la primera declinacion; nom. *tat*, gen. *tatte*, dat. y ac. *tatta:*—de la segunda; nom. *huku*, gen. *kukuri*, dat. y ac. *kukuri:*—de la octava; nom. *chi*, gen. *chimicu*, dat. y ac. *chimi:*—de la novena; nominativo *tutzi*, gen. *tutziku;* dat. y ac. *tutzi*. *Tat*, el sol; *kuku*, la codorniz; *chi*, el pájaro; *tutzi*, el tigre.

Los pronombres personales eran *ne*, yo; *ma*, tú; *i* ó *it*, él ó ella; *ta*, nosotros, nosotras; *emido*, vosotros, vosotras; *me*, ellos, ellas; los posesivos, *no; amo*; *are*, *araku*; *tamo*; *omo*; *mereki*.

El verbo se conjugaba del siguiente modo. Hio, pintar. Indicativo. Presente: yo pinto etc.; *ne hio*, *ma hio*, *i hio*, *ta* ó *tamido hio*, *eraido hio*, *me hio*. Imperfecto: yo pintaba; *ne hiocaru*. Perfecto: yo pinté ó he pintado; *ne hiosia* ó *ne hiove*. Plusquamperfecto: yo había pintado; *no hiosiruta*. Futuro Imperfecto: yo pintaré; *ne hiosea*. Futuro perfecto: yo habré pintado, *ne hioseave*. Imperativo: pinta tú, *hiotte*; pinte aquél, *hioseai*; pintad vosotros; *hioru*; pinten aquellos, *hioseame*. Infinitivo: pintando, *hiopa* ó *hioko*; habiendo pintado,

hiosaru ó *hiositzi*; habiendo de pintar, *hioseakoko* ó *hioseakiko*; el que pinta, *hiokame*; el que pintó, *hiosi*; el que pintará, *hioseakame*.

¿Careceria aquí el verbo realmente de los modos optativo y subjuntivo? Lo dudo. Tengo para mí que el verbo ópata no habia de ser ménos rico que el pima, con el cual presenta gran semejanza de formas. Nótese así en uno como en otro verbo la existencia de tres participios activos: uno de presente, otro de pasado, otro de futuro; no los tenemos en ninguno de los idiomas latinos. Activos no tiene sinó dos el mismo idioma del Lacio: *amans*, *amaturus*.

Había tambien en la lengua ópata verbos frecuentativos, compulsivos, atributivos etc.; hasta siete clases. Abundaban tambien las preposiciones, las conjunciones, los adverbios.

En la misma zona que el ópata ó teguima se hablaba el *eudeve* ó *egue* ó *equi*, segun algunos tan parecidos, como el portugués al castellano. Hay quien hace al eudeve dialecto del ópata y quien al ópata dialecto del eudeve; y es en verdad difícil determinar quien acierta. Voy á dar del eudeve las noticias que en Bancroft leo; y el lector podrá por comparacion formar el oportuno juicio.

Carecía el alfabeto eudeve de las letras *f*, *j*, *k*, *l*, *x* é *y;* daba á las cinco vocales el sonido que les damos en España; y tenía muchas más palabras esdrújulas y graves que agudas. Presentaba desde luego en su parte léxica una particularidad que no es para omitida: los verbos eran á la vez nombres ó por lo ménos hacían oficio de tales; así que lo mismo se los declinaba que se los conjugaba. *Hiosguan*, por ejemplo, significaba escritor y yo escribo; y *nomutzan*, yo hechizo y hechicero. Añádase á esto que tenía multitud de nombres verbales y que los de las herramientas se formaban casi siempre con el futuro activo de los verbos que expresaban la accion practicada por las herramientas mismas. *Hiosguadáuh*, voz derivada de *hiosguan*, yo pinto, significaba la pintura, y *mètesiven*, hacha ó cortante, derivaba evidentemente de *mètetze*, futuro activo de *mètecan*, yo corto.

Como se ve, hacía tambien el eudeve los derivados por medio de partículas pospuestas: por la misma *ragua* de los ópatas ó por la partícula *sura*, formaba los nombres abstractos. *Deni*, bueno; *deniragua*, bondad. *Vade*, alegre; *váderagua*, alegría. Determinaba por otra parte el carácter de los adjetivos con darles terminaciones distintas. Eran adjetivos de cualidad los acabados en *ei* ó *teri*; de plenitud, los que concluían por *rave*; de posesion, los que terminaban en *e*, *o* ó *u;* aumentativos, los que tenían por desinencia *sguari*; negativos, los que llevaban prefija la sílaba *ca*. *Baviteri*, elegante; *tasúquei*; estrecho; *sitorave*, de sitori, miel, lleno de miel; *nono*, de *nonogua*, padre, el que tiene padre; *dotzisguari* de *dotzi*, viejo, un hombre muy viejo; *cacune* de *cune*, casado, no casado, soltero.

Otra particularidad había en el eudeve que sentiría haber olvidado. Para expresar ciertas relaciones de parentesco y algunas otras ideas ó sentimientos solían

usar las mujeres voces distintas de las que empleaban los hombres. Llamaba el padre á su hijo *noguat* y á su hija *mórgua*; y la madre *nótzqua*, al hijo y á la hija. El hijo llamaba al padre *nonógua* y la hija *mósgua*. Ignoro si recordará el lector que vimos otro tanto en algunos idiomas del Mediodía. Lo vimos primeramente en la lengua moxa y despues en la tupi y la caribe. En la lengua tupi se exclamaban, además de muy distinto modo el varon y la hembra; en la moxa había unos pronombres demostrativos para los hombres y otros para las mujeres. Explicacion satisfactoria para tales diferencias no sé que la haya dado nadie.

Los pronombres personales y los verbos eran parecidísimos á los de la lengua ópata. Yo, *nee*; tú, *nap*; él ó ella *id*, *at* ó *ar*; nosotros, *tamide*; vosotros *emet* ó *emide*, aquellos, aquellas, *amet* ó *met*; palabras que no pocas veces perdían su última letra ó sílaba al unirse con otras partes de la oracion.

La conjugacion del verbo era como sigue. Hiósguan, pintar. Voz activa. Indicativo. Presente: yo pinto etc., *nee hiósguan*, *nap hiósguan*, *id* ó *at hiósguan*; *tamide hiósguame*, *emet hiósguame*, *amet hiósguame*. Imperfecto: Yo pintaba *nee hiósguamru*. Perfecto: yo pinté ó he pintado, *nee hiósguari*. Plusquamperfecto: yo había pintado, *nee hiósguariru*. Futuro: yo pintaré, *nee hiósguatze*. Imperativo: pinta tú, *hiósgua*; pintad vosotros, *hiósguaru*. Subjuntivo: yo veré ó procuraré que yo pinte, *asmane hiósguatze*. Aun cuando V. pinta, *venésmana hiósguam*. Quiero que V. pinte, *nèe eme hiósguaco naquèm*. Aunque yo pinte, *vnéesmane hiósguam*. Si yo pintara ó pintase, *nee hiósguatzeru*.

Voz pasiva. Indicativo. Presente: yo soy pintado, tú eres pintado etc.; *nee hiósguadauh*, *nap hiósguadauh*, *id* ó *at hiósguadauh*; *tamide hiósguadagua*, *emet hiósguadagua*, *amet hiósguadagua*. Imperfecto: yo era pintado, *nee hiósguadauhru*. Perfecto: yo fuí ó he sido pintado, *nee hiósguacauh* ó *nee hiósguarit*. Plusquamperfecto: yo habia sido pintado, *nee hiósguacauhrutu*. Futuro: yo seré pintado, *nee hiósguatzidauh*. Subjuntivo. Yo veré ó procuraré que se me pinte, *asmane hiósguatzidauh*. Quiero que te pinten, *nee eme hiósguarico naquèm*. Aun cuando me pinten, *venèsmane hiósguadauh*. Si yo fuese pintado ó me pintasen, *nee hiósguatziudauhru*.

Nótase aquí: 1.° que el verbo cambía de tiempo á tiempo y de número á número; 2.° que el cambio se verifica siempre por desinencias; 3.° que hay perfecta regularidad en el desarrollo de la conjugacion; 4.° que el verbo lleva el acento sobre la misma sílaba en todos sus números, tiempos, modos y voces; 5.° que la regularidad es igual en la formacion de la voz pasiva que en la de la activa; 6.° y último que en el modo subjuntivo se aprecia más relaciones que en las demás lenguas del Pacífico.

Adviértase además que había en el eudeve tantas clases de verbos como en el ópata.

Parecíase tambien el eudeve, escribe Bancroft, de quien sigo tomando estas noticias á la lengua nahuatl, y en lo que más se podía ver la semejanza era en

los numerales. La semejanza era en realidad muy poca. Los numerales en eudeve eran: *sei*, uno; *godum*, dos; *veidum*, tres; *nauoi*, cuatro; *marqui*, cinco; *vusani*, seis; *seniovusani*, siete; *gos navoi*, ocho; *vesmácoi*, nueve; *macoi*, diez; y en nahuatl *ce*, *ome*, *yey*, *naui*, *macuilli*, *chicuace*, *chicome*, *chicuey*, *chicunaui*, *matlactli*. Parecíanse las dos lenguas sólo en la traduccion de los números uno y cuatro y en la circunstancia de expresar los números siete, ocho y nueve por la combinacion de otros números. Aún la combinacion de éstos es distinta en las dos lenguas. En nahuatl el seis es cinco y uno: el siete, cinco y dos; el ocho, cinco y tres; el nueve, cinco y cuatro; en eudeve, el seis es aún simple; el siete, uno y seis; el ocho, dos por cuatro; el nueve, diez ménos uno.

En Sonora y en Chihuahua se hablaba otras dos lenguas: la *jova*, *jobal* ú *ova* y la *seri* con sus dialectos el *guaima*, el *upanguaima* y el *tepoca*; pero no he podido recoger acerca de la una ni de la otra la menor noticia, como no sea la de que la seri y sus dialectos eran extremadamente guturales y duros.

En el territorio de los mejicanos del Norte los idiomas eran pocos; los dialectos, sin número. Descollaban entre los idiomas el *cahita*, el *tarahumara*, el *tepehuana* y el *cora*. El cahita, conocido tambien con el nombre de *sinaloa*, contaba entre sus principales dialectos el *yaqui*, el *mayo*, el *tehueco*, el *zuaque*, el *vacoregue* y el *guazave*. Era, segun parece abundante, aunque no muy á propósito para expresar galanos conceptos. Carecía de las letras *c*, *d*, *f*, *g*, *ñ*, *q* y *r* doble; abundaba en vocales; sonaba cadenciosamente al oído por más que algunos, principalmente los yaqui, tuviesen la costumbre de hablarla á gritos y con grande arrogancia.

Formaba el cahita el plural de los nombres añadiéndoles una *m*, cuando acababan en vocal; *im*, cuando en consonante; *zim*, cuando en *t*. *Tabu*, conejo; *tabum*, conejos. *Paros*, liebre; *parosim*, liebres. *Uikit*, pájaro; *uikitzim*, pájaros. Esta terminacion del plural era bastante parecida á la nuestra. Aquí tambien añadimos una simple *s* al nombre, cuando acaba en vocal; *es*, cuando en consonante: *pueblo*, *pueblos*; *razon*, *razones*. No anteponemos nunca una consonante ántes del *es*: pero sí antes de las terminaciones de ciertos diminutivos: *balcon*, *balconcito*; *piedra*, *piedrezuela*.

Declinábase tambien el nombre en la lengua cahita; pero no sé cómo. No he podido hacerme con la gramática de que habla Bancroft. Para los adjetivos había á lo que parece una sola declinacion; dos para los sustantivos: una para los que concluían en vocal y para ciertos participios; otra para los que concluían en consonante.

Los pronombres personales eran muchos. Yo, *inopo*, *neheriua*, *neheri*, *nehe*, *ne*; tú, *empo*, *eheriua*, *eheri*, *ehee*, *e*; aquel, *nahaa*, *nahariua*, *nahari*; nosotros, *itopo*, *iteriua*, *itee*, *te*; vosotros, *empom*, *emeriua*, *emeri*, *emee*, *em*; aquellos, *uameriua*, *uameri*, *uamee*, *im*. En la lengua moxa había tambien pronombres á la vez personales y demostrativos que tenían multitud de formas.

Su aplicacion era allí distinta: ¿lo sería tambien en la lengua que nos ocupa?

El verbo se conjugaba del siguiente modo. Amar. Eria. Ind. Pres. Yo amo, tu amas etc., *ne eria*, *e eria*, *eria*, *te eria*, *em eria*, *im eria*. Imp. Yo amaba, *ne eriai*. Perf. Yo amé ó he amado, *ne eriak*. Plusquamp. Yo había amado, *ne eriakai*. Fut. Yo amaré, *ne erianake*. Imperativo. Ama tú, *e eria* ó *e eriama*; ame aquel, *eria* ó *eriama*; amad vosotros, *em eriabu* ó *em eriamabu*; amen aquellos, *im eriabu* ó *im eriamabu*. Subjuntivo. Que yo ame, *ne eriauaua* ó *eriana*. Optativo. Ojalá yo ame, *netziyo eriayo*. Gerundio: amando, *eriakari*, *eriayo*, *eriako* ó *eriakako*. Participios activos: el que ama, *eriame*; el que amó, *eriakame*: el que había amado, *eriakan*; el que amará, *erianakeme*. Infinitivo pasivo. Ser amado, *erianaketeka* ó *erianakekari*. El que fué amado, *erian*.

Aquí se observa: 1.° que la tercera persona del singular no lleva nunca pronombre, cosa que tambien sucede en la lengua nahuatl ó mejicana, donde no la llevan ni la tercera del singular ni la tercera del plural; 2.° que en el imperativo preceden los pronombres al verbo, cosa que no hemos visto aún en otro idioma del Pacífico y ocurre tambien en el nahuatl; 3.° que hay cuatro participios activos, cuando á lo sumo hemos encontrado tres en las demás lenguas.

No hablaré ahora de las preposiciones ni de las conjunciones, que eran bastantes; tampoco de las diferencias que separaban el cahita de sus dialectos; me limitaré á trascribir el Padre Nuestro en este idioma y en yaqui para que pueda ver el lector la estrecha relacion que entre los dos lenguajes había.

El Padre Nuestro en cahita. *Itom atzai tenekapo katekame emtehuam chechcuasu ioioriua itom ipcisana emiauraua emuarepo imbuiapo anua aman teuekapo anua eueni. Makhukre itom buiaeu ieni itom amika, itome sok alulutiria itom kaalenekau itome sok alulutiria eueni itom beherim kate sok itom butia huena kutekom uoti: emposi aman itom ioretua katuri betana.*

El Padre Nuestro en yaqui. *Itoma chai teque canca tecame emteguam chehe-guasullorima yem itom llejosama. Emllauragua embalepo ynim buiajo angua. Aman teguecapo anguaben matehui itom buallem yan sitoma mica. Sor y toma á hitaria cala ytom á hitaria y topo á litariame itom begerim catuisse ytom bulilae contegotiama, ca juena cuchi emposu juchi aman ytom lloretuane caturim betana.*

La lengua tarahumar ó tarahumara, la de las tribus de Sierra Madre en las provincias de Chihuahua, Durango y Sonora, era de pronunciacion y aún de inteligencia difícil para los extranjeros por la costumbre que tenían los indígenas de comerse ya las primeras, ya las últimas letras de las palabras. Carecía de las consonantes *c*, *d*, *f*, *h*, *ll*, *ñ*, *q* y *z;* y por regla general acentuaba la penúltima sílaba de los nombres y la última de los verbos.

Formábase el plural en este idioma, ya doblando la primera ó la última sílaba, ya por el uso de adverbios, ya por la terminacion *gua;* el genitivo de posesion, añadiendo la silaba *ra* á la cosa poseida; el comparativo, posponiendo al positivo

la partícula *bé* y el superlativo arrastrando la *é* de esa misma partícula. *Muki*, mujer; *mumuki*, mujeres; *Pedro buku-ra*, casa de Pedro; *gara*, bueno; *garabé*, mejor; *garabéé*, muy bueno, óptimo.

El verbo con sus pronombres personales era como sigue. TARÁ, contar. Indicativo. Presente: Yo cuento, etc., *nejè tará*, *mujè tará*, *senú tará*; *ramujè tará*, *emejè tará*, *guepurá tará*. Perfecto: Yo conté ó he contado, *nejè taraca*. Plusquamperfecto: Yo había contado, *nejè tarayeque*. Futuro simple: Yo contaré, *nejè tarara*. Futuro compuesto: Yo habré contado, *nejè taragópera*. Imperativo: Cuenta tú, *tará*; contemos nosotros, *tarayeque*; contad vosotros, *tarasi*; cuenten él ó ellos, *tarara*. Subjuntivo. Presente: Que yo cuente, etc. *sonecá tarara*, *somucá tarara*, *sosenucá tarara*, *sotamenecá tarara*, *somucá tarara*, *sopucá tarara*. Imperfecto: Si yo contara ó contase, *sonecá tarareyeque*. Infinitivo: Contando, *taroyo*; habiendo contado, *tarasago*; el que cuenta, *tarayámeque*; el que ha de contar, *taraberi*; los que han de contar, *tarameri*.

Lo que más llama aquí la atencion es el subjuntivo. Presenta la forma de pretérito antecedida por la palabra *so-cá*, entre cuyas sílabas van una ó dos de los respectivos pronombres. *So-ne-cá*; *so-mu-cá*; *so-senu-cá*; *so-tamene-cá*; *so-pu-cá*. Es de advertir que «nosotros» se traducía en tarahumar por *ramuje*, y por *tamuje*. Tambien llama la atencion que el participio activo de presente tuviera formas distintas para el singular y el plural y el cambio consistiese en substituir una *m* á una *b*, cosa que, segun se ha visto, no sucedía con los nombres. Siento mucho no tener á la vista ni gramáticas ni diccionarios de estos idiomas, merecedores á mi entender de más detenidos estudios que los de Bancroft.

Segun Bancroft se parecía el tarahumar al nahuatl, no sólo por la manera de formar el plural, sinó tambien por la incorporacion que en algunos casos se hacía del nombre al verbo y del verbo al verbo, la eliminacion de letras y aún sílabas finales en las palabras simples que de algun modo se combinaba ó componía, las reminiscencias que aún quedaban de formas reverenciales y la semejanza y á veces hasta identidad de voces. No lo creía así Gallatin; y es lástima que Bancroft no haya dado pruebas de lo que afirma.

Los principales dialectos del tarahumar eran, segun Orozco, el *varogio*, *varagio* ó *chinipa*, el *tubar*, el *pachera*, y el *guazápare*. Del tubar había á lo que parece dos formas no tan diferentes como algun autor supone, pero sí algo distintas por lo que permiten juzgar dos traducciones del Padre Nuestro en el mismo dialecto.

El tercer idioma norte-mejicano era el tepehuan ó tepeguan, más difícil de entender aún en boca de los indígenas que el tarahumar, porque, sobre comerse letras, lo hablaban con rapidez y cambiaban el sentido de las palabras con el más lijero cambio de pronunciacion ó de acento. Carecía de las letras *c*, *f*, *ll*, *ñ*, *x* y *z*, y tenía en cambio un sonido que sólo podía expresarse por la combina-

cion de la *s* y la *c*. Abundaba en voces largas y presentaba con frecuencia reunidas muchas vocales. *Iiiue*, beber; *ooo*, hueso. *Soigulidadatudadamo*, difícil.

Formaba tambien el tepehuan los plurales de los nombres doblando la primera sílaba de los singulares. Sus pronombres personales eran: *aneane* ó *ane*, yo; *api*, tú; *eggue*, él; *atum*, nosotros; *apum*, vosotros, *eggama*, ellos. Aquí se hace desde luego notabilísima la semejanza de este idioma con el pima, cuyos pronombres personales eran, como antes dije, *ani*, *api*, *hugai*, *ati*, *apimu*, *hugam*. No se parecen aquí los pronombres de una persona sinó los de todas; y esto es ya muy significativo. Algo más veremos que no nos deje duda sobre el parentesco de las dos lenguas.

Lo ahora notable es que contra lo que sucede en casi todos los idiomas no guardan aquí relacion alguna los pronombres personales y los posesivos. Los posesivos eran: *in*, mi ó mío; *u*, tu ó tuyo; *di* ó *de*, su ó suyo; *ut* nuestro; *um*, vuestro.

Veamos la conjugacion del verbo. Decir, *aguidi*. Indicativo. Presente: Yo digo, etc. *aneane aguidi*, *api aguidi*, *eggue aguidi*, *atum aguidi*, *apum aguidi*, *eggam aguidi*. Imperfecto: Yo decía, *aneane aguiditade*. Perfecto: Yo dije ó he dicho, *aguidianta* ó *aneaneanta aguidi*. Futuro simple: Yo diré, *aneane aguidiague*. Futuro compuesto: Yo habré dicho, *aneane aquidiamokue*. Imperativo: Diga yo, *aguidiana ane*; dí tú, *aguidiani* ó *aguidiana api*; diga él, *aguidiana eggue*; digamos nosotros, *aguiniana atum*; decid vosotros, *aguidiana apum* ó *aguidavoramoe*, digan aquellos, *aguidiana eggam*. Subjuntivo: Que yo diga, *aneane aguidana*; que yo dijera, *aneane aguidaguitade*; que yo hubiese dicho, *aneane aguidaguijatade*; si yo dijera, *aneane aguidaguiague*. Infinitivo: Diciendo, *aguidimi*; habiendo dicho, *aguidati*; él está diciendo, *aguidimijatade*.

Parecen aquí nuevas semejanzas entre el tepehuan y el pima. Permítame el lector que las consigne por enojoso que le sea. En pima contar es *aquiarida*; en tepehuan decir es *aguidi*. AQUIARIDA en pretérito imperfecto es *aquiarid cada*; AGUIDI es *aguiditade* ó *aguidikade*. El futuro imperfecto de AQUIARIDA es *aquiaridamucu*; el futuro perfecto de AGUIDI es *aguidiamokue*. Cuenta tú, es *haquiaridani*; dí tú, es *aguidiana*; contad vosotros, *haquiarida vorha*; decid vosotros, *aguidavoramoe*. La forma subjuntiva del verbo pima es *haquiaridana*; la del verbo tepehuan, *aguidana*. ¿Son estas ó no semejanzas bastantes para suponer estrecha relacion entre las dos lenguas? La comun estructura del verbo es para mí cierta y concluyente.

Encontraría de seguro muchas más relaciones, si tuviera más datos sobre los dos idiomas. Puedo todavía hacer observar que en los dos predominan las letras *a* y *u* sobre las demás vocales y la *d* y la *g* sobre las demás consonantes. En tepehuan: *doadidamodaraga*, espanto; *ud guaddaga*, nuestro pan; *ud scea-*

dodaraga, nuestros pecados; *joigude jut jaddune*, nosotros perdonamos á nuestros deudores. En pima y sus dialectos: *toga ti dama ca tum' ami da cama s' cuga m' aguna mu tuguiga, tubui divianna simu toudidaga*; Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

Son estas semejanzas tanto más notables, cuando entre los que hablaban el tepehuan y los que hablaban el pima había mucha distancia y sobre todo pueblos que hablaban unos el tarahumar y otros el cahita.

El cora, cuarto de los idiomas norte-mejicanos es, como dije ántes, distinto del cora que se hablaba en la península de California. Era tambien de pronunciacion muy dura y carecía de las letras *c*, *d*, *f*, *g*, *j*, *l*, *ll*, *q*, *r* y *s*. No distinguía en los nombres el género: formaba el plural por medio de los afijos *te*, *ri* ó *eri*, *zi* ó *tzi* y tambien por medio de la preposicion *mea*; formaba de verbos nombres con añadirles las partículas *kame* ó *huame*. *Zearate*, abeja; *zearateri*, abejas. *Ukubihuame*, orador; *ukubihuametzi*, oradores. *Teaxka*, escorpion; *teaxkate*, escorpiones. *Timuachea*, amar; *timuacheakame*, el que ama ó el amante.

Sus pronombres personales eran *neapue* ó *nea*, yo; *apue* ó *ap*, tú; *aehpu* ó *aehp* él; *iteamno* ó *itean*, nosotros; *ammo* ó *an*, vosotros; *aehmo* ó *aehm*, ellos; mas sufrian alteracion cuando se los unía al verbo. Yo amo, tú amas, etc., se traducía por *ne-muache*, *pe-muache*, *muache*, *te-muache*, *ze-muache*, *me-muache*. Había aquí tambien verbos para el singular y el plural; pero, nótese bien, no con relacion al sujeto, sinó con relación al objeto. *Tachuite* era, por ejemplo, dar una cosa larga; *tahite* dar largas cosas. Me viene involuntariamente á la memoria el verbo algonquin, donde vimos que había una forma de régimen plural. ¿Había aquí tambien para los casos regidos de singular y plural, no verbos, sinó formas distintas? Casi me atrevería á darlo por cierto.

Eran preposiciones coras *hetze, tzahta*, en; *keme*, con, por; *apoan,* sobre, encima de; *tihauze*, ántes.

Tenía el cora llamado tambien *chora*, *chota, nayarita* y *nayaerita* cuatro dialectos; el *muutzicat*, el *teacuacitzica* el *colotlan* y el *ateanaca,* y, segun Bancroft, era uno de los idiomas que más se parecían al nahuatl ó azteca. Carezco desgraciadamente de datos, así para afirmarlo como para negarlo. Siento de todas veras no haberme podido hacer con las pocas gramáticas y diccionarios que de esos idiomas existen.

Otros idiomas había aún en el Norte de Méjico; mas, extinguidos ya ó poco ménos, apénas cabe determinar ni donde se los habló ni que pueblos los hablaron. Figuran entre ellos el *concho*, el *hualahuise*, el *toboso,* el *julime*, el *piro*, el *suma*, el *chinarra*, el *irritila*, el *coahuiltec* ó *tejano*, el *cazcane*, el *mazapile*, el *huitcole*, el *guachichile*, el *tlaxomultcca*, el *tecuexe* y el *acaxa* ó *acacaxée* con sus respectivos dialectos: el *topia*, el *sabaibo*, el *xixime*, el *hume*, el *medictaquel* y el *tebaca*. Como no sea del irritila, nada queda ya de tantos idiomas.

Nada quedará de otros muchos, como no se apresure á recogerlos y estudiarlos la linguística.

Orozco y Borra solamente en el territorio comprendido entre las márgenes del Gila, el Pacífico, el río Bravo, el golfo de Méjico y el de Honduras cuenta nada ménos que sesenta y dos idiomas muertos. Unidos estos idiomas á los cincuenta y uno que aún viven y á sesenta y nueve dialectos, arrojan un total de ciento ochenta y dos hablas diferentes, siendo así que la mejicana ó azteca y la nahuatl, que constituían casi una sola lengua, dominaban en gran parte de la actual república de Méjico y en parte de la de Guatemala. ¡Qué infinita variedad la de América!

CAPITULO I.

Las tribus salvajes del Norte y el Sur de Méjico.—Los chichimecas, los otomíes y los pames.—Los zapotecas, los mixtecas, los mijes etc.—Situacion de estas tribus.—Carácter de los chichimecas, los otomíes y los pames.—Ceremonias para las alianzas.—Modo de hacer la guerra.—Conducta para con los vencidos.—Costumbres militares de las tribus del Mediodía.—Armas de unas y otras tribus.—Ausencia de todo gobierno en las tribus del Norte.—Instituciones municipales en las del Sur.—Pactos de sangre.—Instituciones sociales.—Las de los chichimecas sobre el matrimonio y el divorcio.—Las de los zapotecas y los pueblos del istmo de Tehuantepec.—El nahualismo.—Confesion matrimonial de los quelenes.—La prostitucion y la sodomía en algunas tribus.—Triste condicion de la mujer.—Partos.—Preocupaciones y costumbres sobre este punto.—Nacimientos.—Herencias.—Fiestas.—Instrumentos músicos.—La marimba.—Bebidas alcohólicas.—Manera de hacer el pulque.—Manera de hacer las tortas de maíz.—Lo que eran los tamales.—Enfermedades y procedimientos terapeuticos.—Manera especial de hacer los pronósticos y los diagnósticos.—Enterramientos.—Dia de los difuntos.—Aparecidos.—Conjuros.—Creencias sobre la vida futura.—Politeismo de las tribus del Mediodía.—La esmeralda de Achiutla.—De qué ó de quién era símbolo.—Si lo era de Votan.—Quien era Votan.—Hechos que se dice escritos por el mismo.—Si fué un sér real ó imaginario.—Imperio de que se le supone fundador.—Ciudades cuya construccion se le atribuye.—Reflexiones sobre tan misterioso personaje.—Se le adoraba bajo el nombre de Corazon ó Corazon del Pueblo y pudo por este motivo venir simbolizado en la esmeralda de Achiutla.—Conclusion del libro segundo. [1]

Toco al fin del segundo libro de mi Historia. Despues de tan larga excursion henos aquí otra vez en las tierras de Méjico, donde vimos culto y floreciente el imperio de Montezuma. No debería escribir más acerca de los pueblos salvajes, si no los hubiera habido y los hubiese aún en esas mismas tierras, donde hoy vive tranquila y próspera una de las más grandes repúblicas de América despues de haber pasado por muchos y muy rudos sacudimientos. Diré algo sobre los antiguos bárbaros de Méjico, cuando no sea más que para llenar algunos vacíos de este defectuosísimo trabajo.

Del paralelo veintitres á la línea que podemos imaginariamente trazar desde la ciudad de Veracruz á la de Acapulco pone Bancroft á los *chichimecas*, los *otomíes* y los *pames*: á los chichimecas, en las montañas al Norte del valle de Méjico; á los otomíes, en los demás cerros que limitan el valle; á los pames, en Querétaro. Desde la línea de Veracruz á Aca-

[1] Fuentes de este capítulo: BANCROFT, vol. I, cap. VI, vol. III, cap. II, III, IX, X y XII;—NUÑEZ DE LA VEGA, *Constituciones Diocesanas del obispado de Chiappa*, pág. 9 y siguientes;—CABRERA, *Description of the ruins of an ancient city discovered near Palenque*, págs. 33, 79 y 80;—H. DE CHARENCEY, *Le Mithe de Votan*. Première Partie.

pulco, con exclusion de Guatemala, pone á los *zapotecas*, á los *mixtecas*, á los *mixis* ó *mijes*, á los *huaves*, á los *ahualulcos*, á los *chontales*, á los *choles*, á los *tzendales*, á los *zotziles*, á los *alames*, á los *quelenes* y á los *lacandones;* á los zapotecas y los miztecas, en el estado de Oajaca; á los mijes, en el istmo de Tehuantepec, en los distritos montañosos; á los huaves, en las tierras bajas y al rededor de las lagunas de Oajaca en la parte sud-occidental de la costa; á los ahualulcos, en el territorio de Guazacoalco; á los chontales, los choles, los tzendales, los zotziles, los alames y los quelenes, en el de Tabasco; á los lacandones por fin, en lo más septentrional de la América del Centro. No incluye entre los primeros á los aztecas ni entre los últimos á los mayas, que vimos en la península de Yucatan, porque los mira, con razon, como pueblos cultos.

No es mi ánimo hacer de ninguno de los dos grupos una detallada monografía como las que de otros tantos hice. No la haré, primeramente porque de muchas de las gentes que los componen hablé ya en el primer libro; luego porque urge poner fin á un trabajo que debe de ser para mis lectores enojoso y sería verdaderamente interminable, si quisiera apurar la materia que tiene por objeto. Diré tan sólo lo que más los caracterice y sobre todo conduzca á colmar las lagunas á que poco ha me refería.

Entre los pueblos del primer grupo los más bárbaros y fieros eran los temidos chichimecas. En los tiempos de la Conquista iban todavía medio desnudos, vivían en cuevas ó en las hendiduras de las rocas y atacaban sin piedad á cuantos se atrevían á penetrar en sus dominios, bien de guerra, bien de caza, bien por cualquiera otro motivo. Llevaba cada uno en sus campañas un hueso, donde al fin de cada combate hacía tantos dientes como enemigos dejaba muertos: en haber quitado la vida á muchos cifraban todos su mayor título de gloria. Belicosos no lo eran ménos los otomíes y los pames: así en éstos como en los chichimecas se luchaba no pocas veces de tribu á tribu.

Cuando tál sucedía, buscaba ansiosamente cada tribu entre sus vecinas el mayor número de aliadas que pudiera, y al efecto les enviaba embajadores con flechas iguales en forma á las que ellas usasen. Al llegar á su destino los mensajeros, se dirigían al jefe de la tribu, y despues de haberle puesto cada uno á los piés la flecha que en la mano traía, le explicaban el motivo y el fin del mensaje. Como el jefe aceptara, se le decía desde luego cuando y donde se reunirían los aliados. A éstos se les festejaba con grandes banquetes, que solían degenerar en lamentables orgías; y á poco se celebraba un consejo donde se discutía el plan de campaña y se elegía el lugar más á propósito para una emboscada y más abundante en piedras para el manejo de la honda. No dejaban aquellos bárbaros de organizar algun tanto sus ejércitos: formaban su vanguardia con los honderos y los arqueros, y la retaguardia con hombres armados de clavas y lanzas. Prorumpían en furiosos alaridos al entrar en combate; pero no peleaban tumultuosa sinó ordenadamente, y alguna que otra vez hasta conseguían

por medios tácticos flanquear y cercar al enemigo. No era tampoco raro que se atrincherasen en las alturas, ya con gruesos troncos de árboles, ya con gruesas rocas: las rocas las ponían ordinariamente unas sobre otras para en momentos dados arrojarlas sin esfuerzo sobre sus agresores.

Crueles con los vencidos, á unos cortaban la cabellera, á otros segaban el cuello, y, al volver á sus hogares, llevaban como trofeo y señal de victoria en altas pértigas las cortadas cabezas y ceñidos á las sienes los escalpes. Atormentaban y mataban á los prisioneros; no perdonaban sinó á los muy jóvenes y aún á éstos para acostumbrarlos á pelear desde sus filas con los padres que los engendraran. A fin de arrancarles todo sentimiento de familia, hasta cometían el horrendo crímen de dar á beber á esos pobres mozos los sesos y la sangre de los más próximos deudos.

No eran poco batalladoras las tribus del Mediodía. Atacaban á los españoles las de Tabasco, no sólo con bravura, sinó tambien con arte. Sabían, aún marchando, guardar el órden de batalla y, llegado el momento de la pelea, desplegarse en alas y centro. Tenían fortificados sus pueblos y sus ciudades y en posiciones verdaderamente estratégicas torres ó cuando ménos fuertes murallas, desde las que disparaban contra el que los acometía piedras de gran calibre. Parapetábanse tambien detrás de recias estacadas provistas de aspilleras, donde podían sin peligro despedir sus flechas. Al empezar el combate no rompían en ménos espantosos gritos que los del Norte: á los prisioneros los sacrificaban todos á sus bárbaros dioses. Hacía aquí la religion lo que allí la fiereza de las almas: el resultado era el mismo.

En utensilios de guerra diferían poco las tribus del Mediodia de las del Norte. Empleaban unas y otras el arco, la flecha, la macana ó la porra, la lanza, la honda y el escudo. El escudo lo hacían los de Tabasco de una bruñida concha de tortuga, donde se reflejaban los rayos del sol como en un espejo; los del Norte, á la par de otras más septentrionales, de cañas dispuestas de modo que se las podía recoger como las varillas de un abanico. Con puntas de obsidiana solían todas armar sus flechas y los largos astiles de sus lanzas; pero los de Tabasco los armaban no pocas veces con duras espinas y afilados huesos. Las macanas no eran, como recordará el lector, sinó espadas de madera: aquí tenían en todas las tribus por filo acerados pedernales. Erizada de puntas de sílice estaban ordinariamente las cabezas de las clavas.

En tiempo de guerra no había tribu que careciera de jefes; en tiempo de paz sólo algunas se elegían caciques, á quienes pagaban un ligero tributo. Hablo aquí de los chichimecas, los otomíes y los pames; y adviértase bien, sólo de los chichimecas del siglo de la Conquista, no de los que en más remotos días bajaron al valle del Anahuac y derribaron el imperio de los toltecas. De esos hablé en el primer libro y nada he de añadir á lo que dije.

No eran tampoco amigos de someterse al yugo de la autoridad las tribus del

Mediodía. No lo eran sinó los tarascos, los zapotecas, los mixtecas y los chiapanecas, de quienes tambien escribí en el primer libro. De los mixtecas y aún de los chiapanecas se refiere que tenían en cada pueblo oficiales anualmente elegidos para que todos los días señalasen tarea á sus convecinos, en amaneciendo los llamasen desde lo alto de sus casas al trabajo, y luégo castigasen á los que por pereza ó descuido dejasen de hacer ó hiciesen mal la obra que se les encomendara. ¿Tendrían realmente aquellos hombres municipalidades constituídas sobre el principio comunista?

A los del Norte se les atribuye una costumbre no ménos digna de memoria. Proponíase á veces una tribu unirse á otra por vínculos de sangre. Apoderábase al efecto de un mozo de la tribu de que se proponía ser pariente, le sujetaba por veinticuatro horas á rigurosos ayunos y en tanto se entregaba á estrepitosas fiestas. Henchíale despues el cuerpo de un brevaje que le amortiguaba los sentidos; y, cuando le veía ya inerte, le colocaba junto á una hoguera en lugar adonde por lo espacioso y lo ancho pudiera concurrir la muchedumbre. Calentábale bien y restregábale bien las orejas, y luego las entregaba á merced de los circunstantes, que, armados de sutiles huesos, se las agujereaban por donde cada cual podía hasta hacerle derramar buena cantidad de sangre. Con aquella sangre se untaban todos dando por hecho el pacto de perpétua alianza.

Respecto á instituciones sociales los más adelantados eran al Norte los chichimecas: al Mediodía los zapotecas y los que vivían en el istmo de Tehuantepec. No se casaban los chichimecas sin el consentimiento de los padres de la novia: asaeteaban al que tal hiciera hasta dejarle muerto. La manera de proponer y celebrar el matrimonio era por demás curiosa. Los padres del mancebo se dirigían á los de la doncella y les entregaban un ramillete de flores atado con una cinta roja. Si los de la doncella lo aceptaban, repartían manojos de mariguana entre sus amigos para significarles que á la otra noche los esperaban en su cueva. Reunidos, se abría la sesion fumando; mascábase luego la mariguana y se discutía sobre la conveniencia y las condiciones de la propuesta boda. Comunicábase al siguiente día á los interesados el acuerdo; y, si les era favorable, la novia enviaba al novio regalos como prueba de su fé y de su cariño. Quedaba sin más verificado el casamiento, que daba comunmente orígen á banquetes y danzas. Si no resultaba vírgen la novia, se la devolvía á sus padres.

No por esta sóla causa podían los chichimecas repudiar á sus mujeres; repudiábanlas por el más ligero motivo y contraían sin escrúpulo otras nupcias. Eran, con todo, monógamos: no tenían nunca más de una mujer ni autorizaban el concubinato. Ni consentían tampoco los enlaces entre padres é hijos ni entre hermanos y hermanas, por más que lo tolerasen entre cercanos deudos. Trataban bien á la esposa, mejor á los hijos. Solían llevar las madres á sus niños en cestas de mimbre, y cuando iban al campo suspenderlos de las ramas de los árboles.

Los zapotecas y otros pueblos del istmo eran tambien monógamos. Se casaban

muy mozos, tanto, que con bastante frecuencia se unían mancebos de catorce años con doncellas de diez ó doce. Querían imperar sobre sus mujeres: mas no por la fuerza, sinó por la dulzura, la sobriedad y el respeto. No llevaban sus relaciones carnales al abuso como tantas otras gentes dominadas por groseros instintos. Eran, sin embargo, supersticiosos como ninguno: observaban al nacer de sus hijos una costumbre que, no porque la hayamos visto en algunas naciones, he de pasar en silencio. En cuanto sentía la mujer los dolores del parto, dibujaban en el suelo una tras otra figuras de diferentes animales, que, luego de concluídas, borraban. Del animal cuya figura tenían trazada ó estaban trazando en el instante del alumbramiento hacían el *tona* ó lo que es igual el *alter ego* del recien nacido. Dábanselo, no sólo por *nahual* ó guardador, sinó tambien por compañero inseparable. Hombre ya, debía buscarlo, y tenerlo en su casa, y acostumbrarse á verlo como un sér de quien dependían su vida y su muerte. Segun refieren testigos de vista, con él realmente enfermaba y moría.

Esto mismo observaron los españoles en Honduras, aunque allí el nahual lo buscaban los indígenas cuando ya adultos por medio de extrañas y misteriosas prácticas. ¿Es fácil explicar el fenómeno sin recurrir al poderoso influjo que ejerce la imaginacion en el hombre?

Seguían además los pueblos del Istmo la costumbre de tomar á los recien nacidos, llevarlos entre amigos y deudos á la orilla del más cercano río ó más vecino arroyo, inmergirlos y en tanto implorar para ellos la proteccion de los habitantes del agua y aún la de los animales de la tierra; hecho en que indudablemente se refleja un más ó ménos ardiente fetichismo.

Tampoco eran lujuriosos los quelenes. Para la celebracion de sus matrimonios se juntaban en la casa de la villa el sacerdote, el cacique y todas las relaciones de los futuros cónyuges. Debían allí novio y novia hacer pública confesion de sus culpas: el novio declarando, por ejemplo, si había llegado á la novia ú otra mujer cualquiera, y la novia diciendo si por acaso se había alguna vez permitido cosas que la honestidad no consintiese. Sólo despues de esto, los padres del uno y los de la otra ponían de manifiesto los adornos y las joyas con que los dotaban; joyas y adornos, si ordinariamente de escaso valor, no pocos en número. Engalanábase con ellos á los novios, levantábaselos en los hombros de dos ancianos y dos ancianas, se los conducía á su futuro albergue, se los acostaba y se los decía casados.

Fuera de estas naciones andaban como suele decirse, por los suelos la castidad y el decoro. Era general la poligamia; frecuentes, los divorcios; comun, la cesion de la esposa al huésped; lícito, el concubinato; nada raro, el incesto. Sobre todo en el Norte, la prostitucion había llegado al colmo. Existían burdeles públicos de mujeres y de varones, que tambien aquí vestían de hembras, y como hembras hablaban, y como hembras se conducían. Hasta en número de mil es-

cribe Gomara que se reunían cada noche en algunas ciudades los hombres de tan degradados sentimientos.

La mujer estaba naturalmente reducida á la más deplorable condicion del mundo. Era la esclava, no la compañera del marido: sobre los quehaceres domésticos, tenía el de salir por agua y leña, y llevar al mercado las más penosas cargas. Si era madre, debía, además, bien en los hombros, bien á la espalda, conducir á su menuda prole.

En todas partes, sin embargo, buscaba la mujer marido. Entre los otomíes, si, ya adulta, no lo encontraba, se desvivían por facilitárselo los padres ó los tutores. Hembras condenadas al celibato apénas las había. En algunas tribus las tomaban á prueba los varones por tiempo indefinido: sólo cuando se consideraban seguros de amarlas y ser amados, celebraban el matrimonio.

La mujer, al sentirse aquí próxima al parto, se retiraba al más oscuro rincon de su vivienda con una vieja comadre, que estaba incesantemente entonando canciones para, segun decía, llamar á la vida del mundo al enclaustrado feto. No la asistía la anciana durante el alumbramiento; mas no bien la consideraba fuera del paso, salía á la calle tapándose con las manos los ojos, daba una vuelta al hogar, sacudía los brazos y se fijaba en el primer objeto que veía. El nombre de este objeto era el del recien nacido, como observamos ya que sucedía entre los navajos. ¿No es verdaderamente de notar el afán de esos bárbaros por identificar al hombre con la naturaleza?

La mujer otomí en igual caso se cargaba de amuletos y talismanes y evitaba cuidadosamente el encuentro de seres de ojeada maléfica. Tenía por muy fatídico el canto del cercion y la vista de perros negros. A ciertas horas había de beber de un agua que se había recogido en las montañas y ofrecido á los dioses; en otras, dejarse reconocer por una partera que frecuentemente quemaba yerbas aromáticas revueltas con salitre; en otras, dar brincos y tomar medicinas que no pocas veces precipitaban el parto y ponían en peligro la vida. Mal que les pesase, debían obedecer en todo á su asistenta.

Si el que nacía era varon, se le ponía en el pecho una herramienta, en la frente una pluma y en los hombros un arco y una aljaba; si hembra, en el corazon una flor, en la mano derecha un huso y en la izquierda una vedija. Pintaban al varon ancianos; á la hembra, ancianas; y sobre el uno y la otra se imploraba el favor de los dioses. Costumbres, que sin duda recordarán al lector las de los aztecas.

Los hijos, así al Mediodía como al Norte, solian respetar á sus padres y aún á todos los hombres de edad madura. Al Mediodía no todos heredaban á sus progenitores. Estaban excluídas de la sucesion las hembras: á falta de legítimos descendientes varones entraban primeramente los hermanos y despues los más próximos deudos. Se daba tutor á los huérfanos de pocos años; y sólo cuando eran mayores de edad, se les entregaba los bienes. Existía la esclavitud por lo

ménos en Guazacoalco y Tabasco: esclava del cacique de Tabasco era aquella Doña Marina que Cortés adquirió y utilizó tan hábilmente para la conquista de Méjico.

Tanto al Norte como al Mediodía abundaban las fiestas y se reducían á bailes con música y canto precedidos ó seguidos de abundantes libaciones. Al Septentrion los totonacas se ceñian á la cabeza, para asistir á sus danzas nacionales, una especie de corona á que iba pegado un sonajero de especial sonido; al Mediodía casi las tribus todas tocaban un instrumento, por nombre *marimba*, que estaba formado de listones de madera de distintas longitudes puestos al través de una caja en figura de canoa. Batíase con dos palillos los listones, que hacían el oficio de teclas, y se obtenía dulce y agradable música. No hago mencion del *tunkul*, otro instrumento del Mediodía, porque no era sinó un tambor oblongo, y el tambor lo hemos encontrado en todas las regiones de América.

Las principales bebidas alcohólicas que en sus fiestas usaban las tribus del Norte eran las que ya vimos en Méjico: la primera y la más estimada, el pulque. Hacían el pulque en el tiempo que estaban próximos á florecer los magueyes. Cortábanles entónces el corazon dejándoles una cavidad que de doce en doce ó de veinticuatro en veinticuatro horas, segun el clima, se llenaba de jugo. Mezclaban aquella savia con pulque viejo, dejábanla fermentar y tenían el licor apetecido. Sacaban otro licor de las hojas del nopal, cuyo jugo extraían por la presion y purificaban á fuerza de pasarlo por tamices de paja. Por la fermentacion hacían tambien adquirir al líquido vigor y fuerza. Las tribus del Mediodía eran másaficionadas al mezcal, bebida que les daban abundantemente los maizales por los procedimientos de que ántes dije.

El maíz era de cultivo general en todas las tribus objeto de este capítulo. Para hacer las tortas que tan bien les sabían lo preparaban ó bien poniéndolo en agua con cal ó haciéndolo hervir á fuego lento. Descascarillado ya, lo molían en el metate ó desde luego lo amasaban. Adelgazándolo después entre las manos, formaban las codiciadas tortas y las asaban en torteras de barro puestas á la lumbre. Con pasta de maíz hacían tambien sus tamales y en vainas de maíz ó en hojas de plátanos los envolvían. El tamal lo vimos ya en Méjico á la par del pulque. Era pasta de maíz sazonada con sal y especias, cocida, revuelta con carne picada, hecha masa y por fin dividida en pequeñas porciones que se cubría con nueva pasta de maiz. La influencia de los mejicanos sobre todas esas tribus era aquí visible.

Gozaban de bastante salud tanto las tribus del Mediodía como las del Norte; pero las del Norte disponían contra las enfermedades de escasos y no muy eficaces remedios. Despues de los baños de vapor y el uso de algunas yerbas no sabian más que recurrir á supersticiosas prácticas. Acudían en Michocacan al rededor del enfermo amigos y parientes, y deliberaban acerca del mal y la manera de combatirlo. Si incurrían en error, no tardaban en parecer hechiceras y char-

latanes que empleaban ya fumigaciones, ya cristales de salitre, de los que fingían sacar el para ellos orígen de la dolencia, tal vez un monstruoso hormigon, tal vez un repugnante gusano. Se pretendía saber desde el principio si terminaría el enfermo por curarse ó morirse: se le aplicaba al efecto hojas de *cozolmecatl*, que segun aquellas infelices gentes, presagiaban la salud como se adhirieran al cuerpo, la muerte como se desprendieran.

Por un medio análogo hacían sus diagnósticos, las tribus del Mediodía. Con sólo mirar una piedra transparente que llamaban *zalzun* decían la causa y la naturaleza de las enfermedades. No les era á la verdad muy difícil adivinarla, puesto que casi todas las atribuían á las malas artes de los hechiceros. Empleaban tambien para combatirlas conjuros y ceremonias; pero habían averiguado las virtudes medicinales de muchas plantas y disponían de mejor terapéutica que los mejicanos del Norte. Contra el asma, el reuma y los enfriamientos usaban el tabaco; contra las inflamaciones, la sangría: contra la calentura, el baño frío, que ordinariamente no hacía sinó agravarla. A todo esto los zapotecas añadían la invocacion á sus dioses.

Al morir el enfermo, lo mismo las tribus del Mediodía que las del Norte le envolvían en mantas de algodon y le sepultaban dejándole víveres encima ó al rededor de la fosa y á veces en distintos lugares del contorno. Unas y otras tenían tambien al año su día de los difuntos, que acertaba, segun algunos, á ser el dos de noviembre. Aquel día presentaba cada cual en ofrenda á sus muertos, no sólo víveres, sinó tambien flores y pájaros. Las ceremonias del enterramiento eran por demás sencillas: sólo en las tribus del Mediodía era costumbre acompañar procesionalmente los cadáveres llevando á la cabeza quienes tocasen el tambor y quienes la trompa.

En algunas tribus del Norte se temía mucho la aparicion de los espectros. A fin de evitarla ponía siempre á las puertas del que finaba los bienes que había poseido. Así, se decía, no tendrá para cogerlos necesidad de cruzar los umbrales de la que fué su casa. Cinco días despues del fallecimiento se buscaba, sin embargo, un hechicero que conjurase la sombra del muerto. Entraba el hechicero en la casa fumando, y sacudía en cada rincon unas ramas de zapote que llevaba en la mano. Ya que creía ó fingía haber dado con la oculta sombra, la hostigaba sin cesar hasta reducirla á introducirse precipitadamente en la tumba.

No participaban de ese temor los otomíes, uno de los escasos pueblos que veían en la muerte la completa aniquilacion del hombre. Tampoco los chichimecas, que, fuera del Sol, no reconocían otro dios que Mixcoatl, la húmeda serpiente. Eran en general poco religiosas las tribus del Norte; lo eran mucho en cambio las del Mediodía, segun dije en el primer libro. Estas creían todas en cierto paraíso cuyas puertas estaban para los mixtecas en la gruta de Chalcatongo y para los zapotecas en la de Mitla; veían una divinidad en todo lo grande y sublime de la naturaleza y tambien en cada virtud y en cada vicio;

aunque vaga y oscura tenían la idea de un sér supremo, creador del Universo; y oraban y se prosternaban ante sus ídolos y sus pontífices.

En uno de los pueblos de Oajaca, en Achiutla, dentro de una cueva donde había multitud de imágenes puestas en nichos sobre pedestales manchados con sangre humana y ennegrecidos por el humo del copal, que era el incienso de América, se conservaba, por ejemplo, una enorme esmeralda, pura y transparente, desde cuyos bordes miraba una culebrilla primorosamente labrada un pájaro que con no ménos primor venía esculpido en el vértice. Adorábasela desde tiempo inmemorial bajo el nombre de *Corazon del pueblo*, y así le pedían la riqueza y la paz como la ventura en la guerra.

¿Qué representaría tan misteriosa esmeralda? Míranla unos como el símbolo de Votan y otros como el de Quetzalcoatl, á quien ya el lector conoce. Apenas hablé de Votan en el primer libro; permítaseme que diga aquí algo de tan desconocido personaje.

Votan es uno de los mitos de América. El fué, segun antiguas leyendas, el que inició en la vida agrícola, civil y religiosa á los pueblos que ocupaban las márgenes de los ríos Tabasco y Usumacinta. Equivale al Zamna ó Cukulcan de los mayas, al Gucumatz de los quichés y al Quetzalcoatl de los toltecas. Supónese que dejó escritos sus propios hechos en el idioma de los tzendales: veamos los de más importancia.

Votan era serpiente. En sus viajes, que fueron muchos y largos, siguió el camino trazado por los serpientes sus hermanos, pasó por la ciudad de las trece serpientes y quiso llegar á la raiz de los cielos sólo para encontrar á los serpientes, origen de su raza. Fué destinado por el mismo Dios á poblar y dividir una de las regiones de aquella parte del mundo. Se estableció con siete familias en Huehueta ó Huehuetan, donde fabricó á soplos una casa lóbrega de que hizo su tesoro y nombró guardas á una mujer y muchos hombres. Repartió la tierra entre las siete familias, y fué cuatro veces al lugar de su naturaleza atravesando una poblacion en que había un gran templo y unos campos donde vió las ruínas de un edificio que unos pueblos se habían propuesto levantar á las nubes y debieron abandonar á causa de haber caído en la actual confusion de lenguas. Al volver de uno de sus viajes encontró en Huehuetan otras siete familias que habían construído una ciudad y le habían dado el nombre de Tzequil, su propio nombre. Esos tzequiles eran tambien serpientes. Votan les enseñó todo lo que se refiere al buen servicio de una mesa, los manteles, las servilletas, los platos, las fuentes, las copas; y ellas, en cambio, el conocimiento de Dios, del culto, del gobierno de los reyes y de la obediencia que se les debía. Uniéronse las catorce familias y eligieron todas á Votan por jefe.

Tales son los datos que se dice recogidos de la biografía de Votan mismo. Huehuetan es el nombre de un río que fertiliza el delicioso valle de Soconusco. La casa lóbrega estaba en pié mucho despues de la Conquista. El año 1691 lo

custodiaba aún con solícito celo una sacerdotisa de noble alcurnia y buen número de tlapianes, ó, lo que es lo mismo guardas. Se la despojó entónces por mandato del obispo Nuñez de la Vega de todo lo que contenía y se lo quemó en la plaza pública. De allí se sacó vasos de tierra cocida de gran tamaño, multitud de figuras simbólicas é imágenes en piedra verde de personajes que figuran en el calendario de los tzendales. Tzequil, por otra parte, no ha muchos años era todavía el nombre de uno de los arrabales de Ciudad Real de Chiapa. *Valum-Votan*, nombre de la tierra de que nuestro héroe decía haber venido, hoy mismo continúa siendo el de unas ruínas situadas á siete leguas de la misma ciudad y á dos leguas de Teopixca.

Votan ¿no fué entónces un sér imaginario? Mi opinion la saben ya cuantos me lean: es por regla general el tiempo el que convierte en mitos á los hombres. Pudo muy bien existir Votan y no ser cierto lo que le atribuye la leyenda. De Votan se ha hecho, no sólo un ente sobrenatural, sinó tambien el fundador de un imperio que se extendía por lo ménos desde las orillas del Tabasco hasta las fronteras de Nicaragua. Tuhlá, Yucatan, Guatemala, Honduras, se dice que le pertenecían primeramente en franco alodio y despues á título de feudo. A él se añade que debían su orígen multitud de ciudades, entre otras Na-chan ó Culhuacan, cerca de Palenque; Huehuetan, ó Huehuetlan, en Soconusco; Zacatlan, por otro nombre Ghovel, en territorio de Chiapa; Utatlan ó Gumarcaah, antigua metrópoli de los quichés, ya mentada en el otro libro; Copan ó Copantl, por fin, cuyas imponentes ruinas tengo descritas. ¿Será esto creíble? Observé ya en otro capítulo la notable semejanza que existe entre los jeroglíficos de Copan y los de Palenque, circunstancia bastante para presumir que los monumentos de uno y otro lugares sean obra de un mismo pueblo; mas ¿cómo sin otros datos se ha de poder afirmar que de Votan recibieran su religion y sus leyes naciones tan originales como la de los quichés y los mayas?

Cuando ni de donde bajara Votan á Tabasco se ignora. Quien lo supone anterior de mil años á la venida de Cristo, quien lo hace del siglo tercero ó cuarto de la era por que nos regimos; quien dice que vino de la isla de Cuba; quien, del Norte de Méjico pasando por la pirámide de Cholula, la torre de Babel de los toltecas. Merced á esta ignorancia pudo el tiempo ir borrando la fisonomía del hombre y haciendo parecer la del dios ó el genio. Ha dado nombre Votan al tercer día del mes y al tercer año de la indiccion en la cronología de aquellas comarcas; y hoy es ya un sér ó un símbolo astronómico para los que no le consideran como uno de los discípulos que acompañaron á Quetzalcoalt al embarcarse en Guazacoalco.

No quiero aún decir ni sobre Quetzalcoatl ni sobre Votan mi última palabra. Aquí añadiré tan sólo que á Votan, si hemos de creer al mismo Nuñez de la Vega, le adoraban bajo el nombre de *Corazon* los chiapanecas, y si á Bargoa, se le erigió en remotos siglos templos bajo el nombre de *Corazon del Pueblo*.

¿Es así de extrañar, que se viese el símbolo de Votan, en la esmeralda de Achiutla?

Pongo aquí término al libro segundo de mi Historia; no todavía al volúmen. Parecería de todo punto ocioso mi trabajo, si nada indujera de tanta monografía y tanta balumba de hechos. Despues del análisis es indispensable la síntesis; despues de los fenómenos, la ley á que obedecen. Tal será el objeto del siguiente epílogo.

EPÍLOGO.

I

Orígen de los americanos.

Si en el género humano hay especies, es innegable que constituían una en el siglo xv los distintos pueblos de América. A excepcion de los esquimales y tal vez de los patagones, presentaban los hombres en aquella parte del mundo rasgos que los caracterizaban y distinguían de los demás hombres. Eran afines á los hiperbóreos y los mogoles; pero no se los podía confundir con los unos ni los otros. Lo impedían la forma de su cráneo, el color de su piel, sus facciones y sus idiomas.

Eran aquellos hombres en general mesocéfalos, de color rojo, de baja frente, de abultada nariz, de altos pómulos, de no muy carnosos labios. Iba el color del rojo de cobre al rojo claro, y en algunos amarilleaba ó verdeaba. Los idiomas, con ser tan varios, se asemejaban, ya que no por sus raíces, por su estructura; esta es la hora en que no ha sido posible reducirlos á los de ninguna otra especie.

Se parecían los americanos á los mogoles en los ojos, un tanto estrechos y oblícuos, en la barba, casi lampiña, y en el cabello, fuerte, erguido y negro. Se los ha creído por esta razon procedentes del Asia, llegando algunos autores á mirarlos como una simple variedad del *homo mongolicus*.

Originarios de América no los suponen, á la verdad, ni aún muchos de los naturalistas que, siguiendo la escuela de Darwin, nos consideran como la lenta y

sucesiva trasformacion de los monos antropoides. Ménos áun los historiadores, como no sean de los que, resucitando la Atlántida de Platon, los tienen nada ménos que por los maestros del Egipto.

Mas si tuvieron los americanos en el Viejo Mundo su primitiva patria, ¿cuándo y por dónde pasaron á las costas de América? Hoy explica la ciencia la diversidad de las lenguas madres, asegurando que la humanidad se dividió en grupos y éstos se derramaron por la haz de la tierra, cuando no habíamos acertado aún á manifestar, sinó por gestos y voces inarticuladas, las ideas y los sentimientos. Segun esta singular teoría, consecuencia de la de Darwin, puesto que los idiomas americanos no se sabe que deriven de los del Asia, deberíamos admitir que existía el hombre en América ántes de la formacion del lenguaje. Habría ido allí por las altas regiones del Polo, cuando estuviese helado el mar ó no separase aún los dos continentes el estrecho de Béhring. Disto de creer que la teoría esté demostrada por hechos inconcusos; pero, tambien de negarla.

La antigüedad del hombre en América la patentizan recientes descubrimientos. Al Norte como al Sur se ha extraído de terrenos cuaternarios armas y utensilios de piedra junto con restos de animales cuya especie se extinguió hace siglos. En California, en el condado de Tuolumne, en las galerías mineras de Table Mountain, á trescientos cuarenta piés de profundidad, de los cuales más de ciento eran de lava, se encontró el año 1862 con huesos fósiles de mastodonte y otros paquidermos un almirez de granito, un adorno de pizarra silícea, puntas de lanza de pedernal y una cuchara de esteatita. Han ocurrido después análogos y no ménos importantes hallazgos en distintos lugares sitos entre los Grandes Lagos y el golfo de Méjico.

Se ha dado con más en la América del Mediodía, si hemos de creer á Lund, que reconoció en el Brasil centenares de cuevas. Refiere este celoso investigador que en muchas vió confundidos cráneos y áun esqueletos humanos con osamentas de animales de razas muertas; y en una, la del pequeño lago do Sumidouro, descubrió huesos de más de treinta hombres de distinta edad y sexo, hacinados y revueltos con los del megaterio, la euquenia, el caballo, la proto pantera y el primitivo mono. Los huesos, dice, estaban incrustados en masas de arcilla casi petrificada por incrustaciones calcáreas.

No es así de extrañar que se afirme la existencia del hombre en América durante el período *diluvial*, cuando los ventisqueros desprendidos del Polo y de las altas sierras estriaron los montes, llevaron á grandes distancias rocas enormes y produjeron inundaciones que trasformaron la superficie del planeta.

Los mismos americanos se tenían por autóctonos. Afirmaban los winnebagoes, que sus padres habían nacido en las orillas del lago Michigan, al Norte de la Bahía Verde; los thlinkites, que sus antepasados vivían ya en las islas y playas de Columbia, cuando parecieron el Sol y la Luna; los navajos, las tribus de Hayti y los yuracarés, que las naciones todas habían salido del fondo de sus

cavernas. Del centro de la tierra decian haber subido aquellos mandanes que algunos autores hacen oriundos de los irlandeses. En el lago de Titicaca veian los peruanos la cuna de sus Incas.

No á extrañas gentes, sinó á Dios ó la naturaleza atribuian muchos pueblos su orígen. De Hiali, hijo de la Luna, se consideraban descendientes los caribes; de Quaayaip, hijo de los dioses Niparaja y Anayicoyondi, los pericues; del hombre y la mujer que había creado el Grande Espíritu, los iowas. De los nutkas, parte buscaban el principio de su raza en el dios Quawteaht, parte en los brutos, donde suponian encerrado *ab æterno* el gérmen del humano linaje. Se daban por ascendientes los cahrocos á la hija del dios Chareya y al oso; los gallinomeros, al coyote; los osages, los delawares, los cayusos y los walla-wallas, al castor; de los tahuantinsuyus, quienes al jaguar, quienes al condor, quienes al pecari.

Decian haber venido de otras tierras los algonquines, los aztecas, los mayas, los quichés, los caras y los guaraníes; pero sin fijar de donde procedian. Determinábanlo cuando más por las vagas expresiones de Oriente y Occidente. Limitábanse los algonquines á referir que durante muchos años hicieron sus padres sacrificios á Dios por haber arribado felizmente á las costas de San Lorenzo; los aztecas, á recordar que eran extranjeros y habian venido de las tierras donde el sol nace; los guaraníes, á contar la historia de dos hermanos que con sus familias aportaron en Cabo Frío. Parecían definir algo más los yucatecas trayendo á Zamna por Poniente y á Votan al través de la ciudad y los campos de que hablé en el postrer capítulo; pero dejaban presumir que cuando ménos la segunda *bajada* había sido de gentes de la misma América. Del Oriente de América se creian tambien los quichés, á juzgar por su biblia. Los caras, por fin ¿cómo habían de ser de otras islas ni de otros continentes si aseguraban haber llegado á las playas del Ecuador en almadias?

En ninguna de las innumerables naciones que llevo descritas, y esto es para mí lo más significativo, se recordaba el nombre de pueblo ni de comarca alguna del Viejo Mundo; en ninguna se conocía ni el arado, ni el cultivo de la vid y el trigo, ni el uso del hierro, ni el carro de guerra, ni el de trasporte, ni otras embarcaciones que el haz de juncos y la canoa; en ninguna se había llegado á la escritura meramente fonética. Infiero de todo que, si el hombre americano no había nacido en América, debía ser por lo ménos tan antiguo en ella como el europeo en Europa, y hubo de vivir siglos y siglos en el mayor aislamiento.

II

Autoctonia de los pueblos de América.

Esto no es decir que, ya de Oriente, ya de Occidente, no hubiesen podido en distintas épocas llegar ántes del siglo xv á las playas de América hombres de

otras especies y razas. Conocidas las corrientes de los dos Océanos, es muy de suponer que sucediera, sobre todo cuando, poco despues de encontradas por Cristóbal Colon las Antillas, vemos arrojada á las costas del Brasil por la tormenta una escuadra que por el Atlántico iba con rumbo á la India. Hay en la historia antigua vagas indicaciones de hechos parecidos; y, aunque faltaran, la presuncion no carecería de fundamento.

Que á pesar de esto se ignorara la existencia de América, no lo extrañará de seguro el que recuerde cuan insegura y lenta es la humanidad en sus pasos. Cuatro siglos ántes de Jesucristo refería ya Herodoto que unos fenicios, por órden de Mecao, hijo de Psammético, se habían embarcado en el Mar Rojo y habían vuelto á Egipto por las columnas de Hércules. Dos mil años después constituía, sin embargo, la gloria de Vasco de Gama y era asombro de Europa el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza.

De antiguos desembarcos de europeos en las riberas americanas hay noticias casi ciertas. Lo son las que tenemos acerca de las expediciones que en los siglos x y xi llevaron á feliz término los escandinavos y los irlandeses. Confirma tal cúmulo de indicios las narraciones de tan brillantes hechos, contenidas en los *sagas*, que apenas es lícita la duda. No es de mucho tan cierto que ya en el siglo v ganaran sacerdotes chinos la tierra de California y derramaran por Méjico, Yucatan y Guatemala las doctrinas y el culto de Budha; no bastan á demostrarlo ni la vida monástica establecida en todas aquellas regiones, ni los detalles que se dice haber observado en los monumentos de Uxmal, Chichen-Itzá y Palenque. Más verosímil es que ántes del siglo xvi penetrasen en América los japoneses, y aún algunos negros de las islas del Pacífico.

Influencias de otros pueblos sobre América en la época anterior á la entrada de los españoles, las admití en el primer libro y áun las procuré demostrar por el cotejo de no pocas instituciones y costumbres. Lo que no puedo en manera alguna admitir es que procedieran del antiguo continente ni los *mound-builders*, ni las razas que fueron sucesivamente invadiendo el Anahuac, ni las que desde el istmo de Tehuantepec al de Panamá dejaron tan marcada la huella de sus pasos, ni las que hubieron de civilizar el Perú mucho ántes que los Incas, ni los autores de ninguna de las grandes revoluciones por que debió de pasar en larga série de siglos aquel tan extenso como ignorado mundo. Una ó muchas, entiendo que estas razas fueron todas americanas y, léjos de ser absorbidas por extrañas gentes, absorbieron á las que casual ó deliberadamente abordaron sus costas. Por los motivos poco ha expuestos, debieron ser éstas siempre pocas en número é incapaces de establecer en América la cultura de su patria.

Preguntan algunos autores cómo pudieron derivar de una sola especie la multitud de pueblos que encontrámos los europeos desde el Océano Glacial del Norte al cabo de Hornos; pero tanto valdría preguntar como nacieron de la sola especie indo-europea las muchísimas naciones situadas entre el estrecho de

Gibraltar y las orillas del Gánges. ¿Puede acaso decir nadie cuántos siglos trascurrieron desde que pareció el hombre en América?

III

Dificúltades históricas.

Lo difícil es averiguar que razas produjeron aquellas revoluciones. Como tantas veces he dicho, escasean los datos para la historia de tan vasto continente. Tenian muchos pueblos la tradicion por único archivo de lo pasado; y todos sabemos cuanto desfigura los pocos hechos que conserva. Aun las naciones semicivilizadas carecían de verdadera escritura. No disponian los peruanos sinó de los quippus, tanto para expresar las ideas como para guardar memoria de los acontecimientos. De medios análogos se valían los caras en el territorio de Quito: de piedras de varios colores, que distribuían en cajas parecidas á las de imprenta. Empleaban los mejicanos la pintura jeroglífica; pero no con la precision y el éxito que algunos autores supusieron. La mayor parte de sus jeroglíficos eran exclusivamente figurativos; áun en los fonéticos distaba de poderse ver más que una mnemotecnia. No permiten hoy que se les dé otra importancia ni los modernos estudios de Aubin ni los ejemplos antiguamente aducidos por Torquemada y Las Casas. Sólo así cabe explicar que ni áun sobre puntos capitales estén de acuerdo los escritores que pretenden haber sacado de códices aztecas las crónicas de Méjico.

Usaban de letras los mayas, al decir del Padre Landa, que las trascribe en su *Relacion de las cosas de Yucatan* junto con los signos de los meses y los días. Mas por de pronto advierte el mismo autor que no podian dar á entender los pensamientos sinó acompañándolas de figuras en que ponian ciertas señales; y despues añade que algunas eran representacion de sílabas y no de sonidos simples. Tenian, segun esto, los mayas, no tampoco una escritura como las de Europa, sinó un sistema gráfico, en parte figurativo y en parte fonético, que no estaba muy léjos del de los mejicanos. Quedan hoy de aquel pueblo sólo cuatro códices: el de Dresde, reproducido en la coleccion de Kingsboroug; el de Perez, que publicó Leon de Rosny en sus *Archivos Paleográficos de Oriente y América;* el de Tro y Ortolano, que dió á luz en París la Comision Científica de Méjico, y el del Museo Arqueológico de esta capital, todavía inédito y tal vez continuacion del que antecede. Ni áun con el auxilio de los caracteres y los signos cronológicos de Landa ha podido hasta aquí descifrarse ninguno de estos manuscritos. Abundan en los cuatro los signos de los días, escasean mucho los de los meses, y son tan raros los alfabéticos, que no ha sido posible formar con ellos ni un solo vocábulo de la lengua maya.

Tomó Brasseur á pechos indagar el sentido del tercero de esos códices y llegó

á dar como descifradas algunas páginas; pero con tan mala suerte, que no logró de los críticos ni siquiera el exámen de su trabajo. Se empeñó en que se debía leer los signos de los meses y los días, no por los nombres que cada dia y cada mes tuvieran, sinó por la significacion radical y etimológica de estos mismos nombres; y, partiendo de tan grave yerro, á la par que utilizando y ampliando á su antojo las noticias de Landa, no acertó á ver en todo el manuscrito sinó la minuciosa narracion del real ó supuesto cataclismo de la Atlántida. El códice de Tro y Ortolano sólo habla, segun él, de tierras que se abisman, de montes que levantan sus cimas sobre las turbulentas aguas, de cráteres que apaga el hielo y de torrentes de lava que lo rompen y saltan envueltos en fuego y humo. Alucinacion lamentable, en que no podía ménos de caer un hombre que se apresuró á traducir tan oscuros textos cuando aún ignoraba por donde había de empezar á leerlos.

Posteriormente Rosny ha emprendido el análisis de los tres primeros códices. A juzgar por su memoria «*Essai sur le dechiffrement de l' ècriture hièratique de l' Amèrique Centrale*», han sido grandes y dignos de loa sus estudios, pequeños hasta aquí los resultados. Ha conseguido interpretar voces, no páginas ni siquiera frases; deja para noticias especiales, que se propone ir publicando, versiones de grupos que no puede considerar definitivas para la ciencia paleográfica. Acaso peque más de prudente que Brasseur de atrevido: lo cierto es que no ha dado todavía con la clave para esplicar tan raros documentos.

Lo doloroso es que esa clave se perdió á causa de nuestra imprevision y nuestra intolerancia. En los primeros años de la Conquista nos habría sido muy fácil hacer escribir en caractéres latinos lo mismo los códices mayas que los de Méjico; léjos de estimarlos en lo que valían, los condenámos á las llamas creyendo que sólo podían servir para mantener vivas las supersticiones religiosas de los indígenas. Llevónos principalmente á las regiones de América el afán de descubrir, de dominar, de enriquecernos y de propagar el cristianismo: ¿qué nos habían de importar las para nosotros estrafalarias pinturas de unos pobres bárbaros? Tal vez por nuestra falta no llegue nunca á rasgarse el velo que cubre la historia del Nuevo-Mundo.

Están aún más léjos de ser descifradas que los códices las grandiosas inscripciones de los monumentos de Copan y de Palenque. No hablo de las tosca é inexpertamente pintadas ó esculpidas en rocas de las tres Américas, porque, no siendo más que figurativas, considero imposible que en tiempo alguno se las entienda.

Con tan absoluta falta de documentos originales sobradamente se comprenderá que no es de fácil contestacion la pregunta por que empieza el párrafo.

IV

Las razas civilizadoras.

Es evidente que las razas salvajes no pudieron ser el orígen de las revoluciones de América. Si cabe suponer en decadencia á los disciplinados yucatecas del tiempo de la Conquista al contemplar los monumentos levantados en Chichen-Itzá y Uxmal por sus antecesores; no á razas que desconocían muchas de las primeras artes de la vida, ningun vestigio presentaban de mayor cultura y hoy despues de trescientos años de relaciones con los europeos perseveran en sus rudas y bárbaras costumbres. Gentes un día civilizadas no es á mis ojos posible que bajen á la extrema abyeccion en que, por ejemplo, vimos á los shoshonis y á las embrutecidas tribus de la península de California.

Hemos visto que no todas las razas salvajes lo eran igualmente.. Estaban los iroqueses sobre los californios y los shoshonis por lo ménos á tanta altura como los aztecas sobre los iroqueses. Mas ni éstos, ni los algonquines, ni los mismos *pueblos* tenían esa virtud de asimilacion ni ese poderoso influjo que caracteriza las razas civilizadoras. Invadían los iroqueses las naciones vecinas y llevaron léjos el terror de sus armas; pero no comunicaron á los vencidos ni siquiera sus instituciones políticas. Sólo mucho tiempo despues de la Conquista, del año 1612 al 1724, recibieron en la Confederacion á los tuscaroras, los missessáugers y los necariagos. Los tuscaroras, como sabe el lector, eran de la familia de los mismos iroqueses.

La raza que más parece haber contribuído á la civilizacion de la América del Norte es la de los nahuas. Nahuas se dice que fueron los olmecas y los xicalancas, los que vencieron á los quinamés ó quinametzines, hombres de crecido cuerpo; nahuas, los toltecas, fundadores de la primera confederacion monárquica del Anahuac, cuyos reyes tuvieron su trono en Tollan, Culhuacan y Otompan (Tula, Culhuacan y Otumba); nahuas, los chichimecas, que sobre las ruínas de esta nacion crearon un imperio que duró siglos; nahuas por fin, los aztecas, autores de otra liga, cuyos pueblos venían regidos por los monarcas de Tenochtitlan, Tlacopan y Texcoco (Méjico, Tacuba y Tezcuco). La lengua, la ideografía, y el sistema cronológico de todas estas gentes eran en realidad parecidos cuando no idénticos. Observábase la semejanza en pueblos al Sur del rio Gila y en pueblos de las costas de Nicaragua, de donde cabe lógicamente inferir que se derramaron los nahuas por considerable extension de tierra.

En Chiapas, en Guatemala, en Yucatan, en Honduras, parecía, sin embargo, notarse huellas de otra raza. Seguíase aún allí el sistema de numeracion y el de cronología de los nahuas, bien que no sin variantes; hablábase ya otros idiomas. No se empleaba con igual arte los jeroglíficos ni se los usaba sólo en

los libros; se les daba más vida y se los esculpía en los pedestales de las estátuas y en las paredes de los monumentos. Por los datos de Landa cabe hasta presumir que se hubiese llegado, como en Egipto, á una especie de escritura popular ó *demótica*. Construíase muy de otra manera los templos y los palacios, aunque generalmente se les diera tambien por base truncadas pirámides. El estilo y el ornato eran completamente distintos. Guardaban por fin grande analogía con las de los nahuas así las instituciones religiosas como las políticas; pero en conjunto presentaban rasgos característicos. El *Popol-Vuh* de los quichés, á pesar de lo adulterado que debió de recibirlo Jiménez, tiene un sabor y un sello que no permiten confundirlo con la biblia de ningun otro pueblo del mundo.

La raza que nos dan á conocer tan graves diferencias suele llevar el nombre de maya por haber sido los mayas entre los pueblos de que se la dice compuesta los más numerosos y antiguos. Créese que la formaban en la península yucateca, además de los verdaderos mayas, los cocomes, los tutul-xiús, los cheles y los itzaes; en la tierra que bañan el Tabasco y el Usumacinta, los chiapanecas, los tzendales y los quelenes ó zotziles; en Guatemala y Honduras, los mames, los pocomames, los quichés y los cakchiqueles. En apartados siglos constituyeron todas estas gentes, al decir de muchos escritores, un imperio llamado Xibalba; debieron más tarde dividirse cuando ménos en tres naciones, según eran distintos los monumentos, las teogonías y las lenguas de tan extensa comarca. Se parecen muy poco las ruínas de Copan, las de Chichen-Itzá y las de Palenque; acaso lo que las acerque más sea la ideografía.

Lo difícil es ahora saber si mayas y nahuas formaron siempre dos razas y no hubo otras más ó ménos cultas. Como se ha visto, notabilísimas diferencias los separan, y grandes semejanzas los unen. Que estuvieron unos y otros en contacto es ya un hecho inconcuso: lo tenían consignado los mayas en sus anales y no lo permiten dudar los indígenas de Nicaragua. Adelantan algunos autores que fué comun el orígen de las dos razas, y es posible que acierten. Habíase generalmente creído que los nahuas todos, inclusos los toltecas, habían llegado al Anahuac por el Norte; hoy poderosas consideraciones inducen á pensar lo contrario. No se ha encontrado más allá del Gila ni vestigios de la lengua nahuatl ni monumentos parecidos á los de Teotihuacan y Cholula, que son los más antiguos de Méjico. Con tan venerandas ruinas no admiten á la verdad punto de comparacion ni las casas-pueblos ni las grandes de Montezuma que llevo descritas. No existiendo huella alguna de los nahuas al Norte y pareciéndose nahuas y mayas en tan capitales puntos como la numeracion y la cronología, no deja de ser lógico presumir que tuviesen las dos razas la misma cuna y ésta en la América del Centro.

Tal es ahora la opinion dominante. Segun ella los nahuas subieron al Anahuac desde las orillas del Tabasco; olmecas, xicalancas, toltecas, chichimecas, aztecas

ocupaban desde remota edad la América del Norte; quisieron imperar los unos sobre los otros y con esto engendraron las revoluciones á que sirvió de teatro el valle de Méjico. No hicieron, segun la misma opinion, más que volver á su primitiva patria los toltecas que en el siglo XI bajaron al Mediodía arrojados de Tula por la guerra civil y el hambre. Esplican los hechos de muy diverso modo los historiadores del tiempo de la Conquista, así los que aseguran haberlos recogido de labios de los indígenas como los que pretenden haberlos descifrado en las páginas de las escrituras jeroglíficas; pero ¿acaso no se está rehaciendo los anales de nuestra misma Europa?

La existencia de razas cultas que no fuesen ni nahuas ni mayas es casi forzoso admitirla. Los zapotecas, por ejemplo, no hablaban el nahuatl ni el maya, tenían culto propio y construían monumentos como los de Mitla, sin par en la tierra. Los pueblos de Palenque traducían tambien sus conceptos en otro idioma, eran no ménos originales en su arquitectura que los zapotecas, y por los perfiles de sus altos y bajos relieves daban á conocer claramente que en la especie humana constituían tipo aparte. Los autores de los templos de Copan, aunque se parecían á los tzendales, presentaban otra fisonomía y revelaban otro genio artístico.

Hoy por hoy sobre las razas civilizadoras de América no caben en realidad sinó hipótesis. Me limito á exponer las que creo más admisibles. Tal importancia conceden algunos escritores á los nahuas, que los llevan hasta los Andes de Bolivia y les atribuyen las obras de Tiahuanaco. No puedo seguirlos, por más que ahora descubra semejanzas que no ví cuando escribía el primer libro de esta historia. En Tiahuanaco existían como en Teotihuacan extensos terraplenes calzados de piedra, en cada uno de los cuales había sólo una gigantesca estátua. Desaparecieron ya las de Teotihuacan; pero las vieron los españoles de la Conquista y las calificaron de colosales. Colosales eran las de Tiahuanaco, puesto que una, á juzgar por su cabeza, medía más de ocho metros. Tiahuanaco, por otra parte, sobre el dintel de su famosa puerta monolítica presenta una imágen que se dice ser la del astro del día y se parece bastante, no sólo á la de Huitzilopochtli, que posee Gondra, sinó tambien á la que decora una de las fachadas del templo del Sol en Itzalan, donde tanto hizo Waldeck por investigar las creencias de los mayas. Con todas estas analogías no acierto á ver la mano de los mayas ni la de los nahuas en las interesantes ruínas de Tiahuanaco. Las estátuas eran aquí cuadrangulares y de los piés á la cabeza estaban cubiertas de figuras, probablemente simbólicas, unas grabadas, otras de ligero realce. El rostro de la imágen del Sol era una simple máscara. Los terraplenes no estaban divididos en altos ni con galerías exteriores como los de Méjico. Abundaban los monolitos segun escribe Cieza de Leon, cuando no los hemos visto en comarca alguna del Norte. La arquitectura, por fin, era tan original en el conjunto de sus creaciones como la de Palenque y la de Mitla.

En la América del Sur considero razas civilizadoras la de los muiscas ó chibchas, la de los quichuas y, aunque no sin dudar, la de los chimus. Los caras y quitos del Ecuador y los aymaraes ó aymaras de los Andes hablaban lenguas muy afines á la quíchua; ellos y los chimus con los quichuas mismos constituian á la llegada de los españoles el imperio de los Incas. Qué más allá de los Incas debieron de formar quichuas, aymaras y chimus sociedades distintas y desarrollarse en distintas direcciones nos lo dicen grandiosos monumentos: los de las costas de Trujillo, obra de los chimus; los de Huanuco el Viejo, obra de los quíchuas; los de Tiahuanaco, obra de los aymaras. ¿Cabrá por esto negar que fuesen ramas de un mismo tronco aymaras y quíchuas? Los unían no sólo la lengua sinó tambien las costumbres.

V

Si hubo en América razas que se extinguieron.

No pocos autores pretenden que en el siglo XVI habían ya desaparecido algunas de las razas cultas de América. Citan en apoyo de su opinion los muchos monumentos cuyo orígen ignoraban los indígenas del tiempo de la Conquista. Que entónces se desconocía la existencia de muchas ruínas es indudable. Las de Palenque estuvieron perdidas en el fondo de los bosques hasta el año 1746, en que las descubrió el cura de Tumbalá, D. Antonio de Solis, establecido por algunos meses en el pueblo de Santo Domingo. De las de Copan no se tuvo realmente noticia hasta el año 1576, en que las describió el licenciado Don Diego García de Palacio, que visitó el país como oidor de la Audiencia de Guatemala. Habia pasado Hernan Cortés á pocas leguas de tan imponentes restos en su atrevida expedicion á Honduras sin que se los mentara nadie. En el Perú, á la caída de Atahualpa, no habia quien supiese cuales habían sido los autores del templo de Pachacámac, los del mirador de Huanuco el Viejo ni los de los monolitos de Tiahuanaco.

En la América del Norte, en el valle del Mississipí, recordará, por otra parte, el lector que vimos extensos recintos de cascajo y piedra é innumerables túmulos. Por no conocerse el nombre de las razas que los levantaron se las califica con el de *mound-builders*. No se sabe tampoco á quien atribuir los inmensos bancos de conchas de moluscos y otros desperdicios que se encuentra en las orillas de algunos ríos y en las costas de los dos Océanos. De esos bancos que los dinamarqueses llaman *kjökkenmoddings* y los yankis *hell-sheaps* ó *shell-mounds*, los hay que cubren treinta, cuarenta y sesenta hectáreas de terreno y miden diez y doce metros de altura. En todos han descubierto recientes investigaciones utensilios y armas. Inútilmente se ha interrogado á los indígenas sobre la procedencia así de estos raros acopios como de aquellas obras: se han circunscrito

á decir que existian ya unos y otras cuando allí se establecieron sus padres.

Hechos tales son verdaderamente significativos. Revelan por lo ménos grandes trastornos: invasiones, luchas, victorias que terminaron, si no por el aniquilamiento, por la dispersion de más ó ménos populosas razas. Podrá ser que no todos hablen de gentes que se extinguieron; hablan todos á no dudarlo de civilizaciones muertas. En vano escritores como Baldwin se esfuerzan, por ejemplo, en demostrar que las construcciones de los mound-builders son debidas á los nahuas ó los mayas; de estas obras á las de Yucatan ó las de Méjico va no ménos distancia que de los recintos sagrados de los celtas á los templos de Grecia ó de Egipto.

VI

Fechas.

Crecen las dificultades cuando se trata de fijar las épocas en que ocurrieron las principales revoluciones hechas por las razas civilizadoras. Respecto á los nahuas es imposible de todo punto determinar el año ni el siglo en que los olmecas y los xicalancas ocuparon el Mediodía de Méjico. De los toltecas no cabe decir con alguna certidumbre sinó que el siglo VI penetraron en el Anahuac y el XI lo abandonaron. La duracion y las vicisitudes del imperio de los chichimecas se las puede apreciar sólo por la historia de los aztecas, de quienes se asegura con fundamento que el año 1091 hicieron en Tlalixco la reforma del calendario y celebraron la fiesta del nuevo ciclo. Desde aquel año y sobre todo desde el 1325, en que se fundó á Tenochtitlán, es ya posible establecer en la serie de los acontecimientos algun órden cronológico: mas ¿qué vale esto cuando trata de un continente donde se cree que vivía el hombre en el período glacial? Segun en otro lugar se ha visto, hablaban los aztecas de cuatro edades ó soles que por la lectura del Códice Vaticano componian juntos 180 siglos; decian que había terminado cada edad por una catástrofe —el hambre, el fuego, el huracan, el diluvio—; y consignaban el año en que cada catástrofe había ocurrido. Como observa Humboldt, de nada sirven tales noticias por ignorarse el tiempo transcurrido entre el diluvio y el sacrificio de Tlalixco.

No hay ménos oscuridad en la historia de los mayas. Se afirma, pero sólo por conjeturas, que el imperio de Xibalba poco antes de la era de Cristo llegó á su más próspero estado y cuatro siglos despues á su ruina. No se ha podido indagar la fecha de los principales acontecimientos ni siquiera por el manuscrito que tradujo Pío Perez y publicó Brasseur á continuacion de la obra de Landa. Descifra Perez tan lacónicos anales, y entiende que los tutul-xiús parecieron en Yucatán el año 144; los descifra Brasseur, y pone el mismo hecho unas veces

en el año 171 y otras en el 401. Existen aún graves dudas sobre la cronología maya; que no se disipen, ha de ser muy difícil marcar la época de los grandes cambios por que pasó la América del Centro. El manuscrito de Perez, como hace notar Gallatin, hoy por hoy sirve tan sólo para que veamos como se fueron desarrollando los sucesos en la península yucateca.

Han querido algunos autores suplir la falta de fechas históricas por cálculos científicos; pero con poco éxito. Las ruínas de Copan y de Palenque, muchas de las de Yucatán y aún algunas de Méjico están materialmente convertidas en bosques: tal y tan exuberante es la vegetacion en aquellas feraces comarcas. Hay árboles gigantescos hasta en los kjokkenmoddins y en los atrincheramientos de los mound-builders. Por el diámetro y los círculos concéntricos del tronco de esos árboles se ha intentado descubrir la edad lo mismo de los hell-sheaps que de los monumentos. Alucinó de pronto el medio á los más precavidos, tanto que Waldeck, aplicándolo, no vaciló en atribuir veinte y treinta siglos de antigüedad á ciertas fábricas; pero ¿cual no hubo de ser el desencanto al saberse por M. Charnay que en Palenque arbustos de diez y ocho meses contaban otros tantos círculos y árboles de veintidos años no contaban ménos de doscientos treinta! Supone ahora allí un mes lo que antes suponía un año.

Waldeck, sin embargo, insistió en sus primeras aserciones diciendo que había venido á confirmárselas el atento exámen de las capas de estalactitas que había observado en las ruínas del mismo Palenque y el de los progresos que hacía la infiltracion de las aguas durante los seis meses de verano y los seis de invierno. Mas ¿puede estar seguro ni Waldeck ni nadie de que el trabajo de la naturaleza haya sido uniforme en el trascurso de los siglos?

Baldwin infiere de otros hechos la edad que atribuye á las obras de los mound-builders. Se las encuentra, escribe, en las gradas superiores, y no en las inferiores, de las riberas de los ríos, y los esqueletos que de los túmulos se desentierra se hallan generalmente en tal estado de podredumbre, que no se los puede tocar que no se deshagan y reduzcan á polvo. Esqueletos en las mismas y aún en ménos favorables condiciones, añade, se conservan hasta dos mil años y los ríos no ahondan su cauce sinó á fuerza de siglos: deben de ser antiquísimos esos montículos y esos vastos reductos. Dejo al lector que juzgue del valor de uno y otro criterios. Malos ó buenos, resultarán siempre inútiles para determinar fechas.

En la América del Sur se recurre á medios análogos. Ha contado Wilson desde el Pacífico á la ciudad de Quito, pasando por la provincia de Esmeraldas, seis bancos ó gradas; y en la inferior, que no llega al nivel de las contramareas se ha descubierto posteriormente debajo de un lozano bosque, en una capa de sedimento marítimo, multitud de objetos de oro, de cobre y de piedra, evidentes restos de una civilizacion perdida. ¡Cuán antigua no debia de ser esa civilizacion, se exclama, sabiendo como sabemos la excesiva lentitud con que se levantan y deprimen las costas de los mares!

Mas esto, repito, ninguna luz nos da para seguir cronológicamente la marcha de la historia. Las fechas aquí son aún más escasas que en la América del Norte. De los muiscas, que se creían anteriores á la luna y decían de su apóstol Nemquetheba que, despues de haberlos enseñado á ser hombres, había vivido nada ménos que dos mil años en Iraca, no tenemos en realidad fecha alguna, puesto que sólo vagamente está consignada la de la fundacion del reino de Bogotá por Saguanmachica. Divide pomposamente Velasco la vida de Quito en cuatro épocas; pero no puede fijar el año de los acontecimientos hasta la subida de Hualcopo Dulchicela al trono de los Scirys, que asegura se verificó en 1430. Sin decir en qué se funda pone hácia el año 1000 la conquista del territorio por los caras; en 1487, el definitivo triunfo de los Incas. Del Perú no digamos: están en abierta contradiccion Garcilaso y Montesinos.

De Montesinos se había hecho hasta aquí poco aprecio; Baldwin le defiende con gran calor y lo coloca muy por encima de Garcilaso. Creo á Montesinos cuando afirma que hubo en el Perú una civilizacion anterior á la de los Incas; me inclino á creerle cuando escribe que los Incas no hicieron más que reconstituir una monarquía hecha pedazos por bárbaras y extranjeras tribus; no puedo darle más importancia que á Garcilaso en la relacion cronológica de los sucesos. Falto el Perú hasta de los medios gráficos de que disponían Yucatán y Méjico ¿por dónde había de llevar su cronología más allá que los mayas y los nahuas? Hasta las fechas de Garcilaso que empiezan con el siglo XI son para mí dudosas. Como dice oportunamente Prescott, no se halla en la historia del Perú terreno firme donde sentar la planta mientras no se entra en el siglo anterior á la Conquista. Es duro tener que luchar siempre en América con sombras y tinieblas.

VII

Las razas salvajes.

Si no hay fechas para la historia de los razas cultas, ménos las ha de haber para la historia de las demás razas. Lo que muchos lectores dudarán tal vez será que las razas salvajes tengan historia. La tienen, aunque monótona y breve, puesto que han luchado entre sí, han debido sostener su independencia contra las razas civilizadoras y dentro de su reducido campo de ideas han llegado todas á procedimientos, creencias y costumbres que las caracterizan y distinguen. Son tal vez las razas salvajes las que mejor demuestran que la variedad en la unidad es ley de la familia humana tanto ó más que de la naturaleza.

Las razas salvajes no todos los hombres de entendimiento las aprecian de igual modo. Las compadecen unos, las miran otros con desdén cuando no con odio, y no falta quien las envidie. Las compadecen los que las ven privadas de

los beneficios que gozamos; las desdeñan ú odian los que las consideran incapaces de progreso; las envidian, los que ponen los ojos en los vicios y los males que la civilizacion engendra. Defiende Catlin la excelencia de la vida salvaje sobre la vida culta, y Bancroft más de una vez deplora el paso de los europeos por las comarcas del Pacífico. Dejad tranquilos á los salvajes, exclama por su parte una de las ramas de la escuela de Augusto Comte: no vayais á llevarles el infierno en que están aquí sumergidas las ultimas clases del pueblo.

¿Qué pensar de todo esto? El poblema es más difícil de lo que á primera vista parece. Si, como creo, está llamado el hombre á contínuo mejoramiento, á desenvolver sus propias fuerzas y dominar las ajenas, á conocer cuanto es y cuanto le rodea y avasallar por el sentimiento del bien los apetitos y las pasiones, prefiero la civilizacion por muchas y grandes que resulten sus amarguras. De no ser así, quizá preferiría la vida salvaje, que, ménos estimulada por vanos deseos y casi jamás cohibida por las conveniencias sociales, es más tranquila, más libre, de poco ó ningun artificio, más expansiva, más afectuosa. Quizá digo, porque estoy léjos de admitir que las tribus salvajes, principalmente las situadas en poco bonancibles climas, no añadan á los males de nuestra condicion los que produce la guerra, el hambre y la general ignorancia.

Lo peor de las razas salvajes es verdaderamente la resistencia que oponen á entrar en el movimiento de las razas cultas. Doblaron pronto la cabeza al yugo y se amoldaron fácilmente á los hábitos de los conquistadores los semi-civilizados nahuas, los mayas, los muiscas y los pueblos todos del imperio de los Incas; y, donde no se las exterminó, están aún por debelar y continúan en la infancia casi todas las demás razas. ¿Se debe por esto odiarlas ni traerlas á servidumbre como algunos hombres de Estado pretenden? Se debería hacer otro tanto con numerosas razas cultas que no dieron hace siglos un paso en el camino de su progreso y conceder absoluto predominio sobre la humanidad á la raza indo-europea, que es la que va de esfuerzo en esfuerzo y de maravilla en maravilla á un estado de civilizacion cuyos límites nadie columbra.

De esas pobres razas salvajes algunas creciendo, sí, no en necesidades, en deseos de satisfacerlas con ménos fatiga, han tomado ya de nosotros el caballo, las armas de fuego y las herramientas: es de creer que las traeríamos á nuestro régimen algo mejor que por la fuerza, si acertáramos á despertar en ellas otras necesidades. No se civiliza destruyendo ni se levanta por la esclavitud al hombre.

Como habrá observado el lector, he descrito minuciosamente en esta historia lo mismo las razas salvajes que las cultas. Me serviré ahora de tan prolijo estudio para en no muchas páginas trazar el cuadro de la vida de América ántes de la Conquista.

VIII

Nacimientos.

Nacía el hombre en las razas salvajes de América sin ocasionar á la madre largas molestias. Al sentir los primeros dolores del parto retirábase generalmente la mujer sola ó cuando más con alguna de sus vecinas ó parientas á las orillas de un lago, un arroyo ó un río; y no bien salia del trance, se bañaba con el recien nacido y volvía por su pié al hogar doméstico. Apenas interrumpía sus ordinarias tareas. Dentro de su propia vivienda paría en pocas tribus: íbase por lo ménos á lugar apartado y no regresaba que no se purificase. Tan fácilmente solía dar á luz los hijos, que si le sobrevenía el trabajo en marcha con los suyos, ni hacia que éstos se detuviesen ni dejaba de alcanzarlos poco despues del alumbramiento. No constituía el parto una enfermedad ni en el culto imperio de los Incas.

Ni se preocupaba de ordinario la mujer con lo que pudiera acontecerle en tan difícil paso. Estaba algun tanto medrosa y precavida sólo entre los tupíes, los pueblos de Haytí, los del istmo de Tehuantepec y los otomíes. En Haytí, al conocerse en cinta, solicitaba de los sacerdotes alguna de las piedras que hubiesen extraído del cuerpo de personas enfermas; entre los otomíes se cargaba de talismanes, evitaba el encuentro de seres maléficos, bebía de un agua recogida en las montañas y ofrecida á los dioses y se sometía á los caprichosos preceptos de una comadre; en el istmo buscaba á la comadre al llegar el momento crítico y le pedia canciones que atrajesen á la vida al enclaustrado feto; entre los tupíes se abstenía de comer durante el embarazo dos mazorcas de maíz por no tener mellizos. Aún en esto, como se ve, entraba por mucho más la supersticion que el miedo al parto. Por mera supersticion el marido tupí, despues de parida la mujer, ayunaba y aun en muchos pueblos guardaba cama, como sucedía, al decir de Estrabon, entre los antiguos cántabros y sucede aún hoy entre los californios.

Daban en cambio los aztecas grande importancia á los nacimientos. Al saber que había concebido cualquiera de sus hijas lo comunicaban á deudos y amigos y celebraban un banquete donde llovían consejos y plácemes. Poníanla seis meses despues al cuidado de una partera, que empezaba por darle baños de agua caliente, y al llegar la hora la animaba como para un combate. Veían en el parto una verdadera lucha entre la vida y la muerte y en la mujer que sucumbía una venturosa heroína, que elevaban al rango de diosa. Iba, segun ellos, precedido el Sol desde el Oriente al zenit por coros de soldados muertos en batalla, desde el zenit al Occidente por coros de matronas que murieron de parto.

IX

ABORTOS É INFANTICIDIOS.

Miraban los aztecas la prole como dón del cielo y castigaban severamente el aborto voluntario en toda mujer que no fuese esposa ó concubina de sus reyes. Mataban á la reo y tambien al que le hubiese facilitado para la ejecucion del delito yerbas ó drogas. Aplicaban igual pena á los infanticidas. En las razas salvajes quedaban por lo contrario impunes así el infanticidio como el aborto, hijos allí de muchas y muy distintas causas.

Provocaban las payaguaes el aborto porque al saberlas en cinta no las miraban en dos ó más años los maridos; las caribes de la costa de Cumaná, por que no se les marchitase la hermosura y pudieran más libremente entregarse á los placeres; las nutkas, porque aborrecían los muchos hijos. Por vergüenza ahogaban en su seno á los bastardos ó luego de nacidos les daban muerte, en la América Septentrional las criks y las chinuks, en la Meridional las yuracarés y las guaycurues.

Se abrigaba entre los salivas prevenciones contra los mellizos, y no dejaban sinó uno con vida las madres por no excitar sospechas ni ser en su tribu objeto de burla y pasatiempo. Lo raro es que participaban de esta preocupacion los mismos aztecas.

Deshacíanse de sus hijos otras razas, bien porque eran nómades y los creían un estorbo para sus viajes, bien porque no podían cuidarlos segun deseaban y temían hacerlos infelices. Aun las de la Florida, en las que observamos cierta cultura, dejaban morir al que no podía andar por su pié cuando el hambre las obligaba á cambiar de asiento. El moxo y el caxi por su parte enterraban con la madre á los niños que no podían valerse por sí mismos, y el indígena de Panamá y Darien los mataba cuando iba á sacrificarse en la tumba de sus caciques.

Por mera supersticion entiendo que eran infanticidas las californias del Mediodía. No puedo explicarme de otra manera que tendiesen sobre las aguas á los recien nacidos y sólo recogiesen á los que flotaran.

Era frecuente el infanticidio sobre todo para con las hijas. Sepultaban á muchas los guanaes por que no tuviesen nunca más mujeres que hombres y los de la Florida por que no se viesen obligados á buscar marido en otras gentes y multiplicasen el número de los enemigos. No perdonaban á ninguna los panches interin no hubiesen alcanzado varon que pudiera ser heredero de su bravura y sus armas. En muchas tribus les quitaban las madres la vida luego de haberlas sacado á la luz del día por no condenarlas á la triste situacion en que vivían.

No contribuían poco tantos infanticidios y abortos á que unas razas no creciesen y otras se desmedrasen.

X

Bautizos.

En las razas salvajes los recien nacidos recibían generalmente nombre sin ceremonia. Dábanselo, bien los padres, bien los vecinos, en unas á su antojo, en otras al acaso. En la de los apaches, por ejemplo, se les ponía el del primer objeto que acertaba á ver una anciana despues de haber dado vuelta al lugar del alumbramiento vendados los ojos. De ordinario se les aplicaba el de alguno de los seres de la naturaleza: el de un árbol, el de un monte, el de un pájaro, el de un insecto, el de una fiera, el de un astro.

Se bautizaba á los niños con cierta solemnidad en muy pocas razas. Reunían los tupinambaes á sus parientes. Publicaba el iroques en la próxima asamblea de su nacion el nombre que habían imaginado para sus hijos los deudos de la madre. Celebraban los araucanos ricos una especie de fiesta religiosa que concluía por un banquete. Juntábase al despuntar la aurora la familia con los amigos; y sobre una llama sujeta por los piés y tendida en el suelo depositaba cada concurrente su ofrenda. Se arrancaba el corazon al manso carnero, se marcaba con la sangre la frente del recien nacido y se pedia con fervor á Huecuvu que no le privara de elocuencia ni de bravura.

Aumentaban los ritus en los pueblos cultos. No se los empezaba en Méjico que no saliera el sol por las vecinas cumbres. Una comadre con funciones de sacerdotisa tomaba al infante en mitad de un espacioso patio y le mojaba primero los labios, despues los pechos, más tarde toda la cabeza y por fin todo el cuerpo con agua limpia y pura que de antemano se había recogido en uno como tazon ó fuente. Le alzaba luego con ambas manos al cielo, y pedía á los dioses que le dotaran de fuerzas para seguir el áspero camino de la vida. Si varon, le vestía la manta, el maxtle, la rodela, el arco, y le consagraba á la guerra; si mujer, la cubría con el vipil y las naguas, le ponía en las manos el huso y la rueca y le daba el hogar por campo de batalla. Las ceremonias terminaban aquí tambien por un banquete.

Los bautizos en Yucatan eran colectivos. Se los celebraba en lugares cubiertos de frescas hojas de cihom y copo, á un lado los niños, en otro las niñas, en medio un braserillo donde se quemaba incienso y maíz para repeler al diablo. Bendecía y rociaba á los neófitos un sacerdote, que iba vestido de plumas de colores y llevaba ceñida á las sienes una corona; y luego el que pagaba la fiesta les untaba el rostro y los entrededos de piés y manos con flores y cacao desleídos en agua vírgen. Por los chaces, una manera de diáconos, se les hacía al fin aspirar humo de tabaco y oler ciertos ramilletes, quitándoles al paso unas tocas blancas que al entrar les habían puesto.

Aunque diferían aquí nahuas y mayas, no sólo en las ceremonias, sinó tambien en el tiempo de practicarlas, pues no admitían éstos al bautismo á los menores de tres años, daban al acto unos y otros idéntico sentido. Lavaba, en sentir de todos, manchas de orígen, regeneraba cuerpos y espíritus. Purificaba, decían los nahuas, los corazones, impuros desde ántes del principio del mundo.

Distaban de haberse elevado los quíchuas á tan sublimes pensamientos. Sobre el hijo que les acababa de nacer no hacían derramar sinó las cabalísticas palabras de alguno de sus agoreros; al que ya tenía dos años, con motivo de ponerle nombre y cortarle por primera vez el cabello, le dedicaban una fiesta donde reunidos con sus parientes, se entregaban llenos de regocijo al canto y al baile. Le cortaban los deudos por órden de edad y de jerarquía sendos mechones de pelo y le ofrecían todos quien armas, quien trajes, quien vasos, quien joyas. Eran sin disputa los vasallos de los Incas algo más prácticos que los de Motezuma.

XI

Deformaciones.

Había pocas razas salvajes que no deformaran el rostro de los niños. Les agujereaban muchas el labio inferior, las orejas y las narices; y alguna hasta las mejillas. Hacíanlo todas movidas por su amor á los adornos. Las seguían en tan raro capricho, y esto es muy de notar, las mismas razas cultas. ¿No vimos acaso en los reyes de Méjico taladradas orejas, narices y labio y en los Incas abiertas y extendidas las orejas hasta muy cerca de los hombros? La costumbre que aun seguimos en Europa de perforar las de nuestras hijas es á no dudarlo un resto de barbarie.

Todas esas deformaciones, exageradísimas en los botocudos y los thlinkites y no todas hechas en niños, carecían de interés al lado de las de ciertas razas. Los omaguas, los caribes, los nutkas, los chinuks, los columbios oprimían y torturaban de varios modos la cabeza de sus hijos, hasta que la cuadrasen, ó le diesen forma de cuña ó hiciesen de la punta de la nariz y la coronilla los extremos de una línea recta. Aquí se la entablillaban, allí se la ceñían con piezas de cuero ó con cintas de corteza de árbol que se iba cada día apretando. Dejaban en esto atrás á todos los salvajes los civilizados mayas, que no satisfechos con aplanar el cráneo de los recien nacidos, los ponían viscos dejándoles caer y oscilar entre los ojos una pequeña borla.

Revelan las esculturas de Palenque la existencia de una raza que de la nariz al cerviguillo presentaba una sola curva: ¿no sería tambien artificial esa rara configuracion de la cabeza?

XII

Crianza y educacion de los impúberes.

La mujer salvaje quería, sin embargo, á sus hijos. Criábalos no en los ajenos sinó en los propios pechos, y no los destetaba que la naturaleza no lo exigiese. En la calle y en el campo, en los cortos y en los largos viajes los llevaba, mientras no podían caminar por su pié, á la espalda ó en los hombros. Así tramontaba los cerros y aún pasaba á nado los ríos.

Educaba de especial manera lo mismo á los varones que á las hembras. Nada hacía por que se les desarrollaran prontamente ni las fuerzas del cuerpo ni las del alma. Dejábalos en plena libertad, y nunca los castigaba ni los reprendía. Creciesen altivos ó humildes, locos ó cuerdos, de torpes ó de generosos instintos, los trataba á todos con igual blandura. Y era porque de aquellas razas unas tenían á mengua poner las manos en quien no pudiera defenderse, otras creían supersticiosamente que el dolor de los hijos había de refluir á los padres, y otras, las más, entendían que apocar el espíritu de los niños por la sujecion y el freno era privar de hombres á la patria.

Que yo sepa no castigaba á su prole sinó la mujer crik, que harto frecuentemente le arañaba con espinas de pescado piernas y muslos. ¿Lo hacía sólo por corregirla? Dicen que se proponía además fortalecerla y darle á comprender que no con la pérdida de sangre se pierde siempre la vida.

No tomaba nunca el hombre á su cargo la educacion de sus hijas, pero si la de sus hijos luego que los creía aptos para el manejo de las armas. Los cogía en muchas razas á los siete años, los instruía en el tiro de la flecha y los llevaba consigo, ya que no á la guerra, á la caza. Temprano los conducía tambien á la guerra para que cuando ménos recogiesen las saetas perdidas y los frutos de la victoria.

Les fatigaba poco el cerebro. Les enseñaba á lo sumo la topografía de la comarca y la historia de la tribu, siempre reducida y tal vez formulada en cantos. Sólo en razas elocuentes, como la de los araucanos, los perfeccionaba en el conocimiento de la lengua y les hacía aprender de memoria los más acabados discursos. Tampoco los castigaba nunca, tampoco los reprendía como no fuese con blando acento.

Distaban de ser tan libres los niños en las razas cultas. En el Perú se los criaba y educaba con no poca dureza. No los levantaba de la cuna la madre sinó para remudarlos. Les daba el pecho tres veces por dia. No los llevaba nunca en brazos. Ya que podían tenerse en pié, los metía dentro de un hoyo que abría en la tierra, y les dejaba en los bordes juguetes que los estimularan á ejercer las fuerzas. No bien contaban cinco años, los ponía, si plebeyos, al trabajo.

si nobles, en las escuelas de los amautas. Plebeyos, habían de seguir allí la condicion del padre y labrar los campos; nobles, cultivar las ciencias ó las artes; nobles ó plebeyos, vivir desde la más tierna infancia ocupados y sumisos.

No era en Méjico tan honda la division de clases ni tan adusta la madre para con los hijos; pero sí tan severa la disciplina. Plebeyos y nobles entraban de niños al servicio del templo y aprendían en monasterios separados las reglas de la moral y la primera enseñanza. Corría allí la educacion á cargo de los sacerdotes, como entre los mayas.

XIII

La pubertad.

Ni la pubertad de las niñas ni la de los niños llamaban la atencion en las razas cultas. Llamábala en las salvajes la de las niñas. Era aquí objeto de regocijo; allí, de tormento. No es fácil determinar el orígen ni el sentido de todas las costumbres á que dió márgen.

En la América del Norte debía por regla general la mujer, al sentirse púber, salir de su casa y vivir más ó ménos días apartada del mundo. Treinta días pasaba la mujer algonquina en el campo: ni varones ni hembras se atrevían á beber del arroyo en que bebía ni á tomar la vereda que tomaba. En el hogar paterno se apagaba el fuego, se aventaba la ceniza y se tardaba en hacer nueva lumbre. Todo un año se llevaba la mujer thlinkite dentro de una estrecha y oscura cueva donde no penetraban sol ni luna. En un nicho donde no podía erguir el cuerpo contaba seis largos meses la mujer koniaga. No volvía en otros seis á la libertad perdida; no hacía sinó mudar de cárcel.

Estos rigores, por extraños que parezcan, no es difícil explicarlos. A los ojos de muchas razas salvajes la mujer en todos sus menstruos era impura y maléfica. En todos se la obligaba, aunque sólo por días, al mismo apartamiento. Por tan impura la tenían los dacotas, que no le permitían tocar sus armas y en cuanto salía al campo las colgaban de la puerta de su choza. Parecía naturalmente más impura en su primer flujo, y de aquí la prolongada soledad y los duros encierros. No por otra razon le imponían los columbios de tierra adentro numerosas abluciones antes de permitirle el regreso al hogar doméstico, la obligaban los chinuks á tomar treinta baños y á restregarse con hojas de cicuta las carnes, y la tendían los californios del Sud en un lecho de ramas puesto sobre la boca de un hoyo donde al contacto del agua despedían nubes de vapor piedras enrojecidas al fuego. La dejaban allí dos ó tres días esos bárbaros californios envuelta en mantas y sin víveres á fin de que arrojara la impureza de que la consideraban poseída. Hacían más los diegueños y era enterrarla con sólo la cabeza al aire y estar durante veinticuatro horas pisoteando la tierra.

No deja de vislumbrarse la misma idea en algunas razas de la America del Mediodía. La mujer patagona, en siendo púber, recibía debajo de un toldo levantado al intento las felicitaciones de toda la tribu y daba en cambio lonjas de carne de huanaco. Conducida luego por su madre y sus tías al más cercano arroyo, sufría tres inmersiones en tanto que una anciana profetisa rezaba por ella tomando agua en el hueco de la mano y arrojándola al viento. La mujer tupí, cosida en una hamaca sin más abertura que la indispensable para no perder la vida, observaba por dos ó tres días el más rigoroso ayuno Cuatro de ayuno, de soledad, de tinieblas debía tambien guardar la mujer yuracaré dentro de una cabaña que de improviso construían sus deudos. Rompía á llorar la madre ó iba con sus compañeras al bosque por agua, mandioca y leña.

Lo aquí raro es que el tormento no siempre se limitaba á la adulta. Entre los tupíes ayunaban con ella sus progenitores. Entre los supersticiosos yuracarés hería el padre con agudos huesos los brazos de todos sus hijos.

Aquí, además, pocas veces dejaban de concluir ó empezar las ceremonias por una fiesta. Esos mismos yuracarés, despues de bañados en sangre sus hijos, bebían, tocaban la flauta, cantaban y se entregaban frenéticamente al baile mientras no traspusiera el sol el horizonte. Con danzas, cantos y banquetes celebraba tambien el araucano la pubertad de sus niñas despues de haberlas obligado á estar todo un día en un rincon de su choza sin levantar los ojos, correr al otro por los campos hasta que las rindiera el cansancio y bajar al otro del bosque con un brazado de leña para con esto participar á toda la tribu la fausta nueva.

Objeto de pura fiesta no recuerdo que lo fuese la pubertad de la mujer sinó entre los payaguaes, en las márgenes del Gila y en la California, allí donde se establecieron los muckalucos. Tenían éstos una danza especial con que festejar el acontecimiento, aquí en Europa motivo de gran reserva.

XIV

Condicion de los púberes.

En las razas salvajes el varon al hacerse púber perdía siempre algo de su libertad. No era tampoco objeto de castigo ni de agrias reprensiones; pero ayudaba de lleno al padre en los trabajos de la pesca y la caza y tal vez en los de la guerra. Entre los chiquitos salía del hogar y vivía con los demás adultos en un caseron abierto por los lados; pero debía tambien adiestrarse en la caza si no quería ver cerradas todas las puertas cuando quisiese contraer matrimonio.

Ordinariamente se le trataba con ménos blandura que en los días de la infancia. Ni cuando era más riguroso el invierno le consentían los *pueblos* que

entrase en las estufas. Le decían que sacudiese el frío por la carrera ú otro ejercicio violento, ó, ya que prefiriese la lumbre, fuese por leña al bosque. Celebraban los mandanes una especie de fiesta de la virilidad y le sometían á duras privaciones y rudas pruebas. Los californios del Sur hacían más, y era entregarle desde luego á sus jefes, que le enseñaban á sufrir impasible todo género de fatigas, aborrecer la mentira, practicar el bien y respetar á los ancianos.

Las que al ser adultas adquirían en ciertas razas salvajes una libertad inconcebible eran las mujeres. Entre los araucanos, los patagones, los puelches y los chinuks despues de las ceremonias de la pubertad podian arrojar su corazon á los piés de cualquier mancebo, vivir en pleno libertinaje, prostituirse. Aquí siquiera tenía el libertinaje un término: el matrimonio. Entre los tahus podían consagrarse de por vida al comun placer de su tribu. De casadas como de solteras, estaban á merced de todo el mundo.

En otras razas, la de los tupíes por ejemplo, sucedía lo contrario. La mujer adulta entraba al cargo de una matrona que la acostumbraba al trabajo, la instruía, le cortaba los cabellos y no le permitia que comiera carne interin no le volviesen á cubrir la oreja. Debía llevar su recato al punto de no poner en hombre alguno los ojos. Otro tanto había de hacer entre los yuracarés durante los seis primeros meses de púber. No podía hablar con varon nacido ni parecer en público sin dejar caer sobre las sienes una corteza de árbol.

En las razas cultas apenas había lindes entre la pubertad y la infancia. Seguían los adultos en Méjico y Yucatan el servicio de los dioses y en las escuelas sacerdotales. La educacion era en Méjico severísima: no se les consentía largos ocios, se los adiestraba en el ejercicio de las armas, se les hacía sufrir todo género de privaciones, se los acostumbraba á dormir ligeramente é interrumpir el sueño, se los fortificaba por los baños de agua fría, el taladro de la lengua con espinas de maguey y los frecuentes espectáculos de sangre. Plebeyos, nobles, todos estaban bajo la férrea mano del sacerdote y se preparaban ó para la religion ó para la guerra.

Permitíase que viviesen en el hogar paterno las hembras que de niñas no estuviesen consagradas al culto, pero no se las trataba ménos severamente. Se las enseñaba tambien á no estar ociosas. Se las obligaba á levantarse temprano y acostarse ya muy entrada la noche. Se las quería pudorosas como entre los yuracarés y los tupíes, y no se les consentía que delante de varones levantasen los ojos.

En el Perú continuaban tambien recibiendo los adultos la educacion que habían empezado impúberes. Es de suponer que entrasen pronto en la vida militar cuando los incas á los diez y seis años aspiraban por el ayuno, la carrera, el combate, el tiro al blanco, las largas centinelas de noche y otras no ménos rudas pruebas á que les agujereasen las orejas con alfileres de oro, les calzaran

las *usutas*, les ciñeran la *huara*, una especie de *pretexta*, y les coronaran con las inmarcesibles hojas de *vinay-huayna;* signos allí de caballería como aquí lo fueron el espaldarazo y la espuela. La vida militar en el Perú era de poco ménos importancia que en Méjico.

XV

El nahualismo.

En ciertas razas salvajes habia una costumbre originalísima. Adulto ya, se identificaba el hombre con otro sér de la naturaleza. Lo hacía su *alter ego;* lo miraba á la vez como su ángel custodio. De él se figuraba que dependía su propia salud y su muerte; á él se dirigía en sus desventuras y peligros, sobre todo al emprender sus expediciones de caza y de guerra.

Observaban esta costumbre los algonquines, los mandanes, los chínuks, los californios del Mediodía, los zapotecas, y los mosquitos de Honduras, la primera de las tres familias en que cabe dividir las tribus salvajes de la América del Centro. Porque esos mosquitos daban el nombre de *nahual* al sér con quien se unían, la llamo yo *nahualismo*.

Los algonquines escogían por su otro yo un árbol, un búfalo, una estrella, tal vez el alma de uno de sus mayores, tal vez una simple combinacion de signos mágicos: fuese lo que fuese, lo pintaban en sus largos escudos á manera de divisa. En sus escudos y aún en sus mantas lo pintaban los mandanes, que siempre lo elegían entre los seres vivos y lo consideraban su intercesor para con el Grande Espíritu. Habian llevado los chínuks la imaginacion al extremo de creer que lo oían al pedirle consejo. Como una de las infinitas formas del dios de su tribu lo adoraban los californios del Mediodía; y para más honrarlo se lo fijaban de un modo indeleble en el pecho y los brazos. Dibujábanselo en las carnes con una pasta de secas y apretadas yerbas, encendíanla y dejábanla arder hasta que se consumiera. Lo tenían los zapotecas, á ser posible, en sus hogares y lo cuidaban mejor que á sus propios hijos. Los mosquitos, por fin, era muy comun que muriesen cuando su nahual moría.

No lo escogían de igual manera todas las razas. Retirábanse los mosquitos á lo más escondido de un valle ó de un bosque, é invocaban el favor de sus dioses, les sacrificaban un perro, se quejaban, se dirigían á las piedras y los árboles y no sosegaban hasta caer rendidos de cansancio. Que no creyeran ver designado á su nahual en sueños, no volvían á sus hogares. Tres y más días ayunaban con igual intento californios y chínuks. Los demás lo buscaban en el fondo de su voluntad ó de su fantasia.

Solamente los zapotecas lo dejaban á la suerte y lo tenían desde su naci-

miento. En cuanto sentia una mujer zapoteca los dolores del parto, deudos ó vecinos empezaban á dibujar en el suelo figuras de diversos seres. El sér cuyo dibujo coincidía con el alumbramiento, ese era el otro yo del recien nacido.

XVI

El celibato.

En las razas salvajes apenas se conocía el voto de castidad perpétua: en las cultas era poco frecuente. No recuerdo que fueran castos de por vida sinó el sacerdote azteca y el zapoteca. El sacerdote maya podía casarse; el del Perú se abstenía de su mujer sólo en los días que estaba al servicio del templo. Aún entre los zapotecas había sus excepciones. Embriagábase ciertos días del año al Pontífice de Yopaa; y, á fin de que no le faltara sucesor, se hacía que folgase con una de las más hermosas doncellas.

En Méjico, en Yucatan, en el Perú había, numerosas vírgenes que se consagraban á los dioses. No todas para siempre. Entre los incas manteníanse puras hasta la muerte sólo las del Cuzco: las de provincias eran concubinas del Monarca. Entre los mayas, como entre los aztecas, unas profesaban por tiempo, otras para mientras viviesen. Honores poco ménos que divinos tributaban los primeros á las que morían sin mancha.

XVII

El concubinato.

En muchas razas salvajes apenas cabía distinguir el concubinato del matrimonio. Entre los araucanos, los patagones, los puelches, los nicaraguatecas, los hurones, los chinuks y los californios del Norte lo facilitaba el extraño derecho concedido á la mujer adulta para entregar á quien ó quienes quisiera su corazon y su cuerpo. Ni lo fomentaban poco los criks con no considerar delito el estupro ni otorgar á la doncella engañada accion alguna contra el amante. Provocábanlo tambien los pueblos que, como los del istmo de Tehuantepec, consentían que por tiempo indefinido se tomara á prueba las novias. Alimentábanlo finalmente por la guerra gran número de tribus, más dispuestas á buscar mancebas que esclavas y cautivas.

En las razas donde era lícita la poligamia solían andar juntos el matrimonio y el concubinato. La primera mujer con que se unía el varon era la esposa y las demás las concubinas.

Ni dejaba de haberlas en las razas cultas. No las tenían en el Perú los plebeyos, más sí los nobles, sobre todo el Inca, que las contaba por cientos. Por

cientos y aún por miles las vieron tambien los españoles en los palacios del rey de Méjico. Polígamos los jefes de una y otra naciones, seguían la general costumbre de los salvajes polígamos.

En Méjico, aunque eran monógamos así los nobles como los plebeyos, podían amancebarse de los catorce á los veinte años. Principalmente á los nobles les proporcionaban con frecuencia los mismos padres barragana en quien apagar los hervores de la alborotada sangre. Ya núbil, era dueño el jóven de hacerla su esposa ó abandonarla, la dejase ó no en cinta, con hijos ó sin hijos. Aun despues de casado solía tomar concubina, si lo creía útil para el mejor régimen de su hacienda. Habían indudablemente degenerado en los aztecas aquellos nahuas que tan severos se mostraron en los primeros días de los toltecas.

No eran ménos blandos los quichés en este punto. No castigaban el estupro como no lo exigiesen los padres ó los hermanos de la estuprada.

XVIII

El matrimonio.

Ni en las razas cultas ni en las salvajes eran generalmente prematuros los casamientos. Solían casarse el azteca y el patagon á los veinte años; los quichuas, á los veinticuatro; los iroqueses y los algonquines, á los veinticinco. Antes de los veinte no recuerdo que se casaran sinó los zapotecas, los mosquitos y los nicaraguatecas. Se desposaba niños á los tupinambaes y los columbios de tierra adentro; mas se los casaba mozos. Generalmente la mujer era núbil en más temprana edad.

Tenían los otomacos, los iroqueses y los chinuks una singular costumbre: la de casar mancebos con viejas, tal vez con viudas, y viudos y viejos con doncellas en la flor de la vida. No es justo, decían, condenar los viejos ni los viudos á soledad perpétua, ni conveniente que la juventud deje de encontrar en el mismo seno de la familia quien la modere.

Estaba casi en todas partes prohibido el matrimonio entre deudos. Sólo de los tinnehs, de algunas tribus del Norte de Méjico y de las que tan abyectas vimos en la península de California, se dice que lo consentian entre padres é hijos. No llegaban á tanto los yuracarés con venir obligados á buscar esposa dentro de su propia familia. Entre hermanos lo permitia una que otra banda de la cuenca del Orinoco; en la isla de Haytí se tenía ya por infame al que con hermana yoguiese. Dentro del tercer grado de parentesco no toleraban enlace alguno multitud de pueblos: ni aún dentro del quinto los betoyas, á pesar de su barbarie. No lo toleraban los aztecas ni aún entre los afines. Consideraban incestuoso y castigaban con la muerte el coito entre suegros y nueras, padrastros y entena-

das. Seguian con todo la costumbre de casar con la viuda del hermano que dejase prole. Hasta los vínculos de la adopcion respetaron los esquimales.

Habia tambien en esto sus anomalías. Los súbditos de los Incas debian casar todos con mujer de su mismo pueblo, con extraña ó con parienta, como no fuese hermana. Los Incas habían de buscar entre sus hermanas la esposa legitíma. No podían tampoco los panches de un pueblo unirse con hembras de otro. Los iroqueses debían por lo contrario salir de su tribu para escoger compañera. No fuera de su tribu ni de su pueblo la habían de elegir los yucatecas, pero sí fuera de la familia de su padre.

Lo más raro ês lo que acontecía en muchas razas donde prevaleció la poligamia. Casábase á veces un varon con todas las hijas de un padre; á veces con una madre y las hijas.

Sobre la manera de adquirir mujer variaban los usos. Hacían objeto de venta á sus hijas gran número de razas salvajes: los araucanos, los patagones, los natchez, los dacotas, los haidahs, los nutkas, los chinuks, los californios del Norte, los del Sur, los apaches. No por otra razon en muchas había venido á ser la poligamia, aunque á todos lícita, privilegio de los ricos. En algunas tenía la venta sombras y léjos de permuta; en otras era poco ménos que una subasta. Había allí mútuos regalos; y se entregaba aquí la novia al que más ofrecía.

En otras razas, sin consultar poco ni mucho á los hijos ni las hijas, concertaban los padres el matrimonio. Padre había que no vacilaba en comprometerlos desde que salían á la luz del mundo. Encontrábanse á lo mejor los yuracarés desposados ó casados por sus mayores en un banquete. Hasta el día de la boda no solían conocer los algonquines á la novia ni las tinnehs al novio. Otro tanto sucedía de ordinario á las esquimales, que, al saber concertado el casamiento, se mesaban los cabellos y abandonaban el hogar paterno sólo porque no las creyeran sin pudor ni modestia. Costaba no pocas veces trabajo reducirlas á que vivieran alegres y en paz con el marido.

Hacían los padres uso de su autoridad en las razas cultas; pero no llevaban las cosas á tan deplorable extremo. Se tomaba en cuenta las inclinaciones y los gustos de los hijos por más que no siempre se los satisficiera. En Méjico hasta la más ruborosa doncella pedía sin mengua de su decoro rechazar al hombre que se le propusiera por novio. Conviene advertir que guardaban la misma deferencia con sus hijos algunas razas salvajes.

Entre los musos, los colimas, los criks, los kenayos y los koniagas pedían los amantes por sí la mano de sus elegidas. Á excepcion de los koniagas, no bien la obtenían cuando empezaban á servir en la casa de sus futuros suegros. Habían de plantar los musos y los colimas un maizal y hacer su regalo de boda; los criks, labrar un campo de maíz y otro de fríjoles y no dejarlos hasta que dieran fruto; los kenayos, ir todo un año por agua, calentar el baño, aderezar la comida, ayudar á la novia en todas las faenas del hogar, por ingratas que fuesen.

Otra particularidad había aún en los *pueblos* y en las naciones del Gila. En los *pueblos* la mujer escogía el marido. Participaba la eleccion al padre, y éste cuidaba de satisfacer los deseos de la hija. No podía tanto la mujer en las naciones del Gila; pero sí rechazar á sus pretendientes con sólo quedarse en el umbral de la choza cuando iban á participarle su amor al blando son de la flauta.

En algunas razas salvajes había para los simples esponsales sus ritus. Entre los mosquitos iba un anciano con presentes á pedir la novia. Si la obtenía, despues de un gran banquete la recibía envuelta en un manto de brillantes colores. Llevábala uno en hombros y la acompañaban bailando y cantando parientes y amigos. A cada arroyo y en cada pueblo por donde pasaban se detenían y hacían gran fiesta. La novia guardaba silencio y ocultaba el semblante hasta llegar á los hogares del novio, donde la tomaban las mujeres, la descubrían, la bañaban en agua de flores y la encerraban. Encerrada seguia mientras no llegase la hora del casamiento.

Entre los chichimecas bárbaros del tiempo de la Conquista los padres del mancebo entregaban á los de la doncella un ramillete atado con cintas rojas. Si lo aceptaban los de la doncella, se repartía entre los amigos manojos de mariguana para significarles el fausto acontecimiento é invitarlos á la reunion que con objeto de discutir el asunto debia celebrarse á la otra noche. Se discutia en aquella junta la conveniencia de la proyectada boda, y, si era favorable el acuerdo, enviaba la novia al novio regalos en muestra de aceptacion y cariño.

XIX

Los ritus nupciales.

El azteca, amigo de ceremonias como ninguno, las tenía lo mismo para los esponsales que para la boda. Como solía casar á los hijos cuando era tiempo de que dejaran la escuela y la comunidad en que desde niños vivian, al proponérselo empezaba por convidar al maestro, siempre sacerdote, á un banquete de familia. Pedíale allí vénia para el proyectado matrimonio y le entregaba despues un hacha como en señal de que el alumno se separaba del preceptor y los condiscípulos y volvia al hogar paterno. Al otro dia, en otro banquete, á que no asistían más que los deudos, buscaba y elegía novia examinando cuidadosamente, bien por sí, bien por agoreros, el día y el signo en que así el hijo como ella hubiesen nacido á fin de ver si los signos de los dos coincidían y auguraban próspera ó contraria suerte. Pedía por medio de dos ancianas á la escogida doncella y rara vez la alcanzaba antes de la tercer visita. Los padres de la agraciada querían tambien oir el consejo de sus parientes.

Convenido el casamiento y señalado por los agoreros el día que consideraban

fausto, poníase un braserillo con fuego en la mitad de una espaciosa cámara cubierta de verdes ramas y olorosas flores. Junto al braserillo, sobre una pintada estera, sentábase á la izquierda del novio la novia, que había venido de la casa de sus padres, cuando no en angarillas, á espaldas de una vieja, en medio de un grupo de amigos y deudos y entre dos filas de hombres con sendas antorchas. Daba allí la madre de la novia al novio un maxtle, que le dejaba á los piés, y un manto, que le anudaba en el hombro; la madre del novio á la novia, un rico faldellin, que soltaba al suelo, y un vipil ó chambra, que desde luego le ponía; y despues de una más ó ménos corta arenga en que se esplicaba los deberes de la mujer y el marido, ya de pié los novios, se los unía atando por los extremos el manto y la saya y se los hacía dar siete vueltas al rededor del brasero echando constantemente á la lumbre copal ó incienso. Amigos y parientes les arrojaban en tanto al cuello cadenas de flores y les ceñían á las sienes hermosas guirnaldas.

Al decir de algunos autores no constituía aún esto los ritus esenciales del matrimonio; para que la union fuese del todo legítima era indispensable que los novios fuesen al templo y junto á los altares de no sabemos que ídolo recibieran sobre sus cabezas un velo de rica labor donde estaba pintado un esqueleto, símbolo, á lo que parece, de que no se podía disolver el matrimonio sinó con la muerte. Si así era, no puedo explicarme que omitiesen tan importante ceremonia hombres que, como Sahagun, se enteraron minuciosamente de las costumbres mejicanas á raíz de la Conquista y, si prolijamente las estudiaron, con no ménos prolijidad las describieron. Se me hace mucho más difícil esplicármelo cuando considero que por este ritu no podían ménos de recordar la velacion cristiana, tambien aquí complemento de los ritus nupciales.

Tanto Sahugun como Oviedo ponen la esencia del matrimonio azteca en el juntar del manto del novio con la saya de la novia; y, aunque el primero refiere otras muchas ceremonias posteriores, ninguna que guarde relacion ni con el templo ni con el sacerdocio. Habla Sahagun tan sólo de que la madre del novio de unos tamales ú otro manjar que consigo tenía daba cuatro bocados á la nuera y otros tantos al hijo; luego hijo y nuera se retiraban á un aposento donde habían de vivir cuatro días en total abstinencia y rigoroso ayuno mientras deudos y amigos se entregaban á banquetes y fiestas; dormían los dos al cuarto día en una misma cama sobre una estera tejida al intento; y al amanecer del quinto se sacaba la estera al patio á fin de acreditar que la novia había entrado vírgen en el tálamo del marido.

Intervencion del sacerdote en los matrimonios no recuerdo que la hubiera sinó entre los mayas, los muiscas y los quelenes. Limitábase el sacerdote maya á inquirir si los novios estaban resueltos á vivir comun vida: como le respondieran afirmativamente, entregaba la mujer al hombre. El sacerdote muisca era más exigente. Puestos los novios de pié y el brazo del uno en los hombros

del otro, preguntaba á la hembra si amaría á su dios más que á su marido, á su marido más que á sus hijos y á sus hijos más que á sí misma; y, ya que la hembra lo prometiese, preguntaba por tres veces al varon si quería unirse á su esposa con indisoluble lazo. No los daba por casados que, el novio las tres veces no contestase en voz alta: «quiero.» El sacerdote quelen empezaba por pedir á los novios pública y solemne confesion de culpas. Sólo despues de oir al novio si había ó no llegado á la novia ú otra mujer cualquiera, y á la novia si alguna vez se había ó no permitido cosas que la honestidad no tolerase, consentía que se los engalanara con los regalos de boda y el uno en hombros de dos ancianos y la otra en los de dos ancianas fueran conducidos al hogar que les tenía preparada la tribu.

No era más frecuente en América el matrimonio civil que el religioso. No lo conozco sinó en los nicaraguatecas, los pueblos de los Incas, los mapuyes y los guaiquiries. Entre los nicaraguatecas tomaba en su mano derecha el cacique los dedos meñiques ó los anulares de la izquierda de los dos novios y pronunciaba la fórmula: «sed buenos casados; no disminuyais, ántes aumentad la hacienda.» Encontrábanse luego los dos cónyuges enfrente de unas teas que estaban ardiendo: no bien apagadas, podían retirarse y consumar el matrimonio. En el Perú cierto día del año se reunían en las plazas públicas, á un lado los mancebos, al otro las doncellas, todos los que se habían hecho promesa de casamiento. Los casaban juntándolos por las manos, en las provincias los curacas; en el Cuzco, si nobles, el Inca; si plebeyos, uno de los ministros. Entre los mapuyes y los guayquiries no hacía el cacique en realidad sinó presidir las fiestas de la boda, que eran singularísimas. Despues de conjurado el demonio y concluídas las danzas se ponía, sin embargo, á la cabeza de la comitiva, daba la vuelta al pueblo y llevaba la novia al hogar del novio.

En las demás razas era exclusivamente familiar el matrimonio é indefinida la variedad de ritus. Entre los araucanos, convenido el precio de la venta, cerca del umbral de la casa del futuro suegro sentábase el novio rodeado por sus más próximos parientes. Tenía junto á sí un monton de vestidos y á poco en él á la novia, que se resistía por algunos instantes á ocupar aquel blando trono y no parecía ceder sinó á la fuerza. Cubríase entonces de regalos á la pudorosa jóven y se le ceñía la corona de las desposadas. Despues de un banquete, á que concurrían las dos familias, se acompañaba por fin los dos cónyuges á la choza del marido. Entre los patagones los novios estaban solos y tranquilos en un nuevo toldo mientras se entregában sus deudos ora á comer y beber, ora á cantar y bailar al son de cuernos marinos y calabazas llenas de guijas. Duraba el ruído y la algazara todo el día y toda la noche; y, al rayar de la aurora, se daba por casados á los dos amantes, como se los encontrara juntos en la cama. Lo raro es que se observaba casi la misma costumbre en tierra tan distante de Patagonia como la de los modocos, una de las numerosas gentes de la California del

Norte. Allí tambien los novios, en tanto que se alegraban sus parientes, permanecían solos y callados en una tienda, junto á la cual ardían apiladas las antorchas con que los habian conducido á él un coro de mancebos, á ella de vírgenes.

En el párrafo anterior hablé de los esponsales de los mosquitos. El matrimonio se verificaba por la simple entrega de la novia al novio, que la tenía tres noches en la casa de sus padres, otras tres en la de los suegros y las demás en la propia. Los ritus más extravagantes eran sin duda los de los towkas, que pertenecían á la misma raza de los mosquitos. Empezaban los towkas por trazar con piedras en el campo una especie de círculo mágico, en medio del cual levantában una pequeña choza con puerta al Oriente y abertura por donde escapara el humo. Ponían en mitad de la choza un monton de varetas de copal y junto á las piedras del círculo una canoa llena de vino de palmera y de calabazas de gran blancura. Dirigíase luego el novio con su padre y multitud de vecinos y deudos al hogar de la novia, y se sentaba enfrente sobre un haz de regalos que para ella traía. Generalmente no conseguía la entrada el padre mientras no recurriese á los encantos de la música. La puerta se iba entónces abriendo lentamente y el padre aprovechaba la ocasion para poner dádiva sobre dádiva en manos de una mujer que asomaba con fingido temor la cabeza. Conseguían al fin entrar todos; y allá en el más escondido rincon de un aposento encontraban á la novia ricamente ataviada sobre un banquillo que apenas levantaba dos piés del suelo. En el alardear de los regalos entraba lo principal de la fiesta. El novio, prevaliéndose de la distraccion que esto producía, arrebataba de improviso á la novia, se la cargaba á cuestas y á todo correr se dirigía al círculo mágico sin que bastáran á detenerle ni los pasos ni la gritería de las mujeres, que iba sin cesar aumentando. Ya dentro del círculo, se precipitaba á la choza y pegaba fuego á las varetas de copal con una astilla que á medio encender le facilitaban. Como las varetas ardiesen hasta consumirse, quedaba casado con general aplauso de la muchedumbre, inclusas las energúmenas que le habían perseguido y no habían cesado un momento en sus desaforadas voces. Numerosas libaciones y el acompañamiento de los novios á la luz de brillantes antorchas ponían término á tan extraños ritus.

No eran ménos de notar los de los algonquines. Salía de su hogar la novia llena de galas, vestida de pieles de castor y untados los cabellos con manteca de oso. La madre del novio en cuanto la veía, le mudaba el traje y le entregaba un caldero. Volvía con él la novia á su casa, se vestía de nuevo, tomaba en hombros una carga de maíz y regresaba á los lares del novio. El novio era entonces el que la desnudaba: el matrimonio quedaba perfecto. En algunas tribus, sin embargo, las ceremonias no eran á lo que parece, las mismas. Quedaban casados los contrayentes por la ruptura de una varilla que empuñaban cada uno por un extremo.

No podría fácilmente concluir este párrafo si quisiese apurar la materia. Hablaré ya sólo de los guanaes, que habían reducido el matrimonio á un contrato. Los guanaes estipulaban á presencia de sus parientes los derechos que se reservaban y las obligaciones que contraían por el casamiento. Decidíase el varon por la poligamia ó la monogamia; y la hembra, por la poliandria ó la monandria. Hembra y varon fijaban á quien corresponderían los diversos trabajos que pudiese exigir la vida y el bienestar de la familia. Institucion rara, que no he visto en ninguna otra raza de aquel vasto continente.

XX

Monogamia y Poligamia.

Los pueblos verdaderamente monogámicos eran en lo antiguo los toltecas y los chichimecas; en los tiempos de la Conquista, los iroqueses, los zapotecas, los mayas, los guaycurues y los otomacos. Ni en sus caudillos consentían la poligamia. De los toltecas se dice que hasta prohibieron á las viudas las segundas nupcias.

Los aztecas distaban de ser tan severos. Eran escandalosamente polígamos sus reyes; y, como ántes indiqué, no dejaban de serlo sus nobles, puesto que muchos tenían, además de la mujer legítima, cuando ménos una concubina. Lo eran tambien los Incas, pero no ya sus vasallos.

Entre los chiquitos, los nutkas y los californios del Mediodía estaba tambien reducida la poligamia á los jefes. Lo estaba en otras muchas razas; pero no ya porque fuese ilícita para los súbditos, sinó porque la hacían imposible la necesidad de adquirir por compra la mujer y la general pobreza.

Se era monógamo en algunos pueblos sólo porque la escasez de hembras no permitía la poligamia; se era en otros monógamo ó polígamo segun las hembras faltasen ó sobrasen. A la misma poliandria recurría el esquimal en las grandes carestías de mujeres.

Lo predominante era la poligamia. Solía tomar el varon las esposas ó concubinas que le exigía el apetito y le consentían las fuerzas; y, salvo la primera, las tomaba sin ritus ni ceremonias. La hembra, por su parte, podía tener dos maridos en algunas, aunque muy pocas, razas: en ciertas tribus de los koniagas y de los aleutas.

XXI

Promiscuidad de mujeres.

Entre muchos salvajes había algo más repugnante que la poligamia. Los tu-

pinambaes se cedían los unos á los otros las consortes, las hermanas y las hijas. Los tinnehs en prueba de amistad y confianza no pocas noches trocaban las esposas. Los aleutas las cambiaban repetidamente, como habrían podido cambiar los dijes. Las naciones del río Gila concluían muchas de sus danzas por vergonzosas bacanales, donde usaban de la mujer ajena como de la propia. Distinguíase entre todas la de los keres, que en la más importante de sus fiestas se entraban, cuando bien les parecía, en una oscura cueva y gozaban indistintamente de solteras y casadas, hollando todos los deberes y todos los derechos. Celebraban al año los nicaraguatecas otra orgía, donde matronas y doncellas holgaban con los varones á que las atraía el interés ó el antojo.

Añádase á todo la costumbre que en muchos pueblos había de poner así á la cónyuge como á la concubina en la cama del huésped; y se verá donde quedaban los fueros del matrimonio. Lo al parecer increíble es que participasen de tamaña aberracion los reyes aztecas. No cabe, sin embargo, negar que cedían mujeres de su serrallo á las personas de jerarquía que albergaban en sus palacios.

XXII

El adulterio.

¿Quién diría que en tan desenfrenada concupiscencia se castigase á los adúlteros? Eran pocas las razas salvajes en que no se los perseguía. Los mataba el moxo y aún el degradado habitante de la península de California; los apedreaba el caribe en la plaza pública. Mutilábalos el algonquin y aun les quitaba la vida; y el californio del Norte llevaba la cólera al punto de arrancar un ojo al varon, las entrañas á la hembra y la libertad á los hijos, á quienes hacía esclavos de los parientes del ofendido. Ménos duro el crik, se satisfacía con apalear y privar de las orejas al delincuente; y el apache, con infamar á la seducida esposa cortándole diagonalmente la punta y las ventanas de la nariz y obligándola á ser la prostituta de la tribu.

Blandos con los adúlteros no sé que lo fueran sinó los patagones, los charruas, los pueblos de los llanos del Orinoco y los nicaraguatecas. Devolvía el patagon la mujer desleal ó la vendía al amante. No pasaba el charrua de maltratar á los criminales cuando se le encendían los celos. Buscaba el indígena de los Llanos la venganza en pagar ofensa con ofensa. Despedía el nicaraguateca á la culpable y la condenaba á viudez perpétua, bien que entregándole el dote. Sólo del huron se dice que, partidario del amor libre, no veía en la infidelidad delito.

Consideraban no pocos salvajes el adulterio más como un ataque á la propiedad que como un ataque á la honra. Otros, empero, discurrían de tan diferente manera, que, al saber el de sus esposas, ó se suicidaban ó, despues de haber roto

las ollas y las vasijas de la casa, huían á lo más cerrado de un monte, se construían una mala choza y vivían de lo que les daba espontáneamente la tierra hasta que la misma cónyuge objeto de sus iras los sacase de tan penoso retiro increpándolos, acoceándolos y aun á veces arrastrándolos por los cabellos. Tales eran los musos y los colimas, en quienes se ve claro el deseo de cubrir por lo ménos con apariencias el consentimiento de su deshonra.

En las razas cultas no todos los adúlteros sufrían igual castigo. En Guatemala el casado que yacía con soltera pagaba una multa de sesenta á cien plumas de rara belleza como le denunciasen los parientes de la hembra, que, á fin de evitar el escándalo, casi siempre guardaban silencio. Sólo cuando persistian en sus relaciones ilícitas debian el casado y la casada ó viuda que se ayuntasen aspirar sujetas las manos á la espalda, el humo de cierta planta que, si no detenía, por lo ménos turbaba el curso de la vida. Soltero que yoguiese con mujer ajena había de satisfacer lo que ésta hubiese costado siempre que el marido no le perdonase. No se castigaba con la muerte sinó al que manchara el tálamo de su rey ó de su cacique. Noble, se le estrangulaba; plebeyo, se le despeñaba.

Eran más severos los itzas. Ataban á un poste á cada uno de los dos adúlteros. Mataban al varon á flechazos; á la hembra á pedradas. La primera piedra la disparaba el sacerdote; la segunda, el marido; las demás, la muchedumbre.

Ni eran más blandos los mayas. Tenían antiguamente el adulterio por tan grave crímen, que se atrevían á castigarlo por simples sospechas, y empalaban ó desentrañaban á los reos convictos. Ménos rígidos ya en los tiempos de la Conquista, infamaban á la mujer, asaeteaban al hombre.

Crueles y tambien injustos se mostraban aquí los aztecas. Varon casado podía cohabitar impunemente con mujer libre. Casado ó soltero, moría como usase de consorte ajena. Si él y ella pertenecían á la plebe, se los apedreaba en lugar público; si á las clases altas, se les estrangulaba en la cárcel, se les cortaba y ceñía de plumas verdes la cabeza, y se les quemaba el cuerpo. En algunas provincias, en la de Ixcatlan, por ejemplo, que correspondiesen á la nobleza, que al vulgo, se los despedazaba y se distribuía los miembros entre los testigos.

Lo que allí no se consentía en modo alguno era que el marido tomase por su mano la venganza. Aunque cogiese en flagrante delito á los adúlteros, debía respetarlos y llevarlos á los tribunales. Moría si los mataba. En cambio, si el criminal para salvarse intentaba arrebatarle la vida, se le asaba á fuego lento despues de haberle untado de agua y sal las carnes para que fuese más largo el martirio. Sólo en Itztepec veo que pudiese el marido, como entre los apaches, cortar á su cónyuge infiel la nariz y las orejas para cubrirla de perpétua infamia á los ojos de las gentes.

En algunas comarcas del Imperio se tenía por infame y aún se castigaba al complaciente varon que consintiera el adulterio de su esposa.

En las naciones sujetas á los Incas, debía tambien el marido denunciar á la

mujer en falta. Pero aquí la obligacion era recíproca: había tambien la mujer de acusar al marido que le faltase. Adúltero y adúltera pagaban con la muerte. Con sólo el destierro, el marido que mataba á los culpables sorprendidos en la ejecucion del delito.

XXIII

El divorcio.

El adulterio era generalmente causa de divorcio donde no llevaba consigo la pena de muerte. Distaba de ser la única. En casi todas las razas salvajes repudiaba el varon á la hembra por los más frívolos pretextos, sobre todo si carecía de hijos. En muchas aún teniéndolos. La disparidad de caracteres, el cansancio, el capricho bastaban á disolver el matrimonio. Despedíase entre los californios del Norte á las esposas como aquí á las sirvientas.

Respetaban los contraídos vínculos principalmente los moxos, los iroqueses y los columbios. No consentían el divorcio sinó por grandes motivos y despues de apurados los medios de concordia. Aun aconsejándoselo poderosas razones, lo retardaban por la sombra que dejaba caer la opinion pública sobre los que no habían sabido conservar la armonía dentro de sus propios hogares. Entre los nez-percés, rama de los columbios de tierra adentro no quedaba otro recurso que la prostitucion á la mujer objeto de repudio.

Era mucho más difícil el divorcio en las razas cultas, si exceptuamos la de los mayas. En la de los aztecas lo concedían rara vez los tribunales á los casados en conformidad á los ritus; nunca á los que habían prescindido de alguna ceremonia esencial ó del consentimiento de los padres. Declinaban, siempre que podían, la jurisdiccion, y se desvivían más por conciliar que por dividir á los cónyuges. No eran á la verdad esta clase de negocios para decididos á la ligera. La sociedad conyugal quedaba allí completamente disuelta por el divorcio: aun queriéndolo entrambos, no podían los cónyuges volver á juntarse.

Creo inútil decir que este rigor producía entre los aztecas los mismos efectos que en las naciones cristianas: las separaciones extrajudiciales y los consiguientes desórdenes.

XXIV

La familia.

Despues de los anteriores párrafos comprenderá facilmente el lector que en la

familia gozaba el padre autoridad absoluta. No importaba que en las razas salvajes dejara impunes las faltas de los hijos: los domaba asociándolos pronto á sus trabajos y haciéndoles ver por la total sumision de la madre que solo él era la voz y el jefe del hogar doméstico. En esas razas podía aún más que en las cultas, porque se consideraba poco á la mujer y la hacía obediente y dócil por la facilidad de los repudios. Disponía, como se ha visto, de su prole para los casamientos: no sólo de las hembras, sinó tambien de los varones. Moderaban algun tanto en las razas cultas ese rigor de la patria potestad las instituciones políticas.

No padecía generalmente la paz de la familia porque fuera polígamo el jefe. Contribuían á mantenerla por una parte la suprema é indiscutible autoridad del marido, por otra la que no pocas veces se concedía á la primera mujer sobre las demás, que eran casi siempre meras concubinas, por otra el ser todas con frecuencia hijas de un mismo padre, por otra la costumbre de que cada una tuviera cuando ménos fogon aparte y compartieran todas por turno la mesa y el lecho del comun esposo.

XXV

Condicion de la mujer casada.

En las razas salvajes era la mujer más bien la esclava que la compañera del hombre. En muchas no comía con el marido ni se atrevía á sentársele al lado. En muchas más no probaba el vino que se desvivía por fabricarle y servirle. En algunas le debía tender la copa vueltos hácia atrás los ojos. Aquí no podía gustar carne alguna: allí tenía vedada la de ciertos animales. En tal otro punto dormía sobre humildes esteras cuando su orgulloso cónyuge se mecía en vistosas hamacas. Por contenta se podía dar si no era objeto de injurias y malos tratamientos.

Era, si pertenecía á razas nómades, la bestia de carga de la familia. Viajaba llevando en hombros ó á las espaldas todos los utensilios del hogar con más los niños que no pudieran seguir por su pié la tribu. En todas las etapas debía armar y desarmar el toldo y aprestar la comida, cuando no buscarla. Iba el marido con sólo el carcaj y el arco diciendo que de otra manera le sería imposible defender á sus hijos.

En los pueblos cazadores la mujer armaba y desarmaba tambien las tiendas. Acarreaba con ellas entre los algonquines las reses muertas por su consorte y entre los tinnehs las desollaba. Ni era raro que en las naciones pescadoras anduviese al remo. Perseguía con su marido el salmon en las aguas del Columbia y el manatí en las del Orinoco. Hasta de los peligros de la guerra debía par-

ticipar en gentes de suyo belicosas como los araucanos y los caribes. Iba con los unos al reparto del botin y remataba con los otros á los vencidos.

Léjos de mejorar de condicion, empeoraba donde se ejercía mayor número de industrias. Recogía la mujer dacota el arroz silvestre, sembraba y cosechaba el maíz, arrancaba raíces y cortaba yerbas. Llevaba la tienda en las cacerías, tundia y adobaba las pieles. Hacía esteras de junco. Labraba mocasines para toda la familia, adornaba con puas de puerco espin y cabellos arrancados á los enemigos mantas y zagalejos. Ponía mano en todos los trabajos del marido: en la fabricacion de tazas, de fuentes, de cunas, de canoas, de remos, de todo ménos las armas. Concurría tambien á la construccion de las casas de invierno. Iba por agua y leña, guisaba, vestía y educaba la prole. El marido, sin embargo, la despreciaba: la ofrecía á sus huéspedes y apenas se dignaba fijar en ella sus ojos.

No eran ménos rudas las faenas de la mujer ni aun entre los semicivilizados iroqueses, que, al decir de algunos escritores, admitían matronas en sus asambleas de Onondaga y les concedian el veto absoluto en las declaraciones de paz y de guerra. En muchos pueblos ni ayudarla se permitían los varones cuando la veían sucumbir al peso de tan graves cargas. Teníanlo á deshonra hasta los esquimales, en lo demás bondadosos y humildes. No es de extrañar cuando en algunas razas se le atribuía un orígen inferior al del hombre.

Distaba la mujer de lamentarse de tan dura servidumbre. Declinaba en las esclavas, donde las había, parte de sus tareas; y, donde no, las desempeñaba todas con asiduidad y celo. No solía ser la última en reprender y acusar de flojas á las compañeras que permitían á los varones otro ejercicio que el del arco y la flecha. Preparaba de léjos á sus hijas para tan difícil y laboriosa vida. Las pegaba entre los dacotas, cuando no se atrevía á tanto con sus hijos.

Gozaba de más consideracion la mujer en las razas cultas; pero no de largos ocios. En el Perú iba con el hombre á cultivar las tierras del sacerdote y las del Inca; hilaba y tejía la lana ó el algodon de que ella y su familia se habían de cubrir las carnes; cuidaba el hogar doméstico. Se daba difícilmente punto de reposo: que fuese de la aldea á la ciudad, que de la ciudad á la aldea, que de casa en casa ó de calle en calle no dejaba en sosiego el huso ni la rueca.

Al hogar vivía principalmente consagrada la mujer en Méjico. Cuando nació le habian ya dicho que debía estar en su casa como el corazon en el cuerpo y ser la ceniza que cubriese el fuego de sus lares. Esto era luego que doblaba la frente bajo el yugo del matrimonio. Como la del Perú, hilaba y tejía. Iba al mercado y trocaba por las cosas necesarias á la vida los productos del trabajo de su consorte.

XXVI

Viviendas.

Marido y mujer vivían de muy diverso modo segun la mayor ó menor cultura de las razas á que pertenecían.

No conocieron los cuytas más abrigo que el de los bosques. Dormían los aymorés del Brasil sobre la dura tierra, y cuando más la cubrían de verde follaje. Al aire libre se mantenían generalmente los cochimíes, los guaycuras y los pericues de la península de California. Defendíanse del sol á la sombra de los árboles, de los barrancos ó de rocas colgantes; del viento, contra parapetos de broza ó de piedras á que daban uno ó dos piés de altura. En cuevas ó en hoyas se metían cuando arreciaba el frío; en míseras y bajas chozas, sólo al sentirse enfermos. En cavernas se albergaban tambien los utahs, de la raza de los shoshonis. No era tampoco raro que se guareciesen del aire en reductos de fagina. Acostumbraban otro tanto los californios del Centro.

Los demás salvajes tenían ya moradas. Construíanlas muchos empleando los materiales como se los daba la naturaleza. De paja hacían los chiquitos sus pobres chozas. Doblando unas pocas ramas, metiéndolas en el suelo por los dos cabos, distribuyéndolas cuadrangularmente y echando sobre tan ruda armazon unas malas pieles se procuraban los charruas madrigueras en que habían de entrar poco ménos que á gatas. Tendían patagones y puelches sobre erguidas ramas pieles de huanaco, y dejaban concluídos sus toldos. Colocando finalmente las ramas en círculo, recogiéndolas por la parte superior y enfundándolas juntas en pieles de búfalo edificaban los dacotas sus *wigwams* de invierno y los serpientes, los californios del Norte y los apaches, sus tiendas de verano. Los wigwams eran aquí lo más notable. A trechos llevaban sendos atravesaños entre rama y rama; en el vértice, un boquete para escape del humo; las pieles, estrechamente unidas por abrazaderas ó astillas de palo.

Constituían un verdadero adelanto los *buhios* de Haytí y otras islas del mar de los Caribes, aunque carecían de madera labrada, cuanto más de piedra y ladrillo. Eran generalmente poliédricos hasta el arranque del techo, cónicos hasta el remate. Cerraban cada uno de los lados gruesos postes ó troncos de árbol; y entre poste y poste había una pared de cañas unidas por bejucos. Formaban la armadura del techo varas que partían de las soleras de los troncos y convergían á un alto madero hincado en el centro de la casa; y venían cubiertos los intersticios por cañas de través sobre las cuales se extendía, cuando no luengas pajas, hojas de bihao ó de palmera. Algunos de estos buhios eran cuadrilongos y tenían modestos zaguanes. Puertas sin jambas había muy pocas; sin dintel nin-

guna. No asomaba aún el gusto artístico en los materiales, pero sí en la manera de distribuirlos. Era todo regular y simétrico.

Seguían el mismo sistema de construccion los nicaraguatecas, que se distinguían, además, por sus elegantes cobertizos. Asentaban esos tinglados sobre rectas y altísimas ramas, casi de un mismo diámetro, paralelamente distribuídas, y les daban una belleza que buscaríamos sin éxito en los que levantaban los yuracarés y los pimas.

Habían llegado á más pocas razas salvajes. En lo que principalmente se diferenciaban de las otras era en los materiales con que cubrían los huecos. Aquí empleaban cortezas de olmo, de fresno, de abedul, ó de cedro; allí ramos de sauce; más allá el ripio ó la broza; en otra parte, el barro. De esteras de colores, sólo las de Georgia y Virginia; de esteras de junco, los comanches. Abovedaban algunos sus viviendas, pero sólo entrelazando las ramas de los muros.

Constituían otro adelanto las casas de los nutkas. Los nutkas labraban ya los postes de sus paredes y las vigas de sus techos. Entre las vigas como entre los postes encajaban movedizas tablas de cedro que podían levantar y bajar á su antojo. Tablas se dice que usaban los iroqueses, pero no correderas.

Son ahora de notar las viviendas en alto de los haidahs de Columbia y los guaraunos del Orinoco y las subterráneas de los esquimales, los tinnehs, los koniagas y los aleutas. Descansaban las de los guaraunos en vastas y espaciosas tarimas sustentadas por altísimos troncos de palmera; y las de los haidahs, en postes de veinticinco piés de altura, labrados en forma de hombres ó de otros seres. Subíase á las de los haidahs por maderos con dientes y á las de los guaraunos por verdaderas escalas. Veíase ya en estas singulares construcciones, si no más gusto, mayor conocimiento de las leyes de la gravedad y mayor cálculo de resistencias; se lo veía sobre todo en las de los guaraunos, que tenían inundadas sus islas dos veces al día por las mareas y seis meses del año por las avenidas del río.—Entre las habitaciones subterráneas llamaban la atencion los *iglus* de los esquimales. Eran excavaciones de seis piés de profundidad guarecidas por cúpulas de costillas de ballena que sobresalían del suelo unos cuatro piés, y estaban generalmente cubiertas de césped. Se entraba en ellas, no por el techo como en las de los tinnehs, sinó por túneles angostos cuya boca solían preservar de la nieve no muy altos cobertizos.

Revelaban aún mayor ingenio las casas de hielo de los mismos esquimales, todas semi esféricas, de sillares dispuestos por hiladas, de bóvedas á que servía de clave uno en forma de cuña. Muros, ventanas, puerta, muebles, todo era allí de hielo y formaba un conjunto que, al decir de uno de los viajeros, recordaba los hermosos monumentos de la antigua Grecia. ¿Por dónde pudieron llegar aquellos pobres salvajes á descubrir las leyes que hubieron de seguir en la formacion de la bóveda?

Maravilla más todavía la construccion de las casas-pueblos que vimos en las

márgenes del Río Grande del Norte; casas de tres, de cinco y hasta de siete altos: de tan vastas dimensiones, que pocas dejaban de medir cuarenta piés de elevacion, trescientos de longitud y ciento veinte de anchura; de tan atrevida fábrica que muchas tenían grandes voladizos y todas, cuando ménos en los pisos inferiores, llevaban unas como galerías ó azoteas que, cerradas por altos pretiles, servían de miradores en la paz y de baluartes en la guerra. Componíanse estas casas, unas de piedra y barro; otras, las más, de adobes de diversos tamaños y figuras; todas, de una argamasa que no era sinó una rara mezcla de carbon y ceniza de junco y tomillo con tierra y agua. Había en muchas un cuerpo y dos alas; en todas una ancha estufa debajo de un más anchuroso patio; en ninguna, puertas al ras de la calle. Había que subir á todas por escalas de mano. Construcciones más originales es difícil verlas; se hace aún más difícil explicarlas cuando se las ve surgir solas y sin precedentes en medio de razas salvajes.

Aun en estas casas-pueblos vivían hacinados y revueltos niños y adultos, varones y hembras. Si había más de un aposento por familia, no para esconder á doncellas ni mancebos actos que la moral y el pudor quieren secretos. Distaba de haberse obviado el mal en todas las viviendas de las razas cultas. Las de los aztecas pobres no tenían más de una pieza. Se componían de tres ó más las de la clase media; pero no de dos ó más dormitorios. La decencia parecía ser allí patrimonio exclusivo de nobles y reyes.

Vivieron á lo que parece los toltecas en habitaciones de piedra y barro; los aztecas fundadores de Méjico, primeramente en chinampas, despues en casas. Eran las chinampas vastos camellones de césped que se extraía del fondo del lago y flotaba sobre las aguas: se los cubría de media vara de tierra y en ellas se hacía las sementeras y se labraba humildes chozas. Levantóse al principio las casas parte en la costa, parte en el mismo lago, dándoles aquí por asiento recios troncos de cedro. Aun construyéndolas todas en firme, se observó para las de los jefes la costumbre de alzarlas por el mismo procedimiento seis ó más piés del suelo á fin de preservarlas de la humedad y hacerlas más sanas.

De barro y piedra, de árboles, de simples cañas eran en Méjico las casas de la plebe; llevaban por tejas las hojas del maguey ó las del áloes, cuando no estaban cubiertas de heno. De piedra y cal solían ser las de los hombres principales; de cedro, de ciprés, de abeto ó de pino, las techumbres. Brillaban exterior é interiormente los muros por lo enlucidos y lustrosos, y llamaban la atencion los pavimentos por lo iguales y tersos. Tenían de ordinario estas casas dos pisos; en el alto como en el bajo, hermosos jardines; zaguan, patio, azotea, granero, baño, oratorio, aposentos para las mujeres, aposentos para los hombres, una ó dos entradas, ninguna puerta. Ninguna, digo, como no quisiese darse este nombre á un cancel de cañas.

El adelanto era aquí grande: no es ya posible encontrarlo mayor en el resto de América. Sólo en la isla de Cozumel y en alguna que otra ciudad del con-

tinente yucateco dicen haber visto casas de piedra los españoles del tiempo de la Conquista. En el Perú de piedra y de piedra muy bien labrada eran las del Cuzco y las de los pueblos de la Serranía; de adobes, las de los Llanos; pero ni tenían generalmente más de un piso ni por techo sinó estera ó paja. Señales de haberlas habido de dos y tres altos no se las ha descubierto hasta aquí sinó en Chavin, Incahuasy y Huamachuco; techos que no fuesen de paja, sólo el de la casa redonda de Azangaro. Gran número de habitaciones no se sabe que las tuvieran sinó las de los curacas y los Incas. Sólo cuatro aposentos, un patio, un estanque y un huerto da Jeréz á la casa que ocupó Atahualpa en sus reales de Caxamarca al desembarcar en Tumbez Francisco Pizarro.

No habían ido mucho más allá de los aztecas ni aún los europeos.

XXVII

Alimentos.

En alimentos aventajaban tambien los aztecas á todas las demás razas. Comían aves terrestres y acuáticas; los muchos peces de sus lagos y de sus ríos; conejos, liebres, venados y unos perros que castraban con el fin de hacerlos más sabrosos. Disponían, como nosotros, de gallinas y de patos; de multitud de frutas, legumbres y verduras; de la sal, del pimiento, del tomate y de otros aderezos. Aprovechaban tambien los huevos y los estimaban en mucho. Ya asaban, ya cocían, ya guisaban tan variados manjares; crudo no comían sinó las ensaladas y la mayor parte de las frutas. Ni se limitaban á los platos simples; hacían pasteles de aves y empanadas de pescado, y conocían la cazuela y la olla podrida. Distinguíanse en esto por sus *tamales*, mezcla de pasta de maíz y carne menudamente picada, que ponían á hervir envuelta en hojas de la misma gramínea.

Comían, además, cosa no vista en otros pueblos, ciertas moscas de sus lagos que despues de secas molían, cocían y amasaban en forma de bollos; huevos de los mismos insectos y de varios reptiles; semillas de amaranto silvestre y huesos de cereza; miel de maíz y miel de maguey, segun Cortés muy superior al arrope; de esta última planta, parte de las hojas y aún parte del vástago.

No conocían el trigo, ni el centeno, ni la avena, ni el mijo: pero suplían el pan con las tortas de maíz que usan en España las provincias del Norte. Cocían el maíz en agua á que solían echar un poco de cal ó de nitro; cuando ya suelta la cáscara, lo molían en el *metate;* lo amasaban luego y formaban las tortillas; y, despues de haberlas tostado al horno, las ponían unas sobre otras á fin de que se mantuvieran calientes. No siempre empleaban así tan beneficiosa gramínea; tenían hasta diez y siete nombres para indicar los di-

versos modos de prepararla. Con ella hacían bollos, puches y hasta vino. El vino lo obtenían dejando fermentar el agua en que habían cocido el grano.

No era éste, con todo, su licor favorito. Preferían el *pulque*, el *octli*, que sacaban de sus magueyes. En la base de las anchas hojas de estas plantas abrían una cavidad y la veían á poco llena de cierto jugo; trasegábanlo á vasijas de piel ó de barro; esperaban que fermentase y lo bebían como el más delicioso néctar. Sacaban de las raíces del mismo maguey otro licor, el *mescal*, no ya tan agradable ni tan inocente. No los embriagaba el pulque, como no lo tomaran sin medida ó lo mezclaran con cierta clase de yerbas. Aunque desconocían la vid, habían tambien encontrado, como se ve, medios de suplirla.

Hacían, por fin, de las almendras del cacao un gratísimo refresco, orígen de nuestro chocolate. Las molían junto con las semillas *pochotl* y agitaban ó batian la mezcla en fuentes llenas de agua. Por de pronto la privaban de su aceitosa espuma; se la restituían luego que le habían añadido un poco de harina de maíz y puesto el líquido cerca del fuego Bebíanlo tibio y casi siempre endulzado con miel y sazonado con vainilla. No dejaban de usarlo, como pudieran, siempre que habían de emprender con escasos víveres grandes jornadas.

Estaban verdaderamente adelantados en la cocina y hasta conocieron las hosterías; pero ¡oh dolor! no tenían por mesa sinó el suelo. Aun en los palacios de sus reyes, donde se llevaba el sibaritismo al punto de servir todo lo caliente en platos con braserillo, comían en el pavimento empleando por sillas almohadones ó bajas y toscas banquetas. Por manteles usaban vistosas esteras de palma. ¿Llegarían realmente hasta las servilletas?

Servilletas y manteles de brillantes colores tenían los yucatecas, que, segun fama, se desvivían por conservarlos siempre limpios. No sé que hicieran otro tanto los nicaraguatecas; pero sí que eran pulcros hasta lavarse manos y boca ántes de comer si nobles, después si plebeyos. En lo demás se parecían los pueblos de la América Central á los aztecas, bien que generalmente recurrían, más bien que á la carne, al pescado y las frutas. Alimentábanse tambien de perros castrados, de tamales, de tortas; y hacían del maíz y del cacao más ó ménos sabrosas bebidas. Hasta nueve licores decían los quichés que había inventado Xmucané, uno de sus mitos. Ya se cocía el maíz en agua de cal, se lo molía bastamente y se lo amasaba en pellas que se desleía para satisfacer el hambre; ya se lo molía con delicadeza, se lo deshacía en agua pura y se lo calentaba y espesaba al fuego; ya se lo tostaba, se lo molía y se lo aderezaba con pimenton ó cacao; ya se lo mezclaba con el cacao mismo en distintas proporciones. Del cacao, segun Oviedo, se hacía ya en Nicaragua pastillas que contenían cierta cantidad de *bija*. Disolvíaselas en agua fría, que se pasaba de una en otra fuente hasta que levantase espuma. Conocíase el maguey entre los dos istmos; pero no se le daba, á lo que parece, ni la importancia ni las aplicaciones que en Méjico.

Donde se estimaba el maguey tanto ó más que en Méjico era en el imperio de los Incas. De él sacaban miel, vinagre y vino; de él, mezclándolo con maíz, arroz ó pepitas de mulli, un fortísimo brebaje. Vino y pan hacían tambien del maíz, á que dieron el nombre de *zara*. Molíanlo, no en metates, pero sí en anchas losas por las cuales pasaban de canto otra de mucho peso en forma de media luna. Comíanlo crudo, cocido, asado, en gachas, frío, caliente. Convertíanlo en agradable licor desliendo la harina en agua; en bebida embriagadora, teniéndolo en remojo mientras no echase raíces, moliéndolo después, cociéndolo, colándolo y dejando que fermentase. Disponían aquí, además, de la *quinua*, una especie de arroz de que, ya para comer, ya para beber, aprovechaban las hojas y el grano. Con frutas, con raíces, con legumbres, con peces, con carne, principalmente la de sus carneros, de ordinario hecha cecina, completaban sus alimentos.

El maíz lo comian tambien muchas razas salvajes: al Mediodía del Perú, los araucanos: al Norte, los panches y muchas de las tríbus de las lagunas de Maracaybo; al Oriente de los Andes, los chiquitos, los yuracarés y los moxos; en la cuenca del Orinoco, los otomacos; hácia el Atlántico, los caquesios, gran parte de las naciones que poblaban las islas del mar de los Caribes y las que vivían entre el cabo de la Florida y los Grandes Lagos, patria de los iroqueses. Comíanlo tambien al Norte de Méjico los pimas, los *pueblos* y los californios del Mediodía.

Otras razas salvajes y áun algunas de las que acabo de nombrar suplían el pan de trigo por el de mandioca. Mondaban la raíz de esta planta, de considerable volúmen; la rallaban en piedras ásperas ó por otro procedimiento; y, á fin de quitarle el jugo venenoso que contiene, la metían en un saco oblongo de hojas de palma ó de tiras de corteza de árbol á que daban el nombre de *zibucan* los haytis y el de *tepetí* los guaraníes. Exprimían el jugo suspendiendo el saco y colgando del extremo inferior grandes pesas; y, ya que veían seca y enjuta la mandioca, la extendían sobre una tartera de barro sin rebordes que tenían puesta al fuego. Asábanla á manera de tortilla, poníanla dos ó más días al sol y obtenían un pan blanco, nutritivo y consistente que llamaban *cazabe* los isleños de las Antillas.

Hacían pan de mandioca los ya citados yuracarés y moxos, los pueblos todos de los Llanos, á excepcion de los guaraunos, los tupíes, muchas tríbus de las islas de Barlovento, donde usaban tambien el pan de *ajes*, y alguna que otra de la América del Norte. Del pan componían luego vinos tan ardientes como alimenticios ahumándolo, echándolo en ollas de agua hirviente, trasegando el líquido despues de frío por tamices compuestos de sutiles cañas y esperando que fermentase. Fabricábanlos algunos de otra manera, porque de otra manera extraían tambien el veneno de tan beneficiosa planta. Cocían éstos la raíz lo mismo para la elaboración del pan que para la del vino; y para la del vino la

hacian despues masticar por sus hijas, la recocían y vertían el agua en medio enterradas vasijas.

Los californios del Norte, los del Centro y los del Sur comían pan de bellotas. Ya secas, las molían, amasaban la harina en agua y ponían al horno la masa. No era raro que la sazonasen con bayas y la aromatizasen con yerbas.

Más difícil era sin duda hacer comestible la arcilla, y lo consiguieron, amen de otros pueblos, los otomacos á fuerza de amasijarla, de tenerla en agua, de mezclarla con cereales y raíces, de volver á diluirla, de trasegarla, de recogerla cuidadosamente y de impregnarla de manteca de caiman ó tortuga. Le daban la forma que mejor les parecía, generalmente la esférica, la cocian al horno y sacaban, segun decían, un pan tierno y sabroso. ¿Sería esta una aberracion de aquellas gentes? Es de recordar que los aztecas aprovechaban y comían un barro lijero y viscoso que se formaba en la superficie de sus lagos sin más que retirarlo y dejarle que tomara la consistencia y el sabor del queso.

Lo extraño es que ni esos otomacos ni los demás pueblos de los Llanos supieron utilizar nunca el mucho arroz silvestre que había en los anegadizos del Orinoco, el Apure, el Meta y el Guaviare. Más sagaces los algonquines, estimaron de antiguo en lo que valía el que abundantemente les daban sus lagos y sus ríos; y al llegar la estacion oportuna, pasaban á cosecharlo en canoas tripuladas por sólo dos hombres. Preferíanlo al maíz porque, don de la naturaleza, lo obtenían sin trabajo.

Multitud de razas salvajes carecían de arroz, de bellotas, de maíz, de mandioca. Movidas por la necesidad, habían encontrado, si no todas, las más numerosas, bulbos con que sustentarse ó por lo ménos acompañar las comidas que les proporcionaba la pesca y la caza. Hallo, por ejemplo, entre los guajivos las *cumacapanas* y los *guapos;* entre los dacotas, la *tipsinna* y la *psinca;* entre los chinuks, la *camma*, el *wappato* y el *shanataque;* entre los columbios, el *bitter-root* y la *cówish*, que era del tamaño de la nuez y del sabor de la patata silvestre.

Absoluta falta de carne y de pescado la había en muy pocas razas. No la sentía el esquimal con vivir bajo el más frío y rigoroso clima. Alimentábase de la ballena, de la foca, del oso, del ciervo, animales de que empezaba por beber con delicia la sangre aún caliente. Encerrado en su *iglu* durante su larga noche de invierno, saboreaba con no ménos placer la grasa de aquel amfibio y de aquel cetáceo, nunca para él desagradable por corrompida que estuviera. Disponía aún de más recursos el koniaga, que á la foca y la ballena añadía la nutria, el salmon, el abadejo, el arenque y gran número de aves marinas; y, vecino del esquimal en gustos como en tierra, no rechazaba tampoco ni la más rancia manteca ni la más vil carroña. Por motivos supersticiosos aborrecían la ballena lo mismo el thlinkitc que el haidah: pero áun así vivían con bastante holgura, no sólo de lo que pescaban sinó tambien de los muchos mariscos y

peces menudos que les dejaban en la costa las bajas mareas. En la abundancia, no que en la escasez, vivían los nutkas, que ni participaban de las preocupaciones de los haidahs ni desatendían por la pesca la caza. Perseguían principalmente al oso, cuya carne estimaban en mucho. Ni eran ménos afortunados los chinuks, que veían subir millares de salmones por las aguas de sus ríos, cubiertas de pájaros las orillas de sus pantanos y poblados de ciervos y alces sus montes. Bastaban los salmones para la alimentacion de los columbios.

Constante pobreza de mantenimientos no recuerdo que la sintiesen en la América del Norte sinó los shoshonis que no se habían establecido en las márgenes de los ríos, las desgraciadas tríbus de la península de California y las que moraban en lo interior de la Florida. Aquejadas por el hambre, comían estas gentes todo género de animales inmundos, reptiles é insectos: ratas, lagartos, serpientes, murciélagos, grillos, cigarras, hormigas y piojos. Las demás tenían abundantes en ciervos sus montes ó en búfalos sus praderas y provista más ó ménos la tierra de árboles de agradable fruta.

Tampoco afligía la miseria permanente la América Central ni las islas del mar de los Caribes. Para volver á encontrarla hay que bajar, si no me es infiel la memoria, hasta las desiertas llanuras de los patagones y la inclemente tierra del Fuego. Aun en ésta no faltaban lobos marinos donde saciaran el apetito hombres que, como los esquimales, no rechazaban por fétidas carnes ni grasas. Despues de los patagones eran cuando más de compadecer las tríbus nómades que vagaban por la parte inferior de la cuenca del Orinoco. Los pueblos de los Llanos, principalmente los que ocupaban las riberas del Orinoco mismo ó las de los principales afluentes, eran hasta ricos en subsistencias. No carecían de caza y abundaban lo indecible en pesca, tanto por la destreza con que la ejercían, como por la que les dejaba el río en sus periódicas avenidas. Aun los guaraunos, que habitaban en tierras cenagosas, habian encontrado fácil y vario sustento en la palmera muriche de que las tenían materialmente cubiertas; planta útil, si las hay, que les daba, cuando en pié, racimos de sabrosos dátiles que, desleidos en agua, producían un excelente refresco; cuando derribada ó caída, primero un licor que pasaba de dulce á espirituoso, luego unos gusanos como el dedo pulgar dé grandes, que constituían uno de los platos más suculentos; y por fin una masa esponjosa que era fácil moler y convertir en panes.

Lo que no faltaba ni en los pueblos salvajes ni en los pueblos cultos eran hambres pasajeras. Las atenuaron los reyes aztecas por sus leyes fiscales, pero no lograron dominarlas. Domináronlas sí los Incas gracias á la organizacion social que dieron á sus gentes. Las tribus salvajes ¿qué habían de hacer contra un azote que ni áun hoy podemos impedir del todo en Europa á pesar del inmenso desarrollo de la agricultura, la ganadería y el comercio? Tenían su prevision; pero, salvo los iroqueses, no la llevaban nunca más allá del invierno próximo.

Aun en esto, sin embargo, se hicieron dignas de nota. Acecinaban muchas no sólo la carne sinó tambien el pescado. Los curaban unas al humo, otras al aire, otras al fuego; y algunas habían inventado al efecto ciertas parrillas, altas y compuestas de leños verdes, á que se daba el nombre de *barbacoas*. Reducían los tupinambaes el pescado á polvo, lo mezclaban con harina de mandioca y lo podían conservar mucho tiempo: no necesitaban de más provisiones de boca para sus viajes ni sus campañas. Convertíanlo, segun Oviedo, en cecial los indígenas de Nueva Castilla con sólo tenerlo enterrado cinco ó seis días un palmo en hondo. Los nutkas y los californios del Norte le quitaban la cabeza, el espinazo y la cola ántes de exponerlo á la accion del sol ó del humo. Los columbios, cuando ya seco, lo molían entre dos piedras y lo estivaban en cestos.

Hacían los tinnehs su *pemican* por un procedimiento análogo. Cortaban en delgadísimas lonjas la parte magra de las reses muertas; y, despues de curarla, tal vez al hielo, tal vez al sol, la molían y la guardaban. Cuando la querían comer, la echaban en manteca hirviendo.

No se vaya, con todo, á creer que todas las razas salvajes supiesen asar la carne. Poníanla unas sobre las mismas áscuas; metíanla otras en palos que inclinaban al fuego. Para muchas era áun más difícil cocerla No disponían de utensilios de barro y habían de hacer hervir el agua á fuerza de echarle piedras calientes. Algunas no obstante dieron para asarla con un procedimiento que no merece olvido. Abrían en la tierra un agujero donde colocaban piedras sobre un haz de leña. Pegaban fuego al haz, y, cuando habían caído las piedras al fondo, sentaban sobre ellas la carne entre dos capas de musgo. Vertían agua en el hoyo, lo tapaban y merced á la accion del vapor estaba á poco la carne bien asada y tierna. Empleaban este sistema principalmente los nutkas.

Crudas comían pocas razas salvajes otras subsistencias que el maíz, las frutas y ciertas raíces. Sólo de los aleutas se dice en absoluto que comían cruda la carne; sólo de las tríbus de la península de California, que comían crudos los peces. No comía el esquimal crudo sinó el hígado de los ciervos, que partía en menudas piezas y mezclaba con los alimentos á medio digerir que había extraído del estómago de las mismas reses; ni el iroqués, sinó los perros que sacrificaba en sus banquetes de guerra. Comía crudos los mariscos el habitante de la tierra del Fuego y los asaba el nutka. El tinneh sólo comía crudos los ojos de las truchas. Se los arrancaba al cogerlas y los devoraba.

Con vino dejaban, por fin, de acompañar pocas razas sus más ó ménos frugales comidas. Lo hemos visto sacar del maíz y la mandioca. Lo hacían los chilenos de la fruta de varios árboles; los panches, de la batata y la piña; los koniagas, de la frambuesa; los *pueblos*, los pimas y los nuevo-mejicanos, de la pitahaya. Sin licores no sé que estuvieran sinó los dacotas, los shoshonis, y los californios. Los bebían los demás á deshora y sin tasa y se embriagaban. La embriaguez era el vicio predominante en América.

XXVIII

LA COCA Y EL TABACO.

Perdone el lector si no me atrevo á borrar del catálogo de las subsistencias el *tabaco* y la *coca*.

Usaban los peruanos la coca, principalmente en sus viajes, creyéndola seguro preservativo contra el hambre, la sed y el cansancio. Aun hoy la consideran indispensable para respirar sin fatiga en las cumbres de los Andes, de enrarecida atmósfera. Cogían ántes las hojas cuando ya secas, las cubrían de cal y las mascaban. Ahora, segun Heller, substituyen muchos á la cal la ceniza ó el pimenton, sobre todo en Bolivia.

Pero ¿hacían uso de la coca solamente los peruanos? Conocíasela en Nicaragua con el nombre de *yaat*, en Venezuela con el de *hado*, en las riberas del Marañon con el de *ipadú;* y en todas partes se la mezclaba con cal y se la tenía en la boca mientras se iba de camino ó de guerra. En la América del Norte mascaban tambien los thlinkites cierta planta: ¿sería la coca?

Pusieron algunos en duda las virtudes que atribuían á la coca los antiguos quichuas; mas, á lo que parece, sin motivo. Convienen los historiadores y los viajeros en que con unas hojas de ese arbusto y un poco de maíz emprendían y llevaban á cabo aquellos hombres largas y penosas jornadas. En cosas de diaria y personal experiencia, por otra parte, no se engañan fácilmente los pueblos. Amotináronse en nuestros días las tropas indígenas de Bolivia porque se les quiso substituir por café y aguardiente la racion de coca.

Es de mucho más dudosas virtudes el tabaco. El cultivo y el uso del tabaco estaban en mi entender limitados cuando la Conquista á parte de las Antillas, Venezuela, Méjico y algunas naciones situadas entre el golfo de este nombre y el de San Lorenzo. No me atrevo á negar que lo desconociesen los pueblos mayas.

Oviedo nos refiere como se lo empleaba en la isla de Hayti ó Santo Domingo. Se arrebujaba las hojas, se las quemaba en un plato y se aspiraba el humo por las narices mediante un tubo de dos brazos en forma de Y griega. Los efectos eran graves: caía el fumador sin sentido y en hondo letargo. El tubo de dos brazos se convertia generalmente en dos malos canutos para la gente plebeya. El uso era allí general con asombro de los españoles.

Los mejicanos se asegura que fueron gradualmente acostumbrándose á este que miro como verdadero vicio. Solían tener en los convites anfitrion y huéspedes cañas llenas de aromáticas yerbas para, encendiéndolas, procurarse agradables perfumes. Fueron poco á poco metiéndoselas en la boca y al fin tragando

el humo. Fumaban el tabaco, ya envuelto en papel ú hojas de maíz, ya metido en tubos de metal ó madera; unas veces solo y otras mezclado con liquidámbar ú otras fragantes sustancias. Tomábanlo tambien en polvo.

Los pueblos al Oriente de la América del Norte fumaban de ordinario en pipa, símbolo, segun veremos, de amistad y alianza. Por cierto que en la pipa es donde revelaron más arte.

No se introdujo aquí la coca, pero sí el tabaco. ¡Lástima que no haya seguido inspirándonos el horror que le tuvimos!

XXIX

El canibalismo.

Entre las subsistencias de la antigua América falta una: el hombre. Había pueblos caníbales lo mismo en las razas cultas que en las salvajes.

Se dice que lo eran sólo por religion los aztecas; pero no es exacto. Podrá ser que en sus principios no comieran sinó á los prisioneros de guerra inmolados en la piedra de los sacrificios y despeñados de lo alto del templo: es indudable que fueron aficionándose á la carne humana y no repararon más tarde en devorar á sus enemigos, principalmente á los muertos en batalla. Hernan Cortés no deja sobre este punto lugar á dudas. Habla de pueblos de Tepeaca *notoriamente* antropófagos. Consigna que en el sitio de Méjico los tlalcaxtecas, los otomíes, los naturales de Tezcuco, los de Chalco y los de Xochimilco hacían pedazos de los cadáveres de sus contrarios y los engullían alegremente en sus cenas y almuerzos. Refiere que á los soldados de Matlanzingo se les cogió muchas cargas de maíz y de *niños asados*. Dice por fin que en su expedicion al golfo de Honduras hizo dar muerte á un mejicano porque se le encontró comiendo carne de un indio.

Se extendía el canibalismo religioso á las naciones mayas. Del istmo de Tehuantepec al de Panamá se comia más ó ménos á los hombres sacrificados en los altares de los dioses. No me atrevo á negar que existiese otro género de canibalismo, ni áun recordando que Bernal Diaz del Castillo desmiente la relacion que puso en boca de Jerónimo de Aguilar Francisco Lopez de Gomara. Que lo hubo en Guatemala lo afirma el Padre Las Casas; en Yucatan, Pedro Mártir de Anglería; en Nicaragua, Gonzalo Fernandez de Oviedo.

No es ya dudoso que lo hubiera entre los caribes. Por comedores de carne humana consintió la nacion española que sus capitanes los hicieran esclavos y los vendieran. Siglo y medio despues del Descubrimiento, segun Breton, que dice haberlo visto por sus mismos ojos, daban todavía grandes banquetes los de la Dominica cuando podían servir á sus huéspedes los despedazados miembros

de sus enemigos los aruacas. Sobre si eran caníbales por glotonería ó por mero ódio ó sed de venganza podrán caber dudas; no sobre que lo fuesen. Sus hermanos los tupíes, principalmente los carios y los tupinambaes, llegaron á cebar y regalar á sus prisioneros á fin de hacerlos más sabrosos. Lo dicen á una los primitivos historiadores de América, entre ellos Schmidel, Hans Staden y Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, testigos los tres de tan bárbaros hechos.

Eran, además, caníbales en la América del Mediodía los canichanas, de la familia de los moxos, los panches, los caberres ó cabres, las tríbus situadas al Occidente del río Magdalena y, segun Garcilaso y el Padre Valera, muchas de las fronterizas del imperio de los Incas. De los panches se dice que no encontraban deleite como el de chupar la sangre de los vencidos; de los cabres, que muchas veces se movían á la guerra sin más objeto que saciar en gentes de otros pueblos su brutal apetito.

Hallo más ó ménos caníbales en la América del Norte á los hurones, á los thlinkites, á dos ó tres familias de los tinnehs, á los nutkas, á los californios del Centro, á los shoshonis, á los utahs y á muchas tríbus de Sinaloa y Durango, que no formaban parte de los Estados de Montezuma. No lo eran todos en la misma extension ni en igual sentido; pero lo eran. Ninguno ciertamente como esas tríbus de Durango y Sinaloa, que iban á caza de hombres como de ciervos. Los utahs, los serpientes, los nutkas y los thlinkites se limitaban, segun parece, á comer á sus más bravos enemigos, imaginando que por este medio habían de aumentar su propia bravura. Los shoshonis y los *dog-ribs* no eran antropófagos sinó cuando los acosaba el hambre. Tampoco los hurones, como no los excitase la pasion de la venganza.

Entre aquellos salvajes engendraban tambien el canibalismo groseras supersticiones. En cierta época del año se retiraban los jefes de los haidahs á cerrados bosques ó solitarias breñas y pasaban días en la oracion y el ayuno. Volvían á su tríbu poseídos de furor religioso, y acometían á la muchedumbre. Devoraban los bocados de carne que podían arrancar á sus víctimas; y hombre había que les presentaba el brazo para que se lo mordieran. Entre los mismos haidahs, entre los nutkas, entre los californios del Centro mataban y comían los hechiceros un esclavo cada vez que se reunían para sus diabólicos ritus. ¿Dónde no dieron la supersticion y la religion orígen á mónstruos?

XXX

Vestidos.

Segun el Génesis debían vivir en estado de inocencia gran parte de los americanos. *Nudi erant, nesciebant nudos esse et non erubescebant.*

Halló Colon desnudos hombres y mujeres en todas las islas de su primer descubrimiento; vió donde más en las hembras unas *cosas* de algodon que apenas *les cobijaban la natura*. Presentábansele todos sin muestra alguna de sonrojo ni sospechar que faltasen á las leyes de la decencia. Preciso es reconocer que, si es en nosotros natural el pudor, no todos lo hacemos consistir en los mismos actos. De cubrirse, no de andar desnudas, dice el Padre Gumilla que se avergonzaban las mujeres del Orinoco.

En América los que iban vestidos constituían la excepcion; los que no, la regla. En todas las islas de Barlovento, desde las de Bahamá á la de Tobago; en toda la tierra firme del Sur, salvo la que ocupaban los muiscas, las naciones de los Incas, los araucanos, los omaguas y los moxos; en el país de los mosquitos; en todas las riberas del Pacífico habitadas por los californios, los columbios, los chinuks, los nutkas y los haidahs; en las estériles comarcas de los shoshonis; en las de Nueva Méjico; en la Florida, por fin, andaban desnudos ó poco ménos varones y hembras. En las no comprendidas entre los dos trópicos se cubrían con mantos de pieles; pero sólo cuando arreciaba el frío ó los importunaba la lluvia. Generalmente llevaban al aire todas sus carnes; las de la generacion á lo sumo, cubiertas por pañetes de tela ó cuero que se pasaban entre los muslos y prendían á más ó ménos humildes cintos En muchas partes usaban las mujeres faldas con que se cubrían de la cintura á las corvas ó los tobillos; y en otras ya mezquinos delantales que flotaban á merced del viento, ya sayas cortísimas de *tillandsias* ó de fibras sueltas de cortezas de árbol, ya un simple hilo que les bajaba del ombligo al seno y consideraban suficiente para su recato. Acontecía lo último en las costas meridionales del mar de los Caribes, en las que los hombres llevaban ó recogido el miembro ó metido, segun eran más ó ménos ricos, en cuellos de calabaza, tubos de madera ó cañutos de oro.

Entre los americanos que se vestían no descollaban los aztecas. Se cubrían todo el cuerpo las hembras, no los varones. Los varones, realmente, no por las piezas de vestir, sinó por la belleza y el gusto que en ellas mostraban, se distinguían de los salvajes. Debajo de la manta de nequen ó de algodon con que parecían en público presentaban sólo el pañete de que acabo de hablar, el *maxtli*. Iban desnudos ni más ni ménos que los patagones y los puelches, que tambien se envolvían en mantas. Ni en éstas aventajaban á tan pobres bárbaros. Usábanlas de poco más de una vara en cuadro y se las anudaban al pecho ó al sobaco conforme se las echaban en los dos ó en uno de los hombros; y los patagones y los puelches las hacían de ocho piés y se embozaban á la manera de los griegos dejando arrastrar por el suelo uno de los cabos. Para que más se asemejasen calzaban todos sandalias.

Entre los aztecas no podía en verdad decirse que fuesen vestidos ni aún los mismos reyes. Llevaban adornos sin número; por todo traje, la sandalia, el *maxtli* y el manto. No era sinó un adorno el pájaro de vistosas plumas que se

ponian en la cabeza de modo que el pico les cayera en la frente, las alas en las sienes y la cola en el colodrillo. Iban cubiertos reyes y súbditos sólo para la guerra. Llevaban entonces un sayo como el de los celtíberos y encima un sobretodo con unas medias calzas; los capitanes, un casco de madera que les llegaba al cuello y representaba una cabeza de jaguar, de leon ó de serpiente.

Calzaba la mujer sandalias como el hombre y usaba mantos de varios tejidos y formas. Vestía, además, el *cueitl*, una especie de faldellín que la cubría de la cintura abajo, y el *huipil* ó *ripil*, camisa sin mangas ó con medias mangas que del cuello le bajaba á las rodillas. No llevaba ya desnudos, como ve el lector, sinó los brazos, y desnudos los llevaron y los llevan las mujeres de muchos pueblos cultos de Europa.

En el vestir diferían poco de los aztecas los mayas. Sólo en Yucatan solían usar los varones camisas sueltas y sin mangas que los cubrían hasta las corvas. Revolvíanse las hembras al cuerpo una ancha pieza de algodon y se la sujetaban á la cintura. De la plebe, dejaban al descubierto las piernas; de la plebe ó de la nobleza, los pechos, como no fuese en Nicaragua, donde se los velaban con las caídas de una gorguera.

Entre los muiscas, por lo contrario, hacian pública ostentacion de sus pechos todas las mujeres. Ceñíanse una manta á la cintura y otra á la espalda, y de ésta se prendian los cabos entre los pechos con alfileres de oro. Vestian los hombres túnicas hasta la rodilla, mantas, en los plebeyos blancas y en los patricios rojas ó negras, y cascos de pieles de fieras, matizados de plumas de colores.

No sólo vestida, sinó tambien honesta y pulcra, iba la hembra en el imperio de los Incas. Llevaba del cuello á los talones una bata que se ajustaba á las caderas con ancho cinto; de los hombros á los tobillos, un sutil manto sujeto por alfileres de plata ú oro que llamaba *topos;* en la cabeza, una vistosa cinta y en los piés, albarcas, hechas de fibras de cabuya. No usaba de otro calzado el varon; pero, además del *maxtli*, vestía de la rodilla á la garganta una camiseta sin mangas ni cuello; encima una manta, de algodon en las tierras calientes, de lana en las frías; y en las sienes, una como guirnalda, de distinta hechura para las diversas provincias.

Muy otro era el traje de los araucanos. Componíase de camisa, jubon, bragas y *poncho*, capa á manera de casulla que se metían por la cabeza. Las bragas solían ser estrechas y cortas; la capa, suelta y holgada, que permitiese toda clase de movimientos. Completaban el vestido una faja ceñida al cuerpo y otra á los témpanos, adornada de hermosas plumas para la guerra. Zapatos no los calzaban sinó los ghúlmenes, es decir los jefes. Bata y manto empleaban tambien las hembras; pero muy diferentes de los que acabamos de ver en las peruanas. No tenía mangas la túnica, y se la prendían con broches á la espalda; era corta la mantilla, y se la ataban con hebillas de plata al pecho.

¿Qué valían, con todo, esos trajes para los de algunas razas de la América



OBJETOS ANTIGUOS DEL BAJO PERÚ

1. Traje de muchacha de la clase media.—2. Muestras de pasamanería para trajes.—3. Vasijas acopladon de barro negro.—4. Bordados de los vestidos de los Incas.—5. Baston de mando.

del Norte? Hasta bellos estaban los iroqueses con sus borceguíes de cuero, sus polainas sobre la rodilla, el sayo á la escocesa que ajustaban al cuerpo anchos ceñidores de *wampum* ó de piel de corzo, la manta revuelta al hombro, la gorra sin visera sobre la que flotaba por encima de un airoso penacho una larga pluma de águila Añadían muchas veces al talabarte uno como tahalí y al sayo una túnica.

Zapatos, polainas, túnica, manta vestían asimismo los algonquines: la túnica, las polainas y los zapatos, de bien adobadas pieles de ciervo ó cervatillo; la túnica, ceñida; la manta, compuesta de ocho pieles de castor y por lo comun salpicada de vivos y brillantes colores. Como entre los iroqueses diferían aquí muy poco los trajes de la mujer y el hombre. Difería tan sólo el de la mujer en que de la cintura abajo era ancha y flotante la túnica, subían las polainas á las corvas y formaban con el zapato una sola pieza.

Parecido era el traje de los dacotas, rama de los algonquines; pero más grandioso y pintoresco. Algunos de sus mantos, de piel de búfalo, tenían pintadas figuras emblemáticas y traían orlas de puas de puerco espin que sonaban á los pasos del que los llevaba. Las camisas, todas con mangas, iban sujetas á los lomos por un cinturón en que estaba prendido un pañete como el *maxtli* de los aztecas. Flecos y borlas de cabello de los enemigos guarnecían las polainas, que subían desde los tobillos á la mitad de los muslos. Eran de cuero de alce las suelas de las sandalias.

Los tinnehs, los esquimales, los koniagas y los thlinkites obedecían ya en su vestir, más que á los sentimientos del pudor y la belleza, á las exigencias del clima. Utilizaban los esquimales las pieles de oso, de zorra, de lobo, de rangífero, de liebre, de ardilla, de muchos pájaros, de grandes peces. Llevaban en invierno ceñidos al cuerpo dos sayos; uno con el pelo de la piel adentro y otro con el pelo afuera; el interior con mangas y capucha. Debajo de los dos sayos usaban calzones de cuero; y de las rodillas abajo, récias polainas que se unían en la garganta del pié con los zapatos. Tres y cuatro pares de zapatos se ponían durante los terribles fríos de su larga noche y su no ménos larga aurora; y para que no los calase la nieve ni el agua solían echarse á los hombros una capa de intestinos de foca ó de ballena. Iban todos con mitones. Hacíanse las hembras mayor la capucha para traer en ella á sus pequeñuelos, cortábanse el sayo de modo que por la espalda rematase en punta, y á la punta cosían ó pegaban una cola de animal que les diese en los calcañares. ¿A qué esa cola?

Suplía la falta de la capucha el varon tinneh por cierta especie de palatina y por una piel de cabeza de ciervo que á manera de gorro se ceñía á las sienes; y la hembra, amiga de llevar sus niños al calor de su cuerpo, con hacer ancha la boca de su túnica. No llevaba tampoco el varon tinneh calzas, pero sí polainas que le subían hasta más arriba de la cintura: guardaba los genitales haciendo uso del *maxtli* como los dacotas.

De piel de nutria se hacian generalmente las polainas los koniagas; y de pieles de ave, esmeradamente cosidas unas con otras, sus largas túnicas, de mangas anchísimas. Poníanse generalmente las túnicas, de dia plumas afuera, de noche adentro. No era raro que calzasen botas de piel de foca con suelas de cuero de ballena.

Con gabanes de piel de oso, de ciervo ó de lobo se cubrían por fin los thlinkites de los hombros á las rodillas; con mantos generalmente blancos, de hermosas franjas y bordados, todo el cuerpo; con sombreros cónicos de varios colores, la cabeza, bien que no pocas veces la llevasen desnuda lo mismo las hembras que los varones.

¿Dónde empiezan aquí los salvajes? ¿dónde acaban los hombres cultos? Tal vez lo que más separe á los unos de los otros sea la circunstancia de servirse ó nó de tejidos para sus trajes.

XXXI

Adornos.

Pintábanse casi todas las razas. Hacíanlo algunas para defenderse del calor ó el frío, otras para verse libres de insectos, otras para afearse y poner espanto al enemigo; las más, por embellecerse. Solía tener cada una sus colores favoritos, y no todas los extendían á todo el cuerpo. Cual se teñía solamente el rostro, los brazos ó las piernas; cual no más que los párpados, la nariz, la barba ó los dientes. Dejaban de embadurnarse muy pocas para sus festejos y guerras.

En ciertas razas difería este adorno segun la clase, la edad, el orígen ó el sexo. Pintábanse los caquesios el brazo, si en batalla ó duelo habían dado muerte á uno de sus enemigos; el pecho, si habían vencido en dos combates; del ojo á la oreja, si por nuevos triunfos habían entrado en la corte de sus caciques. Niños aún los guaycurues, llevaban negras las carnes; mozos ya, encarnadas; ancianos ó jefes, de varios colores. Sólo las hembras entre los koniagas y los aztecas usaban afeites. Teñíase la mujer azteca la cara, los dientes, los piés y con frecuencia manos, garganta y seno; la mujer koniaga, no más que el semblante. Entre los incas finalmente distinguíanse las *pallas* por una línea roja desde los ojos á las sienes.

Razas había donde era tal la aficion á pintarse, que se tenía por más honrado al que más brillantes colores sacaba. Tales eran entre otros los salivas y los cumaneses, amigos de este género de adornos hasta engomarse á veces y cubrirse de vistosas plumas. Aromatizábanse frecuentemente las yucatecas diluyendo olorosas resinas en los líquidos con que se teñían.

Era tambien general en América la costumbre de labrarse, *le tatouage*, *the*

tattooing, la impresion de dibujos indelebles en las carnes. No se labraban las naciones sujetas á los Incas ni las nahuas, como no fuese la de los otomíes; pero sí las mayas, principalmente las de Yucatan y Nicaragua. Labrábanse aquí los varones desde los piés á la cabeza; y las hembras desde la cintura arriba, salvo los pechos. Tenían al efecto oficiales que les trazaban en la piel, ya simples rayas, ya pájaros, ya serpientes, y luego con afilados cuchillos de pedernal les recorrían las marcadas líneas. Por superficial que fuese la sajadura, la operacion era dolorosísima; pero, mezcladas la tinta y la sangre, quedaba de por vida señalado el cuerpo. Labrábanse los otomíes sólo el pecho y los brazos, y esto cortándose el cútis y restregándose con polvos azules la herida.

El procedimiento era en todas partes el mismo; cambiaban á lo sumo el material y la herramienta. Aquí, por ejemplo, se empleaba carbon en vez de tinta; allí en vez de cuchillos, espinas de pescado ó de cáctus. Variaban en cambio indefinidamente el lugar y la naturaleza de las labores, y en algunas razas tenían patron obligado. Labrábanse las californias del Norte como querían los brazos y el enves de las manos; pero en la cara, sólo tres líneas azules que desde el centro y los ángulos de la boca les bajaban perpendicularmente á la barba. A medida que avanzaban en años se las iban ensanchando hasta casi confundirlas; cuanto más anchas las hacian, tanto más respeto inspiraban á toda su tríbu. Se labraban tambien las payaguaes á su antojo pechos, brazos y muslos; y el semblante, sólo despues de adultas y con estricta sujecion á viejas prácticas. De la raíz del cabello á la punta de la barba, un liston oscuro; sobre la frente y los párpados, siete ó nueve líneas verticales; de los extremos de la boca á la mitad de los carrillos, dos cadenas que corrían paralelas á las mandíbulas; en el ángulo exterior de cada ojo, dos eslabones unidos que terminaban en lo alto de las mejillas. Los achaguas por su parte trazaban en sus hijas unos como vigotes que caían en forma de arco hasta el borde de la quijada.

En las costas de la Florida no se labraban el cuerpo sinó los caciques; se limitaban los súbditos á pintarse y aún sólo para la guerra. Permitíase entre los esquimales la mujer plebeya sólo una línea vertical en medio de la barba y otra paralela en cada lado; y la noble, dos verticales en cada uno de los ángulos de la boca.

Ni se satisfacían con estos adornos los antiguos americanos. Perforábanse los más, como dije, el lábio inferior, la barba, la nariz, las orejas; y algunos, los tupies, hasta las mejillas y las extremidades de la boca. Poníanse en todas estas aberturas variedad de dijes: aretes, anillos, botones, alhajas de más ó ménos valor y gusto segun la riqueza y la cultura de cada individuo y cada pueblo Llevaba el azteca de rango por *barbote* una joya de *chalchiuite*, de cristal de roca ó de ámbar engastado en oro; pendientes del lábio, medias-lunas de oro ó piedras preciosas; en las paredes de la nariz, turquesas; zarcillos de pedrería en oro ó plata; y el azteca pobre recurría para estas galas á la madera, el hueso, la

piedra comun ó el cobre. Usaban los chiquitos por aretes riquísimas plumas; los yuracarés, borlas; los pueblos de la Florida, ciertas vejigas de pescado que se teñia de rojo y relumbraban como carbunclos; los dacotas, sartas de *wampum;* los aleutas, anillos de hueso; *pueblos* y pimas, una piedra azul que se criaba en sus cerros.

Hubo en esto aberraciones que no cabe echar en olvido. Horadábanse los Incas las orejas; y con el tiempo se ensanchaban los agujeros de modo, que podían prenderse en los cartílagos discos de oro anchos y gruesos como rodajas de cántaro. Observaban la misma costumbre los lenguas del Chaco, los orejones del lago de Jayba, los aymorés ó botocudos del Brasil y algunos pueblos de la cuenca del Orinoco. Grandes colmillos de cayman se metía por los pulpejos de sus orejas la mujer de los Llanos; ruedas de palo, de dos y tres pulgadas de diámetro, el orejon y el botocudo; pequeñas calabazas, el lengua. El lengua y el botocudo se introducían, además, en el lábio inferior, que se cortaban horizontalmente, discos de madera de ocho, doce y áun diez y ocho líneas de radio. Subiáseles el lábio inferior muy por encima del superior mientras llevaban este raro adorno; y, cuando no, se les caía sobre la barba dejando al descubierto los dientes. No cabia fealdad mayor; y sin embargo, al Norte hacían otro tanto las hembras entre los thlinkites y los haidahs. El disco era aquí un bruñido óvalo de cedro ó roble, acanalado en los bordes como rueda de garrucha, que medía unas seis líneas de espesor, de dos á seis pulgadas de longitud y de dos á cuatro de anchura. No se proponía á mujer alguna que lo soltara que no se le cubriera el rostro de vergüenza. Cribábase por fin la barba la mujer koniaga á fin de esmaltársela de pequeñas conchas de mar y menudas piezas de ámbar; y se afilaba los dientes la yucateca con piedra arenisca y agua.

Decir ahora los muchos adornos con que se decoraban lo demás del cuerpo lo mismo las razas cultas que las salvajes seria difícil. Iban desnudos los caciques de Hayti y llevaban cintos con carátulas de oro, coronas de oro y placas de oro al pecho. Poco ménos que desnudos iban los reyes aztecas, y llevaban en sus grandes fiestas, además de las joyas de orejas, nariz y lábios, en la garganta sartales de piedras preciosas y un collar con medallon de perlas; encima de los codos, brazaletes de que salían altas y brillantes plumas; en los brazos, ajorcas de oro; en las muñecas, anchos pulserones de perfumado cuero con sendas esmeraldas; de la rodilla abajo, grebas de oro purísimo; en los piés, sandalias de piel de tigre con suela de piel de ciervo; prendido á la espalda un vistoso plumaje; en la cabeza, el pájaro de vivos colores de que ántes dije; por las sienes dos borlas de finísimo plumion que bajaban de lo alto de la cabellera.

Aun en los más atrasados pueblos se veia esta rara preferencia del adorno al vestido. No cubría el guamo sus partes y se ceñia á los lomos hermosas fajas de algodon, tan delicadamente labradas, que las buscaron y pagaron á buen precio los españoles del tiempo de la Conquista. Con informes retazos de tela ó con ma-

zos de hilo de la palmera muriche se tapaban cuando más los genitales las demás tribus de los llanos del Orinoco, y lucían flecos y borlas en las gargantas de pié y pierna, pelucas de plumion ó flotantes penachos en la cabeza. Ajorcas y collares de dientes de mono, cuando no sartas de *quiripa* usaban allí las mujeres. Desnudos andaban tambien los caribes y, ya que no pudieran engalanarse con dijes de oro, se ponían en los tobillos, en las muñecas, debajo de las rodillas y en la garganta sartales de caracoles de mar, unos blancos, otros negros, otros del color de la grana ó la violeta, que no era raro mezclaran con cuentas de preciosos metales. Multiplicaba los adornos la hembra; y, si era hija de cacique, sostenía y levantaba sus pechos con bronchas ó barras de oro labrado que por finos cordones de algodon sujetaba á los hombros.

Que yo sepa no había pueblo que no se desviviese más ó ménos por ataviarse. Hasta el mísero habitante de la tierra del Fuego se hacía de conchas de mar ó dientes de pez collares, brazaletes y ajorcas. Con pezuñas de ciervo se ceñía el bravo payaguá las muñecas. En garganta y piernas se ponía el chiquito sartas de piedras que relumbraban como el rubí y la esmeralda. Cuando no los dientes de las fieras, aprovechaban el moxo y el cabre los de sus enemigos para orlar su cuello. Cubríanse de elegantes *tillandsias*, como ántes dije, las mujeres de la Florida, acanalábanse y aguzábanse las uñas de piés y manos y no pocas se pintaban de azul los bordes de los lábios. Embellecía el mismo iroqués sus airosos vestidos, ya con franjas de puas de puerco espin, ya manchándolos de vivos colores. De *wampum* y tambien de serpentina usaba el algonquin collares y pulseras. Recogia la mujer dacota en los prados las olorosas flores del *holcus fragans*, las trenzaba en forma de guirnalda y las ponía frecuentemente por orla en sus corpiños de piel de ciervo. Con las cabelleras de los vencidos adornaban así el osaje como el algonquin sus pintorescos trajes. Prendíase el mandan en sus cabellos plumas de cuervo ó de águila y derramaba con profusion los dibujos, las franjas, los escalpes, las cuentas y la piel de armiño en sus polainas y su túnica de piel de corzo y en su manto de búfalo. Hacía siempre de sus sombreros el koniaga imágenes caprichosas de peces ó pájaros; y de sus gorros el aleuta, unos como yelmos de madera ó de cuero con anchos rebordes, á que daba por cimera más ó ménos bellas esculturas y por defensa posterior barbas de leon marino.

Por extraño que parezca, forzoso es confesar que se desarrolla en el hombre ántes que el sentimiento del pudor el de la belleza. ¡Qué de esfuerzos en todas las razas por corregir y engalanar el cuerpo ántes de pensar en cubrirlo! Ya cubierto, ¡qué de afanes por hermosear los más sencillos trajes! No bien los nahuas aciertan á tapar con el *maxtli* sus vergüenzas, se apresuran á decorarlo con franjas, flecos, borlas y uno como encaje. Hacen lo mismo al adoptar el manto, que tiñeron de varios colores y hasta recamaron con grecas. No importa que tal ó cual raza carezca de arte. Toma por adorno, ya las plumas de

las aves, ya las flores del campo, ya las cabelleras de los bosques, ya el oro que le dan los ríos, ya las conchas del Océano. De esas conchas ¿qué no se hizo en América? El *wampum* del Norte, la *chaquira* y la *quiripa* del Sur, conchas eran recortadas, batidas y agujereadas de cierto modo; conchas, y, cuando no, cáscaras de caracoles.

Subía de punto el amor á las galas donde se hacía fiestas religiosas como las del Perú y de Méjico, procesiones espléndidas como las de los muiscas, exequias como las que celebraban los salivas en honor de sus caciques ó danzas alegóricas y pantomimas como las de los cricks, los iroqueses, los dacotas, los mandanes y los nutkas. En muchos de esos espectáculos figuraba un adorno de que todavía no hice mérito: la máscara, de uso bastante general en buena parte de aquel continente. La máscara era allí uno de los objetos en que se desplegaba más riqueza y gusto. Las había de madera y de barro; pero tambien de ágata, de oro y de mosaico de turquesas y esmeraldas. Trabajábase con grande esmero principalmente las de obsidiana, las más comunes en Méjico; despues las de mosaico. Quedan de todas en colecciones particulares y museos preciosas muestras: por los dibujos que he visto eran verdaderamente notables. Se encontró una de cobre en Nicaragua, pero de muy dudoso orígen.

Guardaban los aztecas las máscaras de alto precio para el rostro de sus dioses y el de sus difuntos reyes; empleaban las de madera en sus representaciones teatrales, más bien cómicas que trágicas; las llevaban de distintas formas y materias en los bailes de algunas de sus fiestas religiosas. Diversísimas las usaban tambien en sus danzas los yucatecas y los nicaraguatecas y en sus procesiones los sesudos muiscas. Unas traían además en sus divertimientos y campañas así los nutkas como los haidahs, que son dignas de nota. Las de los haidahs eran de plumas y de ballenas de foca; las de los nutkas, de cedro; unas y otras movían por secretos resortes la boca y los ojos. Abríanse y cerrábanse las de los haidahs como abanicos.

XXXII

Tocados.

No se tocaban en América todas las razas. Los antiguos tarascos llevaban completamente rapada la cabeza. Rapábansela tambien muchos nicaraguatecas y entre los albayas los varones. No se dejaban los nicaraguatecas sinó un mechon en la coronilla, ni las hembras entre los albayas sinó una cresta, ancha de doce líneas, que iba del cerviguillo á la frente. Una cresta igual se hacía el hombre en las costas de la Carolina del Norte y de Virginia; lo demás del cabello, si de la plebe, se lo cortaba; si noble, se lo recogía detrás de la oreja. De

sien á sien se formaba el sacerdote otra cresta: de léjos no parecía sinó que ciñese casco. Una se trazaban tambien los osages desde el colodrillo á la cara.

Por otra parte raíanse caprichosamente la cabeza los guaycurues, quemábanse el cabello en la coronilla los yucatecas, llevábanlo como nuestros monjes los tupinambaes y se dejaban crecer otomies y aleutas sólo el del occipucio. Largo en el occipucio y corto en la frente querían el suyo los apaches, los pimas y los *pueblos*. Al nivel de las sienes se lo cortaban los botocudos; al de los hombros, las mujeres de Virginia y la Carolina del Norte; como en Europa, los iroqueses, los algonquines, los tinnehs y los Incas.

La costumbre general era, con todo, no cortarse los cabellos. Llevábanlos unas razas sueltos y á la espalda; otras, arrebujados en la coronilla; otras, distribuídos en más ó ménos trenzas; otras, al rededor de la cabeza á modo de corona; alguna, en forma de asas. Se los untaban con aceite de coco yuracarés y moxos; con el de palma, salivas y achaguas; con el de ballena, koniagas, nutkas y thlinkites; y sobre el unto se ponían, quienes plumion de águila ó de otras aves, quienes arcilla encarnada, quienes polvos de ocre. Pintábaselos la mujer en Méjico, bien con barro negro, bien con zumo de yerbas que les daba cierto color de violeta; y entre los muiscas y los peruanos se los cocía en agua de raíz de maguey y otras plantas en cuanto veía que se le ahorquillaban ó se le ponían pardos.

Se los adornaban tambien no pocas razas con vistosos penachos y brillantes plumas. Hacíanlo principalmente cuando iban de fiesta, de embajada ó de guerra; y en algunas, sólo el varon que se hubiese ya distinguido por sus hazañas. No podía ceñir penacho entre los aztecas el que no hubiese hecho en batalla cinco prisioneros, ni entre los dacotas ostentar plumas de águila el que no hubiese en combate dado muerte á un enemigo. Cada pluma entre los dacotas era una verdadera hoja de servicios. Entera y con mancha roja, decia que el guerrero había matado al enemigo por su propia y exclusiva mano; con un diente en la mancha, que le había segado la garganta; con muchos dientes y sin mancha, que sólo había contribuído á derribar la víctima.

En muchas razas de la América del Norte las plumas eran, además, signo de poder y mando. Una ristra de plumas llevaban de la coronilla á los calcañares muchos jefes de tríbu; y algunos para mayor autoridad, dos afilados cuernos. Solían pegar los cuernos á gorros ó mantos y las plumas á fajas de piel de colores. Había de este género tocados elegantísimos.

Engalanábanse otras razas la cabellera con varios dijes —conchas de mar, cuentas, hilos, cintas—; y muchas californias del Norte, con guirnaldas de hojas de laurel y roble.

Usaban pocas razas abrigos para la cabeza. Los hiperbóreos, modestas capuchas; los iroqueses, gorras de cuero de venado, sin visera y con plumas, cubiertos de una especie de randa; los thlinkites, sombreros pintados; los indios del

estrecho de Puget, de yerbas de muchos colores; los yucatecas, un paño en que Brasseur ha creído ver la *calántica* de los egipcios.

Son finalmente de notar sobre el objeto de este párrafo algunos contrastes. Consideraban los aztecas propio de esclavos cortarse el cabello; y se lo cortaban los Incas en señal de nobleza. Lo llevaban largo y revuelto los sacerdotes entre los nahuas como entre los mayas; y lo perdía, como aquí, la vírgen que se consagraba á los dioses. Las mismas razas que tenían á mengua trasquilarse, se arrancaban cuidadosamente el escaso pelo que les nacia fuera del cráneo; algunas, hasta el de las cejas. Respetaban á lo sumo los aztecas el de los lábios. En los lutos se cortaban la cabellera los que solían conservarla íntegra, y se la dejaban crecer los que solían cortársela. ¡Siempre la variedad y la contradiccion en nuestro linaje!

XXXIII

Utensilios.

No comprendo aquí las herramientas ni las armas; comprendo sólo aquellos muebles que en lo interior del hogar sirven para hacer cómoda la vida. Escaseaban lo mismo en las razas cultas que en las salvajes.

En las casas de los aztecas ricos se veía aseo y fausto: utensilios, pocos. Estaban cubiertos de argamasa, pintados de ocre y esmeradamente bruñidos los pavimentos; decoradas las paredes con tapices de algodon ó pluma; vestidas de colgaduras las ventanas; tapizados de flores, jardines y azoteas; los muebles, reducidos en las cámaras á petates de cuero ó de hojas de palma, mesas y banquillos de madera no muy altos y pebeteros de loza donde se quemaba incienso. Había en los dormitorios sólo camas, y éstas no consistían sinó en esteras apiladas unas sobre otras con toldillos por pabellones, zoquetes ó cojines por almohadas y telas de algodon por sábanas y colcha. Completaban en invierno el mueblaje unos braseros de barro y unas más ó ménos vistosas pantallas que hacían las veces de nuestros abanicos de chimenea.

Eran algo más numerosos los artículos de mesa y cocina. El *metatl* ó metate en que moler el grano y el *comalli* ó tartera en que cocer al horno las tortas de maíz faltaban difícilmente en casa alguna. No solían tampoco faltar ollas, cazuelas, platos, fuentes, vasos, copas, tinajas ni jarros de alfarería. En las casas principales había, además, caprichosas vasijas, aguamaniles y unas como teteras de exquisito gusto. Tambien manteles, cucharas de palo y cuchillos de *iztli*.

Entre los géneros de lujo figuraban principalmente los espejos; unos de obsidiana, otros de cristal de roca y otros de *margajita*, todos brillantemente pulidos y en preciosos marcos.



COLECCION HERTZ.—CUCHILLO DE SILICE. MANGO DE MADERA CON INCRUSTACIONES DE TURQUESAS

No abundaban tampoco los utensilios entre los mayas, aunque Brasseur, dejándose llevar de su fantasía, pinte en las casas de los yucatecas bancos de madera y ricos metates en forma de pájaros; esteras de extremada labor en los suelos; cortinas de brillantes colores y hábil tejido en las puertas; vasos de oro, de alabastro y de ágata trabajados con arte: vajilla que eclipsaba por sus pinturas la de la vieja Etruria; candelabros en que ardían olorosas teas; braseros de metal que llenaban de suave perfume los aposentos y hasta campanillas y silbatos con que se llamaba á la servidumbre. Tenían, á lo que entiendo, casi el mismo ajuar de los aztecas; tal vez algo más escasa y ménos elegante vajilla. Sus camas, si no más cómodas, eran más espaciosas. Las había en Guatemala donde podían holgadamente dormir cuatro personas: y la del cacique de Tecoatega en Nicaragua medía sobre diez piés de longitud y cinco de anchura. Levantaba del suelo la de este cacique poco ménos de una vara, y no era sinó un tablado de gruesos bambúes con esteras por colchon y un banquillo de madera por almohada. Se parecían á las de los nicaraguatecas las de los yucatecas.

Eran los muebles en el Perú algo más numerosos y ricos. Había allí espejos de piedra bruñida y tambien de bruñida plata: quitasoles de pluma; pebeteros de basalto, de serpentina y de mármol; vasijas de excelente barro y caprichosísimas formas; vasos de cobre, de plata y de oro; cucharas de cobre y de madera, algunas primorosamente labradas: platos de piedra y de palo: morteros de granito, de mármol rojo, de basalto negro y de serpentina verde; piedras para moler el maíz é instrumentos llamados *champis* con que se amasaba la harina; manteles, sábanas y colchas de algodon y de lana, asientos bajos de chonta; paredes sin tapices, pero encaladas unas y blancas como la nieve, enjalbegadas otras de cierto betun rojo mejor que almagre, tersas y relucientes. El oro, la plata y las piedras susceptibles de pulimento abundaban en aquellas regiones: asombraban por su grandeza los vasos de estos minerales que había en los templos del Sol y los palacios de los Incas.

Entre las razas salvajes las había que en utensilios se acercaban á las cultas. En todas las Antillas, en las Guyanas y en buena parte de la costa meridional del mar de los Caribes dormían varones y hembras en *hamacas*, aquí de hilo de algodon, allí de fibras de caraguata ó de palmera, camas excelentes para tan ardorosos climas. Donde se carecía de verdaderas sillas no faltaban nunca *duhos*, bancos de no grande altura, cómodos por lo cóncavos, ordinariamente labrados en forma de seres, ya reales, ya fantásticos. Había cántaros de poroso barro como los de Castilla; vasos, fuentes y platos de madera, que parecían de ébano por lo negros y lustrosos y etruscos por sus figuras. Conocíase y empleábase, además, para la elaboracion del pan de yuca el *zibucan* ó *tepetí*, el rallador y el cedazo.

Estaban al mismo nivel los tupíes. Dormían tambien en hamacas de algodon, disponían de elegantes artículos de barro, sentábanse en *duhos*, usaban

del *tepetí* como ningun otro pueblo y se distinguían por sus hermosas cestas, ya de mimbre, ya de hojas de palma, ya de listones de bambú, que entretejían hábilmente y pintaban de vivos colores.

La hamaca era, á no dudarlo, uno de los utensilios de más uso en América. Al Sud de Méjico la fabricaban los zoques; en muchas tribus de Honduras no se conocía otra cama; los moxos y los chiquitos la colgaban entre dos árboles y se mecían blandamente en ella para conciliar el sueño En algunos pueblos y áun entre los peruanos hacía con no poca frecuencia veces de litera para la conduccion de los caciques y otras gentes de rango. En hamaca sostenida por sus nobles salió al encuentro del capitan Ampués el caquesio Manaure; y en hamacas iban muchos de los servidores de Atahualpa cuando éste entró por su desventura en Caxamarca con el fin de ver á Pizarro.

De las razas que áun no menté las más tenían por lecho la dura tierra, por colchon una piel ó un petate, por abrigo sus mantas. No eran ya poco venturosas las que en zarzos de caña ó en tarimas de madera, que levantaban dos ó tres piés del suelo y corrían á lo largo de las paredes de sus chozas, podían al volver de la caza ó la guerra entregar al reposo el fatigado cuerpo. Gozaban de tan señalado beneficio al Mediodía los tobas; al Norte los criks, los iroqueses, los hurones, los dacotas, los mandanes, los chinuks, los *pueblos* y tal vez los nutkas. Descansaban al Mediodía los guanaes en tablados de varetas sostenidos por recias estacas; y al extremo Norte los esquimales, sobre gruesos troncos de árboles que cubrían de pieles ó ramas de sauce. En arcas á manera de tumbas dormían los koniagas.

Por regla general habían hecho las razas salvajes más adelantos en los utensilios de cocina. Unas los tenían de barro, otras, de cortezas de abedul, otras, de apretados mimbres, otras, de simples yerbas. Vasijas de piedra no sé que las tuvieran sinó los californios del Mediodía.

Había sí en muchas razas almireces de granito y sobre todo pipas, ya de pizarra, ya de piedra verde. De hueso había tambien agujas; de madera, cunas.

Había llevado el clima las razas más al Norte á la concepcion y fábrica de especiales muebles: los patines, el trineo y la lámpara de piedra. Principalmente para los esquimales era la lámpara el primer utensilio. Les servía para alumbrar sus oscuros *iglus,* derretir el hielo y cocer los alimentos.

Véase ahora la enorme distancia que en punto á muebles existía entre ciertas razas salvajes. Tomo por términos de comparacion á los chinuks y las ya conocidas tribus de la península de California. Tenían esos californios por todo ajuar de cocina conchas de mar de varias dimensiones: en conchas, sus platos, sus fuentes, sus vasos, sus tinajas. No podían al emprender un viaje llevar en conchas el agua, y la ponían en anchas vejigas. Para cunas de sus hijos usaban caparazones de tortuga. Obra de sus manos tal vez no poseyeran sinó cestas de mimbre.

En cambio los chinuks tenían platos y fuentes de junco: vasos de yerbas ó de fibras de árboles hábilmente entretejidas, artesas de cedro y otras ricas maderas; cucharas de cuerno; agujas de ala de grulla; pipas de madera durísima con tallos de sauco por tubo. Contaban entre sus vasijas tinajas cónicas con dos agujeros por asas y tambien pequeñas copas; unas y otras con figuras de distintos colores compuestas de hilos ó cordones de yerba.

Allí no más que la naturaleza y aquí todo arte. Quizá no hubiese mayor distancia entre las razas salvajes y las cultas.

XXXIV

El hogar salvaje.

A pesar de lo escasos que eran los muebles, presentaban las viviendas de muchas razas salvajes un conjunto pintoresco. Estaba generalmente el hogar en medio de la estancia, debajo del agujero que se dejaba en el techo para el escape del humo; era circular y poco profundo; y sobre él lo más del tiempo pendía del vértice de tres palos divergentes un más ó ménos ancho caldero de barro. Corrían al rededor de las paredes las camas, ya simples petates, ya zarzos y tarimas, como ántes dije. Dos órdenes de tarimas, enclavadas en las mismas paredes, solía haber en las casas de los iroqueses: el uno á dos y el otro á cinco piés del suelo.

Colgaban del techo en distintos grupos mazorcas de maíz, carne ó pescado hechos cecina y tal vez el trineo ó la canoa; de los muros, aquí armas, allí mantos, acullá adornos y galas de varones y hembras; en el lugar más visible ramosas cabezas de búfalos ó ciervos. No era raro que completasen el cuadro trofeos levantados no lejos de la puerta. Hincaba el puelche la lanza delante de su toldo; junto á su cobertizo, ponía en altísimas cañas el cacique nicaragua-teca los cráneos de las reses muertas por su mano; y el jactancioso mandan á la misma entrada de su choza, en no ménos altos varales, hacía flotar sobre rotas aljabas y viejos escudos las cabelleras de sus enemigos.

De noche sólo en las moradas de los esquimales y los subterráneos de la isla de Fox ardían lámparas de piedra provistas de aceite de ballena ó de foca; no se derramaba por las habitaciones de las otras razas sinó la vacilante luz de humosas teas. Ni los mismos aztecas dispusieron jamás de mejores antorchas.

Escaseaban ordinariamente en el hogar salvaje el aseo y el decoro: la suciedad en personas y cosas era no pocas veces insoportable.

XXXV

La caza.

Para hacerse con esos utensilios, adornos, vestidos, alimentos y albergues debían lo mismo las razas salvajes que las cultas recurrir al trabajo. Recurrieron primeramente á la caza y la pesca; después á la agricultura, las artes, la nave gacion y el comercio.

Es de ordinario la caza en las naciones civilizadas ejercicio de recreo y artículo de lujo; pero constituye en las otras la necesidad suprema. Entre los na huas, por ejemplo, fué mera diversion y golosina para los aztecas; condicion de vida para los chichimecas, mientras no se establecieron en el valle de Méjico.

Fueron razas cazadoras casi todas las salvajes, inclusas las de la costa de los dos Océanos.

Casi todas empleaban en sus cacerías el arco y la flecha. Hacían ademas uso, quienes de la honda, como los habitantes de la tierra del Fuego; quienes de la bola y el lazo, como los patagones y otros pueblos del Mediodía; quienes del arpon de movible punta, como las tribus del Orinoco. Iba aquí la punta sujeta al astil por una larga cuerda de pita, que se enredaba pronto en los arbustos y la maleza y detenía las reses heridas por agilidad y fuerza que tuviesen. Contra los pájaros se valían aún de otra arma los quichés, los aztecas y los iroqueses; la cerbatana, por la que despedían ya balas, ya pequeños dardos.

Recurrían al ardid muchas razas, principalmente las del Norte. Cazaba el tinneh á los ciervos obligándolos á precipitarse en los lagos ó penetrar en cercas de ancha boca; el koniaga, acorralándolos en angosturas creadas por la naturaleza ó el arte; el columbio de tierra adentro, llevándolos por círculos de fuego á no muy anchos valles donde los esperaban hábiles arqueros; el chinuk, abriendo en la tierra hoyos que cubría con frágiles cañizos y lijeras capas de tierra; el habitante de la Florida, revistiéndose de una piel de venado y esperándolos agachado y quieto á la orilla del arroyo ó del río en que de ordinario bebían; el californio del Norte, escondiéndose entre la yerba y alzando y agitando los talones á que llevaba sujetas tiras de piel de armiño. Engañaba el dacota á los antílopes empleando un procedimiento análogo. Metíase tambien en altos yerbazales y, hurtando el cuerpo, levantaba y bajaba lentamente un palo de que colgaba algo de color rojo. No sé que en la América del Sur emplearan medios parecidos sinó los achaguas. Cogían estos salvajes la danta sentándose entre la paja tierna por la que se desvive.

Subían de punto los ardides en la caza del oso. Inquirían los koniagas las cuevas que le servían de albergue, las cerraban con altos valladares en que de-

jaban un hueco por donde pudiera meter la cabeza, le arrojaban al fondo del cubil una tea ardiendo y, en cuanto, ansioso de salir al campo, sacaba la cabeza por el agujero, le daban muerte. Estudiaban los aleutas las veredas que más frecuentaba, y ponían en ellas al ras de la tierra tablas de dos piés de espesor y cuatro de superficie armadas de afiladísimos arpones de hueso. Iban los esquimales á cazarlo provistos del arco y de unas morcillas de manteca cubiertas de hielo, dentro de las cuales venían dobladas fuertes ballenas. Disparábanle de lejos multitud de flechas, y, cuando los acometía, soltaban huyendo una ó dos morcillas. Devorábalas el oso, amigo de grasas, y moría á poco desgarrado por las ballenas el estómago.

Contra los conejos, las liebres, los pájaros y áun los ciervos servíanse de trampas y redes no pocas razas. Algunas se valían tambien de antorchas. Las empleaba el columbio de tierra adentro lo mismo en los bosques contra los gamos y los alces que en las riberas contra las aves acuáticas.

Contra estas aves se habían discurrido muy ingeniosos medios. Buscaba el californio del Sud en sus arroyos lugares donde estuviesen claras y trasparentes las aguas, tendia una red entre la superficie y el fondo, ponía debajo semillas y frutas y se ocultaba entre juncales ó rocas. Como desearan las aves comer las frutas ó las semillas, pasaban la cabeza por las mallas de la red y quedaban presas, sirviendo para otras de atractivo y señuelo. En balsas ó corrientes donde se formaran canales por la interposicion de bancos de espadaña extendia el mismo californio una red á tal altura, que pudiesen las aves nadar tranquila y holgadamente. Espantábalas cuando veía muchas debajo de la jábega, y las cogía fácilmente luego que alzaban el vuelo. Los californios del Centro empleaban aún otro recurso. En las opuestas márgenes de arroyos de estrecho cauce levantaban dos postes. Fijaban en el uno la red, y la dejaban colgante del otro por una cuerda que podían bajar y subir á su antojo merced á un agujero por donde pasaba. En cuanto un ave revoloteaba junto á las redes atraída por señuelos, levantábanlas con tal ímpetu, que caía atontada en uno como embudo que las mismas redes hacían.

Era tambien ingeniosa la manera como los nahuas se apoderaban de los pequeños monos. Encendían fuego en la mitad de un campo, echaban en él una piedra negruzca que con el calor estallaba, y esparcían al rededor granos de maíz que sirviesen de cebo. Bajaban los viejos monos con sus hijos á comer el grano; y, en cuanto daba la piedra el estallido, huían llenos de pavor abandonando la prole.

Los shoshonis y algunos californios vimos que contaban entre sus alimentos á los cigarrones y las hormigas. Cazaban los shoshonis á las hormigas extendiendo sobre los hormigueros frescas pieles de animales ó verdes cortezas de árboles, y los californios á los cigarrones obligándolos á precipitarse en ciertas hoyas á fuerza de quemar ó batir en derredor la yerba.

La caza mayor la ejercían casi todos los pueblos colectivamente. Iban los cazadores por grupos á montes y selvas y pasaban meses sin volver á sus hogares. Los yuracarés hasta se habían formado un lenguaje especial para mantener en constante inteligencia estos distintos grupos. Puestos ya en sus bosques, se decían por silbidos donde abundaban las reses, que direccion tomaban las fugitivas, que peligro corrían los cazadores y que socorro necesitaban cuando se veían acometidos por los tigres.

Para cacerías en grande escala no había, sin embargo, como las que todos los años ordenaban los Incas. En distritos que tenían de cerco veinte y más leguas se ponían en movimiento el concertado día de veinte á treinta mil hombres, provistos de palos y lanzas. Corrían á la deshilada en opuestas direcciones, y no se detenían que no formaran círculo. Ya que lo habían formado, lo iban reduciendo hasta venir á un valle de antemano convenido, que no solía ser de gran contorno. A medida que estrechaban el círculo, ojeaban las reses dando voces y alaridos; así que al bajar al llano llevaban por delante miles de huanacos y vicuñas mezclados con ciervos, corzas y fieras. Mataban desde luego todas las alimañas y gran número de venados.

Es ahora de notar que en Méjico sucedía otro tanto. Celebrábase allí esta cacería anual el último día del mes *Quecholli*, en el monte Zacatepec, cerca de Tacubaya. Puestos tambien en círculo miles de hombres, iban reduciéndolo y llevando innumerables reses á cierto lugar del bosque en que habían tendido multitud de trampas y redes. Constituia esta cacería en Méjico una fiesta religiosa en honor de Mixcoatl, parte de la trinidad bélica de los aztecas. Considerábanse aquel día favorecidos los cazadores por los espíritus de los niños sacrificados á los dioses de las lluvias, que moraban en lo alto de los montes; y, al volver á sus casas, iban en procesion entonando himnos á Mixcoatl y cánticos de triunfo.

Es aún más de notar que este sistema de caza existía tambien en pueblos salvajes. Lo practicaban, que yo sepa, los patagones, los guajivos del Orinoco, los mosquitos de Honduras y los shoshonis. Distribuíanse los guajivos en forma de media luna: cerraban el círculo cuando veían amontonadas gran número de reses.

Había en Méjico parques y sotos reservados á los reyes donde no podían cazar los súbditos sin incurrir en pena de muerte. En el Perú, fuera de las cacerías anuales, no se permitía matar un huanaco, cuanto ménos una vicuña.

XXXVI

La pesca.

Era tambien general la pesca; muchos, los pueblos que vivían en las costas del mar y en las orillas de los ríos.

Pescaban unos metiéndose en el agua y con ojo experto y diestra mano cogiendo los peces que pasaban; otros alanceándolos ó disparándoles flechas ya desde sus piraguas, ya desde las riberas; otros atufándolos con el jugo de algunas plantas; otros atajando la corriente de los arroyos bien con estacadas, bien con banastos que medio enterraban en el cauce; otros entrándose en los lagos oculto el rostro por una calabaza.

Redes las conocían y las usaban muchas más gentes de lo que generalmente se escribe. Las hacía el guarapayo con el hilo de ciertos cardos; el cubano, con el de la palma; el ojibwa con recias fibras de corteza de cedro, con esparto ó con nervios de animales; el haidah, con cuerdas de cáñamo y tambien con fibras de cedro; el koniaga, con nervios de ballena; el nutka, con el lino silvestre que le daban las riberas del Fráser; el shoshoni, con juncos ó flexibles ramas; el californio del Sud, con tiras de corteza de tioño; el mojave y el axua, con trenzadas yerbas; pimas y *pueblos*, con varetas de sauce. Empleábanlas tambien los chinuks, los tacullis, los californios de la Península, los yuracarés y los tupinambaes; además todas las razas cultas. Teníalas de diversas clases el ingenioso haidah: unas, barrederas; otras, que ponía entre dos canoas y levantaba de súbito al paso de los salmones; otras, con que detenía todo género de peces tendiéndolas entre dos postes á la boca de las pequeñas abras. Unas hacía el columbio de tierra adentro dignas de nota. Merced á la interposicion de un palo dispuesto de cierto modo, vacías, quedaban abiertas; ya llenas, se cerraban.

Tampoco eran desconocidos los anzuelos. Los vió Colon al sentar el pié en las costas de Cuba; los usaron los koniagas, los aleutas, los sitkas, los haidahs, los nutkas, los chinuks, los californios del Mediodía, los aztecas y los peruanos. Eran los anzuelos generalmente de hueso; mas los había tambien de madera, de cuerno y de conchas de almeja. Componíanse de dos piezas los de los haidahs y los de los sitkas: aquellos, de una de hueso y otra de madera en ángulo obtuso; éstos; de una de hueso y otra de raíz de cedro.

Colon halló tambien fisgas en las playas de Cuba. Garcilaso afirma que las había en el Perú, su patria. Multitud de autores las vieron entre los thlinkites y los columbios de la costa.

Completaban el cuadro de los aparejos de pesca el dardo, el arpon, la lanza de movible punta de los shoshonis y los californios, las grandes cestas y otros

que veremos al Norte entre los esquimales, al Mediodía en los pueblos del Orinoco.

La lanza de los californios y los shoshonis consistía en una rama de sauce de diez piés de largo, provista de una punta de hueso de treinta líneas de altura que. sobre estar ligeramente prendida en el cuello del asta, iba sujeta al asta misma por una dilatada cuerda. Blandíala el pescador desde su canoa; y, aunque, heridos el salmon ó el esturion que perseguía, no pudiese retirarla, tenía por ella medio de seguirlos, puesto que no dejaba nunca de verla flotando como una boya sobre las aguas. Los recogía fácilmente cuando ya muertos ó desangrados bajaban al fondo del río.

Ganaban, sin embargo, en pericia á los shoshonis los pueblos más al Norte. No satisfecho el esquimal con situarse al pié de las cascadas y los raudales y alancear los peces que bogan para el desove contra la corriente de los ríos y los arroyos, salía contra la ballena cuando estaba libre y suelto el Océano y contra las focas cuando lo cubría una espesa costra de hielo. Iba contra la ballena en *umiaks* provistos de arpones cuya punta se desprendía del astil al clavarse y llevaba sujeta por una larga cuerda una boya de piel ó una vejiga; arrojaba una tras otra esas armas al cuerpo del monstruoso cetáceo y cuando lo veía exánime ó sin fuerzas ejercía las suyas para arrastrarlo y llevarlo á las arenas de la playa. Se valía de los mismos arpones contra la carnicera foca; pero había de esperar tranquila y atentamente para emplearlos á que saliera una y otra vez por el agujero que se abría en el hielo con el fin de aspirar el aire. Para tan laboriosa pesca hacía uso de multitud de aparejos: de un largo baston de hueso, con que iba tentando los contornos de la abertura; de un palillo de marfil de diez á doce pulgadas, que suspendía de los bordes de la abertura misma para que le sirviera como de boya; de unas clavijas, tambien de marfil, que ponía en las heridas de las focas para que no vertieran una sangre que deseaba beber caliente; de un instrumento, por fin, á manera de calzador con cuatro ó más agujeros en la punta para recoger y beber esa misma sangre.

Pescaban las focas los koniagas de Kadiak por muy distinto procedimiento. Cogían las pieles de las muertas, las hinchaban como vejigas, las armaban de largos sedales y con ellas se ocultaban detrás de los arrecifes. Cuando veían cerca de la playa muchas focas, arrojaban una de las pieles al mar y la iban poco á poco retirando. La seguían las focas creyéndola una de sus compañeras, y, no llegaban á la orilla, cuando sentían sobre el lomo ó la cabeza la punta de la flecha ó de la lanza.

En la pesca de la nutria de mar eran diestros los koniagas todos. Los meses de Mayo y Junio, cuando más tranquilo está el Grande Océano, salían reunidos en tanto número, que no pocas veces llegaban á ciento sus canoas de dos remos. Dirigíanse á remotas islas, y navegaban siempre en tan apretada fila, que no pudiesen las nutrias abrirse paso entre las barcas. Luego que descubrían

una, se apresuraban doce ó más á colocarse en círculo al rededor del sitio en que había de levantar la cabeza para respirar el aire. No la volvían á ver que no la acribillasen á flechazos.

No se distinguían ménos en la pesca de los salmones los nutkas y los columbios de tierra adentro. Los buscaban los nutkas en el mar, en las abras y en los ríos; y empleaban en perseguirlos, además de las redes, de los anzuelos y de los atajos, armas y ollas ó cestas. Con horcones de quince piés de longitud, cuyas afiladas puas de espina ó de hueso se desprendían fácilmente del mango, los alanceaban á su sabor principalmente cuando los habían atraído en noche oscura al fulgor de las antorchas. Los cogían tambien en gran número poniendo debajo de las cascadas y saltos de agua unas ollas ó cestos, altos de quince á veinte piés y anchos de tres á cinco, que remataban en punta y se componían de duelas de pino sujetas por aros. Caían en esas vasijas de ancha boca, no sólo muchos de los salmones que no podían ganar lo alto de la cascada, sino tambien muchos de los que la vencían. Obligábanlos en lo alto á retroceder pescadores con grandes palos.

En las cascadas Kettle pescaban asimismo el salmon los columbios de tierra adentro con cestas de sauce que medían ordinariamente doce piés de profundidad y doce de diámetro; pero, en vez de ponerlas sobre las rocas ó meterlas en el agua, las suspendían de fuertes vigas que metían en las grietas del lecho de la cascada. Sobre estas vigas ó maderos había un aparato de estacas de tal modo dispuestas, que, al dar con ellas el salmon en su esfuerzo por ganar la altura, caía de rechazo en el fondo del cesto, donde le mataban á palos dos hombres.

Eran aún más diestros y más audaces los pescadores del Orinoco. En el raudal de los Atures, donde se precipita estruendosamente el río por tres sucesivos despeñaderos, se pescaba tambien con cestos de bejucos, altos de dos varas, anchos de vara y media, armados de muchas asas y fuertes sogas, que se sumergía en lo hondo y se retiraba no sin fatiga cuando se los creía llenos. En las periódicas crecidas del río se bajaba á los anegadizos y, bien con lanzas, bien con garrotes, se recogía más pesca de la que pudiera apetecer la codicia. En los desagües se apresaba tortugas y bagres de dos y tres arrobas y manatíes de veinte y treinta por medio de recias y enormes estacadas que impedían la vuelta de tan crecidos seres al cauce del Orinoco.

Pescábase tambien el manatí dentro del río; y esto era lo verdaderamente notable. Emprendían de ordinario tan peligrosa aventura marido y mujer metidos en una piragua, á cuya borda estaba sujeto por una cuerda un arpon de piedra ó de hueso. Llevaba el marido el arpon en la mano y marido y mujer en la frente á manera de gorro un vaso que llamaban *tutuma*. En cuanto se sentía el manatí con el arpon en el cuerpo, se disparaba y partía con rapidez asombrosa llevando tras sí la barca. Asidos con fuerza á la regala habían de ir los dos cónyuges para resistir el empuje. Recogían éstos la soga en cuanto el ma-

natí paraba su precipitado curso; pero no lograban cogerlo. Arrancaba por segunda y por tercera vez el mónstruo, aunque con ménos ímpetu; y sólo cuando, rendido de cansancio, quedaba de lomo en el agua, se le podía matar y se le mataba abriéndole el vientre. Lo difícil era entonces acarrearlo. Al efecto saltaban marido y mujer al rio, inclinaban el buque hasta medio llenarlo de agua á fin de que calase hasta el borde, lo ponían cuidadosamente debajo del muerto cetáceo y lo vaciaban con sus *tutumas*. Puesto ya el manatí en la piragua, sentábanse el marido en la cabeza, la mujer en la cola y dirigían la proa al puerto.

Se necesitaba aún más intrepidez para pescar, como pescaban los otomacos, el caiman y la tortuga. Esperaban los otomacos á que tortugas y caimanes saltaran al Orinoco para, caballeros sobre unos y otras, bajar al fondo del rio y prender á los caimanes con lazos de nudo corredizo y á las tortugas volviéndolas de espaldas. Era sin duda este procedimiento algo más arriesgado que el que empleaban contra el caiman las tribus de la Florida. Cogíanlo allí los pescadores introduciéndole en las fauces una larga y nudosa rama de árbol.

En la pesca, por fin, había tambien sus ardides. Hemos visto ya como los koniagas atraían y engañaban á las focas. Los esquimales y los dacotas durante el invierno agujereaban el hielo de sus lagos y sus ríos y metían en el agua peces de madera que llevaban pendientes de palos por cuerdas ó nervios de ballena. Llamaban con esto á los peces verdaderos y los arponeaban á su antojo.

XXXVII

La agricultura.

La agricultura distaba de ser comun en América. Los fuegios, los patagones, los puelches, los charruas, todas las tribus que poblaban el Chaco vivían exclusivamente de la caza, la pesca y los frutos silvestres. Hacían otro tanto las que al Norte se extendían más allá de los Grandes Lagos

En ninguna parte había hecho la agricultura muchos progresos. No se conocía en ninguna el arado ni las bestias de tiro. Los mismos aztecas habían de romper la tierra con una especie de pala de roble, en cuyo manejo empleaban los piés y las manos, ó con una herramienta de cobre y madera que hacía las veces de azada. No disponían de mejores instrumentos los mayas; tampoco los peruanos, que tenían por todo arado una como laya con que, sólo por la ayuda de muchos, podían levantar grandes céspedes.

Era la laya del Perú un palo de una braza de largo, por delante llano, por detrás rollizo, ancho de cuatro dedos, puntiagudo, á media vara de la punta con un estribo en que se ponía de pié el labrador para introducirla más en la

tierra. Metida hasta el estribo, la apalancaban siete ó más hombres; y luego unas mujeres iban con sus manos volviendo los terrones á fin de que, muertas las raíces, fuese más fácil la escarda.

Se hacía casi en todos los pueblos la siembra agujereando la tierra con agudas estacas, echando la semilla en los agujeros y rellenándolos. Se los tapaba de ordinario con el pié, y bastaba un hombre para las tres operaciones. En algunos lugares, sin embargo, uno cuidaba de los agujeros y otro del grano; y en muchos sembraban veinte ó más mozos en fila para que salieran rectos los liños. A su tiempo se limpiaba de yerbas los campos; y en los maizales, cuando ya cuajadas las mieses, bien desde lo alto de los árboles, bien desde andamios de madera y cañas, generalmente cubiertos, se ahuyentaba con piedras ó á gritos las aves; tarea casi siempre confiada á muchachos.

No era así como solía plantarse la yuca; se la ponía en las mesetas de unos montones de tierra levantados al intento, que medían ocho ó nueve piés en redondo y casi se tocaban y confundían por sus vertientes. Plantábase en cada meseta de seis á doce esquejes; y éstos de modo, que estuvieran como un jeme enterrados y como un jeme al aire. No se hacía allí necesario espantar á los pájaros, que harto los alejaba el venenoso zumo del mismo arbusto. Se reproducía por el mismo sistema los *ajes*, cierta especie de nabos.

Conocían muchos pueblos las cercas, los riegos y los abonos.

Cerraban los aztecas sus campos, bien con muros de piedra, bien con setos de magueyes, que todos los años reparaban en el mes de *Penquetzaliztli:* y los mayas, con vallados ó zanjas que no podían saltar los caballos de los españoles.

Restos de acequias para el riego se los ha visto no solo en el Perú, Cundinamarca, la América Central y Méjico, sino tambien en algunas islas del mar de los Caribes y en las cuencas de los ríos Colorado y Gila. Eran generalmente poco anchas y profundas, y carecían, así de techo que las cubriera, como de ladrillos y piedra que las calzaran; pero en ciertas comarcas, en Tabasco, por ejemplo, abundaban tanto y formaban tan espesas redes, que suplían la capacidad por el número y no dificultaron ménos que las cercas y los maizales el paso de nuestras tropas. Sobre que las había en el Perú subterráneas y de sillería con medir algunas de largo hasta cuatrocientos y quinientas millas; y en Méjico las aguas de los jardines de Tezcocingo venían de lejanos montes por tubos de un yeso durísimo, compuesto á lo que parece de cal y menuda piedra.

En riegos sobresalían los peruanos. Algunos de sus canales atravesaban ríos, orillaban cerros, perforaban peñas y salvaban abismos; tenían sus presas y sus derivaciones y permitían conducir el agua á tierras muy adentro. Regábase allí las hazas por un sistema parecido al que establecieron aquí los árabes: perdía su derecho el labrador que no aprovechaba su hora.

Pueblos mucho ménos cultos conocieron los beneficios de la humedad para la produccion de ciertos vejetales. Sembraba el otomaco una clase de maíz, por

nombre *onona*, en terrenos anegadizos que acabase de abandonar el río; y á los dos meses cosechaba el fruto. Sembraba el nicaraguateca otra clase de maíz cuando se retardaba la estacion de las lluvias; y á fuerza de riego lo hacía cuajar á los cuarenta días. Aunque poco nutritivo y flaco, ayudaba este maíz á matar el hambre interin no cabía recoger el que venía á sazon sólo á los cuatro meses. Para el maíz las razas todas escogían siempre las tierras más húmedas.

Fuera del Perú no se conocía más abono que la ceniza. En lo ya labrado se quemaba el rastrojo; en lo por labrar se cortaba los árboles y los arbustos y se los entregaba al fuego. Se empleaba en el Perú, además de la ceniza, aquí los excrementos humanos reducidos á polvo, allí los del ganado, acullá el *huanu* de las islas Chinchas ó las cabezas de las innumerables sardinas que arrojaba el Océano. Sobre todo desde Arequipa á Tarapaca se tenía en tanta estima el estiércol de las aves marinas, que se castigaba con la pena capital así al que las matase como al que se atreviese á penetrar en las islas durante la cría.

Habían trabajado indudablemente los Incas lo que pocos reyes por fecundar tierras estériles. En los abrasados arenales de la costa, donde jamás llueve ni corren muchos ni muy caudalosos ríos, habían hecho excavaciones de uno y dos estados de profundidad y tres ó más fanegas de sembradura, que tenían calzadas de adobes, pobladas de árboles y cereales y regadas por las frescas aguas de sus acequias. Las faldas de sus cerros de Occidente, ásperos como ninguno, las habían cortado en andenes, parecidos á los de nuestra serranía de Ronda, que iban disminuyendo de la raíz á la cumbre y estaban contenidos por muros de piedra con algun escarpe. Las habían cubierto de tierra donde todo era roca, y habían así conseguido ver culebrear sus maizales por los más fragosos y empinados montes.

Con tan ingeniosos *andenes* y *hoyas* no eran á la verdad comparables sinó las *chinampas* de los aztecas, de que ántes dije. Fueron al principio las *chinampas* trozos de tierra separados de las playas del lago de Méjico por la fuerza de las aguas, que sarmentosas raíces mantenían compactos y unidos. Hicieron á imitacion los aztecas almadias generalmente cuadrilongas de ciento y más piés de largas, en que pusieron sobre una capa de leños, juncos y cañas, atados por fibras de vejetales acuáticos, dos ó tres piés del barro negro que les suministraba el fondo del mismo lago. En esa especie de islas flotantes ¿sería fácil presumir que sembraran cereales, plantaran árboles y hasta construyeran chozas?

Cultivábase principalmente en América el maíz, la mandioca, las judías, las patatas, el *chile* ó *axi* (el pimiento), la calabaza, el *mani*, el tabaco, el maguey, el cacao, el algodon y el plátano; especialmente en el Perú la coca y la *quinua*. La quinua era una especie de arroz ó de mijo; de la coca dije ya en otro párrafo. El cacao se daba sólo en las tierras calientes de Méjico y en la que média entre los dos istmos. Plantábase los árboles que lo producían por hileras, distantes uno de otro sobre cuatro varas, no léjos del agua para que fuera fácil

el riego, á la sombra de más altos y frondosos árboles á fin de que por los ardores del sol no saliera vano ó no cuajara el fruto.

De las otras plantas ¿qué puedo escribir cuando se las cultivaba por los ya referidos sistemas?

XXXVIII

La ganadería.

Comprendo aquí bajo el nombre de ganadería todos los animales domésticos. Apénas los había en América. No se conocía allí el caballo, por más que la paleontología demuestre que lo hubo en los primitivos tiempos. Recorrían infinitos bisontes las praderas al Oriente de las Montañas Pedregosas; pero sin utilidad para el hombre, como no fuera por su piel y sus carnes. Si no del todo indomables, no servían ni han servido nunca ni como bestias de tiro ni como de carga. Alvar Nuñez asegura haber visto en la Florida vacas parecidas á las de Europa: vería sin duda esos mismos bisontes, que, cuando emigran al Sur, bajan á las cercanías del Golfo.

Animales de tiro ya dije que no los había en parte alguna de aquel continente. No los había, como no se considere tales á los animosos perros que arrastraban más ó ménos pesados trineos por las heladas tierras del Norte. Tampoco existían animales de carga sino en el imperio de los Incas. Entónces como ahora pacían en los Andes del Perú cuatro especies de carneros: el llama, el huanaco, la alpaca y la vicuña. Domesticaron los Incas el llama y lo dedicaron á los trasportes. Conciliando las diferentes opiniones que sobre este punto he leido, podía el llama por término medio hacer al día de cuatro á cinco leguas con cuatro ó cinco arrobas de peso. Era utilizable sobre todo porque no necesitaba herraje, albarda ni otro aparejo, ni comía sino la yerba que encontraba al paso, ni exigía cuadras ni apriscos para guardarse de la lluvia ni del frío de la noche. Iba ordinariamente en grandes recuas y prestaba muy buenos servicios.

Los otros carneros los aprovechaba tambien el Inca. Mal avenidos con toda servidumbre, los dejaba salvajes; pero en los *chacos* ó cacerías anuales de que hice mérito los trasquilaba y recogía excelentes lanas. Los tenía en tanto, que no mataba ni permitía que se matase alpacas, vicuñas ni huanacos hembras. De los demás huanacos daba muerte á los que necesitaba para alimento de los cazadores, no á todos los que cogía. Utilizaba tambien el vellon de los mansos llamas que no destinaba al acarreo.

Aunque todas estas clases de carneros viven preferentemente en lugares altos, bajaban algunos, principalmente los huanacos, á las desiertas llanuras de la Patagonia y aún á la tierra del Fuego. Ni fuegios ni patagones, sin em-

bargo, los cazaban con otro objeto que el de servirse de las carnes y las pieles.

Fuera del llama los animales domésticos eran pocos y de poca importancia. Segun Garcilaso de la Vega, lo eran en el Perú ciertos gansos á que se daba el nombre de *nuñuma*, ni tan altos ni tan grandes como los nuestros. Segun Alvar Nuñez, criaban patos los sacocies, principalmente para librarse de los muchos grillos que se les entraban por el techo de sus chozas y les roían las mantas. Segun Hernan Cortés, había indudablemente, en Méjico gallinas y ánsares caseros y unos perros castrados que figuraban entre los víveres de la tierra. De esos extraños perros, sin ladrido y sin pelo, tenían tambien copia los mayas. Perros como los de acá entiendo que los hubo en gran parte de la América del Norte, sobre todo hácia los mares Glacial y Atlántico. Es un hecho inconcuso que los comían en sus banquetes de guerra los iroqueses y otros muchos pueblos.

Criábase, además, en las naciones mayas al pavo y otras aves; y, segun ciertos autores, al conejo, la liebre y la abeja. Habla de colmenas el Padre Las Casas; y escribe Gomara que la miel era algun tanto amarga y las abejas chicas.

No es lícito, por fin, dudar que en los estanques de uno de los palacios de Montezuma se mantenía diversas aves acuáticas. Se procuraba á cada especie el mantenimiento á que la inclinaba la naturaleza.

XXXIX

La industria.

Sin artes no había pueblo alguno en América. No sabían muchos cultivar la tierra, ni tejer, ni labrar el barro, ni beneficiar el oro ni la plata; pero habían aprendido todos cuando ménos á procurarse fuego y armas. Lo raro es que el fuego lo obtenían todas las razas casi por igual procedimiento. Se dice que lo encendían á veces las aztecas por el uso del pedernal; mas no permite que lo creamos ninguno de los autores del tiempo de la Conquista. Si, por otra parte, es cierto que en el Perú se conocia el medio de conseguirlo por espejos cóncavos de metal bruñido, no lo es ménos que lo aplicaba sólo el Gran Sacerdote en la fiesta de *Intip Raymi*. En el Perú como en Méjico nobleza y plebe se proporcionaban lumbre por el rápido frote de dos maderas ni más ni ménos que los esquimales ó los fuegios, de los cuales se distinguían á lo sumo en que ellos la comunicaban á copos de algodon y éstos á yerbas ú hojas secas. Si hubo aquí algun adelanto, no debe por cierto buscárselo en ninguna de esas razas que presumían de cultas. Fueron, no los aztecas ni los quichuas, sino los iroqueses, los dacotas y los koniagas los que para hacerse más pronto con fuego idearon apoyar contra una tabla fofa ó cuando ménos blanda la punta de un palo fuerte

y moverlo precipitadamente por medio de la cuerda de un arco. Los koniagas y los iroqueses hasta habían armado la parte inferior del palo con una boquilla de marfil ó hueso.

No diré ahora de las armas, que encontrarán lugar más oportuno cuando escriba de la guerra, ni de las canoas, que reservo para el siguiente párrafo; hablaré sólo de los demás artefactos; y, á fin de proceder con órden, primeramente de los que tuvieron orígen en la caza y la pesca, luego de los que produjo el conocimiento de las plantas, por fin de los que nacieron del reino mineral, el de más influencia en el desarrollo de las artes.

Uno de los artículos en que más temprano ejercieron su industria los pueblos de América fueron indudablemente las pieles de los animales que cazaron ó pescaron. En la época del Descubrimiento las tundían y adobaban algunos de modo que asombraron á los conquistadores. Distinguíanse en esto los aztecas, que, sobre curtirlas bien, las teñían de vivos colores; pero no los peruanos, que se ceñían á zurrarlas en grandes vasijas, tenerlas algun tiempo en orines y sacudirlas. Aventajaban á los peruanos aún muchas de las razas salvajes que se extendían desde el golfo de Méjico al Oceano Glacial del Norte. Por lo suaves y lo flexibles no había mantos como los que hacían de pieles de martas cebellinas para sus caciques las tribus de la Florida.

Era comun en la América del Norte que se adobara las pieles con sesos de venado. Lo hacían entre otros pueblos los criks, los hurones, los dacotas, los columbios de tierra adentro y los californios. Los californios, despues de tenerlas algun tiempo en agua, las tendían entre dos árboles ó dos postes, las raspaban por uno y otro lados cuando ya medio secas, las mullían á golpes, las untaban con sesos de ciervo calientes y las enterraban por veinte ó más días en lugares húmedos. Las descarnaban los dacotas con la punta de cuchillos de piedra ó de hueso, las ataban á los palos de su tienda, las secaban al fuego, las desgrasaban, las metían en agua con sesos de venado, las cocían, las tendían sobre cuatro estacas despues de haberlas estrujado y exprimido y las sujetaban nuevamente á la accion del fuego para mejor tundirlas. No satisfechos aún, las bañaban y las ponían otras dos veces sobre las estacas; hecho lo cual, las curaban al humo de encendidos y putrefactos leños.

Curtía ordinariamente cada pueblo las pieles que tenía más á mano y bastaban á su abrigo. No eran excepcion de la regla sino los del Gila, que para sus extrañas fiestas así utilizaban las del alce y el ciervo como las del oso y la zorra, y los esquimales, que, sobre las de todos estos seres, recurrían á las del rengífero, el lobo, la liebre, la ardilla, las aves, la foca y la ballena. De la ballena y la foca ya recordará el lector que aprovechaban los esquimales hasta los intestinos, de los cuales solían hacerse ya capas impermeables contra la nieve y la lluvia, ya una manera de cortinas con que al arreciar del viento ó del frío tapaban la chimenea de sus *iglus*.

De los animales aplicaban verdaderamente á la industria muy pocos pueblos algo más que las pieles. Recuerdo, sin embargo, y creo útil consignar que el chinuk hacía de cuerno sus cucharas y cucharones, de ala de grulla sus agujas y de asta de alce las corvas y agudas estacas con que arrancaba del seno de la tierra el *wappatu;* convertía en hilo el koniaga los nervios de la ballena y en sogas el araucano los tendones del avestruz y el huanaco; labraba el tinneh con dientes de pescado la serpentina y la madera; y empleaba el ojibwa las costillas del alce y el bisonte para todos sus instrumentos cortantes, salvo las hachas. Hacían, además, uso del marfil de *wallrus* los esquimales y los koniagas; de las conchas de los mariscos, multitud de pueblos; de los dientes de jabalí, los tupinambaes, que con ellos pulian sus arcos. No sería tampoco justo olvidar que los aztecas utilizaban la cochinilla para sus pinturas y los nicaraguatecas los huesos de venado para sus peines. Segun Oviedo, engastaban los nicaraguatecas las puas de sus peines en cierta pasta de hienda de murciélago, si al calor del fuego blanda y combustible, al frío dura como el hierro.

Merecen ahora especial mencion las plumas de los pájaros. Hemos visto que formaban parte de los adornos de casi todas las razas y en no pocas eran insignias de honor y señales de bravura. Debo ahora añadir que dieron orígen á una verdadera profesion en Méjico. Se las mezclaba allí con el algodon en los tejidos, y se las buscaba tanto para decorar los escudos de los guerreros como para hacer mosqueadores y abanicos; pero se las aplicaba principal y maravillosamente á reproducir con vivos y propios colores los seres todos de la naturaleza: hojas, flores, árboles, reptiles, bestias, mariposas, abejas, aves, hombres. Recogíase al efecto por millares de millares las de los brillantes pájaros de los trópicos, entre los que figuraban el *quetzal* ó colibrí, el papagayo y el guainambi.

Distribuíalas el artista por colores en platillos al alcance de la mano; y, provisto de un frasco de cola y dos delicadísimos pinceles, las iba pegando una tras otra á un paño en que estaban toscamente perfilados los objetos que trataba de reproducir por tan singular especie de mosáico, nunca vista en el antiguo mundo. Segun españoles que lo presenciaron, todo un día pasaba á lo mejor sólo para elegir una pluma que exactamente respondiera á la tinta ó al tono que veía en la naturaleza ó en el fondo de su fantasía. Miraba una y cien veces su obra, ya de frente, ya del un lado, ya del otro, y no sosegaba hasta hacerla completamente armónica. No importaba que en mantos ú otras piezas de vestir de gran tamaño debiese trabajar con otros; resultaba siempre perfecta la labor por ser iguales en todos la manera de hacer y el pensamiento.

Estas obras de pluma, segun nuestros autores, podian competir ventajosamente, así en verdad como en belleza, con los más perfectos cuadros de los artistas de Europa. Constituian despues de los metales y las piedras preciosas el primer artículo de lujo; eran, por decirlo así, el brocado de la monarquía y la

religion aztecas. De pluma estaban compuestas las grandes vestiduras de los sacerdotes y los mantos de los reyes; de pluma, los tapices que cubrían las paredes de los palacios y los templos; de pluma, los ricos quitasoles y las colchas de las camas de estrado. Se respetaba mucho en Méjico á los artífices de tan raras joyas: porque vivían en el barrio de Amantla se les dió el nombre de *amanteca*s.

No sé que en este arte se distinguiera ningun otro pueblo culto como no fuesen los mayas. Sólo entre los salvajes yuracarés recuerdo que los tacanas se hacían hermosos vestidos de pluma para sus fiestas y manifestaban no poco gusto en la combinacion de los colores. En cambio sobresalía la nacion de los Incas por sus admirables tejidos de lana. De la del llama y el huanaco fabricaba ordinariamente groseros paños; mas de la que producían la alpaca y sobre todo la vicuña, telas finísimas. No asombraron ménos á los españoles esos tejidos que los mosáicos de pluma de los aztecas. En tanta estima los tuvieron nuestros capitanes, que, considerándolos dignos de los alcázares de sus reyes, enviaron algunos para cubrir la cama de Felipe II.

Sabían aquellas gentes dar á los paños de vicuña la suavidad y el brillo de la sarga, fortalecerlos mezclando el vellon con pelo de otros animales, pintarlos de vivos colores y darles orlas ya de la misma hilaza, ya de fino y delicado plumaje. Habían aprendido, y es más, á reproducir por la misma trama del tejido, cosa ciertamente digna de loa, no solo líneas entrecruzadas y meandros, sino tambien flores, pájaros y áun hombres. Nada ménos que á presentar diferentes planos en sus telas habían llegado, segun Wiéner. Habla este autor de una dividida en tres sobrepuestos campos que representa los recodos de una cuesta. En el primer término, dice, se ve á tres guerreros; en el segundo, á un príncipe llevado en andas; en el último, otros soldados que cierran el cortejo. Eran rectilíneas todas las figuras y carecían por lo tanto de belleza; pero fué audacia concebir el pensamiento de tejerlas.

La lana de vicuña constituía tambien un artículo de lujo. La hilaban y tejían las vírgenes del Sol para los sacerdotes y los Incas.

Lo doloroso es que no se conoce los procedimientos de tan adelantada industria. Se sabe que se hilaba con husos porque se ha encontrado muchos en las antiguas sepulturas, unos de piedra, otros de barro, otros de madera, los más con no pocas labores; pero no existen datos precisos acerca de los telares que se usaba. Se dice tan solo que en unos se trabajaba de pié, en otros sentado; unos eran horizontales, otros verticales.

Fuera del Perú no hilaban ni tejían la lana sino al Mediodía los araucanos, al Norte los thlinkites, los indios del estrecho de Puget y quizá los *pueblos* del Gila. Esquilaban los del Norte la cabra montés, única especie de ganado lanar que tenían.

Los aztecas aprovechaban aún otro animal para sus telas. De pelo de conejo

hacían mantos que por la suavidad y el brillo parecieron de seda á Cortés y sus hombres.

Del reino vejetal sacaron tambien las razas todas de América muchos elementos para sus artes Hilaban y tejian más ó ménos hábilmente el algodon los payaguaes, los tobas, los moxos, los mocetenes y los tacanas, los peruanos, los caribes, los mayas, los habitantes de las Antillas, los aztecas, las tribus de Nueva-Méjico, los navajos y los *pueblos*. Los que con más perfeccion lo tejían eran los peruanos y los aztecas. Lo usaban los aztecas lo mismo para el traje de la gente rica que para el de las clases medias, y se habían hecho los más diestros tejedores del mundo. Fabricaban telas bastas y telas delicadísimas; y para darles mayor belleza mezclaban á veces, ya el algodon y el pelo de conejo, ya el algodon y las plumas. Teñíanlas de ordinario; pero sabían tambien sacarlas del telar con dibujos y colores. Desgraciadamente no conocemos tampoco sus procedimientos. Muy primitivos y rudos habían de ser á juzgarlos por una pintura del códice *Mendoza* en que está una tejedora desplegando la urdimbre. Lleva liada al cuerpo la tejedora la pieza urdida; y, puesta de rodillas, la va tendiendo con uno como alisador y un peine. Se sirven áun hoy los navajos y muchas tribus de Nueva-Méjico de toscos y sencillísimos telares que no me atrevo á considerar como reflejo de los que emplearon los aztecas.

Para vestir á las clases pobres hacían, además, los aztecas uso de las fibras del maguey y las de ciertas palmas. Metíanlas en agua, las sacudían, las secaban al sol ó al aire, las hilaban y luego las tejían. *Nequen* llamaban á las telas de maguey, la pita de nuestra España.

Tejíase aún otros muchos vejetales: el hilo de ciertos cardos por los guaicurues; el de las palmeras, por los achaguas y los otomacos; el del cáñamo silvestre, por los hurones, que lo hilaban sobre sus muslos sin rueca ni huso; el de las algas marinas, por los thlinkites; el de la corteza de cedro, de pino ó de sauce, por los haidahs. Tejía cada pueblo lo que más tenia á mano para cubrir sus carnes. Solo el yuracaré se las cubria con las cortezas de los árboles, tales como se las daba la naturaleza. Las pintaba, no las deshilaba.

Servían los vejetales para algo más que los tejidos: servian para la fabricacion de cuerdas, sogas, esteras, cestos y toda clase de utensilios de boca. De maguey hacían toda clase de cuerdas los peruanos y los aztecas; de palmera, cabuya ó henequen, las razas que vivian en el mar de los Caribes; de bromelia, los tobas; de retorcidas cortezas de árboles ó de yerbas parecidas al lino, los muscogis; de filamentos del sauce ó del cedro, los iroqueses. De mimbre, de junco, de bambú labraban esteras multitud de pueblos; de maguey, los aztecas y los peruanos; de fibras de corteza de cedro, los nutkas; de raíces de sauce, los californios del Norte. De cortezas de varios árboles hacían, como dije, sus platos, sus vasijas y sus copas los iroqueses, los hurones, los tacullis y los columbios de tierra adentro; de yerbas trenzadas ó de mimbre, los shoshonis y los

californios, á excepcion de los del Mediodía; de varetas de sauce, los temidos apaches; de calabaza, los yaquis, los ceris y los nicaraguatecas. De estos nicaraguatecas ensalza Oviedo las bien labradas copas.

No fué ménos ensalzada la vajilla de los haitianos, de que asimismo escribí en otro párrafo. Trabajaban hábilmente la madera entre las razas salvajes, ademas de esos haitianos, que tambien la emplearon en sus elegantes *dehos*, los indígenas del Purus, que al decir de Cristóbal de Acuña la tallaban con destreza en sus bancos y sus ídolos, los thlinkites, que la cincelaban en sus ingeniosas máscaras, y los chinuks, que la esculpían en las tazas de sus pipas; entre las razas cultas los aztecas y los mayas, que dejaron muy atrás á los peruanos Aunque toscamente, utilizaban tambien la madera en sus patines y trineos los esquimales, los koniagas y los tinnehs.

Los aztecas y los mayas, como sabe ya el lector, tuvieron su escritura gerográfica. Necesitaron de papel en que extenderla, y lo sacaron principalmente de especies vejetales. Valíanse de ciertas hojas de palmera delgadas y suaves como la seda; y más frecuentemente de las tan útiles fibras del maguey, que á veces mezclaban con las del algodon y casi siempre fortalecían por el uso de ciertas gomas. Sólo para la fabricacion de papel superior recurrían, segun escribe Humboldt, á unas bolsas ovales que producía en los árboles de Michoacan un género de orugas; bolsas al parecer susceptibles de ser divididas en sutiles capas.

El maguey era verdaderamente la planta de América. Se ha visto ya que servía para la fabricacion de papel, sogas y tejidos y era una de las sustancias alimenticias; falta saber que de las espinas hicieron los aztecas agujas y de las raíces los peruanos cierto jaboncillo con que las mujeres se lavaban el cabello y se quitaban las pecas del rostro. Jabon lo sacaban tambien los chilenos de la corteza del *quilhuy;* y afeites las haytianas, de las raíces del *Guao*.

Entro ya en el reino mineral, socorridísimo para la industria. Trabajábase el barro en América desde remotos siglos. Lo mismo en los *kjokkenmoddings* que en los túmulos de los *mound-builders*, lo mismo en los antiguos sepulcros del Perú que en los de Chiriqui y Costa Rica se ha dado modernamente con numerosos artículos de cerámica. Por cierto que no revelan todos manos inexpertas; antes son muchos claro testimonio de que hizo temprano el arte muchos progresos.

En el siglo xv eran ya pocos los pueblos que no fabricaran el barro. Cómo lo fabricaran se ignora. Créese con razon que ni los salvajes ni los cultos llegaron á conocer la rueda del alfarero. Se presume que empleaban algun procedimiento mecánico para que no se les abofellase la arcilla ni resultase desigual el espesor de las paredes de sus vasos; pero no porque se haya descubierto nada que lo indique. Tampoco se sabe de positivo que cocieran la masa en hornos. Hornos hubo en el valle del Mississipí, segun los etnólogos Squier y Davis; pero se duda cuando y por quienes se los hizo.

Cualesquiera que fuesen los medios de que se valiera, la verdad es que la alfarería se desarrolló en América tanto ó más rápidamente que en Europa. Entre las vasijas de los *mound-builders* las había ya de largo cuello como las botellas de España. Algunas se parecían á nuestros cazos y tenían asa y pico: no era raro que por asa llevasen la cabeza de algun pájaro. Dos y áun cuatro asas comunes había en muchas de sus ollas. Estaban generalmente los vasos de todas clases cocidos al fuego: pintados unos ántes y otros despues de la cochura; muchos, con adornos ya en hueco, ya en bajo relieve; pocos, absolutamente faltos de elegancia y belleza. Eran de ordinario negros ó grises; pero los había tambien rojos, amarillos ó blancos.

Lo más notable es que algunos de estos vasos eran ya caprichosos en la forma como los que despues veremos en el imperio de los Incas. Uno se halló en cierto montículo sepulcral del Tennessee que tenía por vientre un oso á cuatro patas; otro en el Missouri, cuyo vientre lo constituían dos peces, uno sin escamas, otro con ellas. En un túmulo del mismo Missouri, no léjos de Belmonte, se dió con una botella de cuello corto, cuya boca estaba en el occipucio de una dama. Por una simple cabeza de mujer venían formados el cuello y el vientre de otra botella. Los caprichos eran varios; la ejecucion, no en todos inhábil.

Estaban, sin embargo, los *mound-builders* muy por debajo de los nahuas. Hacían de barro los nahuas no sólo platos, fuentes, calderos, jarros y copas, sino tambien pebeteros, urnas sepulcrales, incensarios, instrumentos de música y otros cien objetos; y algunos articulos, con tal perfeccion y gusto, que habrían podido presentarlos en competencia con los mejores de Europa. Todavía quedan por fortuna en museos de ambos continentes restos que permiten apreciar á donde llevaron aquellas naciones el arte: no puede en verdad decirse que exageraran los españoles del tiempo de la Conquista. Hablaran siempre muy alto en favor de los nahuas la urna funeraria de Méjico descubierta en la plaza de Tlatelulco, el vaso de Tula, el ídolo coronado de Culhuacan y los pebeteros, flautas y silbatos que reproduce Waldeck en su *Descripcion de las ruinas de Palenque.*

La urna de Tlatelulco es verdaderamente notable. Aunque de más bellas proporciones, se parece en la forma al almirez del droguero, mide veintidos pulgadas de altura y quince y media de diámetro y tiene dos asas y tapadera. Tapadera y urna están ricamente esculpidas y brillantemente pintadas de azul, amarillo y rojo. Son de admirar por lo firmes, delicados y limpios cuatro filetes concéntricos que decoran los bordes de urna y tapa, y por lo verdaderos y expresivos los trazos de una cabeza, ceñida de una especie de corona con alas, que embellece la parte superior de la urna. En barro difícilmente habrían podido hacer cosa más acabada los alfareros de Europa ni áun siglos despues del Descubrimiento. Sabian los aztecas labrarlo y vidriarlo, y los cholultecas fabricar todo género de vasijas y platos como sus mismos conquistadores.

Eran tanto ó más diestros los mayas. Lo atestiguan, si no los groseros y bárbaros ídolos de Utlatlan y de Campeche, los bajos relieves de Tabasco, Palenque y Ococingo, los vasos de Ticul y Yarumela, las urnas y los trípodes de Ometepec y Huehuetenango y los utensilios de Costa Rica. Los vasos de Yarumela son á no dudarlo entre los mayas lo que el de Tlatelulco entre los nahuas. No ciertamente porque sean tan puras las líneas ni tan grandioso el conjunto, pero sí por lo rico de sus adornos, tambien aquí esculpidos y cubiertos de hermosas tintas. Borde, reborde, paredes, base, todo está aquí profusamente decorado; las paredes, divididas en compartimientos, llevan tambien figuras que no carecen de mérito. Una hay volando que no tiene malos contornos y en realidad se parece, como observa Squier, á las del códice de Dresde.

Trípodes, es decir, vasos de tres piés, había muchos en Chiriqui y Costa Rica. Eran los piés generalmente huecos y llevaban dentro guijas que sonaban al menor movimiento. La alfarería de Chiriqui, sin embargo, descollaba por sus flautas y silbatos más que por los trípodes. No había dos instrumentos de uno ni otro género que presentasen la misma forma: representaban distintos seres de la naturaleza y tenían la boca ya en el pié de un pecari, ya en la cola de un tigre ó de un pájaro, ya en el codo de un hombre.

Riquísima en formas era tambien la cerámica de los peruanos. Difícilmente habría en todo el imperio de los Incas fruta, pez, ave ni bruto que no estuviesen reproducidos por algun vaso de arcilla. Lo estaban el hombre y la mujer en sus diferentes edades, condiciones y oficios; no pocas veces en caricatura ó en el acto de cumplir los más brutales deseos. Constituían estas imágenes todo el vaso ó le servían simplemente de adorno. Vasos había, en cambio, que no eran sinó el pié ó la cabeza de hombres ó de mónstruos. Buen dibujo, pureza de líneas, verdadero arte sería inútil buscarlos en ninguno: de los muchísimos que se ha desenterrado de las antiguas *huacas* no los hay que puedan ni remotamente compararse con el de Tlatelulco ni con el de Yarumela. Pero los había ingeniosos como los de ningun otro pueblo. Tales eran los que hoy se califica de *silbadores*.

Suelen estos vasos por el movimiento del agua que contienen reproducir el grito ó la voz del sér que representan: el gorgear de un pájaro, el silbar de una culebra, el lamento ó el alarido de júbilo de alguien de nuestra raza. Uno hay en el Museo Arqueológico de esta Corte, que de tal modo imita el quejido de una anciana, que cubre de tristeza el ánimo. Constan generalmente de dos botellas que se comunican y llevan el cuello de la una abierto, el de la otra sólo con agujeros que permitan el paso del aire. Remata este cuello en el vaso del Museo por la cara de una vieja que tiene casi imperceptiblemente taladrados ojos, oidos y boca. El aire que el agua desaloja al moverse es el que, pasando por tan estrechos orificios, produce el fenómeno. Nace la diversidad de sonidos de la diversa cabida de los dos recipientes, el diverso modo de ponerlos en con-

tacto y la diversa disposicion y diámetro de los agujeros. Son á veces más de dos los vasos que se comunican; y otras la comunicacion existe sólo entre un vaso de ancha boca y un asa más ó ménos larga, siempre hueca.

Había, además, en la alfarería del Perú vasos que podríamos llamar *lacrimatorios*. Figurábase en ellos caras tristes y compungidas, y se adelgazaba tanto las paredes de los lagrimales, que el agua salía á gotas por los poros y se deslizaba lentamente por las mejillas. El efecto de estas lágrimas no debia de ser menor que el quejido de la anciana. Habría sido mayor aún si los peruanos hubieran sido más artistas. Como se verá en otro párrafo, sintieron poco la belleza. No dejaba, sin embargo, de haberla en algunos vasos de graciosas y ondulantes curvas

Eran aún de admirar ciertas vasijas redondas, que, segun Rivero y Tschudi, se cargaba por el asiento. Ya llenas, podía volvérselas sin que se derramase una gota de agua. Se las podía vaciar sólo decantándolas. ¿Conocerían los peruanos los efectos de la presion del aire?

De esos hombres tan ingeniosos no se sabe ni que cocieran el barro al fuego ni que lo vidriaran. Pintábanlo y labrábanlo solamente, cuando de los chilenos se dice ya que lo cocían dentro de hoyos abiertos en las vertientes de sus colinas y lo barnizaban con una tierra mineral á que daban el nombre de *colo*. Lo barnizaban tambien con ciertas resinas los tupíes; lo endurecían los tupinambaes poniéndolo sobre piedras, cubriéndolo de ramas secas y quemándolas. En hoyas lo cocían y lo cuecen aún algunos pueblos de California; de los bárbaros shoshonis hasta se asegura que conocieron los hornos. Lo trabajaban, sin embargo, toscamente casi todas las razas salvajes: no eran excepcion de la regla sino los *pueblos*, los ceris y los yaquis. Pondera Oviedo las vajillas de barro que hacían los nicaraguatecas de la isla de Chira, negras, dice, como el terciopelo, lustrosas como el azabache; pero incluyo á los nicaraguatecas entre los mayas.

Labraban tambien la piedra casi todos los pueblos. De piedra hacian la mayor parte de sus herramientas; de piedra generalmente, la punta de sus lanzas y la de sus armas arrojadizas; de piedra, los almireces, los metates, las pipas, los espejos; de piedra, las estátuas, los relieves y los monumentos de que escribiré en otros párrafos. Servíanse tanto de esta sustancia, que América, segun muchos autores, no habia salido de la edad de piedra. Temprano debía de haber entrado en ella á juzgar por los muchos objetos de granito, de serpentina, de pizarra y de esteatita que se ha descubierto en profundas excavaciones y antiquísimos sepulcros. Hablé ya de las excavaciones en el párrafo I; los utensilios encontrados por Schumacher en los sepulcros ó por mejor decir, en los cementerios de los alrededores de San Luís Obispo (California del Mediodía) no son ni ménos en número ni ménos significativos.

No se limitaban muchos pueblos á cortar la piedra y aplicarla á la satisfaccion de sus necesidades; le daban elegantes formas, la cincelaban y la pulían. Testi-

gos el hacha de cuarzo verde que se sacó de una de las tumbas de Costa Rica; las dobles hachas de guerra halladas en Chontal, todas de lava; el rico metate que se desenterró en Leon (Nicaragua), labrado en su cabeza, sus piés y sus bordes; los vasos ceñidos de hermosas grecas que describe Humboldt, procedentes de la costa de los Mosquitos; las urnas de mármol que descubrió Dumanoir en Veracruz el año 1841; los brillantes espejos de obsidiana y cristal de roca usados en Méjico; la copa de Santa Catalina de Atlixco, serpiente enroscada cuya cabeza constituye el asa; el vaso de Tlahuac y las piedras esculpidas de Xochimilco; el tazon de Tezcuco que forma parte de la coleccion de Peñasco; los excelentes vasos y pipas de los koniagas y los haidahs; las cuentas, los anillos y los demás adornos de piedra que se ha visto en muchos pueblos y figuran entre los restos de los mismos *mound-builders;* los husos de basalto, de lapizlázuli y de jade del Perú y algunos morteros de serpentina á cuyos cantos van asidos pumas de alto relieve.

Labraban algunos pueblos las piedras preciosas. Desde los toltecas hasta los aztecas tallaron los nahuas todas cuantas contenía el suelo del Anahuac, principalmente las *chalchiuites*, esmeraldas, las amatistas y las turquesas. Cortábanlas sin más instrumentos que los de cobre, y les daban, con todo, la forma que más querían; ya la de un vaso, ya la de una caja, ya la de cualquiera de los seres vivos. Ayudábanse, á lo que parece, con arena silícea. Engastábanlas frecuentemente en oro; y, juntándolas con perlas, nácar ó conchas de colores hacían para sus ídolos y su nobleza hermosas y brillantes joyas. Es célebre tanto por su labor como por su tamaño la esmeralda de Achiutla, adorada bajo el nombre de *Corazon del Pueblo*. Desde sus bordes miraba una culebrilla primorosamente cincelada un pájaro que con no ménos primor venía esculpido en el vértice.

Trabajaban con tanta ó más destreza las piedras preciosas los mayas, los muiscas y los peruanos, especialmente los quitos. Había tambien en la isla de la Plata una grande y finísima esmeralda, objeto de veneracion para las gentes. Era una imágen, la del dios *Umiña*, esperanza de los enfermos. Cónicas, cilíndricas, esféricas, prismáticas hacían los quitos á su antojo las esmeraldas; y, cuando querían, las taladraban con perfeccion asombrosa.

Todas estas razas eran mineras. No beneficiaban el hierro; mas sí el oro y la plata. Los nahuas y los peruanos se servían además del estaño y el cobre. Tambien del mercurio, aunque ni unos ni otros supieron utilizar sinó el cinabrio. Que aplicasen el plomo á la industria se dice sólo de los aztecas.

Buscábase generalmente el oro en el lecho de los ríos. Sacábaselo, ya en polvo, ya en pepitas, de entre arenas que se lavaba cuidadosamente. Peruanos y nahuas lo tenían, por otra parte, en la superficie de la tierra: aquellos en casi todas sus provincias; éstos, sólo en las del Mediodía. Que para adquirirlo hubiesen unos y otros abierto galerías subterráneas es cuando ménos dudoso. La plata y el estaño se sabe que lo extraían los nahuas de las minas de Taxco y de Tzom-

panco; el cobre, de Michoacan, del país de los cohuixcas y de las montañas de Zacatula; de donde los extrajesen los peruanos lo ignoro. El descubrimiento de las célebres minas de plata del Potosí es posterior á la Conquista.

Fundían los metales así las razas cultas como algunas de las salvajes; y ninguna disponía, sin embargo, de altos hornos ni de fuelles, ni ninguna sabía hacer uso del azogue. Separaban los peruanos la plata de la escoria en hornillos que ponían al abrigo de sus cerros, donde no soplase ni muy recio ni muy blando el viento; depurábanla despues por sucesivas fundiciones. En hornillos tambien licuaban el oro, el estaño y el cobre ellos y los aztecas: avivaban aquí el fuego soplándolo por medio de cañutos de bambú ó de tubos metálicos en una de cuyas extremidades no dejaban sino un estrecho orificio. Empleaban el mismo procedimiento para fundir el oro las razas salvajes: los caribes, los caquesios, los haytianos, las tríbus de la Florida.

Es áun más extraño que labrasen todas estas razas el oro. No disponía ninguna del yunque; los cultos vasallos de los Incas, ni siquiera del martillo con mango. Aun los haytianos, hacian, no obstante, de oro joyas, diademas, *cemíes* y sobre todo preciosas carátulas. En uno de los cintos que regaló el cacique Guacanagari á Colon había una que llevaba de oro las orejas, los ojos, la nariz y la lengua. De los peruanos y los aztecas no se diga. Vaciaban, soldaban, realzaban y batían el oro y la plata como los mejores artífices de España; los reducían á delgados hilos y más delgadas hojas; los casaban entre sí y los unían con otros metales; realizaban maravillas cuyo secreto intentaron inútilmente descubrir sus conquistadores. En el templo del Cuzco dedicado al Sol y la Luna, en el palacio de los Incas, en el de los reyes de Tezcuco y Méjico había jardines donde estaban reproducidos en oro, plata y pedrería las más hermosas plantas y las más bellas flores, los árboles más gallardos, los animales todos desde el reptil al hombre. Veíase allí los peces con alternativas escamas de plata y oro, la mazorca de granos de oro en medio de anchas hojas de luciente plata, la serpiente de plata doblando en troncos de oro sus soberbios anillos. Con hilos de oro se imitaba perfectamente las barbas del maíz lo mismo en la corte de Atahualpa que en la de Montezuma; y de hojas de oro se hacía en el Perú mariposas que, gracias á su lijereza, á la disposicion de su centro de gravedad y á la de sus ténues alas, al desprenderse de cualquiera altura, revoloteaban largo tiempo ántes de venir al suelo.

Esas hojas eran tan sutiles, que muchas no tenían de espesor la décima parte de un milímetro. Por ellas entiendo que doraban peruanos y aztecas el cobre. El secreto de dorarlo por el jugo de ciertas plantas es de advertir que lo atribuye Oviedo, no á ninguna de las dos naciones, sinó á los caribes de Costa Firme.

Aztecas y peruanos sabían, además, esculpir y grabar el oro y la plata y hacer de los dos metales todo género de artículos: vasos, cántaras, platos, engar-

ces para piedras preciosas, marcos de espejo, ornamentos para los altares, almetes y otras piezas de armadura para los guerreros, ídolos, sortijas, brazaletes, zarcillos, cuentas, alfileres de pecho, mondaorejas, tenacillas, etc., etc

Peruanos, muiscas, mayas y aztecas aleaban, por fin, el estaño y el cobre. Merced á esta liga pudieron labrar el granito y el pórfido y erigir los monumentos con que admiraron al mundo. Eran generalmente de cobre y estaño las herramientas con que cortaban la piedra. Servían de mucho á los aztecas las de obsidiana ó *iztli;* pero se les mellaban á cada golpe y las habían de estar incesantemente renovando.

Que eran escasas las herramientas en todos los pueblos y para el ejercicio de todas las artes lo he significado ya repetidas veces. Consigna Garcilaso que no se conoció en el Perú ni las tenazas, ni los clavos, ni la sierra, ni el barreno, ni la lima, ni el cepillo, ni las tijeras, ni la aguja, ni el molino, ni el cedazo, ni otros instrumentos de corte que el hacha y la azuela. Poco más se hubo de conocer en Méjico, donde se hacía grande uso del cuchillo, la navaja y la lanceta, y se llegaba, sin embargo, á dar movimiento á esas mismas figuras de oro y plata que había en los jardines de Montezuma. Se habla de pájaros y otros animales que meneaban la cabeza, las alas, los piés y la lengua, y tambien de un mono que hilaba y se ponía en las actitudes más cómicas. Verdad es que algo de esto se veía aún en pueblos salvajes. Como en otro párrafo dije, cubríanse los haidahs el rostro con máscaras que abrían la boca y los ojos. Figuraban, por otra parte, en una de las fiestas de los koniagas cuatro pájaros artificiales que ejecutaban una especie de pantomima. Sacudía una zumacaya la cabeza, daba una gaviota con el pico en una tabla como si estuviera cazando peces y se picoteaban dos perdices.

Fáltame ahora para concluir lo relativo á la industria escribir lo que se sabe acerca de los colores, que allí como aquí se sacaba de los tres reinos de la naturaleza. Se dice que no los extraían los peruanos sino de los vejetales; pero equivocadamente. Es por de pronto indudable que buscaron el rojo en las minas de azogue. Lo es tambien hoy que cuando ménos los habitantes de la costa utilizaron para la pintura exterior de sus casas los ocres que hay en los últimos estribos de los Andes. Las sustancias arcillosas teñidas por el peróxido de hierro ¿qué pueblo dejó de emplearlas? Donde quiera que las hubo las usaron en América hasta las tribus más salvajes. Las aprovecharon tambien los aztecas. Los aztecas se sirvieron tal vez para sus tintes más de los minerales que de los vejetales. Además de los ocres y del cinabrio, que les daban el color amarillo y el rojo, beneficiaron las piedras *tlaliac*, *chimaltizatl* y *tizatlalli* para obtener el negro y el blanco mate, y el alumbre para avivar ó rebajar ciertos colores.

Recurrieron al reino vejetal casi todas las razas. Esos mismos aztecas sacaban del añil ó *índigo* el color azul, y de la flor del *matlalxihuitl* las tintas azuladas; de las semillas del *achiotl*, cocidas en agua, el rojo; y de la planta *xo-*

chipalli, el amarillo. No solo por el uso del alumbre ó del nitro modificaban, además, los colores, sino tambien por el del aceite de *chian* y el jugo del *tzanhtli*. Las mujeres con el zumo de una yerba llamada *chiuhcuilitl* se teñían de violeta los dientes. En la América Central se sacaba tambien del índigo y del mismo *jiquelite* el azul, y de la mezcla del índigo y el limon el negro. De la fruta de la *jagua* y de los granos de la *bija* recordará probablemente el lector que se pintaban de negro y encarnado el cuerpo los indígenas de Costa Firme y los de las Antillas.

Del reino animal ignoro que se utilizara más que la cochinilla y ciertas ostras que se criaban en el golfo de Nicaragua ó de Orotiña. Daba la cochinilla el color carmesí y las ostras el de púrpura. Servíanse de aquélla nahuas y mayas: de éstas solamente los nicaraguatecas.

XL

La navegacion y los demas medios de trasporte.

Para navegar no se disponía en América sino de la balsa, la canoa y el haz de juncos. Es muy dudoso que se llegara en parte alguna al uso de las velas. Se desconocía por completo el astrolabio y la brújula. Se navegaba generalmente sólo por los lagos y los ríos y á lo largo de las costas.

En esto las razas cultas eran más bien inferiores que superiores á las salvajes. Las balsas de los aztecas se componían de simples maderos atados con cuerdas: las mejores, que solían ser de gruesos bambúes y tener de cuatro á cinco piés en cuadro, estaban sostenidas por calabazas huecas tapadas de modo que no las penetrasen ni el agua ni el aire. Conducíanlas generalmente dos nadadores: uno que las remolcaba y otro que las empujaba. Las canoas, árboles vaciados, eran todas de una sola pieza, generalmente de fondo plano, sin quilla, algo más estrechas por la proa que por la popa. Aplicaban aquellos hombres estos buques lo mismo á la guerra que al comercio, y los necesitaban indispensablemente para el servicio de su capital, establecida, como sabe el lector, en un lago. Aunque las fabricaron por millares, no acertaron á construirlas mejor que los pueblos incultos. Tampoco los mayas.

Ni la canoa tuvieron los peruanos; en simples balsas ó en haces de enea hubieron de recorrer sus ríos, su lago de Titicaca y las costas del Pacífico. Las balsas del Lago eran de ciertos juncos á que se daba el nombre de *totora*: las otras, de lijeros palos fuertemente atados y cubiertos de cañas, largo el del medio, los demás cortos. Del tamaño de un buey dice Garcilaso que eran los haces de enea: por detrás se los ensanchaba y por delante se los ahusaba y levantaba de modo que á manera de proa cortasen el agua. Poníase el marinero de bruces sobre la popa y hacía servir de remos brazos y piernas.

No merecían verdaderamente la calificacion de navegantes ni peruanos, ni aztecas, ni mayas. Como diré en otro párrafo, se dedicaban los aztecas al comercio exterior y ni áun para los viajes de puerto á puerto recurrían á sus barcos. Estaban poco ménos que desiertas así las aguas que lamían las playas de Méjico y de la América Central como las que se extendían sobre los arenales del imperio de los Incas.

Eran más navegadoras muchas razas salvajes. El mísero habitante de la tierra del Fuego, en canoas anchas de dos á tres piés y largas de doce á quince, iba con su familia y su ajuar de isla en isla, ya en busca de caza, ya para elegir nuevo domicilio. Remaba la mujer; y él en tanto, de pié sobre la velera nave, asaeteaba los peces que veía. Dominaban el Paraguay y el Paraná los temidos payaguaes en barcas lijerísimas, casi tan agudas de popa como de proa, que tenían de dos á cuatro piés de manga y de diez y seis á treinta de eslora. Volaban no que corrían contra sus enemigos; y al dar con ellos volvían en lanzas sus remos. Eran tanto ó más diestros los guarapayos: al decir de Alvar Nuñez, no los alcanzaba un bergantin á vela y remo, anduviesen en sus pequeñas canoas río abajo ó río arriba. Convertido el campo en dilatadísima laguna al crecer de las aguas, recorrían aquel vasto mar, provisto de fogon el esquife y tripulado por la mujer y los hijos. Bogaban las tribus de las riberas del Maracaybo por todo el lago y los ríos afluentes, y bajaban por el Zulia hasta Cucuta. La destreza de los pueblos del Orinoco la vimos ya en la pesca de los manatíes.

Eran aún los tupíes más hábiles é intrépidos navegantes. En canoas de sesenta piés de largo y ocho ó diez de ancho, generalmente con bancos y bien calafateadas, corrían ciento y doscientas leguas lo mismo por las costas del Atlántico que por las aguas de sus ríos. Iban hasta sesenta en cada barco; y, como los payaguaes, solían remar de pié, y en las horas de pelea hacer de los remos lanzas. Además de esas canoas de madera, tenían otras de cierta planta acuática, por nombre *peri*, que es la *malacachoete riparia* de Nees, segun el Vizconde de Porto Seguro. Aunque mucho más pequeñas, las utilizaban tambien para el combate.

Descollaban entre esos tupíes por lo audaces aquellos temidos caribes que al arribo de Colon traían tan medrosas las gentes de Boriquen y Hayti, de las Lucayas y de Cuba. Navegaban los caribes de isla en isla y de las islas á la Tierra Firme; y allá en el Orinoco atravesaban sin miedo los raudales y los saltos del Caroní y el Caura. Como los pasasen lo ignoro. Tal vez lo hicieran á semejanza de ciertas tribus del istmo de Panamá, que cruzaban los de sus ríos valiéndose de palancas, por uno de los extremos agudas, por el otro corvas, que hincaban en el fondo del cauce ó prendían de las ramas de los árboles de la orilla. Donde se les acababa un río tomaban en hombros sus canoas y se dirigían á otro que tal vez distase leguas. Así se trasladaban del Iniquiari, afluente del Caura, al Manapiare, que lo es del Ventuari.

Poseían los antillanos gran número de canoas, comunmente en figura de artesa; mas si queremos dar con otros navegantes se hace ya indispensable subir de nuevo á la América del Norte. Las barcas de que hasta aquí se ha escrito eran todas, como las de los aztecas, troncos de árboles que de ordinario se vaciaba por el hacha y el fuego Lo eran aún las de los iroqueses y los hurones. Lo eran tambien las de los ojibwas, de quienes se dice que se batieron en el Lago Superior con los aboinugs y los vencieron, á pesar de serles inferiores en número, por la capacidad y solidez de sus canoas. No lo eran ya todas las de los winnebagoes, que las hacían, bien de madera, bien de corteza de aliso. Se fabricaba las últimas empezando por construir una especie de costillaje, comunmente de cedro. Se vestía la armazon de cortezas de abedul que se cosía con filamentos de las de olmo; y para mayor seguridad y belleza se sentaba las costuras y se remachaba los bordes. Se recurría además al calafateo entre los kutchines del río Yukon y los columbios del Norte que no conocieron otra especie de naves.

Merecían poco todas estas gentes el nombre de navegantes. Lo merecían ya los esquimales, que tenían por suyo el Oceano Glacial del Norte y lo recorrían osadamente en busca de la ballena y de la foca. Se valían los esquimales de esos mismos dos mamíferos para surtirse de barcas. Con las costillas de la ballena hacían el esqueleto; con la piel de la foca lo cubrían. Fabricaban así dos géneros de canoas: unas grandes, *umiaks*, que medían de veinte á veinticinco piés de longitud, tres de profundidad y seis de anchura, llevaban remos y podían contener hasta veinte hombres; y otras pequeñas, *kyaks* ó *cajaks*, que sólo tenían diez y seis piés de eslora por dos de manga, eran puntiagudas en sus dos extremos, estaban vestidas de piel hasta de bordo á bordo y no presentaban más hueco en la cubierta que el necesario para el cuerpo del que había de dirigirlas.

En las unas como en las otras desafiaban los esquimales el tiempo. Al meterse por el hueco central de sus *kajaks*, abarquillados de popa á proa, lo tapaban de tal modo con su cuerpo y larga túnica, que los hacían impenetrables al agua y al aire; en las borrascas unían frecuentemente dos y tres *umiaks* y resistían como nadie el empuje de los vientos y las olas. Disponían tambien de barcos hechos de troncos de árboles y de *umiaks* con armadura de madera.

Canoas de costillaje no las había ya sino entre los koniagas, que las construían poco más ó ménos como los esquimales. De los thlinkites abajo volvían á parecer las de una sola pieza. Sólo entre los californios del Sud dicen que las había compuestas de tablas de madera perfectamente unidas y embetunadas. Usábase tambien en esas costas septentrionales del Pacífico el haz de los peruanos; mas no ya el de enea, sino el de juncos ó el de bambúes. Lo conocían los californios del Centro y los de la Península y entre los nuevo-mejicanos los ceris, los tiburones y los tepocas.

Entre las canoas de una sola pieza las había, con todo, dignas de especial mencion tanto por su forma como por el carácter de sus autores. Solía hacerlas de troncos de cedro el haidah y darles cuatro piés y medio de cala, sesenta de eslora y seis y medio de manga. Prolongaba y encorvaba graciosamente la proa y la popa en figura de cuello de cisne y les ponía por remate una cabeza de mónstruo. Ataraceaba con dientes de nutria la regala, teñía de vivos colores y á veces labraba los costados y hacía en forma de pala los remos. Con seguridad y rapidez indecibles cruzaba en tan elegantes como sólidos buques las revueltas aguas de la costa.

Eran navegantes los haidahs, pero más los nutkas y los chinuks. Nutkas y chinuks preferian las guerras por agua á las terrestres; y el nutka á la manera del payaguá y el caribe convertía, al dar con sus enemigos, en lanzas los remos. Ni vacilaba el chinuk en apartarse de la costa aunque estuviese el mar bravío; se había internado por el Pacífico más que ningun otro pueblo de América. Verdad es que construía como ningun otro sus canoas. Las hacía de diversos tamaños, y en las más capaces, de cincuenta piés de eslora, aseguraba los costados por medio de travesaños cilíndricos, doblaba hácia fuera la borda como para impedir ó por lo ménos dificultar que entrase el agua en la bodega y así en la popa como en la proa, igualmente altas, ponía sobre bajos pedestales grotescas figuras de seres reales ó fantásticos. Al ponerse en marcha la canoa, colocábase un marinero en la popa y tomaba un remo por gobernalle; sentábanse los demás en la cala y asía cada cual del remo que más cerca tenía.

La canoa, la balsa, el mismo haz de enea, de bambúes ó de juncos eran á la vez medios de navegacion y de trasporte. De trasporte, casi los únicos. Como dije en el párrafo XXXVIII, no había en América otra bestia de carga que el llama, ni otra de tiro que los perros del Norte. Del llama, que sólo existía del Ecuador á la tierra del Fuego, dije ya en aquel mismo párrafo. Los perros, que se distinguían por la variedad de sus colores, lo espeso y largo de su pelo, lo corto de sus piernas y lo largo de su cola, tiraban en las cercanías del Oceano Glacial, bien formando tronco, bien puestos en fila, de trineos anchos de dos á tres piés, altos de dos y medio y largos de doce, que levantaban del suelo como diez pulgadas y tenían comunmente de abedul ó pruche la caja, de bruñidas tiras de quijada de ballena las correderas. Esos largos trineos, donde bastaban dos perros á llevar doscientas libras de carga, eran los únicos aparatos de arrastre en América y no los usaban sino los esquimales y los tinnehs. ¿Quedaba otro medio que el de reducir al hombre á bestia de carga?

XLI

El comercio.

Se dedicaban al comercio muy pocas razas salvajes. En muchas había de hogar á hogar y áun de tribu á tribu cambio de productos; pero sólo por la necesidad ó el capricho, no con ánimo de reventa ni de ganancia. Inútil buscar donde tal sucediese ni equivalencia ni medida de valores; dábase allí frecuentemente por fruslerías artículos de utilidad que habrian sido para nosotros de gran precio. «En la isla de Guanahani, dice el Almirante, nos daban los indígenas por cuentecillas de vidrio y cascabeles papagayos, ovillos de algodon, azagayas y otras muchas cosas. Hasta diez y seis ovillos que pesarían más de una arroba ví dar por tres ceutis de Portugal. que equivalen á una blanca de Castilla.» Con estas y otras baratijas rescataban despues los españoles aquí objetos de oro y plata, allí riquísimas pieles.

Entre las razas salvajes no me atrevo á decir que se dedicasen realmente al comercio antes de la Conquista sino los haidahs, los nutkas, los chinuks, los columbios de tierra adentro y los mojaves. Se asegura que los araucanos, los caquesios y los otomacos traficaban con sus vecinos: pero, áun dándolo por cierto, dudo que se los pueda incluir en el número de los pueblos mercantiles. De los haidahs se sabe que hicieron de las pieles de nutria de mar su primer artículo de cambio y su principal riqueza; de los nutkas, que tomaron por medida de valor las mantas y no vacilaron en cerrar siempre que pudieron el paso de un río ó de un estrecho para encarecer sus productos; de los chinuks, que todos los años se reunían donde están hoy el fuerte Cascadas y el fuerte Dalles y trocaban con las fronterizas tribus del Este sus pescados, su aceite y sus raíces por pieles que luego revendían en la costa. Habían adoptado estos chinuks por moneda el sartal de conchas *hiaqua* de seis piés de largo, que valía tanto más cuantas más conchas tenía. Era el *hiaqua* marisco que se encontraba sólo en las vastas profundidades del Pacífico, y lo buscaban solícitos, no sólo los chinuks, sino tambien los indígenas del estrecho de Púget.

Durante el verano se reunían tambien los columbios de tierra adentro en las orillas de los ríos y bajaban á la costa para el cambio de mercancías. Dícese que habían llegado por la costumbre al establecimiento de reglas comerciales que todavía observan escrupulosamente; y parece confirmarlo un hecho. Hoy caballo muerto poco despues de vendido rompe la venta. No sé de los mojaves sino que usaban como medida de valor el *wámpum*.

Naciones sin comercio no puede en mi opinion haberlas como no vivan bajo un régimen comunista. Creo por esta razon que debieron de ser comerciantes

los iroqueses, aunque no lo permitan asegurar los actuales datos. Que lo fueran los nahuas y los mayas no admite duda; sí, los pueblos sometidos al yugo de los Incas.

Poco ménos que comunistas eran las instituciones de los peruanos. Por su doble carácter de rey y pontífice atesoraba el Ynca los productos de buena parte de la tierra. Propietario además de casi toda la ganadería y señor absoluto de todas las minas, resultaba el árbitro y el dispensador de casi todas las materias para la industria. Despues de elaboradas, volvía á recogerlas en gran parte por el tributo. Venía á ser por este medio el depositario de la riqueza nacional y el encargado de distribuirla segun las necesidades y las circunstancias de los tiempos. Tenía el individuo su tierra, su *topu;* pero una tierra que apénas bastaba en los años fértiles al sustento de la familia. Así las cosas, ¿qué importancia había de tener allí el comercio? No la tenían ni el comercio interior ni el exterior, porque á buscar en otras naciones mercados para sus pueblos preferían aquellos soberanos conquistarlas y hacerlas entrar en su régimen. Dicen si hubo en el Perú balanzas y por lo tanto pesas; no dice nadie que hubiese signo alguno de cambio.

Los verdaderos comerciantes de América fueron los nahuas y los mayas, que tuvieron ya sus mercados, sus ferias, sus expediciones mercantiles y algo que suplía la moneda. Lo venían siendo los nahuas desde muy antíguo, nada ménos que desde la época de los xicalancas. Eran ya entónces famosos por su tráfico los pueblos que vivían en las costas de Veracruz, en las meridionales de Oajaca y en la tierra caliente de Tabasco. Adquirieron despues grande importancia comercial bajo los toltecas Tula y Cholula, bajo los chichimecas Tlaxcala, bajo los aztecas Tlatelulco, que de ciudad independiente pasó á ser un barrio de la de Méjico. Llegó el comercio bajo los aztecas á su apogeo y constituyó poco ménos que un poder político.

Los mercaderes de Tlatelulco eran una de las altas clases del Estado. Rivalizaban con la nobleza, que consiguieron más de una vez mezclar en sus negocios. Se regían por cónsules y tribunales propios, y ni áun por razon de delito perdían su fuero. Formaban uno de los consejos de la Corona. Eran mensajeros del Rey adonde quiera que fuesen; y, si con motivo de sus expediciones se promovía una guerra, pasaban á ser capitanes del ejército y hasta elegían general en jefe. Miembros todos de una poderosa asociacion, no tenían quien los contrarestase; regían y dominaban el comercio del País, hacían de los mercaderes de las demás ciudades solícitos agentes y ejercían grande influencia sobre el Gobierno.

Eran generalmente esos comerciantes de Tlatelulco los que preparaban y aún precipitaban la conquista de las naciones fronterizas. Estudiaban secretamente en sus viajes la topografía, los recursos, las armas, las fortalezas, las virtudes y los usos de estas naciones; y provocaban á lo mejor conflictos que

engendrasen, ó cuando ménos cohonestasen la guerra. Llegaron alguna que otra vez á tomar desde luego posiciones con el objeto de facilitar la victoria de sus reyes. Podían hacerlo, porque, atendido lo grandioso de sus empresas y la absoluta falta de bestias de carga, debían ir siempre acompañados de hombres bastantes para, trocando por la espada el báculo, oponer viva y porfiada resistencia á gran número de enemigos.

Hacíase comunmente el comercio exterior con los pueblos del Mediodía. Vendíaseles artículos de algodon, enaguas, vipiles bordados, pieles, objetos de oro, piedras preciosas y tambien esclavos por aromas, plumas, productos de mar y sobre todo ámbar, una de las materias á la sazon en más estima por haberla preferido para sus bezotes los aristócratas de Méjico. Que se extendió el tráfico más allá del istmo de Tehuantepec y por lo tanto al territorio de los mayas es cosa que no admite ya duda. Los mayas por su parte llevaron sus mercancías á Tabasco y á ciudades más al Norte.

Era aún más activo y considerable entre los nahuas el comercio interior. Celebrábase diariamente un mercado y semanalmente una feria en Tlatelulco, Tlaxcala, Tezcuco y otros pueblos. La plaza que para tales ferias y mercados había en Tlatelulco estaba toda circuída de portales y, segun Cortés, era grande como dos veces Salamanca. Vendíase allí todo género de mercancías, pero cada género en su calle ó su compartimiento: en esta, la caza; en aquella, la hortaliza; en la de más allá, las frutas; en otra, las telas; en otra, el barro y la porcelana; en otra, la plata, el oro y la pedrería; en otra, la piedra, los adobes y los ladrillos; en otras, los otros mil productos de la naturaleza y el arte. Es indecible el movimiento que en aquella plaza había: no la frecuentaban en los días de feria ménos de sesenta mil almas.

No por esto se observaba confusion ni desorden. En la misma plaza, en cierto edificio por nombre *teopancalli* estaban constantemente sentados diez ó doce jueces que regulaban los precios, dirimían toda clase de diferencias entre compradores y vendedores y castigaban á los delincuentes. Bajo las órdenes de estos hombres multitud de oficiales andaban de continuo entre la muchedumbre. Artículo averiado y medida falsa los destruían al punto; persona que cometiese la menor falta ó alterase el órden la detenían y la presentaban á los jueces. Revestía allí suma gravedad todo delito y era severamente castigada la simple riña.

Fuera de Tlatelulco había otros mercados en Méjico, y otros tambien fuera de la plaza mayor de Tlaxcala y de Tezcuco; pero ya sin importancia.

En todos se vendia por cuenta y medida; ignoro si por peso. «Fasta agora no se ha visto vender cosa alguna por peso» escribe Hernan Cortés luego de haber recorrido el mercado de Tlatelulco; y esto para mí es altamente significativo. Como no había pesas ¿no habría tampoco moneda?

Hernan Cortés habla de unas piezas de estaño que hacían oficio de moneda

en varias provincias: Ixtlilxochitl, de cierta moneda de cobre, larga de dos dedos, ancha de uno, gruesa como un real, de la figura de un hacha, que no hacía mucho tiempo habían dejado los indígenas de Tutupec; Bernal Diaz del Castillo, de unos cañutillos de pluma blancos y transparentes, llenos de granos de oro, que, segun eran de gruesos y de largos, equivalían á tal ó cual número de mantas, á tantos ó cuantos jiquipiles de cacao, á más ó ménos esclavos, á mayor ó menor cantidad de cualquiera otro género de mercancías; casi todos los autores, de almendras de cacao, distintas de las del chocolate, que pasaban en todas partes por moneda corriente y servían para toda clase de pagos, pues se las podía emplear sueltas y tambien reunidas en *xiquipillis* y sacos: veinticuatro mil en cada saco y ocho mil en cada *xiquipilli*. Resulta haber sido el cacao signo general de cambio y medida general de valores en toda la confederacion azteca; y merece por lo tanto ser considerado, no solo moneda, sino tambien la moneda de Méjico. Monedas debieron de ser asimismo las piezas de cobre de Tutupec y las de estaño de que Cortés nos habla, aunque monedas puramente locales. No merecían ya en mi opinion tal nombre los canutillos de oro de Bernal Diaz, cuyo valor y cuyas equivalencias difícilmente podían ser fijos.

El cacao, segun algunos, suplido en las pequeñas transacciones por retacillos de tela de algodon, era tambien moneda entre los mayas. Refiere Oviedo que en Nicaragua se adquiría por diez almendras un conejo, se gozaba por otras diez de una prostituta y se compraba por ciento un esclavo. Allí, sin embargo, principalmente para el comercio exterior debieron de ser muchos los agentes de circulacion. En Yucatan mienta como tales Cogolludo cascabeles, sonajeros y pequeñas hachas de cobre, sartas de conchas encarnadas y piedras preciosas; y Landa dice haber visto ciertas bolsas de malla en que guardaban su dinero los yucatecas.

El comercio entre los mayas no era menos importante que entre los nahuas. Tambien allí los mercaderes constituian una clase aristocrática exenta de cargas y abundantemente provista de honores. Tambien allí había mercados y ferias periódicas. Tambien allí los mercados tenían un oficial que regulase los precios, corrigiese los abusos y castigase á los infractores de las leyes del tráfico. Tambien allí se hacía el comercio exterior por grandes caravanas, que, sobre todo en Yucatan, podían casi siempre viajar por caminos de piedra.

En Yucatan, á lo que parece, todos los artículos de primera necesidad, menos el maíz, estaban sujetos á tasa. La contratacion era, por lo contrario, enteramente libre en Nicaragua, donde en cambio no podían los varones concurrir al mercado, como no fuesen forasteros ó niños.

Eran ya, como he dicho, comerciantes así los nahuas como los mayas; pero, obsérvese bien, no como los europeos. Sobre ser imperfectísima la moneda, y tal vez por serlo, prevalecía entre unos y otros el cambio directo de productos. Distábase de conocer la letra de cambio.

XLII

TRANSICION. EL CLAN, EL TÓTEM, LA TRIBU

Entro ahora de lleno en la organizacion política de los americanos. Describirla es más difícil de lo que á primera vista parece. Los datos escasean y frecuentemente se contradicen.

En la primitiva Roma encontramos los siguientes grupos: *familia*, *gens*, *civitas*, *tribus*. *Familia*, los agnados; *gens*, los gentiles, los deudos; *civitas*, las gentes reunidas en pueblo; *tribus*, las gentes de comun orígen, viviesen en uno ó muchos pueblos ó en una ó muchas ciudades. Las tríbus eran tres: los rhamnes, los lúceres y lòs ticios.

En la antigua Germania es por lo menos dudoso que el grupo *gens* existiese. Había la tribu, *sippe*, conjunto de familias enlazadas por los vínculos de la sangre; la aldea, reunion de tríbus; la ciudad, confederacion de aldeas. Sólo una ciudad conocieron los primeros invasores romanos: *civitas Cheruscorum*.

En la América del tiempo de la Conquista estaban constituídas en naciones las razas cultas y escaso número de las salvajes; de las demás unas se habían detenido en la *civitas* de los romanos y otras en la *sippe* germánica. Observábase en algunas un grupo especial que considero digno de estudio.

Las tríbus criks ó muscogis se hallaban divididas en nueve *clanes:* el del Tigre, el del Viento, el del Oso, el de la Zorra, el del Lobo, el de la Raíz, el del Pájaro, el del Ciervo y el del Cocodrilo; las iowas, en ocho: el del Aguila, el de la Paloma, el del Lobo, el del Alce, el del Oso, el del Castor, el del Búfalo y el de la Serpiente; las iroquesas, en tres: el del Lobo, el de la Tortuga y el del Oso; las huronas, en otros tres: el de la Cuerda, el del Oso y el de la Roca; las tionontotes, en dos; etc., etc.

Equivalía en mi entender el *clan* al grupo *gens* de los romanos: era una familia con todas sus generaciones y ramas. Pertenecía, por ejemplo, al *clan* Lobo todo indivíduo que naciese de mujer del *clan* Lobo. De este *clan* recibía desde luego *nomen y tótem:* Lobo por apellido y la figura del Lobo por divisa. Quedaba así unido por indisolubles lazos de parentesco con todos los varones y las hembras del *clan;* tanto, que, si mañana quería casarse, había de buscar en otro su cónyuge.

Tenía generalmente cada uno de los *clanes* por *nomen* el del animal ó el de la fuerza que miraba como su orígen ó como el *nahual* ó el nombre del fundador de la estirpe: por *tótem*, la representacion gráfica de ese mismo animal ó de esa misma fuerza. Sólo entre los iowas el *tótem* estaba en la manera de llevar el cabello.

Solían estar difundidos los miembros de cada *clan* por todas las tribus de la raza; y donde quiera que se encontraran se debían proteccion y defensa. Como fuese el *tótem* el signo para su mútuo reconocimiento, no dejaba de llevarlo ninguno, ya que no en sus carnes, en su manto, su escudo ó sus armas. Pintábanlo ó grabábanlo algunos hasta en el frente de sus casas, en sus canoas y en las piedras que levantaban sobre las tumbas de sus deudos.

Debo ahora recordar que el *clan* y el *tótem* distaban de ser generales en América. Estaban reducidos á la Septentrional y de ésta á un corto número de razas, casi todas comprendidas al Oriente de las Montañas Pedregosas entre los paralelos treinta y dos y cuarenta y seis del Norte. Al Occidente de aquellas montañas no sé que los hubiese más que entre los thlinkites, donde estaba dividida la plebe en el *clan* del Lobo y el del Cuervo; el del Lobo subdividido en los del Oso, el Águila, el Delfin, el Tiburon y el Alca; y el del Cuervo en los del Ganso, la Rana, el Leon marino, el Salmon y la Lechuza. Es posible que tambien los hubiera entre los kutchines, separados en tres grandes castas: *Chitseah*, *Tengratsey* y *Natsahi;* no lo afirmo, áun sabiendo imposible el matrimonio entre cónyuges de una misma casta, porque veo situadas las tres en territorios distintos, no les conozco *tótem* y no sé tampoco de ninguna que estuviese distribuida por todo el cuerpo de la nacion como con los *clanes* acontecía.

Aun al Oriente de las Montañas Pedregosas no siempre el *clan* equivalía á la *gens* de los romanos. Entre los winnebagoes y los dacotas se parecía más bien á la logia de los masones. Ocultaba su *tótem* y hasta su existencia; imponía duros castigos á los reveladores de sus secretos. Eran allí los *clanes* asociaciones de médicos-magos, que se distinguían unas de otras principalmente por las diversas raíces que como medicamentos empleaban ó las diversas virtudes que á unas mismas raíces atribuían; y, aunque en algunas fiestas se juntaban, ninguna se atrevía á descubrir á la otra los misterios de su terapéutica. Se dice si, á pesar de todo, allá en remotas edades estuvieron constituidas por sendas familias; lo dudo cuando recuerdo que para entrar en tan raros clanes hay aún fórmulas de iniciacion que trascienden á muy antiguas.

Como quiera que fuese, esto constituía la excepcion, aquello la regla. Tenemos siempre que en más ó ménos razas entre la familia y la tribu estaba el *clan*, y se componía por lo tanto la tribu americana aquí de *clanes*, allí de familias.

XLIII

Las viviendas comunes.

En el seno de la tribu era constante la paz; de tribu á tribu, frecuente la guerra. Así, que se tratase de razas nómades, que de razas fijas, ordinariamente

vivían juntas las familias de cada tribu. Servía de albergue á cada tribu de los tobas, los mbocobis y los mataguayos una choza de cañas con tantos compartimientos como familias, que contaba de ciento á doscientas varas de largo, se extendía de Oriente á Occidente, estaba toda cerrada al Norte y tenía al Sud tantas puertas cuantos vecinos. Casas de tribu eran tambien las de los tupinambaes, anchas de catorce piés, largas de ciento cincuenta y altas de doce, con bóvedas de hojas de palma y tres bajas puertas, una en el medio y otra en cada extremo. Constituía cada uno de estos caserones una sola pieza; pero estaba distribuido entre las familias á razon de doce piés en cuadro. Estaba en el centro la del jefe.

Viviendas de este género las había en la América del Norte como en la del Mediodía. Hasta trecientos aleutas se reunían en las mansiones subterráneas de las islas de Fox, alumbradas noche y día por lámparas de piedra. Media cada una de ciento á trecientos piés de longitud y de veinte á treinta de anchura, y estaban divididas por postes en multitud de estancias. No diferían mucho de estas excavaciones las de los haidahs, una de las cuales vió Poole habitada por setecientas personas en las islas de la Reina Carlota. Hallábase esta casa parte enterrada, parte sobre la haz de la tierra, como las de los esquimales y los tinnehs.

Tenían tambien vastos albergues para muchas familias los nutkas, los columbios, los hurones y los iroqueses. Dividíanlos por más ó ménos anchos pasadizos en dos filas de aposentos; y, á excepcion de los nutkas, ponían todos en los pasadizos los hogares: uno para las dos habitaciones de cada línea. Los chinuks y los californios del Centro vivían, por su parte, bajo un mismo techo con las familias de sus hijos y sus nietos; y los thlinkites en sus tiendas de verano, con todos los que estaban á las órdenes de un mismo jefe. Los dacotas, por fin, solían alojar en las cuatro esquinas de sus cabañas otras tantas familias y en los lados las que de éstas iban surgiendo.

Se tendía á esa especie de condensacion aún en las comarcas donde era costumbre levantar para toda familia una choza. Vieron los soldados de Colon en Cuba un pueblo de cincuenta fuegos y mil vecinos; y Alvar Nuñez en la Florida, casas de trescientas personas. En unas pocas años despues pudo Hernando de Soto distribuir su ejército. No cito aquí los *galpones* de Nicaragua de que habla Oviedo, porque no eran sino casas de cabildo ó cuerpos de guardia.

XLIV

Los pueblos.

Había tambien pueblos de tribu. Tales eran, por de pronto, los de los guanaes, los caribes de las Antillas y los mandanes, chozas de una sola tribu en los lados de una plaza que le servía de patio, de foro y áun de sala de fiestas. ¿No serían lo mismo aquellas *casas-pueblos* que vimos en las cuencas del Colorado y el Gila?

Pueblos de más de una tribu había pocos fuera de las razas cultas. Quizá no los tuviesen en la América del Mediodía sino los araucanos, los caquesios y los carios, ni en la del Centro sino algunas de las Antillas, ni en la del Norte sino los indígenas de la Florida y la Virginia, los criks, los ojibwas, los hurones y los iroqueses. Se habla de dos ciudades, una caria, otra ojibwa, la de Lampere en el Paraguay y la de la isla de Lapointe: es muy posible que ni ojibwas ni carios conociesen otras poblaciones de más de una tribu.

No todos los pueblos estaban igualmente situados. Lo estaban unos en las riberas de los lagos y los ríos; otros, en extensas llanuras; otros, en la cumbre ó las vertientes de suaves colinas; otros, en la cima de escarpados cerros ó en la boca de espantosos precipicios. Pueblos haidahs hubo sobre rocas desgajadas de la tierra firme, á las que no se llegaba sino por estrechos puentes; pueblos nutkas, sobre peñascos distantes de la costa, á los que no se ascendía sino por escalas de cuerda. Ocupaba, segun Castañeda, la *casa-pueblo* de Acuco, hoy Acoma, lo alto de una peña que desde el valle habrían difícilmente alcanzado las balas de nuestros arcabuces: el que se proponía ganarla, despues de haber subido trescientos escalones, unos más anchos, otros más angostos, había de vencer una altura de más de seis varas trepando, es decir poniendo en un agujero la punta del pié y en otro los dedos de la mano. *Cliff dwellers* llaman hoy los norteamericanos á los *pueblos* y no sin motivo.

De las poblaciones no situadas en lugares inaccesibles dejaron pocas de estar defendidas por obras de arte. Las de los carios, los caquesios, los habitantes de la Florida y de Virginia, los iroqueses y los hurones tenían generalmente más ó ménos firmes empalizadas ó trincheras, profundos fosos y estrechísimas puertas; algunas, hasta adarves provistos de piedras y agua: agua contra los incendios, piedras contra el enemigo. Eran aquí notables las de la Florida, sobre todo las de la parte de Occidente, casi todas establecidas sobre naturales ó artificiales oteros. Vivían abajo los súbditos, arriba el jefe; y del llano á la cumbre había una escalera de quince á veinte piés de anchura con gruesos tablones en los pasamanos y unos como reductos en los descansos. Estaba cortado el otero

por la otra parte, y la poblacion toda ceñida por honda cava y densa estacada.

Lo que hacian pocas razas salvajes era distribuir los pueblos en calles. Tenían desigual y caprichosamente esparcidas sus casas los mismos araucanos y los iroqueses. A la formacion de calles tal vez no hubiesen llegado sino los nutkas. Llegaron muchos más á la de plazas, segun podrá inferir el lector de las primeras líneas de este párrafo. En algunos pueblos de la Florida estaban tambien al rededor de una plaza las viviendas de los nobles; y en todos los de los criks llamó una plaza la atencion de los europeos.

Medía ordinariamente esta plaza treinta piés en cuadro. Había en cada lado un galpon, en cada galpon tres compartimientos y en cada compartimiento tres anchas tarimas en forma de anfiteatro cubiertas por una estera de caña. Vivían en el galpon de Oriente los caciques; en el de Mediodía, los más distinguidos capitanes; en el del Norte, los demás caudillos; en el de Occidente, los que confeccionaban los brebajes y los medicamentos; y la plaza era, como entre los caribes, foro y salon de fiestas. Allí bebían los guerreros la *casina*, su licor favorito; allí se celebraba las asambleas, las ceremonias sagradas y los banquetes y bailes de guerra; allí se hospedaba á los forasteros; allí se ponía en señal de luto verdes ramas de árboles cuando moría uno de los prohombres. Había al Nordeste de la plaza una estufa y al Sudoeste un patio circular de cuyo centro se levantaba un mayo: la estufa para el invierno, el patio para el verano, patio y estufa para alivio y solaz del pueblo.

Además de las poblaciones comunes tenían los criks, y esto es más curioso, ciudades *blancas* y ciudades *rojas*. Las blancas eran el asilo de cuantos prisioneros podían evitar por la fuga los tormentos y la muerte; las rojas, verdaderas plazas de armas.

No hablo aquí de los pueblos de las razas cultas porque los creo materia de otro lugar y otros párrafos.

XLV

Las naciones.

Si por nacion entendemos un conjunto de pueblos permanentemente regidos por jefes comunes, apenas encontraremos en las razas salvajes de la Antigua América otras naciones que las de los araucanos, los caquesios de la costa, los indígenas de Hayti, los natchez, los hurones y los iroqueses. Deberemos reconocer muchas más, como creamos que constituyen nacion pueblos ó tríbus acostumbradas á reunirse y obrar juntas cuando lo exige la comun ofensa ó la comun defensa ó la resolucion de cuestiones que á todas afecten. Uníanse en estos casos los tupíes, los comanches y áun los bárbaros shoshonis.

Conviene ahora tener muy en cuenta que razas salvajes, en otro tiempo verdaderas naciones, lo habían dejado de ser cuando el Descubrimiento; y otras, por lo contrario, tribus dispersas y aisladas cuando el Descubrimiento, vinieron á vivir despues bajo la autoridad de jefes comunes, bien por haberlos recibido de los europeos, bien por haberse visto en la necesidad de crearlos para entenderse y tratar con los pueblos alienígenas. Era, por ejemplo, tradicional entre los ojibwas que habían vivido un día bajo un rey del *tótem* Colimbo y un caudillo militar del *tótem* Oso; y es indudable que modernamente se han reunido más de una vez los shoshonis todos en las dos orillas de uno de sus ríos hasta el punto de formar campamentos de cinco y aún de siete millas de largos. Obedecía todo el campo á la voz de uno ó dos jefes.

XLVI

Instituciones políticas.

De todas estas naciones, pueblos y tribus cabe muy bien decir que unas carecían de gobierno, otras apenas lo tenían y otras vivian bajo instituciones políticas que constituían todo un sistema. Abrazaré en un párrafo las primeras y en otros las segundas; dedicaré otro á cada nacion en que se haya desenvuelto una forma de gobierno. Será de interés el exámen para cuantos deseen apreciar como se desarrolla en las sociedades la idea política.

XLVII

Anarquía.

En muchísimas razas salvajes cada tribu y áun cada familia eran libres é independientes. Reconocían jefes sólo en la caza y la guerra, y los desobedecían con frecuencia ya que corrían tras la res escapada ó venían á las manos con los enemigos. Si los consentían en la paz, ni les concedían otras armas que la persuasion y el consejo, ni les prestaban servicios, ni les pagaban tributos. No tenían ni tribunales ni leyes; tomaban por sí mismas venganza de sus agravios. En cada familia era el padre rey, juez y verdugo.

Tan poseídas estaban del sentimiento de la igualdad muchas de estas razas, que no permitían á sus jefes insignia alguna de mando ni toleraban que entrasen por más que el último soldado en la distribucion del botin de guerra. Viajaban comunmente los jefes caribes en hamacas sostenidas por ajenos hombros; mas por hombros de esclavos, no de personas libres.

Se elegía ó se aceptaba por jefes á los más hábiles, más generosos ó más bravos; sólo en algunos pueblos de los Llanos, á los que sufrían impasibles cierta clase de tormentos. Si llegaban á ser hereditarias esas jefaturas, era por reproducirse en los hijos las virtudes de los padres; generalmente se las perdía con la cualidad que les había dado orígen.

Razas con asambleas había que no eran ménos anárquicas. En las tríbus de los charruas, por ejemplo, se reunían todos los días al caer del sol los cabezas de familia, y, sentados á la redonda sobre sus talones, deliberaban acerca de los medios de ataque ó defensa. No obligaban los acuerdos de estas juntas á los disidentes, y no existía por lo tanto autoridad ni aún para la conservacion de la tribu.

Afortunadamente en algunas tríbus suplía el respeto á los ancianos la absoluta falta del poder público.

XLVIII

Esbozos de organizacion.

En los tupíes se observaba un principio de gobierno. Tenía cada tribu un jefe hereditario, en cuya sucesion se guardaba el órden de primogenitura. El jefe y sus deudos constituían una especie de aristocracia; los demás súbditos, la plebe. Plebe y nobleza debían obedecer al jefe cuando los llamaba á la guerra; la plebe, además, servirle y cultivarle el campo. El jefe castigaba aquí ya á los ladrones y los adúlteros.

Reuníanse en asamblea los caudillos de diversas tríbus cuando los movían á concierto el instinto de conservacion ó el comun deseo de venganza. Discutían de noche y resolvían cuando el sol doraba las cumbres de Occidente. El capitan que allí se nombraba ejercía una autoridad sin límites.

No gozaban de tanto poder los jefes de los muscogis, que por lo ménos eran tres en cada pueblo; mas lo suplían por el respeto que generalmente infundían. En las plazas de que antes dije se les servía todas las mañanas la *casina* por tres mancebos, que no les ponían la copa en las manos sin levantarla á la altura de sus lábios, inclinar el cuerpo y prorumpir en cierto alarido que prolongaban medio minuto. Formaban jerarquía los tres: y, donde no hereditarios, pertenecían á determinados *clanes*. Sobre todo entre los chickassaws los *clanes* eran jerárquicos lo mismo que entre los ojibwas.

Tenían las tríbus algonquinas jefes militares, jefes civiles y asambleas de ancianos. Deliberaban las asambleas sobre los negocios públicos; pero ni por sí ni por otros decidían las cuestiones entre individuos ni entre familias. Distaban de ser hereditarios los jefes; rara vez conseguían los militares prorogar sus fun-

ciones más allá de la guerra para que los habian elegido; nunca los civiles, por buenos que fueran, llevar las suyas más allá de la muerte. Unos y otros, con todo, al amparo de las asambleas y al de sus propias virtudes se hacían obedecer sin usar de la fuerza.

Los ancianos entre los tacullis dirimían ya las discordias privadas que no procediesen de homicidios ni raptos; los jefes podían escudar contra los parientes del muerto á los matadores con albergarlos en su choza ó echarles en los hombros cualquier prenda de su traje. Entre los *pueblos*, al decir de Castañeda, intervenían en los matrimonios.

Nombraban los aleutas jueces que fallaran toda clase de litigios, y solían los thlinkites decidir en desafío así las cuestiones de familia á familia como las de tribu á tribu. Cuando buscaban consejo, oían esos thlinkites á las ancianas con preferencia á los ancianos.

Era algo más complicada la organizacion de los nutkas. Tenía allí cada tribu, además de un jefe hereditario, otros subalternos, que ordinariamente salian de cierta clase aristocrática. Presidía aquel jefe todas las asambleas, ocupaba puestos de honor en todas las fiestas, y en unas y otras desplegaba verdadero fausto; pero no podía sobreponer en caso alguno su voluntad á la del pueblo, que ni pagaba tributos ni aguantaba leyes. Constituía la pesca de la ballena un privilegio, y los balleneros casta.

Eran tambien hereditarias las jefaturas entre los californios del Centro y los del Mediodía. Pasaban de varon á varon; y cuando no le había legítimo, entre los últimos á las hembras, entre los primeros al varon que las hembras designasen. Con acuerdo de los ancianos los jefes del Mediodía y sin él los del Centro decidían la paz y la guerra. Permitíanse tambien conocer de las cuestiones entre súbditos; pero no podían imponer sus fallos.

En ninguna de esas razas se extendía la organizacion más allá de la tribu.

XLIX

Gobiernos embrionarios.

En algunas razas los caciques, vinculada la jefatura en sus familias, habían adquirido, bien por su liberalidad, bien por su valor ó su entendimiento, influencia tal sobre sus tribus, que las tenían dóciles y sujetas. Exigían servicios, cobraban tributos, perseguian á los delincuentes, llevaban insignias de mando y se hacían conducir en hamacas por hombres libres. En Hayti habían conseguido hasta que los súbditos trabajaran en obras públicas: tenían muchos y buenos caminos y en tierras de secano atarjeas por donde corrían las aguas

de apartados ríos. Afortunadamente no solían abusar de tan absoluto imperio. Padres más bien que reyes, eran, vivos, objeto de amor; muertos, de luto. No se cansaban las tríbus de cantarlos en sus *areitos*.

Era algo más fosco este absolutismo en la Florida En consejo de nobles decidían allí los jefes los negocios árduos y juzgaban y hacían ejecutar á los reos; mas obraban conforme á su gusto. No ya como padres ni como reyes, sinó como dioses, se hacían respetar de sus tríbus. Vestían fastuosamente, y no se presentaban en ceremonia ni fiesta sin mancebos que les diesen aire con altos moscadores ni pajes que les sostuviesen la cola del manto. Recibían los de algunas tríbus en holocausto la sangre del hijo primogenito de cada familia; y todos al morir eran causa de privaciones para sus vasallos. Debían entonces hembras y varones recortarse el cabello y guardar tres días de riguroso ayuno; y durante seis meses reunirse tres veces por día en torno del sepulcro multitud de plañideras y prorumpir en lúgubres alaridos.

De estos jefes de tribu de la Florida no se sabe que tuvieran otro superior ni se confederaran; sí, de los de Hayti y los caquesios de la Costa. Los jefes de tribu de los caquesios reconocían cuando la Conquista uno superior en Manaure y le pagaban tributo; los de Hayti, otros en Guarionex, Caonabo, Behechio, Guacanagari ó Cayacoa, verdaderos reyes de la Isla. Estos cinco reyes, por otra parte, se confederaban, segun Oviedo, cada vez que se veían amenazados por los caribes, como es de creer que en determinadas condiciones lo hiciesen los caquesios de tierra adentro.

Parecíanse en gobierno á las tríbus de la Florida las de Virginia, que en panteones consagrados al dios Kewas guardaban las momias de todos sus caciques sobre catafalcos sostenidos por troncos de árboles. No se les parecían ya las demás tríbus de la América del Norte; pero sí algunas de la del Mediodía. Los manacicas, rama de los chiquitos, estaban regidos tambien por jefes absolutos. Los habían de obedecer en paz y en guerra, construirles y repararles la casa, cultivarles el campo y entregarles el diezmo de la caza y la pesca. Delincuentes, habían de parecer ante esos mismos autócratas y de ellos recibir el castigo. Lo singular aquí era que la mujer compartía el imperio con el marido, pues si él mandaba en los varones, ella en las hembras; y el hijo para suceder al padre no había de esperar á que el padre muriese sinó á que se lo consintieran el entendimiento y los años.

Los jefes de los otomacos eran aún más absolutos. Todas las mañanas recibían en los umbrales de sus casas á los hombres útiles para el trabajo, y los distribuían enviando los unos á la caza, los otros á la pesca y los otros á labrar la tierra. Ponían por las tardes en comun acerbo lo que traían labradores, pescadores y cazadores, y lo dividían entre todas las familias de la tribu á prorata de los individuos que en cada una había. No osaba nadie murmurar, cuanto ménos quejarse, ni del reparto de cargas ni del de productos. Verdad es que los

jefes solían proceder con igualdad y cordura alternando para todos el trabajo y el reposo y no condenando á ninguno á contínuas fatigas.

Asoma aquí el comunismo, pero un comunismo en que eran libres tanto la industria, generalmente confiada á las mujeres, como el comercio con otras razas. Era mayor, segun Pedro Martir de Anglería, el que se hallaba establecido en Cuba, donde la autoridad residía en los ancianos.

Tal vez extrañe el lector que yo califique de embrionarios los gobiernos aquí descritos. Los llamo así porque, además de simples é incompletos, son el gérmen de otros gobiernos. Paso ahora á determinar los que más desarrollo tuvieron entre las razas salvajes.

L

El gobierno de los natchez.

Los natchez constituían nacion y vivían bajo un régimen despótico. Tenían su hacienda, su libertad y su vida al antojo de un rey que, diciéndose hijo del Sol, ejercía un poder sin límites. En guerra, le debían su sangre; y en paz, la total cosecha de sus campos y los mejores productos de la caza y la pesca. No podían negarle servicio que les pidiese ni hija en quien se agradase. Cuando le encontraban en público, debían abrirle paso, detenerse y prorumpir en largos alaridos; cuando le visitaban, hacerle tres saludos y exhalar uno de esos extraños gritos. Incurrían en falta grave si le volvían la espalda; tambien si, áun contándole en el número de sus parientes, bebían con él en la misma copa ó comían en el mismo plato.

Había en la nacion dos capitanes, dos sacerdotes, dos maestros de ceremonias, un veedor de obras y graneros y una aristocracia; pero el rey nombraba los empleados y tenía convertidos á los nobles en instrumentos y fautores de su tiranía. Nada allí de consejos ni de asambleas; nada tampoco de tribunales. Veía el rey por sí los negocios y los fallaba sumariamente. Acompañado siempre de guardias, se deshacía pronto del que faltaba. Libradme, decía, de este infame; y el infame pasaba desde luego de la vida á la muerte.

Tenía este rey por heredero, no á su hijo, sino al de su hermana ó de su más próxima parienta. Gozaba tambien esta venturosa madre, á quien se distinguía con el nombre de jefe-hembra, el terrible derecho de hacer matar por sus jóvenes guardias al que la ofendiese; pero no ejercía tampoco autoridad sobre las tribus ni intervenía en los asuntos del Reino. Intervenían ménos aún las mujeres del Soberano, destinadas á la sola satisfaccion de carnales apetitos. De éstas solo dos ó tres vivían bajo el techo de su cónyuge: quedaban las otras con sus padres.

Los efectos de tan bárbaro régimen habían sido funestos. Como podía el rey tomar cuantas esposas quisiera, podía la jefe-hembra tomar otros tantos maridos. Podía además repudiarlos y hasta matarlos si le eran ó los creía infieles. Polígamo él, poliandra ella, fáciles y frecuentes los divorcios, había cundido la lujuria por nobleza y plebe y carecía de freno. No desmerecía la mujer por que se prostituyera: la prostitucion había llegado á ser obligatoria. Falto el hombre de todo estímulo, tampoco era trabajador ni digno. Besaban allí varones y hembras la mano que los oprimía: á la muerte de sus tiranos se quitaban muchos la vida para acompañarlos á la region de las almas. Lo hacían algunos por fuerza; otros espontáneamente y con júbilo.

Este despotismo, segun los natchez, distaba de remotos siglos. Diéronle fuerza y vigor esa misma antigüedad de orígen, el envilecimiento propio de la servidumbre y sobre todo el comunismo de los frutos de la tierra, que puso en manos de los reyes las subsistencias del pueblo. Sólo despues de dos siglos de lucha con los europeos intentaron y lograron aquellos hombres destruirlo. Felicitémoslos por haber llegado á más libres instituciones.

LI

Gobierno de los araucanos.

Gozaban los araucanos de mejores leyes políticas. Segun Molina, estaba la tierra de Arauco dividida en cuatro *uthal-mapus* ó grandes comarcas, la costa, el llano, la ladera, el monte; cada *uthal-mapu*, en cinco *aillaregues* ó provincias; cada *aillaregue,* en nueve *regues* ó condados. Había á la cabeza de cada condado un *úlmen;* á la de cada provincia, un *apo-úlmen*; á la de cada una de las comarcas, un *thoqui*. Dependían de los *thoquis* los *apo-úlmenes* y de los *apo-úlmenes* los *úlmenes*. *Ulmenes*, *apo-úlmenes* y *thoquis* constituían una especie de nobleza y componían los *utha-coyaghs*, las asambleas nacionales. Eran todos hereditarios.

No me permiten admitir que fuese tan perfecta la organizacion política de los araucanos ni la historia de las paces del año 1641, ni la de las campañas del 1658, ni los poemas de Ercilla y Oña, en el fondo históricos. De todo lo que en estas obras he leido infiero, por lo contrario, que debió de ser incompleta. En mi opinion prevalecía allí el espíritu de independencia sobre el de gobierno, y tenía la nacionalidad por base más el comun sentir que las instituciones.

Había indudablemente en Arauco jefes de pueblo ó de tribu. No se explica de otra manera que asistiesen á las mencionadas paces hasta ciento cincuenta y ocho caciques. Ni cabe tampoco dudar que esos jefes de tribu ó de pueblo dependiesen de otros. Poemas é historias hablan de señores que tenían caciques á

sus órdenes. Sobre estos señores no se cita sino á los *thoquis*. Resulta por de pronto inexacto el órden gerárquico de Molina: sobran los *úlmenes* ó los *apo-úlmenes*; faltan los últimos jefes.

Los *thoquis*, por otra parte, al decir de todos los cronistas, eran los capitanes generales de los ejércitos. Sabiendo, como se sabe, por el testimonio, aquí irrecusable, de Ercilla que esos capitanes debían siempre el cargo al voto de las asambleas, si podemos admitir con Molina que fuesen hereditarios todos los caciques, hemos de afirmar contra él que eran electivos los thoquis.

Los cuales creo tambien dudoso que fuesen cuatro. Había uno solo segun Ercilla; y de uno solo habla la relacion de las paces de 1641.

La constitucion política de los araucanos era, á lo que entiendo, la siguiente. Las tribus ó los pueblos tenían caciques á que no debían otro servicio que el de las armas. De estos caciques, á la vez caudillos y jueces, unos eran feudatarios y otros cobraban feudo. El feudo allí como aquí consistía en asistir al señor con la persona y determinado número de lanzas. Los que lo percibían eran de ordinario los que convocaban solos ó juntos el *utha-coyagh* siempre que á sus ojos lo exigía el interés de la patria. En este *utha-coyagh* era donde verdaderamente presentaba cuerpo de nacion el Arauco. En él tenían asiento, voz y voto los caciques todos sin distincion de superiores ni inferiores; y en él se decidía la paz y la guerra. En él se elegía tambien al *thoqui*, es decir al general en jefe de la República. Ese *thoqui* solía tambien personificar la nacion, pero solo mientras la nacion estaba en lucha con sus enemigos. Despues, aunque conservara el cargo, no valía más ni ménos que otro cacique. Ni tanto, si, como podía suceder, hubiese acertado á salir de la plebe.

El *utha-coyagh* era aquí sin duda lo más importante. Celebrábaselo generalmente con solemnidad, en amenos valles, dentro de una como plaza sobre la cual extendían altos y frondosos árboles sus gallardas copas. Se bebía, se comía, se danzaba y se abría los debates. Sentados á la redonda los caciques, exponía el que había convocado la asamblea el asunto ó los asuntos sobre que se debía tomar acuerdo. Hablaban luego cuantos oradores querían. No solían ser cortos, que eran aquellos hombres amigos de hacer ostentoso alarde de su elocuencia. Votábase publicamente las proposiciones: el voto de la mayoría obligaba á todos los araucanos.

Aun reducida á los términos con que la defino, era notable esta constitucion política. El mal, como antes indiqué, estaba en que muchos caciques la hacían frecuentemente ineficaz por sus arranques de independencia. Las paces de 1641 las promovió el *thoqui* Lincopichon al ver invadidas sus tierras por los españoles. Admitidas ya, hubo de convocar la asamblea nacional para que las ratificase. Surgieron al punto graves diferencias entre él y Quelantaru sobre el lugar en que había de reunírsela. Cortolas nuestro marqués de Baides; pero no pudo conseguir que se congregaran en un solo pueblo todos los caciques. Se-

senta y cinco aprobaron el convenio en Quillin; sesenta y tres, en la Imperial; treinta, en Repocura. Hubo no una sino tres asambleas.

Sucedió algo peor en 1658. Hizo entónces Cassanate varias correrías por las tierras de Coyanco, de Curaco y del valle de Arauco; y, aunque aquí murió el *thoqui* Llancapel, ni se reunió el *utha-coyagh* ni se alzó en armas la República. Pudo así nuestro gobernador impunemente y con éxito entrar poco despues en las comarcas de Curi, Molchen y Renayco, donde alcanzó señalados triunfos. Las rivalidades y luchas que describe Ercilla en la junta donde se eligió á Caupolican debieron de ser frecuentes, y no todas encontrar Colocolos que les pusieran feliz término.

Thompson, que sigue fielmente á Molina, habla de las leyes que, por decirlo así, completaban la constitucion de los araucanos. Dudo que hubiese necesidad de muchas para definir las atribuciones de las dos clases de caciques; considero probable que, extinguida en la sucesion de un feudo la línea masculina, tuviese el pueblo ó la tribu el derecho de elegir y el señor feudal el de dar ó negar al elegido la investidura.

Las leyes judiciales tampoco debieron de formar códigos. Es sabido que allí daban con frecuencia márgen los asesinatos y los robos á guerras de familia á familia cuando no de tribu á tribu. Como en tantas otras naciones salvajes prevalecía aún la venganza sobre la justicia.

LII

Gobierno de los iroqueses.

Los iroqueses tenían aún mejor gobierno. Estaban divididos en seis naciones: los mohawks, los senecas, los cayugas, los onondagas, los oneidas y los tuscaroras. Las cinco primeras vivían al Occidente de Nueva York en las márgenes del Lago Ontario y del río de San Lorenzo, y constituían en la época del Descubrimiento una confederacion parecida á la de la actual república de Washington: la última, que se había separado de las demás hacía siglos, ocupaba las costas de la Carolina del Norte y formaba campo aparte. Entraron los tuscaroras en la liga; pero mucho después, el año 1712.

El orígen de esta confederacion, tan famosa por su hábil resistencia á las armas de los europeos, no es posible determinarlo. Quien la supone antigua, quien moderna; quien establecida y organizada de golpe, quien hija del lento desarrollo de la idea en que descansa. Entre los mismos iroqueses la atribuyen unos nada ménos que á Hiawatha, el Señor de los Cielos; otros, á Daganoweda, de quien dicen que convocó las cinco naciones, les propuso la actual constitucion y despues de amplios debates consiguió que la aprobaran; otros, al belicoso y

mágico Atotarho, que llevaba en la cabeza y el cuerpo negras serpientes y comía en los cráneos de sus enemigos; otros, por fin, á la necesidad de poner término á largas guerras civiles y adquirir fuerza contra los pueblos del Norte. Atotarho, segun el tuscarora Cúsic, no hizo sino restablecer el pacto de Hiawatha, roto hacía tiempo, afianzándolo con instituciones obra de cinco años de estudio.

Como quiera que fuese, aquella confederacion era en la política de las razas salvajes una luz entre tinieblas. Todos los años por los meses de otoño se reunían en Onondaga los *sachemes* de las cinco naciones, y al calor del fuego sagrado deliberaban tranquilamente sobre los comunes intereses. Decidían allí la paz y la guerra, la suerte de las razas vencidas, las relaciones á guardar con las gentes extrañas, la inversion de los tributos, las medidas de órden, cuanto podía contribuir á la ventura y al engrandecimiento de la República. Congregábanse extraordinariamente cuando lo exigían graves y urgentes negocios; pero no en Onondaga.

No todas las naciones tenían en aquel senado igual número de *sachemes*. Tenían catorce los onondagas; diez, los cayugas; nueve, los oneidas; nueve, los mohawks; y ocho, los senecas. En las decisiones no pesaba, sin embargo, más ni ménos la voluntad de los unos que la de los otros. Votábase por naciones, y los acuerdos no obligaban á toda la Confederacion como no fuesen unánimes. Resultaba así para los débiles contra los fuertes una especie de veto. No disponían los fuertes de más votos, sino de más voces.

Onondaga era la capital de la Confederacion. Allí estaba el árbol de la paz, que, segun Cúsic, elevaba á las nubes y extendía á los cuatro vientos sus frondosas ramas; allí ardía constantemente el fuego de las asambleas; allí se guardaba los cintos y cordones de wampum, recuerdo de las obligaciones, leyes é historia de los confederados.

Fuera de los negocios á todas comunes eran autónomas las cinco naciones. Tenía cada una su parlamento y en él deliberaba con absoluta independencia de las otras acerca de sus particulares negocios. Hasta las villas de cada nacion se gobernaban por sí mismas en todo lo que á su vida interior se refería. Habíase indudablemente llevado el principio federal á sus últimas consecuencias.

Segun Morgan, lo eran todo los cincuenta *sachemes* antes del Descubrimiento. Juntos, componían la asamblea de Onondaga; y, separados, las de sus respectivas naciones. Separados ó juntos, ejecutaban los acuerdos de una y otras asambleas y tambien juzgaban. Aun individualmente, ejercían autoridad lo mismo en la nacion ajena que en la propia. El cayuga, por ejemplo, mandaba entre los oneidas, y el oneida, entre los cayugas. Comparten hoy el poder con los jefes y los guerreros, de ilimitado número; pero no lo compartían en el siglo XV. Nacieron estas dos clases y fueron ganando fuerza en las luchas con los euro-

peos. El cargo de guerrero y el de jefe no llegaron, con todo, á ser nunca hereditarios; el de *sachem* lo era.

Para Colden los *sachemes* reunían tambien el poder legislativo y el ejecutivo, y, juntos los de las cinco naciones, componían la asamblea de Onondaga. Cúsic opina ya de muy distinto modo. Segun él, eran electivos los legisladores de Onondaga y anuales las elecciones; había al frente de la Confederacion un *atotarho* y al de cada una de las naciones un *aukoyánez*. Era hereditario por lo ménos el oficio de *atotarho*, cuya sucesion bajaba por la línea femenina. Además de estos jefes civiles había sus capitanes á guerra.

¿Tiene razon Cúsic? ¿La tienen Mórgan y Cólden? Del Descubrimiento acá los iroqueses han modificado mucho sus instituciones, y es difícil trazar entre las de ayer y las de hoy una perfecta línea divisória. Puedo, no obstante, asegurar que, si realmente hubo esos reyes ó *atotarhos* de que habla Cúsic, no los vieron ni conocieron los franceses ni los ingleses que penetraron los primeros en aquella parte de América. Trataron los europeos sólo con *sachemes;* con *sachemes* que, si no lo eran á título de herencia, habían cuando ménos sucedido en el cargo por ser tan elocuentes y tan hábiles consejeros como sus padres. Me inclino por esta razon á Mórgan, aún recordando que Cúsic por su cualidad de iroqués ha podido conocer mejor que nadie la organizacion de aquel pueblo. El principal defecto de Mórgan consiste á mis ojos en considerarlo todo hijo de un plan preconcebido; no es así como se suelen desarrollar las instituciones políticas ni aún en las naciones civilizadas, cuanto ménos en las salvajes.

Estuviese la Confederacion como quiere Mórgan ó como quiere Cúsic, la verdad es que fué estable, procuró á los iroqueses una paz interior nunca interrumpida y les dió siglos de grandeza y gloria. Contribuyeron no poco á estos resultados los *clanes* y las costumbres ó leyes sobre el matrimonio. No podia ningun varon casar con hembra de su *clan* ni pertenecía nadie al *clan* de su padre. Como el *clan* estableciese entre los que lo formaban vínculos de parentesco y los *clanes* todos estuviesen derramados por las cinco naciones, los iroqueses venían realmente á constituir una sola familia. Sentíanse así nacion más por la sangre que por el idioma ni por la tierra, y obraban con la energía que dan la unidad y la continuidad de sentimientos. No veían, por otra parte, en las guerras civiles sino verdaderos fratricidios.

Contribuía tambien á la prosperidad y al engrandecimiento de la Confederacion la política. Aceptaban y aún pretendían los iroqueses la alianza de las vecinas naciones; buscaban, como la antigua Roma, en la proteccion de las débiles motivo para someter las poderosas; procuraban dividir, avivando odios y engendrando discordias, á las que crecían invencibles por las armas; ponían á su nivel en condiciones y derechos las que espontáneamente se les incorporaban y hacían tributarias las vencidas; reparaban por la adopcion de los prisioneros las pérdidas de la guerra y se captaban por la de los extraños provechosas amista-

des. No les sirvió de poco esta diplomacia contra los europeos: aprovecharon admirablemente las rivalidades entre los franceses y los ingleses y salvaron su libertad y su independencia.

No vaya, con todo, á creerse que aquella confederacion fuese perfecta. Su administracion de justicia era poco ménos defectuosa que la de los araucanos. No había jueces federales. Los de las naciones y las villas procedian rápida y atropelladamente. No se consentía las más justas dilaciones ni se conocia las alzadas. Se ponía aún al asesino en manos del más próximo deudo de la víctima, que ordinariamente de un solo golpe de clava le hacía saltar los sesos. Los poderes legislativo y ejecutivo estaban por otro lado sin dividir ó confusa y viciosamente divididos.

Mas no se pierda de vista que hablo aún de gobiernos de razas salvajes.

LIII

Gobierno de los hurones y de los comanches.

Los hurones eran indudablemente de la raza de los iroqueses. Nos lo revelan en su idioma, en sus dioses y sobre todo en su organizacion política. Formaban una república tan parecida á la que acabo de describir, que por la una cabe aproximadamente juzgar de la otra.

Los hurones, segun Gabriel Sagart, que los conoció y estudió el año 1534, tenían la nacion dividida en regiones y las regiones en pueblos: al frente de cada pueblo, un capitan y un consejo de ancianos; al de cada region, un jefe superior y una asamblea; al de la nacion, un senado que componían representantes de todas las regiones. Se reunía el Senado anualmente y era motivo de grandes fiestas: de numerosos banquetes y danzas. En él se trataba y resolvía los negocios de interés para todos los Estados, se renovaba el pacto federal y se decidía la manera de vencer y dominar al comun enemigo. Jefe de la nacion no lo había; ejecutaban los de las regiones los acuerdos del Senado.

Las asambleas regionales y los consejos locales se reunían por órden y voz de los respectivos jefes. De los consejos, unos eran generales y públicos, otros particulares, otros secretos. A los secretos, que se celebraba siempre de noche y tenían ordinariamente por objeto sorpresas y otros ardides de guerra, asistían los principales ancianos; á los particulares, todos los consejeros; á los generales y públicos, todos los ancianos y todos los jóvenes de veinticinco á treinta años. Consejos y asambleas celebraban sus sesiones, casi siempre razonadas y tranquilas, en las chozas de los jefes, que, cuando no por sí mismos, los presidían por sus lugartenientes.

En todas las asambleas se observaba ya la ley de las mayorías. Votábase por pajas ó pequeños juncos. Guardaba su junco ó su paja el que disentía.

Es ahora de observar que aquí como en la república iroquesa más bien se rogaba y se aconsejaba que se mandaba. Era tan vivo el sentimiento de la libertad en aquellos hombres, que toda imposicion les ofendía y les sublevaba el ánimo. Esto no impedía que los jefes tuvieran alta idea de su dignidad y de su cargo, y hablasen altaneramente á los de las demás naciones. El jefe de Quienonascaran, escribe Sagard, creía valer tanto como el Rey de Francia: juntaba dos dedos de la mano y decía que así eran de iguales él y Francisco I. El iroqués Garrangula hablaba á los capitanes de Francia y de Inglaterra como hubiera podido hacerlo César á los vencidos galos.

Los depredadores comanches estaban tambien confederados. Había entre ellos tambien sobre las asambleas tribuales una general donde se ventilaba y resolvía los negocios comunes. Convocaba aquellas el jefe de la respectiva tribu; ésta, los jefes reunidos. A juzgar por lo que hoy sucede gobernaba la nacion una autoridad suprema.

Las asambleas de tribu eran á la vez tribunales y cuerpos legislativos. Sus acuerdos, áun siendo unánimes, obligaban sólo cuando los aprobaba la muchedumbre. Se los publicaba al efecto por voz de pregonero.

Distaba, con todo, esta confederacion de la de los hurones y los iroqueses. Baste saber que no pudo impedir nunca las guerras de tribu á tribu, cosa que consiguió hasta la de los siete pueblos moquis, con ser tan rudimentaria.

En ninguna de esas confederaciones se pagaba tributos. El tesoro iroqués se componía exclusivamente de los que satisfacían las naciones ganadas por la fuerza.

LIV

Gobierno de los nahuas. Confederacion azteca.

En las razas cultas prevaleció la monarquía. Llegaron los toltecas al Anahuac regidos por siete capitanes que obedecían á la voz de un sacerdote. Siete años despues de haberse establecido en Tula se dieron un rey, que, al decir de muchos autores, recibió la corona en Teotihuacan y fijó en Colhuacan su asiento. Se cree que este cambio ocurrió del año 710 al 720 de la era de Jesucristo. Allá por los de 856 se verificó otro hecho de suma importancia. Tenía á la sazon el Anahuac un rey en Colhuacan, otro en Otompan y otro en Tollan, la Tula de que acaba de hacerse mérito: confederáronse los tres monarcas, bien que concediendo al de Colhuacan cierta supremacía. Como se irá viendo, abundaron entre los nahuas las confederaciones de reyes.

Los chichimecas vivieron bajo el régimen del feudalismo. Tenían un emperador á la cabeza de multitud de barones, á quienes se había repartido la tierra y

los pueblos de los toltecas. De esos barones andando el tiempo se rebelaron muchos contra su jefe y le dieron no pocas ni poco rudas batallas. Los más osados y poderosos eran en el siglo XV los reyes de Azcapotzalco, señores de los tecpanecas. Lograron apoderarse del Imperio; y habrían tal vez consolidado su obra sin el arrojo y la buena fortuna de Netzahualcóyotl, el más notable político de la antigua América del Norte.

Cuando Netzahualcóyotl se propuso recobrar el imperio de sus padres (año 1429), hacía próximamente un siglo que los aztecas habían fundado en las aguas de Méjico las ciudades de Tenochtitlan y Tlatelulco. Gobernábanse en las dos por reyes; en Tlatelulco por Quauhtlatohuatzin y en Tenochtitlan por el fogoso Itzcohuatl, hermano de Chimalpopoca. Aunque por mucho tiempo amigos de los monarcas de Azcapotzalco, se veían ahora en riguroso asedio por Maxtla, hijo del que á fuerza de armas había ganado el trono de los chichimecas. Cada día en más apurado trance, imploraron el auxilio de Netzahualcóyotl ya que le supieron vencedor de Acolman y Coatlichan y dueño del suburbio de Chiautla en Tezcuco. Los salvó Netzahualcóyotl; y ellos á su vez le ayudaron á la total ruína de los tecpanecas.

Acabada la guerra, formose una confederacion en que entraron Tezcuco, Méjico y Tacuba. Carecía Tacuba de importancia; pero se creyó prudente admitirla en el pacto á fin de que los tecpanecas, de quienes pasaba á ser núcleo, no fuesen motivo de nuevas discordias. Descansaba la Confederacion en las siguientes bases. Seguía cada soberano rigiendo por sí los intereses particulares de su reino. Acerca de los negocios comunes á las tres naciones deliberaban y resolvían juntos los tres monarcas. En los consejos de ese triunvirato tenían todos la misma voz y el mismo voto. No dejaban de ser iguales sino en la distribucion de los pueblos conquistados y el botin de las batallas. Recibía el de Tacuba la quinta parte, dos el de Tezcuco y dos el de Méjico.

Había entre los confederados otras diferencias, pero no ya materiales. En los asuntos de guerra, por ejemplo, se reconocía alguna superioridad al rey de los aztecas y en los de administracion al de los chichimecas, á quien se concedía además el puesto de honor siempre que se reunían los triunviros. Supremacía real no se propuso verdaderamente ejercerla sino el azteca Montezuma II cuando los españoles estaban, por decirlo así, llamando á las puertas de Méjico. Quiso evidentemente el segundo Montezuma refundir las tres naciones en un imperio del que fuera jefe único; y preciso es confesar que, si no del todo, lo consiguió en gran parte con menoscabo de sus fuerzas y las de su patria.

En Tacuba y en Tezcuco bajaba la corona de padres á hijos. En Méjico la monarquía presentaba un carácter original; y esto me obliga á decir algo de su orígen, su desarrollo y sus particulares condiciones.

En su larga peregrinacion los aztecas iban regidos, como los antiguos toltecas, por capitanes sumisos á la voz de un sacerdote, de Huitziton, en quien vie-

ron más tarde su dios de la guerra. Muerto Huitziton, reconocieron por caudillo supremo otro sacerdote, Quauhtlequetzqui, uno de los cuatro que llevaban en hombros el arca donde se encerró los huesos del hombre-dios ó del dios-hombre. No se atrevieron á darse un jefe civil hasta que llegaron á Chapultepec, cerca del lago de Méjico. Diéronselo allí en cierto Huitziluitl, segun muchos autores, su primer monarca. A quien tuvieran despues de sacrificado por los culhuas ese Huitziluitl no es fácil decirlo. La historia habla ya de Tenuch, ya de unos gobernadores impuestos por el rey de Azcapotzalco.

Verdadera monarquía no la hubo en Méjico, á lo que parece, hasta que, divididos los aztecas por rivalidades y ódios, fundaron á dos millas de Tenochtitlan el pueblo de Tlatelulco. Decidieron entonces los de Tenochtitlan en una asamblea de sacerdotes y ancianos elegir rey y eligieron á un hijo del de Colhuacan, por nombre Acamapichtli; y poco despues los de Tlatelulco, queriendo tambien su rey, nombraron á Quaquauhpitzahuac, hijo del de Azcapotzalco. Se dice que esto sucedió del año 1350 al 51.

A la muerte de Acamapichtli (año 1403) se reunieron otra vez los sacerdotes y los ancianos. Mal avenidos con la monarquía los sacerdotes, propusieron que la nacion se rigiese por un consejo ó senado y un capitan á guerra; pero opinaron de otra manera los demás y dieron la corona á Huitziluitl, hijo mayor del muerto. Hijo mayor de Quaquauhpitzahuac era tambien Tlacateotzin, generalmente reconocido como segundo rey de Tlatelulco.

El año 1417 sucedió á Huitzihuitl en Tenochtitlan su hermano Chimalpopoca; pero tambien por eleccion directa. Por eleccion en asamblea á que concurrieron las clases todas del pueblo fué once años más tarde nombrado rey el belicoso Itzcohuatl, hijo bastardo de Acamapichtli. Se necesitaba á la sazon de un hombre que vengara la muerte de Chimalpopoca y Tlacateotzin, bárbaramente asesinados por órden de Maxtla, y se buscó al que desde el advenimiento de Huitziluitl era general en jefe de los ejércitos. Se hizo aún más en Tlatelulco: se coronó á Quauhtlatohuatzin, por quien no corría sangre de reyes.

Murió Ixcohuatl en 1440, mucho despues de la confederacion de Tezcuco, Méjico y Tacuba; y fué elegido para sucederle un sobrino célebre ya por sus hazañas en la guerra con Azcapotzalco; Montezuma Ilhuicamina. Montezuma en 1469 dejó á los nobles el cargo de escoger entre sus nietos al que mejor pudiera gobernar el Reino. Fué escogido Axacayatl, que incorporó á su corona la de Tlatelulco; pero reinaron tras él los otros dos nietos: Tizoc desde el año 1481 al 1486; Ahuitzotl desde el 1486 al 1503, en que se dice si lo envenenaron. Subió luego al trono por voluntad de los electores Montezuma II, el que recibió á Hernan Cortés en Méjico: era hijo de Axacayatl y por lo tanto sobrino del anterior monarca.

¿Era aquí hereditaria la corona? ¿era electiva? De Acamapichtli acá no hubo rey que no estuviese unido con sus antecesores por estrechos vínculos de san-

gre. La corona resultaba cuando ménos patrimonio de una familia. Es, sin embargo, indudable que el sucesor venía siempre elegido por una asamblea: primero por los sacerdotes y los ancianos, alguna vez por las clases todas del pueblo, más tarde por los nobles. ¿Dentro de qué límites podían los electores ejercer su derecho? Es muy de notar que desde la muerte de Huitziluitl, hijo de Acamapichtli, se eligió siempre al que en vida de su antecesor había sido general de los ejércitos de la Monarquía. Itzcohuatl lo había sido en tiempo de Huitziluitl; Montezuma I, en tiempo de Ixcohuatl; Axacayatl, en tiempo de Montezuma I; Tizoc, en tiempo de Axacayatl; Ahuitzotl, en tiempo de Tizoc; y, si no Montezuma II, en tiempo de Ahuitzotl, por lo ménos uno de los primeros capitanes y además gran sacerdote de Huitzilopochtli. Si la designacion para tan elevados puestos correspondía á los reyes, preciso es confesar que eran muy cortas las facultades de los electores.

No creo que tal sucediera. Al decir de casi todos los cronistas del siglo XVI los electores desde el reinado de Itzcohuatl no eran sinó cuatro. Elegían, no sólo al Rey, sinó tambien á los electores del rey venidero. Segun Acosta, entraban éstos á desempeñar desde luego las primeras funciones del Estado: entre otras las de *tlacochcalcatl*, jefe de la milicia, y las de *tlillancalqui*, jefe de la casa negra ó primer sacerdote. Así las cosas, áun pasando siempre á rey el generalísimo de los ejércitos, no resultaba tan corto el poder de los electores. Lo que sí resultaba corto y estrecho era el cuerpo electoral, en que por los altos puestos que sus individuos ocupaban no era posible que tuviesen cabida sinó príncipes de la sangre. Me negué antes á creerlo tan reducido; pero hallo contra Sahagun autores no ménos dignos de consideracion y estima.

Orden rigoroso de sucesion comprenderá fácilmente el lector que no podía haberlo. Es, sin embargo, indudable que se prefería la línea colateral á la directa y pasaba generalmente la corona primero á los hermanos, despues á los sobrinos, por fin á los descendientes. Reinaron uno tras otro los hermanos Huitziluitl, Chimalpopoca é Ixcohuatl, hijos de Acamapichtli; uno tras otro tambien los hermanos Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, nietos del primer Montezuma por su madre Atotoztli. Sucedió á Ixcohuatl su sobrino Montezuma Ilhuicamina; á Ahuitzotl, su sobrino Montezuma II. Sucesion directa no la tuvieron sinó Montezuma I y Acamapichtli. Lo que no siempre se guardaba, y en esto quizá consistiera el principal poder de los electores, era el órden de edad ó de primogenitura. Axacayatl reinó antes que Tizoc, primer nieto del primer Montezuma; Montezuma II fué preferido á su mayor hermano Manilmalinatl, yerno del rey de Tezcuco.

Hecha la eleccion y aprobada por los demás triunviros, iba al templo el rey sin más traje que el *maxtli*. Precedíanle el monarca de Tezcuco, el de Tacuba y los barones del reino llevando las insignias reales; le seguían la nobleza y la muchedumbre. Andaban todos procesionalmente y en medio del mayor si-

lencio: no se oía un vítor ni un instrumento de guerra. Al llegar el Rey á lo alto del templo, empezaba por inclinarse respetuosamente ante la imágen de Huitzilopochtli. Poníase luego bajo el poder del Gran Sacerdote, que le teñía de negro las carnes, se las rociaba con hojas de maíz y ramas de cedro y sauce llenas de agua bendita y le dirigía una corta arenga. Ungido ya, recibía en la cabeza dos velos, uno azul y otro negro; en los hombros, un manto; al cuello, una pequeña calabaza con polvos contra la enfermedad, la traicion y la magia; en la mano izquierda un talego de copal y en la derecha un incensario: velos y manto con pinturas de cráneos y huesos que le recordasen la muerte. Había de incensar de rodillas á Huitzilopochtli; y, al doblarlas, prorumpían en marciales sonidos las músicas y en alaridos de júbilo el pueblo. A continuacion oía de boca del Gran Sacerdote, de los triunviros y de los barones discursos en que á vuelta de mil lisonjas se le exponía con bastante rudeza los altos deberes y las molestias que le imponía el nuevo cargo; respondía dando las gracias y prometiendo consagrarse todo al servicio de los súbditos; bajaba del templo, recibía el pleito homenaje y los regalos de los nobles y se dirigia á cierto lugar de penitencia llamado Tlacatecco. Durante cuatro días estaba allí solo, en oracion lo más del tiempo, á medio día y á media noche bañándose y ofreciendo á Huitzilopochtli humo de copal y sangre de sus orejas, de aurora á aurora no comiendo más de una vez para mayor castigo del cuerpo y exaltacion del alma. Instalábase al quinto día en Palacio, y empezaban los festejos.

Venían más tarde las ceremonias de la coronacion, que generalmente no se verificaba sinó cuando el rey volvía de una campaña con los honores del triunfo y podía dar en holocausto á los dioses buen número de prisioneros de guerra. Ceñíasele entónces, á lo que se dice, por manos del monarca de Tezcuco, el *copilli*, una especie de mitra por delante recta y por detrás caída, hecha de láminas ó hilos de oro y adornada de brillantes plumas. Cruzábanse con este motivo de rey á rey elegantes y corteses discursos y se celebraba numerosos banquetes y espectáculos, á que concurrían habitantes, no sólo de las provincias, sinó tambien de otras naciones y áun de pueblos enemigos.

Por esta serie de ceremonias quedaban los soberanos aztecas á tan grande altura así de la muchedumbre como de la nobleza, que más parecian dioses que reyes. Vivían en suntuosos alcázares; disponían de numerosa y escogida servidumbre; tenían ricos aposentamientos para los monarcas de Tacuba y Tezcuco y mesa y ajuar para los muchos señores y escuderos que diariamente concurrían á su palacio; divertían sus ocios en parques de caza ó en ostentosos jardines donde, ya vivos, ya en imágenes de oro, plata y pedrería, estaban reunidos seres de todos los géneros y especies que daba en aquellos climas la naturaleza; desechaban todo traje que una vez vistieran y toda vajilla que una vez usaran; exigían que se les hablase desnudos los piés, humildemente cubiertas las carnes, bajos los ojos é inclinado el cuerpo; salían á la calle generalmente en andas,

con gran séquito, descalzos hasta sus más próximos parientes, prosternados los súbditos que acertaban á verlos, delante multitud de oficiales y uno como heraldo con tres varas en la mano, aquellos limpiando el camino y éste anunciando; desplegaban, por fin, en espectáculos, fiestas y actos militares un fausto y una magnificencia bastantes á imponer y deslumbrar pueblos civilizados, cuanto más gente medio sumida aún en la barbarie. Contribuía no poco á engrandecerlos la liberalidad que les permitían los muchos y pingües tributos de que disponían: contaban por cientos las concubinas y las hijas, y de unas y otras hacían merced á los hombres que se proponían atraer á su política.

No eran, sin embargo, aquellos monarcas lo absolutos que á primera vista parece. Había en todo el Anahuac tierras feudales, tierras beneficiarias y tierras de la Corona. Sólo en las de la Corona ejercían directamente los soberanos de Méjico, Tacuba y Tezcuco jurisdiccion y mando. A su advenimiento al trono recibían de los barones pleito homenaje, en la paz tributos y en la guerra servicios militares; últimamente los habían reducido á que vivieran en la corte ó dejaran en rehenes hermanos ó hijos; pero no podían por sí ni por otros intervenir en la gobernacion de los feudos. Tampoco en la de las encomiendas, que no eran sinó feudos vitalicios. Tampoco, y esto es más notable, en la de los pueblos sometidos por las armas, á cuyo frente siguieran, como de costumbre, los antiguos jefes.

Aun dentro de las tierras libres tenían limitado los reyes de Méjico su absolutismo por los electores. Los habían de consultar en los negocios graves; y no podían ménos de respetar la opinion de hombres que estaban llamados á nombrarles sucesor, alguno á sucederles, y, mientras no llegaba el caso, ejercían, como dije, los primeros oficios de la República. Inamovibles en sus cargos por el rey á cuyo consejo se los habia llamado, eran en realidad esos electores más bien copartícipes que ministros del poder monárquico.

No dejaban tampoco de servir de freno á todos los reyes confederados, principalmente á los de Tezcuco, juntas ya de gobierno, ya de justicia. De gobierno ignoro que las hubiese en Méjico ni en Tacuba más que para las cosas de la guerra; en Tezcuco sé que las había para la guerra, para los ingresos y los gastos públicos y áun para las ciencias y las artes, y sobre todas una compuesta de los catorce grandes feudatarios del Reino, que era á la vez supremo tribunal y consejo de Estado. Aunque sólo consultivas, determinaban no pocas veces estas juntas las decisiones de los monarcas, principalmente si no estaban dotados, como Netzahualcóyotl, de superiores talentos ó no sentían como el postrer Montezuma irresistibles tendencias al despotismo. Si no directa, indirectamente contribuían tambien á reprimir la arbitrariedad de los reyes los tribunales, algunos, como el del *cihuacohuatl*, de tal índole, que no cabía apelar de sus fallos ni ante la Corona.

Algo moderaban, por fin, el poder real los nobles de diversos grados que ha-

bía, todos á cual más celosos de sus privilegios. Dividíanse allí los nobles, *pillis*, en barones, *tlatoanis*; señores de vasallos sin soberanía, *tlacahuas*; ricoshombres ú hombres acaudalados, *axcahuas;* grandes terratenientes, *tlaquihuas*; caballeros como los de nuestras órdenes militares, *tecles* ó *tecutlis*. Añádase á todos estos hombres los jefes de la milicia, los mercaderes y los sacerdotes, que tambien constituían clases aristocráticas; y se comprenderá si los reyes habian ó no de sentir cohibida su accion por la nobleza.

Lo que no había ni en Tacuba, ni en Tezcuco, ni en Méjico eran cuerpos legislativos. Se dice que para la declaracion de las guerras federales se celebraba una asamblea á que concurrían los hombres más notables de las tres naciones; pero no que la asamblea pudiese tomar acuerdos obligatorios para el triunvirato. Reunía cada soberano en su reino y los tres juntos en la Confederacion el poder legislativo y el ejecutivo; y por esto se los consideraba absolutos. Reunían tambien el poder judicial, aunque hubiese, como dije, magistrados inapelables y, como se verá luego, tribunales inamovibles.

Ignoro qué tribunales hubiese en Tacuba. En Méjico predominaban los unipersonales; en Tezcuco los colegiados. Había en todas las poblaciones libres de Méjico y en todos los barrios de la capital unos como jueces de paz, los *tecuhtlis*, que fallaban los pleitos de menor cuantía é incoaban las causas criminales; en cada provincia, un magistrado, el *tlacatecatl*, con dos asistentes, el *quauhnochtli* y el *tlanotlac*, que en primera instancia conocía de las causas por delitos y en primera y única de las civiles; en las ciudades más populosas, un juez superior, el *cihuacouatl*, que fallaba en apelacion los negocios criminales, tal vez los civiles, y no podia delegar á nadie sus augustas funciones. Los *tecuhtlis* eran, á lo que parece, elegidos por el pueblo; el *tlacatecatl*, sus auxiliares y el *cihuacouatl*, de nombramiento de la Corona; el cargo de *cihuacouatl*, vitalicio y tan sagrado, que la mera usurpacion de sus facultades llevaba consigo la muerte, la pérdida de los bienes del reo y la esclavitud de la mujer y los hijos.

En Tezcuco había jueces municipales para la decision de los pleitos de escasa monta y la instruccion de las causas; seis ú ocho audiencias con dos oidores; un tribunal supremo con dos ministros; y cada ochenta días una asamblea presidida por el Rey, á la que asistían todos los magistrados de la Nacion y concurrían la nobleza y el pueblo. En esas grandes asambleas judiciales, á que se daba toda la solemnidad posible, se ventilaban y fenecían todos los pleitos y causas sin que cupiera contra las sentencias ningun recurso. Se dice si en ellas se deliberaba tambien sobre asuntos de Estado.

Además de todos esos tribunales, había en las ciudades de Méjico y Tezcuco otros de grande importancia, á que no iban en mi entender sinó ciertos negocios ó negocios relativos á ciertas personas. Había en las mismas casas del rey de Méjico uno donde apénas se hacía más que instruir los procesos, otro superior

donde se los fallaba y otro supremo que presidía el Soberano y se componía de trece cónsules, á donde se llevaba á los reos de muerte y á todos los que fuesen nobles ó ejerciesen altos destinos; y en las casas del rey de Tezcuco un tribunal de apelacion que constituían veintitres magistrados y un presidente y otro supremo que formaban el Monarca y los catorce feudatarios del Reino. El salon en que estos señores administraban justicia era, segun Ixtlilxochitl y otros autores, no ménos imponente que espléndido.

Había aún más tribunales. Acabamos de observar que en Tezcuco la junta de Estado era á la vez tribunal supremo. La de Ingresos y Gastos era á la vez tribunal de Cuentas; y la de Ciencias y Artes, jurado que en los concursos de artistas y sabios adjudicaba los premios y los honores. Existían, además, en Tezcuco jueces especiales para las causas de divorcio; en Méjico, para los mercaderes y los mercados; en Méjico y Tezcuco, para las cuestiones militares.

Solía tener cada tribunal sus auxiliares—sus secretarios, sus alguaciles mayores y menores—; y los municipios de Méjico, unos como inspectores de órden público, *centectlapixque*, que vigilaban la conducta de cierto número de familias y ponían en conocimiento de los magistrados cuanto ocurría. En los tribunales de las dos monarquías eran breves y rápidos los procedimientos, se consagraba diariamente muchas horas al exámen de pleitos y causas y se reproducía por la pintura el objeto de los litigios y áun las facciones de los reos. Asegura Prescott que se indicaba las sentencias de muerte trazando con una flecha una línea al través de la imágen de los acusados.

Sobre la administracion política y económica de las tres naciones distamos de poseer tantas noticias. Como ya dije, sólo en las provincias libres mandaban los reyes. En la política las administraban, á lo que parece, por medio de gobernadores; en lo económico por medio de intendentes. Lo que más se conoce es el sistema tributario, y á él voy á dedicar algunos párrafos.

El rasgo dominante del sistema eran para mí los encabezamientos. Cobraba el Tesoro al año una suma fija de cada feudo, de cada encomienda, de cada provincia vencida, de cada ciudad y de cada pueblo; no la cobraba ni fija ni móvil de ningun individuo. Del individuo no la cobraban ni los mismos pueblos; cobrábanla sólo de los gremios de artes y oficios y de los *calpullis* agrícolas. Exceptúo de la regla la recaudacion de los derechos de puertas, para la cual había, segun el testimonio de Hernan Cortés, casas del resguardo en todas las entradas de la ciudad de Méjico y en todos los lugares donde se solía descargar las muchas canoas destinadas al abastecimiento de aquella plaza.

El segundo rasgo del sistema era el pago de los impuestos en servicios personales ó en los productos directos del trabajo. Tributaban los *calpullis* con los frutos de la tierra, los gremios con los artículos de su respectiva industria, los mercaderes con los de su comercio, y las ciudades afectas al sosten de la Corte con todos los servicios que este sostenimiento exigía. No era ciertamente

floja la carga de estas ciudades. Habían de proveer á la Corte, no sólo de lo mucho que consumía, sinó tambien de jardineros, de labradores, de albañiles, de hombres de carga y de mozos y mozas para toda clase de faenas.

El tercer rasgo era la facilidad con que se podía satisfacer los tributos mientras no los agravaron hasta hacerlos insoportables las contínuas guerras y el escandaloso fausto del postrer Montezuma. Los pagaban los agricultores al tiempo de la cosecha y los industriales en largos ó pequeños plazos segun la mayor ó la menor rapidez en la fabricacion de sus artefactos. Podían y solían por otra parte así los industriales como los agricultores trabajar en comun para satisfacer al Tesoro la cuota del gremio ó del *calpulli;* hecho con el cual venía la contribucion á quedar reducida al sacrificio de unas horas ó unos días de trabajo.

Se dice que los *calpullis* destinaban al pago de los impuestos parte de su coto. Cotos vastísimos, á que se daba el nombre de *yaotlalli*, campos de guerra, tenían consagrados al mismo fin las provincias ganadas por la fuerza.

El tesoro de la Nacion y el del Rey estaban naturalmente confundidos. De aquí sin duda que se exigiera de algunas ciudades como tributo objetos de mera fantasía: manojos de plumas de variados y brillantes colores, pájaros de raras especies, águilas, sacos de cochinilla, collares de esmeraldas ó de turquesas, aretes de cristal de roca ó de ámbar engastados en oro, copal, goma elástica, etc. Se cobraba por vía de impuesto cosas áun más raras, pero con fin más alto: enormes cantidades de piojos para el aseo de las clases pobres; serpientes, escorpiones y otros reptiles é insectos para ir limpiando de animales dañinos valles y montes.

Recogía los tributos un cuerpo de recaudadores, *calpixques*, y los llevaban á las capitales de distrito ó de provincia, donde se los recibían los *huey-calpixques* ó intendentes. Habían de dar los *calpixques* á los *huey-calpixques* estrecha y minuciosa cuenta de sus actos, y perdían al menor desfalco hacienda y vida. Cuentas daban á su vez los *huey-calpixques* á la Tesorería de los reyes, donde constaba en escrituras jeroglíficas lo que debía cada pueblo. De esa clase de registros existen aún curiosas muestras. Puede verlas el lector en el códice *Mendoza*, que reprodujeron Purchass, Kingsboroug y Lorenzana, y tambien en la *Pintura del Gobernador, Alcaldes y Regidores de Méjico*, códice de la biblioteca de los Duques de Osuna, publicado no há muchos años en esta misma Corte.

A los tributos reales hay que añadir los que exigían en todas partes la religion, en los feudos los barones y en las tierras sojuzgadas los antiguos jefes. Eran muchos los gravámenes, los aumentaba la exencion concedida á las clases aristocráticas.

No hablaré ahora ni de las instituciones militares ni de las civiles, que reservo para otros párrafos; diré sólo brevísimas palabras de la política de los triunviros. Era invasora y estaba reducida en lo exterior á buscar incesantemente razones ó

pretextos para ir retirando las fronteras del Imperio. A las naciones que oponían tenaz resistencia se las convertía en tributarias; á las que cedían no se les reclamaba sinó el concurso del ejército para las nuevas conquistas. A veces las expediciones tenían más de algaradas que de guerras. Algaradas entiendo que serían las que, al parecer, se hizo más allá del itsmo de Tehuantepec en la América del Centro.

En lo interior se afanaban los triunviros por mantener el orden á fuerza de avasallar á los pueblos y enfrenar á los barones. A los barones se les doraba la servidumbre con los resplandores de la monarquía y á los pueblos con el brillo de las victorias y los espectáculos.

Un vicio capital había en la Confederacion y era que cada rey podía por sí y á su cuenta y riesgo hacer la guerra. Habria perecido la Confederación por este solo vicio, si hubiesen tardado algo más los españoles en llegar á Méjico. Cuando pisó Hernan Cortés las playas de Veracruz, estaba, como indiqué, ya casi disuelta.

LV

Gobierno de los nahuas. Pueblos independientes.

Comprendo ahora bajo el nombre de pueblos ó estados independientes los que lo eran al tiempo de la Conquista ó por lo ménos al morir el padre del postrer Montezuma.

El primero y el más conocido es el de Tlaxcala, chichimeca de orígen. En sus principios vivieron, segun parece, los tlaxcaltecas bajo un solo señor ó monarca. Dividió Colhuacatecutli el reino en dos para favorecer con uno á su hermano Teyohualminqui; y hubo desde entónces dos reyes ó señores: el de Tepectipac y el de Ocotelolco. No había muerto aún Colhuacatecutli, cuando bajaron otros chichimecas y pidieron tierras en que establecerse. Las obtuvieron y de aquí nació, se dice, otro señorío, el de Quiahuiztlan, que tuvo en Mizquitl su primer caudillo. Separáronse, por fin, de Ocotelolco y Tepectipac nobles mal avenidos con sus señores; y, aceptando por jefe á Xayacamachantzompant, hicieron de Tizatlan otro pequeño estado.

Cuando la Conquista había realmente en Tlaxcala esos cuatro señoríos ó cabeceras: Tizatlan, Quiahuiztlan, Tepectipac y Ocotelolco. Constituían las cuatro una confederacion muy parecida á la de Tacuba, Tezcuco y Méjico.

Era autónomo cada señor dentro de su cabecera; debía reunirse con los demás para resolver los negocios comunes. Deliberaban juntos los cuatro jefes sobre la paz y la guerra, las vías de comunicacion y las relaciones con otros pueblos. Delegaban en uno su poder sólo para las empresas militares. Les había enseñado la experiencia que sólo por la unidad de acción podían vencer á sus enemigos y

en cada guerra elegían un general á quien todos obedecían. Lo era á la entrada de los españoles Maxixcatcin señor de Ocotelolco.

Estos señoríos eran á la vez hereditarios y electivos como la Corona de Méjico. Tenían derecho á suceder primero los hijos de mujer legítima, despues los hermanos, luego los sobrinos; pero no sucedía entre los habientes derecho sinó el que elegían los nobles de la cabecera del difunto, reunidos con los demás señores. A veces el señor, al sentirse enfermo de muerte, convocaba esta junta y áun la presidía. Estaban excluídas de la sucesion las hembras.

Debajo de los cuatro señoríos había treinta feudos que se regían por las mismas leyes y pagaban tributos reales y personales. En los treinta feudos los barones ejercían jurisdiccion sobre los pueblos.

Los muchos cargos que había en la Nacion eran exclusivo patrimonio de los nobles. Aun despues de la Conquista se miraba con enojo que se colocase á un plebeyo, un *macehual*, en la simple portería de un convento.

Tal era el régimen de lo que se ha dado en llamar la república tlaxcalteca y no venía á ser más que una confederacion de monarquías feudales y aristocráticas.

Gobernábase de igual manera Cholula, aunque á la entrada de los españoles no tuviese á su cabecera sinó un general asistido por un consejo de seis nobles, en el que no carecía de asiento el sacerdocio. Cholula, fundada por los toltecas, ya que no por los xicalancas, había sido, principalmente desde la caída de Teotihuacan, la Jerusalen de aquella parte de América. Allá en los primitivos tiempos se la dice regida por un monarca; despues, por unos capitanes que periódicamente se elegía; más tarde por cuatro discípulos que le dejó Quetzalcoatl, al abandonarla huyendo de Tetzcatlipoca. Que se gobernó por fin á la manera de Tlaxcala es comun sentir de los autores.

Difería bastante el régimen de Huexotzingo. Estaba dirigida Huexotzingo por tres jefes, desiguales en autoridad, que constituían órden gerárquico y gerárquicamente se sucedían. Reemplazaba al primero el segundo; al segundo el tercero; y al tercero, el hijo del primero que hubiese revelado más aptitud para el mando. El noble de más aptitud entraba á su vez en el último puesto cuando se extinguía la descendencia de los jefes superiores. Se lograba así que ejerciera siempre la suprema autoridad persona ya versada en los negocios.

No podía ninguno de los tres jefes oprimir á los pueblos. Hallábase dividido el reino en *calpullis* y éstos gobernados por unos como alcaldes, que juntos podían derribar al jefe que se convirtiera en déspota. No eran los alcaldes de nombramiento de la Corona, sinó parte hereditarios, parte electivos; carecía de facultades el Rey para buscarlos entre las personas que pudieran favorecer sus tendencias á la tiranía. Muerto un alcalde, le sucedía el hijo, hermano ó deudo que el *calpulli* designaba. Podían los jefes recusar al favorecido, pero sólo cuando lo fuera contra las leyes. Aun entónces no tenían otro derecho que el de exigir nuevas elecciones.

Los ingresos del Tesoro Central eran los tributos satisfechos por los *calpullis* y el cánon que se percibia de tierras de la Corona dadas á censo. Gracias á la economía en los gastos se podía ahorrar y se ahorraba todos los años buena parte de granos y legumbres para hacer frente á las malas cosechas. Prevision laudable, que tambien tuvieron los reyes de Méjico, Tacuba y Tezcuco. Estos en realidad se proponían por las contribuciones, no sólo cubrir las atenciones del Estado, sinó tambien aliviar en lo posible la miseria de las últimas clases del pueblo.

De los totonacas, habitantes de las costas del Atlántico, no se sabe sinó que estaban divididos en veinte parcialidades ó familias y regidos por una sola cabeza. Aunque se los dice fundadores de los antiquísimos templos consagrados en Teotihuacan al Sol y la Luna, se cree que no tuvieron sinó una dinastía; una dinastía que empezó en Omeacatl y acabó en Quauhtlaebann. Cuando llegó Cortés á Veracruz, hacía muy pocos años que habían perdido su independencia: acogieron bien á Cortés, afanosos por romper el yugo de Montezuma.

Había en las costas del otro mar un pueblo no ménos importante, los tarascos, raza de ignorado orígen. Constituían los tarascos al tiempo de la Conquista el reino de Michoacan, el mayor que hubo en las riberas del Pacífico. Vivían al principio, segun parece, distribuidos en tribus cuyo más importante jefe era el rey de las islas de Patzquaro. Fueron despues vencidos por los chichimecas y pasaron á formar parte de las tres naciones en que el vencedor, Tariacuri, dividió la tierra. Bajo un solo monarca, se dice, no estuvieron hasta los primeros años del siglo XV, en que Ziziz Pandacuaré, nieto de Tariacuri, logró reunir en su mano las tres coronas.

El rey de Michoacan era absoluto. No tenía asambleas ni consejos que consultar, aunque no dejaba de haber en sus pueblos tres órdenes de nobleza. Se elegía sucesor al sentirse viejo y próximo á la muerte; y, si tal era su voluntad, podía entregarle desde luego la direccion del Reino. Había de fijarse en uno de sus descendientes, pero no en el primer nacido. Vivía en su corte de Tzintzontzan con mayor fausto y soberbia aún que Montezuma en Méjico. En joyas, en concubinas, en servidumbre se asegura que sobrepujaba á todos los reyes de su época.

Gobernaba tan alto y poderoso monarca su nacion por medio de un lugarteniente, que llevaba el nombre de *pirowanquen-candari*. No tenía otro funcionario á sus inmediatas órdenes, como no fuese el *curu-apendi*, encargado de proveer de víctimas humanas los altares de los dioses. Para las cuatro provincias en que había dividido el Reino escogía entre los primeros nobles otros tantos gobernadores, que no se distinguían ménos que él por su despotismo y su magnificencia. Por éstos llenaba principalmente las arcas del Tesoro.

Al Sur de los tarascos había, por fin, ántes de la Conquista una confederacion algo parecida á la del valle de Méjico. Constituíanla el reino de Tututepec, que

tenia por cabecera la ciudad del mismo nombre, el de Mixtecapan, cuya corte era Tilantongo, y el de Zapotecapan, nacion de dos capitales; una religiosa, Miztlan ó Yopaa; otra civil, Teozapotlan ó Zaquilla Yoho. Regíanse las tres monarquías, todas hereditarias, por una ley de sucesion tan regular, que ni siquiera excluía á las hembras.

Acerca del reino de Tututepec carezco de noticias; de las escasísimas que sobre los de Mixtecapan y Zapotecapan he adquirido deduzco que lo en ellos más notable era la rivalidad entre el poder temporal y el espiritual, los reyes y los pontífices. El pontífice mixteca estaba cuando ménos al nivel del Monarca; el zapoteca no consentía que se sentasen á su misma altura los príncipes de la sangre. Como dios era considerado en Yopaa el pontífice de los zapotecas: se creía que lo profanaba el sol con sus rayos, cuanto más la tierra. No salía sinó rodeado de extraordinaria pompa, en andas sostenidas por los hombros de los primeros nobles: cuantos le veían se dejaban caer de bruces, juzgándose indignos de mirarle el rostro.

Como nacieran los dos poderes no lo explica la Historia. El *wiyatao* de Yopaa, el pontífice, reunía, á lo que parece, los dos allá en apartados tiempos: disponiendo como disponía del derecho de elegir sucesor, ¿pondría espontáneamente la espada en manos de alguno de sus deudos y daría origen á los reyes de Zaquilla-Yoho?

LVI

Gobierno de los mayas. Los quichés.

Cuando pusieron los españoles el pié en la América del Centro, apénas quedaban restos de las grandes naciones que un día la ocuparon. No me refiero al vasto imperio de Xibalba, que se cree fundado por Votan y los que le sucedieron, sinó á naciones relativamente modernas de que conserva la Historia algo más precisos recuerdos. Había en Yucatan sólo pequeños Estados; y en Guatemala el reino que tuvo el monte de Hacavitz por cuna estaba, no sólo dividido en el de los quichés y el de los cakchiqueles, sino tambien rodeado de pueblos independientes, cuando no enemigos, que en otros tiempos le pagaban tributo. Para mejor apreciar el gobierno de una y otra comarcas tomaré el de los quichés durante el primer período del reinado de Quicab I, y el de los yucatecas ántes de la segunda destruccion de Mayapan, corte de las dos confederaciones bajo que vivieron.

Los quichés no eran indígenas de Guatemala. Segun sus propias tradiciones, habían venido de Tullan-Zuiva durante las tinieblas de una noche de años; y cuando habían ya conseguido establecer en Hacavitz su reino, habían permi-

tido que sus jefes volvieran á Levante en busca de las insignias de la realeza. Desde Hacavitz habían debido ganar paso á paso la tierra luchando incesantemente con tribus provistas de arcos y flechas, defendidas por escudos y ricas armaduras y adornadas con collares de oro. Dos veces habían cambiado de capital antes de erigir en Gumarcaah, por otro nombre Utlatlan, el templo de Tohil y los palacios de sus reyes: de Hacavitz la habían trasladado á Chi-quix y de Chi-quix á En-Yzmachi. Cuando la habían fijado en Gumarcaah, eran ya poderosos; y bajo el impetuoso Quicab se habían hecho tan fuertes que uncían al yugo todos los pueblos á que dirigían sus armas.

La Nacion había sido hasta entónces feudalmente regida. Ambicioso Quicab, se propuso destruir el poder de los barones, y empezó por colocar al frente de las provincias recien sojuzgadas guerreros de oscuro orígen. Ocasionó con esta medida la decadencia de los quichés inmediatamente despues de haberlos llevado al apogeo de la gloria. Abrió la puerta á largas y sangrientas luchas civiles, y no hubo de sufrir ménos de la plebe que de la aristocracia. Llegó á verse prisionero de los *achihabs*, de esos mismos soldados á quienes había ennoblecido: les hubo de consentir que trastornaran la constitucion nacional y se apoderaran de las primeras dignidades del Reino. Fué desmoronándose la Nacion, y los plebeyos, á lo que parece, no hicieron sinó cambiar de tiranos. No tardó en ocurrir la rebelion y la independencia de los cakchiqueles.

El gobierno de los quichés ántes de esas mudanzas no es fácil definirlo. Cuando salieron de Tullan Zuiva, se los dice regidos por cuatro hermanos: Balam-Quitzé, Balam-Agab, Mahucutah é Yki-Balam, más bien mitos que hombres. Desvaneciéronse éstos, se añade, en la cumbre de Hacavitz y les sucedieron sus hijos: Qocaib, hijo de Balam-Quitzé; Qoacutec, hijo de Balam-Agab y Qoahau, hijo de Mahucutah. Yki-Balam no tuvo prole. Se atribuye á esos tres hijos la ida al Oriente en busca de las insignias reales; y á su vuelta se los pinta en Hacavitz desplegándolas á los ojos de las alborozadas tribus. Se presenta desde luego á los quichés gobernados, no por uno, sinó por tres monarcas. Tuvieron efectivamente hasta los mismos años de la Conquista tres casas reales: la de Cavek, encabezada por Qocaib; la de Nihaib, de que fué orígen Qoacutec; y la de Ahau-Quiché, que reconocía en Qoahau su primer padre.

Que las tres casas eran distintas y hasta cierto punto independientes no lo permiten dudar algunos hechos. Ya en Yzmachi se había construído cada una su palacio. En Gumarcaah tenía cada uno su palacio, su dios y su templo: la casa de Cavek, el templo de Tohil; la de Nihaib, el de Avilix; y la de Ahau-Quiché, el de Hacavitz. Había, además, en las tres órden riguroso de sucesion y casi las mismas dignidades; en las tres, solios y doseles para sus *ahpops*, cuyas genealogías continúa el *Popol-Vuh* hasta despues de las victorias de Alvarado.

No ejercían, con todo, las tres casas el poder supremo. Lo ejercía la de Ca-

vek, la primógenita. Sus *ahpops* eran los que regían la Nacion y los que en la guerra acaudillaban los ejércitos; sus *ahpops*, los que negaban ó concedían la paz á las amedrentadas gentes. Los *ahpops* de las dos otras casas tenían palacios y tronos suyos; pero, no fuera, sinó dentro de la capital del Reino, debajo y por decirlo así á la sombra del palacio de Cavek, que estaba en lo más alto de Gumarcaah, casi en la cumbre.

Datos para conocer de un modo preciso la intervencion que tenían en la política las casas de Nihaib y Ahau-Quiché no los hay desgraciadamente. Es cuando ménos de presumir que constituyeran sus príncipes junto con los de la casa de Zakik, que en tiempo de Gucumatz se había levantado á grande altura, el consejo y el tribunal supremo del Monarca. Estaban, por otra parte, á la cabeza de los grandes feudatarios de la Corona y recogían pingües tributos; no podía ménos de ser mucha su influencia en los negocios.

Segun la genealogía real de los quichés, á contar desde la cuarta generacion hubo siempre dos caveks en el trono: Cotuha é Yztayub, Gucumatz y Cotuha, Tepepul é Yztayul, Quicab y Cavisimah, Tepepul y Xlayub, Tecum y Tepepul, Vahxaki-Caam y Quicab, Vukub-Noh y Cavatepech, Oxib-Quieh y Beleheb-Tzi, Tecum y Tepepul, que fueron ahorcados por los españoles, y D. Juan de Rojas y D. Juan Cortés, los últimos reyes. Se opina, sin embargo, que no hubo más de un rey y se explica la aparente existencia de los dos del siguiente modo. «Cotuha, se dice, nombró sucesor al primero de sus hijos y dió al segundo el título de electo; hizo capitan mayor de sus ejércitos al primogénito del primer hijo y capitan menor al del segundo. Quedó desde entónces fijada la sucesion á la Corona. no bien moría el Jefe, pasaba el sucesor á rey, el electo á sucesor, el capitan mayor á electo, el capitan menor á capitan mayor, y á capitan menor aquel á quien por el órden ya establecido correspondiese de derecho. El Rey se asociaba desde luego el sucesor para la direccion de los negocios; y de ahí que sucesor y rey figurasen juntos.»

No encuentra firme apoyo este aserto en la genealogía de los soberanos de Cavek, pero sí en muchos escritores antiguos y modernos. Bien que con algunas variantes, Jimenez, Torquemada, Zurita, Juarros y Brasseur de Bourbourg hablan de este singularísimo órden de sucesion y lo presentan como el más á propósito para impedir que caiga el cetro de las naciones en manos inexpertas. El Rey, segun algunos de estos autores, tenía el título de *ahpop*; el sucesor, el de *ahpop-camha;* el electo, el de *nim-chocoh;* y el capitan mayor, el de *ahau-ah-Tohil*, que al decir de Brasseur, llevaba consigo la jefatura de los guerreros y la de los sacrificadores. Sentábanse todos bajo doseles de oro y plumas; mas el *ahau-ah-Tohil*, bajo uno solo; el *nim-chocoh*, bajo dos; el *ahop-camha*, bajo tres; y el *ahpop*, bajo cuatro, puestos el uno sobre el otro y aumentando de inferior á superior en dimensiones y hermosura.

Los reyes ó *ahpops* eran allí tambien cuando subían al trono objeto de cere-

monias y fiestas. Se los bañaba, se los ungía con olorosas esencias, se los sentaba solemnemente bajo su cuadruple pabellon de plumas y oro y se les recordaba en pomposos discursos los deberes del cargo. Hacíase todo en presencia de los nobles del Reino, que, sobre rendirle homenaje, le entregaban cuantiosos regalos. Seguían tras esto los banquetes, por lo general espléndidos y no pocas veces acompañados de lamentables orgías

Si, además del ya referido consejo, tenían aquellos monarcas otro de *ahchaoks* que, además de ser cuerpo consultivo de la Corona, administraba justicia y recaudaba los tributos del Reino, segun Brasseur de Bourbourg pretende, no puedo afirmarlo ni negarlo. Lo que juzgo cierto es que, como los reyes aztecas, hallaban limitado su absolutismo por los barones, aquí tambien autónomos en sus respectivos feudos. A lo que parece, los barones eran áun más poderosos en Guatemala que en Méjico. Reunidos, podian hasta deponer al *ahpop* que violase las leyes y llamar al trono al *ahpop-camha*; tambien impedir el advenimiento del *ahpop-camha*, si por incapaz ó vicioso se había hecho indigno de la corona.

No extendía libremente el Monarca su accion más que á las provincias tributarias ó, lo que es lo mismo, á las sujetas por las armas. Regía estas provincias por medio de gobernadores de su nombramiento, que no podían resolver por sí negocios graves Aun esos gobernadores los había de buscar en la nobleza, que no era allí lícito confiar á la plebe cargo alguno administrativo, cuanto ménos político. Entre la plebe y la nobleza habían los quichés abierto más hondos abismos que ningun otro pueblo de América: varon noble que casase con mujer plebeya perdía clase y nombre. Ni áun esos hoy plebeyos y ayer nobles podían obtener cargos.

Los cargos eran muchos. Había por de pronto nueve en la casa de Cavek, nueve en la de Nihaib, cuatro en la de Ahau-Quiché y dos en la de Zakik que no desempeñaban sinó príncipes de la sangre, jefes de poderosas familias. Figuraban entre los de la casa de Cavek el de rey, el de sucesor, el de electo, el de gran sacerdote de Tohil, el de gran sacerdote de Gucumatz, el de ministro de los tributos y el de veedor del juego de la pelota. Enumerar los cargos inferiores sería tarea larga y engorrosa: baste saber que formaban todos gerarquía y no se entraba en la Administracion sinó por los últimos grados.

Para los juicios había diversas magistraturas: en cada pueblo ó villa, un juez que conocía de los negocios de escasa monta; en la cabeza de cada provincia, un tribunal, presidido por el baron ó el gobernador, que instruía y fallaba los pleitos y las causas ordinarias; en la capital de la Nacion, el tribunal del Rey, adonde iban las cuestiones en que tenían interés el Estado ó la alta nobleza. Aunque los jueces locales solían en los casos difíciles consultar á los provinciales y éstos á los de la Corte, no se sabe que se conociera el recurso de alzada. Se dice en cambio que unos como procuradores y abogados asistían á las partes.

De existir en los palacios del Rey los dos consejos de que ántes dije ¿sería

caprichoso presumir que entendía el uno en los negocios del Estado y el otro evacuaba las consultas de los tribunales de provincia? Juarros supone compuesto uno de los dos consejos de veinticuatro grandes, colmados de privilegios y honores, que entre otras funciones ejercían la de administrar justicia. ¿Lo constituían los veinticuatro jefes y títulos que poco há vimos en las casas de Cavek, Nihaib, Ahau Quiché y Zakik?

El sistema tributario era muy parecido al de los aztecas. Prestaba todo súbdito servicios personales al señor de que dependía y pagaba el impuesto en productos de su industria ó artículos de su comercio. Había colectores reales y en la Capital un Tesoro á que afluían todos los ingresos. Del Tesoro del Rey salían luego las rentas y pasaban á los príncipes, nobles y empleados con derecho á percibirlas.

Tal era en mi sentir la constitucion de los quichés á mediados del siglo XV. En cuanto los *achihabs* vencieron, la trastornaron haciendo políticamente iguales las tríbus de que habían salido y distribuyendo entre personas de su eleccion los más importantes cargos y títulos de las tres antiguas casas reales. Los cakchiqueles, al recobrar su independencia, vivieron en realidad como ántes habían vivido. Entre ellos alternaban en el trono dos familias. Cuando daba la una el *ahpozotzil*, el rey, daba la otra el *apoxahil*, el sucesor, y así sucesivamente. Era mucho más rara la sucesion en Rabinal, donde los nobles escogían su monarca, su *ahau*, entre los individuos de la real familia sin atender á la mayor ó menor proximidad de parentesco; más rara aún en Chiapa, si, como asegura García, todos los años renovaban los sacerdotes los dos caudillos de tan desconocida teocracia. Siempre en las instituciones humanas la misma variedad que en las obras de la naturaleza.

LVII

Gobierno de los mayas. Los yucatecas.

Hubo en la inmediata península de Yucatan cuatro pueblos: los mayas, los tutul-xiús, los itzas ó itzaes y los cheles. Tuvieron los mayas su corte en Mayapan; los tutul-xiús, en Uxmal; los itzas, en Chichen: los cheles, en Ytzmal, el santuario de la comarca. Antes de la destruccion de Mayapan estuvieron confederados mayas, tutul-xiús é itzas; despues, los tutul-xiús, los itzas y los cheles. Mayapan fué la capital de la primera confederacion; Uxmal, la de la segunda. Hasta la completa y última destruccion de Mayapan, que ocurrió á mediados del siglo XV, no se verificó la division del país en los pequeños Estados de que hablé en el otro párrafo.

Los cheles en realidad eran más bien una familia que un pueblo. Como la

casa de Zakik entre los quichés, habia adquirido celebridad é importancia principalmente por tener vinculado el supremo sacerdocio. Adquirió el rango de nacion despues del primer saco de Mayapan, porque los tutul-xiús lo quisieron. Le sucedió sobre poco más ó ménos lo que á Tacuba cuando Netzahualcóyotl se propuso confederar su reino de Tezcuco con el de los aztecas. Faltaba fiel á la balanza.

La nacion preeminente era aquí la de los mayas, regida por los Cocomes desde la cuna á la muerte. La tomaré como tipo y norma porque entiendo que lo fué para las otras naciones. Segun la tradicion fué en su orígen una monarquía feudal como las que estamos viendo desde que examino las instituciones de las razas cultas. Su fundador se dice, no bien llegó á la tierra, la distribuyó entre los cabezas de las principales familias que le acompañaban y los hizo desde luego vasallos de la Corona con obligacion de residir en la Corte algunos meses del año. Fueron despues los monarcas ganando poder; mas la organizacion en el fondo continuó siendo la misma.

Los reyes de Yucatan no eran ménos fastuosos que los aztecas. Ceñian diademas de oro con plumas de *quetzalli*. Salían á la calle seguidos de numerosa y brillante servidumbre y reclinados en palanquines que sostenian los primeros nobles. Vestían entónces una flotante y blanca túnica con paramentos de oro y piedras preciosas, calzaban borceguíes de oro y llevaban ostentosos collares y ricos brazaletes. Los iban constantemente abanicando gentes de alta estirpe.

Recibían esos monarcas en sus magníficos palacios á la más baja plebe; pero no sin que les hiciera como las demás clases algun obsequio y les manifestara profundo acatamiento. Consistía, segun Herrera, la mayor señal de respeto en lamerse la mano derecha, pasarla por el suelo y frotarse con ella el corazon.

Los reyes en aquella península tenian, sin embargo, límites á su autoridad. Resolvían difícilmente negocio alguno de importancia sin oir á los nobles y los sacerdotes. De acuerdo con los nobles proveían los destinos civiles; y de acuerdo con los sacerdotes, los religiosos. Podían deponer y nombrar á los jefes de las provincias; pero sólo cuando lo exigían extraordinarios sucesos. Estas jefaturas, casi todas ejercidas por príncipes de la sangre, eran generalmente hereditarias. Lo solían ser, y es más, las de las ciudades y los pueblos, con venir desempeñadas por nobles de mucha ménos categoría. Aunque bajo distintas formas seguía viviendo el feudalismo, y era como en todas partes valladar y tormento de los reyes.

Pasaba allí ya la Corona de padres á hijos, como en Europa; mas, si acertaba á ser menor de edad el heredero, se observaba, segun el Padre Landa, una singularísima costumbre. Se ponía al menor bajo la tutela de su más próximo pariente, y no se le permitía reinar que el tutor no hubiese muerto. Se creía, á lo que parece, indecoroso someter á la obediencia del pupilo al que le había tenido en guarda y regido por más ó ménos años los destinos del Estado.

Los jefes de las provincias y áun los de las ciudades eran poco ménos que soberanos dentro de su respectivo gobierno. Sobre todo los primeros gozaban de grandes honores y preeminencias. Vivían de los productos de las tierras que se les tenía asignadas y no contribuían en nada á los gastos del Tesoro. Capitaneaban en guerra los ejércitos. Hacían verdaderamente el oficio de vireyes. Debían en cambio servir personalmente al Monarca siempre que se lo ordenase y asistir á los consejos en que se hubiese de ventilar negocios árduos del Reino. Respondían de sus delitos como los demás súbditos. Eran humildes servidores del templo y habían de asistir á las grandes fiestas religiosas.

La administracion de justicia estaba en las mismas manos que la política. Los tributos eran reales y personales, como entre los quichés y los aztecas. Debía cubrir la plebe los gastos nacionales en productos de su industria ó artículos de su comercio y además servir á los señores y á los reyes labrándoles las casas, sembrándoles los campos, recogiéndoles las cosechas y prestándoles cuantos servicios exigiese la vida y el esplendor de la Corte.

LVIII

Gobierno de los mayas.—Los nicaraguatecas.

Los nicaraguatecas no todos eran mayas. Cuando ménos los chorotegas ó cholutecas, que vivían en los lagos, eran nahuas que en apartados tiempos hubieron de bajar de la América del Norte. Nos lo dicen su lengua, su escritura, su cronología y sus divinidades. Comprendo á los nicaraguatecas entre los mayas, porque los más lo fueron.

Habia en Nicaragua dos clases de gobierno: pequeñas repúblicas dirigidas por consejos de ancianos y comarcas regidas por señores á que se daba el nombre de *teites*. Los consejos de ancianos eran electivos; los *teites*, hereditarios.

En las pequeñas repúblicas se nombraba un general en jefe para el mando de las tropas. Se le desterraba y áun se le mataba, ya se insubordinase, ya adquiriese tal influencia sobre los soldados, que llegase á ser para las instituciones un verdadero peligro.

Los *teites* eran á la vez jefes militares y civiles. Tenían divididas las comarcas en feudos territoriales y exigian de sus vasallos que los acompañasen á la guerra. Obligábanlos, además, á vivir en las capitales, y los encargaban de la ejecucion de sus órdenes. Por ellos recibian y contestaban de ordinario las peticiones de las demás gentes. Tan grandes se creian aquellos hombres y tales eran de soberbios, que no consentían se les acercara nadie fuera de sus oficiales y servidores. Eran así de tal manera respetados y temidos, que se hacian obe-

decer de los más apartados pueblos con participarles su voluntad por mensajeros provistos de un moscador de plumas.

Tampoco ejercían, con todo, esos *teites* una autoridad sin límites. Habían de someter los negocios árduos á la deliberacion de unas asambleas llamadas *monexicos*, que se renovaban á los cuatro meses. Podian disolverlas cuando les eran hostiles, pero no impedir que se las reemplazara.

Estos *monexicos* al constituirse nombraban dos como veedores para el mercado; despues de cada resolucion un individuo que la ejecutase. Muy otra era la organizacion de Cundinamarca.

LIX

Gobierno de los muiscas.

Antes de la dominacion española estaban divididos los muiscas ó chibchas en tres naciones, gobernadas la una por los *zipas* de Bogotá, la otra por los *zaques* de Tunja y la otra por los *jeques* ó pontífices de Sogamoso. Profesaban todos una misma religion y hablaban una misma lengua, y es muy de creer que en otros días constituyeran un solo pueblo. Sin la brusca invasion de nuestras armas es aún mucho más probable que se hubiese restablecido la unidad nacional, atendidas las grandes victorias que en el último tercio del siglo XV y á principios del XVI obtuvieron los *zipas* de Bogotá sobre los *zaques* de Tunja.

En las tres naciones el poder supremo era todo lo absoluto que la organizacion feudal permite: más absoluto en Bogotá que en Tunja, porque los *zipas* supieron siempre enfrenar á los barones; más absoluto aún en Sogamoso que en Bogotá, porque los *jeques* se presentaban como los ministros de Dios á los ojos de los hombres. No consentían los *zipas* que ninguno de sus feudatarios se hiciese llevar en andas; les concedían sólo, y esto como singular privilegio, el uso de adornos en narices y orejas. No querían que los aventajara ni los igualara en fausto y magnificencia ninguno de sus *usaques*.

En Bogotá como en Tunja se trasmitía la Corona por herencia. No pasaba á los hijos ni á los hermanos, pero sí á los hijos de hermana. Allí, como en tantos otros Estados de América, se prefería la línea de hembra á la de varon fundándose en que la paternidad es casi siempre dudosa y la maternidad siempre cierta. No era ya trasmisible la autoridad de los *jeques* de Sogamoso. Elegíanles sucesor los *usaques*, es decir, los señores de Busbanzá, Yameza, Toca y Pezca, en caso de empate el de Tundama; y habían de buscarlo alternadamente en los naturales de Tobazá y los de Firabitoba

Hereditarios eran los feudos; mas no se hacía posible adquirirlos sin el beneplácito de la Corona. En cuanto fallecía un *usaque*, debía el sucesor trasladarse

á la capital y prévia dacion de ostentosos regalos pedir humildemente la investidura. Sólo despues de haberla obtenido podía entrar en posesion del feudo. Extinguida la casa del feudatario, el Rey podía proveer el señorío en quien mejor le pareciera.

Como se ve, las monarquías feudales abundaban en el Nuevo Mundo. ¿Lo sería tambien la de los Incas?

LX

Gobierno de los peruanos.

Que antes de los Incas hubo en el Perú otras épocas de civilizacion nos lo dicen monumentos que asombran. Las determinan algunos autores diciendo que gobernaron la tierra primeramente los *pirhuas* ó guerreros y más tarde los *amautas* ó sacerdotes, los cuales á vuelta de siglos la dejaron caer de nuevo en la barbarie; pero con poco ó ningun fundamento. De los mismos Incas se ignora el orígen que tuvieron y la sucesion cronológica de las empresas que realizaron; sólo de los tres ó cuatro últimos hay verdadera historia.

De esos hombres, sin embargo, conocemos lo bastante para admirarlos. Constituyeron en pocos siglos un imperio que de Norte á Sur se extendía desde las riberas del Angasmayo á las del Maule, y de Oriente á Occidente bajaba desde las más interiores cumbres de los Andes á las costas del Pacífico. Componíase este imperio de naciones á cual más heterogéneas y á todas llevaron sus artes, sus leyes, su religion y su idioma. Conservaron el órden hasta en los pueblos vencidos por las armas, y uncieron al yugo del trabajo hasta los más indóciles. Fertilizaron tierras estériles, derramaron por largas acequias las aguas de los ríos, abrieron anchos y sólidos caminos al través de profundos barrancos é inaccesibles cerros, embellecieron con suntuosos palacios y templos las ciudades y, gracias á cierta organizacion económica, áun no del todo conocida, consiguieron desterrar de la Nacion el hambre y dar á las solemnidades de la monarquía y del culto una magnificencia que no tuvieron en las más ricas naciones del Asia.

Esos Incas, emperadores del Perú, habían conseguido hacerse respetar y temer de los pueblos. Decíanse hijos del Sol; y, como si quisieran justificarlo por sus trajes, no parecían en público sinó con vestiduras de finísima lana recamadas de oro y pedrería, anchos discos de oro engarzados en los pulpejos de las orejas, un fleco ó *borla* carmesí en la frente y una guirnalda de colores, el *llautu*, en la cabeza. Vivían en riquísimos palacios como los reyes aztecas, y no consentían que penetraran en sus aposentos ni áun los más altos señores como no fuesen descalzos, baja la cerviz y con una lijera carga en los hombros.

Cuando visitaban el Imperio, iban siempre en andas de pabellon guarnecidas de oro y esmeraldas, entre guardias de honor vistosamente ataviados, con numerosa hueste de honderos al frente y de lanceros á la espalda, con heraldos que los anunciaban y servidores que áun de yerbas limpiaban el camino. No como hombres, sinó como deidades poderosas, se presentaban en todas partes á los ojos de las gentes, y en todas obtenían ciega y respetuosa obediencia.

Habian logrado captarse los Incas hasta el amor de los pueblos. Cuando viajaban por las provincias, dicen todos los primitivos historiadores del Perú, hallaban tendidas por laderas y cerros apiñadas muchedumbres; y en cuanto asomaban la cabeza promovian tales alaridos, que caían atolondradas las aves. Escribe Cieza de Leon que por sus ojos vió ante la ciudad del Cuzco indios que lloraban al sólo recuerdo de los Incas; y Garcilaso de la Vega, que cuando en 1559 se llevaron á Lima las momias de los Incas descubiertas por Ondegardo, se arrodillaban los indígenas y con gemidos y lágrimas les hacían reverencia. Verdad es que podía contribuir á tales hechos la ruda tiranía de los españoles.

Merecían verdaderamente los Incas el cariño y el respeto de los peruanos, atendida la organizacion del Imperio.

Estaba dividido el Imperio en cuatro grandes regiones por otros tantos caminos que partían del Cuzco. Caía al Nordeste la region de *Antisuyu;* al Noroeste, la de *Chinchasuyu;* al Sudoeste, la de *Contisuyu;* al Sudeste, la de *Collasuyu.* Separaba el Cuzco las del Norte de las del Mediodía. Al frente de cada region había una especie de virey, á que, segun Fernando de Santillan, dábase el título de Señor, de *Cápac.* Al decir de este autor, los vireyes del penúltimo de los Incas fueron Cápac Acháchic, Cápac Larico, Cápac Gualcaya y Cápac Yochi.

Tenía cada virey á sus órdenes una junta de Guerra, otra de Justicia y otra de Hacienda; y los cuatro juntos constituían el Consejo de Estado del Inca.

Estaban subdivididas las regiones en provincias cuyas capitales conocemos por Cieza. Al Norte, segun este historiador, eran capitales de provincia Xauxa, Vilcas, Bombon, Caxamarca, Yuancabamba, Tomebamba, Lacatunga, Quito y Carangui; y al Mediodía, Hatuncana, Hatuncolla, Ayavire, Chuquiabo, Chucuito, Paria y otros pueblos hácia Chile. En todos había su palacio, su templo y su cenobio; y en todos, un gobernador que disponía de gente de guerra para conservar y restablecer el órden y, si ocurrían graves é imprevistas rebeliones, levantaba ejércitos.

Esos gobernadores ó *hunnus* eran, como aquí, los jefes de las provincias. No se mezclaban ni podían, sin embargo, mezclarse en la vida interior de los grupos regidos por *curacas.* Llevaban allí el nombre de *curacas* los antiguos caciques ó señores de las tribus ó las comarcas un día independientes del Imperio; despues de sujetas al Inca, las continuaban mandando sin otras obligaciones que las de pagar tributo en hombres y cosas, asistir á la Corte por sí ó por sus hijos, adorar y hacer adorar el Sol y hablar y hacer hablar la lengua del Cuzco.

El cargo de gobernador estaba verdaderamente reducido en muchas provincias á mantener esos caciques en la obediencia y exigirles el cumplimiento de estas cargas. No podían, con todo, ejercerlo sinó personas de sangre real, que por su mucho saber, energía y prudencia mereciesen la absoluta confianza del Inca. Segun Cieza, se los destituía á la menor falta.

Había, además, en las capitales de provincia *quippu-camayocs*, oficiales de *quippus*, que, sobre llevar cuenta de lo que se recogía por impuestos y se invertía en gastos públicos, asentaban los nacimientos y las defunciones. En los primeros dias del año iban estos oficiales con sus *quippus* al Cuzco, y los entregaban á otros contadores encargados de la estadística del Imperio. Sabíase así en el Cuzco los elementos de que se disponía así para las necesidades de la paz como para las atenciones de la guerra.

En los pueblos había una organizacion singularísima. Estaban las familias, segun refiere Garcilaso, distribuídas en grupos de diez, de cincuenta, de ciento, de quinientas y de mil, bajo la autoridad de jefes que guardaban órden gerárquico. Los jefes de mil familias, segun el mismo autor, dependían ya de los gobernadores. Pretende Santillan que así estaban organizados no los pueblos sinó los valles; y al paso que suprime los grupos de cincuenta y de quinientos vecinos, habla de uno de cuarenta mil que constituía, en su opinion, la provincia; pero dudo que esté en lo cierto. Ni había de tener cada valle cuarenta mil familias, ni es de presumir que se determinase la periferia de las provincias sin atender á consideraciones etnológicas.

Como quiera que fuese, esta misma organizacion servía, á lo que entiendo, para la administracion de justicia. El decurion era el fiscal de las familias puestas á su cargo: ó denunciaba los delitos que cometían ó pagaba como delincuente. Segun su mayor ó menor gravedad, caían los delitos bajo la jurisdiccion de los centuriones, ó de los jefes de mil vecinos, ó de los gobernadores, ó de los vireyes. El procedimiento era rápido; el fallo, severo; toda apelacion y todo indulto, imposibles; la ejecucion, segura á los cinco días de oidas las partes. No había para los acusados recurso alguno contra las sentencias; pero todo juez respondía de las que pronunciaba ante el superior inmediato. Debía al efecto comunicárselas de luna á luna.

Para los pleitos, que no podían allí ser muchos, había otros jueces: uno en cada pueblo, otro en cada provincia y otro en cada vireinato. Tambien para los pleitos eran cortos los juicios y única la instancia. Sólo para dirimir contiendas entre dos ó más provincias sobre límites ó pastos nombraba el Inca un juez especial, generalmente persona de rango.

La organizacion política era, como se ve, bastante complicada. No lo era ménos la económica. Para no incurrir en falta habían de estar los *quippu-camayocs* muy sobre aviso. No contribuían á las cargas del Estado sinó los *aucapúrics* ó *atunlunas*, los hombres de veinticinco á cincuenta años. Los de cincuenta

á sesenta, los *chaupirucus*, se limitaban á beneficiar las hazas fiscales de coca, de aji y de ciertas legumbres, y los de diez y seis á veinte, los *cucapillacs*, á recoger la coca del Inca y los curacas. Habian de estar atentos los *quippu-camayocs* á que los tributos no recayesen en personas de otras edades ni pesasen desigualmente sobre los que hubiesen de pagarlos.

La tributacion era aquí aún más personal que entre los aztecas. Había en todas las provincias tierras del Sol, ó sea del Sacerdocio; del Inca, ó sea del Estado; de los Curacas, ó sea de los antiguos señores. Debian los *aucapúrics*, cada cual en su provincia, cultivar todos estos campos y llevar los frutos al depósito que se les tenía señalado. Debian tambien cultivar las tierras de aquellos de sus vecinos que no las pudiesen labrar por sí mismos ni por sus familias: las de los ancianos, las viudas, los huérfanos menores de veinte años y los hombres que estaban en el ejército, las minas ó las obras públicas.

Las minas eran todas del Inca ó de los curacas. Por vía de tributo las trabajaban los *atunlunas* casados que las tenian más cerca. Cuidaba el *quippu-camayoc* inmediato de que se los relevase periódicamente, se los reemplazase cuando cayesen enfermos y no les faltasen víveres; el jefe de las labores, de que no careciesen del preciso descanso. Por el mismo sistema se abría los caminos, se levantaba los puentes y se erigía los palacios y los templos. Se hizo por los *atunlunas* hasta los soberbios edificios del Cuzco, hasta las asombrosas calzadas de que ántes dije. No bien se había trazado una, se la dividía en trozos y se los distribuía entre los pueblos de los valles ó las provincias por las que se las dirigía. Acudían á su respectivo trozo los *atunlunas* de cada valle y se hacía en meses lo que aquí en años. Aun para la reparacion de las fábricas reales se empleaba este medio.

Tributo personal y muy personal era tambien el que se pagaba en *yanacunas*. Conocíase por *yanacunas* á los que estaban constantemente al servicio del Inca, de su numerosa familia ó de los primeros empleados del Imperio, inclusos los gobernadores. No daba *yanacunas*, segun Cieza, el padre que no tenía sinó un hijo; pero sí el que contaba dos ó más, bien fuesen varones, bien hembras. Lo singular es que el Inca tomaba además mujeres y las guardaba y regalaba con el solo objeto de repartirlas, ya entre los curacas recien vencidos, ya entre sus más preclaros capitanes, ya entre sus deudos. Si, como aseguran buenos autores, léjos de ser odiosa á los peruanos esta contribucion, les era grata, preciso es admitir que estaba allí muy baja la mujer, muy alto el Inca.

Los *yanacunas* eran muchos. Constituían la ínfima servidumbre de todos los palacios, apacentaban en las praderas de los Andes los inmensos rebaños de los Incas y los algo más reducidos de los curacas. En los mismos hogares de esos curacas prestaban servicios.

La tributacion real se parecía mucho á la de Méjico. No se exigía ni de los pueblos ni de los individuos sinó parte de lo que producían: á tal pueblo lanzas,

á tal otro hondas, á tal otro maderas de construccion, á tal otro maromas, á tal otro frutos; al pescador pescado, al tejedor telas, al alfarero vajilla, al esterero esteras de junco ó de palma. Se decía naturalmente á cada pueblo la cantidad por que había de contribuir al Tesoro; en opinion de Santillan y Garcilaso sólo para los tejidos bastos de algodon y lana, en su mayor parte destinados al ejército, no había ni especialidad local ni medida. Todas las mujeres del Imperio habían de entregar, segun parece, al Estado, camisetas y mantas. Al efecto recibían de manos del Fisco las primeras materias.

Como no fuese la de esta clase de tejidos, pesaban tambien las contribuciones reales exclusivamente sobre los *atunlunas* ó *aucapúrics*.

Los tributos no eran ciertamente pocos. Hacíalos llevaderos, por lo que me permiten juzgar las escasas noticias de que dispongo, primero la igualdad en el reparto, posible gracias á la buena y minuciosa estadística de aquel imperio; después la seguridad que se tenía de la buena inversion de lo recaudado. Sabían allí los súbditos por larga y no interrumpida experiencia que los tributos de hoy servían para conjurar el hambre y la miseria de mañana, y áun en días bonancibles para socorro y proteccion de los maltratados por la fortuna. Sobre que, segun Cieza, antes de fijar los impuestos medía mucho el Inca las fuerzas de cada provincia y convocaba á los que mejor podían conocerlas para, oyéndolas, no incurrir en errores siempre fatales para los pueblos.

No estaba sujeto el Inca á la voluntad de ninguna asamblea; pero es indudable que reunía y oía á los hombres más notables del Imperio siempre que había de resolver negocios árduos. Lo aseguran cuantos autores del siglo XVI estudiaron sobre el terreno la constitucion de aquel gobierno. Aunque se decía hijo del Sol, estaba convencido el Inca de su propia flaqueza, y como verdaderamente ardia en deseos de no comprometer la obra de sus antecesores, no sólo consultaba muchas veces á los que más valían, sinó que tambien empleaba cuantos medios le sugería el ingenio para inquirir si se procedía en todos los ramos de la Administración con órden y justicia.

En los cuatro vireyes tenía por de pronto el Inca, segun antes dije, un consejo permanente. Resolvía con los cuatro juntos los negocios del Estado; con el de la region corespondiente, los particulares; unos y otros, con ayuda de un secretario que los examinaba, los proponía y comunicaba á quien fuese de derecho las decisiones. Segun Santillan, era secretario en tiempo de Huaina-Capac Aqui Túpac Inca. Servía este consejo para los asuntos ordinarios; para los que impensadamente ocurrían y pudiesen afectar la suerte del Imperio, una junta á que concurrían los súbditos que en sentir del Inca tuviesen más aptitud para dilucidarlos y esclarecerlos. A mi entender en esas juntas no tomaban asiento sinó individuos de la nobleza, generalmente ancianos.

La inspeccion la ejercía el Monarca por medio de visitadores. Enviábalos cuando bien le parecía, ya para que comprobasen los datos estadísticos, ya para

que viesen como se repartían los tributos y corrigiesen las anomalías que descubrieran, ya para que celasen la conducta de los empleados y castigasen la menor falta y el menor exceso, ya para que secreta y mañosamente averiguaran si eran fundadas las sospechas que de tal ó cual hombre le habían hecho concebir ó hubiese concebido. Tenía, además, superintendentes para las minas, los ganados, los pósitos, los caminos, los correos, los *tambos* ú hospederías, los archivos, las aguas de mar y las de tierra, y sobre todos uno con el título de *tucuyoc* ó *tucuy-camayoc*, que debía velar por que no se corrompiese en parte alguna la Administracion ni se alterase la pureza de las costumbres.

Este elevado personaje, al decir de Santillan, que le da el nombre de *tocricoc*, estaba revestido de más funciones que las de superintendente. Escogía y sacaba de las provincias las gentes que reclamaban las necesidades de la guerra, elegía las mujeres que por razon de tributo correspondían al Sol y al Inca; distribuía entre los curacas las que le parecía conveniente, repartía las tierras de cada valle, representaba en ciertos casos al Inca y obraba como si lo fuera. ¿Será cierto?

Como si tan varia y prolija inspeccion fuera aún insuficiente, de tiempo en tiempo, segun Cieza, oía por sí el Inca hoy á los principales de una provincia y mañana á los de otra para mejor conocer si estaban ricas ó pobres y podían ó no con la carga de los tributos. Llevado por el mismo deseo, acogía benignamente hasta las quejas de los más humildes súbditos con no permanecer á ménos altura de sus pueblos que los reyes aztecas.

Segun ántes indiqué, vivía tambien el Inca fastuosamente. Tenía cuajados de objetos de oro y plata sus palacios y sus jardines; una servidumbre de curacas y de nobles tanto ó más numerosa que la de los *yanacunas;* una sola mujer legítima, la *coya*, pero centenares de concubinas. Para no degradar su prole escogía á la *coya* entre sus hermanas y, cuando no las habia, entre las más esclarecidas hembras de su misma sangre: las concubinas, entre las vírgenes del Sol que moraban en los conventos de las provincias ó las que le entregaban por vía de contribucion los caciques y los pueblos. Confiaba rarísima vez á sus hijos bastardos los primeros destinos del Estado; creía hacerles bastante favor con darles mando en los ejércitos.

Inútil sería decir que tampoco entraban los bastardos en la sucesion al trono. Heredaba el poder del Inca uno de los hijos de la *coya;* á falta de hijos, uno de los hermanos; á falta de hermanos, el más próximo deudo. Porque murió Atahualpa sin descendencia legítima, su hermano, el infeliz Manco Inca, solicitó y obtuvo de los españoles lo que allí hacía las veces de corona, el fleco carmesí, la *borla*. Se han suscitado dudas sobre si entre los hijos había de ser preferido siempre el primogénito: la verdad es que de Manco Cápac á Huáscar fué siempre el mayor en años el que sucedió al padre. Solía el padre ceñir en vida á las sienes del futuro Inca la borla amarilla, precursora de la encarnada; mas esto

no significa que le eligiese. La ceñía al que por ley había de sustituirle.

El órden de sucesion no era el mismo en todos los curacazgos. En unos entraba el hijo que más había sabido captarse el amor de los vasallos: en otros se prefería los hermanos á los hijos; en otros se escogía sucesor el cacique reinante, prévia la aprobacion del Inca. No eran ya hereditarias las jefaturas de grupos de familias; pero es de notar la manera de reemplazar á los que las ejercían. El nuevo decurion había de ser buscado siempre entre las familias de la decuria, el centurion entre las de la centuria y así sucesivamente.

Las ceremonias para la coronacion del Inca no es fácil definirlas. Garcilaso dió las que se hacía para armar caballero y ceñir la borla amarilla al sucesor futuro; y Cieza tal vez las que se hizo para ceñir la encarnada á Manco Inca, donde á mi entender se confundió las de los dos actos, con ser tan distintos en importancia. Transcribiré aquí, abreviándola cuanto me sea posible, la relacion de Cieza

El futuro Inca, escribe Cieza, llevaba sobre sus carnes una camisa negra sin collar y con pinturas rojas; al rededor de las sienes una trenza leonada con muchas vueltas; y el cuerpo todo cubierto por una manta del mismo color, sencilla y larga. Salía por un haz de paja al campo, donde había de permanecer todo el día sin que bebiera ni comiera, y volvía al caer de la tarde. En tanto la madre y las hermanas del Inca reinante le habían hilado y tejido cuatro mantas y cuatro camisas de diversos colores guardando tambien rigorosa abstinencia. Poníaselas unas tras otras el coronando y pasaba todo un mes en uno de los aposentos de Palacio sin ver fuego, tocar hembra ni comer sinó lo preciso para el sustento. Durante este ayuno, á que se daba el nombre de *zaziy*, andaban todas las mujeres de su linaje ricamente vestidas, y por sus propias manos hacían vino de maíz en abundancia.

Concluido el *zaziy*, el futuro Inca, armado de una alabarda de plata y oro, se dirigía á la casa de uno de sus más ancianos deudos para que le cortaran el cabello, salía del Cuzco, iba al cerro de Guanacaure y, hechas algunas ceremonias y sacrificios, bajaba á beber del vino hecho por sus parientas. Encaminábase luego al cerro de Anaguar, subíalo corriendo para dar muestra de agilidad y fortaleza y bajaba llevando una vedija de lana en la punta de la alabarda como dando á entender que no volvería de la guerra sin traerse las cabezas de los enemigos. Regresaba despues al cerro de Guanacaure, tomaba en la mano izquierda un haccillo de pajas de oro, mientras los muchos que le acompañaban recogían entre las naturales las más enhiestas, y marchaba al cerro de Yavira ó Yahuira.

Cambiaba allí de traje; se ceñía el *llautu*; se calaba encima el *puruchucco*, un bonete de plumas en forma de diadema; se colgaba del cuello una luna de oro; dejaba que le pusieran en la alabarda una cinta de ese mismo metal que llegaba al suelo; y mataba una oveja cuya carne comían cruda los principales

de su acompañamiento, acaso para significar que así devorarían los enemigos la carne de los que fuesen cobardes. Allí juraba con todos los demás caballeros por el Sol su padre que sustentaría siempre los fueros de la Orden y á ser necesario moriría por el Cuzco. Abríanle entónces las orejas y le engarzaban en los bordes de la herida los anchos rodetes de oro. Se las abría tambien, segun Cieza, á los acompañantes.

Acompañantes y acompañado bajaban á poco al Cuzco no sin estruendo, las cabezas ocultas por otras de fieros leones, el corazon alegre, animosa el alma. Sostenida por horcones de plata y oro circuía la plaza mayor una maroma tambien de oro, que dicen haber sido de gran peso. En ella se reunían todos y en medio de numerosa muchedumbre se entregaban á bailes y ruidosas fiestas.

Describe hasta aquí Cieza, y así lo consigna, las ceremonias, no de la coronacion, sinó del acto de armar caballero al Inca; mas incluyendo sin duda en ellas muchas de las que servían para la toma del fleco carmesí, distintivo de los emperadores.

Cuando se coronaba al Inca, se limita á escribir Cieza, eran mayores las fiestas y se juntaba buen número de gente. Asistían á las ceremonias los principales señores de los pueblos á la redonda del Cuzco, y se desplegaba indecible riqueza de plata, de oro, de pedrería y de plumajes. Guardaba el Inca otro *zaziy*, otro grande ayuno; y despues recibía en el templo del Sol las bendiciones del sacerdocio y la suspirada borla. ¿Quien no echará aquí de ménos parte de los ritus antes descritos?

Añade Cieza que entre el fallecimiento de cada Inca y la coronacion del que había de sucederle gobernaba el Imperio un hombre de grande autoridad y maduro consejo, designado por el Inca muerto. Inca es probable que fuera tambien ó cuando ménos *amauta*.

Venían en el Perú comprendidos entre los incas, no solamente los emperadores, sinó tambien los que de ellos descendían por las *coyas* ó por las concubinas. Siendo tantas las concubinas que cada emperador tuvo, calcúlese cuán numeroso y dilatado no había de ser el linaje. Añádese á esto que, al decir de Garcilaso, testigo aquí nada sospechoso, llevaban por privilegio el título de incas los sucesores de los primeros vasallos de Manco Cápac. Incas eran ordinariamente los primeros empleados civiles; incas, los primeros capitanes; incas, los que guardaban en paz y en guerra la persona del monarca; ¿podía dejar de serlo el que rigiese la nacion en los interregnos?

Formaban los incas, sobre todo los legítimos, la primera y la más elevada clase de la nobleza. Constituían la segunda los curacas; la tercera los *amautas*. Quienes fueron los curacas lo saben ya mis lectores; los *amautas* eran los sabios, es decir la aristocracia del talento. Aquí entiendo que estaban los más de los sacerdotes, los maestros de las artes y las ciencias, los industriales, principalmente los joyeros y los artífices de oro y plata.

Creer que dentro de esas mismas clases aristocráticas no hubiese diversos grados me parece desatino. Aún entre los incas legítimos se sabe que había distintos *ayllus* ó linajes: ¿cómo no presumir que tal sucediera en las demás órdenes de nobleza?

LXI

Instituciones Militares.—Armas.

Hé aquí en resúmen las instituciones políticas interiores de los pueblos de la antigua América. Las exteriores en razas poco ó nada cultas están reducidas á las militares y por esto las hago objeto del presente párrafo. Como dije al hablar del comercio, principalmente por la guerra llegaban allí á conocerse las naciones.

Cuando el Descubrimiento no había en América pueblo sin armas. Se carecía de arcos y flechas en Cuba, en la Jamaica, en las islas de Bahamá y en la parte septentrional de Hayti; pero no de azagayas con espinas de pescado por hierro ó aguzadas por uno de sus extremos. Altísimas lanzas con las puntas tostadas al fuego usaban tambien los omaguas, ya que no la saeta.

En el resto de América el arco y la flecha eran las principales armas. Distinguíanse por lo grandes los arcos de los yuracarés, los tupíes y los caribes, los urabaes, las tribus de la Florida, los apaches, los *pueblos* y los pimas y los indígenas de la península de California. Medían de cinco á seis piés de longitud y, al decir de Garcilaso, los hubo en la Florida gruesos como el brazo. Los solían hacer las naciones del Sur de madera de palma; las del Norte, de madera de cedro, de roble, de pino, de sauce, de tejo. Unas y otras les daban generalmente por cuerda nervios de animales. En algunos substituian las de la Florida los nervios por tiras de cuero que mojaban, retorcían, estiraban y reducían á delgados bordones. Las de la península de California empleaban con preferencia intestinos.

Eran ordinariamente los arcos de una sola pieza. Constaban de dos los de uno que otro pueblo; de tres, los de los esquimales. Estaban pintados los de los guaicurues y los californios del Norte; llevaban además los primeros vistosas plumas. Para que fueran más elásticos, iban exteriormente cubiertos de tendones de gamo los de los chínuks, los de los shoshonis, los de los columbios, los de los californios del Septentrion y los de los apaches. Desarmados, eran rectos los de los yuracarés; apenas corvos, los de los tupíes.

No todos los arcos se los podía disparar sin peligro. Lastimaba la cuerda el brazo izquierdo de los tiradores y se hacía necesario defenderlo. Lo defendían los apaches con una especie de manopla; y los arqueros de la Florida, con una tela de basto plumaje á que daba siete ú ocho vueltas una ancha correa de piel

de venado. Los arcos de la Florida eran indudablemente los más duros y los de más difícil manejo: no pudo español alguno al tenderlos llevar la mano al rostro.

Había notable variedad de flechas. En la América Meridional se les daba comunmente por hierro sustancias vejetales ó animales: astillas de caña ó de madera, púas de raya, huesos; en la Septentrional, sustancias minerales: pedernal, obsidiana, cobre y en alguna que otra nacion pizarra. Al Sur empleaban, sin embargo, los patagones la sílice; y al Norte las tribus de la Florida las espinas de pescado; los *pueblos* y los pimas, las más duras maderas; los dacotas, el hueso, las astas de ciervo ó de alce y los tendones de cuello de búfalo De pizarra, de pedernal, de hueso y aún de marfil hacía indiferentemente el esquimal la punta de sus afiladas saetas; de ágata ó pedernal, los apaches.

Labraban cuidadosamente esas puntas algunos pueblos. Con ser todas de pedernal, las trabajaron los koniagas dejando atrás á los mejores lapidarios de Europa, les dieron los californios del Centro las facetas del diamante, y las dentaron los de la Península por entrambos filos. Quien las hacía triangulares, quien cónicas, quien en figura de lengüeta.

Los astiles solían ser de una pieza, largos de dos á cinco piés, de palma en la América del Sur, de caña en la del Norte. Eran de pruche sólo en los esquimales. Entre los chinuks y los apaches constaban de dos piezas engastadas la una en la otra; la inferior, de acacia ó de otra madera fuerte; la superior, de bambú ó de madera floja. Llevaban los de los yuracarés plumas de condor ó de águila y otras más pequeñas de brillantísimos colores; estaban pintados los de los californios del Centro de modo que por la pintura pudiese cada arquero reconocer sus flechas; y los de los apaches, por las plumas de que iban adornados, indicaban la tribu á que cada saeta correspondía. Labraban los suyos los koniagas con tal esmero, que no parecían sinó hechos á torno.

No en todos los pueblos estaban unidos de igual manera el astil y el hierro. Las tribus de los Llanos aseguraban el hierro en el astil por medio de un hilo que embreaban con peraman al calor de la lumbre. Los mejicanos del Norte engarzaban el hierro en una pieza cilíndrica de madera durísima y lo sujetaban al astil con nervios de venado. Como tuviese el astil cierta especie de muesca, frecuentemente llevaban el hierro hácia abajo y metido en el hueco de la caña á fin de que no se les rompiera ni se les mellara. Los californios del Centro daban tambien por base al hierro un aro de madera que introducían en el cañon del astil; pero no ataban al astil el hierro con tendones ni cuerdas. Dejaban movible el hierro para que no saliera de la herida al tirar del mango.

El disparo de las flechas por algunas razas era verdaderamente formidable. Como no estuviesen muy forradas de algodon las jacerinas de nuestros soldados, nada podían contra las flechas de los urabaes, que vivían en el golfo de Darien. Nada tampoco pudieron contra las de un salvaje de Florida el jubon esto-

fado, la finísima cota de malla ni la cuera de ante con que el maese de campo de Soto llevaba protegido el cuerpo.

Para colmo de mal envenenaban muchos pueblos sus flechas: los de los Llanos, con el *curare*; los de la Guyana, con el *ticunas;* los de los caribes de Costa Firme, con el *worora;* los de las islas, con el jugo de la flor del manzanillo; los koniagas, con el acónito; los wallis, rama de los californios del Norte, con el virus de las serpientes de cascabel y otras culebras ponzoñosas; los mejicanos del Norte, con bofes mordidos por víboras y puestos al sol para que más pronto se corrompieran. Con el zumo de plantas trepadoras se dice que las inficionaban tambien los californios del Centro.

De todos esos tósigos el más activo era sin duda el *curare*. Mataba casi instantáneamente, como se introdujera en los vasos sanguíneos. Extraíaselo de cierto bejuco del género *strychnos* que abunda en las riberas del Orinoco, el Río Negro y el Amazonas; y para darle más fuerza se lo humedecía en la boca al ir á disparar la flecha. El *ticunas*, segun parece, se componía de más de veinte sustancias; si no miente La Condamine, se lo preparaba al fuego con el zumo de plantas, unas enredaderas, otras sarmentosas. Distaba de ser tan activo como el *curare;* pero ocasionaba terribles convulsiones, desfallecimientos, letargos y al fin la muerte, como no estuviera debilitado por el tiempo ó no se extirpara oportunamente la parte herida. A lo que entiendo no difería mucho del *ticunas* el *worora* ni en la composicion ni en los efectos.

Segun Oviedo, usaban tambien de la flor del manzanillo para envenenar las flechas los indígenas de la costa de Tierra Firme. La mezclan, dice, con alacranes, víboras, hormigas grandes, culebras, arañas, avispas, zumos de muchas yerbas y raíces y una como vejiga ó bambolla morada que flota sobre las aguas del Océano. Mixturas parecidas opino que eran la mayor parte de los venenos empleados en las dos Américas. Veneno simple quizá no hubiese más que el *curare*.

Describe el mismo Oviedo los tristes efectos de las flechas emponzoñadas por los caribes de las islas, y refiere que los heridos morían rabiando, haciendo bascas y mordiéndose las carnes segun los desatinaba el insufrible dolor que sentían. Hasta ahora, escribe en los primeros capítulos de su libro, son pocas las medicinas que aprovechan contra tan grave dolencia; mas luego asegura que se encontró ser buen antídoto el sublimado corrosivo. Se ensanchaba, segun él, la herida, se la llenaba de polvos de soliman, y se la vendaba y no se la tocaba en cuatro ó más días. Ese veneno ¿no sería el mismo *ticunas* de la Guayana?

Los más de los pueblos llevaban las flechas al cinto; algunos como los de la Florida, los shoshonis y los apaches, en aljabas de cuero.

Despues del arco y la flecha el arma de más uso era la lanza. Blandíanla en la América del Sur los araucanos, los aucas, los puelches, los charruas, los albayas, los panches, los pueblos de los Llanos y los omaguas; en la América del

Norte, los apaches, los californios del Centro, los shoshonis, los haidahs, los thlinkites, los aleutas, los koniagas, los chínuks y los esquimales. De diez á doce piés medían las de los charruas; de quince á veinte, las de los apaches; diez y seis, las de los haidahs; de diez y ocho á veinte y cuatro las de los thlinkites. Eran tambien altísimas las de los omaguas y los panches. En cambio las de los californios no levantaban un estado. Los charruas hacían de caña los astiles y de pedernal las puntas; los apaches, de obsidiana las puntas y de madera los astiles; los omaguas y los thlinkites, de madera endurecida al fuego toda la lanza. Los thlinkites, sin embargo, ponían en algunas lanzas cuchilla de cobre y los haidahs punta móvil.

Venían despues los dardos, las jabalinas, las hondas. Usaban del dardo el patagon, el dacota, el esquimal, el aleuta; de la jabalina, el iroqués y el habitante de la península de California; de la honda, los patagones, los panches, los columbios, los pimas, los *pueblos* y los apaches. Las jabalinas y los dardos participaban en todas partes de las condiciones de las flechas; las hondas se parecían á las nuestras, salvo las de los apaches y los columbios. Eran las hondas de los apaches de cuatro cuerdas; y las de los okanaganes, rama de los columbios de tierra adentro, consistían en cilindros de madera terminados por pequeñas bolsas y sujetos á cordeles que se ataba á la muñeca. Iban en las bolsas los proyectiles.

No estaban ménos en uso las *macanas*. Eran las macanas entre los chiquitos, los panches, los achaguas, los apaches y los chínuks verdaderas espadas á dos manos, aquí de palma, allí de guayacan, más allá de otras maderas extremadamente recias. Tal fuerza y tales filos tenían, que se dice si los achaguas de un solo mandoble partían el más robusto jaguar de sus enmarañados bosques. Diferían algo las de los albayas. Medían sobre una vara de largo y dos pulgadas de diámetro, no disminuían de arriba abajo y pesaban como el hierro. Ya se las esgrimía, ya se las arrojaba á manera de dardo.

Confúndese á menudo la macana con la clava. La clava, la verdadera clava, la de los romanos y los griegos, la usaban principalmente los dacotas, los chínuks, los shoshonis, los haidahs, los californios del Centro y el Mediodía y los caribes, sobre todo los de las islas. Shoshonis había que no buscaban en otra arma su defensa. Empleábanla tambien los mejicanos del Norte; y, mientras no llegaba la hora de blandirla, solían llevarla suspendida de la muñeca por una tira ó cuerda de cuero. La que se atribuye á los pimas era ya machete, no clava; tenía filo, bien de obsidiana, bien de sílice. Tampoco merecía en rigor el nombre de clava el mazo de los apaches, de corto mango, de mucho peso, con cuerda tambien para colgarlo de la muñeca.

No dejó de haber en las razas salvajes de América, bien que en muy pocas, la clava con puntas de piedra. La hubo, que yo sepa, entre los araucanos y quizá entre los iroqueses.

Las clavas y las macanas eran todas rectas. Armas corvas parecidas á las de

Europa y Asia no creo que las hubiera sinó entre los californios. Los del Sur tenían sables de madera durísima afilados por los dos bordes; los del Centro daban á los suyos por filo agudos pedernales; los peninsulares disponían de unas como cimitarras.

Otra arma conocieron algunos pueblos que no es para que se la eche en olvido. En sus combates recurrían no pocas veces al hacha los esquimales, los thlinkites, los haidahs, los iroqueses y los araucanos. Era de cuerno ó de hueso la de los haidahs; de sílice, la de los araucanos, los iroqueses y los esquimales; de sílice ó de una piedra verde susceptible de finísimo corte, la de los thlinkites. El *tomahawk* de los iroqueses, adoptado segun ciertos autores por los chinuks, no difería de las otras hachas. Por lo bien que los iroqueses lo manejaban y lo manejan se ha hecho célebre. Lo disparan aquellos hombres de modo que dando vueltas sobre sí mismo cae siempre de filo en el blanco á que lo dirigen.

Habia, además, en América armas aquí no vistas: el cuchillo de los thlinkites, el *poggamogon* de los shoshonis, el *bumerang* de los *pueblos* y los cochimíes y las *bolas* de los patagones, los puelches, los charruas y los guaraníes. El cuchillo de los thlinkites era puntiagudo por los dos extremos; se componia en realidad de dos hojas, una corta y otra larga, entre las cuales estaba el mango. Lo preferían aquellas gentes á todas sus demás armas: se lo suspendían del cuello por una correa y se creían invencibles cuando lo esgrimían en sus combates. Constaba el *poggamogon* de los shoshonis de una piedra, un mango y una presilla ó lazada. La piedra, siempre de mucho peso, colgaba del mango por una cuerda de dos pulgadas de longitud, á veces un simple nervio; el mango tenía como dos piés de largo; la lazada servía para prender de la muñeca esa especie de *casse-tête* formidable. Mango y piedra solían llevar forro de cuero. La voz *bumerang* no es americana: la aplico por analogía á cierto palo corvo y desnivelado que los cochimíes y los *pueblos* disparaban casi á flor de tierra para inutilizar y áun quebrar las piernas de sus enemigos. El verdadero *bumerang* lo tenemos hoy en la Australia, donde se lo maneja con sin igual destreza y produce sorprendentes efectos. La *bola* ó el *lazo* era, por fin, una pelota de piedra, gruesa como el puño, que iba sujeta á una larguísima cuerda, tal vez de cincuenta, tal vez de cien pasos. Liábase el combatiente la cuerda al brazo, primero floja, despues apretadamente; y cuando quería soltar el lazo, empezaba por desliarla pausadamente al rededor de su cabeza. Ya que por este medio había dado fuerza á la bola, tendía de repente el brazo y la disparaba de tal modo contra el blanco —hombre, fiera ó caballo—que conseguía enlazarla en el cuerpo del adversario y le derribaba. Fué el uso de esta arma de grande admiracion para los españoles, que no acertaron nunca á emplearla ni nunca se cansaron de encarecer la destreza con que la tiraban los indígenas. La *bola* de que hasta aquí he hablado llevaba el nombre de *bola suelta*: las había sujetas á palos, de cuerda mucho más corta.

Entro ya en las armas defensivas, no tan generales como las ofensivas. La más comun era el escudo. Llevaban simples rodelas de cuero los araucanos, las naciones del Orinoco, los pimas y los *pueblos;* de madera, los aleutas; de piel ó de corteza de árbol, los tupinambaes. De cuero de alce y pié y medio de diámetro las usaban los chínuks; y, segun Ross, tan fuertes y recias, que no las rompían los más violentos hachazos. Los panchos se cubrían ya todo el cuerpo con grandes paveses en cuyo forro metían sus demás armas cuando no tenían enfrente al enemigo. De mimbres, pero con doble y triple forro de piel de búfalo, se hacían escudos los apaches. Los estofaban, les ponían dos abrazaderas y los adornaban con pinturas, escalpes y plumas. En esto, sin embargo, no aventajaban los apaches á los mejicanos del Norte, que tenían rodelas de piel de cocodrilo, escudos de cuero de bisonte, altos de cinco á seis piés, con agujeros que les permitían observar á sus contrarios, y paveses compuestos de listones entrelazados con cuerdas que podían cerrar y abrir á manera de abanico y llevar en sus viajes y marchas á guisa de palo. Medían los escudos de los koniagas un pié de espesor y doce de ancho y constaban de tres tablas de alerce unidas por ramas de sauce; mas éstos eran ya realmente, no escudos, sinó parapetos, tanto, que bastaba uno solo para abrigo de muchos hombres. Aunque de más humildes dimensiones las rodelas de los serpientes (*snakes*), tenían grande importancia á los ojos de los guerreros que las embrazaban. Para hacerlas se buscaba un búfalo macho que no contase más de dos años, se le desollaba, se abría un hoyo en la tierra, se lo llenaba de piedras calientes, se las rociaba con agua fría, se sujetaba la piel á la acción del vapor que despedían hasta dejarla sin pelo; y, reducida á dos ó tres piés de diámetro, se la ponía sobre otra piel dispuesta al intento, se la hacía pisar por cuantas personas asistían á la ceremonia y se la montaba sobre un aro de madera con nervios ó cuerdas. Como talismanes las miraban los serpientes: se creían invulnerables con sólo llevarlas. Los utahs solían llevar colgados del cuello sus pequeños escudos.

Usaban tambien los americanos el peto y la cota: los pimas y los *pueblos*, un simple delantal de piel de búfalo; los shoshonis, una cota de muchas pieles de antílope pegadas la una á la otra por cierta mixtura de arena y goma; los haidahs, un peto de cuero, tal vez forrado de tablillas de sauce; los aleutas, una cota de juncos que les cubría de piés á cabeza; los esquimales un sayo, bien de cuero, bien de listas de madera unidas y sujetas por nervios de gamo ó de bisonte. Sobre un peto de madera vestían los thlinkites otro de varillas de abedul ó pruche que se ajustaban al cuerpo como el corsé nuestras damas; y los chínuks sobre un peto no menos impenetrable, compuesto tambien de varillas atadas unas á otras por varias fibras, una cota de cuero de alce de una pulgada y la túnica *clemal*, que no les dejaba libres y descubiertos sinó los brazos. No empleaban entre los patagones armas defensivas sinó los jefes. Vestían del cuello á las rodillas una cota con mangas, generalmente pintada de amarillo y compuesta

de siete ú ocho dobleces de piel de guanaco que les cubría hasta el occipucio y la barba.

Algunos pueblos conocían tambien el casco. Lo usaban en la América del Sur los araucanos y esos mismos jefes de los patagones. Lo hacían de piel curtida uno y otro pueblos, y tan fuerte que no lo rompían las espadas de mejor temple. En la América del Norte llevaban los chinuks uno como yelmo de corteza de árbol; y los thlinkites, mascarones de madera que descansaban sobre una especie de gola y representaban, ya la cabeza de alguna fiera, ya la de algun sér fantástico.

Las razas salvajes, como ve el lector, no carecieron aquí de inventiva. Las hubo que llegaron á idear y emplear las flechas incendiarias. Tales fueron las de la Florida y en la de los tupíes los tupinambaes. Los tupinambaes las cubrían de algodon y cera y las encendían al dispararlas. Como las viviendas se componían casi todas de materias eminentemente combustibles, les era fácil incendiar por este medio las de sus enemigos.

Las razas cultas tenían casi las mismas armas que las salvajes. Entre los nahuas los toltecas conocían ya el arco, la flecha, el dardo, la honda, la espada, la porra con puntas de pedernal y el escudo. Los jefes se cubrían la cabeza con almetes y el cuerpo con largas y estofadas cotas de algodon, que se ponían sobre una blanca túnica; los soldados, ya que no podían llevar cota, se la pintaban sobre el pecho y vestían de la cintura á las rodillas anchos zagalejos. Unos y otros desplegaban en su armadura todo el lujo que podían. Los escudos, generalmente de cuero, llevaban plumas de varios colores; los yelmos solían ser de oro ó de plata No carecía nadie de penachos: los lucía cada cual más ó ménos ricos segun su gerarquía. Calzaban todos sandalias. El lujo estaba principalmente en los capitanes: se ceñían del hombro derecho á la cadera izquierda una banda de plumas y se adornaban con piedras y metales preciosos garganta, pecho, brazos, piernas.

Segun los antiguos historiadores, al establecerse los chichimecas en el valle del Anahuac, ni ostentaron tanta riqueza ni conocieron más instrumentos de guerra que el arco, la flecha y la cerbatana; pero los aztecas dejaron indudablemente atrás á los toltecas. Tenían los aztecas, sobre las armas ofensivas de los toltecas, lanzas de más altura que las de Castilla, dardos de tres puntas, espadas de guayacan ú otra madera con los filos de *iztli*, paveses que, como los que hemos visto en los mejicanos del Norte, se abrían y cerraban á manera de abanicos, bastones ó ballestas por medio de las cuales se disparaban tres saetas de golpe. Eran los hierros de las lanzas de obsidiana ó de cobre; los dardos, ó todos de madera endurecida al fuego ó con puntas de cobre, de *iztli* ó de hueso; las espadas, de filos tan agudos como los de nuestras cuchillas; los paveses y los bastones de distintas materias, comunmente de caña.

Las armas de los aztecas y los demás pueblos del Anahuac eran todas fuertes

y temibles. Los arcos, de madera sumamente elástica, medían de largo cinco piés y llevaban por bordones nervios de animales ó cuerdas de pelo de ciervo. Las flechas, parte de caña, parte de roble, tenían de *iztli*, de hueso ó de espinas de pez las puntas, y éstas aseguradas á los astiles por cordeles de fibras de maguey y sustancias resinosas. Ya que no en la materia en la forma se parecían á las nuestras las hondas, generalmente de trenza de pita. Como las de la antigua Roma eran en grandor y figura las clavas y como las asirias en tener erizada la cabeza de puntas de obsidiana ó de cobre. Con no ser de hierro ni de otro metal partían un hombre en dos las espadas, en lengua nahuatl *macahuime*. Eran á dos manos, de madera pesada y dura, largas de tres á cuatro piés, con las cuchillas de *iztli* tan firme y ajustadamente encajonadas en las ranuras de los bordes, que se las hubiera tomado por una sola cuchilla.

Entre las armas defensivas figuraba en primera línea el escudo. Oval ó redondo, pequeño ó grande, plano ó con abolladura en el centro, lo llevaban todos los hombres de guerra. Era comunmente de cañas el de los plebeyos y estaba forrado de algodón ó de cuero; solía ser de madera el de los nobles y venía cubierto de láminas de oro; adornaban frecuentemente el de los soldados y los capitanes rapacejos de plumas. Los había, segun autores del tiempo de la Conquista, con ribetes de oro.

El cuerpo lo llevaban defendido los guerreros de baja alcurnia por petos de algodon estofados, del grosor de uno ó dos dedos, y cotas de la misma tela con mangas y calzas, que les cubrían el tronco, parte de los brazos y los muslos. Estaban las cotas abiertas por la espalda y exteriormente aforradas de plumas: los protegían del cuello á las rodillas contra las más agudas flechas y dardos. Completaban la armadura grebas y brazales de madera, revestidos de cuero, y cascos ó, para mejor expresarme, horribles mascarones como los que vimos entre los thlinkites. Representaban esos mascarones cabezas de jaguar, de serpiente ó de otra fiera con la boca abierta y los dientes al aire: sobre espantar al enemigo guardaban el rostro del que los usaba.

Los nobles solían vestir mejores armas: capacetes de oro ó plata ó de oro ó plata cubiertos, algunos con cierta semejanza á los de los griegos; corazas hechas de sobrepuestas láminas de plata ú oro que no parecían sinó de malla; cotas de brillantes plumas; anchos guanteletes; áureos brazales. Era todavía más fastuosa la armadura de los reyes. Usaban los reyes con frecuencia yelmos de oro ó de plata, enriquecidos por los dos lados con manojos de plumas de *quetzalli*. Ceñíanse otras veces un casco rojo ceñido de una corona de plumas, de cuyo centro salía un vistoso penacho. Cubríanse el cuerpo, ya con largos coseletes de pluma bermeja sembrada de caracolitos de oro que les bajaba á las corvas, ya con otros algo más cortos, de pluma amarilla y llamas de oro, que no les llegaban sinó á los muslos. Sujeto al coselete llevaban de ordinario uno como zagalejo de plumas. Calzaban sutiles grebas de oro y sandalias con suela de piel

de ciervo y calcaños de piel de tigre. Embrazaban rodelas ya con el campo de pluma y las orillas de oro, ya con el centro de oro y el campo y las orillas de plumas de los más hermosos colores. Plumas en la cabeza es de advertir que podía usarlas todo el que hubiese hecho por sus manos cinco prisioneros de guerra.

Al decir de algunos autores, eran poco ménos ricas las armas de los caciques de Tabasco. Bernal Diaz del Castillo y Hernan Cortés rebajaron mucho la pintura que de ellas dejaron Lopez de Gomara y Fernandez de Oviedo; y estoy aquí por Cortés y Bernal Diaz.

En toda la América Central las armas, así las ofensivas como las defensivas, eran, cuando no iguales, parecidas á las de los aztecas. Tal vez esta semejanza sea uno de los hechos que más revelan el comun orígen de los mayas y los nahuas. Medían, segun Herrera, veinte piés las lanzas de los pueblos de Guatemala y segun Oviedo treinta palmos las de los nicaraguatecas; pero eran casi tan altas las de los tarascos y los mixes que apenas tenían otro instrumento de guerra. Lo que parece dudoso es que los mayas vistiesen las calzas de los aztecas; vestían sí la cota de algodon, estofada por cierto con sal, si hemos de creer al Padre Landa. Esa cota llegaba en unos á los muslos y en otros hasta los calcañares.

No conocían, que yo sepa, los muiscas armas defensivas. Llevaban cascos de piel matizados de plumas de varios colores, mas no como defensa. De las armas ofensivas no empleaban sinó la flecha, el dardo, la honda, la pica y la macana de pura madera. Segun Piedrahita disparaban el dardo y la flecha por medio de cierta especie de gatillo.

Los pueblos del Perú eran tanto ó más ricos en armas que los aztecas. Conocían la flecha, el dardo, la honda, la lanza, el *ayllu* y dos ó tres clases de macanas y clavas. Preferían al arco y la flecha la honda, con la cual despedían piedras generalmente en figura de huevo; y la hacían á veces tan lujosa, que traía bordadas figuras de pájaros ó de hombres en la pala y terminados los ramales por largas borlas. En cambio tomaban á veces como honda una simple piedra atravesada por una cuerda. Tan grande importancia concedían á esta arma, que, como los antiguos romanos y griegos, formaban con los honderos la vanguardia de sus ejércitos.

El arma que en el Perú se parecía más á la honda era sin duda el *ayllu* ó *ayllo*. Segun leo en Guzman, no consistía sinó en tres bolas de piedra forradas de cuero, sostenidas y reunidas por otras tantas cuerdas, de un codo de largo. Era aún el *ayllo* arma arrojadiza: se lo disparaba con fuerza lo mismo contra las fieras que contra los hombres, á quienes ataba las piernas y derribaba. Recuerda, como habrá observado ya el lector, uno de los lazos que vimos en los patagones, los puelches y los charruas.

No hablo de la flecha ni el dardo porque no ofrecían particularidad notable. El dardo, pequeño segun Jerez, refiere Garcilaso que se lo disparaba con amiento

de palo ó de cuerda. Entiendo que lo habia de diversos tamaños y formas.

Las lanzas medían sobre treinta palmos de altura. Carecían algunas de hierro y tenían simplemente tostada la punta del asta; otras llevaban punta de bronce.

La macana era toda de madera, de uno ó dos filos, con ó sin punta, corva ó recta, más ó ménos ancha. No pocas veces se la afilaba sólo en su último tercio.

La clava se distinguía de todas las del mundo. Era rarísimamente de una sola pieza. Constaba por lo general de un mango de madera y una porra de granito ó de cobre. En lugar de porra, llevaba con bastante frecuencia engastado el astil en una abrazadera armada de cuatro formidables puntas de bronce ó de tantas que venían á formar una como estrella. Da Jerez braza y media de longitud al asta; pero hubo de andar exajerado. Es aquí más de creer Oviedo, que la presenta corta en sus tan escasos como luminosos dibujos. De la parte inferior del mango colgaba ordinariamente una lazada que permitía llevar el arma prendida en la muñeca. Blandíase esa clava á dos manos: la herida era terrible.

Las hachas tenían tambien la hoja de bronce y el mango de madera. Largo el astil y corva y ancha la hoja, se parecían á nuestras alabardas.

La madera de estas y las otras armas era de chonta.

Asegúrase que los peruanos desconocieron las defensivas; pero no es cierto. Usaron por lo ménos de escudos, de jubones y de capacetes. Consigna repetidamente Garcilaso que conocieron las rodelas y los paveses, y Jerez escribe que las rodelas las hacían de tablillas angostas y fuertes. El mismo Jerez, testigo de vista, presenta con jubones acolchados de algodon á los honderos y con capacetes de madera, aforrados tambien de algodon, á ciertos caudillos. Esos capacetes, dice, son grandes y les cubren hasta los ojos. En antiguos sepulcros se ha encontrado efectivamente cascos con gola que no dejaban indefenso el rostro sinó desde las cejas á la barba.

Lujo en las armas defensivas no creo que lo hubiese; entre las ofensivas, además de las hondas de que antes dije, había, segun Oviedo y Jerez, hachas y clavas con hierro de plata ó de oro. Aun entre las defensivas es indudable que hubo capacetes cubiertos de ricas y bordadas telas.

Así en el Perú como en Méjico existían cuando el Descubrimiento grandes almacenes de armas. Los Incas del Perú los tenían en las capitales de las provincias y en los *tambos* de los caminos; los reyes del valle del Anahuac, en casas especiales y tambien en los templos. En los panteones de sus antepasados los tenía segun Garcilaso aquella galante y hospitalaria reina de Cofachiqui, con quien dió Hernando de Soto en su atrevida y desgraciada expedicion por la Florida.

LXII

Instituciones Militares.—Fortificaciones.

Los fuertes son aún armas defensivas. Porque lo son les dedico este párrafo. Adviértase que dejo para otro lugar considerarlos como obras de arte.

De las razas salvajes buscaban muchas la defensa de sus pueblos en la naturaleza. Los situaban en lugares altos y escabrosos ó en las orillas de ríos que los incomunicasen con otros pueblos. Dedico este párrafo á las que buscaban el arte en auxilio de la naturaleza ó suplían la naturaleza por el arte.

Protegían muchas razas salvajes sus poblaciones con simples empalizadas y fosos. Tál solían hacer los araucanos, los guaraníes, los caquesios, los guatemaltecas, los indígenas de la Florida, los iroqueses, los hurones y algunas tribus de los columbios. Con foso y doble cerca tenían los guaraníes del Paraguay su ciudad de Lampere. Las estacas, del grueso de un hombre, con estar metidas hasta la altura de seis piés en la tierra, levantaban tanto, que los españoles no podían alcanzar la cima con la punta de sus espadas; y el foso, no menos profundo que los de Europa, estaba erizado de agudas astillas artificiosamente encubiertas con paja y broza Como doce pasos había de cerca á cerca. Segun Cortés, eran aún más fuertes algunas de las villas de Guatemala. Una dice que vió en un peñon, circuida toda de un fosado hondo; y despues del fosado, de un pretil de madera hasta los pechos; y despues del pretil. de una cerca de tablones muy gordos, de hasta dos estados de altura, con sus troneras para disparar saetas, y á trechos con unas garitas que se elevaban otro estado y medio. Añade que estas garitas llevaban tambien sus torreones y sus troneras con muchos guijarros para pelear desde arriba, y troneras y traveses tenía además cada vivienda. En toda la villa observa que no había más de una entrada.

A siete leguas de esta villa escribe Cortés que halló otra, por nombre Tiac, de cavas, cercas y garitas más recias, con la especial circunstancia de estar dividida en tres barrios, tener cada barrio su palizada y los tres una comun donde todos resistían los primeros embates del enemigo. De Tiac, sigue escribiendo, fuí á pernoctar en Yasuncabil, último pueblo de la provincia de Mazatcan, y en Yasuncabil encontré aún el mismo género de defensa.

Conocían ya los pueblos de Tabasco otro sistema de fortificaciones, el que veremos despues en los aztecas; pero se parapetaban tambien detrás de fuertes estacadas con troneras como las de Guatemala. Hablé ya en otro párrafo de las que hubo en la Florida. Despues de las descritas, las más notables eran á mi entender las de las tribus columbias, que cercaban siempre un área regular de ciento cincuenta ó más piés en cuadro, dividida en tantos compartimientos como

familias formaban el grupo. Las estacas medían hasta treinta piés de altura. Fortificacion y plaza constituían, por decirlo así, una sola pieza.

Si en las razas salvajes merecen ser incluidos los *mound-builders*, debo consignar aquí que los *mound-builders* se fortificaban muy de otra manera. Coronaban de muros de tierra y piedra ya las cumbres de colinas que dominasen más ó ménos espaciosos valles, ya las de altas márgenes formadas por ríos ó arroyos de corriente rápida. Esos muros eran generalmente bajos y gruesos. Medían treinta y treinta y cinco piés de espesor y sólo cuatro ó cinco de altura. No todos estaban defendidos por fosos ni cuantos lo estaban los tenían á la parte de afuera: teníanlos adentro principalmente los de las colinas. Figuras regulares no podían constituirlas puesto que seguían siempre los desiguales y caprichosos bordes de mesetas que hizo la naturaleza. En ninguno de esos fuertes había más de una entrada; y aún ésta de ordinario se hallaba protegida, ya por uno como tambor, ya por murallas interiores curvilíneas, que, partiendo de las otras en opuestas direcciones, se encabalgaban y hacían dificilísimo el paso.

Algunas fortificaciones de los *mound-builders* eran de extensión considerable. Sobre el río Miami, á lo largo de una meseta, alta de doscientos treinta piés, había una de cuatro millas; y sobre el Ohio en su parte más al Norte, otra de diez y siete. Se las construía fácilmente porque la tierra, la principal cuando no la única materia, se la extraía del mismo lugar en que se las levantaba ó de otro inmediato; y no pocas veces con la que se desmontaba se hacía el muro y con el desmonte el foso. En esas fortificaciones solían ser ya de mayor altura las murallas y en mayor número las puertas.

Las casas de los *pueblos*, de las que hablé en otro párrafo, revelan aún mayores progresos. Sus altas galerías con pretil y los muros de sus plazas eran de cantería ó cuando ménos de adobes. Todas de cantería eran ya las imponentes fortificaciones de Zacatecas; pero estoy lejos de creerlas obra de razas salvajes, áun viéndolas situadas en territorio donde no consta que floreciese la civilizacion de los nahuas. Sospechan algunos autores si las hicieron los aztecas en uno de los altos de aquella larga peregrinacion que los condujo al valle de Méjico, y es posible que acierten.

Están las fortificaciones á que me refiero como treinta millas al Sud de la ciudad de Zacatecas y seis al Norte de Villanueva, no lejos de una hacienda por nombre Quemada, en cierta colina que llaman Cerro de los Edificios, á la vera de un río. Tiene la meseta de la colina sobre media milla de largo y una anchura que va de ciento á quinientas varas. Donde no se la consideró bastante defendida por lo escarpado de la vertiente se la ciñó de muros de piedra; y es precisamente la parte más ancha la del Norte, la ménos protegida por la naturaleza. Medían aquí las murallas de diez á doce piés de espesor y de altura. y el área que contenían estaba dividida por otra muralla. Calcúlese ya cuál no sería la importancia de la obra. Añádase ahora que los muros continuaban al

Sudoeste y sobre todo al Sudeste, donde en grandes trechos eran dobles y con ángulos entrantes y salientes. Murallas de piedra las había, á lo que parece, hasta en uno de los muchos caminos que conducían al fuerte. La obra era realmente gigantesca. ¿Constituiría la cerca de la antigua Tuitlan, como Bancroft presume? He de escribir más detenidamente en otro párrafo del Cerro de los Edificios.

En Sonora, como cincuenta millas al Sudeste de Altar, hay otro cerro notable, el de las Trincheras. Tiene de la raíz á la cumbre cincuenta ó sesenta círculos de murallas, todas de piedras en bruto que cuentan de tres á seis piés de espesor y nueve de altura. De cerco á cerco median de diez y seis á treinta y dos varas; y en todos está contrapuesta la entrada á fin de que no pueda el enemigo llegar á la cima sinó despues de largas, costosas y repetidas vueltas. Dudan algunos que estas murallas sean anteriores á la Conquista; pero ni consta en parte alguna que las hicieran los españoles. ni los europeos de los cuatro últimos siglos recurrieron jamás á tan extraño sistema de fortificaciones.

En Chihuahua, dos ó más leguas al Sudoeste de las Casas Grandes de Montezuma, sobre escarpadísima peña hay otra fortaleza que, segun Escudero, no fué más que atalaya. Es de dos ó tres altos, de buena y sólida cantería, de muros de seis á siete varas de grueso. Hay aquí tambien en la falda del monte reductos de piedra, bien que rectos y terminados por montones de pedruscos.

En las orillas de los arroyos que constituyen las fuentes del río Verde existen, por fin, tres cercos de piedra sin labrar, uno dividido en compartimientos y otro conocido por el nombre de Paso Azteca. Las murallas son allí gruesas de cuatro, cinco y seis piés; altas de cuatro á ocho.

Estaba naturalmente la fortificacion algo más adelantada en los pueblos cultos. Segun Cortés, en la sola tierra de Cempoal había cincuenta poblaciones y fortalezas; en la provincia de los totonacos, una villa puesta en la falda de una sierra muy áspera, donde no se entraba sinó por un paso de escalera, sólo accesible á las gentes de á pié cuando no quisiesen los naturales impedirles el paso; en la villa de Ishuacan de los Reyes, otra fortaleza; en Ixtacamaxtitlan, allá en lo alto de un cerro, una casa solariega, cercada de muro, barbacana y foso; en la frontera de Tlaxcala, dos grandes murallas de piedra sin argamasa, de estado y medio de altura, gruesas como de veinte piés, con ancho pretil á lo largo y una entrada de solo diez pasos que las dos cercas formaban doblándose la una sobre la otra, cercas de seis millas que atravesaban de sierra á sierra un espacioso valle. No vió ya Cortés con muros ni fosos las ciudades de Tlaxcala y Cholula, defendidas sólo por las azoteas de sus casas, las torres de sus templos, y recias albarradas; pero halló en cambio la de Huahquechula con fuertes murallas de cal y canto, altas por fuera de veintidos piés y por dentro casi al nivel del suelo, todas con pretil de medio estado y sin otras entradas que cuatro muy angostas, de difícil acceso por las muchas vueltas que en cada una hacía la cerca.

Exterior é interiormente era fortísima la ciudad de Méjico. Situada en medio de un lago, tenía en él su principal defensa. Comunicaba á los cuatro vientos con la tierra firme por cuatro calzadas, la más corta de media legua, y estaba protegida en todas por puentes levadizos. En la del Mediodía, que era la más larga, estábalo además, por una especie de baluarte á que se daba el nombre de Acachinanco. Segun el mismo Cortés ocupaba este baluarte el punto de union entre esa calzada y la de Xochimilco y consistía en dos torres, unas murallas que cogían los dos caminos, medían de alto como once piés y llevaban pretil almenado y dos puertas: una de entrada y otra de salida.

Interiormente defendian la ciudad primero las mismas aguas del lago, que corrían por muchas de sus calles; despues las azoteas, espaciosas y bajas; luego algunos edificios, fuertes por lo sólido de sus materiales y por su estructura; finalmente las pirámides de sus templos, que, si grandes, servían de ciudadela; si pequeñas, de atalaya. Un verdadero alcázar era el templo mayor de Méjico. Costó no poca sangre ni poco trabajo á Cortés tomarlo á viva fuerza contra quinientos nobles que lo eligieron para combatir hasta la muerte por su patria y sus dioses. Era elevadísimo y estaba cercado por un muro de piedra, casi de tanto espesor como altura, que tenía sobre sus cuatro puertas abundantes depósitos de armas.

En los demás pueblos de los lagos había parecidos medios de defensa. Las albarradas de que todos usaron, solían ser de barro y adobes: no las describo aquí porque no constituían fortificaciones permanentes. Fuera de los lagos, pero en el mismo Estado de Méjico, eran notables por lo fuertes la colina de Xochicalco y la de Otoncapolco. La de Xochicalco, de base oval y unas dos millas de circunferencia, levantaba cerca de cuatrocientos piés sobre el nivel del llano. Estaba dividida en cinco altos de área decreciente, circuídos de anchas plataformas; y así en éstas como en sus paredes estaba toda calzada de mortero y piedra. Allá en la cumbre tenía una plaza de doscientos ochenta piés de ancho por trecientos veintiocho de largo, segun Dupaix, ceñida por una muralla de piedra sin calicanto, alta de dos piés y medio y gruesa de treinta y tres pulgadas, que no era, segun Latrobe, sinó la prolongación del muro del último piso. Sostenía en medio de la plaza una pirámide y en los bordes sólidas masas de piedra, los *caballeros* de las fortalezas de Europa.

La colina de Otoncapolco no parecía sinó la reproducción en pequeño de la de Xochicalco. Estaba también dividida en pisos con plataformas y tenia en lo alto una espaciosa plaza. No se distinguía de la otra sinó en que era más baja, de ménos pisos y de pisos que sólo medían de tres á cuatro piés de altura.

Donde había las más notables fortificaciones no era, sin embargo, en Méjico sinó en las opuestas provincias de Veracruz y Oajaca. Hallábanse las de Veracruz principalmente dentro del área triangular que desde los picos de Orizava y de Perote se extiende á la costa. Descollaban sobre todas las de Centla que es-

taban de veinticinco á treinta millas al Norte de Córdoba y próximas á Huatusco. De Este á Oeste bajan allí dos barrancos de escarpadísimas vertientes, tan cerca el uno del otro, que no dejan entre los dos sinó un paso de tres ó cuatro piés de anchura. Divergen á poco y despues convergen formando una meseta oval de quince á diez y seis mil hectáreas. Donde se acercan de nuevo queda otro paso que mide sobre veintiocho piés de Norte á Mediodía. Altos muros protegían el primer paso; un foso ó camino cubierto, ancho de diez y siete piés y alto de once, cruzaba de Oriente á Occidente la meseta; y obras de singular fortaleza defendían el otro paso. Consistían éstas en tres pequeñas pirámides y dos de considerable grandeza, todas, á lo que parece, de argamasa y piedra De las dos la una era de tres altos y la otra de uno solo, con la particularidad de que á cada uno de los altos de la primera y á la plataforma de la segunda se subía por anchas y espaciosas gradas. La de tres altos llevaba en su parte superior parapetos con troneras; y la otra en su parte posterior, un foso de once piés de ancho y cinco y medio de alto, abierto en roca. Aquella tenía, además, un muro de terraplen á Mediodía.

Algo se parecía á la de Centla la fortificacion de Tlacotepec, situada tambien en una meseta entre dos barrancos, cuatro leguas al Oriente de Jolutla. Conducía á la meseta un foso ancho de diez y seis á diez y ocho piés y hondo de catorce á quince, que venía de muy léjos por la loma de una sierra. Este foso, al llegar á las fortificaciones, se ensanchaba y formaba una excavacion rectangular de ciento ocho piés de ancho por doscientos setenta y seis de largo. Defendían el término del foso dos pequeñas torres piramidales; y la entrada de la meseta, una muralla de veintiocho piés de altura. Seguía luego una obra que llaman hoy el castillo; una fila de pirámides que constituían una segunda línea de defensa; un foso en roca viva; otro grupo de pirámides protegidas por un muro semicircular; una excavacion de dos mil varas en cuadro, tal vez destinada á depósito de agua, en cuyas márgenes había multitud de casas; otros edificios; y por fin, allí donde se juntaban los dos barrancos, al mismo borde del precipicio, otra pequeña pirámide formada de la roca viva de aquel derrumbadero.

Abundaban allí las fortificaciones de esta clase. Allí estaban las Palmillas, dos fuertes separados por una profunda torrentera; allí la fortaleza de Consoquitla y la de Calcahualco. Despues de las descritas no merecen ya especial mencion sinó la de Misantla, que está de veinticinco á treinta millas al Nordeste de Jalapa. en las fuentes del río Bobos, y la mesa de Metlaltoyuca, sobre el río Tuxpan, veintidos leguas al Nordeste de Tulanzingo. Hallábase tambien la fortificacion de Misantla en una meseta entre dos barrancos; y estaba defendida la entrada por un muro de grandes piedras, parte, al decir de Gondra, de otros que circuían una vasta y redonda plaza. El muro bajaba por una de las vertientes del monte, la más accesible al enemigo: en medio de la plaza había

una pirámide de tres altos que medía cuarenta y ocho piés de base y veintiocho de altura. Extendíanse detrás calles de casas de que aún quedan cimientos. La mesa de Metlatoynca era realmente más notable por sus edificios que por sus fortificaciones. Estas las tenía dos millas al Nordeste, en el único punto peligroso para el pueblo que la ocupase. Había allí dos murallas paralelas, de tres á cuatrocientas varas de longitud, que disminuían de la base al vértice. La exterior era alta de trece piés y gruesa de quince en su base; la interior, de más reducidas dimensiones. Protegían la parte opuesta otras dos murallas.

En el estado de Veracruz donde quiera que se unían dos barrancas solía haber fortificaciones análogas. A ellas debo añadir ciertas pirámides aisladas que, segun ciertos autores eran castillos, segun otros autores, templos, y quizá participasen de una y otra naturaleza. Tales eran la de Tusapan, la de Papantla y la de Huatusco, que serán objeto de otro párrafo.

En Querétaro, en el lugar donde se supone que existieron las ciudades de Canoas y Ranas, hay un despeñadero coronado un tiempo de muros de piedra de considerable espesor, que no eran menos dignos de nota. En su parte más culminante prolongábanse estos muros y formaban una torre que levantaba nada ménos que mil seiscientos cincuenta piés sobre el fondo del barranco. Podían albergar cómodamente hasta tres mil hombres. No tenian más de una entrada, y ésta protegida por tres voladizos que no permitían la aproximacion simultánea de gran número de enemigos.

Pero vengamos á las fortificaciones de Oajaca, que son indudablemente las que demuestran mayores adelantos. A cinco ó seis leguas de la ciudad de Tehuantepec, en el ángulo Sudoeste de la Provincia, estaba circuída casi toda de murallas de piedra con foso un área de cuatro leguas de longitud y legua y media de anchura. Era sin duda el área de una poblacion que estaba, además, defendida por tres fuertes, cubiertos de una dura capa de yeso. ¿Qué valía esto, sin embargo, para la ciudadela que tres cuartos de legua al Oeste de Mitla ocupaba la cima de una escarpada roca apenas accesible más que por Oriente? Tenía esta ciudadela un muro de piedra, grueso de veintiun piés, alto de diez y ocho y largo de casi una legua. Corría el muro por todo el borde superior de la roca y formaba multitud de ángulos entrantes y salientes. Unido á él, había al Este otro lienzo de muralla curvilíneo y ondulante, de no ménos espesor y de más altura. Las dos entradas de tan regular fortificacion eran oblicuas. Estaban las dos al Oriente; la una en el primero y la otra en el segundo lienzo. Al Occidente, casi en la misma línea de la segunda entrada, había una como puerta de salida ó de socorro; en medio de la plaza, grandes edificios, acaso cuarteles y depósitos de efectos de boca y guerra. Esta obra puede sin duda comparársela con ciudadelas de Europa, posteriores de siglos.

Entre los mayas no hubo fortalezas de este género. Sin el reciente estudio de las ruínas de Tulum por Stéphens se dudaría aún si los yucatecas llegaron á

murar algunas de sus ciudades. Amuralladas se suponía las de Mayapan y Uxmal; pero sin gran fundamento. Que por lo ménos lo fué Tulum es ya indiscutible. Tulum estaba en la costa oriental de la Península, á unos veinte grados y diez minutos. Defendíala por la parte del mar un escarpadísimo peñasco, que brota del fondo de las aguas; por la de tierra, una cerca rectangular de piedras sin argamasa, que en sus ángulos occidentales llevaba una torre de doce piés en cuadro. La muralla tenía de ocho á trece piés de espesor, y medía de largo en su lienzo occidental mil y quinientos; en los del Norte y Mediodía, seiscientos cincuenta; en los tres, dos mil ochocientos. Había en estos muros cinco entradas: una en el lienzo occidental; dos en cada uno de los otros lienzos, fronteras las unas á las otras. Las dos torres, en cada una de las cuales hubo dos puertas, servían probablemente de atalayas.

De los guatemaltecas se sabía ya que fortificaban sus pueblos. En la provincia de Vera Paz, desde la región de Huehuetenango á la de Salama, hay una larga línea de más ó ménos importantes ruínas que no han sido todavía bastantemente exploradas. Son en gran parte restos de fortalezas ó de poblaciones tan fuertes por su posición como por los muros que las defendieron. ¿Quién no recuerda, por otro lado, las famosas ciudades de Utlatlan y Patinamit, capital aquella de los quichés y esta de los cakchiqueles? Utlatlan, por otro nombre Gumarcaah, tenía su asiento en una meseta circuída de profundos despeñaderos. Era accesible sólo por el Sudeste, y allí estaba protegida por imponentes fortificaciones. Una media milla antes de su entrada había unos como bastiones de bien labrados sillares, que se comunicaban por anchos fosos. Detrás, ya junto á la plaza, alzábase un castillo colosal que hoy llaman *El Resguardo*. Era este castillo, segun Juarros, de ciento ochenta y ocho piés de frente y doscientos treinta de lado; cuadrangular en su base; alto, segun Stéphens, de ciento veinte piés; de tres ó más pisos de área descendente, á que se subía por extensas gradas. Su plataforma superior estaba ceñida de muros de piedra y realzada por una torre á cuya puerta conducían anchos escalones; así la torre como los muros, enlucidos por una capa de cemento. Segun el mismo Juarros, había aún en la ciudad otro castillo, *La Atalaya*, donde podían acuartelarse numerosas gentes.

Defendían la ciudad de Patinamit, además de profundos barrancos, fuertes murallas de piedra. No se la podía tampoco abordar sinó por un lado; y allí había un estrecho arrecife y dos puertas de gruesos sillares: una fuera y otra dentro de los muros. Hallábase, además, dividida la ciudad en dos grandes barrios por un foso de tres varas de hondo, en cuyos bordes se había construido otra muralla de tres piés de altura. Pudo muy bien este foso tener por objeto separar á los nobles de los plebeyos, como algunos autores pretenden, y procurar doble defensa á la plaza.

Como recordará el lector, no en toda Guatemala había fortificaciones tan sólidas: vimos al principio de este párrafo cuan otras eran las que descubrió Cor-

tés en su famosa expedicion á Honduras. Consistían todas en simples empalizadas.

Mas allá de la tierra de Guatemala tampoco se levantaba cuando la Conquista fortificaciones de piedra. En Nicaragua asegura Andagoya haber visto cercada y defendida una ciudad por un alto é impenetrable seto de cactus; y al Sudoeste de Panamá consta por Diego de Albitez que estaban reducidos los lugares fuertes á hondas cavas con árboles en el borde interior y leños y rocas de tronco á tronco. Verdad es que aquí no pocos indígenas habían construido sobre las ramas de los árboles sus modestísimas viviendas y tenían en su alta posicion la mejor defensa.

En el Ecuador volvían á parecer las grandes fortificaciones. Así los quitos como los caras habían atrincherado allí las cumbres de muchos cerros y colinas abriendo al derredor tres ó cuatro fosos paralelos sobre cuyo márgen interior había no muy altos parapetos. Medían algunos fosos una legua de circunferencia. Unos eran más anchos y otros más estrechos; unos más y otros ménos hondos; pero estaban casi todos hechos de manera que el borde interior levantase sobre el exterior de doce á diez y seis pulgadas. Sobre todo en los Llanos hubo otro órden de fortalezas: ya espaciosos y elevados terraplenes de uno ó dos altos, ya recios y no bajos muros de adobes ó de sillares. Otras existieron aún: pero no ya obra de los caras ni de los scyris, sinó de los Incas.

En esta clase de construcciones dejaron atrás los Incas á todos los pueblos de América. Abundaban en todo el Perú los castillos. Estaban frecuentemente los unos á la vista de los otros y se comunicaban por galerías subterráneas. No era tampoco raro que estuvieran subterráneamente en contacto con los pueblos para cuya defensa se los hizo. Ocupaban de ordinario la cúspide de escarpados montes y bajaban algunos hasta el valle por sus escalinatas y gigantescos muros.

Estaba el de la capital en el cerro de Saxahuáman. Tenía hácia el Cuzco una sola cerca; al campo, tres, que descendían casi á la raíz del monte; en la cumbre, una plaza angosta y larga, donde se alzaban tres grandes torreones; debajo de la plataforma, un laberinto de calles subterráneas que conducían al palacio de los Incas.

Las cercas, de colosales piedras, formaban todas ángulos entrantes y salientes, llevaban adarves de más de una vara de alto y tenían enormes puertas que se cerraban con sillares enormes. De los tres torreones, dos eran cúbicos, uno cilíndrico. Servían los primeros de cuarteles; el último, de hospedaje para el Inca y de custodia en tiempo de guerra para los tesoros del Estado. Eran los tres de piedra mejor ó peor labrada: el cilíndrico, de tanta magnificencia como los palacios del Cuzco.

Los subterráneos eran vastísimos. Estaban las calles que conducían á la ciudad con tantas vueltas y revueltas, que hubieran bastado pocos defensores á detener un ejército. Había, por ejemplo, angosturas que apenas permitían el paso

de un hombre; y delante, plazoletas donde podían cómodamente manejar sus armas numerosos combatientes. Al decir de Garcilaso no se había abovedado ninguna de estas calles; las cubrían lajas, como ellas de anchas, que descansaban sobre canecillos labrados en los muros.

Hallábase, por fin, el castillo provisto de buenas y abundantes aguas, según el mismo autor traídas de léjos por conductos que sólo conocieron los Incas. No lo tuvieron de seguro igual ni los nahuas ni los mayas. Era relativamente moderno; pero imágen y trasunto de los antiguos.

Se considera generalmente antiguo el castillo de Ollantay-Tambo, castillo célebre, si los hubo, por su imponente grandeza. Estaba situado sobre el pueblo de su mismo nombre, á unas cuatro leguas de Urubamba, en la márgen oriental del río Huillca-Mayo. Era, propiamente hablando, un cerro convertido en terraplen de muchos altos por la mano del hombre. Levantaba sobre el valle como ciento ochenta metros, y se hacía accesible sólo por una escalera, cortada en roca viva, que iba serpenteando por los andenes del monte. Tenía en la plataforma superior altas, recias y angulosas murallas; dentro de ellas, pueblo, palacios, acueductos, cisternas. Alcázares y muros eran todos de piedra; y de piedra estaba calzado hasta el cerro por la parte en que eran de temer derrumbamientos. Quedan ya de este castillo sólo ruínas; pero ruínas que asombran.

No era ménos asombrosa la fortaleza de Pisacc, sita á cuatro leguas del Cuzco, en la orilla derecha del Ucayali. Ocupaba uno de los dos picos de un cerro que levanta más de mil metros sobre la llanura. El pico, alto de doscientos metros, estaba tambien trasformado en un terraplen calzado de piedra, de muchos pisos ó andenes. En la plataforma superior había nada ménos que siete baluartes dentro de una cerca de muros verdaderamente formidables. El otro pico, tambien cortado en forma de pirámide con muchos altos, se cree que era base de un templo: detrás del templo se alzaba otro reducto de forma piramidal y de un solo piso, tambien de piedra. Según algunos viajeros, y son de creer, impresionan aún más las ruínas de este castillo que las del de Ollantay-Tambo. En el de Ollantay-Tambo los andenes del cerro eran curvilíneos; aquí rectangulares.

El castillo de Marca-Huamachuco presentaba otro aspecto. Dominaba la cima de uno de los cuatro conos de que se compone un cerro aislado que mide sobre mil doscientos cincuenta metros de altura. No se lo podía abordar sinó por el Sudeste; y áun por allí sólo dando la vuelta al primer cono. Seguían las murallas en todas partes el caprichoso perfil de la plataforma, y estaban á trechos interrumpidas por pequeños baluartes. Tan altas eran, que áun ahora las hay de seis metros. Ocupaban el área de la meseta dos vastos edificios rectangulares: sus anchos y espaciosos patios venían defendidos por triples muros. Con sillares tambien se había aquí construido todo; con sillares que generalmente unía cierto betun negro.

En la costa, por fin, se hizo fortalezas que no carecían de mérito á juzgar por

las de Paramonga, que desde la orilla del Pacífico á los últimos estribos de los Andes ocupaban las cumbres de ocho pequeñas colinas trasformadas en terraplenes. De las ocho fortalezas se conserva sólo una; y esta, contemplada desde la raíz de la Cordillera, no parece sinó uno de nuestros castillos de la Edad Media. Así es de presumir que pareciesen todas, constituyendo, como constituían, una sola línea de defensa contra el Sur y el Norte. La que aún subsiste es un inmenso terraplen de tres altos, ceñido en su base por una fortísima muralla. Defienden cada anden sólidos baluartes y en los ángulos garitones cilíndricos, capaces de veinte soldados. Angostas son las entradas en todas partes; alto el castillo; tan alto, que levanta sobre el muro inferior hasta cuarenta metros.

Podría hablar aún de otras fortificaciones: del fortín cónico de Facalá, en el valle de Chicama; del terraplen cónico de Huinchuz, para unos templo, para otros reducto; de las ruínas de Collor y de las de Paucartambo, donde algo podría recogerse para este párrafo; mas harto creo haber dicho para que el lector conozca los medios defensivos de América.

LXIII

Instituciones Militares.—Enseñas e Instrumentos de Música.

Sería inútil buscar enseñas militares en las razas salvajes como no fuese en la de los araucanos, que usaban de estandartes, donde se pintaba una estrella. En cambio las tenían casi todas las razas cultas. Cuando el descubrimiento de Yucatan, vió ya en la costa de Campeche Bernal Diaz del Castillo muchos escuadrones de indígenas con banderas tendidas. Segun el Oficial Anónimo en todo el imperio de Montezuma iba con su estandarte cada compañía de cuatrocientos hombres. Los soldados del Perú, al decir de Jerez, estaban repartidos por escuadras y banderas. *Unanchayancoc* se llamaba al abanderado en la lengua de los Incas.

Los abanderados entre los aztecas llevaban el estandarte en lo alto de una lanza y ésta á la espalda y tan sujeta al cuerpo, que podían pelear libremente y con la seguridad de que nadie había de arrancárselo como no se les hiciera pedazos.

No es fácil determinar en que consistían esos signos militares. Se dice que los aztecas los hacían de plumas que unían con hilos ó cintas de oro ó plata; y por algunos cronistas se añade si el color de las plumas era siempre el de las que usaba en sus penachos el capitan de la compañía. De plumas de colores se sabe que los componían los tarascos y los tlaxcaltecas, y de lana se presume que los fabricaban los peruanos.

Para los ejércitos había además, así en el Perú como en Méjico, ricos estandartes con las armas del respectivo imperio: en el Perú, el arco íris; en Méjico, un águila cayendo sobre un tigre. Quiere Brasseur que aquellos no fuesen estandartes sino enseñas á modo de las que hubo en la antigua Roma; pero no permite creerlo ninguno de los historiadores europeos que por sus ojos vieron las huestes de los aztecas. Cosa tan fuera de sus costumbres tengo para mí que no habrían dejado de consignarla.

Para los ejércitos tlaxcaltecas había, no sólo un estandarte nacional, sinó tambien cuatro regionales que correspondían á las cuatro cabeceras ó señoríos de la República. Las armas del nacional eran un águila, extendidas las alas; las del señorío de Tizatlan, una grulla sobre una roca; las del de Tepectipac, un lobo con un haz de flechas en las garras; las del de Ocotelulco, un pájaro verde sobre un peñasco; las del de Quiahuitzlan, un quitasol de verdes y brillantes plumas.

Ponían esos tlaxcaltecas el estandarte nacional en la vanguardia de sus ejércitos mientras no tenían enfrente al enemigo; en la retaguardia durante la batalla; en lugar eminente y conspícuo despues de la victoria á fin de que en torno de él volvieran á congregarse y organizarse las más ó ménos dispersas tropas. Los mejicanos es sabido que lo ponían siempre en el centro, así de sus ejércitos, como de sus líneas de combate. Tenían, según Bernal Diaz, grande empeño en guardarlo, porque creían supersticiosamente que perderlo era perder el campo. A que se les derribó el estandarte atribuye el mismo Bernal Díaz el inesperado triunfo de Cortés en el valle de Otumba.

Lo mismo entre los mejicanos que entre los tlaxcaltecas el estandarte de la nacion estaba, á lo que entiendo, exclusivamente confiado al general en jefe. Si salían á campaña los reyes aztecas, llevaban, al decir de Sahagun, no ese estandarte, sinó una banderita de oro ó una magnífica rueda de plumas en medio de la cual brillaba un sol de oro que deslumbraba.

La bandera, á lo que parece, no era siempre en el Anahuac signo de guerra. Escribe Cortés que en su segunda expedición á Méjico, cuatro indios principales de Tezcuco le salieron al camino con una bandera de oro en una vara, y por ella dieron á entender que iban de paz, cosa de que mucho se alegraron él y sus españoles; y Bernal Díaz, que en señal de paz abajaron, humillaron y entregaron la bandera.

En instrumentos de música militar diferían poco las razas salvajes y las cultas. Hablo de las razas salvajes que llegaron á conocerlos, pues muchas se enardecían para los combates sólo á voces y gritos. En las unas y las otras el tambor era el principal instrumento. Se lo construía en todas ahuecando troncos de árboles, y en algunas cubriendo la boca, ya con piel de cabra montés, ya con piel de venado. Entre los aztecas se sabe que lo había de dos clases: uno con parche, el *huehuetl;* otro simplemente de madera, el *teponaztli*. El *huehuetl* tenía como tres piés de altura y uno y medio de diámetro, llevaba por parche una piel de

ciervo y se tocaba sin palillos: el *teponaztli* medía de dos á sesenta pulgadas, venía cerrado por los dos extremos y no se le arrancaba sonido alguno como no se batiese con palillos de boton de goma dos lengüetas que llevaba en el centro. Uno y otro tambores solían tener adornos ya de pintura, ya de escultura: había *teponaztlis* que representaban hombres, mujeres, fieras. Dícese que los oficiales iban siempre con uno á la espalda por si se les ofrecía dirigir su escuadra ó recoger á los soldados dispersos. Solían llevarlo tambien los reyes de Tezcuco.

El tambor ó *tepanabaz* de los guatemaltecas se parecía al *teponaztli*. Estaba agujereado por los extremos y tenía en medio tres hendiduras.

En el istmo de Darien sucedía ya que sobre los atabales ordinarios los hubiese de grandes dimensiones en las casas de los caciques. Al decir de Gumilla, los había mucho mayores en los patios de los jefes cabres. Eran, segun él, de unas tres varas de largo, de un dedo de casco, tan gruesos, que apenas los podían abarcar dos hombres. Por sus extremidades estaban colgados de una como horca, y levantaban del suelo sobre pié y medio. En su parte superior llevaban tres aberturas como las de nuestros violines; y en la inferior-interior, perpendicularmente al centro, un pedernal que no pesaba ménos de dos libras. Batidos con mazos envueltos en cierta resina llamada *currucay*, suenan, dice Gumilla, con tal estrépito, que se los oye á cuatro leguas de distancia. Para esto añade, es preciso que estén suspendidos por bejucos, no por otra clase de sustentáculos, y se dé los golpes en la madera cercada por la abertura del centro.

Abundaban esos tambores, segun parece, en la cuenca del Orinoco. Tenían por objeto dar la voz de alarma á multitud de pueblos siempre que se aproximasen los caribes y reunir contra ellos en breves horas fuerzas suficientes para rechazarlos.

En Yucatan, en Tabasco, en todo el imperio de Montezuma, en todo el de los Incas, en Arauco, vieron y oyeron, además, los españoles trompetas de caña. Como se las construyese lo ignoro. No he logrado saber sinó que son bastante sonoras las que hoy hacen de bambú los indios de Méjico.

En el Perú no creo que hubiese más instrumentos militares. Entre los nahuas y áun entre los mayas afirman varios escritores que había cuernos como los de caza, cuernos marinos y silbatos. Cuernos marinos los usaban tambien muchas razas salvajes. El *fututo* ó flauta de la parte septentrional de la América del Sur ¿sería instrumento de guerra?

LXIV

Instituciones Militares.—Organizacion de la fuerza armada.

En las razas salvajes apénas hubo verdaderas milicias. De niños aprendian allí los hombres el manejo de las armas, principalmente el del arco y la flecha, que así les habían de servir para sus cacerías como para sus luchas; y, cuando éstas ocurrían, todos eran soldados á no impedírselo ni la enfermedad ni los años. Dábanse entónces un jefe y le obedecían cuando ménos hasta venir á las manos con los enemigos. Pudo ser obligatorio el servicio en las guerras meramente defensivas; no solía serlo en las ofensivas, con bastante frecuencia promovidas por simples particulares que deseaban acreditarse de valientes ó vengar personales agravios.

Entre los algonquines se era recluta de los veinte á los cincuenta años; pero sin obligacion legal de acudir á los llamamientos. Tenían esta obligacion entre los dacotas sólo ciertos hombres de treinta á treinta y cinco años, que, por decirlo así, se habían consagrado á la muerte jurando que no dejarían de asistir á ninguna campaña, ni rehuirían ningun peligro, ni recurrirían nunca á las emboscadas ni las sorpresas. Generalmente hablando, todo el que concebía un pensamiento de guerra debía empezar por granjearse camaradas que se prestasen á realizarlo.

Forzoso el servicio no parece que lo fuera sinó entre los araucanos, los tupíes, y las tribus de la costa de la Florida. En estas tribus y en las de los natchez debía de tener además alguna organizacion la fuerza armada, puesto que, al decir de muchos historiadores, marchaba y se batía con órden. Debió de tenerla tambien la de algunos pueblos salvajes de Méjico; y la tuvo seguramente la de los araucanos. El ejército de los araucanos se sabe que estaba dividido en batallones de mil plazas y compañías de ciento, y en campaña sometido, como ántes dije, á un *thoqui* ó general en jefe, que ejercía autoridad omnímoda y llevaba como insignia de mando un hacha de pórfido. Debajo del thoqui había un *vice-thoqui* ó lugarteniente; y debajo de los dos, capitanes de graduación diversa, que debían al mérito, y no al favor, sus puestos. De los soldados ninguno conocía más de un arma. Eran todos por la misma razon diestros en manejarlas y temibles como enemigos.

Sobre la organizacion militar de los pueblos cultos escasean desgraciadamente las noticias. Los peruanos tenían dividido su ejército en grupos de diez, cincuenta, ciento, cinco mil y diez mil hombres; á la cabeza de los cuatro primeros grupos, jefes que recibían su denominacion del número de gentes puestas á sus órdenes; á la del quinto, un *hatun-apu* y á la del sexto, un *apusquepay* ó capitan

de quien salía la voz de mando. Habian formado los batallones ó grupos de mil hombres por armas: en uno habían puesto los que manejaban la honda; en otro, los que el arco; en otro, los que la porra ó el hacha; en otro, los que el lanzon ó la pica. Tambien habían procurado, segun dicen algunos autores, constituir por provincias ciertos grupos á fin de que la rivalidad los hiciera más firmes y bravos. Conservaban en el ejército los habitantes de cada provincia su tocado y su traje, y podían facilmente observar las unas en las otras el mayor ó el menor ardimiento con que se batían.

Como se verificaran los reemplazos creo poderlo inferir de lo que escribieron Santillan y Garcilaso de la Vega. De los veinticinco á los cincuenta años estaban sujetos en el Perú al servicio militar todos los hombres útiles. Entraban en activo cuantas veces lo exigía la salud ó la política del Imperio, que los iba llamando por turno; y no volvían á sus hogares sinó cuando renacía la paz ó por circunstancias especiales de la guerra se consideraba necesario renovar los ejércitos. En épocas normales opino que habían de estar muy pocos sobre las armas: los rigorosamente indispensables para la guarnicion de ciudades y fortalezas.

Había, además, en el Perú una milicia noble, un cuerpo de dos mil incas, particularmente destinado á la guardia y defensa de los emperadores. Llevaban aquellos incas, como estos mismos emperadores, de cuya sangre procedían, engarzados en las orejas rodetes de oro, y se distinguían de todos los demás soldados. Distinguíanse, aún más que por su nobleza, por su arrojo, pues segun fama decidieron no pocas batallas en que por mucho tiempo estuvo indecisa la victoria.

Organizacion militar debieron de tener los mayas cuando se sabe que principalmente los yucatecas desplegaban con órden sus tropas y las distribuían en alas y centro. Lo sensible es que se la conoce áun ménos que la de los peruanos. En todas las ciudades de Yucatan había, segun Landa, con el nombre de *holcanes* hombres escogidos que estaban á sueldo y tenían por obligacion acudir á todo llamamiento á las armas. Sus jefes inmediatos, segun el mismo Landa y otros autores, obedecían á dos capitanes, uno hereditario y otro electivo. El electivo llamado *nacon*, reunía el doble carácter de sacerdote y de soldado á juzgar por las privaciones que se le imponía en los tres años que mandaba. No podía el *nacon* durante este período ni conocer hembra, ni comer carne, ni beber vino, ni parecer en público mientras no lo exigieran los deberes de su cargo. Se le permitía probar el pescado y la iguana; pero no por mano de mujeres ni en platos de ajeno uso. Le calificaron de papa escritores como Bernal Diaz del Castillo, y estoy en que no anduvieron descaminados.

En Vera-Paz eran tambien electivos los capitanes superiores; algun autor pretende que vitalicios. Se los escogía entre los hombres ya notables por sus hazañas.

Un solo capitan á guerra tenían los nicaraguatecas; y éste lo elegía tambien,

ya el *monexico*, ya el cacique, entre los guerreros que por su bravura habían conseguido el honrosísimo título de *tapaliguis*.

Es algo más conocida la organizacion militar de los aztecas. Segun los españoles del tiempo de la Conquista, los aztecas habían dividido sus ejércitos en batallones ó compañías de cuatrocientos hombres y cuerpos de ocho mil ó *xiquipillis*. Si admitieron otros grupos lo ignoro; sospecho que tuvieran uno de veinte hombres cuando observo la analogía que existe entre aquella division y el sistema numeral que usaron. Los números principales de este sistema, como se dirá en otro párrafo, eran el veinte, el cuatrocientos y el ocho mil ó sea el veinte y el cuadrado y el cubo de veinte.

Distinguíanse unos de otros los batallones ó compañías por las plumas de que llevaban cubiertos jubon y calzas. Una compañía, dice el Oficial Anónimo, llevaba plumas bermejas y blancas; otra, amarillas y azules; y otras, de otros colores; variedad de muy buen efecto. Tambien aquí unas iban provistas de arcos; otras, de hondas; otras, de jabalinas; otras, de espadas. Tenía cada una su capitan y cada ejército su *tlacochcalcatl* ó general en jefe.

La manera de verificar las reclutas no he podido averiguarla. Me inclino á creer que como en el Perú se era aquí soldado durante un largo período de la vida. Me hacen pensar así tres importantes hechos: el de considerarse en Méjico al hombre nacido para la guerra; el de educarle militarmente en los templos y el de ponerle á las órdenes de un capitan cuando cumplía los veinte años y regresaba al seno de su familia. Aquí tambien debían de estar los súbditos á merced de sus monarcas, que los irían llamando á las armas segun lo exigieran las proyectadas conquistas.

Como se ha dicho, había en Méjico y el Perú un gran consejo de Guerra.

En organizacion militar diferían poco los tlaxcaltecas de los otros nahuas. Tenían sus batallones, ignoro si los *xiquipillis*, y por general en jefe uno de los señores de las cuatro cabeceras de la República, el que los cuatro elegían.

LXV

Instituciones Militares.—Motivos de guerra.

La guerra cuando el Descubrimiento era el estado habitual de casi todos los pueblos americanos. Aun los de suyo pacíficos se veían obligados á hacerla para defenderse de sus vecinos. La había lo mismo en los cultos que en los salvajes, bien que por diversas causas. Cuando fuimos á Méjico, acababa de reducir Montezuma gran número de gentes y estaba léjos de conseguir la amistad de los tlaxcaltecas; cuando á Cundinamarca, hallámos en lucha á los *zippas* de Bogotá

con los *zaques* de Tunja; cuando al Perú, se disputaban dos hermanos el Imperio y brotaban aún sangre las heridas de Quito.

Promovían en las razas salvajes la guerra el espíritu de venganza, las cuestiones de límites, el afan de procurarse cautivas, la antropofagia, la codicia, la superstición, el fanatismo. Un simple asesinato la suscitaba frecuentemente de familia á familia y áun de tribu á tribu. No era raro que la mantuvieran de generacion en generacion añejos odios y antiguas discordias. Producíanla tambien los raptos de mujeres con no ménos violencia que aquí el de Helena y el de las Sabinas. Por raptos de mujeres la hacian principalmente los chinuks y los californios; por hereditarias querellas, los nutkas; por homicidios alevosos, los araucanos.

No solían ser en esas razas propietarios los individuos: pero lo era la comunidad, es decir la nación ó la tribu. Originaba comunmente la guerra toda invasion en ajeno territorio de caza ó de pesca. Engendrábala asimismo, especialmente en la California del Norte, el hecho de atajar los ríos para impedir la subida de los salmones. No siempre estaban por otra parte bien deslindadas las fronteras de dos territorios: las cuestiones que de aquí nacían eran otros tantos motivos de lucha.

El afan por las cautivas era casi general en América. Lo estimulaban las hembras, deseosas siempre de encontrar esclavas que las eximiesen de sus rudas y numerosas cargas. Emprendían muchos pueblos guerras sólo por satisfacerlo. Con ellas se procuraban, no sólo cautivas, sinó tambien cautivos, pues al par de las mujeres hacían prisioneros á los niños y los condenaban á la misma servidumbre.

Era aún mucho más salvaje el móvil de los cabres y de los panches, que hacían la guerra sin otro objeto que saciar su feroz canibalismo; el de los shaitas y los umpquas, de la familia de los californios, que recurrían no pocas veces á las armas con el fin de castigar supuestos hechizos; y el de los tupinambaes, que, movidos por sus sacerdotes ó sus mujeres, se entregaban con furor á los combates en busca de víctimas para sus dioses.

Lo singular es que se parecían á esos bárbaros tupinambaes los cultos aztecas. Peleaban por engrandecer el Imperio y domar rebeldes; pero siempre con el propósito y el deseo de coger enemigos y sacrificarlos sobre la piedra *texcatl* de sus templos. Como antes dije, no se coronaban sus reyes que no hubieran salido á campaña, hecho buen número de prisioneros é inmoládolos á sus dioses: si despues acertaban á dormirse por mucho tiempo sobre sus laureles, no dejaban de oír de boca de sus *teopixquis* que Huitzilopochtli estaba hambriento de carne y sediento de sangre y los llamaba á nuevos combates.

Movíanse á la lucha por los mismos sentimientos casi todos los pueblos mayas; no ya los chibchas ni los peruanos. De los monarcas chibchas se dice que no emprendían guerra alguna sin consultar al pontífice de Sogamoso; mas no que las

hicieran por otros motivos que los políticos. En las suyas llevaban los Incas, segun la mayor parte de los historiadores, un fin civilizador y humanitario: uncir al blando yugo de las leyes naciones y razas indómitas, apartarlas de todo culto sangriento, darles por única deidad el Sol, alma del mundo, instruirlas en la agricultura y las artes. Esto hacian real y verdaderamente con los pueblos vencidos; pero es indudable que los persuadía tambien á vencerlos la ambicion, ya que no la codicia. Como observa oportunamente Velasco, por motivo alguno desistieron de la conquista de Quito, del que habían ya desterrado los Scyris los sacrificios de hombres y la barbarie, y abandonaron la de los quillacingas, gente la más abyecta, sólo porque los supieron pobres y de pobre suelo. Tampoco manifestaron á la verdad mucha firmeza en avasallar á los muchos pueblos bárbaros que se habían establecido en la vertiente oriental de los Andes.

En el fondo de las más nobles guerras, dice un escritor moderno, late siempre un sentimiento de codicia; las guerras de los Incas no era de esperar que fuesen excepcion de la regla. ¡Qué distancia, sin embargo, entre estas y las de los californios del Mediodía, por ejemplo, que, como las de los apaches, tenían por único fin el robo! Estaban indudablemente muy por encima de las que realizaron los demás pueblos, así los salvajes como los cultos.

LXVI

Instituciones Militares.—Acuerdos y declaraciones de guerra.

En las razas salvajes dependía no pocas veces la guerra de la voluntad de un hombre que tuviera bastante influencia sobre sus deudos y convecinos para interesarlos en la venganza de sus personales agravios ó en la de los agravios inferidos á su tribu. Comunicaba este hombre á cuantos podía su intento, y lo realizaba si disponía de suficientes fuerzas. Decretaban la guerra los caciques sólo donde habían logrado imponerse; donde no, se la acordaba ordinariamente en juntas de cabezas de familia ó en asambleas de guerreros. Lo notable era que en algunas razas, los charruas y los iroqueses por ejemplo, no obligaban sobre este punto á las minorías las resoluciones de las mayorías.

En sus *utha-coyaghs* decidían la guerra los araucanos. Oían despues al pueblo; y, si le veian contrario á la decision, la revocaban. En juntas de jefes de tribu deliberaban tambien sobre la guerra los tupíes. La discutían de noche y la votaban al otro dia despues del baño. Los iroqueses la resolvían en sus asambleas nacionales ó en la de Onondaga, segun la pidiesen una sola nacion ó las cinco naciones. Los atrasados charruas, por fin, reunidos al anochecer los padres de familia y sentados á la redonda, declaraban cuando debían ó no recurrir á las armas.

Viniendo á las razas cultas, sabe ya el lector que así los peruanos como los nahuas tenían su consejo de guerra. El consejo de los nahuas en tiempo de Netzahualcóyotl se componía de veintidos individuos: seis varones de los más principales de Tezcuco, tres nobles y tres plebeyos; quince de los que descollaban en las capitales de provincia; y uno, con el cargo de presidente, que pertenecía á la flor de la aristocracia: todos, capitanes viejos, de gran virtud y reconocida bravura. En este consejo, que ocupaba uno de los salones del palacio de Tezcuco, decidían entonces la guerra los triunviros. No ya en él ni en ningun otro creo que se la decidiera desde que subió al trono de Méjico el segundo Montezuma. Cuando la Conquista, los consejos de guerra, así en el Perú como en el Anahuac, servían, en mi entender, sólo para prepararla y organizarla, no para resolverla. En el Perú me atrevería á afirmar que no la resolvieron nunca sinó los Incas. En las naciones mayas ¿la resolverían tampoco más que los reyes ó los capitanes de que hablé en el penúltimo párrafo?

Negociaciones para el sostenimiento de la paz y declaracion formal de guerra las había en muy pocos pueblos. Refieren de los shumeias que ponían y áun ponen en las fronteras de los pomos tres varillas dentadas, y consideran dispuestos sus vecinos á la lucha si atan cuerdas á uno de los dientes; mas esto, como ve el lector, es desafío y no declaracion de guerra. Entre las razas salvajes los chínuks eran tal vez los únicos que apuraban los medios amistosos antes de llegar á un rompimiento y anunciaban la guerra al enemigo. Aun despues de resuelta, no hostilizaban nunca á sus contrarios que no renovasen las proposiciones de paz y las viesen rechazadas. Proponíanse principalmente las otras razas vencer por la sorpresa; y, léjos de seguir esta conducta, ponían grande empeño en ocultar sus belicosos intentos.

Con ser cultos los Incas, tampoco declaraban la guerra á las naciones que pretendían uncir á su yugo. Les proponían la paz; pero cuando estaban ya con sus ejércitos en la frontera, y habían tomado posiciones y guarecídose tras dobles y triples estacadas en altos cerros, y habían conseguido ganarse ó atajar el paso á los que pudiesen ayudar ó socorrer al enemigo, y tenían, en una palabra, á su favor las probabilidades del triunfo.

Más nobles y generosos los nahuas, procedían muy otramente. Luego que los triunviros habían decretado la guerra, enviaba Méjico embajadores á la capital enemiga para que, reuniendo á los ancianos de los dos sexos, les expusiesen los agravios recibidos y la necesidad de repararlos, si no se los quería dejar á la suerte de las armas. Cumplido el mensaje, se retiraban los mensajeros al campo, y esperaban durante veinte días la respuesta. Como fuese negativa, enviaba Tezcuco otros embajadores para que, dirigiéndose, no ya al pueblo, sinó al jefe, le intimaran que, de no someterse en otros veinte días, si preso en combate, se le sacrificaría á los dioses; si de otra manera, se le aplastaría el cráneo. Hacían los nuevos embajadores la intimacion; y, si el jefe no se some-

tía en el acto, le untaban con cierto líquido confortante los brazos y la cabeza, le ceñían un rico penacho, le daban gran número de arcos, flechas, macanas y escudos y se reunían con los mejicanos. Veinte días despues, venían de Tlacopan otros embajadores. Hablaban éstos, no ya al jefe ni á los ancianos, sinó á los capitanes y demás gentes de guerra, y los amenazaban con pasar á sangre y fuego ciudades y villas, hacer esclavos á todos los prisioneros é imponer onerosas contribuciones, si en otro plazo de veinte días no procuraban la total sumision de su rey ó cacique á los tres monarcas. Si no los encontraban dóciles á sus deseos, les distribuían tambien mazas y escudos para que no pudieran decir en ningun tiempo que se los había atacado con armas de mejor temple. Trascurrido sin éxito el nuevo plazo, juntábanse por fin los embajadores de los tres reinos y se despedían del jefe y los capitanes enemigos previniéndoles que á los veinte días, es decir al mes, empezaría la guerra.

No sé que en las naciones mayas hubiese igual ni parecida costumbre.

LXVII

Instituciones Militares.—Preparativos de guerra.

En las razas salvajes el que concebía un pensamiento de guerra empezaba naturalmente por buscar soldados. Celebraba un banquete donde reunía á los hombres más valerosos, les daba cuenta de sus proyectos y sus esperanzas, y, si en todos ó los más encontraba favorable acogida, señalaba desde luego día para abrir la campaña. No siempre dirigía la expedicion ni siempre allegaba por sí las fuerzas con que llevarla á cabo. Entre los dacotas se limitaba á elegir por caudillo un sacerdote ó un guerrero ya señalados por sus proezas. Este caudillo por medio de danzas, que de tres á tres noches daba en su tienda, iba luego reclutando gente.

En muchas razas, áun promoviendo la guerra el jefe, se recurría á procedimientos análogos. Entre los algonquines se invitaba por voz de pregonero á un banquete. Los que aceptaban remitían un plato al anfitrion, y quedaban por este solo hecho obligados á coger las armas. Entre los natchez se plantaba en determinado sitio dos árboles, se los pintaba de rojo, se los adornaba con plumas y flechas y se los sacudía por donde miraban á la nacion de los enemigos. Presentábanse cuantos querían tomar parte en la empresa, teñido de varios colores el rostro, ataviados de ricas preseas y provistos de armas.

Iban generalmente precedidas las expediciones de ceremonias y fiestas. Esos mismos natchez se reunían con su capitan á beber la *casina*. Mañana y tarde parecían en la plaza, referían sus mas gloriosos hechos, bailaban y hacían estremecer el aire con sus cantos de muerte. Juntos por su parte los iro-

queses, comían carne de perro cruda; y la víspera de la partida, ya horriblemente pintado el rostro, danzaban al son de un tambor de guerra. Sentábanse despues de la danza en dos filas, contaban quien propias, quien ajenas hazañas, encarecían los ultrajes que creían haber recibido y, excitados por los gritos de furor de los circunstantes, crecían por momentos en rudo entusiasmo. Renovaban luego el baile y ponían fin á la fiesta cantando marciales y feroces himnos.

No siempre la fiesta estaba circunscrita á los guerreros. Entre los mejicanos del Norte se reunían alrededor de una fogata guerreros, ancianos y sacerdotes, y fumaban tranquilamente la pipa. Ponderaba el jefe los agravios motivo de la campaña y enardecía tambien los ánimos por el recuerdo de antiguas proezas. Otra vez fumaban todos la p pa: y los que más sentían arder en su pecho la llama de la elocuencia pronunciaban acalorados discursos.

Las ceremonias tomaban en algunos pueblos carácter religioso. Entre los algonquines, concluído el banquete de que se dijo, salía el jefe á la plaza con sus guerreros, dirigía al Sol fervorosas preces y sacrificaba de tres á cinco perros. Ayunaba despues cada dos días, entonaba todas las noches su canto de guerra, distribuía mercedes, arengaba á los ancianos, hacía que las mujeres se entregaran á los mancebos para estimularlos á morir por la patria; y la víspera de la partida daba otro convite, que concluía por ruidosos bailes.

Se ennegrecían los nutkas las carnes, se abstenían de todo deleite y se restregaban con espinosas yerbas el cuerpo; elegían los acaxis una vírgen y la encerraban por todo el tiempo de la campaña sin permitirle que hablase ni comiese otra sustancia que un poco de maiz tostado sin sal ni otro condimento; y los tupinambaes consultaban á sus profetas y se desvivían por leer, ya en los propios, ya en los extraños sueños, cual sería la suerte de sus armas.

Distinguíanse en esta clase de ceremonias los indígenas de la costa de la Florida. Guardábanlas para la misma hora de la marcha. Sentábanse todos al rededor del jefe, que tenía á su derecha dos cubos de agua y á su izquierda encendidos leños. En pié el cacique, levantaba sus ojos al cielo, los revolvía airado, articulaba sonidos que nadie entendía y terminaba por alaridos que repetian frenéticos los soldados golpeándose los muslos con sus propias armas. Recibía entónces un plato de madera lleno de agua, y pedía respetuosamente al Sol que le dejase verter la sangre de sus enemigos como el agua que iba á derramar sobre sus guerreros. Vertía efectivamente el agua sobre los soldados y les decía: ¡así podais mañana con ajena sangre rociar la tierra! Apagando luego con uno de los dos cubos el fuego, ¡así podais, añadía, extinguir mañana á mis contrarios!

Otras razas, con no ser ménos rudas, hacían mejores preparativos de guerra. Buscaban los pimas la ayuda de los vecinos pueblos, y los citaban para un consejo donde en torno de la lumbre se discutía el plan de operaciones y se excitaba el entusiasmo por medio de cantos y arengas. Buscaban tambien aliados las tribus salvajes de Méjico, y empleaban con el fin de conseguirlos raros pro-

cedimientos. Ponian en manos de cada embajador una flecha igual á las que usaban las gentes cuya alianza se pretendía; y cada embajador iba á dejarla á los piés del cacique objeto de su mensaje. Si se dignaba el cacique levantarla del suelo, se le citaba desde luego para un banquete, tras del cual se celebraba una junta semejante á la de los pimas.

En las razas cultas los preparativos eran de otro género. Mandaban los reyes aztecas á la nacion que se proponían invadir gente sagaz y entendida que examinase la naturaleza del terreno y la condición de los pobladores. Que no conociesen los pasos fáciles y los peligrosos, las distancias de la frontera á la capital y los pueblos, los flancos vulnerables de las fortalezas, las armas y el valor del enemigo, no pensaban siquiera en discutir el plan de campaña. Discutíanlo después en consejo de guerra; y, cuando ya lo tenían resuelto, llamaban á los primeros capitanes y les daban órdenes precisas sobre la ruta que habían de seguir, etapas que debían hacer, jornadas en que podían llegar á los principales puntos de combate y sitios á que habían de atraer á los contrarios para mejor vencerlos. Mandaban á la vez á los feudatarios y á los demás jefes de las provincias que en tal día y tal punto se incorporasen con tropas al ejército; y á los mayordomos é intendentes que aprestasen armas, víveres, mantas, tiendas y tal ó cual día los pusiesen ya en la capital, ya en las convenidas estaciones.

Los Incas no necesitaban de tales abastecimientos. En los anchos y sólidos caminos que de Norte á Mediodía y de Oriente á Occidente cruzaban el Imperio tenían de jornada en jornada *tambos* ó lo que es lo mismo cuarteles-pósitos, donde podía cómodamente el más numeroso ejército alojarse, surtirse de víveres y cambiar de vestidos y armas. La exploracion del país enemigo acostumbraban hacerla cuando estaban ya con sus tropas en la frontera ó intimaban la rendicion á los pueblos. Es de presumir que la empezaran ántes; pero no con el fruto que los reyes aztecas. No disponían de medios gráficos ni de mercaderes que, con el pretexto de cambiar productos, pudieran recorrer las naciones sin inspirar recelos ni desconfianzas.

Tenían tambien algunas razas salvajes sus exploradores; pero no se preocupaba ninguna de la cuestion de subsistencias. La razon la verá el lector en el siguiente párrafo.

LXVIII

Instituciones Militares.—Táctica y Estrategia.

Las razas salvajes tenian más bien algaradas que guerras. Las reproducian indefinidamente; pero sin otro plan que hacer daño al enemigo. Caian sobre uno ó más pueblos; y, vencidos ó vencedores, allí daban por concluida la

empresa. Por esto no se preocupaban poco ni mucho con la cuestion de abastecimientos. Sobre estar siempre resueltas á vivir de lo que les fuese dando la tierra, entendían que cada soldado había de llevar consigo las necesarias provisiones. Los tupíes y los iroqueses apenas me atrevo á decir que fuesen excepcion de la regla. Invadían los tupíes, pero no conquistaban. Reducían los iroqueses naciones, pero sin más objeto que exigirles tributo. No sostuvieron tampoco unos ni otros prolongadas luchas.

Tática la había en muy pocas razas. Aun con jefes veteranos á la cabeza, marchaban los combatientes sin órden y peleaban en tumulto. Desoían comunmente la voz de mando luego que empezaba la refriega; y se batían por lo tanto sin concierto: avanzaba ó retrocedía cada uno segun era de arrojado ó de cobarde. Solían comenzar la pelea prorumpiendo en feroces alaridos: para mayor estrépito dábanse los charruas palmadas en la boca y batían los tupinambaes con fuerza los piés contra el suelo. Avanzaban todos disparando flechas, y llegaban pronto á las manos con el enemigo. Prolongaban raras veces estas luchas cuerpo á cuerpo: en cuanto perdían al jefe ó veían muertos algunos de sus hombres, abandonaban el campo. Seguían en muy pocos pueblos el alcance á los vencidos.

Estaba reducida la estrategia en todas esas razas á partir secreta y cautelosamente, escoger para sus marchas las más ocultas veredas, llegar de noche al campamento ó la plaza enemigos, emboscarse, callar, y al romper del alba caer sobre ellos tan de rebato, que no se les diera tiempo á ponerse en defensa. Razas había que ya por la noche se introducían furtivamente en la plaza ó el campo; y sólo cuando habían conseguido matar á muchos de sus contrarios, se decidían á dar la voz de alarma y entrar en combate. Sabían algunas retirarse y áun huír para volver con más éxito á la carga, y otras flanquear al opuesto bando; pero en realidad eran pocas.

Menos eran aún las que habían hecho otros adelantos en la estrategia y la táctica. Las citaré para que no quede incompleto el cuadro. En campaña obedecían ciegamente los nutkas á sus capitanes, y pagaban con azotes los columbios de tierra adentro la menor falta de disciplina. Presentaban los californios del Centro en sus combates extensas líneas de batalla, y se movían incesantemente para no ofrecer seguro blanco al enemigo. En apretada hueste avanzaban los comanches, y de súbito se dividían y subdividían para envolver á sus contrarios. Con ser de las más salvajes y batirse desordenadamente, tenían las tribus de la península de California su cuerpo de reserva. Dividían las de Méjico sus tropas en vanguardia y retaguardia; ponían en la vanguardia á los arqueros y los honderos y en la retaguardia á los que blandían la clava ó la pica; y, cuando se veían atacadas, parapetábanse en las vertientes de los cerros con troncos de árboles y rocas dispuestas de modo que pudieran fácilmente soltarlas contra sus agresores. Mal seguros aún los *pueblos* con sus casas-fortalezas, sembraban de lazos y

trampas los caminos del contorno. Bien que á la deshilada, iroqueses y algonquines marchaban con órden.

Entre las razas salvajes las que más sobresalían en táctica y estrategia eran indudablemente la de las costas de la Florida y la de Arauco. El ejército de las costas de la Florida estaba dividido en alas, centro y retaguardia. En medio llevaba al rey ó cacique: en las alas, mancebos ágiles que servían de exploradores; delante, valerosos caudillos que comunicaban sus órdenes por heraldos. Acampaba donde le cogía la noche: se distribuía en círculos concéntricos al rededor de la tienda del Monarca. Batíase unas veces confusa y otras ordenadamente: ya apiñado en torno de su jefe, ya en forma de cuadro. Recurría tambien á la sorpresa: de noche destacaba á lo mejor treinta ó cuarenta soldados, provistos de flechas incendiarias, que iban calladamente á los vecinos pueblos, ponían fuego á las casas y, ántes que el enemigo pudiera salirles al encuentro, retrocedían al campo. Movíase á veces todo el ejército contra una plaza y, si la vencía, la abrasaba.

Los araucanos, segun dije, estaban militarmente divididos en batallones de mil soldados y en compañías de ciento. En sus expediciones llevaban consigo víveres y los materiales necesarios para sus tiendas. Iban precedidos siempre de exploradores, y, segun Oña, seguidos de sus mujeres y sus hijos. De noche prodigaban los centinelas y los escuchas, encendían fuego delante de cada tienda, y, para que no se durmiesen, tenían obligacion de mantenerlo vivo hasta el romper del alba. Vivían sujetos á rigorosa disciplina y, ya en los campamentos, ya en los combates, sin otra voluntad que la de sus jefes. Próximo el enemigo, reunía ordinariamente el *thoqui* á los capitanes y acordaba con ellos el plan de ataque. Segun Ercilla, no presentaban nunca más de una compañía por frente de batalla, recogían precipitadamente á los heridos y cubrían con no ménos rapidez los huecos. Avanzaban, peleaban y retiraban con órden, al decir de los que con ellos guerrearon; y si lo exigía la defensa, se atrincheraban en horas con buenos fosos. Los niños y las mujeres iban, segun Oña, á la retaguardia de los ejércitos para con sus padres y sus maridos recoger el botin de los combates.

Distinguíanse tambien los araucanos por su estrategia. No los ganaba nadie en organizar secretamente expediciones, salir á las calladas y de noche, caer de rebato sobre un pueblo, esperar al enemigo en las gargantas y las asperezas de los montes, simular ataques sobre un punto á fin de dar en otro, vencer por la sorpresa y el engaño. Hasta las fortalezas llegaron á sorprendernos en las muchas guerras que con ellos sostuvimos: por cierto que, cuando así vencían, eran casi siempre fieros é implacables.

Nobleza en la lucha la tenían muy pocas razas. No hacían algunas sinó guerras de bandidos. Tales eran, por ejemplo, al Mediodía los aymorés y al Norte los apaches. El aymoré no atacaba sinó detrás de árboles ó peñas: en viéndose acometido, huía, y no pocas veces para al abrigo de otra peña ó de otro árbol herir

impunemente al enemigo. Al emprender una expedicion se citaban los apaches para determinado sitio, y salían de dos en dos ó de tres en tres por distintos atajos. Ya reunidos y próximos al lugar objeto de sus ataques, horas y días estaban en acecho esperando la ocasion de vencer sin resistencia. Acometían casi siempre á traicion y sobre seguro, y se volvian con el botin por los más ásperos y desiertos montes. Si se los perseguía, mataban á los prisioneros dejando con vida sólo á mujeres y niños.

Nobles en la lucha no lo eran sinó los chínuks, que tenían á mengua hurtar el cuerpo á sus contrarios, y los thlinkites, que remitían muchas veces á un duelo la decision de sus privadas y públicas discordias. Se verificaba el desafío ante las dos opuestas tribus, que con danzas y cantos animaban á los combatientes.

Guerras por mar no las había, pero sí por ríos y por lagos. Hiciéronlas en apartados tiempos los winnebagoes y los ojibwas; y en los de la Conquista, los chínuks, los payaguaes, los tupíes y los caribes. Caribes, tupíes y payaguaes iban de pié en sus canoas, y al dar con sus enemigos convertían en lanzas los remos.

Pelearon tambien por agua los aztecas despues de haberse establecido en el lago de Méjico; mas, no por sus batallas navales, sinó por las terrestres se hicieron famosos. Cuando en el Anahuac era el triunvirato el que declaraba la guerra, la hacía proclamar por heraldos en los caminos públicos de las capitales de los tres reinos. Recibían los soldados armas y mantos, iban al templo y se abrían las carnes mientras se inmolaban víctimas en honor de Huitzilopochtli.

Para las expediciones importantes constaba el ejército de varios *xiquipillis* ó columnas de ocho mil hombres. No todo se movía junto ni en un mismo día. Poníanse en marcha primeramente los sacerdotes con sus ídolos; un día despues, los generales con la flor de los guerreros y las tropas de Méjico; al otro día, los de Tezcuco; al otro los de Tacuba; y al otro, la gente allegadiza. No se reunía todo el ejército sinó en los confines de la nacion objeto de la campaña. Aun entónces se ordenaba no pocas veces á las tropas de los tres reinos que se dirigiesen por distintos puntos á la ciudad ó al campo donde se esperaba mayor resistencia.

Antes de la pelea se practicaba algunas ceremonias. Recibía cada soldado un puño de harina de maíz y una torta llamada *tlaxcaltotopochtli*. Arengaba el Gran Sacerdote á los *xiquipillis* reunidos, y los animaba al combate encareciéndoles la gloria que iban á ganar en la tierra los vencedores, lo que habían de gozar en el Sol los que muriesen en batalla y lo mucho que había de proteger á todos la terrible sombra del dios de la guerra. Encendían fuego otros sacerdotes y se daba, en cuanto subían las llamas al cielo, la señal de ataque. La daban los reyes, si dirigían en persona sus gentes: el de Méjico, tocando un cuerno marino ó agitando una banderilla de oro; el de Tezcuco, batiendo un atabalillo que al intento llevaba; los otros, sacudiendo uno contra otro dos huesos.

El estrépito que entónces se oía era formidable. Al de los instrumentos de música se juntaba el de los combatientes, que prorumpían en tremendos alaridos y golpeaban sus propios escudos. Los nahuas todos marchaban con admirable órden y concierto. Avanzaban primeramente los que llevaban arco, honda ó jabalina: disparaban y se iban lentamente acercando al enemigo. Entraban despues los que blandían la lanza ó esgrimían la macana: la lucha era ya cuerpo á cuerpo y la accion no tardaba en decidirse. Retirábanse todos con el mismo órden que avanzaban, y á veces con el solo fin de atraer á una emboscada al otro ejército.

Ponían aquellos soldados grande ahinco en salvar la bandera. Creían que, perdiéndola, habían de salir vencidos y la defendían á todo trance. Hablo de la bandera del Imperio. Ponían no menos cuidado en recoger á los muertos y los heridos. Temían que viéndolos no se envalentonara el enemigo, y llevaban hombres para retirarlos.

Concluida la batalla, cogían los sacerdotes á los primeros enemigos apresados por las tropas y los sacrificaban á los ídolos. Contábase desde luego lo ganado y lo perdido; y sobre el mismo campo se recompensaba á los valientes y se castigaba á los cobardes.

No eran de mucho tan solemnes las guerras que emprendía cada uno de los triunviros; pero en todas se seguía la misma táctica y la misma estrategia.

Las naciones mayas diferían poco de las nahuas. Tambien allí se rodeaba de ceremonias la guerra, asistía el sacerdote con sus ídolos á los combates y prorumpían las tropas, al empezarlos, en grandes alaridos. Pusieron un día los indígenas de Yucatan delante de sus filas un brasero en que ardían yerbas aromáticas; y, dirigiéndose á los españoles, les previnieron que empezarían el ataque en cuanto se extinguiese el fuego. No lo empezaban, segun Alvarado, los guatemaltecas que no sacrificasen una mujer y una perra. En muchos pueblos era el Gran Sacerdote el que iba á la guerra: de *papa* le suelen calificar nuestros historiadores.

En todas aquellas naciones solían tambien marchar ordenadamente los ejércitos. En alas y centro los dividían los yucatecas; y al dar con el enemigo, los desplegaban fácilmente en línea de batalla. En línea de batalla distribuían tambien los suyos los nicaraguatecas. Peleaban con disciplina y verdadero arrojo; pero, como los aztecas, en cuanto caía su jefe, perdían ánimos y se declaraban en vergonzosa fuga. Campañas de mucha duracion no las hacia pueblo alguno: como en las razas salvajes decidía generalmente un solo combate la suerte de la guerra.

Los peruanos aventajaban aquí á las demás naciones. Para invadir las ajenas no fatigaban la propia, como las de Europa. Llevaban sus ejércitos á la frontera por grandes caminos en cuyos *tambos* encontraban, como se ha dicho, alojamiento, víveres, armas y trajes. Castigaban con dureza al jefe ó soldado que molestase á los pueblos del tránsito, y llegaban á la tierra del enemigo sin

haber excitado murmullos ni quejas. Aun en tierra enemiga escaseaban lo más que podían las vejaciones á fin de no soliviantar los ánimos y llevar á buen término las cosas. Apresurábanse, como se vió, á tomar posiciones y fortalecerse; pero no rompían las hostilidades que no hubiesen agotado los medios conciliatorios. Enviaban más ó menos cuantiosos regalos al rey ó cacique de la nacion cuya conquista intentaban, y le hacían decir que no se proponían en modo alguno privarle del gobierno y sí tan sólo hacerle partícipe de los beneficios de un régimen que suprimía todo culto sangriento, daba por divinidades al hombre el Sol y la Luna, llevaba por el agua y el cultivo la fertilidad á los campos y escudaba los pueblos contra los peligros del hambre, no exigiéndole en recompensa sinó que reconociese como soberano al Inca y le pagase tributo. Habían conseguido por este medio someter muchas naciones sin recurrir á la fuerza, y no la empleaban sinó cuando no lo conseguían.

Marchaban los ejércitos peruanos divididos en vanguardia, centro y retaguardia. Iban en la vanguardia los honderos con sus hondas y rodelas; en la retaguardia los piqueros con sus picas de treinta palmos; y en el centro, los soldados de las demás armas con el Inca ó el general en jefe y la guardia del Imperio. Con tanto órden y concierto caminaban aquellas tropas, que Jerez no vaciló en compararlas con las turcas, las mejores y más disciplinadas de su siglo. Con no ménos órden peleaban al decir de todos los historiadores del tiempo de la Conquista, circunstancia que no contribuyó poco á la rapidez con que avasallaron tantas y tan diversas naciones.

Sabían los peruanos atacar de frente y de flanco, fingir retiradas y tambien emboscar gentes que en lugar y momento oportunos decidiesen el combate. Tal dice Garcilaso y otros autores que sucedió en la célebre batalla de Huiracocha con los soberbios chancas.

Cuéntase además de los peruanos que llevaban en sus expediciones rebaños de carneros para la manutencion de las tropas en país enemigo, el material necesario para las tiendas de sus campamentos y oficiales que tomaran razon de los soldados heridos y los muertos. Hay quien añade si consentían que fuesen en pos de los ejércitos así las mujeres casadas como las célibes. ¿Asistirían tambien á los combates los sacerdotes?

LXIX

Instituciones militares.—Crueldad en las batallas.—Escalpes.—Prisioneros.

Crueles en los combates no lo eran las razas de América más ni menos que las de Europa. Herir, matar, destruir ha sido y será siempre el fin inmediato de la

guerra. La mayor ó menor crueldad dependía allí generalmente del menor ó mayor afan por hacerse con prisioneros. Codiciábanlos muchas naciones para disponer de esclavos, algunas para ofrecerlos en holocausto á sus dioses y algunas tambien para devorarlos; y unas y otras eran naturalmente las menos feroces en sus batallas. Perdieron de su antigua fiereza los caribes del Orinoco desde que empezaron los holandeses á comprarles cautivos.

De los pueblos salvajes los más crueles en sus peleas eran los panches, los mejicanos del Norte y los iroqueses. No respetaban ninguno de los tres edad ni sexo, cuando los otros perdonaban la vida á las mujeres y los niños. No satisfechos los iroqueses con pasar á cuchillo varones y hembras, pegaban fuego á las chozas y devastaban cuanto les salía al paso. Eran indudablemente los más fieros, como no queramos juzgar á los semínolas por lo que hicieron no há muchos años en la Florida cuando los acosaban las tropas de la república de Wáshington.

Solían muchas razas salvajes cortar y arrancar el cuero cabelludo á los enemigos muertos en batalla. Cercenábanselo sobre el mismo campo y casi siempre durante la refriega, unas con astillas de caña, otras con la uña del dedo gordo del pié, las más con agudos cuchillos de sílice. En la América del Sur no sé que tuvieran tan bárbara costumbre sinó los guaycurues y los albayas; en la del Norte la seguían los indígenas de la costa de la Florida, los cricks, los natchez, los iroqueses, los hurones, los algonquines, los columbios de tierra adentro, los shoshonis, los californios del Sur, los apaches y las tribus salvajes de Méjico. Dase hoy generalmente al corte y la cosa cortada el nombre de *escalpe:* y yo no vacilo en aceptarlo, viendo que deriva del verbo latino *scalpo*, primitivo de *scalprum* y *scalpellum*.

Consideraban todas aquellas razas el *escalpe* como trofeo ó señal de victoria. Curtíanlo muchas y lo tendían y ataban con nervios ó cuerdas á toscos aros, que adornaban de plumas de águila y ponían sobre altas pértigas cuando iban á sus danzas de guerra. Interiormente lo pintaban de rojo; exteriormente lo dejaban suelto y tendidos los cabellos. Las había, como recordará el lector, que con esas cabelleras decoraban sus trajes.

Se pretende que algunas razas *escalpían* tambien á los vivos. No sería de extrañar, atendido el afan que por los *escalpes* sentían cuantos aspiraban á sentarse entre los guerreros; mas no cabe asegurarlo sinó de las tribus salvajes de Méjico y los apaches. Lo ahora de notar es que los dacotas extendían el *escalpe* á la cabeza toda, salvos ojos, nariz y boca.

Algo más que *escalpir* hacían otras razas. Los indígenas del estrecho de Puget cortaban la cabeza á los enemigos muertos por su mano, y la ensartaban en la punta de altos varales que hincaban delante de sus tiendas; los californios del Centro y los del Norte, les rebanaban la cabeza, los piés ó las manos; los del Centro les arrancaban casi siempre los ojos; las tribus de la Florida les cercenaban los brazos ó las piernas y rara vez dejaban de entrarles una flecha por

el ano; los cabres y los moxos les quitaban los dientes y las muelas y se hacían con ellos collares y ajorcas. Mas todo esto se hacía al fin con gente muerta; lo que más indigna en muchas razas es la manera como trataban á los prisioneros.

Los haidahs y las tribus que vivían en las márgenes del río Rogue los decapitaban. Los nutkas los decapitaban ó los quemaban cuando no los consideraban aptos para la servidumbre. Los ojibwas, los apaches y los mejicanos septentrionales los ataban á un poste y los abrasaban, como nuestros inquisidores á los herejes. El iroqués, con parecer más culto, los atormentaba y los condenaba á los más atroces suplicios. Permitía que se los azotasen en todos los pueblos del tránsito, y al llegar al suyo no los respetaba como no se los prohijasen familias que hubiesen perdido en la guerra al padre, al hijo, al hermano, al marido. A los otros, ya los quemaba á fuego lento, ya les abria hondas heridas y les bebía la sangre, ya les arrancaba los ojos y les metía lumbre en las vacías cuencas, ya les sacaba el corazon y rociaba con él á la muchedumbre.

Atrocidades con los prisioneros las cometían muchas razas, sobre todo en la América del Norte. Los entregaban ¡oh dolor! á la venganza de las mujeres, que, movidas por el odio y la ira, son verdaderas furias. No los mataban las mujeres en uno ni en dos días: complacíanse en prolongar lo más posible los tormentos de sus víctimas. Respetaban y áun devolvían la libertad los shoshonis á los que se habían distinguido por lo bravos, pero con los demás eran igualmente feroces. Ni á los niños se dice que dejaban con vida las tribus salvajes de Méjico: si alguno perdonaban, cuéntase que se les daba á beber la sangre y los sesos de sus padres.

En la América del Norte los que mejor trataban á los prisioneros eran los indígenas de las costas de la Florida. Se limitaban á deszocarlos y hasta admitían el canje. No procedieron tan benignamente los natchez, aunque empezaban por hacerlos esclavos de los que hubieran perdido parientes en la guerra. Tarde ó temprano acababan por quemarlos vivos.

Había aún mayor crueldad en la América del Mediodía. Segun Cieza de Leon, en toda la tierra de Antioquía se mataba y devoraba á los prisioneros. Capitanes y caciques tenían en las puertas de sus casas las cabezas de los que habían cogido, bien por su mano, bien por la ajena. Si alguno respetaban era sólo mientras pudiese engendrar hijos que les sirvieran de sabroso alimento. Ya inútil, le mataban y tambien le comían. En algunos pueblos, las cabezas estaban sobre altos bambues, ya delante de las casas de los señores, ya en espaciosas plazas.

Las tribus de Arma, segun el mismo Cieza, colgaban por los hombros á los prisioneros en tablados que servían de sacrificatorios. Arrancaban á no pocos el corazon, lo ofrecían á sus dioses y devoraban ansiosamente lo demás del cuerpo. No lejos de Arma pone aquel autor otras gentes, aun más impías, que los encerraban en estrechas cárceles, los cebaban á manera de cerdos, cuando ya gor-

dos los sacaban á sitio público, los hacían hincar de rodillas, los atontaban de un golpe en el colodrillo, los decapitaban y se los comían, dejando para los bambues, de que se hizo mencion, la ensangrentada cabeza.

Habla despues Cieza, que asegura haber visto lo que escribe, de unos pueblos que bajaban á Cali desde las vertientes de los Andes; y refiere que las casas tenían de puertas adentro cabezas, manos, piés, tripas y áun cuartos enteros de los enemigos que los moradores habían prendido y muerto. En el valle de Lile, añade, al través del bohío grande y redondo de uno de los caciques, corría una tabla donde puestos en órden se veía los cuerpos de muchos hombres vencidos y presos en las guerras. Se los abría, dice, con un cuchillo de piedra, se los desollaba y despues de haberles comido las carnes se henchía de ceniza los cueros y se les hacía rostros de cera sobre los descarnados cráneos. Sin esto, continúa, había colgados en el bohío gran número de piés y manos; y en otro, adjunto, multitud de cadáveres, cabezas y huesos, cosa para poner espanto en el corazon más firme.

Encontró Cieza la costumbre de matar á los prisioneros hasta en la tierra de Popayan. No ya en Pasto ni en Quito, sujetos á los Incas; pero sí en los quillacingas, limítrofes de los *pastos*. Hallola tambien en la comarca de Puerto Viejo, donde le dijeron que se sacrificaba hombres á los ídolos y afirma haber visto cueros humanos henchidos de ceniza como los del valle de Lile. Más al Sur no continuaban, segun él, los sacrificios; pero conservaban muchos pueblos memoria de que los hubo.

Al Norte y al Oriente de esta parte de América se mataba y se comía tambien á los prisioneros. Los mataban y los comían los caribes y áun los tupíes, entre los cuales los carios los cebaban, y los tapes y los tupinambaes, despues de haberlos primeramente atormentado y despues regalado, los sacrificaban y devoraban en fiestas de que nos dejó minuciosa descripción Hans Stáden. Hacían más los tupíes aymorés y era, antes de matarlos, cortarles recias lonjas de carne y comerlas.

Los demás pueblos no eran ya tan feroces. Los albayas y los guaycurues dejaban con vida á los prisioneros como los viese y perdonase cualquiera de las mujeres de la tribu; los chiquitos y los moxos los trataban con dulzura y les daban sus propias hijas; los araucanos los canjeaban. De los araucanos, se dice sin embargo, que sacrificaban uno despues de cada combate á fin de aplacar los manes de los que hubieran muerto

Como quiera que fuese, evitaba difícilmente la servidumbre en las razas salvajes el que conseguía salvar la vida.

En las razas cultas eran mucho menos sangrientas las batallas, desconocidos los escalpes, poco mejor la suerte de los prisioneros que no lo fuesen de los Incas. Los nahuas y los mayas, como iban á los combates principalmente en busca de víctimas para sus dioses, querían más prender que matar enemigos. Los perua-

nos economizaban cuanto podían la propia y la ajena sangre en no tratándose de sofocar y castigar rebeliones. No extremaban el ataque ni la defensa áun sabiendo que por su blandura se hubiese de prolongar la guerra. «No aniquileis ni destruyais lo que habeis de vencer y adquirir mañana» solían decir á sus ejércitos.

Respetaban los peruanos á los prisioneros hasta el punto de ponerlos en libertad luego que la guerra concluía. Los desterraban á veces del hogar en que habían nacido: les permitían y áun los obligaban á llevar consigo la familia y los trasladaban siempre á comarcas de clima análogo. Aun esto no cabe suponer que lo impusieran como ley de vencimiento. cuando, segun diré más tarde, hacían otro tanto con los vencedores.

Los que eran tanto ó más crueles que los salvajes para los prisioneros eran los mayas y los nahuas, sobre todo los aztecas. Ponian á los más en sus templos sobre la piedra de los sacrificios, les abrían el pecho, les arrancaban el corazon y rociaban con la sangre el rostro de sus ídolos. A otros daban otros géneros de muerte; y ni áun á los que hacían esclavos los salvaban del peligro de ser más ó menos tarde inmolados á los dioses.

Sólo al prisionero de graduacion ó de nobleza concedían los nahuas un raro medio de eximirse del sacrificio y áun recobrar la libertad perdida. Ponianle en la mano una espada y un escudo, atábanle por el tobillo al centro de una piedra redonda, y, si en singular batalla vencía al que le prendió y otros seis combatientes, le declaraban libre, le devolvían lo que le hubiesen quitado y le cubrían de gloria. Vencido, iba á la piedra *techcatl* como los demás prisioneros.

¿Era por acaso varon de alta jerarquía? Le presentaban entónces al Rey, le alimentaban y alojaban suntuosamente y sólo despues de cuarenta días le llevaban á medir sus fuerzas con los siete gladiadores. Vencido, sobre morir como cualquiera otro, quedaba en breve reducido á menudas piezas, que se distribuía como reliquias de gran valor entre sus amigos y deudos. Los deudos y los amigos en agradecimiento solían enviar al Rey oro, joyas y ricas plumas.

Entre los mayas, á lo que parece, no se sacrificaba sinó á los prisioneros de rango. Sólo cuando estos faltaban, se recurría, dicen, á los plebeyos. Lo indudable es que no se hacía nunca las bárbaras hecatombes de los nahuas. Entre los pipiles se dejaba á los sacerdotes decidir si habían de ser inmoladas las víctimas en aras de un dios ó de una diosa. Si de una diosa, duraban cinco días las fiestas; si de un dios, quince; y en uno y otro casos se mataba un prisionero por día. ¿Qué era esto comparado con los centenares de cautivos que perecían por mano de los sacerdotes en los templos de las ciudades de Méjico?

Lloraban los nicaraguatecas ante sus divinidades cuando volvían de sus campañas sin prisioneros; y los yucatecas, despues de arrancar el corazon á los suyos, les cortaban la cabeza y la suspendían de la rama de un árbol. Generalmente destinaban estos yucatecas distintos árboles á las cabezas de los enemigos de distintas naciones ó tribus.

Ni mayas ni nahuas admitían rescate. Hasta con la muerte castigaban los nicaraguatecas al que consentía el de cualquiera de sus cautivos.

Insultos á los prisioneros no se los inferían sinó los cakchiqueles. Danzaban al rededor de los que iban al sacrificio y los llenaban de ultrajes.

Se dice que áun estas razas cultas convertían en copas los cráneos de los enemigos. Como hecho puedo admitirlo, no como costumbre. Tengo desde luego por inexacto que Atahualpa bebiera, como pretende Oviedo, en el cráneo de Huáscar.

LXX

Instituciones militares.—Premios.—Honores.—Ordenes de caballería.

En muchas razas salvajes los vencedores, al volver á sus aldeas ó villas, eran objeto de aplausos y fiestas. Entraban los iroqueses en sus pueblos llevando al frente las cabelleras de los enemigos puestas en aros sobre altas pértigas, y detrás á los prisioneros. No bien los veía la multitud, prorumpía en alaridos de júbilo. Dábaseles luego un banquete á que asistían todos sus deudos. Referíanse allí entre hurras y vítores las peripecias de la campaña y los pormenores del triunfo; y, ébrios de gozo los oyentes, clamaban y entonaban cantos de guerra. En todos los pueblos del tránsito se recibía con aclamaciones y bailes á los algonquines.

Entre los dacotas celebrábase las victorias con cierta diversion bélica conocida por la *danza de los escalpes*. Componían la orquesta ocho ó diez hombres, unos con palos de que pendían astas de ciervo, otros con sacos de cuero de búfalo medio henchidos de guijas, otros con tambores que no eran sinó pieles sujetas á no estrechos aros. Colocábanse los músicos con cinco ó seis cantores junto á las paredes de la cabaña; y á poco parecían buen número de mujeres—unas con escalpes, otras con armas cogidas en el campo de batalla—que se distribuían á los lados del hogar en dos contrapuestas filas. Al són de los instrumentos danzaban las mujeres, ya acercándose, ya retirándose; y, en cuanto suspendían el baile, un mancebo relataba entre las dos filas las proezas de los vencedores. Danzaban de nuevo las hembras repitiendo á coro con los cantores las referidas hazañas, crecía por momentos el entusiasmo en los expectadores y terminaban hembras y varones por agitarse en loco y desordenado movimiento.

Festejaban muy de otra manera sus triunfos los indígenas de las costas de la Florida. Reuníanse hombres y mujeres en llanos donde campeaban sobre altos postes los recien adquiridos trofeos. Sentados á la redonda, empezaban por oír las imprecaciones que dirigía contra los enemigos uno de sus profetas. Estaba el profeta de pié en medio del círculo, con una pequeña imágen en la mano; de-

lante de él, de rodillas un hombre con una clava y otros dos con sonajas. A cada imprecacion del mago respondía el hombre de la clava descargándola con ímpetu sobre una piedra; acabadas las imprecaciones, cantaban los otros dos al són de las maracas las glorias de su pueblo. Prorumpía entónces la muchedumbre en gritos de salvaje patriotismo y se retiraba aclamando á sus reyes.

Razas había que así celebraban las victorias como lamentaban las derrotas. Entre los pimas despues de una victoria se pasaba días en banquetes y fiestas; despues de una derrota se daba generales muestras de luto y se hacía resonar por calles y campos gritos de muerte. Salía entre los nicaraguatecas el cacique al encuentro de sus soldados cuando volvían de la guerra; y, si vencedores, los recibía sonriendo; si vencidos, con lágrimas. Las mujeres entre los apaches hasta cubrían públicamente de ultrajes y denuestos á los vencidos: tal vez para huír de humillacion semejante, los mejicanos del Norte, cuando vencidos, no volvían á sus hogares sinó de noche y en silencio.

Eran pocas las razas salvajes donde no se tuviese en mucho á los valientes y en menosprecio á los cobardes. Negaban los comanches asiento en sus asambleas al que no se hubiese distinguido por actos heróicos. De vieja motejaban los criks al que ya mozo no hubiese arrancado la cabellera á un enemigo: y á todo el que venía por primera vez con un escalpe, le conducían á la plaza cantando, le ponían entre los guerreros y le daban á beber la *casina*. Los guerreros en muchas razas constituían clase, y en algunas se la hacía accesible sólo á los que salían bien de más ó menos rudas pruebas. Entre los mejicanos del Norte, no entraba en ese género de aristocracia ni áun el que hubiese acometido peligrosas empresas, como dentro de un círculo de guerreros no sufriese impasible que con un espolon de águila le rasgase el cacique las carnes en hombros, pecho, brazos y muslos. Como lo sufriera, se le instruía en los deberes de la órden y se le daba por mano del jefe un arco y una aljaba, por la de cada uno de los conmílites un par de flechas. Aun entónces se le consideraba simple novicio. Había de ocupar en las próximas campañas el puesto de mayor peligro y arrostrar los más duros trances sin vacilaciones ni quejas interin otro más jóven no le reemplazara.

En muchas razas salvajes había, además, insignias para los hombres de reconocida bravura. En otros párrafos vimos ya que los caquesios se pintaban los brazos, el pecho ó del ojo á la oreja, segun habían vencido en menos ó más combates, y los dacotas llevaban prendidas en sus cabellos tantas plumas de águila cuantos eran los enemigos á quienes habían dado muerte. Por el número de enemigos á quienes hubiesen dado muerte determinaban tambien los güechas el número de canutillos de oro que podían atravesarse por narices y labios. No hacían otro tanto los panches; pero sólo despues de grandes proezas se permitían taladrarse el bezo inferior y ceñirse de plumas la cabeza.

Las plumas eran insignia de valor hasta en las razas cultas. Entre los aztecas sólo podía usarlas el que hubiese hecho por su mano cinco prisioneros. Te-

nía éste en cambio derecho á llevar vistosos penachos sujetos por hilos de plata, el manto *cuechintli*, el de los colores llamado *chicoapalnacazminqui* y otro de ricas orlas. Verdad es que no hubo pueblo como el azteca ni para mover los ánimos á la lucha, ni para estimularlos uno y otro día á mayores actos de heroismo. Decía al hombre nacido para la guerra, y abría los palacios del Sol al que moría en batalla. No concedía puesto alguno al favor, ni dejaba proeza alguna sin premio. Al más humilde soldado elevaba á los primeros cargos de la milicia como por sus hechos lo mereciese; y al más noble relegaba á los últimos como fuese cobarde ó, áun siendo animoso, no lograse sobresalir entre sus camaradas. No reservaba sinó dos cargos á determinadas clases: á la familia del rey el de capitan general de los ejércitos; á la más alta nobleza, el de general de division ó de *xiquipilli*.

Contaba el azteca entre sus jóvenes guerreros, *telpuchtlitaquitlamani*, sólo al que áun mozo hubiese cogido por sí solo, en formal combate, á un tlaxcalteca, un huexotzinca ó un habitante de Atlixco. Llevaba al que esto hacía al palacio de sus reyes, le pintaba de rojo la cara y de amarillo las sienes y el cuerpo, y le vestía mantos y *maxtlis* de varios colores. Al que hacía dos prisioneros le concedía mayores honras; al que tres le confería ya mando; al que cuatro le nombraba capitan y le permitía el uso de bezotes, aretes de cuero y borlas; al que cinco sabe ya el lector los honores que le dispensaba.

Las insignias militares eran, á lo que parece, muchas entre los aztecas. Lo eran, además de las dichas, los colores y las divisas de los escudos, la calidad y el número de las otras armas defensivas, la manera de llevar el cabello, los collares y las demás joyas, hasta el género de vajilla que se empleaba.

Para mayor estímulo había entre los aztecas una ó más órdenes de caballería. Una ó más digo, porque algunos autores ven hasta cuatro y cinco donde muchos otros no aciertan á ver sinó una con diversos grados. Aunque opino con los últimos, estoy léjos de creer que falten razones á los primeros: no decido la cuestion porque considero inoportuno debatirla en este rápido epílogo. Se dice si ya los toltecas tuvieron una órden, consagrada principalmente á velar por los intereses de la nacion, en ciertos varones llamados *nahual-teteuctin*, maestros ó caballeros de la ciencia, de que eran ramas: 1.° Los *tzompan-teteuctin*, los jueces; 2.° los *xiuh-teteuctin*, los caballeros de la esmeralda; 3.° los *quauhtli-ocelotl*, los águilas-tigres; 4.° los *tlotli-cuetlatchtli*, los halcones-lobos; 5.° los *totozame*, los topos. ¿Derivaría de aquella órden la que encontraron en el Anahuac los españoles? De esta, segun se escribe, formaban parte en primer término los *achcauhtin*, los príncipes; en segundo, los *quauhtin*, los águilas; en tercero, los *ocelome*, los tigres; en cuarto y último, una clase cuyo nombre se ignora, tal vez los *totozame*, la masa, la plebe.

Las cuatro ramas de la órden ó las cuatro órdenes, segun el lector quiera, estaban, á lo que entiendo, comprendidas bajo la genérica denominacion de *te-*



ARMADURAS Y GUERREROS TOMADOS DE LA COLECCION DE MENDOZA



Nos 1 a 5 y 8 Armaduras mejicanas compuestas de casco y sago ó peto con calzas.—6 y 7 Rodelas con fleco de plumas.—9 y 10 Mantos arrollados.—11, 12 y 13 Jefes militares en traje de fiesta

teuctin, de *tecuhtlis*, de *tecles*. Que condiciones se exigiese en los días del postrer Montezuma para conseguir este honroso título, no es tan fácil decirlo como á primera vista parece. Segun cierto autor anónimo que dió muestras de conocer á fondo la órden, se había relajado ya mucho la severidad de los antiguos tiempos y no siempre se lo obtenía por verdaderos servicios. Lo alcanzaban, segun él, los simples mercaderes y áun gente más plebeya y menos amiga de las armas, como dispusiese de medios para captarse con dádivas el ánimo de sacerdotes y nobles. Como quiera que fuese, no cabe duda que cuando ménos los grados de *ocelome* arriba sólo estaban abiertos á los hombres de corazon y de bravura.

Aun estos *tecuhtlis* llevaban entre los aztecas determinadas insignias. Atábanse los *achcauhtin* el cabello en la coronilla con una correa encarnada y se lo dividían en tantas trenzas con borlas de algodon cuantas habían sido sus proezas; usaban los *quauhtin* cascos en figura de cabezas de águila; vestían los *ocelome* armaduras con manchas parecidas á las de la piel del tigre y se dejaban caer los demás *teteuctin* encima de la oreja una especie de coletas cortadas en arco.

La entrada en la órden, segun el mismo autor anónimo á que acabo de referirme, era grave y solemne. En compañía de tecles ya profesos iba el neófito al patio del templo y quemaba resina de copal en honor de Xiuhtecutli, dios del fuego. Desnudábase, cubríase con los mantos de cinco ídolos que recibía de otros tantos sacerdotes, y al són de trompas y trompetas acercábase á las gradas entre dos nobles, que le taladraban la nariz con dos afilados huesos, uno de águila y otro de tigre. Despues de otra quema de copal y del sacrificio de una codorniz, á la que se cortaba la cabeza, dirigíase al palacio sacerdotal que había en el mismo templo, y tras un banquete suntuoso, á que asistía gran número de profesos, pasaba cuatro días en la oracion, el ayuno y la vigilia. Ante un pequeño altar construido en el patio quemaba luego otros perfumes y se picaba las orejas hasta teñir de sangre cuatro espinas de maguey que se hincaba al pié del ídolo. Pintados por fin de negro cara y cuerpo y cortamente vestido, pasaba en procesion por delante del templo con todos los *tecles* y sacerdotes que habían tomado parte en la recepcion y entre nubes de humo y al nuevo són de trompas y trompetas volvía á su casa y hogar, donde, despues de obsequiar á los concurrentes con otro no menos opíparo banquete, les regalaba vistosos mantos, adornos de pluma y otros objetos de valía.

No era aún esto sinó la primera parte de las ceremonias. Quedaba el neófito á pan y agua interin no reuniese para nuevas dádivas; y, ya que lo había conseguido, daba otro festín y ayunaba treinta días con todos sus deudos, velando cuidadosamente por que no se apagara el fuego que al empezar la abstinencia le habían encendido. Cinco días despues iba con los *tecles*, los amigos, los enemigos y los parientes á los altares de Tezcatlipoca, donde adoraban todos á tan

poderosa deidad, le hacían ofrendas, le quemaban aromas y se entregaban á ruidosas danzas. Repartía á continuacion entre los comensales de nuevos banquetes cuanto había recogido, volvía al templo, cambiaba por ricos mantos los del dios, generalmente viejos, se los ponía, y, al parecer en público, era otra vez objeto de bailes y fiestas.

A todo esto no se había el neófito ni lavado ni peinado. Llevábanle entónces *tecles* y deudos á la orilla de un rio ó de un arroyo, adoraban á Chalchiuhtlicue, le sacrificaban codornices y sangre de sus orejas, arrojaban á la corriente mantos, plumas, copal, esmeraldas, y, cogiendo al maltraído *teuctli*, le sumergían cuatro veces en el agua. Frotábanle después, lavábanle, peinábanle, vestíanle de verde, le vestían de verde á los padres y le conducían en triunfo al templo, donde reiteraba las ofrendas y, si algo tenía aún, lo distribuía entre los sacerdotes y los demás concurrentes. Vestido con el traje de otro dios volvía por fin á su casa entre regocijos y bailes.

Esta recepcion que cada autor describe á su modo y probablemente no se verificaría sinó para los grados superiores era, como se ve, larga, costosa y más sacerdotal que guerrera. ¿Tendría realmente la órden un orígen sagrado? ¿Vendrían á ser los *teteuctin* en sus principios los *tlapianes* de Votan, guardadores de la *Casa-Tenebrosa*? A juzgar por el antiguo drama titulado *Rabinal-Achi* había entre los quichés los águilas y los tigres de los nahuas.

Hubo tambien en el Perú una como órden de caballería, donde, al decir de Garcilaso, no entraban sinó los incas mayores de diez y seis años que resistieran las siguientes pruebas. Hacíanlas juntos multitud de neófitos y las empezaban por seis días de ayuno en que sólo podían llevar á la boca sendos puñados de maíz y sendos jarros de agua. Restablecían despues sus fuerzas con algo más nutritivos alimentos; y á poco habían de dar muestras de agilidad corriendo á todo correr desde lo alto del cerro de Huanacauri á la cumbre en que estaba la fortaleza del Cuzco. No proseguían ya las pruebas sinó los diez que habían sido los primeros en llegar á la meta.

Dividíanse al otro día los neófitos en dos campos y defendían los unos contra los otros la fortaleza haciendo todos alternativamente de sitiados y sitiadores. Aunque no con las mejores armas, batíanse á veces con tal ira y denuedo, que resultaban de la contienda heridos y muertos.

Habían de acreditar en días consecutivos habilidad y fuerza asi en el salto como en el manejo de las armas. Blandían hoy la lanza ó la pica, esgrimían mañana la porra, disparaban al otro día el dardo, tiraban por fin al blanco, ya con el arco, ya con la honda. Habían de mostrar que sabían no sólo manejar todas estas armas sinó tambien hacerlas. Allí mismo, sobre el campo habían de fabricar con lo primero que les viniese á mano una lanza sin hierro, una honda, un arco, unas flechas, un bohordo, una rodela y hasta sus propios zapatos. Durante estos ejercicios luchaban frecuentemente cuerpo á cuerpo y estaban diez ó más

noches de centinela para que se viese que no los rendían el cansancio ni el sueño.

Habían de probar tambien que sabían permanecer impávidos á los golpes y las amenazas. Sin encojerse ni dar indicios de dolor habían de sufrir que se les sacudiera con varas de mimbre brazos y piernas; sin pestañear ni demudarse que diestros capitanes les casi tocasen los ojos blandiendo la clava ó la pica.

Los que salían airosos de tantas pruebas recibían desde luego las insignias de la Orden. Arrodillábanse primero ante el Inca; y éste, sobre una corta plática en que les recordaba las virtudes de los mayores y los excitaba á mostrarse verdaderos hijos del Sol, les atravesaba las orejas con gruesos alfileres de oro. Pasaban luego ante un hermano ó tio del Inca, y éste les quitaba los zapatos que llevaban, todos de esparto, les calzaba otros de lana con hermosas labores y les besaba el hombro derecho diciéndoles que los que tales pruebas habían dado de sí merecían adoracion y cariño. Entraban despues en una cerca donde había otros Incas; y éstos les ceñían á modo de *pretexta* unos pañetes que no eran en el fondo sinó el *maxtli* de los nahuas. Recibían finalmente de otras manos flores y una hoja que áun marchita se conservaba verde; y con unas y otra en la cabeza volvían al seno de sus familias.

Tenían algo de semejanza esta órden y la de los aztecas—el ayuno, que tambien aquí compartían los deudos del neófito, y el taladro, allí de las narices y aquí de las orejas—; pero diferían considerablemente en las demás ceremonias, allí más religiosas que militares, aquí militares y poco ó nada religiosas; allí más de fantasía, aquí más prácticas. Verdad es que esta diferencia existía en casi todas las instituciones de los dos pueblos.

En los dos pueblos esa especie de caballeros constituían la guardia de honor de los príncipes y tenían sitio preferente en las fiestas públicas.

Olvidábaseme decir que en el Perú había tambien premios y honores militares.

LXXI

Instituciones Militares.—Leyes de guerra de los aztecas.

Creo ahora oportuno trascribir las leyes militares que dictaron los aztecas. Son las siguientes:

I. Todo general ú oficial que salga con el Rey á campaña y le abandone ó le deje en poder del enemigo, faltando á la obligacion que tiene de traerle vivo ó muerto, será decapitado.

II. Todo oficial que forme parte de la guardia del Príncipe y abandone su puesto de confianza, será decapitado.

III. Todo soldado que desobedezca á su jefe inmediato, ó deje su puesto, ó vuelva la espalda al enemigo, ó de cualquier modo le auxilie, será decapitado.

IV. Todo oficial ó soldado que usurpe el cautivo ó el botin de otro ó ceda á otro el prisionero que por su mano hizo, sufrirá pena de horca.

V. Todo soldado que en guerra dañe al enemigo sin la venia de su jefe, ó le ataque sin haberse dado la señal de combate, ó abandone la bandera, ó deserte del campamento, ó quebrante ó viole las órdenes del capitan de su compañía, será decapitado.

VI. Todo traidor que revele al enemigo los secretos del ejército ó las órdenes encaminadas á llevarlo á la victoria, será descuartizado. Se le confiscará los bienes y se reducirá sus hijos y deudos á perpétua servidumbre.

VII. Toda persona que en tiempo de guerra oculte ó proteja al enemigo, noble ó plebeya, será descuartizada en medio de la plaza pública. Se arrojará sus miembros á la muchedumbre para que los haga objeto de escarnio.

VIII. Todo noble y toda persona de distincion que en acciones de guerra ó en danzas ú otras fiestas ostente las insignias de los reyes de Méjico, Tezcuco ó Tacuba, sufrirá pena de muerte y de confiscacion de bienes.

IX. Todo noble que, habiendo caido prisionero en poder del enemigo, se escape y vuelva al país, será decapitado. Se dejará por lo contrario libre y se premiará en concepto de bravo al que vuelva despues de haber vencido en la piedra gladiatorial á siete adversarios. Si el que huyera de la cárcel del enemigo fuere simple soldado y volviere al país, será bien recibido.

X. Todo embajador que en el cumplimiento de su mensaje no se atenga á las órdenes é instrucciones que haya recibido ó vuelva sin contestacion, será decapitado.

Debieron de ser muchas más estas leyes. Trascribo las que conozco para que pueda apreciar el lector cual no sería el espíritu de un pueblo que ahorcaba al que cedia uno de sus cautivos y decapitaba al noble que se evadia de manos de enemigos dispuestos á sacrificarle en aras de los dioses.

LXXII

Instituciones Militares.—Modo de afianzar las conquistas.—Los mitimaes del Perú.

Los iroqueses dominaban por el terror á los pueblos vencidos. Aunque federales, no supieron, como la moderna república de Wáshington, unirlos por la federacion, el más firme y el más llevadero de los vínculos que concibió la política.

Prevaleció en las naciones cultas el principio feudal, y por él buscaron todas

la consolidacion de sus triunfos. Dejaban á la cabeza de las sometidas, cuando no al jefe que antes las regía, al sucesor legítimo, y se limitaban á exigirle tributo en la paz, soldados en la guerra, y en todos tiempos la asistencia por sí ó por los hijos á la Corte. Es sobre este punto notabilísima la identidad de conducta que se observa así entre los nahuas y los mayas como entre los mayas y los tahuantinsuyus ó lo que es lo mismo los peruanos.

Distó, sin embargo, esta política de producir los resultados que se esperaba. Las rebeliones fueron frecuentes y se debió más de una vez ahogarlas en sangre. Hubo muchas ménos en el Perú que en el imperio de los Montezumas; pero fué por haberse reforzado estas medidas con otras de mayor eficacia. Los Incas fueron indudablemente los monarcas de América que más empeño mostraron en civilizar á los pueblos adquiridos, bien por la persuasion, bien por la fuerza. No acababan de sojuzgarlos, que los instruían ya en la agricultura y las artes de construccion y les abrían acequias para el riego de los campos. Daban desde luego á los que no los tenían lana ó algodón de que se vistieran, ganados que criaran y maíz y legumbres de que comieran. A los que vivían en breñas los procuraban traer á los valles, y á los que en tierras estériles á otras más fecundas. A los jefes les regalaban ya hermosas mujeres, ya joyas de oro: y, cuando los llevaban á la Corte, los seducían, más que con la esplendidez de los palacios y las fiestas, con el buen trato. No por el miedo sinó por los beneficios querían cautivar á los vencidos y generalmente lo conseguían. En los primeros años no les exigían ni siquiera tributos.

Les imponían, es verdad, su culto; pero no un culto sangriento como el de los aztecas, sinó un culto de amor al astro que da luz, valor y vida á la naturaleza Sobre que no les impedían que siguieran adorando á los antiguos dioses y sólo les prohibían los sacrificios humanos.

Servíanse, además, los Incas de otro medio para la mayor solidez de sus conquistas. De los pueblos recien sometidos trasladaban numerosas familias á pueblos ya de mucho tiempo incorporados al Imperio; y de éstos otras tantas ó más á los recien sometidos. Por este medio, al paso que aceleraban la civilizacion de las nuevas provincias, las ponían bajo el ojo avizor de súbditos interesados en denunciar todo pensamiento de rebelion y aún todo motivo de discordia que descubriesen.

La medida era bárbara y propia del despotismo que en el Perú existía; pero es forzoso confesar que los Incas la suavizaron cuanto pudieron. Llevaban siempre á esas gentes á climas análogos, las mantenían interin no las viesen echar raíces en la nueva patria, les distribuían objetos de oro y plata, mujeres y ropas, les eximían por algun tiempo del pago de las contribuciones y les concedían otras mercedes.

Dábase en todo el Imperio el nombre de *mitimaes* á cuantos hacían ó debían hacer tan duro sacrificio. Enviaban *mitimaes* los Incas, y sobre esto llamo la

atencion de mis lectores, no sólo á las tierras nuevamente conquistadas para que las conservasen en la obediencia, sinó tambien á las fronteras de los pueblos salvajes para que los tuviesen á raya, y á las montañas para que sembrasen maíz, criasen coca y beneficiasen los árboles de buen fruto, y á los valles y laderas fértiles y desiertas para que las poblasen y cultivasen en pro de la nacion y aumento de las tropas del Estado y á la Corte, y á las capitales de las provincias para que ejerciesen diversas artes. Como se verá en otro párrafo, los Incas eran á la vez padres y reyes de los tahuantinsuyus y habían de atender tanto ó más que al órden político á escudarlos contra el hambre y áun contra la carestía. No lo habrían conseguido sin disponer en absoluto de sus vasallos; y por esto llevaron su autoridad al punto de hacerlos cambiar de tierra para tantos y tan distintos fines.

LXXIII

Instituciones Militares.—La paz.—Las embajadas.

No se avergonzaban ni los pueblos salvajes ni los cultos de pedir la paz á los enemigos sobre que no esperasen ó no hubiesen podido obtener victoria; tampoco de concederla. Buscábanla y aceptábanla, segun dije, los mismos araucanos aún despues de la Conquista. No la solicitaban nunca por sí mismos los fieros y orgullosos panches; pero sí por sus mujeres. De los aztecas se sabe que en tiempo de Ahuitzotl la propusieron á los zapotecas despues de haber visto derrotados tres de sus ejércitos sin que por ninguno hubiesen podido forzar el paso de Guiengola. La propusieron, segun parece, no sin fruto, puesto que al decir de Brasseur y de Burgoa consiguieron quedarse con la fortaleza de Huaxyacac, unir á Méjico la ciudad de Soconusco y hacer accesible todo el Zapotecapan á sus mercaderes con sólo dejar al rey dueño de Tehuantepec y darle por esposa una de sus princesas.

La paz se la solía negociar por medio de embajadores, que eran generalmente respetados. Se elegía al efecto en las razas salvajes á hombres ya célebres por sus consejos ó sus hazañas, cuando no á los jefes del mismo ejército; en las razas cultas, á las personas de mayor jerarquía ó nobleza que se distinguiesen por lo cortés de sus maneras ó lo persuasivo de su oratoria. Dábaseles en algunas razas distintivos por los que cupiera reconocerlos, y se consideraba caso de guerra el menor ultraje que se les hiciera.

Llevaban los embajadores aztecas una especie de dalmática verde de cuyos extremos pendían borlas de colores, una manta finísima revuelta al cuerpo y recogida por dos de sus puntas en los hombros, entrelazadas con el cabello riquísimas plumas, en una de las manos una flecha con la punta al suelo y en la

otra un escudo, pendiente del brazo una red con víveres para el camino. Mientras no se desviasen de la ruta que se les hubiese trazado, eran inviolables á par de sus reyes. Recibían á donde quiera que fuesen grandes honores—sahumerios, ramilletes, cómodo alojamiento, opípara mesa—; y donde no, hablaban altaneramente, seguros de que en apoyo de sus palabras no tardarían en ir las armas. De una simple ofensa á los embajadores de Itzcoatl nació entre los aztecas y los tecpanecas la formidable lucha que acabó por la ruina de Azcapotzalco.

Los Incas recibieron frecuentes embajadas de las naciones fronterizas; pero les enviaron pocas ó ninguna, como no fuese para moverlas, puestos ya en ellas sus ejércitos, á que los reconociesen por soberanos y les pagasen tributo. Respetaban, sin embargo, aún á los mensajeros de las más incultas tribus: los alojaban, los mantenían, los invitaban á sus fiestas y no pocas veces los colmaban de mercedes y dádivas. Políticos tanto ó más que guerreros, alegrábanse de que por ellos se les ofreciera ocasion de manifestar á pueblos cuya conquista deseaban el esplendor y la grandeza del Imperio.

En muchas razas salvajes se hacía la paz con algunas ceremonias. Entre los araucanos se mataba mayor ó menor número de carneros, se les arrancaba el corazon y se rociaba con la sangre la vara de canela del *thoqui*, el ramo de olivo de los griegos. Entre los achaguas y otros indígenas del Orinoco los que proponían la paz despedían sus flechas contra el suelo y levantaban al aire sus arcos. Hacían otro tanto los enemigos, si estaban en ánimo de aceptarlas. Acercábanse despues los dos bandos, recordábanse á voz en grito los agravios mutuamente inferidos y, puesta la mano en las macanas, dábanse rudos y tremendos golpes, bien que respetándose cabeza y brazos. Duraba la lucha mientras no soltasen el arma los caudillos. Arrojábanla entónces todos, dábanse las manos y quedaban hechas las paces.

En casi todas las razas salvajes de la América del Norte el símbolo de la paz era la pipa. Fumaban en una sola pipa, en una pipa generalmente esculpida ó pintada, los embajadores ó los jefes de los pueblos que ponían fin á sus discordias. Con llevarla á otro pueblo significaban los algonquines que lo querían por aliado; con presentársela ceñida de plumas rojas le ofrecían socorro: con extenderla entre dos campos suspendían los combates; con ponerla en los labios del extranjero que atravesaba los umbrales de sus chozas le acogían como huésped en el seno de sus familias. La habían hecho aquellas gentes hasta objeto de una de sus danzas, como se verá en otro párrafo.

No figuraba menos la pipa en las ceremonias con que los reyes natchez recibían á los mensajeros de paz ó de futuras alianzas. De esos embajadores, que eran siempre muchos, conducían algunos danzando y gesticulando exteriormente una bien labrada pipa y con ella restregaban de los calcañares á la cabeza el cuerpo del Soberano. Juntábanse luego con los demás, ofrecían otra pipa al Rey, cargaba y encendía cada uno la suya y fumaban todos echando la pri-

mera bocanada de humo al astro del día, la segunda á la tierra y la siguiente al rededor del horizonte. Pasaban despues sus pipas á la comitiva regia y exponían su mensaje. Expuesto y contestado, era ya el Rey el que usaba de la pipa como símbolo de inteligencia y de concordia. Hacía encender una por su maestro de ceremonias y la circulaba á los mensajeros.

Las embajadas es de advertir que ni en los pueblos cultos ni en los salvajes tenían por único objeto la paz ó la guerra. En el istmo de Darien las utilizaban los sucesores de los caciques para conseguir la amistad de los vecinos régulos; en el Anahuac, al ponerse enfermo de muerte uno de los triunviros, para que los príncipes aliados asistiesen á las exequias y echasen en la pira armas y joyas; en el mismo Anahuac y otros lugares para obtener la mano de hijas de reyes.

Aun así, resultan escasísimas las relaciones internacionales y en mantillas la diplomacia.

LXXIV

Instituciones Civiles.—Propiedad y Comunismo.

Las instituciones civiles tampoco habían llegado en América á gran perfeccion. En todas las razas, así en las salvajes como en las cultas, ejercían los individuos verdadero dominio sobre las cosas muebles; en pocas, sobre los bienes raices, como no fuera sobre la casa, choza ó tienda que con su familia habitasen.

Entre las cosas muebles solía ser objeto de reglas solamente la caza. Pertenecían las reses al que las mataba, no al que las perseguía. Al que las hiriera y en algunos pueblos áun al que las ojeara se reconocía, sin embargo, derecho á la piel y á cierta porcion de carne. Esto, cuando no formaban partida los cazadores; que, cuando la formaban, correspondían por igual á todos las piezas que se cogía. Lo notable es que entre los chippewyanos, rama de los tinnehs, había de partir el cazador dichoso con el desdichado lo que cazase.

La tierra generalmente era propiedad de la tribu ó de la nacion, no del individuo. Es, con todo, indiscutible que en las razas agrícolas tenía el individuo sobre la que fecundaba con el sudor de su frente un derecho de posesion, ya que no el de propiedad como aquí lo definen las leyes. El huron, por ejemplo, hacía suya la que reducía á cultivo y no la perdía mientras no dejase de trabajarla; el dacota la conservaba toda su vida, áun cuando la abandonase despues de haberla descuajado. Entre los dacotas, segun parece, llegaron á estar en uso los contratos de arrendamiento y de aparcería; en Arauco hasta fueron transmisibles los campos á título de herencia.

La propiedad colectiva era allí la fuerte. Cada nacion y áun cada tribu estaban constantemente dispuestas á defender contra toda clase de enemigos su territorio de caza. Defendíanlos unas de otras, casi en todas las razas salvajes, tribus de la misma sangre. Tan celosos estaban del suyo los aths, de la familia de los nutkas, que se oponían no sólo á que otras gentes cazaran en él sinó tambien á que sin su consentimiento se sirvieran de sus árboles, sus yerbas y áun sus aguas.

El comunismo era, no obstante, raro en América. Vimos ya el de los otomacos. Llegó á más el de Cuba, segun Pedro Mártir de Anglería. Como el aire, la luz y el agua, era allí comun la tierra. «Todas las mañanas, escribe aquel autor, mientras á la sombra de los árboles deliberaban los ancianos sobre los negocios de la República, iban los mozos, segun los tiempos, á sembrar, escardar ó segar los campos. Todo pertenecía á todos, nada á nadie y se vivía en paz y ventura sin cercados, leyes, tribunales ni suplicios.» Pintura que tengo por exagerada.

Una especie de comunismo debió de haber aún entre los mixtecas y los chiapanecas, de quienes se dice que en cada pueblo elegían anualmente oficiales encargados de señalarles todos los dias tarea, llamarlos en cuanto amaneciese al trabajo y castigar á los que por descuido ó pereza dejasen de hacer ó hiciesen mal la obra que se les encomendara. De las otras razas salvajes no sé ya que ninguna fuese comunista. No se pueden considerar tales ni aún las tribus que vivían bajo un mismo techo. En las habitaciones comunes de que antes hablé, recuerde el lector que tenía cada familia su hogar y su independencia.

Como se demostrará, sin embargo, en los siguientes párrafos, latía el comunismo en el fondo de las instituciones civiles de las razas cultas.

LXXV

Instituciones Civiles.—La propiedad entre los nahuas.

Plena propiedad no la habia realmente entre los aztecas sinó en los *tlatoanis*. Salvo los barones, ni la nobleza, ni el pueblo, ni el sacerdocio podían enajenar sus tierras. Rigorosamente hablando, aún los barones, por su propiedad como por su autoridad, dependían de los reyes. Las conservaban á condicion de asistir al Soberano con su persona, sus vasallos y sus bienes en toda clase de guerra: y no subía nuevo rey al trono que no hubiesen de pedir humildemente la confirmacion de su poder y sus feudos. Los demás nobles poseían más como usufructuarios que como propietarios; y los mismos *calpullis* vieron más de una vez sus fundos comunales, ya enajenados por sus monarcas, ya invadidos por los barones.

Los *tlatoanis* ó reyes, con ser el orígen de toda propiedad, apenas tenían más que sus palacios, sus jardines y sus parques. Habian cedido la mayor parte de las tierras de su vasto patrimonio á *tecuhtlis* de su servidumbre, que debían en cambio guardarles la vida y el sueño, acompañarlos en público y mantenerles en buen estado alcázares y aposentos; y las otras las reservaban, bien para los gastos de su casa, bien para recompensa de nuevos servicios al Estado.

No podian esos *tecuhtlis*, á que se daba el nombre de *tecpanpouhques*, disponer en vida ni en muerte de las tierras así otorgadas. Las perdían como cambiasen de residencia, y no conseguían que pasasen á sus familias cuando carecían de hijos varones. Ya que los tuvieran, las heredaba por la ley el primogénito con las mismas cargas y condiciones del padre.

No eran en mi opinion mayores los derechos de propiedad de los que habían recibido tierras en pago de servicios. Sólo por especial merced podían algunos cederlas como no fuese á plebeyos.

Tenían amortizados sus fundos los colegios sacerdotales y vinculados sus feudos los barones; mas los barones dentro de su respectivo territorio podían á par de los reyes dar de sus campos y montes á quien quisieran.

La propiedad en la plebe era siempre colectiva. En todo pueblo había tantas comunidades de labradores como barrios, cuando no como calles. Las de calle tomaban el nombre de *tlaxicallis*, las de barrio el de *calpullis;* el conjunto de unas y otras, el de *altepatlalli*. Estaba constituida cada una por una sola tribu, y tenía su jefe electivo y su consejo de ancianos. Ellas, y no los individuos que las componían, eran las que disponían de tierras: poseían independientemente las unas de las otras, más ó menos espaciosas heredades definidas por estas ú otras lindes, y las repartían inspirándose en la justicia y siguiendo antiguas costumbres.

Dentro de las tierras de su comunidad tenía cada familia su lote y lo trasmitía por herencia; pero sólo mientras lo cultivase. Si lo dejaba sin cultivo dos años, oía de boca del jefe del *calpulli* serias censuras; si tres, lo perdía, como no diese de su falta razon plausible. Lo perdía tambien si cambiaba de domicilio. Volvían á la comunidad los lotes vacantes, bien por estas causas, bien porque sus usufructuarios muriesen sin herederos; y servían admirablemente ya para la dotacion de nuevas familias, ya para la mejora de lotes ó poco fecundos ó escasos. No renovándose periódicamente los repartos como sucedía en el Perú y acontece aún en los pueblos eslavos de Rusia, éste era á la verdad el único medio de conservar cierto equilibrio entre las familias de tan excelentes comunidades agrícolas.

Ni comunidades ni familias pudieron nunca enajenar las tierras. Podían, sin embargo, las familias ceder el uso de las suyas á miembros del mismo *calpulli* por cierto número de años; y las comunidades en caso de necesidad pública dar y tomar en arrendamiento las vacantes. Lo que en modo alguno se permitía á

las unas ni las otras era admitir en su seno gente extraña á la tribu ni aún á condicion de que descuajase y cultivase tierras incultas.

El *calpullec* ó jefe del *calpulli* tenía para regirlo no pocas atribuciones y deberes. Llevaba la voz de la comunidad ante el Rey, los gobernadores y los tribunales de justicia. La defendía contra toda clase de usurpaciones. Llevaba un registro donde venía pintado cada lote con expresion de la cabida, las lindes, los productos, el nombre del que lo poseía, el número de personas que lo labraban y los cambios de mano que habia sufrido. Convocaba á los ancianos siempre que debia resolver cuestiones de impuestos, de repartos de tierras ó de fiestas religiosas; y, cuando éstas se verificaban, distribuía de su propio caudal abundantes víveres á las numerosas familias que las celebraban ó acudian á verlas. Cobraba en cambio tributos como los demás jefes.

Lo ahora de notar es que no era el *calpullec* el único registrador de la propiedad en Méjico. Había registradores de distrito, que recogían y conservaban ordenadamente los planos de todas las tierras en él contenidas, distinguiendo por el color de púrpura las de la Corona, por el de escarlata las de la nobleza y por el amarillento las de los *calpullis*.

Tierras labradas en comun no sé que las hubiera, como no fuesen las que los mismos *calpullis* y los pueblos vencidos destinaban á pago de contribuciones. Llevaban las de los pueblos vencidos el nombre de *yaotlallis*, campos de guerra.

Por lo hasta aquí escrito pudiera creerse que entre los aztecas no había labradores sin predio. Los habia en gran número, y se los conocía, según Alonso de Zurita, con el nombre de *tlalmaites* ó *mayeyes*. Eran los *mayeyes* los enfiteutas y los criados de los barones, de los *tecpanpouhques* ó de los demás nobles; y estaban pegados al terruño, como aquí los siervos de la gleba. No podían dejarlo aunque quisieran y con él pasaban á los herederos de sus señores. Verdad es que los señores tampoco podían quitárselo.

En Tezcuco y en Tacuba estaba sujeta la propiedad á las mismas condiciones y leyes que en Méjico. No sucedía otro tanto, á lo que parece, en los Estados Independientes. Sólo en Huexotzingo vuelvo á encontrar los *calpullis*, y estos, no ya como simples comunidades agrícolas, sinó como cuerpos administrativos y políticos. Algo parecido á los *tecpanpouhques* veo tambien en las casas señoriales de Tlaxcala; pero no ya en otra parte. De los tarascos de Michoacan sé tan sólo que el Soberano tenía sobre la hacienda como sobre la vida de los súbditos un poder sin límites; y de los zapotecas, que nadie podía vender á perpetuidad su finca y, si alguno por graves motivos la enagenaba, despues de algunos años podían, bien él, bien sus hijos ó sus más próximos deudos, rescatarla mediante el pago del precio. Admitian, como se ve, los zapotecas sólo la retroventa.

LXXVI

Instituciones Civiles.—La propiedad entre los mayas.

Sobre la propiedad entre los mayas escasean las noticias. Según Cogolludo, las tierras en Yucatan eran comunes: habia términos entre las provincias, no entre los pueblos. Las Casas, en cambio, habla de mojones entre los fundos de los propietarios. ¿A quién dar crédito? Landa afirma tambien que eran comunes las tierras. Parece hablar sólo de las vacantes cuando añade: «y así las posee el que primero las ocupa»; pero cierra el paso á la suposicion diciendo que se siembra en muchas partes á fin de suplir la escasez de las unas por la abundancia de las otras. Infiero de todo que allí había, no verdadera propiedad, sinó una mera posesion que duraba mientras no se dejase de cultivar la tierra y hasta era trasmisible por herencia.

Comunismo, no cabe asegurar que lo hubiera sinó en el trabajo. Labraban en comun los yucatecas los campos de sus señores y al decir de Landa tambien los propios. «En tiempo de sus sementeras, escribe este autor, los que no tienen gente suya para las hacer júntanse de veinte en veinte, ó más ó ménos, y hacen todos juntos por su medida ó tasa la labor de todos, sin dejarla mientras no la cumplan.»

Se tenía á los barones por dueños casi absolutos de toda la tierra de sus respectivos feudos; mas no se les reconocía el derecho de enajenar la que no reservasen para el sustento de su casa y corte.

Iguales ó muy parecidas entiendo que debían de ser las condiciones de la propiedad entre los quichés y los cakchiqueles; distintas, entre los nicaraguatecas. Los nicaraguatecas tenían todos su fundo; pero no podian enajenarlo. Ni de su riqueza mueble podian disponer si abandonaban la tierra. Cuanto poseían pasaba á los más próximos deudos y, si no los había, al baron ó al municipio.

LXXVII

Instituciones Civiles.—La propiedad en el Perú.

Era notabilísimo en el Perú el régimen de la propiedad inmueble. Como dije en otro párrafo, estaba dividida la tierra de cada demarcacion en tres partes: una para el Sol ó sea para el sacerdocio; otra para el Inca ó sea para el Estado; otra para el pueblo ó sea para los municipios.

Los municipios repartian todos los años á cada familia sin hijos dos *tupus* (como tres fanegas de sembradura): uno para maíz, otro para legumbres; á cada familia con hijos solteros, dos *tupus* más por varon, uno más por hembra. Las

familias, como ve el lector, eran simples usufructuarias de la tierra: no podían enajenarla ni á título oneroso ni á título gratuito. En cambio no debían al Fisco parte alguna de los frutos que pudieran producirles.

No todas las familias entraban, á lo que entiendo, en ese reparto. Disponían de tierras vinculares propias los incas, los demás nobles y los caciques de las naciones vencidas; no las tenían ni vinculares ni libres los que se dedicaban al ejercicio de las artes.

Las tierras del Sol y las del Inca aumentaban ó disminuían, á lo que parece, segun la mayor ó menor necesidad de los municipios, que se reservaban siempre más de las que exigía el número de sus vecinos. En determinados tiempos cultivaban unas y otras en comun los labradores del término, y este era su principal tributo. Cultivábanlas, al decir de Garcilaso, con gran contento, vestidos de fiesta, coronados de plumas y, sobre todo al barbechar, cantando himnos en loor de sus monarcas. Debían tambien labrar en comun las de sus respectivos caciques; no ya las de los incas ni los demás nobles, puestas á cargo de *yanacunas*.

Cuidaban asimismo los agricultores de cada municipio las tierras de las viudas, los huérfanos, los enfermos y los ausentes por causa de la República; y, si no en comun, ayudándose los unos á los otros, cuidaban las propias.

Había comunidad en el trabajo y tambien en ciertos bienes. Eran allí comunes la sal, así la de mar como la de tierra, los peces de los ríos y los arroyos y los árboles silvestres. Eran, por lo contrario, propiedad del Inca los ganados y las minas. Caciques nobles y áun plebeyos disponían de llamas y áun de objetos de plata y oro, mas sólo por merced del Soberano.

Esta rara organizacion de la propiedad habia dado excelentes frutos. No había en el Perú mendigos. No afligía nunca el hambre á los pueblos. No dejaban en desamparo á las familias ni las levas, ni las enfermedades, ni la muerte. No enturbiaba, como aquí, el temor del día de mañana los goces ni las alegrías de los hombres. Recogía la Administracion en los tambos de los caminos, en los graneros del Cuzco y en los pósitos de las cabezas de provincia los inmensos productos de las tierras del Sol y del Inca, y en almacenes contiguos lo que por razon de tributo recibía en ropas, en utensilios, en armas. Quedábanle anualmente, despues de cubiertos con holgura sus gastos, cuantiosísimos sobrantes, y con ellos hacía y podía hacer frente así á las calamidades privadas como las públicas. No sucedía, como aquí, donde los gobiernos, aún esquilmando y estrujando á los pueblos, son impotentes contra los males que produce el desbordamiento de un río, una mala cosecha, una simple granizada. Sanos y enfermos, vestía y mantenía allí la Administracion á los oficiales y maestros de todas las artes; y enfermos ó ausentes por la patria, ya socorría á los labradores, ya hacía que los convecinos les labrasen las tierras.

¿Habría podido pedirse más si el sistema no hubiese exigido el doloroso sacrificio de la libertad del individuo?

LXXVIII

Instituciones Civiles.—Orden de sucesion.

El orden de sucesion en los bienes debía de haber preocupado muy poco á los Incas. Vinculadas las tierras de los nobles, repartidas año por año las de los plebeyos, señor de casi todo el país el Estado, la generalidad del pueblo en una medianía rayana de la pobreza, no podía la sucesion tener en el Perú mucha importancia. No se la dieron tampoco los primitivos historiadores de Indias: sólo en Fernando de Santillan encuentro ligeras indicaciones, que á continuacion trascribo.

Segun Santillan, cuando moría un cacique, se apoderaba el sucesor de las fincas y los demás bienes que aquel dejaba, los mantenía en pié como si fuesen de mayorazgo, y con ellos subvenía á las necesidades de la mujer y los hijos del difunto. Incluye aquí el autor entre los caciques á los jefes de ciento y de mil vecinos. Si moría el señor de toda una provincia, el sucesor, añade Santillan, no adquiría sinó el cargo; daba desde luego á los hijos del muerto los bienes relictos.

Segun el mismo Santillan, se conocía en el Perú hasta los testamentos. El que se sentía morir, dice, llamaba á su más cercano pariente ó al que le había de suceder, si era cacique, y le manifestaba como quería que se distribuyese su hacienda. Se la distribuía siempre como dejaba ordenado.

Sobre la sucesion entre los mayas escasean tambien las noticias. Entre los yucatecas heredaban los hijos con exclusion de las hembras, que se dejaba á merced de los varones. Recibían todos igual parte de bienes; mayor, sólo el que hubiese contribuido á que los ganara el padre. A falta de hijos sucedían los hermanos y á falta de hermanos los más próximos deudos. En Nicaragua, segun Oviedo, á falta de hijos se repartían la herencia los más cercanos parientes del muerto y su cónyuge.

Tampoco abundan las noticias acerca de la sucesion entre los nahuas. Los lotes de los *calpullis* continuaban indefinidamente en las familias á que se los hubiese entregado: volvían, como ántes dije, á la comunidad sólo cuando éstas se extinguían. Las tierras de los nobles pasaban generalmente al hijo primogénito. Podía el padre, si le creía incapaz, nombrar otro heredero, mas siempre con la obligacion de mantener digna y convenientemente al desheredado. Entre los tlaxcaltecas, los zapotecas y los mixtecas lo mismo que entre los yucatecas estaban excluidas de la sucesion las hembras.

En muchas razas salvajes todo órden de sucesion era imposible. Sobre no existir la propiedad inmueble, había, como se verá en otro párrafo, la costum-

bre de quemar ó destruir de otra manera las armas, las herramientas, los utensilios, los trajes y áun las alhajas de los muertos. Tenían, en cambio, otras razas instituciones dignas de nota. Entre los criks se conocía la sucesion testada y la intestada. *Ab intestato* pasaban los bienes del difunto á todos los hijos; por testamento en presencia de dos testigos, á la persona ó las personas que el testador hubiese elegido. Iba á los hijos del primer marido el patrimonio de la mujer que hubiese muerto en segundas ó terceras nupcias.

Entre los iroqueses los hijos sucedían á la madre y no al padre. Del padre no podían recibir ni el *tomahawk* como no se lo hubiese dado delante de testigos. Pasaban los bienes paternos á los hermanos ó á los hijos de hermana. Dependía esto de que en las naciones iroquesas nadie casaba con mujer de su tribu y los hijos pertenecían á la tribu de la madre. Organizacion singularísima.

Entre los nutkas seguían tambien los hijos la tribu de la madre; pero podían suceder al padre. Heredaba el primogénito.

Entre los navajos, por fin, marido y mujer tenían distinto patrimonio. Cuando morían, pasaba el de la mujer á los sobrinos de la mujer y el del marido á los del marido.

LXXIX

Instituciones Civiles.—Tutela y Curatela.

Segun Fernando de Santillan habia tutores y curadores entre los peruanos segun Diego de Landa, entre los yucatecas.

En el Perú, dice Santillan, á la muerte del señor principal de toda una provincia, de quedar hijos menores, se les daba tutor y curador que los tuviese y los alimentase, ó les servía de tal el sucesor en el mando. Este, sólo en el caso de que les fuera pariente.

A la muerte de un yucateca, dice Landa, de quedar hijos menores, se entregaba la herencia que les correspondía al más cercano deudo, que iba después dando á la madre con que los criara. Si ese curador era hermano del difunto, se apoderaba tambien de los hijos. Cobraba el guardador frutos por alimentos: cuando llegaban los pupilos á la mayor edad, los ponía en posesion de la hacienda. Caía en gran menosprecio, si no la devolvía íntegra ante los señores y los principales del pueblo.

LXXX

Instituciones Civiles.—Adopcion.

En algunas razas salvajes de la América del Norte se conocía una especie de adopcion mucho más amplia que la nuestra. Adquirió carácter principalmente en las naciones iroquesas y las algonquinas.

Los algonquines adoptaban sólo á prisioneros de guerra; los iroqueses, á toda clase de hombres, amigos ó enemigos. Unos y otros buscaban por la adopcion no siempre hijos, como aquí en Europa, sinó hijos, ó padres, ó hermanos, ó cónyuges, segun las especiales circunstancias de sus familias. Tomaba desde luego el adoptado los nombres del adoptante y gozaba de la misma consideracion y los mismos derechos de que hubiese gozado siéndole deudo por los vínculos del matrimonio ó de la sangre. ¿Le había adoptado, por ejemplo, una viuda como esposo? Para la viuda pasaba á ser marido; para los hijos de la viuda padre; para los padres de la viuda hijo; para los hermanos de la viuda hermano; para los algonquines algonquin; iroqués para los iroqueses.

Tenían los algonquines para estas raras adopciones algunas ceremonias. Conducían al adoptado á la márgen de un arroyo, le lavaban, le ponían en los hombros un manto de castor, le llevaban al seno de la nueva familia y le daban un banquete á que concurrían todos sus improvisados parientes. La alegría era grande.

Ignoro si los iroqueses tuvieron tambien para esto sus ritos. Sólo sé que vendían la adopcion como el más señalado favor del mundo. Como que para ellos ser iroqués no valía menos que para los antiguos latinos ser ciudadano de Roma.

LXXXI

Instituciones Civiles.—Esclavitud.

La esclavitud era general en América. Sin esclavos no sé que estuvieran sinó los dacotas, los esquimales, los shushwaps, de la familia de los columbios, y los pueblos que mataban á los prisioneros. Tambien lo estaban los del Perú, por más que sus *yanacuna* vinieran á ser *homines perpetuò adscripti servitio regum, regulorumve*. Los *yanacuna* eran aún hombres, no cosas: gozaban de los mismos derechos civiles que los demás súbditos de los Incas y no pasaban á nuevas manos por cesion ni venta.

Nacía la esclavitud principalmente de la guerra; pero tambien de otras cau-

sas. Los nutkas y los haidahs recurrían para adquirir esclavos á la guerra y el robo; los mismos haidahs y nutkas, los thlinkites, los chinuks, los nuevo-mejicanos, los utahs entre los californios y los atnas entre los tinnehs, á la guerra y al contrato de compra. Vendían los nutkas y los nuevo-mejicanos á sus propios hijos. Hacíase generalmente el comercio de esclavos de tribu á tribu: entre los tinnehs, por ejemplo, de los koltshanes á los atnas; entre los nutkas, de las tribus del Norte á las del Sur y de las establecidas en la costa á las de tierra adentro.

Entre los nutkas y los californios del Norte eran, además, esclavos los hijos de padres desconocidos y entre los chinuks los que se entregaban voluntariamente á sus acreedores en pago de deudas. En pago de deudas no sé si recordará el lector que fué forzosa la esclavitud en Roma por las antiguas leyes.

En muchas razas salvajes no vivían todos esos esclavos ménos triste y miserablemente que en las cultas de Europa. Nada adquirían, no se casaban, ningun derecho tenían sobre sus hijos, desempeñaban los más rudos trabajos, recibían en premio de sus servicios desprecios, castigos y áun la muerte. Se los vendía. Inútiles ya, ó se los reducía á morir de hambre ó se los mataba. No era raro que se les sacrificara sobre la tumba de sus amos. Aun despues de muertos, se los trataba como seres viles: se los arrojaba á los ríos ó al mar y, no por mano de personas libres, sinó por la de otros esclavos. Eran esclavos sus descendientes.

No tenía ya la esclavitud el carácter de hereditaria ni entre los californios de la ribera del Gila, ni entre los columbios de tierra adentro, ni en algunas tribus de los thlinkites. Ni era de mucho tan áspera entre los chiquitos y los charruas. Unos y otros veían en sus esclavos meros servidores de sus mujeres, y, léjos de maltratarlos ni de considerarlos hombres abyectos, les daban frecuentemente por esposas á sus propias hijas.

Es ahora de advertir que en gran número de razas salvajes se hacía esclavos sólo á los hombres y á los niños; y entre los indígenas de la costa de la Florida, sólo á los prisioneros de extrañas naciones.

Presentaba la esclavitud singular aspecto entre los nahuas y los mayas. En todo el territorio ocupado por los nahuas eran fuentes de esclavitud la guerra, el crímen y el contrato. No todos los prisioneros morían en los altares de los dioses; quedaban esclavos los que el captor quería; y, si alguno se mostraba diestro en la música ó en el ejercicio de las artes domésticas, no era raro que pasase por venta al Rey ó á personas distinguidas por su rango ó su fortuna. Esos esclavos, con todo, opino que en todo tiempo podían ser destinados por sus dueños al sacrificio.

Caían en la esclavitud por ajenos ó propios crímenes: 1.° las mujeres y los hijos de los reos de alta traicion y tambien los deudos sabedores de que se la fraguaba, si oportunamente no la descubrían; 2.° los ladrones reincidentes, los

que por primera vez robaban con fractura los templos, los que se apoderaban de cosas de valor, principalmente si no podían devolverlas íntegras, y los que, siendo mayores de diez años, cogían en campo de otro cierto número de mazorcas de maíz ó de magueyes ó de otras plantas útiles, como no pudiesen pagarlas; 3.° los que sin permiso del propietario ó de autoridad competente enajenaban bienes que habían recibido en depósito ó por otro título que no transfiriese dominio; 4.° los que vendían como esclavos á hombre ó mujer libres ó como suyos á niños que habían encontrado ó sustraído; 5.° en Méjico los que de cualquier modo impedían la llegada de esclavos ajenos al asilo que les ofrecía el palacio de los reyes; 6.° en algunas partes los plebeyos que por primera vez se embriagaban; 7.° los que engendraban en sierva de otro, si la sierva moría de parto ó de sobreparto. Esos esclavos no podían en tiempo alguno ser inmolados á los ídolos como no fuese por sus faltas. Tampoco pertenecían al Monarca ni al Fisco. O se los vendía públicamente ó se los entregaba á los agraviados, si los agraviados no preferían el importe de la venta.

Eran tambien esclavos los hijos de familia legítimamente vendidos por sus padres y los hombres *sui juris* que habían enajenado su libertad, bien por hambre, bien por amor al juego, el lujo ó los deleites. Jugadores y áun mujeres locas, agotados ya los recursos, á fin de prolongar sus desórdenes solían allí venderse para dentro de uno ó más años recibiendo al contado el precio.

Los padres enajenaban con bastante frecuencia á sus hijos, y á veces bajo cierta condicion que creo digna de nota; bajo la de reemplazar á los muertos por otros vivos siempre que no ocurriera el fallecimiento en casa del amo ni el amo tomara del siervo cosa que por ley no le fuese debida. Lo más notable aquí es que á veces esta obligacion llamada en lengua de Méjico *huehuetlatllacolli*—antigua servidumbre— la contraían sólidamente para con los compradores cuatro ó cinco familias.

En todos los mercados de los nahuas, principalmente en el de Azcapotzalco, era grande el comercio de esclavos. Se los exponía decentemente vestidos; y á fin de que se hiciesen agradables se los obligaba á poner sereno y alegre el rostro. Valía cada esclavo por término medio veinte mantas. Se verificaba siempre la venta delante de cuatro testigos de respeto; y, cuando se trataba de la de un hombre libre que se enajenase á sí mismo, interesábanse los testigos por que le fuesen lo más favorables posible las condiciones del contrato.

La esclavitud distaba allí realmente de ser lo dura que en Europa. Los esclavos podían casarse, adquirir toda clase de bienes y trasmitirlos. Como no fueran ó muy mozos ó muy pobres, no residían en la casa de sus señores; vivían independientemente y se limitaban á cumplir los deberes que para con ellos les imponían el contrato, la ley ó la costumbre. Despues de muchos años de buenos y personales servicios no era raro, si mostraban inteligencia, que llegaran á ser mayordomos de las haciendas de sus dueños. Interin se portaran bien, no po-

dían ser vendidos sin su consentimiento, como no lo exigiese la miseria de sus amos; no podían serlo, áun faltando, si en presencia de testigos no se les hubiese prevenido que, de no seguir otra conducta, se los pondría en venta. Sólo despues de dos ó tres amonestaciones de este género se los enajenaba, quisiesen ó no quisiesen. Poníaseles entónces un collar de madera, pregon de su mala índole; y, si no se enmendaban ni áun cambiando de señores, podía destinárseles al sacrificio.

No mediaban allí tampoco entre los esclavos y los señores los abismos que aquí en Europa. Acontecía más de una vez que tomase el señor á una de sus esclavas por esposa y admitiese la señora á uno de sus esclavos por marido; más de una vez tambien, que niños esclavos se sentasen á la mesa de sus dueños. Llegaban á establecerse entre las dos clases hasta vínculos de cariño: viendo pobres á sus antiguos amos trabajaban con ahinco por socorrerlos esclavos que ya no lo eran ó estaban en otras manos. Que ya no lo eran, digo, porque allí como en Roma cabía emanciparlos y con frecuencia se los emancipaba.

Lo que no podía nunca el esclavo era obtener cargos públicos.

Se duda hoy si la esclavitud se extendía á los hijos. Lo niegan los más de los autores, y yo con ellos. Quizá sea cierto que en Tezcuco dejase de ser hereditario sólo desde los dias de Netzahualpilli, que murió años ántes de la Conquista; en Méjico es probable que no lo fuese nunca por más que en tiempos aciagos se vendieran hombres libres, agobiados por el hambre, con todos sus descendientes.

Tampoco falta quien duda si, á pesar de lo que llevo dicho, se podía sacrificar esclavos de otro orígen que la guerra, ya en los funerales de los reyes y los nobles, ya en las fiestas religiosas. En mi opinión los contratos modificaban las leyes, y sobre las leyes en ciertos casos prevalecían las costumbres. La mayor parte de los niños que se inmolaba, por ejemplo, á los dioses Tlaloc los vendían los padres sabiendo positivamente que los entregaban á la muerte y no á la servidumbre. Ni sabían ménos los esclavos que obtenían el favor de los nobles y los reyes la suerte que les esperaba al morir sus favorecedores. Movidos por la vanidad y el fanatismo, hasta se creían honrados con acompañarlos en el sepulcro y seguirlos á la region de las sombras. Como se verá en otro párrafo era casi general en América la costumbre de matar esclavos y aún gentes libres sobre la tumba de monarcas y caciques.

Entre los mayas eran tambien motivo de esclavitud la guerra, el crímen y el contrato. Sacrificaban igualmente los reyes á sus dioses los prisioneros de guerra ó los reducían á servidumbre. Hacían, además, esclavos á las esposas y los hijos de los reos de muerte, á los raptores que no llegasen á consumar el rapto, entre los pipiles á los que cohabitasen con sierva, en las demás naciones á los que con sierva contrajesen matrimonio, en Yucatan y Guatemala á las mujeres que faltasen al pudor y despues de amonestadas perseverasen en su torpe conducta, en Yucatan á los menores de edad convictos y confesos de homicidio,

en todas partes al ladron que por sí ó por su familia no pudiese restituir lo robado ó satisfacer el importe, en Guatemala, por fin, al que tomase muchas cosas á crédito y luego se declarase insolvente. Tenían tambien esclavos por compra; unos extranjeros, otros indígenas. Como entre los nahuas, se vendían allí los padres y vendían á sus hijos.

Volvemos á encontrar aquí entre el señor y el esclavo el insondable foso que hubo en la antigua Roma. Como acaba de verse, no bajaba nunca el señor al nivel del siervo. Aunque en Yucatan podía tomar esclavas suyas por concubinas, jamás incluir entre sus herederos á los hijos que de ellas tuviese. Por otra parte mataba impunemente al esclavo ajeno y al propio, y en las demás naciones con tan escaso castigo, que en Yucatan por el ajeno pagaba con satisfacer el precio. Para colmo de mal eran esclavos los hijos del esclavo que no lo hubiesen sido por causa de robo ó deuda; y sólo entre los yucatecas podían redimirse estableciéndose en tierras baldías y haciéndose tributarios.

¡Qué llegue á ser el hombre tan enemigo del hombre!

LXXXII

Leyes Penales.

Las leyes penales eran escasísimas en las razas salvajes; poco numerosas, en las cultas. En las razas salvajes las suplía la venganza. El ofendido ó sus deudos castigaban al autor de la ofensa. Gracias que no aplicasen sinó la pena del talion; vida por vida, propiedad por propiedad, honra por honra. Llevaban con frecuencia el castigo más allá del agravio. El talion era, con todo, lo más en uso. Penábase en algunas razas el adulterio cohabitando el marido burlado con la esposa ó la hermana del adúltero; en otras, los delitos contra los bienes raices, devastando maizal por maizal, invadiendo campo por campo, destruyendo casa por casa.

Para muchos delitos no había pena alguna. Conocíase el desafío entre los yuracarés y el suicidio entre los yuracarés, los musos y los colimas. No se castigaba nunca ni al que mataba en duelo, ni á los reos de suicidio frustrado. Tampoco á los sodomitas. La sodomía era demasiado general en la América salvaje para que se pensase en refrenarla. Quisieron hacerla odiosa las tribus de la laguna de Maracaibo y dieron por toda pena á los delincuentes hilar el algodon, moler el maíz, guisar é ir por agua y leña á par de las mujeres. Medida á todas luces insuficiente allí donde los laches, los chitareros, los indígenas de Hayti, los de las costas de la Florida, los koniagas y los nuevo-mejicanos tenian hombres que á lo mujer vestían y á lo mujer hablaban y se movían para mejor vender sus cuerpos y ganarse amigos; donde al decir de Cieza de Leon los yungas y otras gentes habian llevado la sodomía al templo y puesto al sodomita á la altura del sacerdote.

De todos los delitos contra la honestidad el más generalmente castigado en las razas salvajes era el adulterio. Lo era en muy pocas el incesto; en muchas ménos el simple estupro; en ninguna que yo sepa la prostitucion, no tan comun allí como en Europa. El mismo adulterio lo era más como delito contra el honor ó la propiedad del marido que como delito contra el pudor y las buenas costumbres. Mataba el shoshoni á la adúltera, y entregaba por precio la esposa fiel al primer extranjero que pisaba su tienda.

Castigábase ordinariamente á los adúlteros con la muerte; con muerte acompañada de crueles tormentos entre los achaguas y los caribes. No los trataban con más blandura sinó los criks, los musos y los colimas. Entre los criks los cogían los parientes del ofendido; y despues de darles azotes hasta dejarlos inertes, les cortaban al rape las orejas para que llevasen perpétuamente consigo el testimonio de su crímen; entre los colimas y los musos no era raro que el marido, en vez de matar á los adúlteros, se matase á sí mismo, tan desesperado por la alevosía de la mujer que amaba como por lo imposible que le parecía ocultar al mundo su deshonra.

Los pimas y los *pueblos* castigaban, no sólo el adulterio, sinó tambien el concubinato. Sus consejos de ancianos reunidos en las estufas citaban á los amancebados y los ponían en la alternativa de separarse ó casarse. Si se veían desobedecidos, los azotaban.

Sólo entre los californios del Norte se dejaba de imponer á los homicidas la pena de muerte. Entre los tupinaes se los entregaba por sus propios parientes á los de la víctima, y en presencia de los unos y los otros se los estrangulaba. En las costas de la Florida se les abría la cabeza de un porrazo en medio de un hemiciclo que formaban el cacique y sus consejeros. Se limitaban los californios del Norte á exigir precio por cada muerte, y no pedían nunca por la de una mujer sinó la mitad de lo que por un hombre. No era esto raro ni aún en las razas salvajes que más se distinguían por su crueldad con los delincuentes: reuníanse con frecuencia los deudos del ofensor y del ofendido y concertaban la manera de redimir el crímen anteponiendo el interés á la venganza.

Entre los tupinaes pesaba el homicidio sobre toda la familia del reo. Si huía el matador, se estrangulaba á cualquiera de sus hijos; si no los tenía, á cualquiera de sus hermanos; si no los tenía tampoco, se ponía á su más próximo pariente bajo la servidumbre del más próximo de la víctima.

Con el robo distaban de ser tan duras las razas salvajes. No lo era sinó la de Hayti, que empalaba vivos á los ladrones y miraba con prevención al hombre honrado que por ellos intercediera. Matábalos tambien el chinuk, pero sólo cuando habían despojado y violado sepulcros.

Castigaba el chinuk con la muerte hasta la cobardía; el araucano, á los traidores y los hechiceros.

En Groenlandia, segun refieren, había una pena singular contra la injuria.

Injuriante é injuriado parecían en público y se recriminaban y defendían oponiendo muchas veces sátira á sátira. El pueblo dejaba á cada uno de los contendedores en el lugar que le correspondía.

Los nahuas eran entre las razas cultas los que más número tenían de leyes penales. A los reos de alta traicion, á los conspiradores, á los que promovían sediciones ó excitaban sentimientos de odio entre los pueblos, les desarticulaban y rompían los miembros, les arrasaban los hogares, les confiscaban los bienes, les declaraban esclavos hasta la cuarta generación los hijos y los deudos. Al baron que se rebelaba, como no se le hiciese prisionero en combate, le aplastaban á porrazos la cabeza. A los demás rebeldes los asaban vivos. A los que usaban las insignias reales ó las del *cihuacoatl*, el supremo juez de Méjico, los mataban, les arrebataban los bienes y se los aplicaban al fisco. A los que maltrataban á embajadores, ministros ó correos del Rey les daban pronta muerte. Eran ya menos duros con los que alteraban el órden público sin recurrir á las armas: les imponían simplemente la pena de arresto y la de indemnizacion de perjuícios.

Condenaban á muerte á todos los homicidas, ya fuesen nobles, ya plebeyos; ya hubiesen puesto las manos en hombre libre, ya en hombre esclavo; ya se hubiesen valido de armas, ya de veneno. Aun al que había procurado el veneno quitaban la vida. Como ántes dije, hacían otro tanto con la que provocaba y el que facilitaba el aborto y con los infanticidas. En Michoacan á todos los reos de homicidio arrastraban por las calles hasta dejarlos muertos.

Comprendían tambien los nahuas entre los homicidas á los que mataban en desafío. No los eximían de la pena de muerte sinó cuando hubiesen verificado el duelo en campo de batalla, es decir, en frente de otro ejército. Comprendían asimismo entre los homicidas al marido que daba muerte á los adúlteros. Asaban en cambio á fuego lento al adúltero que la diese al marido.

Castigaban otros delitos contra las personas. En Tezcuco ahorcaban al que robaba un niño y lo vendía por esclavo; en Méjico vendían por esclavos al ladron mismo y á sus cómplices y distribuían el precio dando la mitad al niño robado ó á sus deudos, y la otra mitad al comprador del niño. Cortaban en Méjico los labios y á veces las orejas á los calumniadores, y los mataban en Tezcuco. Aplicaban en uno y otros reinos á los testigos falsos las penas en que habrían incurrido los acusados, á ser reos convictos. De tal modo odiaban la mentira, que se dice si Netzahualcoyotl impuso la pena capital á los historiadores que faltasen á la verdad en la pintura de los hechos.

Con los delitos contra la honestidad no eran tampoco blandos los nahuas. Sólo el estupro dejaban impune. Ahorcaban á todo el que tenía relaciones carnales con su madre, su madrastra ó su suegra, con su hermana ó su hermanastra. Inflijían en Michoacan horribles penas á los raptores: los empalaban despues de haberles rasgado la boca hasta las orejas. No eran de mucho tan crueles en Mé-

jico ni en Tezcuco; pero los mataban. A los adúlteros convictos, si plebeyos, ó los lapidaban ó les aplastaban el cráneo con una enorme piedra en la plaza pública; si nobles, los estrangulaban en la cárcel, les cortaban la cabeza, se la adornaban con verdes plumas en señal de respeto y quemaban el cuerpo. Estrangulaban tambien á los adúlteros de la plebe cuando se los declaraba tales sólo por indicios.

No en todas partes se castigaba de este modo á la adúltera. En Ixcatlan se la hacía cuartos y se los repartía entre los testigos; y en Itztepec se le cortaba nariz y orejas para que mientras viviese sirviera de escarmiento.

Es ahora de observar que en parte alguna consideraron los nahuas adúltero al hombre casado que yoguiese con mujer soltera.

Imponían tambien los nahuas penas atroces á los sodomitas. En Méjico los ahorcaban; en Tezcuco los iban cubriendo de cenizas hasta asfixiarlos. Hacían más en Tezcuco con los que se prestaban al coito: les sacaban por el ano las entrañas antes de enterrarlos en la ceniza. Sólo en Tlaxcala se asegura que se limitaban á entregarlos al desprecio de las gentes. Mataban tambien en todas partes á la mujer que tuviera acceso carnal con otra; tambien á la hembra que en público vistiese de varon y al varon que vistiese de hembra.

Mataban en Tezcuco á los alcahuetes; en Méjico les quemaban al rape el cabello hasta escoriarles la cabeza. Los condenaban en Méjico á mayor pena, si habían ejercido en perjuicio de personas de rango sus malas artes.

Al sacerdote que violaba su voto de castidad le proscribían por fin, le demolían la casa y le confiscaban la hacienda.

Otro delito contra las personas conocieron aún los nahuas que no merece olvido. Castigaban con la muerte al que se hubiese atrevido á levantar la mano contra su padre ó su madre y privaron de la herencia de los abuelos á los hijos del delincuente.

No fueron más blandos con los delitos contra los bienes. Moría el que alteraba las lindes de los campos y el que violentamente se apoderaba de tierras de otro. Moría tambien el que disipaba el patrimonio de sus mayores. Caía, como vimos, en esclavitud el que indebidamente enajenaba fundos que no poseía ó poseía á ley de depósito. Incurría en pena hasta el que vendía por dos veces tierras propias. Moría, además, el que se entraba por las huertas y los maizales y robaba mazorcas ó frutas y el que arrancaba el maiz antes que granara. Sólo de las orillas de los campos se permitía que tomara el viajero algunas panojas con el fin de satisfacer el hambre.

Querían los nahuas que se respetase no sólo la propiedad raíz sinó tambien la mueble. Arrastraban por las calles y ahorcaban ó lapidaban luego á todos los reos de considerables depredaciones; aplastaban la cabeza con la clava á los que salían á robar en los caminos reales; mataban á palos al que cometía el más insignificante de los hurtos en los mercados públicos; colgaban al que por segunda

vez arrebataba de los templos cosa de valía; apedreaban al ladron de piedras preciosas, especialmente al de la piedra *chalchiuite*, una especie de esmeralda; y quitaban la vida al guardador que no diese cuenta de los bienes de su pupilo. A los demás ladrones, como se ha dicho, se los hacía esclavos.

Perseguían aún los nahuas otros actos, á su parecer delitos. Inmolaban en los altares de sus dioses, abriéndole el pecho y arrancándole el corazón, á todo el que empleaba en daño de tercero las artes de la magia. Ponían en la horca á todo noble que se embriagase, arrastraban fuera de la ciudad el cadáver y lo arrojaban á determinado arroyo. Si el que se embriagaba era plebeyo, en unas partes le vendían por esclavo la primera vez y le mataban la segunda, y en otras le rapaban la cabeza, le azotaban por las calles y le demolían la casa. Mostrábanse más severos con los jóvenes que incurrían en tan grave falta: si varones, los mataban en la cárcel á porrazos; si hembras, á pedradas en el mercado público. Degradaban al militar borracho por muy acreedor que fuese á la consideración de la patria.

Eran respecto á la embriaguez tan duros porque la miraban con horror lo mismo la sociedad que el Estado. Consideraban allí indigno de un noble beber licores. Dejábaselo para el grosero vulgo, especialmente para los que en el ejercicio de su profesion hubiesen de hacer grande uso de sus fuerzas. No lo permitía tampoco la ley sinó á esos artesanos, á las mujeres recien paridas y á los que tuviesen más de cincuenta años. No se lo toleraba á los otros sinó en los banquetes y las fiestas públicas, y áun allí con tasa.

Había entre los nahuas otro delito singular, á ser cierto el desastroso fin que se atribuye á Xocotzincatl, hijo de Netzahualpilli, rey de Tezcuco. Moría el que osaba dirigir palabras de amor á cualquiera de las concubinas del Monarca. Porque tal hizo se dice que murió Xocotzincatl á manos del verdugo sin que le valieran ni el cariño del padre, ni el amor desesperado de la madre, ni los ruegos de amigos y tutores.

No era tan largo el código penal de los mayas; pero sí algo parecido. Morían por él los traidores, los rebeldes, los que provocaban alzamientos, deserciones, ó resistencias al pago de los tributos y en general los que de algun modo ponían en peligro la salud del Reino. Morían asimismo los homicidas, los que vendían por esclava una persona libre y los hechiceros. A los hechiceros, los guatemaltecas los quemaban; los indígenas de Vera Paz ó los ahorcaban ó los mataban á palos.

En Yucatan y Nicaragua, sin embargo, no siempre pagaban con la vida los reos de homicidio. Incurrían sólo en pena de multa los que habían delinquido por injustificada provocacion ó sin malicia. No caían tampoco más que en esclavitud, si eran menores.

Contra los delitos sensuales tenían los mayas distintas penas. Mataban en la península yucateca á los seductores; y en los demás puntos no les imponían sinó

una multa pagadera en plumas de grande estima, como no se querellase el hermano por la hermana ó el padre por la hija y pidiesen la muerte ó la esclavitud de los reos. Mataban en todas partes al que robaba la hija de su principal ó de su jefe; y en Guatemala y Salvador, á todos los raptores. Sólo en Nicaragua hacían el rapto objeto de una simple indemnizacion á los padres ó parientes de la víctima.

En Guatemala contra el adulterio había toda una escala de penas. Varon casado que yoguiese con doncella, pagaba de sesenta á cien plumas de valía, si acertaban á quejarse los deudos de la ofendida, que ordinariamente callaban á fin de evitar el escándalo Varon casado que yoguiese con casada ó viuda incurría por la primera y áun por la segunda vez sólo en amonestacion y multa; á la tercera él y su cómplice, sujetas las manos á la espalda, habían de aspirar el humo de ciertas plantas, si nocivo y desagradable, no de muerte. Varon soltero que yoguiese con casada, había de pagar al marido lo que por ella hubiese dado al recibirla como esposa. Noble cogida en adulterio era, si por una sola vez, severamente reprendida: si por dos ó más castigada y repudiada. Sufría por fin la muerte el que cohabitara con mujer de rey ó de cacique: se le estrangulaba, si noble, y se le despeñaba, si plebeyo.

Segun Cogolludo, entre los itzas llevaba siempre consigo el adulterio pena de la vida. Sujetos los adúlteros á postes, morían asaeteado él, apedreada ella. Asaeteados morían ambos, segun el mismo autor, en los demás pueblos yucatecas, aunque, segun Landa, solo moría el varon y éste á manos del marido.

En Vera Paz no había penas sinó para los adúlteros reincidentes; y entre los pipiles se castigaba con destierro y confiscacion de bienes el simple acto de hacer el amor á mujer no libre. No se era tan duro en Nicaragua. La esposa infiel tenía por todo castigo el repudio: no perdía siquiera su ajuar y su dote. Apaleaban sus parientes al cómplice, pero no el marido. Blandura extremada, que no revela ni gran sentimiento de dignidad ni mucha pureza de costumbres.

Esos mismos nicaraguatecas en cambio castigaban de muerte á los sodomitas, cuando en Vera Paz los padres procuraban á sus hijos mancebos en que apagaran los hervores de la sangre y en Yucatan era lícito á lo que parece tan repugnante contubernio.

Con los delitos contra la propiedad no eran tan severos los mayas como los nahuas. No mataban sinó á los ladrones incorregibles y á los que sustraían del templo objetos de monta. Por todo castigo solían exigir del delincuente que devolviera lo robado y pagara algo al Tesoro en concepto de multa. Sacrificábanle en Nicaragua á los dioses; pero sólo cuando retardaba mucho la restitucion y el pago. Aun al noble que se hacía reo de hurto se contentaban con escoriarle el rostro. En los más de los pueblos, como escribí en el párrafo anterior, se vendía por esclavo al que por sí ó por sus parientes no pudiera satisfacer la multa ni

resarcir el daño. Aun los robos en los campos llevaban por toda pena la indemnizacion de perjuicios.

Eran los pipiles algo más duros con los embusteros: los apaleaban.

Son pocas pero notables las leyes que conozco de los muiscas. A todo el que cometía una baja accion, aunque fuera noble, se le afrentaba rasgándole el manto ó cortándole el cabello. Se mataba al matador aunque le perdonasen los parientes de la víctima. Se cegaba á los ladrones. Se atormentaba al sodomita hasta dejarle sin vida. Se metía á los incestuosos en charcos de agua llenos de sabandijas sobre que se dejaba caer piedras enormes. Al forzador, si soltero, se le ejecutaba; si casado, se le tomaba la mujer y se la entregaba en su presencia á los apetitos de dos mancebos.

Era mucho más notable el código de los peruanos. Medía con la misma vara al hombre del pueblo y al inca. Moderaba las penas en que incurrían los menores. Perseguía la vagancia, tal vez la más caudalosa fuente de vicios. Castigaba en los padres las faltas, los delitos y aún los crímenes de los hijos, cuando los padres no los habían impedido por la educacion ó los habían engendrado con su mal ejemplo. Prohibía en absoluto la confiscacion de bienes.

Arrastraba ó asaeteaba y hacía cuartos al que mataba al Rey, á la Reina ó al Príncipe; le demolía la vivienda y hasta la cuarta generacion declaraba á los descendientes incapaces de todo cargo público. Procedía de igual manera con los que se pasaban al enemigo, como antes de empezar el combate no se arrepintieran y pusieran de nuevo bajo los estandartes del Inca. Arrastraba y asaeteaba al que matase á ministro del Rey, sacerdote ó vírgen consagrada al astro del día. Descuartizaba al que asesinase á su cacique. Imponía tambien la muerte á todo cacique rebelde, á todo el que se insubordinase estando en armas y á todo el que saquease ó pillase al enemigo.

Castigaba á todo empleado que no mandase más de mil hombres, si no daba mensualmente el censo de los nacidos y los muertos, ó no reclamaba en tiempo oportuno los víveres y efectos necesarios para la gente puesta bajo su guarda, ó no denunciaba los delitos y aún las faltas cometidas en su territorio ó acusaba á inocentes ó violaba de cualquier manera los deberes de su cargo. Incluía entre esos criminales á los jueces que fallasen contra ley causas ó pleitos.

Hacía cuartos al parricida: despeñaba ó apedreaba al matador de niños: ahorcaba y descuartizaba al marido que matase á la mujer, como no fuese por causa de adulterio; hacía otro tanto con la mujer que asesinase al marido: ahorcaba á los demás homicidas. Ahorcaba tambien ó lapidaba al que con hierbas ó á golpes provocaba el aborto ó la muerte de preñada de más de tres meses.

Castigaba el estupro azotando, trasquilando y poniendo á la vergüenza á estuprador y estuprada y llevando al uno á trabajar en las minas y la otra á guardar y servir en templos; con penas iguales el incesto entre sobrinos y tíos, primos de segundo grado y afines de primero, siempre que no fuese la hembra

ni casada ni vírgen; con lapidacion ú horca, si por acaso lo fuese; con las mismas penas el coito entre hermanos germanos; con lapidacion el que se verificara entre hermanos de padre; con despeñamiento todo carnal acceso entre padres é hijos. Si era voluntario el incesto, sufrían por igual varon y hembra; si violento, solo el varon, pero pasando siempre la hembra á servir á las *acllas* mientras alguien no la pidiera en matrimonio Viva se había de enterrar al *aclla* del Cuzco que se corrompiese. Se había de ahorcar al seductor y con él matar á la mujer, á los hijos, á los deudos y aún á los vecinos y moradores de su pueblo

Moría apedreado el forzador si deshonraba doncella; en horca, si casada.

Lo singular era que si la forzada quería casarse con el forzador, se debía casarlos; y si la estuprada con el estuprador, casarlos despues de haberles aplicado la pena de azotes. Aun queriéndole la forzada por marido, pagaba, sin embargo, con la vida el forzador, si era casado. Si lo era el estuprador, áun queriéndole por marido la estuprada, iban él al servicio de la comunidad y ella al de las *acllas*.

Adúltero y adúltera pagaban con la vida su delito. Si el marido los mataba, sufría por todo castigo un destierro que no podía exceder de un año.

Eran arrastrados, ahorcados y quemados con sus vestidos los reos de bestialidad ó de sodomía; ahorcados, los alcahuetes favorecedores de incestos ó estupros. Tenían éstos menor pena si habían facilitado adulterios: pasaban el resto de sus días en la cárcel, en las minas ó al servicio del comun de vecinos. Estaban exentos de pena cuando no se hubiese realizado el adulterio, el estupro ó el incesto á que hubiesen dirigido sus artes. Corrían la misma suerte las hechiceras que procurasen hierbas para unir y concertar voluntades.

Los delitos contra la propiedad habían dado orígen á ménos leyes. No se castigaba nunca al que no rehuyese el trabajo y hurtase para satisfacer el hambre ó cubrir las carnes de su cuerpo, el de su mujer, ó el de sus hijos; castigábase en su lugar al jefe que, debiendo, no los hubiese provisto de víveres ó de lana ó algodon para vestidos. En cambio al que por haragan ó vicioso hurtase más de cierta cuantía, si plebeyo, se le ahorcaba; si hijo de señor, se le degollaba en la cárcel.

Como se ve, llevaban impreso aún las leyes penales de los pueblos cultos el sello de la barbarie. En el siglo XV ¿eran algo más racionales y blandas las de Europa?

LXXXIII

Leyes de Procedimientos.

Sería inútil buscar leyes de procedimientos en las razas salvajes. Donde más, se reunía un consejo de ancianos, y, citadas y oidas las partes, se fallaba y se

procedía sin tregua á la ejecucion de la sentencia. No había ni siquiera cárceles donde guardar á los reos; dudo que hubiese tampoco verdugos de oficio, por más que no faltasen en cada caso personas que los supliesen. Hacía de juez y verdugo no pocas veces el pueblo todo. La *lynch-law* de los Estados Unidos es indudablemente una costumbre salvaje.

En las razas cultas no abundaban tampoco las leyes de procedimientos. Hablé ya en otros párrafos sobre los tribunales de los peruanos, los mayas y los nahuas. Los juicios eran generalmente cortos: entre los males que allí introdujimos no fué de los menores la duracion de las causas y los pleitos.

De los procedimientos peruanos sé que no cabía dilatarlos por más de cinco días, ni diferir por más tiempo la ejecucion de los fallos, ni aplicar las leyes sinó literal y estrictamente, ni admitir, como ántes escribí, contra las sentencias ni alzadas ni otros recursos. Prometían por dos veces los testigos decir verdad en lo que se les preguntase; no juraban nunca ni por el Sol, á quien rendían principalmente culto, ni por Pachacámac, á quien decían hacedor de cielo y tierra. Había allí cárceles; pero ignoro que forma tuviesen. Hablan Cieza y Garcilaso de una del Cuzco, por nombre *Samka Huasi* y *Samka Cancha*, llena de víboras, culebras, tigres y osos. Esta cárcel, segun Cieza, á quien tengo en mucho, era uno como lugar de prueba, donde se metía á los reos negativos en la creencia de que á ser inocentes los respetarían las fieras y á ser culpables los devorarian. Medio de ejecucion de sentencia no es realmente de presumir que lo fuera: no mentaba, como se ha visto, ley penal alguna este género de muerte. Tampoco he visto citada en ley alguna la muerte por desnucamiento; así que no puedo con Wiener considerar instrumento de suplicio ninguna de las dos piedras agujereadas que hay, segun él, delante de la iglesia de San Sebastian en la misma ciudad del Cuzco.

Entre los mayas, como entre los peruanos, los procedimientos eran verbales á pesar de conocerse en todo el antiguo imperio de Xibalba una escritura medio jeroglífica, medio fonética. Poníase allí grande ahinco en adquirir la certidumbre de los hechos sobre que versaban los pleitos y las causas; y, si bien no se exigía tampoco á los testigos clase alguna de juramento, se los movía con terribles imprecaciones á que dijesen la verdad si no querían incurrir en la cólera de los dioses. Sobre todo tratándose de delitos, se buscaba afanosamente pruebas materiales: se deseaba encontrar á los ladrones en posesion del robo y se quería que la mujer violada presentase en juicio siquiera parte de lo que su raptor vistiese. En Vera Paz, segun el Padre Las Casas, se recurría hasta el tormento para conseguir que confesaran su culpa los presuntos reos de graves crímenes. Asesoraban en todas las naciones á los jueces y defendían á las partes unos como letrados. Letrados y jueces recibían de los litigantes dádivas á manera de estipendio; y, segun algunos autores, hasta podían los jueces, dictada la sentencia, tomar parte de los valores litigiosos. Eran tambien inapelables los

fallos; desconocidos los indultos. Al revés de lo que en el Perú sucedía se aplicaba casi siempre como pena accesoria de la de muerte la confiscacion de bienes. Cárceles–presidios no parece que las hubiera; había sí cárceles preventivas, segun Cogollado jaulas de madera en que estaba el preso con un collar en la garganta y las manos á la espalda.

Los jueces entre los nahuas estuvieron siempre á grande altura. Para los tribunales superiores se los buscaba entre los deudos de los reyes; para los demás, en las clases nobles. Se escogía para el cargo á los hombres de más rectitud, mayor sobriedad y mejores formas; y no se los destituía como no incurrieran en graves faltas. Al que se embriagaba ó admitía cohecho la primera, la segunda y la tercera vez se le reprendía; la cuarta se le raía en público la cabeza y se le privaba de oficio. Hasta la muerte se le inflijía. si á sabiendas dictaba sentencia injusta, ó daba al Rey falsos informes, ó recibía altas sumas por sus fallos. No se sabe fijamente de qué vivían: si de emolumentos de la Corona, segun ciertos autores pretenden. ó si, como los más sostienen, de tierras inherentes al cargo que les cultivaban aparceros; se sabe sí que disponían de sobrados medios para que en tiempo alguno pudieran excusar por su pobreza la prevaricacion ni el soborno.

Estaban esos jueces en sus estrados del alba al mediodía y también lo más de la tarde. Caían en graves penas, si faltaban sin permiso del Rey ó sin justa causa. En los tribunales colegiados fallaban por mayoría de votos. En alta voz debía cada uno emitir el suyo.

Eran objeto de juícios verbales las faltas y los negocios de menor cuantía. Presentaban las dos partes sus testigos y se los examinaba en el acto. El testimonio de una persona de calidad hacía, segun parece, plena prueba. En los negocios de importancia, especialmente en los pleitos de propiedad, raíz ó mueble, se instruía ya verdaderos autos, aunque más breves de lo que nunca los vimos en Europa. Notarios ó amanuenses consignaban en pinturas, tambien medio jeroglíficas, medio fonéticas, el objeto de la demanda y las excepciones del demandado, las pruebas producidas, los nombres de los colitigantes y los testigos y por fin el fallo. Poníase principalmente cuidado en definir bien la materia del pleito: si era un esclavo, el esclavo con todos sus rasgos característicos; si era un terreno, el terreno con su figura y sus lindes.

Los testigos declaraban allí bajo juramento. Bajaban el dedo índice al suelo, lo levantaban luego á la lengua y exclamaban: «por la tierra que me conforta y sostiene juro decir verdad en lo que se me pregunte.» Pondérase la habilidad y el ingenio de los jefes nahuas en examinar esos testigos: no dudo que los tuviesen ejerciendo como ejercían el cargo de por vida y no dejando de juzgar sinó en los sacrificios y las fiestas públicas.

Se duda que hubiese abogados. Por lo que leo en Sahagun me inclino á creer que hubiese por lo ménos procuradores.

Los juicios eran todos rápidos, sobre todo si los comparamos con los nuestros. Cabía el recurso de alzada contra toda sentencia que no fuese proferida por el tribunal del Rey; y se asegura, sin embargo, que duraban cuando más ochenta días así los pleitos como las causas. Añádese que, cuando se trataba del castigo de ofensas públicas, se precipitaban los procedimientos hasta dejar sin defensa al reo: ¿sería tan de extrañar, cuando hemos visto aquí algo muy parecido en lo que va del siglo?

LXXXIV

Leyes diversas.

Encuentro en el Perú leyes, unas del órden social, otras del órden administrativo, que no creo justo pasar en silencio. Por lo que llevo escrito habrá observado ya el lector lo complicada que era la organizacion del imperio de los Incas. Para mantenerla había, al decir de Garcilaso y otros autores, multitud de leyes especiales: una ley municipal, que definía los derechos de cada pueblo sobre las tierras que se le había señalado por jurisdicción y término; una ley agraria, por la que se las medía, dividía y repartía entre los vecinos; una ley comunal, en que se fijaba la manera de labrar las del Sol, el Inca y los curacas y tambien la de abrir los caminos, levantar los puentes y construír las demás obras públicas; otra ley llamada *mitachanacuy*, donde se ordenaba como se había de ir relevando en esas obras á los trabajadores á fin de que no pesara desigualmente la carga sobre los *aucapúrics;* las leyes de fraternidad, por las que se disponía que dos ó tres días por mes comieran juntas las familias de cada municipio en presencia de sus jefes ó caciques y se ayudasen mutuamente así para la edificacion de sus casas como para el cultivo de sus campos; la ley de pobres, que abría los pósitos públicos á todos los hombres inútiles para el trabajo, bien por lo viejos, bien por lo enfermos; la ley de hospedaje, por la que se alojaba en los *corpa-huasi* y se proveía de lo necesario á peregrinos y caminantes; las leyes tributarias, por fin, que arreglaban minuciosamente el reparto y la cobranza de todas las contribuciones.

Del contenido de todas esas leyes se dió ya en anteriores párrafos más ó menos acabadas noticias. Otras leyes había aún no ménos dignas de memoria. Por unas se prevenía que nadie estuviera ocioso; que áun los niños de cinco años y los ciegos, los cojos y los mudos, como no adoleciesen de otras enfermedades, se ocuparan en tareas acomodadas á sus fuerzas; que no se cerraran las familias en sus hogares á fin de que inspectores del Gobierno pudieran ver por sus ojos si la ley se cumplía y castigaran con azotes en brazos y piernas á los infractores. Por otras de carácter suntuario se prohibía el fausto en los vestidos

ordinarios, el uso constante de adornos de plata, oro y pedrería y el lujo en las comidas y los banquetes; se ordenaba que vistiese cada cual segun su clase, el plebeyo como plebeyo y como noble el noble, y ninguno las telas ni el traje del Inca, si no lo tuviera por privilegio; y se vedaba á los hijos del pueblo el estudio de las ciencias, temiéndose que por él no se ensoberbecieran y amenguaran la República. Prescribíase por otra ley que los plebeyos siguieran el oficio de sus padres, á menos que revelaran decidida aficion á otras artes.

Había tambien en el Perú notables leyes agrícolas. Debía en primer lugar aplicarse cada tierra á la planta ó semilla para que fuese más fecunda. Aprovechábase allí las aguas de las acequias por un órden parecido al que aquí establecieron los árabes: debía cada labrador estar atento á su vez y hora so pena de que le diesen con una piedra en la espalda ó con una vara de mimbre en piernas y brazos. En las costas, sobre todo en las que mediaban entre Arequipa y Tarapaca, se prefería, como dije, á toda clase de abonos el estiércol de las aves marinas amontonado en las próximas islas: no podía nadie matar ninguna de aquellas aves, ni al tiempo de la cría penetrar en las islas sin ser castigado de muerte. Habíase dividido cada isla en tantas partes como pueblos tenían derecho á recoger en ella *huanu:* se castigaba con pérdida de la vida al que invadía el término de otro pueblo y, aunque no con tanto rigor, aún al que tomaba del término del suyo mayor cantidad de la que permitían las ordenanzas.

En leyes aventajaban sin duda los peruanos á todas las naciones de América. Por una impusieron como oficial la lengua quichua á todas las provincias del Imperio.

LXXXV

Postas.

Casi todas las leyes comprendidas en el párrafo anterior tenían carácter administrativo. Considero ahora oportuno hablar de otra institucion administrativa, las postas, establecidas, que yo sepa, sólo entre los peruanos y los nahuas. Como ni unos ni otros disponían de caballos ni de bestias que los supliesen, las habían organizado todos con peatones que desde niños se ejercitaban en la carrera y ya hombres corrían con velocidad pasmosa.

Entre los nahuas había postas de seis en seis millas; en el Perú, de cuarto en cuarto de legua. En cada una estaban dispuestos por turno de cuatro á seis correos, allí al abrigo de pequeñas torres, aquí al de dos chozas. De la posta de partida salía uno á todo correr con la noticia ó despacho que recibía; se anunciaba al acercarse á la inmediata y trasmitía, en llegando, el parte. Otro peaton salia al punto, hacía otro tanto y así sucesivamente. El despacho entre los nahuas era verbal ó escrito en jeroglíficos; entre los peruanos, verbal ó en *quipus.*

Entre los nahuas esos peatones, ya por divisas, ya por actos, solían al pasar por los pueblos indicar la naturaleza del hecho de que iban á dar cuenta. Si de una derrota, llevaban desgreñado el cabello y guardaban profundo silencio; si de una victoria, traian atada la cabellera por un cordon rojo, liado al cuerpo un vestido de algodon blanco, en la mano izquierda un escudo, en la derecha una espada que esgrimían como si estuviesen combatiendo, en los labios una cancion en que ensalzaban las proezas de los vencedores. Eran siempre sagrados é inviolables. Como no se desviasen del camino que se les tenía trazado, nadie podía crearles el menor obstáculo ni inferirles la menor ofensa sin caer en pena de muerte. Gozaban de la misma consideracion que los embajadores.

Lo mismo entre los nahuas que entre los peruanos daba este sistema postal excelentes resultados. Comunicábase por él las noticias con tanta ó mayor rapidez que por nuestras antiguas postas. Empleábaselo tambien entre los nahuas para conducir objetos. Nada menos que del golfo de Méjico se dice que recibía Montezuma pescado fresco para su mesa.

En el Perú había, además, una especie de sistema telegráfico, que sólo se empleaba cuando ocurrían levantamientos. Las chozas para los correos ó *chasquis* estaban siempre en alto y las unas á vista de las otras. En casos extremos se hablaban los *chasquis* de día por ahumadas, de noche por llamaradas.

Creo inútil advertir que lo mismo entre los peruanos que entre los nahuas sólo estaban las postas al servicio del Estado.

LXXXVI

Instituciones y creencias religiosas.—El Alma.

Entro ahora en una de las secciones más difíciles de este ya largo epílogo. Los datos son como en ninguna vagos y contradictorios; la variedad, infinita: las apreciaciones, distintas en cada autor y áun en cada libro. ¡Dichoso yo si consigo introducir en tan oscura materia alguna claridad y sobre todo algun órden!

En la América del tiempo de la Conquista la creencia más comun era sin duda la del alma. Admitían casi todas las razas en el hombre un sér interior que le daba inteligencia y vida. Si no lo suponían inmortal, afirmaban por lo menos que sobrevivía al cuerpo.

En la América del Norte sólo de los otomíes y los miwocos se asegura que veían en la muerte la completa aniquilacion del hombre. Se dice otro tanto de algunas tribus del valle del Sacramento: mas se sabe que no se atrevían á pronunciar el nombre de sus difuntos por miedo á que se levantaran de la fosa. Se afirma tambien, aunque no con mucho fundamento, que carecían de toda idea de ultratumba algunas tribus de Sinaloa, algunas de los columbios de tierra

adentro y algunas de los hiperbóreos. Entre los acagchemenes tenían algunos sobre este punto un concepto originalísimo. Para ellos el hombre, al nacer, recibía del aire, ó de cierta entidad invisible que lo constituía, el aliento, la respiracion, la existencia; los iba perdiendo á medida que declinaba y al morir los dejaba confundidos en aquel vasto mar de la vida. Negaban real y verdaderamente el alma.

En la América central no se atribuye la falta de creencia en el alma sinó á ciertas gentes de Veragua que no solian enterrar con los muertos ni víveres, ni armas, ni herramientas. Tampoco solían enterrarlas con los suyos en la América del Sur ni los musos, ni los colimas, ni los moxos; pero ¿basta el hecho para calificarlos de materialistas?

Qué fuese el alma á los ojos del resto de los americanos es difícil saberlo. Confundíanla generalmente con el aire, el viento, la respiracion, la sombra, la imágen, el corazon, la vida y tambien la inteligencia. En la lengua de los esquimales *silla* comprende las ideas de alma, aire, entendimiento, mundo: *tornak*, las de alma y sombra. En la lengua de los algonquines, *otahchuk* significa á la vez sombra y alma. En el idioma netelo vienen bajo el nombre de *piuts* así el alma como el aliento. En el de los aztecas *ehecatl* es alma, aire, sombra, vida. En el de los quichés sirve tambien la voz *natub* para la traduccion de alma y sombra. Los caribes llamaban *iouanni* lo mismo el alma que el corazon y la vida. Los abipones, por fin, con el sustantivo *loakal* decían sombra, alma, imágen, eco.

Ni todas las razas ponían en igual sitio del cuerpo ese espíritu ó alma. Residía el alma á juicio de los aths en el corazon y la cabeza; al de los caribes y los californios del Norte, en el corazon; al de muchos pueblos, especialmente los de Goazacalco, en los huesos; al de los macusis de la Guyana, en los ojos. No muere nunca el hombre que está en nuestras pupilas, exclamaban los macusis.

Teníase del alma en toda América nociones vagas y confusas; no por esto dejábase de mirarla como algo independiente del cuerpo que venía á ser un doble yo del hombre. Para muchos el alma salía del cuerpo áun estando vivo; trasmigraba después de muerto ó corría á nuevas regiones; se convertía, ya en demonio de los que aborreció, ya en ángel de los que quiso: aparecíase á deudos y extraños y hasta les producía por el terror la muerte; del sér que animó conservaba por fin la ciencia, los principales atributos y hasta la forma. Para los groenlandeses no se distinguía del cuerpo sinó en ser de más sutil y delicada materia; y para los caciques de Nicaragua no era sinó una como persona que salía por la boca del hombre en cuanto el hombre moría. Hasta visible la creían algunos pueblos, y de aquí las apariciones.

El alma, decían esos mismos groenlandeses y en general los esquimales, se aparece con frecuencia, ya en la casa mortuoria, ya en el sepulcro, envuelta en fúnebre sudario, crecidos y salientes los ojos, descarnado el semblante y tan té-

trica la catadura, que hiela de espanto al que la mira. De noche se desliza en las cabañas, que estén con luz, que á oscuras: ya suena como flauta, ya murmura al oído de los que viven. Indica en este último caso que siente hambre: y enseñándole algo de que coma hay que decirle: sacíate á medida de tu deseo.—Gustaba, segun los haytianos, de aparecerse en los caminos: y, así como se disolvía en dando con viajeros animosos, aterraba á los cobardes hasta dejarlos sin vida. De noche se metía en la cama de los vivos y los encendia en torpes apetitos; desvanecíase en cuanto los vivos intentaban satisfacerlos.—Algunas tribus del Norte de Méjico temían tanto esas apariciones, que ponian á la puerta del que finaba todos los bienes que había poseido á fin de que, si el alma quería, pudiera llevárselos sin que pusiera el pié en los umbrales de la casa; y cinco días despues llamaban á uno de sus hechiceros para que con ramas de zapote sacudiera todos los rincones de la vivienda y, si daba con la sombra del muerto, la hostigase hasta reducirla á entrar en la tumba.—No por otro motivo en los entierros de los araucanos iba detrás del féretro una mujer esparciendo rescoldo por el camino.—En muchos pueblos para librarse de apariciones hasta se destruía la casa del muerto.

Creían tambien que podía hacerse visible el alma los nicaraguatecas y los mismos quichés, que hablaban de canoas de espectros que se deslizaban silenciosamente por las tranquilas aguas del lago Ilotongo, ungían aún las más pequeñas islas y en cada una sacrificaban á sangrientas divinidades niños designados por la suerte. Creíanlo asimismo los ojibwas, para quienes las personas vistas en sueños no eran sinó almas que se habían separado de sus cuerpos ó por voluntad ó por fallecimiento. Presuponia esto que el alma podía abandonar temporalmente el cuerpo vivo; y tal afirmaban no solamente los ojibwas sinó tambien los groenlandeses, los algonquines, algunas tribus del Oregon y hasta los peruanos. Explicaban los ojibwas los sueños por ajenas apariciones.

Que vagaba invisible el alma por el mundo de los vivos, lo creían muchos más pueblos. Andaba, segun los tupies, largo tiempo al rededor del cadáver y debía procurársele medios de satisfacer las aficiones que tuvo en vida. Desde que anochecía hasta el romper del alba, segun los comanches, volvía á la tierra siempre que lo deseaba. Asistía, segun los mixtecas y los zapotecas, al banquete que todos los años daban á los muertos y libaba los licores y las viandas que le ofrecían. Cierta noche del mes de Agosto, segun algunas tribus de Nueva-Mejico, bajaba á las colinas á recibir las ofrendas de sus antiguos deudos. Hubo, segun los chickassaus, tiempos en que anduvo confundida entre los vivos. Concurría por fin, segun los iroqueses, á sus danzas de la muerte. ¡Qué de pueblos, por otra parte, no la miraban como ángel y oculto guía de los que dejó huérfanos en el mundo! Consideraban los chinuks la de sus muertos como escudo contra el genio del mal y contra todo género de peligros; y, cuando salían de noche á sus trabajos de caza ó de pesca, creían que la llevaban de compañera de viaje.

No era menos general la idea de la metempsícosis. Como muere la luna para renacer, así renace el alma del hombre, cantaban ciertos californios. No bien veían los chippewyanos á un recien-nacido con dientes, aseguraban que en él vivía uno de sus mayores. Oian los nutkas hablar de tribus distintas que se expresaban en su mismo idioma, y afirmaban tambien que las constituían almas de sus abuelos cansadas de languidecer en la region de las sombras. Deseaba el thlinkite pobre y oscuro morir para reencarnarse en familias que se distinguieran por su posicion ó su riqueza; y el groenlandés creía ver atormentados á los matadores de sus deudos, no por la conciencia, sinó por el alma de las víctimas. ¡Cuántos no decían, además, que las almas de sus muertos se entraban en el seno de parientas y áun de mujeres extrañas que habían concebido! Los tacullis y los sicannis preguntaban á sus difuntos si querían volver á la vida. Mirábalos el shaman al través de los dedos, levantaba la mano, soplaba, y entendía que con esto el alma adquiría la facultad de elegir cuerpo en que trasformarse ó bajar al fondo de la tierra, donde estaba el paraíso. Como pusiese el shaman la mano en uno de los que presenciasen la ceremonia, en éste se decía que entraba el espíritu del muerto para incorporarse en el primer hijo que le naciera.

Trasmigraban en opinion de muchas gentes las almas no sólo á cuerpos de hombres sinó tambien á cuerpos de otros séres. Para los aztecas la del que habia muerto en batalla, después de vivir cuatro años en la casa del Sol, se convertía en pájaro de rico plumaje que libaba las flores de los verjeles del cielo ó venia á sustentarse con las de la tierra. En vistosas aves y también en estrellas se trasformaban, al decir de los tlaxcaltecas, las de noble y generosa alcurnia, y en escarabajos ú otros viles insectos las de la oscura plebe. En las chispas que brotaban de los cráteres de sus volcanes creían ver esos mismos tlaxcaltecas las almas de sus antiguos tiranos. En moscas decían las tribus de Nayarit que podían transfigurarse de día las almas de su *muchita;* y en serpientes de cascabel suponían encarnadas los apaches las de los réprobos. Las almas de celeste orígen, segun estos bárbaros, no iban sinó á los osos, las lechuzas, las águilas y los pájaros de blancas plumas. Ratas, segun los mojaves, pasaban á ser por cuatro días las de los hombres que hubiesen vertido la sangre de sus prójimos ó manchádose con cualquiera otro crímen. Por miedo á que se volvieran osos grises las de sus deudos quemaban algunas tribus del Río Ruso los cadáveres hasta reducirlos á ceniza.

Lo más raro es que ciertos americanos creían que sus almas habían de recobrar tarde ó temprano la forma del sér que tenían por orígen de su pueblo ó de su raza. Tales eran algunos aths y sobre todo los moquis. Los moquis estaban divididos en el clan de la Caña, el del Oso, el del Agua, el de la Arena, el del Tabaco, el de la Serpiente de Cascabel, el de la Liebre y el del Ciervo, y veían en estos séres á sus progenitores. Andando el tiempo, decían, de todas nuestras

almas ondearán unas en los cañaverales, recorrerán otras las praderas en busca de víctimas, correrán otras con los ríos ó dormirán tranquilas en los lagos, servirán otras de lecho á los arroyos ó recibirán en las playas las olas de los mares, humearán otras en la pipa de sus descendientes, dormitarán otras enroscadas en los troncos ó las ramas de los árboles, agitarán otras en su carrera los matorrales y triscarán alegres por las colinas. Aventajaban aún á los moquis los pimas y los maricopas, segun los cuales despues de siglos se le habían de convertir los miembros en animales distintos: la cabeza, por ejemplo, en lechuza, los piés en lobos, los brazos en ciervos, el corazon en oso.

Nadie, sin embargo, había llevado la metempsícosis á donde los groenlandeses. Los groenlandeses entendían que antes como despues de morir el cuerpo, el alma podía trasmigrar á su albedrío, ya del hombre muerto al hombre vivo, ya del vivo al muerto, y rotos los lazos con la materia recorrer de trasformación en trasformación, ora subiendo, ora bajando, la escala toda de los seres.

Aunque esos groenlandeses parecían ser los más espiritualistas de los americanos, tenían acerca del alma ideas materiales. Afirmaban que se la podía herir y hacer pedazos. Explicaban por una especie de ingerto anímico las muchas semejanzas de facciones y de carácter que se observa entre los hombres. ¿Qué no había de suceder con los demás pueblos? Consciente ó inconscientemente admitían muchos la posibilidad de que muriese el alma. Algo muy parecido á la muerte era el estado de los innumerables espíritus que había en el Mictlan de los aztecas. Las almas de los algonquines para ir al Paraíso habían de cruzar un lago: se sumergían las de los pecadores y se veía blanquear sus osamentas en el fondo de las aguas. Muertas en el seno de la tierra suponían tambien los nicaraguatecas las de sus réprobos. Entre la region de las sombras y la de los mortales ponían, los que no un lago, un estrecho puente de difícil paso: morían generalmente las que no podían atravesarlo, bien solas, bien con el auxilio de sus dioses.

Parecen indicar otro tanto las trasmigraciones á séres inanimados; pero es de advertir que principalmente en la América del Norte daban muchos pueblos alma á toda la naturaleza.

Algunos atribuían dos y más al hombre. Cuando creemos soñar, decían, es que el alma sale del cuerpo y recorre el mundo: lo que en su excursion ha visto, esto constituye el sueño. Llevados de esta ilusión, sostenían que en cada hombre había por lo menos dos almas. Si no tuviéramos más de una, añadían, su ausencia nos ocasionaría la muerte. Hallo esta para nosotros tan extraña creencia en los hurones, en los algonquines, en muchos esquimales y hasta en los aztecas y los mayas. Momentos ántes de que muriese ponían los guatemaltecas en la boca del enfermo, entre los labios, una piedra *chalchiuite* para que le recibiera el alma en cuanto ésta abandonase el cuerpo. Quitábanla al enfermo despues que fallecía, se la pasaban suavemente por el rostro y la guardaban como inapreciable joya. Observaban los aztecas una costumbre análoga con sus

reyes. Luego que el rey exhalaba su postrer aliento, le colocaban entre los labios la piedra *chalchiuite* para que le sirviera de corazon y le recibiera tambien el alma: con ella le bajaban al sepulcro. Creyendo como creían aztecas y guatemaltecas que subía el alma al cielo, reconocían indudablemente en el hombre dos espíritus. Al uno daban ciertos esquimales el nombre de respiracion y al otro el de sombra. De los dos solía decirse en muchos pueblos que el uno vagaba al rededor del cadáver y el otro volaba al Paraíso.

En el hombre como en el oso veían los dacotas nada menos que cuatro almas. Segun ellos cuando el hombre moría, erraba una por los alrededores de la fosa, rondaba otra las calles del pueblo, iba otra á la region de las sombras y recorría otra los espacios. Mas ¿qué era esto comparado con la creencia de algunas tribus del Oregon que reconocían un alma en cada parte del cuerpo?

Es ahora de observar como los algonquines explicaban por los movimientos del alma algunos fenómenos de nuestra vida. Si estaban enfermos, era porque el alma se les separaba ó desviaba del cuerpo; si soñaban, era, como he dicho. porque el alma había salido; si entraban en letargo ó en éxtasis, era porque el alma había ido hasta las orillas del lago de la muerte; si volvía en sí, era porque el alma no había sido admitida en la canoa de piedra que conduce la de los muertos á la encantada isla de la eterna bienandanza. Aun en el estado salvaje busca el hombre la causa de cuanto le impresiona, y se crea buena ó mala una filosofía que corre siempre parejas con el desarrollo de su conocimiento.

LXXXVII

Instituciones y creencias religiosas.—El cielo y el infierno.

Era tambien general en aquel continente la creencia de que las almas, despues de morir el cuerpo, iban á más ó menos afortunadas regiones. Las ponían los más de los pueblos en la misma tierra, ya al Oriente, ya al Occidente, ya en lugares subterráneos; pocos en el cielo. Ni eran tampoco muchos los que habían concebido para los pecadores un infierno y para los justos un paraíso: no tenían comunmente sinó una region de las sombras y ésta para todas las almas. Aun entre los que habían creado dos ó más regiones distribuían algunos las almas, no por la manera como habían vivido, sinó por la manera como habían muerto.

Entre los que reconocían en el hombre un alma no sé que la dejasen sin morada de ultratumba sinó ciertos habitantes de Sonora que la hacían vagar por los despeñaderos y los precipicios repitiendo lo que oía. Que hubiera sido mala, que buena, la destinaban al paraíso en la América Meridional los patagones, los

araucanos, los tobas, los chiquitos, los tupíes, los indios del Orinoco, y muchas otras razas; en la Central, las tribus del itsmo de Darien y los mosquitos; en la Septentrional, los mixtecas, los zapotecas, los californios, los apaches, los *pueblos*, los pimas, los clallames, los dacotas, los iroqueses y los hurones.

Aunque entre los chiquitos parecían ser los manacicas excepcion de la regla, distaban de serlo. Las almas, segun ellos, iban al Paraíso por espesos y sombríos bosques, riscosos cerros, dilatadas lagunas, resbaladizas ciénagas y un largo y estrecho puente, levantado sobre un ancho río, que abría paso á innumerables sendas. No podían pasar el puente sin ayuda de Tatussisso ni dar sin uno de sus sacerdotes con la vereda que conducía al cielo; mas el sacerdote le llevaban consigo desde que habían emprendido el viaje y á Tatussisso le encontraban siempre dispuesto á pasarlas, como no se resistieran á que las lavase y purificase.

Tampoco entre los apaches constituían excepcion de la regla los mojaves, por más que pareciesen excluir de la region de las almas las que se hubiesen manchado vertiendo la sangre del hombre ó cometiendo otros crímenes. Ganaban áun estas almas el cielo despues de haberse convertido en ratas y pasado en madrigueras de ratas cuatro días y cuatro noches. Excepcion de la regla entre los apaches no lo eran realmente sinó los navajos. Llegábase al paraíso de los navajos, que estaba en el centro de la tierra, por un extenso pantano de turbias y legamosas aguas: y encenagábanse en él muchas almas, bien por lo codiciosas, bien por lo soberbias: bien porque, confiando en sus propias fuerzas, dejaban de implorar el auxilio del Supremo Espíritu, bien por haberse empeñado en llevarse los muchos objetos que les habían dejado sobre el sepulcro. Note el lector que áun aquí las almas se perdían, no por faltas en vida, sinó por faltas en muerte.

Por el género de muerte que las había separado de la materia distribuían las almas en distintos cielos ó en un cielo y un infierno los thlinkites, los aths, los pericues de la península de California y áun los cultos aztecas.

Las que no trasmigraban, segun los thlinkites, pasaban á ser ó *kiyeks* ó *takiyeks* ó *ekiyeks*, es decir espíritus del aire, de la tierra ó de los mares. Los *kiyeks*, las almas de los que habían muerto en batalla, vivían al Norte, allí donde la aurora boreal, presagio de guerra, brillaba con el reflejo de las luces que alumbraban los bailes de las tribus; los *takiyeks* y los *tekiyeks*, las almas de los que habían muerto sosegadamente, vivían por lo contrario en el fondo de la tierra, en *Takankou*, cuyo camino estaba reblandecido por las lágrimas de los parientes de los muertos y se hacía pantanoso é intransitable como los parientes se empeñasen en prolongar sus llantos.

Había, segun muchos aths, tres regiones para las almas: una en el firmamento, en el mismo eden de Quawteah, sin tempestades, sin nieves, sin hielos, siempre templada y llena de luz, rica en caza, en pesca y en todo género de miel y vino; otra contigua, no menos abundante en dones: y otra en el seno de la tierra, en la pobre y oscura morada de Chayher, donde escaseaba el sal-

mon, se criaba enteco y flaco el ciervo y eran tan estrechas y finas las mantas que apenas si podían servir más que de adorno. Iban á la primera sólo las almas de los jefes; á la segunda las de los que habían muerto peleando; á la tercera, el resto. Es de advertir que Chayher era un sér todo carne, sin huesos, de barba gris, viejo y repugnante, ladron de almas de vivos, cuanto más de almas de difuntos.

Trocaba ese destino de las almas una de las dos sectas de los pericues. Irán, decía, á la mansion de Niparaja, nuestro Dios, las de los que mueran santa muerte; á la caverna de Wac, las de los que mueran combatiendo. Wac era el Satanás de aquellos bárbaros. Rebelde y vencido como él. estaba condenado á vivir eternamente en una cueva del mar, donde le guardaban poderosas ballenas.

Los belicosos aztecas era imposible que pensaran como los pericues. Como los thlinkites reservaron para los que muriesen en batalla el mejor de los cielos.

Los cielos ó regiones para las sombras de los muertos eran aquí por lo menos cuatro: el *Sol* ó *Ilhuicatl Tonatiuh*, el *Tlalocan*, el *Mictlan* y el *Chichihuacnauhco*. A las esplendorosas llanuras del Sol, eternamente cubiertas de sombrías alamedas, árboles ricos en frutos, flores que destilaban miel y vastos parques de caza, no iban sinó los que sucumbían á manos de enemigos y las mujeres que morían de parto. Volaban éstas á la de Occidente y aquellos á la de Oriente. En cuanto asomaba el Sol, cogían las almas de los guerreros sus lanzas ó sus arcos, embrazaban sus escudos y lo precedían cantando, prorumpiendo en alaridos y simulando combates; lo dejaban en el zenit á las almas de las mujeres y se entregaban al descanso ó al ejercicio de la caza. Las mujeres acompañaban el Sol hasta el Ocaso en traje de guerra, si recostadas unas en literas de plumas de *quetzalli*, cantando las otras y combatiendo: cambiaban luego las armas por las herramientas y cosían, hilaban ó tejían. Esta vida no era, como vimos, eterna, puesto que á los cuatro años se trasformaban varones y hembras en pájaros de hermoso plumaje.

El *Tlalocan* estaba, segun la mayor parte de los autores, en la tierra: segun otros, en la luna. Lunar ó terrestre, era un paraiso donde no se marchitaban nunca las flores, ni perdían los árboles sus hojas, ni faltaban sazonados frutos, ni dejaban de correr por campos y huertas limpios y trasparentes ríos. No iban allí tampoco las almas de los justos, sinó las sombras de los que habían muerto heridos del rayo, ó en el agua, ó atacados por la lepra, las bubas, la sarna, la gota ó la hidropesía y las de los niños cuya sangre se había vertido en aras de Tlaloc, rey de aquel cielo y dios de las tempestades y las lluvias.

Las otras almas descendían todas al *Mictlan*, region subterránea y tenebrosa, donde fenecían los muertos é imperaban Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl, el Pluton y la Proserpina de los aztecas. Estaba dividido el *Mictlan* en nueve secciones: durante cuatro años, á lo que parece, las iban las almas recorriendo y al

llegar á la última caían en eterno letargo. Podían volver al mundo en los días que les consagraban sus familias; pero sólo antes de sufrir esta segunda muerte.

Del *Chichihuacnahuco* quedan escasas noticias. ¿Sería una nueva region de las sombras ó formaría parte de las anteriores? Se dice si había en él un árbol que vertía leche y alimentaba á los niños que morían ántes de haber dejado los pechos de sus madres. Se añade que esos niños habían de volver á la tierra cuando se extinguieran las actuales razas. Que ciertos niños pudieran reencarnarse era realmente creencia general en Méjico.

¿No parece, á la verdad, imposible que los cultos aztecas hubiesen tan extrañamente distribuido las almas de sus difuntos? Iban á morir de nuevo en el *Mictlan* las de casi todos los hombres. Caían bajo el tenebroso poder de Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl lo mismo los reyes que los súbditos, los sacerdotes que la profana muchedumbre, los justos que los delincuentes. No los eximían de tan negra suerte ni los días de gloria que hubiesen podido dar á su patria, ni el constante sacrificio de sus cuerpos, ni el cumplimiento del deber y el dominio sobre las pasiones. Un guerrero vencedor en cien batallas, como no muriese en ninguna, tenía cerradas las puertas de la casa del Sol, abiertas para el oscuro soldado que acertase á sucumbir en el primer combate, y segun algunos, áun para el mercader que falleciera en uno de sus largos viajes. El buboso entraba en el delicioso Tlalocan y no la casta vírgen consagrada á los dioses.

Para colmo de iniquidad, al paso que los muertos en batalla subían de un vuelo á las llanuras del Sol en alas de Teoyaomique, esposa de Huitzilopochtli, no llegaban al sombrío Mictlan el sacerdote, el monarca y el justo sinó por un camino lleno de trabajos y peligros. A fin de que pudieran llegar felizmente al término de la jornada se les había de poner en el sepulcro víveres, vestidos, herramientas, multitud de pasaportes y un perro de color bermejo. Pasaban entre cerros que estaban chocándose y amenazaban destruirse; por un sendero en que les salía al paso una enorme culebra; por ocho páramos y ocho colinas donde los aguardaba Xochitónal, la verde lagartija; por el helado *Itzehacáyan*, en que cortaban los vientos como navajas; y, en lomos del perro de color rojo, por el río *Chicunahuápan*, de rápida corriente. No todos los autores enumeran por el mismo órden estos obstáculos, que hay quien modifica y quien aumenta; pero todos convienen en lo penoso y difícil de la travesía, para unos realizable en sólo cuatro días y cuatro noches, para otros solamente en los cuatro años de que ántes dije. ¡Tanto sufrir para tan oscuro descanso!

Distribuían aún las almas por el género de muerte de los cuerpos algunas tribus del Nayarit y entre los mayas los pipiles. Las tribus de Nayarit aseguraban que iban al cielo y se convertían en estrellas errantes las almas de los que morían violentamente, y entraban las otras en la *Muchita*, lugar del distrito de Rosario, puesto bajo la férula de hombres calvos. Las almas de la *Muchita* pasaban la noche danzando, y del alba al caer de la tarde podían en figura

de moscas, segun vimos, recorrer la tierra y comunicarse con los vivos. Tenían los pipiles casi los mismos cielos de los aztecas y los cuatro días de penoso viaje para la mayor parte de las almas.

Los manacicas, segun dije, no tenían sinó un paraíso. Lo habian dividido, sin embargo, en regiones y distribuído tambien las almas por la muerte que los cuerpos sufrieran. Habian destinado una region á los que perecían en ríos ó lagos, otra á los que en los bosques, otra á los que en la cama.

Los haidhas fueron ya algo más justos. En su paraíso *kiwuck*, mansion de eternas delicias, entraban al salir del cuerpo sólo las almas de los que morían en batalla; pero más ó menos tarde, las de todos los hombres. Entraban todas á medida que se depuraban en *Siwukkoo*, cierta especie de purgatorio.

No participaban los algonquines ni poco ni mucho de tan absurdas creencias; pero distaban aún de haber llegado á la concepcion europea del cielo y del infierno. Como indiqué en el párrafo anterior, el paraíso de los algonquines era una encantada isla puesta en medio de un espacioso y revuelto lago. Cruzaban el lago las almas en canoas de piedra, y segun el peso de sus culpas se hundían en el agua ó, luchando ventajosamente con las olas, arribaban á la isla. Las almas de los réprobos morían en el fondo del lago: el infierno, el castigo de los pecadores, no era aún aquí ni un eterno ni un largo suplicio. El cielo era, por otra parte, una mansion terrestre, un lugar donde todo embelesaba los ojos y los oídos y no turbaba dolor alguno el entendimiento ni el corazon del hombre.

Habían adelantado algo más los chippewyanos, de la familia de los tinnehs. El paraíso de los chippewyanos era tambien una hermosa isla en medio de un lago. Se cruzaba tambien el lago en canoas de piedra. Las canoas de piedra tambien se sumergían si eran más los vicios que las virtudes de las almas. Pero las almas de los pecadores no morían ni caían ya en el fondo del lago; quedaban con el menton al ras del agua á fin de que, viendo eternamente la ventura de que gozaban los justos, luchasen sin tregua por ganar la isla, no lo consiguieran nunca y fuesen incesantes su dolor, su desesperacion y su castigo.

Algo se parecían en esto los eurocos á los chippewyanos y los algonquines. Ponían su paraíso en cierto lugar de claros y trasparentes ríos, brillantes cerros y verdes bosques, separado de la tierra por un abismo que debían atravesar sobre un estrecho y movedizo palo las almas de los muertos. Lo pasaban las de los buenos sostenidas por el Grande Espíritu; caían las demás en el abismo. En ese abismo ¿morían ó vivían? De la resolucion de esta duda pende que se ponga los eurocos al nivel de los algonquines ó de los chippewyanos.

Hablaban ya determinadamente de un cielo y un infierno las tribus del estrecho de Millbank, los okanaganes, algunos de los salishes y los chinuks, los cahrocos, los tolewahs, los yumas, algunos de los *pueblos*, los que habitaban las costas de Virginia y la Carolina del Norte, los criks, los winnebagoes, los

groenlandeses, los yucatecas, los incas y tambien los muiscas, de quienes hablaré en otro párrafo.

Para los groenlandeses y aún para otros esquimales el cielo estaba en un mundo inferior á la tierra donde brillaba siempre la luz y soplaban dulces y templadas brisas; el infierno, en otro mundo superior que tenía, como el nuestro, valles, montañas, ríos, lagos y mares. Bajaban al cielo las almas de los justos deslizándose durante cinco dias por las rápidas y desiguales pendientes de los arrecifes, y subían las de los pecadores al infierno desde el Océano, ignoro si en alas de los vientos ó de las olas. El castigo de los réprobos consistía en vivir junto á lagos con densas costras de hielo y padecer hambre y frío.

Los pueblos de Virginia y la Carolina del Norte ponían por lo contrario el paraíso en el firmamento, en la espléndida region de Kéwas, á que conducían largas y espaciosas sendas entre árboles de rara hermosura y nunca vistos frutos; y el tártaro en un estrecho foso cubierto de llamas, por nombre *Popogusso,* que suponían situado al Occidente, en uno de los confines de la tierra.

Los criks, á excepcion de los chickasaws, veían en los deliciosos y brillantes reinos de su dios Hesakadum la eterna bienandanza, y en los áridos y oscuros desiertos de su diablo Stefuts el eterno dolor y la eterna desventura.

En el deleitoso valle de una de las cañadas del río Colorado tenían los yumas su cielo; y en una lóbrega y no lejana cueva, el infierno, donde padecían las almas de los malos, como las de los tinnehs, viendo la alegre y dichosa vida de que los buenos gozaban.

Dos caminos decían los cahrocos que se abrían á las almas cuando salían del cuerpo: para las virtuosas, uno sembrado de flores, que conducía á través de las grandes aguas á una tierra sita al Occidente, llena de luz, fecunda y rica; para las que había manchado el crímen, otro, erizado de zarzas y espinas, que terminaba por un lugar poblado de venenosas serpientes.

Más allá del Sol colocaban los tolewahs su paraíso; y su infierno, en un lugar tenebroso, donde tiritaban de frío y terror las almas, incesantemente hostigadas por implacables furias.

Para ciertos salishes y chinuks era el cielo una luminosa tierra al Mediodía, abundante en todo género de bienes. Sufrían las almas pecadoras en una region estéril y tétrica, donde no dejaban de ver nunca fuego y caza y se desvivían inútilmente por alcanzarlos. Reinaba aquí el genio del mal bajo el nombre de *El Jefe Negro.*

Para los okanaganes la morada del espíritu del bien era el Paraíso; la del espíritu del mal, el lugar de tormento para los homicidas y los ladrones; el atormentador, un espíritu del mal en figura de hombre, pero con rabo, que saltaba de árbol en árbol y azotaba armado de una estaca á los precitos.

De un oscurísimo lago, el de la muerte, salían, al decir de las tribus del esrecho de Millbank, dos ríos guardados por enormes puertas. Entraban los bue-

nos en el de la derecha, que chispeaba siempre con los rayos del sol, abundaba en salmones y tenía cubiertas las márgenes de árboles de ricas frutas; los malos, en el de la izquierda, en cuyas pálidas y nevadas márgenes morían, sin jamás morir, de frio y hambre.

No hablo de los *pueblos*, porque de estos no sé que afirmasen sinó que las almas de los difuntos eran objeto de riguroso juicio y premiadas ó castigadas segun sus obras; ni de los winnebagoes porque tampoco sé que dijeran sinó que el paraíso estaba en el firmamento y los justos debían buscarlo por la vía láctea·

Los yucatecas, según el Padre Landa, ponían las almas de los justos en cierto lugar deleitoso donde no sentían dolor ni pena, encontraban siempre que querían dulces y sabrosas frutas y descansaban y holgaban debajo del *yaxché*, la ceiba, árbol fresco y de gran sombra. Las almas de los pecadores, segun ellos, iban á lugar más bajo, al Mitnal donde los abatían el frío, el hambre, el cansancio, la tristeza y los torturaban demonios, que obedecían todos á Hunhau, el Lucifer de los mayas.

Los peruanos, por fin, segun el Inca Garcilaso, daban á las buenas almas el cielo y á las malas el centro de la tierra. La vida del cielo era, segun él, sosegada y tranquila y estaban libres de trabajos y pesadumbres; la del centro de la tierra era el agravamiento de todos los males que aquí nos afligen. Afirma lo contrario Fernando de Santillan, y quizá lo creyera yo si no recordase que los Incas se llamaban hijos del Sol y al Sol decían volver cuando morían. Las almas de los buenos, escribe Santillan, volvían al lugar de que habían venido, que era debajo de la tierra, y las de los malos al cielo donde pagaban en el fuego sus delitos. Por grande que sea la autoridad de ese autor, es aquí muy para puesta en duda.

Acaba de ver el lector las distintas creencias de los pueblos de América sobre la vida futura. Diga si no resulta cierto lo que escribí al principio de este párrafo. El materialismo que observamos en el concepto del alma continúa en los del cielo y del infierno. No desaparece ni allí donde se puso el paraíso en el firmamento bíblico. Verdad es que tampoco ha desaparecido nunca del infierno católico á pesar de los esfuerzos de algunos teólogos por espiritualizarlo.

Dos hechos me falta consignar, y son que algunas razas abrieron sus paraísos á las almas de los brutos y aún á los espíritus de los objetos que deponían en los sepulcros, y otras conservaron para los hombres en el cielo las jerarquías de la tierra.

LXXXVIII.

Instituciones y creencias religiosas.—La resurreccion de las almas.

Hubo tambien en aquella parte del mundo sus ideas de resurreccion, aunque, segun mis datos, fueron concebidas por muy pocos pueblos. Al hablar de resu-

rreccion creería hasta inoportuno advertir que no debe confundírsela con la metempsícosis. No resucita el alma que muda de cuerpo y se trasforma, sinó la que recobra la carne y la personalidad que en la especie tuvo. En la trasmigracion, creyeron, como vimos, gran número de razas; en la resurreccion solamente los peruanos y algunas tribus de Guazacoalco; quizá tambien los muiscas.

En Guazacoalco áun hoy se guarda cuidadosamente los huesos de los difuntos para que el alma pueda recobrarlos, y en el Perú con el mismo fin se momificaba los cadáveres y se ponía en lugar seguro hasta los dientes, los cabellos y las uñas de los vivos.

Constituía la resurreccion en los peruanos una de las más firmes creencias; mas, á lo que parece, no se la creía posible como no se conservase íntegro el cuerpo. Asegúrase que, puesto Atahualpa por sus bárbaros vencedores á morir en garrote si se hacía cristiano ó perecer en la hoguera si lo rehusaba, se prestó, contra lo que creía, á recibir las aguas del bautismo, temiendo que no había de resucitar como se le redujera á cenizas; y añaden algunos que, si sus capitanes no se limitaron á dar muerte á Huáscar, sinó que le quemaron ó le descuartizaron, fué por deseo de satisfacer inmoderados sentimientos de venganza llevándola más allá del sepulcro.

Creían en la resurreccion los peruanos y los pueblos de Guazacoalco; pero, adviértase bien, no como los judíos ni como los adoradores de Cristo. Se había de resucitar allí en el mundo y para el mundo; no para ver á Dios ni para oir la palabra de Dios sobre su futura y definitiva suerte.

LXXXIX

Instituciones y creencias religiosas.—Idea de Dios.

La idea de Dios no era general en América. Aun donde la había estaba de ordinario oscurecida por la de genios ó divinidades á que casi exclusivamente se rendía culto. Entre los aztecas, los mayas, los muiscas y los quichuas apenas pasaba de las clases superiores. Ejercía poca ó ninguna influencia en la conducta de los individuos ni en la marcha de los pueblos.

Prevalecía más esa nocion de Dios en la América Septentrional y la del Centro que en la del Mediodía. Las tribus de Virginia y Carolina adoraban en *Kewas* al padre de los dioses y los hombres. Desde el Norte de la bahía de Chesapeake á la de Hudson en casi todas las naciones se hablaba de un Grande Espíritu, creador del Universo. Si no todos los esquimales, por lo ménos los groenlandeses, ponían sobre sus innumerables *inuas* á Tornarsuk, origen, decían, de toda ciencia. Al otro lado de las Montañas Pedregosas, en las riberas del Pacífico reconocían un sér supremo los koniagas, los aleutas, los haidahs, los nut-

kas, los okanaganes entre los columbios de la costa y los salishes entre los de tierra adentro, los clallames, que vivían enfrente del extremo meridional de la isla de Vancóuver, gran parte de los californios, los apaches, los shies, los *pueblos* y los mismos pericues.

Los aztecas hasta parecían tener para la idea de Dios voces especiales: *Teotl*, casi el *theos* de los antiguos griegos; *Tloque Nahuaque,* el que en sí lo contiene todo; *Ipalnemoani*, aquel por quien vivimos. Decían, además, que en *Omeyócan*, el más alto de sus nueve cielos, había desde mucho ántes de la creacion de los astros dos séres de distinto sexo, orígen de toda vida y todo conocimiento: *Ometecuhtli* y *Omecihuatl*, por otro nombre *Citlatonac* y *Citlalicue.*

De un *Tloque Nahuaque* hablaban tambien los tlaxcaltecas. Segun cierta plegaria que trascribe Camargo, le llamaban señor de los dioses y los hombres, y le ponían, como los aztecas, en el último cielo. En el cielo ponían asimismo los tarascos á un *Tucapacha*, sér indefinible y misericordioso, á quien no se podía representar por imágenes y de quien cabía esperar toda ventura.

Los mixtecas, por su parte, miraban como principio de todo lo que existe á dos dioses, varon y hembra, que llevaban el nombre comun de *Cierco* y se distinguían él por el de *Culebra de Leon*, y ella por el de *Culebra de Tigre.* Se los hacía padres de dos hijos llamado el uno *Viento de las Nueve Culebras* y el otro *Viento de las Nueve Cavernas.*

Entre los mayas los yucatecas veían en *Hunabkú* ó *Kinehahau* al supremo é invisible creador del mundo; los quichés, en *Hurakan* al que era corazon del cielo y de la tierra, al que engendraba y daba el sér, al rayo que hería; los nicaraguatecas de Nagrando, en *Tamagastad* y *Cippatonal*, hombre y mujer, á dos deidades sin principio ni fin en quienes todo tenía su raíz y su orígen.

En el istmo de Darien, segun Jacobo Walburger, se hablaba tambien de un dios, tal vez el *Chicune* del P. Las Casas, que estaba solo en los cielos sentado en banquillo de oro y plata, cuando no tendido en hamaca de oro.

Las tribus de la isla de Hayti, creían, por fin, en cierto sér inmortal, principio de los demás séres, á quien daban los nombres de *Guamaonocon* y *Iocauna.* Decían que moraba en el estrellado firmamento con su madre *Atabeira* ó *Jemaona* y desde allí dictaba sus órdenes á la tierra por medio de los *cemíes.*

En la América del Sur distaban de haber concebido la idea de Dios tanta multitud de pueblos. Entre los salvajes no la habían concebido que yo sepa sinó los ayricos, los jiraras y los salivas del Orinoco, los araucanos, los patagones, los tobas y los manacicas, rama de los chiquitos. Los araucanos, segun parece, no designaban á su dios sinó por los atributos de *Villvemboe*, el creador de todo: *Villpapilvoe*, el omnipotente; *Mollquechigelu*, el eterno. Los manacicas, segun Fernandez, tenían hasta una como trinidad en *Omequeturiqui* ó *Uragozoriso*, *Urasana* y *Urapo*. Omequeturiqui había engendrado á Urasana en su esposa *Quipoci*. Eran de ingrata voz y horrible aspecto los tres dioses: pero Quipoci

irradiaba luz por todo su cuerpo y no hablaba que no llenase de armonía los espacios.

De los pueblos cultos, los muiscas y los peruanos, se dice que reconocían todos un dios supremo: los muiscas, en *Fomagata* ó *Thomagata*, segun modernos mitólogos el *Tamagastad* de los nicaraguatecas; los peruanos, en *Illatici-Huiracocha-Pachacámac*, principio de todo lo bueno y alma del mundo.

A excepcion de los manacicas y los que poblaban las costas de Virginia y la Carolina del Norte, ninguno, sin embargo, había hecho de esas divinidades su-dremas el principal objeto de su culto. Al Sol y á la Luna tenían dedicados los incas sus grandes fiestas y sus grandes templos. Si como leo en cierta *Relacion Anónima* y parece confirmar Balboa, consagraron uno en la ciudad del Cuzco á Illatici-Huiracocha-Pachacámac, tan pobre debieron de construirlo y tan pronto relegarlo al olvido, que no lo encontraron ni lo oyeron mentar ni Cieza de Leon ni Garcilaso. Se edificó ese templo, segun Balboa, despues de haber dicho Inca Yupanqui en un concilio que no se podía considerar señor del mundo al que para repartir á la tierra ya el calor y el frío, ya la luz y la sombra, se veía condenado á perpétuo y acompasado movimiento, y no por lo tanto al Sol sinó al que lo obligaba á tan incesante curso se le había de mirar como autor del universo. Quien fuera ese dios no parece que lo supieran ni Inca Yupanqui ni sus sacerdotes: le llamaron Illatici-Huiracocha porque un dios de este nombre vivía en las tradiciones religiosas de los aymaras y en las ruinas de Tiahuanaco, y Pachacámac porque otro dios así llamado vivía en las tradiciones de los yungas y tenía en el valle de Lerin un templo antiquísimo á que concurrían peregrinos de apartadas naciones. Una divinidad así constituida, tal vez hija más de la política que del sentimiento, ¿cómo había de ser nunca motivo principal de admiracion para gentes heterogéneas como las que componían el imperio de los Incas?

Exactas ó inexactas las noticias de Balboa, que yo por exactas las voy teniendo, es indisputable que los peruanos distaban del culto de un Sér Supremo áun en la tierra de los aymaras y la de los yungas. Huiracocha entre los aymaras era ya poco más que un recuerdo; y Pachacámac entre los yungas poco más que un fetiche.

El Fomagata ó Thomagata de los muiscas dudo que tuviese relacion alguna con el Tamagastad de los nicaraguatecas, por más que, al decir de Herrera, unos y otros reservasen, como los aztecas, uno de sus cielos para las mujeres que morían de parto y los hombres que morían en batalla. Fomagata, mónstruo de un ojo, cuatro orejas y cola de leon, que viajaba por los astros entre Sogamoso y Tunja y podía convertir á cuantos quisiera en lagartos, serpientes y tigres, mas bien que dios parece haber sido el genio del mal, el diablo. Hablaban los muiscas de una especie de foco de luz ó creador á que dieron el nombre de *Chiminigagua;* pero tampoco le rendían culto, como no fuese en las obras

de la naturaleza, principalmente en los lagos, las cascadas y las breñas A quien se lo rendían y levantaban templos era á otro sér muy distinto, probablemente símbolo del sol, que decían haberles desaguado el valle de Bogotá abriéndoles el salto de Tequendama: á *Bóchica*, á quien llamaban tambien *Nemterequeteba* y *Zuhe*. En honor de Nemterequeteba estaba erigido el templo que saqueó y destruyó Jimenez de Quesada; templo de que tal vez sean ruínas las trece columnas dispuestas en forma de círculo que áun hoy se ve en el estado de Boyaca, no lejos de Tunja.

Los nicaraguatecas de Nagrando celebraban al año veintiuna fiestas en loor de sus dioses: ninguna tampoco en honra de Tamagastad y Cippatonal, que, segun ellos, había criado por dos veces la humana estirpe. Adoraban sobre todos á Quiatéot, la deidad de las tempestades y de las aguas, á quien decían hijo de Omeyateite y Omeyatecigoat, evidentemente el Ometecuhtli y la Omecihuatl, de los aztecas. Ometecuhtli y Omecihuatl eran tambien conocidos en Méjico por los nombres de Oxomoco y Cippatonal: no sería nada violento suponer idénticas las divinas díadas de los dos pueblos.

Tampoco en el Anahuac, donde tan numerosos eran los templos y las fiestas, había fiesta ni templo alguno para esos Ometecuhtli y Omecihuatl ó, lo que es lo mismo, para Citlatonac y Citlalicue. Netzahualcóyotl en Tezcuco levantó, segun Ixtlilxochitl, un templo de nueve altos, representacion de los nueve cielos, que remataba en tres puntas, estaba por fuera negro y sembrado de estrellas, por dentro incrustado de oro, piedras y plumas y por dentro y por fuera sin ídolos; pero tampoco se dice que lo levantara en honor de aquellos dioses supremos. Lo erigió, segun el mismo Ixtlilxochitl, al dios desconocido, como hizo la antigua Atenas, dios á quien aplicaba como simples calificativos, que no otra cosa eran, las denominaciones de Tloque-Nahuaque é Ipalnemoani. ¿Viviría ese dios en otra cabeza que en la de Netzahualcóyotl? El mismo Netzahualcóyotl no acertaba á desprenderse ni del sabeismo ni del politeismo de sus vasallos. Construyó templos para otros dioses, consintió los sacrificios humanos; y al paso que reconocía un dios causa del Universo, decía que miraba al sol como su padre y á la tierra como su madre. Teotl, por otra parte, era en el idioma azteco un nombre apelativo y no propio; y, ya que propio se lo hiciese, con él se solía designar al astro del día.

Los aztecas en el siglo del descubrimiento de América iban á no dudarlo al monoteismo; pero, adviértase bien, no á fuerza de ir volviendo los ojos á Citlatonac ni á Citlalicue, cada día en mayor olvido, sinó á fuerza de ir reuniendo en uno de sus muchos dioses, Tezcatlipoca, el poder que habían distribuido entre Huitzilopochtli, el mismo Tezcatlipoca, Quetzalcoatl, Tlaloc, Xiuhtecuhtli, Mixcoatl y otros, de que hablaré en otro párrafo.

Parecían tener más clara idea del Sér Supremo los tlaxcaltecas y los tarascos; pero tampoco le habían construido templos ni dedicado fiestas, ántes los habían

guardado los unos principalmente para Quetzalcoatl, los otros para Curicaneri y Xaratanga. En la misma plegaria de Camargo invocaban los tlaxcaltecas á todos los dioses de los nueve cielos y con ellos al Sol, la Luna, las estrellas y los vientos del día y de la noche.

En los soberanos dioses de los mixtecas no hay para qué decir si no se revela más que la religion la mágia.

Hablaban los yucatecas de Hunab-kú; pero no á él, sinó á *Cukalcan*, su primer legislador y maestro, á *Izamná* ó *Zamná*, su primer sacerdote, al Sol, á la Luna, á los cuatro *Bacabes* que sostenían la bóveda del cielo y á otros muchos dioses elevaban preces y hacían sacrificios y ofrendas. Cuando iban de viaje, quemaban todas las noches copal sobre seis piedras que recogían y colocaban de cierto modo; pero no tampoco en honra de Hunab-kú, sinó en la de *Ekchuah*, que era su Mercurio. Tenían, como ningun otro pueblo, suntuosos templos y diversidad de ídolos; pero ninguno tampoco en loor ni en representacion de aquella divinidad suprema.

Si entre los quichés *Tohil*, *Avilix* y *Hacavitz* no eran á los ojos de los sacerdotes y los reyes sinó meras representaciones de Hurakán, el corazon del cielo; para la plebe y áun para el mismo sacerdocio eran el único objeto de culto. En la brillante piedra del templo de Cahhaba como en el envoltorio llamado la *Majestad Oculta* á esos dioses adoraban los quichés todos y no al Supremo Sér que se anunciaba por el relámpago que alumbra y el rayo que mata. A Tohil se le habían unido de la cintura al sobaco en su larga peregrinacion á Guatemala; y en los altares de Tohil vertían su sangre y la de sus enemigos.

El dios supremo de la isla de Hayti vivía aún ménos en el corazon de los hombres. Sobre no ser eterno, ya que tenía madre, como por él creían que mandaban y obraban innumerables cemíes, en los cemíes detenían sus ojos y sus pensamientos. De los cemíes y sólo de los cemíes esperaban la lluvia para los sedientos campos, la fausta suerte de los que de mujer nacían, la paz y el reposo para los conturbados pueblos; y sólo á los cemíes dirigían plegarias y rendían culto.

Otro tanto sucedía en los demás pueblos salvajes. Los algonquines y los dacotas eran los que más y mejor hablaban del Grande Espíritu. Lo confundían á menudo con el Sol, y en los espíritus de la naturaleza buscaban proteccion y apoyo. Espíritus de los bosques, solían exclamar los dacotas cuando iban de caza, compadeceos de nosotros y enseñadnos dónde están el ciervo y el búfalo. Vientos, decían encendiendo sus pipas cuando entraban en los lagos, dejad que crucemos venturosamente estas profundas aguas. *Monedo*, el nombre del supremo dios de los algonquines, apenas se dejaba oir más que en alguna plegaria y en los cantos y ritos de los medas. El Tornarsuk de los groenlandeses, orígen del conocimiento, no del sér, tampoco solía brotar sino de labios de sacerdotes.

Así las cosas ¿qué influencia podía ejercer la idea de Dios en el ánimo de los hombres ni en el corazon de los pueblos? Sobre los que vivían en el istmo de Darien, escribe Jacobo Walbúrger de ciencia propia: «El dios de estos indios, dice, no ve desde el cielo en que mora lo que pasa en la tierra: lo va sabiendo por las almas de los que mueren sin que jamás pretenda dirigir los sucesos. Es inútil decir á esos pobres salvajes que de Dios procede todo. Pues ¡qué! replican, ¿producirían acaso frutos los campos sin nuestro cultivo? Su dios, que come y bebe, aunque en *tutumas* de oro, no los sirve en realidad sinó despues de muertos. Les da entonces un vestido y tambien un hacha con que rocen y trabajen las sementeras del Paraíso.»

Los dioses supremos de los manacicas bajaban en cambio á la tierra acompañados de una legion de sombras; y desde el fondo de sus templos de esteras incitaban á sus fieles á que danzasen y holgasen. Permanecían de pié las sombras, y se sentaban ellos y bebían en copas labradas. Respondían luego por boca de los sacerdotes á las preguntas que se les hacía; pero con sus oráculos, segun parece, provocaban más de una vez las risotadas del pueblo.

El mismo Kewas no estaba solo en el Olimpo de Virginia y la Carolina del Norte: había debido hacer otros dioses para que tuviera quien le ayudase á crear el mundo. Por uno de esos dioses había sido engendrada la mujer; por Kewas sólo el hombre.

XC.

Instituciones y creencias religiosas.—El Diablo.

El Diablo tenía en América más creyentes que Dios. Reconocíanle pueblos cultos é incultos; y los que no le adoraban le temían. Aseguraban muchos que se les aparecía bajo espantables formas y les hablaba con ronca y estentórea voz, cuando no por boca de los sacerdotes. Invocábanle unos, conjurábanle otros, olvidábanle pocos si alguna desgracia los afligía ó los amenazaba. Algunos hasta decían como los hebreos que entraba en el hombre y lo traía desasosegado y enfermo. No todos le consideraban único ni suponían que ejerciera siempre por sí mismo su maligna influencia: quienes admitían dos ó más; quienes los veían derramados por legiones en aire, mar y tierra; quienes les daban como auxiliares duendes, trasgos y otra clase de mónstruos.

Entre los escasos pueblos que no habían concebido la idea del Diablo merecen especial mencion los dacotas, que no la adquirieron sinó en sus relaciones con los europeos. En el Perú y en Méjico urge tambien consignar que tuvo poca importancia. Ni los peruanos se acordaban mucho de *Supay*, ni los aztecas de *Tlacatecololotl*, el hombre-buho. Segun la Relacion Anónima que ántes cité llevaban

en el Perú el nombre de Supay multitud de ángeles que se habían rebelado contra su padre Illatici-Huiracocha; pero es de sospechar que el autor se dejase llevar aquí de sus propias creencias. No se los adoraba, añade, y en esto se halla de acuerdo con Garcilaso, segun el cual no se nombraba á Supay que no se escupiese en señal de abominacion y desprecio.

Los mayas concedían ya mayor importancia al Diablo. «Los de Yucatan, dice el Padre Landa, en toda fiesta ó solemnidad que á sus dioses hiciesen, empezaban por conjurarle y echarle á fin de que no la turbase. Empleaban al efecto, ya la bendicion y la plegaria, ya las ofrendas, ya los sacrificios. En los cinco días intercalares del año que tenían por aciagos le despedían con grandes ceremonias honrándole no menos que á los cuatro *Bacabes.*»

La manera de echar al Diablo no era allí siempre la misma. Para arrojarle del patio que destinaban á la celebracion de un bautizo practicaban, por ejemplo, los siguientes ritus. Colocados en medio los niños y con ellos un sacerdote junto á un brasero, se ponía en las cuatro esquinas cuatro banquillos donde se sentaban otros tantos chaces, unos como diáconos, y sostenían con ambas manos un cordel que servía de cerca. Pasaban por encima del cordel los padres de los niños; y á poco el sacerdote, entregaba un polvillo de maíz molido y copal á los bautizandos, que lo dejaban caer en el brasero. Hacíase otro tanto con los circunstantes; y, ya concluidos los sahumerios, se cogía el brasero y la cuerda, se echaba vino en un vaso, y se lo daban todo á un hombre para que lo sacase del pueblo, previniéndole que ni bebiese del vino ni mirase atrás cuando volviera. Con esto, con barrer del patio las hojas de *cihom* de que estaba cubierto y con sustituirlas por otras de *copo* creían los yucatecas purificado el lugar y arrojado el demonio.

Para despedirle en los días intercalares se aumentaba las ceremonias y se las cambiaba según el signo ó letra dominical del año. Referiré simplemente las de los años *Kan* á fin de no hacerme cansado y prolijo. En los cuatro puntos cardinales de cada pueblo tenían los yucatecas dos montones de piedra, el uno enfrente del otro, para la celebración de tan singulares fiestas. Ponían cada año Kan en los montones de piedra del Sud la imágen del demonio *Kan-u-Uayeyab*, hueca y de barro, y en el sitio más asequible de la casa del príncipe ó patron de la fiesta la estátua de *Bolon-Zacab,* ignoro si de barro ó de otra materia. Juntábanse á la hora convenida caciques, sacerdotes y pueblo, dirigíanse por un camino fresco, limpio y enramado á la imágen de Kan-u-Uyeyab, el demonio del Mediodía, sahumábanla derramando en un brasero copal y cuarenta y nueve granos de maíz molido, degollábanle una gallina, se la daban en ofrenda, y metiendo á continuacion la imágen en un palo y echándole á cuestas la de un ángel de espantosa figura, la conducían con gran regocijo y animados bailes al lugar en que había la de Bolon-Zacab, nombre de oscura significacion y de oscuro orígen. Sacerdotes y caciques bebían ántes de llegar allí la *picula kakla*,

cierto licor que les sacaban compuesto de agua y de cuatrocientos quince granos de maíz tostado; y, no bien entraban, ponían la imágen de Kan-u-Uyeyab enfrente de la de Bolon–Zacab y le hacían otras ofrendas de que daban parte á los extranjeros, y una pierna de venado al sacerdote. Continuaban durante los cinco días aciagos las ofrendas, entre ellas la de un corazón de pan y la de otro pan con pepitas de calabaza; proseguían tambien los sahumerios de copal y maíz molido: y se hacían, además, sobre la piedra *kanal–akantun* sacrificios de sangre. Concluídos los cinco días, se llevaba por fin la imágen de Bolon Zacab al templo y la de Kan-u-Uyeyab á la parte de Oriente, donde se la tiraba. Sólo entónces se creían los yucatecas libres del demonio y en aptitud de festejar el año nuevo.

Lo raro es que para encontrar algo parecido hay que trasladarse nada ménos que desde los pueblos de Yucatan á las salvajes naciones del Orinoco. Para muchas eran los casamientos fiestas públicas en que tomaban parte los caciques. Apénas salía el sol, sentábase el cacique en la plaza y á poco bajaba del inmediato bosque un bien concertado cuerpo de danzantes que al son de flautas y timbalotes daba vueltas y revueltas á la casa de la novia hasta recibir de manos de una anciana un plato de comida. Lo ofrecían los danzantes al Diablo conjurándole á que no turbara la fiesta y corrían á todo correr al bosque de que habían venido. Ceñiánse allí coronas de flores, tomaban en la mano izquierda un ramo y en la derecha unas sonajas, y volvían á la casa de la novia donde otros bailaban alegremente al compás de flautones de á dos varas.

Los pueblos de Patagonia conjuraban tambien al Diablo; pero públicamente y sólo cuando tenían graves desdichas ó deseaban conocer lo futuro. Reuníanse entónces al aire libre sentándose á la redonda y con los ojos á Oriente los padres de familia, al rededor sus mujeres, á los lados las doncellas y los mancebos. Una vieja, una especie de pitonisa, se colocaba delante del círculo vueltos tambien á Levante los ojos. Gesticulaba, reflexionaba, hablaba y dirigía con creciente fuerza sus conjuros al temible espíritu. Iba refiriendo una por una las calamidades que habían afligido á su pueblo y le pedía con vehemencia que no las repitiese. Exponía despues cuán patéticamente le era dable las que todos temían, y le conjuraba á que declarase por su boca si ocurrirían y, de ocurrir, cómo las apartarían de su cabeza. Se recogía luego en sí misma, levantaba los ojos al cielo y parecía presa de convulsiones y vértigos. Al reponerse estaba como animada por el Espíritu; y, despues de pronunciar sonidos que nadie comprendía, declaraba las revelaciones que se le había hecho y, segun eran contrarias ó favorables, despertaba en los ánimos el terror ó el júbilo.

Privadamente conjuraban tambien los patagones al Diablo, á que habían dado el nombre de Achekenat-kanet, y tenían tal miedo, que, no bien veían al Sol, derramaban una copa de agua y pedían al brillante astro que los librara durante el día de las asechanzas y el poder de tan maligno genio. Si al pasar ori–

llas de un río acertaban á ver un leño arrastrado por la corriente, lo tomaban por el demonio mismo y le hablaban y conjuraban á voces. Si el leño se detenía en algun remanso, creían que los escuchaba y le arrojaban cuanto llevaban, inclusas las armas.

Ese temor era general en los pueblos salvajes. Más ó ménos vivían todos á causa del Diablo medrosos é inquietos. Tenían los puelches su espíritu del mal en Hualichu; y porque entre las márgenes del Río Colorado y las del Río Negro encontraron cierto árbol del mismo nombre, no dejaron ya de suspender del ramaje mantos y lanzas, ni en llenar de sus más preciadas joyas el hueco tronco, ni en sacrificar bajo la sombra los animales que más querían. Sólo porque los creían en relaciones con tan tenebroso espíritu, concedían tambien grande importancia á sus médicos, tan grande, que no pasaban cerca del sepulcro en que los habían enterrado sin que guardasen el más profundo silencio.

Aterraba aún más el Diablo á los californios del Norte. Le atribuían esos californios los murmullos del bosque, el caer de las hojas ó las ramas de los árboles, todo rumor y todo hecho de que no acertaran á darse cuenta. Mirábanlo como un mónstruo que acechaba en la soledad al viajero para hacerle pedazos y le creían acompañado siempre de asquerosos y hambrientos séres que desenterraban y devoraban á los muertos. Le consideraban en muchas tribus capaz de revestir diversas formas, y temían por esta sola causa al murciélago, al halcon, la tarántula y sobre todo la zumaya.

Ese temor nacía en no pocos pueblos de la influencia que se concedia al Diablo sobre la salud del hombre. A los ojos de los columbios de tierra adentro no eran debidas ciertas enfermedades sinó á que el Diablo se había apoderado del cuerpo. Los chinuks, cuando un enfermo ni se moría ni se curaba, decían que el Diablo, deseoso de morar en la tierra, le había escogido por vivienda. Los koniagas suponían ganados y poseídos por el Diablo á todos los enfermos graves. De aquí la rara terapeútica que, segun escribiré en otro párrafo, empleaban los médicos-sacerdotes de muchas y muy apartadas gentes. Luchaban muchos á brazo partido con tan maligno espíritu; le conjuraban otros murmujeando, ya preces, ya imprecaciones, y tocando el tambor mágico; trataban otros de espantarle, ora vistiéndose de extraño modo, ora llevando colgadas de pértigas tortugas, serpientes y sapos.

Pluralidad de diablos la había en muchos pueblos. Por de pronto habrá observado ya el lector que la hubo entre los mayas. A los cuatro Bacabes de los cuatro puntos cardinales correspondían otros tantos demonios: *Kan-u-Uayeyab*, *Chac-u-Uayeyab*, *Zac-u-Uayeyab*, y *Ek-u-Uayeyab*, que á su vez correspondían á los cuatro signos ó letras dominicales de la cronología yucateca. Indica Landa en cierto párrafo de su libro que no eran sinó un solo diablo con distintos nombres; pero en otros no permite dudar que constituían cuatro séres distintos.

Los californios del Norte de que poco há escribí tenían tambien muchos dia-

blos: *Omaha*, oso gris invisible que á todas partes llevaba consigo la enfermedad y el infortunio; *Makalay*, especie de unicornio que corría como el viento, saltaba como el canguro y mataba con la vista; *Kalicknatek*, pájaro enorme que anidaba en las altas cumbres, rumiaba silencioso sus pensamientos y al sentir hambre barría con sus alas el Océano, cogía en el pico la primer ballena que descubría, la subía al más próximo cerro y sólo comiéndola de una vez saciaba su apetito; *Wanuswegock*, *Surgelp*, *Napusney*, *Nequiteh*, de ignorada condicion y de ignorada forma.

Aunque no tantos, eran tambien muchos los demonios de los araucanos: *Pillan*, cuyo nombre significaba diablo, trueno, erupcion, tormenta; *Huecuvu*, orígen de la enfermedad y la muerte; *Epunamun*, segun Ercilla el oráculo de las batallas; *Ivunche*, en realidad no diablo, sinó medio por que el Diablo se revelaba al hombre.

En legiones de espíritus del mal creían principalmente los *pueblos* y las naciones de la América del Norte sentadas á Levante desde la bahía de Chesapeake al Océano Glacial Artico, segun veremos en el párrafo siguiente.

Reconocía, además, buen número de gentes auxiliares ó instrumentos del Diablo. Tenían los algonquines sus ogros, sus *windegoes* y un terrible esqueleto, por nombre *Pauguk*, de quien aseguraban que salía con arco y flechas á caza de hombres. Entre sus numerosos cuerpos de duendes y trasgos citaban los shoshonis á los *nenumbis* y los *pahonahs*, que no diferían sinó en ser hijos los unos de la tierra y los otros del agua. Iban estos séres, que sólo medían dos piés de altura, al acecho de niños descuidados: los robaban, los substituían por individuos de su raza y, en cuanto cogían el pecho de la madre, empezaban á devorárselo. Hablaban los groenlandeses de lobos robadores de almas, de mónstruos de enormes ojos y largas crines, tan enemigos del hombre, que, como pudieran, le hacían pedazos; de unos jigantes que vivían en las tristes y silenciosas playas del Océano Glacial, desde donde desencadenaban los vientos y las tempestades y habían hecho cruda guerra á los dioses amigos de nuestro linaje; de unas gaviotas que se apoderaban de cuantos se atrevían á internarse por los desiertos mares del Nordeste de la Groenlandia y los daban por alimento á sus hijos; de *Havstram*, de *Margige*, de *Marbendill*, demonios oceánicos, terror de los marinos y présagos de naufragios y tormentas.

No en todas partes se decía que se manifestase el Diablo de igual manera ni bajo la misma forma. Segun los tunevos recorría las márgenes del lago Saché en figura de serpiente. En figura de tigre aseguraban haberle visto las tribus de los alrededores de Antioquía. En figura de hombre, pero con los ojos muy resplandecientes, afirmaban que se les aparecía los sacerdotes de Arma. Con las más horrendas visiones pretendían que frecuentemente se les presentaba, amen de otros pueblos, los urabaes.

Segun Cieza de Leon, el Diablo no se satisfacía con aparecerse á los hombres.

En toda la tierra que baja de las cumbres de los Andes al Grande Océano hablaba, escribe, á los pueblos, entrando ya en los sacerdotes, ya en cadáveres insepultos, como los que vimos en las cercanías de Cali. Un cadáver sin intestinos se dice que era el *Yvumche* de que ántes dije, oráculo tambien del maligno espíritu. Segun el mismo Cieza, hablaba tambien el Diablo por sus ídolos. Verdad es que en este punto se hace sospechoso un autor que, llevado de sus ideas religiosas, califica de diablos á los dioses y áun al mismo Pachacámac.

En no pocos pueblos se tributaba, por fin, al Diablo un culto que se negaba á Dios, bien porque no se le conocía, bien porque se pensaba que, pues Dios era esencialmente bueno, había de protejer y favorecer á los hombres, le erigiesen ó no templos y le dirigiesen ó no oraciones. Tal sucedía, por ejemplo, entre los cuitas. En el itsmo de Darien se adoraba tambien al Diablo y no á Dios porque, como se ha visto, se creía á Dios completamente ajeno á los negocios de los hombres. Vacilantes son los pasos de la humanidad en todos los terrenos, pero en ninguno como en el de la filosofía.

XCI

Instituciones y creencias religiosas.—Dualismo de Dios y el Diablo.

La creencia en el dualismo y en el antagonismo de Dios y el Diablo no era tampoco rara en América.

Entre los nuevo-mejicanos creían tener los moquis en Oriente un padre autor de todas sus desventuras —la guerra, la peste, el hambre, la muerte— y en el tibio Occidente una madre orígen de todo bien y creadora de sus nueve clanes; los navajos reconocían en *Whaillahay* un bienhechor y en *Chinday* un azote; los mojaves veían un dios en *Matevil* y un diablo en *Newathie*. Entre los columbios de tierra adentro hablaban los okanaganes de dos grandes espíritus constantemente en pugna y ambos atentos á la marcha del Universo: *Elemehumkillamvaist* ó *Skyappo* y *Kishtsamah* ó *Chacha*. Para los chinuks la fuente de todo mal era *Ecutoch* y la de todo bien *Ekone*, tal vez *Ykanam*; á los ojos de los koniagas, *Eyak* y *Shljam Schoa*. Habían venido á igual dualismo en la América del Norte nutkas, haidahs, criks y tinnehs; en la del Mediodía tupíes y caribes.

Acentuaban en la del Norte ese dualismo los winnebagoes. Segun ellos, el Espíritu del Mal, envidioso de lo que el del Bien había realizado, quiso crear un hombre y le sacó negro, una serpiente y la hizo mortífera, fuego y no supo darle vigor y energía. Volvió entónces sus iras contra los hombres, los indujo al robo, al asesinato, á la mentira, y despues de muertos les arrebató el alma y se la llevó á sus oscuras regiones. Aparece aquí ya el diablo tentador del Cristianismo.

Para los algonquines y los hurones había tambien su Dios y su Diablo; pero no hacían ya por sí el uno el bien ni el otro el mal sobre la tierra. El dios de los algonquines era *Gitchi Monedo* y el Diablo *Mudje Monedo:* de uno y otro derivaban enjambres de espíritus que, divididos en opuestos bandos, traían revuelto el mundo y en confusa mezcla el dolor y el placer, la desesperación y la esperanza, la guerra y la paz, la vida y la muerte. Del *Yoskeha* y la *Atahenlic* de los hurones, principio aquel de todo bien y ésta de todo mal, procedían igualmente innumerables *okis*, unos ángeles y otros diablos, númenes de los valles y los despeñaderos, las florestas y los páramos, los ríos y los arenales, las virtudes y los vicios.

Aun este dualismo valía poco al lado del de los iroqueses. Pone algun autor en duda sobre este punto la relacion de David Cúsic, de quien sospecha si se dejó llevar de las doctrinas del Evangelio. Yo la prefiero á la de Morgan, primeramente por haber sido Cúsic iroqués y haber podido penetrar mejor que los escritores de Europa en las tradiciones religiosas de aquel pueblo, después porque no acierto á descubrir en su breve trabajo la influencia del Cristianismo. El autor á que aludo confunde, por otra parte, la leyenda mitológica de los iroqueses con la de los hurones sin advertir que, si entre las dos hay grandes semejanzas, hay tambien diferencias mayores de las que existen entre la religión de los nicaraguatecas y la de los mejicanos.

Segun la tradicion iroquesa referida por Cúsic, la humanidad bajó del cielo á la tierra. Dos mellizos engendrados y concebidos en el cielo vinieron á la tierra estando aún en el claustro materno. No habían nacido todavía, cuando se empeñó en saltar el uno por encima del otro ocasionando á la madre horribles dolores. Salieron al mundo empujándose mútuamente; y, si enemigos eran ántes, más lo fueron después de libres. El uno, *Enigorio*, tenía gentileza de cuerpo y alma; el otro, *Eningonhahetgea*, maldad y soberbia. Aquel era el espíritu del Bien y éste el del Mal, y los dos vivieron en constante lucha.

Quiso Enigorio dotar de luz á la tierra y convirtió en sol la cabeza y en luna el cuerpo de su difunto padre. Desató luego de los altos montes los arroyos y los ríos; pobló de mansos animales el suelo, el aire y las aguas; formó de barro al hombre y la mujer, les infundió vida y alma y les dió por sustento los frutos de la naturaleza. Eningonhahetgea, en tanto, recorrió la tierra; y aquí la erizó de rocas, allí la cortó en espantosos derrumbaderos, en otras partes despeñó las aguas, acá y acullá derramó por ella horribles lagartos y por los bosques serpientes y tigres. Quiso tambien sacar del barro dos séres á su semejanza, pero no pudo en su primer ensayo sinó crear dos monos. Acertó á crear hombres sólo cuando Enigorio se prestó á dotárselos de alma.

No quedó aquí la discordia de los dos hermanos. Despues de haber intentado repetidas veces Eningonhahetgea destruir las obras de Enigorio y haber puesto Enigorio enmienda á los descalabros de Eningonhahetgea, convinieron los dos

en acabar por un duelo tan prolongada lucha. Despues de dos días de combate cayó al fin vencido y casi exánime el orgulloso Eningonhahetgea. Muerto, dijo, ejerceré imperio sobre las almas. Desaparecieron de la tierra los dos rivales; y continuaron siendo el uno el genio del mal y el otro el genio bienhechor de nuestro linaje.

Aquí no se establecía ya el dualismo entre Dios y el Diablo ni entre los ángeles y los demonios, sinó entre los hijos de hombres que bajaron del cielo á dar vida á la tierra. Aunque gemelos, no eran iguales en poder ni en suerte. El espíritu del mal no pudo impedir las obras del espíritu del bien, y despues de largo combate quedó al fin vencido. Más que al Jehová y al Satanás de la Biblia se parecen indudablemente el Eningorio y el Eningonhahetgea de los iroqueses al Ormuz y el Ahriman de los persas.

En punto á dualismo los americanos que más cerca estaban de la iglesia de Cristo eran realmente los patagones, que creían á sus diablos hijos de Dios.

XCII

Instituciones y creencias religiosas.—Teogonías.

En el continente americano donde quiera que se concibió la idea de Dios hubo varios dioses. Imperó el politeismo como había imperado ántes el fetichismo. Cuando el Descubrimiento no tenía en realidad ninguna de las tres Américas ni pueblos exclusivamente fetichistas ni pueblos exclusivamente politeistas: á fin de tratar con órden esta confusa materia reuniré bajo los epígrafes de *fetichismo* y *politeismo* los datos que hasta ahora he adquirido sin consagrar párrafos especiales más que á los dioses antropomórficos de las naciones cultas.

La línea divisoria entre el politeismo y el fetichismo no es aún la misma para todos los que se dedican al estudio de la Mitología. Antes de empezar creo oportuno decir cómo entiendo las dos voces. El fetichismo es para mí el culto directo de la naturaleza, de una naturaleza que se supone animada, pero con alma dentro de sí misma. Siempre que se la adora considerándola emanación ó símbolo de un espíritu exterior, creo que se deja de ser fetichista. Asi, en mi opinion, distaba de ser acto de fetichismo la adoracion, por ejemplo, de las piedras que se decía haber arrojado Quetzalcoatl al tronco de un árbol. Serían de otra manera fetichistas aún las religiones que llegaron á mayor altura.

El politeismo es, por lo contrario, el culto de séres extraños á la naturaleza, ora sean personificaciones de la naturaleza misma, ora lo sean de ideas abstractas como el amor ó la fuerza, ora sean recuerdos ó símbolos de remotas catástrofes, ora sean apoteosis de antiguos héroes. No importa que se los adore

bajo formas reales ó fantásticas, en imágenes ú objetos como las montañas ó las rocas: de una y otra manera la religion es politeista.

Suelen los dioses del fetichismo ser meras individualidades y los del politeismo representaciones de especies y géneros; mas estas no son en mi opinion condiciones esenciales ni características de los dos sistemas.

Partiendo de tan sencillas ideas, paso á escribir acerca del fetichismo que para mayor claridad divido en terrestre y celeste.

XCIII

Instituciones y creencias religiosas.—El Fetichismo.—Fetichismo terrestre.

En América la nacion más fetichista á la entrada de los españoles era, pásmese el lector, la de los peruanos, bajo muchos aspectos más culta que la de los aztecas. Adoraba no solamente los astros, sinó tambien la tierra, el mar y cuantos séres en uno y otra se distinguían ó por su hermosura, ó por su monstruosidad, ó por su grandeza, ó por sus recuerdos. Lo niega resueltamente Garcilaso; pero lo reconoce sin querer confesando que esto sucedía cuando los pueblos no habían aún doblado la cabeza al blando yugo de los Incas y añadiendo que las *huacas*, es decir todo lo singular y notable en la naturaleza, inspiraba á los Incas mismos veneracion profunda. De la veneracion al culto hay escasísima distancia; y hoy, por otra parte, no ignora nadie que, si los Incas impusieron á los vencidos como religion oficial el sabeismo, no lograron desterrar de tribu alguna los antiguos dioses. No se lo propusieron tampoco al decir del mismo Garcilaso y otros muchos autores, puesto que segun la unánime afirmacion de todos tenían en el Cuzco para los ídolos de los pueblos sojuzgados un panteon como el de Roma. Sobre que no cabe acerca de este punto lugar á dudas cuando se lee el resultado de las investigaciones que sobre la existencia de la idolatría en el Perú hizo ochenta años despues de la Conquista el Padre José de Arriaga. ¿Cuándo cambió fácilmente de creencias pueblo alguno de la tierra?

Dejo para el siguiente párrafo el sabeismo de los Incas; me circunscribiré aquí al fetichismo terrestre.

Adoraban los peruanos el aire y el fuego; adoraban la tierra bajo el nombre de *Mamapacha* y el mar bajo el de *Mamacocha*. A Mamapacha ofrecían en las siembras maíz molido y azua para que les concediese abundantes cosechas; y á Mamacocha la invocaban en viendo el Océano á fin de que con los vapores que exhala no les inficionase las fuentes de la vida. Adoraban el mar principalmente los habitantes de las costas. Vencidos los chinchas por el intrépido Inca Yupanqui, se negaron de pronto al culto del astro del día. ¿Que adoremos al Sol? le dijeron: ¡bendito sea el mar que nos da frescas brisas y sabrosos alimentos!

Adoraban los peruanos tambien los altos cerros, sobre todo las cumbres coronadas de nieves eternas; adoraban los grandes lagos y los caudalosos ríos. No pasaban por cima alguna de los Andes que no dejasen allí su ofrenda, ni por río alguno que no tomasen y bebiesen agua en el hueco de la mano. Pretendían así obtener del río que no los arrastrase; y si querían hacérselo más propicio le arrojaban maíz del que llevaban para el viaje. Al decir de Garcilaso la cordillera toda de los Andes constituía para ellos una *huaca*.

Adoraban tambien el árbol que erguía su copa sobre todos los del bosque, la roca jigantesca suspendida sobre el abismo, la flor que sobresalía por su hermosura, las conchas de mar de bellas y extrañas labores, la guija lustrosa y jaspeada que habían recogido en el fondo del torrente.

Sentían gran predileccion por los peñascos y las piedras. Consideraban en muchas localidades como deidad protectora una piedra que llamaban *guachecoal*, notable por su color ó su forma; en algunas, tres ó más rocas que tomaban por una madre y sus hijas. Tuvieron casi en todas mucha veneracion á las piedras erguidas y aisladas: decían que al estallar la guerra se les trasformaban en guerreros, y, despues de haber luchado por la tribu hasta vencer á los enemigos, se volvían á sus inmutables asientos. No estimaban ménos los meteorolitos y las piedras que hubiese partido el rayo.

De tal modo confiaban todos en las piedras, que solían poner y adorar una en cada *topu* ó campo y otra en cada acequia. Aun á las que servían de lindes bien para las heredades, bien para los pueblos, consagraban fiestas y holocaustos.

Las piedras preciosas eran á los ojos de los peruanos otros tantos fetiches. No creo, sin embargo, que pueda calificarse de tal, como algunos pretenden la esmeralda finísima de Manta, por cuyo simple contacto se decía que sanaban los enfermos. Imágen de un dios, del dios *Umiña*, no puede ya ser mirada como fetiche.

De ese especial culto á las piedras hablan todos los autores, incluso Cieza. Segun Cieza alcanzó á los mismos Incas. «Afirmaban, dice, que había Hacedor de todas las cosas y al Sol tenían por dios soberano, al cual hicieron grandes templos; y, engañados del demonio, adoraban en árboles y piedras como los gentiles.» Describe el mismo autor en otro lugar á los antiguos pobladores de Huamachuco, y escribe que «adoraban en algunas piedras grandes como huevos y en otras mayores de diversas tintas que habían puesto en los templos ó huacas de los altos y sierras de nieve.»

Ese culto debió de ser antiquísimo. Lo infiero de que en Tiahuanaco hay largas filas de piedras muy parecidas á los *menhires* de los celtas. Lo infiere Rialle de la leyenda peruana de los tres ó cuatro hermanos que salieron de Pacarec Tampu, y es posible que acierte. Algo significa que el mayor de los hermanos derribase los cerros con las piedras que disparaba de su honda, y en piedras quedasen al fin convertidos por lo menos dos de tan misteriosos personajes.

Para los peruanos eran tambien fetiches las momias de los Incas. Estaban en sillas de oro á los dos lados de la gran figura del Sol que ocupaba el fondo del templo de Coricancha; y no dejaron nunca de ser materia de veneracion para los reyes vivos. No las podía contemplar el humilde súbdito; pero tenía en imágen á esos monarcas dentro de los palacios que en vida ocuparon, los veía en las fiestas públicas y los llevaba de tal manera en su corazon y su alma que, como dije en otro párrafo, despues de la Conquista no pudo menos de doblar la rodilla ante los que descubrió Polo de Ondegardo y prorumpir en lágrimas y gemidos.

Adoraban asimismo los peruanos las momias de los caciques y los antiguos guerreros, y algunos hasta las de sus parientes. Guardábanlas en sepulturas donde las pudieran ver cuando quisiesen y les hacían frecuentemente ofrendas y sacrificios. Contaba el pueblo de Huahualla entre sus héroes á *Caxaparca* y *Huaratanca* y á las momias de los dos rendía culto. No era aquí la memoria ni el espíritu de los difuntos sinó el cuerpo lo que veneraban; y el fetichismo por lo tanto era patente.

Entre los animales adoraban los peruanos unos al condor y al puma, rey aquel de los aires, este de las selvas; otros, como los collas, á las llamas de color blanco; otros, como los huancas á los perros; otros, como los antis, á las serpientes y los tigres. Había dado aquí márgen á la zoolatría, sobre las causas generales del fetichismo, la circunstancia especial de creerse los más de los pueblos hijos de brutos ó aves y haberlos tomado por emblema.

No me atrevo á decidir si los muiscas eran también fetichistas. Adoraban los árboles, los ríos, los lagos y los montes; pero, segun algunos etnólogos, como obras de Dios. Es difícil creerlo cuando se considera que en su culto no salieron nunca del círculo del sabeísmo, y hoy en su Bóchica y su Zuhé no acierta á ver nadie sinó mitos del Sol y la Luna; pero ¿cómo asegurar lo contrario?

Los que en manera alguna pueden ser calificados de fetichistas son los antiguos nicaraguatecas. Se dice si adoraban al ciervo; mas infundadamente. Contaban un ciervo entre sus dioses, y esta ha sido la causa del error. Conforme explicaron á Bobadilla algunos caciques, tenían, no el ciervo por Dios, sinó un ciervo dios de los ciervos. De que, por otra parte, haya allí encontrado Squier figuras de tigres, caimanes y ranas, no se deduce que los adorasen.

De Honduras á Oajaca tengo ya para mí que eran fetichistas los más de los pueblos. Imperaba allí el *nahualismo*, que no es más que una especie de fetichismo. El nahualismo, como dije en otro párrafo, se extendía á vastas regiones de la América del Norte; pero en la América Central había tomado proporciones como en ninguna otra parte. En ella se identificaban y confundían el *nahual* y el hombre hasta el extremo de que dependiese la vida del uno de la del otro.

De Honduras á Oajaca había aún otras señales de fetichismo. Veneraban los choles y manches de Vera Paz los montes; y en el de Escurruchan mantenían

perpetuamente una hoguera á que añadían todos los pasajeros combustible y hacían sacrificios. Tenían en otro un tosco altar de piedra y barro, circuído por una empalizada, y en él quemaban antorchas de maderas resinosas y ofrecían á los cerros, á los atajos y á los remansos de los ríos aves silvestres y sangre de sus propios cuerpos. Estas y otras gentes rendían, además, culto á grandes árboles, sobre todo á los cipreses y las palmas que había junto á los templos, cargadas casi siempre de más ó menos ricas ofrendas. Tomaban parte en este culto principalmente los mixtecas y los zapotecas, que se decían oriundos de los árboles.

No considero ya fetiches ni la piedra de Cezori, ni la de Cahbaha, ni la misma esmeralda ó chalchiuite de Achiuhtla, por más que las tres fuesen objeto de adoracion para los pueblos. La piedra de Achiuhtla era evidentemente el símbolo de un dios maya ó tolteca; la de Cahbaha, un espejo donde se suponía que la trinidad quiché —Tohil, Avilix y Hacavitz— expresaban por imágenes sus deseos y sus oráculos; la de Cezori, otro espejo en que otra deidad, tal vez *Comizahual*, descubría á los ojos de sus creyentes lo pasado y lo futuro. Tomaría mejor por un fetiche la de los mijes, roja y de brillantes rayos, aunque parezca ser imágen del Sol, otro fetiche.

Entre los aztecas no sé que hubiera ya cuando la Conquista resto alguno de fetichismo terrestre. Se dice que adoraban los altos cerros en que parecía fraguarse la tormenta; pero es muy de sospechar que lo hiciesen por considerarlos asiento de Tlaloc, el dios de las lluvias. Les atribuyen otros la veneracion de los grandes árboles: ignoro si fundadamente. Lo que creo probable es que fuesen en otro tiempo litólatras. En una de sus tradiciones hacían á Tecpatl hijo de Citlatonac y Citlalycue, y decían que, arrojado del cielo, se había roto en mil seiscientos pedazos de que habían resultado otros tantos dioses. Tecpatl era el nombre de la piedra con que abrían el pecho de las víctimas dadas en holocausto á sus más feroces divinidades.

En las razas salvajes el fetichismo era evidente. Aun los dacotas, que veían un espíritu en cada sér de la naturaleza, cuando los afligía algun mal ó les amenazaba algun peligro, cogían una piedra redonda, la pintaban, la ponían dentro de un área de uno ó dos piés de diámetro que limpiaban de toda yerba, le dirigían plegarias y le ofrecían tabaco, plumas y *wámpum*. Tribus había en Durango que adoraban un cuchillo de sílice. Los laches miraban como dioses las piedras y las sombras. En la sombra de los árboles veían al dios de los árboles, y en la sombra de las piedras al dios de los dioses. Creían que los hombres habían sido piedras, y en piedras habían de convertirse.

Tenían los aleutas por lugares sagrados aquí una colina, allí una roca, y en determinados tiempos iban á dejarles con misteriosos ritus humildes ofrendas. Tambien de los hurones se dice que prestaban culto á rocas de extraño aspecto; pero dando por motivo que las consideraban metamórfosis de númenes que habían cruzado la tierra en edad remota.

No era tampoco raro que los pueblos salvajes veneraran árboles y áun yerbas. Veneraban sobre todo á los animales. Habian ido en realidad á la zoolatría por multitud de causas. Habían admirado desde luego en ciertas aves lo rápido y majestuoso del vuelo y en otras la gracia de las formas y la hermosura del plumaje; en ciertos cuadrúpedos, ya que no la ferocidad, el poder y la grandeza; en ciertos reptiles la astucia, el veneno de que están armados y un no sé qué de misterioso que los imponía. En todos habían distinguido algo de que carecía el hombre y los miraban, cuando no con temor, con respeto. Lejos aún, por otra parte, del desarrollo intelectual que tanto nos enaltece á nuestros mismos ojos, distaban de ver entre ellos y los séres irracionales que los rodeaban los abismos que vió más la soberbia que la razon de los pueblos cultos. Les dirigían la palabra y algunos hasta les pedían perdon de las ofensas que les habían inferido ó pensaban inferirles, llegando todos aquellos en que prevaleció el nahualismo á buscarlos por compañeros y tomarlos por sus protectores.

A esto se añade que, como dije en otro párrafo, algunas de esas razas en sus toscas tradiciones se daban animales por progenitores ó atribuían su orígen al enlace de un dios ó de una diosa ó al del primer hombre ó la primera mujer ya con el oso, ya con el castor, ya con el coyote.

Algunas, además, se decían deudoras á ciertos animales bien del fuego, bien de los astros, bien de la tierra. Para los tinnehs había surgido la tierra del fondo del Océano, entónces mar sin orillas, al tocarlo con sus alas un pájaro enorme, cuyos ojos despedían rayos. Para los thlinkites un cuervo, *Iehl*, había disipado las nieblas del caos y obligado las aguas á retirarse á las costas. Para los koniagas otro cuervo había creado el cielo y la tierra y alumbrado á los mensajeros del Grande Espíritu que produjeron el mar, los ríos, las montañas y los bosques. Para los californios del Centro el coyote, ayudado por el halcon, había hecho el sol y la luna. Para las tribus del lago Clear habían salido tambien del coyote los peces; y para los potoyantes, hasta los hombres. Del coyote, el murciélago y la ardilla, decían los navajos y los cahrocos haber recibido el fuego; y de un pavo que les vino de Oriente, las semillas. El fuego, segun los nutkas, fué primitivamente patrimonio exclusivo de la jibia: se lo robó el ciervo y lo difundió por el mundo.

Ni fué sólo esto lo que llevó muchos pueblos á la zoolatría. Los vimos en dilatadas regiones de la América del Norte divididos en *clanes*. Como recordará el lector, los más de esos *clanes* tenían un animal por *tótem*. Lo llevaban sus individuos, cuando no impreso en las carnes, pintado en las mantas, las canoas y los escudos, y por él daban á conocer el *clan* á que pertenecían. Hasta por el *tótem* del *clan* solían ser designados. Era así comun refiriéndose á hombres hablar de los lobos, los castores, los osos, los halcones, los ciervos, los serpientes ó los cocodrilos. De donde naciese esta costumbre no es fácil determinarlo. Puede que, como algunos autores imaginan, fuera realmente debida á la metá-

fora. Se pudo, por ejemplo, llamar metafóricamente oso á un hombre de gran fuerza y llevar luego la denominacion del individuo á la familia, de la familia al *clan* y áun del *clan* á la tribu. Pudo suceder más y es que, perdido el origen del nombre, se atribuyese al oso los hechos del homlre. Como quiera que fuese, la verdad es que esta costumbre, no tan rara como á primera vista parece, condujo á no pocos hombres á considerar sagrados ciertos animales, á cada uno por lo menos el de su respectivo *tótem*.

Por todas estas causas fué tan general la zoolatría en las razas salvajes, principalmente en las del Norte. Sentian esas razas veneracion no solamente por los animales de los *tótems,* los nahuales y todos aquellos de quienes creían haber recibido grandes beneficios, sinó tambien por otros muchos á quienes atribuían influencia, ó admiraban, ó creían metamórfosis de más altos séres. En los cerros del Orinoco había pueblos que adoraban el sapo y lo azotaban en las sequías. Los iowas entre los dacotas rendían culto á una especie de halcon que anidaba en los peñascos y remontaba á las nubes el vuelo , y tambien á la serpiente, sobre todo á la de cascabel, á la que hacían ofrendas y rogaban blandamente que no dañase á los hijos de los hombres. Muchos californios, principalmente los de la isla de Santa Catalina, acataban dos grandes cuervos de negras alas. Entre los nuevo-mejicanos los shies veneraban la lechuza, el águila y los pájaros de blancas plumas; los apaches el oso. Las tribus de Sinaloa enmudecían llenas de respeto ante ciertas aves. Los algonquines no salían á la caza del búfalo que no le hubiesen consagrado una fiesta y dádole muestras del mayor afecto. Adoraban por fin los acagchemenes el buaro, en el cual veían una especie de ave Fénix, porque le suponían trasformacion de una mujer que, vagando un día por el monte, había tropezado con Chinigchinich, el Omnipotente; y los nutkas, el colimbo y el cuervo porque los creían descendientes de dos hombres que por haberse peleado en alta mar, habían perdido su primera forma.

Tanto arraigó la zoolatría en alguna de esas razas, que, cuando fueron politeistas, hicieron de los animales emblemas de sus dioses cuando no dieron á sus dioses las formas de los animales. Tendré ocasion de hacer observar este fenómeno aún en las razas cultas cuando hable del politeismo.

Fáltame sólo consignar que en algunas razas salvajes había tambien el culto de los muertos. Testigos los chiriguanos.

XCIV

Instituciones y creencias religiosas.—Fetichismo.—Fetichismo celeste.

Era tambien general en América el culto del Sol y la Luna. Aun en los pueblos más politeistas se ve que constituyó la primitiva base del sistema religioso. Se lo encuentra no pocas veces mezclado con el del fuego.

Abrían al Oriente los patagones las puertas de sus toldos, y al salir el Sol, para que los librase de las asechanzas del diablo, derramaban, como dije, una copa de agua. En los plenilunios sacudían los guaycurues con estrépito las esteras de sus pobres tiendas, se consagraban á la carrera y la lucha y bebían hasta embriagarse. Los payaguas ó payaguaes hacían tambien manifestaciones de júbilo en los novilunios. Los musos y los colimas llamaban padre al Sol, madre á la Luna; y, al verlos eclipsados, sobre rogarles que volvieran, tocaban en són de duelo tambores y trompetas. En los llanos del Orinoco adoraban los betoyas al astro del día, y algunos pueblos de la sierra al de la noche. Los caribes se decían hijos de la Luna, á sus ojos varon, y de cierta jóven á quien sorprendió dormida y en quien engendró á Hiali. Los de Cumaná, segun Lopez de Gomara, tenían por marido y mujer á los dos astros, los creían dioses y atribuian á enojo del Sol con la tierra las tempestades, á cólera del Sol con la Luna los eclipses. En la parte septentrional del istmo de Darien se decía que del Sol y la Luna procedía todo y se les rendía por lo tanto culto. Hablábase allí, además, de una diosa del rayo y el trueno, *Dabaibe*, probablemente hija de los dos astros. En Cuba, segun Pedro Mártir de Angleria, al amanecer se dirigían varones y hembras á la orilla del mar, de una fuente ó de un río, se bañaban manos y rostro en cuanto doraba el Sol las cumbres de los montes y humillándose le adoraban.

En la Florida los más de los pueblos adoraban tambien al Sol y la Luna. Todos los años, en los últimos días de Febrero, dedicaban al Sol una fiesta donde le ofrecían de cuantos frutos y raíces producía la tierra y le pedían abundante cosecha. Tenían asimismo los criks por dioses á los dos luminares; y los célebres natchez, al Sol, de quien creían hijos á sus reyes. Las tribus de Virginia y la Carolina del Norte extendían ya el culto á los demás astros. Los iroqueses lo enlazaban con el del fuego, y no comían ni bebían cosa de que no echaran parte á la lumbre. Los algonquines llegaron á ver en el Sol el símbolo y áun la personificacion de Monedo, su Grande Espíritu. *Monedo* y *Gezis* eran para ellos poco menos que inseparables. Al Sol y la Luna rendían tambien culto los dacotas, los aleutas, y los nutkas; entre los columbios de tierra adentro, los salishes, los nisquallis y los yokimas; entre los nuevo-mejicanos, los comanches. Los nisquallis y los yokimas hasta atribuían á un hijo del Sol la creacion de todos los animales y de las plantas que sirven de sustento al hombre. Como fuente de calor y vida y como símbolo del Sér Supremo se dice que miraban al Sol los comanches. Consagrábanle la primera bocanada de humo que salía de sus pipas, llevábanlo pintado en sus escudos y, segun ciertos autores, esculpido en sus collares. Los ceris, por fin, celebraban los novilunios y al salir y al ponerse el Sol lo reverenciaban inclinándose.

En las razas cultas se hace aún más visible este sabeismo. Teotihuacan era en Méjico la más antigua de las ciudades. Había allí construídas, no se sabe si por los toltecas ó por otra raza anterior, dos enormes pirámides que no servían sinó

de pedestal á las jigantescas estátuas del Sol y la Luna, cubiertas, se dice, de planchas de oro. Las pirámides existen todavía; las estátuas las llegaron á ver los españoles. ¡De qué remotos siglos no dataría en el Anahuac el culto de los dos astros! Es sabido cuanto no tarda el hombre en *antropomorfizar* á sus divinidades. No sería temerario afirmar que el sabeismo fué la primera religion de los nahuas.

Este culto pasó á los demás pueblos que en el Anahuac imperaron. Los chichimecas consideraron dioses al Sol y la Luna, tuvieron por padre al Sol y le dieron en ofrenda las primicias de la caza. Los aztecas, á pesar de sus muchos dioses, adoraron siempre al Sol bajo el nombre de *Tonatiuh* y á la Luna bajo el de *Meztli*. Adoraron, además, el planeta Venus, y un grupo de tres estrellas que llamaron *Mamalhoaztli* y está en la constelacion de Toro.

En tanta veneracion tenían al Sol los aztecas, que lo designaban frecuentemente con el nombre de *Teotl*, el dios. No bien teñía de sus fuegos el horizonte, cuando en todos los templos lo saludaban con religiosos instrumentos y sagrados himnos, le quemaban incienso y le ofrecían en holocausto pintadas codornices. Sacrificábanle en el cuarto día de la trecena Ocelotl, no sólo aves, sinó tambien hombres. Se los inmolaban sobre todo en los eclipses, donde, sobrecogidas de terror las gentes, prorrumpían en alaridos los varones, en llanto y clamores las hembras, y unos y otras se daban con las manos en la boca á fin de aumentar el tumulto. Escogían entónces por víctimas á los mancebos de color blanco y de cabellos rubios. Creían que de prolongarse los eclipses habían de bajar en las tinieblas los demonios y devorar al pueblo.

De Meztli, la Luna, pensaban que regía los partos. Cuando se eclipsaba, no había mujer en cinta que no temblase. Temían todas que les saliesen los hijos ó sin nariz, ó sin labios, ó con mal gesto, ó bizcos, ó mónstruos. Con el fin de evitarlo, se ponían un trozo de iztli, obsidiana, en la boca ó en el cinto. Ni en este ni en ningun caso se dice que los aztecas hiciesen sacrificios á la Luna. Hacíanlos sí los tlaxcaltecas, que en los eclipses del Sol inmolaban tambien hombres rubios y en los de la Luna albinos.

Estaba representado el Sol entre los aztecas, ya por la figura completa de un hombre, ya por una simple cara circuída de rayos. Se lo conoce hoy bajo otras formas; pero es porque los modernos mitólogos han hecho mitos solares de casi todos los dioses de aquel Olimpo. Hasta en Ometecuhtli ven algunos un mero símbolo del astro del día. Muller afirma resueltamente que el Sol y Citlatonal son idénticos.

Es indudable que poco á poco fueron muchos dioses dando su nombre á los astros ó muchos astros dando el suyo á los dioses. *Tonacatecuhtli* ó *Citlalalatonalli* era á la vez el nombre de una divinidad y el de la vía láctea.

Entre los aztecas andaban tambien revueltos y confusos el culto del Sol y el del Fuego. Nos lo deja entrever Sahagun; nos lo dicen algunas ceremonias y

costumbres domésticas y nos lo confirma la solemnidad con que se encendia lumbre nueva al principio de cada ciclo.

Extendíase el culto del Sol al Norte de Méjico hasta las márgenes del Gila, y al Sur cuando ménos hasta la tierra de los lacandones. Que lo hubo en Yucatan no permite dudarlo uno de los cuatro templos que en Itzalan constituian las cuatro lindes de un inmenso patio. Estaba aquel templo dedicado al Sol á juzgar por siete máscaras esculpidas en las paredes, que hacen desde luego recordar la manera como lo representaban los aztecas en sus monumentos. Tenian sacada la lengua, triple corona de rayos, grandes orejeras.

En Guatemala es tambien indudable la existencia de este culto. En el templo de una isla del lago Peten se encontró una imágen de yeso con incrustaciones de nácar circuída de rayos en su cabeza. En las orillas del río Lacandon se adoraba directamente al esplendoroso astro y se le sacrificaba hombres. Los pipiles al verlo se postraban, le quemaban incienso y le dirigian plegarias. Los quichés debieron tambien de adorarlo cuando sus padres, segun dice el Popol-Vuh, al distinguir despues de su larga noche la estrella de la mañana sacaron y consumieron los preciosos copales que traían de Oriente y al descubrir el Sol ante él y ante sus dioses se prosternaron.

En la América del Sur daban culto al Sol y la Luna los dos pueblos civilizados que habia. Despues de sus victorias mataban los muiscas á los prisioneros jóvenes, y con la sangre salpicaban las piedras en que el Sol vertía sus primeros rayos. Cada quince años inmolaban al Sol otro mancebo que robaban y criaban al intento: arrancábanle el corazon de igual modo que los aztecas. Aunque veían en la Luna el genio del mal, tambien la adoraban. Aun al arco-iris rendían homenaje, bien que sólo porque, segun una de sus tradiciones religiosas, había sido el pedestal en que se les había aparecido Bóchica cuando, anegada la llanura del Bogotá por los afluentes del Funzha, le habían invocado y pedido que los salvara de la catástrofe.

En el Perú el culto del Sol era la religion del Imperio. Decíanse hijos del Sol los Incas, y al Sol exclusivamente dedicaban las grandes fiestas del año: las de los solsticios y los equinoccios. ¿Fueron con todo esos hombres los que allí introdujeron el sabeismo? Lo hace muy dudoso la portada monolítica de Tiahuanaco, en cuyo remate hay una figura con máscara y con la cabeza despidiendo unos como rayos que bien pudiera ser símbolo ó imágen del Sol. Montesinos, por otra parte, pone ese culto en los primeros siglos; y cuando ménos en Quito parece incuestionable que mucho antes de la invasion de los Incas contaban el Sol y la Luna adoradores. Templos había cerca de Quito que parecen acreditarlo.

Ocupaban lo alto de dos colinas. Tenía el primero su puerta á Oriente y en ella dos altas columnas que servían para la medicion del año; al rededor doce pilares que eran otros tantos gnomones y señalaban el principio de los doce meses. No es conocida su fecha; pero que fuesen anteriores de mucho á los Incas

no lo niega nadie. Se asegura que estaba el uno consagrado al Sol y el otro á la Luna.

Lo que hicieron los Incas fué metodizar ese culto, revestirlo de inaudita solemnidad y pompa, dotarlo en todas partes de suntuosos templos y hacerlo prevalecer sobre las bárbaras religiones de las heterogéneas gentes que vencieron. Levantaron al Sol un templo junto al del mismo Pachacámac, y al Sol consagraron así en la capital como en las demás ciudades gran número de vírgenes.

Daban los Incas para este culto poderosas razones. El Sol, decían, es la fuente de la vida. Sin él no existirían los séres vivos que pueblan el Universo. No germinaría la simiente ni rompería la tierra. No se formaría la nube que fecunda los campos y mantiene caudalosas las corrientes de los ríos. Estéril la naturaleza y sumergida en impenetrables sombras, no sería para nosotros ni el sustento del cuerpo ni el acicate y el encanto del alma. Debemos adorar al que todo lo sostiene y conforta, y en el mismo seno de la muerte engendra la vida. El fué, además, quien aquí nos envió á nosotros sus hijos para que enseñáramos á los demás hombres. Por él salieron de la barbarie los pueblos, y á él deben los pueblos todos amor, ofrendas y sacrificios.

Los Incas, sin embargo, no adoraban sólo al astro del día. En el famoso templo de Coricancha, el del Cuzco, había cinco santuarios: uno erigido al Sol, otro á la Luna, otro á las Estrellas, otro al Arco Iris, otro al rayo ó al Relámpago y al Trueno. Prestaban culto á los astros y tambien á los meteoros.

Lo ahora digno de nota es cómo los Incas representaban esos brillantes séres. No los representaban por estátuas ni por símbolos, sinó tales como los veían en la naturaleza: al Sol por un disco de oro con orla de rayos; á la Luna por un disco de plata; al Iris por un arco de vivos colores pintado sobre tablas de oro; á las Estrellas y al Rayo por medios análogos. No los *antropomorfizaron* como tantas otras naciones. Tuvieron, á lo que parece, bajo humanas formas un dios de las Tempestades y una diosa de las Lluvias; pero es de creer que las tomaran de otras mitologías ó cuando ménos las respetaran.

De todas maneras el fetichismo era aquí evidente. En las grandes fiestas á que he aludido, principalmente en la del solsticio de Junio, no ante la imágen del Sol, sinó ante el Sol mismo, poníanse en cuclillas nobleza y plebe, abrían y alzaban las manos al rostro y daban besos al aire. Al Sol, al mismo Sol ofrecía tambien el Inca el vino de uno de los dos grandes vasos de oro que en aquel momento le presentaban.

Era allí el culto del Sol fetichista y espléndido como en ningun otro pueblo.

XCV

Instituciones y creencias religiosas.—Politeismo.

Si me fué difícil hablar del fetichismo, más difícil me ha de ser ahora escribir del politeismo. Sobre ser vasto y complejo el asunto, ha venido á oscurecerlo el espíritu de sistema. Como hubo en otros tiempos filósofos que no quisieron ver en los dioses del Olimpo griego sinó antiguos héroes, los hay ahora que miran los de todas las mitologías como personificaciones de las fuerzas vivas de la naturaleza ó como recuerdos ó símbolos de catástrofes geológicas. Llevados por el deseo de sincretizarlo todo, suelen estos hombres desfigurar sin quererlo las tradiciones de los pueblos, violentar la significacion de los más groseros mitos y dar á quimeras de sociedades en la infancia un valor y un sentido que inútilmente procuraríamos encontrar en las más cultas religiones.

Yo, que descubro en la especie humana, esencialmente libre, mayor variedad aún que en el resto del mundo y no acierto á ver la unidad ni en sus procedimientos, estoy en Historia, lo confieso, poco inclinado al sincretismo. Habrá indudablemente en casi todas las teogonías dioses que personifiquen las fuerzas naturales y mitos que recuerden las grandes revoluciones por que pasó el Globo; pero los hay tambien á no dudarlo apoteosis de hombres que brillaron en la guerra, ó se distinguieron por sus victorias, ó arrancaron de la barbarie á los pueblos iniciándolos en el conocimiento de las ciencias y las artes, ó los asombraron con hechos que consideró sobrehumanos la ignorancia. De estos últimos hasta me atrevería á decir que con el tiempo se elevaron muchos de la categoría de históricos á la de cósmicos. Tal entiendo que sucedió, por ejemplo, en la mitología nahua con Huitzilopotchli, Quetzalcoatl, y Tezcatlipoca, en la peruana con Huiracocha.

En las religiones, aunque parezcan inmutables, se verifica un movimiento que no por lo tardo se deja de hacer visible al que atentamente las estudia. En la de los nahuas, cuando llegó Cortés á Méjico, estaba próximo Tezcatlipoca á prevalecer sobre los otros dioses y quizá á ser el Supremo Espíritu; y en la de los peruanos es muy posible que, á durar uno ó dos siglos más el imperio de los Incas, Illatici-Huiracocha-Pachacámac hubiese desterrado de los templos el culto del Sol y la Luna. Algo de esto ha sucedido en la misma religion cristiana, donde, con reconocerse tres dioses en uno, pocos fieles alzan los ojos más allá de Cristo y muchos los fijan ya con preferencia en María, casi olvidada los primeros siglos de la Iglesia. Los hombres se van convirtiendo en héroes, los héroes en dioses, los dioses en mitos; y el mito es el que les da un puesto más ó ménos alto en la teogonía.

Repito que no por esto derivo de la humanidad todos los dioses. Empiezan los

pueblos por creer con alma y albedrío todos los séres de la naturaleza; y á medida que van concibiendo ideas abstractas dan á cada especie ó cada género un espíritu solo, que convierten facilmente en dios y no tardan en hacer objeto de adoracion y culto. Ya en este camino dan tambien un alma exterior á los séres únicos —el cielo, el sol, la luna, el aire, el mar, la tierra— y multiplican sus dioses. Mas ¡qué de veces no encarnan esos espíritus colectivos en sus dioses históricos! Entónces es cuando opino que estos pasan de históricos á cósmicos.

En este ya largo epílogo me he limitado hasta ahora á consignar hechos. No me extenderé tampoco á más respecto del politeismo. Las consecuencias y las teorías vendrán á la conclusion del trabajo. Si ahora me he permitido adelantar estas breves consideraciones ha sido para que el lector comprenda el motivo de no ajustarme á determinados criterios para la clasificacion de los dioses. Hablaré primero del politeismo de las razas salvajes; después, del politeismo de las cultas. Me detendré en los símbolos y los mitos de mayor importancia.

XCVI

Instituciones y creencias religiosas.—Politeismo.—Politeismo de las razas salvajes.

Algunos pueblos estaban en los umbrales del politeismo. De las tribus de Sonora no se dice que adorasen más que un ídolo. Un solo ídolo se atribuye á los tahus, que por otra parte rendían culto á las serpientes. No compartían tampoco los chichimecas sinó con *Mixcoatl*, una especie de dios de la caza, sus ofrendas y respetos al astro del día. *Chiowotmahke* y su hijo *Szeukha* fueron las únicas divinidades de los pimas y los maricopas. Los shoshonis, despues de sus genios del bien y del mal, no reconocían superior al hombre sinó á *Wankanaga*, anciano misterioso en que veían al padre de su raza.

Era algo más numeroso el panteon de los pericues. Su dios *Niparaja* tenía mujer é hijos. Llamábase la mujer *Anayicoyondi* y sobresalía entre sus hijos *Quaayaip*, que era ya hombre y había nacido en las montañas de Acaragui. Dábase además por compañero de Niparaja á un sér menos poderoso, *Wac* ó *Tuparan*, que se le había rebelado y vivía por castigo en una caverna del Océano. Algunos pericues eran aún más politeistas: consideraban obra de muchos dioses el mundo y hablaban de un creador de la luna, *Cucunúmic*, y de un autor de las estrellas, *Purutabuy*.

Los manacicas, rama de los chiquitos, tenían aún más dioses: la trinidad de que escribí en otro párrafo: *Omequeturiqui* ó *Uragozoriso*, *Urasana* y *Urapo;* los *Isituus* ó *Isituucas*, númenes del agua; *Tatusiso*, especie de Aqueronte que conducía las almas al través del estrecho puente que había en el camino del cielo,

y las cuatro deidades que presidían las cuatro secciones de la region de las sombras. Tenían, además, á la diosa *Quipoci*, mujer de Omequeturiqui y madre de Urasana, y decían que el Sol no era sinó la metamórfosis de un hombre que había hecho maravillas en la tierra y un día delante de muchos había volado al cielo. Los tres principales dioses eran de aspecto horrible: la cabeza, de color de sangre; la nariz, chata; las orejas, grandes; los ojos, de fuego; el vientre, ceñido de dragones y víboras. Les resplandecía, sin embargo, el cuerpo. Hablaba alto Omequeturiqui; con las narices, Urasana; con voz de trueno, Urapo. Omequeturiqui era, á lo que parece, la justicia; Urasana, Urapo y Quipoci, los intercesores.

Los *pueblos* adoraban principalmente á *Montezuma*, en quien veían á su maestro, su legislador, su profeta y el padre de su raza. De él decían haber aprendido á construir sus especiales casas y sus estufas y á guardar el fuego. Tenían otros dioses, pero de menor importancia: ciertos númenes del agua, parecidos á los *tlaloques* de los aztecas, y cuerpos de espíritus que poblaban los aires.

Hablaban tambien de Montezuma los pápagos y los shies; pero no ya como los *pueblos*. Le miraban los pápagos como su Adan y le hacían pasar al través del diluvio hasta los tiempos de la Conquista. Enorgullecido, segun ellos, por su inmortalidad, se había puesto en abierta pugna con el Grande Espíritu, y éste para castigarle había retirado primeramente el sol á los remotos espacios por donde hoy sigue su inmortal carrera, le había destruido luego con sus rayos un suntuoso palacio que se proponía elevar al cielo, y le había traido, por fin, del lejano Oriente las armas españolas. Montezuma para los shies era el padre de la raza; su hija, la madre. Adoraban al oso porque creían que un oso la había llevado en hombros.

Tenían algo más poblado su Olimpo las tribus de Sinaloa. Tenían su Júpiter en *Cocohuame*, voz que significa muerte; su Neptuno en *Bamuseahua;* su Marte, en *Ouraba*, á quien ofrecían arcos, flechas y todo género de armas; su Venus, en *Sehuatoba*, cuyos altares llenaban de mantos, plumas y joyas. Hacían, además, mencion de una deidad que, segun decían, se manifestaba en las maravillas y los hechizos de los magos.

Segun ciertos autores en Sinaloa había pocos dioses ménos que en Durango; y en Durango se sabe que los hubo para la tormenta y la bonanza, para los distintos grupos de séres de cielo, mar y tierra y aún para toda familia y toda casa. Estos penates, á lo que parece, revestían las más diversas y fantásticas formas, aunque algunos eran sólo informes piedras, tales como las daba la naturaleza. Como se llamase á los otros dioses lo desconozco: se habla sólo de un *Cachiripa*, de ignorado objeto, y de *Meyuncame*, el Hacedor de cuanto existe.

Dioses de la naturaleza los tenían casi todas las naciones más al Septentrion que vivían en las playas del Atlántico y al rededor de los Grandes Lagos: las

de Virginia y la Carolina del Norte, los iroqueses, los hurones, los esquimales, los algonquines y los dacotas. En Virginia y la Carolina del Norte *Kewas* habia creado multitud de dioses que habían concurrido á la formacion del mundo y se lo conservaban y regían. Los iroqueses habían divinizado los valles y los cerros, los ríos y los mares, los bosques y las praderas; habían hecho del espíritu del maíz, el de las habas y el del cidracayote las tres Gracias del Paganismo; y en sus combates imploraban el favor de un genio de la guerra que llamaban *Agreskoe*. El dios de los hurones gobernaba el universo por infinitos *okis*, como el de las tribus de Hayti por innumerables *cemies*. En los algonquines, los dacotas y los esquimales, sobre todo en los groenlandeses, había ya un politeísmo que merece atento exámen.

El Grande Espíritu, segun los algonquines, había engendrado en una mujer que cayó de la Luna á las aguas de un lago terso y brillante cuatro hijos que nacieron de un parto: *Manabhozo*, el maestro y el amigo del hombre; *Chokanipok*, que, despues de muerto, dió de sus entrañas la vid y de sus carnes la piedra sílice; *Chibiabos*, que perdió la vida, resucitó y fué á reinar en la deliciosa region de las almas; y *Wabasso*, que, no bien dejó el seno de su madre, voló á los cielos. Wabasso era el espíritu de uno de los cuatro puntos cardinales del espacio. *Kabaun* lo era de Occidente; *Shawwno*, de Mediodía; *Waban*, de Oriente; y *Wabasso*, del Norte. Como había cuatro hijos de Monedo y otros tantos genios para los ángulos del horizonte, había tambien cuatro deidades para las estaciones del año.

Tenían los algonquines una como Cibeles en *Misukumigakwi* y una especie de Morfeo en *Wing*, que para adormecer á los hombres les enviaba innumerables legiones de invisibles *pukwdjininies*. Golpeaban esos gnomos la frente de los mortales con sus diminutas clavas y los iban dulce y blandamente llevando al sueño.

Monedo, por otra parte, entendían los algonquines que gobernaba el mundo por medio de enjambres de espíritus que poblaban aire, mar y tierra; y al caer de la tarde hasta creían verlos, ya en las nieblas de sus lagos, ya en la espuma de sus cascadas y sus torrentes, ya en las frondosas ramas de sus árboles, ya en la cima de sus peñascos, ya en la nube que recamaban de oro los últimos rayos del sol. Miraban como dioses inmortales hasta los astros y los fenómenos del cielo. A sus ojos el Sol tenía figura de hombre; la Luna era como todos los planetas un espíritu errante; los truenos los producían bandas de guerreros provistos de flechas y lanzas y cubiertos de grandes escudos.

Los dacotas no eran menos politeístas que los algonquines. Veían en todas partes lo sobrenatural y suponían genios ó dioses en todo lo que no acertaban á explicarse: en el árbol de que sin viento se desprendia una rama, en el peñasco sito al borde de un abismo que no conseguían precipitar los huracanes, en la serpiente que silbaba erguido el cuerpo, en el rayo que iluminaba y atronaba

sus praderas y sus bosques. Por millares contaban á sus dioses, bien que á casi todos atribuían formas corporales y los decían sujetos á la muerte. Más que dioses individuales tenían en realidad familias ó razas de dioses; así que, no porque muriera, verbigracia, el dios del trueno ó el de la guerra, faltaban nunca dioses de la guerra ni del trueno. Creían á muchas de esas divinidades en lucha, y por esa lucha explicaban importantes fenómenos.

Una de las razas de los dioses dacotas eran los *Onkteris* ú *Onktayes*, númenes del agua y de la tierra, unos varones, otros hembras, que despedían de su cuerpo irresistibles efluvios. Tenían los de la tierra figura de grandes bueyes y podían prolongar indefinidamente su cola y sus cuernos: los del agua, figura de inconmensurables y tambien cornudas anguilas. Hambrientos, devoraban á quien podían, y no pocas veces á fin de conseguirlo alteraban el curso de las aguas que les servían de albergue; satisfechos y pacíficos, dotaban de perfecciones los espíritus destinados á encarnarse en cuerpos de hombres. Se los miraba como los primeros dioses despues del Gran Monedo, porque se los creía los inmediatos creadores de la tierra y del hombre mismo y los fundadores de la Medicina-Danza, de que hablaré en otro párrafo. Se decía de su servidumbre á la serpiente, el lagarto, la rana, la sanguijuela, el águila, el pez y las almas de los muertos.

Otra de las razas de los dioses dacotas eran los *Ckaoterdahs*, los númenes de las selvas. Vivían los Ckaoterdahs al pié de un alto cerro sobre cuya cima desplegaba un árbol sus brillantes hojas. En las ramas de este árbol iban á sentarse siempre que salían de su cabaña. Atraían allí á los pájaros de los vecinos bosques y en ellos tenían cuidadosos centinelas que les advertían los movimientos de sus enemigos, los dioses del rayo. Podían siempre más que éstos, porque, no bien sabían por sus guardias la presencia de sus enemigos en las nubes, corrían á guarecerse en el agua y con los mismos rayos perdidos les daban muerte.

Los dioses del rayo eran los *Wakynianes*, pájaros de fantásticas y gigantescas formas que constituían cuatro familias y moraban en los remotos confines de Occidente sobre la cima de un elevado monte. Con solo batir las alas producían estos séres el rayo; y con solo abrir la boca el trueno, bien que el trueno lo atribuían generalmente los dacotas al revoloteo de otras aves que desde las plantas de tan poderosos dioses descendían á bandadas al oscuro suelo. Se dice que eran á la vez dioses del rayo y de la guerra y se complacían en la destruccion y la ruína. En tanto que no subían de un vuelo á las nubes añadíase que los guardaban al Oriente una mariposa, al Mediodía un castor, al Occidente un oso y al Norte un rengífero.

Tenían además los dacotas por dioses de la guerra al invisible y ubícuo *Takuxkanxkan*, que apetecía ver tendidos por los campos de batalla á muchos hombres, residía en el hacha, la pica, las murallas y los cuatro vientos, tenía á sus órdenes al buaro, el cuervo, la zorra, el lobo y los demás animales de per-

verso instinto, aventajaba á todos los dioses en astucia y cólera y ejercía poderosa influencia sobre el entendimiento y el corazón de los mortales; al cornudo *Eah*, que llevaba en la mano un sonajero de pezuñas de ciervo y, acompañado de *Schunschunah* (reflejo ó vislumbre del sol), revelaba á sus invocadores el lugar en que el enemigo estaba emboscado ó había puesto sus reales; á la vieja *Wahundedan*, que iba siempre armada del *tomahawk*, llevaba circuída de una aurora boreal la cabeza y por los aros que dejaba caer de sus manos ó las flechas rotas que despedía indicaba al guerrero que le pedía auxilio antes de abrir la campaña los escalpes que había de recoger ó los soldados que había de perder en los combates; á los *Haokahs* ó *Heyokas*, por fin, que manejaban diestramente el arco, restablecían en la lucha y la caza el vigor de los cuerpos que había enervado el deleite y quizá fuesen los mismos *Wakynianes*, puesto que se los decía tambien distribuídos en cuatro familias y se les daba por defensa el rayo y los meteoros. Lo raro es que de esos *Haokahs* se añadía que expresaban la tristeza por risas y la alegría por lágrimas y suspiros, tiritaban de frío en verano y sudaban y jadeaban en lo más rigoroso del invierno, se mostraban tranquilos y serenos en los peligros y con miedo cuando más seguros, tomaban el bien por el mal y lo verdadero por lo falso; circunstancias por las que se los calificaba de séres antinaturales.

Tenían tambien los dacotas un dios de la caza por nombre *Whittekokagah*, que en la mano derecha llevaba otro sonajero de sesenta y cuatro pezuñas de ciervo, en la izquierda el arco y la flecha, en la boca un silbato y en la cabeza un casquete de que partían brillantes rayos con que deslumbraba las reses. Invocábanle en una danza al intento los que no habían sido venturosos en sus cacerías; y los que lo eran le atribuían su buena fortuna.

Además de todos estos dioses, tenían los dacotas á los *Wazcattah Wechastah* y á los *Etocah Wechastah*, por los cuales explicaban la sucesion del verano y del invierno. Los Etocah eran los dioses del Mediodía y los Wazcattah los del Norte. Cuando los lobos, soldados de los Wazcattah, vencían al Etocah reinante protejidos por furiosos remolinos de nieve, parecía el invierno y cubrían la escarcha y el hielo la tierra; cuando los frailecillos y los cuervos, soldados de los Etocah, provistos de clavas y tempestades, despedazaban á los lobos y sumergían al Wazcattah reinante en las aguas producidas por los deshielos, parecía el verano y vestían la tierra hojas y flores.

Figurábanse los dacotas á los Wazcattah con cuernos, una flauta en la mano derecha y un sonajero de pezuñas de alce en la izquierda; y á los Etocah circuída la cabeza de una auréola.

Los winnebagoes, rama de los dacotas, tenían un dios especial de la Medicina en cierto mónstruo que habían imaginado con rostro de hombre, cuerpo y piés de cuadrúpedo, astas y una larguísima cola.

Para dioses no había, sin embargo, como la Groenlandia. El groenlandés empe-

zaba por ver *inuas* ó genios en todas las almas ya libres de los cuerpos que por sus faltas no hubiesen entrado en las desiertas regiones de su frío Tártaro. Miraba las de sus antepasados como sus penates, y hasta les concedía el poder de salvar á los náufragos de su familia despues de sumergidos en el fondo de los mares. Como el algonquin y el dacota creía, además, poblados de otros inuas cielo, tierra y Océano. En dioses había convertido hasta los séres abstractos y, á excepcion de la del amor, todas nuestras pasiones.

Para el groenlandés eran inuas del Sol y la Luna dos hermanos, uno varon y otro hembra, que allá en edades remotas habían tenido por cuna la tierra. Habíase aquí enamorado perdidamente de la hermana el hermano; y un día en que por malos medios la perseguía y la acosaba fueron los dos arrebatados al cielo y convertidos ella en inua del Sol y él en inua del astro de la noche.

Del inua del Sol hablaban poco ó nada los groenlandeses; del de la Luna decían que bajaba de vez en cuando á la tierra á cazar en trineo y, azotando á sus ágiles y robustos perros, se deslizaba por el hielo en busca de la tímida cierva; que hería mortalmente ó arrancaba de improviso el alma al que le interrumpía en tan grato ejercicio; que era benévolo para con los hombres animosos y protejía en general á los mortales contra otro inua de formas de mujer y corazon de fiera que se complacia en excitar con chocarrerías y muecas á todos los que iban á visitar la Luna y abría el vientre y desentrañaba al que reía.

Veía tambien el pueblo de Groenlandia inuas en las estrellas de varias constelaciones: en las tres del cinto de Orion, tres hombres que se perdieron en una cacería y volaron involuntariamente al cielo; en dos del grupo Toro, dos personajes que dirigieron coros acá en el mundo. Tan movidas por inuas creía las estrellas todas, que las decía capaces de bajar al suelo y áun de comer con los hombres. Hablaba de tan misteriosas visitas en no pocas de sus leyendas.

Consideraba, sin embargo, aquel pueblo como sus principales dioses, no á los inuas del cielo, sinó á los del Océano: á los *kajariaks*, los *kungusutariaks* y los *ingnèrsuits*. Los buenos ingnersuits, porque los había tambien malos, vivían en las rocas de la playa, en lugares ocultos á que sólo se llegaba por invisibles caminos, en las márgenes de un claro y trasparente arroyo donde abundaban los víveres, los aparejos de mar y bien labradas herramientas. Parecidos en todo al hombre menos en lo diminuto de su nariz y lo rojizo de sus ojos, eran, por decirlo así, los ángeles custodios del marino: le guiaban entre los escollos, le protejían contra las tormentas y, cuando querían prodigarle sus favores, le dejaban abiertos los peñascos tras los que se escondían sus moradas. Los malos ingnersuits, que habitaban en las profundidades de las costas y carecían de narices y de cabello, eran por lo contrario el terror y el constante peligro del marinero: le empujaban á través de los rompientes hácia la boca de sus negros subterráneos, le hacían allí pedazos los instrumentos de pesca, le desnarigaban y le reducían á la más odiosa de las servidumbres. Los kajariaks residían en

alta mar, y la recorrían ya sobre flotantes carámbanos, ya en ligeras barcas. Producían el huracan soplando en pequeñas cañas y promovían á su antojo borrascas y tempestades. Los kungusutariaks parecían ser inuas de mar y tierra. Daban buena suerte para la pesca y la caza á todo el que les ofrecía colas de zorro, de que se los suponía ávidos. Pasaban por enemigos del que desobedecía á sus mayores, tanto, que las madres no dejaban nunca de amenazar á sus hijos indóciles con la ira de estos dioses.

Hablaba, por otra parte, el groenlandés de mónstruos marinos que para él eran otras tantas divinidades: del alto y corpulento *Havstramb*, parecido al hombre en ojos, boca, nariz y garganta, sin manos, de cabeza como armada de un casco que rematara en punta, de color semejante al del carámbano, quizá terminando en cola de pez, quizá con escamas, que con solo alzarse de las olas provocaba la tormenta y con solo zambullirse y volverse hácia un barco lo condenaba á inevitable naufragio; de *Margige*, sér de abultado rostro, feroz aspecto, penetrantes ojos, ancha frente, disforme boca, altos pómulos, velludo pecho, manos en forma de aletas, brazos desmesuradamente largos, de la cintura arriba mujer y en lo demás pez escamoso, que sacaba puñados de peces cada vez que parecía sobre el mar y presagiaba segura muerte á la barca en cuyo fondo los arrojase; de *Marbendill*, mónstruo de fofas carnes y arrugada piel, que levantaba sobre el Océano á prodigiosa altura la cabeza, tenía puntiagudo hocico, anchas y larguísimas patas, cola de serpiente y hálito como el de la ballena, y al parecer en el mar era tambien augurio de borrasca; de una especie de *sirenas*, de linda cara y hermosa cabellera, que, como las de los antiguos griegos, se distinguían por lo armonioso y seductor de su canto; de unas *gaviotas* que venían á ser las harpías de aquel Olimpo.

Harpías en Groenlandia las hubo de dos clases: primeramente esas gaviotas, de tamaño enorme, que se apoderaban de todo el que se atrevía á internarse por las desiertas comarcas de los gigantes y, cuando hambrientas, áun de muchos pescadores en que buscaban alimento para sus hijos; después unas mujeres salvajes, de semblante feroz y agigantada estatura, que habitaban en las cavernas de las montañas de hielo y se nutrían ya de hombres, ya de los demás productos de mar y tierra.

Todo tenía más ó ménos relacion con el mar en aquella isla. Entre los inuas terrestres los que más podían eran los *tuneks*, de doble y áun de triple estatura que el hombre. Aunque vivían tierra adentro, al mar principalmente dirigían su ambicion y sus ojos. En días oscuros se decía que navegaban llevando por barca las nieblas. Había allí, además, dos especies de gigantes: unos parecidos á los titanes y otros que, como los cíclopes, no tenían más de un ojo. Habitaban aquellos de día en lóbregas cuevas y parecían de noche sobre las rocas; moraban éstos en las tristes y silenciosas playas del Océano Glacial, al Nordeste de la Isla, y desde allí desencadenaban los vientos y las tormentas.

Distaban los groenlandeses de atribuir humanas formas á todos estos inuas. Daban figuras de animales á casi todos los dioses de los ventisqueros, lagos, rocas y promontorios, á los del interior de la Isla y á los de las ideas abstractas. Tenían así poblado su Olimpo de pájaros de inconmensurables alas, de jigantescas serpientes y de brutos de infinitas patas. En una de sus leyendas presentaban, por ejemplo, al inua de la fuerza como un enorme zorro de larga cola.

Los demás esquimales, á lo que parece, no veían entre el Supremo Sér y el hombre todo ese cúmulo de genios y deidades; pero creían tambien que el Sol, la Luna y las estrellas todas eran espíritus de hombres que vivieron y murieron en la tierra.

Hasta aquí del politeísmo de las razas salvajes. Las más, como acaba de ver el lector, se limitaron á divinizar la naturaleza. Conviene, sin embargo, observar que algunas tuvieron dioses hijos de un Creador del Mundo, y algunas llegaron á personificar las meras abstracciones. Los yuracarés, de quienes no he hablado, veían en *Mororoma* el dios del trueno; en *Pepezu*, el del viento; en *Chuchu*, el de la guerra; y en *Telé*, el de la sabiduría y los consejos. El politeísmo venía á presentar aquí, aunque más groseras, casi las mismas formas del de la antigua Europa.

XCVII

Instituciones y creencias religiosas.—El Politeísmo.—Politeísmo de las razas cultas.—El de los nahuas.

El politeísmo de los nahuas es hoy motivo de grandes estudios y de muy encontradas opiniones. No se reconoce sinó mitos en sus principales dioses, y se lo considera poco ménos significativo y profundo que el de los egipcios. La verdad es que está poco definido para que pueda ser base de teorías sólidas. Preséntase aún embrolladísimo y confuso, principalmente por sus múltiples y contradictorias leyendas, hijas tal vez de los muchos y muy distintos pueblos que allí se compenetraron y confundieron. En mi sentir no ha dado ni es posible que en mucho tiempo dé origen á sistema alguno que la más somera crítica no desvanezca.

Hablaré primero de los dioses; después, de los mitos, cosas para mí distintas.

Tezcatlipoca.—En los tiempos de la Conquista era Tezcatlipoca el verdadero rey del Olimpo nahua. Se le decía señor de cielo y tierra, fuente de vida, defensa y amparo del hombre, orígen de todo poder y de toda ventura, árbitro en las batallas, mano que regía lo presente, ojo que veía lo futuro, misericordioso,

fuerte, invisible como el aire, impalpable como la noche. Se le pedía en humildes y respetuosas oraciones todo género de bienes y el alejamiento de toda especie de males: salud, riqueza, feliz éxito en los negocios, armas contra la peste, victorias y triunfos, acierto en la eleccion de príncipes, consejos para los que reinaban, proteccion contra los tiranos. En todas las casas se le rendía culto; y en todas las esquinas de las calles había bancos de piedra que le servían de asiento cuando se le paseaba procesionalmente oculto á las miradas de la muchedumbre. Esos bancos, á que daban sombra doseles de fresco y verde ramaje que se renovaba de cinco en cinco días, eran tan sagrados, que no se habrían atrevido á ocuparlos ni aún los reyes.

Tezcatlipoca era entre los nahuas la Providencia y tambien la Misericordia. El era el que veía y mediante la confesion y el arrepentimiento perdonaba los pecados de los hombres. «Estás, hijo mío, decía el confesor al penitente, en presencia de Tezcatlipoca; guárdate de mentirle; nada ocultes por miedo ni vergüenza; tiene abiertos para tí los brazos;» y el penitente, mirando al confesor como al mismo Tezcatlipoca, «oh Señor nuestro, que á todos recibes y amparas, respondía; oye mis hediondas y repugnantes faltas, aunque no es posible que se te oculten, segun te son manifiestas las cosas del mundo.»

Algo de esto se revela en todas las imágenes de Tezcatlipoca. Se le presentaba jóven como para decir que era eterno y no envejecía; con un grande espejo en la mano izquierda por el cual imaginaban sus fieles que veía pasar los sucesos de la tierra; con cuatro saetas y un escudo en la mano derecha como señal y símbolo de su incesante persecucion contra los delincuentes; con una oreja medio ahumada, puesta en los cabos de la cinta con que estaban prendidos sus cabellos, como significación y muestra de que oía las preces del varon justo y las del pecador contrito.

Llamaba principalmente la atencion por su riqueza la imágen que tenía este dios en su templo de Méjico. Era toda de obsidiana lustrosa y negra como el azabache. Llevaba de oro la cinta y la oreja de los cabellos, de los cuales salían altas garzotas, segun ciertos autores blancas y segun otros rojas ó verdes; de oro y de plata, unos dobles zarcillos; atravesado el bezo por un barbote cristalino, de un jeme de largo, que gracias á una plumita azul ó verde que contenía presentaba la apariencia ya de una turquesa, ya de una esmeralda; colgado del cuello un joyel de oro que le cubría todo el pecho; en los brazos, ajorcas de oro; en el ombligo una piedra preciosa; en las gargantas de los piés, cascabeles de oro y en el pié derecho una mano de ciervo, símbolo de la agilidad con que el dios hacía todas sus obras; de los hombros á los calcañares, un manto de rica labor con rosetas por franja, unas bermejas, otras blancas y otras negras. De oro fino era tambien el espejo, y estaba guarnecido de hermosas plumas verdes, azules y amarillas. Quien supone esa imágen de pié sobre una baja tarima y quien sentada en un banco que llevaba forros de tela carmesí bordada de calaveras.

Tezcatlipoca, además, tenía constantemente en Méjico una viva imágen de sí mismo en cierto gentil mancebo sin tacha en su cuerpo, que no parecía por las calles de la ciudad sin que los nahuas le hiciesen profundo acatamiento y le adorasen besando la tierra ó llevando tierra á sus labios. Iba siempre tan gallardo joven tañendo la flauta ú oliendo flores, y vestía rica y galanamente. Llevaba en las orejas sendos zarcillos; en el bezo inferior, un barbote de caracol de agua; al cuello y en los antebrazos, sartas de piedras preciosas; los brazos ceñidos por ajorcas de oro; sujeto á la cintura un *maxtli* de bellas labores con orlas que le bajaban casi á las rodillas; sobre sus hermosas cotaras, cascabeles de oro que iban diciendo por donde pasaba; ceñidas las sienes y cruzado el pecho de cintas de flores; á la espalda una como bolsa elegantemente recamada; sobre todo el traje una manta en forma de red, de curiosas orillas y largos flecos. Moría este mancebo al año de ser representacion de Tezcatlipoca; pero al instante era reemplazado por otro de no menos esbeltas formas y airoso porte. ¿Quién más alto que Tezcatlipoca?

Quetzalcoatl ó Quetzalcohuatl. A Tezcatlipoca no se le hizo generalmente hijo de humanos séres. Le ponia una tradicion entre los dioses que en Chicomoztoc salieron de la piedra *Tecpatl*, la cuchilla de los sacrificios; y otra le bajaba del cielo á la tierra por una telaraña. Sucedía poco menos con Quetzalcoatl, de quien se suponía á Tezcatlipoca más bien enemigo que émulo. Las tradiciones todas le decían hijo de *Chimalmatl*, *Chimalman* ó *Chimalma*, en quien unas veían á la esposa de Camaxtli, dios de la caza y la pesca, otras á la segunda mujer de Iztacmixcoatl, el primer hombre, y otras una vírgen de Tula, en quien se agradaron los dioses. De esta venturosa madre se aseguraba que había concebido á Quetzalcoatl de extraordinario modo: segun algunos levantando del suelo una piedra chalchihuite que vió mientras barría; segun otros devorándola; segun otros de igual manera que María á Cristo.

En Quetzalcoatl se veía, sin embargo, más bien un hombre-dios que un dios-hombre. Vino, se decía, de Tlapallan, de Oriente. Era de color blanco, de negros y largos cabellos, de ancha frente, de pobladas cejas, de grandes ojos, de espesa y redonda barba, de crecido cuerpo. Vestía sandalias, túnica y un manto con cruces rojas. Se distinguía, así en el habla como en los actos, por su mansedumbre. Fué maestro de los toltecas: los enseñó principalmente á fundir el oro y la plata, á labrarlos y á tallar piedras preciosas; les predicó la virtud y estableció para el culto de Dios nuevos ritus y ceremonias; les dió el tonalámatl, el calendario; condenó los sacrificios humanos; no toleró más ofrendas que las de las flores, los perfumes, los frutos, el pan de maíz y las mariposas; exigió por toda penitencia que el pecador se punzara con espinas ó agujas las carnes. Con agujas de esmeralda se las punzaba él despues de haberse bañado á media noche en las fuentes de Atocpan Amochco.

Quetzalcoatl, segun la misma tradicion, fué pontifice y hasta rey de Tula.

Promulgaba sus leyes y sus mandatos desde la cumbre de Tzatzitepec por boca de un pregonero cuya voz se dejaba oír á cien leguas de distancia y aún en las costas de los mares. Enemigo de la guerra, no quería que se la mentasen cuanto ménos hacerla ni declararla. Fué así tan venturoso, que la tierra daba de sí algodon de todos los colores, mazorcas de maíz que apénas podía llevar un hombre, frutas extraordinarias por lo grandes y sabrosas, y cruzaban incesantemente por los aires bandadas de pájaros de encantadores trinos y brillantes plumas.

Era, por otra parte, riquísimo. Tenía palacios cubiertos unos de piedras verdes como la esmeralda, otros de turquesas, otros de oro y plata, otros de ricas plumas, otros de conchas de mar blancas y rojas, otros compuestos de las más preciosas maderas. A todos prefería, no obstante, sus cuatro casas de oracion y ayuno. Gustaba del silencio y del retiro, y raras veces parecía en público ni se dejaba ver de las gentes.

Concebido así Quetzalcoatl, vino á ser por lo dulce y purificador de su palabra y su conducta el dios del aire, el que barría el camino á los Tlaloques, las divinidades de las lluvias; por lo pródiga que fué durante su reinado la naturaleza el dios de la fecundidad y la abundancia, á quien no vacilaba en volver los ojos la mujer estéril; por sus leyes y sus enseñanzas el dios de la sabiduría, el legislador y el maestro de los hombres. Como su principal dios le adoraban los mercaderes cholultecas, y es de suponer que por lo menos en Cholula se le mirase tambien como dios del comercio. ¿No lo sería de la penitencia?

Quetzalcoatl era una divinidad antigua, aunque tal vez no tanto como Tezcatlipoca. De los dioses que, segun cierta tradicion, se reunieron en Teotihuacan á fin de alumbrar la tierra se pone á Quetzalcoatl entre los que dijeron que parecería el sol en Oriente. Falta ahora saber el tiempo á que la tradicion se refiere, cosa nada fácil. Se refiere, segun algunos autores, á la época en que no había habido aún dia en el mundo; segun otros á la conclusion de una de las edades nahuas; y, segun otros, al advenimiento de los toltecas en el valle de Méjico.

Representábase á Quetzalcoatl de diferentes modos: á veces, en jeroglíficos; otras, como le llevo descrito, con su manto de cruces rojas; otras, con semblante de pájaro. *Quetzalli* es pluma del ave *quetzal* y *coatl* es culebra: se le pintaba y esculpía con frecuencia como una serpiente con plumas. Con manto de plumas rojas le podemos ver todavía en uno de los escasos manuscritos que del antiguo Méjico se conserva. En Cholula, segun el códice Ramirez y el Padre Acosta, había una de sus más favorecidas imágenes. Tenía este ídolo figura de hombre; cara de pájaro; rojo el pico; sobre el pico cresta y verrugas; hileras de dientes; la lengua al aire; mitra de papel puntiaguda y teñida de colorado, negro y blanco, de la cual pendían largas tiras con flecos por cabos que caían sobre las espaldas; zar-

cillos de oro en forma de orejas; al cuello un joyel de oro grande, á manera de ala de mariposa, que colgaba de una cinta roja de gamuza; al cuerpo, un *maxtli* ó delantal de pluma, muy labrado, de los mismos colores que la mitra, aunque con espacios blancos; en las piernas y en los piés calzas y sandalias de oro; en la mano derecha una especie de hoz, tambien con los colores del maxtli y una borla negra y blanca junto á la empuñadura; en la otra mano una rodela de plumas blancas y negras de aves marinas con buen número de rapacejos tambien de plumas. Era todo de madera; y del pico á la mitad del rostro estaba pintado de amarillo con una cinta negra que le pasaba verticalmente por el ángulo exterior de los ojos y horizontalmente por debajo de la boca. En otras imágenes de este dios he observado aún más pormenores evidentemente simbólicos: ¿qué significarían?

Realidad de Quetzalcoatl y Tezcatlipoca. Lo difícil es ahora determinar si Tezcatlipoca y Quetzalcoatl existieron. Que Tezcatlipoca obró maravillas en la tierra lo decía multitud de leyendas; pero, como escribí al principio de este párrafo, se le suponía bajado del cielo y sólo para ciertos fines convertido en hombre. A Quetzalcoatl, por lo contrario, se le suponía generalmente hombre y se aseguraba que había venido de otro país y entrado en América por Cuextlan ó por Pánuco. Tan firme se estaba en esto, que muchos de los primitivos escritores de Indias le tomaron por Santo Tomás, y entre los modernos sospecharon algunos si pudo ser de los escandinavos que á fines del siglo x bajaron por la Groenlandia á las costas del Canadá y á las de Terranova. Por el códice de Zumarraga se fija hasta los años de sus principales hechos. Segun él, nació Quetzalcoatl el año 895 de la era de Cristo; llegó el 922 á Tollanzinco, hoy Tulancingo, donde se dice que de tablas y yerbas construyó una casa de oracion y de penitencia; y el 925 fué elegido gran sacerdote y rey de Tollan, hoy Tula.

No se compaginan las fechas ni muchos de los datos de este códice con las numerosas tradiciones que sobre Quetzalcoatl se ha recogido, ni con la antigüedad que, segun he dicho, se le atribuía; y á fin de compaginarlas se ha recurrido al medio de suponer un Quetzalcoatl-dios y un Quetzalcoatl-hombre, ó para mejor expresarme, un Quetzalcoatl-dios y uno de sus sacerdotes, que llevaba como tal el mismo nombre. Ni áun así se las compagina, puesto que al Quetzalcoatl-hombre se conviene y no puede menos de convenirse en que se refieren las leyendas que le pintan con sobrehumanas dotes y sobrenaturales fuerzas. Los escritores que hoy le miran como el mito de la estrella de la tarde las podrán compaginar aún menos, ya que, de serlo, habríamos de encontrar el fundamento en la historia del Quetzalcoatl-dios y no en la del Quetzalcoatl-hombre.

Yo me inclino á creer que por lo menos este dios, ya que no Tezcatlipoca, fué un hombre á quien se divinizó por sus altas prendas y singulares hechos y pertenece por lo tanto á la categoría de los que los griegos calificaron de semidioses ó héroes. Agranda el tiempo á los hombres y debe de agrandarlos más y más

pronto en pueblos que carezcan de historia escrita; y, que viviera Quetzalcoatl en los siglos de los olmecas, que en los primeros días de los toltecas segun algunas tradiciones indican, que del año 895 al 935 como parece inferirse del códice de Zumarraga, hubo en el Anahuac tiempo de sobra para agrandarle y ponerle en el olimpo nahua antes de la venida de los españoles.

Leyendas relativas á Tezcatlipoca y Quetzalcoatl. Hubiesen sido ó no reales Quetzalcoatl y Tezcatlipoca, la verdad es que figuran los dos en leyendas que no son para omitidas. En todas es Tezcatlipoca muy enemigo de Quetzalcoalt, y conspira activamente por sacarle de Tula y áun de toda la tierra. En una le invita á jugar á la pelota; y, mientras está jugando, se convierte en tigre. Le ahuyenta, le persigue de ciudad en ciudad, le arrincona en Cholula y años despues le obliga á retirarse á la costa, donde fallece é introducen sus secuaces la costumbre de quemar á los muertos. Por otra leyenda Tezcatlipoca visita á Quetzalcoatl y hace que se mire en un espejo. Se espanta el buen sacerdote y rey de Tula de verse llena de arrugas la cara y de podredumbre el cuerpo, y dice que no quiere presentarse más á sus vasallos. Tezcatlipoca ordena á sus artistas que le embellezcan. Le ponen barba, le llevan á la fuente *Apanecayauhtli*, le asean: él por su parte se tiñe de rojo los labios, se traza curvas amarillas en la frente, se pinta de verde la cara, se adorna con plumas de quetzal la cabeza; y al volverse á mirar en el espejo se alegra y se decide á mostrarse á los súbditos. Poco despues Tezcatlipoca le lleva con otros *quilitl* y *octli:* cierta comida especial y pulque. Come Quetzalcoatl; pero se niega á beber alegando que está enfermo y puede aquel licor privarle del juicio y aún de la vida. Accede, no obstante, á probarlo con el dedo, lo encuentra delicioso y confortante, lo bebe hasta cinco veces, lo ofrece á los que le rodean, se pone como muerto, siente inefables goces, y ébrio canta diciendo que dejará su palacio de plumas ricas y su templo de caracoles. Se embriaga luego con *Quetzapètlatl*, su esposa; y, cuando al volver en sí, recuerda su falta, lleno de crueles remordimientos, se angustia, llora, manda que le labren el sepulcro y despues de cuatro días de estar tendido sobre una losa, se levanta, ordena á sus servidores que olviden los pasados regocijos y escondan las riquezas que posee, se va con ellos á Tlillan Tlapállan Tlátlayan, cae de nuevo en profunda tristeza y se deshace en llanto. Se acerca después al mar, ve en el agua su hermosa imágen, se adorna con sus alhajas y se arroja en la hoguera. Asisten al sacrificio las más preciosas aves; de las cenizas del corazon sale el espíritu de Quetzalcoatl en figura de estrella y sube al cielo.

Estas dos leyendas no son las más conocidas ni las más populares. Otra hay que trascribiré más á lo largo porque en ella se ve mejor la enemistad de Tezcatlipoca y el carácter de Quetzalcoatl. Aquí Tezcatlipoca, tomando el aspecto de un anciano de cabellos blancos, ofrece tambien pulque á Quetzalcoatl, que no puede mover de puro enfermo piés ni manos; pero un pulque preparado de

manera que le haga concebir vivos deseos de salir de Tula. Quetzalcoatl se resiste aquí tambien á tomarlo; pero, ya que lo prueba y bebe, se siente curado de todas sus dolencias. Bebe de nuevo á instancia de su pérfido enemigo, se embriaga, llora tristemente y anhela partir sin que logre alejar de sí tan extraño pensamiento. Ha conseguido Tezcatlipoca lo que se proponia y le deja para consagrarse á la ruína de los toltecas.

Resuelto Quetzalcoatl á la partida, quema sus palacios de oro y conchas, manda que entierren en cerros y barrancos sus riquezas, convierte en árboles *mizquitl* los del cacao y ordena que vuelen con él léjos de Tula los pájaros de hermoso plumaje. Abandona la ciudad y sigue su camino llevando detrás á los mejores artífices, delante músicos que van tañendo la flauta, y á los lados pajes que le defienden la cabeza con parasoles de plumas.

Cuando llega á Quauhtitlan, donde ve un árbol corpulento que eleva á grande altura su frondoso ramaje, descansa, pide un espejo á sus servidores, se mira y no acierta á decir sinó: estoy ya viejo. Coje á poco guijarros, los tira y los clava por siglos desde la raíz á la copa del árbol.

Continúa su viaje, y en cierto lugar á que da el nombre de *Temacpalco* toma por asiento una piedra, vuelve los ojos hácia Tula y vierte acerbo llanto. Al levantarse, deja profundamente marcadas en la piedra lágrimas, manos y muslos.

En otro lugar que llamó *Tepanoaya* encuentra un ancho y caudaloso río. Manda que echen á través de las aguas un puente de sillería y pasa el río por el puente.

Le salen después al paso tres hechiceros que intentan detenerle y le preguntan ¿á dónde va? ¿por qué abandona á Tula? ¿á cargo de quién la dejó? y ¿quién hará por él penitencia? Quetzalcoatl contesta que no se puede detener, porque es forzosa su partida; y, como otra vez le pregunten ¿á dónde va y con qué objeto? contesta que á Tlapállan, á donde el Sol le llama. Vé, replican los hechiceros, pero deja aquí tódas las artes. Se las quitan, y él arroja en la fuente Cohcaapa todas sus ricas joyas.

Más allá otro hechicero, despues de preguntarle y saber á dónde va, le invita á beber de un vino que consigo lleva. Lo rehusa Quetzalcoatl; y el astuto hechicero le insta á que pruebe cuando no sea más que una gota, diciendo ser vino que no puede dar á ningún viviente. Toma Quetzalcoatl el vino, lo bebe por una caña, se pone ébrio, se duerme en medio del camino, empieza á roncar, despierta, mira al uno y al otro lado y se mesa los cabellos.

En el resto del viaje, ya pierde á los servidores y los canta entre suspiros y lágrimas; ya se sienta en la cumbre de los cerros y se deja caer al fondo del valle por la vertiente; ya con bien escuadrados sillares construye un juego de pelota y traza en medio una línea que se vuelve profundo foso; ya atraviesa con un dardo de madera un grueso árbol y lo convierte en una cruz que desafía los rigores del tiempo; ya pone una gran piedra sobre otra de modo que la pueda

mover cualquiera con el dedo meñique y no separarla numerosas muchedumbres. Deja por todas partes vestigios y señales de su paso y no cruza río, bosque, ciudad ni altura á que no dé nombre.

No se detiene Quetzalcoatl sinó en Cholula, donde le reciben con entusiasmo. Nada ménos que veinte años permanece en esa ciudad, á que prodiga los beneficios de su accion y su palabra. Perseguido aún allí por Tezcatlipoca, sale con cuatro jóvenes de gran virtud y noble cuna y se embarca en Goatzacoalco. Les predice al despedirlos que allá en los futuros tiempos vendrán de Oriente hombres como él blancos y con barbas que dominarán la tierra; y los cuatro jóvenes vuelven con la profecía á Cholula y la gobiernan hasta la Conquista.

Sobre Quetzalcoatl esta es sin duda la más popular de las leyendas. Se la refiere con variantes; pero en el fondo es siempre la misma. Las variantes de más nota versan sobre el embarque en Goatzacoalco. Quetzalcoatl se dirige desde allí á Tlapállan ya en canoa, ya en su propio manto, ya en una balsa de serpientes.

Segun acaba de ver el lector, se presenta aquí Tezcatlipoca como una especie de espíritu del mal, como el demonio. Se le califica de tal en alguna de esas mismas leyendas; y tal se le considera cuando se conoce las que especialmente sobre él se ha recogido. Tezcatlipoca baja del cielo para la ruína de los toltecas, y con este mismo objeto se esfuerza por hacer salir á Quetzalcoatl de Tula y de Cholula. Veamos ahora sus demás actos.

En la época á que se refiere este párrafo Quetzalcoatl era, segun algunas tradiciones, no rey, sinó gran sacerdote de Tula. El rey era Huemac, de quien se dice que tuvo una sola hija. Daba el palacio del rey sobre la plaza del mercado; y el pérfido Tezcatlipoca se prevalió de esta circunstancia para sus fines. Se presentó en el mercado con las apariencias de un pobre forastero, desnudas las carnes, sin *maxtli;* y se puso á vender *chile*. Acertó la hija de Huemac á distinguirle entre la turba de compradores y vendedores, y concibió por él tan vehemente amor, que cayó enferma. No bien supo el padre el verdadero motivo de la dolencia, envió á Tzatzitepec un pregonero por el cual mandó á los toltecas que le buscaran y trajeran al afortunado vendedor, que se llamaba Toveyo. No le encontraron mientras le buscaron; pero un día volvió á parecer en su puesto y, llevado á presencia del rey, accedió no sin resistencia á casarse con la princesa. Yo soy un pobre forastero, decía; no visto *maxtli* ni manto porque no los usan en mi tierra; me gano la vida vendiendo *chili* y no soy ni siquiera digno de oír lo que se me propone; y Huemac respondía á todo que era preciso curar á su hija.

Lavaron al astuto dios, le cortaron el cabello, le pintaron las carnes, le vistieron *maxtli* y manto y le condujeron al cuarto de la princesa, que de solo verle se puso buena. Verificose á poco la boda y pasó por aquí Toveyo á ser yerno y sucesor del rey de Tula.

Envidiosos los toltecas, empezaron á maldecir de Huemac, preguntando si no había entre ellos hombre digno de tal mano para habérsela concedido á un vil placero. Súpolo el rey y les propuso que sedujeran á Toveyo, le llevaran consigo á la guerra y procuraran que le matasen los enemigos. Armáronse al punto los toltecas, reuniéronse en gran número, arrastraron á Toveyo, y en llegando al lugar del combate, le pusieron de escucha, según costumbre, con los enanos y los cojos. Avanzaron al principio de la batalla, y después se retrajeron con el fin de dejarle á discrecion de los contrarios. Alegrose de la treta el rey, ya pesaroso de tal yerno; mas no sabía que Toveyo, al verse solo, había arremetido contra los ejércitos de Cacatepec y Coatepec, púestolos en vergonzosa fuga y cubierto el campo de cadáveres. Hubo de ir á recibirle con sus toltecas danzando al són de la flauta, darle armas y divisas, ceñirle plumas á la cabeza, pintarle de amarillo el cuerpo y de rojo la cara y manifestarle cuán satisfecho estaba de la bravura que había manifestado contra sus enemigos.

Concibe entonces Toveyo una idea diabólica. Invita para una gran fiesta á propios y á extraños: á los extraños desde la cumbre de Tzatzitepec por boca de pregonero. El día de la fiesta, reunidas en Tula innumerables gentes, recoge á los mancebos y las doncellas y los conduce á una plaza, por nombre Texcalapa, que limitan las aguas de un profundo río y comunica por un puente con el campo. Baila al són de su propio tambor, y baila con él la muchedumbre; canta, y repiten la letra los danzantes como si de antemano la conocieran. Todo es durante el día algazara y bulla; mas desde la puesta del sol á la media noche van siendo el compás y el baile cada vez más rápidos, el *plan rataplan* del tambor elevándose á redoble, y el canto, á fuerza de crecer en salvajismo y tono, convirtiéndose en rugido. Introdúcese la confusion, tras la confusion el tumulto, tras el tumulto el pánico. Empújase y se estruja la muchedumbre y corre al puente. Lo rompe Toveyo cuando más cuajado de gente está, y goza viendo como los unos tras los otros caen los toltecas en el abismo. Los que caen se trasforman al punto en rocas y piedras; y los que escapan no sospechan ni por lo más remoto que todo sea obra de las malas artes de Toveyo. Tan ciegos están por los hechizos del disfrazado Tezcatlipoca.

No satisfecho con la matanza, toma otro día Tezcatlipoca las apariencias del valeroso Teguioa y ordena por voz de pregon á los habitantes de Tula y los alrededores que concurran á cierta obra que ha de hacerse en uno de los jardines de aquella corte. Luego que los tiene reunidos, los acomete á palos; y los que no mueren á sus golpes pierden la vida aplastados por los que inútilmente recurren á la fuga.

Otro día bajo el nombre de Tlacavepan ó de Acexcoch se sienta en medio del mercado público y hace bailar un pequeño maniquí en la palma de la mano. Corren en tropel á verlo compradores y vendedores, y mueren muchos estrujados por los más fuertes. Se repite la escena multitud de veces y ocasiona siem-

pre los mismos desastres. ¿Cómo no veis, exclama por fin Tlacavepan, que os estoy engañando? apedreadme y matadme. Coge el pueblo piedras y mata al pequeño maniquí y al infame hechicero. Mas hé aquí que á poco el cadáver del hechicero se corrompe, inficiona el aire y envenena y quita el aliento á muchos toltecas. Sacadme de la ciudad, dice entonces el cadáver. Corre el pueblo, lo ensoga, tira; pero no consigue ni moverlo. No consiguen moverlo ni áun los toltecas llamados por pregonero, que acuden todos provistos de cuerdas, las atan al cuerpo del difunto y tiran con toda su fuerza. Saltan las cuerdas y muchos caen muertos. No lograreis sacarme de aquí, dice el cadáver, que no canteis esta copla. La canta, la repite el pueblo, tiran todos y arrastran la pestífera carroña no aún sin que muchas cuerdas salten y muchos hombres se maten. Lo raro es que los ilesos vuelven á sus hogares sin memoria de lo que han visto, porque están como borrachos.

No está aún cansado Tezcatlipoca de matar toltecas. Los agobia haciéndoles llevar piedras; y como caiga del cielo una llamada *techcatl*, toma el aspecto de una vieja y va vendiendo banderitas por la plaza de Chapultepecuitlapilco. Se vuelven locos muchos, le compran banderas, van á la piedra *techcatl* y se suicidan sin darse cuenta de lo que les sucede. Corrompe despues todos los víveres y tuesta buen maíz en la plaza de Xochitla. Al olor del maíz tostado acuden toltecas de todas las ciudades á la redonda; y, ya que los tiene reunidos, los mata sin dejar uno solo á vida.

Por hechicerías de Tezcatlipoca vuela finalmente sobre Tula, como presagio de la total ruina de los toltecas, el pájaro *Iztaccuixtli* atravesadas las carnes por un dardo, y de noche arde la sierra de Zacatepec é ilumina con el resplandor de sus llamas lejanos pueblos.

¿Se comprende que sea este mismo Tezcatlipoca aquel dios invisible é impalpable como la noche, objeto de todas las plegarias y centro de todas las almas? Aun en los pueblos politeístas de mayor cultura los dioses toman frecuentemente la humana forma y hasta la de otros séres de la tierra para protejer ó castigar naciones y satisfacer nobles ó ruines apetitos; pero ¿es fácil aquí explicar que Tezcatlipoca persiguiera en Quetzalcoatl, es decir, en otro dios, la justicia y la mansedumbre? Recurrir á dos Tezcatlipocas como se recurre á dos Quetzalcoales seria complicar la cuestion y no resolverla, puesto que al Tezcatlipoca como al Quetzalcoatl de las leyendas se atribuye hechos que están sobre las fuerzas del hombre y constituyen verdaderos milagros. ¿Seria realmente desatinado el politeísmo de los nahuas?

Totec. Segun el que interpretó el códice del Vaticano, Totec era discípulo, cuando no compañero de Quetzalcoatl. En una de las casas de oracion de Quetzalcoatl, escribe, hizo Totec penitencia. La continuó sobre espinas de maguey del monte Catzitepetl; y desde allí increpó al pueblo de Tula y le excitó al arrepentimiento y al castigo. En la salida de Tula, añade, Totec precedía á Quet-

zalcoatl: pusiéronse los dos maestros en marcha con los toltecas inocentes llevando propósito de poblar otras tierras; pero encontraron dos montañas unidas y en ellas se cree que murieron.

El padre Durán atribuye aún mayor importancia á Totec. Le presenta como un dios á quien se tributaba en todas partes culto y se sacrificaba buen número de hombres.

Sahagun cree por lo contrario que Totec no contó al principio adoradores sinó en Zapotlan, y los tuvo despues, si en la costa abundantes, tierra adentro escasos.

Segun la version más seguida, aunque era Totec el dios especial de los plateros, se le veneraba en todo Méjico por creerse que castigaba con tumores, sarna, jaquecas ó mal de ojos á los mortales que le olvidaban en sus oraciones y sacrificios.

No siempre se le llamaba Totec; se le daba tambien los nombres de *Xipe, Xipetotec* y *Thipetotec*, y, según algunos autores, el de *Tlatlauhquitezcatl*. Totec, contraccion de *totecuhtli*, significaba señor nuestro; Xipe, desollado; Tlatlauhquitezcatl, espejo rojo.

En el códice del Vaticano lleva Totec en la mano derecha una lanza y en la izquierda un escudo y una bandera con plumas; ceñida al cuerpo, una piel de hombre con signos como el que en letras usamos para distinguir las sílabas breves de las largas; sujeto al cinto, el *maxtli;* en la cabeza, una mitra. Mitra, lanza y plumas son rojas; el escudo, rojo y amarillo; amarilla, la bandera; rojo y con puntas blancas, el *maxtli*. Píntase algunas veces á Totec en el mismo códice muy de otra manera: rojos la cara y el cuerpo, en vez de mitra un capillo, en la mano izquierda una flor, en la otra una pierna de águila.

Dicen otros que la imágen de Totec era la de un hombre, teñido la mitad de amarillo y la mitad de leonado, que ceñia capillo con borlas, vestía de la cintura abajo faldas y de la cintura arriba piel de hombre, embrazaba rodela amarilla con franja roja y llevaba en las dos manos un cetro parecido al cáliz de una amapola, del que salía una punta de flecha. Añaden que tenía esta imágen labrada de la ceja á la boca dos no muy anchas tiras: una en cada lado del rostro.

En el museo nacional de Méjico hay de este dios una cabeza colosal de diorita. Tiene el capillo listado y con elegantes conchas; sobre el capillo, en lo más alto, un adorno compuesto de dos círculos concéntricos de ondas, de cuya parte posterior bajan hermosas caídas hasta el arranque de la garganta; casi cerrados los ojos; en las orejas gruesos zarcillos; entre las labores del rostro dos medallones con una cruz griega entre cuatro puntos; colgando de la nariz otros objetos que no parecen ménos simbólicos que los de las mejillas. Que en el Olimpo nahua no carecía Totec de importancia nos lo diría, cuando no otro indicio, esta preciosa cabeza.

TLALOC. Era tambien importante en el Olimpo nahua Tlaloc ó Tlalocatecuhtli,

dios de las lluvias y las tempestades. Decíasele rey del Tlalocan, como recordará el lector, uno de los paraísos de aquel pueblo; y creíasele ver en las nubes y las cimas de los altos cerros. A él se atribuía el rayo, el trueno y el relámpago, y á él la fertilidad de la tierra. Se consideraba el rayo y el trueno como signos de su cólera; las mansas lluvias como evidente muestra de su benignidad y su agrado para con los hombres. Contra el que blasfema de Tlaloc, se decía, baja el rayo, aunque no empañe nube alguna el claro azul del cielo.

Pintábase á Tlaloc de pié, untado de *ulli* el cuerpo, tendidos los cabellos por la espalda, cubierto el rostro de una media máscara de que salían largos y agudos dientes, sin más que un ojo y este extraordinario: redondo, azul en su círculo exterior, blanco en el interior, atravesado de una línea negra debajo de la cual había un pequeño semicírculo. Al rededor del ojo ó de la boca le ponían siempre una doble faja de azul, que, al decir de Gama, constituía su rasgo característico.

Llevaban las imágenes de Tlaloc ceñida la cabeza de plumas blancas y verdes prendidas en una diadema; debajo de la corona, hácia el occipucio, un adorno de plumas rojas y blancas; en las orejas zarcillos; al cuello una gargantilla de oro y piedras preciosas; del cuello á la mitad del muslo una túnica azul cubierta de una red de plata, con círculos de plata en medio de las mallas y los vértices embellecidos por flores de color de perla y hojas caídas de color amarillo; en los brazos pulseras de *chalchihuites* y en las piernas ajorcas de oro ricamente labradas, de que pendían cascabeles de oro; los piés calzados por sandalias azules; en la mano izquierda un escudo parecido á la túnica, con rapacejos de plumas azules, verdes, amarillas y de color de carne; en la mano derecha, ya una serpiente de oro, ya hojas de oro onduladas y deslumbradoras, símbolo una y otras del serpenteante rayo. En la pintura del mes *Etzalli* presenta, sin embargo, Ixtlilxochitl á Tlaloc, no con la serpiente ni la rodela, sinó con una caña de maíz y un instrumento que le servía para abrir la tierra. De la tierra que Tlaloc ara brotan anchas hojas de maíz llenas de *etzallis*, unos como torreznos. A no dudarlo se le tomaba aquí principalmente como el dios que fecundaba los campos.

Además de Tlaloc, había otras muchas divinidades del mismo nombre á que se rendía culto no solamente como genios de las aguas, sinó tambien como genios de las montañas. Las montañas mismas eran no pocas veces objeto de adoracion para los nahuas, que llegaron á confundirlas con los Tlaloques. Mas estos distaron de tener nunca la importancia de la que se decía ser esposa de Tlaloc,

Chalchiuhtlicue. No todos los autores convienen en que Chalchiuhtlicue fuese considerada como la consorte de Tlaloc. Los mejicanos, dice Torquemada, no tenían tan pobre concepto de sus dioses, que fuesen á casarlos con las diosas. De simple compañera de Tlaloc la califica este autor insigne; y de hermana de los Tlaloques, Bernardino de Sahagun. Ni se la conocía tampoco por el solo nombre de Chalchiuhtlicue. Llamábasela *Hochiquetzal* segun ese mismo Torquemada y

Macuilxochiquetzalli segun Boturini. Para los pueblos de Tlaxcala era además *Matlalcueje*, la vestida de verde.

Presidía Chalchiuhtlicue los mares y los lagos, los torrentes y los ríos. Abría cauce á las aguas corrientes, y ya las contenía ya las desbordaba; mecía las olas del Océano, y ya las encrespaba, ya las reducía. Segun su querer llevaba las naves á puerto ó las hundía en los abismos, salvaba al pobre náufrago ó le hacía pasto de los peces. Era así objeto de culto para cuantos iban por las aguas ó de las aguas vivían: para los pescadores, para los navegantes, para los que comerciaban en canoas por el lago de Méjico, para los que vendían en el mercado de Tlatelulco jarros de agua.

Chalchiuhtlicue era, además, la diosa que purificaba el cuerpo y el alma de los niños, á quienes se bautizaba en cuanto venían al mundo y cinco ó más días despues del nacimiento. Luego que le había cortado el ombligo decía la partera al recien nacido: «acércate, hijo mío, á tu madre Chalchiuhtlicue: ¡ojalá te reciba, te lave y te purgue de las manchas que traes de tus progenitores! ¡ojalá purifique tu corazon, lo deje sano y limpio y te incline á los buenos hábitos y las buenas costumbres!» De las oraciones de esta religiosa comadre, que en los dos bautizos no eran pocas, resultaba ser Chalchiuhtlicue nada ménos que la señora de los dioses, la que en sus hombros y en sus brazos llevaba por el mundo á los mortales y la que tenía en sus manos la humanidad toda, porque era la madre comun de los hombres.

Sin duda á causa de esta intervencion en los nacimientos solían tambien rendir culto á Chalchiuhtlicue las señoras de jerarquía, que ordinariamente la invocaban en sus bodas.

Pintaban á Chalchiuhtlicue con un tocado azul de que salía una caña entre gotas de agua; un traje azul que le ceñía el cuerpo y pasaba de las rodillas; sandalias de color blanco; prendido al cuello un manto que se extendía por debajo de los piés y formaba una larguísima canda azul, símbolo de las aguas; en la mano derecha un instrumento para tejer y en la izquierda un huso; cara, manos y piés de color amarillo. Lo más notable aquí era la cola azul que parecía arrastrar consigo la mochila de un comerciante y los cuerpos de una mujer y de un guerrero, como si por ello se pretendiera significar que el agua no respeta hermosura, valor ni riquezas.

Representábase otras veces á la Diosa amarillo el rostro si no es la frente, corona de papel azulado en la cabeza con penachos de plumas verdes y borlas que le bajaban á la nuca, zarcillos de turquesas distribuídas en forma de mosaico, camisa y faldas de azul claro con franjas de que pendían conchas y caracolillos, sandalias de gran blancura, en la mano izquierda un escudo y una ancha hoja de nenúfar, en la derecha un vaso en figura de cruz que le servía como de cetro.

Opuchtli y Napatecuhtli. Opuchtli y Napatecuhtli pertenecían tambien, segun parece, á la familia de los Tlaloques. Napatecuhtli llenaba de juncos y

cañas las orillas de los ríos; y Opuchtli había inventado todos los instrumentos para la navegacion y la pesca: los remos, las redes, el arpon, el anzuelo. Así adoraban á Opuchtli principalmente los pescadores, y á Napatecuhtli cuantos empleaban en sus artefactos la caña y el junco. Pintábase á Opuchtli casi desnudo, con la cara del color de las codornices, con una corona de papel de varios colores, cortada en figura de rosa, de que sobresalía un penacho de plumas verdes y colgaban borlas que le caían sobre los hombros, con una especie de estola verde que le cruzaba el pecho, con sandalias, con un cetro en la mano izquierda, parecido á un cáliz, de que brotaba como un casquillo de saetas, y con un escudo en la derecha, todo encarnado, en medio del cual había una flor blanca, cuyas cuatro hojas estaban dispuestas en forma de cruz; y á Napatecuhtli con el rostro salpicado de negro y blanco, un plumero verde del que caían borlas á la espalda, una banda de fondo blanco y flores negras, un zagalejo hasta la rodilla, tambien blanco y negro, adornado de pequeñas conchas, un escudo en la mano derecha, que no parecía sinó una hoja de nenúfar, y un cetro en la izquierda, que no era sinó un palo que terminaba en flor.

XIUHTECUHTLI. Xiuhtecuhtli era el dios del fuego. Se le conocía por este nombre y por los de *Huehueteotl*, el dios viejo, *Ixcozauhqui*, el de la faz amarilla, y *Cuecaltzin* ó *Tlecuecaltzin*, la llama ó el que las despide. Segun algunos autores era, además de dios del fuego, deidad del año y señor del tiempo. En las oraciones que trascribió Sahagun es notable la manera como se le designaba. Hablábase de Xiuhtecuhtli como el padre y la madre de todos los dioses, como el dios antiguo que estaba entre flores, en medio de un albergue cercado de cuatro paredes, como divinidad cubierta de plumas resplandecientes que parecían alas ó como el dios que estaba en un lago entre torrecillas rodeadas de piedras semejantes á rosas, y examinaba y decidía los negocios y los pleitos de los hombres.

Representábase á Xiuhtecuhtli desnudo: con la barba teñida de *ulli;* el labio inferior atravesado por un bezote de piedra roja; las sienes ceñidas de una corona de papel en parte de color y en parte blanco, de cuyo cielo salían plumas verdes imitando llamas y de cuyos lados pendían borlas de plumas; las orejas adornadas con aretes de turquesas en forma de mosaico, la espalda con una cabeza de dragon compuesta de plumas amarillas y pequeñas conchas y los tobillos con cascabeles; el brazo izquierdo armado de un escudo casi todo cubierto por una plancha de oro en el que había formando cruz cinco chalchihuites; la mano derecha empuñando un disco también de oro con que el ídolo se cubría el rostro. Este disco, que tenía á veces la figura de una pandereta, estaba agujereado y llevaba el nombre de *mirador* ó *miradero* porque se suponía que por él miraba Xiuhtecuhtli el mundo. Era, por decirlo así, la nota característica de las imágenes del dios del fuego: sin este disco apenas si cabría reconocerle.

Sentían á la vez los nahuas por Xiuhtecuhtli amor y miedo. ¿Qué de extraño si el fuego inspira amor por lo que conforta y miedo por lo que destruye?

Toci. Hemos visto hasta aquí un dios del aire, dioses del agua y un dios del fuego. Escribiré ahora de los dioses de la tierra, una de las páginas más confusas del politeísmo nahua. Los nahuas, á lo que parece, adoraban ó adoraron en algun tiempo á la Madre Tierra bajo la imágen de una rana que tenía una boca ensangrentada en todas sus coyunturas. Que levantaron en Tula un templo dedicado á la diosa Rana es indudable. Lo es asimismo que dieron á la tierra dioses de humanas formas. A una deidad rendían culto que llamaban corazon de la tierra, madre de los dioses y abuela de los hombres. Era la diosa Toci, á quien representaban con la boca y la barba teñidas de *ulli*, las sienes coronadas de uno como turbante de tela anudado al occipucio, que llevaba fijas en el nudo plumas á manera de llamas y sueltos los cabos por los hombros, el cuerpo vestido de zagalejos blancos y una camiseta inferiormente embellecida por ancha orla con picos, los piés calzados de hermosas sandalias, las manos ocupadas la una por tallos de retama y la otra por un escudo que tenía en medio un disco de oro.

Se daba tambien á *Teteionan* los dictados de madre de los dioses y abuela del género humano. Era evidentemente esa Teteionan la misma diosa Toci, aunque una leyenda la supone elevada al rango de las deidades por los aztecas despues que se hubieron establecido en el valle de Méjico. «Los aztecas, dice la leyenda, propusieron al rey colhua que les entregase á Teteionan, única hija que tenía, y por una apoteosis la harían madre de Huitzilopochtli. En cuanto la recibieron, la llevaron con pompa á Tenochtitlan, la dieron en sacrificio á su dios, la desollaron y vistieron con la piel á uno de sus más bravos mancebos. Invitado el Rey á la divinizacion, no supo la muerte de su hija hasta que la llama del copal á que se dió fuego alumbró la ensangrentada piel de que junto á la imágen del bárbaro Huitzilopochtli estaba cubierto el joven. Horrorizose el infeliz padre; pero la hija al punto fué declarada solemnemente madre de Huitzilipochtli y de todos los dioses.» En las fiestas dedicadas á Toci se elegía mujer que la representase, se le cortaba la cabeza, se la desollaba y se vestía con la piel á un sacerdote: la misma leyenda confirma la identidad de las dos divinidades.

Toci vino á ser con el tiempo la diosa de la Medicina, de las yerbas salutíferas y de los baños de vapor, allí tambien empleados como remedios. Adorábanla por esta razon los médicos, los cirujanos, los sangradores y los herbolarios, principalmente los que facilitaban yerbas para los abortos. Adorábanla los que tenían baños de vapor bajo el nombre de *Temazcalteci*. Adorábanla, y esto parecerá raro, los adivinos todos: los que echaban suertes con granos de maíz ó con trozos de cuerda unidos los unos á los otros, ó hacían sus augurios mirando en el agua de una fuente ó de una artesa, ó sacaban ó decían sacar gusanos de bocas ú ojos. Magia y Medicina es de advertir que andaban juntas en casi toda la América.

Centeotl ó Tzinteotl. Quieren algunos autores que Centeotl sea aún la misma

Toci, pero infundadamente. Por la fiesta consagrada á esta última diosa se ve que Toci y Centeotl tenían templo y sacerdocio aparte. Centeotl era la diosa ó el dios del maíz, el principal alimento de los nahuas: si realmente llevaba el sobrenombre de *Tonacajohua* que le atribuye Clavigero, lo llevaba no sin justicia. Tonacajohua significa la que nos sostiene. He dicho que era diosa ó dios, porque unos lo suponen varon y otros hembra. En la relacion de las fiestas de Toci se habla siempre de Centeotl como dios; los totonacas lo hacían á lo que parece diosa.

Los totonacas eran los principales adoradores de esta divinidad agrícola. Le habían levantado un templo en la cumbre de uno de sus más altos cerros, entre rosales y frondosas alamedas; y le daban en ofrendas flores y frutas, en sacrificio conejos, tórtolas y codornices. No le inmolaban nunca hombres, antes le rogaban que intercediera con el Sol para que los librara de verter sangre humana en los altares de otros dioses.

Chicomecoatl. Chicomecoatl era al decir de Sahagun la Céres de Méjico, la diosa de las subsistencias. Se la representaba con los vestidos y los zapatos rojos, la cabeza ceñida de una corona, un vaso en la mano derecha, en el brazo izquierdo un escudo con una flor en medio del campo.

Macuilxochitl. En Macuilxochitl veían los nahuas el dios de las flores y tambien el de los que morían en los palacios y las casas de los hombres de jerarquía. Presentábanle casi desnudo, pintado de bermellon el cuerpo, teñidas de blanco, negro y azul claro boca y barba, rojizo el semblante, con diadema de plumas verdosas y borlones que le bajaban á los hombros, con cierto emblema en la espalda hecho de plumas que consistía en una bandera sobre una colina, con un manto lijeramente encarnado en los lomos, que llevaba por adorno una franja de conchas, con sandalias primorosamente labradas, con una rodela blanca, en medio de la cual había cuatro piedras unidas á pares, con un cetro en figura de corazon, del cual sobresalían plumas amarillas y verdes.

Confunden algunos malamente á esta divinidad con

Coatlicue, llamada tambien *Co tlantona*, *Coatlyace* y *Coatlyate*. A esta diosa Coatlicue se ofrecía todos los años las primicias de las flores, principalmente de las que crecían en los dominios del templo de Tlaloc. Ofrecíanselas todos los que en flores comerciaban, los *xochimanqui*.

Mas ¿era Coatlicue una simple diosa de las flores? En el centro de un patio que hay en el museo nacional de Méjico se conserva un ídolo de piedra, tan notable por su grandeza como por su raro y misterioso simbolismo. Sin cara, sin brazos, por piés unas al parecer encorvadas y monstruosas garras, en lo alto del cuerpo enormes pechos de mujer muy caídos con muchas manos abiertas y enseñando las palmas, debajo de los pechos una calavera, de lo inferior del cuerpo parte cubierta de entrelazadas serpientes, parte dejando ver las franjas y las orlas de una falda, se presenta á la verdad esa que no sé si llamar imágen,

como la esfinge nahua. Es toda de una pieza, de esmerada labor y de muchos y muy complicados adornos, especialmente en lo que constituye la cabeza del ídolo, masa cuadrilonga, donde se ve como las fauces, los colmillos y los ojos de una enorme culebra. Se la ha bautizado con el nombre de Coatlicue y la tienen algunos por la representacion y el símbolo de la diosa Tierra, á quien vimos antes adorada bajo la figura de uma rana. ¿Lo será efectivamente? No lo creo á pesar de que la voz Coatlicue equivale á la del faldellin de culebras, y falda de culebras parece que lleva tan extraño ídolo.

Coatlicue por otra parte, como se verá despues, se dice que fué la madre de Huitzilopochtli.

Los Centzontotochtin. Entre los dioses agrícolas no podían menos de figurar los del vino. El vino recordará el lector que se lo sacaba del maguey, la pita. Al mismo maguey se atribuía orígen divino. Hubo, se decía, una mujer llamada *Mayaguil* con cuatrocientos pechos: los dioses, al verla tan fecunda, la convirtieron en maguey, dándonos por ella el pulque.

Los dioses del vino eran muchos entre los nahuas. Se los designaba con el nombre genérico de Centzontotochtin; pero tenía cada uno su nombre. El principal segun unos era *Ometochtli*, segun otros *Tezcanzoncatl*, conocido por los epítetos de *Tequechmecaniani*, el que estrangula, y *Teatlahuiani*, el que ahoga. Entre los demás conozco solamente á *Yiauhtlatecatl*, *Izquitecatl*, *Acoloa*, *Pantecatl*, *Thilhoa*, *Tultecatl*, *Papaztac*, *Tepuztecatl*, *Chimapalnecatl* y *Tlaltecaiooa*. Como señal característica llevaban las imágenes de todos en la cabeza una especie de mortero, donde se echaba ceremoniosamente vino con especialidad en sus fiestas.

Cihuacoatl ó Cioacoatl. Despues de las divinidades agrícolas he de hablar de las genitrices. En Cihuacoatl ó Ciacoatl se veía á la primera mujer que había parido en la tierra. Parió, se decía, dos niños, uno varon y otro hembra, y fué el orígen de toda nuestra raza. La llamamos por esta razon *Tonantzin*, nuestra madre.

Era así Cihuacoatl la diosa de los faustos y los infaustos alumbramientos. Cuando se presentaba laborioso un parto, sé, decía la comadre á la paciente, esforzada, varonil y fuerte como Cioacoatl, la primera que dió hijos al mundo; y cuando los dolores se prolongaban por más de un día y una noche, se metía la comadre con la enferma en un aposento y en sentidas preces imploraba el favor de la diosa. A la diosa principalmente se atribuía el feliz éxito; á la diosa tambien el infausto, que, como se ha visto, llevaba á los palacios del Sol el alma de la mujer que sucumbía.

Lo notable aquí es que esta misma Cihuacoatl resultaba ser la diosa de las adversidades, de la pobreza, de las humillaciones, de toda suerte de fatigas y trabajos. Se refería que de noche daba grandes voces y aún rugidos; que se presentaba á veces con la pompa y el aparato de las grandes señoras de la Corte y

otras vestida de blanco, los cabellos ondeando en rizos sobre la frente y una hermosa cuna en la espalda; que, cuando esto hacía, dejaba en el mercado la cuna junto á otra mujer y desaparecía; que en la cuna se encontraba siempre, no un niño, sinó una cuchilla de piedra como las que usaban los sacerdotes para abrir el pecho de los hombres que se daba en holocausto á los dioses.

Verdad es que sucedía otro tanto con

LAS CIOPAPILTIS. Las Ciopapiltis eran tambien deidades. No se contentaban los nahuas con abrir los palacios del Sol á las mujeres que fallecían de parto ó sobreparto; las hacían diosas y las dedicaban oratorios en todo barrio que tuviera dos calles. Almas de esas mujeres eran las Ciopapiltis, á quienes invocaban tambien en la hora de los grandes dolores parteras y parturientes.

De estas mismas diosas se decía que cruzaban á su antojo los aires, se aparecían á los vivos y entraban en el cuerpo de quien querían; que, enemigas de los niños, solían ponerlos de súbito enfermos; que de tal modo infundían miedo, que en ciertos días del año nadie salía á la calle con sus hijos por no encontrarlas; que á fin de hacérselas propicias, así en los templos como en las encrucijadas, de que eran solícitas visitadoras, se les había de ofrecer tamales, empanadas, maíz tostado y panes en figura de mariposas ó de rayos y en otras varias formas.

Representábase generalmente á las Ciopapiltis con rostro, piernas y brazos de extremada blancura, orejas de oro, el cabello distribuido en pequeños rizos, la camisa de fondo blanco y ondas negras, el faldellin labrado y de varios colores, las sandalias blancas y el cuerpo todo embellecido por papeles á que se daba el nombre de *amatetèvitl*.

TLAZOLTEOTL. En el Olimpo nahua había tambien su Vénus. Tlazolteotl era allí la que inspiraba los amores impuros, la que los patrocinaba y al decir de Sahagun la que los absolvía si, contrito el pecador, los confesaba á cualquiera de los sacerdotes de su templo. Tenía cuatro hermanas—*Teicu*, *Tiacapan*, *Tlaco* y *Xucotsi*—y como en representacion de las cuatro llevaba el nombre de *Ixcuina*. Llevaba tambien el de *Tlaelquani*, comedora de suciedades, ó porque las consentía ó porque las perdonaba. El de *Xochiquetzal* le daban los tlaxcaltecas, y si no miente Camargo la pintaban con bellos colores.

Tlazolteotl para los tlaxcaltecas moraba en el noveno de los cielos, en deliciosos jardines regados por innumerables fuentes. Pasaba allí su eterna vida hilando y tejiendo ricas estofas en medio de placeres que le proporcionaban deidades inferiores. No permitía que se le acercara hombre nacido; pero tenía gran servidumbre de enanos, bufones y jorobados, que, además de ser sus mensajeros, la divertían con sus cantos y sus bailes. Era hermosa como ninguna mujer del mundo; y las hermosas flores de sus jardines, de tal virtud, que con tocarlas se ardía en amor hasta la muerte por la persona en quien se había puesto los ojos.

De una leyenda que recogió Boturini se infiere, además, que esta diosa hacia á veces el oficio de diablo tentador. Yáppan, según esta curiosa leyenda, de-

seoso de ganarse el favor del cielo, se retiró á lugar desierto; y, subiéndose á lo alto de una roca, se entregó á dura penitencia. De tal modo llamó sobre sí por lo austero de su vida la atencion de los dioses, que enviaron éstos á Yáotl para que le espiase y viese si caía en pecado. Como en mucho tiempo no cayera, estaban ya los dioses para elevarle sobre el nivel del hombre, cuando se les presentó Tlazolteotl y se ofreció á demostrarles cuán quebradiza era la virtud y la castidad del anacoreta. Bajó desde luego á la tierra Tlazolteotl, y, puesta al pié de la peña, «hermano Yáppan, le dijo, asombrada de tu firmeza y compadecida de tus trabajos, quiero consolarte y fortalecerte: ¿por dónde he de subir á tu peñasco?» Vencido Yáppan por el dulce acento de la diosa, la subió y sucumbió á los besos y en los brazos de tan pérfida como celestial hermosura. Yáotl, que seguía en acecho, le cortó al punto la cabeza; y los dioses trasformaron á Yáppan en escorpion, á Tlahuitzin, que fué á ver la tragedia de su esposo, en alacran venenoso y á Yáotl, por haberse excedido de su mandato, en saltamontes. La verdad es que la hermosura es de suyo tentadora.

Ome Acatl. Había tambien su dios para los placeres de la mesa, Ome Acatl, Dos Cañas, á quien presentaban sentado sobre un manojo de espadañas, con el rostro teñido de blanco y negro, una corona de papel que tenía una larga y ancha cinta de varios colores á que estaba prendida una sarta de cuentas de chalchihuite, un manto en forma de red orlado de flores, una rodela de cuyo borde inferior pendía una franja de borlas y un cetro con un disco agujereado por el cual miraba como Xiuhtecuhtli. Este Ome Acatl era el dios de los convites y de los huéspedes. Había de estar su imágen en todos los banquetes; y, si algún anfitrion dejaba de pedirla á los sacerdotes, veía al dios en sueños y le oía palabras de reproche y cólera. Vengábase á veces de esta falta el irritable dios echando cabellos en los platos y las copas de los convidados para descrédito y vergüenza del convidante.

Yxtliton y Tzaputlatena. Los dioses de la Medicina en el politeísmo nahua eran Yxtliton ó Yxtlilton, Tzaputlatena ó la madre de Tzaputla y la ya descrita Toci. Yxtliton, por otro nombre *Tlaltecuin*, servía principalmente contra las enfermedades de los niños. Tzaputlatena á lo que parece figuraba entre los dioses sólo por haber descubierto la resina *Uxitl*, aceite sacado del pino, al cual atribuían los nahuas virtud contra las erupciones de la cabeza, los empeines de cara y manos, las ronqueras, el usagre, las grietas de manos y piés y otras muchas dolencias.Toci resultaba ser á la verdad la primera y la más importante deidad médica.

Yxtliton ó Yxtlilton, llamado por Sahagun el Negrito y por Clavígero el del negro rostro, no tenía imágenes de madera ni de piedra que le representaran. Su imágen era constantemente un hombre vivo, adornado y vestido de cierto modo, que residía en un pequeño oratorio mal compuesto de tablas, donde había tapadas muchas vasijas y jarras llenas de un líquido que se conocía por el nombre de agua negra. Daba este hombre á beber del agua á los niños enfermos que

entraban en su oratorio; y aún á los ciegos se afirmaba que devolvía la vista. Este dios vivo asistía además á las ceremonias que se observaba al abrir la primera vasija del nuevo pulque.

De la madre de Zaputla no sé más de lo que escribí, de Toci ya dije. Vengamos ahora á los dioses de la caza y de la guerra.

Mixcoatl. Mixcoatl era el dios de la caza. Aunque en un principio parece haber sido divinidad primitiva de los chichimecas, al fin los nahuas todos le rindieron culto. Como recordará el lector, en honra y prez de Mixcoatl hacían los aztecas aquella famosa cacería de Zacatepec, de que escribí en otro párrafo.

Suponen algunos que este mismo Mixcoatl era el *Camaxtli* de los tlaxcaltecas. No hay en mi opinion motivo ninguno para creerlo. Camaxtli presidía la guerra; y, si con alguno de los dioses nahuas se le podía confundir, era con Huitzilopochtli.

No por esto rechazo que haya en casi todos los politeísmos estrecha relacion y á veces hasta identidad entre los dioses de la caza y los de la guerra, entre sí tan parecidas. Ese mismo Mixcoatl tengo para mí que era objeto de adoracion lo mismo para los guerreros que para los cazadores. En las fiestas del mes *Quecholli* y en otras ¿no entraba acaso por tanto Huitzilopochtli como Mixcoatl y Mixcoatl como Huitzilopochtli? Se representaba siempre á Mixcoatl con un haz de flechas en la mano. El verdadero dios de la guerra fué, sin embargo,

Huitzilopochtli. Huitzilopochtli era el dios nacional de los aztecas. No emprendían guerra que no le invocaran, ni obtenían victoria que no le ofrecieran el corazon de sus enemigos. Para él habían instituido los grandes sacrificios y las grandes fiestas; para él habían levantado el más grande y el más suntuoso de sus templos.

En ese templo, á que conducían ciento veinte gradas, dentro de un no muy ancho recinto cubierto de ricos tapices, joyas, aderezos de oro y numerosas rodelas de plumas, detrás de una cortina con veces de puerta estaba la imágen de ese dios sentado en azul escaño sobre andas cuyos brazos terminaban por cabezas de sierpe. Llevaba esta imágen un casco de oro bruñido, en figura de pico de ave, con nutridísimo penacho de plumas verdes; teñida de azul toda la frente y una faja que por la nariz le pasaba de oreja á oreja; vestido el cuerpo de una tela verde y plumas del mismo color que descendían del cuello á las plantas; ceñidas las muñecas por ajorcas de oro y calzados los piés por sandalias azules; á la espalda una bandera de oro reluciente con otro plumero en la punta del asta; en la mano derecha un cetro ó báculo á modo de culebra, todo azul y con ondas; y en la izquierda un escudo con rapacejos de plumas amarillas y cinco clavos de plumas distribuidas en forma de cruz por el campo; escudo del cual sobresalían un gallardete de oro y cuatro saetas que los mejicanos creían bajadas del cielo. Llevaba á veces una máscara de oro en la cara y otra en el oc-

cipucio; en la garganta, un collar que componian diez figuras de corazones humanos; por cinturon, una ancha serpiente de oro.

El orígen de Huitzilopochtli ha dado no menos márgen que el de Quetzalcoatl á las más contradictorias versiones. Quienes le dicen hermano de Tezcatlipoca y le hacen concurrir junto con los antiguos dioses á la creacion del sol que nos alumbra. Quienes sospechan si era el maniquí vivo que en el mercado de Tula hacía bailar Tezcatlipoca sobre la palma de su mano al procurar la ruína de los toltecas. Quienes le suponen la apoteosis del jefe que sacó de Atzlan á los aztecas y dirigiéndolos en vida y en muerte, los llevó al lago de Méjico. Quienes le creen trasformacion de uno de los dioses de los tarascos. Quienes le dan por fin como hombre-dios y quienes como dios-hombre. Trascribiré por de pronto las dos principales leyendas que sobre este punto se refiere.

En la antigua ciudad de Tula, se dice, vivia una muy devota mujer que se llamaba Coatlicue. Estaba un día barriendo, segun su costumbre, el templo, cuando vió caer del cielo un copo de plumas, lo recogió y lo guardó en el seno. Lo buscó despues de concluída su faena, y se maravilló de no encontrarlo. Mayor fué su asombro, cuando á los pocos días se conoció en cinta. Advirtiéronlo tambien sus muchos hijos, y conspiraron por matarla á fin de evitar la afrenta de su linaje. Temió Coatlicue, pero se tranquilizó oyendo en el fondo de sí misma una voz que le dijo: «no temas, no, madre mía, porque haré redundar este peligro en honra y prez de tu nombre.»

Del seno de Coatlicue salió al punto Huitzilopochtli ya hombre y con armas. Salió prorumpiendo en gritos de guerra, embrazando el escudo y blandiendo la fulgurante lanza, ceñida de verdes plumas la cabeza y de verdes plumas la pierna izquierda, cruzados de barras azules rostro, brazos y muslos, alta la frente, torvos y centelleando los ojos. Cayó desde luego sobre los desnaturalizados hijos de su madre, y á todos dió muerte. Y fué desde entonces llamado *Tezahuitl* y *Tetzauhteotl*, terror, dios terrible.

Capitaneaba, segun otra leyenda, á los belicosos aztecas, cuando de Atzlan salieron, un formidable capitan, Hércules por la fuerza, Marte por la bravura, que era fuego para sus enemigos, segun los hombres que mataba y las ciudades que destruía. Este guerrero, por nombre Huitziton, los condujo victoriosamente hasta que, ya viejo, le arrebató una noche Tetzauhteotl, le subió al cielo, le hizo sentar á su izquierda y le dijo: «¡Bien venido seas, caudillo valeroso! Te doy las gracias por lo lealmente que me has servido y has gobernado mi pueblo. Hora es ya de que descanses: tus años y tus grandes hechos te elevan á la categoría de los dioses. Vuelve á tus hijos, y diles que no se aflijan porque los dejes, que tú velarás por ellos desde los nueve cielos y yo les cederé tu cráneo y todos tus huesos para que se consuelen y los consulten; que día vendrá en que descubran la tierra que les he destinado y funden en ella un imperio ante el cual doblen la cabeza las demás naciones.»

Recogieron los aztecas los huesos de Huitziton en una cesta de junco, la llevaron por los caminos en hombros de sacerdotes, la pusieron en los lugares de parada bajo sencillos templos de hojas y flores, y no resolvieron sin consultárselo ningun negocio. Por los consejos de Huitziton se separaron un día de las demás tribus con que habían emprendido su largo viaje, abandonaron otro á la infame hechicera Malinalxochitl ó Malinalli, y dejaron otros con honda pena sitios que los seducían por lo templado del clima y lo fecundo de la tierra. ¿Podían tampoco desoírle? Resistiéronse un día á levantar el campo de Coatepec, y les dijo Huitziton por boca de los sacerdotes: «¿Quiénes son esos que así se oponen á mis mandatos? ¿Son por ventura mayores que yo? Ni un solo día pasará sin que yo tome venganza del agravio. Quiero que sepan que mi voluntad es su ley.» Oyeron de noche los amedrentados aztecas grande estrépito en lo interior del templo, y al amanecer vieron con terror y asombro tendidos al pié del altar los cadáveres de los amotinadores. Vieron los cadáveres sin corazon; y creyeron desde entonces que sólo con la sangre del hombre cabía aplacar la cólera del terrible caudillo.

Así, concluye diciendo la leyenda, se convirtió el capitan Huitziton en el dios Huitzilopochtli; y así empezaron aquellos feroces sacrificios que á poco fueron horrendas hecatombes.

La leyenda es inadmisible respecto al orígen de estos holocaustos, que existían ya en tiempo de los toltecas y fueron probablemente la causa de las luchas entre el culto de Quetzalcoatl y el de Tezcatlipoca; pero hoy prevalece sobre las demás respecto al carácter primitivamente humano de este dios, aunque escritores antiguos de nota refieren que los aztecas adoraban á Huitzilopochtli en ese mismo Aztlan de donde se dice que partieron.

Da, sin embargo, márgen á nuevas opiniones la voz Huitzilopochtli, que los autores todos, á excepcion de Veytia, suponen compuesta de *Huitzilin*, colibrí, y *Opochtli*, izquierdo, y unos traducen por «colibrí siniestro» y otros por «colibrí á la izquierda», fijándose tal vez en la tradicion por la que el jefe azteca está sentado á la izquierda de Tetzauhteotl, dios del espanto. En Michoacan, se dice, rendían culto los tarascos al colibrí bajo el nombre de *Tzinzuni*. Teníanle por dios de la guerra hasta el punto de creer que en colibríes se convertían las almas de los guerreros. Bajaron á Michoacan los aztecas por el lago de Chapala, se establecieron en el de Patzcuaro y, siguiendo á los tarascos, hicieron su dios de la guerra al colibrí, á quien calificaron de siniestro por los sacrificios que les exigía. Cuando los aztecas salieron de Aztlan, se añade, adoraban no á Huitzilopochtli sinó á *Mexi*, de quien tomaron primeramente el nombre de *mexicas* y despues el de *mejicanos*.

Es indudable que el colibrí debió entrar por algo en el nombre y aún en la concepcion de Huitzilopochtli, puesto que por una parte vimos la imágen de este dios casi toda cubierta de brillantes plumas de varios colores y en figura de

pico de ave su casco, y es por otra sabido cuán batalladores son los colibríes, que, á pesar de lo delicados y diminutos, acometen osadamente pájaros de mucho mayor volúmen y traban entre sí luchas á muerte; pero ¿cabe de aquí ni remotamente inferir que no sea Huitzilopochtli sinó la personificacion del Tzinzuni de los tarascos? Los mismos que tal afirman escriben en otras páginas de su libro que Huitzilopochtli era la apoteosis del primer capitan de los aztecas.

Lo aquí evidente resulta ser que Huitzilopochtli fué el Marte de este pueblo. Se dice si fué, además, el legislador de la raza; pero lo dudo al ver que los reyes de Méjico se decían tenientes de Quetzalcoatl y no de Huitzilopochtli.

Paynal ó Paynalton. Huitzilopochtli tenía en Paynal su vicario. Mandaba él, y Paynal ponía en ejecucion el mandato. En los sucesos inesperados se entendía, con todo, que podía Paynal por sí dar el grito de guerra. Así cuando los aztecas se veían de repente acometidos, á Paynal acudian é invocaban. Como que para esto tenían tambien mucho más sencillas y breves ceremonias que para pedir consejo y proteccion á Huitzilopochtli. Paynal era, por decirlo así, el dios de las alarmas, el de los piés ligeros. En cierta procesion religiosa así los que le llevaban como los que le acompañaban iban siempre corriendo, bien para imitarle, bien para que el pueblo recordase la especial índole de esa especie de correo del dios de los combates.

La voz de Paynal por boca de los sacerdotes obligaba á correr á las armas á cuantos podían empuñarlas.

Teayamiqui ó Teoyaomiqui. Huitzilopochtli, á quien se daba tambien el nombre de *Teoyaotlatohua*, tenía, además de un lugarteniente en Paynal, una esposa en Teoyaomiqui, cuyo principal cargo era conducir á las regiones del sol las almas de los que morían en batalla por el culto ó la patria, ó prisioneros de guerra entregaban su corazon á la diosa sobre la piedra de los sacrificios. Tan belicosa la mujer como el marido, se aseguraba que cuantos nacían bajo su signo resultaban valerosos soldados y sucumbían jóvenes en los combates.

Tlacahuepancuextotzin. Huitzilopochtli tenía por fin un hermano menor en Tlacahuepancuextotzin, dios de la guerra adorado principalmente en Tezcuco, aunque no sin estátuas en Méjico.

Camaxtli. El dios de la guerra en Tlaxcala era ya Camaxtli, no Huitzilopochtli ni ninguno de sus parientes. Hacían los tlaxcaltecas á Camaxtli padre de Quetzalcoatl, hijo de Mixcoatl Mazatzin, rey de Tula, y esposo de Chimalma. Decían que al nacer había tomado el nombre de su padre, más tarde el de Totepeuh y despues de muerto el de Camaxtli. En la fiesta que cada cuatro años le dedicaban poníanle en el brazo izquierdo una rodela de oro con rapacejos de plumas y en la mano derecha un dardo con cierta punta de pedernal que parecía el hierro de una lanza. Representábanle entonces por una jigantesca estátua de más de quince piés de altura. Dábanle á lo que parece su Paynalton en un pequeño ídolo que le ponían al lado y suponían traído por los primeros pobladores,

Camaxtli era para los tlaxcaltecas exactamente lo mismo que Huitzilopochtli para los mexicas. Los aconsejaba, les daba aliento en los combates, los sacaba de los mayores peligros y les exigía en recompensa el corazon de los prisioneros. Despues de la victoria de Poyautlan fué Camaxtli el que les hizo abandonar el campo, diciéndoles por boca de los sacerdotes: «levantaos y partid: no es aquí donde ha de romper el alba de vuestra grandeza ni salir el sol de vuestra gloria.» Cuando siglos más tarde hicieron guerra á los de Huexotzingo, imploraron con grandes ceremonias el favor y la gracia de este dios; y Camaxtli les respondió que tuvieran ánimo y no temieran, porque los sacaría triunfantes y los dirigiría en busca de una vírgen de pechos desiguales que desde luego les exigía en holocausto.

Camaxtli era en Tlaxcala el dios de la guerra y la caza. Había en Tlaxcala como en Méjico la órden de los teteuctin ó tecuhtlis; y las principales ceremonias se las hacía en el templo de Camaxtli.

Yacatecuhtli ó Yacacoliuhqui. El comercio entre los aztecas era no pocas veces motivo de guerra. Hablo aquí por esta razon de los dioses de los mercaderes. El principal tenía por nombre Yacatecuhtli, el señor que guía, y Yacacoliuhqui, el de la nariz aguileña. Representábasele en figura de un hombre que anda; el rostro, la mitad blanco, la mitad negro; la cabellera, arrebujada en la coronilla y sujeta por un cordoncillo con borlas de plumas; las orejas, adornadas con zarcillos de oro; el cuerpo, vestido de un manto azul con franjas de flores sobre que se extendía una ancha red de color rojo; los tobillos, con tiras de cuero de que colgaban conchas marinas; los piés, cubiertos por sandalias de preciosas labores; el brazo izquierdo, ocupado por una rodela amarilla, sin más que un manchon azul en medio del campo, y la mano derecha por un baston de viaje; el aire, como de persona astuta y diestra.

Decíase de este dios que tenía una hermana y cinco hermanos: *Chalmecacioatl*, *Chiconquiavitl*, *Xomocuil*, *Nacxitl* y *Yacapitzaoac*, todos protectores del tráfico.

Adoraban los mercaderes á Yacatecuhtli en su propio báculo, generalmente negro, fuerte y sin nudos. Cuando hacían sus caravanas, recogían de noche en un haz los de todos, los ponían de pié, y vertían en las llamas copal y sangre de sus propias venas; cuando estaban en sus hogares, ponía cada cual el suyo en el oratorio de los dioses penates y le daba en ofrenda parte de lo que comía. Sólo así imaginaban que podían librarse de los muchos peligros que llevaba consigo el comercio por extrañas tierras.

Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl. Había tambien en este raro politeísmo su Pluton y su Proserpina: los dioses Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl, señores del infierno, es decir, de aquella mansion subterránea, dividida en nueve moradas, á donde vimos que iban para de nuevo fenecer las almas de la mayor parte de los hombres. Despues de presidir en la tierra la cremacion de los cuer-

pos, recibian en su oscuro reino las almas y las distribuian dando á cada una el lugar merecido.

Mictlantecuhtli llevaba á veces el nombre de *Tzontemoc*, segun Torquemada «el que inclina ó abaja la cabeza.»

La diosa de la Muerte. Además de Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl, de Huitzilopochtli y Teoyaomiqui y de Macuilxochitl, que tenian más ó ménos relacion con la muerte, ¿no habría en el Olimpo nahua una diosa de la muerte misma? Dentro del área del templo mayor de Méjico se sabe que había otro llamado *Tolnahuac* en que se adoraba á la muerte bajo el nombre de *Ce Miquiztli* y se le hacia sangrientos holocaustos. Se sabe tambien que hubo consagrado á la muerte uno de los días del calendario religioso, el primero de la sexta trecena. La monstruosa estátua que en este mismo párrafo dije atribuida á Coatlicue, ¿no sería mejor la de la muerte?

Los que la examinaron cuidadosamente, cuando se la descubrió, creyeron ver en ella juntas tres deidades: en la cara anterior á Teoyaomiqui; en la posterior á Huitzilopochtli; en la inferior á Mictlantecuhtli. Están realmente esculpidas las tres caras, hecho que hace justamente sospechar si estaria á mayor ó menor altura del suelo la estátua y descansaría, como algunos opinan, por los que parecen hombros en pilares ó columnas, viniendo á servir de puerta al templo. La cara posterior no se diferencia esencialmente de la anterior, puesto que tambien presenta las fauces, los ojos y los colmillos de una culebra, manos abiertas enseñando las palmas, una calavera y el faldellin de serpientes; pero la inferior difiere de las dos hasta el punto de no llevar sinó en medio relieve una figura sentada, sin cuerpo ni cabeza, pero con las piernas y los brazos abiertos, sujetos á unos y otras cráneos, y en lo que parece adorno de la garganta una media cara de la luna.

Como no sea en esta cara, es aquí dificilísimo descubrir verdaderas imágenes. No se ve sinó símbolos, los más, de la muerte: manos cortadas, cráneos sin carne, espantables cabezas de mónstruos, agudos colmillos y agudas garras, gruesas y asquerosas serpientes, vaguedad y misterio. Aunque los unos pudiesen recordar á Teoyaomiqui, los otros á Huitzilopochtli y los otros á Mictlantecuhtli ¿no sería lógico creer que juntos constituyesen el ídolo de la muerte? La muerte debia de presentarse bajo horrible aspecto á los ojos de hombres que más allá del sepulcro no veian para la mayor parte de las almas, como antes dije, sinó un lugar apenas alumbrado por la luz del crepúsculo, donde yacían en silencio y al fin se extinguian. Los autores que de ídolo de la muerte calificaron ese jigantesco monolito de basalto tengo para mí que están en lo cierto.

Tepitoton ó Tepictoton. Llego por fin á los últimos dioses del olimpo nahua, á los penates. Se los llamaba Tepitoton ó Tepictoton, los pequeños, y no se sabe si eran otros dioses ó pequeñas imágenes de los que llevo descritos. Los tenía cada creyente en su propia casa, en aposento que le servía de oratorio, y todas

las mañanas junto con su familia les ponía á los piés mayores ó menores ofrendas. Abundaban por otra parte esos ídolos en calles, encrucijadas de caminos, fuentes y otros lugares públicos. Podían tener hasta seis los reyes, cuatro los nobles, dos el pueblo.

Leyendas sobre el orígen y la muerte de los dioses. Quedaría incompleto este párrafo y no sería fácil entender lo que me propongo escribir en el siguiente, si no recogiera aquí las tradiciones que sobre el orígen de sus divinidades referían los nahuas. Decían los nahuas que al fin de la tercera edad de su larga y confusa historia habían producido Citlatonac y Citlalicue á *Tecpatl*, la cuchilla de piedra con que se abrió despues el pecho de las víctimas; y mal recibido Tecpatl por sus hermanos había sido arrojado del cielo á Chicomoztoc, donde se había roto en mil seiscientos pedazos ó lo que es lo mismo dividídose en mil seiscientos dioses.

Segun otra leyenda, estos dioses no habían vivido mucho. Viendo sumida en oscuridad la tierra y deseando alumbrarla, se habían reunido en Teotihuacan á fin de crear el sol y, encendiendo una grande hoguera, habían dicho que lo sería el primero que se echase á las llamas. Se echó uno, dice la leyenda, y salió convertido en sol por Oriente; pero no se movía. Se negó á empezar su curso que no desapareciesen los dioses todos, y todos perecieron.

La resurreccion de estos dioses no la conozco. Debieron de morir en la tierra para vivir en el cielo, ya que por la tradicion que consignó Sahagun figuraban entre los muertos Quetzalcoatl y Tezcatlipoca. ¿Significaría esta muerte de los dioses el cambio de una religion por otra religion, de un culto por otro culto?

XCVIII

Instituciones y creencias religiosas.—Politeísmo.—Mitología nahua.

Sería gran yerro creer que he descrito una por una todas las divinidades de Méjico. A mil las hizo subir en nuestros días Pimentel y á dos mil el antiguo historiador Herrera. Muchas más de las enumeradas debieron de ser en realidad por lo que escribió Motolinia. Los mejicanos, dice este autor, tenían ídolos de piedra, de barro cocido, de madera, de pasta; unos, hombres; otros, mujeres; otros, leones, tigres, perros, venados, animales de los muchos que corren por montes y valles; otros, culebras ya grandes, ya pequeñas, ya extendidas, ya enroscadas; otros, buhos ú otros pájaros nocturnos; otros, milanos; otros, aves de las que se distinguen por su hermosura, su fiereza ó su precioso plumaje; otros, ranas, sapos ó peces; otros, mariposas, saltamontes ó moscas; otros, soles, lunas ó estrellas. Toda la naturaleza, al decir de Motolinia, estaba en Méjico divinizada y era objeto de culto, como hemos visto que sucedía en los pueblos más al Norte, sobre todo entre los algonquines y los dacotas.

Entre los dioses que llevo descritos habrá observado, por otra parte, el lector que los había del aire, el agua, la tierra y el fuego; de la agricultura, el comercio y las artes; de la generacion y la medicina; de la guerra y la muerte, del paraíso y del infierno.

Así las cosas ¿es racional presumir que estos mismos dioses fueran mitos cuya oscura significacion se haga indispensable desentrañar partiendo de más ó ménos vagos principios y recurriendo á más ó ménos aventuradas hipótesis? Se ha creído así modernamente; y á pesar de grandes esfuerzos se ha obtenido pequeños resultados. Están difícilmente de acuerdo dos autores sobre la representacion mítica de cada dios y el sentido de las leyendas y los signos que á él se refieren, no siendo raro que para sostener cada uno su interpretacion omitan lo que la contraría y pongan muy de relieve lo que la pueda hacer siquiera verosímil. Lo irá revelando el exámen que me propongo hacer de los dioses hoy considerados como los principales mitos.

Que era Quetzalcoatl el mito del aire parecía confirmarlo para muchos mitólogos buen número de datos. Llevaba este dios el sobrenombre de *Ehecatl*, el aire; en su manto multitud de cruces, segun la general opinion símbolo de los cuatro vientos y de los cuatro puntos cardinales del horizonte; en su propio nombre el de *quetzatl*, pájaro de brillantes plumas. De sus leyendas, además, resulta que las aves le obedecían: con él permanecieron en Tula y con él emigraron luego que la dejó por los pérfidos manejos de Tezcatlipoca.

En cuanto se le quiso atribuir otra significacion las opiniones variaron á lo infinito. Le hace Brinton á la vez señor del aire y de la luz de Oriente, y le da por símbolos el pájaro, la serpiente, el pedernal, la cruz y la estrella de la mañana; le considera Tylor como uno de los mitos solares, y le pone entre Camaxtli, el sol de ayer, y Tezcatlipoca, el sol del futuro día; le supone Muller en remotas edades dios de la naturaleza y despues personificacion de los toltecas; le convierten hoy, por fin, entendidos escritores mejicanos en mito de la estrella de la tarde.

Brinton para hacerle señor de la luz oriental recuerda principalmente que como á todos los mitos del alba se le atribuía sonrosado semblante, blanca túnica y larga y flotante barba; que se le decía venido de Oriente y al Oriente se aseguraba que había vuelto al salir de Cholula; que, segun la más recibida tradicion, abandonó sus estados vencido por Tezcatlipoca, y Tezcatlipoca, á quien se daba tambien el nombre de *Yoalliehecatl*, era el viento y el espíritu de la noche. Vea por de pronto el lector cuán pocos datos bastan á Brinton para que sostenga su tésis. Tylor, mirando bajo muy otro punto de vista á Tezcatlipoca, le presenta vencedor de Quetzalcoatl, no porque le suponga la noche, sinó porque le considera el sol de mañana. ¿Cuál de los dos escritores interpreta mejor la leyenda? Las blancas facciones, la túnica, la barba, la venida de Oriente y la vuelta á Oriente no ignora nadie ya que servian para creer á Quetzalcoatl de

extranjeras y muy apartadas regiones y mantener vivo en los aztecas hasta los tiempos de la Conquista el temor de que fueran á dominarlos gentes de Quetzalcoatl, venidas de Levante. ¿Desconocerían hasta los sacerdotes aztecas los mitos de su propia raza?

Los autores mejicanos á que aludo toman por fundamento de su asercion la primera de las tradiciones que sobre Quetzalcoatl transcribí en el antecedente párrafo. ¿Por qué no las otras? Es de advertir que, segun ellos, hubo un dios Quetzalcoatl y un sacerdote del mismo nombre, que real y positivamente fué nombrado por los toltecas rey de Tula el año 925 de la era de Cristo, y que al Quetzalcoatl sacerdote y no al Quetzalcoatl dios parece referirse la leyenda que les sirve de apoyo. ¿No debería, segun esto, verse en el sacerdote y no en el dios Quetzalcoatl el mito de la estrella de la tarde? De la leyenda toman tambien estos autores para la explicacion de su teoría solamente los hechos que pueden favorecerla, siendo muy de notar que lo en ella más característico, si es aplicable al planeta Vénus, lo es considerándola, no como estrella de la tarde, sinó como lucero de la mañana.

Citan, además, estos autores en apoyo de su aserto el año religioso de los nahuas, que se atribuyó á Quetzalcoatl y suponen determinado por el curso de Vénus, como si la revolucion de este planeta, que es solo de 224 días, 16 horas, 43 minutos y 8 segundos, coincidiese con los 260 días de aquel año.

Así de los demás dioses. Que Tezcatlipoca fuese un mito solar lo ha dicho, no solo Tylor, sinó tambien Rialle en su *Mitología Comparada*. En sentir de Rialle lo indica la misma voz Tezcatlipoca, que, segun él, significa espejo reluciente. Presentaban, añade, joven y hermoso á este dios, porque tal es el aspecto de todos los mitos solares; en lucha con los ágiles toltecas, porque en ellos simbolizaban las brisas y los céfiros, que mueren bajo la accion abrasadora del astro del día; venciendo solo á todo un pueblo, porque así es como el sol vence y disipa las nubes de la mañana; infestando el aire con su cadáver ó corrompiendo los víveres con su aliento, porque tales son los efectos del calor, de que el sol es fuente; inflamados por él los cerros, porque encendidos parecen cuando el sol nace ó baja á su ocaso. ¿Son razones estas para que se las tome en serio? En las preces que nos conservó Sahagun, formuladas de seguro por los sacerdotes, se califica frecuentemente á Tezcatlipoca de invisible como la noche: á creerle mito del sol, se le habría calificado de muy otra manera.

Los citados escritores de Méjico sostienen, por lo contrario, que cuando ménos primitivamente hubo de ser mito de la luna. Segun ellos Tezcatlipoca significa, no espejo reluciente, sinó espejo negro que humea, y por astro que humeaba tenían á la luna los nahuas, si no miente uno de sus jeroglíficos, donde está el círculo de nuestro satélite rodeado de lengüetas amarillas, símbolo del humo. En flacos cimientos apoyan tambien opinion tan atrevida; y, sin embargo, en las contiendas entre Quetzalcoatl y Tezcatlipoca no ven sinó luchas entre la

estrella de la tarde y la lumbrera de la noche, cuando entre los dos astros no las hay ni reales ni aparentes.

De Huitzilopochtli se ha hecho tambien un mito, el de la tempestad, tan parecida á la guerra. «Que Huitzilopochtli, escribe Rialle, sea el mito de la tempestad nos lo dicen las circunstancias todas de su nacimiento. Coatlicue es la nube tempestuosa preñada de torvos relámpagos; el copo de plumas blancas que la fecunda es la blanca nubecilla que se eleva poco á poco al cielo y, al unirse con los nubarrones, parece engendrar la tormenta; los hijos rebeldes y desnaturalizados que quieren matar á su madre son las nubes que, empujadas por el viento precursor de la borrasca, suben al zenit como deseosas de ahogar las que ya lo ocupan; la voz que habla en el seno de Coatlicue es el sordo rugido del trueno. Cuando nace Huitzilopochtli armado de piés á cabeza, la tormenta estalla, el viento silba, el rayo surca el cielo como serpiente de fuego y da contra las nubes que más encarnizadamente se arrojan sobre la nubecilla que lo produjo. Desciende entonces la bienhechora lluvia, desaparece la sequía, la vegetacion renace, y el terrible y sanguinario dios de la tempestad y de la guerra se trasforma en dios de la produccion y de la agricultura.» ¿Ve aquí el lector algo más que poéticas y falsas analogías? Rialle, con todo, sigue impávido su camino y hace del rápido Paynal el mito de la brisa que, según él, precede á las tempestades.

J. G. Muller, más reflexivo, se limita á decir que Huitzilopochtli debió de ser primitivamente uno de los númenes de la naturaleza. Le mueven á creerlo esa misma leyenda de Coatlicue; la de Teteionan, que referí al hablar de Toci; la estrecha relacion que observa entre aquel dios y el colibrí, mensajero de la primavera, que á su paso fecunda las flores; y sobre todo las tres grandes fiestas que se hacía en honor de tan poderosa deidad cuando renacía la tierra, cuando estaban en sazon los frutos y cuando, sin hojas los árboles y sin murmullos las aguas, parecía que pasaba por los campos el soplo de la muerte. En la primera, dice Muller, imaginaban los aztecas que el díos venía, en la segunda que llegaba al apogeo de su gloria y en la tercera que moría: la naturaleza y Huitzilopochtli marchaban juntos.

Corrobora Muller sus apreciaciones, que disto de considerar justas, con ejemplos de otras mitologías; y es verdaderamente digno de nota que invocasen los romanos á Marte en favor de los pastores y los rebaños, le llamase Virgilio dios de las plantas y le cantasen los sacerdotes Arvales como protector de las flores.

Acontecía aquí que se adoraba á Tlaloc en el mismo templo de Huitzilopochtli, es decir, en la misma pirámide que lo sustentaba, hecho que realmente da fuerza á las opiniones de Rialle y Muller.

Los referidos escritores mejicanos llevan más léjos las cosas. En las antiguas deidades nahuas no ven sinó mitos del sol, la luna, la estrella de la tarde y la tierra. Segun ellos, Ometecuhtli, sér andrógino, era el orígen y el rey de todos los dioses. Se le pintaba en los viejos códices de igual modo que á *Tonaca-*

tecuhtli, y es lícito inferir que se le tenía por el sol mismo. A Tonacatecuhtli, sin embargo, se le consideraba sol creado, aunque á su vez autor de las demás criaturas. El sol astro era ya otro dios ó para mejor expresarme otros dioses: *Tonatiuh*, mientras recorría el horizonte; *Tzontemoc*, al caer en el ocaso; Mictlantecuhtli, cuando pasaba debajo de la tierra. *Yxcozauhqui* «luz amarilla, luz rubia, luz de oro,» era aún el fuego del sol, fuego anterior al sol mismo, tanto que se le confundía con Ometecuhtli. *Cipactli* venía por fin á ser la luz, el primer rayo de sol que había atravesado las espesas nubes de la creacion naciente; Totec, otro mito del astro del día.

Tonacatecuhtli no era ya andrógino como Ometecuhtli: tenía por esposa á *Tonacacihuatl* y con ella produjo á Quetzalcoatl, la estrella de la tarde; á Tezcatlipoca, la luna; á Cipactli ó Cipactonal, el sol ó el día; y á *Oxomoco*, la tierra ó la noche. Tonacatecuhtli, Tonacacihuatl, Tezcatlipoca y Quetzalcoatl engendraron despues el fuego de la tierra; y Cipactli y Oxomoco el tiempo.

Si mitos varios dan nuestros autores al sol, mitos varios dan á la tierra. Lo son para ellos la misma Tonacacihuatl, la mujer de nuestra carne, la nodriza del género humano; Oxomoco, el lugar que nos sirve de camino; Coatlicue, la de la enagua de culebras; Chimalma, la mano creadora, tal vez la misma Coatlicue; Xochiquetzal, la flor bella; Centeotl, la diosa del maíz ó de la agricultura; Mictlancihuatl, la compañera de Mictlantecuhtli, señor de la mansion de la muerte.

La religion de los nahuas es á los ojos de aquellos escritores tan esencialmente astronómica, que no ven en todas partes sinó mitos celestes. *Yxpuxteque*, marido de *Nexoxocho*, dicen, lleva en las pinturas del códice del Vaticano los símbolos de la luna, de Tezcatlipoca; *Nexpetahua*, mujer de *Micapetlacolli*, los de Quetzalcoatl, la estrella de la tarde. Referían los nahuas á los cuatro astros los cuatro signos cronológicos, exclaman, y asombran verdaderamente por la manera como refundieron en un solo sistema su teogonía, su cosmogonía y su cronología.

Lo que por de pronto encontrará probablemente difícil el lector es que del sol y la tierra hubiese tantos dioses ó mitos. En el politeísmo de los nahuas es muy de advertir que se observa marcada tendencia á multiplicar los nombres de las divinidades, ya por los diversos atributos de que se las revestía, ya por las diversas condiciones ó estados de las cosas de que se las decía árbitras ó señoras. A Chalchiuitlicue, por ejemplo, se la llamaba *Apozonallotl* y *Acuecuejotl*, cuando se quería recordar el entumecimiento y la fluctuacion de los ríos y los mares; *Atlacamani*, cuando las tormentas que sobre ellos se formaban; *Ahuic* y *Aiauh*, cuando los movimientos de las aguas á derecha é izquierda; y *Xixiquipilihui*, cuando el acompasado vaiven de las olas. Porque la vestían de verde le daban, además, los tlaxcaltecas el nombre de *Matlalcueje*. No sería así extraño que los nahuas hubiesen ido formando del sol diferentes mitos, segun

lo considerasen fuente de calor ó fuente de luz, astro que asciende ó astro que baja, sér que vivifica y crea ó sér que corrompe y destruye.

Por muy otras razones creo inadmisible el sistema. Ometecuhtli, en primer lugar, no era un dios andrógino. Cuantos autores del siglo XVI le mientan le dan á *Omecihuatl* por compañera. Precisamente en el politeísmo nahua había tambien decidida tendencia á la díada, y aparecía ya en las deidades de la más alta region de los cielos. La palabra Ometecuhtli por otra parte no ha entendido nadie que significara, «señor de dos sexos», sinó «dos señor» ó señor altísimo.

Si, además, Tonacatecuhtli era á la vez sol creado y creador que sustentaba ó había de sustentar al hombre, ¿qué sol venía á ser Ometecuhtli? No podía ser sinó un sol virtual, algo parecido á la idea pura de Hégel, una abstraccion, sobre inadecuada á la cultura de aquel pueblo, impropia de hombres materialistas, como suponen á los nahuas los autores que combato. La abstraccion continúa cuando se distingue á Tonacatecuhtli de Tonatiuh, al sol creador del sol astro.

Lo de Yxcozauhqui, lo de Totec, lo de Cipactli son aún meras fantasías. Ni en la estátua de Yxcozauhqui acierto á ver confundidos los símbolos del sol y el fuego, ni en la cabeza del real ó supuesto creador de Cipactli á Cipactli mismo. Que haya, por otra parte, una leyenda en que se diga á Tezcatlipoca y Quetzalcoatl hijos de Tonacacihuatl y Tonacatecuhtli nada significa mientras no se demuestre, algo mejor de lo que se ha visto, la identidad de Quetzalcoatl con la estrella de la tarde y la de Tezcatlipoca con la luna.

Entre los mitos de la tierra colocan nuestros autores con escaso fundamento á las compañeras de los dioses que califican de solares. Si no hacen mencion de Omecihuatl, es sin duda por no quitar á Ometecuhtli el carácter de andrógino. ¿Ponen con más fundamento entre estos mitos á la diosa Coatlicue? Es verdadera puerilidad decir que por la mucha abundancia de serpientes pudo muy bien llamarse á la tierra la de la falda de culebras. Centeotl y Xochiquetzal divinidades agrícolas y por lo tanto terrestres eran; pero no mitos de la tierra toda.

Ignoro si en el politeísmo de aquellas gentes llegará nunca á darse con la unidad mitológica que se busca; lo que por de pronto afirmo es que hoy toda conclusion es prematura y por lo tanto aventurada. Grandes y nobles esfuerzos dan todavía pequeños resultados, gracias á la confusion que aún reina en todo lo de la antigua América, sumida quizá para siempre en impenetrables sombras.

De otros mitos podría escribir que, con no ser ni dioses ni hombres, abren campo á no ménos dudas: los dejo para otra ocasion y otro párrafo porque son comunes á muchos pueblos.

XCIX

INSTITUCIONES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.—POLITEÍSMO.—POLITEÍSMO NAHUA.—POLITEÍSMO DE LOS TARASCOS, LOS MIXTECAS Y LOS ZAPOTECAS.

Como antes se ha visto, preponderaba entre los totonacas la diosa Centeotl y entre los tlaxcaltecas el dios Camaxtli. No constituyen tales hechos diferencias merecedoras de especial párrafo, y consagro por esto el presente sólo á los zapotecas, los mixtecas y los tarascos.

Los tarascos, á lo que parece, habían concebido acerca de un dios supremo ideas bastante exactas. Veían en *Tucapacha* al creador y rector del mundo, al que daba ó quitaba la vida, al que regía las estaciones, á un sér invisible que no cabía representar bajo ninguna imagen ni forma y era tan bueno, que acogía siempre benigno las preces del hombre. El pueblo rendía, sin embargo, preferente culto á dioses más humanos: á *Xaratanga*, á *Curicaneri*, á *Manovapa*, á *Taras*, á *Tzinzuni*.

Tzinzuni recordará el lector que era el pájaro colibrí, rey de las aves por su hermosura. De él se dice que tomó el nombre de *Tzintzontzan* la corte de aquella nacion belicosa. Taras, al decir de Sahagun, fué el Mixcoatl de los mejicanos; al de otros autores, el Huitzilopochtli. De él se hace derivar por muchos el nombre de la nacion misma.

El dios nacional de los tarascos no era, con todo, ni Taras ni Tzinzuni; lo fué la diosa Xaratanga mientras no cayó el Michoacan en poder de los chichimecas; después, Curicaneri. Ni aún entonces Xaratanga dejó de ser objeto de culto. Tenía como antes su templo en lo alto de una colina que daba sobre la hermosa laguna de Patzcuaro; y no pocas veces recibía en ofrenda de manos de los sacerdotes de Curicaneri leña para mantener el fuego de sus altares. Juntas con las de Curicaneri iban, además, sus insignias en la vanguardia de los ejércitos.

Referíase de Xaratanga que aborrecía á los bebedores, y puso un día completamente ébrios á los hermanos Tarigaran, Pacimuane y Sucuraue, príncipes de la region de Patzcuaro, porque se atrevieron, despues de haber bebido, á entrar en el templo con su servidumbre. Alarmados los príncipes, enviaron sus esposas al lago en busca de peces que disipaban los vapores del vino. Gracias al enojo de la diosa, no encontraron las mujeres sinó una culebra. Apenas la probaron los maridos, cuando se convirtieron en serpientes y, llenos de terror, corrieron á sumergirse en las aguas de la laguna.

Manovapa era hijo de Xaratanga.

A Curicaneri se le cree mito del fuego ó del astro del día. Encendíase lumbre ante su imagen cuando iban á ponerse en marcha los ejércitos; y ya que el

humo del copal subía al cielo, se dirigían los sacerdotes al dios del fuego rogándole que aceptase la ofrenda y favoreciese á los expedicionarios. Estaba la imagen profusamente adornada de joyas: de tantas como víctimas habían caído en sus aras.

Los mixtecas tenían muy desarrollados el sacerdocio y el culto y pobre y raro su olimpo á juzgar por las noticias que en su *Origen de los Indios* nos trasmitió Gregorio García. Cuando era un caos el mundo, cuando no había sinó lodo en la haz de la tierra, cuando no brillaba todavía la luz en el cielo, decían los mixtecas que habían parecido el dios y la diosa que indiqué en otro párrafo. El dios tenía por nombre *Ciervo* y por sobrenombre *Culebra de Leon*, y la diosa, por nombre *Ciervo* y por sobrenombre *Culebra de Tigre*. Habían tenido estos séres dos hijos, tan hermosos como diestros en todas las artes, que de la denominacion del día en que nacieron se llamaban el uno *El Viento de las Nueve Culebras* y el otro *El Viento de las Nueve Cavernas*. Tanto para ostentacion de su poder como por vía de esparcimiento se convertía el hermano mayor en águila y recorría á sus anchas el espacio; el menor, en serpiente con alas y así volaba por los aires como al ras de los arrecifes y las rocas.

Estos dos hermanos, segun el mismo García, fueron el principio de todo culto. Deseosos de honrar á sus padres los dioses y para mejor obligarlos á lo que les pedían, dentro de un jardín que se hicieron en medio de una vistosa pradera, quemaban en braserillos de barro polvos de beleño, se taladraban con astillas de pedernal oídos y lengua y con ramas de sauce esparcían la sangre por árboles y plantas. Por estos sacrificios y ofrendas obtuvieron que Culebra de Leon y Culebra de Tigre hicieran el firmamento, disiparan las tinieblas del mundo y recogieran las aguas á fin de que pareciese la tierra.

Aunque desconocidos, otros dioses debió de haber entre los mixtecas, según la descripcion que se hace de la ya mencionada piedra de Achiuhtla. Consistía ésta en una trasparente y gruesa esmeralda, por cuyo borde corría una serpezuela con los ojos vueltos á un pájaro que había en el vértice. Estaba, se dice, en una cueva toda llena de ídolos, puestos en nichos sobre pedestales manchados de sangre humana y oscurecidos por el humo del incienso. La esmeralda, á que se dió el nombre de *Corazon del Pueblo*, era según todas las apariencias símbolo de Quetzalcoatl ó de Votan; acerca de los demás ídolos no existen datos ó no han llegado á mi noticia.

Los zapotecas, al decir de Burgoa, tenían tantos ó más dioses que los mejicanos. Los tenían para toda necesidad, para toda virtud, para todo vicio y para todo lo que ofrecía de grande la naturaleza: las sierras ásperas, las cimas coronadas de nubes, las hirvientes y estruendosas cataratas, los apartados arroyos, los caudalosos ríos, el cielo, el mar, la tempestad, el rayo. Adorábalos cada creyente en los templos y tambien en su propia casa, en altares de familia. Habían llegado á la idea de un sér supremo á que daban multitud de nombres—*Piye-*

tao Piyexoo, ser sin ser; *Pitao Cozaana*, creador de séres; *Coquiza Chibataya Cozaanatao*, el que todo lo sostiene y gobierna; pero ni le definieron ni pudieron encarnarle en el entendimiento ni en el corazon de la muchedumbre.

Los zapotecas, según parece, tuvieron tambien su Quetzalcoatl. Hablaban de un dios llamado *Wixepecocha* y decían, unos que había llegado por mar á Huatulco, otros que había parecido en Mitla, todos que había vivido austeramente, orando, ayunando, pasando lo más de la noche en cuclillas é invitando á los pueblos á la penitencia y las buenas costumbres. Afirmaban tambien todos que había desaparecido; pero unos pretendían que voluntariamente, y otros que perseguido de lugar en lugar hasta el cerro de Cempoaltepec, donde se había desvanecido como una sombra. Refiere Burgoa que vió en la cueva de Xustlahuaca la imagen de este nuevo Quetzalcoatl sobre una peana de mármol de más de cuatro varas de altura, y dice que vestía la imagen hábitos talares y, aunque llevaba el manto en la cabeza, traía descubierto el rostro.

Conocemos aún de los zapotecas otros dioses: *Bezalao* ó *Pecelao*, *Cociyo*, *Cocobi*, *Xoo*, *Petela* y *Pinopiaa*. Petela fué, á no dudarlo, un rey á quien sus pueblos divinizaron. Se le embalsamó y estuvo enterrado en Coatlan mientras no le quemó públicamente el vicario Bartolomé de Pisa. Pinopiaa, á quien se rendía culto en forma de una piedra sin labrar, era tambien, según Burgoa, una hija del rey Didjazá, que había muerto doncella y vírgen. Bezalao ó Pezalao parece corresponder al Mictlantecuhtli de Méjico. No sé nada de los demás dioses.

C

Instituciones y creencias religiosas.—Politeismo.—Politeismo de los mayas.—Los yucatecas.

«En Yucatan, escribe Landa, había multitud de suntuosos templos. Los sacerdotes y las gentes principales tenían, además, en sus casas adoratorios donde hacían sus devociones y sus ofrendas. Tal era la aficion de los yucatecas á los ídolos, que no les bastaban los de sus dioses. No hay animal ni sabandija de que no se fabricaran imágenes.» Así las cosas, hablaré sólo de las divinidades objeto de preferente culto.

Como dije en otro párrafo, hablaban los yucatecas de un dios supremo creador del mundo. Llamábanle *Hunab-Ku*, el dios único, y tambien *Kinchahau*, la boca ó los ojos del astro del día. A pesar de considerarle único, le daban por esposa á *Ixazalhuoh*, á quien atribuían la invencion del tejido. Ixazalhuoh, cuyo nombre, en sentir de Brasseur, envuelve la idea de generacion y de orígen, era probablemente la misma divinidad que adoraron bajo el nombre de *Ixcauleox* y decían madre de los dioses.

Suponían los yucatecas sostenido el cielo por cuatro *bacabes* que estaban en los cuatro puntos cardinales del horizonte y eran los dioses de los vientos: *Zacal-Bacab* (*Zaczini-Zacal-Bacab, Zac-Pahua-Tun, Zac-Chic-Chac*) el bacab del Norte; *Chacal-Bacab* (*Canzicnal*) el bacab de Oriente; *Ekel-Bacab* (*Hozan-Ek*, *Ek-Pahua-Tun*, *Ek-Chic-Chac*) el bacab de Occidente; *Kanal-Bacab* (*Hobnil*, *Kan-Pahua-Tun, Kan-Chich-Chac)* el bacab del Austro. Tenían personificados la luz y el fuego en *Kinich-Kakmo*, sol con rostro, llama de fuego ó de sol, dios cuya cara despedía rayos, de quien decían que bajaba del zénit á la tierra y quemaba las ofrendas y los holocaustos puestos en sus altares.

Kinich-Kakmo era, según Landa, hijo del Sol y en Izamal había levantado á su padre un templo donde acabó por recibir á su vez honores divinos. Estaba allí representado, dice, en el acto del sacrificio, apuntando con un dedo al sol, como si quisiera arrancar de este astro una centella con que encender el fuego de sus altares. No tenía esta actitud en la estátua que no há muchos años encontró Plongeon en Chichen Itzá y hoy conserva el Museo Nacional de Méjico; mas ¿era realmente imagen de Kinich la estátua? Aquí está el dios á medio recostar: tiene altas las rodillas, sentados los piés, el cuerpo sobre los codos, la cara vuelta, las manos sosteniendo un disco por el que nos recuerda las imágenes de Camaxtli entre los tlaxcaltecas y las de Xiuhtecuhtli entre los aztecas. Está desnudo, pero lleva muchos adornos: una especie de corona, grandes orejeras, un collar, ajorcas en las muñecas, en las gargantas de las piernas y en los tobillos.

Contaban aún los yucatecas otros dioses físicos: *Mul-Tum-Tzec*, el dios de los malos tiempos; *Ppapp-Hol-Chac*, el dios de las borrascas; *Hobó*, tal vez la diosa de la tierra. Con el nombre de *Chac* tenían, á lo que parece, tantos dioses como con el de Tlaloc los mejicanos. Veían en ellos á los dioses de los panes y á los maestros y patronos de la Agricultura. De uno de los Chacs decían que era el dios del trueno y como tal producía la lluvia y fertilizaba los campos. En otro adoraban al dios de los cacaotales, que suponían protegidos por otras dos divinidades *Ekchuah* y *Hobnil*. Ekchuah era, además, el dios de los mercaderes y los viajeros.

Lo eran de la caza *Acamun*, *Zuhui-Zip* y *Tabai;* de la pesca *Ah-Kak*, *Nexoi*, *Amalcum*, *Ahcitz* y *Ahpua*; de las artes fabriles *Ixazalhuoh*, la esposa de *Kinchahau*, que había inventado la manera de tejer el algodon é *Ixchebelyaz*, que enseñó al hombre á pintar y labrar las telas; del canto y la poesía *Xocbitum* y *Ah-Kin-Chooch* que fué en la tierra gran cantor y músico; de la Medicina *Citboluntun*, su compañera *Ixchel*, *Ahau*, *Chemahè*, y *Zamná* de quien hablaré más detenidamente.

Había entre los yucatecas una diosa aún para la horca: *Ixtab*, de quien decían que tomaba en brazos á los que se ahorcaban y los subía al cielo.

Los hubo también para la guerra: *Kacupanac*, el de la mirada de fuego;

Kak-Upacat, el de la rodela de llamas; *Abchai-Kak*, cuya imagen, vestida á la manera de los reyes, llevaban en hombros cuatro capitanes á la vanguardia de los ejércitos; *Hunpictok*, el jefe de ocho mil lanzas, que tenía un templo al Sudoeste de Tihoo, Mérida; *Ahulneb*, cuya estátua, de barro cocido, era en la isla de Cozumel objeto de general y señalado culto. Esa estátua de Ahulneb llevaba traje de guerra y en la mano una flecha. Estaba toda hueca; y por ella pronunciaban los sacerdotes oráculos con que traían ilusa á la profana muchedumbre.

Seguían los dioses de la vida y la muerte. Lo eran de la vida *Baklum Chaam* el Priapo maya, adorado desde muy antiguo en uno de los templos de Tihoo, el de *Iahau Kuna*; *Acat*, el que daba forma y alma al feto en el útero de la madre; la ya citada *Ixchel*, que favorecía y facilitaba los partos; *Zuhuikak*, fuego vírgen, á quien se dedicaba las niñas. Tuvo esta deidad un cuerpo de vestales que se elevaban al rango de diosas cuando morían puras. Diosa de la vida era también por esta razón *Ix-Zulmi-Kak*, á quien tampoco se dejó nunca de encomendar las niñas poco despues de nacidas. Dios y señor de la muerte lo era, según Brasseur, *Rakalkú*, y, según autores más dignos de crédito, *Iuncemil*, al que se daba en ofrenda alimentos para hacérsele propicio.

En la isla Mujeres encontraron aún los españoles otras dos divinidades cuya naturaleza y significación ignoro. Con los ídolos Ixchel é Ichebelyaz hallaron dentro de un mismo templo los de *Ixbunié* é *Ixbunieta*; diosas las cuatro vestidas de la cintura abajo, que llevaban tapados los pechos á usanza de la tierra.

Sobre todos estos dioses prevalecían *Zamná* y *Cukulcan* en el corazón de los yucatecas. Había sido para los yucatecas Zamná el primer caudillo, el primer sacerdote, el maestro y el legislador de los mayas; había echado los cimientos de Mayapan y erigido en ella un trono; había dividido la comarca en feudos y repartídola entre los jefes de las principales familias que le acompañaban; había dado nombre á todas las riberas del mar, á todos los valles y á todos los montes; había inventado el alfabeto; había gozado del don de profecía, del de curar á los enfermos y del de resucitar á los muertos. Aún despues de haber dejado Zamná la tierra pretendían los yucatecas que obraba estos milagros. Tenía dos grandes templos en Izamal, que se suponía fundada sobre su sepulcro, y en uno de los dos esculpida una gran mano en memoria de la suya: enfermo que la tocase afirmaban que se veía libre de sus dolencias; cuerpo que le acercasen, libre de las ataduras de la muerte. Llamábanle por esta razón *Kabul*, mano obradora.

Conocíase aún á Zamná por otros nombres: por el de *Izamná*, por el de *Cinchan Izamná*, por el de *Hun-Itzamná*, por el de *Iaxcocahmut* y por el de *Itzamat-ul*, que significa el que recibe y posee la gracia ó el rocío del cielo. Cuando le preguntaban quién era, refiere la tradición que contestaba: *Itzeen Caan*, *Itzeen Muyal*, es decir, yo soy el rocío ó la sustancia del cielo y las nubes: y de ahí se conjetura que provino su último nombre.

En la pirámide que sostuvo uno de sus dos templos de Izamal hay una cabeza de argamasa que mide noventa y dos pulgadas de altura por ochenta y cuatro de anchura. Esta colosal cabeza, empotrada en el muro, es áun hoy objeto de la veneracion de los indígenas tanto ó más que de la curiosidad de los viajeros. Se la considera, no sin razon, como la cabeza de Zamná: y por esto se la mira con respeto, si no ya con idolatría.

A Cukulcan se le tenía también por uno de los civilizadores de la Península. Deciasele venido del Oeste con diez y nueve compañeros, que llevaban todos luengas barbas, vestían largas túnicas, calzaban fuertes sandalias y no se cubrian la cabeza. Despues de haberse detenido en muchos lugares, se añadía, fijose en Chichen Itzá, donde gobernó diez años y promulgó muchas y sabias leyes. Más tarde, segun algunos, fué llamado al trono de Mayapan, desde el cual se confederó con los tutulxius y los itzaes. Donde y como acabó no lo determina nadie, aunque no falta quien le haga subir en cuerpo y alma á las regiones de los cielos.

Por su nombre Cukulcan es el Quetzalcoatl de los nahuas. *Cukul* ó *Kukul* en la lengua maya significa emplumado ó adornado de plumas; *can*, culebra; *Kukulcan* ó *Cuculcan*, culebra adornada de plumas. Tal vez por dejarse llevar de esta semejanza en el sentido de los dos nombres dicen casi todos nuestros autores que llegó Kukulcan á la Península del siglo X al XII. Desapareció Quetzalcoalt en la embocadura del Guazacoalco: ¿por qué no pudo ser él mismo el que penetrase en Yucatan y lo civilizase?

Se construyó y dedicó templos á Cukulcan en Mayapan y en Chichén; y allí acudía multitud de peregrinos deseosos de bañarse en las aguas donde se bañó á fin de purificar sus corazones y sus cuerpos. Se ve aquí bastante clara la sucesiva divinizacion del hombre por los hombres.

CI

Instituciones y creencias religiosas.—Politeismo.—Politeismo de los mayas.—Los chiapanecas.

Comprendo aquí bajo el nombre de chiapanecas á los pueblos que ocupaban las regiones del Tabasco y del Usumacinta. Al Norte estaban los tzendales y los zoques; en el Centro y al Mediodía, los tzotziles, los chiapanecas propiamente dichos y los quelenes. Vivían los tzendales en Palenque y los alrededores.

Para todas estas gentes era *Votan* lo que Zamná fué para los yucatecas: el orígen de toda cultura, el gran rey, el gran legislador, el gran sacerdote. Les había revelado la existencia de Dios y las había puesto bajo el saludable freno

de las leyes. Había fundado la ciudad de Palenque y establecido un imperio que por lo menos se extendía de las fronteras septentrionales del actual Estado de Chiapa á las meridionales de la actual república de Guatemala. Había construído un camino subterráneo desde la barranca de Zuqui hasta Tzequil; y en Soconusco, orillas del Huehuetan, había levantado la *Casa Lóbrega*, una especie de Tesoro donde se guardaba el tapir sagrado y había sacerdotes y sacerdotisas de que era comun jefe una anciana de noble alcurnia.

De que esta *Casa Lóbrega* existió hay datos irrecusables. La vió en el año 1691 el obispo de Chiapa y la despojó de cuanto contenía. La encontró aún guardada por buen número de *tlapianes* y por una sacerdotisa de rango. Sacó de ella vasos de tierra cocida, figuras simbólicas é imágenes en piedra verde de personas ó mitos que figuran en el calendario de los tzendales. Llevado de su celo religioso, lo destruyó todo en la plaza pública.—Del camino subterráneo subsisten vestigios.—Que Palenque fué obra de Votan lo dejan entrever las imponentes ruínas que de sus monumentos quedan y parece cofirmarlo su antiguo nombre. Llamose primitivamente *Na-chan*, es decir ciudad de las culebras; y de chanes se califica á los que acompañaban al héroe cuando llegó por primera vez á las márgenes del Usumacinta —De un vasto imperio entre la boca de este río y la del Motagua habla multitud de recuerdos, sobre todo la semejanza que se observa entre los jeroglíficos de Copan y los de Palenque.—Carácter religioso se lo atribuyen, por fin, á Votan las tradiciones todas de la comarca.

Acerca del orígen de tan misterioso personaje no tenemos ya sinó muy dudosos y oscuros datos. Preténdese que escribió él mismo con el raro título de *Probanza de Votan* una breve noticia de sus hechos. Poseyeron efectivamente un manuscrito con este epígrafe á fines del siglo XVII Francisco Nuñez de la Vega, el que destruyó la *Casa Lóbrega*, y á fines del siglo XVIII Ramon de Ordoñez y Aguiar, el autor de la *Historia del Cielo y la Tierra*. Aunque incompleto y tal vez por copia, lo ha poseído tambien Brasseur de Bourbourg en este siglo. Estaba el manuscrito en lengua tzendal y tal vez fuera traducción de uno de los escasos códices en jeroglíficos que se salvaron de la quema á que los condenó Zumárraga; pero ¿quién podrá nunca responder de la autenticidad que se le atribuye?

Este manuscrito es, sin embargo, respecto de Votan la única fuente de conocimiento. Segun él, era Votan descendiente de Imox, de la raza de Chan, originario de Chivim. Pasó de Valum Chivim á Valum Votan, y de Valum Votan partió con siete familias hacia Occidente. Llegó á Chiapa, dividió la tierra entre las siete familias y fundó á Nachán. Desde Nachán hizo cuatro viajes á Valum Chivim. Pasó en ellos por una ciudad en que se estaba edificando un templo magnífico, por un lugar donde había una torre que se propusieron fabricar los hombres para subir al firmamento y no lograron concluir á causa de la confu-

sion de las lenguas, y por un sendero subterráneo que le condujo á la raiz de los cielos. El era culebra, *chan*, y había seguido este sendero para ver y darse á conocer á sus hermanos los culebras. A la vuelta de uno de estos viajes halló establecidas en Chiapa otras siete familias extranjeras en que reconoció desde luego á gentes de su raza. Eran los tzequiles, así llamados, á lo que parece, por las sayas que vestían. Cambió con ellos conocimientos, y las catorce familias reunidas le reconocieron por jefe. Votan era, con todo, inferior á esos tzequiles, de quienes confiesa que, á cambio de haberles enseñado las comodidades de la mesa, recibió las ideas de Dios, de culto, de poder real y de disciplina: ideas de que pasó como revelador á los ojos de los chiapanecas.

Que despues de la Conquista debió por lo menos sufrir este manuscrito alteraciones lo dicen desde luego las referencias al templo de Salomon y la torre de Babel. La torre de que se habla aquí, objetan, pudo ser y es probable que fuese la pirámide de Cholula, hija también del orgullo, y como tal herida por el rayo de Dios segun las tradiciones de los nahuas; pero yo no sé que por ninguna de esas tradiciones se haga coincidir la obra de tan gigantesca mole con la confusion de las lenguas.

Han procurado inútilmente aclarar este manuscrito Nuñez, Ordoñez y Cabrera, que lo vió en manos de Ordoñez; no se sabe donde estaba Chivim, ni si Volum Votan fué, como algunos pretenden, la isla de Cuba, ni quienes fueron los chanes, ni á que pudo referirse ese camino que conducía á la raiz de los cielos, ni la época en que pisó Votan la tierra de Chiapa. Quien supone que la pisó mil años antes de Cristo; quien dice que del siglo III al IV de la Iglesia; quien le hace contemporáneo de Quetzalcoatl y quien le identifica con Quetzalcoatl mismo.

Como quiera que fuese, rendían culto á Votan los pueblos todos de Chiapa y Tabasco y aún algunos de Oajaca segun la significacion que se da á la famosa esmeralda de Achiuhtla. Llamábanle en Tabasco y Chiapa *Corazon del Pueblo*; y con el mismo nombre se adoraba en Achiuhtla esa esmeralda ó chalchihuite que llevaba primorosamente esculpida en sus bordes una culebra y en su vértice un pájaro. *Votan*, segun parece, equivalía á *corazon* en el idioma de los tzendales.

Los tzendales habían dado, por otra parte, el nombre de Votan al tercer día de sus meses y al tercer año de sus indicciones, y los chiapanecas propiamente dichos al primero. Los nombres de los demás días son, en sentir de muchos, los de los otros dioses que aquellas naciones tuvieron; dioses unos antecesores del mismo Votan, otros compañeros, otros tal vez sucesores: *Mox*, *Igh*, *Ghanan*, *Abagh*, *Fox*, *Moxic*, *Lambat*, *Molo*, *Elab*, *Batz*, *Enob*, *Been*, *Hix*, *Tziquin*, *Chabin*, *Chic*, *Chinax*, *Cabogh* y *Aghual*.

De ninguno de estos dioses ó héroes se tiene tampoco grandes noticias. De Abagh ó Chay-Abagh se dice que estuvo á las órdenes de Votan y fué el cau-

dillo de los que blandian lanzas con punta de obsidiana: de Been, que recorrió la tierra toda de Chiapa, escribió su nombre en una piedra de Comitan y dejó en otros puntos señales de su paso con unos como *menhires* en forma de lengua, de dos á tres varas de altura; y de Chinax, á quien pintaron con una bandera en la mano, que murió ahorcado y quemado por sus enemigos. A Mox ó Imox se le representaba, segun parece, por la ceiba, árbol de cuyas raíces creían haber salido los chiapanecas.

Tambien á Votan se dió el título de *señor del árbol hueco*. Por el árbol hueco se entendia nuestro tambor de guerra, en el idioma tzendal *tepehuaste*, en el nahuatl *teponaztli*.

Si en realidad no hubo allá otros dioses, ejemplo mayor de evhemerismo pudo difícilmente darse.

CII

INSTITUCIONES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.—POLITEISMO.—POLITEISMO DE LOS MAYAS. —LOS QUICHÉS.

Acerca del politeismo de los quichés tenemos un libro algo más auténtico que el manuscrito de Votan: el *Popol-Vuh*, recogido y traducido al español en los primeros años del siglo XVIII por Francisco Jimenez, cura párroco que fué del pueblo de Chichicastenango, y publicado en Viena por Scherzer á mediados del presente siglo. A pesar de los escolios con que procuró aclararlo el mismo Jimenez y de las abundantes notas con que lo ilustró Brasseur al reproducirlo el año 1861 en el idioma quiché y el suyo, no es, sin embargo, libro que permita formar de aquella teogonía claro y cabal conocimiento. Me limitaré, como siempre, á decir lo que alcance por insuficiente y corto que parezca.

Los antiguos quichés traducían por la palabra *Qabavil* la idea de Dios, la del dios único. La personificaron posteriormente en *Hurakan*, á quien designaban por multitud de atributos: *Tzacol*, el criador; *Bitol*, el formador; *Qaholom-Alom*, el que engendra y la que concibe, los que dan el sér, los padres y las madres, como dice Jimenez; *U-Qux-Cah*, el corazon del cielo; *U Qux-Uleu*, el corazon de la tierra; *U-Qux-cho*, el corazon del lago: *Tepeu*, el grande, el dominador; *Gu-Cumatz*, culebra de verdes plumas ó de plumas de quetzal, culebra fuerte, *Ah-Raxa-Lak*, el del verde plato y *Ah-Raxa-Tzel* el de la verde jícara ó, como quiere Brasseur, el del planisferio que verdea y el de la azulada superficie, es decir, el señor de mar y tierra. Veían á Hurakan principalmente en las tempestades y le daban tambien los nombres de *Cakulha*, *Chipi-Cakulha* y *Raxa-Cakulha*, el relámpago, el anguloso surcar del relámpago por las nubes y el rayo que mata. Segun Jimenez llegaron á considerarle por esas tres manifesta-

ciones un dios uno y trino, como, segun Garcilaso de la Vega, consideraron uno y trino los peruanos á su dios *Illapa*. en quien comprendían el relámpago, el trueno y el rayo. Atribuyéronle un mensajero, el pájaro *Voc*. que no distaba de la tierra ni del infierno y en un abrir y cerrar de ojos subía al cielo.

Muchos de los que acabo de suponer meros atributos de Hurakan figuran en algunos pasajes del *Popol-Vuh* como dioses; los considero simples atributos principalmente por dos plegarias del mismo *Popol-Vuh* puestas en boca de los grandes y los reyes. Por impropios que parezcan, miro aún como tales á *Hun-Ahpú-Vuch* y *Hun-Ahpú-Utiu*. nombres que significan un tirador de cerbatana contra el *tlacuatzin* ó didelfo y un tirador de cerbatana contra el coyote. Creo ya personalidades distintas á *Xpiyacoc* y *Xmucane* ó *Chirakan Xmucane* y á *Zaki-Nim-Ak* y *Zaki-Nim-Ak-Tzyic* ó *Tzitz*. dos viejos adivinos y dos viejos magos.

De conservador y protectora, de dos veces abuelo y dos veces abuela, de abuelos del sol y de la luna se calificaba á Xpiyacoc y Xmucane. Adivinaba ella por el sol. y él echando suertes con granos de maíz y de *tzitè*. árbol que. segun Brasseur. era el *tzompan-quahuitl* de los mejicanos. Los consultó Hurakan cuando por segunda vez quiso crear al hombre, y ni aun con ellos pudo formar al que hoy puebla la superficie de la tierra, como se verá en otro párrafo. Procrearon otros dioses: fueron padres de *Hun-Hun-Ahpú* y *Vucup-Hun-Ahpú* y abuelos de *Hun-Batz*, *Hun-Chouen*. *Hun-Ahpú* y *Xbalanquè*, la *Exbalanquen* de Fuentes y el Padre Las Casas; dioses todos que son los héroes de tan hermosas como raras leyendas.

Hun-Hun Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú fueron, dice el *Popol-Vuh*, grandes sabios y adivinos. Vucub no tuvo hijos ni mujer; Hun-Hun-Ahpú casó con Xbaquiyalo y en ella engendró á Hun Batz y Hun-Chóuen. Enseñó Hun-Hun-Ahpú á sus hijos la música, el canto, la pintura, la talla y todas las labores de joyería; pero él y su hermano Vucub no se dedicaban sinó al juego de los dados y el de la pelota. Jugaban un día á la pelota en el camino del infierno; y los señores de Xibalba, que sentian temblar la tierra sobre sus cabezas, atribuyéndolo á falta de respeto, los hicieron llamar, en la apariencia para que fuesen á jugar con ellos, en realidad para destruirlos.

Eran señores de Xibalba *Hun-Came* y *Vucub-Came*. y tenian bajo sus órdenes á *Xiquiripat* y *Cuchumaquic*. que producian en el hombre flujos de sangre: *Ahalpuh* y *Ahalgana*. que le hinchaban las piernas y le ponian lívido el rostro; *Chamiabak* y *Chamiaholom*. que llevaban huesos por varas y le enflaquecían hasta dejarle pegado el vientre al espinazo; *Ahalmez* y *Ahaltogob*. que le hacían morir alevosa muerte; *Xic* y *Patan*. que le asaltaban de súbito en los caminos y le estrangulaban ó le estrujaban el pecho hasta que arrojase por la boca la sangre y la vida. Reunidos en consejo príncipes y servidores, acordaron enviar mensajeros á Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú, que los recibie-

ron en el trinquete de *Nim-Chob-Carchah*, donde á la sazon estaban jugando.

Los mensajeros eran cuatro *tucures*, es decir, cuatro *tecolotes* ó buhos: *Chabi-Tucur*, el tecolote flecha, como la flecha rápido; *Hurakan-Tucur*, la pierna de tecolote, que no tenía más de una pierna; *Caxix-Tucur*, el guacamayo tecolote, de color de fuego; *Holom-Tucur*, la cabeza de tecolote, que no era sinó una cabeza con alas á la manera de los querubines. Nuestros príncipes, dijeron á Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú, desean veros, maravillados como están de vuestros altos hechos: os ruegan que bajeis á Xibalba con los útiles y arreos de vuestro oficio: la pelota, la pala, la argolla, los guanteletes, el casco y la rodela de cuero.

Dejaron Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú en el desvan una pelota de ulli ó goma elástica, y partieron no sin lágrimas de Xmucané, su madre. Pasaron incólumes las primeras gradas del camino, de rápida vertiente; las aguas de un río que mugían espantosas en lo hondo de un barranco; otro río de sangre, del que no bebieron; y otro claro y trasparente, de sosegado curso. Dieron despues con una encrucijada, orígen de cuatro caminos: uno rojo, otro negro, otro amarillo y otro blanco. Perplejos sobre el que habían de seguir, oyeron una voz que les dijo: «tomadme á mí que soy el de los reyes.» Siguieron el camino negro y se perdieron.

Esperábanlos en Xibalba sentados Hun-Came y Vucub-Came con todos sus consejeros y dos maniquíes de palo. Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Ahpú tomaron á los maniquíes por los reyes, y como los saludasen excitaron desde luego la hilaridad de todos aquellos señores, que prorumpieron en estrepitosas carcajadas. Hun-Came y Vucub-Came á poco los invitaron á sentarse en su banco, que, por ser de piedra candente, abrasaba las posaderas de los extraños. Riose nuevamente la augusta asamblea, y riose hasta desternillarse viendo como los recien llegados se revolvían en su asiento.

Se aplazó el juego de pelota para el siguiente día y se encerró á los dos hermanos en la Casa Lóbrega, donde se les dió un ocote y dos cigarros, ordenándoles que los tuviesen encendidos y los conservasen íntegros hasta el romper del alba. Como no pudiese ninguno de los dos cumplir tan absurda orden, se los mató y se los sepultó en el Cenicero. Cortose antes la cabeza de Hun-Hun-Ahpú y se la puso despues en medio de un horcon ó un árbol que instantáneamente se cubrió de hojas y frutas. Las frutas de que el árbol se cubrió eran todas parecidas á cabezas de muerto, tanto que no cabía distinguir cual fuese la cabeza de la víctima.

Asombráronse del hecho Hun-Came y Vucub-Came y dispusieron que nadie se acercara al árbol. Un día, sin embargo se acercó al árbol entre curiosa y atrevida la vírgen *Xquic*, hija de Cuxumaquic, y exclamó al verlo: ¡cuán hermosamente fructifica! ¿habré de morir ni acabar yo por que coja una de esas frutas? Si la deseas de corazón, dijo la cabeza de Hun-Hun-Ahpú, extiende tu

mano derecha. La extendió Xquic, recibió en ella saliva y baba del muerto y no las vió ya cuando miró la palma de la mano. Xquic acababa de concebir por este medio á Hun-Ahpú y Xbalanqué, destinados á vengar la muerte de su padre.

No pudo la casta vírgen ocultar por más de seis meses su estado. Se limitó á negar que hubiese conocido varon, y fué entregada á los cuatro tecolotes para que la sacrificasen y llevasen el corazon á Cuxumaquic dentro de una jícara. Ya sola con los tecolotes, les reveló el orígen de su embarazo y logró que le perdonasen la vida. En lugar de su corazon los persuadió á que pusiesen dentro de la jícara la fruta roja de un árbol cercano que parecía echar sangre, y engañó por este ardid á su propio padre y venció á los príncipes del infierno.

Subió Xquic á la tierra y se dirigió á la casa de Hun-Hun-Ahpú, donde Hun-Batz y Hun-Chóuen, ya sin madre, vivian, á lo que parece, al amparo de Xmucané, su abuela. Xmucané se negó por de pronto á recibirla como nuera: no la recibió hasta que, habiéndola enviado á su milpa en busca de bastimento, la vió volver con una gran red llena de mazorcas sin haber arrancado más que las barbas de la que en su campo había. Esta señal, dijo, es bastante para conocer que eres mi nuera: veré tus obras y las obras de los sabios que llevas en tu seno.

Estos sabios, Hun-Ahpú y Xbalanqué, nacieron á la vez en la montaña. Porque gritaban y no dormían, los mandó Xmucané primeramente á un hormiguero y despues á un lecho de espinas con no poca alegría de Hun-Batz y Hun-Chóuen, que los miraban con ojos de envidia. Hun-Ahpú y Xbalanqué dormían sabrosamente en el hormiguero, y no se quejaban ni porque tan ruda cama se les diese, ni porque en las comidas se los postergase á sus hermanos. Andaban siempre por el monte á caza de pájaros y los llevaban á la abuela. Mas al fin se cansaron de la humillación en que se los tenía, y se vengaron. Fueron un día sin pájaros á su casa, y dijeron que no habían podido cogerlos por habérseles perdido entre las espesas ramas de los árboles. Nosotros carecemos de fuerzas para subir á las copas, añadieron; vengan y suban Hun-Batz y Hun-Chóuen. No bien llegaron Hun-Batz y Hun-Chóuen al ramaje del primer árbol, creció y se agrandó el árbol de manera que se les hizo imposible la bajada. Por consejo de sus hermanos se quitaron los cinturones y se los ciñeron debajo del vientre dejando atrás las puntas. Las puntas se convirtieron en colas y ellos en micos.

Por cuatro veces al son de la flauta los atrajeron Hun-Ahpú y Xbalanqué al hogar de sus padres. Las cuatro se rió Xmucané, y ahuyentó á los infelices monos, que desaparecieron por siempre. Dueños ya entonces del campo los hijos de Xquic, se dedicaron á labrar con ahinco la milpa de su abuela. Al primer azadonazo que dieron corrió el azadon por sí solo y trazó surco tras surco; al primer hachazo, marchó por sí sola el hacha y derribó ramas y troncos. Deshi-

cieron á la noche la obra los animales: pero la repitieron al otro día Hun-Ahpú y Xbalanqué, pusiéronse al acecho y apenas los vieron reunidos, corrieron tras el leon, el tigre, el venado, el conejo, el gato montés, el lobo, el puerco y el pizote. No pudieron por más que se esforzaron coger ninguno. Asieron de la cola al venado y al conejo, y se les quedó la cola en las manos. Pero atraparon á la postre un raton y sobre quemarle el rabo le estrujaron la cabeza hasta hacerle casi saltar los ojos.

Temeroso de la muerte el raton, dijo á sus opresores: «no me mateis, tengo mucho que deciros. Vosotros no habeis nacido para labores de campo. Sois los hijos de Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú, que murieron en Xibalba. Cuelgan aún del techo de vuestra casa su pelota de ulli, su pala, sus guantes y sus anillos. Os los oculta Xmucané porque trajeron la ruína de vuestros padres. Yo os los proporcionaré; dadme de que coma.» Subió el raton al techo, royó la cuerda de que aquellos utensilios colgaban y los dejó caer cuando por astucia de los hijos habían salido la abuela y la madre.

Recogieron Hun-Ahpú y Xbalanqué la pelota, la pala, los anillos y los guantes, y se fueron á jugar al cementerio. Oyéronlo aquí también los señores del infierno y exclamaron: «¿quiénes son esos que faltándonos al respeto se atreven á jugar de nuevo sobre nosotros? ¿Viven aún por ventura Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú, que tanto quisieron ante nosotros engrandecerse? Id luego á llamarlos.» Hun-Ahpú y Xbalanqué se decidieron como sus padres á bajar al infierno. «No lloreis, dijeron á su abuela. Plantaremos cada uno de los dos una caña en medio de la casa, y por ella sabreis si estamos muertos ó vivos. Si está verde, contadnos vivos; si seca, muertos.»

En alas del pájaro *Molay* pasaron los dos viajeros el río del barranco; sobre sus cerbatanas atravesaron los otros; y en cuanto dieron con la encrucijada de los cuatro caminos tomaron sin vacilacion el de Xibalba. Precavidos como no lo fueron sus padres, llevaban delante al insecto Xan con encargo de que mordiera por orden á los que encontrara sentados. Mordió Xan, y por este medio averiguaron desde luego quienes eran los maniquíes y cual era el nombre de cada uno de los príncipes. Quejose el tercero y le preguntó el cuarto: ¿qué te ha mordido, Hun-Came? Quejose el cuarto y le preguntó el quinto: ¿qué te ha mordido, Vucub-Came? Y así sucesivamente.

Pasaron Hun-Ahpú y Xbalanqué sin detenerse ante los maniquíes, saludaron nominalmente á cada uno de los señores, negáronse á tomar el asiento que se les ofrecía y entraron sin temor en la Casa Lóbrega. Conservaron allí enteros el ocote y los cigarros poniendo en los cigarros luciérnagas y en lugar del ocote un manojo de plumas coloradas de cola de guacamayo; y descompusieron á sus enemigos. Los descompusieron aún más venciéndolos en el juego de la pelota.

Metieron entónces los de Xibalba á los dos mancebos en el cuarto de las

lanzas ó de las navajas, previniéndoles que á la otra mañana les habían de traer cuatro jícaras ó vasos de flores: un ramillete de *cakamuchihs*, otro de *zakimuchihs*, otro de *ganamuchihs* y otro de *carinimakes*. Hablaron Hun-Ahpú y Xbalanqué á las navajas prometiéndoles las carnes de todos los animales, y lograron por de pronto que se estuviesen quedas y sin hacer su oficio. Llamaron luego á todas las hormigas y las enviaron en busca de las flores pedidas por los príncipes. De los jardines de los mismos Hun-Came y Vucub-Came, guardados aquel día más que nunca por Xparpuec y Puhuya, se procuraron los ramilletes. Vencieron y desconcertaron una vez más á los de Xibalba.

Desesperados los de Xibalba, encerraron sucesivamente á Hun-Ahpú y Xbalanqué en la casa del frío, en la de los tigres y en la del fuego. Agotaron los dos hermanos el frío y no murieron; echaron huesos á los tigres y los aplacaron; y por el fuego se purificaron y embellecieron.

Entraron, por fin, los nietos de Xmucané en la casa de los murciélagos. Metiéronse allí dentro de sus cerbatanas y pasaron sin peligro la noche; pero se perdió Hun-Ahpú sacando la cabeza por saber si amanecía. Se la cortó al punto el terrible murciélago *Camazotz*, rey y terror de aquel lúgubre recinto. Al verlo, se sintió Xbalanqué lleno de dolor y de vergüenza; los de Xibalba, llenos de júbilo.

La cabeza de Hun-Ahpú fué puesta en lo alto del juego de pelota, entre las molduras de la cornisa. La recobró, sin embargo, Hun-Ahpú merced á su hermano, que llamó á todos los animales para que escogiera cada uno sus alimentos. De los animales todos el más perezoso, la tortuga, se fué derecha á reemplazar la cabeza del decapitado. Descendieron al punto á convertir en cabeza la tortuga multitud de sabios y áun el mismo Hurakan, corazon del cielo; y la cabeza salió hermosa y buena. Llamó entónces Xbalanqué al conejo y le dijo: «vé y ponte en la cornisa del juego de pelota y, cuando la pelota quede allí, bájate y corre.» Jugó otro día con los de Xibalba; y, luego que por su esfuerzo y habilidad hizo llegar á lo alto la pelota, vió saltar al conejo y precipitarse tras él la gente toda. Aprovechó el momento para el cambio de cabezas, y repuso en los hombros de Hun-Ahpú la de la cornisa, dejando en la cornisa la de la tortuga, que, batida á poco por la pelota del mismo Xbalanqué, cayó al suelo hecha pedazos.

Supieron los dos hermanos que se los destinaba á la hoguera y se previnieron. Llamaron á los adivinos *Xulu* y *Pacam* y les dijeron que, si por acaso los consultasen los reyes de Xibalba sobre lo que con sus huesos debiera hacerse, contestasen que era preciso tomar separadamente los de cada ajusticiado, molerlos como se muele el maíz y arrojarlos al río, junto á la fuente que en él vertía sus aguas. Arrojáronse á la hoguera puestos los dos en cruz, cara contra cara y brazos contra brazos; y de sus huesos molidos y echados al río por consejo de los adivinos formáronse dos gentiles y apuestos-hombres peces, que

muchas gentes vieron y Hun-Came y Vucub-Came no pudieron, con todo, encontrar ni río abajo ni río arriba.

Parecieron á los seis días en Xibalba dos pobres de avejadas facciones y miserable aspecto, vestidos más de harapos que ropas. No llamaron al principio la atención más que por sus bailes; pero asombraron despues por sus prodigios. Pegaban fuego á una casa, y despues de caída la levantaban; matábanse el uno al otro, y revivían. Sabedores Hun-Came y Vucub-Came de tan increíbles maravillas, quisieron verlos por sus ojos. Excusáronse los dos viejos con que eran, por lo feos y pobres, indignos de parecer ante altos príncipes; y si cedieron, fué más á la fuerza que á los ruegos.

Presentáronse ante la Corte cabizbajos y tristes; y, así que vieron á los reyes, se humillaron y postraron. Se los interrogó sobre su orígen y procedencia, y contestaron que no los conocían, pues de muy niños habían quedado sin padre ni madre. Se les mandó que hicieran sus habilidades, y se excusaron nuevamente afectando ya miedo, ya vergüenza. Instados por los mismos reyes, empezaron su canto y sus bailes. Los espectadores eran sin número.

Porque así se lo pidieron, despedazaron despues los dos mágicos un perro y lo resucitaron; hicieron arder la casa de Hun-Came y la restablecieron; mataron á un hombre, le arrancaron el corazon y le volvieron á la vida; se cortaron el uno al otro cabeza, brazos y piernas, y á la voz de «levántate», se levantaron. Movidos los reyes parte por la curiosidad, parte por el entusiasmo, les pidieron que hiciesen con ellos lo mismo. Los descuartizaron los dos viejos, y no los resucitaron.

Los dos viejos eran Hun-Ahpú y Xbalanqué; los dos muertos, Hun-Came y Vucub-Came, en quienes aquellos castigaron su propia muerte y la de sus padres. Huyeron los príncipes al mirar sin vida á sus reyes; pero no escaparon á la cuchilla de los dos hermanos. Uno que había salido y entró, al verse reconocido, pidió misericordia. El terror fué general: los vasallos todos corrieron á guarecerse en una barranca donde les picaron innumerables hormigas. Debieron al fin entregarse todos; y entónces los dos hermanos les dijeron: «Nosotros nos llamamos Hun-Ahpú y Xbalanqué, y somos hijos de aquellos Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú que vosotros matasteis. Hemos venido aquí á vengar la pena y el dolor de nuestros padres por el mal que les hicisteis. Ni uno de vosotros ha de quedar con vida.»

Prosternáronse gimiendo y llorando los de Xibalba, confesaron su crímen é imploraron la clemencia de los vencedores. «Hé aquí nuestro fallo, repusieron Hun-Ahpú y Xbalanqué. Durará poco el imperio que hasta aquí ejercisteis. No servireis en adelante sinó para hacer objetos de barro y desgranar el maíz; no dispondreis sinó de las bestias que viven en las praderas y los matorrales. Dejareis de tener por súbditos á los hombres felices y cultos; tendreis por tales sólo á los desventurados y los tristes.

Fueron despues Hun-Ahpú y Xbalanqué al cenicero en que estaban sepultados sus padres, los desenterraron, les hicieron honores fúnebres y les anunciaron la gloria que les cabría cuando amaneciese. No se perderá vuestro nombre, les dijeron: por todos los hijos de la luz seréis saludados é invocados.

Xmucané en tanto seguía por las cañas la suerte de sus nietos. Las vió mustias y sin hojas cuando perdió Hun-Ahpú la cabeza, verdes cuando la recobró, secas cuando murieron los dos hermanos en la hoguera: lozanas de nuevo cuando revivieron. Quemó entonces copal ante las cañas en memoria de los que antes lloró perdidos, y los llamó, ya el *Centro*, ya el *Centro de la Casa*.

Hun-Ahpú y Xbalanqué figuran aún en otras leyendas. Acababan de perecer los segundos hombres que Hurakan había creado y era aún escasa y turbia la luz del cielo, dice el *Popol-Vuh*, cuando había en la tierra un rey llamado *Vucub-Cakix*, por demás soberbio. Disponía de grandes riquezas, de mucha plata, de piedras preciosas; y enorgullecido por sus tesoros se decia sol y luna y creía que por él habían de andar y pararse los hombres. Tenía por mujer á *Chimalmat* y por hijos á *Cabrakan* y *Zipacna*. Zipacna y Cabrakan eran tanto ó más soberbios que su padre. Yo soy, decía Zipacna, el que hice la tierra; y yo, decía Cabrakan, el que la remuevo y la derribaré cuando quiera. Zipacna podía efectivamente levantar cerros; levantó en una noche los de Hun-Ahpú, Pecul, Yaxcanul, Huliznab y Macamob; y Cabrakan removió efectivamente así las pequeñas como las grandes montañas.

Hun-Ahpú y Xbalanqué se propusieron castigar la soberbia de esos hombres. Ocultos entre el follaje, espiaron el momento en que Vucub-Cakix subiera á la copa del árbol Nancé, de que se alimentaba; y ya que le vieron en la copa, le disparó Hun-Ahpú su cerbatana y le dió con la bala en el carrillo. Cayó al suelo Vucub-Cakix prorumpiendo en grandes alaridos, y arrancó uno de los brazos á Hun-Ahpú cuando éste intentó sujetarle. Hun-Ahpú y Xbalanqué buscaron entonces el auxilio de *Zaki-Nim-Ak* y *Zaki-Nim-Ak-Tzitz*, viejos ya encorvados y encanecidos por los años, y por ellos lograron lo que pretendían. Fuéronse los dos ancianos con los dos mancebos á la casa de Vucub-Cakix, que estaba rabiando del dolor de las muelas, las quijadas y la vista; y, ofreciéndose á curárselas, le despoblaron la boca, le vaciaron las cuencas de los ojos y le mataron. Colgaba el brazo de Hun-Ahpú sobre el fuego; lo descolgaron y lo repusieron, como dioses que eran, en los hombros del atrevido joven.

Deshiciéronse Hun-Ahpú y Xbalanqué de Zipacna por muy distinto procedimiento. Zipacna había hecho morir á cuatrocientos muchachos que en recompensa de sus servicios quisieron matarle creyéndole diablo. Como fuese de ordinario por las márgenes de los ríos en busca de pescado, porque sólo de pescado vivía, se hicieron con él los encontradizos Hun-Ahpú y Xbalanqué un día en que estaba hambriento, y le hablaron de un enorme cangrejo que habían visto en el fondo de una barranca. Ese cangrejo lo habían fabricado ellos mismos con

laja y hojas de ciertos árboles, y lo habían metido al pié del monte Meavan dentro de un hoyo ó cueva. Avido por comérselo Zipacna, fué á Meavan con los dos jóvenes, bajó al hoyo, corrió tras el cangrejo que salía y, cuando estaba ya casi de rodillas sobre el borde de la cueva, se desmoronó la tierra y le dejó sepultado y muerto.

Por la gula perdieron tambien á Cabrakan los dos hermanos. Halláronle un día removiendo y derribando cerros como de costumbre, y le dijeron que dedicados á la caza de pájaros con liga y cerbatana, habían visto allí donde el sol nace un monte que descollaba sobre los demás y no les había permitido por su grande altura caza de ningun género. Ofreciose desde luego Cabrakan á ir con ellos y derribar el monte; y con ellos se fué llevándolos el uno á la derecha y el otro á la izquierda y disparando alegremente contra las avecillas. Asaron los dos mancebos en el camino pájaros de que todos comiesen y untaron uno con *tisate*, tierra para el hombre venenosa. Despedía el pájaro con el tisate una fragancia que movía el apetito. Pidiolo y comiolo Cabrakan y se sintió á poco enervado y sin fuerzas, tan abatido, que Hun-Ahpú y Xbalanqué pudieron atarle de manos y piés y le enterraron.

Hun-Ahpú y Xbalanqué obraron en las dos leyendas, segun el mismo *Popol-Vuh*, por inspiraciones y consejos, cuando no por la mediacion directa de Hurakan. La recompensa que los dos recibieran se ignora; de Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú se dice en cambio que despues de los honores fúnebres que les hicieron sus hijos, volaron al cielo, pasaron á ser el uno el sol y el otro la luna y derramaron su luz por el mundo, hasta entonces sumido en la oscuridad ó tenuemente alumbrado. Con ellos, se añade, que subieron á las celestes regiones los cuatrocientos muchachos que hizo morir Zipacna y fueron convertidos en estrellas.

Que las dos leyendas son mitológicas, no parece que haya motivos para dudarlo. Lo difícil es descifrar su verdadero sentido. Para Jimenez, Xibalba era decididamente el infierno. Autorizan en realidad á creerlo muchas circunstancias. Llamábanse los reyes de Xibalba Hun-Came y Vucub-Came, es decir, *Un Muerto* y *Nueve Muertos.* Los príncipes que les servían de corte, no tenían otro oficio que el de precipitar á la muerte al hombre. Príncipes y reyes se sentaban en bancos de piedra ardiendo. Había en Xibalba diferentes casas de tormento y prueba: la de la Oscuridad, la del Frío, la del Fuego, la de las Navajas, la de los Leones y los Tigres, la de los Murciélagos. Cuando los Hun-Hun-Ahpús y los Hun-Ahpús jugaban aquí á la pelota, sentían en Xibalba los habitantes temblar la tierra sobre sus cabezas. El camino que conducía á Xibalba era por fin áspero y difícil y estaba interceptado por ríos de difícil paso, uno de ellos de sangre. Daba el viajero con una encrucijada de que partían cuatro sendas de color diverso, y sólo por la negra iba á Xibalba.

Para otros escritores no era Xibalba sinó la capital del imperio que fundaron

en territorio de los chiapanecas Votan y los que le seguían; ni la lucha entre los Hun-Ahpús y los Hun-Cames, sinó la alegoría de los odios y las guerras entre los quichés y los tzendales ó entre los nahuas y los votanidas. Muévelos además de otras circunstancias, á esta opinion la pintura que en esas raras leyendas del *Popol-Vuh*, se hace de los moradores de Xibalba. Se los califica de perversos. crueles y miserables; de hombres de mala fé, á la vez blancos y negros, hipócritas y tiránicos; de gentes que se pintorrajeaban el rostro y por su aspecto inspiraban espanto, de enemigos de la paz, de promovedores de discordias y amantes de la guerra.

Todos estos calificativos, sin embargo, son tambien aplicables á los poderes del infierno, tales como los ha concebido siempre la imaginación de los pueblos. Tal vez por este motivo Brasseur, uno de los que vieron en la Xibalba del *Popol-Vuh* la Corte de los Votanidas, la reconoció asimismo como símbolo del infierno quiché ó guatemalteca.

Mas ¿no podrían ser también cosmogónicas las dos leyendas, carácter de que participaron tantas tradiciones religiosas? Parece indicarlo ese Vucub-Cakix, que pretendía ser la luz cuando no habían parecido todavía los astros en el firmamento; ese Zipacna y ese Cabrakan, que hacían y derribaban cerros; esos Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú que, despues de exhumados por sus hijos. pasaron á ser el sol y la luna; esos cuatrocientos muchachos que se derramaron en forma de estrellas por los espacios del cielo; ese mismo temblor de la tierra cuando jugaban los Hun-Ahpús con sus pelotas de *ulii*. Es difícil, repito, determinar el sentido de las dos leyendas. Por la imaginación podrá ser fácil; por la razón es hoy punto menos que imposible.

Tenían aún los quichés otras divinidades: *Xtoh*, *Xcanil* y *Xcacau*, diosas de los alimentos, la una tal vez de la lluvia, la otra de las cosechas y la otra del cacao; los *Chahalhas*, los dioses custodios de las casas; *Mumah*, el dios de los caminos. Dedicábase á los Chahalhas media casa y erigíaseles un altar donde se les ofrecía y sacrificaba pájaros y otros seres vivos; de Mumah se ponía numerosas imágenes á lo largo de los caminos, principalmente en las encrucijadas. El pasajero, al verlas, se restregaba las piernas con un manojo de yerba que deponía en el ara despues de haberlas humedecido con su propia saliva.

Asegura, además, Fuentes que rendían culto los quichés á dioses especiales del agua, del viento, del maíz, de la generación, de todo. Segun él, aún en su tiempo, á fines del siglo XVII era frecuente encontrar en las tierras que se cultivaba ídolos de piedra ó de barro cocido en figura de hombre, de mujer, de culebra, de tigre y de otras fieras, todos espantables y monstruosos.

Mas sobre estas deidades, por decirlo así menores, adoraban los quichés otras que podríamos llamar nacionales. Cuando los quichés, dice el *Popol-Vuh*, salieron de Tulan-Zuiva, llevaban ya consigo sus nuevos dioses: Balam-Quitzé á *Tohil;* Balam-Agal á *Avilix;* Mahucutah á *Hacavitz;* Yki-Balam á *Nicatagah*.

No mienta despues á Nicatagah el *Popol-Vuh;* pero sí á Tohil, Avilix y Hacavitz, dioses vivos, que, segun él, sólo cuando salió el sol, se petrificaron. Habla especialmente de Tohil, el dios de la nacion quiché, de la tribu de Tamub y de la tribu de Ylocab, á quien califica un mensajero de Xibalba de representante y sombra del Criador. Tohil, dice, fué el que dió el fuego primeramente á sus tribus revolviéndose en su zapato, y despues á las demás bajo condicion de que se le unieran y le entregaran el costado y el sobaco, ó, lo que es lo mismo, estuvieran dispuestos á sacrificarle sus corazones. Fué así el dios de la tribu de Rabinal bajo el nombre de *Toh* ó *Hun-Toh*, y lo llegó á ser de los mismos cackchiqueles, que, al salir de Tula dirigían á *Tzotziah-Chimalcan* sus plegarias y sus ojos, y tenían en *Chay-Aban* (piedra obsidiana) una especie de genio de la guerra.

Establecidos ya los quichés en Gumarcaah (Utlatlan), levantaron templos á Tohil, Avilix y Hacavitz; pero á Tohil el de mayor grandeza, tanto que se le conocía por la *Casa-Grande* de Tohil. Hay quien afirma que los tres dioses no eran sinó la triple manifestacion de Hurakan—el relámpago, el trueno y el rayo—; y no estoy lejos de admitirlo. La plegaria que el Popol-Vuh pone en boca de los reyes termina diciendo: «Sea feliz su existencia ante tu boca y tu rostro, oh Corazon del Cielo, oh Corazon de la Tierra, oh Tú, Majestad Oculta, oh Tohil, Avilix y Hacavitz, que *llenas* en los cuatro ángulos y en los cuatro puntos cardinales la tierra y el cielo.»

Tohil tenía un riquísimo templo y además la famosa piedra de su nombre. Había una, á lo que parece, en el mismo templo de Gumarcaah y otra en lo hondo de un barranco cerca de Yximche; pero la célebre era la de Cabahá, segun muchos autores una hoja de obsidiana, tersa y brillante como un espejo, donde Tohil daba á conocer su voluntad á los monarcas y los jueces, y segun Stephens una simple pizarra de catorce pulgadas de longitud por diez de anchura. Al borde de la piedra se ponía en una copa la sangre de los holocaustos.

Adoraban por fin los quichés como los aztecas lo que llamaron la *Majestad Oculta* en cierto envoltorio de secreto contenido. Decían los quichés que al morir lo había entregado Balam-Quitzé á sus hijos manifestándoles que en él les dejaba el signo de su sér y su costumbre.

Estos eran los dioses generales. Los hubo locales, que yo sepa, en Istlavacan y en la isla principal del lago de Petén: en Istlavacan *Kanil*, tal vez la ya mentada Xcanil, dios de la siembra; *Noj*, dios de la razon; *Ajmak*, dios de la salud; *Kij*, dios de la luz y *Jusup*, dios de la tierra: en la isla de Peten *Pacok* y *Hun-Chun-Chan*, dioses de las batallas.

CIII.

INSTITUCIONES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.—POLITEISMO.—POLITEISMO DE LOS MAYAS.—LOS NICARAGUATECAS.

Es de sentir que se desconozcan los dioses de que son imágenes los ídolos de Copan. Dentro de la misma Nicaragua hay figuras jigantescas, unas de piedra arenisca, otras de basalto, cuya significacion tambien se ignora. Las hay en la isla Ceiba, en Mombacho, en Pensácola, una de las Isletas, en la isla de Momotombito y en Juigalpa. Casi todas están sobre más ó menos altos pedestales, y muchas tienen la cabeza dentro de la de seres espantables y monstruosos. Detrás de una de las de Pensácola se ve el cuerpo todo de un animal fantástico que hinca la cabeza en la del ídolo y las garras en las manos y los hombros. De cuantos autores las han visto ninguno se atreve á indicar siquiera de qué dioses ó de qué fenómenos pudieron ser representacion ó símbolo.

En Nicaragua, sin embargo, se sabe que hubo diversos órdenes de seres sobrenaturales. Hácia el Atlántico se hablaba de un espíritu del bien, al que no se hacia plegarias ni ofrendas por decírselas innecesarias, y de varios espíritus del mal, con los cuales luchaban numerosas brujas ó hechiceras llamadas *sukias*. Figuraban entre esos espíritus los *Wulashas*, cierta especie de gnomos que salían de sus madrigueras por la noche y se complacian principalmente en arrebatar á los hombres que viajaban solos; *Leewa*, genio de las aguas, que sumía en los remolinos á los que se bañaban y afligia tierra y mar con trombas y huracanes; *Wihwin*, mónstruo con apariencias de caballo y tremendos dientes, que frecuentaba en verano las colinas, se retiraba en invierno al Océano, su natural vivienda, y devoraba á cuantos mortales tenían la desgracia de salirle al paso; unas culebras enormes que moraban cerca de las fuentes de los ríos y los arroyos, ya en espesos matorrales, ya debajo de árboles caidos, y engullían al imprudente marino que se dejaba conducir aguas arriba por vientos cómplices y servidores de tan temibles fieras; unos lagartos venenosos cuyos dientes mataban, como el que hubiese recibido la mordedura no consiguiese sumergirse antes que ellos en las vecinas aguas; ciertos seres, por fin, de aniñadas formas é imponderable fuerza que se albergaban en cavernas de montes guardadas por verracos de blancas cerdas y recogían y dirigían por entre bosques y jarales piaras de jabalíes. Temerosos de tanto espíritu, vivían los moradores de aquella parte de Nicaragua lleno de zozobra el ánimo; y no bien se sentían heridos ó se creían amenazados de males, reclamaban los conjuros de las sukias.

Hácia el Pacífico, entre los lagos y el mar, vivían los verdaderos nicaraguatecas, pueblos los más, sinó nahuas de orígen, de cultura nahua, como dicen

á voz en grito su lengua, sus medios gráficos, su aritmética, su cronología y sus mismos dioses Segun escribí en otro párrafo, tenían los nicaraguatecas por supremos creadores del mundo á Tamagostat y Cippatonal ó Tamagastad y Cippatoval, el uno varon y el otro hembra. El nombre de Cippa-Tonal es ya de procedencia nahua: pudo ser composicion de *xipalli* y de *tonalli*; *xipalli*, azul turquí y *tonalli*, sol; sol azul oscuro ó luna; y pudo tambien derivar de *Cipactli* de que derivaron *Cipactonal* los mismos nahuas. No lo parece el de Tamagostat, en quien Muller reconoce al Tomagata ó Fomagata de los muiscas; pero sí el de otros dioses.

Decían los nicaraguatecas que Tamagostat y Cippatonal habían hecho el mundo con *Oxomogo*, *Chalchitguegue* y *Chicociagat*, y allí donde el sol nace reinaban *Omeyateite* y *Omeyatecigoat*, padres de *Quiateot*, dios de la lluvia. Lluvia era en idioma nahua *quia-huitl* y dios *teotl* ó *teutl:* el orígen nahua de Quiateot no puede por de pronto ser más claro. En Omeyateite y Omeyatecigoat ¿quién no verá, por otra parte, al *Ometecuhtli* y á la *Omecihuatl* de los mejicanos? Entre Oxomogo y Oxomoco no hay más que el cambio de una consonante. Chicociagat es palabra evidentemente compuesta de *chicome* y *cihuatl* y Chalchitguegue de *chalchiuite* y *huehuetl* ó *ueue;* voces todas alteradas fonética y quizá léxicamente por los nicaraguatecas.

Los nicaraguatecas tributaban á Quiateot preferente culto. Considerábanle más que á los mismos Omeyateite y Omeyatecigoat, dioses, segun parece, del rayo y el trueno. A los ojos del pueblo Quiateot era el que relampagueaba, el que tronaba y el que llovía: se le sacrificaba niños como á los Tlaloques en Méjico, siempre que largas sequías esterilizaban los campos.

Tenían tambien los nicaraguatecas su dios del aire: *Chiquinaut* ó *Hecat*, probablemente el *Ehecatl* de los aztecas.

Tenían, además, en *Cacagoat*, la diosa del cacao: en *Mixcoa* (Mixcoatl) el dios del comercio; en *Bisteot* el dios del hambre; y en *Miquetanteot* (Mictlantecuhtli) el dios de los hados, el destino.

Tenían aún otro órden de divinidades que no merece olvido. En la informacion hecha el siglo XVI por mandato de Pedrarias Dávila, interrogados algunos caciques viejos sobre sus días de fiesta, dijeron que los consagraban á sus dioses, como los cristianos los domingos. Interrogados á continuacion sobre quiénes fueran esos dioses, les dieron los nombres de *Agat*, *Ocelot*, *Oate*, *Coscagoate*, *Olin*, *Tapecat*, *Quiauit*, *Sochit*, *Cipat*, *Acat*, *Cali*, *Quespal*, *Coat*, *Misiste*, *Mazat*, *Toste*, *At*, *Izquindi*, *Ocomate*, *Malinal* y *Acato*. Llevaban nombres parecidísimos los días del mes nahua: *Ocelotl*, *Quauhtli*, *Cozcaquauhtli*, *Ollin*, *Tecpactl*, *Quiahuitl*, *Xochitl*, *Cipactli*, *Acatl*, *Calli*, *Cuetzpalin*, *Cohuatl*, *Miquiztli*, *Mazatl*, *Tochtli*, *Atl*, *Itzcuintli*, *Ozomatli*, *Malinalli* y *Acatl*. ¿Eran aquellos nombres de días ó de dioses? Yo infiero de las palabras de los caciques que lo eran á la vez de dioses y de días, ó, lo que es lo

mismo, que los nicaraguatecas habían divinizado los nombres de sus días, significacion casi todos de seres ó fenómenos de la naturaleza.

Mazat (Mazatl), por ejemplo, significa ciervo y Toste (Tochtli) conejo. Declararon terminantemente los caciques que cuando iban á caza de ciervos invocaban al dios Mazat y cuando á la de conejos al dios Toste. ¿Dejarían de invocar á Ocelot (Ocelotl) cuando fuesen á caza de tigres ni á Coat (Cohuatl) cuando quisiesen librarse de la venenosa mordedura de las serpientes? Hallará el lector la significacion de todos estos nombres en el párrafo que destino á la cronología de los nahuas.

Los nicaraguatecas habían concebido acerca de unos y otros dioses ideas materialistas. Para ellos los mismos Tamagostat y Cippatonal habían vivido en la tierra y vestido y comido á par de los mortales. Aún en el cielo eran hombres de carne y hueso, y comían y bebían maiz y chicha. Hasta la muerte del cacique Xostoval, al parecer no muy antigua, se habían comunicado directamente con los jefes de los pueblos dándoles sus consejos y revelándoles sus designios. Los dioses Mazat y Toste hasta se los podía hacer y se los hacía á su antojo cada creyente. Al degollar un ciervo recogía la sangre; y, cuando ya cuajada y seca, la envolvía en un paño y la metía en una cesta, que colgaba del techo de su casa. Allí tenía á Mazat, el dios de los venados. Por igual ó parecido procedimiento se hacía á Toste, el dios de los conejos.

En algunos pueblos había dioses especiales. Adoraban principalmente los dirios ó dirianos á la diosa del volcan Masaya, á quien creían ver cuando la invocaban, saliendo del fondo del cráter en forma de una vieja desnuda, de negra piel, de pechos caidos, de escaso pelo, de largos y agudos dientes y de hundidos y brillantes ojos. Suponíanla en cólera cuando sentían temblar la tierra, y, subiendo al volcan, arrojaban al fuego varones y hembras.

En Martiari adoraban como supremo dios á *Tipotani* y en el mismo corazon de Nicaragua á *Tomateot*, de quien se decía que había enviado á la tierra á su hijo *Teotbilche*, una especie de Cristo. Protegían, segun ellos, á Teotbilche ángeles con alas que recorrían los cielos. De estos ángeles se llamaban los principales *Tamacaztobal* y *Taraacazcati*. Las divinidades redentoras abundaron en el mundo.

CIV.

Instituciones y creencias religiosas.—Politeismo.—Politeismo de los muiscas.

Entre los muiscas ó chibchas despues de *Chiminigagua*, fuente de luz ó creador, *Bochica* ó *Bóchica* segun Uricoechea, autor digno de crédito en cuestiones

de linguística, era el primero de los dioses. Decíasele hijo del sol; pero se le tenía por hombre que había parecido al Oriente de los Andes y había subido á Bogotá cuando no alumbraba aún la luna el firmamento. Asegurábase que llevaba recogido el cabello, luenga la barba, descalzos los piés y al cuerpo un manto que prendía en el hombro. Hacíasele orígen de las leyes, del gobierno, de la agricultura y de las artes, apóstol de todas las virtudes y censor de todos los vicios, regulador del tiempo y profeta. *Chia*, mujer aviesa, había inundado por aquel tiempo la meseta de Bogotá con las aguas del río Funzhé, hoy Funza; y él les había seguidamente abierto paso entre las rocas de que parte el salto de Tequendama.

Despues de civilizados los muiscas habíase recogido Bóchica, segun la misma tradicion, al valle de Iraca, donde había vivido con el nombre de *Idacanzas* dos mil años haciendo penitencia. En esa Iraca se añade que estableció aquel famoso pontificado que subsistió hasta la Conquista, terció en las contiendas entre los zippas de Bogotá y los zaques de Tunja y ejerció ostensible influencia sobre la marcha de aquel pueblo.

Creían de tal modo los muiscas real á Bóchica, que consideraban deber religioso visitar los lugares que segun ellos había hecho célebres por sus prodigios; y el primer día de cada indiccion por toda la tierra que segun ellos había hollado paseaban al mancebo cuyo sacrificio exigían sus inhumanos ritus.

Con el tiempo, sin embargo, fué Bóchica entre los muiscas la más suprema personificacion de la divinidad y el primero de los mitos: el mito del sol y una como trinidad parecida á la *Trimurti* de los indios. Llamábasele *Bochica*, *Nemquetheba* ó *Nemterequeteba* y *Zuhe;* y algo distinto debían de significar los tres nombres, cuando en las procesiones, á que destino otro párrafo, se le representaba con tres cabezas. *Zuhe* es muy parecido á *sua*, en lengua chibcha sol; y es muy verosímil que al designársele con aquel nombre se le considerase como el sol mismo.

Bóchica, segun dejo indicado, tuvo aquí por enemiga ó cuando menos por competidora á *Chia*, que llevaba tambien otros dos nombres: el de *Huitaca* y el de *Yubecaiguaia*. Despues del desbordamiento del Funza refiere la tradicion que la desterró del mundo y la condenó á errar de noche por los cielos alumbrando la tierra, castigo que Chia cumple mal, pues ni despide siempre la misma luz ni siempre alumbra. Vinieron por ahí á ser Bóchica y Chia los mitos del sol y la luna: de la luna que humedece y del sol que seca.

La inundacion de Bogotá no la atribuían todas las tradiciones á Chia ni todas la hacían de la época en que la tierra fué morada de Bóchica. La atribuían algunas á *Chibchacum*, que la había producido desatando sobre la llanura las aguas del Tibitó y el Sopó, afluentes del Funza; y añadían que, cuando tal sucedía, como implorasen el favor de Bóchica los muiscas desde las cumbres de los cerros en que habían buscado refugio, le habían visto aparecer con una va-

rilla de oro en la mano sobre un arco iris de los más brillantes y espléndidos colores. Desde allí, decían, arrojó la varilla, abrió paso á las aguas por el salto de Tequendama, secó y fecundó la dilatada planicie y condenó á Chibchacum á sostener en hombros el mundo, que hasta entonces había tenido fuertes maderos de guayacan por asiento. Con no ser este relato sinó variante del anterior, había dado orígen á otra deidad celeste. *Cuchavira*, mito del arco iris, en idioma chibcha *chuqui*, deidad á que dirigian los enfermos sus preces en las horas de calentura y las mujeres en los partos.

Chibchacum no era, á pesar de lo dicho, un sér maléfico. Si había inundado la meseta de Bogotá, había sido con el fin de castigar los excesos de los muiscas. y si sostenía en hombros el mundo, prestaba todavía servicio á nuestro linaje y daba á la tierra más digno cimiento del que nunca tuvo. Le invocaban especialmente los labradores, los mercaderes y los plateros; y le miraban como el dios tutelar de la Nacion todos los muiscas.

Los labradores rendían culto á otros dos dioses: á *Chaquen*, á quien ofrecían las plumas y las diademas con que se adornaban en sus fiestas y combates, y á *Bachue* ó *Fucha-cho-gue*, de quien se decía que en la primera aurora de la creacion había salido del lago de Iguaque con un niño. Aseguraban que tenia esta diosa á su cargo las sementeras y aquel dios las lindes de los campos A Bachue se la solía representar en imágenes de oro ó de madera con su misterioso infante, hecho que me trae en este punto á la memoria las muchas mujeres con un niño en brazos que hay en los estucos de Palenque.

Adoraban á Bachue aún los que no eran labradores por considerarla madre del humano linaje. Segun la tradicion. el niño había crecido, y. esposo de Bachue, había engendrado en ella los hombres con que primitivamente se pobló la tierra. Habían vuelto despues los dos consortes al lago de Iguaque, se habían convertido en serpientes y habían desaparecido en las aguas.

Había aún otro dios entre los muiscas, *Nemcatacoa*, patron de los pintores de mantas y los tejedores. Era este dios una especie de Baco: decíase que presidía las borracheras y tomaba parte en los cantos y las danzas del pueblo. Llamábanle *Fo*, zorra, y se le representaba en forma de oso, cubierto de una manta cuya cola arrastraba.

¿Sería tambien dios *Fomagata* ó *Tomagata*, de quien se habla en todas las historias de los muiscas? Como dije en otro párrafo, se le pintaba con cuatro orejas, larga cola y sin más que un ojo; se decía que viajaba por los aires desde Sogamoso á Tunja; y se añadía que trasformaba los hombres en serpientes, lagartos y tigres. Como genio del mal se le ha considerado y se le considera generalmente. Mas se le viene mirando desde algun tiempo como el primitivo dios de los muiscas, como el último vestigio de una religion sustituida por la de Bóchica. ¿Tendrá esta opinion algun fundamento? En la voz Fomagata está contenida la idea de fuego—*gata* es fuego en lengua chibcha—; y como en

muchas religiones el culto del fuego ha sido anterior al del sol, astro que se ha supuesto recibir del fuego el calor que despide, se ha visto poco á poco en Fomagata al *Ixcozauhqui* de los nahuas. Segun escribe Humboldt, Fomagata significa *masa fundida que hierve;* pero Humboldt no reconocía aún en ese terrible sér sinó al espíritu del mal, el Diablo. Estoy con Humboldt.

CV.

Instituciones y creencias religiosas.—Politeismo.—Politeismo de los peruanos.

Por lo que dije en los párrafos sobre el fetichismo habrá sin duda comprendido el lector que los peruanos adoraban principalmente la naturaleza. Adoraban el sol, la luna, las estrellas, la tempestad, el arco iris, el aire, el fuego, la tierra, el mar, los ríos y cuanto se distinguía por su grandeza ó su hermosura. Los adoraban tales como los veían, sin considerarlos en abstracto ni darles divina ni humana forma, y con razon han sido calificados de esencialmente fetichistas.

Erraría con todo quien creyera que no habían llegado al politeismo. Eran politeistas antes del advenimiento de los Incas; y, á no ser por esos hombres, que les hicieron fijar en el sol los ojos y del culto al sol hicieron la religion oficial del Imperio, lo habrían sido probablemente cuando la Conquista mucho más de lo que parecieron. Que á pesar de la aspiracion de los Incas lo fuesen nos lo dicen por de pronto el casi unánime testimonio de los primitivos historiadores de Indias; luego el panteon del Cuzco, obra de los mismos Incas; por fin las investigaciones de Arriaga, posteriores de mucho al definitivo triunfo de los Pizarros.

Entre los primitivos historiadores de América goza hoy de grande y justa autoridad Pedro de Cieza; y Pedro de Cieza asegura con insistencia que lo mismo los pueblos de la sierra que los de la costa adoraban al sol y otros dioses, les hacían ofrendas y sacrificios y tenían ídolos que les hablaban á manera de los oráculos de la antigua Grecia. Entre esos oráculos se sabe que eran famosos los de los templos de Pachacámac y Rímac. Siguen á Cieza los autores todos á excepcion de Garcilaso; y aún Garcilaso corrobora indirectamente lo que Cieza escribe.

No corroboran la existencia de un panteon en el Cuzco ni Garcilaso, ni Santillan, ni Cieza; pero la afirman Pedro de Pizarro y Polo de Ondegardo, que lo pone en el mismo templo de Coricancha, *en el halpon grande de la casa del Sol.* Santillan y Cieza hablan, por otra parte, de algo parecido: de una fiesta anual en que se llevaba al Cuzco todas las *estatuas* y *bultos de los ídolos*, se

las recibía con grandes procesiones, se las aposentaba en lugares al efecto, se las reunía despues en la plaza y se concluía por interrogarlas acerca de la futura suerte de la nacion y de los Incas. Verificábase esto, segun Santillan, en la fiesta de Intip–raymi, donde se ponía las guacas todas de la tierra junto á las figuras del Sol y de la Luna y el Inca les regalaba vestidos y joyas.

Arriaga, el Padre José de Arriaga, recibió del arzobispo de Lima en el primer tercio del siglo XVII el encargo de averiguar las supersticiones de los indígenas. Sospechose que los indígenas conservaban todavía sus antiguas creencias, y lo vinieron á confirmar estas averiguaciones. Distaban, segun ellas, los peruanos de limitarse al culto directo de la naturaleza.

En primer lugar por unos versos en lengua quichua que trascribe el mismo Garcilaso es indudable que además de *Con*, de quien decían que trasformaba las llanuras y los cerros y abría fuentes en las duras peñas, tenían con humanas formas una diosa de las lluvias y un dios del trueno y el rayo. Quién fuese la diosa lo ignoro; el dios presumo que fuese *Catequil* ó *Catequilla*, á quien se había erigido templos en la provincia de Huamachuco y se representaba como un joven armado de maza y honda que despedía meteorolitos contra la tierra. Quizá fuese, no Catequil sinó *Illapa* antropomorfizado por la imaginacion de los poetas. Illapa, es decir, el relámpago, el trueno y el rayo, tenía sus adoratorios en los mismos templos del Cuzco.

Dios con humanas facciones era tambien *Huiracocha*, á quien hizo levantar un templo en Cacha el Inca de su nombre. Afirmaba el Inca que se le había aparecido en Chita y le había revelado la conjuracion de los chancas. Como decía haberle visto, así aseguran que le puso en el templo: con luenga barba, túnica hasta los piés, de la mano un animal de rara y desconocida forma. Existía el ídolo cuando la Conquista, y lo alcanzaron muchos españoles. Según Cieza, que lo visitó, no llevaba de la mano sér alguno, ántes tenia las dos sobre los cuadriles y los brazos vueltos. Por la cintura, escribe, había señales de que cabría colegir que estaba prendida con botones la túnica.

Dioses antropomórficos debieron de ser tambien muchos de los oráculos de que nos hablan nuestros antiguos historiadores, sobre todo los que cita como principales el mismo Cieza en la segunda parte de su *Crónica:* los de Huanacauri, Vilcanota, Ancocagua, Coropuna, Aperahua y Pachacámac. Sólo del de Aperahua dice este autor que hablaba el demonio por el tronco de un árbol. A todos estos oráculos y templos se debe agregar el de Rímac, no menos célebre que el del mismo Pachacámac.

Antropomórficos eran aún los dioses representados por las dos gigantescas estátuas de piedra que encontró Arriaga á dos leguas de Hilavi. De las dos estátuas, unidas por la espalda y de piés á cabeza enlazadas por enormes culebras, la una, con rostro de varon, miraba á Oriente, y la otra, con cara de mujer, á Occidente. Talladas las dos en una misma roca, medían tres estados de altura y

tenían al pié un ara en que se deponía las ofrendas. ¿Qué vendría á ser esa especie de Jano andrógino?

Eran, por fin, dioses de humana forma la célebre *Huarivilca*, á quien se adoraba junto á la fuente de su nombre; *Huari*, objeto de culto en Quichumarca; *Huayca-Yúrac*, que lo era en Timor, y *Apu-Yúrac*, que lo era en Hupa; *Apu-Xillin* y *Huayna-Xillin*, venerados por el ayllu de Sopac, del que padre é hijo habían sido probablemente caudillos ó héroes; *Humivillca* y sus hermanos, dioses de Choquechuco, y otros muchos de que no conozco sinó los nombres: *Quenac* y *Quenac-Huillca*, *Iusca*, *Taucatanca*, *Hananllauto*, *Apuxillene*, *Huamantucoc*, *Umy*, *Namacoya*, *Atauanca*, *Huanchorvilca*, *Pariacaca*, etc., etc.

Estos últimos dioses, á decir verdad, los cito con desconfianza porque es posible que algunos fuesen meros fetiches. En las momias que de ellos tenían adoraban los Incas á sus antepasados y muchos pueblos á los caciques ó los guerreros famosos por sus proezas. *Caxaparca* y *Huaratanca* eran, por ejemplo, los dioses de Huahualla: á sus momias y no á sus imágenes se dirigía las preces, y sobre su sepulcro y no en su templo se hacía las ofrendas y los sacrificios.

¿Deberé hablar ahora de los espectros *Huaraclla*, á que se rendía culto en Tauca, ni de los ídolos de Tiahuanaco, tal vez ya de significacion desconocida cuando los descubrieron los Incas? La portada monolítica de Tiahuanaco bastaría por sí sola á demostrar que de muy antiguo se había llegado en el Perú al politeismo. La imágen esculpida sobre el dintel de la puerta, represente ó no al sol, es una figura humana con el rostro cubierto por la sagrada máscara como algunos de los ídolos que vimos en la América del Norte.

Revelan tambien la existencia del politeismo entre los peruanos algunas *conopas*. Eran las conopas una especie de dioses lares; y, aunque los más consistían en anillos, bezoares, fragmentos de cristal de roca, mazorquitas de oro y áun de barro ó cualesquiera otras sustancias, hecho que les da á mis ojos más bien aires de amuletos que de ídolos; no dejaba de haberlas que representasen ya hombres, ya séres de fantásticas é indefinidas formas. Abunda cada día más en los museos esta clase de conopas, y no conviene olvidarlas.

Forzoso es, sin embargo, consignar despues de todo lo dicho que distó de tener el politeismo en el Perú la importancia ni el desarrollo que tuvo en Yucatan y en Méjico.

CVI.

INSTITUCIONES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.—MITOS GENERALES.—LA CULEBRA.—LA CRUZ.—EL PHALLUS.

A fin de completar en lo posible este imperfectísimo trabajo creo ahora indispensable decir algo de ciertos mitos comunes á muchos pueblos.

Supongo que el lector habrá observado ya lo mucho que la culebra figuraba en el politeismo americano. Culebra de hermosas plumas significaba el nombre de Quetzal-coatl en la lengua de los nahuas, el de Gu-Cumatz en la de los quichés y el de Kukul-can en la de los mayas. Culebra se decía que era Votan, y ciudad de culebras (Na-chan) la que fundó en Palenque. Chicome-coatl (siete culebras) llamaban en Méjico á la diosa de las subsistencias; Cihua-coatl (la mujer culebra) á la madre de nuestro linaje; Coat-licue (la del faldellin de culebras) á la diosa á quien se daba en ofrenda las primicias de las flores; Mixcoatl (la culebra nebulosa) al dios de la caza.

De Quetzalcoatl decían casi todas las tradiciones que había desaparecido en Goaza-*coal*-co; y algunas, que se había vuelto á Tlapállan, su pueblo, en balsa de culebras. Constituía la culebra uno de los símbolos de tan poderoso dios; y las abiertas fauces de una culebra, la entrada de uno de los templos en que los mejicanos le adoraban.

A Huitzilopochtli se le hacía hijo de *Coat*-licue y se le suponía concebido en *Coa*-tepec, el cerro de la culebra. Su principal imágen llevaba por cinto una culebra de oro y por báculo una culebra ondeante. Estaba, como dije, puesta sobre unas andas; y en cada brazo de las andas traía labrada una cabeza de sierpe. La cerca de su templo, toda de piedra, la componían culebras asidas unas de otras: llamábanla por esta razon la cerca de las culebras, *Coatepantli*. En su principal fiesta delante del sacerdote que llevaba en brazos la figura de Paynalton iba otro con la de una gran culebra enroscada, de muchos repliegues.

En la mano derecha de las estátuas de Tlaloc no era tampoco raro ver una culebra de oro. Para una de las fiestas á este dios consagradas forma de culebras se solía dar también á ciertos palos que se cubría de pasta de bledos sin duda con el deseo de representar los altos montes.

Hasta sus ruedas cronológicas encerraban á veces los mejicanos dentro de figuras de culebras en actitud de morderse la cola. Sobre que habían dado la culebra (*coatl*, *cohuatl*) por nombre y signo á uno de los días de sus meses.

Venía, además, la culebra frecuentemente reproducida por la religion y el arte. Se la ve entre los bajos relieves de la pirámide de Xochicalco. Constituye la orla de la célebre esmeralda de Achiutla. Se la distingue entre los emblemas que adornan la parte inferior de la cabeza colosal de Totec. Figura con frecuencia en los monumentos de Chichen Itzá y Uxmal. Sobre todo en Uxmal, donde por todo el frente de uno de los templos corren unidas y enlazadas dos en opuestas direcciones. Encima de la puerta, un poco á la derecha, cae la cola de la una sobre la cabeza de la otra. Dos corren también enlazadas por los bellos recuadros de la pirámide á que dió Waldeck el nombre de Kinsborough.

Tenía tambien la culebra su importancia en los pueblos cultos de la América del Mediodía. La contaban entre sus fetiches los peruanos, especialmente los antis; y, segun Muller, veían en la *boa constrictor* la madre de la naturaleza.

Algo de divino creían ver asimismo en la culebra algunas razas salvajes de la América del Norte. La domesticaban los tahus, y á la vez la veneraban y la temían. La respetaban, como dije, los iowas hasta el punto de rogarle que no los mordiera. La suponían los *pueblos* en relaciones con su dios Montezuma, y le atribuían grande influencia sobre las aguas de los lagos, los mares y los ríos. Verdad es que hablaban de una culebra especial, larga como ninguna del mundo y gruesa por lo menos como el cuerpo del hombre.

¿Qué simbolizaría para los americanos la culebra? La culebra anda, sube, baja, trepa, se arroja al agua y, segun quiere flota ó se sumerge. Busca y halla en el calor y la humedad la vida: en el frío se aletarga y pone rígida hasta parecer muerta. Cambia periódicamente de coraza, y se dice si hasta en sus colores participa de la naturaleza que la circunda. Es cautelosa y cae siempre de seguro sobre su presa. Puede en fin por la flexibilidad de su cuerpo replegarse sobre sí misma describiendo uno ó más círculos. Ha simbolizado para muchos pueblos del antiguo mundo la eternidad y el tiempo, la perpétua renovacion de la naturaleza, la vida, la variedad, el movimiento. la prudencia; y algo de esto ó todo esto debió de simbolizar para los pueblos de América. Simbolizó en opinion de algunos autores los períodos cíclicos, y no estoy lejos de admitirlo.

La cruz era tambien un mito bastante general en aquel vasto continente. Imposible podrá parecer al que conozca la extrañeza con que se vió en el siglo XVI la Cruz de Cozumel y en los primeros años de este siglo la de Palenque, y traiga á la memoria lo mucho que con motivo de tales descubrimientos se escribió sobre la existencia del cristianismo en América, ántes de la Conquista; pero no se lo parecerá de seguro ante los siguientes hechos. De uno de los numerosos túmulos del Ohio se desenterró un disco de cobre en cuyo centro hay una cruz. Tenían en Méjico la cruz por símbolo Quetzalcoatl y Chalchiuhtlicue. En muchas imágenes de Quetzalcoatl sembrado está de cruces el manto y en algunas el tocado. En forma de cruz se distribuía ordinariamente los cuatro altares que se erigía á Tlaloc junto á los manantiales. Figura de cruz presentaba el vaso que á manera de cetro llevaba Chalchiuhtlicue en su diestra. Parecía la cruz hasta en el escudo de Xiuhtecutli: en cruz estaban dispuestos los cinco chalchihuites que lo decoraban. Prevalecía la cruz griega; pero se veía tambien la de Malta en algunas banderas, sobre todo en las de los trofeos de piedra de Cuernavaca, Xochimilco y Otoncopolco.

Se encontró la cruz en muchas de las ciudades de Méjico; en Teotihuacan, en Querétaro. en Tepic, en Mayapan. en Tianquiztepec, en Meztitlan, en Huatulco. La de Meztitlan, segun Veytia, está en lo alto de una casi inaccesible roca; la de Huatulco, segun tradicion, la hubo de dejar por recuerdo Wixepecocha al abandonar la tierra que había ennoblecido, como otro Quetzalcoatl, con sus virtudes y su palabra. Se halló tambien la cruz en Metlaltoyuca: la llevaba esculpida en su cuerpo la estátua de una mujer, no sé si princesa ó diosa.

Son, además, dignos de memoria, tratándose de Méjico, los árboles cruciformes del celebrado códice de Viena y el signo *nahui-ollin*, por el que se representaba los movimientos anuales del astro del día.

En Mitla vió Dupaix en forma de cruz una tumba y la planta de un subterráneo y en los edificios de Palenque nichos que recuerdan, unos la cruz griega, y otros la T griega. Lo que en Palenque vió Dupaix con sorpresa no fueron, sin embargo, esos nichos, sinó la cruz que tantas cuestiones é hipótesis ha suscitado en el presente siglo. Enfrente del palacio, como á ciento cuarenta metros de distancia, al otro lado del arroyo Otólum dió con un templo construido sobre una pirámide de anchas y espaciosas gradas, que medía ciento treinta y cuatro piés de altura. Penetró en él; y, despues de atravesar una puerta en cuyos jambajes había dos grandes y hermosas figuras de estuco, halló juntos tres tableros de piedra, cuajados de relieves. Ocupaba el del medio una cruz latina, de preciosa y complicada labor principalmente en sus brazos, que tiene por base un alto pedestal y en el ápice un pájaro de fantásticas formas, donde no sé cómo han podido ver hoy algunos etnólogos al quetzal, el ave de más rico plumaje; y los otros dos tableros, sendas figuras de hombres, altos de cinco ó seis piés, que estaban vueltos hacia la cruz, el uno al parecer orando y el otro ofreciendo. Aquí la cruz resultaba ser por sí misma objeto de adoración; y el hecho era realmente para sorprender á Dupaix y á sus lectores.

Objeto de adoración directa resulta haber sido tambien la cruz de Cozumel por lo que relatan primitivos historiadores de Indias. Al pié de una torre-templo había allí, según Lopez de Gomara, una cerca de piedra y cal muy bien lucida y almenada, y en medio una cruz, como de diez palmos de altura, que tenian y adoraban los isleños por dios de las lluvias. Para aplacarle en las sequías, dice Lopez, le sacrificaban codornices y le quemaban cierta resina á manera de incienso rociándola con agua. Se pretende hoy que esta cruz fué obra de Hernan Cortés al salir de Cozumel para emprender la campaña de Méjico; mas no lo creo ni áun fijándome en la que se da hoy por la cruz de aquel tiempo, donde para algo pusieron evidentemente la mano artistas españoles. En el breve período que trascurrió entre la salida de Cortés y la conquista de Yucatán no es creible que los acuzamilanos, no sólo hubiesen aceptado la cruz de unos extranjeros como símbolo religioso, sinó que tambien la hubiesen trasformado en dios de las aguas.

En Honduras, en Copan, en la misma Nicaragua se conocía esa cruz que tantos creen privativa del cristianismo. De los monstruosos ídolos de Nicaragua de que antes dije, uno la llevaba esculpida en el pecho y otro en los hombros.

Ignoro si la usaron ni la tuvieron los muiscas. De los incas sabemos que guardaban y veneraban una de jaspe, bruñida, lustrosa, bien labrada, toda de una pieza y tan larga como ancha que Garcilaso asegura haber visto por sus

mismos ojos. Tenía la cruz segun este autor unas tres cuartas; los brazos, tres dedos de profundidad y otros tantos de anchura.

Falta ahora saber qué simbolizaba la cruz para todas aquellas gentes. Lopez de Gomara descorre una punta del velo que cubre el enigma, cuando escribe que en la isla de Cozumel se la adoraba como dios de las lluvias. Recuérdese que en Méjico era símbolo de Tlaloc y Chalchiuhtlicue, los principales dioses de las aguas, y lo era tambien de Quetzalcoatl, que, como dios del aire, barría, segun los aztecas, el camino á los Tlaloques. Recuérdese, por otro lado, que en Egipto se medía por dos maderos atados en cruz el crecimiento del Nilo; que del hecho de que las aguas alcanzasen ó dejasen de alcanzar el punto de union se infería la abundancia ó la escásez de las futuras cosechas; y que por ahí se vino á considerar la cruz como símbolo de generacion y de vida. Todo esto conduce realmente á sospechar que pudo ser la cruz en América signo de agua y como tal de sustento. Lo confirma Ixtlilxochitl cuando asegura que cruz en la lengua nahuatl se traducía por la voz *tonacaquahuitl*, que significa árbol de la vida, de la carne, de las subsistencias. Venía á ser por este camino la cruz el símbolo del principio creador y fertilizador del mundo.

En mi entender indicaba tambien la cruz los cuatro puntos cardinales del horizonte, los cuatro vientos y las cuatro principales posiciones del sol respecto á la tierra, indicadas, como se ha dicho, en forma de aspa ó de cruz por el *nahui-ollin* de los mejicanos. Para mí es hasta lógico y natural que el hombre conciba la cruz en cuanto llegue á la noticia de los cuatro puntos cardinales. Mental ó materialmente ha de trazar desde luego de Norte á Sur y de Oriente á Occidente dos líneas que se crucen. La rosa náutica ha empezado de seguro en todos los pueblos por una cruz.

Otro de los mitos comunes á muchos pueblos era el *phallus*. Lo reproducían los mayas con asombrosa frecuencia en sus monumentos; y en algunos presentaban juntos ó inmediatos los miembros genitales de los dos sexos. Testigos los ángulos de las fachadas del templo del Sol y el templo de las Dos Culebras, donde los verá claros y distintos cualquiera que atentamente los examine. Con el pene en ereccion estaban, por otra parte, segun Waldeck, las cuatro hermosas estátuas que decoraron el templo sostenido por la grandiosa pirámide de Kinsborough.

Descubrió ya esta religion en la península yucateca Juan de Grijalba. Cerca de la bahía de Términos halló entre unos árboles un idolillo de oro, muchos de barro, dos de madera cabalgando el uno sobre el otro á guisa de Sodoma y uno de barro cocido con las dos manos al miembro; y despues restos de hombres sacrificados en honor de tan extraños dioses.

En Tlaxcala es sabido que se adoraba juntos los órganos genitales de varon y hembra. Tenían los tlaxcaltecas su mes del amor en el mes de *Quecholli* y hacían una gran fiesta en honor de Xochiquetzal, Xochitecatl y Tlazolteotl,

diosas de la lujuria. Sacrificábanles gran número de muchachas y no pocas prostitutas, que se ofrecían espontáneamente á morir en el templo ó en el campo de batalla. Podían esas prostitutas antes de ir á la muerte insultar impunemente á las mujeres castas, y ciertos jóvenes solicitar el deleite en la calle pública.

En Pánuco y otras provincias adoraban tambien el *phallus*. Teníanlo en el templo y en la plaza: en la plaza junto con las imágenes en relieve de todo género de placeres sensuales.

En el corazon de Méjico no sé que existiera este culto. La fiesta que se celebraba en el mes de *Xocotlhuetzin* en honor de Xiuhtecuhtli no es para mí suficiente prueba de que lo hubiese. Me lo probarían mucho mejor, si supiera que proceden del antiguo Anahuac, las dos pequeñas imágenes de hombres agarrados á sendos y enormes priapos que se conserva en el museo de aquella república. En Ococingo, tierra de Chiapas, revela ya que lo había el objeto de barro cocido que reprodujo Waldeck en la vigésima estampa de su Viaje á la provincia de Yucatan y está hoy tambien en el museo nacional de Méjico. Es en barro un hermoso busto de mujer del que baja un *phallus*.

Phallus y no más debió de ser la piedra cilíndrica con dos caras y muchos ojos que vió Palacio en Cezori, tierra de Honduras. Ante ese ídolo, llamado *Ycelaca*, sabemos por el mismo autor que los indígenas se sangraban el miembro. Sangrarse el miembro era cosa en uso desde Yucatan á Panamá; y esto es á mis ojos una demostracion más de lo extendido que estaba el culto fálico. Dijo un cacique de Nicaragua, contestando á Bobadilla, que esto lo hacían sólo algunos bellacos para mayor placer de las mujeres; pero Landa en cambio nos asegura que los yucatecas se sangraban y áun se harpaban el miembro por vía de sacrificio en lo interior de sus templos.

El órgano de la generacion era por fin prominente y característico en los bárbaros ídolos de Nicaragua.

Añádase á esto las periódicas orgías de los mismos nicaraguatecas, los yucatecas, los habitantes de Sinaloa, los californios y los nutkas, las grandes fiestas que celebraban los tahus en honor de las vírgenes que se consagraban á perpétua prostitucion y perpétuo celibato y la costumbre que muchos haytianos seguían de llevar colgados del cuello por medallones joyeles de oro y plata en que se reproducía las más vergonzosas escenas del priapismo

Era tambien el *phallus*, como órgano de generacion y reproduccion, símbolo del principio creador y conservador de la naturaleza. Vieron en él las primitivas gentes la sola causa visible de la formacion de nuevos seres, y lo fueron sin sentir divinizando. Así lo vemos materia de culto en casi todas las antiguas religiones.

Lo ahora de observar es la estrecha relacion que entre sí guardaban en América los tres mitos objeto de este párrafo. La relacion moral la habrán visto ya de seguro mis lectores; la material es fácil que la noten. Figuraban á la vez

como símbolos de Quetzalcoatl y de Tlaloc la cruz y la culebra. En las jambas de la puerta que conducía en Palenque al altar de la Cruz dije ya que había dos hermosas figuras de estuco: por entre los muslos de la figura de la derecha pasaba una enorme serpiente. En uno de los templos de Uxmal vimos que corrían por todo el frontis dos culebras enlazadas y en los ángulos estaban repetidamente esculpidos los miembros genitales de la mujer y el hombre: junto á los de la mujer se ve constantemente una crucecita. Como que *phallus*, culebra y cruz venían á ser todos en último resultado símbolo de fecundidad y vida.

CVII.

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—La plegaria.

Enumerados ya los principales dioses y mitos de América, vengamos al culto que se les tributaba.

Es por de pronto de advertir que muchas razas salvajes, sobre todo las que admitían la existencia de Dios y el Diablo, rendían preferente, cuando no exclusivo, culto al espíritu del Mal, fundándose en que el del Bien no necesitaba de la solicitud de los hombres para favorecerlos, ya que por su propia índole no podía menos de hacerlos partícipes de todo género de beneficios. Para el Diablo, puesto que por naturaleza y hábito había de procurar causarles daño, entendieron que debían reservar y generalmente reservaron sus actos religiosos. Así, al leer á los primitivos historiadores de Indias, no siempre que hablan de la adoracion del Diablo, se ha de entender que dieran este nombre al dios ó los dioses de las numerosas y distintas tribus y razas de aquel vasto continente, por más que lo hiciesen con no poca ni poco escandalosa frecuencia llevados de la idea de que, pues no había ni podía haber más dios verdadero que el suyo, habían de ser los demás dioses disfraces y vanas apariencias del Demonio.

Que sea para Dios, que para el Diablo, el culto se desarrolla siempre de igual manera. Ante un sér superior de quien se espera beneficios ó se teme daños el hombre ante todo ora y suplica. Mientras carece de sacerdotes, sus plegarias son tan espontáneas como breves; se van haciendo despues artificiosas, y degeneran al fin en fórmulas cuyo sentido ignora con frecuencia el mismo que las recita. Es entónces la plegaria, más bien que religiosa, cabalística: se la emplea en los más heterogéneos actos de la vida y para la satisfaccion de las más opuestas aspiraciones sin que se fije en el sér á que va dirigida ni el corazon ni el pensamiento. Testigo la oracion dominical del Cristianismo. La repite centenares de veces el devoto sin otro objeto que el de rezar ó para fines á que no fué concebida, y lo mismo la eleva á Dios que á los santos. Tan distraidamente

lo hace en determinadas ocasiones, que no es raro que á la vez atienda á sus negocios.

En los pueblos americanos, como no fuese en Méjico, dudo que recorriera la plegaria todo este camino. Espiritus de los bosques, se limitaba á decir el dacota cuando iba de caza, compadeceos de mí y enseñadme dónde están el ciervo y el búfalo. Espíritus de los vientos, decía al entrar en un lago, dejad que cruce sano y salvo estas profundas aguas. Como oraba el dacota es de presumir que oraran las otras razas salvajes. Con no menos sencillez y laconismo se ve por el *Popol-Vuh* que hablaban tambien los quichés á sus dioses cuando bajaban de Tula. Relumbraba el fuego en la oscuridad, y ellos estaban yertos. Ah, Señor, exclamaron, que no tenemos del fuego que se hizo y moriremos de frío.

Los quichés, sin embargo, tenían ya preces más largas y menos concretas. No había amanecido aún el nuevo día, cuando, segun el mismo *Popol-Vuh*, decían los grandes: «¡Salve, oh Criador y Formador! Tú que nos ves y nos oyes, no nos dejes ni nos desampares. Oh Dios, que estás en el cielo y la tierra, oh Corazon de la Tierra, oh Corazon del Cielo, danos numerosa descendencia en tanto que el sol alumbre. Haz que marchemos siempre por caminos anchos y sendas libres de celadas, estemos tranquilos y en paz con los nuestros y vivamos feliz y sosegada vida. Oh tú, Hurakan, Chipi-Cakulha, Raxa-Cakulha, Chipi-Nanahuac, Raxa-Nanahuac, Voc-Hunahpú, Tepeu, Gucumatz, Alom, Qaholom, Xpiyacoc, Xmucané, tú que eres la abuela del sol y la abuela de la luz haz que llevemos buena y honrada vida y surja el sol y dé sus frutos la tierra.»

El *Popol-Vuh* pone más tarde en boca de los reyes esta otra plegaria: «¡Salve, oh Hermosura del día! ¡Salve, oh tú, Hurakan, Corazon del Cielo, Corazon de la Tierra! Tú, que repartes la felicidad y la gloria, tú que das los hijos y las hijas, vuelve hácia nosotros tus miradas y cólmanos de beneficios. Da la vida y el sér á nuestros vasallos, haz que crezcan y vivan, ellos que sostienen y alimentan tus altares y te invocan en los caminos y los senderos, en las márgenes de los ríos, en los barrancos y á la sombra de los bosques. Dales hijas é hijos. Líbrales de todo infortunio. No consientas que se meta entre ellos el tentador ni les hable á la espalda. Haz que no resbalen ni se lastimen, ni sean fornicadores, ni incurran en castigo por sentencia de jueces. Haz que no caigan ni en los bajos caminos ni en las altas veredas, ni encuentren delante ni detrás de sus pasos piedra en que tropiecen ni otros peligros. Prepárales caminos llanos y francas sendas; no permitas que de tus cabellos les venga malaventura. ¡Que se deslize feliz su existencia ante tu boca y tu faz, oh Corazon del Cielo, oh corazon de la Tierra, oh tú Majestad Oculta, oh Tohil, oh Avilix, oh Hacavitz, que llenas de la una á la otra las cuatro extremidades y los cuatro ángulos del mundo! ¡Que mientras exista la luz estén todos, oh Dios, ante tu boca y tu rostro!»

Jimenez, el primer traductor del *Popol Vuh*, trascribe otra oracion quiché en sus *Escolios á las Historias del origen de los Indios*. En una fiesta religiosa

decían, segun él, los príncipes y el rey á grandes voces: «Señor, acuérdate de nosotros, que somos tuyos, danos salud y ventura, danos hijos para que se acreciente tu pueblo. Procúranos agua y bonancibles tiempos á fin de que nos mantengamos y vivamos. No desoigas nuestras plegarias: ayúdanos contra nuestros enemigos y concédenos quietud y descanso.»

Todas estas oraciones quichés llevan ya el sello del sacerdocio. Lo llevan más claramente las de los nahuas. Tal vez sea la más sencilla, es decir la menos artificiosa, la que recogió Camargo de boca de los tlaxcaltecas: «Oh dioses omnipotentes, que estais en los cielos, aún en el noveno, donde mora vuestro señor y el nuestro, el gran Tloque-Nahuaque; vosotros que teneis omnímodo poder sobre los mortales, no nos abandoneis en el peligro. Invocamos con vosotros al Sol, *Nahui-ollin*, y á la Luna, esposa de tan brillante astro, y á las estrellas, y tambien á los vientos del día y de la noche.»

Véase ahora una de las muchas plegarias que dirigían los aztecas á Tezcatlipoca y nos dió Sahagun en su *Historia Universal de las cosas de Nueva España:* «Oh valeroso Señor nuestro, debajo de cuyas alas nos amparamos, defendemos y hallamos abrigo, tú eres invisible é impalpable como la noche y el aire. ¡Que yo, bajo y de poco valor, me atreva á parecer ante tu majestad! Hablaré rústico y tartamudo, como quien va saltando camellones ó anda de lado, cosa muy fea. Temo por esta razon provocar tu ira; pero tú harás de mí lo que fueres servido. Oh Señor, que has tenido á bien desampararnos conforme al Consejo que tienes así en el cielo como en el infierno, ¡qué dolor! tu ira y tu indignacion han descendido estos días sobre nosotros segun las muchas y grandes aflicciones que sobre nosotros vinieron... segun la gran peste que nos atormenta y casi destruye. Oh Señor valeroso y todo poderoso, la gente popular se va acabando y consumiendo. Grande estrago hace ya la pestilencia en todos los hombres. Aun los niños inocentes y sin culpa, que en ninguna otra cosa entendían sinó en jugar con las pedrezuelas y hacer montoncillos de tierra, mueren ya como abarrancados y estrellados en las piedras y las paredes. No quedan, cosa por demás lamentable, ni aún los que no saben andar ni hablar, ni aún los que están en la cuna.

».....Oh Señor valerosísimo y humanísimo y amparador de todos, ¿será posible que tu indignacion y tu ira se glorien y se recreen en arrojarnos piedras, lanzas y saetas? El fuego de la peste encendido está en nuestra gente como el fuego que arde, humea y no deja cosa enhiesta ni sana. Ejercitas tus despertadores colmillos y tus lastimeros azotes sobre tu mismo pueblo, miserable, flaco y de poca subsistencia como cañeja verde: ¿qué has determinado en tu divino pecho? ¿desamparar acaso del todo á tu pueblo y á tus gentes? dejar que perezca, no quede de ellos memoria en el mundo y sea el sitio en que viven montaña de árboles ó pedregal desierto? ¿Cómo has de permitir que se destruyan y asuelen los templos, los oratorios y los demás lugares

destinados á tu servicio? ¿Ha de ser implacable tu ira y no ha de tener fin tu castigo? ¿Será posible que nos azotes, no para nuestra correccion, sinó para nuestra ruina? ¿No ha de resplandecer ya más el sol sobre nosotros? ¿Habremos de vivir perpétuamente en el silencio y las tinieblas? ¿No nos has de volver á mirar con ojos de misericordia?

».....Oh Señor y amparo nuestro, ya que tu ira, y tu indignacion, y tus piedras, y tus saetas, hayan caido sobre estas pobres gentes, sea tu castigo como el del padre y la madre que tiran de las orejas á sus hijos, ó les pellizcan los brazos, ó los azotan con ortigas, ó les derraman en el cuerpo agua muy fría, sólo para que se enmienden de sus niñerías ó sus mocedades. No sea tu castigo como esas gotas de agua que, despues de haber llovido sobre los árboles y las cañas verdes, caen tocadas por el aire sobre los que están debajo de las cañas y los árboles. Harto sabes, Señor humanísimo, que la gente popular es como los niños, que despues de azotados lloran, gimen y se arrepienten de lo que hicieron. Llora ya, y suspira, y se acusa en tu presencia, y reconoce sus malas obras, y por ellas se tortura. Bástele ya el pasado castigo; dale término para que se corrija. Deja el acabarla y destruirla para el caso en que no se enmiende.

»Perdónalos, Señor, disimula sus faltas, recoge tu cólera y tu enojo para que no hagan mayor daño. Todos los que en el mundo vivimos somos vasallos de la muerte y á la muerte pagamos tributo. Es la muerte tu mensajero, y todos la seguiremos á la hora en que nos la envíes. Tiene hambre y sed de cuantos vivimos, y nadie ha de escapársele. Podrás entónces castigarlos á todos conforme á sus obras.

»Oh Señor piadosísimo, compadécete siquiera de los inocentes niños. Compadécete de esos pobres que no tienen de qué coman, ni con qué se cubran, ni en qué duerman, ignoran lo que es ventura y pasan todos sus días en el dolor, la afliccion y la tristeza. Compadécete sobre todo de los soldados, de que habremos menester algun día: mejor será que mueran en batalla y suban á la casa del Sol que no que mueran de esta peste y bajen al Infierno. Acabe ya, Señor, el humo y la niebla de tu enojo, apáguese el fuego abrasador de tu ira y vengan días serenos y claros en que empiecen á cantar y descogollarse al sol las avecillas de tu pueblo, y te llamen, y te hablen, y te conozcan.

»Perdona, Señor, las faltas que en esta breve oracion haya podido cometer; postrado á tus piés, imploro tu divina gracia.»

Otra oracion trae Sahagun dirigida por los antiguos sacerdotes á Tlaloc, de la que creo oportuno reproducir algunos fragmentos. «Oh Señor nuestro humanísimo y liberal, que repartís al mundo el verdor y la frescura, reinais en el paraíso oloroso y florido y sois señor del copal ó del incienso, vuestros súbditos los dioses del agua que solían darnos las cosas necesarias á la vida y en pago recibían de nosotros el copal, el *ulli*, y el *yauhtli* ¡oh dolor! se han recogido y

escondido dejando ocultos los mantenimientos y llevándose consigo no sólo á su hermana la diosa de las provisiones sinó tambien á la diosa *Chilli* ó *Ixi*.

»Oh Señor nuestro, tened á bien condoleros de los que vivimos. Andan por tierra las cosas de que nos alimentamos; todo se pierde, se seca y parece empolvado y envuelto en telarañas por carecer de agua. ¡Qué dolor no es ver á los tristes macehuales y demás gente baja perdidos de hambre, desfigurados y ojerosos á par de muertos, con las bocas secas como el esparto, y los cuerpos flacos que se les pueden contar los huesos y no semejan sinó esqueletos! Hasta los niños de cuna y de pecho están amarillos ó de color de tierra: á todos llegan las tribulaciones del hambre. No dejan de padecerla ni los brutos ni los pájaros. Es grande angustia ver á las aves, unas con las alas caídas y arrastrándose, otras viniendo sin fuerzas al suelo, otras con la boca abierta por la sed que las abrasa.

»Es tambien gran dolor ver la haz de la tierra. La que como padre y madre nos criaba y procuraba toda clase de mantenimientos está ahora seca sin los frutos, los árboles y las yerbas que producía, que no parece sinó que los Tlaloques se los llevaron y los guardan en el Paraíso...

»¿Qué habeis determinado hacer de nosotros, Señor nuestro? ¿desampararnos tal vez del todo? dejar que se pierdan todos vuestros vasallos y siervos? desolar y despoblar vuestro señorío? ¿A tanto había de llegar vuestra indignación? ¿Había de ser implacable vuestra ira?

»Haced siquiera, Señor, que no carezcan de alimentos ni mueran en necesidad tan grande los inocentes niños que no andan y están en sus cunas. ¿Qué han hecho los pobrecitos para que los aflija y destruya el hambre? Ni pecar saben: ninguna ofensa infirieron ni á los dioses del cielo ni á los del infierno. Si los hemos ofendido nosotros, si ha llegado á los confines de la tierra el mal olor de nuestras culpas, seamos nosotros en hora buena destruidos y acabados. Nada tenemos que decir, nada con que escusarnos, nada que oponer á lo que contra nosotros esté resuelto. Perdámonos todos, y esto con brevedad á fin de que no suframos tan prolijo dolor, más grave que si estuviéramos quemándonos. Tan intensa es el hambre que nos aflije como fuego encendido que centellea. Caiga desde luego sobre nosotros lo que ha de venir en los últimos días del mundo segun oimos á los viejos que pasaron. Desplómese el cielo, desciendan sobre nosotros los *Tzitzimites*, esos demonios del aire que han de destruir la tierra con todos los que la habitan y sumir el mundo en las tinieblas. Por pasatiempo y riqueza tendremos que tal ocurra.

»Tanta es, Señor, nuestra desdicha, que holgáramos de que nos acabara la peste. Siquiera entónces la diosa de los mantenimientos y el dios de las mieses habrían proveido de algo con que los muertos pudiesen andar el camino del infierno. Preferible al hambre sería tambien la guerra, que procede de la impresion del Sol..... Siquiera entónces entrarían en ella con regocijo y placer los soldados, los valientes, los hombres fuertes y briosos. Se derrama en ella mucha sangre,

perece multitud de hombres, se hinche el campo de cadáveres, de huesos, de calaveras de los vencidos, de cabellos que caen cuando las cabezas se pudren; pero nada de esto infunde pavor al guerrero que, despues de muerto, va á la casa del Sol, donde lo aplaude con voces de alegría, liba con delectacion las flores, y se ve glorificado y ensalzado con todos los valientes que perdieron la vida en las batallas. Aun los niños que en ellas sucumbieron se los presenta allí al Sol limpios, aseados y resplandecientes como piedras preciosas. A uno y otros provee la diosa de los mantenimientos de lo que necesitan para el camino, provision que es el esfuerzo, el ánimo y el bordon de toda la gente del mundo.

»Todo, oh Señor, es preferible al hambre que nos agobia, tan aflictiva y tan intolerable, que no la pueden ya soportar los tristes de los macehuales, que muchas veces, estando vivos, mueren. Suplícoos, Señor piadosísimo, señor de las gomas y las verduras, señor de las yerbas fragantes y virtuosas, suplícoos que mireis con ojos de piedad á las gentes del pueblo y nos envieis á los dioses que nos dan los víveres, las lluvias y los temporales y son señores de las yerbas y los árboles. Haced que sacudan sus sonajas de alegría y tomen sus cotaras de ulli para que caminen con ligereza. Haced que hombres, animales y plantas gocen de la sustancia de esos dioses, de las nubes que siembran la lluvia. Procurad que se regocijen brutos y yerbas, y vuelen, y canten, y liben las flores los pájaros de preciosas plumas como el *cacuan* y el *quecholli*. Y no sea esto con rayos y truenos, signo de tu enojo, que si con rayos y truenos vinieran los Tlaloques, como los macehuales están flacos y todas las gentes débiles por el hambre, las llenarían de temor y espanto. Si algunos están ya señalados para ir al Paraiso muertos por el rayo, perezcan esos y no la demás gente derramada por los montes y las cabañas, no los árboles, ni los magueyes, ni las otras plantas que nos sustentan.

»A vosotros me dirijo ahora, oh dioses todos del agua, que estais en las cuatro partes del mundo, Oriente, Septentrion, Occidente y Austro, ó morais en la tierra, ó en el aire, ó en los altos montes, ó en las profundas cuevas. Con grandes suspiros y angustia de corazon, os llamo y ruego que vengais á consolar esta pobre gente y á regar la tierra: los ojos de cuantos la habitan, así hombres como brutos y aves, en vosotros tienen puesta su única esperanza. Tened á bien venir, Señores nuestros.»

Otras oraciones podría aún trascribir y alguna más trascribiré en el párrafo que á la confesion auricular dedico; mas entiendo que son estas dos suficientes para que se comprenda el carácter de las plegarias aztecas. Aunque concebidas para diferentes dioses, ambas resultan en su contextura general idénticas y tienen de comun muchos conceptos, haciéndose muy de notar que en las dos se abogue casi exclusivamente por los plebeyos, tal vez porque á los nobles, los reyes y los sacerdotes alcanzara poco ó nada la peste y los desastrosos efectos de

las sequías. Una y otra oraciones son ampulosas y difusas, bien que poéticas, por haberlas inspirado más la imaginacion que el sentimiento.

Es ahora de lamentar que no se conozca las de los Incas, de quienes se sabe que las tenían y, como los mismos aztecas, solían cantar sagrados himnos. Poetas, á juzgar por sus melancólicos *haravis*, debieron de formular bellas y brillantes preces para dioses como los astros del día y de la noche, á quienes principalmente rendían culto.

Tampoco poseo grandes noticias sobre la actitud en que los diferentes pueblos oraban. Los quichés, segun el *Popol-Vuh*, levantaban el rostro al cielo: no estuvieron de rodillas, segun aquel libro, sinó cuando el sol en Hacavitz los favoreció por primera vez con sus rayos. En cuclillas es de suponer que oraban los peruanos; en cuclillas, las manos altas y dando besos al aire, ya que tal era la postura en que solían reverenciar al Sol y á los otros dioses. Los mejicanos oraban unas veces arrodillados, otras en cuclillas, otras vuelta la faz á Oriente y algunas, en las más solemnes fiestas, postrados á los piés de sus ídolos. Su mayor y más general muestra de acatamiento era tocar con el dedo la tierra y llevarlo á la boca; pero ésta la usaban, como aquí el descubrirse, al entrar en los templos y aún al pasar por delante de cualquiera imágen.

CVIII.

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—Ofrendas.

El hombre ante un sér de quien espera ó teme ora y ofrece. Es raro el que como Techotlalatzin, rey de los chichimecas, cree innecesarias las ofrendas al dios que adora. Como por ellas gana el corazon de sus semejantes, imagina que ha de ganar el de sus divinidades.

Esta forma de culto es al principio sencilla. Cruza el peruano un río y arroja maíz á las turbulentas aguas; dobla los Andes y deja en la cumbre algo de lo que lleva. Honra el azteca el fuego no empezando á comer que no eche á las áscuas parte de su comida, ni á beber que no derrame en el hogar su poquito de pulque. Entre los aztecas y los chichimecas ofrece el cazador al astro del día lo primero que coje. Viaja el quiché y no pasa por altares levantados á los dioses de los caminos que no deponga en ellos bien de sus provisiones de boca, bien de sus mercancías. Entre las razas salvajes se limita el dacota á dirigir al cielo la primera bocanada de humo que sale de su pipa y esparcir la segunda por la tierra; sacrifica de sus carcajes el mandan su mejor flecha, del búfalo el mejor bocado y de sus alhajas la de más precio; y pone el aleuta en lo alto de una colina ó de una roca ya pieles de fieras, ya plumas de aves acuáticas.

A medida que la religion se desarrolla se multiplican las ofrendas. En el im-

perio de Montezuma como en el de los Incas desvivíanse los creyentes por sobresalir en obsequios á sus dioses. Hacíalos cada cual segun sus medios en las clases pobres, pero no en las ricas. Daba el pobre en las numerosas fiestas de Méjico tal vez una simple flor, tal vez una humilde torta; y amontonaba el rico en el templo suntuosos trajes y joyas. En las fiestas religiosas del Perú, si eran tambien modestos los dones de los plebeyos, no los de la nobleza, que consistian en objetos de oro y plata. Distinguíanse en la fiesta de *Intip Raymi* principalmente los curacas, que traían de sus tierras figuras de oro, representacion ya de lagartijas, ya de culebras, ya de zorras, ya de leones, ya de pájaros de rico plumaje. Dos grandes vasos de oro dejaba aquel dia el Inca en el templo de Coricancha.

Búscase despues para ofrendas, ya cosas que no estén en el general comercio, ya cosas adecuadas al carácter y la índole del dios á que se rinde culto. De Nicaragua al Gila quemábase copal en los altares como aquí incienso en los de Cristo. Se lo quemaba aún fuera del templo: en casi todos los actos religiosos. Al ver los caudillos de los quichés la estrella de la mañana alegráronse, dice el *Popol-Vuh*, y desataron el copal que habian traido de Oriente. Balam-Quitzé desató el copal *Mixtampon;* Balam-Acab, el copal *Cariztampon*; Mahucutah, el copal *Cahavilpon*; y quemáronlo mientras iban danzando hácia la brillante estrella. Quemábase tambien copal en las confesiones de los aztecas y en los bautizos de los mayas.

Referir ahora las ofrendas especiales que se hacía á los diversos dioses y en diversos actos sería prolijo. Diré algo por vía de ejemplo. Entre los yucatecas despues de la destruccion de Mayapan dedicábase anualmente en Mani una gran fiesta á Cukulcan, el divino maestro. Todos los años la provincia en turno había de remitir para la fiesta cuatro ó cinco banderas de pluma, y los fieles por su parte ofrecer á los ídolos comidas sin sal ni pimienta y licor del que extraían de las habas y las pepitas de calabaza. Ofrecían tambien los mayas en el mes de *Muan* á los dioses del cacao objetos especiales: iguanas azules vivas y plumas de cierto pájaro.

Entre los nahuas, en las fiestas del mes de *Micailhuitzintli* se cubría de guirnaldas la imágen de Huitzilopochtli y se le ponia á los piés tamales y flores; en las del mes de *Huey Tozotli* se honraba á Tzinteotl y Chicomecoatl extendiendo por sus oratorios capas de heno y ofreciéndoles en todos los hogares maíz, chian, tortas y una rana; en una de las consagradas á Tlaloc delante de las figuras de montañas, que se hacía con palos, masa de bledos y papel teñido de ulli, se colocaba pequeños pasteles en pequeñas fuentes, tazas de maíz en gachas y calabacitas llenas, unas de cacao y otras de pulque; en la de la diosa Toci recorrían las mujeres recien paridas la ciudad ó el barrio acompañadas de amigos y deudos y dejaban en cada templo, además de otras ofrendas, una antorcha encendida.

Las ofrendas iban por este camino adquiriendo carácter simbólico y cambiando de significacion y de sentido. Aprovechábalas ordinariamente el sacerdocio, y las amoldaba tambien á su pensamiento.

CIX.

Istituciones y creencias religiosas.—Culto.—Sacrificios.

El sacrificio es aún la ofrenda, la ofrenda de los séres vivos. Si tenemos realmente derecho sobre la existencia de estos séres ¿por qué no hemos de poder ofrecerla como la flor que recogemos en el campo, el traje con que nos cubrimos ó la joya con que nos adornamos? Dentro del trascendentalismo sacrificar los animales á los dioses es siempre algo más noble que inmolarlos á nuestros apetitos. Aun al hombre se concibe que sacrifiquemos á las divinidades cuando ese hombre nos pertenece, es decir, cuando es un hijo, un prisionero de guerra ó un esclavo sobre el que se nos reconoce ó cuando menos no se nos niega el derecho de vida y muerte. Podía por esta razon el azteca sacrificar al esclavo y no al hombre libre, al prisionero y no á su raptor, al hijo y no al extraño; y preciso es confesar que se era lógico. Sólo la ley civil habría podido atajar el fanatismo religioso, y la ley lo favorecía. Mas vengamos á los hechos.

El sacrificio de brutos y aves era general en América. En el Perú, en las fiestas de *Intip Raymi*, despues de las ofrendas, se daba muerte á multitud de ovejas y de carneros, y de todos se presentaba al astro rey el corazon y la sangre. Tendían al primero, que era siempre de color oscuro, de modo que la cabeza mirase á Oriente, lo sujetaban dejándole sueltos piés y manos, le abrían el costado izquierdo y por él le arrancaban sin uso de herramientas, no sólo el corazon, sinó tambien los pulmones y el garguero. A los otros los degollaban. Se repetía estos sacrificios en casi todas las demás fiestas, y se los extendía no pocas veces á las palomas, los conejos y los demás animales domésticos.

En Guatemala eran tambien comunes los sacrificios. Hacíaselos, ya en los templos y oratorios, ya en oscuras cuevas, ya en las encrucijadas de los caminos, ya en las cimas de los montes, ya debajo de árboles de espesa copa, sobre todo si á su sombra corrían las aguas de una fuente. Se los hacia, no sólo en las grandes fiestas, sinó tambien en otras muchas ocasiones: cuando, por ejemplo, se construía una casa, ó se daba principio á la siembra, ó se estaba enfermo, ó se tenía un hijo, ó se le deseaba. Echábase para ellos mano de todo género de animales; pero principalmente de pájaros. Al ir á sembrar los campos se mataba unas gallinas y se rociaba con la sangre los contornos. Al nacer de un hijo se enviaba otra gallina al sacerdote para que la inmolase en accion de gracias á los dioses. Al lavar á los recien nacidos se sacrificaba papagayos, bien en claras y

cristalinas fuentes, bien orilla de los ríos. Despues de construida una casa se ponía en las paredes y la puerta sangre de muchas aves y se le pegaba plumas.

Tampoco en Yucatan eran raros los sacrificios de animales; pero estaban casi relegados á las mujeres. La mujer yucateca no daba como el hombre su propia sangre en holocausto, y untaba el rostro de sus ídolos con la de cuantos séres vivos podía proporcionarse: pájaros, brutos ó peces. Decapitaba á los unos, sacaba el corazon á los otros y los ofrecía todos á los dioses.

Los mejicanos tenían en la codorniz su víctima predilecta. Sacrificábanla en sus principales fiestas religiosas: en la del ciclo nuevo ó de la nueva lumbre, en la de Tezcatlipoca y en la de Huitzilopochtli. La de Tezcatlipoca se celebraba en el mes de *Toxcatl* ó *Tepochuiliztli*. Iban una mañana rey, sacerdocio y pueblo al teocalli de Huitznahuac, y allí ante la imágen de Huitzilopochtli descabezaban todos codornices. Primeramente el rey, que inmolaba cuatro; despues el clero; despues la muchedunbre.

Codornices y tórtolas sacrificaban á Tzinteotl los totonacas; y á Camaxtli los tlaxcaltecas codornices, mariposas, conejos, culebras y lagartos.

Aun en las razas salvajes había esta forma de culto. Los habitantes de Sonora sacrificaban al són de flautas y otros instrumentos lobos, ciervos, liebres y pájaros, y con los corazones hacian un collar y lo suspendian del cuello de uno de sus ídolos. Dacotas, algonquines é iroqueses inmolaban perros: perros blancos los iroqueses y los algonquines, y perros de este ú otro color los dacotas. Los iroqueses solían, además, cubrir de osamentas de animales las orillas de las cascadas y las sendas de peligro. En el otro hemisferio los puelches tenían tambien por costumbre sacrificar animales al árbol *Hualicho:* los animales que más querían.

Lo peor eran los sacrificios de hombres.

CX.

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—Sacrificios humanos.

Los sacrificios humanos debieron de existir en el valle del Anahuac desde remotos siglos. Una tradicion los remontaba á la época en que Nanacutzin y Tecucistecatl se arrojaron al fuego, presentes los dioses, y se trasformaron el uno en Sol y el otro en Luna. Empezaron entonces los sacrificios en Teotihuacan, dice la tradicion á que me refiero. Que los hubiese antes de Quetzalcoatl parece indudable cuando le presentan de consuno la historia y la leyenda combatiéndolos y aún bajando del trono de Tula por no querer consentirlos. Los exageraron los aztecas; pero distaron de ser los primeros en llevarlos á la tierra de Méjico. Indujo á creer lo contrario tal vez el no breve período que medió entre el

imperio de estos hombres y el de los toltecas. Durante el de los chichimecas los sacrificios, si no desaparecieron del todo, fueron mucho menos frecuentes, y en algunos pueblos cesaron. Por esto sin duda inspiraron miedo y horror los que hicieron al llegar al valle y parecieron costumbre nueva y propia de tan feroces guerreros.

Segun Torquemada despues de una batalla con los xochimilcas destinaron los aztecas al sacrificio cuatro prisioneros y solicitaron del rey de los culhuas que les enviase ofrendas y asistiese á la ceremonia. Recibieron del rey un cadáver y algo que mal olía: y devorando la afrenta, lo pusieron todo, sin decir palabra, en el altar de Huitzilopochtli. No bien tuvieron allí á los culhuas, los sacerdotes despues de una danza religiosa sacaron á los cuatro cautivos y consumaron el sacrificio. Marcháronse los culhuas horrorizados, y su rey Cocoxtli mandó al punto que se arrojara de los dominios de Culhuacan á los intrusos. Nació segun Acosta y Duran ese horror de los culhuas de otro hecho que he consignado ya al escribir de la diosa Toci; mas, naciese de lo que naciese, era racional y justo.

Generalmente sacrificaban los aztecas al hombre arrancándole el corazon. Había al efecto en frente de los altares y junto á las gradas del templo una piedra alta y ancha de tres piés, larga de cinco, por arriba convexa y por debajo plana, de color verde, tal vez de jaspe, á que se daba el nombre de *texcatl*. Colocábanse allí seis sacerdotes teñidos de negro en rostro y manos: cinco *chalchamecas* ó auxiliares que vestían dalmáticas de fondo blanco bordadas de negro y llevaban revuelta y enmarañada la cabellera, ceñida la cabeza por una faja de cuero y en la frente parches de papel de varios colores, y un *topiltzin* ó sacrificador que se distinguía por una corona de plumas verdes y amarillas, zarcillos de *chalchihuites* con engarces de oro, barbote azul y dalmática roja con flecos verdes; y en cuanto llegaba la víctima la tomaban dos por los piés y otros dos por las manos y la dejaban caer de espaldas sobre la piedra donde casi se le tronchaba el cuerpo. Pasábale al punto otro chalchameca por debajo de la barba uno como collar de palo en forma de culebra; y, armado el topiltzin de una cuchilla de iztli, en un abrir y cerrar de ojos le rompía el pecho, le sacaba el corazon y, despues de haberlo ofrecido al sol, ó lo arrojaba al ídolo, ó se lo metía en la boca con cuchara de oro, ó se lo pasaba por los labios y áun por el dintel de la puerta del templo. No acababan aquí los ritus si era de alguien la victima: se precipitaba el cadáver gradas abajo, lo recogía su dueño, lo comía en opíparo banquete con sus amigos y devolvía el cráneo á los sacerdotes. Se colocaba los cráneos en el *Tzompantli* junto al templo de Huitzilopochtli, y se quemaba los corazones para recoger sus cenizas, que se guardaba como sagrados y piadosos restos.

Como dije al escribir de los prisioneros de guerra, si acertaba á serlo el hombre destinado al sacrificio y pertenecía á la alta milicia ó la nobleza, empezaban las ceremonias por un combate. Había al intento junto á las pirámides que sus-



OBJETOS DESTINADOS Á LOS SACRIFICIOS HUMANOS EN EL ANTIGUO MÉXICO

1. Collar de sacrificio.—2. Vasija adornada con la cabeza de un sacrificador.—3, 6 y 8. Entradas de los templos de sacrificio.—4. Cuchillo de Obsidiana.—7. Cabeza que figura un sacrificador cubierto con la piel de una víctima.

tentaban los templos un espacio abierto capaz de numerosa concurrencia, en medio del cual sobre un cono ó cilindro de ocho ó más piés de altura descansaba una piedra circular de considerable tamaño, lisa en el fondo y esculpida en los bordes, por cuyo centro, agujereado, pasaba una cuerda. Sobre esta ensangrentada piedra, á que se daba el nombre de *temalacatl* y conducian estrechas gradas, debía el prisionero, atado por uno de los tobillos y sin más armas que una rodela y una espada corta sostener aquellas ya referidas luchas primero con el que le había cogido y después, si le vencía, con otros seis combatientes. Si salía vencido sufría, como dije, la suerte de las demás víctimas: muerto ó vivo se le subía á la piedra *texcatl* y se le arrancaba el corazon abriéndole el pecho.

Este género de sacrificio, cuyo orígen tradicional expuse cuando hablé de Huitzilopochtli, aunque el más frecuente, no era, como dejo indicado, el único. En la fiesta del mes de *Teotleco*, consagrada á la vuelta de los dioses, todas las tardes se sacrificaba esclavos arrojándolos vivos sobre un lecho de áscuas que ardía en el Tecalco. En la fiesta del mes de *Hueymicailhuitl* dedicada á Xiuhtecuhtli no se ponía sobre la piedra *texcatl* á las víctimas sinó al verlas próximas á morir dentro de un vasto brasero á que las habian echado impiamente los chalchamecas. El mes de *Ochpaniztli* sobre las espaldas de un sacerdote que á media noche la conducía al templo se cortaba de improviso la cabeza á una mujer símbolo y representacion de la diosa Toci. De los niños que se inmolaba á los Tlaloques morian algunos de asfixia en el lago de Méjico, y otros de hambre y terror en hondas y oscuras cuevas. Cuando se ofrecía al Sol los primeros frutos de las cosechas, se aplastaba entre dos enormes piedras al más atroz de los delincuentes. En Quauhtitlan, por fin, se honraba de cuatro en cuatro años á Mitl poniendo en cruz á un esclavo y matándole á flechazos.

Ni siempre se procedía de igual manera con los sacrificados en la piedra *texcatl*. Desollábase á los que lo habían sido en honor de Totec, y sólo después se los entregaba á sus dueños. De los que en esa misma fiesta habían peleado antes de morir se guardaba el corazón en una copa. En una taza se ponía el de la mujer que durante el mes de *Tecuilhuitzintli* daba su vida por Huixtocihuatl, diosa de la sal y segun algunos hermana de los Tlaloques. Despues de muerta se cortaba la cabeza á la esclava que en el mes de *Tititl* representaba á la anciana diosa Ilamatecuhtli. Los corazones de los niños inmolados á Tlaloc en el mes de Etzalcualixtli se los recogía en una olla pintada de azul con manchas de ulli y se los arrojaba solemnemente al remolino de Pantitlan junto con ricas plumas y piedras preciosas que se había dado en ofrenda. Alguna que otra vez sucedía tambien que hacían el oficio de *texcatl* un *teponaztli* ó las espaldas de un sacerdote: las espaldas de un sacerdote en la fiesta del mes de Hueytecuilhuitl donde se adoraba á Centeotl bajo la denominacion de Xilonen; el *teponaztli* para el primero que caía vencido en la pelea de una de tantas fiestas religiosas.

El desuello de las víctimas era más frecuente de lo que pudieran creer mis

elctores. Se desollaba, no sólo las de Totec, sinó también las de Tzinteotl, la de Toci y áun el cadáver de los monarcas ó barones feudales que habían muerto despues de haber defendido en la piedra *temalacatl* su amenazada vida. Esto en público, que privadamente arrancaban todos los mejicanos la piel á las víctimas que habían ofrecido á los dioses y la guardaban con esmero, ya como sagrado recuerdo, ya para curacion ó penitencia de males ó pecados propios ó ajenos. Lo más terrible era que á veces se desollaba hombres vivos: en Méjico al ladron de metales; en Tlaxcala al primer prisionero que se hacía en los campos de batalla.

Horroriza aún más el uso que de algunas de las pieles se hacía. En determinadas ocasiones, por exigirlo el ritual, se las vestían sobre la suya los sacerdotes y los mismos reyes; por vía de penitencia ó de remedio los demás hombres. Vestíase un sacerdote la de la mujer inmolada á Toci, y la llevaba, no horas, días.

Sacrificaban los aztecas, segun acaba de verse, hembras y varones, adultos y niños. Niños, sólo en las fiestas de Tlaloc; hembras, sólo en las de algunas diosas; varones, casi en todas las que iban acompañadas de holocaustos. Se compraba los niños, sobre todo cuando no había madres que los ofreciesen; se buscaba las hembras en la clase de esclavas; se elegía los varones entre los esclavos y los prisioneros de guerra y alguna que otra vez entre los criminales. Los más favorecidos eran los prisioneros. Se invadía muchas veces las naciones fronterizas con el solo fin de procurárselos é inmolarlos en los altares del sanguinario Huitzilopochtli; y con el mismo fin parece indudable que los mejicanos, los tecpanecas y los acolhuas estipularon solemnemente con los tlaxcaltecas, los chotultecas y los huexotzingas que de tiempo en tiempo se darían unos á otros en terreno neutral y con iguales fuerzas batallas campales. Los dioses ó el Sol están sedientos de sangre, decían de vez en cuando los sacerdotes: y reyes y pueblo se entregaban con furor á la guerra.

Estos sacrificios, digan lo que quieran algunos autores, debieron de ser numerosos. Exagerarán los que hacen subir á veinte y á cincuenta mil la cifra anual de las víctimas; pero exagera más de seguro el Padre Las Casas cuando la rebaja á ciento y aún á cincuenta. Para cifra tan corta no habría habido necesidad ni de tratados como el que acabo de referir, ni de otras guerras que las naturalmente producidas por las relaciones de tan belicosa raza con pueblos tan independientes y fieros como los de Tlaxcala y Cholula. Se comprenderá que hubo de ser mucho mayor el número con solo recordar que había sacrificios en la mayor parte de las fiestas religiosas, en la coronacion de los reyes. en los combates, donde se vertía siempre la sangre de los primeros cautivos, á cada victoria que se obtenía y á cada templo que se inauguraba. Sólo en la dedicacion del templo mayor de Méjico, verificada el año 1486 ó 1487, reinando Ahuitzotl, perecieron sobre la piedra *texcatl*, segun Tezozomoc 72,344 prisioneros, segun

otros escritores 60,460. Hubo despues otras hecatombes, la última la de la consagracion del templo de Coatlan (1518), donde se inmoló á todos los cautivos de las campañas de aquellos años; y, por mucho que se reduzca en todas la cantidad de víctimas, resultará siempre espantosa.

Hay sobre todos estos datos uno que no permite creer al Padre Las Casas. Indiqué algo ya sobre los cráneos que había en el templo de Huitzilopochtli. Enfrente de la puerta principal del templo alzábase un terraplen piramidal de ciento cincuenta y cuatro piés de base, á que se ascendía por treinta gradas de treinta brazas de largo. De los dos extremos de la plataforma superior salían dos torres ó columnas; y el espacio intermedio lo ocupaban setenta altos varales fijados paralelamente en las márgenes donde encajaban de abajo arriba numerosas varetas. Estaban llenas de cráneos las varetas y las torres y segun Ortega hasta los había entre los escalones. Hasta 136,000 cráneos dijeron haber contado unos compañeros de Cortés en tan espantable sitio. Aunque fueran muchos menos, conviene tomar en cuenta que ese notable terraplen llamado *Tzompantli* era posterior al templo, y á la llegada de los españoles no contaba treinta años.

No escaseaban tampoco los sacrificios en los pueblos nahuas que se mantuvieron siempre ó por mucho tiempo independientes de los aztecas. Sólo de los totonacas se dice que los hacían con repugnancia y pedían fervorosamente á Tzinteotl, su divinidad favorita, que intercediera con el Sol para que los librase de tan odiosos holocaustos. Los tlaxcaltecas en su fiesta del dios Camaxtli inmolaban sobre mil víctimas: quinientas sólo en la cabecera de Ocotelolco. Sucedía poco menos en Cholula á pesar de haber sido la ciudad en que reinó Quetzalcoatl cuando dejó la de Tula perseguido por Tezcatlipoca. Tapábase Quetzalcoatl los oidos cuando le hablaban de sangre, y en los mismos templos de Quetzalcoatl la vertieron al fin los cholultecas. Lo singular es que en todas aquellas repúblicas se hacía una fiesta á Xochiquetzal, Xochitecatl y Tlazolteotl, diosas de los carnales deleites y en ella se sacrificaba á muchas vírgenes y, como antes dije, se sacrificaban voluntariamente muchas cortesanas. Los zapotecas inmolaban tambien hombres, mujeres y niños: hombres á sus dioses, mujeres á sus diosas, niños á deidades diminutas.

No abundaban tanto los sacrificios entre los mayas. No concedió Tohil á sus adoradores el fuego que le pedían sinó bajo la condicion de que le diesen el costado y el sobaco; y comprendiendo por estas palabras los quichés que Tohil gustaba de nuestra sangre, estaban todavía en Hacavitz, cuando la dieron en hurtar hombres para sacrificárselos. Posteriormente le inmolaron no pocas veces prisioneros de guerra; en los tiempos de la Conquista, sin embargo, no lo hacían ya, segun parece, sinó en una fiesta que tenían consagrada á todos sus dioses y Jimenez, como vimos ya, califica de Pascua sin duda por el largo ayuno que la precedía. Matábase en ella sólo esclavos y se los mataba por el mismo procedimiento de los nahuas: tendiéndolos sobre una piedra, abriéndoles el pecho

y arrancándoles el corazon. Tambien allí se ofrecía ese corazon al Sol y se lo pasaba por los labios de los ídolos; tambien allí se entregaba el cuerpo, si no á los dueños de la víctima, á los sacerdotes y los magnates para que se lo comieran; tambien allí se separaba la cabeza del tronco y se la ponía, ya que no en las varetas ó las torres de otro *tzompantli*, en altísimos varales.

Eran ya más dados á los sacrificios los yucatecas. Los tenían de dos clases: el de los nahuas, que hacían al pié de las gradas ó en lo alto del templo, y otro que consistía en asaetear á la víctima. En éste se desnudaba al sacrificando, se le teñía de azul el cuerpo, se le ceñía una corona y, bailando con gran ceremonia, se le subía á un madero labrado y cubierto que había en medio del patio. Ya que estaba allí atado y sujeto, le hería el sacerdote con una flecha en los órganos genitales y bajaba corriendo á untar con la sangre el rostro de los dioses. A poco los que bailaban, sin perder el compás ni suspender la danza, iban disparando sus flechas contra el corazón del infeliz cautivo que lo tenía señalado por un parche blanco. Poníanle de saetas el pecho que no parecía sinó erizo.

No sacrificaban los yucatecas á sus semejantes en las fiestas ordinarias; pero sí cuando, afligidos por la sequía ó la peste, creían irritados á sus dioses. Inmolaban entonces esclavos y aún á sus propios hijos, y á veces arrojaban vivas multitud de vírgenes al pozo de Chichen Itzá, sobre el cual extendían sus ramas árboles de una espesa y silenciosa selva.

Continuaban los sacrificios hasta la tierra de Nicaragua. Hacían los pipiles el de un niño en los primeros días del verano y del invierno y el de prisioneros de guerra despues de todo triunfo. Si atribuían la victoria á Quetzalcoatl, inmolaban quince víctimas, si á la diosa Itzcueye, cinco, en uno y otro caso una por día. A párvulos y adultos arrancaban el corazon por el procedimiento de los nahuas. Para los adultos hasta tenían en los patios de los templos su *texcatl*, un banco de piedra. De los niños, sin embargo, recogían por mano de sus sacerdotes el corazon en una bolsa y la sangre en cuatro jícaras hechas de la cáscara de cierta fruta; bañaban en la sangre los dedos, la sacudían hácia los cuatro puntos cardinales del horizonte y, si alguna quedaba, la volvían con el corazon al cuerpo del sacrificado. El corazon de los prisioneros lo agitaban tambien á los cuatro vientos y terminaban por arrojarlo de manera que fuera á caer en medio del patio. Recibe, oh dios, exclamaba el sacerdote oficiante, esta ofrenda de sangre en accion de gracias por la victoria.

Los nicaraguatecas hacían sacrificios en todas sus fiestas. Anunciábalos el sacerdote desde las gradas del templo con la cuchilla en la mano y anunciaba á la vez el número de los holocaustos. En todas se inmolaba prisioneros de guerra cuando los había; sólo cuando no, gente comprada: podía allí el padre vender para esto á sus hijos y aún cada persona su propio cuerpo. No el rostro de los ídolos, sinó el de las víctimas, se teñía con los corazones que se arrancaba. Hacíase despues pedazos el cadáver de los prisioneros y se entregaba el corazon al

gran sacerdote, los piés y las manos al rey, los muslos al captor, lo demás al pueblo. La cabeza se la colgaba por vía de trofeo de señalados árboles. De las otras víctimas encerrábase en una calabaza piés, manos y entrañas, y quemábase el resto hasta reducirlo á cenizas. No llegaba el canibalismo de los nicaraguatecas á comerse el cuerpo de los compatricios.

En las naciones cultas de la América Meridional los sacrificios eran más raros. De los muiscas no se sabe que inmolaran á nadie, como no fuese al principio de sus indicciones. Mataban entónces solemnemente á un mancebo que había nacido el primer año de la otra indiccion y había sido arrancado con violencia de brazos de sus padres. Llevábanlo procesionalmente á la columna que les servía para medir las sombras solsticiales y las equinocciales, atábanle, asaeteábanle, arrancábanle el corazon, ofrecíanlo al Sol y recogían la sangre en los mismos vasos que tenían destinados al servicio de sus dioses.

De los peruanos hasta se niega que hiciesen sacrificios humanos. Lo niegan, además de Garcilaso, muchos autores, entre ellos el de una Relación Anónima, publicada no há muchos años, que parece escrita para combatir á Polo de Ondegardo. Estoy con los que lo afirman, porque son á mis ojos de grande autoridad Cieza de Leon y el mismo Polo; y Cieza en la Segunda Parte de su Crónica del Perú no pudo ser más explícito. A la redonda del templo de Coricancha asegura que había un circuíto donde se metía á los corderos blancos y á los niños y los hombres que se sacrificaba. Habla luego del cerro de Guanacaure, y hasta describe minuciosamente cómo se inmolaba allí á los hombres y á las mujeres que ofrecían sus vidas á los dioses. Mujeres y hombres, dice, vestían sus mejores trajes y llevaban sus más ricas joyas; y despues de brillantes pláticas, en que se les abría las puertas del cielo, morían ahogados por los ministros del culto. En el templo de Aconcagua escribe tambien que había holocaustos de animales y holocaustos de indios ó indias Los había, añade, en el templo de Coropuna, en el de Aconcagua, en el de Pachacámac y generalmente en todos los que eran famosos por sus oráculos. Lo singular es que un autor indígena, tanto que apenas sabía escribir en nuestro idioma, un D. Juan de Santa Cruz Pachacuti, atribuyó al mismo Manco-Cápac, el primer Inca, uno de estos sacrificios. Manco-Cápac, segun él, buscaba á Dios y para encontrarle mandó que se quemase sobre uno como altar un cordero. Nada vió ni á nadie oyó, y ordenó entónces que se cortara la cabeza al más hermoso de sus hijos y se echara la sangre al fuego para que el humo llegase al Hacedor de cielo y tierra.

Que hubo en el Perú sacrificios humanos es para mí indudable. Lo afirman, además de Polo y Cieza, Montesinos, Balboa y áun Santillan, donde leo que en Pachacámac y el Cuzco se enterraba vivas algunas vírgenes. Mas advierten los mismos Santillan y Cieza que estos sacrificios eran raros, y tal creo. No se los hacía en mi opinion sinó cuando ocurrían determinados acontecimientos: ó grandes alegrías ó grandes aflicciones; ó alegrías que hiciesen suponer á los

dioses muy propicios á los pueblos ó aflicciones que permitiesen creerlos airados y sedientos de venganza.

Eran aún más raros estos sacrificios en las razas salvajes. Los había en toda la tierra al Noroeste del Perú y en toda la que ocupaban al Océano Atlántico ó al mar de las Antillas los guaraníes, los tupíes y los caribes; pero, no inspirados por el sentimiento religioso, sinó por odio al enemigo ó deseo de saciar extraviados apetitos. Se inmolaba allí al hombre para comerle, no para ofrecerle á los dioses. Sólo en las provincias de Paucura y de Arma halló Cieza sacrificios como los que son objeto de este párrafo. En Paucura, dice, cada martes se mataba dos hombres en honor de una imágen de madera que tenía los brazos abiertos y el rostro á Oriente; y en Arma sobre un tablado se arrancaba el corazon á los prisioneros de guerra y se lo dedicaba á los ídolos.

En los pueblos salvajes de la América del Norte no había siquiera el repugnante canibalismo de la América del Mediodía. Sólo de los comanches, los koniagas y los nutkas se dice que una vez por año vertían en honor de sus dioses la sangre de un esclavo. A sus caciques, no á sus dioses asegúrase que inmolaban el hijo primogénito las tribus de las costas de la Florida.

Es doloroso consignar que en las naciones cultas fué donde más abundaron los sacrificios.

CXI.

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—La penitencia.

La penitencia es aún el sacrificio: el sacrificio propio. Constituíanla en muchos pueblos el ayuno, la abstinencia de algunas comidas, el apartamiento de los placeres sensuales y la torturacion del cuerpo.

No siempre el ayuno era acto de penitencia. Como antes dije, por él pretendían algunas gentes purificar á la mujer que se hacía núbil; y, como diré más tarde, por él buscaban otros la curacion ó el alivio de ciertas enfermedades. Lo empleaban, con todo, muchas más en expiacion de sus faltas y desagravio de sus dioses. Ayunaba todo el día el moxo en sus fiestas religiosas, y sólo despues de anochecido podía comer y entregarse al júbilo. Cuando recogía la cosecha, celebraba el crik una fiesta que duraba ocho días, y los siete primeros, que fuese varon, que fuese hembra, guardaba rigoroso ayuno. Guardábalo el mandán la víspera de casi todos los actos importantes de su vida á fin de hacerse propicios lo mismo á Dios que al Diablo; lo ejercían hasta el rudo esquimal y el feroz comanche cuando querían rendir culto á sus divinidades.

Había entre los algonquines asociaciones de magos. No se entraba en ninguna sinó despues de grandes y prolongados ayunos, porque se pretendía que

sólo así lograba el hombre comunicarse con los espíritus. Quizá porque tal creyesen, solían los jefes de los haidahs, que tambien ejercían la magia, retirarse todos los años despues de la estacion de los salmones al fondo de un sombrío y silencioso bosque y no alimentarse sinó de yerbas. Es muy de notar que hacían otro tanto los magos nutkas, los chamanes tlinkites y casi todos los hechiceros.

Otras razas acudian al ayuno cuando iban en busca de sus nahuales. Querían los californios del Sur y algunos pueblos mayas que se los inspirasen los dioses, y se demacraban á fin de descubrirlos en los sueños que la debilidad produce.

Ayunaban otras naciones salvajes para salir vencedoras en sus guerras. Ayunaban los nuevo-mejicanos mientras estaba en el campo su gente de armas; y los acaxees, antes de emprender expedicion alguna, encerraban una vírgen de su tribu y la condenaban á no comer durante la campaña sinó maíz tostado.

Eran mayores y más frecuentes los ayunos en las razas cultas. Para los aztecas legos duraban de uno á diez días, y en los años divinos hasta ochenta. Consistían en no comer ni beber sinó á mediodía. Hasta de ciento sesenta días los hubo para los sacerdotes, sin que fuese raro que, deseoso el Pontífice de dar ejemplo, se recogiese á los vecinos montes y pasase meses y meses sin otro alimento que maíz crudo. Hablábase allí tal vez para estímulo de los flojos, de unos *teopixquis* de Teotihuacan que en cuatro años no habían comido al día sinó una pequeña taza de puches con miel y un bollo de dos onzas, permitiéndose quebrantar el ayuno sólo al principio de cada mes, en que asistían á los banquetes del pueblo.

Ayunaban naturalmente en la raza azteca los individuos de las órdenes religiosas. Ayunaban sobre todo los tlamacaxquis, que estaban al servicio de Quetzalcoatl, el dios de la Penitencia. Comían estos groseras viandas, vestían toscas y negras ropas, se bañaban á media noche, no dormían hasta una ó dos horas antes de romper el alba y de vez en cuando se retiraban tambien á lugares desiertos para vivir más austera y santa vida. Segun Acosta había ascetas no menos duros consigo mismos: pero sólo por un año. Ni ayunaban menos las mujeres que para siempre se consagraban á los dioses. Aunque se les consentia una escasa merienda, mortificábanse más que los hombres: sobre no comer carne sinó los días festivos, era constante su ayuno. Se las llamaba no sin razon *cihuacuaquilli*, comedoras de vegetales.

Para los sacerdotes eran principalmente motivo y ocasion de ayuno las fiestas religiosas. Algunas lo eran aún para los profanos. Ayunaban clerecía y pueblo durante cuatro días en la fiesta del mes de *Huey-Tozoztli*, dedicada á Centeotl y Chicomecoatl, divinidades de la Agricultura. Ayunaban otros tantos días mozos y ancianos en las fiestas del mes de *Quecholli:* se abstenían de todo licor y aún de sus mujeres mientras estaban haciendo flechas en el templo del dios de la Guerra. Ayunaban tambien los cazadores la víspera de la batida que se veri-

ficaba aquel mismo mes en honor de Mixcoatl por las vertientes de Cacatepec, cerca de Taçubaya.

Había además su ayuno en casi todos los actos solemnes. Concluidas las ceremonias del casamiento, entregábanse, como dije, por cuatro días los deudos y los amigos de los desposados á ruidosos banquetes, seguidos de cantos y bailes. En tanto los novios ayunaban en estrecha y silenciosa estancia guardados por el ojo avizor de severas ancianas. No podían lavarse ni bañarse; tampoco salir del aposento, como no fuese para deponer ofrendas y quemar incienso en el altar de sus dioses penates.—El nuevo rey, despues de ungido por el Gran Sacerdote, pasaba otros cuatro días en cierta cámara del templo llamado Tlacatecco. Ayunaba allí tambien sin que pudiera comer sinó á mediodía, bien que á su gusto.

No eran menos rigorosos los ayunos en los Estados independientes de Méjico. El de ciento sesenta días del que ya dije, lo hacían en los años divinos los tlaxcaltecas y los huexotzingas al prepararse para la fiesta en honor de Camaxtli. De todo un año lo exigían los mixtecas á los aspirantes al sacerdocio. En todo el año podía el novicio comer otro alimento que yerbas, maíz tostado y miel silvestre. De los zapotecas no hablemos: tenían en Wixipecocha su dios de la penitencia y habían llegado á los fakires de la India.

Grandes eran tambien los ayunos de los mayas. Con ayunos leo en el *Popol-Vuh* que compraban los reyes y barones quichés su palacio y su reino. En el templo de Tohil, segun aquel libro, había constantemente altos señores, unos orando y quemando copal y otros ayunando: los que ayunaban dice que no comían sinó matasanos y zapotes. El Padre Jimenez habla, por otra parte, de un ayuno general que precedía á la más importante fiesta de Guatemala. La fiesta equivalía para él á la Pascua y el ayuno á la Cuaresma.

Una como cuaresma veo entre los antiguos yucatecas. Ayunaban éstos al acercarse la fiesta del mes de *Pop*, el que menos trece días y los que más tres meses. Ayunaban tambien mientras hacían las imágenes de sus dioses y cuando recibían oficio de religion ó de república. Segun Landa, tenían ayunos hasta de tres años. Consistían unos y otros principalmente en comerlo todo desabrido, sin sal ni pimienta.

Los peruanos, al decir de Garcilaso, tenían ayunos de dos clases: uno riguroso, donde no probaban sinó maíz crudo y agua; y otro más suave, en que se permitían tostar el maíz y acompañarlo con algunas yerbas. En ninguno podían comer más de una vez por día ni hacer uso de pescados ni de carnes. El riguroso, que no duraba sinó tres días, era obligatorio para todos los habitantes del Imperio como preparacion á la fiesta de *Hatun-Raymi*. Lo era tambien antes de la fiesta de Citua, aunque sólo de aurora á aurora.

Segun Fernando de Santillan, en las sequías y las pestes ayunaban cinco días los sacerdotes y los reyes. ¿No ayunaría tambien el pueblo?

Los peruanos en sus ayunos debían siempre apartarse de sus mujeres. Los

quebrantaban con sólo admitirlas en sus lechos. Lo de notar es que acontecía poco menos entre los mayas y los nahuas. A la exageracion llevaban, segun el Padre Jimenez, los guatemaltecas este apartamiento: lo prolongaban setenta y ocho y hasta cien días en la principal de sus fiestas. Entre los nahuas sería sin duda mucho menor el sacrificio. Se dejaba allí, como se ha visto, los largos ayunos para los sacerdotes, que vivían y morían célibes.

Estas formas de penitencia eran, con todo, llevaderas. Otras mucho más rudas había en casi todos los pueblos cultos. De los incas no sé yo que en desagravio de sus dioses se sacaran sangre del cuerpo. Refiere Garcilaso que en las fiestas de Citua amasaban cierto pan con la que extraían del entrecejo de niños mayores de cinco y menores de diez años; mas en esto, sobre no sacrificarse á sí mismos, obedecían á lamentables supersticiones y no á sentimientos religiosos. En cambio los mayas y los nahuas eran, así en los templos como en los adoratorios de sus casas, pródigos de su propia sangre. Segun Landa los yucatecas unas veces se recortaban las orejas ó lo supérfluo del miembro, otras se agujereaban las mejillas ó los labios, otras se taladraban la lengua y se pasaban por la herida numerosas pajas; otras se desarticulaban y separaban falanjes de los piés ó de las manos. Hacian más, segun el mismo autor, y era, estando en el templo, ponerse en fila y ensartarse los unos á los otros por las partes vergonzosas. Dejaban todas las recortaduras en los altares y untaban con la sangre el rostro de los ídolos. En una de sus fiestas llevaban aún más allá las cosas: despues de ceremoniosos bailes pasaban descalzos sobre áscuas creyendo que así alejaban los males y aplacaban la cólera de los dioses.

Hacían poco menos los nicaraguatecas. Los quichés ya en los primitivos tiempos se punzaban orejas y codos y ponían la sangre en la copa de piedra del templo. Pinchábanse despues en muchas de sus fiestas brazos, muslos, orejas, narices, lengua. A través de la lengua llegaban á pasarse los vecinos chiapanecas y los lacandones hasta recios cordeles. De lengua y orejas se sacaban tambien los pipiles sangre y la esparcían á los cuatro vientos.

Todas estas formas de penitencia existían y aún eran frecuentes en los pueblos nahuas. Sangrábase el nahua los oidos ó por lo desatentos ó por lo fáciles en comunicar al ánimo agenas ruindades; la lengua por haber proferido torpes palabras ó dado al aire torpes ideas; los ojos por haberse detenido y recreado en cosas ó hechos engendradores de malos pensamientos; los brazos y las piernas por haber sido para lo malo prontas ó para lo bueno flojas. Usaba generalmente para todos estos sacrificios ó espinas de maguey ó cuchillos de obsidiana; y solía tambien pasarse por los agujeros de la lengua y los oidos ya cuerdas, ya astillas de pedernal ó de madera. No satisfechos con dar su propia sangre, daban á veces la de sus hijos.

Repetían este holocausto sobre todo los sacerdotes. En una de las fiestas de Tlaloc, cuando volvían al templo, ayunaban cuatro días, y en todos, al levan-

tarse, iban á cierto lugar donde había multitud de espinas de maguey cortadas la víspera. Sajábanse allí las orejas y teñían con la sangre las espinas que su mayor ó menor devocion y sus mayores ó menores fuerzas les permitían. En la fiesta de Camaxtli, durante su largo ayuno de ciento sesenta días, encaminábanse cada mes al templo que este dios tenía en la cumbre del Matlalcueje. Allí, al ponerse el sol, despues de cantos en solemne y plañidero tono al són de roncos atabales, se taladraban con lancetas de sílice la lengua y se pasaban por la herida centenares de palillos, unos más delgados, otros más gruesos, que encontraban recogidos en manojos. Hasta cuatrocientos cincuenta se pasaba por la lengua su pontífice, que cantando empezaba y concluía tan doloroso sacrificio.

Hacían las mismas ofrendas de sangre los profanos casi en todos sus actos de importancia: los novios, la víspera de la consumacion del matrimonio; el nuevo rey, los cuatro días que estaba en el Tlatatecco; los soldados, cuando antes de ponerse en marcha iban al templo con sus mantos de nequén y sus armas; y los fieles todos, en muchas de sus fiestas. En la del *Xiuhmolpilli*, por ejemplo, no bien veían los mejicanos brillar sobre la cima del Huixachtlán el primer fuego, sajábanse todos las orejas y esparcían la sangre hácia la nueva lumbre; en la del mes de *Huey-Tozotli* heríanse diversas partes del cuerpo y con su sangre teñían unas hojas de esparganio que exponían á la puerta de sus casas; en las del mes de *Toxcatl* pasaban descalzos por cierto lugar del templo que estaba sembrado de espinas de maguey para que no anduvieran sin verter sangre en honor de Tezcatlipoca.

Se atribuye generalmente el orígen de estas bárbaras penitencias á Quetzalcoatl, y á mi entender no sin motivo. Le pintan las tradiciones todas escarificándose las piernas y untando con la sangre espinas de maguey, que luego ofrecía á los dioses. Mas de esto á lo que acabo de referir media gran trecho; y preciso es consignar que, si él inició realmente esos sacrificios, los exageraron mucho sus fanáticos sacerdotes.

No los habrían exagerado los sacerdotes mixtecas á ser cierto lo que decian de los hijos de sus divinidades y expuse en otro párrafo. Allí estos dioses-hombres se habían taladrado ya segun la tradicion las orejas y la lengua. Más prudentes los zapotecas, se limitaban, segun parece, á sacarse gotas de sangre de la parte inferior de la lengua y la posterior de los oidos y con ella untar ciertas pajas que despues tenían por sagradas.

Hallo aún este género de holocaustos en Chihuahua; no más al Norte. En algunas razas salvajes eran frecuentes las laceraciones del cuerpo; mas sólo ya como medida terapéutica ó como señal de luto, no como acto religioso.

Otra penitencia conocieron aún los nahuas: las abluciones. Introdujo ya Quetzalcoatl la costumbre de bañarse á media noche en agua fría lo mismo en invierno que en verano. La siguieron los sacerdotes y la impusieron en ocasiones dadas á los mismos reyes. Lo singular es que entre los mayas y aún entre

los mismos nahuas, si mal no recuerdo, dejarse de lavar era tambien no pocas veces acto de penitencia.

CXII.

Instituciones y creencias religiosas —Culto.—Confesion.

La confesion es aún la penitencia, la penitencia moral, la más dura de las penitencias. Nada nos humilla como descubrir á otros hombres los secretos del corazon y revelarles en alta ó baja voz lo que apenas nos atrevemos á decirnos á nosotros mismos.

Existía, sin embargo, la confesion en importantes tribus y naciones de América. Una de las ramas de los tacullis veía en los enfermos de gravedad reos de ocultos crímenes, y entendia que no sanaban como no los confesasen. Venían á pensar otro tanto los nahuas y los mayas; y maya había que al sentirse morir se acusaba de pecados y delitos que había cometido veinte años antes. Mayas eran los pipiles y los guatemaltecas; y entre éstos, cuando la mujer tenía un parto difícil, publicaba espontáneamente sus faltas. Si ni aún con esto salía del paso, venía el marido y publicaba las suyas.

Se ha disputado mucho sobre si conocieron ó no la confesion los Incas y sus vasallos. Lo que hoy parece cierto es que muchos delincuentes, aún con riesgo de sufrir la pena de muerte, se denunciaban, cuando pestes ú otros males afligían ó amenazaban á los pueblos. Temían que por su culpa no padeciese la República, y se ofrecían voluntariamente al sacrificio. La idea que originaba esta confesion era en el fondo, como ve el lector, la misma que la de los tacullis, los mayas y los nahuas; tanto, que, al decir de Santillana, cuando ocurrían en el Perú calamidades públicas, las muchedumbres llevaban con frecuencia ante los confesores al que sospechaban reo de cualquier crímen.

No siempre, con todo, reconocía la confesion la misma causa. Entre los guatemaltecas y los quelenes era á veces un mero acto de purificacion como entre los cristianos. En uno y otro pueblos los novios antes de casarse habían de decir sus faltas: los guatemaltecas, sólo ante el sacerdote; los quelenes, ante el sacerdote y el cacique. El novio quelén había de declarar principalmente si con la novia ó cualquiera otra mujer había tenido relaciones ilícitas. Acto meramente purificador era aún la confesión entre los yucatecas cuando la exigían á los mancebos que iban á bautizarse, y entre los nahuas cuando la hacían con el ayuno condicion indispensable para adquirir en el sacerdocio el rango de *coacuiles*.

Acto purificador era tambien para los nicaraguatecas. Siempre que habían quebrantado alguna de sus fiestas ó hablado mal de sus dioses, confesábanse los

nicaraguatecas, no ante ningun sacerdote ni ningun cacique, pero sí ante un anciano que por signo de su cargo llevaba al cuello una calabaza. Decían de pié y en secreto sus faltas, y recibían de ordinario por penitencia barrer ó surtir de leña el templo. No tenían nunca más de un confesor y éste electivo: buscábanle siempre y habían de buscarle entre viejos célibes que se distinguieran por sus virtudes. Elegíanle de por vida y le trataban con mucha consideracion y respeto; mas no cuando abusaba del oficio. En su propia casa, y no en lugar alguno de oracion, había de oirles; y debía sobre todo guardarse de repetir á nadie lo que le dijeran.

La confesion de los nahuas era en extremo ceremoniosa cuando se quería purgar delitos, ya sensuales, ya de otro género. Buscaba en este caso el penitente un sacerdote de los que eran á la vez agoreros, decidores de la buena ventura y algo brujos, y le rogaba que buscase en el *tonalamatl* el día más fausto para la purificacion de su alma. Ya que llegaban el día y la hora, volvía á la casa del confesor con un petate nuevo, un poco de copal y un haz de leña. Encendía desde luego lumbre, barría el suelo, extendía el petate y, cuando veía en él sentado al sacerdote, le entregaba el incienso. Arrojábalo el sacerdote al fuego, y al fuego dirigía estas palabras: «Vos, Señor, que sois el padre y la madre de los dioses, sabed que ha venido con gran dolor y tristeza vuestro vasallo por haber caido en grandes culpas y estar de ello muy fatigado y pesaroso. Vos, defensor y amparador de todos, recibidle á penitencia y oid su angustia.» Volvía despues los ojos al pecador y le decía estas palabras, transcritas ya en otro párrafo: «Estás, hijo mío, delante de Tezcatlipoca. Guárdate de mentirle. Derrama en su presencia tus maldades: nada omitas por miedo ó vergüenza. Abiertos tiene para tí los brazos.»

Juraba el penitente decir verdad lamiendo su propia mano despues de haberla pasado por la tierra y echado copal al fuego, sentábase cara á cara del sacerdote y, como si en él viese al mismo Tezcatlipoca, profería estas breves frases, ya tambien transcritas: «Oh Señor nuestro, que á todos recibes y amparas, oye mis hediondos y repugnantes crímenes. No te serán por cierto ocultos, puesto que todas las cosas te son manifiestas.» Confesaba á continuacion sus faltas por el órden con que las había cometido, quieta, sosegadamente, en voz, aunque baja, perceptible, sin omitir pormenores, «recto como el que anda por calle estrecha y no quiere dar contra las paredes.»

Acabada la confesion, el sacerdote levantaba los ojos al cielo y dirigía á Tezcatlipoca una larga oracion que compendiaré cuán fielmente pueda. «Oh, Señor humanísimo, amparador y favorecedor de todos, exclamaba, habeis oido ya la confesion de este pobre pecador, que acaba de verter aquí todas sus hediondeces y podredumbres. ¿Habrá ocultado algunas? Si así es, gran burla ha hecho de vos y grande ofensa os ha inferido. Que no se queje si le arrojais á profunda sima, ó le dejais ciego ó tullido, ó haceis que se le pudran las carnes ó caiga en

gran pobreza. Vos, que por ser invisible é incorpóreo lo veis todo, visto habreis su atrevimiento. Ha venido á meterse él mismo en el riesgo que corre, porque este es lugar de estrecha justicia.

»Mas, si por ventura ha dicho toda la verdad, perdonadle, Señor, sus faltas. Cayó como hombre pobrecito y flaco y pecó muchas veces; pero lleva ahora en su corazon por el recuerdo de sus pasadas culpas gran dolor y desasosiego, y tiene el firme propósito de nunca más ofenderos Vos, que todo lo sabéis, no ignoráis sin duda que no obró este mísero con entera libertad, pues le indujo y le arrastró al pecado el signo en que nació. ¿Por qué no habiais de apartar de su cabeza el fuego de vuestra ira? Llora, gime y solloza mirando dentro de sí el mal que cometió. y no sólo se conduele, sinó que tambien se espanta, de sus culpas. Otorgadle, Señor, vuestro perdon, agua clarísima y pura que baja del cielo y lava toda mancilla. Decidle qué ha de hacer en penitencia de sus pecados, dadle avisos para su buen vivir y dejadle que salga tranquilo de este lugar de prueba.»

Volvíase el sacerdote al penitente y añadia: «Oh, hermano, caíste en hoyos tan profundos y en lazos y redes tan estrechamente unidos y enlazados. que de ellos no era posible que salieras por tí mismo. Esto son tus pecados: son no sólo redes y pozos, sinó tambien fieras que matan y despedazan el cuerpo y el alma. ¿Si habrás ocultado algunos por lo graves ó sucios cuando son ya públicos en el cielo, la tierra y los infiernos y hieden hasta en lo postrero del mundo? Cuando viniste á la vida, bueno y limpio viniste. Habíate formado tu padre y madre Quetzalcoatl como piedra preciosa y como joya de oro rica y resplandeciente. Te amancillaste despues revolcándote en la suciedad de los pecados, como se amancilla jugando y burlando con el estiércol niño sin entendimiento. Has descubierto ahora tus pecados á nuestro Señor. que á todos ampara, perdona y purifica, y has entrado en la fuente de su misericordia y resucitado en el mundo. Ya que esto has conseguido, anda con mucho tiento mientras vivieres. Sé humilde y vé siempre con la cerviz baja. No te ensoberbezcas. puesto que nada eres, ni nada puedes, ni nada vales. Esfuérzate en ser otro de lo que hasta ahora fuiste: toma nuevo corazon y nuevo modo de vida, y guárdate sobre todo de volver á tus pasadas culpas.»

Señalando luego penitencia al pecador, le decia: «Vé ahora y barre tu casa y tu cuerpo, busca un esclavo y sacrifícalo á Tezcatlipoca, da á los principales de tu pueblo fiestas en que canten los loores de Dios. Trabaja un año ó más en el templo; púnzate allí con espinas de maguey. En pena de los adulterios y demás suciedades que cometiste y en pena tambien de las palabras con que injuriaste y afrentaste á tus prójimos pásate cada día mimbres una vez por las orejas y otra por la lengua; y en castigo de lo ingrato que fuiste á las mercedes de Dios y á lo inhumano que te mostraste en no ofrecer ni comunicar á los pobres los bienes que de Dios recibiste, da en ofrenda papel y copal y de limosna pan al ham-

briento y ropa al desnudo, que hombres son como tú y como la tuya es su carne. Socorre mayormente á los enfermos, que son la imagen de Tezcatlipoca.»

La fórmula de la penitencia no siempre era la misma. «Cuando bajen á la tierra las cihuapipiltis, decía á veces el sacerdote, ó cuando llegue la fiesta de las cuatro diosas de la lujuria que llamamos Ixcuina, afligirás con cuatro días de ayuno tu boca y tu estómago; y, en amaneciendo que amanezca el día de las cuatro Ixcuinas, te mortificarás segun tus pecados.» «Ofrecerás, decía otras, papel en los lugares de costumbre, harás con él cuantas imágenes tu devocion te aconseje y las festejarás con cantos y bailes.» «Has ofendido á tu Dios bebiendo hasta embriagarte, decía otras, y debes expiar tu delito ante *Totochti*. Irás al templo de noche y desnudo; no llevarás sinó un papel detrás y otro delante sujetos al cinto; y, despues de orar al dios, le dejarás á los piés los dos papeles.»

Variaba la penitencia segun la falta; hecho bastante á demostrar que por esta confesion cabía purificar al hombre aún de pecados no sensuales. Esta ceremoniosa confesion no cabía, sin embargo, hacerla sinó una vez en la vida, ni era costumbre pedirla sinó cuando por enfermedad ó vejez se estaba cercano á la muerte. Con ella se quedaba civil y religiosamente libre de toda pena por los crímenes que se hubiese declarado; y despues de ella no había para delito ni desliz alguno perdon posible.

Las demás confesiones ya se ha visto de qué servían entre los mejicanos: unas para impedir la muerte y otras sólo para espiritualmente purificarse.

Entre los mixtecas no se conocía sinó una clase de confesion, y ésta se extendía á todas las faltas en que puede incurrir el hombre. Así el confesor, el sacerdote, no sólo imponía á sus penitentes expiaciones religiosas, sinó que tambien les mandaba satisfacer lo que debieran y devolver lo que hubieran adquirido por hurto, usura ó fraude.

Generales eran tambien las confesiones de los yucatecas. Confesaba de una vez el yucateca todos sus pecados: así los de la carne como los que afectan la vida, la hacienda ó la honra del prójimo. No podía omitir sinó los de intencion, que no por esto dejaban de ser objeto de censura. Confesábase ordinariamente cuando se sentía gravemente enfermo; si tenía á mano al sacerdote, ante el sacerdote; si no, ante sus padres ó su cónyuge.

Obsérvese ahora otro punto de relacion entre los nahuas y los mayas. Atribuían los nahuas el orígen de la confesion á Quetzalcoatl y los mayas á Cukulkan, dos divinidades cuyos nombres, como se ha visto antes, tienen idéntico sentido: el de serpientes con plumas.

CXIII.

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—La comunion.

La comunion va unida á la confesion en el ritual católico. Voy por esta razon á consignar aquí las ceremonias que en América recordaban nuestra eucaristía.

Comulgaban los mejicanos en tres de sus fiestas: la de Ome Acatl y dos de las consagradas á Huitzilopochtli. En la primera hacian de pasta los principales de cada barrio un hueso de un codo de largo que llamaban el hueso de Ome Acatl. Repartíanselo al otro dia los vecinos todos; y comian la migaja que les había correspondido cuantos hubiesen respetado siempre á este dios de los banquetes El que la comía habiéndole inferido alguna ofensa se exponía á caer enfermo ó morir ahogado ó andar tropezando y cayendo.—En la fiesta del mes de *Panquetzaliztli* amasaban los sacerdotes con pasta de bledos una torta á que daban el nombre de *tzaali*. Murmujeaban sobre ella algunas palabras y la hacían menudos pedazos. Recogíalos en seguida el Pontífice. los ponía en limpios y brillantes vasos y, levantándolos uno por uno con espinas de maguey, los iba distribuyendo en la boca de los concurrentes.—En la fiesta llamada *Teocualo* eran aún más solemnes los ritus. Se reunían los sacerdotes en una de las cámaras que había al rededor del templo, molían con gran devocion multitud de semillas y plantas y hacían con la masa una imágen de Huitzilopochtli. á la que daban las facciones, la estatura y el corazon del hombre. Al són de trompetas y otros instrumentos y con estrepitoso clamoreo de la muchedumbre trasladaban luego la imágen á las aras del dios; y á la otra mañana la bendecían y consagraban. Podían entonces los fieles todos acercarse á tocarla y aún adherir á la fresca masa las ofrendas que á bien tuvieran: pero después, sólo el Gran Sacerdote y los que tenian el custodiarla á su cargo. Pasaban todo aquel día en procesiones y sacrificios; y al otro la bajaban á uno de los referidos aposentos. No podía entrar allí sinó Quetzalcoalt, el Rey, uno de los siervos de Huitzilopochtli que le acompañaban, cuatro de los sacerdotes principales y cuatro telpochtlatoques. Cogía Quetzalcoatl un arco y una flecha con punta de silice y la disparaba contra el pecho de la estátua, que al golpe caía; arrancaba otro á la derribada imágen el corazon y lo entregaba al soberano: partíanla otros en dos mitades y daban la una al pueblo de Tlatelulco y la otra al de Méjico. Desmigajaba la suya cada pueblo y la distribuía por barrios entre los varones, no entre las hembras: el de Méjico entre los grandes y los pequeños, inclusos los niños de cuna; el de Tlatelulco sólo entre los adultos, principalmente los soldados.

Tenían tambien su comunion los totonacas. Con los primeros frutos del jardin del templo, con ulli y con la sangre de tres niños sacrificados en una de sus fiestas hacían una pasta de que de seis en seis meses participaban las hembras de más de diez y seis años y los varones de más de veinticinco. Cuando se les secaba, la humedecían con sangre de las víctimas inmoladas en los sacrificios ordinarios.

Comulgaban muy de otra manera los nicaraguatecas. Salpicaban maíz con sangre del miembro, y lo distribuían como pan bendito.

Con verdadero pan hacían una especie de comunion los peruanos, si hemos de creer á Garcilaso de la Vega. La víspera de las fiestas de Intip Raymi y de Citua amasaban las vírgenes del Sol con harina de maíz panecillos redondos, del grandor de una manzana, que al día siguiente se repartía como manjar sagrado entre los Incas. Otro pan menos delicado comía la plebe en aquellas solemnes fiestas; pero amasado tambien por doncellas y tenido por sagrado. Al decir del mismo Garcilaso esa especie de comunion, si de tal merece el nombre, se extendía á todo lo que se guisaba; y segun Cieza de Leon consistía, no en pan, sinó en vino. Al primer pan se dió el nombre de *Zancu*.

CXIV.

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—La circuncision.

No hablaré aquí del bautismo ni del matrimonio, porque de uno y otro escribí ya en otros párrafos. Hablaré de la circuncision, y esto porque dentro del plan de este epílogo no encuentro sitio mejor en que colocarla

¿Se conoció y practicó realmente la circuncision en América? Ya que se la conociese y practicase ¿tenía verdaderamente significacion religiosa? La circunstancia de sajarse el miembro los varones en casi todos los pueblos establecidos del istmo de Tehuantepec al de Panamá pudo, como pretenden muchos autores, inducir á creer y hacer que se atribuyera á los mayas una costumbre de que, segun Cogolludo y Landa, carecían. En realidad sólo Palacio afirma que en Cezori se circuncidaba mancebos de doce años arriba á usanza de los judíos; y este autor pudo muy bien suceder que padeciera el mismo yerro cuando añade que se sacrificaba la sangre á los ídolos.

Mas, si respecto de los mayas cabe negar que la circuncision existiese, no cabe en mi opinion respecto de los nahuas. Segun el Padre Las Casas y Mendieta la practicaban los aztecas y los totonacas; y segun Laet los pueblos de la provincia de Goazacoalco. El azteca, segun Las Casas, conducía sus hijos al templo á los veintidos ó veinticinco días de nacidos. Los tendía sobre una piedra el Gran Sacerdote, les cortaba de raíz el prepucio y lo quemaba. Confirma

el hecho Zuazo, si bien indicando que sólo se circuncidaba á los hijos de los grandes hombres.

Se podrá aquí poner en duda que existiera la circuncision, no negarlo. Menos aún negar que, de haber existido, tuviese significacion y fin religiosos. Como acto de higiene ó de limpieza no habría nunca merecido la intervencion del Gran Sacerdote.

CXV.

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—El fuego.

El fuego era á la vez materia y objeto de culto. Velaban muchas naciones por que no se extinguiera nunca en sus templos. Lo renovaban algunas periódicamente y celebraban con este motivo fiestas de que hablaré en otro párrafo.

En los templos de los natchez ardían perpétuamente sobre la tierra tres leños unidos y contrapuestos, y sobre el altar cortezas de encina. Velaba el fuego de la nave un hombre, que no podía aprovecharlo ni siquiera con el fin de calentar en lo más riguroso del invierno sus ateridos miembros; y el del altar, cuatro respetables ancianos, que se relevaba de ocho en ocho días. Para el suministro de las cortezas de encina estaban empleados doce mancebos. Como se las dejase apagar, se había de encenderlas con uno de los tres tizones.

Los *pueblos* tenían tambien su fuego sagrado. Lo alimentaban incesantemente en sus estufas. Sobre quien lo velase distan de estar de acuerdo los autores. Segun unos lo custodiaban dos guerreros que cada dos días se renovaba y no podían durante la guardia comer, beber ni conciliar el sueño; y segun otros no lo dejaban los centinelas sinó con la vida. Sacrificio por cierto nada extraño en quienes esperaban que su dios Montezuma había de bajar un día por la columna de humo de sus hogueras y llenarlos de luz y gloria.

Entre los aztecas el fuego sagrado corría principalmente á cargo de unas como vestales que hacían votos de castidad y morían si los quebrantaban. Manteníanlo estas piadosas mujeres junto con las vírgenes de las escuelas y una especie de diáconos. Necesitaríase verdaderamente de gran número de servidores para la tarea. Sólo en el templo mayor de Méjico ardían incesantemente seiscientas copas de barro. Sólo para surtir de leña, carbon y corteza de roble los templos y los palacios de Tezcuco se había hecho indispensable el concurso de treinta de los pueblos á la redonda. Nada menos que con cuatro leños cada cinco días había de contribuir todo vecino de Meztitlan al servicio de sus dioses. No sólo en los templos, hasta en el tribunal del Rey alimentaban perpetuamente un brasero los tezcucanos.

Los yucatecas tenían tambien sus vestales. Incurrían éstas en castigo de

muerte como dejasen apagar el fuego; tanto, que se lo encendía con sus propias carnes. Velaban de noche á noche; pero no solían estar sinó por tiempo consagradas á sacerdocio de tanto riesgo. Finido el plazo, podían casarse con el que las pidiera al Gran Sacerdote.

Si hubo entre los Incas vestales guardadoras del fuego sagrado, lo ignoro. Aunque algunos lo afirman, lo pongo en duda.

La fiesta de la renovacion del fuego la celebraban estos mismos Incas, los aztecas, los natchez y los muscoghis: los muscoghis, los natchez y los incas, todos los años; los aztecas al fin de cada ciclo.

CXVI.

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—Las órdenes monásticas.

Si no había en el Perú vestales, había por lo menos vírgenes consagradas unas al Sol, y otras al Inca. Lo estaban al Sol las del Cuzco, que, con exceder de mil y quinientas, eran todas de sangre real y matrimonio legítimo y vivían en comunidad y perpétua clausura. Entraban estas vírgenes en la órden, la que más á los ocho años, y no volvían á ver ni á oir en sus días ni hombre nacido, ni mujer ajena á la casa, como no fuesen la reina y sus hijas. Verdad es que dentro de la casa, que constituía todo un barrio, había no pocas gentes: unas matronas llamadas *mamacunas*, que de novicias habían venido con la edad á ser abadesas ó profesoras; doncellas de servicio, incas de privilegio, que no bajaban de quinientas; y unos veinte porteros que morían como pasasen más allá del primer aposento de la servidumbre.

Tenían por oficio esas monjas, á que se daba el nombre de *acllas*, tejer y labrar las finísimas telas de vicuña que se daba al Sol en sacrificio; hacer por su mano todo lo que el Inca, hijo del Sol, llevaba sobre su persona—el *llautu*, el *uncu*, la *yacolla*, la *chuspa*—es decir la borla, la túnica, el manto y la escarcela de la coca; trenzar la *paycha* ó sea la borla de dos colores que ceñía la cabeza de los deudos del Inca; amasar por fin el *zancu* y preparar el vino que habían de consumir los Incas en las ya citadas fiestas de *Hatun Raymi* y de *Citua*. Disponían para todo de utensilios de oro y plata, y todo lo trabajaban dirigidas por las *mamacunas*, á quienes debían absoluta obediencia.

Aclla que se corrompía, vimos ya en otro párrafo á qué males no daba origen. Morían, no sólo ella, sinó tambien el amante con sus parientes y convecinos. Asegúrase que no ocurrió nunca el hecho, mas no es creible. Sobre acontecer pocas veces, áun en los pueblos más cultos, que se adelante la ley penal al delito, algun caso debió de haber cuando se decía que estaba exenta de castigo la es-

tuprada como sostuviese que la había gozado el Sol y no se supiese de nadie que la estuprara.

Regíanse por los mismos estatutos y las mismas leyes las comunidades de vírgenes que había junto á los templos de las provincias. Hilaban y tejían tambien para el Sol y los reyes, preparaban el vino y el *zancu* de las grandes fiestas, tenían sus *mamacunas* y sus doncellas y veían condenadas á las mismas penas las seducidas y los seductores. La diferencia estaba en que podían ser aquí vírgenes del Sol las hijas bastardas de los Incas de sangre, las de los curacas ó caciques y áun las del pueblo, como sobresalieran por su hermosura; y, aunque hacían como las otras voto de castidad perpétua, constituían una especie de serrallo del Inca. Tomaba el Inca por mancebas á todas las que le cautivaban; y, áun despues de saciado su deseo, las tenía en palacio como damas de su esposa hasta que, viejas ya, les consentía el regreso á la patria. Viejas ya, podían tambien las que en la comunidad siguieran volver al seno de sus hogares. A unas y otras daba el Inca tierras de que viviesen y miraba el pueblo con veneracion y cariño. A los ojos de la profana muchedumbre el contacto de los hijos del Sol, lejos de oscurecer, abrillantaba el honor de tan pudorosas vírgenes.

A las *acllas* hay que añadir en el Perú las *ocllos*. No vivían las *ocllos* en comun, pero formaban clase. Eran mujeres de real estirpe, que se condenaban á eterno recato y, si lo quebrantaban, morían en la hoguera ó en la casa de los leones. Las viudas, por lo contrario, vivían en comunidad y en clausura durante el primer año de la viudez, y quedaban luego libres como no tuvieran hijos. De tenerlos, habían de guardar continencia hasta la muerte.

De las vestales de Yucatan escribí hace poco. Se hacía objeto de apotéosis á las que fallecían sin haber dejado la órden. La órden se la decía fundada por la princesa Zuhuy-Kan (Vírgen-Fuego), hija de Kinich Kakmo.

Las vestales de Méjico tenían otros deberes, además del de guardar el fuego sobre las pirámides de los templos. Deponían en los altares las ofrendas de los fieles, hilaban y tejían las vestiduras de los sacerdotes y dirigían la educacion de las hijas de la aristocracia en las escuelas á los templos contiguas. Ellas las enseñaban á barrer los aposentos, hilar y tejer mantas y hacer obras de pluma, ser aseadas, limpias, modestas y humildes, hablar con respeto y andar bajos los ojos, y mostrarse hábiles y celosas en el ejercicio de los cargos domésticos. Obligábanlas á frecuentes baños, á levantarse al romper el día, á verter en holocausto á los dioses sangre propia y tambien á custodiar el fuego sagrado; y les infligían rudos castigos, como faltasen á sus mandatos. Las velaban de noche y las acompañaban de día; y con espinas de maguey picaban los piés de la que se atrevía á salir sin ellas del recinto del templo. Tenían, segun ve el lector, una misión tan social como religiosa.

Había en Méjico otras comunidades. La de mayor santidad y renombre era la de los *tlamacaxquis*, consagrada al servicio de Quetzalcoatl. Su jefe, que lle-

vaba el mismo nombre que el dios, hacía la más austera de las vidas y sólo para ver y hablar al Rey dejaba una que otra vez su apartamiento. El y sus monjes vestían todos de negro, comían groseros platos y se dedicaban á las más rudas faenas. Se bañaban, como antes dije, á media noche, cantaban himnos sagrados hasta poco antes de romper el alba, y en ciertas ocasiones se retiraban á lugares desiertos. Segun Acosta, se rapaban lo alto de la cabeza como aquí los frailes, dejándose á media frente y orejas una corona de cabellos que les descendían en trenzas por las espaldas.

No se era, á lo que parece, *tlamacaxqui* por vocacion. Era tlamacaxqui sólo el que sus padres destinaban á la órden poco después de nacido, ó cuando, segun Clavígero, tenía dos años. Llevaba desde entonces como distintivo un collar á que se dió el nombre de *yanuati;* y á los cuatro ó los siete años entraba de novicio.

Lo notable es ahora que agregadas á la órden había mujeres y no todas vírgenes.

Después de esta órden de *Tlamacaxcayotl* merece recuerdo la de *Telpochtiliztli*, congregacion de jóvenes de ambos sexos, que vivían con sus padres y al ponerse el sol se reunían en casa aparte y danzaban y cantaban himnos en honor de Tezcatlipoca. A pesar de la mezcla de varones y hembras, asegúrase que reinaba en estas reuniones el mayor decoro.

Acosta escribe de otra comunidad de cincuenta mancebos que se renovaba todos los años. Segun él, esos mozos enramaban y componían los templos con juncos y rosas, ofrecían agua á los sacerdotes, dábanles el incienso y las cuchillas para los sacrificios, velaban por turno el ídolo y el fuego sagrado, levantábanse á media noche y despertaban á los fieles al són de caracoles y de bocinas, y no dejaban sin cumplimiento órden alguna de sus mayores. Eran pródigos de su sangre, y con la que todas las noches vertían se untaban las sienes hasta la parte inferior de la oreja. Salían siempre á la calle de seis en seis ó de cuatro ó en cuatro; y esto con los ojos al suelo y sin otro objeto que pedir limosna. Cuando no se la daban, añade Acosta, podían llegarse á las sementeras y cojer cuantas mazorcas necesitasen. Se lo permitía el dueño por no ignorar que vivían en la mayor pobreza.

No difería mucho de esta comunidad la de los *tlamaceuhques* de Tlaxcala, que durante uno ó dos años vivían austeramente, y de noche buscaban el favor divino llevando de templo en templo sobre la cabeza braseros con lumbre.

Entre los zapotecas había por fin los monjes *Copapitas* y entre los totonacas otra órden, compuesta de viudos mayores de sesenta años, de irreprensible conducta. Vestían esos viudos pieles, se abstenían de comer carne, rendían á Centeotl incesante culto, daban consejo al que se lo pedía sentados sobre sus talones, grave la voz y la vista baja, y se atraían por sus palabras como por sus actos el general respeto y el general cariño. Ellos eran allí los que consignaban

en jeroglíficos la historia y la ciencia de sus pueblos y daban por sus pinturas tema á los discursos de los sacerdotes.

CXVII

Instituciones y creencias religiosas.—Culto.—El Sacerdocio.

Los sacerdotes en las razas salvajes donde los hubo solían ser magos y médicos. Médicos, magos y sacerdotes eran los *shamanes* de los koniagas, los aleutas y los thlinkites, los *angakoks* de los esquimales y áun los *medas* y los *wabenos* de los algonquines.

Razas salvajes hubo donde el sacerdocio iba inherente al cargo de jefe. En la iroquesa, por ejemplo, eran sacerdotes con los que cada tribu elegía así los jefes militares como los civiles. Preparaban las fiestas religiosas, daban consejos, consolaban á los afligidos, y en las circunstancias difíciles se reunían para corregir los vicios y depurar las costumbres del pueblo.

A mi juicio solamente en las razas cultas constituía el sacerdocio cargo y cuerpo aparte.

Entre los aztecas formaban los sacerdotes una de las primeras clases del Estado. Llegaban á un millon segun Clavigero, y no sería extraño que así fuese cuando, al decir de muchos autores, había cinco mil en el templo mayor de Méjico y abundaban los templos en todo el Anahuac y sus dominios. Vendrían incluidos en el número los ministros inferiores ó auxiliares, que eran numerosísimos, y muchos sólo temporalmente ejercían funciones sagradas.

Tenía cada templo su cabildo ó colegio de sacerdotes; y de éstos, unos servían para los sacrificios, otros para los agüeros, otros para las fiestas, otros para componer himnos y dirigir la música y el canto, otros para las escuelas, otros para el calendario, otros para recoger los datos históricos y consignarlos en jeroglíficos. Hacían todos solemne voto de perpétua castidad; y, como lo infringiesen, venían condenados á las penas de confiscacion y destierro.

Había entre estos sacerdotes sus dignidades y jerarquías. Estaban á la cabeza de todos los del Imperio dos sumos pontífices; el *Teo-tecuhtli* y el *Huey-teopixqui*, atentos aquél más á los negocios seglares que á los eclesiásticos y éste más á los eclesiásticos que á los seglares. Seguía tras ellos el *Mexicatl-teohuatzin*, inspector general del clero, de las comunidades religiosas y de las escuelas, que cuidaba principalmente de la estricta observancia del culto en todo Méjico. Suplíale el *Huitzuahuac-teohuatzin* en ausencias y enfermedades y le ayudaba el *tepan-teohuatzin* en todo lo relativo á la enseñaza. Era aún altisimo cargo el de *Topiltzin*, que no sin motivo confunden algunos con el de *Teo-tecuhtli*. El

Topiltzin era, como dije en otro párrafo, el jefe de los sacrificadores, el que abría el pecho á las víctimas.

Pone Sahagun al *Quetzalcoatl-Teoteztlamacazqui* en el lugar del *Teo-tecuhtli* y al *Tlaloc-Tlamacazqui* en el del *Huey-teopixqui;* pero es fácil que se equivoque. El *Quetzalcoatl-Teoteztlamacazqui* era, segun vimos, el jefe de una de las órdenes monásticas; y el *Teo-tecuhtli*, además de sumo pontífice, el gran sacerdote del templo de Huitzilopochtli. Este templo y el de Tlaloc tenían por asiento una misma pirámide: es ya menos de extrañar que Sahagun viese en el *Huey-teopixqui* al *Tlaloc-Tlamacazqui.*

Había aún otras dignidades: para las ceremonias, por ejemplo, el *Epcoacuacuiltzin;* para los coros el *Tlapixcatzin;* para la custodia de reliquias y ornamentos el *Tlalquimilol-tecuhtli;* para los utensilios y las ropas de los pontífices el *Tlillancalcatl* ó *Tlillancalqui.*

Tenían, además, su jefe los sacerdotes en cada templo.

A las órdenes de los sacerdotes, en lengua nahuatl *teopixquis*, había por fin multitud de servi lores: los *tlamacaxquis*, las vestales y los alumnos de ambos sexos de todas las escuelas.

Podían aspirar al sacerdocio hasta los últimos hombres de la plebe, pero no á todos los oficios y dignidades. Los oficios del templo de Huitzilopochtli eran en la ciudad de Méjico patrimonio de las familias de ciertos barrios. Para el ejercicio de las dignidades superiores se necesitaba cuando menos haber entrado en el Calmecac con destino al culto. No se hable de las primeras, casi siempre reservadas á los inmediatos deudos de los reyes. En Tezcuco y Tacuba desempeñaba generalmente el segundo-génito del Rey el cargo de *Teo-tecuhtli*. Era electivo en Méjico el pontificado; pero rarísima vez dejaban de pertenecer los pontífices á la real familia. Cuando fué llamado al trono el postrer Montezuma, era, como recordará el lector, gran sacerdote del templo de Huitzilopochtli. Habían conocido á la larga los reyes la necesidad de tener á su devocion por los vínculos del comun interés y del parentesco á los pontífices, y no perdonaban medio por que se eligiera siempre á príncipes de la sangre. Verdad es que lo podían perdonar menos cuando, pontífice supremo el *Topiltzin*, regía á la vez la iglesia y el ejército. Como no fuese de su propia raza, se exponían á encontrar en él un rival temible. Se le ungía con el mismo óleo que á los monarcas.

Aun así ejercía el sacerdocio decisiva influencia en la marcha política y social del Imperio. Lo engrandecía á los ojos de las gentes esa misma nobleza de sus primeros jefes. Lo dignificaban sus austeras costumbres. Lo ponía sobre los mismos reyes el hecho de ser el depositario de la ciencia. Lo hacía irresistible el fanático celo con que excitaba y satisfacía los bárbaros instintos del pueblo.

Los sacerdotes mejicanos eran, á lo que parece, sobrios, castos y enemigos del ocio. Huían de la mujer y se entregaban á frecuentes ayunos. Pasaban horas y horas en el servicio del templo. Cuatro veces por día mataban codornices en

honra del Sol y cantaban himnos y quemaban incienso á los ídolos; y á la media noche se sangraban con espinas de maguey y se bañaban en estanques de agua fría. Anunciaban los de Quetzalcoatl las horas al són de trompetas y tambores, y los pontífices leían diariamente religion y moral, no sólo al clero, sinó tambien á la aristocracia.

Eran, por otra parte, los sacerdotes los que allí reunían y atesoraban todos los conocimientos y estaban encargados de trasmitirlos á las nuevas generaciones. Tenían unidas á los templos las escuelas, y enseñaban á los nobles en los *Calmecacs* y á los plebeyos en los *Telpuchcallis*. No enseñaban de igual manera á los unos y los otros; pero de todos formaban el corazon y el entendimiento. Preceptores únicos del Estado, sólo ellos podían dar y daban á cada uno la instruccion que le convenía. Educábanle además, puesto que con ellos habían de vivir de los nueve á los veinte años los varones todos del Imperio.

Calcúlese cuál no había de ser por este solo medio su influencia. Iban sin cesar amoldando á su pensamiento el alma de los pueblos. Guías y maestros de los nobles y áun de los mismos príncipes, infiltraban lentamente su política en cuantos debían ó podían regir más tarde la República. Uncían temprano al yugo de la religion todas las frentes, y áun de los más bravos capitanes hacían fieles y dóciles servidores del templo.

Acababan de vencer los ánimos por la inusitada pompa de sus fiestas, lo imponente de sus holocaustos y el frenesí con que excitaban la nacion á la guerra. No dejaban que rey alguno se durmiera sobre sus laureles; le comprometían á nuevas luchas diciendo á voz en grito que los dioses estaban sedientos de sangre. Iban, como vimos, en todas las campañas á la cabeza de los ejércitos y renovaban sobre los mismos campos de batalla sus cruentos sacrificios.

Que quisieran, que no, los reyes en todas las cuestiones árduas habían de tomarlos por sus consejeros. De contradecirlos es muy posible que hubiesen dado márgen á contiendas como las que ensangrentaron el Anahuac en los tiempos de los toltecas. A fines del siglo XV, poco antes de la Conquista, se entregaron á lamentables excesos los sacerdotes de Huexotzingo. Quiso Tultecatl, jefe de aquel Estado, contenerlos, y sucumbió en la demanda. Se puso el pueblo de parte de los sacerdotes.

Imponían tambien los sacerdotes aztecas por su aspecto. Se ennegrecían frecuentemente las carnes y se pintaban con ocre y cinabrio. No se cortaban nunca el cabello; se lo trenzaban, se lo ataban con recios cordones de algodon y se lo impregnaban de aceite. Llevaban prendido en la coronilla uno como velo de cinco á seis piés en cuadro, negro como la noche; en los piés, toscas sandalias de caña. Vestían muy diferentemente de los sacerdotes toltecas, á quienes se pinta descalzos, caído el cabello sobre los hombros, metida la cabeza en una como capucha y el cuerpo todo cubierto por una larga túnica negra.

No todos los sacerdotes aztecas vestían, sin embargo, de igual modo. Llevaba

el *Topiltzin* ceñida á las sienes una corona de plumas verdes y amarillas, pendientes de las orejas zarcillos de *chalchihuites*, atravesado el bezo inferior por una turquesa y sobre el pecho una especie de estola ó manípulo encarnado con anchas orlas. Usaban este mismo ornamento los que le ayudaban en los sacrificios y para mayor distintivo parches de varios colores en la frente.

Además de esa estola, en nahuatl *xicolli*, llevaba á lo que parece el *Teo-tecuhtli* en las grandes fiestas sobre un amplio ropon una manera de capa ó de casulla que variaba en color, forma ú ornato segun los holocaustos en que tomaba parte y la divinidad á que los ofrecía.

Eran pobrísimas estas vestiduras para las del pontífice de los zapotecas. Cuando asistía este pontífice á los sacrificios, llevaba sobre sus ordinarias ropas una túnica de ricas franjas y borlas en que estaban bordados con vivos colores pájaros y brutos; en la cabeza una mitra de pluma con corona de oro; en la garganta costosos collares; en los brazos y las muñecas bien cincelados brazaletes; y en los piés unas sandalias de oro sujetas á los tobillos por cordones del mismo metal é hilo de color de rosa. Verdad es que pontífice más poderoso ni más respetado no lo hubo jamás en América.

Era el *wiyatao* de los zapotecas rey absoluto de Yopaa y se creía superior á los mismos reyes de Zaquilla Yoho. En sillas inferiores á la suya los hacía sentar siempre que los recibía. A los demás nobles, por mucho que lo fuesen, ni siquiera les concedía asiento: no toleraba que entrasen donde él estuviera sinó con los ojos bajos y los piés desnudos. Parecía en público siempre con extraordinaria pompa y en andas sostenidas por los hijos de las principales familias: ni miraba ni consentía que le mirasen. No asomaba por una calle que no se dejaran caer de bruces cuantos lo observaban, temerosos de morir si se atrevían á fijar en él la vista.

Debía en cambio este pontífice ser modelo de castidad y de abstinencia para los otros sacerdotes, á quienes se castigaba por el solo hecho de mirar á la mujer con ojos de codicia y se castraba cuando se los veía propensos á la lujuria. Había de ser casto y puro en sus actos, en sus palabras, en sus mismos pensamientos. Cohabitaba; pero sólo en ciertos días del año y con el solo fin de procurarse sucesores. Bebía entonces hasta ponerse ébrio; y, cuando no era ya dueño de sí, le brindaban con la más hermosa y la más santa de las vírgenes consagradas al servicio del templo. Podía por este medio trasmitir á seres de su propia sangre el pontificado, que á falta de hijos pasaba al más próximo pariente.

Había aquí tambien debajo del Pontífice varias clases de sacerdotes. Eran los principales los *colanii cobee pecala*, que á las funciones propias del sacerdocio añadían la de agoreros y estaban divididos en tantas órdenes como medios se conocía de predecir lo futuro. Servíanles de auxiliares y eran como ministros inferiores los *wiyanas*, los *wizaechis* y los monjes *copapitas*.

Vestían los sacerdotes un ropaje blanco, sin mangas, que por una cuerda roja se sujetaban á la cintura. Para serlo debían haber entrado de niños al servicio de los dioses y haber aprendido de boca del maestro de los novicios la historia de la Nacion y todo lo que constituía la ciencia de aquel tiempo.

Entre los mixtecas el gran sacerdote de Achiuhtla, el *taysacaa*, sobresalía poco menos que entre los zapotecas el *wiyatao*. Era jefe soberano de todo el Mixtecapan Superior, del reino de Tilantongo, y estaba á la altura de los mismos reyes de Gnuundaa, que tenían en Tututepec su asiento. A igual y no á mayor altura, digo, porque era siempre de la familia de estos reyes y no podía pensar en humillarlos.

En las grandes fiestas, al decir de Torquemada, vestía este pontífice uno como roquete que le caía más abajo de la rodilla, un manto en que estaban pintados los hechos de los dioses, una capa semejante á las de coro, de la que pendía sobre las espaldas una borla, en el brazo izquierdo una faja de paño que parecía manípulo, en las pantorrillas una especie de polainas y en la cabeza una mitra hecha de plumas verdes, en que estaban reproducidos con arte los principales ídolos.

Debajo del Pontífice había numerosos sacerdotes distribuídos por todo el Reino. No se llegaba á serlo que no se pasase por duras privaciones. Había de estar todo un año el aspirante sin comer sinó yerbas, maiz tostado y miel silvestre, y sin otros cuidados que mantener pulcros los altares, barrer el templo y salir al bosque por leña con que alimentar el fuego sagrado. Había de vivir despues cuatro años en la más absoluta continencia; y, si aspiraba á dignidades, guardarla el resto de su vida. Despues del quinquenio podía casarse. Es de advertir que el *taysacaa* había de pasar por las mismas pruebas.

El poder sacerdotal era, como vemos, grande en todas esas gentes. ¿Lo había de ser menos entre los mayas, donde Votan, Zamná y Cukulkan habían sido á la vez sacerdotes y reyes, los itzaes en Chichén habían tenido por primera forma de gobierno la teocracia y el Gran Sacerdote del Imperio había llegado á ser rey de Izamal, la Jerusalen de aquel pueblo? Aquí como entre los nahuas el sacerdocio era dueño exclusivo de la enseñanza y podía amoldar á sus pensamientos y sus intereses las nuevas generaciones.

De los sacerdotes mayas unos trasmitían al pueblo los oráculos de los dioses; otros deponían en los altares las ofrendas de los devotos, escribían en jeroglíficos y enseñaban; otros predecían lo porvenir y curaban á los enfermos. Uno había destinado de por vida á los holocaustos: llevaba el nombre de *nacon* como el jefe de la milicia. El gran sacerdote, el *ahkin-Mai* segun Landa, los regía á todos é inspiraba tanto respeto, que no se atrevían á separarse de lo que aconsejaba ni los mismos reyes.

Ministros inferiores permanentes no se sabe que los hubiera. En todos los actos religiosos de importancia se elegía entre los ancianos para asistencia de los sacerdotes cuatro *chaces*.

Chaces y sacerdotes eran ordinariamente casados. Casábase hasta el *ahkin-mai*, cuyo cargo pasaba á los hijos.

El *ahkin-mai*, como el *taysacaa* y el *wiyatao*, pertenecía siempre á la real familia; los demás sacerdotes, á la nobleza.

Llevaban los sacerdotes todos una amplia túnica de algodon blanco y el cabello intonso, revuelto y no pocas veces impregnado en sangre de los sacrificios; el *ahkin-mai*, además, una especie de mitra. Si hemos de creer á Landa, no siempre vestían el mismo traje: nos los pinta en las ceremonias del bautismo con un jaco de plumas de colores de cuyos extremos colgaban otras plumas largas, unas tiras de algodón que del jaco bajaban al suelo á manera de colas y una corona tambien de plumas.

Los sacerdotes quichés eran tanto ó más austeros que los aztecas. Hacían largos ayunos y se mantenían perpetuamente castos. Como los de tantos otros pueblos, tenían á su cargo la educacion y la enseñanza de los niños, y los instruían y educaban como permitía el general atraso de las naciones de América. Si eran nobles todos no me atrevo á decirlo; sé tan sólo que los grandes sacerdotes de Tohil y Gucumatz pertenecían á la casa real de Cawek y ocupaban el cuarto y el quinto lugar entre los grandes del Imperio; el de Avilix formaba parte de la familia de Nihaib; el de Gagavitz procedía de la casa del Ahau Quiché; y los del templo de Kahbah en Utlatlan eran de la casa de Zakik y tenían dos provincias para su sustento. El alto sacerdocio por lo menos salía de la principal nobleza.

Casi al nivel del Rey estaba tambien el pontífice de Mictlan en Salvador. Llevaba el título de *Teoti*, divino, y se distinguía de los demás hombres por una larga túnica azul, uno como báculo y una diadema que en ocasiones solemnes reemplazaba con una mitra de vistoso plumaje. Asistido de otros cinco sacerdotes, resolvía los grandes negocios del Estado y hasta decidía los casos de guerra. No era raro verle en los combates adorando á los ídolos y pidiéndoles que dieran la victoria á su pueblo.

Cuando este pontífice moría, despues de embalsamarle se le sepultaba en una cripta de palacio. Substituíale de pronto uno de los cinco sacerdotes, el que la suerte designaba, y se le elegía más tarde sucesor entre sus hijos. Purificábase el sucesor sangrándose y haciendo más rudas penitencias; y en tanto el pueblo, que durante quince días había dado grandes muestras de duelo, se entregaba á fiestas y regocijos.

Entre los cinco sacerdotes había uno, el *tehuamatlini*, que era jefe de los astrólogos. Dirigían los cinco el resto del sacerdocio, compuesto de defensores de propiedades, de sacrificadores, de vigilantes y de unos *teupas* exclusivamente consagrados al culto.

La veneracion á los sacerdotes era general en todas aquellas comarcas. Segun Villagutierre creíase en Copan que moría súbita muerte el que se atrevía á tocarlos.

En Nicaragua los caciques hacían el oficio de grandes sacerdotes. Relevábanse anualmente en el templo, y durante el año de sus espirituales ejercicios vivían alejados del mundo y recibían de manos de niños el sustento. Ocupábanse allí tan sólo en la oracion y otras devotas prácticas; y al salir recibían como señalada honra que se les taladrase las narices. Los sacerdotes ordinarios se sostenían, cuando no de sus propios bienes, de las ofrendas á los ídolos.

Cuando sobrevenían grandes crísis, los caciques del Istmo participaban tambien de las privaciones religiosas. Permanecían con los sacerdotes en el templo ayunando y orando, vueltas las manos al cielo. Durante cuatro días ayunaba asimismo el pueblo, se laceraba las carnes y se lavaba el rostro. Quemábase ó lapidábase al sacerdote que no guardaba perpétua castidad y constante abstinencia.

Severamente se educaba tambien á los sacerdotes chibchas. El que aspiraba á serlo había de guardar diez ó doce años rigorosa dieta sin comer más que harina de maiz desleida en agua y una que otra guapacha del río Funza. Ya que lo era, había de vivir de las limosnas de los fieles y consagrarse al culto y la enseñanza. Había de instruir á la juventud en las creencias y los ritos de la religion que profesaba, en las tradiciones del país, en la manera de computar el tiempo, en las reglas de la moral, en el arte de los hechizos y en el de la palabra, procurando formar hombres que pudiesen regir y administrar el Reino.

En el Perú no era ya la enseñanza ni privilegio ni oficio de sacerdotes. Allí los sacerdotes, generalmente casados y sin traje especial, según Garcilaso, apenas se los podría distinguir de los demás hombres fuera del recinto del templo. Segun Santillan influían, sin embargo, en la muchedumbre, porque los creía en relaciones directas con las *huacas* y solía consultarlos ya sobre las cosas futuras, ya sobre lo que debían hacer en los casos graves.

En opinion del mismo Garcilaso constituía el sacerdocio del Perú un verdadero órden jerárquico. A su cabeza había un sumo pontífice llamado *Villac-umu*, que era ordinariamente tío ó hermano del Emperador y había de ser por lo menos de la sangre real de los Incas. A las inmediatas órdenes de ese pontífice estaban, á lo que parece, los sacerdotes todos del Cuzco, incas tambien de orígen ó de privilegio, segun tenían ó no á su cargo hacer al Sol ofrendas y sacrificios. Regía el clero de cada region otro inca, uno como obispo; y de los que lo componían eran todos parientes de los curacas ó caciques.

El *Villac-umu*, segun Cieza, competía en razones y aún jugaba con el Inca, quitaba y ponía sacerdotes y tenía poder sobre todos los oráculos y templos. Se le pinta en cierta *Relacion Anónima* célibe y casto, sobrio hasta no comer sinó pan de maiz, yerbas y raíces, viviendo casi siempre en el campo, corto en palabras, honesto y sencillo en el traje, si no era en las fiestas principales, donde parecía vestido de una larga túnica sin cinto y de una sobrepelliz blanca con fluecos rojos, calzado de lana fina y cubierto por una tiara llena de pedrería que llevaba en su frente un sol de oro, una gran diadema, largas plumas de gua-

camayo y una especie de gola de oro que en forma de media luna le caía debajo de la barba; pero se hace dudosa la *Relacion* cuando se considera que así Garcilaso como Cieza le dicen casado y la tiara ó el *huampar chucu* de que se habla no parece sinó la *masca-paicha* ó el *chuco* de que se suele presentar ceñida la cabeza de los Incas.

Los que llamé obispos eran, segun la misma *Relacion*, nueve ó diez y venían designados con el titulo de *villcas*. Hubo, segun ella, *villca* en el Collao; lo hubo para los Collasuyos, para los Contisuyos, en Chincha, en Huaylas, en Caxamarca, en Ayahuaca, en Quito, en Chimo y uno, á lo que se cree, para los canchis y los cañaris.

Divide, además, esta *Relacion* el sacerdocio peruano en tres grandes categorías: los ministros mayores, de que formaban parte los *villcas;* los *huatuc*, los adivinos; y los *humu-nacac*, los hechiceros desolladores, los ministros auxiliares. Los ministros mayores enseñaban, y en esto conviene Garcilaso; pero sóla y exclusivamente lo que á la religion atañía. De ellos, dice, que salian jueces y visitadores de que no habla ningun otro libro. Los *huatuc* adivinaban, ya por el vuelo de las aves, ya por los intestinos de las víctimas inmoladas en los sacrificios, ya por suertes que echaban, ya por las estrellas y sus constelaciones, ya por las respuestas que suponían haber obtenido de los oráculos. De ellos, dice tambien que salían unos *ichuris* ó confesores cuya existencia impugna Garcilaso y calla Cieza. Los *humu-nácac* tenían como principal oficio mantener limpios los templos, surtirlos de todo lo necesario para los sacrificios y matar, abrir, desollar y cocer ó asar las reses.

Lo más raro es que contra la opinion de todos los autores se empeña el de esta *Relacion Anónima* en sostener que habían de conservarse célibes unos y otros ministros y que aún los *humu-nácac*, de casarse, no podían volver á tomar parte en los sacrificios.

Como quiera que fuese, de todo lo aquí dicho resulta que así en el Perú como en los demás pueblos cultos de América tuvo el sacerdocio mucha importancia, y los reyes y los demás jefes civiles procuraron siempre neutralizarla vinculando de alguna manera en su familia el pontificado, ya que no arrogándose funciones sacerdotales en los más solemnes actos de la vida religiosa. Como se verá por el siguiente párrafo, hacían en ciertas ocasiones veces de pontífices lo mismo los Incas del Perú que los reyes de Méjico.

Otra observacion considero aún digna de consignar, y esta es que aún en las naciones más cultas no acertó jamás el sacerdote á desprenderse del carácter de agorero ó profeta. ¿Será, pues, cierto que supersticion y religion se engendran y no pueden menos de andar juntas?

CXVIII.

Instituciones y creencias religiosas.—Fiestas.—Fiestas en las razas salvajes.

En las razas salvajes las fiestas religiosas eran de ordinario sencillas. Componíanse principalmente de cantos, danzas y banquetes.

En ciertos días del año, especialmente en los novilunios, los sacerdotes moxos, que adoraban á los espíritus de la naturaleza, reunían sus tribus al reír del alba. Iban juntos al más cercano otero, y, en llegando á la cumbre, prorumpían en desaforados gritos, con que creían ablandar el corazon de sus dioses. Pasaban el día en ayunas repitiendo de vez en cuando sus confusos alaridos, y al cerrar la noche se entregaban al júbilo. Empezaban los sacerdotes en señal de alegría por cortarse el cabello y cubrirse el cuerpo de plumas. Derramaban luego en grandes vasos el licor preparado para la fiesta y bebian sin tasa. Sin tasa bebían tambien las tribus, y cantaban, y bailaban mientras no teñían el cielo los arreboles del día. Cantaba uno y danzaban los demás en corro contoneándose lúbricamente, arrastrando á compás los piés y moviendo á uno y otro lado la cabeza.

Obtenían los indígenas de Georgia y Virginia una victoria ó cualquiera otro beneficio, y encendían al punto enormes hogueras, se sentaban al rededor, mezclados varones y hembras, cantaban ruidosa y alegremente al són de sus mararas y de noche cenaban en comun banquete.

Con banquetes y bailes celebraban los iroqueses la fiesta del arce, esbelto árbol que en su opinion los favorecía con fecundas y sosegadas lluvias; la de la siembra en que invocaban la bendicion del Grande Espíritu sobre las semillas que confiaban á la madre tierra; la de la fresa en que mostraban su agradecimiento por haber producido la naturaleza sus primeros frutos; la del maíz á que daba motivo el brotar de las mazorcas en las erguidas cañas; la de la cosecha en que se rendía culto á la divinidad como sustentadora del hombre; y la del año nuevo en que se inmolaba un perro blanco á par de la nieve.

Con simples danzas querían los dacotas hacerse propicios á los dioses de la guerra, aplacar las iras del rayo y honrar al Sol y la Luna. En la fiesta del Sol tomaban parte sólo dos mancebos que no llevaban cubiertos más que sus lomos; con breves intervalos bailaban durante cuatro días de la aurora á la noche siempre de cara al brillante astro. De las fiestas de la Luna estaban excluídas sólo las hembras; danzaban en cambio los varones desde que anochecía hasta el romper del alba. Tampoco la mujer participaba de los bailes en honor de las divinidades bélicas. Se hacía todas esas danzas al són de toscos instrumentos—palos

de que pendían astas de ciervo, sacos llenos de pedrezuelas y un tambor semejante á la pandereta española, que no era sinó una piel de búfalo prendida en los bordes de un aro;—y de tarde en tarde se las interrumpía, segun la índole de la fiesta, ó por la relacion de divinos portentos, ó por la de maravillosas proezas.

Los algonquines, segun escribe Hontan, escogían para la fiesta del Sol un día sereno y tranquilo. Levantaban en medio del campo una vasta hoguera donde cada uno echaba lo que más quería; y luego que llegaba el Sol al zenit, la encendían con antorchas de cortezas de árbol. Cantaban y danzaban al rededor los guerreros en tanto que se consumaba el sacrificio; y los ancianos, ya dirigían fervorosas preces al Gran Monedo, ya ofrecían al astro-rey sus humeantes pipas. Hasta la noche parece que se prolongaban lo mismo las oraciones y la ofrenda que el canto y el baile.

Tenían los groenlandeses una fiesta análoga. Celebrábanla cuando después de su larga noche parecía el sol en el horizonte y renacía la naturaleza. En los muchos días que duraba vestían sus más ricos trajes, convidaban á sus amigos y les ofrecían en sus chozas los mejores productos de la pesca y de la caza. Despues de cada banquete danzaban y cantaban al són de sus tambores. Vuelve, oh Sol, decían, y tráenos los días sin borrascas. Dícese que tambien cantaban en versos heróicos las hazañas de los vivos y los muertos y se entregaban á juegos y ejercicios donde el hábil podía hacer alarde de su habilidad y el bravo de su bravura.

Parecíase aún más á la fiesta de los algonquines la que anualmente hacían los viardos, rama de los californios. En medio de un espacioso *wigwam*, al rededor de una hoguera, ataviados lo mejor que podían, danzaban lentamente en corro al són de su propio canto multitud de hombres y mujeres, muchas menos mujeres que hombres. Levantábase, concluída la danza, un anciano, y despues de enumerar los bienes y las victorias en aquel año obtenidas, exhortaba á los oyentes á que se hicieran acreedores por sus virtudes á más señalados beneficios. Lo singular era que no bien terminada la arenga, la tribu toda se entregaba frenética á los mayores excesos.

Celebraban los aleutas una de sus fiestas en el mes de Diciembre. No estaban aquí ya excluídas de la danza las hembras sinó los varones. Varon que se atrevía á romper el veto, pagaba con la vida. Bailaban solas y desnudas las hembras á la luz de la luna. En otras fiestas las danzas eran pantomímicas. Representábase por ellas las antiguas tradiciones y los más populares mitos. Quien hacía de Dios, quien de Diablo, quien de Genio: todos bailando.

Pantomímica era tambien la danza con que los mandanes conmemoraban el diluvio cuando más cubiertos de hojas estaban los sauces. Todos los años llamaba á la puerta de la sagrada tienda de los sacerdotes y parecía en medio del baile un varon de blanca y sonrosada tez que vestía una túnica de cuatro pieles

de lobo, ceñia un gorro de dos pieles de cuervo y llevaba en la mano izquierda una larga pipa. Era la viva representacion de *Nu-mock-muck-a-nah*, del hombre de quien se decía que al ver inundada la tierra se había metido en una gran canoa y había desembarcado en uno de los picos de Occidente.

Tenían tambien los ópatas sus fiestas religiosas: una el primer día del año y otra para asegurarse las buenas lluvias y las abundantes cosechas. En esta desbrozaban y limpiaban un cuadro de terreno, lo cubrian de semillas, ramas, huesos, conchas de mar y cuernos, y levantaban en las cuatro esquinas otras tantas chozas. Al parecer el sol en el horizonte, salía de cada choza un mancebo, y danzaban juntos los cuatro hasta que anochecía. En la otra fiesta vírgenes caprichosamente vestidas bailaban al rededor de un poste clavado en tierra al que estaban sujetas cintas de varios colores. Apareábanse tomando cada una el cabo de una de las cintas; y, ora avanzando, ora retrocediendo, formaban vistosas figuras.

Fiestas sin danza tambien las había. De los guarayos, rama de los tupies, se cuenta que habían construido un templo de planta octógona y, sentados en él á la redonda, se limitaban á batir el suelo con sus bambúes y cantar himnos donde rogaban á la naturaleza que se cubriese de flores y frutos para que viéndola amasen á Tamoy, su primer padre. Dícese tambien si algunas tribus de la Florida celebraban sin baile alguno la más importante de sus fiestas. Todos los años, en los últimos días del mes de Febrero se refiere que cogían la piel del ciervo mayor que habían cazado, la rellenaban de las raices que en más aprecio tenían, le colgaban de cuernos, garganta y lomos coronas y cintas de escogidos frutos, la llevaban al són de cánticos y flautas á una deliciosa llanura y la ponían en lo más alto del tronco de un árbol. Junto al árbol estaban de pié el cacique y su mago, y en torno los súbditos hincada la rodilla. Rogaba el cacique al Sol que le concediera ópima cosecha de cuantas raices y frutos le ofrecía, y la muchedumbre toda repetía la plegaria.

En cambio había fiestas de tan extraños ritos, que apenas se vislumbra su sentido. En todos los pueblos de sus costas, el día primero del año, extendían los koniagas á lo largo de las paredes interiores de sus casinos una cuerda de que colgaban más de cien vejigas fantásticamente pintadas que se había extraído de animales muertos á flechazos. Junto á las vejigas había cuatro aves de madera trabajadas á piezas y con tal arte dispuestas, que podían ejecutar y ejecutaban varios movimientos. Las cuatro aves eran la zumacaya, la gaviota y dos perdices; y al paso que las perdices se picoteaban, sacudía la zumacaya la cabeza y batía las alas y la gaviota daba con el pico en una tabla, como si estuviera cazando peces. Junto al hogar, en torno de un poste vertical cubierto de paja, hombres y mujeres danzaban ante las cuatro efigies en honra, decían, del espíritu del Oceano; y en cuanto cesaba el baile, encendía un poco de paja uno de los espectadores y echaba el humo á vejigas y pájaros. Se su-

mergía luego las vejigas en el mar, término y fin principal de la fiesta.

Son ahora muy de notar dos fiestas que veremos despues reproducidas en las razas cultas. Cuando la recoleccion del maíz celebraban anualmente los muscogis una, que, parecida al jubileo de los israelitas, lavaba todo género de manchas y restablecía en el seno de las familias la concordia. Ocho días duraba la fiesta; y hasta el último varones y hembras guardaban rigoroso ayuno. Ni con las puntas de los dedos podía el hombre tocar la mujer, ni la mujer al hombre. Apagábase la víspera de la fiesta el fuego en todas las casas, aventábase las cenizas y se decoraba las paredes con frescos y verdes ramajes. Se presentaba al otro día en la plaza pública, no bien amanecía, el sacerdote de la tribu calzados de cuero blanco piés y piernas y con una blanca piel de ciervo en los hombros; frotaba rápidamente una con otra dos astillas de madera; y, en cuanto las había encendido, las dejaba en el suelo. Asomaban entonces por los ángulos de la plaza cuatro gallardos jóvenes con sendas varas en las manos, adelantábanse lentamente y las ponían en la nueva lumbre. Ya que ardía bien la hoguera, recibía el sacerdote de otros cuatro mancebos tiernas mazorcas de maíz y las arrojaba al fuego. Parecían poco despues cuatro guerreros que llevaban casina de la aún pendiente cosecha. Tomábala el sacerdote, echaba unas gotas en la lumbre y devolvía el resto para que se lo moliese, cociese y repartiese. En tanto que la bebía la gente de guerra, se llevaba fuera de aquel recinto el fuego para que tomando las mujeres el necesario volviesen á sus fríos y muertos hogares el calor y la vida. En los cinco días siguientes bañábanse las hembras y seguían bebiendo los varones; en el sexto salían á cazar y pescar los jóvenes; y en el séptimo la tribu toda comía y bebía alegremente en la plaza sin distincion de sexo, edad ni rango. Satisfecho el apetito, abundaban los divertimientos. Concluían sólo con la noche las danzas, los juegos, los cantos y los bulliciosos alaridos.

Los natchez en su luna del Maiz renovaban tambien el fuego. Preparaban de lejos la fiesta. Meses antes escogían una tierra vírgen, la descuajaban y la sembraban. Madura ya la miés, la guardaban en una troj que al efecto construían. Trasladábanse allí todos el día que se prefijaba; y allí acudía el Rey llevado por diez y seis guerreros en andas cubiertas de pieles, de hojas de magnolia y de vistosas flores. Deteníase el Monarca á la puerta de la troj, donde le esperaba la flor de la nobleza, y no se movía hasta que los sacerdotes hubiesen encendido fuego por el rápido frote de dos maderas. Al distinguir la nueva lumbre, se volvía el Rey con grande acatamiento á las cuatro partes del mundo y ordenaba que se distribuyera el maiz al pueblo. Consumíalo el pueblo allí mismo; y, acabada la comida, cantaban los guerreros y referían por turno sus hazañas. Bailábase la noche á la luz de antorchas, jugábase al otro día á la pelota y se ponía fin á la fiesta con danzas militares y baños que reparaban las perdidas fuerzas.

Fiestas con sacrificios eran raras entre los salvajes. Una celebraban los nutkas en Diciembre á la vuelta de sus cacerías, donde se asegura que inmolaban á su dios Quawteaht un esclavo. No sé de otra. Sacrificios hacian los algonquines en una destinada á obtener de Monedo que volviesen incólumes y vencedores los que el día antes habían salido á campaña; pero no sacrificios de hombres. Ponían en medio de la plaza sobre un mal forjado altar otros peor forjados ídolos, les rendían culto, danzaban al rededor con ademanes grotescos al són del tambor y la maraca, dividíanse en bandos, peleaban con pieles de culebra y nutria y acababan por inmolar gran número de perros.

Era algo más frecuente que los salvajes atormentaran en sus fiestas ya su cuerpo, ya el de sus hijos. Pinchábanse los yuracarés los brazos, y del hombro á la mano se pasaban por la piel á manera de sedales huesos de mono lo más afilados posible, que para mayor suplicio frotaban con materias picantes: otro tanto hacían despues con sus más tiernas hijas. En su fiesta *eletuac* los caribes cortaban el cabello á los niños, les sajaban las carnes y los obligaban á permanecer por algun tiempo en determinada postura y en rigoroso ayuno. Practicaban tambien incisiones en el cuerpo de los adultos, y, lo que es más raro, dejaban á los unos y los otros chorreando sangre á fuerza de romper sobre la cabeza de los primeros la de pequeñas aves y sobre la de los segundos la de aves de rapiña.

Una fiesta puramente moral encuentro por fin en las razas salvajes. Entre los haidahs salían á un tablado sacerdotes con máscaras y ricos trajes que, fingiéndose genios, instruían y daban consejos á la muchedumbre. La muchedumbre los acompañaba cantando.

CXIX

Ceremonias é instituciones religiosas.—Fiestas.—Fiestas en las razas cultas.

En las razas cultas las fiestas religiosas eran más complexas y más artísticas. Empezaré por las del Perú y acabaré por las de Méjico.

Celebraban los peruanos la más importante de sus fiestas despues del solsticio de Junio. Llamábanla Intip Raymi, Hatun Raymi y por antonomasia Raymi, es decir *Fiesta del Sol*, *Gran Fiesta*, *Fiesta*. Raymi, segun el Sr. Pacheco Zegarra, en su verdadera acepcion significa *danzas públicas*.

Tenía la fiesta por objeto adorar al Sol como padre natural del primer Inca y como criador y sustentador de todas las cosas de la tierra.

Preparábanse para ella sacerdotes y profanos absteniéndose por tres días de

encender fuego, dormir con sus mujeres y tomar otro alimento que maiz crudo, *chúcam* y agua.

Hacíase en aquellos mismos días acopio de víctimas para los sacrificios y de víveres para los banquetes. La última noche disponían las *acllas* todo lo que despues habían de consumir los Incas: las viandas, el vino y los redondos panecillos á que se daba el nombre de *zancu*. Disponían otro tanto para los plebeyos castas y jóvenes doncellas.

Al amanecer del otro día el Emperador, acompañado de sus deudos y de lucida gente de guerra, se dirigía á la plaza mayor del Cuzco, donde estaba reunido el pueblo. Salían tras él los *curacas*, sus hijos ó sus hermanos, precedidos de atabaleros y trompeteros y seguidos de hombres de sus respectivas naciones, que lucían diversas armas, escudos y trajes. Iban los curacas con sus mejores galas é invenciones: unos con guirnaldas á la cabeza y los vestidos chapeados de oro y plata, otros cubiertos de pieles de leon á la manera de Hércules, otros con grandes alas de condor blancas y negras, otros con espantables máscaras y todos llevando pintadas al vivo las proezas que habían hecho en defensa del Sol ó de los Incas. Dirigíanse, no á la plaza mayor, pero sí á la contigua, la de Cusipata.

Curacas, Incas y pueblo estaban con los ojos vueltos á Oriente; y, no bien asomaba el Sol, cuando le adoraban en cuclillas abriendo los brazos, poniendo las manos en derechura del rostro y dando besos al aire. Levantábase luego el Inca, tomaba dos grandes vasos de oro llenos de vino, ofrecía uno al Sol y lo vertía en un tinajon de oro, que por un caño de piedra labrada lo conducía al templo. Del otro vaso, que poco á poco le rellenaban, bebía su parte y distribuía el resto entre los demás Incas, que lo recibían en pequeñas copas de no menos ricos metales. Bebían del mismo licor los curacas, pero no ya del de ninguno de los dos vasos.

Concluída la ceremonia, dirigíanse unos y otros al templo. A doscientos pasos de la puerta descalzábanse todos, menos el Emperador, que no lo hacía sinó al pisar los umbrales. Sólo el Inca y los de su sangre podían entrar en el templo y adorar la imagen del astro del día; sólo él hacerle por su propia mano ofrendas y darle como le daba los dos vasos de oro. Los demás Incas, de igual manera que los curacas, habían de hacer las suyas por mano de los sacerdotes.

De regreso á las dos plazas los Incas y los caciques, empezábase en la mayor los sacrificios. Abríase ante todo, viva, una llama negra, y se le arrancaba el corazon y los pulmones con el garguero á fin de conocer por ellos la futura suerte de la patria. Grandes y señalados bienes se auguraban como saliesen palpitantes los pulmones; terribles males si por acaso salían muertos ó rotos ó al hincarle el cuchillo hubiese logrado la víctima ponerse en pié venciendo la fuerza de los que la tenían asida. Cuando esto sucedía repetíase dos veces la prueba, y, si los agüeros no cambiaban, era hondo y general el desconsuelo.

Como quiera que fuese, continuaban los sacrificios, matándose por cientos las llamas y los guanacos. De todos y de todas se guardaba el corazon y la sangre; y, despues de habérselos ofrecido al Sol, se los quemaba. Se los quemaba con lumbre nueva que se había debido encender la víspera, si claro el día, con un espejo cóncavo de metal bruñido que llevaba el Inca en un brazalete, y, si oscuro, barrenando el uno con el otro dos palillos de color de concha.

Se asaba la carne en las dos plazas y se la repartía con *zancu* primeramente á los Incas, despues á los curacas y por fin á los plebeyos. Se les servía á continuacion otros manjares y tras ello vino abondo.

Comenzaban entonces los brindis. Sentado el Emperador en una silla de oro macizo sobre un estrado tambien de oro, enviaba á sus parientes á que brindasen en su nombre con los indios de otras naciones, con los capitanes que se habían distinguido en la guerra por su pericia y su denuedo, con los curacas de los alrededores del Cuzco, los primeros que se habían sometido á Manco Cápac, y con los de las provincias Llevaba cada uno de los parientes dos vasos parejos, ofrecía el uno y con el otro brindaba. Al que le era superior en dignidad le ofrecía el vaso de la mano derecha; al que le era inferior el de la izquierda. Con algunos curacas y capitanes brindaba personalmente el Inca.

Iban luego los vasallos por el mismo órden á devolver el brindis. Hacíanlo ellos respetuosa y calladamente; y el Inca, afable y cariñoso, libaba el vaso y lo devolvía. Vaso en que el Soberano hubiese puesto los labios lo guardaba el vasallo como reliquia y lo trasmitía á los herederos.

Concluídos los brindis, organizábanse por grupos los hombres de cada nacion, y con sus particulares divisas, blasones, máscaras y trajes salían á la plaza cantando y bailando á usanza de su tierra. Eran á la sazon generales el movimiento y la alegría. Se continuaba comiendo y bebiendo y no cesaban de convidarse ni de fraternizar Incas, curacas, capitanes y plebe.

Por nueve días se prolongaba la fiesta y por nueve, si no ya los sacrificios, los banquetes y las danzas. Venía despues el *huaracu*, es decir los ejercicios y las ceremonias por las que se habilitaba á los mancebos de sangre inca lo mismo para contraer matrimonio que para ir á la guerra; mas esto no formaba ya parte de la fiesta religiosa.

La fiesta religiosa acabo de describirla siguiendo á Garcilaso; diré ahora las variantes de importancia que ví en otros autores. Segun Cieza, con la sangre de las víctimas se untaba las imágenes de los dioses y las puertas de los templos; entraban en el del Sol los sacerdotes con su pontífice y, despues de haber cantado los oportunos himnos, salían seguidos de las *acllas*, que iban ricamente vestidas y llevaban en grandes vasos el vino sagrado; á mediodía los hombres todos, incluso el Inca, después de bien comidos y bebidos, se ponían en órden, y al són de muchos atabales de oro que las mujeres tañían, algunos con piedras preciosas, entonaban, acompañados de las voces de las mismas *acllas*, cánticos

en que agradecían los favores recibidos de sus númenes y prometían servicios á cambio de gracias; había en medio de la plaza un teatro con gradas cubierto de paños de pluma y mantos de finísima lana sembrados de argentería de oro y pedrería, que ostentaba en lo alto una grande y rica estátua de Illatici-Huiracocha entre muchos sacerdotes y en lo bajo las figuras del Sol, la Luna y otros dioses esculpidas ya en palos, ya en piedras; iban humildes á rendir culto á esas imágenes desde el último hombre del pueblo hasta el Inca, que para mayor reverencia se descalzaban; y contribuían finalmente á la mayor grandeza y esplendor de la fiesta los bultos de los reyes que habían muerto queridos de los súbditos, bultos que se sacaba, segun él, á la plaza con todo su servicio de plata y oro.

Los cuerpos mismos de todos los Incas muertos entiende Santillan que se sacaba con su servicio y joyas á la plaza. Se hacía más, al decir de este autor, y era llevar al Cuzco las huacas todas de la tierra y ponerlas en el templo junto á las efigies del Sol y de la Luna.

Difiere más de Garcilaso y menos de Cieza el autor de la *Relacion Anónima* de que antes dije. La fiesta, segun él, se hacía despues de la siega con el fin de renovar el juramento de obediencia á los dioses y los Incas. Presidíanla sentados en lugar eminente bajo dosel riquísimo la Reina y el Rey con traje de ceremonia; y la autorizaban las imágenes de Illatici-Huiracocha, del Sol, de la Luna, del Lucero y del Rayo, puestas cada una en altar sembrado de flores, oro, plata y piedras preciosas, junto al cual había los respectivos sacerdotes y agoreros. Presenciaban, tambien sentados, la fiesta el Consejo y los demás señores y principales del Reino, y de pié el ejército y grandísimo número de gentes. Pronunciábase, ignoro si por el Rey ú otro sacerdote, una arenga, se hacía los sacrificios, se prestaba el juramento, se ponía las mesas, salían las *acllas* vestidas de blanco y rojo y, empezando por los reyes, á todos servían manjares, vino y unos diminutos panes á manera de hostia redonda y gruesa, conocidos por el nombre de *illai tanta*. Distribuían luego las mismas *acllas* las ropas que habían tejido y los adornos que habían labrado durante el año: entre los plebeyos los vestidos de algodon y de lana de guanaco y entre los nobles los de lana de vicuña.

Celebrábase esta brillante fiesta, no sólo en el Cuzco, sinó tambien en las capitales de provincia, donde suplían los *hunnus* ó gobernadores la falta del Inca. En el mes de Setiembre, pasado el equinoccio, hacíase otra no menos importante. Precedíala un día de riguroso ayuno, donde nadie podía probar sinó maiz crudo y agua, y otro en que, congregadas de noche las familias, amasaban harina formando panecillos redondos que medio cocían. Echábase en algunos sangre que se sacaba del entrecejo á niños de cinco á diez años; y con ellos, poco antes del alba, despues de haberse lavado el cuerpo, se restregaban los fieles todos cabeza, rostro, pecho, espaldas, brazos y piernas. Con ellos se untaba despues

los umbrales de las puertas, la casa del Sol, el vecino templo de Huanacauri y los demás lugares sagrados. Tenía la fiesta por objeto desterrar todo género de males, y por estos supersticiosos medios se la preparaba.

Saludaban varones y hembras al Sol en cuanto salía, le suplicaban que alejase de la ciudad todas las desventuras y se desayunaban con los panecillos amasados sin sangre. En esto salía de la fortaleza y bajaba á todo correr por el cerro de Sajsayuáman un Inca de orígen, ricamente vestido, con la manta sujeta al cinto y blandiendo una lanza en que á trechos estaba prendida de la punta al regaton una ancha cinta de plumas de diversos colores. Hallaba en medio de la plaza mayor otros cuatro Incas de nacimiento armados de igual manera, y dándoles en las lanzas con la suya les ordenaba que como mensajeros del Sol partiesen á desterrar del Cuzco y áun de toda la comarca toda suerte de enfermedades y daños.

Arrancaban á correr los cuatro Incas por los cuatro caminos que conducían á las cuatro extremidades del Imperio, y salían al punto á las puertas de sus casas hombres, mujeres, viejos y niños. Dando grandes voces, sacudían todos la ropa puesta y la que por vestir tenían, y se pasaban las manos por todo el cuerpo. Querían con esto desprenderse de todos sus males para que pudieran los mensajeros llevárselos fuera del Cuzco. Se relevaba de cuarto en cuarto de legua á esos fatigados Incas, y á las cinco ó seis leguas se hincaba en la tierra las lanzas.

Al otro día por la noche salían algunos cuzqueños con ciertas bolas de paja á que venían atados sendos cordeles de una braza de largo. Las encendían y dándoles vueltas al aire iban recorriendo todas las calles. Arrojábanlas luego á los arroyos para que las aguas corrientes llevasen al mar los males nocturnos. De tal manera creían que á esas hachas iba pegado todo lo perjudicial y dañoso, que, si alguien las encontraba después, huía de ellas como del fuego.

Empezaban tras esto y duraban de siete á ocho días los regocijos. Como en el *Hatun Raymi* se sacrificaba buen número de carneros, se asaba la carne en las plazas y se la repartía entre los concurrentes. Había tambien sus cantos y acciones de gracias al Sol porque los había librado de enfermedades y dolencias.

Tal era la fiesta llamada *Citua*, si no la más esplendorosa, la más característica del Imperio. Distaba de serlo la que con el nombre de *Cusquieraymi* se celebraba despues de nacidos los maíces á fin de que principalmente en el valle del Cuzco y el de Sacsahuana, no les helaran los fríos tan útil gramínea. Sacrificios, banquetes públicos y danzas populares era todo lo que había así en ella como en las de los novilunios y en las que decretaba el Inca ya por las victorias que sus ejércitos alcanzaban, ya por las naciones que de buen grado se le sometían, ya por cualquiera otro feliz acontecimiento. En el Perú, como el jefe del Estado pasaba por hijo del Sol y por supremo sacerdote, áun las fiestas civiles tomaban carácter de religiosas.

Sus fiestas religiosas tuvieron tambien los muiscas y algunas no poco originales. Cuéntase que anualmente se reunían estos hombres en el lago de Guatavita, donde se presentaba el Rey untado de resina y cubierto de polvos de oro. Iba el Rey en canoa hasta el medio de la laguna y se arrojaba solemnemente al agua con todas sus riquezas. Fuertes por el ejemplo, se asegura que muchos vasallos hacían otro tanto desde la ribera.

No eran menos raras las procesiones de aquel pueblo para obtener del sol, ya el fin de alguna calamidad, ya el otorgamiento de algun beneficio. Por lo numerosas y espléndidas maravillaron á los españoles. Componíanlas á veces más de diez mil personas pintadas de rojo y negro y adornadas de joyas, que se habían distribuído en caprichosos grupos. En tal grupo iban disfrazadas de leones, en tal otro de tigres y en tal otro de águilas. Seguían luego los sacerdotes ceñidas las sienes de coronas de oro; tras ellos hombres de humilde traje llorando y pidiendo al Sol que satisficiese los deseos de su rey ó cacique. Llevaban estos hombres caretas con grandes lágrimas. Lo notable era que á continuacion venían otros dando brincos y soltando estrepitosas carcajadas, y otros diciendo que ya el Sol había accedido á las súplicas de los que los precedian, y otros con vistosas vestiduras, carátulas de oro y rozagantes mantos, y otros con bellos atavíos cantando y bailando al triste y penoso compás de sus flautas y maracas, y otros y otros con mil galas é invenciones que apenas habría podido concebir la más loca fantasía. Cerraban la procesion el cacique ó el rey y sus servidores, si no todos, los más resplandeciendo de oro, turquesas y esmeraldas.

Otra fiesta celebraban aún los muiscas y esta de muy distinto orden. Señalaban el principio de sus indicciones por el sacrificio de un mancebo nacido el primer año de la anterior, á quien habían arrancado violentamente de brazos de los padres; y hacían con pompa y solemnidad el holocausto. Cogían á la pobre víctima y la llevaban procesionalmente á una columna donde se medían los pasos del sol por el zenit y las sombras de los solsticios y los equinocios. Matábanle allí á flechazos, le arrancaban el corazon, lo ofrecían al Sol y recogían la sangre en vasos al servicio de los dioses. Del templo á la columna le había acompañado multitud de sacerdotes que iban con máscara como los de Egipto. Representaban unos á Bóchica, á quien se atribuía tres cabezas; llevaban otros los emblemas de Chia; usaban otros careta de sapo; y algunos revestían las formas del terrible Fomagata.

Veintiuna fiestas tenían al año los nicaraguatecas, segun dijeron á Bobadilla; pero todas segun parece reducidas á los sacrificios de que hablé en otro párrafo, á cantos y bailes en la plaza y á locas borracheras. No ayunaban; pero se abstenían en todas de sus mujeres, seguros de que habían de enfermar si con ellas yacían. Para no caer en tentacion hasta dormían entonces fuera de sus hogares.

Eran de seguro mayores y más notables las fiestas de los mayas. Celebrábase la primera el día de año nuevo, el primero del mes de *Pop*, correspondiente á

nuestro diez y seis de Julio. Preparábanse para ella el sacerdocio, la nobleza, toda la gente principal y áun los plebeyos más devotos, no sólo apartándose de sus mujeres, sinó tambien tiñéndose de negro las carnes y comiendo sin sal ni pimienta las viandas. Castigábanse así el que menos trece días y algunos hasta dos y tres meses. Los vecinos todos barrían después sus casas, se deshacían de su ajuar y sus ropas y las echaban con la basura á cierto lugar fuera del pueblo donde no se atrevía á tocarlas ni áun el más pobre.

El día primero de *Pop* reuníanse en el patio del templo todos los varones, teñidas las carnes, no ya de negro, sinó de colorado. Llevaban todos comida y vino y los ofrecían á los ídolos. Expelido el demonio por los medios que expliqué en otro párrafo, empezaban las oraciones. En tanto los *chaces* encendían nueva lumbre. Arrojaban en ella incienso primeramente el sacerdote, luego los profanos por órden de jerarquías; y uno y otros hacían despues con las ofrendas un banquete en que ganaban muy poco la razón ni el sentimiento religioso.

Esto en el recinto del templo, que fuera de él festejaba el pueblo todo á sus innumerables dioses.

En el mes de *Uo* empezaban los ayunos para las fiestas que tenían lugar en el de *Zip;* meses que caían dentro de los de Agosto y Setiembre. La primera llamada *Pócam* la celebraban los sacerdotes en la casa del jefe civil del pueblo. Echaban, como solían, al Diablo, sacaban sus libros, los tendían en lugares frescos, invocaban á Cinchan-Izamná, le hacían ofrendas, quemaban incienso en lumbre nueva, desleían con agua vírgen que traían del monte y no habían visto ojos de mujer cierta especie de cardenillo, untaban con él las tablas de los libros á fin de purificarlos, y, abriendo uno el más docto, declaraba los futuros sucesos y dirigía á los demás una corta arenga. Entregábanse luego á comer y beber y bailaban á veces el *Okot-Uil.* Volvían á juntarse al otro día con sus esposas en cualquiera de sus casas, pero, no ya como sacerdotes, sinó como magos y médicos. Después de arrojado el Maligno Espíritu, sacaban ahora sus utensilios de curar, sus yerbas, sus drogas, sendas imágenes de Ixchel, la diosa de la Medicina, y unas pedrezuelas de que se servían para sus adivinaciones y suertes; oraban, invocaban, hacían ofrendas y quemaban incienso á Izamná, Citbolontum y Ahau Chamahez, cuyas estátuas teñían de azul los *chaces;* recogían y envolvían sus trebejos y, tomando á cuestas los envoltorios, bailaban el *Chan-tun-yab* grave y reposadamente. Concluída la danza, en una mesa los varones y en otra las hembras, comían y bebían lo ofrecido á los dioses.

El día despues se reunían los cazadores y sus mujeres en una de sus casas; y, despues de echado por los sacerdotes el Demonio y puesto en la sala el oportuno recado para la fiesta, invocaban á Acanum-Zuhun-Zipi-Tabay y otros dioses de la caza, les ofrecían incienso, sacaban flechas y calaveras de venado y, luego que se las habían teñido de azul los *chaces*, unos bailaban llevándolas en las manos y otros se horadaban las lenguas ó los oídos, pasándose por los agu-

jeros hasta siete hojas de la hierba *Ac*, de bastante anchura. Hechas despues las acostumbradas oblaciones, se les escanciaba el vino danzando.

Una fiesta análoga celebraban al otro día los pescadores. No se diferenciaban de los cazadores sinó en que invocaban y quemaban incienso á los dioses de la pesca, hacían untar de azul los aparejos de su oficio, se recortaban y no horadaban las orejas, bailaban el *chohom*, bendecían un palo gordo y alto y lo ponían enhiesto. Acabada la fiesta, no pocos se iban á la costa afanosos por entregarse á pesquerías y regocijos.

En el mes de *Tzec* tenían su fiesta los dueños de colmenares. Ya en el de *Tzoz* se disponían á ella por el ayuno, si voluntario para los seglares, obligatorio para los sacerdotes y sus asistentes. Reuníanse en privado y sobre las ordinarias ceremonias invocaban á los Bacabes, les hacían grandes ofrendas y daban á los *chaces* cuatro hermosos platos con otras tantas bolas de incienso en los que venían pintadas con miel caprichosas figuras. Concluían como siempre bebiendo: el vino era de la miel de las colmenas.

Caían los meses de *Tzoz* y de *Tzec* dentro de los de Setiembre y Octubre. Dentro del de Noviembre, el dia diez y seis de *Xul*, juntábanse en Mani los sacerdotes y los caciques con mucha gente de los pueblos, preparados ya todos por ayunos y abstinencias; salían á la tarde en procesión seguidos de sus farsantes; se dirigían sosegadamente al templo de Cukulkan, que de antemano se había embellecido y compuesto; y, hechas las convenientes oraciones, ponían en lo alto las cuatro ó cinco banderas de pluma que todos los años remitían por turno las provincias, y en el patio, tendidos sobre hojas de árboles, todos sus ídolos. Encendían á poco lumbre nueva, ofrecían á su dios comidas sin sal ni pimienta y bebidas de habas y pepitas de calabazas, ponían incesantemente copal en los braseros y pasaban cinco dias y cinco noches en plegarias y bailes devotos. En estos cinco días los farsantes recorrían las casas principales, y, merced á sus farsas, recogían cuantiosos dones que se desvivían por llevar al templo. La última noche se repartía esas dádivas entre los caciques y se acrecentaba la devoción por creerse que estaba allí Cukulkan en espíritu.

Despues de la fiesta de *Xul*, conocida por el nombre de *Chic-Kaban*, venía la del mes de *Mol*, conocida por el de *Oloh-zab-kam-yax*. Prescindiendo de los ritus comunes á todas, basta decir que en esta se untaba de azul los instrumentos de todas las artes, inclusos los del sacerdote, las ruecas de las mujeres y áun los postes de las viviendas. Pintábase aquel día á todos los niños, y se les daba en las articulaciones de las manos hasta nueve golpecillos para que saliesen expertos en los oficios de sus padres. Dábaselos á las niñas una vieja vestida de plumas, á quien, por ser la que las traía, llamaban *Ixmol*, la allegadera. Estaba la fiesta consagrada á todos los dioses, y como todas, concluía por un banquete en que se servía las ofrendas de los fieles.

En el mismo mes de *Mol* hacían los dueños de colmenares otra fiesta como la

de *Tzec* y procedían los estatuarios á la fabricacion de los ídolos de madera. Fabricar ídolos no era cosa baladí á los ojos de los mayas; era un acto profundamente religioso para el cual se elegía *chaces* como para los bautizos. No lo proponía nadie sin previo dictámen del sacerdote; ni lo conseguía nadie sin rogar dos ó más veces al escultor que aceptase el encargo. La primera vez rehuía siempre el artista la obra temiendo que por ella no le sobreviniesen enfermedades ó no muriese alguno de sus deudos. Ya que la admitía, empezaba con los chaces y el sacerdote un riguroso ayuno. Iba en tanto por madera de cedro el que pedía los nuevos ídolos, y, en cuanto la procuraba, se la metía en un chozo de paja que al intento se construía. Poníase, además, en aquel chozo las necesarias herramientas, copal, un brasero, á los cuatro vientos los cuatro *Acantunes* y una tinaja donde ir echando los futuros dioses. Se encerraban allí el sacerdote, los chaces y el estatuario, y no daban comienzo á la labor ni la proseguían que no quemaran incienso á los *Acantunes* y los untaran con sangre de sus orejas. Debían vivir durante la obra en privacion contínua: estar separados no sólo de sus mujeres sinó tambien del resto de los hombres. Tenía la choza una cerca, y ni á la cerca podía llegarse mortal alguno mientras allí estuviesen.

Concluídos y pagados los ídolos, se los trasladaba al patio del templo, donde el sacerdote los bendecía con mucha solemnidad y devotas oraciones. Se echaba el demonio, se quemaba incienso, se guardaba y envolvía las recien labradas imágenes y se las entregaba á su dueño, que las recibía piadoso y compungido. Concluía tambien la fiesta por un banquete; pero no sin que el sacerdote encareciera la importancia de hacer dioses nuevos y los peligros que traía el hacerlos sin las debidas abstinencias.

En el mes de *Chen* ó en el de *Yax*, que caían dentro de los de Diciembre y Enero, se renovaba los ídolos de barro, los braseros que se les ponía delante, si era menester la casa en que se los tenía y siempre el templo en honra de los dioses de los maizales. Todo con las ceremonias de costumbre.

En el mes de *Zac*, que caía dentro del de Febrero, celebraban los cazadores otra fiesta como la de *Zip*, cuyo exclusivo objeto era aplacar las iras de los dioses por la sangre que en la caza vertían; y en la de *Mac*, que caía dentro del de Marzo, otra los ancianos dirigida á conseguir buen año de lluvias. Dedicaban los ancianos la suya á Izamná y á los dioses de los maíces, y la preparaban por un sacrificio á que daban el nombre de *Tupp-kak.* Ibanse al campo en busca de todo género de animales, se venían con ellos al patio del templo, en cuyas esquinas se colocaban con sendos cántaros de agua los cuatro *chaces*, ponían en medio un manojo de varillas secas, les pegaban fuego despues de haber quemado copal en el correspondiente brasero, y, en tanto que ardían, les arrojaban los corazones que de los animales iban arrancando. Finía el sacrificio por derramar los chaces el agua de sus cántaros en la lumbre.

La fiesta, para la cual no debía ayunar sinó el que la promovía, se verificaba en el mismo patio, donde al intento se levantaba un montículo de piedras con sus graderías, muy limpio y cubierto de ramaje. Reuníase allí el pueblo, y, despues de haber quemado copal, se untaba con arcilla del pozo el primer escalon de las graderías y con tintura azul los demás escalones. Tras esto venian los sahumerios, la invocacion á los dioses Chaces, las oraciones, las ofrendas y por fin el banquete.

En el mes de *Muan*, que caía dentro de los meses de Abril y Mayo, tenían su fiesta los propietarios de cacaotales. Celebrábanla en uno de sus predios sacrificando un perro con manchas de color del cacao, ofreciendo iguanas azules y plumas de cierto pájaro á los dioses Ekchuah, Chak y Hobnil, sus especiales patronos, quemándoles copal, dando á cada uno de sus oficiales una mazorca de la preciada fruta que sus árboles producían, rezando, comiéndose las ofrendas, bebiendo y entregándose á bailes y regocijos.

En el mes de *Pax*, que caía dentro de los de Mayo y Junio, tenía lugar la fiesta de los guerreros. Reuníanse en las capitales los caciques y los sacerdotes de los pueblos y empezaban por ir en busca del *Nacon*, su caudillo en las guerras, y llevarle con gran pompa al templo de *Cit-Chac-Coh*, donde le sentaban y le quemaban incienso como si fuera un ídolo. Pasaban allí con él cinco días y cinco noches orando, haciendo ofrendas, quemando copal, bebiendo y comiendo de lo que se recogía y bailando una especie de paso militar que llamaron *Holcan-Ocot*, danza de soldados. Renovaban al sexto día las ceremonias y los sacrificios al fuego que vimos en la fiesta del mes de *Mac;* y, despues de echado con solemnidad el demonio, se consagraban á la oracion, los sahumerios y las ofrendas. Tomaban en tanto algunos caciques al *Nacon* y le paseaban en hombros al rededor del templo sin que otros dejaran de sahumarle. Concluido el paseo, sacrificaban los *chaces* un perro y entre dos platos enviaban el corazon al diablo. Rotas luego por los mismos *chaces* ollas grandes llenas de vino y hecho el general banquete, se volvía con pompa al *Nacon* á su casa, bien que ya sin perfumes.

En sus hogares daba el *Nacon* á los sacerdotes y la gente principal otro banquete, y al otro día, despues de haberles repartido un poco de incienso, los exhortaba á que hicieran en sus pueblos fiestas á los dioses para que fuesen abundantes las cosechas. La exhortacion era eficacísima: hasta el mes de *Pox*, el de Julio, se sucedían casi sin interrupcion las fiestas, las orgías, las borracheras, las riñas, los crímenes.

Debemos ahora fijarnos en los cinco días últimos del año, intercalares porque no daban los diez y ocho meses de veinte días del año maya los trescientos sesenta y cinco días con algunas horas que tarda la tierra en recorrer su órbita. Se tenía por tan nefastos esos días, que nadie osaba en ellos emprender cosa de importancia, ni hacer obra servil ni trabajosa, ni lavarse, peinarse ni espul-

garse, ni salir de casa como la necesidad no lo exigiera. Principalmente para ofrecer cuentas y honrar á los dioses se salía entonces á la calle.

Celebrábase en aquellos días una fiesta especialísima: la del dios Mam (abuelo), en quien parece que se personificaba el año. El primer día se le festejaba con gran pompa y magnificencia. el segundo se le trataba menos solemnemente, el tercero se le bajaba de sus altares, el cuarto se le ponia en los umbrales del templo, y el quinto se le despedía como para abrir la puerta al año nuevo.

En los mismos días se celebraba fiestas dignas de memoria, que cambiaban segun el signo ó letra por que empezaba el año. En todas se echaba al demonio con ritus iguales ó por lo menos parecidos á los que expliqué al hablar del Diablo; las principales diferencias consistían en que así como el demonio de los años *Kan* era Kan-ú-Uayeyab, la imagen del príncipe del pueblo Bolon Zacab y el acantun Zacab; en los años *Muluc* lo eran Chac-u-Uayeyab, Kinch-Ahau y Chacan; en los años *Ix* lo eran Zac-u-Uayeyab, Izamná y Zac; y en los años *Cauac* lo eran Ek-u-Uayeyab, Uacmitun-Ahau y Ekel; y en que así como Kan-u-Uayeyab estaba en los montículos de piedra del Mediodía, lo estaban Chac-u-Uayeyab en los de Oriente, Zac-u-Uayeyab en los del Norte y Ek-u-Uayeyab en los de Occidente.

Los años *Kan*, en que el bacab Hobnil reinaba, hacían los mayas una imágen de Izamná-Kauil, la ponían en el templo, le quemaban tres bolas de la resina *kik* y le sacrificaban un perro ó un hombre. Ponían atada la víctima en lugar superior á cierto monton de piedras que levantaban en el patio, la precipitaban de improviso, la cogían, le arrancaban el corazon y, puesto entre dos platos, lo ofrecían al nuevo ídolo. Decían que bajaba un ángel y recibía el sacrificio. Bailaban á continuacion viejas elegidas al efecto que vestían raras vestiduras.

Los años *Muluc*, en que presidía el bacab Canziemal, hacían los mayas una imágen de Iax-Coc-Ahmut, la ponían en el templo desterrando los antiguos ídolos, le quemaban en el patio *kik* é incienso y oraban y le pedían remedio para los males que los afligían. Bailando en altísimos zancos, le ofrecían, además, cabezas de pavo, tortas de maíz y vinos. Ofrecíanle tambien perros de barro con pan en los lomos. Con ellos en las manos habían de danzar las viejas y despues sacrificarle un perro virgen que tuviese negras las espaldas. Cogían los más devotos la sangre de la víctima y con ella untaban la piedra de Chac-acantun.

Los años *Ix*, en que reinaba el bacab Zacciui, años que se consideraba ruines, miserables y engendradores de discordias y tumultos, hacían los mayas la imágen de Zinch-Ahau, y, despues de colocada en el templo, la honraban con sahumerios, ofrendas, oraciones, sangre de sus propias venas que extendían sobre la piedra de Zac-acantun, bailes de viejas y banquetes. Construían ó renovaban un pequeño adoratorio y repetían en él los sacrificios y las ofrendas, no

faltando quien hiciese otro ídolo para abrir la puerta á nuevas oblaciones y borracheras.

Los años *Cauac*, en que presidía el bacab Hozanek, años tenidos tambien por aciagos, hacían los mayas, no una, sinó cuatro imágenes: la de Chichac-Chob, la de Ek-Balam-Chac, la de Ahcan-Uolcab y la de Ahbuluc-Balam. Poníanlas en el templo, las incensaban y les ofrecían dos pellas de *kik*, iguanas, maíz, una mitra, un manojo de flores y una de sus piedras preciosas. Levantaban luego en el patio una gran bóveda de madera con dos puertas de paso y la cubrían exteriormente de leña. Puesto en lo alto un mancebo, cantaba y tocaba un atabalillo, y al són bailaban abajo, con devoto concierto, hombres que llevaban manojos de largas y secas varillas y entraban y salían ordenadamente por las dos puertas de la bóveda. Suspendíase la danza por la tarde, y en anocheciendo volvían los danzarines con mucha gente. Tomaban sus hachas, pegaban fuego á la leña, en cuanto la veían hecha áscua la allanaban y tendían, y algunos la pisaban desnudos y descalzos, creyendo que con abrasarse los piés y tostarse el cuerpo se hacían agradables á sus dioses. Tras esto se comía y bebía como siempre.

Tales fueron las fiestas de los mayas. Hacían los quichés de cinco á seis al año, amen de las que acontecimientos extraordinarios aconsejaban ó exigían. Reuníanse cada luna en consejo el jefe de la provincia ó del pueblo y las gentes principales; y allí solían tratar con los sacerdotes, ya de las que convenía decretar, ya de las que se debía celebrar segun costumbre. No dejaban casi nunca por resolver sinó el día y la hora de los sacrificios: y esto porque lo consideraban de la exclusiva competencia de sus adivinos, que generalmente lo decidían por la suerte. Decidido ya, publicaban los sacerdotes la fiesta y la vigilia, ó lo que es lo mismo la fiesta y el período de mortificacion que debía precederla. En este período, que no acostumbraba á ser corto, chicos y grandes se habían de apartar de sus mujeres, sangrarse dos veces por día brazos, piés, muslos, narices, oídos, lengua, quemar de noche incienso á los dioses y teñirse de negro las carnes si sacerdotes ó casados, de rojo si solteros.

El día de la fiesta se sacaba á la calle los ídolos llenos de oro y pedrería, envueltos en numerosas mantas de ricas labores, puestos en andas, llevados procesionalmente en hombros de gente noble y acompañados con música de *tunes*, atabales y marimbas. Parábaselos en las grandes plazas, casi todas trinquetes, para que delante de ellos los caciques jugaran á la pelota y los plebeyos sacrificaran aves y brutos. Guardábaselos despues en aposentos cuajados de ramas y flores.

Durante la fiesta y la vigilia varon alguno dormía en sus hogares: tomaban todos por cama los soportales que había cerca del templo. Tomábanlos especialmente los mozos, que en todo ese tiempo estaban organizados en cuadrillas por el hijo del señor del pueblo y tenían como principal encargo surtir de leña

los braseros sagrados, que la consumian en mayor cantidad que nunca.

Sobre estas ordinarias fiestas tenian los quichés una que, segun dije en otro párrafo, compara Jimenez con la Pascua de los cristianos. Durante el largo ayuno que la precedía los hombres estaban casi siempre en el templo. No lo dejaban de dia sinó para comer con sus esposas, que los recibian friamente y sin saludarlos, ni de noche sinó para ir con ellas y los hijos, bien á los montes, bien á las encrucijadas de los caminos con el objeto de atormentarse y sangrarse el cuerpo. Laceraban impiamente las carnes de los hijos menores si, medrosos éstos, no osaban hacerlo por sí mismos. Rogaban despues á los dioses que los favoreciesen y les ofrecían incienso, flores y pájaros.

Otra costumbre observaban los quichés en los primeros días de tan largo ayuno que no es merecedora de olvido. Soltaban á los esclavos que elegian para los futuros sacrificios y los dejaban ir por todo el pueblo y entrarse por todas las casas, inclusas las de los reyes. Verdad es que los hacían seguir siempre por cuatro hombres de fuerza y les habían puesto antes en la garganta una argolla de oro, de plata ó de cobre. No los recogían hasta siete días antes de la fiesta: metíanlos entonces en una casa junto al templo donde les daban de beber y comer con exceso y los privaban de la razon y el sentido.

Cuatro días despues se ocupaba el pueblo todo en arreglar y engalanar los caminos por donde habían de venir los ídolos. Los cubría materialmente de ramos y hojas de pino; de ramos y hojas que traía la gente moza. La víspera de la fiesta redoblaba los cuidados: barría todo el templo y sus contornos, aseaba los braseros, se desteñía y lavaba el cuerpo, se ponía mantas nuevas, lo galanas que podía, rodeaba de mazorcas los altares, si estaba el maíz en fruto, y acopiaba instrumentos de música.

La noche de aquel mismo día los hijos del Rey y de los Señores partían en busca de sus escondidos dioses y los traían por los enramados caminos deteniéndose á trechos y ofreciéndoles flores, frutas, incienso y aves. Entraban en el pueblo callados y silenciosos junto con el Gran Sacerdote y los demás ministros del culto que les habían salido al encuentro; y, ya que habían colocado en las aras los ídolos, lo anunciaban al són de atabales abriendo la puerta á danzas y regocijos en que sorprendía á los fieles la luz del alba.

En amaneciendo, los quichés todos se desvivían por entregar á los sacerdotes como ofrenda y sacrificio incienso y pájaros. Se dirigían luego á los dioses, y les pedían con fervor lo que cada uno necesitaba.

Preparábase en tanto el terrible holocausto. El Gran Sacerdote se ponía sus vestiduras pontificales y se ceñía una corona de oro ó plata cubierta de pedrería. Otros sacerdotes componían una de las imágenes y la colocaban en ricas andas donde entre joyas de plata y oro había rosas de hermosos colores. Uno y otros á la cabeza de gran número de devotos recorrían en procesion el patio del templo, donde se cantaba y bailaba al són de agradables músicas, y concluían por

instalar la imágen en un altar levantado junto á la piedra de los sacrificios.

Empezaba á la sazon un areito en que se contaba los más preclaros hechos de la historia del pueblo; y en tanto el Rey y los demás señores iban por los esclavos. Volvían los señores y el Rey trayendo cada cual á su esclavo por los cabellos y suplicando á grandes voces que Dios los colmara de prosperidades y los ayudara contra sus enemigos. Estaban el sacrificador y sus auxiliares al pié de la temida piedra: iban recibiendo las víctimas, arrancándoles el corazon, bañando en la sangre los dedos, rociando con ella los ídolos y poniendo en altas pértigas ó varales las cabezas de los sacrificados. De la carne de estos holocaustos, agradable es decirlo, comían patricios y sacerdotes, nunca la plebe.

En aquel día y los cinco ó seis siguientes todo eran diversiones y espectáculos: grandes banquetes, para los que se mataba infinitas aves; muchas y muy ruidosas danzas; todas las tardes procesiones por las calles con músicas y cantos; en las plazas juegos de pelota delante de los ídolos.

Eran aún más notables las fiestas religiosas de los nahuas: las diré en párrafo aparte.

CXX

Instituciones y creencias religiosas.—Fiestas.—Fiestas en las razas cultas.—Fiestas de los nahuas.

Las fiestas de los nahuas se distinguían por lo sangrientas. En el mes de *Atlacahualco*, el primero del año para Sahagun y el tercero para Humboldt, que funda su opinion en ciertas palabras de Cristóbal del Castillo, hacían los mejicanos una á los Tlaloques, segun recordará el lector, dioses de las aguas. Para ella compraban á las madres niños de pecho que hubiesen nacido en buen signo y á ser posible tuvieran dos remolinos en la cabeza; los adornaban con piedras preciosas, con ricas plumas, con mantas y *maxtlis* de bellas labores y con pulidas *cotaras*; les ponían alas de papel como las de nuestros ángeles, les teñían la cara con aceite de *ulli* y les dejaban en medio de las mejillas ruedecitos blancos. Llegada la hora, en andas cubiertas de plumas y joyas los llevaban procesionalmente al són de flautas y trompetas á las cumbres de los vecinos montes. Llevaban unos á la de Tepetzingo, otros á la de Tepepulco, otros á la de Cuauchtepetl, otros á la de Yoaltecatl, otros á la de Poiauhtla, otros á la de Cocotl, otros á la de Yauhqueme, y algunos tambien al sumidero de Pantitlan, dentro de la misma laguna de Méjico. Los componian á todos con papeles de color y se los daban de color distinto segun el monte ó lugar á que los conducían.

Lloraban las gentes al ver pasar á los pobres niños; mas los *cuacuahuiltis* y

los ministros del culto habían de seguirlos hasta el fin, como no quisieran que se los tuviese por infames é indignos de todo cargo público. Entraba algun consuelo en los ánimos sólo cuando los niños vertían abundantes lágrimas: se lo tenía por agüero de próximas lluvias.

Al llegar los niños al término de la jornada, los cogían, los sacrificaban y les arrancaban impíamente el corazon en honra de los Tlaloques. Las víctimas eran, á lo que parece, muchas: entre ellas una niña que no podía ser inmolada sinó en la cumbre de Tepetzingo.

Como si esto no bastara, todo aquel día y todo aquel mes se sacrificaba multitud de cautivos en el templo *Yopico*, consagrado á Totec. Precedíanlos sus dueños bailando y alardeando de su bravura y sus ricos plumajes; y, ya que los tenían sujetos á la piedra *temalacatl*, los provocaban á combate, concediéndoles por todas armas una pobre rodela y una espada de palo. En cuanto los vencían, los llevaban á la piedra *texcatl*, donde se les abría in-continenti el pecho, se les sacaba el corazon y se los precipitaba por los altos y estrechos escalones del templo. Cautivos y niños eran despues materia de suculentos platos en religiosos banquetes.

En el postrer día del mismo mes se hacía otra fiesta en honor de Xipetotec y de Huitzilopochtli. La víspera, despues de medio día, se celebraba un solemne areito, y á la media noche, junto al fuego, se arrancaba los cabellos de la coronilla á las gentes destinadas al sacrificio, que se guardaba en el *Calpulco*. Llevábase al amanecer las víctimas al pié del templo de Huitzilopochtli, y se las entregaba á los sacerdotes, que las subían por los cabellos á la plataforma, las tendían sobre el *texcatl*, les extraían el corazon y, despues de puesto en una jícara, los despeñaban. Recogían abajo otros sacerdotes los cadáveres, los desollaban y los ponían en manos de los *cuacuapiltis*, que los volvían al *Calpulco* para que de cada uno, segun costumbre, se enviara al Rey un muslo y se repartiera lo demás del cuerpo entre los hombres principales ó entre los más cercanos parientes de los dueños de las víctimas.

Al otro día continuaba la fiesta. Vestíanse unos mancebos las pieles de los desollados y se sentaban en lechos de greda ó de heno. Provocados allí con insistencia por otros mancebos, se levantaban al fin y los acometían de modo que los ponían en fuga. Perseguíanles y, como los alcanzasen, los obligaban á una batalla donde el que caía prisionero entraba en la cárcel y no conseguía la libertad sin rescate.

En esto salían de lo alto del templo *Yopico* gran número de sacerdotes que representaban por sus trajes á los diversos dioses. Bajaban ordenada y procesionalmente seguidos de dos hombres tigres y dos hombres águilas que iban haciendo ademanes de pelea; dirigíanse con lento y grave paso á la piedra *temalacatl*, y sentábanse en torno sobre sus *icpallis*. Sonaban al punto flautas, caracoles, trompetas, cánticos; y los que los tañían ó entonaban, todos con banderas

de pluma blanca en los hombros se sentaban á su vez formando nuevo y más ancho corro.

Parecía á poco traído de los cabellos por su amo un cautivo que desde la víspera tenía tambien calva la coronilla. No subía al *temalacatl*, que no hubiese recibido una jícara de pulque, no la hubiese ofrecido á las cuatro partes del mundo, no la hubiese apurado por una caña hueca y no hubiese visto descabezada una codorniz y levantada en alto su propia rodela por manos de un sacerdote. Ya sujeto al *temalacatl*, recibía de manos de otro sacerdote, revestido de una piel de oso, su espada de madera con plumas pegadas al corte y cuatro estacas de pino. Como fuese de bríos, peleaba sucesivamente con cada uno de los hombres tigres y los hombres águilas, que no se batían nunca sin alzar al Sol su macana y su escudo; y, como venciese, había de luchar con los cuatro juntos, que le acometían danzando y contoneándose. Ni aún derrotándolos se salvaba: debía en este caso medir sus fuerzas con las de un zurdo, que raras veces tardaba en desarmarle y hacerle venir al suelo. Presenciaba su dueño bailando tan desigual combate.

Que fuese bravo ó cobarde el cautivo y peleara ó no peleara, sufría idéntica muerte. Al borde del mismo *temalacatl* le arrancaba el corazon el *Yooallaoán*, que era el sacerdote de la fiesta. Lo ofrecía como siempre al Sol y lo ponía en una jícara de palo.

Se entregaba la sangre al dueño de la víctima en otra jícara que tenía bordada de plumas la orilla y se le daba dentro de la jícara un canuto, aforrado tambien de plumas, con el cual había de ir é iba de templo en templo y de *calpulli* en *calpulli*, tiñendo los labios de los dioses. Hacíalo el dueño adornado de su más rico plumaje y de todas sus joyas.

Los cautivos inmolados en el *temalacatl* eran siempre muchos. Acabados los sacrificios, danzaban sus dueños al rededor de la piedra junto con los sacerdotes y las personas principales. Llevaban todos colgadas de la mano las cabezas de sus muertos, y lloraban y gemían como si realmente sintieran la desgracia de los que fueron sus dóciles esclavos. En todo sacrificio había un padrino de las víctimas: aquí el padrino cogía las sogas con que habían sido atadas á la piedra gladiatoria y las levantaba á las cuatro partes del mundo en señal de acatamiento.

¡Cosa singular! allí, como en nuestras ejecuciones de muerte, comían los espectadores. Iban generalmente provistos de ciertas empanadas de maiz sin cocer á que daban el nombre de *Huilocpalli*.

No terminaba aquí la fiesta. Al otro día por la tarde se presentaban delante del palacio de los reyes los nobles y todas las personas principales, ataviados con sus mejores penachos y divisas, llevando en vez de flores tamales y tortillas ó cañas de maiz con sus mazorcas y en vez de joyas sartales y guirnaldas de granos de maiz tostado. Ordenábanse de tres en tres, y, acaudillados por los osten-

tosos monarcas de Méjico, Tezcuco y Tacuba, se dirigían al lugar de los holocaustos y hacían un areito solemnísimo que duraba mientras el sol no trasponía el horizonte. Empezaba entonces otro género de danzas en que podían tomar parte el soldado viejo como el recluta y la honrada matrona como la mujer pública, é iban los danzantes asidos todos de las manos y como culebreando. Se prolongaba esos bailes hasta la media noche y las fiestas por veinte días.

En esos veinte días ni los que se habían vestido las pieles de los desollados se las quitaban, ni los dueños de cautivos ni persona alguna de sus familias se lavaban el cuerpo ni se bañaban la cabeza. No podían unos ni otros poner fin á su castigo hasta la fiesta *Ayacachpixolo* que se celebraba el postrer día del mes de *Tlacaxipeoaliztli*.

Hacíase la fiesta *Ayacachpixolo* en el templo *Yopico*. Estaban allí sentados de sol á sol los vecinos del barrio tañendo sonajas, cantando y ofreciendo flores. Ofrecían las primeras flores del año; hecho sin el cual no se hubiera atrevido á oler una ningun azteca. Aquel mismo día y en el mismo templo ofrecían los floristas unos tamales de bledos ó de cenizos á la diosa Coatlyate ó Coatlantonan, de quien eran grandemente devotos.

En tanto los de las pieles se las quitaban, y en procesion con otros, principalmente con enfermos de sarna ó de la vista, que por este medio esperaban curarse, iban á guardarlas con mucha ceremonia en oscuras cuevas. Ya guardadas, corrían á lavarse. Hacíanlo primeramente en el templo dándose con harina de maiz desleida, y despues fuera bañándose en agua pura. A lo que parece, no soltaban fácilmente la grasa de las pieles: era menester que otros les golpeasen el cuerpo con las manos mojadas.

Lavábanse á la vez los dueños de los cautivos y ponían en los patios de sus casas sobre globos de junco todos los papeles con que habían ido á morir sus víctimas. Buscaban despues mancebos valerosos, y, adornándolos con los mismos papeles, les daban un baston y una rodela con que saliesen corriendo calles y espantando gentes. Salían los mancebos, por sus ademanes y amenazas ponían en fuga á los transeuntes, quitaban al que cogían las mantas y las conducían al lugar de que habían partido. Los dueños entonces levantaban en los mismos patios á modo de columna un madero del que colgaban el fémur del cautivo ó cautivos que hubiesen entregado á los sacrificadores. Levantábanlo como blason de su valentía y muestra de haber peleado en batalla y, queriendo revestir de mayor solemnidad el acto, daban á sus deudos y amigos un banquete en que se bebía con ciertas ceremonias el pulque y se cantaba las proezas de la familia.

En el mes de *Hueytocoztli* se hacía una fiesta á Tzinteotl y Chicomecoatl. Los cuatro días anteriores se ayunaba y se ponía, ya en las puertas de las casas, ya junto á las imágenes de los dioses, hojas de espadaña, teñidas en su parte inferior con sangre de las orejas ó de las espinillas de los fieles. Adornábase además con ramos á que se daba el nombre de *acxoyatl* las puertas de los nobles y los

ricos y los ídolos domésticos, ídolos ante los cuales se extendía ciertos cuadros de heno con márgenes entretejidas á la manera que lo estaban las de los petates.

El día de la fiesta se derramaban las gentes por campos y maizales, cogían cañas de maiz y cierta clase de yerbas, y al volver enramaban con ellas á Tzinteotl, á quien tenía cada vecino en su casa. Enramábanle, ataviábanle con papeles y poníanle delante, además de cinco *chiquihuiles* de tortillas con sendas ranas, uno de chia ó *pinolli* y otro de maiz tostado revuelto con fríjoles. Cortaban canutos de maiz verde, los henchían de todas esas viandas y dejándolos sobre las ranas no parecía sinó que se las hiciesen llevar á cuestas. Llevaban por la tarde canutos ó chiquihuiles al templo de Chicomecoatl; y, despues de ofrecerlos á la diosa, los vaciaban y se comían los víveres.

Lo más característico de la fiesta venía luego. Se presentaban ante la efigie de Chicomecoatl gallardos mancebos trabando vistosas escaramuzas, y tras ellos en procesion vírgenes con los brazos y las piernas ceñidas de plumas coloradas y el rostro teñido de pez y manchado de margajita, cada una de las cuales llevaba envueltas en una manta siete mazorcas de maiz salpicadas de aceite de ulli y cubiertas de papeles. Ponían estas vírgenes las mazorcas á los ojos de la diosa, y creyéndolas el labrador por este solo hecho benditas, las guardaba en lo hondo de la troj para la futura siembra.

Terminaba la fiesta por cantos y bailes. Principalmente agrícola, como habrá observado el lector, no exigía por fortuna sacrificios de hombres. Seguíase en aquel mes como en los anteriores inmolando niños, pero sólo á los dioses de las aguas, no á los de las mieses y los mantenimientos.

Empezaba en cambio la fiesta del mes de *Toxcatl* por uno de los más dolorosos sacrificios, por el de aquel jóven sin tacha en su cuerpo, que, segun vimos al escribir del politeismo azteca, representaba por todo un año en la tierra al dios Tezcatlipoca. Aquel hermoso jóven, que durante más de once meses iba por la ciudad tañendo la flauta y oliendo flores, cuando no aspirando aromas en cañas de humo, y no recorría calle en que no saliesen los vecinos á verle y adorarle, ya besando la tierra, ya doblando el cuerpo, veinte días ántes del mes de *Toxcatl* perdía ya sus ricos trajes y su larga cabellera, bien que no aún su galanura ni sus deleites. Le cortaban sus cabellos como á los capitanes, se los ataban junto á la coronilla, en la atadura le ponían dos borlas con sus botones hechas de pluma, *tochomitl* y oro; y le desposaban con cuatro bien educadas doncellas que tomaban el nombre de otras tantas diosas: las diosas Xochiquetzal, Atlatonan, Huixtocioatl y Xilonen. Los cuatro días antes de la fiesta le tributaban aún más honores. Le seguían á excepcion del Rey todos los grandes y lo obsequiaban con opíparos banquetes y lujosos areitos, el primer día en el barrio de Tecanman, el segundo donde se guardaba la imagen de Tezcatlipoca, el tercero en Tepetzingo y el cuarto en Tepepulco.

De Tepepulco, ya en el día de la fiesta, volaba á los brazos de la muerte. Se embarcaba con sus cuatro mujeres y sus ocho pajes en una canoa del Rey cubierta de un bello toldo, y se dirigía á Tlapitzaoayan, cerca de Iztapalapa. Abandonado allí de sus esposas y seguido de sus pajes, encaminaba sus pasos á un pequeño y desaliñado templo que distaría de Méjico poco menos de una legua. A cada escalon que subía destrozaba una de sus flautas, y no bien llegaba á la plataforma, moría sobre el texcatl á manos de los sacerdotes. Muerto ya, se le bajaba al patio, se le cortaba la cabeza y se la ponía en el *tzompantli*.

Así empezaba una fiesta que, al decir de Sahagun, era como la pascua de los mejicanos. En ella se hacía con madera de *mizquitl* y la masa *tzoalli* una imágen de Huitzilopochtli que llegaría á la cintura de un hombre, vestía sobre una chaqueta de hermosa labor una manta de nequén muy clara y otra de pluma con una plancha de oro en medio y despedazados miembros humanos de *tzoalli* en los bordes, y llevaba una corona de plumas á manera de escriño, de cuyo casco de papel salía un ástil en que estaba inserto un cuchillo de pedernal medio tinto en sangre. Se ponía esa imágen sobre un tablado de maderos en forma de culebras, contrapuestos de modo que á uno y otro lados resultasen tantas colas como cabezas; y la conducían como en andas al templo capitanes y hombres de guerra, precedidos de mancebos que cantando y bailando llevaban juntos un papelon de un dedo de espesor, veinte brazas de longitud y una de anchura, entablado y prendido con saetas. Al ponerse el sol se subía el tablado al templo con gran lentitud y por cuerdas á fin de que la imágen no se cayera ni zozobrara; y arriba ya, se la colocaba en el sitio para ella dispuesto, dejando á sus piés hecho rollo el papelon de veinte brazas. Se le hacía ofrendas de tamales y otras comidas y se la dejaba sola con los sacerdotes.

Ofrecíasele al otro día codornices. Ofrecíaselas primero el Rey, luego los sacerdotes y despues el pueblo. Descabezábanlas todos, se las arrojaban llenas aún de vida y revoleando, y, encendida lumbre, le quemaban incienso en sus labradas copas de barro.

Incienso lo quemaban aquel día las mujeres en sus propias casas y en honra de todos sus dioses. Recogían despues las áscuas de sus incensarios en cierto fogon redondo que había en medio de los patios y levantaba sobre dos piés del suelo, y daban principio á una danza en que no tomaban parte sinó las doncellas y dos mozos que la dirigían. Estaban en lo alto del fogon los dos varones, y bailaban al rededor las hembras; aquellos con las caras negras y unas como jaulas á cuestas en cuyos bordes venían indicadas unas banderitas, y éstas con afeites en el rostro, plumas coloradas en brazos y piernas y unas cañas en la mano á las que estaban prendidos papeles ó mantas de color negro segun ellas fuesen plebeyas ó nobles.

Las danzas eran generales. En el templo bailaban los sacerdotes con plumas blancas de gallina en la cabeza y los labios, rodajas de papel en la cabeza frun-

cidas á manera de rosas, el negro rostro enmelado y reluciente, la mano armada de un cetro que tenía por remates una flor y una bola, ambas de pluma negra, y sujetos á la cintura ciertos paños de papel á que se daba el nombre de *amasmaxtli*. Bailaban al són que les hacían músicos que, sentados en el *Calpulco* al rededor de un atabal, tañían sonajas y otros instrumentos: en ciertos pasos no parecía sinó que se apoyasen en sus cetros, aforrados de papel con listas negras.

Danzaban en el patio aquí los palaciegos y la gente de guerra, sin distincion de mozos y viejos, asidos todos de las manos y culebreando; y allí confundidas entre los hombres aquellas mismas doncellas que vimos bailando en torno del fogon de sus casas, puestos ahora en las cabezas unos capillejos y de los hombros á los sobacos unos sartales compuestos de granos de cierto maiz tostado que semejaban flores blanquísimas. Exigíase aquí tal recato, que áun las miradas deshonestas eran causa de castigo.

Duraban los bailes todos hasta la noche; la fiesta días. Lo más notable era que empezaba ésta por un sacrificio y acababa por otro. Había en Méjico un jóven representación viva de Tezcatlipoca y otro viva imágen de Huitzilopochtli. Era este ahora el que cerraba la fiesta. Poníasele días antes en la cabeza una mitra de plumas de águila de cuyo remate salía enhiesto entre penachos un cuchillo de pedernal medio teñido de sangre; en la espalda un ornamento de tela muy clara como de un pié en cuadro; al pecho una taleguilla atada con cuerdas; en uno de los brazos una tira de piel de fiera á modo de manípulo; en las piernas cascabeles de oro, y en todo el cuerpo papeles donde venían pintadas de negro unas ruedas. Con estos atavíos había tomado parte en las danzas que tengo descritas y aún dirigido las de la plebe; y hoy debía entregar su corazon á los sacerdotes. De dos privilegios gozaba, para nosotros de bien escasa monta: del de escoger la hora del sacrificio y del de morir, no en la piedra *texcatl*, sinó en manos de otros sacerdotes llamados *tlatlacanaulti*. Muerto ya, se le cortaba la cabeza y se la ponía en el *tzompantli*, junto á la del otro mancebo.

Sajábase aquel mismo día á niños y niñas pecho, vientre, brazos y muñecas.

Parecía dedicada la fiesta á Huitzilopochtli; en opinion de Sahagun lo estaba á Tezcatlipoca.

Lo estaba á los Tlaloques la del mes de *Etzalcualiztli*, que preparaban los sacerdotes yendo por juncias á la fuente de Temilco y haciendo con ellas mantas que parecían pintadas por la contraposicion de lo blanco y lo verde. Tendían en el *Calmecac* estas mantas ó esteras al rededor de los hogares; y despues de haber salido al patio á esparcir humo de copal á los cuatro vientos, ponía cada uno sobre ellas cuatro bolitas de pasta. Aquí el menor descuido era motivo de ulteriores castigos: el permitir que una de las bolas rodase, el tropezar. el caer, el llevar en la ropa un hilo, una paja, una pluma, un cabello.

Ayunaban esos sacerdotes durante cuatro días; y en todos á media noche habían de levantarse al primer toque de cornetas y bocinas, sajarse las orejas y

aún el rostro, untar con la sangre algunas de las espinas de maguey que tenían clavadas en pencas de la misma planta y correr á bañarse por fría que estuviese el agua. Al baño iban ahora procesionalmente, tañendo caracoles de mar y silbatos, precedidos de un jefe que en una mano llevaba el talego de copal y en la otra un incensario y de un anciano que tocaba un *ayauhchicaoaztli*, es decir, una tabla de un pié de anchura y dos brazas de longitud á que iban atados pedazuelos de madera que al menor movimiento se entrechocaban y producían extraños sonidos. A la vera del agua, en las cuatro esquinas encontraban otras tantas tiendas, cada una de las cuales les servía para una sola noche. Se entraban en la que correspondía los más temblando y dando diente con diente, y apenas oían de boca del jefe que aquel era lugar de culebras, de mosquitos, de patos y de juncias, se arrojaban todos al baño chapoteando con estruendo, voceando, gritando y remedando los diversos chillidos de las aves acuáticas.

Volvían los sacerdotes al *Calmecac* con el mismo orden y en la misma forma que habían salido; y despues de haber descansado en sus esteras de juncias y de haber comido procurando por no incurrir en pena que nada sobrase ni se derramase, iban por los ramos *acxoyatl* ó por las cañas verdes con que habían de enramar las capillas en cuanto se les hiciese la oportuna seña. Aun en esto de enramar habían de proceder con exquisito celo. De equivocarse de capilla ó quedar rezagados debían pagar de multa, si ricos, una gallina, una manta ó un maxtli, si pobres, una bola de masa en una jícara, y de no pagarlo dentro de los cuatro días sufrir el condigno castigo.

Concluído el ayuno, los sacerdotes, pintada la frente de azul, untado el rostro con una mezcla de miel y tinta y colgados de la cintura talegos de copal que presentaban la forma de diversas aves y estaban hechos de cuero de tigre ó papel atigrado segun la categoría del que los llevaba, iban en procesion al templo de Tlaloc precedidos por el gran sacerdote de este dios de las lluvias, que llevaba la cabeza ceñida por una corona arriba ancha y abajo estrecha, del medio de la cual salían ricos penachos, y el rostro teñido de ulli y cubierto por una carátula de grandes narices, á la que iba pegada una larguísima cabellera. Caminaban todos murmugeando preces; y en cuanto llegaban al templo tendían en el suelo esteras y juncias rociadas con polvo de incienso y ponían sobre ellas cuatro *chalchihuites* redondos, que con cierto garabato teñido de azul iba tocando uno por uno el Gran Sacerdote como si pretendiera llevárselos. El Gran Sacerdote vertía luego sobre las esteras polvos de la yerba *yiauhtli* y tocaba el *ayauhchicaoaztli*.

Lo más característico de la fiesta era aquí el castigo de los que habían incurrido en las leves faltas que antes dije. Los llevaban en procesion á cierto estanque ó lago y los zambullían cruelmente en el agua. Iban á la cabeza de la procesion los que tañían cornetas y caracoles; tras ellos ministros con sendos idolos de *ulli* en los brazos ó con sendos trozos de copal en forma de panes de

azúcar; despues otro ministro con el *ayauhchicaoaztli* en el hombro; luego el Gran Sacerdote con una flor de papel redonda y grande á manera de escudo, otras dos sujetas al colodrillo que se adelantaban haciendo veces de orejas, la parte anterior de la cabeza teñida de azul y margajita y un bolson de cuero de tigre del que colgaban la cola, los piés y las manos; por fin los simples sacerdotes con mantas de trasparente tejido donde venian pintadas y cruzadas plumas de papagayo. Iban entre los sacerdotes los culpables, asidos unos de los cabellos del cogote, otros del maxtli, otros de la mano, otros puestos en hombros sobre sillejas de espadañas verdes; y despues de haber sufrido en el trayecto coces, puñadas y revolcones por charcos y lagunas, al llegar al estanque eran arrojados con ímpetu al agua mientras se quemaba en la orilla papeles, copal y las imágenes de *ulli* y se vertía incienso en las esteras de juncias que la cubrían. Si el culpable era buen nadador, se escabullía por debajo del agua y eludía la furia de sus verdugos; si no lo era, como cuantas veces salía á flor, otras tantas se le sumergía, llegaba á trance tal, que sus parientes se veian obligados á colgarle de los piés si le querían librar de la muerte.

Los profanos el día de la fiesta comían *etzalli*, cierta masa de maiz cocido muy amarilla, y se entregaban á todo género de regocijos. Disfrazábanse despues algunos de mil maneras ridículas, y de la media noche al alba iban dos á dos ó tres á tres de puerta en puerta cantando, bailando y pidiendo de ese mismo *etzalli*.

Concluía la fiesta por sacrificios que se hacía tambien de la media noche al alba. Empezaban los sacerdotes por inmolar á muchos cautivos, los últimos los que se decia imágenes y llevaban los mismos ornamentos de los Tlaloques; ponían los corazones todos en una olla; recogían olla, papeles, plumas, *chalchihuites* y demás ofrendas; bajaban á Tetamacalco, se embarcaban en una canoa del Rey y se dirigían al remolino de Pantitlan, indicado por una cerca de altos maderos. Papeles. olla, remos de la canoa, todo estaba pintado de azul y manchado de *ulli*.

Ya en la cerca los sacerdotes, puestos de pié en la proa de su barco, al són de cornetas y bocinas entregaban la olla á su jefe. El jefe la arrojaba al fondo del sumidero y tras ella los demás objetos. No reservaba de éstos sinó algunos papeles que con algunos *chalchihuites* ataba á lo alto de los maderos y otros que parecía quemar en ofrenda al remolino, al cual concluía por echar el incensario.

Cuando volvían los sacerdotes á Tetamacalco, se bañaba y castigaba zambulléndolos tambien en el agua á los que durante el año habían cometido algun crimen ó mostrádose negligentes en el desempeño de sus sagradas funciones; y cuando volvían al *Calmecac* levantaban y echaban detrás del monasterio las esteras de junco.

En el mes de *Tecuilhuitontli* se hacia una fiesta en honor de Huixtocioatl, diosa de la sal, de quien se decía que era hermana de los Tlaloques. Vestida una

mujer con hábitos y atavíos como los de la diosa andaba durante diez días del caer de la tarde á la media noche entre mozas y viejas dedicadas á la industria de la sal, que ceñían guirnaldas de olorosas yerbas. Distinguíase principalmente por una mitra adornada de hermosos y brillantes penachos verdes, una rodela de que colgaban rapacejos de plumas de papagayo con flores en los cabos hechas de plumas de águila y un bastón rollizo, alto de uno ó dos piés y ancho como una pelota, cubierto de papeles salpicados de *ulli* y embellecido por flores de papel y plumas de *quetzalli*. Bailaba con sus compañeras teniendo por toda música el canto de algunos viejos guiados por otro que llevaba en la mano un vistoso plumero.

Despues de los diez días pasaba la infeliz mujer toda la noche cantando y danzando; y al amanecer subía, con esclavos que tampoco habían dormido, al templo de Tlaloc donde los esperaban los sacerdotes revestidos de especiales ornamentos. Morían en la piedra *techcatl* primero los esclavos, luego la mujer; y los espectadores, como si acabaran de ver el más agradable de los espectáculos comían, holgaban y bebían pulque hasta embriagarse. Verdad es que la fiesta no salía del círculo de los que hacían sal ó la vendían.

En el mes de *Hueytecuilhuitl* convidaba el Rey á todos los pobres de la comarca. Por la mañana les repartía un brevaje llamado *chiampinolli* porque tenía por base la harina de chian, y á mediodía tamales de diferentes géneros: á cada uno tantos como podía coger con la mano. Duraba el convite tal vez ocho, tal vez más días: y, acabado, apenas trasponía el sol el horizonte, empezábase á cantar y bailar á la luz de los braseros que había delante de los templos, muchos puestos en fila. Tomaban parte en la danza sólo una hembra por cada dos varones y entre los varones sólo capitanes y otros hombres valientes. Iban las hembras con enaguas de costosas labores y huipiles de anchos flecos que les cubrían todo el pecho: llevaban la cabellera tendida y recogida por una cuerda que les bajaba de la frente al colodrillo. Iban los varones con mantas de algodon tejidas en forma de red que los más bravos habían hecho bordar con caracolillos blancos; plumas en la cabeza y plumeros atados á la espalda: el cabello rapado hacia las sienes, largo sobre la frente, revuelto hacia la coronilla y por detrás crecido y flotante: el rostro embijado con ruedos de color negro en las mejillas ó rayas negras de sien á sien, oreja á oreja ú oreja á boca; bezotes de diversas figuras hechos generalmente de conchas de mariscos; aretes de cobre con pingajos de oro; collares de cuero con borlas á manera de flores grandes de las que colgaba buen número de caracolillos; atadas por fin al pié izquierdo pezuñas de ciervo.

Bailaban los varones de dos en dos asidos por las manos á la cintura y en medio de los dos la hembra. Como si no les bastase la luz de los braseros del patio, llevaban delante y á los lados mancebos ya con hachones de resina, ya con teas ardiendo. Bailaban al són del *teponaztli*, el tambor sagrado, y, mientras este

no cesase, no ponían fin á la danza. ¡Desdichado del que faltase á las reglas del decoro! Los hacheros tenían á su cargo no sólo alumbrar sinó tambien vigilar á los bailarines y denunciar abusos.

Despues de esto, á los diez días del mes empezaba una fiesta en honor de Xilonen. Aquí tambien se ataviaba á una mujer con los ornamentos de la diosa y se le entregaba un baston y una rodela. Se le pintaba el rostro de amarillo de la nariz abajo y de color bermejo la frente; se le ceñía una corona de papel de cuatro esquinas de cuyo centro salían lucidos plumeros; se le colgaba del cuello numerosos sartales de piedras ricas y una medalla de oro; se la vestía con un huipil y unas enaguas donde estaban bordados sus ídolos; y se le calzaba vistosas cotaras con listas rojas.

Así ataviada, iba con otras mujeres á Tetamacalco, Necocixecan, Atenchicalcan y Xoloco, y, despues de haber ofrecido en los cuatro lugares incienso, se dirigía al templo de Xilonen. Delante del templo bailaba y cantaba toda la noche con sus compañeras, y al amanecer se trasladaba al de Tzinteotl con gran ceremonia. Rompían la marcha hombres principales con cañas de maiz en las manos; seguía ella rodeada de sus mujeres, que llevaban sartales y guirnaldas de flores amarillas, plumas coloradas en brazos y piernas y el rostro amarillo de la barba á la nariz y encarnado en quijadas y frente; cerraban el cortejo los sacerdotes. Iban todos cantando y bailando: las mujeres al són del *teponaztli*, los sacerdotes al de sus cornetas y caracoles y del *ayauhchicaoaztli*.

Ya en el templo de Tzinteotl, moría la infeliz mujer puesta de espaldas sobre las de un sacerdote. Se le cortaba la cabeza, se le abría el pecho, se le arrancaba el corazon y se lo ponía en una jícara. Podían desde entonces los mejicanos comer cañas de maiz, bledos verdes y *xilotes* y tambien oler impunemente ciertas flores en aquel mes nacidas.

Terminaba la fiesta por areitos en que bailaban sólo las hembras. En tanto cada mejicano hacía sus ofrendas á los dioses de su casa, comía tamales de cierta especie, y, si era ya viejo, podía beber su *pulque*. No si era aún mozo sin incurrir en pena de muerte.

En el mes de *Tlaxochimaco* se coronaba de rosas la imágen de Huitzilopochtli y las de todos los dioses, inclusas las domésticas. Ofrecíaseles además todo género de flores y tambien incienso y tamales. Hacíase á mediodía en el patio del templo de aquel dios un pomposo areito, donde no tomaban parte otros hombres que los de guerra. La danza era aquí grave, tranquila y silenciosa; sin bruscos ni exagerados movimientos de cabeza, pies ni manos; la general atencion puesta en guardar la mayor compostura y evitar la menor disonancia. Iban los danzantes culebreando y cantando al són de la música que otros les hacían junto á cierto altar llamado *Mumuztli*. Marchaban todos un varon entre dos hembras y una hembra entre dos varones; asidos los unos de los otros de las manos á excepcion de los delanteros, que por lo bravos tenían el privilegio de

coger á las hembras por la cintura. El baile terminaba en cuanto el sol trasponía las cumbres de Occidente: mas á poco había en la ciudad tantos como familias.

La fiesta del mes de *Xocotlhuetzi* era de las más horribles. Como un mes ántes salían algunos mejicanos al monte por un árbol de veinticinco brazas de largo, y, despues de haberlo desnudado de todas sus ramas, salvo la de la cúspide, lo traían á la ciudad arrastrándolo sobre maderos cóncavos. Recibidos aquí por las principales damas, que les ofrecían jícaras de cacao y ios cubrían de rosas, lo llevaban al patio del templo mayor, donde con ayuda y grande algazara del pueblo lo ponían de pié y lo afirmaban. Manteníanlo en pié hasta la víspera de la fiesta, en que lo iban lentamente inclinando y dejando caer al suelo; y al amanecer del otro día volvíanlo á levantar despues de arreglado y embellecido por carpinteros y sacerdotes. Estaba ahora el enorme tronco cepillado y liso; y tenía en la punta sobre un madero abarquillado de cinco brazas una imagen hecha de pasta de semillas de bledos y ataviada y compuesta con muchos papeles, en cuya cabeza descansaban sobre tres palos tamales de gran tamaño y de la misma sustancia.

Ya enhiesto el árbol, parecían varios guerreros, cada uno con su cautivo. Llevaban los guerreros teñido el cuerpo de color amarillo y la cara de color bermejo, en la cabeza un penacho de figura de mariposa hecho de plumas de papagayo y en el brazo izquierdo una rodela de pluma blanca con rapacejos, en cuyo campo venían pintadas piernas de tigre ó de águila; y los cautivos blanco el cuerpo, colorado el rostro y negras las mejillas; de papel blanco el maxtli, unas como estolas que les cruzaban el pecho y unos cabellos postizos; plumas blancas en la cabeza y un bezote de pluma en el labio. Bailaban parejos esclavos y dueños nada menos que hasta la noche.

A media noche, junto al fuego, rapaban los dueños á los esclavos la coronilla; y en amaneciendo los llevaban al *tzompantli*. Puestos allí en fila los esclavos, les quitaba un sacerdote los atavíos y los dejaba completamente desnudos. Venía luego otro sacerdote con la imagen de Paynal en los brazos y, pasándola delante de ellos por dos veces, por otras tantas subía al templo. Aquí los dueños los cogían por los cabellos y les conducían al *Apetlac*, donde bajaban los sacrificadores y les echaban á puñados en la cara incienso en polvo. Los ataban despues esos bárbaros sacerdotes así de piés como de manos, se los cargaban en los hombros, los subían al templo y los arrojaban á un brasero enorme en que ardía un gran fuego entre cenizas. Gozaban los impíos viéndolos revolcarse frenéticos en aquel candente lecho; y cuando les veían abrasadas y abofelladas las carnes, vivos aún los cogían con ciertos garabatos, los ponían sobre la piedra *texcatl*, les arrancaban el corazon y lo echaban á los piés de la estátua de Xiuhtecuhtli. Xiuhtecuhtli era, como recordará el lector, el dios del fuego; y en honor del fuego se celebraba la fiesta.

Lo singular era que en aquel mismo día rebosaba de gente el patio del templo, al llegar el sol al zenit rompían á cantar y bailar varones y hembras, y, cuando estaban rendidos de cansancio, corrían todos en tropel á reunirse al rededor del árbol para ver como ágiles mancebos trepaban por las maromas que pendían del travesaño superior, luchando cada uno por ser el primero en llegar á la imágen que coronaba el viejo tronco. El mancebo vencedor hacía desde luego suyas las armas de la imágen, desmigajaba sobre la muchedumbre los tamales que encontraba y al descender recibía los mayores plácemes y aplausos. Le subían los sacerdotes al templo, le regalaban joyas, le ponían en los hombros una manta de color leonado, de rica franja, y le volvían al hogar al són de caracoles y trompetas. El pueblo en tanto derribaba el árbol.

En la fiesta del mes de *Ochpaniztli* se vestía también á una mujer con los hábitos de una diosa, la diosa Toci. Quince días antes, cuando atardecía, paseaban los devotos por el patio del templo, distribuidos en cuatro filas, sin más que ir subiendo y bajando acompasadamente las manos, donde llevaban todos flores prendidas aún en sus ramas. No se movían al compás de canto ni música alguna, sinó al que les daban ciertos muchachos que iban remedando el són del *teponaztli*.

Duraban esos raros bailes ocho días, y empezaban tras ellos no menos raras escaramuzas. En presencia de la heroína de la fiesta, á quien acompañaban constantemente tres viejas con los nombres de *Aba*, *Tlahuitecqui* y *Xocuauchli* se distribuían en dos bandos las médicas y se batían con pellas, ya de filamentos de árboles, ya de espadañas, ya de hojas de nopal, ya de ciertas flores amarillas. En el primer encuentro tomaba parte y triunfaba la heroína, y en los demás ofrecía la lucha suertes varias.

Despues de cuatro días de esas escaramuzas se llevaba á la infeliz víctima al mercado; y, ya que lo había recorrido, se la entregaba á los sacerdotes de Chicomecoatl, que al otro día, á media noche, despues de haberla revestido de los ornamentos de Toci, la conducían al templo sin que se atreviera á levantar la voz ni áun á toser la numerosa muchedumbre que los seguía. Ya en el templo, se la ponía sobre las espaldas uno de los sacerdotes, y otro la decapitaba.

Desollada luego, vestíase la piel el sacerdote más fornido y de mayores fuerzas. No dejaba de vestirse sinó la parte correspondiente al muslo derecho. Con ella había de correr al templo de Tzinteotl y cubrir la cabeza de un mancebo que á su vez representaba á ese noble hijo de la diosa Toci. Hecho, no bien descendía del templo, cuando daba con soldados y hombres principales que le disputaban el paso. Acometíalos y dispersábalos con cuatro camaradas dispuestos para el lance, perseguíalos en la fuga, sostenía otros encuentros, poníase cuatro veces en cruz ante la estátua de Huitzilopochtli y al amanecer entraba nuevamente en el templo de Toci, donde recibía multitud de ofrendas. Inmolaba allí por su mano cuatro cautivos, entregaba otros muchos á la cuchilla de

los sacrificadores, y con el mancebo imágen de Tzinteotl se dirigía al templo de este dios á la cabeza de gran número de devotos, que iban en procesion cantando al compás del *teponaztli*.

En el templo de Tzinteotl esperaban al jóven que le representaba muchos soldados viejos. Tomábanle en medio y le llevaban corriendo á la frontera, único lugar donde podía quitarse la piel que llevaba á modo de careta. No siempre lo hacía tranquilamente, que á lo mejor salían enemigos á impedírselo y él y los suyos habían de vencerlos.

Cambiaba ahora de lugar la fiesta. El día despues de los sacrificios sentábase el Rey en su trono teniendo por estrado un cuero de águila y por espaldar una piel de tigre. Hacía desfilar ante sí toda su gente de guerra; y á medida que iban pasando primero los capitanes. despues los veteranos, por fin los bisoños, de los muchos objetos militares que á su lado tenía, á quien regalaba una rodela, á quien una espada, á quien un *maxtli*, á quien una manta, á quien otras preseas y adornos. Volvíalos luego á ver, sustituidas ya por las nuevas las viejas armas y los antiguos trajes, y dejaba satisfecho su regia silla. Considerábanse los soldados por esta simple dádiva del Rey en la obligacion de morir por la patria.

Aquella misma tarde había areito en el patio del templo de Toci. Bailaban y cantaban á un lado las médicas con el sacerdote que vestía la piel de la mujer desollada; y al otro al compás del atambor iban subiendo y bajando multitud de mozos, entre ellos los reclutas, ahora la mano derecha, ahora la izquierda ocupadas por ramos de flores. El grande areito era, sin embargo, el de la tarde siguiente, en que tomaban parte el Rey y los nobles, con tal riqueza ataviados, que parecía el patio un áscua de oro.

Acabado este último areito, sacerdotes de la diosa Chicomecoatl, cubiertos con las pieles de los cautivos sacrificados días antes en el templo de Toci, desde lo que se llamaba la mesa de Huitzilopochtli derramaban sobre la muchedumbre granos de maíz de todos los colores y pepitas de calabaza; y, luego que bajaban, ponían junto á las gradas del templo un tabaque lleno de greda molida y de pluma blanca, que era objeto de rivalidad y lucha entre los soldados. Corría entre los combatientes el sacerdote vestido con la piel de la que fué imágen de Toci y era objeto ahora de general escarnio. Como que con esto terminaba la fiesta de *Ochpaniztli*.

Cinco días ántes de la que se consagraba en el mes de *Teutleco* á la venida de los dioses enramaban los mozos del *telpuchcalli* con hacecillos de tres cañas los templos de los dioses y los oratorios domésticos. servicio en cuyo premio recibían de los fieles, ya cestos de maíz, ya maíz en mazorcas. Suponíase á los tres días que acababa de venir Tlamatzincatl, por otro nombre Telpuchtli, la más ágil y robusta de las deidades, y no había devoto que no corriera á ofrecerle cuatro tamales esféricos de semillas de bledos tostadas, molidas y revuel-

tas con miel ó con agua. Bebían aquella noche pulque viejos y viejas y decían que con él bañaban los piés del fatigado huésped. Al otro día se quitaba de los altares los ramos; y al otro, que era ya el último del mes, á la media noche se hacía una bola muy compacta de harina de maíz sobre la que se esperaba que pareciese una como pisada. Puesta al efecto sobre un petate, la velaba un sacerdote; y, en cuanto creía ver sobre ella la señal misteriosa, daba la voz de haber llegado los dioses. Respondíase á esa voz en todos los templos, en todos los barrios y áun en todos los pueblos á la redonda con el estrépito de caracoles y cornetas; y los mejicanos todos al oirlo se levantaban y repetían en honra de todos los ídolos las ofrendas y libaciones ántes hechas en honor de Telpuchtli.

Ya en el primer día del otro mes, se daba como recien llegados Iacapitzaoalt ó Iacatecuhtli, dios de los mercaderes, y á Xiuhtecuhtli ó Ixcocauhqui, dioses del fuego. Aquel día sobre el altar *Tecalco*, al que se subía por cuatro escalinatas á los cuatro vientos, un jóven adornado de larga cabellera, corona y ricas plumas, que llevaba teñido de negro el rostro, de la punta de la oreja á lo alto de la frente y del lagrimal del ojo á la mejilla una línea blanca, y á cuestas un gran penacho con un conejo envarado y seco, bailaba al són que le hacía otro mancebo en figura de murciélago con sonajas á modo de adormideras en cada mano. Silbaba de vez en cuando aquel bailarin infatigable; y á cada silbido suyo se arrojaba á una hoguera que había en torno del mismo altar á un infeliz esclavo. Cuando estaban ya los cautivos todos en la lumbre, subían en procesion al *Tecalco* los sacerdotes, asidos de las manos, daban lentamente la vuelta al infernal brasero, bajaban con rapidez al patio y allí se desasían con tal fuerza que unos caían de bruces, otros de lado y otros de espaldas.

Terminaba la fiesta al otro día por danzas populares en que chicos y grandes iban tambien asidos de las manos y llevaban brazos y cuerpos pintados de plumas de colores que se habían pegado con resina. Duraban del mediodía á la noche los bailes y los cantos.

La víspera de la fiesta que se celebraba en el mes de *Tepeilhuitl* iban los mejicanos al són de caracoles de mar y pitos de barro al próximo río ó la vecina fuente, y lavaban unos platos ó sonajas de heno, atado con zacate, sobre los que por la noche, antes no amaneciese, al rededor de palos en forma de serpientes hacían con pasta de bledos imágenes de montes á que daban un rostro de hombre y otro de culebra. Cubríanlas de papeles, adornábanlas con coronas y penachos, y en el rostro de hombre, que untaban con *ulli* derretido, ponían dos pequeñas tortas de bledos amarillos. Con estas imágenes se proponían honrar las altas cumbres; y con otras de facciones puramente humanas que aquella misma noche construían con la misma sustancia y por idéntico procedimiento, la memoria de los que habían muerto en el agua ó heridos del rayo.

Colocaban, en amaneciendo, unas y otras imágenes sobre lechos de juncos, juncias ó espadañas; poníanles delante bollos de la misma pasta en figura

de labios; ofrecíanles tamales y otras comidas, entre ellas mazamorra de carne de gallina ó de perro; incensábanlos con unos como cucharones de barro, y los que eran ricos cantaban y bebían pulque.

Sacrificaban después á cuatro mujeres y un hombre; al hombre, nótese bien, en representacion de las serpientes. Llevaban aquel día al templo á las víctimas coronadas y cubiertas de papel manchado de *ulli* y en literas que sustentaban sobre sus hombros varones y hembras. Inmolábanlas en la piedra *techcatl*, las hacían rodar lentamente por las gradas del templo, les cortaban la cabeza, se la espetaban en el *tzompantli*, y enviaban el cuerpo al barrio de que había salido, barrio donde al otro día se lo despedazaba y comía en alegre y ceremonioso banquete. El corazon lo ofrecían á Tlaloc, dios de las lluvias.

Deshacían luego en sus casas las imágenes de los montes, subían los pedazos á las azoteas para que el sol los secara, los iban poco á poco comiendo; y los platos de zacate, despues de envueltos en los mismos papeles con que los habían adornado, los guardaban para otro año colgándolos de las vigas de sus adoratorios.

En el mes de *Quecholli* se hacía las saetas. Iban al sexto día por haces de cañas así los soldados de Tenochtitlan como los de Tlatelulco; y, despues de haberlas ofrecido á Huitzilopochtli, las repartían entre los vecinos que concurrían al patio del templo. Volvían el día séptimo al patio los vecinos y enderezaban al fuego las cañas. El día octavo reuníase en el mismo lugar casi todo el pueblo; distribuidos á un lado los tenuchcas y al otro los tlatelulcas, empezaba la fabricacion de las flechas. Absteníanse todos aquel día de dormir con sus esposas y beber pulque; y grandes y chicos se sangraban las orejas y se untaban con la sangre las sienes y el rostro. Los niños solían estar en lo alto del templo y tañer desde allí caracoles y cornetas.

Duraba la fabricacion de las saetas comunes de dos á tres días. Hacíase al otro las que habían de servir para ejercitarse en el tiro y al otro unas pequeñas, no más largas de un jeme, que se ponía y quemaba sobre las sepulturas de los deudos. En tanto que se aparejaba las de guerra y caza seguía la penitencia; y, ya que se había dado fin á la obra, se las ordenaba por veintenas en haces y se las colocaba enfrente de la imágen de Huitzilopochtli.

El décimo día del mismo mes se abría, por decirlo así, otra fiesta. Sobre una capa de heno traido de las montañas sentábanse y tendían delante de sí un petate en el patio del templo de Mixcoatl ciertas mujeres ancianas que se habían consagrado al culto de ese dios de la caza. Acudían allí las madres todas con sus pequeñuelos, y, despues de haber puesto sobre el petate cinco tamales dulces, daban uno á sus hijos y regresaban tranquilas y alegres á sus hogares. Prepárabase el día undécimo y celebrábase el duodécimo aquella famosa cacería de Zacatepec de que hablé en otro párrafo, y tomaba nuevo color la fiesta. Acudían á las laderas de Zacatepec ya el día undécimo no sólo los vecinos de Méjico sinó

tambien los de Cuauhtitlan, Cuauhnahuac, Coyohuacan y otros pueblos de la comarca y dormían en cabañas de heno; y el día duodécimo apenas rompía el alba, en prez y honra de Mixcoatl daban comienzo á la gran batida. Orgullosos iban luego todos con las piezas que habían cogido; y, como los cazadores de hoy el que había logrado apoderarse de una res bravía colgaba de las paredes de su casa la cabeza en señal de triunfo.

Fiesta sin holocaustos era difícil que la hubiese en Méjico. Sacrificábase en aquel mes esclavos á los dioses Tlamatzincatl, Ixquitecatl y Mixcoatl; y á Tlamatzincatl esclavos y esclavas, varones y hembras. Ya en el sexto día se los aderezaba con los atavíos de la muerte; hasta el último no se los mataba. ¡Qué crueldad la de aquel pueblo! El día penúltimo se los paseaba procesionalmente, primero al rededor del templo en que habían de ser inmolados, despues al rededor de la misma piedra *texcatl* en que se les debía abrir el pecho. Llevábaselos á la tarde al Calpulco, y á la noche se les cortaba junto al fuego los cabellos de la coronilla. En amaneciendo se los conducía al lugar de su bárbaro suplicio.

Iban delante cuatro cautivos sujetos de piés y manos, asido cada uno por cuatro hombres; detrás, cada una de las otras víctimas entre dos mancebos que la llevaban del brazo para que no desmayara ni cayera, y otros dos que sostenían en alto banderas de papel blanco. No bien iban llegando á la piedra *texcatl* se los sacrificaba. Sacrificábase en el templo de Coatlan á las mujeres y en los de Mixcoatl y Tlamatzincatl á los hombres, dejábaselos caer lentamente gradas abajo, y, ya que llegaban al patio, se los entregaba á dos viejas, que les metían en la boca cuatro bocadillos de pan mojados en salsa de *molli* y les rociaban el rostro con hojas de caña puestas en claras y limpias aguas. Cortábaseles despues la cabeza y se la ensartaba en los varales del *Tzompantli*.

Era mucho más importante la fiesta del mes de *Panquetzaliztli*. Para ella se preparaban los sacerdotes con una de esas largas penitencias de que en otro lugar hice mérito. Ayunaban ochenta días, y en todos habían de ir desnudos mañana y noche á enramar los altares, los adoratorios y los humilladeros de los vecinos montes. Hacían estas caminatas en procesión al compás del caracol ó el pito, y llevaban por ramos cañas verdes.

Despues de los ochenta días, en el primero de *Panquetzaliztli*, empezaban los cantos y los bailes en loor de Huitzilopochtli. Duraban desde la puesta del sol á la media noche y en ellos tomaban parte los dos sexos.

Once días despues se preparaba los holocaustos vertiendo sobre la cabeza y el cuerpo de las futuras víctimas sendos cántaros de agua de la fuente Huitzilatl que los viejos de los barrios traían en vasos nuevos tapados con hojas de cedro, despojándolas de sus mojadas vestiduras y adornándolas con los aderezos de papel que habían de llevar el día del sacrificio, tiñéndoles de azul claro las piernas y los brazos, rayándoselos con agudas tejas, pintándoles en la cara cintas horizontales y paralelas, unas azules y otras amarillas, atravesándoles en la na-

riz una saeta de que colgaba un semicírculo á modo de media luna, y poniéndoles por fin en la cabeza una corona de menudas cañas de que salían un manojo de plumas blancas en los varones y plumas amarillas en las hembras. Se las ataviaba así delante del templo de Huitzilopochtli, se las paseaba por delante del *Calpulli* y se les quitaba los adornos de papel en cuanto volvían al hogar de sus amos. Bailaban y cantaban desde entonces apareados mujeres y hombres.

En los cuatro penúltimos días del mes ayunaban los dueños de las víctimas y tambien los viejos de los barrios. Comían todos una sola vez por día, y se bañaban á media noche, si hembras en el agua de sus calles, si varones en los oratorios *Ayauhcalco*, que estaban á la vera del río. Llevaban los varones cuatro espinas de maguey, y, despues de teñirlas con sangre de sus orejas, echaban una al río, hincaban otra en la orilla y ofrecían las demás al ídolo del oratorio; una sola, las hembras y la ponían junto al agua.

El último día del ayuno juntábanse las víctimas todas, sus dueños, los que las habían de preceder con sus banderas, los que las habían de subir al templo, los que las habían de bajar despues del sacrificio y los que les habían de lavar el rostro; y, asidos unos de otros por guirnaldas de cuerdas ó de hojas de espadaña, al són que los viejos les hacían danzaban loca y precipitadamente corriendo, saltando y acezando. Hasta la media noche prolongaban esos fatigosos bailes.

Al otro día los sacrificandos iban á despedirse de sus dueños. Marchaban cantando en tan alta voz, que no parecía sinó que se les había de romper el pecho; y, en cuanto llegaban á sus hogares, metían las manos en una taza llena de tinta negra, azul ó roja y las estampaban en los postes y los umbrales de la puerta. Adornábanse luego con sus atavíos de papel y tomaban á cuestas los hombres sus banderillas y las mujeres sus petacas de alhajuelas; ordenábanse procesionalmente en la calle; y, despues de haber entrado en la casa y dado al hogar algunas vueltas, se dirigían al Calpulco siguiendo los pasos de sus señores y de ciertos ganapanes en cuyos hombros se había cargado mantas, *maxtlis*, huipiles y enaguas. En el Calpulco los dueños, de ordinario mercaderes, distribuían esas vestiduras entre sus convidados, que según el sexo entraban por distinta puerta y formaban distinto grupo.

Concluido el reparto, andaban en procesion las víctimas al rededor de la pirámide de Huitzilopochtli, subían al templo, daban la vuelta al lugar de los sacrificios, bajaban y volvían, unas despacio y otras corriendo, al Calpulco, donde comían y bebían pulque sentados en petates, y á la media noche, puestos en fila delante del fuego, perdían por mano de sus señores los cabellos de la coronilla.

Al amanecer del otro día empezaba lo más importante de la fiesta. Bajábase de lo alto del templo de Huitzilopochtli la imágen del dios Paynal y se la conducía al *tlachco*, juego de pelota que había en el recinto del mismo templo. Sacrificábase allí á cuatro cautivos, y despues de muertos se los arrastraba por todo

el *tlachco*, donde dejaban rastros de sangre. Llevábase desde allí la imágen de Paynal al Tlatelulco; después por el camino de Nonoalco, en que se le unía la de Cuauhitlicat, en direccion á Tacuba; luego al barrio de Popatlan, donde al pié de un templo se inmolaba otros cautivos. Corríase de allí á Chapultepec, pasábase el río Izquitlan, hacíase delante de otro templo nuevas víctimas, íbase á Tepetocan y Mazatlan y volvían al lugar de Acachinanco.

Durante esta procesion peleaban divididos en dos bandos los que habían de morir en el *texcatl* de Huitzilopochtli. Peleaban los unos solos y sin otras armas que el arco y la saeta; y los demás, con ayuda de los soldados de Huitznaoa, que vestían jubones amarillos, embrazaban rodelas pintadas de esférulas blancas y negras, blandían por espadas garrotes de pino y lanzaban dardos. No era aquello un simulacro sinó una verdadera batalla, tanto que, si se hacía prisionero á cualquiera de los del bando de Huitznaoa, se le sacrificaba al punto sobre un *teponaztli*. Duraba la refriega hasta que volvía la imágen de Paynal á Acachinanco; salía entónces de lo alto del templo una voz que decía: «no peleeis más, mejicanos, que ya Paynal viene.» Paynal venía ahora precedido de dos muchachos que sobre astas como de lanza sostenían dos grandes discos de pluma agujereados en el centro. Dispersábanse al oir la voz los soldados, y les seguían el alcance los cautivos.

Los discos de plumas, no poco parecidos á rodelas, los arrebataban dos guerreros y los subían corriendo por las gradas del templo hasta que rendidos de cansancio, se los tomaban otros. Ibanse remudando los guerreros mientras no podían poner los discos sobre una estátua de Huitzilopochtli hecha de masa de bledos. Tenían estos dos el privilegio de llevarse cautiva la estátua á sus hogares y darla á comer á sus deudos y vecinos, aunque no sin que ántes les cortara las orejas un sacerdote.

Venían ahora los holocaustos. Paseábase en procesion por una sola vez al rededor del templo á los esclavos y los cautivos destinados á la muerte, y se les ponía en fila cerca del pilon *Cuauhxicalco*. Bajaba en esto un sacerdote con un gran fajo de papeles blancos que dejaba en los bordes del pilon despues de haberlos ofrecido á las cuatro partes del mundo; y tras él otro con un largo hachon de teas en forma de una culebra que llevaba en la boca plumas coloradas como fuego. Dirigíase este sacerdote al pilon, levantaba los papeles, ofrecíalos á su vez á los cuatro vientos, volvía á dejarlos, pegaba fuego al culebron de teas, y culebron y papeles ardían mientras no quedaran reducidos á cenizas. Tornaba el sacerdote al templo y se tocaba caracoles y cornetas.

Descendía ahora del templo otro sacerdote con la imágen de Paynal en brazos y guiaba los cautivos y los esclavos á la piedra de los sacrificios, donde no moría uno que entre el ruido de los instrumentos militares no bajase rodando precipitadamente por las gradas del templo. Se inmolaba á los esclavos en el templo de Huitznaoatl y á los cautivos en el de Huitzilopochtli.

Concluidos los holocaustos, retirábanse los vecinos á sus casas y bebían pulque si gente principal, casados ó viejos; *octli*, si de otras condiciones. Hacían más los dueños de los esclavos muertos: sentados, cantaban y tañían sus sonajas y á poco repartían mantas á los hombres y huipiles ó enaguas á las mujeres que les servían la mesa.

Dos días despues habia una escaramuza entre los del Calmecac y los del Telpuchcalli, que llevaban espantables carátulas é iban armados de cañas ó ramos de pino. Los vencedores invadían y saqueaban las habitaciones de los vencidos, y castigaban á los prisioneros frotándoles las espaldas con pencas de maguey molidas si los prisioneros pertenecían al Calmecac y punzándoles con espinas de maguey brazos, pechos y muslos si al Telpuchcalli.

Al otro día por fin, despues de haber puesto en sus petates los papeles con que se adornó á los esclavos y los cautivos inmolados, bañábanse, jabonábanse y lavábanse la cabeza los dueños y tambien los demás vecinos.

Tal era, al decir de Sahagun, la famosa fiesta del mes de *Panquetzaliztli*. Segun el *Códice Vaticano*, en ella cada azteca levantaba sobre lo más alto de su casa una banderita de papel en honor y gloria del dios de las batallas, y un sacerdote repartía á los fieles aquella especie de pan eucarístico de que hablé en el párrafo á la comunion relativo.

El mes de *Atemuztli*, ó de *Homomoztli*, en que solían empezar las tempestades y caer las primeras lluvias, andaban los ministros de los Tlaloques pidiendo con fervor agua á sus dioses; y, ya que la obtenían, incensaban las imágenes de los templos con agujereados cucharones de huecos y largos ástiles, que remataban en una cabeza de serpiente y tenían dentro unas sonajas. Los profanos, sobre todo los que más apetecían el agua, comprometíanse por su parte á labrar efigies de los montes, acto para el que se preparaban con cinco días de ayuno y abstinencia de sus mujeres, en los que se bañaban lavándose solo el cuello y compraban papel, ulli, nequen y cuchillas. La víspera de la fiesta, el penúltimo día del mes, empleaban estos vecinos toda la noche en cortar papeles de diversas formas, mancharlos de ulli y pegarlos á guisa de banderas en varales que al otro día hincaban en el patio de sus casas.

Las imágenes de los montes, que eran de pasta de bledos, se encargaban los sacerdotes de hacerlas en el Calmecac; y los fieles, en cuanto las recibían, las colocaban ordenadamente en sus adoratorios domésticos, donde les ofrecían hasta cuatro veces por la noche tamalillos, jicaritas de mazamorra, tacitas de cacao y escudillas de calabaza verde; todo diminuto como las imágenes mismas. Cantaban en tanto al són de flautas que hacían tocar por mancebos.

En apuntando el alba, pedia el sacerdote al dueño de la casa una lanzadera y con ella mataba, es decir rompía, todas las imágenes. Les cortaba el cuello y les arrancaba el corazón, que el dueño ponía desde luego en una jícara verde. Quemábase en seguida con los papeles de que habían estado adornadas las efigies

cuanto habia servido para rendirles culto, y se celebraba un banquete al que no asistía mujer alguna sin llevar consigo hasta quince ó veinte mazorcas de maiz. Comíase en él y bebíase en honra de las efigies muertas y con tazas negras se sacaba el pulque de cangilones prietos.

Terminaba la fiesta por arrancar de los patios los varales y llevarlos á ciertos lugares del lago que estaban señalados con postes.

En el mes de *Tititl* lo principal de la fiesta consistía en el sacrificio de una esclava que se decía ser imágen de la diosa Illamatecuhtli. Llevaba la víctima teñido de negro el rostro de la nariz abajo y de amarillo de la nariz arriba; los cabellos tendidos por la espalda y coronados de plumas de águila; blancos el huipil, los zapatos y las enaguas y sobre éstas otras de cuero, cortadas por su parte inferior en tiras de que colgaban caracolillos; en una mano la lanzadera, el *tzotzopaztli*, y en la otra una rodela blanca con plumas blancas de garzotas por rapacejos. Lucía plumas de águila, no sólo en la cabeza, sinó tambien en los remates de los rapacejos y en la mitad de la rodela, donde había un pequeño círculo.

El día del sacrificio, al són que cantando le hacían unos viejos, bailaba la infeliz esclava, quisiera ó no quisiera, hasta la tarde: danzaba generalmente llorando y suspirando por ver tan cerca de sí la muerte. Al declinar la tarde, subía al templo de Huitzilopochtli seguida de sacerdotes que iban todos enmascarados y llevaban los ornamentos de alguno de sus dioses, uno los de la diosa Illamatecuhtli. No bien llegaba á lo alto de la pirámide, caía en manos de los sacrificadores y perdía sobre la piedra *texcatl* el corazon y la vida.

Seguía luego otro espectáculo más repugnante. Se cortaba la cabeza á la víctima y se la entregaba al sacerdote que vestía los ornamentos de la diosa, sacerdote que llevaba en la cabeza una corona de papel almenada y dos caretas, una delante y otra detrás, las dos con la boca muy grande y los ojos muy salientes. Asia este de los cabellos la cabeza y guiaba un baile donde la movía, ya levantándola, ya bajándola, según el compás lo exigía. Daban los sacerdotes danzando algunas vueltas al templo, bajaban procesionalmente y se derramaban por los *calpullis*. Se apoyaba el que hacía de Illamatecuhtli en una caña maciza de tres raíces que usaba vueltas siempre las raíces al cielo.

Tras esto bajaba de lo alto del templo un sacerdote con plumeros blancos en la cabeza, una manta en forma de red, pezuñas de ciervo en los tobillos á manera de cascabeles y una penca de maguey en la mano; y dirigiéndose al ya conocido pilon de Cuauhxicalco, pegaba fuego al maguey y con él á una casilla de teas contigua que llamaban la troj de Illamatecuhtli. No bien la veían arder, subían precipitadamente por las gradas de la pirámide otros sacerdotes, deseoso cada uno de ser el primero en llegar á la meseta, donde había una flor á que daban el nombre de *Teuxochitl* los mejicanos. El que cogía esta flor, *flor de Dios*, la arrojaba al punto en la improvisada pira.

Al otro día por las calles de la ciudad batíanse hombres y muchachos, principalmente muchachos, á puros talegazos, es decir con talegas ó redecillas llenas ya de flores de espadaña, ya de papeles rotos, ya de hojas de maíz verde y sujetas á una cinta ó cordel de media braza en largo, no siendo raro, al parecer una joven, que se concertasen todos para volver contra ella sus tiros.

En el mes de *Izcalli* se honraba nuevamente á los dioses del fuego. De palos, unos circulares y otros rectos, se forjaba á los diez días del mes una imágen de Xiuhtecuhtli y se la decoraba con pompa y magnificencia. Se le ceñía á la cabeza una corona de ricas plumas dobladas á la manera de las hojas de acanto en los capiteles griegos, de cuyos lados salían paralelamente dos vistosos penachos; se le ponía por rostro una brillante carátula de mosaico, toda de turquesas, menos en dos tiras que la cruzaban, compuestas de *chalchihuites;* se la adornaba con vistosos cabellos rubios que le caían por la espalda, y se le vestía del cuello á los piés un rozagante ornamento de plumas de varios colores que relucían al más ténue rayo del sol y se agitaban y movían al más leve aliento de las brisas. Se la sentaba en un trono formado por una piel entera de tigre; y á media noche se encendía en su presencia lumbre nueva barrenando rápidamente un palo con otro.

Al otro día, en amaneciendo, acudían al Calpulco las mujeres, los muchachos y los mancebos: aquellas ofrecían tamales y estos aves y peces. Los viejos del barrio cogían los peces y las aves y los echaban en el brasero de Xiuhtecuhtli; tomaban los tamales y los repartían á los mancebos y los muchachos. Los tamales los comía cada vecino en su casa: eran de pasta de hojas de bledo y contenían camarones mojados en *chalmulmulli*. Despues de haberlos todos comido y despues de haber apurado los viejos su pulque volvían al Calpulco y bebían y cantaban ante la improvisada imágen.

El vigésimo día del mes se hacia otra estátua de Xiuhtecuhtli, que difería de la anterior principalmente en la carátula. Era tambien ésta de mosaico; pero no se componía ni de chalchihuites ni de turquesas, sinó de piececitas de conchas de mar de la boca á la frente y de unas piedras de color negro de la barba á la boca. De esas mismas piedras le atravesaba la nariz una delgada cinta. El capitel de la corona lo constituían plumas relucientes, pero también negras; los cabellos, preciosísimas plumas verdes. El ornamento era todo de plumas de papagayo.

Sentada la nueva imagen en el trono, se repetía las ofrendas. Los tamales eran aquí unos panecillos de harina de maiz con fréjoles: cinco ponía cada mujer á los piés de Xiuhtecuhtli. Quemaban tambien los viejos las aves y los peces que los muchachos y los mancebos traían; pero solamente los pequeños. Los grandes pájaros y las grandes culebras las sacaban oportunamente del fuego y las comían. De pulque había todo un lebrillo delante del ídolo.

De cuatro en cuatro años tomaba la fiesta un carácter sangriento. Dábase

muerte á más ó menos cautivos en honor de Xiuhtecuhtli y á más ó menos esclavos con sus mujeres en honor de Ixcocauhqui. Iban unos y otros con sus dueños el día último del mes, en rayando el alba, al templo en que habían de ser inmolados, daban solemnemente la vuelta al *texcatl*, dirigíanse al Calpulco, donde á media noche se les rapaba los cabellos de la coronilla y con pez ó resina se les pegaba á lo alto de la cabeza plumas blancas, y al otro día, al despuntar tambien de la aurora, despues de haber quemado sus prendas de vestir y sus adornos ó regaládolos á sus deudos, salían para el sacrificio bailando, cantando y prorumpiendo en alaridos. Puestos en órden á las primeras horas de la tarde al pié del templo, bajaba por ellos un sacerdote con la imágen de Paynal en brazos y los conducía al lugar de los holocaustos. Morían primero los cautivos, despues los esclavos y las esclavas.

Hacíase á continuacion un pomposo areito que guiaba el Rey en persona. Llevaban cuantos seguían al Rey coronas de papel en forma de medias mitras, las narices con fundas de papel azul que les bajaban á la boca, en la boca orejas de mosaico de turquesas ó de palo con rica labor de flores, al cuello por joya un perro de papel pintado también de flores á cual más bellas, ceñida al cuerpo una chaqueta con flores azules, el maxtli con bandas negras en los cabos que iban colgando, en la mano derecha uno á modo de machete mitad blanco mitad rojo, en la mano izquierda un taleguillo de papel con incienso. Empezaba el areito en lo alto del templo; continuaba á poco en el patio, donde á las cuatro vueltas concluía y se entraba la comitiva toda en palacio.

Aquel mismo día con punzones de hueso se agujereaba las orejas á niños y niñas. Se les nombraba al efecto padrinos ó madrinas que los tenían en brazos y recibían de los padres en recompensa, aquellos, mantas rojas ó leonadas y éstas, huipiles. Despues del agujereamiento, madrinas y padrinos cogían á sus ahijados, les hacían dar la vuelta al rededor de una grande hoguera dejándoles casi lamer de las llamas y los conducían al hogar paterno, del cual, despues de haber alegremente comido y bailado, los llevaban otra vez al templo. Hacían ahora en el templo un pomposo areito en que llevaban á cuestas á los niños y les daban á beber pulque en tazas diminutas.

En aquel mismo día con las palmas de las manos se tomaba por las sienes á los niños y las niñas y se los levantaba en alto creyéndose que con esto se contribuía á su mayor y más rápido crecimiento.

Pongo aquí término á las fiestas de los diez y ocho meses del calendario azteca. Como no constaba allí el mes sinó de veinte días, quedaban despues de los diez y ocho meses cinco días sueltos. Llamábaselos *nemontemi* (sobrantes, inútiles), y se los tenía por aciagos. Nada hacía en ellos el Estado, ni aún administrar justicia; nada los particulares, ni aún barrer la casa. Absteníanse hombres y mujeres de dormir entre día y de reñir unos con otros, y evitaban cuidadosamente todo género de caidas y tropiezos. Al que caía enfermo se le abandonaba

diciéndose y asegurándose que no podía curar sinó por mano de los dioses, y al que nacía se le miraba como sér que no había de servir para cosa alguna ni poner la mano en negocio que no se desgraciase.

En esos cinco días no se celebraba, como fácilmente supondrá el lector, ninguna fiesta. Hacíase de ocho en ocho años, además de las referidas, una llamada *Atamalcualiztli*, que caía unas veces en el mes de Tepeilhuitl y otras en el de Quecholli. Ayunábase con tal rigor los ocho días antes, que no se bebía sinó agua ni se comía sinó tamales sin sal y esto una vez por día. Decíase que los mantenimientos estaban cansados y aún avergonzados de los aderezos con que se los desfiguraba, y era preciso darles algun descanso.

El día de la fiesta tenía lugar un extrañísimo areito. Poníase la estátua de Tlaloc en medio del patio del templo de Huitzilopochtli, junto á un pequeño estanque lleno de ranas y culebras. Bailaban al rededor multitud de hombres disfrazados unos de aves, otros de fieras, otros de leñeros, otros de vendedores de verduras, algunos de leprosos, y otros llevando á cuestas á un mancebo dormido, imagen del sueño. Los había cerca del estanque que se esforzaban por coger con la boca las culebras y las ranas, y en cuanto cogían una entraban en el corro y la devoraban bailando. Con dolor y áun con lágrimas solían mirar los viejos tan rara fiesta: desconfiaban de vivir ocho años y ver de nuevo el baile.

No había, con todo, fiesta como la que se celebraba al fin de los *xiuhmolpillis*, cada cincuenta y dos años. Creían los aztecas que en el término de uno de esos ciclos había de cesar el curso de los cielos y acabarse el mundo; y cuando se estaba en los últimos días de un *xiuhmolpilli*, rasgaban sus vestiduras, destruían sus muebles y sus utensilios, apagaban el fuego de sus hogares y rompían ó arrojaban al río las imágenes de sus dioses. Hacían más el postrer día, y era cerrar en sus graneros á las mujeres en cinta y taparles con hojas de maiz el rostro, cubrir de igual manera el de los niños y no dejarles conciliar el sueño. De terminar allí el mundo, temían que los niños se convirtiesen en ratones y las mujeres embarazadas en fieras.

La noche del día último salían en procesión del templo mayor de Méjico todos los sacerdotes, vestidos con los trajes y los ornamentos de las divinidades de que eran ministros. Llevaban consigo dos maderas con que encender fuego y la víctima sobre que habían de usarlas, uno de los más bravos y nobles prisioneros de guerra. Con paso grave y con el mayor silencio dirigíanse á la cumbre de Huixachtlan, que distaría como dos leguas y separaba los términos de Colhuacan é Iztapalapa. Allí desde un humilde templo que para la ceremonia se había construído seguían con inquieta mirada el movimiento de las Pléyades, y, no bien las veían trasponer el zenith, encendían lumbre. Encendíanla sobre el pecho de la destinada víctima, propagábanla en continente á una vecina hoguera y en las primeras llamas consumían el corazon y el cadáver del prisionero.

Azoteas de Méjico, plataformas de los templos, colinas y montes del contorno

estaban llenos de espectadores que aguardaban afanosos la primera llamarada. No había quien al distinguirla no prorumpiese en alaridos de júbilo, creyendo asegurada por otro ciclo la existencia del mundo. Corrían todos á encender antorchas en la hoguera y á llevar el fuego sagrado quien á los altares, quien á su hogar, quien á lejanos pueblos. Al salir el sol no faltaba ya nueva lumbre ni en casa alguna de Méjico ni en muchas leguas á la redonda. Hacíase á la vez la ceremonia en las capitales todas del Imperio, y en todas se renovaba el pacto con los dioses. Con el Diablo, segun los escritores del tiempo de la Conquista.

Los trece días siguientes eran de general regocijo. Vestían nuevos trajes varones y hembras, amueblaban, esteraban y blanqueaban de nuevo sus casas y proveíanse de nuevos ídolos. Iban además en procesion á todos los altares, y en todos deponian ofrendas cuando no daban aves en holocausto. El sacerdocio por su parte renovaba las imágenes y las piras de todos los templos.

En Tlaxcala hay motivos para creer que las fiestas religiosas fuesen muy parecidas á las que celebraban los mejicanos. Una se hacía cada cuatro años en honor de Camaxtli donde tambien corrían arroyos de sangre. Preparábasela por un ayuno que era de ochenta días para los profanos y de ciento sesenta para los sacerdotes. Mortificábanse además los sacerdotes taladrándose la lengua y pasándose por el agujero en distintas ocasiones trescientas y hasta cuatrocientas agujas, más gruesas las unas que las otras. Próximo el gran día, pintábanse unos de blanco, otros de azul, otros de negro, y bailaban de sol á sol á las espaldas del templo, recien enlucido y adornado. Vestían luego la estátua del Dios, de más de quince piés de altura, y la de otra pequeña deidad que se aseguraba haber tenido los primeros pobladores.

La víspera de la fiesta empezaban las ofrendas y los sacrificios. Ceñíase á Camaxtli en el brazo izquierdo una rodela de oro con rapacejos de pluma y se le ponía en la mano derecha un dardo con punta de pedernal que parecía una lanza. Quien le ofrecía mantos, quien unos como capuces labrados de algodon y pelo, quien flores, quien mariposas, conejos, codornices, culebras ó lagartos. Matábase á todos esos séres en presencia del ídolo y allí empezaban los holocaustos.

A media noche se presentaba delante del templo un sacerdote con las vestiduras de Camaxtli, y, despues de haber encendido por el frote de dos leños nueva lumbre, inmolaba sobre la piedra *texcatl* uno de los más nobles prisioneros de guerra. Sacrificábase luego hasta quinientos cautivos en la sola cabecera de Ocotelolco, más de mil en los cuatro señoríos; y al siguiente día otros catorce ó quince.

Con motivo de sacar lumbre nueva y honrar á Camaxtli repetíase esta bárbara hecatombe, no sólo en las vecinas repúblicas de Cholula y Huexotzingo, sinó tambien en otros muchos pueblos á la redonda, que adoraban junto con sus propios dioses al de los tlaxcaltecas.

Sacrificios los había hasta en la fiesta que cada cuadrienio consagraba Cholula á Quetzalcoatl, aquel dios que se tapaba los oídos cuando se le hablaba de guerra y de sangre. Iba tambien precedida la fiesta de rigorosas penitencias. Ochenta días antes se reunían los sacerdotes todos en los atrios de los templos y se sentaban contra la pared provistos de espinas de maguey, copal, un incensario y goma. En los primeros sesenta días no podían levantarse sinó para la limpieza del cuerpo ni dormir sinó tres horas: sobre ayunar, habían de invertir el tiempo orando, quemando incienso ó sangrándose las orejas. En los últimos veinte días era más corta la vela y menos dura la vida; pero aún ásperas y fatigosas.

El día de la fiesta abandonaban los sacerdotes el templo, cambiaban de traje y se entregaban con el pueblo al canto, al baile y á todo género de regocijos, pero no sin sacrificar á todos los prisioneros de guerra.

Perdone el lector si he referido aquí tan prolijamente las fiestas de las naciones cultas de América, sobre todo las de los nahuas. Son á mi entender lo que más revela así la índole de las religiones como el carácter de las razas que las profesan. No les pondré aquí término sin hacer observar lo imponentes que habían de ser muchas de las de Méjico. Estaban los templos en lo alto de pirámides truncadas, generalmente de grande altura, que solían tener dos ó más pisos y otras tantas galerías y escalinatas. Impondría de seguro ver marchar lenta y pausadamente en procesion ya por las gradas, ya por los andenes de la pirámide á los sacrificandos, á sus dueños, á los músicos y á los sacerdotes, y allá junto al templo contemplar quietos y silenciosos en torno de la piedra *texcatl* á los sacrificadores y al pié de los braseros sagrados á las vestales ó los *tlamacazquis;* presenciar luego los holocaustos, la ofrenda de los corazones al Sol y los ídolos y el bárbaro despeñamiento de los cadáveres; mirar despues cubierto de gentes el patio y entregada multitud de profanos á ruidosos areitos en que no parecía sinó que se procuraba ahogar los gritos de dolor de las víctimas. Siempre fueron las religiones amigas de los espectáculos; pocas como la de los nahuas.

Es de advertir que de esos nahuas no he descrito sinó las fiestas extraordinarias y las que se hacía en los diez y ocho meses de veinte días del año civil. En algunos signos de las veinte trecenas del año religioso se celebraba otras fiestas que omito porque son de menos importancia y menos generales y es ya por demás largo y prolijo este párrafo. En el signo *Ollin* de la segunda trecena los nobles, por ejemplo, mataban codornices y cautivos y quemaban incienso á la imagen del Sol, que aquel día decoraban con un rico penacho; y en el signo *Ometochtli* de la siguiente trecena taberneros y bebedores honraban á los dioses del vino, principalmente á Izquitecatl, ante cuya estátua deponían ofrendas, bailaban, tañían la flauta y henchían de vino una tinaja de piedra de la que por unas cañas podían beber hasta emborracharse los soldados y los viejos. Las

gentes principales en el signo *Ceacatl* de la quinta trecena ponían flores, cañas de humo, incienso, comida y bebida á los piés de la imágen de Quetzalcoatl despues de haberla ricamente adornado; y en el signo *Cemiquiztli* de la sexta, codornices y otras ofrendas á los piés de las estátuas domésticas de Tezcatlipoca, de quien temían que les quitase cuanto les habia dado si se mostraban ingratos ó soberbios. En el signo *Cetecpatl* de la décima trecena, y sirva esto de último ejemplo, tendían, por fin, patricios y plebeyos ricas mantas sobre las vestiduras y los ornamentos de Huitzilopochtli y le ofrecían las más preciosas comidas. Flores de suavísimo olor le ofrecía el Monarca; y haces de cañas de humo, que ardían sin cesar y cubrían al guerrero dios de una especie de niebla, los más altos señores. Ofrecíasele además en aquel día pulque nuevo, es decir, el primer pulque del año.

¿Habría entre los nahuas días sin fiesta?

CXXI.

Supersticiones.

Pongo despues de las creencias religiosas las supersticiones por atribuir á las unas y las otras el mismo orígen: la ignorancia, el predominio de la fantasía, la tendencia á lo maravilloso y el temor á lo desconocido. Entre las supersticiones y las creencias se vió siempre tan estrecho consorcio, que Ciceron miraba las primeras como la exageracion de las últimas, y un teólogo moderno, que pasa por lumbrera del Catolicismo, dice que la supersticion empieza donde la religion acaba. Lo difícil es trazar la línea divisoria: ¿hay acaso alguna religion que no considere supersticiones las creencias de las otras?

A fin de que sea más fácil y agradable la lectura de las supersticiones de América las clasificaré lo mejor que me sea posible. Empezaré por las relativas á los astros, bien que dejando para otro párrafo lo que impropiamente llamamos Astrología Judiciaria.

Los californios del Sur se asustaban cuando recorrían el cielo estrellas errantes: se dejaban caer al suelo y se tapaban llenos de terror la cabeza. Los cultos aztecas, aunque miraban en Venus el primer astro que brilló en el cielo, tenían por nocivos los primeros rayos que despedía y cerraban al verlos puertas y ventanas. Conocía ese mismo pueblo con el nombre de *mamalhoaztli* así los dos maderos de que se servía para encender lumbre como cierto grupo de tres estrellas situadas en ó cerca de la constelacion de Toro; y, tal vez por la asociacion de ideas de que habla Tylor, pretendía que todo varon debía en honor de los tres luminares hacerse marcar con fuego una de las muñecas, como no quisiese que

despues de muerto se la barrenasen para obtener lumbre. Temian los caribes las constelaciones de los dos Canes, y se arrojaban al río ó al mar siempre que las veían juntas en el horizonte.

Eran fatídicos los cometas para casi todos los pueblos. De astros que humean los calificaban los aztecas, y los miraban como augurios de próximos desastres: tal vez de fallecimiento de príncipes, tal vez de hambre ó de peste. Decía de tan luminosos cuerpos la plebe que despedían dardos con que inficionaban las carnes de los séres destinados al sustento del hombre; y la nobleza, que no eran nunca bastantes las precauciones para sustraerse á tan maléfico influjo.

No osaban los mosquitos dormir á la luna ni pasear cuando la tenían sobre la cabeza; y los aleutas creían que los astros castigaban al que los ofendía ó les faltaba al respeto, el Sol cegándole, la Luna apedreándole hasta dejarle sin vida. y las estrellas poniéndole loco á fuerza de obligarle á contarlas.

Preocupábanse los pueblos de América sobre todo con los eclipses. El sol en sus eclipses estaba á los ojos de los cultos aztecas atosigado ó ictérico. Sollozaban alto las mujeres, prorrumpian los hombres en alaridos y á fin de aumentar el estrépito se daban con la mano en la boca. Temian todos que de extinguirse la luz habían de bajar los demonios á devorar el pueblo, y recurrían hasta á los sacrificios. Inmolaban entre los acordes del canto y la música á jóvenes de blanco rostro. A los más rubios mancebos arrancaban en caso igual el corazón los tlaxcaltecas, y en los eclipses de luna á los albinos.

A cólera por los delitos de los hombres atribuían los eclipses de sol los peruanos, y esperaban terribles castigos; á luchas entre los elementos de la naturaleza los hurones, y se acobardaban y sobrecogían.

No veían los sinaloas eclipsada la luna que no la creyesen oscurecida por el polvo de una reñida batalla. Sobre golpear las puertas de sus chozas, la animaban á gritos y disparaban flechas al aire. Porque la consideraban dormida, proponíanse los yucatecas despertarla apaleando puertas y bancos y haciendo á fuerza de azotes que ahullasen los perros. Porque la suponían enferma y se figuraban que de morir se había de caer del cielo y aplastarlos, tocaban los peruanos trompetas y atabales, azotaban tambien á los perros, gritaban desaforadamente y rogaban al moribundo astro que no se dejase ganar de la muerte. Dirigíanle el mismo ruego algunas tribus del Orinoco; y para hacerlo más eficaz exigían de las mujeres primero con reprensiones, despues con súplicas y al fin con dádivas que saliesen al campo y la alentasen.

Las voces, el estrépito y la confusion eran casi generales en América durante los eclipses. Lo ahora notable es que en ciertas naciones del Orinoco el pueblo todo corría á enterrar tizones en los arenales ó los campos temiendo que, de apagarse cualquiera de los dos astros, no había de quedar en la tierra otro fuego del que escondieran, y las mujeres aztecas embarazadas se ponían, ya en la boca, ya en el cinturon, un pedazo de obsidiana á fin de que no se les con-

virtieran en ratones los niños ó les salieran sin nariz, sin labios, con la boca torcida ó vizcos.

Los meteoros habían dado tambien orígen á supersticiones. Soplaban los caribes contra la palma de la mano y decían á las nubes tempestuosas: «pasad, idos». Amenazaban los yuracarés al cielo con sus flechas cuando rugía el trueno. No osaban algunas tribus de Nueva Méjico llegarse á persona alguna herida del rayo: la dejaban morir si aún vivía; insepulta si estaba muerta. Temían los mosquitos por la semilla del algodon si relampagueaba.

Aumentaban las supersticiones respecto á la multiplicacion de nuestra especie. Entre los aztecas la mujer en cinta se privaba de dormir de día por que no se torciera el gesto al niño; no se acercaba mucho al fuego ni pasaba al sol las horas por que el feto no se quemara ni secara; no había de mascar *chicle* porque la criatura no padeciera de mocezuelo; huía de ver ahorcar ni dar garrote por que no le saliera al hijo á la garganta una soga de carne; no dejaba de noche la casa por que no le aconteciera ver estantiguas y padeciera de alferecía el futuro infante. Ya que de noche dejase la casa, había de llevar en el seno ó en el cinto, pero siempre pegada á la piel, un poco de ceniza. Aun su marido había de llevar en este caso unas chinas y un puñado de *picietl*, cierto tabaco silvestre. Durante todo el embarazo había de moderar el varon sus apetitos carnales, pero en los tres primeros meses había de satisfacerlos de vez en cuando á fin de no injuriar al apenas formado feto.

Entre los otomíes, próximo el parto, debía la mujer evitar cuidadosamente el encuentro de ciertos animales, sobre todo el del perro negro; y entre los pipiles el marido el del suegro y la mujer el de la suegra. Temían, de no poder evitarlo, que fuese infeliz el alumbramiento. Los tupíes no salían á caza de fieras.

Llegada la hora, los aztecas jabonaban la cabeza de las parturientes y golpeaban no pocas veces con hojas de maíz el agua del baño en que las metían. Las confiaban á parteras, cosa que sucedía en muy pocos pueblos. Entre los mosquitos debía la madre cortar por su propia mano el cordon umbilical y meter en agua la ropa del niño á fin de que este no se le muriera; y entre los peruanos se guardaba un pedazo del cordon para darlo á chupar al recien nacido en todas las enfermedades propias de la infancia. Lavaba una vieja entre los californios del Sur á la criatura, y para no perderla había de beber del agua en que la bañase y meterle en la boca un sorbo de orines. Lo raro aquí es que el marido no podía abandonar aquel día la casa ni comer carne ni pescado. Más había de hacer aún el marido en algunas tribus del Orinoco: había de guardar cama si no quería que el hijo se le malograse.

Cuidábase mucho entre los aztecas á las recien paridas; mas á lo que parece se las consideraba maléficas. Mujer que la visitase con niños entrábase en el hogar antes que en el aposento y frotaba con ceniza las coyunturas y las sienes

de sus pequeñuelos. Entendía que de no hacerlo ó perderían sus hijos el juego de las articulaciones ó les crujirían los huesos andando.

Como suceso infausto miraban esos mismos aztecas el nacimiento de mellizos. Imaginábanse que habían de morir á manos del uno ó del otro gemelos, y al decir de ciertos autores no faltaba quien los matase. Se mataba á uno de los dos en algunas tribus salvajes; mas por muy distinta causa. Creíase que de los dos uno por lo menos había de ser hijo de adulterio; y la mujer, como pudiese ejecutarlo sin que se lo advirtieran, por no despertar sospechas en el marido ahogaba y enterraba á uno de sus infelices hijos.

Mentira parecen las preocupaciones que contra esos mellizos tenían los aztecas. Si se ponía un mellizo cerca de un baño mientras lo calentaban, decían los aztecas que lo enfriaba á menos que con agua repasase tres ó cuatro veces por su mano la parte interior de las paredes del baño. Si entraba donde teñían pelo de conejo, decían que le dañaba el color á no ser que bebiera del agua del tinte. Si ponía el pié donde se cocía tamales, decían que los encallaba como no echase leña debajo de la cacerola ó no echase en la cacerola una de las empanadas.

Eran aún más supersticiosos los aztecas respecto á las mujeres que sucumbían en el parto. El lector ha visto ya que las igualaban á los soldados muertos en batalla y bajo el nombre de *Cioapipiltis* las elevaban al rango de diosas. Atribuían, además, al cadáver extraordinarias virtudes. Soldado que pudiera cogerle el dedo cordial de la mano izquierda ó cabellos y los pusiera en su escudo se tenía por invencible; brujo que pudiera arrancarle el brazo izquierdo estaba seguro de ejercer impune y eficazmente sus malas artes donde quiera que lo llevara. Se rodeaba así de precauciones el enterramiento de esas mujeres. Se les jabonaba de nuevo la cabeza, se les lavaba el cuerpo y se las llevaba al patio del templo de las *Cioapipiltis* en hombros de sus maridos y acompañadas de viejas comadronas, que, provistas de rodelas y espadas, iban dando voces de guerra. Si en el camino salían jóvenes decididos á robarlas, trabábase una verdadera lucha. Aun despues de enterradas se temía que se las profanase. Velaban el sepulcro durante cuatro noches el marido y sus camaradas y lo defendían bravamente contra todo género de agresores.

No escaseaban tampoco las supersticiones acerca de las enfermedades. Los algonquines las atribuían al mal querer ajeno, y rogaban á sus médicos que las trasmitiesen á los enemigos. Veían siempre los dacotas en la inexplicable muerte de un individuo de su clan la mano del de otro clan, empleaban desde luego contra el presunto asesino el poder de la magia y, si con esto no conseguían vengarse, recurrían á las armas de sus deudos. Atormentados por serpientes ú otros reptiles que les había introducido en el cuerpo el maligno espíritu se creían los californios del Norte cuando enfermos, y en posesión del diablo mismo los koniagas y los mosquitos. Tambien los nutkas, aunque muchas veces suponían ocasionadas sus dolencias por el alejamiento ó la irregular conducta de sus pro-

pias almas. Los mejicanos del Sur reconocían ya que no todas las enfermedades tenían el mismo orígen; pero no se atrevían á determinárselo sin consultar la piedra *zalzun*, cristalina á fuerza de trasparente. Aun los aztecas hacian derivar de hechos raros ciertas enfermedades. Para ellos las del clítoris nacían de haber pasado sobre la flor *cuetlaxochitl* ó sentádose en ella, y las almorranas de haber olido mucho ó pisado ó ensuciado la flor *omexochitl*, parecida al jazmin en lo blanca y lo olorosa. No hablo ahora de las supersticiones de la terapéutica, porque estas las reservo para el párrafo sobre la Medicina. Me limitaré aquí á recordar que para muchos pueblos figuraba la confesión entre los medios curativos.

Los malos espíritus eran causa de nuevas supersticiones. Los creían presentes los californios del Norte al percibir el ruido de las mazorcas que colgaban del techo de sus chozas y al oir el lento susurro de las hojas en los árboles del bosque, y se llenaban de miedo. Los temían tambien los comanches; y, cuando no podían recabar de ellos las lluvias ó los días serenos que á sus campos convenían, azotaban á uno de sus prisioneros y áun le desollaban vivo. Por el terror que les inspiraban no se decidían fácilmente los caribes á salir de noche. Que el Diablo se aparecía bajo diversas y extrañas formas y daba grandes y raras voces lo afirmaban muchos pueblos, sobre todo los que en la América del Mediodía estaban sentados al Occidente: las supersticiones eran allí numerosísimas.

Las había respecto á la infancia. Cuando se comía ó bebía delante de un niño en la cuna, pretendían los aztecas que debía dársele á probar de lo que se bebiera ó comiera á fin de que en comiendo ó bebiendo no le diera hipo; y, cuando á un niño le caía un diente, se lo habían de echar en alguna madriguera de ratones para que el nuevo le naciese. Sostenían esos mismos aztecas que, si alguien pasaba por encima de un niño sentado ó tendido, le quitaba la virtud de crecer, como no volviera á pasar sobre él en dirección opuesta. Algunas tribus de los tinnehs privaban, por otra parte, al recien nacido de todo alimento durante cuatro días para acostumbrarle al ayuno, y en cuatro años no cortaban á la hembra las uñas de los dedos para que no saliera perezosa.

Habia aún otras supersticiones. Para los aztecas no crecía ya el que se atreviera á beber antes que su hermano mayor en el hogar ajeno ó el propio; no podía ser venturoso en la guerra ni coger prisionero alguno el que comiera en la olla ó tomara con las manos la mazamorra; no había de tirar con buena dirección las flechas, si hombre, ni ser feliz en sus partos, si mujer, él ó la que probaran tamales pegados al fondo ó las paredes del puchero; no había de lograr que le crecieran bien las uñas el que no echara los desperdicios al agua; debía por fin padecer de las muelas el que comiera de noche cañas de maíz verde, como antes no las hubiese calentado al fuego. Creen aquí muchos que se habla mal de ellos cuando les zumba el oido izquierdo, y allí lo creían cuando estornudaban.

Huían los dacotas de pronunciar su nombre, y cuando alguien se lo pregun-

taba, se suponían en tan grave riesgo que corrían á buscar el apoyo de sus amigos. No querían tampoco los chinuks decir á los extranjeros el suyo por creer que entre el nombre y el hombre existía un misterioso enlace. Los dacotas se abstenían, además, de encender sus pipas en determinados días, y no las encendían jamás con áscuas ni tizones que se hubiese retirado de la lumbre por medio de instrumentos agudos. No se las ponían algunos en la boca mientras llevasen puestas las sandalias; ninguno sin haber dado con el boton contra el suelo.

Sentían gran veneracion algunas tribus de Nueva Méjico por las plantas venenosas, á que atribuían ocultas virtudes, y no las destruían ni las despachurraban porque no les viniese mala ventura. Metíanlas por lo contrario en saquitos y las colgaban del cuello de sus hijos á fin de que se los preservasen de toda enfermedad, de los ataques de las fieras y de las armas de los enemigos

Temían decaer los caribes, y se imponían las más duras privaciones al nacimiento de su primer niño, á la muerte de sus deudos y áun en sus victorias, creyendo que, de nó, envejecerían pronto, serían poco rápidos en la carrera, tendrían á no tardar corrompida la sangre por la exuberancia de humores é inficionarían la de sus hijos.

En América las supersticiones eran infinitas. Voy á decir ahora las que especialmente se referían á la caza y la pesca, á la agricultura y la industria.

Los koniagas que perseguían la ballena no consentían durante la estacion de la pesca que nadie se les acercara. Concluída la estacion, corrían á esconder sus armas en los montes. Al morir uno de sus camaradas, le hacían de las carnes piezas, se las repartían y las guardaban como talismanes despues de haber restregado cada uno en la suya el arpon ó la lanza. El esqueleto lo ponían en una cueva distante, y no emprendían expedicion que no lo sacaran, lo llevaran al vecino arroyo, lo sumergieran y bebieran del agua que lo hubiese lamido.

Figurábanse tambien los aleutas balleneros que no habian de errar tiro como tuviesen untados los arpones en grasa de hombre. Creían, además, que no habían de llevar buena suerte como les fuera infiel la esposa ó dejara de ser vírgen cualquiera de sus hermanas célibes.

Frotaban los chinuks anzuelos, lanzas y redes con las hojas de ciertas plantas de que suponían amigos á los salmones; y á los salmones muertos los trataban y cortaban con ceremonioso respeto á fin de que los vivos no abandonasen los ríos de la comarca. Esta última supersticion la tenían tambien los haidahs y otros pueblos.

Venía á ser en el fondo la misma la de los yuracarés. Mono que éstos cazaban lo envolvían en hojas de palmera, lo rociaban con vino y le dirigían blandas y amorosas palabras con el solo fin de que al otro día no se sustrajeran á sus tiros los que habían quedado en el bosque. No con otro objeto recogían cui-

dadosamente y enterraban ó echaban al río ó arroyo que tenían más cerca los huesos ó las espinas de los animales de que se nutrían.

Participaban los yuracarés de otras supersticiones. Cuando iban á caza de fieras, se pintaban extrañamente el rostro para infundirles miedo; cuando á caza de monos, bebían cierto brebaje de color oscuro para ser certeros en la puntería y evitar que les cayeran sobre la cabeza las flechas disparadas contra lo alto de los árboles.

Parecíanse en esto á los yuracarés algunas tribus del Orinoco. A los corzos que cogían los trataban con la misma ceremonia que aquellos hombres á los monos. Para ser felices en sus cacerías teñíanse el rostro con el jugo de ciertas raíces y yerbas; y para serlo en sus pesquerías se colgaban del cuello los puyones de ciertos escarabajos.

Creían los thlinkites que la muerte del albatros era precursora de tempestades y no lo hacían nunca blanco de sus tiros: miraban thlinkites y algonquines en el oso una transformación del hombre y no lo mataban sinó cuando la necesidad lo exigía. Despues de muerto, cogían los algonquines al oso por las garras y le decían con voz melíflua: «ten por cierto, querido *Mukwah*, que sentimos de todas veras tu desgracia y sólo el hambre pudo decidirnos á matarte.»

Esos mismos algonquines, días antes de salir á caza del bisonte, enviaban al sitio de la cacería gallardos mancebos con el fin de que bailaran el baile de la pipa. A la vuelta de estos jóvenes exponían calderos adornados de plumas y hacían una procesion á cuya cabeza llevaban un anciano con uno como estandarte y una mujer de rango con uno de los calderos á la espalda. Las tres ó cuatro veces que se detenían lloraban todos por los bisontes que pudieran matar con sus lanzas ó sus flechas. Encendían luego sus pipas en boñiga seca de esa clase de búfalos. Lo hacían figurándose que, vencidos los bisontes por tan señaladas muestras de veneracion y afecto, no habían de ponerse fuera del alcance de sus armas.

Otra superstición más curiosa observo en los californios del Mediodía. Creyendo que era funesto comer la caza ó la pesca propias, salían á cazar y pescar de dos en dos y al separarse trocaban los productos de su trabajo. Aunque por otras consideraciones, recuerde el lector que los cultos aztecas en sus banquetes no comían tampoco nunca al cautivo ni al esclavo propios.

Las supersticiones relativas á la agricultura no dejaban de ser notables. Los nicaraguatecas, segun Dávila, durante la siembra no comían cosa alguna con sal ni pimienta, ni bebían vino, ni dormían con sus mujeres. Los mayas, segun Jimenez, sobre los campos que iban á sembrar vertían sangre de diferentes aves. Se privaban tambien de todo acceso carnal, cuando se proponían hacer plantaciones de cacao; pero sólo con el objeto de reservar sus fuerzas para la víspera del día en que hubiesen de hacerlas. No falta quien diga si para el momento de echar las semillas en la tierra tenían personas destinadas al coito.

Temían, por otro lado, los yuracarés que no se les malograra la cosecha del maíz si iban á verlo mientras crecía; y los mejicanos, si al caer piedra no derramaban ceniza por el patio de sus casas. Los yucatecas, segun Cogolludo, para que no se les perdiera el algodon, hasta se abstenían de comer carne.

Esos mismos yucatecas, cosechado ya el maíz, apilaban en el campo las mazorcas y no se atrevían á recogerlas hasta que por algun signo se manifestasen dispuestas á entrar en las trojes. Las recogían, segun Jimenez, sólo cuando alguna se desprendía de su acerbo; y en opinion de Brasseur, sólo cuando alguna echaba tallos.

Los mosquitos, por fin, derribaban árboles para el descuaje de la tierra sólo en ciertos períodos. En los demás temian que los aplastase el bosque.

De las supersticiones relativas á las artes consigné algunas cuando escribí de los mellizos. Añadiré ahora que los tejedores nahuas, cuando les salía desigual la tela, lo atribuían á la mala vida de la persona que había de usarla.

Tambien el comercio era supersticioso. Entre los yucatecas si un mercader daba en sus viajes con un pedrusco que hubiese sido separado del camino, ponía reverentemente sobre él una rama verde y con otra se restregaba las rodillas; y si acertaba á temer que le alcanzase la noche en despoblado, depositaba una piedra en un árbol hueco, se arrancaba pelos de las cejas y los soplaba hacia Occidente á fin de que el sol retardara su curso.

Los mercaderes aztecas durante sus expediciones no se lavaban sinó el pescuezo. Trasquilábanse y jabonábanse la víspera de su partida, y no volvían á darse agua en el rostro hasta la vuelta. Los revendedores, sobre todo los de mantas, con el fin de expender más y mejor sus mercancías procuraban tener una mano de mona; y, si ni áun con esto lograban su propósito, ponían de noche entre las mantas dos bainas de chile para que al otro día fuese más fácil el despacho.

De las supersticiones en general creo haber dicho lo que basta; hablaré ahora particularmente de los agüeros, la adivinacion, la magia y los sueños.

CXXII.

Supersticiones.—Agüeros.

Creían en agüeros las razas cultas y las salvajes: entre las cultas principalmente los aztecas. Temían los aztecas que en breve habían de morir ó ser esclavos, ellos ó sus hijos, como oyesen en el campo el zumbar de los insectos ó en las montañas el rugir de los animales bravíos. Si cantaba el pájaro *oactlioacton* como quien tranquilamente ríe, teníanlo por buen augurio y holgaban de oirle;

si como quien suelta estrepitosas carcajadas, considerábanlo signo de próximo cautiverio, enfermedad ó muerte y enmudecían y desmayaban. La muerte para sí ó para individuos de su familia, ó la fuga de esclavos, ó el asolamiento de sus hogares veían en el buho que cantase ora sobre sus casas, ora sobre las ramas de árboles cercanos. A la lechuza la miraban como la mensajera de los dioses del Infierno. Si chirriaba dos ó más veces sobre el tejado de una casa en que alguien padeciera, daban por seguro que el enfermo fallecía.

Auguraban también mal los aztecas de que se les entrase una comadreja en sus casas ó se les atravesase en el camino ó la calle. Si viajaban, temían caer en manos de ladrones; si no, morir muerte airada ó ser víctimas de un falso testimonio. Que habían de ser robados ó debería ausentarse y esconderse en montes ó barrancos alguno de sus parientes inferían de que un conejo se les metiese en sus hogares ¿Era, no un conejo, sinó un zorrillo? Creían inevitable la muerte. Objeto de envidias ó de malevolencia opinaban que habían de ser, como pareciesen en sus casas ratoncillos chillones, ó criaderos de hormigas, ó ranas, ó sapos.

Temblaban tambien los aztecas cuando de noche oían el pito en las montañas ó golpes como si alguien cortase leña, cuando se les quebraba alguna viga del techo y cuando se les rompía el metate. Concluída una casa, juntábanse vecinos y deudos y encendían lumbre nueva. Si lograban encenderla pronto, creían que la habitacion había de ser blanda y apacible; si tarde, incómoda.

Estos eran, por decirlo así, agüeros inmediatos; los había mediatos. Daba un azteca con una sabandija de las llamadas *pinahuiztli;* y aunque lo tenía á mal agüero, por de pronto no se inmutaba. La cogía, cruzaba dos líneas en el suelo, la ponía en medio y le decía: «¿á qué has venido? quiero ver á qué has venido». Si la veía marchar al Norte, se creía muerto; si en cualquiera otra direccion, sospechaba que no había de ser grave el infortunio. Pasábala otras veces un cabello por el cuerpo y la colgaba de un palo. Si allí la encontraba al otro día, le echaba un poco de pulque y deponía todo miedo: si no la encontraba, se afligía considerándolo signo de mala suerte.

Creían por otra parte los aztecas que mediante ciertas palabras ó ceremonias podían convertir en buenos los malos augurios. Cuando la lechuza chirriaba y á la vez escarbaba la tierra con las uñas, entendían que conjuraba la muerte el enfermo con que, si fuese varon, le dijera: «estate quedo, bellaco ojihundido, que hiciste adulterio á tu padre»; y si hembra: «vete de ahí, puto; agujereaste el cabello con que había de beber en el infierno y no puedo salir del mundo.» Decían tambien que si el que de noche oía golpes como de quien corta madera acertaba á ser valiente sacerdote ó animoso soldado, y, en vez de acobardarse, iba resuelto á donde sonaba el ruído, y al distinguir uno como bulto humano lo perseguía hasta cogerlo y fatigarlo, recibía de esa fantasma, que no era sinó un hombre sin cabeza y con dos puertas en el pecho que al abrirse y cerrarse pro-

ducían los temidos golpes, si unas veces miseria y mala ventura, otras riqueza ó espinas de maguey que habían de hacerle próspero en la guerra y procurarle la captura de otros tantos enemigos. Añadían que si ese varon esforzado conseguía arrancar el corazon á la fantasma, y lo envolvía y ataba firmemente la envoltura, y la guardaba, y, en desatándola al otro día, encontraba espinas de maguey, algodon ó pluma floja, podía esperar felicidades; y si carbon, andrajos ó trozos de manta rotos y sucios, mala ventura y hambre.

Tenían los aztecas por de mal agüero tropezar de noche con cualesquiera otras fantasmas. Aunque en todas veían ilusiones de Tezcatlipoca, les daban formas diversas. Hablaban de una sin piés ni cabeza, que rodaba por el suelo exhalando suspiros; de otra muy pequeña, que llevaba los cabellos hasta la cintura, marchaba como un ánade y era inútil perseguirla porque al ir á cogerla desaparecía y reaparecía en otra parte; de otra que semejaba un cráneo y seguía al hombre saltando; de otra, por fin, imagen de un muerto amortajado y tendido, que gemía y se convertía en raton ó en césped para el que se proponía apresarla. De noche no tenían por de buen agüero ni áun la salida del coyote al paso de los caminantes. Veían en él un aviso de Tezcatlipoca, pero aviso de próximos riesgos.

No eran menos dados á los agüeros los súbditos de los incas. En la fiesta de *Intip Raymi* vimos ya los que sacaban de la primera ó las primeras víctimas que al sol inmolaban. Sacábanlos, además, de los piés de ciertas arañas, de la sangre de los conejos, del vuelo de los pájaros, de las constelaciones y áun de los sueños. Los sueños los explicaban, á lo que parece, ciertos agoreros tendiéndose ó durmiendo sobre vestidos ó cabellos del que los hubiese tenido.

Participaban de esta clase de supersticiones casi todos los demás pueblos. Para los araucanos estaba próximo á grandes infortunios el que veía ú oía á la lechuza, al buho ú otro pájaro nocturno; gozaba de corta vida el que acertaba á poner los ojos en la culebra *pihuchen*, de la cual se decía que volaba silbando; y no podía menos de ser dichoso el que cazase el gato *quirque*, del que hacían grande uso los médicos-magos. Sacaban los patagones agüeros del ave carnicera que cruzaba el espacio, de los murmullos del agua, del soplo de los vientos y áun del humo que salía por el techo ó la puerta de sus toldos; y los chiquitos, de los cantos de las aves, de los aullidos de las fieras, de las ramas de los árboles, de la espuma de los torrentes y del más ó menos raudo curso de los ríos. Sacábanlos tambien los tupies del canto y el vuelo de los pájaros, del imprevisto encuentro de ciertos animales de tierra y de los cambiantes del cielo. Que habían de morir pronto ellos ó sus parientes creían por fin los dacotas si daban con un vampiro, un murciélago ó un fuego fatuo

Había otro órden de agüeros parecidos á los de la astrología judiciaria. Principalmente los nahuas y los mayas creían en la existencia de días faustos é infaustos. Como ántes se ha visto, tenían en absoluto por infaustos los cinco

últimos del año, que para ellos holgaban y no formaban parte de mes alguno; imposible, como ántes escribí, que ni en estos ni en otros días nefastos se atreviesen ni los particulares, ni el sacerdocio, ni el Estado á emprender cosa de importancia. Buscaba el Estado los días faustos lo mismo para el comienzo de las guerras que para el de las obras públicas; el sacerdocio, lo mismo para la inauguracion de los templos que para la determinacion de las fiestas movibles; los particulares, lo mismo para el bautizo que para el casamiento de sus hijos. Buscábanlos tambien los mercaderes para su partida y su regreso, los escultores para la fabricacion de los ídolos y los artesanos todos para obras á que atribuyesen alguna trascendencia. De que naciesen en días faustos ó infaustos hacían por otra parte depender su porvenir los hombres de todas las razas cultas; así que todos se apresuraban en cuanto les nacía un hijo á examinar si había nacido en día fasto ó nefasto.

Para distinguir esos días y predecir la suerte de los niños, ó lo que es lo mismo sacar horóscopos, había entre los nahuas unos sacerdotes llamados *tonalpouhquis*, á quienes se consultaba tambien sobre la significacion de los sueños y el valor de los agüeros de que antes dije. Desempeñaban esos tonalpouhquis su ministerio, no mirando el cielo á la manera de los astrólogos de Europa, sinó leyendo en signos de cierto calendario, distinto del que regía para la profana muchedumbre. Componíase este calendario de sólo doscientos sesenta días distribuidos en veinte trecenas y dábase á cada trecena un signo capital ó inicial y otros doce secundarios. Influían para los tonalpouhquis esos signos, especialmente los iniciales, en los sucesos humanos como para nuestros astrólogos las constelaciones y los planetas, y por ellos profetizaban la fortuna de los recien nacidos y determinaban los días infaustos y los prósperos. En cual fuese la influencia de cada signo estaba naturalmente su influencia y su secreto. Atribuían nada menos que á Quetzalcoatl el orígen y el conocimiento de esta nueva especie de astrología. Sahagun nos la reveló, con todo, en el libro cuarto de su Historia.

Sacaban los tonalpouhquis los horóscopos viendo el signo inicial de la trecena y el secundario del día en que el niño hubiese nacido, ó el inicial y los secundarios de dos días si por acaso hubiese nacido á media noche. Lo en ellos loable era que, lejos de declarar infalibles pronósticos y agüeros, reconocían casi siempre la posibilidad y áun solían indicar los medios de frustrarlos. Decían, por ejemplo, del que había nacido bajo los signos de la segunda trecena que, noble ó plebeyo, había de caer en manos del enemigo, ser en todas sus empresas desdichado y darse á mujeres; mas añadiendo que podía corregir su destino con dormir poco, ayunar y sangrarse á menudo, barrer la casa y poner la lumbre, buscar por donde hacer frente á las enfermedades y sustentar á los hijos, ser hábil y sumiso, y no vengarse de castigos ni ultrajes. Del que había nacido en la anterior trecena decían por lo contrario que había de ser dichoso y aún procediendo de padres bajos y pobres ganar honra y provecho; mas con tal que hiciese penitencia, y llevase con calma la ajena envidia, y fuese bien criado, y

anduviese por caminos rectos. Hacían con esto que ni el nacido en buen signo, confiando en su buena suerte, se descuidara y ensoberbeciera. ni el nacido en mal signo desesperara.

Cabe sospechar si á veces los movía más que los sentimientos de humanidad el interés religioso. Referíales uno que acababa de oir en un valle zumbidos de insectos ó en un monte rugidos de fieras; y le decían que, pues no había podido evitar el agüero, debía resignarse á sufrir lo que en consecuencia le viniese, sobrellevarlo con entereza y en tanto llorar y castigarse el cuerpo. Le añadían luego que para remedio de su trabajo hiciese penitencia, comprase papel, incienso blanco y ulli y se lo llevase para que pudieran darlo en ofrenda al señor dios del fuego, á Xiuhtecuhtli.

Había agoreros, no sólo entre los nahuas, sinó tambien en los demás pueblos civilizados y en muchos de los salvajes; pero no sé que en parte alguna tuviesen los libros judiciarios de los tonalpouhquis. Los del Perú, á juzgar por la *Relacion Anónima*, quizá estuviesen en los comienzos de nuestra astrología. Segun la misma relacion iban vestidos de pardo y estaban casi siempre en los atrios de los templos. Los de Arauco llevaban vida por demás estrecha. Se abstenían de todo género de placeres y no danzaban sinó en comun y en oscuras cuevas al són de sus *thultun·as*. Los de las tribus que ocupaban las costas de la Carolina del Norte se distinguían por su traje. Llevaban en la sien derecha un pájaro negro con las alas tendidas y al cinto una piel y una bolsa que les caía sobre la cadera.

CXXIII

Supersticiones.—Sortilegios.

En todas las razas cultas había tambien sortilegios. Lo eran á mi juicio entre los nahuas los mismos tonalpouhquis. Por lo que leo en el *Popol-Vuh* y en Cogolludo hubieron de tener grande importancia principalmente los del pueblo maya. Figura Xpiyacoc en el *Popol-Vuh* como el viejo de las suertes del maíz y del *tzitè;* y cuando Hurakan con Tepeú y Gucumatz quiere por segunda vez crear el hombre, «echad suertes con maíces y con tzites», le dice á él y á la abuela Xmucane Donde tan antiguos se los suponía y tal participacion se les daba en la obra del mundo ¿cómo no habían de ejercer poderosa influencia los sortílegos y los sortilegios?

Desconozco los distintos sortilegios que debió de haber en América. Hallo, en cambio, el de los granos de maíz lo mismo en Yucatan y el Perú que en Guatemala y Méjico. Mezclábase en Guatemala, como acabamos de ver, los de maíz

con los de tzité, judías, á lo que parece, de color encarnado. Como por unos ni otros adivinasen tampoco pude inquirirlo. Segun Cogolludo, hasta la direccion de los niños extraviados descubrían ó pretendían descubrir por este medio.

CXXIV

Supersticiones.—La Magia.

La Magia era tambien antigua en América. Como se dijo ya en el párrafo sobre el politeismo de los quichés, Hun-Ahpú y Xbalanqué vengaron, segun el *Popol-Vuh*, por la magia su propia muerte y la de sus padres contra los reyes de Xibalba. Se distinguieron, segun aquel mismo texto, por sus actos de magia príncipes como Gucumatz, que levantó el reino quiché á la cumbre de la grandeza; y al decir de Sahagun los cuextecas, que allá en tiempos remotos entraron y se establecieron en Pantlan, hoy Pánuco.

En qué consistiera esta primitiva magia tambien lo vimos. Así los cuextecas, como Hun-Ahpú y Xbalanqué presentaban á los ojos de sus espectadores una casa ardiendo y desmoronándose y la volvían á su anterior estado; perros ú hombres muertos por su mano y los resucitaban; despedazados sus propios miembros y los reunían. Gucumatz se convertía á su antojo en culebra, en tigre, en sangre cuajada y subía al cielo ó bajaba al infierno.

Reprodujéronse para los americanos esas maravillas de la magia hasta los tiempos de la Conquista. Que sus magos pudiesen trasformarse en lo que quisieran lo creían entre las razas cultas los quichés y casi todos los mayas; entre las salvajes, los californios del Sur y los esquimales. Se afirmaba en Honduras que hasta podían metamorfosear á los otros hombres. Podían segun los nutkas y los algonquines matar y resucitar al que matasen, y segun los haidahs suspender la propia y la agena vida.

Hasta por mera ostentacion de poder se dice que mataban y resucitaban á sus compatricios los magos algonquines. En una fiesta que se celebraba al otro día de salir á campaña un ejército mataban de improviso y sin armas á cuantos designaba la suerte y los resucitaban después con yerbas y drogas. Concluían por matarse y resucitarse los unos á los otros; y, así que revivían, bailaban en honor de los dioses.

No fueron éstas, sin embargo, en América las solas virtudes de la Magia. Elevó la Magia el vuelo, y se dijo en posesion de los espíritus. Los evocaba y utilizaba entre los esquimales, los algonquines, los aleutas, los thlinkites, los californios del Sur, las tribus del istmo de Darien y casi todos los pueblos establecidos al Occidente de los Andes. Castigaba entre los aleutas al que no la

respetaba metiéndoselos en el cuerpo, y llegó á pretender en el estrecho de Chatham que los tenía encerrados en una redoma. Entre los esquimales hasta se creía con fuerzas para traer á sí los de los séres vivos y áun prender y castigar los de sus hechiceros. Decía aquí más, y era que sus adeptos podían abandonar temporalmente la carne y recorrer como quisieran cielo, mar y tierra.

Entre esos esquimales, particularmente los de la Groenlandia, parecía haberse levantado la Magia á lo sumo del poder y la sabiduría. En cuerpo y alma decíase allí que los magos se alzaban del suelo, rompían el techo y volaban por los aires dejando tras sí brillantes surcos. Añadíase que en los *tornaks* se hacían atar las manos á la espalda, y al concluír de la fiesta, sin que nadie les hubiese desatado, aparecían libres y sueltos.

Lo raro es que esos magos miraban con malos ojos y hasta perseguían á hombres que parecían ejercer las mismas artes. Píntase á estos preparando flechas que daban siempre en el blanco y, cuando no mataban instantáneamente, producían incurables heridas; forjando unos séres llamados *tupileks* que á capricho del que los poseía cobraban vida y tomaban las formas de diversos animales nocivos; y tambien apareciendo y desapareciendo de súbito á los ojos de las gentes: mas no por esto se los consideraba sinó como una especie de brujos que, á par de los nuestros, recurrían para sus maleficios á objetos recogidos en los sepulcros, á huesos humanos, á insectos asquerosos y á miembros de reptiles y de peces como las focas. Entre los esquimales los magos, á la vez sacerdotes, tenían de su cargo á lo que parece demasiado noble idea para prestarse á emplearlo en perjuicio de sus semejantes: no como compañeros sinó como enemigos miraban y trataban á esos brujos. Nada menos que á su dios supremo se atrevían á evocar ellos y los algonquines.

Sería ahora grave olvido que dejase de mentar á los manacicas, rama de los chiquitos. De sus sacerdotes, á la vez magos, se aseguraba que dirigían las almas de los muertos hasta ponerlas en la vía del Paraíso, y cuando abandonaban el templo los dioses subían con ellos al cielo y volvían en brazos de Quipoci. Aun para atraer á la tierra y seguir al firmamento á su divina tríada se les atribuía poder y fuerza.

Era ya menos sublime la Magia en los demás pueblos: bajaba casi en todos al rango de la hechicería. Empleaba pócimas, filtros, objetos raros; y aquí producía misteriosas enfermedades, allí mataba, en otras partes encendía el amor ó el odio y unía ó desavenía los corazones. Mataba en ciertos países con la sola mirada: en el de los *nez-percès*, por ejemplo, en la California del Centro, en la del Sur y en Nicaragua. En el mismo Perú obraba maravillas por influencias meramente personales; mas no siempre ni con mucha frecuencia.

Bueno será, con todo, advertir que áun en las naciones más célebres por la magia se recurrió á medios materiales. Testigos los ya citados algonquines, que empleaban á menudo pedazos de metal, esquirlas de hueso, plumas, yerbas y

otros efectos baladíes, por los que imaginaban que podían no sólo curar á los enfermos, sinó tambien crear nuevos séres, remontarse más alla de las nubes y acompañar el sol de Oriente á Occidente.

Como quiera que fuese, la Magia cuando la Conquista era bastante general en América. Hablábase en todas partes de metamórfosis; y de metamórfosis estaban llenas las tradiciones y las leyendas relativas así á los dioses como á los hombres. Magos más bien que divinidades parecen Quetzalcoatl y Tezcatlipoca en las leyendas que sobre ellos transcribí cuando hablé del politeismo de los nahuas; y magos y sólo magos resultan los principales héroes de las tradiciones de los dacotas. Magos parecían aún los que entre los natchez se henchían de agua la boca en las grandes sequías y, arrojándola por uno como embudo con agujeros, rociaban el aire y pretendían por este medio atraer la lluvia, y los que en los tiempos borrascosos y húmedos se subían al techo de sus chozas y conjuraban las nubes á que despejaran el cielo.

Falta ahora saber que no era mago todo el que lo apetecía. Para serlo era preciso en muchos pueblos someterse á durísimas pruebas. Entre los aleutas y los thlinkites, por ejemplo, debía recogerse el aspirante á bosques ó cerros solitarios y vivir exclusivamente de las raíces del *panax horridum* hasta que le enviasen los espíritus una nutria de río, animal en cuya lengua se suponía oculto el poder de la magia. Había de mirar entonces frente á frente al anfibio, pronunciar la sílaba *oh* en cuatro diversos tonos y, al verle caído, cortarle la lengua y guardarla en lugar cerrado á fin de que nadie se alocara al verla. Debía luego desollarlo, reservarse la piel y no matar otra nutria en su vida. Si en dos ó tres semanas no le favorecían los espíritus, había de visitar la tumba de un mago, cortarle un dedo, ponérselo en la boca y sin soltarlo velarla toda una noche. Como ni áun así lograse recibir la nutria, debía renunciar á su deseo. Aunque era casi hereditario este dón en sentir de aquellas gentes, no solían obtenerlo sinó los que pertenecian á determinadas familias. Alcanzaba el nuevo mago más ó menos influencia segun manifestaba tener á su devocion más ó menos espíritus.

En otros pueblos los magos formaban una especie de masonería con sus fórmulas de iniciacion y sus ritus. Así sucedía entre los clallames, los *nez-percés*, los winnebagoes y los algonquines, y tambien en muchas tribus de la California del Norte. Debía el novicio entre los clallames ayunar tres días y tres noches dentro de una misteriosa tienda á cuyo rededor danzaban y cantaban incesantemente los iniciados. Perdía al fin el sentido; y, como se le considerase ya despojado de su antigua naturaleza, se le llevaba al más próximo arroyo ó río y se le mantenía en el agua mientras no se recobrase. Llevábasele despues á un bosque con el fin de que en la soledad y el silencio aprendiese á comunicarse con los espíritus.

Entre los winnebagoes se empezaba tambien por encerrar á los candidatos y someterlos á rigoroso ayuno. Se los hacía de vez en cuando sudar envolvién-

dolos en mantas ó con el vaho de yerbas en ebullicion, y se los instruía á ratos en los misterios de la Medicina y de la Magia. El día de la entrada en la Orden, no bien amanecía, sonaban cantos y bailes y había discursos y preces. Entapizábase horas despues con pieles el pavimento de una tienda abovedada por palos y cueros de búfalo, que medía de treinta á doscientos piés de longitud sobre diez y seis de anchura y estaba abierta por sus dos extremos. Sentábanse á poco á los dos lados de esa especie de tabernáculo todos los afiliados, hombres y mujeres; colocábanse de pié en uno de los dos extremos de ocho á diez ancianos; y en el opuesto parecían los catecúmenos, demacrados y lívidos. Poníanse los catecúmenos de rodillas en cuanto entraban, y los ancianos daban el uno detrás del otro vueltas á lo interior de la tienda. Llevaban estos en la mano sus talegos de medicina: á cada vuelta que daban dirigía uno la palabra á los arrodillados.

Reuníanse después los ancianos en medio de la tienda; formaban círculo; dejaban los sacos; presos de náuseas, doblábanse hasta el suelo; y despues de ansias y esfuerzos mil arrojaban de sus espumosos labios una pedrezuela que decían ser la de la Medicina. Recogíanla, volvían á su primer sitio, y á poco avanzaban en línea sosteniendo con ambas manos sus talegos y llevándolos ante el rostro. Iban danzando y murmugeando primero lenta y pausadamente, luego, á medida que se acercaban á los catacúmenos, levantando la voz, acelerando la marcha, prorumpiendo en un grito y apretando de súbito los sacos á sus propios pechos. Caían al grito los catecúmenos sobre sus frentes como heridos del rayo, temblaban de todos sus miembros y se agitaban en horribles convulsiones.

Se los cubría entonces con mantas, y, cuando volvían de su paroxismo, se les entregaba los sacos, se les ponía en los labios las vomitadas piedras, y los afiliados todos los saludaban como otros tantos hermanos.

Entre los algonquines había dos grandes asociaciones de magos: la de los *medas* y la de los *wabenos*. Distinguíanse las dos sólo por la especialidad de sus cantos y sus ritus y la circunstancia de celebrar los unos, los medas, de día y los otros, los wabenos, de noche sus sesiones. Las ceremonias de la iniciacion eran á lo que parece las mismas en las dos sociedades. Construíase una tienda sobre ramas de verdes hojas. Luego que se la creía honrada por la presencia del Grande Espíritu cantaba uno de los magos: «Bajó Monedo: ¿lo habeis oido? quiero entrar en la tienda.» Tocaba en tanto el tambor y sus compañeros todos levantaban al cielo una de sus manos en ademán suplicante. Presentábase á la sazon coronado de plumas y con una bolsa de piel de nutria al brazo el pálido neófito, que llevaba ya dias de penosos ayunos, baños de vapor y complicados sueños y en todo había dado muestras de aptitud para el oficio; y al són del tambor y el sistro entraba danzando con los medas ó los wabenos en la sagrada tienda. Cantaba en tanto el oficiante y el neófito repetía: «quise siempre lo que hoy: entro en la tienda de frescas y verdes hojas.» Ya todos dentro, se recogía

los víveres preparados para el banquete; parecía con una fuente en la mano un hombre que por las mágicas plumas de que llevaba ceñidas las muñecas se daba á conocer como rey de la fiesta y cantaban todos: «os daré parte, amigo mío.» Había cerca de la sagrada tienda otra destinada al baño de vapor. Dábanle todos vuelta marchando á compás y tocando con palillos sus tambores; y el oficiante cantaba y los demás repetían á coro: «al baño voy: sobre mi hermano soplo.» Penetraban en la tienda los más jóvenes y antes del baño ó durante el baño se iban diciendo los secretos de la Orden é iniciaban al neófito en los más sencillos misterios. Conducido despues el novicio por el oficiante, se presentaba á los medas todos y les entregaba lo que podía. «Gran satisfaccion tendré en usarlo, padre mío» cantaban á coro los magos todos, y el novicio era ya maestro. Actos de magia y un banquete ponían fin á la fiesta.

En la orden meda se sabe que había tres grados á que se llegaba por el mayor conocimiento del oculto poder y la oculta virtud de la naturaleza. El primer grado lo constituían los *medas;* el segundo los *saugemaos;* y el tercero los *ogemaos.* Los ogemaos eran. por decirlo así, el arca de los grandes misterios.

La magia tengo para mí que era en todas partes respetada: iba en las tribus de los haidahs y en otros pueblos inherente al poder público, y entre los nahuas merecía el aprecio de hombres como Netzahuilpilli. Se despreciaba y se aborrecía en cambio á los hechiceros. Los nahuas, como los supiesen ejerciendo en daño de individuos ó corporaciones sus hechizos, los sacrificaban á sus dioses y les arrancaban el corazon como á los cautivos y los esclavos; los guatemaltecas los quemaban vivos; los indígenas de Vera Paz los ahorcaban ó los mataban á fuerza de azotes; los peruanos, los araucanos y otras naciones los perseguían de muerte.

Los magos solían, por fin, tener sus distintivos: el principal, el tambor; el segundo, la maraca ó el sistro; donde la Magia iba con la Medicina, emparejamiento bastante general, el saco ó talego de hierbas ó la bolsa de piel de nutria. Entre los tlinkites es de notar que los magos no se cortaban nunca el cabello y para comunicarse con los espíritus se ponían siempre máscara: distinta máscara para distinto espíritu.

CXXV

Supersticiones.—Amuletos.

Donde se cree en la existencia de los maleficios hay y no puede menos de haber amuletos. Como se busca el antídoto contra el veneno, se busca el amuleto contra el maleficio. Creían los americanos en los maleficios de los hombres

y el diablo, y era natural que deseasen y amasen los amuletos. Para mí amuletos eran y no más muchas de las figurillas de oro, de plata y áun de barro que tanto abundan en las colecciones de antigüedades del Perú y de Méjico. Aun las que eran imágenes de dioses estoy en que servian de amuletos. Como amuletos se sabe que se colgaba del cuello de los niños aztecas los idolillos del mes de Tozoztontli.

Eran aficionadas á los amuletos principalmente las razas salvajes de la América del Norte. Entre los aleutas más fe tenía el soldado en su cinturon de algas con nudos mágicos que en su lanza y su escudo; más fe el cazador en cierta guija del mar que en su arco y su flecha. Creia el cazador que le bastaba llevar esta guija, no sólo para salvarse de todo peligro, sinó tambien para atraer la caza. En la piel de la ardilla-ogro confiaba el habitante de la isla de Vancóuver, y en la de la nutria los algonquines y los dacotas No una sinó muchas cosas tomaban otras gentes por amuletos: plumas, piedras, dedos de antílope, picos de grulla, pedazos de madera carbonizada y otras mil fruslerías.

Tal hacían los groenlandeses. Llevaban suspendidos de la garganta huesos ó piedras cuando no esqueletos, ya de pequeñas zorras, ya de pequeños mónstruos marinos. Con los de los mónstruos marinos se creian invencibles en la guerra; y con los de las zorras, dotados de facultades maravillosas. Tal fe sentían por algunos de sus amuletos, que los incrustaban en las herramientas. Llegaron á imaginarse que se les alargaba la vida con echar fragmentos de cordon umbilical en sus barcas.

No se hable de los pueblos de Hayti. Las figuras de sus innumerables cemíes no eran á los ojos del haytiano sinó amuletos que debía colgarse del cuello ó ceñirse á la frente para que le sirvieran de escudo contra sus enemigos. Los entallaba en sus duhos, los grababa en sus joyas, los pintaba en sus moscadores. los reproducía en todas partes. A unos daba formas espantables y á otros formas lúbricas. Lo extraño era que sus mujeres tenían contra los malos partos otro amuleto en las piedras que los médicos extraían ó fingían extraer de la parte dañada de los enfermos.

Los mejicanos y los groelandeses recurrían aún á otros medios contra los maleficios. Colocaban los mejicanos de noche detrás de la puerta ó en el patio una fuente de agua con una cuchilla de *iztli*, seguros de que, en cuanto la viesen los brujos, habían de retroceder sin que jamás se atrevieran á volver á pisar los umbrales de la casa; y los groenlandeses conjuraban los efectos de todo acto de hechicería por ciertos niños llamados *pierkusiaks*, que habían sobrevivido á numerosos hermanos muertos en la flor de la vida.

CXXVI.

Supersticiones.—Sueños.

Raro era el pueblo que no concedía importancia á los sueños. Los nahuas se los hacían explicar por sus tonalpouhquis y esperaban verlos cumplidos. Los zapotecas y los peruanos tenían tambien sacerdotes especiales para interpretarlos. Los magos los suponían imagen anticipada de futuros sucesos.

Entre las razas salvajes los algonquines hacían gran caso de los sueños á pesar de considerarlos viajes del alma por los espacios; los iroqueses los miraban como consejos ó avisos de sus dioses; y los nutkas los respetaban por atribuirlos á visitas, ya de espíritus libres, ya de espíritus de cuerpos vivos. Al espíritu maligno atribuían esos mismos nutkas las pesadillas de los niños que tuviesen sobrecargado de grasa de ballena el estómago; así que para aplacarlo solían sajar, chamuscar y atormentar de mil modos á las criaturas.

Los mosquitos creían tanto en los sueños, que no pocos determinaban por ellos el curso de su vida. Dábanles significacion tan precisa, que, si soñaban por ejemplo con la rotura de una calabaza, tenían por segura la pérdida de su consorte, y si la de un plato, la muerte de su madre.

Nada menos que el porvenir de sus hijos infería el nicaraguateca del modo con que soñaban la noche que dormían en el templo. ¿Eran los sueños plácidos y alegres? Prometían al niño riquezas y larga vida. ¿Eran tristes? Le auguraban pobreza y desgracia. ¿No eran ni tristes ni alegres? ¿no había sueños? Había de morir jóven.

Los tupinambaes se fijaban tambien en los sueños ántes de sus expediciones militares. Si en sueños veían asar la carne de sus enemigos, daban casi por cierta la victoria; si la suya, abandonaban la empresa. Volvían á fijarse en los sueños la antevíspera del primer combate, si habian resuelto abrir la campaña. Como por los de ahora viesen confirmados los de ántes, bebían y danzaban despues de un modesto banquete al són de sus toscos sistros.

CXXVII

Enterramientos.—Preparativos.

Despues de haber hablado de las supersticiones y de las creencias religiosas creo oportuno decir de los enterramientos por lo que de religion y supersticion participaban.

Raros eran los pueblos americanos que menospreciasen á los muertos. Aún los que se mostraban inhumanos con los enfermos los solían llorar al verlos sin vida y los miraban con respeto y cariño. Sólo de algunas tribus del istmo de Panamá se asegura que al desesperar de la salud de sus deudos los llevaban á los bosques y los abandonaban. Había gentes que mataban á los hombres inútiles ó aceleraban la muerte de los que sufrían sin esperanza de alivio, y áun esas honraban á todos sus difuntos.

Arrojaban cadáveres al mar los nutkas y los haidahs; pero solamente los de sus esclavos, para ellos séres inferiores. Entregaban los caddos á la voracidad de las fieras y las aves de rapiña el cuerpo de los que habían muerto en batalla: pero sólo por creer que no necesitaban de los obsequios ni de los cuidados de los vivos los que habian de ocupar sitio preferente en la region de las almas.

Los muertos infundían temor, cuanto más respeto. Porque los temían se apresuraban nutkas y pimas á sacarlos de sus hogares, evitaban los navajos acercárseles y rehuían hablar de la muerte, y se abstenían de nombrarlos el iroqués luego que los creía en viaje para el mundo de los espíritus, el mosquito al año del fallecimiento y el chinuk mientras no se los llevaba á su eterno descanso. Ni áun despues se atrevía el chinuk á repetir con frecuencia el nombre de sus difuntos: si lo llevaba, no era raro que lo cambiase. De miedo tambien el bárbaro habitante de la península de California no pocas veces enterraba vivos á sus deudos. A mi juicio influía ese temor hasta en hechos que se atribuye á muy diversas causas. Como se verá más tarde, en unos pueblos se abandonaba la vivienda de los que fallecían, en otros se la derribaba, en otros se ponía á la puerta los objetos más preciados y en otros se los llevaba á los enterramientos. Contribuyó indudablemente el miedo á la existencia de tan extrañas costumbres. Creíase generalmente en las apariciones y no se quería que los muertos bajasen al olor de sus bienes.

Esto no impedía que los más de los americanos considerasen á los difuntos. El californio del Sur no los tocaba mientras no se convenciese de que habían perdido la última centella de vida; y el indígena del Condado de los Angeles, mientras no veía que empezaban á descomponerse. Siete y ocho días los dejaban insepultos algunas tribus de los Llanos del Orinoco; y hasta treinta los caribes, si los habían tenido por señores. Tambien los kadiaks los retenían algun tiempo, ya en casa, ya en el casino: más de veinticuatro horas, muchos pueblos, inclusos los algonquines. Si el difunto había sido shaman, no podían enterrarlo los tlinkites hasta el quinto día; debíanle hacer pasar ántes una noche en cada ángulo de la tienda. No hablo por ahora de los que hubiesen sido reyes de naciones cultas.

Los algonquines, los mandanes y los patagones untaban á los muertos; los iroqueses los pintaban; los aztecas y muchas de las tribus que vivían entre los dos istmos los lavaban, aquellos con aguas aromáticas y éstas con agua pura; los

aleutas los enmascaraban; algunos pueblos los embalsamaban ó momificaban por distintos procedimientos. Tal vez con el fin de momificarlos, el mandan, despues de haberlos untado y vestido, los envolvía en frescas pieles de búfalo, los fajaba de los piés á la cabeza con tiras de cuero, les ponía otro ropaje húmedo y volvía á fajarlos. Con anchas cintas de algodon fajaban tambien los indígenas de Hayti de la cabeza á los piés los cadáveres de sus caciques: ¿propondríanse el mismo objeto? Dejo para otro párrafo los embalsamamientos y las momificaciones.

Entre los pueblos vestidos era raro el que enterraba desnudos los cadáveres. Los vestían con el traje comun los itzaes; con traje nuevo, algunas tribus de la América del Centro; con el mejor traje que se les encontraba los kadiaks, los aleutas, los algonquines, los hurones, los iroqueses, los tarascos y los aztecas. Los kadiaks no siempre seguian esta costumbre; algunos de sus muertos los amortajaban con pieles de leon marino ó de foca. Con pieles de búfalo ó cortezas de árboles solían amortajar los suyos los dacotas; con mantas, los chinuks, los coras, los payaguas y muchos pueblos al Occidente de los Andes; con telas de algodon, los mosquitos.

En ataudes los metían muy pocos pueblos fuera de los thlinkites, los dacotas, los algonquines y los araucanos.

Poníales el chinuk las joyas y los demás objetos de valor y escaso volúmen de que habían usado en vida; el cora, el arco y las flechas, si varones, y la rueca y el huso, si hembras; el mejicano, á los unos el azadon ó las armas y á las otras el huso ó la escoba. El mejicano les ponía, además, en la boca una pedrezuela; en las manos, los pasaportes con que podían abrirse paso al Infierno; al lado, vestidos para el viaje y el perro que los había de llevar en sus lomos al través del Chicunahuápan; y al cuerpo un manto igual al del dios más propicio á la profesion que habían ejercido, á los vicios que los habían afeado ó al género de muerte que habían sufrido: el de Huitzilopochtli, por ejemplo, si habían sido soldados; el de Yacatecuhtli si mercaderes; el de Ometochtli si borrachos; el de Tlaloc ó el de Chalchiuhtlicue, si habían perecido en el agua.

Mientras no llegaba la hora del enterramiento, eran diferentes las prácticas y las ceremonias de los pueblos. Al paso que el chinuk no se permitía ni ruidosas manifestaciones de dolor ni cuchicheos y estaba cabizbajo y silencioso, se desvivía el huron por que los vecinos todos prepararan bien la mesa en memoria del difunto y comieran los unos en la casa de los otros. Reuníanse en algunas tribus de los californios del Sur amigos y parientes, llevaban al muerto ante uno de sus ídolos y le velaban toda la noche al rededor de una grande hoguera. Entre los araucanos al rededor del mismo cadáver que ponían en alto sentábanse sobre la dura tierra deudos y amigos y vertían abundantes lágrimas: dos y aún tres días pasaban allí gimiendo, llorando y regando de vino el suelo. Los aztecas no se limitaban segun Zuazo á vestir y disponer á sus difuntos como dejo escrito. Los adornaban con plumas de varios colores y los sentaban en sillas para

que recibieran los homenajes y las ofrendas de los que los habian querido mientras vivieron. A las dos horas venían otros amortajadores, los desnudaban, los lavaban de nuevo, les vestían mantas rojas, los decoraban con plumas del mismo color y los volvían á exponer por una hora ó más segun la afluencia de las visitas. Presentábanse aún otros amortajadores y, despues de haberlos otra vez lavado, les ponían mantas y plumas negras. Los trajes de que se los despojaba iban segun el mismo autor al templo ó la sepultura.

Esos mismos aztecas distinguían particularmente al mercader de rango que moría en viaje. Le teñían de negro los ojos, le trazaban en torno de la boca círculos de color encarnado y le cubrían de fajas ó listas de papel el cuerpo.

Otras dos costumbres he de consignar ahora notables por referirse á momentos antes del óbito. Los mayas, al ver á un enfermo agonizando, le ponían entre los labios una piedra preciosa con la que despues de muerto le frotaban suavemente el rostro. Hacían otro tanto, como luego se verá, los aztecas y los tarascos, pero sólo con sus reyes. Los yuracarés, por otra parte, al desesperar de la vida de sus parientes, los conducían á cabañas construidas al intento, los invitaban á disponer de los bienes y les encargaban multitud de cosas para el otro mundo «Rogad á Fulano ó Zutano, les decían, por ejemplo, que tenga bien cultivadas las tierras para el día en que muramos.»

Eran tambien varios los usos para la conduccion del cadáver. Los groenlandeses y áun los demás esquimales lo sacaban, no por la puerta, sinó por la ventana ó cualquiera otra abertura de sus *iglus* ó sus tiendas. Los hurones lo ponían en andas cubiertas de pieles y lo llevaban en hombros. Iban detrás en dos filas los hombres y las mujeres de todo el pueblo, los unos con la cabeza baja y los ojos en tierra y las otras gimiendo y llorando hasta que uno como capitan les decía: «basta de llanto». En hombros de esclavos lo conducían los algonquines: lo seguían los parientes, cada uno con lo que pensaba dejarle, y la muchedumbre bailando la danza de la muerte. Los californios del Sur, de que antes escribí, despues de haberlo velado toda la noche, organizaban una procesion á cuyo frente iba uno fumando en una gran pipa de piedra. Acompañado éste de tres le daba tres vueltas; y en cada una al pasar por la cabeza, alzando la manta que lo cubría, le echaba tres bocanadas de humo. Cuando pasaba por los piés, cantaban los cuatro á coro una especie de plegaria. Los cuatro lo tomaban despues en hombros y se ponían en marcha. Los parientes entregaban á un sacerdote que estaba al pié del ídolo sendas sartas de semillas de una brazada de largo, y los concurrentes todos prorumpían en lúgubres alaridos. A sus shamanes el thlinkite los sujetaba al quinto día de muertos á una tabla, les ponía uno en el cabello y otro en la nariz los dos huesos de que se habían servido para sus ritus, les cubría la cabeza con un cesto de sauce, los metía en una caja y con toda la solemnidad que podía los llevaba al catafalco que les tenía dispuesto. En los cortejos fúnebres de los araucanos delante iban á todo correr dos mancebos; en

torno del ataud, sostenido por los deudos, unas como plañideras; y detrás, una mujer esparciendo rescoldo. En los de los mosquitos figuraban por fin músicos que habían de adormecer al diablo á fin de que no se apoderara del cadáver. En el momento de ir la comitiva á romper la marcha salían de una choza vecina cuatro hombres pintados de modo que el diablo no los conociera, y, tirando de la cuerda de una canoa en que lo tenían metido, lo llevaban al bosque.

Hablé hasta aquí de las costumbres seguidas con los súbditos; escribiré ahora de las que se observaba con los jefes de pueblos.

Entre los caribes se tendía á los caciques sobre hamacas puestas entre dos árboles. Los había de velar todo un mes la que hubiese sido su principal esposa y les había de estar aventando las moscas para que no les turbasen el sueño.

Entre los salivas se los colocaba sobre un bajo túmulo dentro de una verja cuadrilonga. Al pié del cadáver estaba la viuda mal cortado el cabello, sin pinturas y sin adornos; al rededor los parientes. Iban luego los vecinos todos á la casa mortuoria, no en tumulto, sinó por cuadrillas. En cuanto llegaba un grupo á la puerta, prorumpía en llantos y sollozos; y con sollozos y llantos les respondían los de adentro. Bebía instantes despues y bailaba alegremente hasta que venía otro grupo. Sonaban á poco instrumentos lúgubres: unos flautones de barro de dos y más piés de longitud y dos ó más concavidades que producían sonidos á cual más bajos y profundos y cierta clase de tubos que, metidos en tinajas vacías, los daban espantablemente lóbregos. Iban pareciendo una tras otra cuadrillas de danzantes, cubiertos de piés á cabeza de plumas de varios colores, todas con sus músicos; y al paso que unas marchaban grave y reposadamente marcando el compás, ya con los piés, ya golpeando el suelo con pintados y vistosos bastones, pasaban otras tocando pífanos, contoneándose, batiendo tambien la tierra y moviéndose con increible celeridad y ligereza. Concluían las danzas al caer de la tarde, pero nó tan raros funerales. Al amanecer del otro día reuníanse en el campo hasta noventa hombres: treinta con pífanos, treinta con trompetas de á dos varas y treinta que las sostenían en hombros. Entraban en el pueblo bailando en corro y armando tal estruendo, principalmente con sus trompetas, que ponían espanto en el corazón del que, desconociendo esta costumbre, los oyese á distancia. Luego que daban ellos vuelta á la plaza, salían de nuevo las cuadrillas y renovaban los bailes, pero interrumpiéndolos á trechos ya con llantos, ya con el panegírico del difunto. Callaban de vez en cuando todos y exclamaba uno en voz alta y lastimera: «¡oh! y ¡qué excelente pescador se ha muerto!» ó bien «¡oh! y ¡qué admirable arquero acaba de perder la tribu! donde ponía el ojo, allí la flecha.» Terminaba la ceremonia por ir en procesion al río danzantes, trompeteros, amigos y deudos con todo el aparato del salon mortuorio y detrás la muchedumbre. Arrojaban á la corriente pífanos, flautas, trompetas, verja, túmulo y enterraban al muerto.

Si de los pueblos salvajes pasamos á los cultos, los primeros reyes en que de-

bemos fijarnos son los aztecas. Cuando uno de esos reyes estaba enfermo de muerte, se echaba un velo ó se ponía una máscara al dios á quien había escogido por patrono, y se avisaba á los príncipes amigos y á los grandes y los nobles del Reino. Muerto ya, quitábase á la deidad protectora la máscara ó el velo; y ancianos, probablemente en relacion con los sacerdotes, preparaban el cadáver para las exequias. Lavábanlo con aguas olorosas; vestíanlo con quince ó veinte mantas ricamente bordadas y llenas de pedrería, por lo comun tantas como las que había llevado en ocasiones solemnes; y adornábanlo con multitud de papeles de varios colores y distintas formas. Dábanle á continuacion todo lo necesario para el viaje á la region de las almas: un jarro de agua. los pasaportes de que antes hice mencion y un perrillo al que acababan de meter en la garganta una flecha. De cada cosa que le daban le decían el fin para que había de servirle: «esta es, por ejemplo, el agua con que has de hacer tu camino; con estos papeles te abrirás paso entre los dos cerros que incesantemente se entrechocan; con estos otros entrarás por la vereda que guarda una gran serpiente; en lomos de ese perrillo atravesarás el río que separa del imperio de Mictlantecuhtli la tierra de los vivientes.» Cubríanlo después con un manto como el de Tezcatlipoca ó Huitzilopochtli, cortábanle un mechon de pelo, poníanle una carátula de oro, de mosaico de turquesas ó simplemente pintada, y le metían entre los labios un *chalchihuite*. El mechon de pelo, junto con otro que le habían cortado al nacer y unos idolillos, los guardaban, á lo que parece, en una cajita que en tiempo de los reyes chichimecas se dice que era de esmeralda y tenía una tapa de oro con piedras preciosas, y ahora traía pintada dentro y fuera la imágen del dios custodio del difunto.

Dispuesto así el cadáver, ó se lo tendía sobre una litera aforrada de ricos paños, ó se lo sentaba en un trono. En uno y otro casos lo velaba una guardia de honor é iban príncipes y cortesanos á ofrecerle sus respetos. Adelantábanse todos llorando, gimiendo, juntando las palmas, inclinando el cuerpo, mostrando descuido en su persona, encareciendo la pérdida que con la muerte de tan preclaro rey acababa de sufrirse y rogando al difunto que aceptase los humildes presentes que le traían. Los presentes consistían no pocas veces en diez esclavos ó en cien trajes ó en cosas de no menos valía. A los hombres seguían las mujeres; y en tanto que éstas hacían sus ofrendas, generalmente de víveres, palaciegos de edad provecta entonaban con sentido acento el *miccahuicatl*, el canto fúnebre de los aztecas, ó daban el pésame á la familia del muerto. Inaugurábase á la sazon los sacrificios por el del esclavo que cuidaba de los ídolos de la casa.

El quinto día, al romper el alba, conducíase procesionalmente el cadáver al templo en que había de quemárselo. Precedía al cortejo un mozo con una enorme bandera de papel de cuatro toesas de largo, toda ella ricamente adornada de plumas, en la que estaban pintados los principales hechos del difunto.

Seguían los sacerdotes cantando é incensando al muerto, que llevaban en hombros sobre una litera de estado los principales nobles. A los dos lados de las andas iban príncipes y señores arrastrando por el suelo mantas de color negro sin adornos ó con pinturas de cráneos y esqueletos; detrás los embajadores de los monarcas ausentes, cada uno con las insignias, armas ó joyas que se proponía arrojar á la hoguera; luego multitud de esclavos con las herramientas ó artículos propios de su respectivo cargo; por fin mustio y silencioso el pueblo.

No bien llegaba la comitiva al templo, salía un sacerdote, vestido tambien con el traje del dios protector del difunto, y la dirigía al altar en que la cremacion había de verificarse. Sonaba en tanto la voz de otros sacerdotes, que en expresivos cánticos recordaban á los concurrentes lo inevitable que es para todos la muerte y lo difícil que es dejar recuerdo de sí en el mundo por otro medio que las buenas obras.

Las exequias de los reyes de Michoacan eran muy parecidas. Vivo aún el Rey, pero mortalmente enfermo, habían de acudir á Palacio todos los grandes y señores del Reino, como no quisieran exponerse á severos castigos. Aunque no le veían mientras respiraba, en cuanto había muerto debían entrar á vestirle. Vestíanle en traje de fiesta. Poníanle una esmeralda en la boca, tendíanle sobre andas cubiertas de paños de diferentes colores y le dejaban á un lado la aljaba y el arco y al otro una imágen compuesta de finísimas mantas, como él ataviada y vestida. Hipócrita ó sinceramente los cortesanos todos se deshacían en lágrimas, gemidos y obsequios.

Llevábase aquí el cadáver al templo á media noche. Delante iban los sacrificandos con rayas amarillas en el rostro y con la frente ceñida de una guirnalda sin hojas. Marchaban en fila, quien tañendo un silbato, quien batiendo uno con otro dos huesos, quien tocando por atabal una concha de tortuga. Seguían los porta-antorchas y tras ellos hombres que andaban barriendo la vía y diciendo: «por aquí has de pasar, Señor, mira no yerres el camino.» El féretro lo llevaban en hombros personas de la principal nobleza. Acompañábalo multitud de gentes; las primeras los guerreros y los cortesanos, que al són de trompetas cantaban las glorias del difunto.

Entre los mixtecas tambien á media noche y procesionalmente se llevaba á su eterno descanso el cadáver de los jefes muertos. Lo llevaban, sin embargo, no los nobles, sinó los sacerdotes, y no al templo, sinó al vecino bosque. Lo singular era que desde el fallecimiento á la sepultura se suplía al Rey por un esclavo que llevaba el traje y las insignias reales y moría al volver del entierro los grandes del Reino.

Los mayas, cuando moría uno de sus jefes, le colocaban desde luego en la postura en que debían sepultarle, le cubrían con gran número de preciosas mantas, le metían en un ataud y lo dejaban sobre una litera. Invitados por mensajeros los jefes vecinos, acudían todos y le ponían, ya encima del cuerpo, ya

junto al cuerpo ricas joyas y adornos. Traíanle, además, quien un esclavo, quien una esclava con el fin de que se los sacrificaran sobre la tumba. Junto con los nobles del país, le conducían después al lugar de su enterramiento, generalmente una fosa abierta en la cumbre de una colina.

En el Perú, por fin, se solía vestir con su mejor traje á los muertos, que fueran reyes, que súbditos.

CXXVIII

Enterramientos.—Momificaciones.

Dedico á las momificaciones un párrafo, no por los muchos datos que sobre ellas haya podido recoger, sinó por razón de método. Los datos escasean ó no han llegado por lo menos á mi noticia.

El año 1815 se descubrió en cuevas calizas de Kentucky momias donde no se veía señales de embalsamamiento. De una hablaba Samuel Mitchill perfectamente seca, que tenía la piel rugosa, pero apenas deteriorada, firmes los huesos, blanca y buena la dentadura, rojizo el cabello, y pulcras y afiladas las manos. No hay en ella, decía Mitchill, nada bituminoso ni aromático, tampoco sutura por donde quepa conjeturar que se sacó las vísceras: tampoco vendajes, pues está simplemente envuelta en dos pieles de ciervo y una tosca manta. Momia tal debió de ser y fué sin duda obra de la naturaleza. Segun el mismo autor estaba la cueva bastante saturada de ácido nítrico.

Suele momificar la naturaleza los cadáveres en las comarcas secas bien por el calor, bien por el frío, sobre todo si las azotan con frecuencia vientos impetuosos: en los altos montes y en los arenales. Hubiéronlo de observar los peruanos, y, deseosos de momificar á sus muertos, cuya resurrección esperaban, se sabe que los exponían en la Sierra al aire helado y puro de los Andes, y los sepultaban en los Llanos diez y aún doce metros debajo de la ardiente y movediza arena de sus costas. Millares de momias se ha encontrado recientemente en las *huacas* de Ancon y Chancay y en los pozos de Pachacámac, y en ninguna se ha distinguido tampoco indicios de embalsamamiento. No se ha notado sinó que están generalmente envueltas en una sábana fina de color blanco y un paño de lana casi siempre rojo, ceñidos por una faja de algodón al cuerpo, y llevan liada y revuelta al cuello una soga, en los labios un disco de oro, plata ó cobre, y en la frente dos ó más vendas, una ancha con listas de colores y otra ú otras más estrechas, no pocas de esparto. En los Llanos se las acostumbra, además, á ver cubiertas de una tosca estera de junco ajustada por una red de cabuya, de espaciosas mallas, y en la Sierra bajo una especie de colmena de totora que tiene una abertura cuadrada por donde asoman el rostro.

Obra de la naturaleza son tambien sin disputa los millares de momias que no há cincuenta años se descubrió en Méjico, en las cuevas de Bolson de Mapimi, entre los Estados de Coahuila, Durango y Chihuahua; momias todas envueltas en mantas de fibras de lechuguillas, que llevan calzados los piés con sandalias de cierta liana y adornado el cuerpo con vistosas bandas.

Entre las momificaciones artificiales la más sencilla era la desecación. Usábanla, segun mis noticias, para con sus caciques algunas tribus del itsmo de Darien, las de Cumaná y algunas de las que al Norte de la América Meridional cubrían las costas del Pacífico. Las de Taúya, comarca que debió de estar no lejos de Antioquia, escribe Cieza que tendían los cadáveres en hamacas circuidas de fuego, donde al calor se derretía la gordura y caía con la sangre en hoyos preparados al intento. Cuando los tenían medio quemados, añade, los envolvían en muchas mantas, los metían en ataudes y no los enterraban sinó después de estar bien secos, después de algunos años.

En el Istmo se procedía, á lo que parece, con más tino. Hacíase la momificacion dentro de una cerca de cañas, y el cadáver ó se lo suspendía de bajos varales con recias sogas ó se lo ponía en uno como lecho de piedra. Debajo del cadáver, ó á los lados, se mantenía con yerbas un fuego manso que lo desecaba poco á poco sin quemarlo. Ya momia el que fué cacique, se le vestía y se le adornaba con joyas de oro y plumas para llevarle al panteon de sus antecesores. Velaban de día y de noche la operacion doce personas principales, cubiertas de piés á cabeza de paños negros.

Hallo otro medio de momificacion en las mismas costas del Pacífico, pero en la parte más septentrional de la América del Norte. Allí, segun Dall, á las gentes de rango, despues de muertas, se les extraía por algunas tribus las entrañas, se las sometía á la accion de aguas corrientes, se las secaba, se las envolvía en pieles y tejidos de yerbas, se las doblaba y reducía al menor tamaño posible y frecuentemente se las suspendía de las rocas de las cuevas para que no las corrompiera el contacto del suelo.

De las tribus de Virginia, las dos Carolinas y la Florida se cuenta que empleaban otro sistema. Muerto el Rey, se dice, le desollaban abriéndole por la espalda, removían cuidadosamente la carne dejando íntegros los ligamentos para que no se desarticularan los huesos, ponían el esqueleto al sol y al aire, lo metían cuando seco en la arrancada piel, que mantenían fresca y sin encoger untándola de aceite, y llenaban de fina y blanca arena los intersticios. Se duda que así fuese.

Tambien de los peruanos se refiere que, si momificaban por medios naturales los cadáveres de los súbditos, daban consistencia por otros procedimientos á los de sus monarcas. Asegura Montesinos que ya antes de los Incas era costumbre en el Perú embalsamar con materias aromáticas los cuerpos de los reyes; mas temo que se engañe. Que se hubo de emplear algun artificio para la momifica-

cion de aquellos autócratas parece fuera de duda. Garcilaso de la Vega vió el año 1560 en casa de Polo Ondegardo las momias de tres reyes y dos reinas—segun los indígenas de aquel tiempo, Huiracocha, Túpac Inca Yupanqui, Huayna Cápac, Mama Runtu y Mama Ocllo;—y las vió, segun escribe, tan enteras, que no les faltaba cabello, cejas ni pestañas. Parecía, dice, que vivieran: estaban en cuclillas, las manos sobre el pecho, los ojos bajos. Tan poco pesaban, añade, que las podía llevar cualquiera en brazos ó en hombros: la mano de Huayna Cápac, de quien llegué á tocar un dedo, era como la de una estátua de palo. Momias tan bien conservadas y dispuestas no pudieron ser realmente simple obra de la naturaleza.

Lo difícil es determinar qué procedimiento se seguía. Segun ciertos autores se extraía á los cuerpos de los Incas los sesos, la lengua, los pulmones y los intestinos, se les vaciaba los ojos, se les ungía el rostro con uno como aceite de color de naranja y se les henchía vientre y pecho de un polvo sutil con olor á trementina; segun Acosta se los aderezaba con cierto betun y se les hacía los ojos con telillas de oro; y segun el autor de la *Relacion Anónima* se los desentrañaba y se los adobaba con bálsamo de Tolú y otras sustancias. Desgraciadamente el análisis no ha venido á confirmar aún ninguna de estas aserciones.

Habla Láwson de otra momificacion que apenas merece de tal el nombre. Segun él, los congaris, tribus de la Carolina del Sud, exponían sus muertos al sol tendidos en cortezas de árboles, y los untaban con aceite de oso en que habían disuelto polvos de una pequeña raíz, semejantes en color á los del cinabrio. Dos ó tres días después los levantaban del suelo, colocándolos sobre unos varales, los untaban nuevamente y los cubrían con cortezas de ciprés ó de pino á fin de preservarlos de la lluvia. En cuanto les veían reblandecidas las carnes, se las quitaban, les untaban los huesos y les envolvían el cráneo en fajas de pelo de opóssum. Les guardaban por fin los huesos en cajas de madera, y todos los años se los limpiaban y untaban con aquella misma mezcla de polvos y aceite. Si esto era momificar, preciso es decir que momificaban tambien á sus muertos los guaraunos, puesto que les hacían perder las carnes en la corriente del Orinoco y les recogían los huesos en cajas que suspendían del techo de sus casas de palmera.

No sé ya de otras momificaciones. Se dice si las conocieron y las emplearon los muiscas y los quiteños para sus reyes y los nicaraguatecas para sus sacerdotes; pero sin indicarse el procedimiento.

CXXIX

Enterramientos.—Cremaciones.

La cremacion era bastante general en la América del Norte. Quemaban los thlinkites á todos sus muertos, excepcion hecha de los esclavos, que arrojaban al Océano, y de los shamanes, que encerraban en grandes sarcófagos de madera. Guardaban cuidadosamente las cenizas en cajas cubiertas de figuras simbólicas. Si el muerto lo había sido en batalla, le cortaban la cabeza antes de ponerlo en la pira y la metían en caja aparte.

Quemaban tambien á sus muertos los talkotines del Oregon, y con ceremonias verdaderamente execrables si se trataba de hombres que hubiesen sido jefes de familia ó de tribu. Para quemarlos aguardaban á que estuviera presente la tribu ó la familia toda: por lo menos nueve días. En esos nueve días obligaban á la viuda á estar desde la salida á la puesta del sol junto al cadáver, aún cuando se estuviera en lo más caluroso del año. Escogían para la ceremonia lugares altos donde extendían capas de leños de ciprés, todos de igual longitud y perfectamente cortados, entre los cuales ingerían maderas resinosas; y, mientras ardía el cuerpo, todos parecían poseídos de loco júbilo. No la pobre viuda, que, quisiese ó nó, había de subir á lo alto de la pira y permanecer abrazada al marido mientras el humo y el fuego no la sofocaran ó no se le abofellaran las carnes, y después estar atenta á que no se encogieran las piernas ni los brazos del muerto so pena de verse echada á la hoguera entre los salvajes cantos y el atronador ruído de los tambores de los concurrentes. Recogían con separacion las cenizas y los huesos no quemados.

Incineraban los tacullis con no menos crueles ceremonias el cadáver de los que habían tenido más de una esposa. Durante la cremacion habían de estar las viudas todas, unas á la cabeza y otras á los piés del difunto, besándole y golpeándole con muestras de amor frenético, ínterin no se les chamuscara el cabello y perdieran el sentido, y en cuanto lo recobrasen volver con nuevo vigor á golpearle, ya con la una, ya con la otra mano, hasta dejarle reducido á polvo. Distribuíase las cenizas en tantos talegos como viudas para que todas conservasen memoria de su marido.

Quemaban tambien á sus muertos los kutchines, los atnas, algunas tribus de los nutkas, gran parte de los haidahs, muchos californios del Norte y casi todos los del Centro. Lo verificaban los del Centro de singular manera. Puestos amigos y deudos al rededor de la pira, no bien se le pegaba fuego, cuando prorumpían en lúgubres alaridos. Cantaban luego, danzaban, exaltábanse por momentos y llegaban á tal grado de frenesí, que ya se desgarraban el cuerpo, ya se

llegaban á la hoguera, cortaban carne al difunto y la devoraban. Mesábanse unos los cabellos, gritaban otros, dábanse otros en el pecho y tan fuera de sí los había, que no se arrojaban al fuego porque no faltaba quien se lo estorbase. No daban menos muestras de dolor las viudas, que en el paroxismo de su desesperacion echaban á la lumbre lo que más querían: trajes y joyas.

Entre los pueblos salvajes quemaban aún á los muertos los californios del Sud y los de la península de su nombre, los nuevo-mejicanos y los maricopas. Los californios de la Península les cortaban antes la cabeza.

Cremaciones parciales de este género debió de haberlas, además, en la Florida á juzgar por lo que refirió hace no muchos años Enrique Gillman. Al abrir un túmulo en Cadé's Pond, pequeño remanso de agua sito como dos millas al Nordeste del lago de Santa Fé, dijo, encontré dos casos de cremacion en dos cráneos incombustos llenos de cenizas.

En California, orillas del río Pitt, y en Nueva Jersey, orillas del Delaware, á corta distancia de Gloucester, hallo otros dos ejemplos de cremacion parcial. En una y otra comarcas el cadáver está decapitado y metido de pié en un pozo. Por la manera como aún hoy en las márgenes del Pitt entierran á sus muertos los achomawis cabe descubrir el procedimiento que allí hubo de seguirse. Cortan los achomawis la cabeza al que muere, y en un profundo y reducido pozo que al intento abren le colocan verticalmente junto con las armas, las joyas y las herramientas de que usó en vida. Sobre la boca del pozo, casi en contacto con los hombros del difunto, ponen luego haces de leña y sobre los haces la cabeza. Encienden á poco los haces y mantienen vivo el fuego hasta reducir la cabeza á cenizas. Hacen esta cremacion en medio de dos círculos concéntricos de mujeres: uno de gente moza, que anda moviendo de acá para acullá el cuerpo y cantando tristes endechas, y otro de viejas, que se cortaron la cabellera y están sentadas en el suelo. Acabada la incineracion, permiten á las parientas del muerto que metan los dedos en las cenizas y se marquen con ellas una de las mejillas, pintadas de negro en señal de luto.

Hallo aún otra suerte de cremacion en la Carolina del Norte, principalmente en los lugares habitados por los cherokis. Enterrábase allí á los muertos en posicion horizontal, boca arriba, desnudos, sin caja; se los revestía de una capa de mortero ó de arcilla; poníase encima otra ú otras de leña; y por el fuego, al paso que se iban lentamente consumiendo los cadáveres, se iba endureciendo el mortero ó el barro. En este barro ó mortero quedaban bien que mal impresas las formas de los muertos.

Vengamos ahora á las razas cultas. En el Anahuac hay motivos para decir que la cremacion era antigua. Las tribus que tan largas peregrinaciones hicieron por aquellos montes y valles es muy de presumir que á ella recurriesen para siquiera llevar consigo las cenizas de sus caudillos. Históricamente no cabe, sin embargo, afirmar que se la practicase más allá del tiempo en que murió el úl-

timo de los reyes toltecas. La usaron sin género alguno de duda los aztecas, aunque, segun Veitia, fueron sepultados los cadáveres de sus primeros monarcas.

Quemábase á todo rey difunto en el templo de su divinidad favorita, sobre un altar de tres piés de anchura por otros tantos de altura en que se había puesto un monton de ocote. Se le quemaba junto con el perro que le había de pasar á través del Aqueronte azteca; y á medida que las llamas le consumían le arrojaban los concurrentes todo género de riquezas y tributos. Dos *cuacuahuitls* avivaban incesantemente el fuego, y otros en tanto cantaban tristes salmodias y rociaban con sus hisopos así al muerto como á los vivos. Empezaban luego los holocaustos.

A los súbditos se los quemaba, segun parece, ya en sus propias casas, ya en el campo, ya en los bosques.

En Michoacan, donde era tambien costumbre quemar los cadáveres, no se colocaba sobre la pira los de los reyes que no le hubiese dado hasta cuatro vueltas la procesion que los conducía. Entonaban fúnebres cánticos los concurrentes todos al brillar de las primeras llamas; y, en cuanto empezaba la combustion, echaban á la hoguera los objetos más valiosos. Lo singular era que despues se los recogía junto con las cenizas, y de unos y otras se hacía una figura y se la sentaba en un trono cubierta de vestiduras reales, con máscara, con arcos y flechas á los lados y con un escudo de oro á la espalda.

En la Península Yucateca se dice que se reservaba la cremacion para los cadáveres de los nobles y ni aún para éstos solía ser completa. Echábase allí las cenizas en el occipucio de una imágen que de cada muerto se labraba, imágen de madera si el muerto había sido rey, de barro si súbdito.

Para los grandes señores usábase tambien la cremacion en Nicaragua, no ya en el Perú, donde la hacía imposible la creencia en la resurreccion de la carne.

CXXX

Enterramientos.—Enterramientos al aire libre.

Muchos pueblos no inhumaban á sus muertos. No solían inhumarlos por de pronto los que los embalsamaban. A los caciques del istmo de Panamá, despues de momificados, se los adornaba, como indiqué, con joyas de oro y plumas y se los sentaba contra las paredes de una sala de Palacio, donde, tambien sentados, estaban por orden cronológico sus antecesores. A los de Tauya vimos que no se los enterraba en algunos años. A las momias de que habló Dall dije ya que

se las suspendía de las rocas de las cuevas. De las de los reyes de Georgia y Virginia se ha escrito que estaban todas tendidas sobre un tablado que sostenían troncos de árboles de ocho ó más piés de altura. De las de los Incas quien asegura que estaban en el templo mayor del Cuzco, las de los varones junto á la imágen del Sol en sillas de oro y las de las hembras junto á la imágen de la Luna en sillas de plata; y quien que se las guardaba en aposentos ó recámaras de los respectivos palacios.

Tampoco se solía inhumar las cenizas de los muertos donde se los quemaba. Los thlinkites ponían sobre cuatro postes la caja en que encerraban las de sus difuntos. Si el muerto lo había sido en combate, levantaban sobre la caja otros dos postes y en ellos descansaban la de la cabeza. Los talkotines del Oregon enterraban las cenizas de sus jefes de familia ó de tribu, mas nó los grandes huesos incombustos. Estos despues de haberlos llevado las viudas durante cuatro años á la espalda, se los metía, tambien en una caja de madera que clavaban ó ataban á un poste de diez ó doce piés de altura. Las cenizas de los polígamos recordará el lector que las distribuían los tacullis entre las viudas. Los kutchines procedían poco más ó menos como los thlinkites: los atnas se distinguían en que encajonaban las cenizas despues de haberlas recogido en una piel de reno. Los haidahs tenían costumbres diversas: guardaban las cenizas y los huesos sin quemar en cestas, en cajas, en canoas, en petates, en cortezas de árboles, y ora las enterraban, ora las dejaban á flor de tierra, ora las ponían en catafalcos, ora las colgaban de más ó menos elevados postes.

Tampoco inhumaban los aztecas las cenizas de sus reyes. Recogíanlas junto con los huesos incombustos y las joyas arrojadas á la hoguera en arcas que contenían cabello de los difuntos; ponían las arcas á los piés del dios del templo y sobre ellas una estatuita de talla ó de piedra con máscara y con todas las insignias reales; y á los cuatro días las colocaban bien en nichos, bien en otros lugares del mismo templo. Sólo una que otra vez enterraban ya las cenizas, ya los cadáveres. Tampoco tenían por costumbre sepultar las cenizas de los súbditos. Las de los yucatecas ya vimos donde se las guardaba; en cambio las imágenes que se hacía con las de los reyes tarascos bajaban dentro de anchas urnas puestas sobre escudos de oro á tumbas cuadradas de doce piés de altura, sitas al pié del templo, cuyas paredes, todas de piedra, estaban vestidas de hermosas esteras.

Consignadas las anteriores noticias, hablaré en este párrafo de todos los pueblos que no abrían la tierra para sus difuntos. Ponían frecuentemente los aleutas á sus muertos entre las rocas; los nuevo-mejicanos y los coras, en cuevas. En cuevas tenían tambien los mixtecas los cadáveres de sus jefes, pero sobre bancos de piedra y en cuevas artificialmente alumbradas, en cuyas paredes había nichos con ídolos. Estaban los muertos tendidos, cubiertos de joyas y con los piés á Oriente. Los seminolas de la Florida se dice que los metían en los

huecos de los árboles. De los miamis se sabe que cogían troncos de árboles, los partían, los ahuecaban y los daban por ataudes á sus deudos. Los dejaban en el suelo bien atados, y los cubrían á lo sumo con unas como jaulas cónicas hechas de toscos leños clavados en tierra.

Muchos pueblos de la costa Noroeste de los Estados Unidos, algunos de los que primitivamente ocuparon el territorio de Nueva York, y los cherokis encerraban á sus difuntos en grandes arcas de madera, no pocas maravillosamente labradas, que tenían las tapas en forma de caballete. Las dejaban en el suelo ó sobre bajas tarimas, tapándolas cuando más de ramas, hojas y tierra que no tardaba en barrer el viento.

Otros pueblos, deseosos de tener á sus muertos fuera del alcance de los lobos y otras fieras, ó los sujetaban á las menos flexibles ramas de los árboles ó los ponían en tablas erigidas sobre altos postes. Algunas tribus de los *blakfeets* (los Piés Negros), al paso que dejaban en la maleza el cadáver de sus mujeres y sus niños, ataban, por ejemplo, el de los varones á las ramas de árboles robustos despues de haberle ceñido y cosido ricas mantas para defenderlo de las aves de rapiña; los *loucheux* (los Bizcos) encerraban en troncos á sus difuntos como los miamis y á cinco ó seis piés del suelo los prendían de las ramas de dos ó tres árboles; los aztecas metían en cajas de madera á los mercaderes de rango que morían en viaje y los amarraban á viejos árboles en las cumbres de los montes. Aunque no siempre, seguían tambien esta costumbre los nutkas, los chinuks y los columbios de tierra adentro. Dejaba el nutka sobre la haz de la tierra los cadáveres de los plebeyos limitándose á cubrirlos con astillas y piedras; pero suspendía de los árboles los de los nobles: aquellos guardados en cajas y éstos en cajas ó en canoas. Por la mayor ó menor altura de las ramas de que los suspendía determinaba la mayor ó menor nobleza de los muertos. Ponía el chinuk á sus difuntos dentro de la mayor canoa que habían poseido en vida, y cuando ricos la tapaba con otra, puesta boca abajo. Dispuesta ya, ó la dejaba en el suelo, ó la colocaba sobre una tarima nunca muy alta, ó la colgaba del ramaje de un árbol. Metidos en canoas colgaba tambien de las ramas de los árboles el columbio algunos cadáveres.

Los tablados ó cadalsos (*scaffolds*) eran comunes á muchos pueblos de la América del Norte. Había tantos en algunos lugares, que constituían vastos cementerios. Veíaselos ordinariamente en lo alto de peladas colinas enlutando el horizonte y dando aire tétrico á los próximos valles. Se los solía construir del siguiente modo. En los ángulos de un cuadrilongo de nueve á diez piés de longitud por cuatro ó cinco de anchura se hincaba cuatro postes ahorquillados, generalmente sin labrar, de dos á tres varas de alto; asentábase en ellos otros seis, dos diagonal y cuatro lateralmente; y sobre esa tosca armazon se extendía bien una capa de menudos leños, bien tablas. Deponían en tan humildes cadalsos los cadáveres; á veces en cajas, á veces, las más, simplemente envueltos

en mantas y pieles impermeables. De los postes de arriba colgaban en no pocos cabelleras que flotaban tristemente al viento. Parecían escalpes, mas no eran sinó los cabellos que en señal de duelo se habían arrancado ó cortado los parientes de los que allí yacían. Todo contribuía á revestir aquellos lugares de un tinte sombrío.

Usaban de estos cadalsos principalmente los hurones, los iroqueses, los algonquines, los dacotas y los mandanes. Tambien los esquimales, bien que haciéndolos mucho más bajos. Los algonquines los reservaban, se dice, para las gentes principales: encima ó debajo levantaban otro poste y en él pintaban por vía de epitafio el tótem que el muerto había llevado y el número de escalpes que había adquirido en buena ley de guerra. Los dacotas no era raro que sobre el cadáver, una vez puesto en el tablado, echasen tierra y ramas de árboles; ni los mandanes, que abovedaran los catafalcos con entretejidas ramas de sauce.

Merece sobre este punto ser consignado lo que refiere haber visto Keating en las orillas del río San Pedro. Encontró allí hasta doce cadalsos donde entre los cuatro postes fundamentales había uno central de seis piés de altura, imitacion del sér humano. En cinco figuraba este poste una mujer por cierta especie de zagalejo; en cuatro, un hombre decapitado como para decir que los allí tendidos habían muerto violentamente; y en los tres restantes, uno con cabeza y con un baston en la mano, signo de esclavitud para los indígenas de nuestros días. Parecido es ese poste adicional al de los dacotas; pero más ingenioso y más gráfico.

Respecto á los iroqueses y los mandanes debo advertir que el descanso de los cadáveres en esos cadalsos no era definitivo. Los retiraba el iroqués cuando los sabía reducidos á simples esqueletos, y los conducía bien á las casas que ocuparon en vida, bien á pequeñas chozas edificadas con cortezas de árboles, especie de panteones de familia, donde ó los enterraba ó los guardaba en rústicos sepulcros. Los mandanes hacían más al ver á sus muertos maltratados por las injurias del tiempo: los guardaban, reservando sólo los cráneos, que ponían en el suelo de sus propios hogares sobre manojos de fresca salvia.

A los mandanes y los iroqueses he de añadir los natchez y los choctaws. Los choctaws, despues de haber envuelto en pieles de oso á sus difuntos, los ponían tambien en cadalsos de diez y ocho á veinte piés de altura, cuyos postes pintaban de rojo cuando el muerto había sido hombre de nota. Teníanlos allí sólo de dos á cuatro meses, sólo hasta el día que fijaba uno de los ancianos que con el objeto de destripar y mondar cadáveres recorrían todo el año la comarca. Bajábase aquel día al muerto, y en presencia de amigos y parientes le arrancaba el anciano con sus uñas las entrañas y las carnes, y las arrojaba á una hoguera que al efecto se había encendido. Ya descarnada la cabeza, pintábasela tambien de rojo si acertaba á ser la de un jefe. Fuéralo ó nó, encerrábasele con los demás huesos en un arca bellamente dispuesta, que se depositaba en una choza construida al intento.

Al decir de un antiguo escritor el natchez recogía tambien, cuando de ellos se desgajaban las empodrecidas carnes los huesos de los cadáveres que en urnas de madera había puesto sobre tablados de una vara de altura. Los recogía, los limpiaba, los metía en arcas hechas de cañas y los deponía en sus templos.

En otros pueblos se dejaba á los difuntos sobre la tierra. En Jauja, segun Cieza de Leon, se los metía en frescas pieles de oveja que se cosía y arreglaba de modo que les reprodujesen las facciones, y se los dejaba en los hogares de sus más próximos deudos. Entre los chiriguanos se los ponía en cuclillas debajo de grandes campanas ó vasijas de barro. Vieron algunos de estos raros enterramientos Montoya en el Paraguay, los autores del *Arte de verificar las fechas* en la tribu de los coroados y Humboldt en las riberas del Orinoco.

Otros pueblos dejaban sobre la tierra á sus difuntos en ataudes de madera sin cerraduras ni goznes. Tal solía suceder en la Florida, donde se los llevaba á lugar despoblado si habían sido súbditos y al templo si caciques. Donde no se los soterraba lo comun era, sin embargo, que se los pusiese de algun modo al abrigo de la intemperie. Los navajos, por ejemplo, les hacían sepulcro la casa en que habían pasado de la vida á la muerte, ó, cuando nó, los cubrían de broza y piedras. Los bláckfeets, los creeks y las tribus de la bahía de Bellingham construían sobre los sarcófagos en que los encerraban tiendas rectangulares de singular blancura. Sobre los mismos cadáveres se sabe que levantaban los costariqueños con entretejidas cañas de palmera humildísimas chozas. Al decir de Stansbury aún hoy los crows (los Cuervos) observan la costumbre de los creeks y los bláckfeets. Vió Stansbury el cuerpo de Long Horse, jefe de los crows, no bajo una tienda rectangular, pero sí bajo una de planta oval y de figura cónica revestida de pieles de búfalo. El cuerpo estaba con su más rico traje y sus mejores adornos dentro de una caja tosca sostenida por un tablado que alzaría del suelo como dos piés y medio.

En algunas comarcas del Perú se hacía algo más que levantar tiendas para los difuntos. En Guayaquil y en Loja se les edificaba sepulcros cilíndricos con la puerta al Oriente; en la provincia de los collas, torres de cuatro esquinas, de tapial y piedra ó de cantería, y anchas ó angostas segun la riqueza ó la categoría del muerto.

Me falta escribir de los túmulos; mas creo conveniente dedicarles un párrafo.

CXXXI

Enterramientos.—Túmulos.

Había túmulos erigidos sobre fosas, pero no abundaban. Ordinariamente estaban los cadáveres dentro de los mismos túmulos.

Se conducía en Arauco los muertos al fondo de los bosques ó á lo alto de las colinas, y se los cubría con túmulos de tierra y guijarros, que se regaba de vino. Llevábaselos en Quito al campo y construíase al rededor círculos de piedra en bruto, que se cerraba por unas como bóvedas y se ocultaba con túmulos de tierra á que se daba el nombre de *tolas*. Aún el panteon de los scirys estaba allí debajo de una pirámide de tierra y piedras. En la comarca de Antioquía, segun Cieza, se hacia grandes sepulturas que por la mucha tierra que se les echaba parecían cerros.

En la América Central, principalmente de Guatemala á Chiapas, abundaron los montes hechos á mano, pero no los verdaderos túmulos. Es dudoso que lo fuesen los montículos que parece haber visto el Padre Acuña en Costa Rica, en las llanuras de Terraba; los de Ometepec (Nicaragua) á juicio de Squier más bien ruínas de templos que sepulcros; los de Patzun, los de Zaculen, aún los del distrito de Rabinal, designados por los tzendales con el nombre de cakhay ó casas rojas; los que hay en Uxmal, no lejos de la Casa de las Monjas, aunque en sentir de Norman fueron primitivamente tumbas. Lo son en cambio ó tengo cuando menos por tales el de quince piés de diámetro y cinco ó seis de altura que vió el mismo Squier al Sud del cabo Gracias á Dios, en la isleta de un lago; algunos de los que se ha descubierto en la provincia de Chontal dentro de los límites de Libertad y de Juigalpa; los muchos que hay en la provincia de Belize, al Occidente de Peten, en las márgenes de ciertos arroyos y ríos; y los que se alzan en la parte Nordeste de la península de Yucatan, en Kantunile. Contenían todos estos montículos huesos, cuando no esqueletos humanos. Por lo próximo á los ríos se sospecha si los de Belize pudieron ser erigidos como refugio contra las avenidas; mas, sobre ser todavía considerados por los indígenas como sepulcros de otras generaciones, atendidos los restos que algunos encerraban, no dejan lugar á dudas acerca de su origen.

En este género conserva aún Chiapas, á lo que parece, dos enterramientos notables: uno entre el pueblo de Zitalá y la hacienda de Boxtic, á veintidos leguas al Nordeste de San Cristóbal; y otro al Oriente de esta misma ciudad, cerca del pueblo de Huistan, en la hacienda de San Gregorio. Tiene por base el primero una colina cortada en forma de paralelógramo y consiste en una truncada pirámide con gradas sobre cuya meseta superior descansa un enorme cono de doscientos piés de circunferencia, compuesto de bien cortadas piedras de pizarra. En el centro están los sepulcros y en los sepulcros los restos de los que allí yacieron, probablemente tzendales de noble cuna. Súbese á la colina por una especie de plano inclinado y á la pirámide por la escalera espiral que ha dado á todo el monumento el nombre que aún lleva, el de Bolonchun, en tzendal serpiente arrollada. No se distingue de este enterramiento el de Huistan sinó en que no tiene por base colina ni eminencia alguna.

En la actual república de Méjico abundan tambien más los montes á mano

que los túmulos. Túmulos verdaderos los hay, sin embargo, en muchas partes. En Zachila, segun Dupaix, constituyen un grupo inmenso. Están, dice, compuestos de tierra y unas pocas piedras, y por los que se abrió se ha visto que contienen estatuitas, utensilios de barro, ladrillos y pedazos de huesos humanos. En la vertiente oriental de la cordillera volcánica, del Pico de Orizava al Cofre de Perote, se encuentra, segun Sartorius, junto á montículos de piedra de cincuenta y más piés de altura, otros mucho más bajos, que deben de haber sido templos, ya que en uno había una elegante urna sepulcral adornada de relieves y en los otros, con artículos de alfarería y puntas de flecha de hueso de pájaro ó de obsidiana, mal conservados esqueletos. En Guanajuato, en las llanuras de Bajío, existen tambien, segun Bustamante, montes de tierra que evidentemente son túmulos, puesto que en todos hay su cadáver con la cabeza debajo de un brasero de barro. En San Juan Teul había por fin, segun Tello, montículos, osarios de los indios que se sacrificaba; y en San Luís Potosí, segun Cabrera, antiguos *cuicillos*, voz equivalente á la de túmulos.

Túmulos es fácil que fuesen aún los tres montones de piedras que vió Beaumont en Tzintzuntzan, corte de los tarascos; y túmulos es de creer que fueran los muchos montecillos que hay en Teotihuacan cerca de las pirámides del Sol y de la Luna. Debajo de la del Sol forman esos montecillos una larga calle á la que se da el significativo nombre de *Micaotli*, camino de los muertos. Son estos cónicos ó semiesféricos, unos bajos y otros de treinta piés de altura, todos mezcla de tierra, grava y barro; y están contiguos, que no parecen á cierta distancia sinó dos largos terraplenes. Guardan los demás en su distribucion poco ó ningun orden; y, aunque casi todos revisten la misma forma que aquellos y se componen de los mismos materiales, no son algunos más que montones de tierra y guijarros como los de Arauco.

Pretenden algunos escritores que en Teotihuacan las mismas pirámides del Sol y de la Luna eran sepulcros. Puede que fueran á la vez sepulcros y altares: sepulcros sólo, es imposible creerlo, cuando no cabe dudar que servían de base á las gigantescas estátuas de los dos astros y fué Teotihuacan, sobre todo en los antiguos tiempos, la Meca de los nahuas. Tambien en la pirámide de Cholula se ha querido ver sólo un sepulcro. Se la hubo de cortar por una de sus esquinas cuando se hizo el camino de Méjico á Puebla y se descubrió que contenía dentro de una tumba de piedra dos esqueletos, dos ídolos de basalto, algunos objetos de cerámica y otras reliquias; mas esto no autoriza á decir que sólo para custodia de unos muertos se construyó tan colosal monumento. Lo autoriza tanto menos, cuanto que tampoco aquí es posible dudar que la pirámide fuera la base de un templo como casi todas las de los nahuas.

Se alega contra lo que combato otra razon que no es de importancia. A ser la pirámide de Cholula un mero sepulcro, dicen, los muertos habrían parecido, no en una esquina, sinó en el corazon del monumento. Por de pronto ignora-

mos si en el corazon hay otras tumbas. No lejos, por otra parte, de Cholula, en lo más meridional de Puebla, sobre una pequeña colina existe una pirámide de cantería cubierta de cemento, que mide ochenta y ocho piés cuadrados de base y cincuenta y cinco de altura. No en el corazon ni aun dentro de la pirámide, sinó junto á su ángulo Nordeste, hay una tumba á que se baja por siete escalones de piedra. La relacion entre la tumba y la pirámide tengo para mí que es indiscutible.

Algunos autores por el afan de convertir en sepulturas las pirámides, hasta llegaron á mirar la del templo mayor de Méjico como una superposicion de sepulcros reales. Se construyó su primera grada, dicen, y se la hizo tumba del monarca que mandó erigirla; se destinó la segunda á ser la mansion mortuoria del rey heredero; y así sucesivamente. Me limito á consignar la opinion; no creo necesario combatirla.

Fueron mucho más numerosos los túmulos en los pueblos del Norte. En el Pacífico son notables los de la isla de Vancóuver. Se los abrió para examinarlos, y se vió que los indígenas los habían construído del siguiente modo. Habían empezado por trazar en el suelo un círculo de diez y seis piés de diámetro. Habían excavado en el centro la tierra formando uno como tazon de tres piés de radio, más estrecho de fondo que de boca. Habían puesto allí el cráneo y los huesos incombustos del muerto y los habían tapado con seis pulgadas de tierra. Sobre la tierra habían asentado una gran piedra plana y sobre la piedra un montón de guijarros que se extendían más allá de los bordes del tazon como doce pulgadas. Al rededor, sobre una faja de dos piés de anchura, habían esparcido cenizas y huesos; en torno, erigido piedras altas de dos á tres piés separadas por otros cinco. Habían echado por fin entre este círculo de pilares y el de diez y seis piés de diámetro la tierra excavada y sobre ella grava y arena hasta que tuviese el túmulo cinco piés de altura.

Hay en aquella isla túmulos algo más pequeños—de diez y aun de seis piés de diámetro;—y los hay tambien que en lugar de pilares separados llevan juntas piedras tendidas y en vez de arena y grava sólo piedras. Otros hay aún cerca de Comox, ciento treinta millas al Norte de Victoria, que no son merecedores de olvido. Están compuestos de arena y conchas de mar y miden de cinco á cincuenta varas de circunferencia. Uno entre ellos es de forma oval y tiene sobre cincuenta piés de altura.

Vienen ahora los que están en la region del Mississipí, hacia las costas del Atlántico. Los hay en esa región que recuerdan los de Vancóuver, pero no muchos. Están generalmente reducidos á montones de tierra y piedras, varios en forma, altura y diámetro. Tienen unos cuadrada la base, otros triangular, otros exágona, otros, los más, oval ó redonda. Miden unos cincuenta, sesenta y setenta piés de altura, y otros apenas levantan del suelo. En diámetro van desde una á cien varas. Lo comun es, con todo, que cuenten de diámetro de seis á

veinte piés y de altura de cuarenta á ciento. No siempre están aislados; constituyen en algunas partes grupos de cuatro á cinco, donde los más pequeños rodean al más grande. Ordinariamente no encierran más de un esqueleto.

Hay sus excepciones. Uno se conserva en Chillicothe de unos quince piés de altura y sesenta de diámetro que es todo de arena. Se los ve de piedra, no sólo cerca de la misma ciudad, sinó tambien en la vertiente oriental de una colina que está sobre el Paint Creek (el Arroyo Pintado); en una de las ramas del arroyo de Hargus, pocas millas al Nordeste de Circleville; en las cercanías del río Licking, á no mucha distancia de Néwark; y en el condado de Perry. Distínguense de los demás esos túmulos principalmente en que descansan sobre grandes piedras, losas de verdaderas tumbas, y en que sobre la tierra excavada que les sirve de núcleo presentan enormes capas de guijarros.

Hay además túmulos que contienen cámaras sepulcrales. Están en el condado de Clay, orillas del Missouri, y constituyen uno de los más importantes grupos de esta clase de monumentos. Las cámaras, por los que abrió y reconoció Edwin Curtiss, tienen unos ocho piés cuadrados de superficie y unos cinco de altura; sus paredes, unos dos piés de profundas. Son las paredes todas de piedra sin mortero ni barro; los techos, ya de enormes y alisadas rocas, ya de madera.

En todas estas cámaras solía haber más de un esqueleto. En una encontró Curtiss cinco y en otra nada menos que trece. Lo más notable es que aquí se usó al parecer un sistema de cremacion análogo al que vimos en la Carolina del Norte. Las cámaras todas, segun el mismo investigador, estaban cubiertas de arcilla quemada; los esqueletos, debajo. Otra singularidad había y era que atravesaba esos fúnebres recintos de Sur á Norte un camino de paso, de dos piés de anchura.

Vió Putnam otro túmulo del mismo género en Tennessee, en el valle de Cúmberland. Dentro de ese túmulo, de muy pocos piés de altura y de cincuenta de diámetro, halló hasta sesenta esqueletos en otros tantos sepulcros de piedra. Los sepulcros estaban distribuídos en dos filas y en tres capas por las cuatro paredes de una cámara.

Holbrook habla aún de otro que visitó en el Illinois, en el condado de Stérling. Segun él, mide ese túmulo, oval en su base, veinte piés de largo, doce de ancho y siete de alto; y tiene en su interior cuatro espesos muros que forman un cuadrilátero de cuatro piés de altura, diez de longitud y cuatro y medio de anchura. Son los muros de roca caliza y llevan por techo grandes piedras interiormente planas.

Por fin y remate de este párrafo he de hablar de un túmulo que no contiene cámara ninguna, pero sí uno como sepulcro abierto, situado de Oriente á Occidente. Descubriolo el año 1871 Spainhour en la Carolina del Norte, condado de Burke, hacienda de Michaux, cerca del río de Jhon, *Jhon's River*. Dentro, al Este, al Sud y al Oeste, halló una roca y sobre ella los dedos de la mano de-

recha de un esqueleto sentado y un *tomahawk* ó lo que es lo mismo un hacha india. El hacha de la roca del Sud apenas lo parecía por lo basta: no medía de largo sinó cinco pulgadas. Siete medía la de la roca del Oeste, era de más fina labor y estaba rota en dos piezas. En tres lo estaba la de la roca del Este: sobre ser aún de mejor materia y obra, medía una pulgada más que la otra. Todas estas circunstancias, unidas á la de que en medio había un altar y ningun esqueleto al Norte, hicieron presumir á Spainhour que este túmulo fué tumba de masones y la masonería era por lo tanto antigua en América. Ya que no lo niegue, lo dudo.

CXXXII.

Enterramientos.—Inhumaciones.

Muchos eran los pueblos que inhumaban los cadáveres: pocos los que lo verificaban de igual manera. Inhumábalos el payaguá dejándoles fuera del suelo la cabeza y cubriéndosela con una olla para que no se la comieran jabalíes ni talues; casi á flor de tierra, el nuevo mejicano; en muy someras tumbas, el chinuk del río Villamette y el del río Columbia. Los tendía allí el chinuk sobre tablas desiguales y cerraba las fosas con techos ligeramente inclinados, compuestos ya de palos, ya de gruesos tablones.

En este orden de enterramientos eran notables las *cistas* del Tennessee, llamadas así por lo mucho que se parecían á los sepulcros de los celtas. No venían á ser esas cistas sinó excavaciones de tierra de cinco á seis piés de longitud, dos á tres de anchura y doce á diez y ocho pulgadas de espesor, revestidas de piedras lisas en su fondo y sus paredes. Tapábaselas despues de enterrado el cadáver con piedras tambien lisas. Habíalas sueltas y habíalas en grupos: se las cuenta aún por centenares en las vertientes de ciertas colinas

No inhumaban mucho más hondo á sus difuntos ni los coyoteros entre los apaches ni los primitivos moradores de Pensilvania. Reducíanlos al menor tamaño posible y los depositaban en el hueco dejado por la roca que removían ó por la cepa de árbol que arrancaban del suelo. Reponían luego el tocon ó la roca y los cercaban de piedras contra la voracidad de los coyotes.

Enterraban otros pueblos en fosas más profundas; pero evitando que la tierra oprimiese á los muertos. Cubrían los mohawks de Nueva York con troncos de árboles la boca de sus tumbas, generalmente redondas, y no arrojaban tierra sinó encima de esa techumbre. Abrían algunas tribus de la Carolina del Norte sepulturas hondas de seis piés y largas de ocho; tendían en el fondo los cadáveres sobre capas de cortezas de árbol; hincaban en las extremidades sendos

horcones; ponían en ellos un travesaño; y con leños que en este y en el suelo apoyaban hacían unos como tejados de doble vertiente. Leños, travesaño, horcones, todo era de abeto. Con apretados cañizos cerraban los haytianos las hoyas de sus caciques, y parte de los cricks las de sus deudos. Tambien muchos pueblos de las llanuras del Orinoco, bien que estos levantándolos algun tanto del suelo y cubriéndolos, no de tierra, sinó de grandes lajas y de muchas capas de arcilla, cuyas grietas iban cuidadosamente rellenando á fin de que las hormigas no turbaran el sueño de sus difuntos. Muy de otra suerte lograban los pimas su intento. En lo hondo de sus fosas, á un lado, excavaban la tierra hasta que formasen una bóveda debajo de la cual pudiera estar holgadamente el cadáver.

Los peruanos más que ninguna otra nacion ponían en esto gran cuidado. «En muchos valles de estos llanos, escribe Cieza, en saliendo del valle, por las sierras de rocas y de arena hay altas paredes y apartamientos, donde cada linaje tiene su sitio para el entierro de sus difuntos. Han hecho vastas concavidades con sus puertas lo más primorosamente que podían; y cierto es cosa admirable ver los muchos muertos que hay por estos arenales. A estas sepulturas, que se considera sagradas, dan el triste nombre de *huacas*.» Modernamente se ha practicado numerosas excavaciones principalmente en Ancon y Chancay y se ha visto confirmado lo escrito por Cieza. Se ha descubierto á seis y nueve piés de profundidad tumbas de dos metros de longitud por seis de anchura con las paredes todas de piedra y el techo en ángulo obtuso, formado por gruesas vigas y caña brava. Las hay redondas y cuadriláteras; y alguna mide del caballete del techo al suelo hasta ocho y más metros. No eran así ya la mayor parte de las tumbas de Puerto Viejo y Pachacámac. Tenían la forma de pozos y no techos de madera ni paredes de cantería. En las de Pachacámac á pocos centímetros del suelo había un círculo ó un cuadrilátero de piedras sin labrar unidas por medio de barro, pero sólo con el fin de indicar la existencia y el contorno de la fosa.

Enterraban los aztecas, segun vimos en otro párrafo, á las mujeres que fallecían de parto, y á todo el que moría, bien á mano armada, bien herido del rayo, bien enfermo de lepra, de bubas, de hidropesía ó de gota; pero dudo que lo verificasen en hueco á pesar de sostenerse que los primeros reyes yacían debajo de los templos en anchas bóvedas.

Los demás pueblos echaban tierra sobre los mismos cadáveres ó sobre los ataúdes que los contenían. Son aquí de notar los que soterraban sus difuntos dentro de ó junto á las casas en que estos habían vivido. Dentro sepultaban á sus deudos en la América del Norte los muscogulgos, parte de los criks, los navajos de Nueva-Méjico y Arizona y las tribus que ocupaban en California el Valle Redondo; en la América del Sur, algunos de los caribes que habitaban las costas del mar de su nombre y los indígenas de la provincia de Arma, cuando no les daban tierra en las cumbres de los vecinos montes. Tambien en Picara y Ca-

rrapa tenían los caciques su tumba dentro de sus propios hogares, pero debajo de espaciosas bóvedas.

Dentro de ó junto á la casa sepelía el yucateca á los pobres; en la puerta el nicaraguateca á los niños y el guaná á todos sus parientes.

Una particularidad debo ahora escribir acerca de los navajos; removían á veces del hogar el cadáver. Cuando tal hacían, pegaban fuego á la casa ó cuando menos la abandonaban. Temían que bajase el diablo á ocupar el sitio del muerto. Los californios por su parte, en acabando de enterrar al difunto, ó dejaban ó demolían ó cambiaban de asiento la casa. Comunmente la demolían.

CXXXIII

Enterramientos.—Cementerios y Panteones.

Los pueblos que no quemaban los cadáveres ni les daban por sepulcro el hogar, tenian ordinariamente lugares predilectos para enterrarlos: unos la cueva, otros el campo, otros la colina, otros el bosque, otros los arenales. Sobre todo en las cuevas se ha encontrado modernamente numerosos depósitos ya de momias, ya de esqueletos, ya de menos importantes restos humanos. Las cuevas de Bolson de Mapimi no fueron las únicas en América. Se sabe que las usaron para sus enterramientos los chichimecas y tambien los peruanos primitivos; y es un hecho inconcuso que se las usa aún en territorios de Utah y Colorado. Cuevas con muchos cadáveres hay por otra parte en Tennessee y en Kentucky.

No es, sin embargo, mi propósito hablar de esos naturales enterramientos. Hablaré sólo de los que en más ó en menos son debidos á la industria del hombre. En esos mismos Estados de Kentucky y Tennessee, además de las cuevas y los túmulos, hay fosos cuajados de huesos y cementerios regulares, algunos de vastas dimensiones. Siete existen cerca de Nashville en el radio de diez millas, y tiene cosa de una milla cada cementerio. En todos están tendidos los cadáveres sobre largas filas de piedras aplanadas: unos en toscos ataúdes, otros descansando en otras dos piedras los piés y la cabeza.

Los pueblos que ponían en cadalsos á sus muertos solían, como indiqué, agruparlos en la cumbre ó en las vertientes de las colinas. En lugares elevados acostumbraban tambien los chinuks á establecer sus cementerios: como pudiesen, cerca de las orillas de los ríos ó en pequeñas islas.

En una isla, en la de Ometepec, se dice que tenían sus cementerios muchas poblaciones del lago de Nicaragua. Segun Woeniger, estaban sitos en puntos altos y secos, cercados de piedras lijeramente inclinadas sobre el nivel del suelo.

Los grandes cementerios eran los ya mentados de las costas del Perú. Descu-

bre cada día el investigador en aquellos vastos arenales nuevas y espaciosas sepulturas; tanto que Ancon, Chancay y Pachacámac, no parecen sinó vastas necrópolis.

Además de cementerios había en América panteones. Panteones serían en el templo mayor del Cuzco los adoratorios del Sol y de la Luna, si, como vimos que escribe Garcilaso, estaban en el uno las momias de los reyes y en el otro las de las reinas. Panteones eran sin género alguna de duda la pirámide de los scirys de Quito y las plazoletas circuidas de cañas en que, segun Cieza, se enterraba á los caciques de Ancerma y sus deudos; panteones las casas-palacios del istmo de Darien donde dije ya que se sentaba contra las paredes los desecados cadáveres de los régulos; panteon la caverna de Chalcotongo donde descansaban en bancos de piedra los cuerpos de los pontífices de Achiuhtla y los reyes de Tilantongo; panteon el tablado sostenido por gruesos troncos de árboles en que aseguran algunos autores que estaban tendidos á la sombra de Kéwas los jefes de los pueblos de Georgia y Virginia.

Sobre todos estos panteones descollaban, á ser cierta la relacion de Garcilaso, los que vió Hernando de Soto en Cofachiqui y Talomeco, sitos á lo que parece entre los ríos Alabama y Appalachicola. De estos dos panteones el mayor era el de Talomeco, destinado á los príncipes. Vasto, circuido de ocho salones atestados de armas, dividido en cuatro naves ó calles donde abundaban las perlas, rico en estátuas y adornos, tenía toda la majestad y toda la magnificencia posibles en razas salvajes; pero no bien guardados los restos de los difuntos, que estaban sobre bancos de madera en arcas sin cerraduras, aunque con tapas, de que sin cesar se desprendían pestilentes miasmas. Perdone el lector si no se lo describo: lo haré cuando escriba de los monumentos, á los cuales he de consagrar no pocos párrafos.

CXXXIV

Enterramientos.—Posicion de los cadáveres.

No todos los pueblos tendían en las sepulturas á sus difuntos. No pocos los ponían sentados ó en cuclillas. De los payaguaes dije ya que los sentaban á flor de tierra dejándoles al aire la cabeza y tapándosela con una olla. Sentados en duhos ó bancos se sabe que los haytianos enterraban á sus caciques. Sentados y con las rodillas al rostro solían estar los muertos en Verapaz y en casi toda Guatemala. Tambien en parte de Yucatan los que habían pertenecido á la plebe. Sentados estaban en sus sepulcros los caribes de la Jamaica, los pimas, los aleutas, los criks y, al decir de algunos autores, los primitivos iroqueses. Sentado

se halló el cadáver de un hombre en uno de los túmulos del valle Miami y el de una mujer en las cuevas de Kentucky. Sentados vimos los esqueletos del túmulo del condado de Burke, cerca del Jhon's River; sentadas por la relacion de Garcilaso las momias de los Incas; y sentadas por la de Cieza las de los caciques del istmo de Darien y los de Taúya. De los pimas se dice cómo lograban poner sentados á sus muertos. Les pasaban una cuerda por el cuello y por debajo de las rodillas y la tendían hasta dejarlos en la postura que deseaban.

En cuclillas vimos las momias peruanas, y en cuclillas estaba la que encontró Mitchill en una de las cuevas calizas de Kentucky. Abrazaba esta momia con el brazo derecho la pierna del mismo lado y tenía colgando el izquierdo, bien que con la mano vuelta á la parte inferior del cuerpo. Encogían y agachaban por otra parte los cadáveres los patagones, los chiriguanos, las tribus del Norte de Méjico, los navajos, los indios del Valle Redondo, los nutkas y los esquimales. Procuraban algunos de estos hombres reducirlos al menor volumen posible y empleaban con frecuencia el procedimiento de los pimas.

Pueblos había que enterraban de pié á sus muertos. De pié los ataban los okanaganes á troncos de árboles. De pié los metían en lo hueco de los árboles los semínolas de la Florida. De pié los sepultaban en la tierra, despues de haberlos decapitado, los achomawis de California. De pié los mohawks de Nueva York, aunque no á todos.

Algunas tribus de la costa Noroeste de los Estados-Unidos ponían á no pocos de sus difuntos, y esto es lo más notable, en actitud de ejercer el oficio que en vida tuvieron: á unos cazando, á otros pescando, á otros cosiendo. Hasta con el traje de la respectiva profesion solían enterrarlo: á los cazadores, por ejemplo, pertrechados de su armadura, con máscara, adornados de plumas y de pendientes de madera de varios colores, seguidos de imágenes de los animales objeto preferente de sus cacerías.

A los muertos que se enterraba tendidos tampoco los colocaban en una misma posicion todos los pueblos. Los wichitas, los dacotas y los criks que hoy habitan el Territorio Indio los sepultaban con la cabeza á Occidente y los piés á Oriente; los primitivos iroqueses y las tribus de las Cascadas de Columbia, con el rostro á donde nace el día; los esquimales, en cementerios de que hacen mencion algunos historiadores, con la cara al Norte. Al Oriente vimos en otro párrafo que tenían los piés los esqueletos de los reyes mixtecas.

CXXXV

Enterramientos.—Sacrificios.

Una de las costumbres más generales en los enterramientos de la antigua América fueron los sacrificios humanos. Aunque limitada casi en todas partes á

los enterramientos de los caciques y los reyes, la hubo lo mismo en la América del Norte y la del Centro que en la del Mediodía, lo mismo en las razas cultas que en las salvajes.

Cieza la encontró en todo el Perú: en la sierra, en los valles, en la costa, en las islas. Encontróla en el Cuzco, en Guamanga, en Huanuco, en Chachapoyas, en Caxamarca, en Ica, en Guayaquil, en Puerto Viejo, en Tacunga, entre los quillacingas, en la Puna y en la Plata. Sepultábase en todos estos lugares con los caciques mujeres de las que estos habían tenido por esposas y en algunos mujeres y niños. A unos y otras solía metérselas vivas en la tumba procurándose cuando más embriagarlas, á fin de que se les hiciera menos sensible el paso de la vida á la muerte. En muchos pueblos, segun el mismo Cieza, ni aún este cuidado hacía falta, pues, por no caber en la sepultura del régulo, mujeres había que se colgaban de los árboles por sus mismos cabellos, y familiares y servidores que se abrían fosas en los campos donde más se había holgado su dueño y en ellos se enterraban llenos de esperanza y de júbilo.

Comenzaban en Guayaquil los sacrificios antes que el cacique expirara. Enfermo se le inmolaba varones; muerto, hembras. Hembras y varones entre los quillacingas acompañaban á los jefes muertos: las hembras y los varones que al efecto enviaban todos los caudillos de la comarca. No solía allí cacique alguno bajar al seno de la tierra con menos de veinte víctimas.

Con ser tan humanitarios, observaban los Incas esta costumbre. Cieza, Montesinos, el autor de la *Relacion Anónima*, el mismo Garcilaso, no dejan sobre este punto lugar á dudas. Al morir Túpac Inca Yupanqui, escribe Cieza, se mató á gran número de mujeres, servidores y pajes que se le metió en el sepulcro; y, sin estos, muchos más se ahorcaron ó se enterraron en diversas partes del Reino. Cuando falleció Huayna Cápac, dice en otra parte, á más de cuatro mil hombres se dió muerte para que le acompañaran en la otra vida. Aún despues de establecida la dominacion española continuó, segun el mismo Cieza, tan incalificable usanza. No es de extrañar cuando, al decir de Garcilaso, puesto ya en el patíbulo el infeliz Túpac Amaru, le decían á grandes voces mujeres de todas las edades y de todos los rangos: «¿qué delitos ni qué traiciones has cometido para que te corten la cabeza? pide á quien te condena que nos mande matarnos á todas, pues somos tuyas por sangre y por naturaleza y más contentas y dichosas iremos en tu compañía que no quedaremos por siervas con los que te matan.»

Segun el autor de la *Relacion Anónima* estos sacrificios eran siempre voluntarios. Muerto un Inca, se invitaba por público pregon á los que quisiesen acompañarle al paraíso; y estos recibían á poco la muerte, bien de propia, bien de ajena mano. Apuraban unos copas de veneno, desangrábanse otros con agudos pedernales, encargaban otros á sus amigos ó deudos que los matasen, y de vez en cuando no dejaba de haber quien se despeñase ó se entregase á las fieras.

Algunos, segun el mismo escritor, despues de haberse ofrecido á la muerte, conmutaban el holocausto por el de mayor ó menor número de ovejas y corderos. Con el tiempo, dice, llegó á generalizarse esta conmutacion hasta el extremo de que sobre el sepulcro de Huayna Cápac no murieron más de diez hombres. Está aquí en abierta contradiccion con Cieza; pero indica el motivo por que pudo Cieza equivocarse. Segun él, á los carneros que se inmolaba por hombres, hombres se los llamaba, *runa;* á las ovejas que por mujeres, mujeres, *huarmi;* y á los corderos que por niños, niños, *huahua.*

Al decir de Montesinos estaban en uso estos sacrificios aún antes del advenimiento de los Incas. Con cada rey del Perú solían, segun él, morir las concubinas que más hubiese querido y tambien la reina, mujeres todas que se prestaban á la muerte por miedo á que se las considerase adúlteras. No lo creo por más que esta, como se ha visto, era la costumbre en la mayor parte de las naciones que constituían aquel vasto imperio.

Del Perú al mar de los Caribes continuaban, segun Cieza, los sacrificios. En Picara, en Tauya, en Ancerma, en Antioquía, entre los urabaes se enterraba con el cacique á las mujeres en que más se había agradado. En Antioquía sepultábase vivas con estas á otras mujeres y no pocos servidores.

Al otro lado de los Andes había tambien pueblos que observaban esta feroz costumbre. Refiérese de los goayanaes que inhumaban con sus caciques buen número de vasallos y con cada uno de los súbditos á sus más próximos deudos, varones si varon, hembras si hembra, mozos si mozo, viejos si viejo.

En algunas tribus de Panamá se enterraba con las madres á los niños de pecho; y en otras con los caciques á las viudas, las mancebas y los domésticos que más les habían prodigado sus desvelos ó su cariño. No en todas se verificaba de igual modo el sacrificio. Aquí los sacrificandos se envenenaban públicamente mientras la muchedumbre enaltecía en sentidos cantos las dotes y las hazañas del muerto; y allí se los arrojaba ébrios despues de dos días de areitos y brindis al sepulcro de su jefe y señor y con él se los sepultaba cubriéndolos de leños, ramas y tierra Algunos antes de morir mataban á sus hijos; y todos se prestaban de tan buen grado á la muerte, que habían debido disputar á sus compañeros la honra de sufrirla.

Los mayas solían inmolar esclavos al fallecimiento de sus reyes y sus caudillos: unos sobre la sepultura, otros sobre el túmulo que la indicaba.

Tambien en la isla de Hayti había sus holocaustos. Voluntariamente ó por fuerza bajaban allí vivas al sepulcro con los caciques sus más bellas mujeres. Aun despues de la Conquista tres habrían descendido á la tumba de Behechio, si no lo hubiesen acertado á impedir con reflexiones y ruegos unos padres de la orden de San Francisco. Bajó una, Guanahaltabenequena, y no fué menos celebrada por su espontáneo sacrificio que por su hermosura.

En la América del Norte los mixtecas soterraban con cada uno de sus jefes á

dos esclavos y tres esclavas, á quienes de antemano embriagaban y estrangulaban. Soterrábanse con ellos, segun Burgoa, los más fieles servidores del muerto.

Entre los tarascos no faltaban tampoco entusiastas que se empeñasen en seguir á sus difuntos reyes. No bastaba que una ley se lo prohibiera; contra la ley se suicidaban. Por la ley se había de sacrificar y se sacrificaba al morir de cada príncipe siete varones y siete hembras: aquellos generalmente esclavos, éstas libres.

Al principio sacrificábase á los reyes nahuas pocas gentes; mas despues, sobre todo bajo la dominacion de los aztecas, centenares de hombres. A la muerte de Netzahualpilli se inmoló doscientos varones y cien hembras, la mayor parte esclavos ó deformes, sin contar los muchos que se mataron ganosos de acompañar al príncipe á las sombrías moradas de Mictlantecuhtli. Designaron algunos reyes las concubinas que deseaban llevarse; y estas, léjos de sentirlo, solían tenerlo á señalada honra y morir con júbilo. Matábanse á veces las mismas esposas, pero no porque la ley se lo exigiese.

Tenían lugar estos sacrificios cuando el cadáver estaba ardiendo y los cortesanos y los deudos habían arrojado á la hoguera todo género de joyas. Arengaba un pariente del Rey á los sacrificandos; y, despues de encargarles que fueran tan fieles á su señor en muerte como se lo habían sido en vida, los entregaban á los sacerdotes, que les abrían el pecho sobre un teponaztli y echaban á la pira del monarca los corazones, á otra pira los cuerpos.

Se apagaba con la sangre de estas pobres víctimas el fuego que había consumido al poderoso autócrata, se rociaba las cenizas con agua bendita, se las ponía con los huesos carbonizados, el oro fundido y las maltratadas joyas en la urna donde se guardaba el primer cabello del difunto, se colocaba sobre la urna una imágen de talla ó de piedra con la máscara y las insignias reales, y se lo depositaba todo en la capilla del dios tutelar del incinerado príncipe.

A los cuatro días se sacrificaba de diez á quince esclavos; á los veinte, de cuatro á cinco; á los cuarenta, de dos á tres; á los sesenta, de uno á dos; á los ochenta, por fin, de diez á doce.

Entre los natchez hubo tambien holocaustos. Matábase allí á todo marido plebeyo sobre la tumba de la mujer noble, y sobre la tumba del marido noble á toda mujer plebeya. Hízose esto en su orígen sólo con los monarcas, despues con los jefes de tribu, más tarde con todos los nobles y aún con los jefes-hembras. Se inmolaba á los reyes muertos sobre cien servidores, los guardias todos y cuantos súbditos querían seguirle á la region de las almas; á los demás hombres principales, cuantos deudos, amigos y criados estaban dispuestos á darles su vida.

Describe Charlevoix en su *Historia de la Nueva Francia* las exequias de una jefe-hembra que había casado morganáticamente. Empezose por estrangular al marido, vaciar el palacio-choza, construir un lecho mortuorio y poner en

él los dos cadáveres. Al rededor de los dos colocose á poco los de doce niños á que habían dado muerte sus padres por órden del primogénito de la difunta. En la plaza del pueblo se levantó en seguida catorce cadalsos á que subieron otras tantas personas vestidas con sus mejores trajes y acompañadas de sus parientes. Aquellas catorce personas, ocho días despues murieron á la puerta del templo en que se enterraba á los dos cónyuges, ahogadas por sogas tejidas de sus propias manos de que tiraban en direcciones opuestas sus más próximos deudos.

Encuentro aún holocaustos á los muertos entre los shoshonis y los nuevo-mejicanos, que solían sacrificarles la mujer favorita; tambien en muchos pueblos del Noroeste, que, al decir de autores veraces, les inmolan hoy mismo un esclavo, cuando no más en proporcion al rango y la riqueza. De esos esclavos unos bajan al sepulcro vivos, sueltos ó atados al cadáver; otros mueren á mano ajena ó sucumben lentamente, no de asfixia en la tumba, pero sí de sed y hambre sin que dejen de estar acariciados por la luz del sol y las auras de la vida. ¿Cabrá en el mundo mayor barbarie? Recuerdo involuntariamente á los gladiadores que lucharon y murieron junto á la pira de César.

CXXXVI

Enterramientos.—Ofrendas.

Si comunes eran en los enterramientos los sacrificios, más lo eran aún las ofrendas, ó para mejor expresarme, los depósitos de objetos en los sepulcros. Del uno al otro extremos de América se acostumbraba poner cuando menos víveres junto á los muertos. Uníase con frecuencia á los víveres armas y herramientas, y en no pocos pueblos joyas y tesoros. Aún donde se quemaba los cadáveres solía quemarse con ellos valiosos artículos. Lo ha podido ver ya el lector en las cremaciones de los reyes de Michoacan y los de Méjico. Envolvíase, cuando no, entre las cenizas prendas del difunto. Lo uno y lo otro hacían muchos haidahs: primeramente quemaban con los cuerpos mantas y pieles; luego enterraban con las cenizas otros muchos objetos.

Ya entre los esquimales era uso depositar en los sepulcros las armas, los trajes y á veces los utensilios de los que allí yacían. Las armas y las herramientas metían los kádiaks; y las herramientas, de ordinario despues de rotas, los indígenas del estrecho de Púget. Rompían tambien los chinuks las prendas del muerto y con él las ponían ó las colgaban del borde del cadalso. Enterraban con el difunto los columbios de tierra adentro sólo las cosas de valía; las otras ó las dejaban en el suelo ó las suspendían de postes levantados encima ó al rededor de

la sepultura. Estas generalmente las inutilizaban ántes como los chinuks. Sobre hacer otro tanto los californios del Norte, pegaban fuego á la casa del deudo fallecido y esparcían sobre el sepulcro las cenizas. Las obras que el muerto labrara en vida bajaban algunos californios del Sur á la tumba. Hincaban despues sobre ella una lanza ó jabalina de vivos colores, y al pié colocaban los efectos que mejor pudiesen indicar la profesion del que allí tenía su eterno descanso. Si era mujer la allí sepultada, pendían de la misma lanza ó jabalina las cestas y las esteras que por su mano había hecho.

Vestidos, armas, utensilios, adornos enterraban ó quemaban los nuevo-mejicanos con los cadáveres; y, además de utensilios y vituallas, sendos idolillos, los mejicanos del Norte. Los aztecas hacían ofrendas de víveres y de banderas á los difuntos que no habían ceñido corona; pero sólo durante cuatro días. En cambio los mixtecas tenían constantemente rodeados de herramientas y armas los sepulcros de sus jefes.

Los mayas, generalmente hablando, enterraban con el muerto gran parte de lo que había ganado en vida y le dejaban de qué comiera y de qué bebiera en el viaje de ultratumba. Los yucatecas, antes de cubrirle de tierra, le ponían al lado ídolos y los instrumentos del oficio: los libros sacerdotales si sacerdote, los hechizos si hechicero.

Los nicaraguatecas pegaban víveres á los cuerpos que consumían en la hoguera; y los urabaes sepultaban con sus caciques comida, vino, las armas, el tesoro; y con los súbditos el arco, flechas, vino, yuca.

La costumbre subía de punto cuando se la buscaba por la costa occidental de la América del Mediodía. Encerrábase allí en los sepulcros, no sólo armas y bastimentos abondo, sinó tambien un mundo tal de cosas, que por ellas cabe apreciar la civilizacion toda de aquellos antiguos pueblos, y una copia tal de metales preciosos, que sació de pronto y estimuló más tarde la sin igual codicia de nuestros conquistadores. «Por estos valles del Perú, escribe Cieza, se usa mucho enterrar con el muerto sus riquezas y cosas preciadas, y en los pasados tiempos hasta se le abría la sepultura para renovarle la comida y la ropa. Mucha cantidad de oro y plata, añade, sacaron de estas huacas los españoles luego que ganaron este reino; y, al decir de los indígenas, lo que entonces y despues sacaron es para lo que continúa oculto lo que para una gran medida de maiz un puñado y para una gran vasija de agua una simple gota.» No sólo en el Perú, sinó tambien mucho más al Norte halló Cieza en los sepulcros esta maravillosa abundancia; y es de creer que no la hubiera menor en los de los muiscas, de quienes se sabe que los muertos, reyes ó vasallos, entraban en la tumba con sus armas y joyas.

Que Cieza no exageró nos lo muestran las excavaciones de Ancon, Chancay y Pachacámac hechas en nuestros días. Están hoy los museos de Berlín, de París, de Lima, de otros pueblos de Europa y América llenos de artículos de oro,

de plata, de bronce, de piedra y de otras sustancias de aquellas vastas necrópolis. Hase descubierto en ellas ricas colecciones de husos ya de barro cocido, ya de madera tallada; lanzaderas y telares; almireces de granito; flautas y pájaros de hueso; multitud de objetos de barro, entre ellos ánforas, vasijas, imágenes, ídolos, y aretes; vasos y brazaletes de oro, de plata, de bronce; sortijas y collares de plata é imitaciones de hojas de coca en oro; alfileres y depiladores de plata; monda-orejas de cobre; vasos de oro bien á martillo, bien de realce; placas y pedazos de plata y de bronce hallados en la boca de las momias; tejidos bordados de doble y triple fondo; objetos de paja y de cáscaras de fruta; armas de todas clases; hachas, hondas, flechas, mazas, etc., etc. Si despues de los repetidos despojos del tiempo de la Conquista ha podido aún encontrarse en aquellos sepulcros tanta riqueza, ¿cuál no sería la del tiempo de los Incas? Víveres los había en todas las tumbas de aquellas dilatadas costas. Los ponían en las de sus deudos los mismos araucanos.

Continuaba la costumbre al otro lado de los Andes. Distinguíanse allí los tobas, que enterraban con el muerto cuanto había poseido, y los yuracarés, que sepultaban con él las flechas, el arco, los efectos que no hubiese legado en vida y los que cada uno le daba con destino á los parientes que tenía en la region de los espíritus.

Tambien en la isla de Hayti solíase encerrar con los difuntos, además de cazabe y un cántaro de agua, buen número de armas y joyas.

En la América del Norte los pueblos establecidos hácia el Atlántico no eran por fin menos observadores de esta costumbre que los del Pacífico. Ponían los iroqueses junto á sus muertos armas, víveres y sartas de wampum; los hurones panes de maíz, aceite, calderos, pieles, hachas y otras herramientas; los algonquines armas y bastimentos; los mandanes el arco, las flechas, la aljaba, el escudo, la pipa, el tabaco, maíz y vino. No hablo de otros pueblos por no hacer esta relacion pesada y monótona.

CXXXVII

Enterramientos.—Motivo de las ofrendas y los sacrificios.

Estos depósitos y estos sacrificios reconocían un solo motivo: la casi universal creencia de los americanos en que el alma, despues de rotos sus lazos con el cuerpo, iba en más ó menos días á lugares donde con mayor ó menor ventura seguía viviendo como en la tierra que pisamos. Habían de llevar los muertos víveres para el viaje y armas y herramientas con que cazar y trabajar en la otra vida. Y pues en la otra vida los reyes y los señores podrían echar de me-

nos el cariño de sus esposas ó sus mancebas y los servicios de sus criados, indispensable se hacía que criados y concubinas ó esposas murieran cuando ellos bajasen al sepulcro.

Aún á los más bárbaros, dirá tal vez alguno, es imposible suponerlos capaces de imaginar que los objetos inanimados fuesen con el muerto á la region de las sombras. Conviene recordar que los más de los pueblos atribuían alma, lo mismo á los séres de la naturaleza, que á los creados por el arte; así que entendían que, si no los objetos mismos, sus almas partían con el difunto. Pudieron muy bien con este fin romper algunos estos artículos antes de ponerlos en las sepulturas. Los rompían, es decir los mataban, á fin de que las almas pudieran salir de los cuerpos. Se pretende que los inutilizaban temerosos de la codicia de los vivos; mas esto es insostenible donde se los soterraba.

No ocultaré, sin embargo, que para algunos americanos descendían las almas á los sepulcros de sus cuerpos ganosas de libar los manjares y los vinos que en ellos se deponía. Segun los mosquitos de Honduras, por ejemplo, eran las almas las que bebían el agua que de sus cántaros se rezumaba en las chozas erigidas sobre los pitpanes ó ataúdes de sus muertos, que no eran sinó dos canoas contrapuestas. Debieron participar de esta fé aún los iroqueses, ya que en todas las sepulturas dejaban rendijas por donde pudiesen entrar los espíritus. La renovacion de víveres en las tumbas de muchos pueblos no debió por otra parte reconocer otra causa.

CXXXVIII

Enterramientos.—Destruccion de la propiedad.

Algunos pueblos no se limitaban á deponer objetos en los sepulcros; destruían toda la propiedad del muerto. Observaban entre otros esta costumbre los dacotas, los blackfeets, los tinnehs, gran parte de los californios del Sur, los shoshonis y los nuevo-mejicanos. Hacían más los indígenas de las Montañas Rocosas: extendían la destruccion á los bienes de los deudos del difunto. Sobre todo si acaecía la muerte en invierno, llegaba á carecer la familia de medios de subsistencia.

Quemaban los pimas, no sólo el mueblaje, sinó tambien la casa del muerto. Cuando el muerto había sido jefe, se la quemaban asimismo los dacotas y las tribus de la Florida. Jefe ó no jefe, se la destruían los mosquitos y aún le cortaban los cocoteros. Los yuracarés, sobre acabar con todo, abandonaban la tierra en que el muerto había sembrado el maiz y la mandioca y destrozaban la vajilla de la viuda. Entre los patagones la viuda y los hijos hasta perdían lo que exclusivamente no les perteneciese.

Los nicaraguatecas fueron más racionales: destruían tambien la propiedad del que moría, pero sólo cuando no dejaba prole.

¿A qué pudo obedecer tan bárbara costumbre? Para mí en unos pueblos á su exagerado respeto á los jefes, ya de familia, ya de tribu; en otros, al temor á las apariciones.

CXXXIX

Enterramientos.—Duelos.

Dejé hasta aquí de hablar de los duelos con el fin de encerrar en un solo párrafo así los simultáneos como los posteriores al acto de quemar ó enterrar los cadáveres. Los había en América con y sin sangre, y los describiré separadamente.

Entre los kenais, cuando alguien moría, reuníase todo el pueblo y, sentado al rededor de una hoguera, lloraba y gemía, en tanto que el más próximo pariente del difunto, negro el rostro, adornadas de plumas de águila nariz y cabeza y vestido el mejor traje, refería patéticamente los hechos memorables del que iba á caer en la fosa. Duelos parecidos tenían y aún tienen algunas tribus de la Carolina. Sentábanse aquí en una huerta sobre sendos petates los individuos todos de la tribu y los forasteros que se invitaba; y oían en silencio una especie de oracion fúnebre, donde no sólo se relataba las proezas y las virtudes del muerto, sinó que tambien se encarecía el vacío que éste dejaba, la urgente necesidad de llenarlo y los muchos goces que para las buenas almas había en la tierra de los espíritus.

En las costas de la Carolina eran mucho más notables los duelos cuando se trataba de soldados muertos en batalla. Acudían las viudas al cacique, y, puestas en cuclillas y tapándose con las manos el rostro, le pedían á grandes voces y con no menos grandes lamentos que vengase la memoria de sus maridos y no las desamparase. Salían gimiendo y llorando; y gimiendo y llorando continuaban mientras no llegaba el día de honrar á sus difuntos. Cortábanse entonces los cabellos al ras de la nuca y los ponían en los sepulcros con las armas que el muerto había usado y la concha en que había bebido.

Cuando fallecía un cacique, los duelos eran muy de otra índole. Cortábanse la cabellera los vasallos todos, varones y hembras; y guardaban tres días de abstinencia y luto. Nada menos que durante seis meses al rayar de la aurora, al mediodía y al caer de la tarde acudía á la tumba multitud de plañideras y asordaba los aires con lúgubres clamores y espantables alaridos.

Con sólo alaridos y llantos lamentaban el crik y el iroqués la pérdida de los

séres que habían amado. Los lloraban cuando la Conquista durante cuatro días; antes, el iroqués durante diez días y aún durante un año, segun creía que las almas invertian uno ú otro tiempo en llegar á la region de las sombras. Ni á los alaridos recurrian los hurones: limitábanse á ir á llorar por un período más ó ménos largo á sus muertos al pié de los tristes cadalsos en que los deponían.

Entre los algonquines guardaba todo un año luto la mujer por el marido y el hijo por el padre; sólo veinte días, el padre por los hijos. El luto consistía aquí en no cortarse el cabello, ir desgreñado y sucio y abstenerse de concurrir á fiestas y banquetes.

Daban mayores muestras de dolor otros pueblos. Cortábanse los kadiaks el pelo y llevaban todo un año teñida de hollín la cara. En los primeros veinte días no podían dedicarse á trabajo alguno; sólo al quinto bañarse. Cuando perdía la madre á un niño, se retiraba por algun tiempo del campo: cuando el marido ó la mujer á su consorte, cambiaban de tribu. Despues de haberse despojado de su cabellera, iban tambien muchos meses los haidahs con el rostro y la garganta negros. Los nutkas, ya antes de sacar el cadáver del pariente ó el amigo, se rapaban la cabeza y se ennegrecían la cara. Ya que lo habían llevado á la fosa, oían en silencio un pequeño discurso. Después las mujeres todas de la tribu prorumpían en lamentos y alaridos y los repetían con regulares intervalos días y aún meses.

Hacía mayores duelos la viuda tacully. Durante dos años había de llevar consigo en un saco las cenizas y los huesos incombustos de su marido, ir constantemente vestida de andrajos y ser para toda su familia y para toda su tribu menos que una esclava. A tan duros servicios y á tan duro trato estaba sujeta que sucumbia no pocas veces antes de expirar el término. Ninguno, ni aun ofreciéndose á tomarla por esposa, podía evitarle ni acortarle tan injusta servidumbre. En cambio, si sobrevivía, se la honraba con grandes fiestas y se le concedía el derecho de contraer segundas nupcias. Aunque de corta duracion, no dejaban tampoco de ser graves los duelos de la viuda entre los californios del Norte. Cuando no fuese más que por días habíase de sentar ó medio enterrar en el sepulcro de su marido y sin comer ni beber lamentarse descompasadamente y llenar de hondos gemidos el aire. En el Klamath Superior debía tener corto el cabello ínterin no volviera á casarse; y entre los californios del Centro llevar durante meses untada de pez la cabeza.

Era, además, costumbre entre estos californios del Centro que, despues de quemado al cadáver, fuesen los deudos á las cercanías del pueblo y se entregasen por tres ó cuatro días á las más ardorosas expansiones del dolor y la amargura. Entonaban canciones en que describían minuciosamente los progresos de la enfermedad y referían la, segun ellos, causa de la muerte, se cortaban más ó menos la cabellera segun su mayor ó menor grado de parentesco y se untaban

el rostro con una mezcla de grasa y de cenizas del muerto que no podía borrar sinó la acción del tiempo.

Entre los demás pueblos salvajes de la América del Norte sólo son ya dignos de mencion los esquimales, que guardaban por cinco días rigoroso luto; los natchez, que al morir cada uno de sus parientes consumian todo un mes en duelos; los pimas, que en semanas y aún en meses no salían de sus moradas; los coyoteros, rama de los apaches, que se habían impuesto el deber de llorar alto por sus muertos durante treinta días y, si alguna vez lo olvidaban, redimían la falta entregándose á mayores lloros; y algunas tribus del Colorado donde, reunidas las mujeres, entonaban un canto que se oía á mucha distancia y conmovía por lo melancólico. Entre los pimas lloraba la viuda por su marido y la hija por su padre tres meses arreo, y en todo este tiempo ni podía llevar largo el cabello ni bañarse.

En las razas cultas de la misma América del Norte no parece que difirieran mucho los duelos. A los cantos, los lloros y los alaridos apenas si hay que añadir más que las visitas de pésame y ciertos banquetes en que, segun Zuazo invertían los aztecas no pocos días. De los teo-chichimecas se sabe, sin embargo, que no sólo cantaban sinó que tambien danzaban por algun tiempo al rededor de los sepulcros de sus muertos; y de los mismos aztecas se refiere que, cuando moría un mercader en viaje, al volver la caravana á Méjico, se hacía una imágen de tea, se la adornaba con los papeles de costumbre y se la dejaba por todo un día en el templo á fin de que sus amigos le lloraran como si le tuvieran delante. Se quemaba á media noche la imágen, se enterraba las cenizas y sólo despues de cuatro días permitíase á los parientes que se lavasen la cara. Entre los guerreros era muy frecuente honrar á los muertos en efigie; y el lector sabe ya que en Méjico estaban casi á nivel la guerra y el comercio.

En Michoacan, despues de quemado el cadáver de los reyes, se daba un banquete á cuantos lo habían llevado en procesion á la hoguera y luego un paño de algodon con que limpiarse el rostro. Cinco días habían de permanecer todos sentados, baja la cabeza y sin proferir palabra. Exceptuábanse de la penitencia sólo los grandes, y éstos porque de noche habían de velar y llorar por turno en la tumba. Los duelos eran en todo aquel tiempo generales: en casa alguna se molía maíz ni se encendía fuego; nadie contrataba; las calles estaban desiertas; los hogares, tristes y en silencio.

En la América Central los duelos diferían poco de raza á raza. Al morir un jefe ó cualquiera de su familia, le lloraban cuatro días los pipiles, de día mudos, de noche con grandes alaridos. Al amanecer del quinto día el gran Sacerdote prohibía públicamente á los súbditos que siguieran en sus demostraciones de tristeza, asegurándoles que el alma del muerto estaba ya con los dioses. En Guatemala el viudo se teñía de amarillo el cuerpo; y la madre que perdía un niño de pecho negaba cuatro días su leche á los otros niños por que no se ofen-

diese el espíritu del difunto. Cortábanse los mosquitos el cabello al fallecer cualquiera de sus deudos: no se dejaban sinó una tira de la nuca á la frente. Debían las viudas por todo un año surtir de víveres la tumba de su marido, llevar los huesos á la espalda y dormir con ellos de noche.

En la América del Sur no dejaba de haber duelos notables. Los caribes de Cumaná lloraban á sus muertos cantándoles sentidas endechas. Si el muerto había sido cacique, no dejaban en quince ó veinte días de enaltecer del alba á la noche las virtudes del jefe ni de lamentar la pérdida de tan valeroso guerrero ó de tan buen padre. Había de hacer más su viuda. Puesto en una hamaca entre dos árboles, le había de velar treinta días con sus compañeras aventándole sin cesar las moscas para que no le turbasen el sueño y despues entrar en poder del cacique heredero por esclava; ella, que tal vez le había llevado en su seno.

En las costas del Pacífico las más comunes señales de duelo eran los grandes lloros para los varones, la pérdida del cabello para las hembras. En Tacama las viudas de los caciques no sólo se trasquilaban; vestían capirotes negros, se pintaban de negro el rostro y habían de guardar la viudez un año. Moría un jefe colla, y hombres y mujeres le lloraban por muchos días, sobre todo las mujeres, que iban las unas á las otras ceñidas por los cuerpos y con bordones en la mano izquierda. De los hombres quien traía á la casa mortuoria maíz, quien ovejas y quien carneros. A los carneros y las ovejas se los mataba y del maíz se hacía vino. Enterrado ya el muerto y acabados los sacrificios, reuníanse en la casa cuantos le habían acompañado á la sepultura y comían y bebían todos de las ofrendas, aunque no sin salir de vez en cuando á la plaza y puestos en corro bailar llorando. Duraba el convite días, y, acabado, se daba á los pobres los restos. Recorrían despues el pueblo las mujeres, envueltas en oscuras mantas, llevando las unas las armas del muerto, las otras los adornos que se ponía en la cabeza, las otras el duho en que se sentaba; y al són de un tambor que con lágrimas en los ojos batía un hombre cantaban en loor y honra del que había bajado á la fosa tristes y dolorosas endechas. Concluían allí las exequias, mas no los duelos, que esas mismas mujeres solían cortarse el cabello y ceñirse á las sienes sogas de esparto é ir todo un año desaliñadas llorando y gimiendo. En la casa del difunto se pasaba los cuatro primeros días sin hacer lumbre y por lo tanto en penoso ayuno.

No se lloraba menos en todo el Perú la muerte de los Incas. Todo un año tambien se los lloraba al decir de algunos autores. Cuando falleció Túpac Inca Yupanqui, escribe Cieza, tan grandes fueron los llantos y las muestras de sentimiento desde Quito á Chile, que era cosa extraña oir sobre este punto á los indígenas. A la muerte de Huayna Cápac, añade, tales fueron los lloros y los alaridos de los súbditos, que de espantadas caían las aves al suelo. En Quito, dice, le lloraron diez días; en los Cañares, un mes entero; del Quito al Cuzco

salieron á los caminos varones y hembras prorumpiendo en alaridos; en el Cuzco se repitieron las explosiones de dolor y hubo sacrificios en los altares.

Por los duelos en honra de los jefes collas cabe apreciar los que en el Perú se hacía por los caciques de los otros pueblos. Esencialmente no diferían unos de otros en nada, si hemos de juzgarlos por las descripciones del mismo Cieza, que es á no dudarlo para las cosas de aquel vasto Imperio una de las primeras autoridades.

La viuda entre los patagones hacía tambien largos y penosos duelos. Enterrado el marido, se teñía de negro el rostro, se cortaba los cabellos que le caían sobre la frente, se echaba los otros á la espalda. encerrábase en una antigua tienda y no salía en doce meses á la luz del dia. Guardaba en tanto el más severo ayuno y no podía ni lavarse, ni pintarse, ni recibir á ninguno de sus deudos. Aún despues de este año de luto raro era el día en que no recordase al perdido esposo vertiendo lágrimas. Verdad es que el marido no solía recordar menos ni con menos dolor á la esposa muerta.

No lloraban, en cambio, á los jefes de familias payaguas sinó la esposa y las hijas y aun éstas sólo dos ó tres días. A los muertos en manos de enemigos los honraban, sin embargo, las mujeres todas dando día y noche vueltas á la tribu y exhalando lastimeros gritos.

Más sensibles los albayas, tres y cuatro lunas lloraban á sus parientes. Mujer, hijas, esclavas debían en todo este período guardar absoluto silencio y no comer sinó legumbres y frutas. Mayores muestras de dolor daban aún los yuracarés cada vez que bajaba al sepulcro uno de sus parientes. Quien se echaba sobre el muerto, quien rasgaba su túnica para cubrirle. Daban todos grandes voces que apenaban al que las oía. Por muchos años prolongaban sus duelos; tanto, que apenas había anciano que al despertar no recordase á sus muertos y vertiese abundantes lágrimas.

Entre los airicos y los jiraras, pueblos del Orinoco, teñíanse de jagua todas sus carnes los hijos, los hermanos y las mujeres del difunto; piés, piernas, brazos y parte del rostro los parientes de segundo grado; piés y manos solamente los otros deudos. Duraba el luto un año, y sólo despues podía la viuda contraer segundo matrimonio.

Muerto y enterrado un betoye, reuníanse junto á la fosa al caer de la tarde los parientes y los amigos. Sentábanse á un lado los mancebos, al otro las doncellas, detrás de estas las mujeres y detrás de aquellos los hombres; los hombres provistos de lúgubres instrumentos de música. De pronto en voz plañidera y arrasados los ojos en llanto se entonaba al viudo ó al huérfano estas ó parecidas palabras: «¡ay de nosotros! se nos murió ¡ay de nosotros!» Repetían las palabras á coro los circunstantes á excepcion de los hombres, que las acompañaban con el triste y bajo són de sus flautones.

Sabían honrar á sus difuntos los pueblos todos de los llanos del Ornioco;

pero ninguno como los salivas. Describí ya en otra parte cómo honraban á sus caciques despues de muertos. Aún por los súbditos tenían duelos notables, bien que sólo un año despues de la muerte. Permítame el lector que los reserve para el párrafo que dedico á la conmemoracion de los difuntos. Lo exige el método.

Paso ahora á escribir de los duelos con sangre, más usados en América de lo que puede presumirse. Sin moverme de la del Mediodía, los hallo por de pronto entre los charruas. Entre los charruas la viuda por el marido, la hija por el padre y la hermana por el hermano jefe de familia se cortaban una falange de uno de sus dedos y se clavaban repetidas veces en brazos, pechos ó costados el cuchillo ó la lanza del muerto. Empezaba la corta de los dedos por el meñique, y mujer había que los tenía mutilados todos. Habían de estar despues esas desdichadas mujeres sesenta días en un rincon de su toldo y guardar rigoroso ayuno. No sufrían menos por su padre los hijos varones. Estaban dos días á medio ayuno y sin dejarse ver de nadie. A la segunda tarde uno de sus parientes les atravesaba los brazos con puntiagudas cañas de un palmo de longitud y dos ó cuatro líneas de anchura. Hincábaselas de pulgada en pulgada de la muñeca á los hombros procurando que salieran igualmente por los dos lados. Así dispuestos y chorreando sangre habían de ir los hijos al más próximo bosque ó la más vecina loma, abrir con la punta de una vara un pozo en que cupieran del pecho abajo y pasar allí de pié toda la noche. Pasaban al amanecer del otro día á un toldo que al efecto se les construía, y en él, libres ya de las atormentadoras cañas, vivían otros dos días ayunando. Diez y doce vivían despues comiendo y bebiendo de lo que secretamente se les llevaba.

En la América Central había tambien entre los ya citados mosquitos duelos que casi equivalían á sacrificios. Allí las mujeres, además de infligirse otros castigos, se daban con el rostro contra el suelo hasta dejárselo cubierto de sangre. Con tal fervor lo hacían, que no era raro verlas caer en brazos de la muerte.

Lo singular es encontrar en la América del Norte la misma costumbre de los charruas. Entre los nateotetanos, de la familia de los tinnehs, se cortaban las mujeres la falanje de un dedo al morir cualquiera de sus parientes. Ancianas había á quienes faltaba la primera falanje en los dedos de ambas manos. No llegaban á tanto los hombres; pero, despues que se habían rapado la cabeza, se sajaban el cuerpo con pedernales.

Los mandanes llevaban aún más allá sus duelos. Hembras y varones se cortaban una ó dos falanjes de algunos dedos además de su preciadísima cabellera. Tal cariño tenían á sus muertos, que la esposa, como antes indiqué, recogía el cráneo del marido y la madre el del hijo y los ponían en el hogar sobre frescas hojas de salvia. Olvidábanse raramente de presentarle su plato de comida y cambiarles las hojas ya mustias, y se pasaban tal vez horas enteras hablándoles en dulce lenguaje como si en ellos estuviese aún encerrado el pensamiento del difunto.

Observaban tambien la costumbre de los charruas los dacotas, que vertían

lágrimas por todo muerto á quien hubiesen conocido y amado en vida. Cortábanse por todos sus deudos la cabellera de modo que no les flotase por los hombros; y algunos, sobre todo las mujeres, se desprendían, no de una ó dos falanjes, sinó de uno ó dos dedos de las manos.

Aun hoy siguen esta costumbre los *cuervos*, segun la autobiografía de Jaime Béckwourth. Al morir un jefe, derriban las tiendas, estremecen el aire con sus alaridos, se rompen y cortan los dedos como si fueran mimbres y, ya sajándose, ya pinchándose, arrojan sangre de todo su cuerpo. Hombres hay, sobre todo entre los guerreros, que para mayor muestra de dolor y cariño se hacen dos incisiones paralelas en toda la longitud del brazo, levantan la piel intermedia y la arrancan de la mano al hombro, ó se graban con la punta de un cuchillo en el pecho armas ó divisas y se desuellan asimismo la carne. Todo esto, dice Béckwourth, lo hacen sin la menor señal de sufrimiento, y sin embargo el alma padece al presenciarlo.

Desmembramientos no sé ya que los hubiera en otras gentes, sí laceraciones. Se dice si las hubo entre los chippewas: confieso que lo ignoro. Donde realmente se las usó fué entre los kaiganis, de la familia de los haidahs. Cuantos asistían á la cremacion de un cadáver se rasgaban el cuerpo con aguzadas piedras. Hacían otro tanto los shoshonis y los comanches á la muerte de cada uno de sus deudos. Tambien las tribus de la península de California. Acompañaban á sus muertos al sepulcro dando grandes alaridos é hiriéndose con pedernales en la cabeza.

Entregábanse á parecidas muestras de dolor los *flatheads* y los columbios de tierra adentro; mas sólo cuando se les moría uno ó más hombres de armas. Desgarrábanse entonces el cuerpo los columbios, y se arrancaban los *flatheads* pedazos de carne y los arrojaban al fuego. Los columbios al perder un hijo no se infligían alguna que otra vez menores penas. De uno de sus jefes se dice que se hizo enterrar vivo á la muerte del último de sus hijos. En todas partes la muerte de aquellos á quienes dimos la vida es el supremo infortunio.

CXL

Enterramientos.—Ritus diversos.

En la América del Norte, principalmente en los pueblos hácia el Atlántico, solíase de noche encender fuego junto á los sepulcros. Manteníaselo hasta el amanecer durante cuatro ó más días, aquí con el objeto de alejar al diablo, allí con el de alumbrar en su viaje á la region de los espíritus el alma del muerto, en otras partes quizá con el de purificar el aire. De los eurocos de California

asegura Powers que lo encendían á fin de que el alma pudiera sin peligro atravesar cierto palo grasiento y resbaladizo, puente sobre un abismo que separaba este mundo del de las sombras. Consideraban este paso más fácil para la virtud que para el vicio, y acortaban ó prolongaban las noches de fuego según había sido á sus ojos más ó menos pura la vida del muerto. Los aztecas, segun parece, observaban tambien esta costumbre y coincidían con los algonquines en no guardarla sinó cuatro días.

Cantos fúnebres los hemos oido ya en algunos enterramientos. Cuando los cantaban muchos, rara vez lo hacían al unísono en las razas salvajes. Como que más bien que cantos eran gritos de dolor ó simples interjecciones. Despues de los funerales entonábanlos en no pocos pueblos las hembras durante semanas y meses. Los repetían en sus casas hora por hora, en los sepulcros cada vez que los visitaban y en la calle y el campo al encuentro de cualquiera amigo á quien no hubiesen visto despues de la pérdida que lamentaban.

Danzas fúnebres tambien las hemos visto. Una tenían los iroqueses con el nombre de *Yo-he-wa*, que no usaban sinó al año de haber muerto un individuo de la familia. No tomaban parte en ella sinó las mujeres, y estas, nó al compás de instrumentos músicos, sinó al del canto de unos mancebos que había en medio del cuarto. Duraba el baile desde que anochecía hasta que amanecía por creerse que de noche y sólo de noche podían estar los muertos con los vivos. En otros pueblos, entre los yokias de California, por ejemplo, duraban tres días las danzas. No solía empezárselas que no hubiese hablado el jefe de la tribu ponderando las buenas dotes del difunto y hubiese roto á llorar y gemir la concurrencia toda, ni ejecutárselas sinó por cinco hombres robustos y ágiles á quienes daban tono y compás mujeres puestas en semicírculo, que no hacían sinó avanzar y retroceder con más ó menos corto paso. El primer día la danza era muy pausada y triste; el segundo algo más viva y más alegre: el tercero, no recordaba ya que se la hiciera en honra de un muerto

En algunas exequias se notaba raros contrastes. Sonaban á un lado gritos y lamentos capaces de poner espanto en corazones animosos, y se danzaba y cantaba al otro con grande algazara y fuerza. Tan cierto resulta ser que el dolor y el placer pueden ir juntos.

Los banquetes tampoco era insólito que pusiesen término á los funerales. Vimos ya el que se daba despues del enterramiento de los reyes de Michoacan á cuantos le habían conducido en procesion á la pira. Dábase otro á los que habían acompañado á la pira el cadáver de los reyes aztecas. Recibían todos dádivas despues de haber comido, y durante cuatro días estaban obligados á visitar el sepulcro del monarca y dejar en él ó en el altar del templo víveres, paños ó joyas.

Hasta el juego formaba parte de las exequias en algunos pueblos. Ahí están los dacotas ó sioux para acreditarlo. Despues de muerto y enterrado un dacota rico, se reunían sus más próximos parientes, se apoderaban de los efectos que

había dejado, los dividían en lotes y los jugaban. Hacía de banquero el que elegían por representante del difunto, y cuantos le ganaban tenían su lote. El juego era individual y gratuito para los que á él acudían: se lo celebraba en la misma casa del muerto. Verificábaselo con semillas de ciruela diversamente pintadas: ocho daban al varon, siete á la hembra. Tirábalas el jugador como aquí se tira los dados: si á las seis veces no daba con una de las combinaciones que llevaban premio, perdía y se retiraba.

Otro juego más extraño había entre los hurones. Puesto el difunto en su catafalco colocábase á cada lado del ataud un cilindro de madera, largo de un pié y grueso como el brazo. A la izquierda las mujeres y á la derecha los hombres luchaban todos por ser cada cual el primero en alcanzarlos y levantarlos al aire. Para los que lo conseguían era el premio. Gritos, puñadas, costalazos, lamentos, gritos de triunfo, iban revelando las peripecias del combate. Gracias á que por otra parte, encaramado á la rama de un árbol excitaba uno la caridad pública diciendo á voces lo que la gente pacífica le entregaba con destino á la viuda, los hijos, los padres ó los hermanos del muerto. Aquí, como ve el lector, tomaba ya el entierro carácter de tragi-comedia.

Había por fin pueblos con especialísimas costumbres. Sirvan de ejemplo los nass, que cuando se les moría un jefe le vestían el mejor traje y le paseaban en canoa por las poblaciones de la costa, y los chinucks que por largo tiempo visitaban al salir y ponerse el sol las sepulturas de sus deudos y entonaban cantos ya de dolor, ya de alabanza.

CXLI

Enterramientos.—Conmemoración de los difuntos.

Conmemoraban á sus difuntos muchas naciones. Cada vez que los choctaws veían llenos sus osarios, destinaban en el campo sitio á que transferir las arcas en ellos contenidas. Colocábanlas allí formando pirámide y levantaban sobre todas una verdadera colina de tierra. Repetían entonces las ceremonias de los primeros funerales y las terminaban celebrando la *fiesta de los muertos*. Para con sus hombres de fama procedían ya de otra manera. Sacábanlos al año, y, reunidos parientes y compañeros, llorábanlos nuevamente, refrescábanles el color de la cabeza, repintábanles el arca y enterrábanlos para siempre.

Algo parecido hacían casi todos los pueblos situados al Oriente del Mississipí. Cada ocho ó diez años recogían y limpiaban los restos de los que habían fallecido en aquel período, y les daban por comun sepultura anchas fosas forradas de pieles sobre las que eregían, ya con tierra, ya con piedras, inmensos túmulos.

Practicaban lo mismo los iroqueses y los hurones, pero con mayor solemnidad y pompa. De diez en diez años, generalmente con asistencia de los pueblos circunvecinos, celebraban los hurones su fiesta de los difuntos en el lugar que de antemano fijaba el Consejo General de las tribus. Acudían allí de muchas leguas á la redonda infinitas mujeres que llevaban en hombros y en limpios talegos ya las osamentas de sus muertos con los dijes y las joyas que habían podido recoger de sus deudos, ya víveres, calderos, pieles y otros objetos de valía. Abríase ó estaba abierta una vasta y profunda fosa en cuyo borde se levantaba ó se había levantado una especie de catafalco y se cubría de pieles de castor así el pavimento como las paredes. Echábase en el fondo toda clase de artículos de precio, dejábase caer del catafalco las recogidas osamentas, tapábaselas con otra capa de objetos de no menor estima, y se lo rellenaba todo de broza y tierra. En tanto al rededor ardían innumerables fogatas sobre las que estaban suspendidos de toscas trípodes anchos calderos. Aquí se comía y bebía, allí se cantaba, más allá había sagrados bailes, á donde quiera que se volvía los ojos se veía unidas por lazos de amor á las más desconocidas y opuestas familias. Hincábase por vía de recuerdo algunas estacas en torno de la grandiosa tumba y se volvía cada cual á su pueblo.

Presenció el jesuita Brebeuf en Ossosane mucho antes de la dispersión de los hurones una de esas extrañas fiestas, y refiere que se la celebró en presencia de dos mil indios que hicieron en señal de duelo hasta mil doscientos presentes. La poblacion de cinco lugares de importancia, escribe, depositó los huesos de sus difuntos en una gigantesca mortaja compuesta de cuarenta y ocho mantas de diez pieles de castor cada una, y los colocó, despues de envueltos en ella, entre musgo y cortezas de árboles. Echaron las mujeres, añade, sobre estas sagradas reliquias granos de maíz, los hombres tierra, y luego se circunvaló de piedras tan enorme osario.

Sin tanta ceremonia los algonquines recogían tambien de tarde en tarde los restos de sus parientes y los hacinaban en una hoya grande sobre la que levantaban un túmulo.

En algunos pueblos al Occidente de la América del Norte no dejaba tampoco de haber echado sus raíces esta costumbre. Conmemoraba el kenai de la península kenaya á sus parientes al año de muertos; y el atna y el indígena del valle del Rio Ruso todos los años. El indígena de este valle reunía todos los años en cierto día á todos sus convecinos, y, despues de haber con ellos gemido, sollozado y puesto comida en los sepulcros, bailaba triste y grave la danza de los muertos.

Las tribus del valle de Méjico se dice que hacían esta conmemoracion un día equivalente á nuestro dos de noviembre. Iban aquel día á los sepulcros y dejaban á los muertos en ofrenda pan, frutas, flores y séres vivos. Esta costumbre, segun parece, se extendía á todas las tribus salvajes del imperio de Montezuma.

Entre los aztecas había varias conmemoraciones. Despues de toda campaña

se hacía en primer lugar la de los muertos en combate. Recorrían en procesion las calles todos los deudos y los amigos de los difuntos llevando al frente á los padres con armas y blasones y detrás á los niños. Iban todos danzando y entonando fúnebres cánticos en honor de los que se habían sacrificado por su patria y sus dioses. Despues de mediodía oficiales del rey distribuían abundantes dádivas: al pueblo trajes, á los jefes preseas, á todos comida. Poníase luego en el *cihua-calli* una imágen que al efecto se había dispuesto, y ante ella se tocaba, se cantaba y se entregaban las mujeres á los alaridos y al baile. Duraba la fiesta cuatro días. Quemábase despues la efigie delante del templo y se salpicaba con parte de las cenizas á los parientes, que habían de guardar por ochenta días riguroso ayuno. Enterrábase de pronto el resto de las cenizas; mas, pasados los ochenta días, se las desenterraba y se las conducía á Yahualiuhcan, una colina situada en las fronteras de Chalco. Cinco días despues se hacía aún otra fiesta: se quemaba las fornituras de los muertos, se repetía las ofrendas y se bebía pulque.

En los meses de Tlaxochimaco y Xocotlhuetzi se conmemoraba en segundo lugar á los amigos y los parientes que habían fallecido en los cuatro últimos años. Se les ponía delante de la caja ó en el sepulcro manjares, vino, cañas de perfume y flores, se ensalzaba en hermosos cantos los méritos de los difuntos, se bailaba y por fin se comía. En el mes de Xocotlhuetzi tributábase además á los reyes y á los capitanes preclaros que habían muerto en batalla honores divinos: se colocaba sus imágenes entre las de los dioses. Quemábanles aquel mismo día incienso los sacerdotes y les hacían ofrendas: y en tanto la gente del pueblo, teñido de negro el rostro, estaba en las azoteas de sus casas mirando al Norte y rogando á sus difuntos que bajasen á visitarlos.

El mes de Quecholli había otra conmemoracion, en honra tambien, á lo que presume Bancroft, de los que habían sucumbido peleando. Colocábase el día quinto en las sepulturas junto con sabrosos tamales manojos de antorchas y flechas, quemábaselos al ponerse el sol y se enterraba las cenizas con las de los muertos. El escudo, la flecha, el manto y el maxtli del difunto estaban desde entonces sujetos á una caña de maíz de nueve nudos, sobre la cual había dos banderas de papel, una de la longitud de la caña. Veíase en la más pequeña una cruz de hilo encarnado y en la otra un adorno de hilo blanco y rojo del que estaba suspendido un colibrí sin vida.

Añádase á todo esto que varios días del año en los templos de los aztecas y aún en los de los tlaxcaltecas pasaban horas los sacerdotes y los grandes llorando por sus antecesores y enalteciéndolos en sentidos cantos. Los tlaxcaltecas, además, tenían en el mes de Hueymiccailhuitl su fiesta de los difuntos. Celebrábanla todos pintadas de negro las carnes, y no cesaban de gemir y llorar mientras duraba. Tambien ellos divinizaban aquel día á sus héroes.

Era algo más notable la conmemoracion que hacían los mixtecas y los

zapotecas. En determinado día preparaban sus hogares como para una fiesta y ponían en sus mesas platos de exquisitas viandas. Salían luego á la calle con antorchas en la mano, convidaban á los espíritus, y entendiendo ó suponiendo que les aceptaban el convite, se volvían á sus hogares y se sentaban en cuclillas al rededor de la mesa. Permanecían allí toda la noche las manos cruzadas y los ojos bajos por miedo á que los espíritus no se ofendieran de que los mirasen, y no cesaban de rogarles que intercedieran en su favor para con los dioses. Los manjares los consideraban libados por los muertos: ó los depositaban en lugar retirado ó los distribuían entre los pobres. Hacían al otro día ofrendas á los ídolos y daban una comida á los sacerdotes.

Esos mismos mixtecas hacían todos los años muchas ceremonias en honor del último rey muerto. No las hacían en el día que éste falleció, pero sí en el día que vino al mundo.

De los mayas no sé que tuvieran conmemoraciones periódicas. Segun Landa las gentes principales reunían en los oratorios de sus casas con los ídolos las imágenes de sus muertos y en todas sus fiestas y regocijos les hacian ofrenda de algo de lo que comían y bebían.

Los mosquitos, cuando menos al año de haber fallecido sus parientes, los conmemoraban. Vestíanse ropas fantásticamente pintadas de negro y blanco, listábanse de rojo y amarillo el rostro y daban un paseo al rededor de la tumba postrándose á intervalos, gimiendo, invocando á gritos al difunto y arañando con las uñas la tierra. Bebían despues hasta embriagarse.

Tenían tambien su aniversario las tribus del Istmo, mas sólo para sus caciques. Reuníanse en el día y lugar señalados los parientes y los amigos; ponían en una canoa lo que cada cual había traido, unos armas, otros comidas; cargábansela en los hombros, paseábanla al rededor del palacio, llevábanla al pueblo y la quemaban creyendo que el humo había de subir hasta el muerto y no podía ménos de serle agradable. Esto si por habérselo embalsamado estaba insepulto el cadáver, que, si estaba debajo de la tierra, se lo exhumaba, se recogía los huesos y se los quemaba todos salvo el occipucio, que guardaba uno de los hombres principales como sagrada reliquia. Cuando tal sucedía, eran de oir los gritos de dolor que el pueblo daba y de ver la manera cómo se desgreñaba el cabello.

Tenían para sus caciques un aniversario parecido los caribes de Cumaná ó de Nueva Andalucía. Reuníanse, comían y, en anocheciendo, los desenterraban. Vertían abundantes lágrimas, y con las manos en los piés y la frente entre las piernas daban vuelta al cadáver. No bien se incorporaban, prorumpían otra vez en llanto y exhalaban grandes alaridos. Quemaban por fin al muerto, aunque no sin entregar el cráneo á la viuda que más hubiese merecido el favor del príncipe.

En la cuenca del Orinoco eran muchos los pueblos que al año exhumaban á sus difuntos y los quemaban. Algunos aventaban las cenizas creyendo que, es-

parcidas por los aires, les habían de traer abundantes lluvias. Distinguíanse aquí los salivas, que llevaban el cadáver á la casa que había ocupado, lo ponían en medio de una espaciosa pieza, reunían á los parientes y hacían una confusa mezcla de festin y duelo. Sentados al rededor del cadáver los concurrentes, comían cazabe mojado en agua de axi y bebían sendas copas de vino. Lloraban despues, gemían y ensalzaban, cada uno segun sabía, las dotes que habían adornado al muerto. Se entregaban luego al baile hasta faltarles el aliento; y, ya que estaban rendidos, volvían á sus lágrimas y tambien á sus copas. Alternando de esta suerte la alegría y la tristeza, tal vez se les pasaban los seis y los ocho días. Daban fuego por fin á una hoguera, quemaban los restos del difunto, recogían cuidadosamente las cenizas y las apuraban con el último vaso de vino.

En el Perú no sé que hubiera tales aniversarios, como no fuese entre los collas, de quienes escribe Cieza que los usaban acudiendo á las sepulturas, matando gran número de animales, quemando mucho sebo, cubriéndolas de yerbas y rociándolas con vino. A los Incas, sin embargo, se los conmemoraba realmente todos los años, ya que, segun Santillan y Cieza, se sacaba en la fiesta de Intip-Raymi á la plaza pública ó sus momias ó sus imágenes.

CXLII.

Estado intelectual.—Lenguas.

Fonología.

Despues de las creencias y las supersticiones justo será que recoja los conocimientos reales de la Antigua América. Empezaré por los idiomas, puesto que, dejando aparte el gesto y los sonidos inarticulados, son el primer medio de que se vale el hombre cuando quiere manifestar lo que piensa ó siente.

Grande era el número de las lenguas que en aquel vasto continente se hablaba cuando lo descubrimos los europeos; y grande es todavía á pesar de las muchas que se han extinguido. Más de treinta constituyen, segun Duponceau, el grupo de las algonquinas y seis el de las iroquesas; á ciento ocho ascienden, segun Pimentel, las indígenas de Méjico; y ciento once había, segun Uricoechea, en el territorio de Colombia. Indagó Hervás á fines del pasado siglo las del Brasil, y llegó á tener noticia de cincuenta y una sin contar las tupíes ó guaraníes, que pasaban de veinte. Sobre veinticinco se cuenta en el que fué imperio de los Incas: la yunca, las aymaraes, las quichuas y las chilenas ó araucanas. Con las que omito y las ya muertas, que sólo en Méjico llegan á setenta y dos segun Orozco y sólo en Colombia á doce segun Uricoechea, bien puede asegurarse sin temor de exagerar que las del tiempo de la Conquista no bajaban de qui-

nientas. Algunas se las hablaba, con todo, en extensas regiones: sirvan de ejemplo la algonquina, la nahuatl, la de los mayas, la tupí y sobre todo la quichua, que dominaba de las riberas del Angasmayo á las del Maule.

De todas estas distintas hablas las ménos son lenguas madres; las más, dialectos. Se ha trabajado ya mucho por clasificarlas; pero en mi opinion se está léjos de poder conseguirlo. A veintiseis grupos las reduce Federico Muller, cuando Pimentel sólo en las indígenas de Méjico encuentra diez y nueve familias. Estoy convencido de que no cabrá una clasificacion general miéntras no haya otro Pimentel en cada una de las demás regiones de América. Aun la obra de Pimentel ¿será tan difícil que sufra con el tiempo más ó ménos importantes correcciones?

Se ha querido hacer de las lenguas americanas un cuarto género, es decir un género distinto del de las monosilábicas, el de las aglutinantes y el de las de flexion, que son hasta aquí los generalmente reconocidos y admitidos por los lingüistas. Reunen á no dudarlo condiciones que las distinguen de las otras, en especial de las nuestras; mas á mi juicio no por esto dejan de caer todas en uno ú otro de los tres géneros. Tienen para los que en contrario opinan un poder tal de incorporacion y de composicion, que se debería comprenderlas bajo el nombre de *polisintéticas*; y como ese poder sea innegable, creo conveniente examinarlo, mucho más cuando por este exámen podrá el lector irlas conociendo en lo que realmente las caracteriza.

La incorporacion y la composicion existen en nuestra misma lengua. Incorporamos al artículo *el* las preposiciones *de* y *á* y á los pronombres *mí*, *tí* y *sí* la preposicion *con* mediante una sílaba complementaria: *del*, *al*, *conmigo*, *contigo*, *consigo*. Antiguamente incorporábamos tambien la proposicion *de* á los demostrativos y á los pronombres personales de tercera persona y la *con* á los pronombres *nos* y *vos* en que substituíamos la *o* por la *u: deste*, *desta*, *desto*, *destos*, *destas*, *del*, *della*, *dello*, *dellos*, *dellas: connusco*, *convusco*. Incorporamos además al verbo el régimen directo y aún el indirecto cuando son pronombres, y á veces con el directo dos indirectos: *decíalo*, *decíatelo; castíguenle*, *castíguesele*, *castíguesemele*.

Componemos, por otra parte, nombres con nombres, nombres con adjetivos ó con participios, verbos con nombres, verbos con pronombres y con otros verbos, adverbios con nombres, con verbos ó con adjetivos, preposiciones con verbos, adjetivos ó nombres y hasta conjunciones con verbos: *carricoche*, *cejijunto*, *cariacontecido*, *hincapié*, *hazmereir*, *maltrato*, *bienestar*, *siempreviva*, *contraponer*, *sobreabundante*, *parabien*, *correveydile*. Prescindo de las muchas voces compuestas por preposiciones latinas: *abrogar*, *abstenerse*, *adjudicar*, *antebrazo*, *anticristo*, *circumpolar*, *cismontano*, *interseccion*, *perdurable*, *postparto*, *predecir*, *preternatural*, *proponer*, *sinecura*, *superfino*, *subterfugio*, *transatlántico*.

Preciso es, no obstante, confesar que este poder de composicion y de incorporacion de la lengua castellana resulta insignificante cuando se lo compara con el que generalmente revelan los idiomas de América. Para la incorporacion no tenemos sinó una clase de afijos, los postfijos; y aún éstos, como no sea en el modo imperativo, los podemos siempre que nos parezca, separar del verbo. *Contábase* ó *se contaba*, *referíaselo* ó *se lo refería* decimos indistintamente; y en algunos tiempos hasta esa incorporacion se nos hace violenta. Respecto á la composicion conviene observar que no es comunmente sinó una mera yuxtaposicion de palabras, y áun cuando estas sufren modificacion podemos distinguirlas sin esfuerzo y á primera vista. *Buenaventura*, *varapalo*, *portapliegos*, *porvenir*, *quitaipon*, *contraproyecto* son simples yuxtaposiciones de palabras; *maestrescuela*, *perniquebrado*, *manirroto*, *barbilampiño*, compuestos cuyos simples no desconoce nadie en Castilla.

En la mayor parte de las lenguas americanas sucede lo contrario. Hay prefijos, infijos y postfijos; y de tal modo están incrustados ya en los nombres, ya en los verbos, que no cabe separarlos. En algunas no es siquiera posible hacer uso de los nombres sin un posesivo afijo. La fuerza de composicion es tambien tal, que no pocas veces se encierra en una sola palabra toda una frase, y en ella figuran algunas de las voces simples por una sola sílaba y aún por una sola letra. Sólo con mucha atencion y por medio de un análisis nada fácil se puede allí apreciar y distinguir los elementos constitutivos de esas palabras, no pocas desmesuradamente largas. En el idioma chippewa *mittig* significa el árbol; *nos*, mi padre; *gisching*, en el sol; *ninondom*, yo oigo; *ninondozi*, yo no oigo; *mittigóbun*, árbol muerto. En la lengua nahuatl *noquich*, mi hombre; *nimopihltzin*, yo tu hijo (yo soy tu hijo); *tinopihltzin*, tú mi hijo (tú eres mi hijo); *tilhmazulli*, manta vieja ó rota; *titlapiah*, nosotros guardamos; *tipialoh*, nosotros somos guardados; *nitlapiaznequi*, yo quiero guardar; *timopechteca*, tú te humillas; *nimitztlazotla*, yo te amo; *antechtlazotlah*, vosotros nos amais; *quintlazotlah*, aquellos los aman. En una y otra lenguas los pronombres son inseparables del verbo; en la nahualt, tambien de algunos nombres, sobre todo de los que indican grados de parentesco como *textli*, cuñado; *tlatli*, tío; *machtli*, sobrino, *pillutl*, sobrina que llevaban siempre el posesivo y hacian *notex*, *notla*, *nomach*, *nopillo*. En el idioma chippewa, segun Schoolcraft, tampoco es posible separar del nombre el artículo. Podría multiplicar los ejemplos.

Como muestra de composicion véase las siguientes palabras. *Aulisariartorasuarpok* significa en groenlandés «él se apresuró á ir á pescar» y se compone de *aulisarpok*, él pesca; *peartorpok*, él está cerca de hacer algo y *pinnesuarpok*, él se apresura. La sílaba final *pok* de las tres voces simples se la ha dejado para fin de la compuesta; de la voz *peartorpok* no ha quedado sino *eartor* que ha cambiado la *e* en *i*, y de la *pinnesuarpok* no mas que *esuar*, que ha cambiado la *e* en *a*. *Notlazomahuizteopizcatatzin* significa en nahualt «mi amado padre

y reverenciado sacerdote» y está compuesto del pronombre posesivo *no*, mi, de los adjetivos *tlazotli* y *mahuiztic*, amado y reverenciado, y de los nombres *teopixki* y *tatli* sacerdote y padre. *Tlazotli* y *mahuiztic* han perdido la sílaba final; *teopixki* ha cambiado la *x* en *z* y la *i* en *a;* y la voz *tatli* ha tomado la forma reverencial y convertídose en *tatzin*, si es que por esta trasformacion no se ha querido dar carácter reverencial á toda la palabra. *Aandeyaguepipe* significa en tupí «caigo yo en lo que tú dijiste» y se compone de *aa* yo caigo, *nde*, tú, *yague*, síncope de *yaguera*, participio activo de pretérito del verbo *e*, decir, y *pipe*, en, preposicion de ablativo. *Iduanclolavin* significa finalmente en chileno, segun Molina, «no deseo comer con él» y se compone de *in*, comer, *duan*, desear, *clo*, con, *la*, no, *vi*, á él y *n*, signo de la primera persona del singular del tiempo de presente; composicion donde es muy de notar la total separacion de la persona y el verbo.

A pesar de este notable poder de composicion y de incorporacion no acierto á descubrir por qué no habríamos de considerar aglutinantes ó de flexion estos mismos idiomas segun sus voces se circunstanciasen, permítaseme el neologismo, ó por la adherencia de otras menos importantes ó por sus propias inflexiones. La incorporacion, la misma composicion ¿no constituyen acaso condiciones características de las lenguas aglutinantes? Comprendería que se hiciese de los idiomas americanos especies ó subgéneros, nunca un género distinto, tanto menos cuando en su mayor parte la aglutinacion es manifiesta, aún tomándola en su más rigoroso sentido. Los hay aglutinantes, los hay de flexion y los hay tambien monosilábicos ó casi monosilábicos, valiéndome de la expresion de Pimentel.

Lo que ahora en mi opinion importa es, sin embargo, más bien que clasificar esos idiomas, inquirir en qué se diferencían de los nuestros, estudio sin duda el más á propósito para darlos á conocer al que me lea. Consignaré ordenadamente las diferencias y ampliaré á su tiempo las precedentes indicaciones. Entro por de pronto en la

Fonología. Carecen las lenguas americanas de sonidos que las nuestras tienen, y tienen en cambio sonidos de que las nuestras carecen. En la de los Incas hay, además de nuestras cinco vocales, una que es como una *a* sorda, otra que está entre la *e* y la *i* y otra que suena entre *o* y *u;* hecho que explica porqué dan unos á la lengua la calificacion de *quichua* y otros la de *quechua*, hablan unos del río *Ucayali* y otros del río *Ucayale* y llamaron unos en lo antiguo *Cozco* y otros *Cuzco* á la capital del Imperio Peruviano. Faltan en la misma lengua las consonantes *b*, *d*, *f*, *g*, *v*, *x* y *z;* y hay, segun el señor Pacheco Zegarra, nada menos que seis *ces*, tres *ceaches*, tres *pes*, tres *tes* y una *u* doble. Aunque el Sr. Pacheco toma justamente por sonidos diversos y áun figura por caracteres distintos las aspiraciones de estas consonantes, resulta siempre que en aquel idioma existen por lo menos cuatro *ces*, dos *ceaches*, dos *pes* y dos *tes* y

por lo tanto treinta sonidos diferentes. Decir ahora con todos sus pormenores cómo se pronuncia estas consonantes sería largo. Baste saber que de las cuatro *ces* sin aspiracion suena la una como la nuestra en *cara*, *corcho* y *cuba*, se forma la otra en lo más hondo de la garganta, sale la otra del mismo órgano como si por exceso de aire estallara una vejiga inflada, y produce la otra, con ser tambien gutural, un sonido á la vez agudo y dulce, gracias á que se la emite cerrando las quijadas como si se quisiera unir con la parte posterior del paladar la raíz de la lengua; que de las dos *ceaches*, la que difiere de la nuestra se la pronuncia pegando la lengua al paladar y los dientes y expeliendo con fuerza el aire, de las dos *pes*, cerrando y abriendo instantáneamente los labios, y de las dos *tes*, haciendo chocar con ímpetu la lengua contra los dientes; que la *u* doble, *w*, suena, por fin, como en las voces inglesas *Wellington* y *Washington*. Creíase que faltaba en aquel alfabeto la *j*; pero la ve el Sr. Pacheco en muchas palabras, bien que sólo en articulaciones inversas: *ccapaj*, rico; *munaj*, amante; *aysanaykipaj*, debes llevar ó lleva; *atuj*, zorra; *kuraj*, primogénito. Esta *j*, segun el mismo autor, léjos de parecerse á la *c*, con la que se suele confundirla, tiene un sonido gutural y rudo, como tal vez no lo tenga ni áun en boca de nuestros serranos de Ronda. De lo que carece en absoluto la lengua quichua es de todo sonido nasal, del sonido fuerte de la *r* y de diptongos. El sonido de la *r*, aún en principio de diccion, es mucho más suave y lijero que el de nuestra *r* en *lira* y el de la *r* inglesa en *ring*, anillo. Las voces, segun Garcilaso de la Vega, son casi todas graves: escasean las esdrújulas y no las hay agudas.

La lengua nahuatl tiene muy distinta fonética. No conoce los sonidos nasales ni los guturales. Pronuncia en algunas voces la *c* á manera de *g*; pero en tan pocas, que Olmos no cita sino *Cenca* y *Huexotcinco*. No cuenta en su alfabeto ni la *b*, ni la *d*, ni la *f*, ni la *j*, ni la *ll*, ni la *ñ*, ni la *r*. Posee la doble *l-l* del latin y del italiano, pero no la *ll* de las lenguas española y quichua: dice *cal-li*, no *calli*. Segun Olmos carece, además, de la *v*, y yo así lo entiendo. En realidad tampoco posee nuestra *s*. Posee dos que se suele representar por la letra *z* y la combinacion *tz*, pero ninguna como la de nuestro idioma. Es la segunda más fuerte y áspera; la primera ménos silbante. Aparte estas dos *eses*, no sé que haya entre las consonantes del nahuatl otros sonidos propios, como no sea el que resulta del nexo *tl*, allí frecuentísimo. Existe este singular nexo al principio, en medio y al fin de diccion, y es por decirlo así la nota característica de aquel sistema fonético. Nosotros tenemos la *l* líquida; mas no podemos combinarla con la *t*. La unimos á la *b: bloqueo*, *habla*; á la *c: clámide*, *hemiciclo;* á la *f: flor*, *enflaquecimiento*; á la *g: gloria*, *polígloto;* á la *p: placa*, *aplomo*; y á la *t* sólo en voces del nahuatl procedentes como *tlascalteca*, *tlazole* y *tlaco*. Imposible para nosotros admitir el nexo en fin de diccion: hemos convertido por esto *petatl* en *petate* y *macuahuitl* en macana. Las vocales son lo mismo que las nuestras. Debe ser, con todo, cierto, como escribe Olmos, que en el siglo XVI se confundía

frecuentemente la *o* y la *u* ó por lo menos se usaba de alguna vocal intermedia que no podían apreciar y distinguir bien los oidos españoles. No se explicaría de otra manera que en ciertos autores de aquel siglo leyésemos *Teotl*, *Tlatelolco*, *Tetzcoco*, *ocelotl* y en otros *ocelutl*, *Tetzcuco*, *Teutl* y *Tlatelulco*. Las voces, generalmente hablando, eran tambien graves como en la lengua quichua: segun Pimentel sólo eran agudos algunos vocativos. ¿Qué significan entonces los cuatro acentos de que habló Aldama: breve, largo, saltillo y salto?

Resulta de lo hasta aquí escrito que las lenguas de los dos pueblos más cultos de aquella parte del mundo son fonéticamente opuestas. Todo lo que tiene de ruda y gutural la de los Incas tiene de blanda y suave la de los nahuas; y al paso que los sonidos de esta son casi todos traducibles por nuestros caractéres, exigen los de aquella muchos nuevos signos. No coinciden las dos lenguas sinó en la falta de ciertos sonidos y en la acentuacion de las palabras, cosas ambas de interés secundario.

Permítaseme ahora que me fije algun tanto en el nexo *tl*. Tan privativo parece del nahuatl, que no se lo encuentra ni aún en los idiomas que del nahuatl derivan ó con el nahuatl tienen reconocido parentesco. Gran parte de los pueblos de Nicaragua sitos entre los lagos y el Pacífico hablan una lengua de origen evidentemente nahua: en todas las voces nahuas donde hay el nexo lo han suprimido. De CIPACTLI han hecho *cipat;* de EHECATL, *checat;* de COALT, *coat;* de MIQUIZTLI, *misiste;* de MAZATL, *mazat;* de TOCHTLI, *toste;* de ATL, *at;* de ITZCUINTLI, *izcuindi;* de OZOMATLI, *ocomate;* de QUIATEOTL, *Quiateot;* de POPOCATEPETL, *Pogogatepec;* etc., etc. Entre el cora y el nahuatl han visto, por otra parte, estrechas relaciones Vater y Guillermo de Húmboldt: ni en el cora ni en el tarahumar hay tampoco el nexo. Para nombres de lugar emplea frecuentemente el nahuatl á principio ó fin de diccion bien *tla*, bien *tlan*, como en *Tlaxcallan* y en *Ocotlan* sucede; y el cora substituye esta sílaba por la de *tyahta*. *Ocotyahta* y *Ocotlan* se equivalen en las dos lenguas: las dos voces significan «bosque de abetos.»

De Méjico abajo no existe que yo sepa el nexo *tl* en lengua alguna. No existe en las maya-quichés, ni en las del mar de los Caribes, ni en las de la América del Mediodía. Tampoco en las que se habla al Occidente de Méjico: ni en la tarasca, ni en la zapoteca, ni en la mixteca, ni en la huave. Tampoco en la otomí, ni en las usadas mucho más al Norte. Pero reaparece en las columbias y sube hasta las hiperbóreas. Ya en la alta California, en la Mision de San Miguel, hallo traducido el numeral *tres* por la voz *tlobahi*. Doy con el nexo en muchas más voces de la lengua chinuk, y lo veo ya repetidísimo en el grupo de los idiomas salishes, principalmente en el clallum y el lummi. Aún en el kitunaha ó cutene, del mismo grupo, es tan frecuente, que en la sola oracion dominical lo hay cinco veces: *naitle*, que estás; *akaitlainam*, corazones; *nekoetjekoetlcaitle*, todo el mal que tengamos; *kokakipaimenaitle*, á nosotros

hecho. En el bellacula, ya de otro grupo, hombre es *tlimsdah;* oso negro, *tlah*; luna, *tluki*. Dentro de la familia de las lenguas tinnehs uno es tambien en el dogrib *nthlare* y en el navajo *tathlai*. En el thlinkite, que pertenece á la familia de los hiperbóreos, se repite el fenómeno de las lenguas salishes: madre es *attli;* fuerte, *itlzin;* profundo *kattljan;* estrella, *tlaachztl;* tierra *tlatka*. En el haidah, por fin, sucede otro tanto: *htla* significa yo; *hantl*, agua; *tlu*, bote.

En este hecho han querido ver algunos autores la confirmacion de haber bajado los nahuas á Méjico desde las tierras del Norte. Lo considero flaca base para esta opinion, que por tanto tiempo ha prevalecido así en Europa como en América; pero me ha parecido oportuno consignarlo y demostrarlo ya por la importancia que se le atribuye, ya por lo anómalo que se presenta cuando se examina en conjunto la fonología de aquellos idiomas.

En dulzura y armonía vence la lengua nahuatl, no sólo á la quichua, sinó tambien á muchas de las que se habla en la presente república de Méjico y son propias de pueblos ya cultos antes de la Conquista. Su absoluta carencia de sonidos guturales y nasales, lo blando de sus aspiraciones, la feliz combinacion de sus acentos y de sus vocales y consonantes, su doble *l-l* y su *tl*, la suave pronunciación de su *x*, parecida á la *sh* de los ingleses la hacen á no dudarlo una de las más sonoras y agradables de América. Armonioso es el tarasco y mayor variedad de sonidos tiene, ya que, salvo la *l*, cuenta en su alfabeto todas las letras del nahuatl y la *b*, la *d*, la *g*, la *r* y la *z* castellanas; pero aspira más fuertemente, aglomera más los consonantes y reune con frecuencia hasta dos y tres vocales, con lo que no deja de producir fatigosos hyatus. Obsérvase esta misma falta en el zapoteco, donde á excepcion de la *u* se duplica repetidísimamente las vocales y á veces algunas consonantes, sobre todo la *l* y la *n: guiie*, la rosa; *naa*, yo; *zee*, el que viene; *nitoo*, antes; *ellakookii*, reino; *laaniziika*, como; *anna*, ahora; *kal-lebixono*, ventiocho. Otro tanto sucede en el mixteco, que tiene además aspiraciones rudas y pronuncia nasalmente las articulaciones *nd* y *tn* y en no pocas voces la *k*. Las articulaciones *nd* y *tn* y la *dz* las lleva el mixteco en principio y en medio de diccion; y todo lo que aquí son bellas resultan allí ingratas. Son ingratas en *dzayagee*, hijo; *tnaa*, frente; *ndoo*, nosotros; bellas y sonoras en *yodzoka*, más; *yutnukuihi*, árbol que da fruta; *yotakusindi*, *yotakusindo*, *yotakusindoo*, *sayotakusikandi*, *sayotakusikando*, *sayotakusikandoo*, yo entiendo, tú ó vosotros entendeis, nosotros entendemos, yo había entendido, tú ó vosotros habreis entendido, nosotros habremos entendido. El mixteco y el zapoteco tienen nuestra *ñ;* y en el zapoteco y el tarasco se pronuncia de tal modo las vocales, que no alcanzan á distinguirlas muchas veces los oidos extranjeros. Los zapotecas hasta confunden algunas consonantes, principalmente la *b* con la *p* y la *t* con la *r*. En claridad y en dulzura no puede allí realmente competir con la lengua nahuatl sinó la ópata ó teguima, hablada aún por más de treinta mil hombres. Tienen los ópatas gran parte de los sonidos de los

españoles: no carecen sinó de las letras *f*, *j*, *l*, *ll*, *ñ* é *y* griega. Distinguen á la par de nosotros la *b* de la *v*, pronuncian igualmente que nosotros la *z* y rara vez hacen fuerte la *r*. Apenas si dejan oir la *t* y la *k* finales; cuentan dos *tes* y emiten la una hiriendo con suavidad la lengua hacia los dientes. *Xa*, *xo*, *xu*, suenan en sus labios como *szi*, *szo*, *szu*: sólo la *tz*, con alguna fuerza. Terminan por vocal casi todas sus palabras: están generalmente en buena proporción las vocales y las consonantes. *Vaso*, álamo; *hudero*, fresno; *hida*, yerbas comestibles; *laiguadegua*, boca arriba; *oki*, mujer; *uri*, varon; *teguicatoa*, formar el cielo; *naideni*, bueno; *vaderagua*, alegría; *nereriguadeni*, amable; *patzira*, escoba; *suguakitzi*, sentirse desfallecido.

En cambio, cerca de Méjico, al norte del valle, vivía en los tiempos de la Conquista una raza salvaje, la de los otomíes, que hablaba una lengua casi el reverso de la de los nahuas. Tiene la lengua otomí, hoy aún extendida por todo el Estado de Querétaro y parte de los de San Luís, Guanajuato, Michoacan, Méjico, Puebla, Veracruz y Tlaxcala, las mismas vocales que nosotros; pero en ciertas voces las pronuncia claras y en otras con la nariz, en otras emite la *o* y la *u* desde el fondo de la garganta, en otras la *e* desde el pecho y en otras la misma *e* pectoral y nasalmente. Cuenta entre sus consonantes una *k* fuerte, una *k* y una *p* aspiradas, una *t* que forma batiendo con la lengua los dientes é impeliendo con violencia el sonido y articulaciones tan duras como la *kj* y la *pj*. Sonidos tan extraños para nosotros produce, que al decir del Padre Nájera no hay medios gráficos de traducirlos. ¿Qué letras, pregunta este autor, han de ser bastantes á figurar voces que no bien empiezan á sonar cuando espiran en los labios ó están compuestas á lo más de dos sílabas bruscamente separadas ya por la aspiracion ó la respiracion, ya por el tono que les dan la nariz ó la garganta? Por la manera como se las suele escribir cabe juzgar de su rudeza. *Ztzo*, escupir; *nkku*, hipar; *hhhe*, toser; *nsú*, hembra; *ngé*, carne; *nra nho*, mejor; *tze ntzó*, muy malo; *gui nee hma*, yo quería; *xta nee*, yo he querido; *gna nho*, tú eres bueno. Casi monosilábica la lengua, su acentuacion es de poca ó ninguna importancia.

Fonéticamente es bastante parecida á la lengua otomí la que en la América del Sur hablan los tupíes. Pronuncian los tupíes como nosotros la *b*, la *c*, la *ch*, la *m*, la *n*, la *ñ*, la *p*, la *r*, la *t* y la *y*; tienen en principio y en medio de diccion las articulaciones *mb* y *nd* y en fin de diccion la *ng*; y carecen en absoluto de las letras *f*, *j*, *l*, *ll*, *s* y *x*. Carecen tambien de la *z*; pero la suplen ante la *e* y la *i* por la *c* y ante la *a*, *o* y *u* por un sonido como el de nuestra antigua *c* con cedilla. Aseméjanse á los otomíes principalmente en la pronunciacion de sus vocales, unas veces clara, otras nasal, otras gutural, otras gutural contracta y otras gutural y nasal á la vez; diferencias que con las de cantidad y acentuacion obligaron á Ruiz de Montoya en su *Arte y Vocabulario* de aquel idioma á sobrecargar de signos y acentos las voca-

les de la mayor parte de las palabras. Sucede con frecuencia que de dos vocales juntas la una sea gutural simple y la otra gutural contracta, como acontece en *piu*, blando, y en voces compuestas, de no muchas sílabas, haya una vocal contracta, otra simple y otra nasal, como en *apireri*, resíduo, bien que comunmente las nasales impriman su carácter á las que las antecedan y á las que las subsigan, como en *aramo*, sobre, *aripi*, el principio del mundo y *aroirė*, finalmente. Vea ahora el lector algunos ejemplos de las referidas articulaciones: *mbaguarí*, garza; *mberú*, mosca; *mbiyuí*, golondrina; *mboguabí*, demonio; *mbutú*, tábano; *amboaė*, diferente; *iñambú*, perdiz; *tumbi*, cadera; *ndaetei*, demasiado; *nde*, tú; *ndí*, juntamente; *ndog*, quebradura, *ndurú*, ruido; *mondorí*, abeja; *mong*, pegar con brea; *tung*, nigua; *ang*, alma. No se encuentra la *d* sinó articulada con la *n* ni la *g* sinó con la misma *n* ó precedida de la *u*.

En el grupo de las lenguas maya-quichés la pronunciacion no es tampoco fácil ni suave. *Nabe cut x-vinakir uleuk, huyub, tagah*, leo en el *Popol-Vuh: x-chobochox u be ha; x-bineic colche r'akan xol-tak huyub; xa xobol chic x-e qohe vi ha ta x-qu-tuniheic nimak huyub.* «Y desde luego se formó la tierra, los montes y las llanuras; se dividió el curso de las aguas y los arroyos se fueron serpenteando entre todas las montañas. En este orden existieron las aguas cuando aparecieron los grandes montes.» Bastan creo estas pocas líneas para comprender la índole de la fonética quiché. Abundan los quichés en aspiraciones, pronuncian guturalísimamente la *k* y la *g* y han obligado á los escritores europeos á figurar por la *q* sin la *u* cierto sonido de la *c*, mucho más fuerte y algo más rápido que el nuestro. Tienen la *tz* al principio y tambien al principio y al fin de bastantes voces—*tzam*, nariz; *tzib*, pintura; *tzoc*, nido; *tzuh*, gota de agua; *tzatz*, mucho; *tzotz*, murciélago; *tzutz*, tributar; *tzutzul*, angosto—y la emiten siempre recia y ásperamente. No así la *x* que en realidad debería sustituirse por la *sh* de los ingleses. Que cuenten más voces agudas que graves, aunque lo supongo, no puedo asegurarlo. Segun dice Brasseur, la acentuacion cambia de una en otra aldeas.

Tales sonidos hay tambien en la lengua maya, que para escribirlos é imprimirlos ha sido necesario idear nuevos caracteres, como los ideó para la lengua quichua el Sr. Pacheco. Tienen los mayas una *c* como la nuestra, otra que hoy figuran por una *c* inversa (ɔ) y forman batiendo rápida y fuertemente con la lengua los dientes superiores, y otra que expresan por la *k* y producen arqueando la lengua hacia el frenillo á fin de que salga el sonido más gutural y rudo. *Can*, *ɔacab*, *kak*; serpiente, tesoro, fuego. Tienen tambien los mayas dos *ceaches*, una dulce como en *chun*, principio, y otra fuerte como en *chahuc*, fruta; una *h* parecida á nuestra jota; una *p* como la castellana y otra que suelen doblar en su ortografía y pronuncian comprimiendo los lábios, abriéndolos de súbito con fuerza y retirando el aliento; y una *t*, además de la nuestra, que reproducen en la escritura, ya doblándola, ya por medio de la *th*, y emiten dando viva y bre-

vemente con la punta de la lengua contra las encías ó los dientes de arriba. Carecen en cambio de muchos de nuestros sonidos: les faltan las letras *d*, *f*, *g*, *j*, *ll*, *ñ*, *r* y *s*. La *y* griega es entre ellos como entre nosotros vocal y consonante; mas como vocal adquiere un sonido especial que la distingue de la *i* latina, de la cual, sin embargo, no es más que una reduplicacion ó prolongacion á los oídos de ciertos autores. Todo esto hace tan difícil la pronunciacion maya, que pocos europeos aciertan á cogerla con vivir muchos años entre los que hablan todavía aquel idioma.

Son aún más duras y difíciles las lenguas de muchos pueblos salvajes. En las de los aleutas—la atkha y la unalaska—hay voces tan rudas como las de *adakch*, padre; *sjukong*, yo tomo; *sjuljakakshing*, yo no tomo; *kignak*, fuego; *tshekak*, tierra; voces que para colmo de mal pronuncian clara y distintamente sólo los atkhas, pues así los aleutas occidentales como los unalaskas hablan balbuceando y los aleutas del Este con tal rapidez, que no parece cada una de sus oraciones sinó una palabra. Vence en rudeza á estos dos idiomas el thlinkite, para cuya pronunciacion no se necesita poner nunca en juego los lábios y sí la garganta, los dientes y las narices. Es gutural como ninguno; y los indígenas que lo usan ya parece que cacarean, ya que silban. Tiene muchas voces que empiezan por una *k* producida en lo más hondo de la garganta, y en algunas lleva tres veces la misma letra. Emite con fuerte aspiracion nasal la *r* y tambien algunas articulaciones. Cabello es en thlinkite *khlreies*; ceniza, *katlhth*; tierra, *tljaknak* ó *tlatka*; estrella, *tlaachztl*; yo, *khat* ó *khatsh*; deudas, *tschanikstchak*. Muchas voces son para nosotros verdaderamente impronunciables. No lo son ménos las de otros idiomas hiperbóreos, entre ellos el de los sursis ó sarsis, cuya habla, semejante para Umfreville al cloqueo de las gallinas, es de difícil comprension áun para los vecinos pueblos; y el de los ugalenzes ó ugalenzis, que algunos consideran no sin fundamento como tribu de los mismos thlinkites. Marcadísimo aire de thlinkites presentan realmente no sólo las voces ugalenzes *chakljtschejalsga*, palabra; *tekssekonachalek*, enemigo; *tkotschkalak*, águila; *ttza*, piedra; sinó tambien las kenais *aljtnjan*, tierra; *kyssynj*, mujer; *kydykntjanjassnissj*, yo oigo; la inkalita *tschugljkchuja*, zorra; y las koltshanes *tschilje*, hombre; *ssiljtschitan*, frío; *sstscheljssilj*, calor, cálido.

El sarsi, el kenai, el ugalenze, el incalita y el koltshane vienen, no obstante, comprendidos por Bancroft en la gran familia de los idiomas tinnehs, que se extiende á Sonora y Chihuahua desde las fronteras septentrionales del Alaska y toca al Oriente en las márgenes de la bahía de Hudson. De estos idiomas ó dialectos tinnehs los hablados al Norte son tambien de pronunciacion extremadamente difícil, tanto por lo guturales como por lo árduo de sus nexos. Al decir de Richardson, permítaseme la palabra, son tambien cloqueantes. De no ménos dureza continúan siendo los que por decirlo así constituyen el centro de la familia: el tacullí y el hupah. Sería tambien necesaria una nueva ortografía para

la reproduccion de sus sonidos, sobre todo para el de uno de sus guturales que deja muy atrás el de nuestra *j*. De estas dos lenguas son algo ménos duros los dialectos del Mediodía, pero no mucho. No lo son ni siquiera los idiomas tinnehs meridionales, los idiomas apaches. Segun Cortés son de violentísima pronunciacion, aunque no tan difíciles de hablar como á primera vista parece. En ellas, dice, abundan las ásperas guturales que constantemente se oye en los labios de los tinnehs del Norte. Segun Bartlett abundan no sólo las guturales sinó tambien los gruñidos. Para formarnos idea de los sonidos apaches, no deberíamos segun él sinó tragarnos las palabras en vez de emitirlas. Exagera Bartlett; pero no cabe dudar que son rudos. Schoolcraft escribe de esos idiomas que tienen gran copia de tonos guturales, de tonos silbantes y de tonos mixtos. Su *zl*, su *d* y su *r* suenan, á lo que parece, con excesiva fuerza.

No es de mucho tan complicada ni tan ruda la fonética de los idiomas algonquines é iroqueses. Cabe escribir el iroqués con solo quince letras: las cinco vocales nuestras, tres nasales—la *a*, la *e* y la *o* antes de la *n*—y las consonantes *k*, *h* gutural, *n*, *r*, *s*, *t*, é *y* griega. Con sólo doce, si suprimimos las tres nasales, ya que los franceses no emplean para las suyas caractéres propios. Sonidos especiales no tienen las lenguas algonquinas otros que el de una *w* silbada, el de la *a* y la *o* nasales ántes de la *n* y el de la *ch* y la *z* francesas. En el dialecto otawa no hay siquiera la *w* silbada. «Hija» en este dialecto es *u-danis* y no *w-danis* como se dice en lenapi. El lenapi en cambio sustituye el sonido de la *z* por el de la *ts* y posee el de la *ch* gutural de los alemanes. Tienen los pueblos algonquines todos vocales breves y largas; y sobre todo en sus discursos acentúan la última sílaba de todas sus frases á la manera de los militares en las voces de mando; costumbre comun, dice Duponceau, á todos los indios de la América del Norte.

Segun el mismo Duponceau, hay en algunas lenguas de la Florida un sonido que no hemos encontrado hasta aquí en ningun otro idioma: el de nuestra *f*, probablemente emitido allí con más fuerza que en España. Entre los nombres que los criks dan á sus meses lunares hallo efectivamente dos con *f*: *Thlaffolucco* y *Thlaffochosi*, meses que corresponden á los de Diciembre y Enero. En la numeracion de los choctaws encuentro tambien expresado el uno por otra voz con *f*: *chuffa*. En Alabama veo tambien con *f* el nombre de un condado, el de *Coffee*, condado en que es muy de presumir estuvieran los pueblos de Cofa y Cofachiqui de que hablan los historiadores de Hernando de Soto. Con el mismo nombre de *Coffee* recuerdo que hay otros tres condados: uno en Tennessee, otro en Kansas y otro en Georgia.

Si hemos de creer á Brasseur de Bourbourg, sonaba además la *f* en boca de los haytianos. Con su *Relacion de las cosas de Yucatan por el Padre Landa* publicó Brasseur un diminuto vocabulario de la lengua de Hayti. Incluyó en él dos voces con *f*: *furacan*, huracan, y *furridi*, nebuloso, tempestuoso. La cir-

cunstancia de haber nosotros adoptado y puesto con *h* la primera de estas voces confieso que me hace dudar acerca de la ortología de entrambas. Debo con todo advertir que existe la *f* en otras lenguas. La hay en la chibcha: *fumy*, bofes, *fiza*, garganta; *fihista*, pecho; *zefuchuan abcuscua*, aborrecer; *fahacuca pquinuca*, acaso; *fagua*, estrella; *fusqui*, polvo; *Fusagasugá*, *Funzha*, *Firabitoba*. La debió de haber aún en Quito, ya que segun Velasco una de las treinta y cuatro provincias del reino de los Sciris llevaba por nombre *Pifo* y uno de los pueblos de la de Alausi eran los *fungas*; y segun Alcedo están en el mismo reino el río *Cofanes* y los indios *cofanes*. La hay por fin en lo más al Norte de América, en uno de los idiomas más generalizados orillas del Klamath, una de cuyas localidades se llama *Tahasufca*.

Resulta de todas maneras que la *f* está en el alfabeto de reducido número de lenguas y sólo en el de una de las que hablaban los pueblos ya cultos ántes de la Conquista. Despues de la *f* la que en menos lenguas sonaba era sin duda la *d*, desconocida lo mismo en el chibcha que en el nahuatl, el maya, el quiché, y el quichua. Mas donde falta la *d*, nunca falta la *t*, ántes tiene de ordinario más aplicacion y más sonidos que en nuestro idioma. Otro tanto sucede con la *b* y la *p;* carecen de uno de los dos sonidos muchas lenguas; de ambos ninguna, como no sea la de los iroqueses. Tanto como la *f* y la *d* escasea en las antiguas hablas de América la *ñ*; y más aún que la *f* la *ll*. En muchas falta la misma *l*; y en las que ésta es doble hemos visto ya que se la suele pronunciar como la doble *l-l* de los latinos. Articulaciones para nosotros extrañas y difíciles las hemos encontrado en la mayor parte de las lenguas, principalmente en las de los pueblos salvajes. Vea ahora el lector las de la chibcha. Alzar lo caido, *guate bquyscua;* allanar, *atucac bgascua;* amar, *btyzisuca*; amarrar, *bcamysuca;* amigo inseparable, *obaz bzis mague*; añadir, *yc bgyisuca*; aprender, *bchichuasuca;* apretar atando, *bsuhuques apunsuca;* hácia arriba ó arriba llevo, *zos bxy*; averiguar, *aquich pcua bziscua*; bobo, *pqueta*; al lado (de cosas), *mquihina;* al lado (de personas) *mquihiquena*; ¿á quién se lo diste?, *¿xie hoc mny?;* aprisa, *spquina;* esta manta te sienta bien, *sis boin os mzons ic azyquy;* dar papirotes, *zpihichigoscua*. Sería difícil apurarlas. Todas estas articulaciones, las que ántes hemos visto y las muchas que podría entresacar de otras lenguas, de la lulé, por ejemplo, revelan multitud de sonidos compuestos que figuramos y no podemos dejar de figurar imperfectísimamente por mucho que sea nuestro buen deseo y por grandes que sean los esfuerzos de los más eminentes lingüistas.

Acontece lo mismo áun en los sonidos simples, que se ha calificado de vagos é indecisos, tal vez por no acertar á distinguir y mucho ménos á expresar por nuestros caractéres los sonidos intermedios que acá y acullá salen de boca de los americanos indígenas. Es comun decir que éstos confunden los sonidos de tales ó cuales vocales, cuando es muy factible que seamos nosotros los que por falta de hábito en los oídos confundamos los que ellos emiten. Por no haberse

hecho todavía ni aún sobre la fonética de las principales lenguas trabajos parecidos á los del Sr. Pacheco Zegarra respecto á la del quichua, sobre encontrarnos atrasadísimos en la escritura de estos sonidos, tropezamos con mayores dificultades para aprenderlas, máxime cuando por lo mismo es de temer que vengan adulteradas muchas voces en los diccionarios del siglo XVI, de los cuales á falta de otros debemos servirnos. Así va siendo tan necesario y urgente el estudio de la fonología.

CXLIII

ESTADO INTELECTUAL.—LENGUAS.—ANALOGÍA.—ARTÍCULOS.—NOMBRES.—ADJETIVOS.—PRONOMBRES.

Entrando en la analogía, examinaré las partes de la oracion por el órden acostumbrado, aunque en muchos idiomas de América sea tal la importancia del pronombre, que convenga anteponerlo al nombre. La materia es vasta; y comprenderá fácilmente el lector que, si yo quisiera tratarla *in extenso*, no me bastaría un volúmen como el que voy escribiendo. Resumiré cuanto pueda los datos recogidos á fin de comprenderla en no muy largo número de páginas.

Artículos. En tan pocas lenguas los hay, que para muchos autores no existen en ninguna. Los descubrió, sin embargo, Schoolcraft en las lenguas algonquinas. En todas ellas hay uno definido y otro indefinido: *mo* y *paizhic*, que, como el indefinido nuestro, es á la vez numeral y artículo. *Mo*, segun Duponceau, es contraccion de *monko*, esto ó aquello en la lengua de Massachússetts. Pierde con frecuencia la *o* ó la convierte en *e* muda; y de tal modo se adhiere al nombre, que, como antes indiqué, sigue en el chippewa con él áun cuando el nombre venga á quedar determinado por un pronombre posesivo. *M-ittig*, el árbol; *ni mittig*, mi árbol; *ki mittig*, tu árbol.

Hay tambien su artículo en la lengua de los otomíes: la voz *na* que equivale unas veces á *aquel*, *aquella*, *aquello*, otras á *el*, *la*, *lo* y otras á *un* y *una*. Es muy de advertir que esta misma voz sirve, antepuesta al nombre, para distinguir el singular del plural y el sustantivo del adjetivo.

Se atribuye á la lengua de Chile otro artículo, la voz *chi;* mas temo que infundadamente.

En ningun idioma de los pueblos cultos, como no sea en el maya, se encuentra otro tanto. No hay artículos ni en el nahuatl, ni en el chibcha, ni en el quichua. Tiene para ciertos casos el quiché una voz que hace ó parece hacer oficio de tal; pero en mi entender no se la puede calificar de artículo. En quiché el posesivo *su* ántes de nombre que empiece por consonante es *u:* así su esclavo es *u mun*, su

madre *u chuch*. Para decir el esclavo del señor, la madre del príncipe, etc., se emplea la misma *u* en esta forma: *u mun ahau*, *u chuch ahpop*. ¿Puede inferirse de ahí que el *u* sea aquí artículo como Brasseur pretende? Nó, puesto que para indicar esta misma idea de posesion en vez de *u* se usa el posesivo *qui* cuando está en plural la cosa poseida y los posesivos *r'* ó *c'*, segun el número, cuando el nombre de la cosa poseída empieza por vocal. *Qui qoxtum tinamit*, los muros de la ciudad; *r'ochoch ahau*, la casa del amo. Esta no es más que una de tantas formas gramaticales como hay en aquellos idiomas para nosotros raras y á primera vista inconcebibles. En maya es donde había verdaderos artículos: *le*, *leti*, *letile*, que se aplicaba á los nombres segun éstos empezasen por vocal ó por consonante. *Le* ó *letile uínic*, el hombre; *le xzhup*, la mujer.

Nombres. Los nombres en muchas lenguas americanas casi nunca van solos: suelen llevar un pronombre posesivo. Esto ha originado que algunos lingüistas hayan atribuido al nombre lo que en realidad sólo al pronombre es aplicable. Evitaré esta confusion hasta donde pueda.

Numeros. *Números singular y plural*. En muchas lenguas no cambian los nombres de singular á plural: se los pluraliza por medio de numerales ó de adjetivos. Los pluraliza el chinuk en su jerga de hoy por el adjetivo *haiu*, muchos, y el gallinomero por los numerales, que emplea tambien para singularizarlos. No dice el gallinomero «el hombre, los hombres» sinó «un hombre, dos hombres:» *cha ataboónga*, *aco ataboónga*. Emplea el tupí los dos procedimientos y hace el plural ya por las voces *hetá* ó *heii* muchos, ya por los numerales *mocoi*, *mbohapi irundi*, dos, tres, cuatro. No creo necesarios más ejemplos.

En las lenguas de formas plurales éstas son varias. Forman los nez-percés el plural repitiendo la primera sílaba: *pitin*, niña; *pi-pitin*, niñas. Repiten á veces sólo la vocal cuando por vocal empieza el nombre: *atwai*, vieja; *aatwai*, viejas; y cuando hablan de relaciones de parentesco, posponen la sílaba *ma* como sufija: *pika*, madre; *pikama*, madres. Los flatheads hacen tambien sus plurales por reduplicacion: ya por la de toda una sílaba, ya por la de parte de una sílaba, ya por la de una sola consonante y el cambio de la vocal que la antecede: *skoi*, *skoikoi*, madre, madres; *esmock*, *esmokmck*, monte, montes; *skolchemás*, *skolchammás*, párpado, párpados. Sírvense además del prefijo *ul* y tienen irregularidades como ningun otro pueblo. Como que á veces usan para plurales voces completamente distintas de los singulares. *Nackoèmen*, *ulnackoèmen*, ladron, ladrones; *es'schite*, *szlzlil*, árbol, árboles; *s'm'em*, *pelplgni*, mujer, mujeres. En el kitz predomina aún la reduplicacion. *Woroit*, hombre, es en plural *wororot*; *kitsh*, casa, *kikitsh*; *haikh*, cerro, *hahaikh*; *ishot*, lobo, *ishishot*; *tokor*, mujer, *totokor*; *paitkuar*, arco, *papaitkhuar*. Hay sus excepciones, pero sólo en los adjetivos. *Tihorwait*, bueno, hace en plural *tiriwait; yupikha*, negro, *yupinot*; *arawatai*, blanco, *rawanot*; *kwauokha*, encarnado, *kwaukhonot*. Aun en algunos adjetivos prevalece la regla: *mohai*, malo, es en plural *mo*-

mohai. Válense asimismo de la reduplicacion los pimas y entre otros pueblos norte-mejicanos los eudeves: *dor*, varon, *dodor*, varones; *hoit*, hembra, *hohoit*, hembras. Los nutkas hasta la emplean cuando quieren dar idea de una totalidad ó conjunto de cosas. *Mahte* ó *mahs*, casa, *mahtmahs*, todas las casas. Volveremos á encontrar esta forma de plural en los idiomas de los pueblos cultos; de los de los pueblos salvajes creo haber citado bastantes.

Otra es ya la formacion de los plurales en las lenguas algonquinas. En la chippewa se añade al singular la *g* si el nombre es de sér animado y la *n* si de inanimado, anteponiéndoles una vocal si termina el singular por consonante. *Ojibwa*, ojibwa, *ojibwai–g*; *ojee*, mosca, *ojee–g*; *kosenaun*, nuestro padre, *kosenaun–i–g*; *ahmo*, abeja; *ahmo–g*; *ais*, concha, *ais–u–g*.—*Skhoda*, fuego, *skhodai–n*; *wadop*, aliso, *wadop-ee-n*; *adetaig*, fruto; *adetaig-i-n*; *nodin*, viento; *nodin-o-n*; *meen*, baya; *meen-u-n*. En *ojibwaig* y *skhodaig*, la *i* es meramente eufónica. Se hace tambien uso de las vocales cuando acaba la voz por vocal breve, pero anteponiéndole una consonante: *peena*, perdiz, *peenai-w-ug*; *seebe*, río, *seebe-w-un*.

En las otras lenguas algonquinas las terminaciones del plural no son las mismas. En la lenapi, por ejemplo, son para los nombres de séres animados *ak* y para los otros *all*: —*tscholens*, pájaro, *tscholensak*; *achsin*, piedra, *achsinall*;— y en la abenaki para los primeros *ak* y para los segundos *ar* —*sipsis*, ave, *sipsissac*; *wigvam*, caza, *wigvamar*; en cri para los primeros *k*, *ak*, *ok*, y para los otros *a*—*niska*, abutarda, *niska–k*, *masinahigan*, libro, *masinahigan–a*. Son distintas las terminaciones, pero igual la forma.

Lo notable es que en la chippewa no cambia el nombre de singular á plural, ni cuando lleva pronombre posesivo de tercera persona, ni cuando es sugeto ú objeto con la tercera persona de los verbos. *O gaug oom um* significa su puerco-espin y sus puerco–espines; *oge waubum–aun mukwun*, significa él ha visto un oso y él ha visto osos.

Habia por otra parte en chippewa como en español nombres que no tenian sinó singular ó plural: carecían de plural *pingwi*, ceniza; *mishkwe*, sangre; *ukkuk-kuzha*, carbon, etc., y de singular, *missun*, leña; *akivun*, niebla; *kimmivun*, lluvia.

La forma plural de esos idiomas algonquines, que viene á ser la nuestra, la hallamos en otros muchos. En el mutsun de *appa*, padre, se hace *appa-nga*; en el moxo de *eseno*, mujer, *eseno–no;* de *hyasiri*, sombrero, *hyasiri-o no*.

En otros se pluraliza el nombre anteponiéndole una partícula; y en otros, ya posponiéndole ya intercalándole letras ó sílabas. El plural de *cara*, ciudad, es en chileno *pu-cara*; y el de *citol*, hermano, en cierto idioma de la Mision de Santa Cruz, *citol-a-nel*, el de *tayito*, consejero, *tayi–li–to*, el de *tacato*, palabra, *ta-que-le-to* y el de *aloconiya*, horno, *aloco–ti-niya*.

Viniendo ahora á las lenguas de los pueblos cultos, empezaré por fijarme en la

de los mayas. Sobre la formacion de los plurales nada dice la gramática de Antonio Gabriel de San Buenaventura que, ordenada y traducida al francés, publicó Brasseur en su *Manuscrito Troano*; pero sí la que el mismo Brasseur había escrito seis años ántes é insertado en el tercer volúmen de su *Coleccion de Documentos*. Por la primera no parece sinó que, gracias á lo íntimamente unidos que van los nombres y los pronombres, sólo por los pronombres cabe determinar el número en los nombres; por la segunda el plural de los nombres tiene una forma que le es propia. Se los pluraliza, segun Brasseur, añadiéndoles la sílaba *ob*. *Zayab*, fuente, *zayabob*; *chac*, lecho, *chacob*. Esta es realmente la forma plural en la tercera persona de los pronombres posesivos. Singular: *ú*, *y*; Plural: *ú-ob*, *y-ob*. Su padre, el padre de aquel, *ú yum*; su padre, el padre de aquellos, *ú yum-ob*. El adjetivo, añade el mismo autor, precede ó por lo menos ha de preceder al sustantivo: por la sola terminacion del sustantivo queda determinado el número del adjetivo.

En la lengua quiché los nombres de séres inanimados y aún los de séres animados colectivos hacen el plural por medio de la anteposicion de *e*, *qui* ó *tac*: *abah*, piedra, *e abah*, piedras; *che*, árbol, *qui che*, árboles; *pa*, entre, *huyu*, cerro, *pa tak huyub*, entre muchos cerros; *vinac*, gente, *quia vinac*, muchas gentes. Conviene notar que *e* y *qui* son la tercera persona del plural, el uno del pronombre personal y el otro del pronombre posesivo; que sólo *tak* es partícula de pluralidad y en el ejemplo que doy se añade al sustantivo una *b*, en mi opinion signo tambien de plural por lo que á continuacion expongo.

Los nombres de séres animados no colectivos forman generalmente el plural en *ab*, *eb*, *ib*, *ob* ó *ub* sin que para elegir entre las cinco terminaciones haya reglas fijas. *Atit*, abuela, hace *atitab*; *ah-Rabinal*, el de Rabinal, *rabinaleb*; *mama*, abuelo, *mamaib*; *tam*, nombre de tribu, *tamub*. Fórmanlo otros en *om* y algunos en *oma*. *Alab*, muchacho, *alabom*; *alit*, muchacha, *alitom*; *ahtzamah*, trabajador, *ahtzamahoma*. Preceden aquí tambien los adjetivos á los sustantivos; pero son los adjetivos los que llevan el signo de pluralidad: *ak* ó *tak*, *ic* ó *tic* segun acaban por una de las consonantes ó una de las vocales. *Nim*, grande, *nimac*; *rihi*, viejo, *rihitac*; *utz*, bueno, *utzic*. Los verbales y los participios, que terminan siempre por *ic*, hacen tambien el plural en *ak*: *bolobic* redondo, de *bol*, arrollar, *bolobak*. Hácenlo por fin en *oh* ó en *uh* los participios de significacion plural como *cuchucuh*, juntos.

Sobresale en formas plurales la lengua nahuatl. Frecuentemente usa de la reduplicacion como otros muchos idiomas de Méjico; pero no siempre la considera bastante. De *acueyutl*, ola, hace *acuecueyutl*: de *milhcalalatl*, cierta rana, *milhcacalalatl*; de *tlatolli*, plática, *tlatlatolli*; y de *coatl*, culebra, hace *cocoa*; de *cueyatl*, rana, *cuecueya*; de *culutl*, alacran, *cueculu*; de *tepetl*, sierra, *tetepe*. En unas voces, como se ve, repite simplemente una sílaba y en otras modifica ó suprime además las letras finales. En otras sostiene la reduplica-

cion áun dándoles las ordinarias desinencias del plural: de *teuctli*, principal, hace *teteuctin*; de *pilli*, noble, *pipilhtin* y de *cuauhtli*, águila, y *zulli*, codorniz, *cuauhtin* y *cuacuauhtin*, *zulhtin* y *zuzulhtin*. Las terminaciones ordinarias del plural son aquí *me* y *tin* que hacen perder las letras *tl*, *tli* y *lli* á los nombres que por ellas terminan. *Petlatl*, petate, *petlame*; *oquichtli*, hombre, *oquichtin*; *tuza*, rata, *tuzame*; *caxitl*, escudilla, *caxtin* ó *caxme*; *tzitzimitl*, demonio, *tzitzimime*.

Hay sus irregularidades: nombres que concluyen con *tl* y se pluralizan con sólo perderlas, y otros que concluyen por vocal y sólo por la terminacion *ke* se pluralizan. *Amantecatl*, oficial, *amanteca*; *cihuatl*, mujer, *cihua*; *ilama*, vieja, *ilamatke*; *puchtecatl*, mercader, *puchteca*; *huehue*, viejo, *kuehuetque*. Así terminan de ordinario por *a* las plurales de los nombres de naturaleza, que suelen acabar en *tl: mexicatl*, mejicano, *mexica*; *michuacatl*, michoacano, *michuaca*; *tlaxcalhtecatl*, tlaxcalteca, *tlaxcahlteca*.

Constituyen tambien excepcion los verbales terminados en *ni*, que pueden cambiar el *me* del plural por *h*, y los terminados en *cuauh*, que lo cambian en *cauan*. *Tetlazotlani*, amante, *tetlazotlanime* ó *tetlazotlanih*; *notlapixcauh*, mi guarda, *notlapixcauan*. Los terminados en *cuauh* llevan siempre un posesivo.

Los adjetivos siguen en general la regla de los sustantivos. Las principales excepciones están en los derivados, que son infinitamente más que los primitivos. *Zuquiyo*, lodoso, *zuquiyoque*; *tenqui*, lleno, *tenque*; *palanqui*, podrido ó llagado, *palanque*.

Es ahora de observar que la lengua nahuatl, como otras muchas de aquella region, hace aquí tambien diferencia entre los nombres y los atributos de los séres animados y los de los séres inanimados. A los nombres de los séres inanimados no da en algunas provincias desinencias plurales ni forma alguna de reduplicacion. Lo suple por *miec*, muchos, que antepone al singular: *miec uapalli*, tablas, es decir muchas tablas. No suele tampoco pluralizar los adjetivos absolutos: pero hace respecto de los demás la distincion siguiente. En los relativos á séres inanimados emplea la sola reduplicacion; en los otros, las terminaciones *tin*, *que*, *me* con ó sin ella. *Xalo*, arenoso, *xaxalo*; *cuauhtic*, grande, *cuauhtique* ó *cuacuauhtique*.

No es tan rica en formas plurales la lengua quichua. Emplea generalmente la partícula *kuna* y la pospone lo mismo al nombre que al adjetivo y al pronombre. *Auki*, príncipe, *aukikuna*, príncipes; *pay*, él, *paykuna*, ellos; *kay*, éste, ésta; *kaykuna*, éstos, éstas. Prescinde con todo de esta partícula ó lo que es lo mismo deja en singular el nombre siempre que lo acompaña voz que en sí contenga el concepto de pluralidad. *Warancca runa* dice y no *warancca runakuna; iscay munanacuj urpi* y no *iscay munanacuj urpikuna;* esto es, mil hombre y no mil hombres; dos amante paloma y no dos amantes palomas. Tampoco suele

usar del *kuna* más de una vez en una frase. *Chay hancca runakuna*, dice, «este cobarde hombres.»

Para la formacion de los plurales se sirve tambien, segun Gonzalez Holguin, de la reduplicacion; no de la de una letra ó sílaba, pero sí de la de toda la palabra. Es frecuente esta reduplicacion en aquel idioma y encarece y sublima á veces la idea de pluralidad, como sublima y encarece otras; mas no advierto que se la aplique con gran frecuencia á la formacion de plurales. *Kunan* significa ahora y *kunan-kunan* al instante; *paccariy* significa amanecer y *paccar-paccar* al reir del alba; *ttaccay* significa dispersar y *ttacca-ttacca*, en plena dispersion; *llipi* significa «todos» y *llipi-llipi* todo el mundo. ¿Se traducirá siempre por *runa runa* hombres y por *sara-sara* maíces ó maizales? Por la reduplicacion en quichua hasta se hace de los adjetivos adverbios: *kusi*, alegre; *kusi-kusi*, alegremente.

Una terminacion tiene aún el quichua que, si no es forma, es signo de pluralidad. *Ayllu*, familia, tribu; *ayllu-ntin* los de una misma tribu ó los de un mismo linaje. *Llajta*, país, pueblo, nacion; *llajta-ntin* los de una misma nacion ó los de un mismo pueblo. Encierra siempre esta terminacion cuando menos la idea de colectividad ó de compañía. *Tahua*, cuatro; *tahua-ntin*, los cuatro juntos; *tahua-ntin-suyu*, las cuatro regiones juntas, el Perú, el Imperio de los Incas. Todos, sin excepcion, es tambien *hinantin: hinantin runa*, todos los hombres.

He de hablar ahora de otro número que no conocemos ni en la lengua española ni en ninguna de las latinas; del

Número dual. Hay una especie de dual en este mismo idioma quichua. Puesta la terminacion *ntin* en ciertos nombres, sobre todo en los de parentesco, indica dos cosas, cuando no inseparables, unidas por estrechos vínculos. *Ccosa*, marido; *ccosa-ntin* marido y mujer. *Yaya*, padre; *yaya-ntin*, padre é hijo. *Ususi*, hija; *ususi-ntin*, hija y padre. Hay además partículas con que indicar en conjunto los objetos dobles por su aplicacion ó su naturaleza. *Purap ñawi*, los dos ojos; *puraptin chaki*, los dos piés ó piernas; *purapnintin maki*, las dos manos; *purapnin usuta*, las dos sandalias.

Este no es, sin embargo, el dual conocido de los gramáticos. El verdadero dual lo empezamos á ver en la lengua de los chilenos. *Cara*, ciudad; *pu-cara*, ciudades; *epu-cara*, dos ó las dos ciudades. No hay, que yo sepa, dual en otros idiomas de la América del Sur ni en los de la América del Centro; pero sí en algunos de la América del Norte. En el matlalzinca el hombre es *huema;* los hombres, *nema;* los dos hombres, *thema*. En el chippewyano, mi sombrero es *sit sackhallè*; mis sombreros, *sit sackhalli thlang;* mis dos sombreros, *sit sackhallè khe*; forma comun á casi todas las lenguas de la bahía de Hudson y otras de pueblos más al Occidente. En el dialecto watlala nuestra casa, la de los dos, es tambien *ndakwitkhl* ó *tkhakwitkhl*; y nuestra casa, la de más de dos, *ntzakwitkhl* ú *olkhakwitkhl*.

Gèneros. Gèneros masculino y femenino. No los hay realmente en las

lenguas americanas. No los tienen ni los artículos, ni los nombres, ni los pronombres, ni los participios. Se distingue cuando más los sexos por palabras equivalentes á las de *macho* y *hembra*, con que nosotros distinguimos los de muchos animales: *oquichtli* y *cihuatl* en la lengua de los nahuas; *imic* y *luxum* en la de los huaxtecas; *huixcana* y *pozcat* en la de los totonacas; *ccari* y *warmi* en la de los quichuas, etc., etc.

Pretende Brasseur que haya géneros en las lenguas quiché y maya, pero infundadamente. *X* en quiché por los mismos textos que él reproduce es signo de inferioridad ó diminucion y no de sexo. Lleva la esposa el nombre del marido con la *x* antepuesta; y con esto se indica la subordinacion de la mujer al hombre. ¿Se llama el marido *Tziquin*, Pájaro? *Xtziquin* se llamará á la consorte. Véase si no la *Gramática* y el *Vocabulario* insertos por el mismo Brasseur en el segundo volúmen de su *Coleccion de Documentos*. Los quichés determinan el género en los séres animados por un procedimiento análogo al de los nahuas. Con decir *coh* hablan del leon; y con decir *ixok-coh*, mujer-leon, de la leona.

Sucede poco más ó ménos lo mismo en el maya. Por los prefijos *xibil*, macho, y *chupul*, hembra, distinguen tambien los mayas el sexo de los séres animados. Dice Brasseur que lo definen asimismo por la prefixion de *ah* ó *h* é *ix* ó *x*; mas por el artículo *ah* del *Vocabulario* que publicó junto con su *Manuscrito Troano* se ve claramente que esta *ix* no tiene otro sentido ni otra aplicacion que la *x* de los quichés, ni el *ah* es más que un equivalente del pronombre demostrativo. *Ah-Chan*, leo, viene á significar el que se llama Chan y *ah-Motul*, el de Motul, el habitante ó vecino de Motul.

Tal vez por esa absoluta falta de géneros se observe en muchos idiomas americanos marcada tendencia á designar con nombres distintos, sobre todo respecto á nuestro linaje, séres que une la generacion y sólo separa la diferencia de sexo. *Kwee wizais* significa en chippewa niño, y *ckwa zais*, niña; *nosai*, mi padre, y *nin gah*, mi madre; *ningwis*, mi hijo, y *nin danis*, mi hija; *nimiesshomis*, mi abuelo, y *nokomis*, mi abuela; *akiwaizi*, viejo, y *mindimo-ea*, vieja; *oskinahwai*, mozo, y *oskineegekwai*, moza; *annimoosh*, perro, y *kiskishai*, perra.

Géneros animado é inanimado. Mas en este mismo idioma chippewa se dice por los gramáticos todos que hay géneros. Géneros hay efectivamente, pero no los de las lenguas de Europa. Están allí divididos los nombres en dos grandes categorías—nombres de séres animados y nombres de séres inanimados—y estos son allí los géneros; géneros que ejercen por cierto señalada influencia no sólo en la formacion de los plurales, como ya hemos visto, sinó tambien en las terminaciones de los adjetivos y de ciertos pronombres y en las desinencias de los verbos.

Se pondera mucho ese nuevo órden de géneros en contraposicion al de los nuestros, que tan arbitrariamente aplicamos á los séres sin alma; pero conviene tomar en cuenta que los mismos chippewas distan de hacer entre los séres ani-

mados y los inanimados la lógica distincion que de seguro hace ahora el entendimiento de mis lectores. Gramaticalmente incluyen entre los animados los árboles, el sol, la luna, las estrellas, el rayo, el trueno, la piedra, el arco, el caldero, la pipa, el tambor, la medalla, el bermellon y el *wampum*; y entre los inanimados los distintos miembros así de los árboles como de los animales: la raíz, el tronco, las ramas, las hojas; la cabeza, el cuerpo, los brazos, el corazon, el hígado, la vejiga, el estómago; el pico, las alas, la cola, las garras, etc., siendo muy de notar que se tiene para colmo de confusion por animados los frutos y las semillas de las plantas, las uñas del hombre, las garras del oso y del águila y los cascos y los cuernos de muchos cuadrúpedos.

Existen estos dos géneros no sólo en el chippewa, sinó tambien en la mayor parte de las lenguas algonquinas, en la zapoteca, la totonaca y, segun hemos visto, en la quiché y la nahua. Esto no impide que aún en la chippewa se distinga el género masculino del femenino, así en el hombre como en los demás animales, por voces equivalentes á las de *macho* y *hembra*. Para esta distincion emplean precisamente los chippewas, no dos, sinó cuatro voces; dos relativas á la especie humana y dos relativas á las demás especies: *yabó* y *noshé*; *lennowechum* y *ochquechum*.

Fáltame sólo decir que los tarascos, á lo que parece, hacen más que los algonquines. Dividen los nombres, no en dos, sinó en tres categorías: nombres de séres racionales, irracionales é inanimados. A lo que parece, digo, porque Pimentel escribe que carecen de signos con que expresar el género.

Casos. Declinaciones. En gran número de lenguas no hay verdaderos casos. No los hay ni siquiera como los nuestros. Se hace uso de preposiciones, pero sólo de las que podríamos llamar locales ó de ablativo. En algunas lenguas, con todo, se los suple por el uso de los pronombres, que, unidos allí íntimamente al nombre y al verbo, llenan bien el vacío. Se sigue en realidad un procedimiento análogo al que nos permite el idioma español cuando decimos «la fuerza la domina el amor y el amor lo vence el sentimiento de altos deberes;» frase donde sólo por los pronombres cabe distinguir la relacion entre los nombres fuerza y amor, amor y sentimiento. Suprimidos los pronombres, no sólo cambia la relacion, sinó que tambien se invierte del todo el sentido de la frase. Para suplir el caso acusativo ú objetivo no necesitamos muchas veces ni de los pronombres. «Fuerzas da el miedo, decimos, miedo la fuerza.» Determina aquí el acusativo en la primera oracion la diferencia de número, en la primera y la segunda la elision del artículo. En otras lenguas de Europa es además sabido que en muchos casos se suple el genitivo y el ablativo de la lengua latina por la simple anteposicion del nombre de la cosa regida al de la regente. *Der hausbesitzer*, *das goldwasser*, dicen los alemanes; literalmente «el casa dueño, lo oro agua» en vez de «el dueño de la casa, el agua de oro.» *A silver crown*, *an iron hammer*, dicen tambien los ingleses: «una plata corona, un hierro martillo» por «una

corona de plata, un martillo de hierro.» Los ingleses suplen por esta misma forma el genitivo de posesion, bien que poniendo entre el nombre del poseedor y el de lo poseído una *s* precedida de un apóstrofo. El anillo de Guillermo, *the William's ring;* el ejército de Wellington, *the Wellington's army.* ¿No parece esto indicar que los casos no son tan indispensables en las lenguas como generalmente se presume?

Es muy para notado que áun en muchas de las lenguas americanas donde son completamente indeclinables los nombres, se encuentra alguna forma por la que se determina la relacion entre la cosa poseída y el que la posee ó lo que es lo mismo se suple el genitivo de posesion de que acabo de hacer mérito. Más digno de nota es aún que casi en todas se haya recurrido al medio de anteponer el nombre regido al regente presentando ó no en la misma frase el del poseedor y el pronombre posesivo de tercera persona. Al hablar del artículo puse ya un ejemplo de esta rara forma gramatical: pondré otros para mayor esclarecimiento. *O ogimau mokomahn*, dice el chippewa, y tambien *ogimau mokomahn*, esto es «su jefe cuchillo» ó «jefe cuchillo» en lugar de «cuchillo del jefe.» *Atópte meätega*, «caudillo hermano», dice el gallinomero por «el hermano del caudillo.» *Pedro onniqga* «Pedro mujer», dice el Pima en vez de «la mujer de Pedro.» *Rorobusè-gamek*, «toro ojos» dice el tarahumar por «los ojos del toro». A veces añade al nombre de lo poseido la partícula *ra*, tal vez, escribe Pimentel, abreviacion de *niguara*, cosa propia: *Pedro bukura*, la casa de Pedro. *U luum mayabob*, «su tierra mayas», dice el yucateca por «la tierra de los mayas.» *Ta ibope ichini*, «su tigre pié», dice por fin el moxo en lugar de «el pié del tigre.» Pretende Duponceau que la *s* con apóstrofo del genitivo inglés no es más que la contraccion del posesivo *his*, pronombre tambien de tercera persona. *Wellington's army* equivaldría, segun esto, á *Wellington his army*, Wellington su ejército. Si tal sucediese, vendría á coincidir en el genitivo de posesion la forma inglesa con la de los moxos, los mayas, los quichés y los mismos algonquines. Mas ¿tendría en cuenta Duponceau que el pronombre posesivo inglés tiene tres géneros y si «el ejército de Wellington» es *Wellington's army*, «la corona de Isabel» debería ser *Elisabeth'r crown*?

Los algonquines, segun observa el mismo Duponceau, han encontrado formas para suplir, además del genitivo, el dativo y el acusativo. Los suplen tambien por el uso de los pronombres equivalentes á estos casos, y por las formas del verbo. *Pedro n'dahoala* equivale á decir «Pedro le amo»; *Pedro n' mila-n*, Pedro le doy.

Esto sucede en el nahuatl con ser el idioma de un pueblo culto. El nahuatl carece de casos y los suple por los mismos medios. Hace tambien el genitivo por el pronombre posesivo y frecuentemente por la sola anteposicion y yuxtaposicion del nombre regido al regente. *Teocalli*, Dios-casa, casa de Dios, templo. *Ehecatonatiuh*, aire-sol, sol de aire, uno de los grandes períodos ó eras de los nahuas. *Teotl* y *ehecatl* pierden aquí la *tl* por las reglas generales á que

obedece la composicion de los nombres. Denota el nahuatl el dativo por la forma especial que toma el verbo cuando lleva régimen indirecto. *Chihua* es hacer y *chihuilia* hacer para otro. Por la forma que da al verbo con régimen directo señala tambien el nahuatl el acusativo. Todo verbo con régimen objetivo independiente toma allí *k*, *ki* ó *ko*, ó *kin* ó *kim* segun esté en singular ó plural el régimen: *ni–chihua*, yo hago; *ni-k-chihua in tlaxcalli*, yo hago pan; *in cihuatl kinchihua in matlame*, la mujer hace redes. Esto cuando no se incorpora el régimen al verbo, como cuando se dice *ni-tlaxkal–chihua*, yo panifico. El ablativo, por fin, se forma en nahuatl como en castellano por medio de preposiciones, allí, generalmente hablando, postposiciones. *Coyonqui*, ventana; *coyon–ca*, ventana en ó en la ventana. *Tetl*, piedra, *yca tetl* ó *tet–ica*, con la piedra. *Tepetl*, sierra; *tepetl–icpac*, sobre la sierra ó en lo alto de la sierra. El vocativo es el único caso que parece existir en aquel idioma. Se lo determina añadiendo al nombre una *e* ó cambiando en *e* la *i* si el nombre acaba en *lli* ó en *tli: piltontli*, niño, *piltontle*; *cihuatl*, mujer, *cihuatle; temachtiani*, maestro, *temachtianie* ó *temachtiane*. Se lo determina tambien, máxime en boca de los mayas, prefijando al nombre en singular *ti* y en plural *an*, pronombres de segunda persona, y empezando por la partícula *in* la frase; *in tinopiltzin* ¡oh hijo mío!

En el maya sucede casi otro tanto. El genitivo se vió ya que se hace por medio del pronombre posesivo de tercera persona. El acusativo ó se lo incorpora al verbo ó da al verbo distinta forma. Yo enseñé, *cambezahn'en*; yo enseñé á tu padre, *in cambezah a yum*; yo acarreé agua, *chu–ha–n'en:* agua, *ha*. El vocativo termina tambien por una *e: uicic*, hombre; *uicic-e*, oh hombre. El ablativo lo determinan preposiciones como *y*, *yetel*, *achac*, etc: *y*, *yetel*, *achac luum*, en, con, sin la tierra. El dativo es el caso que al parecer se diferencía más del nahua. Se lo forma por la anteposicion de la partícula *ti*, que tiene gran número de aplicaciones. *Dza ti in yum*. dalo á mi padre. En el quiché encuentro aún las mismas formas. La preposicion de dativo es *chi*, *chire*: *ca nu qamo lak chire Tiox*, yo llevo (en señal de agradecimiento) un plato á Dios.

Los antiguos gramáticos atribuyen casos y declinaciones á muchas lenguas. Casos por postposiciones los hay efectivamente en muchas: por flexiones ó desinencias en pocas. En mutsun se declina, por ejemplo, el nombre del siguiente modo: *Appa*, el padre. Singular: *appa*, *appa*, *appahuas*, *appase*, *appa*, *appasu*; Plural; *appagma*, *appagma*, *appagmahuas*, *appagmase*, *appagmatsu*. *Cuas* es á ó para: *se*, á; *su sum*, con. No lleva postposicion el genitivo porque se lo forma como en otras tantas lenguas por la anteposicion de la cosa regida á la que rige. Ruiz de Montoya da tambien del nombre tupí la declinacion siguiente: *Abarè*, el sacerdote: Singular y Plural: *abarè*, *abarambaè*, *abareupè*, *abarè*, *abarè*, *abarerehè*. *Mbaè*, cosa, *abarambaè* cosa del sacerdote. *Upè*, á ó para. *Rche*, por. La terminacion que se da al genitivo no indica sinó que aquí se forma tambien este caso anteponiendo el nombre regido al regente. *Inimbè*

api, *acang nundú*, se dice tambien en este idioma: esto es, cama cabecera, cabeza latidos por latidos de la cabeza, cabecera de la cama.

Empiezo á ver algunas desinencias en los idiomas de los aleutas y de los nez-percés. *Adakch*, el padre, *adan* ó *adaganilyak*, del padre, *adaman*, para el padre, *adakik* ó *adakin*, ambos padres, *adan*, los padres, *adanik*, para los padres. *Init*, la casa: *init*, *ininm*, *initph*, *initki* ó *initain*; la casa, de la casa, á ó para la casa, la casa, con ó por la casa. Las terminaciones del genitivo, el dativo y el acusativo me parecen desinencias. El plural entre los nez-percés no cambia sinó en la primera *i* y se duplica: *iinit*, *iininm*, etc. En el yakima creo ver asimismo verdaderos casos. *Kussi*, el caballo. Singular: *kussi-nan*, *kussi-nmi*, *kussi-ow*, *kussi-nan*, *na-kussi*, *kussi-ei;* plural: *kussi-ma*, *kussi-ma-mi*, *kussi-ma-miow*, *kussi-ma-man*, *na-kussi-ma*, *kussi-ma-miei*. Los hay á no dudarlo en el ópata, donde cuentan los gramáticos hasta diez declinaciones. Diferencianse estas principalmente por las desinencias de los genitivos que son *te*, *ri*, *si*, *gui*, *ñi*, *tzi*, *ku*, *ku*, *pi;* desinencias iguales á las del dativo ó acusativo en las declinaciones segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta, séptima, y décima. En la octava el genitivo toma el *mi* del acusativo y en la novena el acusativo es igual al nominativo. 1.ª declinacion: *Tät*, el sol: nominativo, *tät;* gen. *tät-te;* dat. ó ac. *tät-ta*. 2.ª *Kuku*, la codorniz; *kuku*, *kuku-ri*, *kuku-ri*. 8.ª *Chi*, el pájaro: *chi*, *chi-mi-ku*, *chi-mi*. 9.ª *Tutzi*. el tigre; *tutzi*, *tutzi-ku*, *tutzi*. Distínguese el dativo del acusativo por el uso de verbos aplicativos como los de la lengua nahua y el vocativo por la adicion de la interjeccion *eh* al nominativo. Cabe además formar el genitivo por la anteposicion del nombre regido al regente, el acusativo por su incorporacion al verbo y el ablativo por la de postposiciones. Tres declinaciones hay tambien en el cudeve. *Siibi*, el halcon; nom. *siibi;* gen. *siibike;* dat. *siibt;* ac. *siibik*. *Mavirot*, el leon: nom. *mavirot*; gen. *mavirote*; dat. ó ac. *mavirota*. *Utzvor*, la pitahaya: *utzvor*, *utzvore*, *utzvori*.

Tengo tambien por desinencias las terminaciones del genitivo y dativo de los nombres chilenos. *Cara*, ciudad: Singular: nom. *cara;* gen. *cara-ñi*; dat. *cara-meu;* ac. *cara;* ab. *cara-yom*, *cara-mo*, *cara-equ*. Dual: *epu-cara*, *epu-cara-ñi*, *epu-cara-meu*, *epu-cara*, *epu-cara-yom*, *epu-cara-mo*. Plural: *pu-cara*, *pu-cara-ñi*, etc.

Una sola declinacion tiene tambien el quichua y esta aplicable á nombres adjetivos sustantivados, adjetivos genitivados, pronombres y participios. *Runa*, el hombre. Singular; *runa*, *runac* ó *runaj*, *runapac*, *runacta*, *a runa* ó *runa-ya*, *runa-manta*. Plural: *runakuna*, *runakunap*, *runakunapac*, *runakunacta*, *a runakuna*, ó *runakuna-ya*, *runakuna-manta*. Sólo cuando el nombre acaba por dos vocales se modifica la declinacion algun tanto. *Yuyay*, el pensamiento, es en genitivo *yuyaipa* y en acusativo *yuyaita*. Otro tanto encuentro en la lengua de los mosquitos.

No digo que no haya otras declinaciones en las lenguas americanas. Cito de todo solamente lo que considero bastante para que el lector forme idea de aquellos idiomas.

Adjetivos. Los verdaderos adjetivos no abundan en las lenguas americanas. De las algonquinas hasta se duda que los tengan. Tienen, se dice, voces que denotan cualidades, pero todas ó casi todas unidas á la idea de ser, al verbo sustantivo. En la quichua se observa que los nombres hacen con frecuencia las veces de adjetivos con sólo ir antepuestos á otros nombres. De la nahuatl escribe Pimentel que casi todos los adjetivos son verbales. Tanto escasean realmente los que no lo son, que, puesto Olmos á citarlos, no llegó á recordar veinte. Incorporados á otras partes de la oracion ó con ellas compuestos los hay finalmente por centenares en todas las lenguas.

La forma que tan generalizada acabamos de ver para los genitivos de posesion hacía verdaderamente poco necesarios los adjetivos. Si para nosotros son perfectamente sinónimas las frases: «palabras de miel ó palabras melosas, amor de Dios ó amor divino, auto de juez ó auto judicial, movimiento de la tierra ó movimiento terrestre, arrullos de ternura ó tiernos arrullos, productos de mar ó productos marítimos, cantos de dolor ó dolorosos cantos, poemas de Homero ó poemas homéricos, artes de Grecia ó artes griegas, instintos de fiera ó feroces instintos, etc., etc.;» ¿qué no había de suceder en aquellos idiomas donde el genitivo venía á convertirse en calificacion del nominativo por la sola circunstancia de precederlo? Así hay en quichua, por ejemplo, tantas voces, á la vez sustantivos y adjetivos: *apu*, jefe, hombre de poder, poderoso; *karu*, distancia, distante; *ccasa*, hielo, helado; *ccori*, oro, áureo; *ccari*, varon, varonil; *chiri*, frialdad, frío; *ppurum*, soledad, solitario; *sajra*, diablo, diabólico; *sami*, ventura, venturoso; *sumaj*, belleza, bello; *sutti*, brillo, brillante; *wichay*, altura, alto; *yuray*, blanco, blancura. Así en la misma lengua hallamos tantos otros nombres aplicados como adjetivos por la cualidad prominente de los objetos que significan: *ccacca*, roca, duro; *ritti*, nieve, blanco; *killimsa*, carbon, negro; *chimlliy*, ojeada, rápido; *ñuchu*, flor de color rojo, rojo; *pitu*, pareja, compañero, amigo; *miski*, miel, dulce; *urpi*, paloma, amoroso, tierno.

Al mismo hecho atribuyo que casi en todos aquellos idiomas anteceda generalmente el adjetivo al sustantivo y no participe de las terminaciones ni de las desinencias del nombre. Generalmente y en casi todas las lenguas, digo, porque nó en todas ni siempre sucede otro tanto. En tupí va pospuesto y lleva consigo las postposiciones que determinan los casos: *abarè marangatu*, el sacerdote bueno; *abarè marangatu-upè*, para el buen sacerdote; *abarè marangatu-rehe*, por el sacerdote bueno. En el nahuatl vimos ya que cambia de singular á plural y toma terminaciones varias segun la que tiene en el singular y segun califica seres animados ó inanimados. En el eudeve se declina como los nombres que hacen en *ke* el genitivo, y pasa de singular á plural por la reduplicacion de

su primera sílaba: *deni*, bueno; *deni*, *denike*, *denit*, *denik;* plural, *dedeni*.

Adjetivos: Grados de comparacion. En pocas lenguas americanas hay tambien para el adjetivo grados de comparacion como los del idioma latino. Se los forma casi en todas á la manera que ordinariamente lo hacemos nosotros: por adverbios. No se aparta de la regla general el idioma tupí; mas ofrece particularidades que no cabe echar en olvido. Pone primeramente el segundo término de la comparacion en ablativo, que la haga por adjetivo, que por verbo. *Che-marangatu-bè ndeheguí*, yo soy bueno más (que) tú; *aiguá á ndeheguí*, sé yo más que tú. Hace en segundo lugar el superlativo, ya por los adverbios *etè*, *etey*, *tecatú*, *matetè*, *marangatu etè*, *nande* ó *tei*, que antepone ó pospone, ya reduplicando las últimas sílabas del adjetivo. *Che-marangatu-etè*, soy muy bueno; *cuñá catupiri*, mujer hermosa; *cuñá catupiri-piri*, mujer hermosísima. Lo forma tambien con sólo detenerse en la pronunciacion de las palabras. *Mombiri*, lejos; *mom-bi-ri*, muy lejos.

En algunas lenguas las formas son varias: se usa ya de adverbios, ya de otros adjetivos, ya de verbos, ya de más ó ménos breves perífrasis; de lo que no se usa jamás es de desinencias. Podrían servir de ejemplo el nahuatl, el quiché, el maya. Visos y apariencias de los comparativos y superlativos latinos no los encuentro sinó en las siguientes lenguas. Se da forma comunmente en la de los mosquitos por la postposicion de los adjetivos *kara* y *poli:* fuerte, *konra;* más fuerte, *konra-kara;* muy fuerte, *konra-poli;* pero se traduce pequeño por *silpe;* más pequeño por *uria;* muy pequeño por *katara*. Los mismos *kara* y *poli* no son allí más que el comparativo y el superlativo de *uia*, mucho. En el huaxteco se hace el superlativo por la simple anteposicion de la partícula *le: pullik*, grande; *lepullik*, muy grande. En el zaklohpakap ó mame se lo distingue por las terminaciones *elxi*, *elxiix*, *xiix:* bueno, *ban;* muy bueno, *banelxi; ikoh*, mucho, *ikohelxi*, muchísimo. Nótese que aquí tambien *ikna* es comparativo de *ban* y puede pasar á su vez á superlativo: mucho mejor, *iknelxi*. Por la terminacion *be* se expresa en el tarahumar el comparativo, y alargando la pronunciacion de la misma partícula el superlativo: *reré*, abajo; *rerebé*, más abajo; *rerebée*, muy abajo. Por la terminacion *sguari* el superlativo eudeve: *dotzi*, viejo; *dotzi-sguari*, muy viejo. Por las terminaciones *zi*, *ti* ó *la* el comparativo zapoteco y por la terminacion *tete* el superlativo: *huazaka*, bien; *huazakati* ó *huazakazi*, mejor;—*zitao*, mucho; *zitaola*, mucho más; *zitaotete*, muchísimo. Por la intercalacion de adverbios el comparativo y el superlativo matlanzincas: *kithohui*, bueno; *ki-muten-thohui*, mejor; *ki-murahanton-thohui* óptimo. Por la terminacion *ni* finalmente el superlativo de los nez-percés: *tash*, bueno; *tashni*, el mejor.

Pronombres. Vengamos ahora á los pronombres, parte importantísima de la oracion en muchos de aquellos idiomas. Hablaré separadamente sólo de los relativos; guardan los demás entre sí relacion tan íntima, que considero indispen-

sable presentar juntos los de cada una de las lenguas que vaya citando.

Pronombres personales, posesivos y *demostrativos.* Empezaré por una de las lenguas cultas, la nahuatl ó nahua. Los pronombres personales son: *nehoatl, tehoatl, yehoatl, tehoantin, amehoantin, yehoantin. Yehoatl* y *yehoantin* son á la vez personales y demostrativos: significan «él y aquel, ellos y aquellos.» Este y esto se los traduce por *yehoatl* y éstos por *yehoantin in;* ese ó eso por *yehoatl o* y esos por *tehoantin on.* Los personales pueden por síncope reducirse á *nehoa* y *neh, tehoa* y *teh, yehoa* y *yeh, tehoan, amehoan* y *yehoan.*

Hasta aquí, salva la síncope, no difieren esos pronombres personales de los nuestros. Conviene empero advertir que no se los puede usar sinó solos y aisladamente; con el verbo desaparecen en las terceras personas y entran, convertidos en *ni* y *ti* para las primeras y *ti* y *an* para las segundas, á formar parte del verbo mismo. Yo amo, tú amas, etc., es *ni-tetlazotla, ti-tetlazotla, tetlazotla; titetlazotlah, antetlazotlah, tetlazotla.* Cambian además en *nech, mitz, c* ó *qui; tech, amech* y *quin* y forman tambien parte del verbo cuando son objetivos. Yo te amo, *ni-mitz-tlazotlah;* tú me amas, *tinech-tlazotla*; yo le amo, *ni-c-etlazotla*: tú nos amas, *ti-tech-tlazotla;* él os ama, *amech-tlazotla*, etc. Aquí hay ya respecto á la lengua española dos graves diferencias: la de modificarse segun van solos ó con el verbo y la de ir forzosamente incorporados al verbo, que sean casos objetivos, que sean casos rectos.

Ni, ti, ti y *an* van tambien con adjetivos y nombres; pero sólo cuando llevan sobreentendido el verbo sustantivo. *Ni-cualli, ticualli, cualli, ti-cualhtin, ancualhtin, cualhtin* significan «yo soy bueno, tú eres bueno, él es bueno, etc.»

Otra diferencia importante hay respecto á la lengua castellana. En los verbos reflexivos yo me, tú te, etc., no son *ni nech, ti mitz*, etc. sinó *ni-no, ti-mo, mo; ti-to, a-mo, mo.* Yo me amo, tú te amas, etc., *ni-no-tlazotla, ti-mo-tlazotla, mo-tlazotla; ti-to-tlazotlah, a-mo-tlazotlah, mo-tlazotlah.*

No, mo, to y *amo* con *i* ó *in* tal vez reduccion de *y-ehoatl y-ehoanti-n,* constituyen, además, los pronombres posesivos. No van tampoco independientes cuando ejercen oficio de tales: se adhieren al nombre modificándose cuando empieza por vocal y modificándolo y trasformándolo cuando termina por *li* ó *tli* ó simplemente por *tl. Calli*, casa: mi casa, *no-calli. Citli*, abuela; mi abuela, *no-ci. Etzli*, sangre; mi sangre, *n-ezo. Atl*, agua; mi agua, *n-auh. Metatl*, metate; mi metate, *no-metl. Chiquihuitl*, cesto; mi cesto, *no-chiquiuh. Ahuitl*, tía; mi tía, *n-ahui.* Obedecen estos cambios á reglas; *no, mo, to, amo* pierden la *o* si empieza el nombre por *a, e* ú *o*, y le hacen perder la *i* si por *i* empieza; *in* pierde la *n* cuando el nombre empieza por los consonantes *x* ó *z* ó por la vocal *u* y la convierte en *m* cuando empieza por otra vocal cualquiera; la terminacion *tli* desaparece por completo; *li* es *lh;* y *atl, etl, itl, otl* y *utl*, es *auh, euh, iuh, ouh, uuh;* pero son muchas las excepciones y algunas tan caprichosas como las de los ejemplos.

Aquí la diferencia es ya grandísima, no sólo respecto á la lengua castellana, sinó tambien respecto á todas las latinas y aún á las germánicas. Tiene la francesa algunas de estas incorporaciones, pero en contadas frases: en los tratamientos *Mon-seigneur*, *Mes-seigneurs*, *Mon-sieur*, *Mes-sieurs*, *Ma-dame*, *Mes-dames*, *Ma-demoiselle y Mes-demoiselles* y en la locucion *m'amie* que sólo se usa en el seno de la familia. Constituye esta especie de incrustacion y dominio del pronombre posesivo en el nombre una de las formas características de los idiomas de América y conviene que no pase desapercibida á los ojos de mis lectores. Tal es en el nahuatl, que algunos nombres carecen de sentido como no lleven uno de estos pronombres. Lo llevan constantemente y no pueden menos de llevarlo entre otros *no-mach*, sobrino; *no-pillo*, sobrina; *no-tla*, tío; *no-tex*, cuñado; *no-huepulh*, cuñada; *no-yauh*, enemigo; *no-chan*, casa; *no-neuya* y *n–ixcoya*, culpa. Hay en cambio nombres á que el pronombre no puede unirse; pero nombres de objetos que no son ó no fueron realmente susceptibles de posesion como *meztli*, luna; *mixtli*, nube; *citlali*, estrella; *ilhuicatl*, cielo; *cuacualactli*, trueno; *taoyutl*, guerra; *cetl*, yelo; *cepayahuitl*, nieve; etc., y los propios de hombres, ídolos, pueblos y ríos.

Van á veces unidos al nombre pronombres meramente personales y pronombres posesivos. *Ni–mo–pilhtzin*, *ti–to–pilhtzin*, *ti-mo–pilhuan*, *an-to–pilhuan*. Acontece esto cuando va sobre entendido en la frase el verbo sustantivo. Equivalen las palabras transcritas á «yo soy tu hijo; tu eres nuestro hijo; nosotros somos tus hijos.» Fuerza tal de incorporacion es aquí enteramente desconocida.

Esto no impide que vayan á veces sin nombre los pronombres posesivos y hagan el oficio de personales. Van en este caso unidos á preposiciones. *No–ca*, de mí; *mo-ca*, de tí; *y-ca*, de aquel; *to-ca*, de nosotros; *amo-ca*, de vosotros; *in-ca* de aquellos; *te–ca*, de alguno ó algunos. Es de advertir que *te* figura allí entre los pronombres posesivos y como los demás se incorpora tambien al nombre. *Te–tlaxcalh*, el pan de alguno ó algunos.

En las demás lenguas de la actual república de Méjico, salva la del Estado de Yucatan, no encuentro esenciales diferencias. En la ópata los pronombres personales tienen tres formas —una para el nominativo, otra para el genitivo y otra comun al dativo y al acusativo,— y en su forma genitiva son posesivos. Como posesivos, van tambien incorporados al nombre y lo modifican haciéndole tomar una de las siguientes terminaciones: *gua*, *ma*, *ra*, *ka*, *sa*. Yo, *ne*; en genitivo, *no;* maiz, *xuunt*; mi maiz, *no-xuun–gua*. Nosotros, *ta* ó *tamido;* en genitivo, *tamo*; flecha, *tzat;* nuestras flechas, *tamo-tza-ma*. Cuando estos posesivos van con nombres de parentesco, hasta les hacen perder la sílaba final. Padre, *mariguat*, mi padre, *no-mari*. En los verbos reflexivos se unen con los pronombres personales como en la lengua nahua; pero invertida la forma ó el orden. Yo me, nosotros nos, se traduce en ópata por *no-ne tamo-ta*.

Hacer los posesivos con los genitivos de los pronombres personales es propio

de muchos idiomas de aquel territorio. Se hace en esto notar el mutsun, que indica la posesion y la personalidad por los mismos pronombres. A la pregunta: *¿atena men?* ¿quién (eres) tú? contesta el mutsun: *kan*, yo; y á la pregunta: *¿attenane lahuan?* ¿de quien (es este) aro? contesta asimismo: *kan*, mio. Tampoco tiene posesivos el zapoteco, mas los suple uniendo los personales al adjetivo *xiteni*, que significa perteneciente á, propio de. *Xiteni-a*, mio; *xiteni-lo*, tuyo; *xiteni-ni*, suyo; *xiteni-tono* ó *xiteni-no*, nuestro; *xiteni-to*, vuestro. *Xaba-xitenia*, mi manta.

No se aparta aún del tipo nahuatl el matlanzinca, pero ofrece particularidades dignas de mencion. Tiene pronombres personales, posesivos absolutos y posesivos relativos y en todos singular, dual y plural. *Kaki*, yo; *kahachi*, tú; *inthehui*, aquel; *kakuehui*, *kakuebi* ó *kakuehebi*, nosotros dos; *kachehui*, vosotros dos; *inthehuehui*, aquellos dos; *kakohuiti* ó *kakehebi*, *cachohui* é *inthehue*, nosotros, vosotros y aquellos. *Niteyeh*, *kaxniyeh*, *niyeh inthehui*, mio, tuyo, suyo; *inbetheyeh*, *kachehui intheyeh* é *intheyeh huehui*, de nosotros dos, de vosotros dos y de aquellos dos; *inboyeh*, *indoyeh kachohui* é *indoyeh inthehue*, nuestro, vuestro y suyo (de ellos). *Nite*, *nitu*, *huete* ó *huetu*, mi; *ni*, *niri* ó *hueri*, tú, su; *inbeti*, *inbetu* ó *huebete*, nuestro (de nosotros dos); *inthe*, *intheri* ó *hueteri*, vuestro, (de vosotros dos) y tambien suyo (de ellos dos); *inbo*, *inbote*, *inbotu*, *borin*, *huebote*, *nebote* ó *nebotu*, nuestro; *indo*, *indori* ó *huero*, vuestro y tambien suyo (de ellos, ellas). *Behinta*, enseñanza; *nitu behinta*, mi enseñanza; *inbetu behinta*, la enseñanza de nosotros dos; *inbotu behinta*, nuestra enseñanza. Iguales en los posesivos las segundas y las terceras personas, se las distingue por medio de los pronombres personales. *Hueri-bepahachi kahachi*, tu despensero; *hueri-bepahachi intheui*, el despensero de otro.

Distínguese tambien el matlatzinca por sus pronombres demostrativos. *Nii*, este; *thii* aquel; *xuh*, aquel que se ve; *tehui*, aquel que no se ve; *thiihe*, esos que se ven; *inhtehue*, los que no vemos; *thehue*, aquellos, los que están lejos; *nihi*, aquel con relacion á un sér inanimado.

En las lenguas maya y quiché las diferencias son ya mayores. En la quiché los pronombres personales son: *in*, *nu*, ó *nuv*, yo; *at*, ó *a*, tú; *are*, *ri* ó *r'* aquel; *oh*, nosotros; *ix*, vosotros; *e* ó *eh*, aquellos. Los posesivos correspondientes, cuando acompañan nombre que empieza por consonante, *nu*, *a*, *u*, *ka*, *y*, *qui*; cuando nombre que empieza por vocal, *v'*, *av'*, *r'*, *k'*, *iv'*, *c'*. Sirven de caso recto para la conjugacion de los verbos, nó los personales, sinó los posesivos. Yo amo, tú amas, etc., es *ca nu logoh*, *c' a logoh*, *c' u logoh; ca ka logoh*, *qu' i logoh*, *ca que logoh*. Yo aguardo, tú aguardas, etc., *ca v' oyobeh*, *c' av' oyobeh*, *ca r' oyobeh; ca k' oyobeh*, *qu' iv' oyobeh*, *ca c' oyobeh*. Sirven para el caso objetivo los personales pospuestos á la letra ó sílaba características de cada tiempo y para el indirecto otra vez los posesivos precedidos de *chi* ó *ch'* y seguidos de *e* ó *ech*. *Qui r' ocotah*, él me arroja. *Qui* está por *ca in; r'* es el

posesivo de tercera persona; *ocotah* el verbo. *Are vac ka nu ya ch-a-vech*, esta fruta te doy ó te doy esta fruta. *Ka* es el signo del tiempo presente de indicativo. Para los casos directos de los verbos reflexivos se emplea tambien los posesivos: los posesivos *v'*, *av* etc., y éstos seguidos de la terminacion *ib*. *Qu' y logoh yv–ib*, vosotros os amais. Recuerde el lector cómo se hace en este idioma el genitivo de posesion, y acabará de comprender la importancia de estos posesivos.

Posee la lengua quiché pronombres demostrativos y los declina. Ese ó aquel: nominativo sing. *ri*, *ha* ó *a*; gen. *rech* ó *re*; dat. *chirech* ó *chire*; ac. *ri* ó *ree*; abl. *chiquih*, *cumal* ó *cuq*; nom. plur. *he* ó *e*; gen. *quech* ó *que*; dat. *chiquech* ó *chique*; ac. *que* ó *e*; abl. *chiquih*, *cumal* ó *cuq*. Otros los declina por medio de los pronombres personales; pero en muy diverso sentido. *Va* equivale á este: *in va*, aquí me tienes; *at va*, aquí estás; *ah* ó *are va*, hélo aquí, etc.

En la lengua maya hay cuatro formas pronominales. La primera es *ten*, yo; *tech*, tú; *lay*, aquel; *toon*, nosotros; *teex*, vosotros; *loob*, aquellos. Se emplea estos pronombres en las oraciones sustantivas y se los puede emplear como casos rectos en la conjugacion de los verbos activos, en el pretérito y el futuro de los neutros, anteponiéndolos á la tercera persona del singular, y como relativos. *Ten batab*, yo el capitan, yo soy el capitan. *Ten yacuni*, yo amé. *Tech naci*, tú subiste. *Himac*, *bin xic*, *lay bin botabac*, como quiera que sea, él es el que será pagado.

Los pronombres de la segunda forma son á lo que parece contraccion ó reduccion de los de la primera. *En*, yo; *ech*, tú; *laylo*, aquel; *on*, nosotros; *ex*, vosotros; *ob*, aquellos. Van siempre afijos estos pronombres á los verbos de la primera conjugacion, salvo en el presente y el pretérito imperfecto de indicativo; sirven de caso directo en los verbos activos; y, pospuestos á nombres ó participios, dan fuerza sustantiva á la frase. *Nac–ob*, subieron. *Yacunah in ca ech*, yo te amo. *Mehen laylo*, es hijo.

Los pronombres de la tercera forma son ya posesivos. *In*, mi, mio; *a*, tu tuyo; *u*, suyo, de aquel, de aquella; *ca*, nuestro; *a–ex*, vuestro; *u–ob*, suyo, de aquellos. *Yn yum*, mi padre; *a yum*, tu padre; *u yum*, su padre; *ca yum*, nuestro padre; *a yum–ex*, vuestro padre; *u yum–ob*, su padre, el de muchos. Aquí son tambien estos pronombres los que principalmente sirven para la conjugacion. Puede con ellos conjugarse todos los verbos y articularse todos los nombres que empiecen por consonante: con ellos se forma el presente y el pretérito imperfecto de todos los verbos, que en estos dos tiempos deben subseguirlos, nunca precederlos. *Cambezah in cah*, yo enseño; *cambezah in cah cuchi*, yo enseñaba; *in cambezah*, yo enseñé; *bin ca camber*, nosotros enseñaremos.

La cuarta forma—*u*, *au*, *y*; *ca*, *au-ex*, *y-ob*—sirve para la conjugacion de los verbos y la articulacion de los nombres que empiezan por una de las cinco vocales *U–otoch*, mi casa. *U–ohel*, yo conozco.

Aquí hay tambien como en el nahuatl la combinacion de dos pronombres con un solo nombre; pero aquí va, nó antepuesto, sinó pospuesto al nombre el pronombre personal. Yo soy tu hijo, *a mehen-en*; tú eres mi hijo, *in mehen ech:* literalmente tu hijo yo, mi hijo tú. Hay así en este idioma como en el quiché menos fuerza de incorporacion que en el nahuatl y tal vez más dificultades: pero, si bien se considera, es igual en las tres lenguas la estructura gramatical del pronombre.

Dirijámonos á Norte ó Mediodía y daremos con nuevas formas gramaticales. Conocieron el número dual los griegos y lo aplicaron á nombres, pronombres y verbos, limitándolo en verbos y pronombres á la primera y la segunda personas. Este dual lo hemos visto ya en algunas de las lenguas objeto del presente estudio, y en una, la matlanzinca, extensivo á la tercera persona de los pronombres. En lenguas de que hasta aquí no hice mencion hay otra especie de dual de que no existe ejemplo ni en las lenguas vivas ni en las muertas de Europa. Está circunscrito ese nuevo dual á la primera persona y tiene por objeto determinar la significacion del pronombre «nosotros.» Cuando digo «nosotros,» es evidente que puedo referirme. bien á mí y mis interlocutores, bien á mí y personas ausentes, las de mi familia, por ejemplo, las de mi oficio, las de mi nacion ó las del linaje humano. En el primer caso el «nosotros» excluye á todos los que no están conmigo, y en el segundo los incluye. Han nacido de aquí en algunos idiomas dos formas y dos distintas desinencias para el «nosotros;» formas y desinencias que trascienden, como es natural, al verbo y se ha convenido en llamar *forma exclusiva* y *forma inclusiva* ó *forma determinada* y *forma indeterminada*.

No hay, como se ha visto, estas dos formas ni en las lenguas mayas, ni en las nahuas. En una de las de Honduras, en la orotiña, existen dos formas y desinencias para las tres personas del plural—*hechelu*, *hecheri* para la primera, *hechela*, *hechelai* para la segunda é *icanu*, *icagunu* para la tercera;—duplicidad que tambien se observa en los pronombres demostrativos; mas estas formas sirven tan sólo para distinguir el género masculino del femenino á la manera que nosotros lo hacemos. El dual exclusivo é inclusivo no se lo encuentra por mis noticias ni en parte alguna de la América del Centro ni al Occidente de la del Norte y sí tan sólo en las comarcas de Oriente por donde se extendió la gran familia de los algonquines. Lo notable es que volvemos á encontrarlo en la América del Mediodía, al Oriente en la lengua tupí y al Occidente en la quichua y la aymara, dándose el particular fenómeno de que no lo hay ya ni en la chilena ni en la moxa. Esta comunidad de formas especiales en pueblos tan distantes unos de otros, comunidad que veremos despues en otras manifestaciones del espíritu, es verdaderamente para hacer pensar al hombre menos reflexivo y á su tiempo he de tomarla en cuenta.

Veamos ahora las formas de ese dual de nueva especie. Los pronombres per-

sonales en el chippewa son: *nin* ó *ne*, yo; *kin* ó *ke*, tú; *win*, *we* ú *o*, aquel; *ninowin* ó *nenowind*, nosotros (forma indeterminada); *kinowin* ó *kenowind*, nosotros (forma determinada); *kinowaw* ó *kenaw ιw*, vosotros; *winowaw*, aquellos. Las formas determinada é indeterminada se distinguen, como se ve, sólo por la letra inicial: la *u*, característica de la primera persona del singular, en la indeterminada, y la *k*, característica de la segunda, en la determinada. Hacen con frecuencia estos mismos pronombres las veces de posesivos ya solos, ya sustituida la terminacion del nombre por la de *aim*, *eem*, *im*, *om*, *um* ó *aum*; mas hay otros á las relaciones de posesion privativamente aplicados. *Yaun*, mi, mío, a; *yun*, tu, tuyo, a; *id* ó *d*, su, suyo, a, de él, de ella; *yung*, nuestro, a (forma determinada); *yaung*, nuestro, a (forma indeterminada); *yaig*, vuestro. a; *waud*, su, suyo, a, de ellos, de ellas. Los pronombres personales, aún haciendo de posesivos, van ordinariamente sueltos cuando no empieza por vocal el nombre ó el verbo que acompañan; los demás, siempre sufijos. *Mokomahn*, cuchillo; *ne mokomahn*, mi cuchillo; *ke mokomahn*, tu cuchillo; *o mokomahn*, su cuchillo. *Yshkodai*, fuego; *nin dishkod-aim*, mi fuego; *ke dishkod-aim*, tu fuego; *o dishkod-aim*, su fuego, el de él ó de ella; *ke dishkod-aim-i-nun*, nuestro fuego (forma determinada); *ne dishkod-aim-i-nun*, nuestro fuego (forma indeterminada); *ke dishkod-aim-i-wau*, vuestro fuego; *o dishkod-aim-i-wau*, su fuego, el de ellos ó ellas. *Aindau*, morada; *aindau-yaun*, mi morada; *aindau-yun*, tu morada; *aindau-d*, su morada, la de uno; *aindau-yaung*, nuestra morada (forma determinada); *aindau-yung*, nuestra morada (forma indeterminada); *aindau-yaig*, vuestra morada; *aindau-waud*, su morada, la de muchos. Nótese al paso como en todas las lenguas que hasta aquí hemos visto hay posesivos equivalentes á los *leur* y *leurs* de los franceses.

La division de los nombres en animados é inanimados no parece que influya gran cosa en la estructura de esos pronombres. Solo sé que, cuando van con nombres animados, toman en la tercera persona del singular la sílaba *un* y en la del plural la letra *n: Monido*, el Grande Espíritu, con el su en singular es *o Monid-om-un*, y con el su en plural, *o Monid-om-i-wau-n*. No sucede así ya con los pronombres demostrativos. Con los nombres animados, ese, este, segun leo en Schoolcraft, es *maubum*, *wohow;* aquel, *ahow*; esos, estos, *maumig*; aquellos, *igeu*, *ogoo*; con los inanimados ese, este, *maundun ohoo*; aquel, *cheu*; esos, estos, *maumin*; aquellos, *ineu*, *onoo*.

En la lengua tupí hay que observar tambien algo más que las formas determinada é indeterminada del pronombre. Allí yo es *ché*; tú, *nde*; vosotros, *pée*; nosotros, *oré* y *ñandé*: *oré* en la forma indeterminada y *ñandé* en la determinada. El y ellos se traduce á lo que entiendo por *aé* y *oyoehé*. Aunque estos son los pronombres personales, no sirven para la conjugacion del verbo. Tampoco ningunos otros, ya que segun Ruíz de Montoya son, nó pronombres, sinó meras notas las que en el verbo determinan las personas. Yo enseño, tú ense-

ñas, etc., *a-mboè*, *ere-mboè*, *o-mboè*, *oro-mboè*, *ña-mboè*, *pe-mboè*, *o-mboè*.

Antepuestos estos pronombres á nombres, se hacen posesivos, pero sólo en las primeras y segundas personas. *Tè*, nombre: *che-re-ra*, mi nombre; *nde-re-ra*, tu nombre, etc. Se forma ó se suple por mejor decir el posesivo de tercera persona dando por letra inicial la *h* ó la *g* á los nombres que empiezan por *r*, por *h* ó por *t* y reciben por cualquier motivo *r*, é *y* ú *o* á los que no reunan estas condiciones. *Tè* ó *tera*, nombre: *hera*, *guera*, su nombre. *Yara*, amo: *yiara*, *oiara*, su amo. Adviértase que no es indiferente usar la *h* ó la *g* ni la *i* ó la *o*: *hera* equivale al *nomen ejus* de los latinos; *guera* al *nomen suum; yiara* al *dominus ejus*; *oiara* al *suus dominus*.

No ofrecen menos particularidades los pronombres quichuas. Son allí personales *ñocca*, yo; *kan*, tú; *pay*, él; *ñoccanchic* ó *ñoccanchis*, nosotros (forma determinada); *ñoccayku*, nosotros (forma indeterminada); *kanchic* ó *kanchis*, vosotros; *paypay*, ellos. En vez de *ñoccanchis* y *ñoccayku* cabe emplear *ñoccanchiccu*, *ñoccanchickuna* y *nocaykukuna*; en vez de *kanchic*, *kankuna* ó *kanchickuna;* en vez de *paypay*, *paykuna*. Bajo todas sus formas los seis pronombres son declinables. *Ñocca*, *ñoccap*, *ñoccapac*, *ñoccacta*, *ñoccarayku*.

Con los genitivos de estos pronombres se puede suplir los posesivos; pero hay posesivos propios: *y*, *niy* ó *ninñiy*, mi mío; *yki*, *niyki* ó *ninñiyki*, tu, tuyo; *n*, *nin* ó *ninñin*, su, suyo, de él ó de ella; *nchic*, *ninchic*, ó *ninñinchic*, nuestro (forma determinada); *yku*, *niyku* ó *ninñiyku*, nuestro (forma indeterminada); *ykichic*, *niykichic* ó *ninñiykichic*, vuestro; *n*, *nku* ó *ninñinku*, suyo, de ellos ó de ellas. Van estos pronombres sufijos siempre al nombre. La triplicidad de sus formas obedece á razones meramente eufónicas. Usase la primera con los nombres que acaban por vocal y las otras con los que terminan por dos vocales ó una consonante. *Yaya-y*, mi padre; *yaya-iki*, tu padre; *yaya-n*, su padre; *yaya-nchic*, nuestro padre (forma determinada); *yaya-yku*, nuestro padre (forma indeterminada); *yaya-ikichic*, vuestro padre; *yaya-n* ó *yaya-nku*, su padre, el padre de ellos.

Adviértase ahora que el nombre con su posesivo puede pasar de singular á plural y declinarse por las ya establecidas reglas. *Yaya-i*, mi padre: genitivo, *yaya-y-pa*; dat. *yaya-y-pac*; ac. *yaya-i-ta*. *Yaya-i-kuna*, mis padres: genitivo, *yaya-i-kuna-p;* dat. *yaya-i-kuna-pac*; ac. *yaya-i-kuna-cta*.

Aquí tambien los posesivos son los pronombres que sirven para la conjugacion del verbo. *Apay* es llevar: yo llevo, tú llevas etc., *apa-n-y*, *apa-n-ki*, *apa-n*; *apa-nchic* y *apa-yku*; *apa-nkichic*, *apa-nku*. En algunos tiempos van intercalados. Que yo lleve, que tú lleves, etc., *apa-y-man*, *apa-nki-man*, etc.

Tiene el quichua demostrativos y tambien los declina. *Kay*, este, *chay*, ese; *chakay*, aquel; *kaykay* ó *kaykuna*, éstos; *chakaypa*, *chakaypac*, de aquel, para aquel; *chakaykunapac*, de aquellos.

Esta declinabilidad de los pronombres y los nombres dudo que se la encuentre en ningun otro idioma de América.

Pronombres relativos, interrogativos, indefinidos, etc. Suplimos nosotros con frecuencia los pronombres relativos por el uso de los participios. *El exponente* decimos por el que expone; *el apelante* por el que apela; *el creyente* por el que cree; *el amante* por el que ama. *La carta recibida* decimos tambien por la carta que se recibió; *las arengas pronunciadas* por las arengas que se pronunció; *la víctima elegida* por la víctima que se eligió. No es tampoco raro que digamos *el año venidero* por el año que ha de venir y *el examinando* por el que se ha de examinar ó ser examinado. En muchos idiomas de América este es el mejor y casi el único medio de indicar lo que aquí determinamos por los pronombres relativos. No se emplea á veces ni aún este medio. *Yman chacay qqellay waskka wankin chaytа?* leo en un drama quichua. Literalmente traducido: *¿qué esta de hierro cadena oprime á ella?* es decir ¿qué significa esta cadena de hierro que la oprime?

En quichua, fuera de los pronombres personales, los demostrativos y los posesivos, no los hay, que yo sepa, sinó interrogativos é indefinidos: *pi*, ¿quién? *ima*, ¿qué?; *maychika*, ¿cuántos? ¡cuántos!; *sapa*, cada uno; *wakilla*, algunos; *wakin*, los otros, el resto; *tukuy*, todo; *tukuy-tukuy*, todos.

Entiendo que sucede lo mismo en la lengua de los tupíes. ¿Quién? ¿cuál? *abape*, *humabae*; ¿cuántos? *mbobi pe*; algo, *mbae amó*; alguno, *amó*; muchos, *hetá*; cualquiera, refiriéndose á cosas, *mbae tety-ruá*; refiriéndose á personas, *aba tety ruá*; todo, todos, *opa*, *opacatú*, *mome*, *memey*, *memengatú*.

Observo lo mismo en la lengua chibcha. Encuentro en ella pronombres interrogativos ó indeterminados, nó nuestros relativos. ¿Quién? es *xi*, *xis*, ó *xie*; ¿qué? *ipcuo;* ¿cuántos? *ficaz*; alguno, algunos, *atabe*; cada uno, *achic achic*; mucho, muchos, *fie*; todo, todos, *azonuca* ó *apuyuuca*.

Hallo ya nuestro relativo en el grupo de las lenguas mayas. *Ri* en la quiché es relativo y demostrativo; significa aquel, ese, el que y tambien «que» á secas. *K' ahaual Qabauil ri x-u ban cah uleuh*, nuestro señor Dios, que hizo el cielo y la tierra. El relativo interrogativo es totalmente distinto. ¿Qué? se traduce por *pazvari*; quién por *naki*, *achinak* ó *apachinak*, que suelen llevar intercalados los pronombres personales: *¿apa-in-chinak*? ¿quién soy yo? *¿apa-at-chinak?* ¿quién eres tú? *¿apa-yx-chinak?* ¿quiénes sois vosotros?

En la lengua maya ó yucateca corresponden tambien á nuestro relativo «que» los pronombres *ca*, *mac*, *maax*, en plural *maxaob*, todos declinables. Los interrogativos son casi los mismos: *baax*, *maax*, *maac*; y los indefinidos *uamac*, alguno; *mixmac*, nadie; *uamax*, cualquiera, refiriéndose á personas; *cexmax*, cualquiera, refiriéndose á cosas; *mixbaal*, nada; *yaab*, muchos; *dzesedz*, pocos; *hedzani*, cierto, cierta persona.

En la lengua nahuatl, segun Olmos, hay los siguientes interrogativos: *ac*,

aqui, *aquin*, ¿quién? *aquique*, ¿quiénes?; *tli*, *tle*, *tlein* ó *catli*, *catle*, *catlein* ¿qué? con relacion á un solo objeto; *catlique*, *catleique* ó *catleime*, ¿qué? con relacion á muchos. Dejan estos de ser interrogativos segun el mismo autor y segun Pimentel cuando los precede la partícula *in*, que es allí de grande uso. Asi *tle tai* significa ¿qué haces? y *in tlein ticchiua*, lo que haces tú. No acierto con todo á ver en aquel idioma el relativo absoluto del nuestro, como no sea cierto que *in* pueda hacer por sí solo las veces de relativo, segun asegura el mismo Pimentel al traducir del nahuatl el *Padre Nuestro*. *In aquin*, segun Olmos, es, nó «que», sinó el que; y *in tlein*, nó «que», sinó lo que. *In aqui* ó *in aquin* por otra parte equivale para este mismo gramático á «cualquiera que» y participa del carácter del pronombre indefinido. *Catlehuatl* es tambien relativo, mas sólo aplicable á nombres de seres inanimados. Entre los indefinidos son de notar *aca*, alguno; *acame*, algunos; *ceceme* ó *ceceyaca*, cada uno.

No hay ya pronombres relativos ni en el ópata, ni en el eudeve, ni en el pima, ni en el tepehuan, ni en el cahita, ni en el cora, ni en el mixteca, ni en el mame, ni en el huaxteco, ni en el totonaco. Se dice que son relativos en el otomí *tóo*, *gui* y *gue;* en el zapoteco *ni;* en el tarasco *ki*, pospuesto á los personales; en el mutsun *numan;* mas yo entiendo que ninguno participa del absolutismo del nuestro. Digo más, y es que aún en las lenguas donde lo hay dista de tener la frecuente aplicacion que entre nosotros. Permite la especial índole de aquellos idiomas suprimirlo sin que el interlocutor deje de apreciar la relacion que se establezca entre dos ideas ó dos frases; y se lo suprime frecuentemente. Pronombres interrogativos raro es, repito, el idioma que no los posea.

En las lenguas algonquinas se ha disputado mucho sobre si hay ó nó nuestro relativo. Duponceau se decide por la afirmativa; mas segun sus propios ejemplos con escaso motivo. Si de la voz lenapi *anwen* se hace *ewenikia*, *anweni* y *anwenik*, que significan «¿quién soy yo? ¿quién es él? ¿quiénes son ellos?» dicho se está que así este *anwen* de los lenapis como el *owa* de los menomenis y el *win* de los chippewas son pronombres interrogativos. Opina tambien Schoolcraft que hay en el chippewa nuestro relativo y presenta los siguientes ejemplos: *win kaw unnonik*, el que os envió; *win kaw geedood*, el que os dirigió la palabra. Este, como ve el lector, no es tampoco nuestro relativo absoluto. Fuera del grupo de las lenguas mayas dudo á la verdad que lo hubiese en ninguna otra de América.

CXLIV.

Estado intelectual.—Lenguas.—Analogía.—El verbo y las demás partes de la oracion.

El verbo. En muchas lenguas americanas se distingue el verbo por su fuerza de incorporacion y la multiplicidad de sus formas. Incorpórase no solamente los pronombres, sinó tambien los nombres que rige, los adverbios y á veces hasta las conjunciones y las preposiciones. Tiene por otra parte multitud de conjugaciones, de voces y de modos. Parécese mucho en esto al verbo vascongado que segun Zavala cuenta diez y seis personas, cuarenta tiempos, ocho modos, tres voces y entre usuales y anticuadas doscientas seis conjugaciones. Nace en el vascuence esta prodigiosa variedad: 1.° del uso de conjugaciones diversas para el trato cortés y para el trato familiar; 2.° del empleo de conjugaciones diversas dentro de las del trato familiar segun sea varon ó hembra la persona con quien se hable; 3.° de la diversidad de conjugaciones en los verbos activos conforme sea la persona del pronombre que constituya el régimen directo; 4.° de la que hay para los verbos activos y los neutros segun la persona del pronombre que sirva de régimen indirecto y las que hay para cuando concurran los dos regímenes; 5.° de la existencia de conjugaciones simples y compuestas; 6.° de haber, además de las voces activa y pasiva, una voz neutra ó mixta; 7.° de que, además de los modos de la lengua castellana, hay uno optativo, otro condicional y otro consuetudinario; 8.° de que cada uno de los ocho modos tiene sus tiempos á excepcion del optativo, que no cuenta sinó uno; 9.° y último, de que son siete los tiempos del indicativo, dos los del imperativo, cuatro los del subjuntivo, seis los del condicional y los del potencial y doce los del consuetudinario por existir pretéritos y futuros próximos, remotos y conjeturales.

Conjugaciones de transicion. De las particularidades de este verbo la más general en los idiomas de América es la diversidad de conjugaciones transitivas ó relativas, es decir la de las conjugaciones á que dan orígen los pronombres regidos. En algunos, en el nahuatl por ejemplo, no son estos pronombres, á pesar de ir incorporados al verbo, motivo de conjugaciones diferentes ni modifican siquiera las ordinarias como no sea por razon de eufonía; pero lo son en la mayor parte. Yo te amo es en nahuatl *ni-mitz-tlazotla;* yo le amo *ni-c-tlazotla*: tú me amas, *ti-nech-tlazotla*; aquel los ama, *quin-tlazotla*; vosotros me amais, *an-nech-tlazotla*, etc.; frases todas, donde van como en las nuestras íntegros los pronombres sugeto y los pronombres objeto. No sucede así ya, y lo tomo tambien por ejemplo, en el idioma de Chile. Yo amo, tú amas, aquel ama, etc.,

es aquí en singular *ayu-n*, *ayu-ymi*, *ayu-y*; en plural *ayu-yu*, *ayu-ymu*, *ayu-igu;* en dual; *ayu-iñ*, *ayu-imu*, *ayu-ign* ó *igen*.—Yo le amo, tú le amas, etcétera, *ayu-vi-n*, *ayu-vi-mi*, *ayu-vi*, *ayu-vi-yu*, *ayu-vi-mu*, *ayu-vi-mu*, *ayu-vi-ng*, etc.—Yo te amo, *ayu-e-imy* ó *ayu-e-yu*; yo ó nosotros os amamos, *ayu-e-ymu*, en dual, *ayu-e-ym*, en plural.—Tú me amas, *ayu-en*; vosotros me amais, *ayu-mo-n;* tú ó vosotros nos amais, si dual, *ayu-mo-yu*, si plural *ayu-mo-yñ*.—Aquel te ama, *ayu-e-y-mo*; aquel os ama, dual ó plural, *ayu-e-ymu-mo*.—Aquel me ama, *ayu-e-no*; aquel os ama, si dual, *ayu-e-yu-mo*, si plural, *ayu-e-yn-mo*.—Yo me amo, tú te amas etc., *ayu-u-n*, *ayu-u-mi*, *ayu-u-y*, etc. Aquí, como se ve, constituyen ya las relaciones entre los pronombres de distinta persona conjugaciones diversas como en el vascuence.

Seis resultan ser las conjugaciones transitivas del chileno. En el quichua hay cuatro: una para el caso en que el pronombre sugeto sea el de primera persona y el pronombre objeto el de segunda; otra para el caso en que el objeto sea el de segunda y el sugeto el de tercera; otra para el caso en que el objeto sea el de segunda y el sugeto el de primera y otro para el caso en que el de tercera sea el sugeto y el de primera el objeto. El moxo no puede en realidad pretenderse que los tenga, ya que añade á las desinencias de la conjugacion ordinaria el pronombre objeto en la forma del posesivo contracto. Dos encuentro en el tupí; una para cuando el sugeto es pronombre de primera persona y el objeto de segunda y otra para cuando el de primera es objeto y el de segunda sugeto. Yo te enseño, *che oro-mboé*; yo os enseño, *che opo-mboé*; nosotros te enseñamos, *oré oro-mboé*; nosotros os enseñamos, *oré opo-mboé*. *Oro*, *opo* son las notas características de esta conjugacion. Tú me enseñas, *che-mboé-epé*; vosotros me enseñais, *che mboé-epeyepé*; tú nos enseñas, *oré-mboé-epé;* vosotros nos enseñais, *oré-mboé-epeyepé*. *Epé*, *epeyepé* son en esta conjugacion las características.

En el idioma chibcha no hay conjugaciones transitivas. Tampoco en el maya ni en el quiché, muy parecidos en este punto al de los nahuas. Se las vislumbra en el mame y en el huaxteco y se las vuelve á encontrar en el totonaco. *Paxki-a*, tú amas; *kin-paxki-a*, tú me amas; *kin*, la nota característica. *Kila paxki-yauh*, tú nos amas, vosotros nos amais: nota característica, *kila*. *Kinca paxki-a-n*, él nos ama; características, *kinca* y *n*. *Kinca paxki-goy-an*, ellos nos aman: *kinca* y *an*, las características. *Paxki-a-n*, te amo; *ikka paxki-a-n*, te amamos: características; para el singular *n*, para el plural *ikka* y *n*. *Paxki-goy-an*, te aman: *an*, característica, etc., etc.

En las lenguas algonquinas hay las seis conjugaciones de transicion. Yo te oigo, yo le oigo, yo lo oigo, yo os oigo, yo los oigo, *kinòndòn*, *kinóndawâ*, *ninóndan*, *kinòndonim*, *ninòndowàg*. Tú me oyes, tú le oyes, tú lo oyes, tú nos oyes, tú los oyes; *kinòndò*, *kinòndòwa*, *kinòndan*, *kinôndôwim*, *kinôndowag*. El me oye, él te oye, él le oye, él lo oye, él nos oye, él os oye, él los oye: *ninóndag*, *kinóndag*, *onòndawân*, *onôndan*, *ninòndagonan*, *kinóndagowâ*, *onón-*

dowan. Nosotros te oimos, nosotros le oimos, nosotros lo oimos, nosotros os oimos, nosotros los oimos: *kinôndonimi*, *kinôndowânan*, *ninôndamin*, *kinôndonimi*, *ninôndowânanig.* Vosotros me oís, vosotros le oís, vosotros lo oís, vosotros nos oís, vosotros los oís: *kinôndowim*, *kinôndowanan*, *kinôndam*, *kinôndowimin*, *kinôndowawag.* Ellos me oyen, ellos te oyen, ellos le oyen, ellos lo oyen, ellos nos oyen, ellos os oyen, ellos los oyen: *ninôndagog*, *kinôndagog*, *kinôndawara*. *onôndanèwa*, *ninôndagônanig*, *kinôndagôwag*, *onondawawan.* Tomo este ejemplo del chippewa: por el *le* me refiero á las cosas animadas y por el *lo* á las inanimadas.

Conjugaciones reverenciales. En ninguna lengua americana, que yo sepa, hay para el trato familiar las conjugaciones del verbo vascongado, pero las hay en alguna para el trato con las gentes que nos merecen profundo cariño ó respeto. Tal es la de los nahuas, que tiene, no sólo verbos, sinó tambien nombres, pronombres, adverbios y aun conjunciones de formas reverenciales. *Netzahualcoyotzin* y *Netzahualpiltzin* llamaron antiguamente á sus reyes Netzahualcóyotl y Netzahualpilli, y hoy cuando quieren mostrar acatamiento ó deferencia cambian todavía en *tzin* ó en *tzintli* la terminacion de muchas voces. Hacen de *Pedro*, Pedro, *Pedrotzin*, mi señor Pedro; de *ilama*, vieja. *ilamatzin*, vieja honrada; de *cihuatl*, mujer, *cihuatzintli*, mujer de mi respeto, y aún de *tehoatl*, tú, *tehoatzin*, de *amo*, no, *amotzin*, y de *auh*, y, *auhtzin*, forma que parece increible. De los nombres y los pronombres conservan la modificacion en los plurales. *Ilamatcatzitzintin*, *cihuatzitzintin* dicen; y tambien *amehoantzitzin*, vosotros.

Quieren guardar la misma reverencia en los verbos y lo verifican dándoles la conjugacion reflexiva y una de las siguientes terminaciones: *lia*, *ltia*, *tia*, *huia* ó *tzinoa.* *Tlazotla*, amo: *ni-te-tlazotla*, yo amo, conjugacion activa; *ni-no-tlazotla*, yo me amo, conjugacion reflexiva; *ni-no-tlazot-ilia*, yo amo respetuosamente, conjugacion reverencial. Decir ahora qué terminacion corresponda á cada verbo para hacerlo reverencial sería tarea larga, cuando son muchas las reglas y no pocas las excepciones. Consignaré sólo algunas particularidades de esa forma de verbos. Carecen los verbos reverenciales de voz pasiva. Cuando proceden de neutros, se los puede convertir en activos poniéndoles las partículas *te* ó *tla* en el lugar de los pronombres reflexivos: *ni-cualhti*, me hago bueno, es en su forma reverencial neutra *ni-no-cualhti-lia*; en su forma reverencial activa, *ni-te-cualhtilia*; hago bueno á otro. Aún derivando de neutros, admiten á la vez el régimen directo y el indirecto con que se les quite los pronombres reflexivos y se les reduplique la terminacion: hago bueno á Pedro el hijo, *ni-c-cualh-ti-li-lia Pedro yxilhtzin.* La *c* es el pronombre objetivo de tercera persona.

No descubro en ningun otro idioma esta singular conjugacion como no sea en el zapoteco, donde se hace reverenciales los verbos por la adicion de la desi-

nencia *zika*; pero si pronombres reverenciales y entre ellos uno que modifica la conjugacion general del verbo. *Yobina* en zapoteco es un pronombre parecido al *Usted* castellano. Se lo usa en lugar del tú cuando se habla con los superiores y tambien cuando de ellos se habla, bien que en este caso se le suele cambiar la *a* final en *i*, diciendo *yobini*. Tambien en el mixe tú es *ix*, *mitz*, *mi*, *mim*, si nos dirigimos á iguales, y *mih* si á personas de mayor categoría. En el matlanzica la forma reverencial es una partícula, la partícula *hua*, pero acompañada siempre de un pronombre posesivo: *hua-tha-mi*, mi respetado padre; *hua-ni-hui*, mi respetada madre.

El pronombre reverencial más importante lo encuentro en la lengua de los quichés. Es el pronombre *Lal* ó *La*: *lal* cuando precede al nombre y *la* cuando lo sigue. Equivale, segun los autores que tengo á la vista, á casi todos nuestros tratamientos, desde el de Usted al de Vuestra Alteza. En plural es *alak*. *Lal ahau*, *oh munib La*, Gran Señor, somos vuestros esclavos. *Eh alak*, de Ustedes ó de Vuestras Excelencias. ¿*Apachinak La*? *apachinak Lak*? ¿quién es Usted? ¿quienes son Ustedes? Se lo emplea lo mismo en nominativo que en acusativo. *Veta Lal ahtogol*, *chi ka logoh-ta La:* si Usted fuese misericordioso, nosotros amaríamos á Usted, es decir le amaríamos. Exige ese *Lal* como nuestro Usted que se ponga el verbo en tercera persona, y lo especial es que obliga al uso de la voz pasiva aun cuando se tome el verbo en su significacion activa. Más ó ménos altera casi siempre la forma de los tiempos: en el de presente pide que se le anteponga la partícula *ca*, sincopada si el verbo empieza por *a*, *o* ó *u* y convertida en *qu'* si empieza por *e* ó *i*. *Lal c'ahauanic*, Usted manda; *qu'il Alak*, Ustedes ven; *chi logoh La*, Usted lo amará; *veta qu'il La*, si Usted viera.

Conjugaciones positivas y negativas. No hay conjugaciones negativas en el verbo vascongado, y lo hay en el de algunas lenguas americanas. Esta es indudablemente una de las más prominentes particularidades de aquellos idiomas. No la vemos ni en el griego, ni en el latino, ni en los que de ellos dimanan. Es verdad que en el latino hallamos verbos por decirlo así negativados, como *nescio*, *nequeo* y *nolo;* pero tambien lo es que *nescio* y *nequeo* en nada alteran la conjugacion de sus positivos *scio* y *queo*, y *nolo* si cambia algun tanto la de *volo*, nó en las desinencias. *Nolumus*, *nollemus* no vienen en rigor á ser más que la contraccion de *non-volumus*, *non-vellemus*. Este hecho es además en aquel idioma un mero accidente, ya que no nace de regla alguna aplicable á otros verbos. Aun teniendo el inglés formas generales para imprimir á sus verbos positivos carácter negativo, no es en modo alguno asimilable á los de América. Recurre el inglés para esto, nó á la modificacion inicial ni final del verbo positivo, sinó á suplir su conjugacion por la de otro verbo, el verbo *to do*, y poner entre los dos el adverbio negativo. *I speak*, yo hablo; *i do not speak*, yo no hablo. *I called*, yo llamaba; *i dit not call*, yo no llamaba.

Véase la conjugacion negativa del verbo chippewa y se verá al punto la diferencia. Yo oigo, tú oyes, etc.: *ninôndom*, *kinôndom*, *nôndom; ninôndamin*, *kinôndam*, *nôndumog*. Yo no oigo, tú no oyes, etc.: *ninôndozi*, *kinôndozi*, *nôndozi; ninôndozimin*, *kinôndozim*, *nôndoziwog*. Yo soy oido, tú eres oido, etcétera: *ninôndago*, *kinôndago*, *nôndowa; ninôndagomin*, *kinôndagom*, *nôndawawog*. Yo no soy oido, tú no eres oido, etc.: *ninôndagosi*, *kinôndagosi*, *nindowasi; ninôndagosimin*, *kinôndagosim*, *nôndowasiwog*. Aquí lo mismo en la voz activa que en la pasiva se hace negativo el verbo por la modificacion de sus terminaciones. Se cambia la letra final de las personas del singular por la sílaba *zi* en la voz activa y la *si* en la pasiva, se interpone en la pasiva la sílaba *si* entre la característica de esta voz y las desinencias de las personas plurales y en la voz activa las letras *ozi* entre las desinencias de las personas plurales y la radical del verbo. La tercera persona del plural de la voz activa no obedece del todo á la regla.

Ni vaya á creerse que la regla sirva para todos los tiempos y todas las conjugaciones. En el fondo es siempre la misma, pero las variantes en la colocacion de las partículas de negacion no dejan de ser muchas. Dí no ha mucho las conjugaciones transitivas: vea el lector algunas de sus variantes. *Kinôndôn*, *kinôndo-si-nôn*. *Ninôndan*, *ninôndô-zi-n*. *Ninôndowâg*, *ninôndo-wa-si-wâg* *Kinôndô*, *kinôndô-wi-si*. *Kinôndôwag*, *kinôndowâ-si-g*. *Ninôndag*, *ninôndag-osi*. *Kinôndonimi*, *kinôndo-si-nomini*. *Onôndanèwa*, *onôn-dozi-nâ-wâ*.

En la lengua nutka debe de haber tambien conjugaciones negativas. De *wik*, no y *kumotop* entender, se hace *wikahkumopot* y *wimmutomah*, yo no entiendo. Debe de haberlas tambien en la comanche, ya que en ella *netzarè* significa yo soy y *ne tza-ke* yo no soy; *ne tzareno* yo seré y *ne tzare-ne-ke* yo no seré; *ne tzareja* yo era y *ne tzareja-ke* yo no era. El *ke* resulta aquí ser el signo de las conjugaciones negativas. No las veo en la lengua nahualt para todos los tiempos; mas sí para el imperativo. *Ma nitlapia*, *ma xitlapia*, *ma tlapia; ma titlapiacan*, *ma xitlapiacan*, *ma tlapiacan* es guarde yo, guarda tú, guarde él, etc.; *ma mitlapix*, *ma titlapix*, *ma tlapix*; *ma titlapixtin*, *ma antlapixtin*, *ma tlapixtin*; no guardo yo, no guardes tú, etc.: *ma nipialo*, *ma xipialo*, *ma pialo*; *ma tipialocan*, *ma xipialocan*, *ma pialocan;* sea yo guardado, se tú guardado, etc.: *ma nipialo*, *ma tipialo*, *ma pialo*; *ma tipialotin*, *ma ampialotin*, *ma piolatin;* no sea yo guardado, no seas tú guardado, no sea aquel guardado, etc. Obsérvese la identidad de formas para la primera y la tercera persona del singular en los dos imperativos de la voz pasiva: en la pronunciacion debe de estar la diferencia.

Bajando al Sur no encuentro ya conjugaciones negativas hasta la tierra de Honduras. Allí en la lengua de los mosquitos yo hago es *daukisne*, y yo no hago *daukrusne*; yo haria, *daukatne*, y yo no haria *daukruskatne;* yo hice ó he hecho, *daukre* y yo no hice ó no he hecho, *yung daukrus*; yo haré, *daukamne*

y yo no haré, *daukamme-apia;* haz, *daux* y no hagas, *daukparama*, etc. En esta singular lengua hallo, no sólo formas negativas, sinó tambien formas interrogativas, ya negativas, ya positivas. ¿Hago yo? ¿*daukisneke*? ¿No hago yo? ¿*daukrusneke*? ¿No haces tú? ¿*daukrusmake*? ¿No haré yo? *daukamne apiake*? El *ke* es aquí la partícula característica de la interrogacion; cuál sea la de la negacion sería difícil determinarlo.

En lenguas mucho más al Sur vuelvo á ver conjugaciones negativas como las del chippewa: en la tupí y la chibcha. En la chibcha se hace negativo el tiempo de presente con sólo posponer la sílaba *za* á cada una de las personas. *Ze-bcuiscua*, yo hago; *ze-b-cuiscua-za*, yo no hago. Con la sílaba *za* se hace tambien negativo el de pretérito cuando este no acaba en *o* ni en *qui*. Si termina en *o*, se sustituye esta vocal por aquella sílaba; si en *qui* se sustituye por *za* la *q* y la *u*. *Zeguity*, yo azoté; *zeguityza*, yo no azoté. *Zeguqui*, yo dije; *zeguyza*, yo no dije. *Zemnypcuao* yo he entendido; *zemnypcuaza*, yo no he entendido. Se hace negativo el futuro con sólo cambiarle en *zynga* la terminacion, que es *nga* ó *nynga*. *Zebcuynga*, yo haré; *zebcuyzinga*, yo no haré. Se forma ya el imperativo y el supino negativos por otro procedimiento. Se puede tomar el imperativo del futuro y seguir la regla que para éste se dió cambiando *umcuynga* por *umcuyzynga*, no lo harás ó no lo hagas, y tambien anteponiendo al imperativo el adverbio *pcuyns* y posponiéndole no sólo la sílaba *za* sinó tambien la *sa* como afijas. *Pcuins unmanga* significa vete y *pcuin am-za-sa*, no vengas. El primer supino por fin se lo negativa subrogándole por la negacion *zaniua* la terminacion *iua*. *Ze guitysua*, para que yo haga; *zebcuyzaniua*, para que yo no haga. No hay en la lengua chibcha verdadero subjuntivo.

En la lengua tupí la conjugacion negativa es bastante regular. La constituyen para unos tiempos las partículas iniciales *na*, *nda* y la final *î* y para otros las finales *y*, *emė* ó *ymė*, algunas modificadas por las leyes de la eufonía. *Amboė*, *ereemboė*, *omboė; oromboė* y *ñamboė*, *pemboė*, *omboė*; yo enseño, tú enseñas, etc. Forma negativa: *n-amboe-î*, *nd-eremboė-î*, *n-omboė-î*; *nd-oromboė-i* y *ni-namboė-î*, *na-pemboe-ì*, *n-omboė-î*. *Emboė* ó *teremboė*, *tomboė; pemboė* ó *tapemboė*, *tomboė;* enseña tú, enseña aquel: enseñad vosotros, enseñen aquellos. Forma negativa: *emboė emė* ó *imė*, *tomboė emė*; *pemboė emė* ó *imė tomboė imė*. El modo indicativo negativo va con la primera forma; y el imperativo, el subjuntivo y el infinitivo con la segunda. Las variantes son empero muchas. *Mboė*, enseñar; *mboė eym*, no enseñar. *Mboė hagüera*, haber enseñado; *mboė hagüereyma*, no haber enseñado. *Amboeramo*, como yo enseñe; *amboė eymamo*, como yo no enseñe, etc. La conjugacion negativa se extiende á la voz pasiva pero sólo con la segunda forma y ésta modificada. *Imboepira che*, *imboepira nde*, *imboepira cuibae*, yo soy enseñado, tú eres enseñado, aquel es enseñado. Forma negativa: *imboepir-eym-a che*, *imboepir-eyn-de*, *imboepir-ey cuibae*, etcétera.

He dejado para lo último el verbo quiché porque en realidad no tiene conjugaciones negativas y sí tan sólo negaciones que cambian ó se modifican segun los tiempos y modos del verbo y alteran notablemente los pronombres objetivos que lo acompañan. Las principales negaciones del quiché son *ma*, *man* ó *mana* y *mavi*. Se usa preferentemente de *mavi* con el futuro y el imperativo y de *man* ó *mana* con los demás tiempos, debiéndose advertir que á éstos hay que posponerles la partícula *tah*, lleven uno ú otro de los dos adverbios. *Mana xiv'oyobeh-tah*, no aguardo; *man ca v'il tah*, no veo; *mavi ch ar'il* no verás; *mavi x-in logoh-tah qaxtokol*, no amé la mentira. El cambio que con la negacion sufren los pronombres objetivos, sobre todo en el imperativo, es más notable. «No me» es *m'in min;* no te, *m'at mat;* no le, *ma*; no nos, *m'oh moh;* no os, *m'yx myx;* no lo, *m'e me*.

Conjugaciones activa, absoluta y neutra. La lengua española nos permite usar en sentido absoluto así los verbos activos como los neutros. «Amo desde mozo, decimos, subió como la espuma, leeremos una hora por dia, trabajareis mañana.» Esto en muchas lenguas americanas es imposible. En ellas debe llevar siempre el verbo activo algo que más ó ménos vaga ó concretamente indique objeto de accion. En la nahua, por ejemplo, se traduce el «yo amo» nó por *ni-tlazotla* sinó por *ni-te-tlazotla* ó *ni-tla-tlazotla*, que equivalen á «yo amo á alguno, yo amo alguna cosa.» Usase del *te* cuando se quiere dar á entender que el término de la accion es racional ó cuando menos animado, y preferentemente del *tla* cuando inanimado, aconteciendo no pocas veces que se junte el *tla* al *te* como para embeber en el verbo la idea de los dos regímenes, el directo y el indirecto. Yo doy, es en aquel idioma *ni-tla-maca*, doy algo, y tambien *ni-te-tla-maca*, doy á alguien algo.

A tal punto llevan esto los nahuas que, áun cuando va expreso en la oracion el régimen directo, si este no es pronombre, intercalan en el verbo algo que ostensiblemente le imprima el carácter de activo: una *c* en la segunda persona del singular y en las primeras de singular y plural, la partícula *qui* en la segunda del plural y en la tercera de ambos números como esté en singular el régimen, y la partícula *quin* como esté en plural y de plural sea susceptible. *Ni-c-tlazotla in oquichtli*, yo amo al hombre; *ti-c-tlazotlah in taoyutl*, nosotros amamos la guerra; *ni-quin-tlazotla in puchteca*, amo á los mercaderes.

Se puede convertir los verbos activos en neutros y nó en absolutos. Se hace neutros á muchos con dejar de intercalarles el *te* y el *tla*, pero no siempre con la sola supresion de estas partículas. Algunos mudan, además, la terminacion en el pretérito y el futuro. *Ni-tla-tliloa*, yo ensucio algo, es en el pretérito *o-ni-tla-tlilo* y en el futuro *ni-tlatliloz*; y *ni-tliloa*, ensúciome, es *ni-tliloaz* en el futuro y *ni-tliloak* en el pretérito. Hácese tambien neutros los verbos activos, y esto es lo más frecuente, cambiándoles la sílaba final; *oa* en *ni*, *tza* en *ka*, *ma* en *mi*, *nia* en *ni*, *loa* en *tia*. *Ni-tla-poloa*, destruyo algo; *polihui*,

destruyese. *Ni-tla-momolotza*, muevo el agua; *momoloca*, hierve el agua, mana la fuente. *Ni-tla-ciotoma*, descoso algo; *ciotomi*, descósese. *Ni-te-cualania*, enojo á alguien; *ni-cualani*, enójeme. *Ni-tla-tzupa*, concluyo algo; *tzupi*, conclúyese. *Ni-tla-culoa*, torcer algo; *culihui* y *culhtia*, tuércese.

El verbo neutro se distingue del activo principalmente por sus terminaciones. Otro de sus distiutivos es que no lleva nunca el *te* ni el *tla* entre él y el pronombre. Inútil creo decir que tampoco tiene conjugacion pasiva.

En la lengua quiché tampoco hay verbos absolutos por más que lo afirmen algunos autores. Yo amo, tú amas, etc., es en quiché cuando se expresa el término de la accion, *ca nu logoh*, *c'a logoh*, *c'u logoh*, *ca ka logoh*, *qu'i logoh*, *ca que logoh*. Yo amo, tú amas, etc., sin régimen, es *qu'i logon*, *c'at logon*, *ca logon*, *koh* ó *k'oh logon qu'yx logon*, *que logon*. *Qui*, *cat*, *koh*, *quix*, *que* son evidentemente pronombres en acusativo que suplen la falta de régimen expreso. Empiezan todos por *c* ó por *q* porque *ca* es la nota característica del presente de indicativo y sufre contraccion al juntarse con los pronombres. La nota característica del pretérito es la *x;* y *qui*, *cat*, *koh*, etc., en pretérito son *xi* ó *xin*, *xat*, *xoh*, *xyx*, *xe*. El verbo activo, para que se lo pueda allí emplear sin caso directo, no sólo se lo ha de conjugar con estos pronombres, sinó que se le ha de cambiar también la *h* final por *n* si en *h* termina y es polisilábico. Resulta de todas maneras que tiene la lengua quiché para el verbo activo dos conjugaciones, una para cuando lleva régimen y otra para cuando no lo lleva. Es ahora digno de notarse: 1.° que no cabe dar esta segunda forma á los verbos activos cuando preceden al sugeto, y 2.° que llevan los neutros los mismos pronombres. Me hizo esto último sospechar si lo que se toma por pronombres en acusativo no son más que formas verbales, pero desvaneció mis sospechas la circunstancia de empleárselos en las conjugaciones de transicion como régimen. *Quin á logoh*, me amas; *cat nu logoh*, te amo; *quix ka logoh*, os amamos; *cat que logoh*, te aman.

En la lengua maya parece que existe ó por lo menos ha existido el verbo absoluto. *Cambezah in cah*, *cambeza a cah*, *cambezah u cah; cambezah ca cah*, *cambezah a cah-ex*, *cambezah u cah-ob* significan ó significaban simplemente yo enseño, tú enseñas, etc. *In*, *a*, *u*, *ca*, *a-ex*, *u-ob* recordará el lector que son una de las clases de los pronombres posesivos; *cah* es, como el *ca* de los quichés, signo de presente. Leo, sin embargo, en Antonio Gabriel de San Buenaventura que si se quiere dar sentido absoluto al verbo activo hay que modificarlo añadiéndole en la tercera persona del singular del pretérito el sufijo *ni*, y en las demás una *n* y en todas las del futuro la sílaba *nac*. Yo enseñé á tu padre, dice, es *in cambezah a yum;* yo enseñé, *cambezahn'en;* el enseñó, *cambezani*; yo enseñaré, *cambeza-nac-en*, ejemplos que demuestran que aquí como en el quiché la letra característica del verbo absoluto es la *n* y para hacer absoluto el activo hay tambien cambio de pronombres.

Tiene además la lengua maya conjugaciones distintas para los verbos activos y los neutros. Emplea las mismas formas para el tiempo de presente, mas nó para los otros tiempos. *In cambezah*, *a cambezah*, *u cambezah*, etc., dice, en el pretérito del verbo enseñar: y *nac-en*, *nac-ech*, *nac-i; nac-on*, *nac-ex*, *nac-ob* en el pretérito del verbo subir. *Bin in cambez*, *bin á cambez*, *bin u cambez* dice en el futuro del primer verbo; y *bin nacac-en*, *bin nacac-ech*, *bin nacac* en el futuro del último.

La lengua tupí conjuga tambien de distinta manera los verbos activos y algunos de los neutros, mas con escasas diferencias. Es algo más notable por el modo de hacer absolutos los activos y la facilidad de trasformarlos en neutros. Traduce «voy á enseñarle» por *ahá ymboebo* y «voy á enseñar» por *ahagui poro-mboebo*. *Poro* es aquí el signo determinante del sentido absoluto del verbo. De *ayebi*, yo vuelvo, hace por otro lado *ambo-yebi*, yo restituyo y *aro-yebi*, yo recobro; de *apab*, yo acabo, es decir yo muero, *amo-m-bab*, yo lo acabo.

No hallo ya estas distinciones en las demás lenguas madres que conozco.

Conjugaciones pasivas. En ningun idioma de orígen latino hay conjugacion pasiva por simples desinencias. Tampoco en el inglés, el aleman ni el vasco. En todos se emplea un verbo auxiliar cuando se quiere hacer pasivo el activo. En la misma lengua latina sólo se convierte en pasivos por cambio de desinencias los presentes y pretéritos imperfectos de indicativo y subjuntivo, el futuro simple de indicativo, el imperativo, y el presente, el pretérito, el futuro y el supino del infinitivo. Aun en el idioma griego las desinencias pasivas de muchos de sus tiempos no son sinó las del verbo sustantivo con modificaciones puramente eufónicas. En la mayor parte de las lenguas americanas sucede lo contrario: hay verdaderas formas pasivas.

En chippewa al presente activo del verbo oir —*ninóndom*, *kinôndom*, *nôndom*, *ninôndamin*, *kinôndam*, *nôndumog*— corresponde en la conjugacion pasiva *ninôndago*, *kinôndago*, *nôndôwa*, *ninôndagomin*, *kinôndagom*, *nôndawawog* y en lenapi el presente activo del mismo verbo —*n'pendamen*, *k'pendamen*, *pendamen*, *n'pendameneen*, *k'pendamohumo*, *pendamenowo*—*n'pendaxi*, *k'pendaxi*, *pendaxu*, *n'pendaxihena*, *k'pendaxihemo*, *pendaxowak*. La letra característica de la pasiva es, como se ve, en el chippewa la *g* y en el lenapi la *x*.

Bajo á la lengua nahuatl y encuentro la *o* como letra característica. Yo guardo, *nitlapia;* yo soy guardado, *nipialo*. Yo guardaba, *nitlapiaya;* yo era guardado, *nipialoya*. Yo guardé, *onitlapix;* yo fuí guardado, *oniapaloc*. Yo guardaré, *nitlapiaz;* yo seré guardado, *nipialoz*. Guarda tú, *ma xitlapia;* sé tú guardado, *ma xipialo*, etc. El *tla* supongo recordará el lector que figura en el verbo activo como signo ó símbolo del régimen directo: en la conjugacion pasiva es natural que desaparezca.

Las formas pasivas son hasta aquí sencillas. Lo son aun más en la lengua quiché. Basta que en ella se cambie por la *x* la *n* del verbo absoluto. *Qu'i lo-*

gon, yo amo; *qu'i logox*, yo soy amado. *X-i logon*, yo amé; *x-i logox*, yo fuí amado. *Qui* ó *x-qui logon*, yo amaré; *qui* ó *x–qui logox*, yo seré amado; etcétera.

En la lengua maya se convierte ó se convertía por lo menos el verbo activo en pasivo por la postposicion de ciertas sílabas y se le daba la misma conjugacion que como activo le habría correspondido. Si el verbo era polisilábico, terminaba en *z* y hacía el pretérito en *ah*, ó era monosilábico, añadía *ah* al pretérito y hacía el futuro en *e* ó en *ab* y se trasformaba en pasivo por la adicion de *abal*, ó *tabal* á su raíz; y, si no reunía estas condiciones, por la de *bal* ó *tabal* si acababa en una de las vocales y por la de una sola *l* si en consonante. *Cambez*, enseñar; *cambezabal*, ser enseñado. *Yacun*, amar; *yacuntabal*, ser amado. *Tzic*, obedecer; *tzicil*, ser obedecido. *Dza*, dar; *dzabal*, ser dado. Conviene advertir que este idioma ha sufrido despues de la Conquista graves alteraciones y acomodádose en mucho á las formas del nuestro; así que hoy, segun leo en gramáticas modernas, prevalece la formacion de la pasiva por el verbo sustantivo.

Viniendo ahora á las lenguas secundarias del grupo mejicano-guatemalteca hallo que el opata hace pasivo el verbo por el uso del participio de pretérito. *Nere*, amar; *nereri*, amado. *Ne nereri*, yo soy amado; *ne nenerikaru*, yo era amado; *ne neritah*, yo fuí amado; *ne nereriahkacu*, yo había sido amado; *ne nererisai*, yo seré amado; etc. Esta forma se acerca ya mucho á la de nuestros idiomas. No acontece lo mismo en el eudeve, donde veo reproducida la de las lenguas anteriormente citadas. Yo pinto, es en eudeve *nee hiosguan;* y yo soy pintado, *nee hiosguadauh* por ser allí *dauh* y *uh* las terminaciones propias de la pasiva. Otro tanto observo en el cahita, de cuya pasiva es signo la terminacion *ua*. *Taha*, yo quemo; en pasivo *tahiua*. En los demás tiempos al *cahiua* se va añadiendo las desinencias de la conjugacion activa, salvo en el de futuro, donde *nake* se trasforma en *naua*. En el pima la nota pasiva es *amu* ó *am' agui*, que en cada tiempo se va modificando. *Am' igui mu vusoinu*, tú eres ayudado. Nótese aquí de paso que el pronombre «tú» está en acusativo. Sigue las reglas del cahita el tepehuan, que en la pasiva cambia por *i* la letra final de la activa añadiéndole *kame*, *kamue* ó *kamoe* y luego sobre el presente forma los demás tiempos.

En el tarahumar hay verbos de significacion pasiva y formas activas y otros que, como los deponentes latinos, tienen formas pasivas y significacion activa. *Pagotue*, por ejemplo, significa ser lavado. Verdad es que esto lo encontramos en otras lenguas: en la quiché donde *chok* es ser poseido; en la mixteca donde *ñoho* es el pasivo de *yotñiñondi*, *yotusi* el de *yosasindi*, *yosisi* el de *yosamindi*, *yokuvaindi* el de *yokitzandi* y *yuñunindiyoho*, *yonihikuahindi* y otros tienen significacion pasiva sin corresponder á verbo alguno activo; en la zapoteca donde no sólo hay verbos de por sí pasivos, generalmente acabados en *ti*, sinó tambien verbos que significan accion y pasion y sólo difieren en los plurales y

en los pretéritos. En zapoteco *totia* es hacer y *taka* ser hecho. Cuando un verbo activo carece de forma pasiva, por el pasivo *taka* se la suple.

En la lengua matlanzinca se conjuga por medio de partículas lo mismo la voz pasiva que la activa. *Ki-tu-tu-tochi*, yo amo; *ki-tochi-ki-kaki*, yo soy amado.

Bastan creo estas citas para que el lector se convenza de que áun en las lenguas de menos importancia hay formas pasivas de que nuestros idiomas carecen. Véaselas ahora en los idiomas de la América del Mediodía. En el chibcha no hay, propiamente hablando, formas pasivas: no las hay sinó impersonales, que en cierto modo las suplen. En el lulé no las hay tampoco. En el tupí se hace pasivo el verbo anteponiéndole la nota relativa *h* ó *y* segun los casos, agregándole la voz *pira* y acompañándolo con los correspondientes pronombres personales. *Amboè*, yo enseño: *i-mboè-pira che*, yo soy enseñado. En el moxo cuando el verbo acaba en *co*, se le suprime esta sílaba, se pone entre él y el pronombre *ca*, *cae*, ó *cai* y se emplea los pasivos *nu*, *pi*, *ma* ó *su* segun el sexo, *bi*, *e* y *na* ó *ta* segun se haga referencia á seres animados ó sin alma. Cuando el verbo no termina en *co*, suele añadírsele *si* como sufijo. *Nezetaco*, yo azoto: *nu-cae-zeta*, soy azotado. En el chileno se emplea el verbo sustantivo *gen*: se lo añade al activo y se le da la conjugacion de éste, que es la general del verbo. *Ayun*, amar: *ayu-gen*, ser amado. Yo soy amado, tú eres amado, etc., *ayu-gen*, *ayu-ge-ymi*, *ayu-ge-y*, *ayu-geyu*, *ayu-ge-ymn*, *ayu-ge-ing* ó *ayu-ge-yngen*. En el quichua se hace tambien uso del verbo sustantivo, pero con no mucha frecuencia. *Tukuy punkun wasqarecuscca* se traduce por «todas las puertas están sujetas.» El «están», sin embargo, no va expreso en la frase. *Chaprakunata rawrachun* puede muy bien traducirse por «que sean echadas al fuego las ramas» pero dice realmente «que las ramas ardan.» *Suttinta ppampascata* significa á la letra, «su brillo apagado» es decir «su brillo está extinguido.»

Conjugaciones reflexiva y recíproca. Nosotros hacemos reflexivo el verbo lo mismo en las frases «se eleva el humo, se estrellan las olas en la playa, púdrome, ríeste, durmiose, saldrase por la puerta de su locura,» etc., que en las frases «se mató, me herí con el hacha, nos reuniremos, levantaos, prosternáronse ante los ídolos.» Los americanos lo suelen hacer reflexivo sólo cuando entra por algo en la accion refleja la voluntad del sugeto. Así para muchos de nuestros reflexivos, áun de los verdaderos, hay en las lenguas de aquella parte del mundo verbos puramente neutros, que ni siquiera son susceptibles de formas reflejas. En quichua, por ejemplo, *asiy* es reirse; *asuykuy*, acercarse; *unkukuy*, vestirse: *utiy*, atontarse: *kusiy*, ponerse contento: *guyapakuy*, quejarse amargamente, etc., etc.: en quiché, *coz*, cansarse: *cheb*, ensoberbecerse: *chem*, callarse: *lez*, aterirse de frío; *lin*, angustiarse; *oc*, meterse: *pab*, abrigarse contra la lluvia; *qey*, emperezarse, etc.: en maya *helbezah-ich*, transfigurarse; *achlaahal*, irse arrugando; *actal*, poblarse, fijarse, contenerse: *hetel*, abrirse, hen-

derse, etc.; en nahuatl, por fin, *atia*, derretirse; *ayoa*, aguarse; *nipilhtzintia*, hacerse niño; *ciotomi*, descoserse; *llapohui*, abrirse.

En este idioma nahuatl se hace reflexivo el verbo, como dije ya cuando hablé de los pronombres, anteponiéndole *ni-no*, *ti-mo*, *mo*, *ti-to*, *amo* ó *ammo*, *mo* que equivalen á nuestros yo me, tú te, él se, nosotros nos, vosotros os, ellos se. *Ni-mo-tlapia-ya*, *ti-mo-tlapia-ya*, *mo-tlapia-ya*; *ti-to-tlapia-yah*, *am-mo-tlapia-yah*, *mo-tlapia-yah*; yo me guardaba, tú te guardabas, etc. Se puede dar tambien en este idioma carácter reflexivo á corto número de neutros. A *nino*, *timo*, etc., cabe anteponer en este caso *noca*, *moca*, *yca*, *toca*, *amoca*, *ynca*, que son como el genitivo de los pronombres personales. Ríome de tí, *moca nino-cacayahua*; te ríes de mí, *noca timo-cacayahua*; ríome de él, *yca nino-cacayahua*; ríese de nosotros, *toca mo-cacayahua*; ríese de ellos, *ynca mo-cacayahua*; os reís de nosotros, *toca amo-cacayahua*; ríome de vosotros, *amoca nino-cacayahua*. Aun en este corto número de neutros los hay, con todo, que no admiten *no*, *mo*, *to*, *amo*. Pueden estos llevar sólo *ni*, *ti*, *ti*, *an*, en la siguiente forma: ríome de tí, *moca ni-huetzca*; ríeste de mí, *noca ti-huetzca*:

En la lengua quiché se hace reflexivo el verbo anteponiéndole los posesivos *nu*, *a*, *u*, *ka*, *y*, *qui* y posponiéndole en acusativo los *r' av' r'*, *k'*, *yv'* y *c'* ó sea *vib*, *avib*, *rib*, *kib*, *yvib* y *quib*.—*Ca nu logoh vib*, *c' a logoh avib*, *cu logoh rib*, *ca ka logoh kib*, *qu' y logoh yvib*, *ca qui logoh quib*; me amo, te amas, etc.—En la maya se emplea la voz *ba* que significa persona, sér, sugeto. Se la une con los pronombres *in*, *a*, *u*, etc., y se la pospone al verbo. *Cimzah*, matar; *cimzah-ba*, matarse. Yo me mato, tú te matas, etc., *in cimzah in-ba*, *a cimzah a-ba*, *cu cimzah u-ba*, *ca zimzah ca-ba*, *a cimzah-ex aba-ex*, *cu cimzah-ob uba-ob*. En la moxa se pospone la sílaba *po* á los tiempos que terminan en *a* y la sílaba *bo* á los que acaban por cualquiera otra letra. *Nunico*, yo como; *nunicobo*, yo me como ó me muerdo. *Biniquia*, nosotros morderemos; *biniquiapo*, nosotros nos morderemos.

La forma viene á ser la misma en todas las lenguas. En ninguna que yo sepa hay conjugacion especial recíproca como no sea en las algonquinas. La reciprocidad suele expresarse como en la nuestra, ya por preposiciones y adjetivos indefinidos, ya por adverbios.

Conjugacion impersonal. Nosotros impersonalizamos el verbo, ya por las terceras personas del plural sin pronombres, ya por las terceras del singular con el reflexivo «se»: dicen, se dice. Los nahuas impersonalizan el que es activo por las terceras personas del singular de la conjugacion pasiva precedidas de la partícula *te* ó *tla*, segun se hable de seres animados ó inanimados, y el que es reflexivo por las mismas personas precedidas de la partícula *ne*: *te-tlazotla-lo*, aman; *te-tlazotla-lo-ya*, amaban; *o-te-tlazotla-lo-c*, amaron; *o-te-tlazotla-lo-ca*, habian amado; *te-tlazotla-lo-z*, amarán; *o-te-tlazotla-lo-z*, habrán amado; *ne-tlazotla-lo*, se aman; *ne-tlazotla-lo-ya*, se amaban, etc. Al que es neutro

lo impersonalizan por el solo cambio de terminaciones, cambio que obedece á reglas. *Yoli*, aquel vive; *yolihua*, viven. *Aci*, aquel allega; *acihua axoa* ó *axihua* allegan. *Tleco*, aquel sube; *tlecoa*, suben. Estos cabe asimismo hacerlos impersonales por la sola anteposicion de la partícula *tla*, que no admiten cuando llevan determinada la persona. *Nicuecuechca*, yo tiemblo; *tlacuecuechca*, tiemblan. *Niohuiti*, estoy turbado; *tlaohuiti*, están turbados.

Un verbo hay impersonal en este idioma que no merece olvido, por más que nosotros los tengamos de la misma clase. Me parece, te parece, decimos nosotros, y tambien nos conviene, os conviene, etc.; y los nahuas dicen *nopan y*, *mopan y*, *ypan y*, *topan y*, *amopan y*, *ynpan y*, me viene justo ó cabal, te viene justo, le viene justo, etc.

Son por fin impersonales y defectivos en el nahuatl como en el castellano los verbos *tlahuizcaleoa*, amanecer; *tlatlatzini*, tronar; *tlapetlani*, relampaguear, etcétera, verbos que nosotros, sin embargo, podemos hacer y hacemos personales.

En la lengua maya sobre los verbos equivalentes á los que acabo de mencionar existen otros impersonales: *yan*, hay; *manan*, no hay; *uchac*, *uchuc*, puede, es posible; *okom*, me duele; *unah*, conviene, es preciso. Este impersonal, el *oportet* de los latinos, lo hallo tambien en el verbo *ahauax* de la lengua quiché, que rige dativo y lleva en dativo ó dos pronombres ó uno y el nombre. Me conviene saber, *c' ahauax chuvech chi v' etamah;* les es preciso saber, *c' ahauax chiquech chi qu' etamah*. Tienen además los quichés el *licet* de los latinos en el verbo *utzin* que primitivamente significaba ser bueno. *¿C' utzin chi v' il ahau?*, *¿licet mihi videre regem?*

Verbos impersonales los hay en casi todas las lenguas; formas con que impersonalizar los que no lo son, en pocas. En la mixteca parece que los impersonalizan anteponiéndoles el verbo *iñe*, estar en pié; en la tarahumar por medio de las terminaciones *rigua* ó *gua* ó *rue* ó *tue;* en la chilena por la adicion de *am* á la tercera persona del singular de cada tiempo.

Conjugaciones animada é inanimada. El lector ha visto ya que en muchas lenguas, sobre todo en las de Méjico y Guatemala, se modifica el verbo segun sea animado ó inanimado el régimen. En las algonquinas para el régimen animado y el inanimado hay conjugaciones distintas. *Lenno newau*, dice el lenapi cuando quiere expresar «veo un hombre» y *wikwam nemen*, cuando «veo una tienda». Estas dos conjugaciones difieren con todo solamente por el diverso pronombre de tercera persona que llevan, como se habrá podido observar en las conjugaciones transitivas. Yo le oigo, tú le oyes, etc., es en chippewa *kinôndâwa*, *kinôndòwa*, *onòndawàn*, *kinòndowânan*, *kinòndowanan*, *kinòndawawa*. Yo lo oigo, tú lo oyes, etc., *ninòndan*, *kinôndan*, *onôndan*, *ninôndamin*, *kinòndam*, *onòndanèwa*. La nota característica de la primera conjugacion es *wa* y la de la segunda *n*, desinencias puramente pronominales.

Conjugacion interrogativa. En las lenguas algonquinas hallo tambien, si no

una conjugacion interrogativa, formas verbales interrogativas. Véase las que da Duponceau en su *Memoria*. En la lengua de Massachusetts, dice, se añade la desinencia *as* á la forma afirmativa del verbo y en la menomeni *et* ó *it* y aun la sola *t* cuando el verbo ó cualquiera de sus tiempos acaba por una de las vocales. En la chippewa, añade, se pospone la partícula *ne* (*nuh* en la ortografía inglesa) y en la lenapi se antepone la partícula *ili*. *¿Nuwatchanomon-as?* ¿Lo guardo yo? *¿Kikimenen-it?* ¿me lo has dado tú? *¿Kigimina ne?* ¿me lo has dado? *¿Ili klèhèlèkhe?* ¿estais aún vivo?

En la lengua chibcha hay tambien para el verbo una forma interrogativa, la sílaba *ua*, que ha de ser *nua* en los futuros, siempre que éstos, suprimida la nota determinante, acaben por *n* y acabe tambien por *n* el pretérito. *¿Hycha ua?* ¿soy yo? *¿Muen nua?* ¿serás tú? *¿Abohoze umcubun-ua?* ¿hablaste con ella? *¿Abohoze umcubun-nua?* ¿has de hablar con ella?

. *Conjugaciones irregulares.* No abundan las conjugaciones irregulares en las lenguas americanas. En la chilena, en la quichua, en la moxa, en la lulé, en la quiché, en la maya, en otras muchas no las hay por más que en algunas se note para la formación de los tiempos diferencias generalmente eufónicas. En algunas hay conjugaciones diversas, pero regulares. Aun en las que las tienen irregulares se observa que es para muy pocos verbos. En la tupí los verbos de conjugacion irregular no son más que *e*, decir; *au*, comer; *aha*, ir; *ayu-r*, venir: *aya-r*, comprar, coger; *ai*, estar; *ayube*, estar echado y algunos defectivos; en la chibcha *ixyqui*, estar viniendo; *bxi*, estar llevando; *zemascua* y *bsozcua*, traer; *chahasuque*, decir, sinónimo de *zegascua*; en la nahuatl *mani*, defectivo, estar; *nicah*, yo estoy; *nonoc*, yo estoy echado; *temi*, estar echados ó sentados séres con alma; *nehuaticah*, estar sentados séres ya con alma, ya sin ella; *ticoaunoque*, estar sentadas personas en convite, corro ó plática; *niauh*, yo voy; *nihualauh*, yo vengo. Obsérvese que en la nahuatl fuera de los verbos «estar» no hay irregulares sinó «ir y venir», que lo son tambien en la tupí y en la nuestra. Se habla de verbos irregulares y de verbos defectivos en el ópata: pero de defectivos que suplen el futuro por el presente y de irregulares que ó por no tener consonante en la sílaba final del pretérito la pierden en el futuro ó hacen el futuro en *sak* y no en *sea*. Menores son aún, así en importancia como en número, los del idioma zapoteco. Segun mis datos sólo en el totonaco, el mixteco y el tarasco abundan las conjugaciones irregulares. En el mixteco se dice que son más los verbos irregulares que los sujetos á regla.

Conjugaciones. Observacion. Estas y otras muchas conjugaciones hay en las lenguas algonquinas. En seis ú ocho mil calculó Edwin James las del verbo chippewa. Exageró á no dudarlo; pero son cuando menos tantas como las del verbo vasco. Por las de Schoolcraft, que dista de haberlas dado todas, saco yo hasta doscientas diez. Ni en la lengua vasca ni en ninguna de América está completo como en la chippewa el número de las transitivas á que puede dar orígen la

combinacion de los seis pronombres personales; y aquí se las duplica por la distincion que se hace entre régimen de sér animado y régimen de sér inanimado. ¿Las duplica, digo? En realidad las decuplica, puesto que para el régimen animado hay verbos en *ag*, *eg*, *ig*, *og* y *ug* y para los inanimados en *an*, *en*, *in*, *on* y *un*, y segun la terminacion se modifica el verbo. Hay además, segun Schoolcraft, una conjugacion recíproca y una absoluta. Esta multiplicidad de conjugaciones, comun á la lengua vasca, á las algonquinas y á tantas otras de América, es verdaderamente notable. Debería ahora hablar del mecanismo de la conjugacion; mas considero antes preciso decir algo del

Verbo sustantivo. Dudose por mucho tiempo de que lo hubiese en las lenguas americanas. No lo hay en todas; pero aún en las que no lo tienen hallo cierto modo de frasear que lo implica. En cambio donde existe no es raro que sirva para la conjugacion pasiva y aún para la activa de los demás verbos, como en el latin y el griego acontece. Empezaré haciendo observar que en la América del Sur tienen verbo sustantivo la lengua quichua, la chilena, la moxa y la chibcha, y de éstas la chibcha y la chilena lo tienen la una en el verbo *gue* y la otra en el *gen*, ambos raíz de todo lo que en los idiomas heleno-latinos significa generacion, orígen, y por lo tanto existencia. Está reducido en la lengua chibcha á sólo dos formas, *gue* y *nga*: *gue* para los tiempos de presente y de pretérito y *nga* para los de futuro; pero en la chilena y la quichua cuenta los mismos modos y formas del verbo atributivo. De tal manera sucede esto en la quichua, que á primera vista no parece sinó que el verbo atributivo se conjuga por el sustantivo. *Kay*, ser. Yo fuí, tú fuiste, etc., *ka-r-kany*, *ka-r-kanki*, *ka-r-kan*, *ka-r-kanchik* ó *ka-r-kayku*, *ka-r-kanchikik*, *ka-r-kanku*. *Apani*, llevar. Yo llevé, tú llevaste, etc., *apa-r-kany*, *apa-r-kanki*, *apa-r-kan*, *apa-r-kanchik*, ó *apa-r-kayku*, *apa-r-kanchikik*, *apa-r-kanku*. En la lengua de Chile se conjuga á no dudarlo por el verbo sustantivo el atributivo en su forma pasiva. *Gen*, ser. Yo soy, tú eres, etc.: *gen*, *geymi*, *gey*, *geyu*, *geymu*, *geygu*, *geyñ*. *Ayun*, amar. Yo soy amado, tú eres amado, etc.: *ayu-gen*, *ayu-geymi*, *ayu-gey*, *ayu-geyu*, *ayu-geymu*, *ayu-geygu*, *ayu-geyñ*.

En la lengua moxa hay no sólo el verbo «ser» sinó tambien el verbo «estar.» *Nuti-chu* es yo soy ó yo era; *nuti-hó*, yo estoy ó estaba. Uno y otro, sin embargo, son tan pobres en formas como el *gue* de la lengua chibcha. *Chu* é *iná* son todas las formas del *nutichu* y *oh*, *ho-iná*, todas las del *ho*: *chu* y *ho* para el presente y el pretérito é *iná* y *ho-iná* para el futuro. Tienen en cambio los dos verbos conjugacion negativa con la particularidad de que en ella el signo de futuro lo es de presente y en el futuro va precedido de la partícula *cu*: *voy nuti-iná*, *voy piti-iná*, yo no soy, tú no eres; *ni-ha-iná*, *pi-ha-iná*, yo no estoy, tú no estás; *voy nu-cu-iná*, yo no seré; *voy nu-cu-iha*, *voy bi-cu-iha*, yo no estaré, nosotros no estaremos.

Es frecuentísima en este idioma la supresion del verbo sustantivo. Fórmase

oracion anteponiendo simplemente el atributo al nombre ó al pronombre. *Achane-nu*, literalmente «hombre yo» significa «yo soy hombre;» *muraca-inà*, «fuerte sea» equivale á «para que sea fuerte.» Abundan en la latina estas elipsis y no deja de haberlas en castellano. *Me prætore*; *homo sibi deus. Rey yo, le habría perdonado. Propietario de esta joya, la estimaría en algo más que vosotros.* Mas lo que aquí es gala, allí es uso; lo que aquí excepcion, allí regla.

En la lengua tupí hay los verbos *ai*, estar; *ayubè*, estar echado; *ten-aè*, estar recio; mas nó uno que equivalga á nuestro «ser.» Se lo suple tambien por el procedimiento de que acabo de hablar. *Che-marangatú*, yo bueno, se dice, cuando se quiere significar «yo soy bueno.»

Pasando á la América Central, en la lengua orotiña, una de las cinco de Nicaragua, hallo el verbo sustantivo con más tiempos y formas que en las mismas lenguas chilena y quichua. Véase el modo indicativo. Yo soy, tú eres, etc.: *sa*, *sa*, *sa*; *so*, *soa*, *sula*; Yo era, tú eras, etc.: *cana*, *caná*, *caná; canana*, *cananoá*, *lacananá*. Yo he sido, tú has sido, etc.: *sacá*, *sachú*, *saca; sa-cua*, *sa-cuahi*, *sa-gahu*. Yo había sido, tú habías sido, etc.: *mucasini*, *mucanasini*, *mucanasadini*; *mucasini*, *mucanasini*, *mucanasadini*. Yo seré, nosotros seremos: *lamanambi*, *lamananna*. Yo habré sido, nosotros habremos sido: *malamana*, *lamana*.

Lo hay hasta en la lengua de los mosquitos, bien que con gran pobreza de formas. *Kaia*, ser. Yo soy, tú eres, etc.: *yung ne*, *man kam*, *wetin*; *yung-nani ne*, *man-nani kam*, *wetin-nani*. *Yung*, *man*, *wetin* son los pronombres personales del número singular: *nani* es la terminacion plural de los mismos pronombres; resulta de aquí que los pronombres por sí solos constituyen las terceras personas del verbo. Las formas del pretérito son *kare*, *karum*, y las del futuro *kamne*, *kama*, *kabia*; las del imperativo las mismas del futuro y *kapc*, seamos. Mas tiene formas negativas y aun interrogativas. *Kerus*, *kerum*, *keruiskan*, no he, no has, no ha sido; *kamne-apia*, *kama-apia*, *kabia-apia;* no seré, no serás, no será; *¿kamne-apiake*, *kama-apiake*, *kabia-apiake?* ¿no seré, no serás, no será?

En la antigua lengua maya no había en realidad verbo sustantivo. Lo dan conjugado algunos autores; pero no se necesita gran fuerza de observacion para conocer que no es todo él sinó los pronombres personales con la nota característica que en la tercera persona del singular llevan, á excepcion del de presente, los tiempos del verbo neutro. En el presente de indicativo constituyen el verbo los solos pronombres. *Ten*, *tech*, *lay*, *toon*, *teex*, *loob* significan para los autores á que me refiero «yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos» y tambien «yo soy, tú eres, etc.» *Cuchi* es la nota característica del pretérito imperfecto así en los verbos activos como en los neutros; y *ten cuchi*, *tech cuchi*, *lay cuchi*, etc., es «yo era, tú eras, él era,» etc. *Sic de cæteris*. Esto no era más ni ménos que suplir la carencia del verbo sustantivo por el procedimiento de los tupíes.

Hoy tiene en cambio la lengua maya, no sólo nuestro verbo auxiliar «ser,» sinó tambien el verbo «haber»: ser en *laytal*; haber en *yantal*. Yo soy, tú eres, etc.: *ten layen*, *tech layech*, *letilè lay*, *c' toon layoon*, *tcech layeex*, *letileoob layoob*. Yo he, tú has, él ha, etc.: *ten yan*, *tech yan*, *letilè yan*, *c' toon yan*, *teex yan*, *letileoob yan*.

Hay tambien en la lengua quiché su verbo sustantivo, *ux*, y aún otro que reune la significacion de ser y la de estar, *qo* ó *qolic;* pero es indudable que las más de las veces se lo elide. *In ahau*, *in beyom*, se suele decir, «yo rey, yo mercader» y no *in ux ahau*, *in ux beyom*. El *ux* parece que se lo reserva para cuando se desea afirmar con más fuerza. *In ux ahau* significaría en este caso «yo sí que soy el rey.» Aun cuando se suprime el verbo, se suele expresar sus distintos tiempos. Se recurre para esto al uso de adverbios como *hunabir*, *cabahir*, *oxabir*, hace uno, dos, tres años; *oher*, antiguamente; *nabec*, antes; *oc*, cuando; etc. *In a mun hunabir*, yo tu siervo hace un año; yo fuí tu esclavo. *In nabe utz*, yo antiguamente bueno, yo era bueno, etc. La conjugacion así del *ux* ó *uxil* como del *qo* ó *qohil* es con escasas diferencias la misma del verbo atributivo.

En la lengua nahuatl sucede lo que en la tupí. Hay muchos verbos de estado —*nicah*, *nehuaticah*, *nicoacah*, *nonoc*, *mani*, *temi*,—ninguno de existencia. Se suple la falta por el *nicah*, pero nó en el presente de indicativo. En el presente se lo supone con sólo que se anteponga el nombre ó el pronombre al atributo. *Niqualli*, *tiqualli*, *qualli*, *tiqualhtin*, *anqualhtin*, *qualhtin* equivalen á yo soy bueno, tú eres bueno, etc.: *n-ixpopoyutl* á yo soy ciego; *ni-mo-piltzin*, *ti-no-pilhtzin*, á yo soy tu hijo, tú eres mi hijo.

Del grupo de las lenguas mejicanas carecen del verbo sustantivo otras muchas. Lo suple frecuentemente la cahita añadiendo á los nombres *tuk* y á los adjetivos *ick* y conjugando por las terminaciones del verbo atributivo estas partículas—*iorem-tuk-ai*, hombre, por yo era hombre;—la tepehuan dando en el presente de indicativo á los pronombres las terminaciones *vur* ó *ver*, y en los demás tiempos conjugando además los atributos y siempre ó casi siempre usando con los pronombres personales los posesivos—*anea-vur in ogga*, yo mi padre, por es mi padre; *ana-ver in oggatade*, yo mi padre, por era mi padre:—la mixteca por el verbo *yokuvui*, ser hecho—*yokuvuy-kuyundi*, soy diligente; *dzanani-kuvui-ndo*, bellaco eres tú ó tú eres bellaco;—la zapoteca por el verbo *taka* ó *naka* equivalente al *yokuvui* de los mixtecas ó conjugando el atributo —*nakaya nagasi*, soy negro; *naxiñaa-lo*, tú eres colorado;—la matlatzinca anteponiendo á los personales la nota característica de los tiempos que la maya segun hemos visto les pospone—*kicaki* (*ki* nota del modo indicativo, *kaki* yo) yo soy; *ki-kakehebi* (*kakehebi*, nosotros) nosotros somos; *ki-mi-kaki* (*mi*, nota del pretérito imperfecto) yo era; *ta-kaki* (*ta*, nota del futuro segundo yo sea;—la huaxteca en el pretérito valiéndose de la misma forma que la matlatzinca, bien

que haciendo terminar por *itz* el pronombre—*nana-itz*, *tata-itz*, *jaja-itz;* yo fuí, tú fuiste, aquel fué; la otomí finalmente conjugando el atributo como la mixteca—*dna nho*, *gna nho*, *na nho;* yo soy bueno, tú eres bueno, él es bueno.

Del mismo grupo de lenguas tienen verbo sustantivo la comanche, la tarasca, la mame y la totonaca. El verbo sustantivo de la comanche es *tza* ó *tzarè* y se conjuga así: yo soy, tú eres, etc.; *ne tzarè*, *en tzarè*, *or tzarè*, *nen tzarè*, *muen tzarè*, *ore tzarè*. Yo era, tú eras, etc.; *ne tzare-ja*, *en tzare-ja*, etc. Yo fuí, tú fuiste, etc.; *ne tza bues*, *en tza bues*, etc. Yo seré, tú serás; *ne tzarè-no*, *en tzarèno*, etc. El de la tarasca es *eni* que tiene la conjugacion del verbo atributivo y da orígen á verbos compuestos como *mimi-x-ni*, saber, ser sabio. El de la mame es *ain-in* que, si bien es como el verbo sustantivo de la lengua matlatzinca y la maya la simple conjugacion del pronombre, no deja de presentar algunas formas exclusivamente suyas.—Yo soy, etc.: *ain-in* ó *ain-inen* ó *ain-kinen*, *aia*, *ahu*, *ao* ó *aoio*, *ae* ó *aeie*, *aehu*. Yo era, etc.: *ain-tok*, *a-tok-a*, *a-tok-hu*, *ao-tok-o*, *ae-tok-e*, *ae-tok-ku*. Yo fuí, etc.: *ain-hi*, *a-hi-hia*. *a-hi-hu*, etc. Yo había sido, etc.: *ain-tokem*, *a-tok-a*, *a-tok-hu*, etc. Yo seré, etc.: *in-abenelem*, *a-benel-a*, *a-benel-hu*, etc. El verbo «ser» de la lengua totonaca es por fin *lay*, que se conjuga como el verbo atributivo. *Oxca lay*, *oxca lay-a*, *oxca lay*; yo soy jóven, tú eres jóven, aquel es jóven.

Hallo aún el verbo sustantivo en el gallinomero, uno de los idiomas de California:—*ahwa*, *amawa*, *hamowa*, *áyawa*, *ámawa*, *hámowa*; yo soy, tú eres, etc.;—en el de los *nez-percès*—*inwash*, *im a wash*, *ipi hiwash*, *nun washih*, *ima at washih*, *imma hiushih;* yo soy, etc.:—*waka*, *a waka*, *hiwaka*, *washeka*, *ath washeka*, *kinsheka;* yo fuí, tú fuiste, etc.;—y en el de los apaches—*tak-shi*, *tan-di-ha-aht-ti*, *tah-annah*, *tan-ha-hi-ah-aht-ti*, *nah-hi-ha-aht-ti*, *aghan-de-aht-ti;* yo soy, tú eres, etc.;—*tash-i-ah-ash-i*. *di-ha-alt-in*, *tah-anna-kah-on-yah*, *akannah-sin-kah*, *nah-hi-dah-a-kan-nah-dash-shosh*, *aghan-do-doh-ah-cah-gah-kah;* yo fuí, tú fuiste, etc.;—*shi-ah-dosh-'n-dahl*, *di-ay-goh-ay-dah*, *andu-ay-gah-i-dah*. *nah-hi-du*, *nah-hi-du-gont-i-dahl*, *nah-hi-nah-hat-han-dahl*, *nah-hayt-han-dahl;* yo seré, tú serás, etc.

Carecen de verbo sustantivo las lenguas algonquinas: pero lo suplen como tantas otras uniendo simplemente el atributo y el sugeto ó posponiéndolo y conjugándolo. *Ni addik*, significa en chippewa «yo jefe,» es decir yo soy jefe. *Nin*, *kin*, *win*, *ninowin* y *kinowin*, *kinowa*, *winowa* son en el mismo chippewa, segun recordará el lector, los pronombres personales: *kitchi* es «grande;» *manitu*, «espíritu»; de la combinacion de estas palabras se forma el siguiente verbo: *nin-kitchi-manito-wi*, yo soy el grande espíritu: *ki-kitchi-manito-wi*, tú eres el grande espíritu: *kitchi-manito-wi*, él es el grande espíritu; *nin-kitchi-manito-wi-nin*, nosotros somos los grandes espíritus, etc.

Como se acaba de ver, hay verbo sustantivo en muchas lenguas y falta en muchas otras. Falta en lenguas bárbaras y en lenguas cultas, y lo hay en len-

guas cultas y en lenguas bárbaras. Revela esto á mis ojos que la existencia ó falta de este verbo no tienen la importancia que se les atribuye. En la mayor parte de las lenguas, aún en las que lo poseen, se lo suple con sólo yuxtaponer el predicado y el sugeto, circunstancia en la cual creo que, cuando no se lo toma en sentido absoluto, es más una simple cópula que un verbo. Y ¿sus tiempos? se me preguntará. Nosotros, como hemos visto ya, lo suprimimos con frecuencia. Aun en las frases donde así procedemos indicamos el tiempo del verbo suprimido. De mozo trabajó en descifrar el enigma: «desde que era mozo.» Niño aún, hacía versos: «cuando era aún niño.» Lo haré cuando viejo: «cuando sea viejo.» Del rey ¿mi honra? mi hacienda sí, la honra nó: «del rey es mi hacienda, nó la honra.» En esas juntas los salvajes hablan si varones, callan si hembras: «hablan si son varones, callan si son hembras.» Lo hice cuando alcalde: «cuando fuí alcalde.» Lo haría si rico: «si fuese rico», etc. Tomado por otra parte el verbo «ser» en sentido absoluto, no deja de tener en ninguna lengua algun equivalente, alguno que encierre la idea de vida. El *ego sum qui sum*, que se cita con tanto énfasis, lo creo, podré equivocarme, traducible aún en las lenguas más bárbaras. Tal vez no lo acertasen á traducir los que las hablan; pero lo traduciríamos de seguro nosotros, que hemos aprendido á ver en aquel verbo más de lo que en sí contiene. El alcance del *ego sum qui sum* está menos en las palabras que en la inteligencia del que las lee ó pronuncia. Pasemos á los

Modos y tiempos del verbo. Modo indicativo. Tres son las fases del tiempo y tres los tiempos fundamentales del verbo. Lenguas americanas hay, no obstante, donde el verbo carece de formas especiales para lo pasado. Testigos entre otras la tupí y la moxa, que tienen unas mismas formas para los tiempos de presente y de pretérito y no los distinguen sinó por medio de perífrasis ó adverbios. Voy por de pronto á fijarme en la manera de formar esos dos ó tres tiempos tomando ante todo por objeto de estudio las cinco lenguas que suelo examinar entre las de la América del Mediodía.

Estas cinco lenguas ¡cosa singular! coinciden ó casi coinciden en la formacion de los tiempos. Salvo la quichua, no dan nota característica al tiempo de presente. Se la dan á los demás tiempos y en cada una la conservan sin alterarla. Determinan las diferencias de persona por los solos pronombres. La conjugacion es así en todas sencillísima.

Por lo dicho habrá comprendido ya el lector que en cuatro de las cinco lenguas se ha de conjugar sin más que pronombres el tiempo de presente, y si éstos aciertan á ser los posesivos, se ha de emplear las mismas formas para decir, por ejemplo, «yo amo, tú amas, etc.,» que para decir, «mi casa, tú casa...» Mi casa es en lulé *uyas* y yo amo, *amaiciz*. Véase cómo se declina aquel nombre y se conjuga este verbo. *Uya-s*, mi casa; *uya-cè*, tu casa; *uya-p*, su casa; *uya-cèn*, nuestra casa; *uya-lom*, vuestra casa; *uya-pán*, su casa, la casa de

ellos. *Amaici-z*, yo amo, *amaici-cè*, tú amas; *amaici-p*, él ama; *amaici-cèn*, nosotros amamos; *amaici-lom*, vosotros amais; *amaici-pán*, aquellos aman. Las formas, como se ve, son idénticas. Lo son poco ménos en la misma lengua quichua, si se toma en cuenta que el presente del verbo lleva la *n* por nota característica y la eufonía tiene en todos los idiomas mayor ó menor imperio. *Yaya* es en quichua padre y *apay*, llevar. Mi padre, tu padre, su padre, etc.: *yaya-y*, *yaya-iki*, *yaya-n*, *yaya-nchik* ó *yaya-yku*, *yaya-ikichik*, *yaya-n* ó *yaya-nku*. Yo llevo, tú llevas, él lleva, etc.: *apa-n-y*, *apa-n-ki*, *apa-n*, *apa-n-chik* y *apa-yku*, *apa-n-kichik*, *apa-n* ó *apa-n-ku*.

El idioma chileno y el moxo emplean tambien los pronombres posesivos: pospuestos el uno, antepuestos el otro. En chileno. Yo creo ó creí, tú crees ó creíste, etc.; sing. *mupiltu-n*, *mupiltu-ymi*, *mupiltu-y;* dual, *mupiltu-yu*, *mupiltu-ymu*, *mupiltu-ygu*; plur. *mupiltu-iñ*, *mupiltu-imu*, *mupiltu-ign*, ó *igen*. En moxo. Yo duermo y dormí, tú duermes y dormiste, etc.; *ni-moco*, *pi-moco*, *ti-moco*, *bi-moco*, *ey-moco*, *ti-moco*. Notas llama Ruiz de Montoya á las voces *a*, *ere*, *o*, *oro*, *ya*, *pe* y *o* con que el idioma tupí, segun vimos, determina las personas del verbo, á las cuales las antepone y las une; pero son todas evidentemente pronombres por más que de algunas se desconozca el orígen. Yo enseño y enseñé, tú enseñas y enseñaste, etc.; es en tupí: *a-mboè*, *ere-mboè*, *o-mboè*, *oro-mboè* ó *ña-mboè*, *pe-mboè*, *o-mboè*.

Conocido ya el tiempo de presente, véase cómo se forma el de pretérito en las tres lenguas que lo tienen. En la lulé por la nota característica *ny* modificada en la tercera persona del singular y suprimida en la del plural; en la quichua por la característica *rka* constante en todo el tiempo; y en la chilena por la nota *vu*, tambien constante. En lulé. Yo amé ó he amado, etc.: *amaici-ny-s*, *amaici-ny-cè*, *amaici-ne-p*, *amaici-ny-cèn*, *amaici-ny-lom*, *amaici-pán*. En quichua. Yo llevo ó he llevado, etc.: *apa-rka-n-y*, *apa-rka-n-qui*, *apa-rka-n*, *apa-rka-n-chik* y *apa-rka-yku*, *apa-rka-ukichik*, *apa-rka-n-ku*. En chileno. Yo creí y he creido, etc.: *mupiltu-vu-n*, *mupiltu-vu-ymi*, *mupiltu-vu-y; mupiltu-vu-yu*, *mupiltu-vu-ymu*, *mupiltu-vu-ygu*; *mupiltu-vu-iñ*, *mupiltu-vu-imu*, *mupiltu-vu-ing* ó *igen*.

La nota característica de los futuros no es ya tan constante en todas las cinco lenguas. Lo es en la tupí, donde se forma el tiempo de futuro con sólo añadir el sufijo *ne* al de presente. *A-mboè-ne*, *ere-mboè-ne*, *o-mboè-ne*, *oro-mboè-ne* y *ña-mboè-ne*, *pe-mboè-ne*, *o-mboè-ne;* yo enseñaré, tu enseñarás, etc. Lo es aún en la chilena, donde *a* es la nota característica de este tiempo. Yo creeré y habré creido, etc.: *mupiltu-a-n*, *mupiltu-a-ymi*, *mupiltu-a-y; mupiltu-a-yu*, *mupiltu-a-ymu*, *mupiltu-a-igu*; *mupiltu-a-yñ*, *mupiltu-a-ymn*, *mupiltu-a-ign* ó *igen*. No deja de serlo tampoco en la moxa, donde las variaciones obedecen á reglas. En la moxa es tambien *a* la nota característica; pero esta *a* sustituye la vocal final del verbo ó la del pronombre, segun el verbo acaba en *co* ó en cual-

quiera otra sílaba. Yo dormiré, tú dormirás, etc.: *ni-moc-a*, *pi-moc-a*, *ti-moc-a*; *bi-moc-a*, *ei-moc-a*, *ti-moc-a*. Yo me compadezco es *nu-hapanu*. Yo me compadeceré, tú te compadecerás, etc.: *n-a-hapanu*, *p-a-hapanu*, *t-a-hapanu*, *b-a-hapanu*, *en-a-hapanu*, *t-a-hapanu*. Aun sobre los verbos acabados en *co* hay que advertir que, si antes del *co* llevan *i*, de una *i* va precedida la nota característica. Yo como es *nu-nico:* yo comeré, tú comerás... *nu-ni-quia*, *pi-ni-quia*, *ti-ni-quia*, etc.

En la lengua lulé la característica del futuro es la *n*; pero falta en la segunda persona del singular, puede en la del plural ir seguida de la sílaba *pe* y cambia en la tercera del singular la *p* final en *t*, quizá por mera razon de eufonía. Yo amaré, tú amarás... es *amaici-n-s*, *amaici-psse*, *amaici-n-t*, *amaici-n-cèn*, *amaici-npe-lom* ó *amaici-n-lom*, *amaici-n-pán*. Lo más notable es que permite el uso de la voz *amaici-n-ton* para todas las personas del tiempo.

En el futuro de la lengua quichua domina la *a* como nota característica, pero nó en todas las personas. Yo llevaré, tú llevarás, etc., es *apa-sak*, *apa-nki*, *apa-nka*; *apa-su-nchik* y *apa-saccu*, *apa-nkichik*, *apa-nkanku*.

En algunos de estos idiomas sigue el empleo de notas características hasta en la formacion de los tiempos que llamamos compuestos. En el lulé, por ejemplo, para la formacion del pretérito pluscuamperfecto sirve *ate* de nota característica. Yo habia amado, etc., es en lulé *amaici-ate-s*, *amaici-ate-cè*, *amaici-ate-p*; *amaici-ate-cìn*, *amaici-ate-lom*, *amaici-ate-pán* y tambien *amaici-at-án*. En el chileno para la del futuro perfecto sirve *avu* que es la reunion de las notas de futuro y de pretérito. Yo habré creido, etc., *mu-piltu-avu-n*, *mupiltu-avu-ymi*, *mupiltu-avu-y*; *mupiltu-avu-yu*, *mupiltu-avu-ymu*, *mupiltu-avu-igu*; *mupiltu-avu-iñ*, *mupiltu-avu-imn*, *mupiltu-avu-ign* ó *igen*.

Hay en la América Septentrional lenguas donde se forma por este mismo sistema los tiempos todos con tanta y áun con mayor regularidad que en las de la América del Mediodía. Yo amo, tú amas, es en la cahita *ne eria*, *e eria*, *eria*; *te eria*, *em eria*, *im eria*.—Yo amaba, tú amabas... *ne eria-i*, *e eria-i*, etcétera.—Yo amé ó he amado... *ne eria-k*, *e eria-k*, *te eria-k*, etc.—Yo había amado. . *ne eria-ka-i*, *te eria-ka-i*, etc.—Yo amaré... *ne eria-nake*, *te-eria-nake*, etc.—Yo habré amado... *ne eria-sunake*.—Yo he de amar... *ne eria-te*. Cada tiempo lleva, como se ve, su nota característica, y ésta es invariable en todas las personas. Casi otro tanto veremos en la eudeve. Yo escribo, etc.: *nee hiosguan*, *nap hiosguan*, *id* ó *at hiosguan*; *tamide hiosguame*, *emet hiosguame*, *amet hiosguame*. Aquí el tiempo sufre variacion, pero sólo de singular á plural. El cambio consiste en la supresion de la letra *n* y en la adicion de la sílaba *me*, adicion que, bien íntegra bien sin la vocal, ocurre en otros tiempos. Yo escribía, tú escribías... *nee hiosguam-ru*, *nap hiosguam-ru*, *id* ó *at hiosguam-ru*; *tamide hiosgua-me-ru*, *emet hiosgua-me-ru*, *amet hiosgua-me-ru*.—Yo escribí, nosotros escribimos: *nee hiosgua-ri*, *tamide hiosgua-ri-m-ru*.—Yo escri-

biré, nosotros escribiremos: *nee hiosgua-tze*, *tamide hiosgua-tze*. Aquí la regularidad no es ya tan perfecta como en la lengua cahita; pero el sistema es el mismo. Es más regular la lengua pima. Yo cuento, tú cuentas... *ani hakiarida, api hakiarida*, *hugai hakiarida*; *ati hakiarida*, *apimu hakiarida*, *hugam hakiarida*. —Yo contaba, tú contabas... *ani hakiarida-kada*, *api-hakiarida-kada*, etcétera.—Yo conté ó he contado; *an' t' hakiari* (por *ani ta hakiari*).—Yo había contado; *an' t' hakiarid-kada* (por *ani ta hakiarida-kada*).—Yo contaré; *ani hakiarida-muku* ó *an' t' io hakiari* (por *ani ta io hakiari*).—Yo había de contar; *an' t' io hakiarid-kada*.—Yo había de haber contado; *ani hakiarida-makada*. Las notas características van ántes ó después y siempre combinadas en los tiempos que llamamos compuestos; mas son constantes. Lo son tambien en la lengua ópata, la tepehuan, la tarahumar, la cora, la comanche, la mutsun, la mixteca, la zapoteca y la huaxteca.

Aún en las lenguas algonquinas se sigue este sistema. No parece así á primera vista, parte por los cambios que lleva consigo la conjugacion segun sea el caso objetivo del verbo un sér animado ó un sér inanimado, parte por la circunstancia de reproducirse donde quiera que haya un sufijo la vocal final de la tercera persona del singular del presente de indicativo y no conocerse para la determinacion de esta vocal regla ninguna; pero es realmente así, como verá el lector por los siguientes ejemplos: Yo oigo, tú oyes... es segun se ha visto, *ni-nòndom*, *ki-nôndom*, *nondom; ni-nònd-amin*, *ki-nond-a-m*, *nondom-og*.—Yo oía, oí ó he oido: *ni-n-gi-nôndom*, *ki-gi-nòndom*, *gi-nòndom; nin-gi-nònd-amin*, *ki-gi-nònd-a-m, gi-nôndom-òg*.—Yo había oido... *ni-n-gi-nònd-anabon*, *ki-gi-nònd-anabon*, *gi-nòndo-nabon*, *ni-n-gi-nònd-amin-abon*, *ki-gi-nònd-amwabon*, *gi-nôndom-obonig*.—Yo oiré, tú oirás... *ni-n-go-nòndom*, *ki-go-nòndom*, *te-nôndom; ni-n-go-nônd-amin*, *ki-go-nòndom*, *te-nòndom-og*. La nota característica del pretérito resulta ser *gi;* la del pluscuamperfecto *gi-bon;* la del futuro *go* y todas invariables, menos en las terceras personas del futuro.—Cambian en otros verbos las vocales, nó las consonantes. Yo digo... *kind-ikit*, *kid-ikit*, *ikit-o; nind-ikit-o-min*, *kid-ikit-om*, *ikit-o-wag*.—Yo decía, dije y he dicho... *nin-gi-ikit*, *ki-gi-ikit*, etc.—Yo había oído... *nin-gi-ikit-onaban*, *ki-gi-ikit-onaban*, etc.—Yo diré... *nin-gad-ikit*, *ki-gad-ikit*, *ta-ikit-o; nin-gad-ikit-omin*, *ki-gad-ikit-om*, *ta-ikit-owag*.

Rige el mismo sistema en el verbo nahua. *Ni-tla-pia*, *ti-tla-pia*, *tlapia; ti-tla-piah*, *ant-tla-piah*, *tla-piah;* yo guardo, etc. La *h* del plural en este y otros tiempos no tiene valor alguno.—*Ni-tla-pia-ya*, *ti-tla-pia-ya*, *tla-pia-ya; ti-tla-pia-yah*, etc., yo guardaba...—*O-ni-tla-pi-x*, *o-ti-tla-pix*, *c-tla-pi-x*, *o-ti-tla-pi xque*, *o-an-tla-pi-xque*, *o-tla-pi-xque*, yo guardaré ó he guardado... *O-ni-tla-pi-xca*, *o-ti-tla-pi-xcah*; yo había guardado, nosotros habíamos guardado.—*Ni-tla-pia-z*, *ti-tla-pia-zque;* yo guardaré, nosotros guardaremos. Cambian de singular á plural sólo el pretérito simple y el futuro. Las notas caracte-

rísticas son: la del pretérito imperfecto *ya;* la del perfecto *o-x*, *c-xque;* la del pluscuamperfecto, *oxca*; la del futuro *z, zque.*

En el verbo quiché se observa lo mismo. *Ca nu logoh*, *c' a logoh*, *c' u logoh*; *ca ka logoh*, *qu' y logoh*, *ca que logoh*; yo amo, etc.—*X-nu logoh*, *x-a logoh*, *x-u logoh*, *x-ka logoh*, *x-y logoh*, *x-qui logoh*, yo amé, tú amaste.—*Nu logom*, *a logom*, *u logom*, etc.: nueva forma del mismo tiempo. —*Nu* ó *x-nu logom-chik*, *a* ó *x-a logom–chic*, *u* ó *x-u logom–chic; ka* ó *x-ka logom-oc*, *y* ó *x-y logom-oc*, *qui* ó *x-qui logom-oc*; yo había amado, etc.—*Ch' in* ó *x-chi nu logoh*, *ch' a* ó *x-ch'-a logoh*, etc.; yo amaré, tú amarás. *Ca* es la nota característica de presente; *x* ó *m*, de pretérito; *chi*, de futuro.

En la lengua maya cuentan algunos autores hasta seis conjugaciones; pero en todas prevalece aún el mismo sistema. En todas son por de pronto iguales en su formacion el presente y el pretérito imperfecto. *Nacal in cah*, *nacal a cah*, *nacal u cah; nacal ca cah*, *nacal a-cah ex*, *nacal u-cah ob*: yo subo, tú subes, etcétera.—*Cambezah in cah-cuchi*, *cambezah a cah-cuchi*, *cambezah u-cah-cuchi*, *cambezah ca-cah-cuchi*, *cambezah a-cah-ex-cuchi*, *cambezah u-cah-ob cuchi;* yo enseñaba, tú enseñabas, etc. *Cah*, nota característica del presente y auxiliar de la del pasado imperfecto, significa estar ocupado en alguna cosa; *cambezah in cah*, *nacal a cah* equivalen por lo tanto á yo estoy ocupado en enseñar ó estoy enseñando, tú estás ocupado en subir ó tú estás subiendo. *Cuchi* es un adverbio que quiere decir antiguamente.

El pretérito perfecto se lo forma de un modo en los verbos activos y de otro en los neutros. En los activos con sólo el pronombre hasta aquí usado y el verbo: *in cambezah*, yo enseño; *a tzicah*, tú obedeciste: *u canantalh*, el guardó, etcétera. En los neutros con sólo el verbo y el pronombre también; pero con otros pronombres y éstos sufijos. Yo subí, tú subiste... *nac-en*, *nac-ech*, *nac-i*; *nac-on*, *nac-ex*, *nac-ob*. El sistema no por esto cambia: la nota característica aquí es la variacion y la postposicion de los pronombres.

Se forma el pluscuamperfecto con unir al perfecto las partículas *ili-cuchi*. *Nac-en-ili-cuchi*, yo había subido; *in cambezah-ili-cuchi*, yo había enseñado.

La nota característica del futuro es *bin*, que va siempre antepuesto y modifica el verbo, ya haciéndole perder sus letras finales, ya cambiándolas por otras. *Cambezah*, enseñar: *bin in cambez*, *bin ca cambez*; yo enseñaré, nosotros enseñaremos. *Nacal*, subir: *bin naca-c-ech*, *bin naca-c-ex*; tú subirás, vosotros subiréis. *Tzic*, obedecer: *bin in tzi-zib* ó *bin tzi-ce* ó *bin tzic-na-cen*; yo obedeceré. Cuando el futuro se conjuga con los pronombres sufijos, estos cambios son los que más distinguen las diversas conjugaciones. Primera conjugacion: *bin naca-cen*, *bin naca-cech*, *bin naca-c*; *bin naca-con*, *bin naca-cex*, *bin naca-cob*; 2.ª: *bin tzic-na-cen*, *bin tzic-na-cech*, etc. 3.ª: *bin uinic-a-cen*, *bin uinic-a-cech*, etc.; de *uinic*, hacerse hombre; 4.ª: *bin cicilanca-c-en*, *bin cicilanca-c-ech*, etc.; de *cicilancal*, temblar; 5.ª: *bin cux-la-c-en*, *bin cux-la-c-ech*, etc.; de *cuxtal*, vivir; 6.ª: *bin*

cula-c-en, *bin cula-c-ech*, etc.; de *culab*, sentarse. Engendra esto dificultades para el que haya de aprender la conjugacion maya; pero no revela cambio de sistema.

Lo hay ya en las lenguas otomí y pame y tambien en la de los mosquitos. Cambian aquí las notas características, no sólo en cada uno de los tiempos simples sinó tambien en cada una de las tres personas del singular. Por ser iguales en ambos números, lleva cada persona del plural el correspondiente pronombre. La conjugacion del verbo otomí podrá servir de ejemplo: Yo quiero... *di nee*, *gui nee*, *y nee*; *di nee hè*, *gui nee gui* ó *gui nee hu*; *y nee yu*.—Yo quise... *da nee*, *ga nee*, *bi nee*; *da nee he*, *ga nee gui* ó *hu*, *bi nee yu*.—Yo he querido (en otomí este tiempo es simple)... *xta nee*, *xka nee*, ó *xpi nee*, *xa nee*; *xta nee he*, *xca nee gui* ó *hu*, *xa nee yu* ó *xpi nee yu*.—Yo querré... *ga nee*, *gui nee*, *da nee*; *ga nee he*, *gui nee gui* ó *hu*, *da nee yu*. Las notas características son las partículas antepuestas: *he*, *gui* ó *hu* y *yu*, pospuestos equivalen á nosotros, vosotros, ellos. El pretérito imperfecto es el presente con otra nota característica permanente *hma*; el pluscuamperfecto, con la misma nota Yo quiero, *di nee hma*; yo había querido *xta nee hma*. No se distingue del verbo otomí el verbo pame sinó en que el pretérito imperfecto tiene notas que le son propias y la primera y la segunda persona del plural de todos los tiempos llevan como signo de pluralidad una *m* ó una *t*. El de los mosquitos lleva sufijas las notas.

Va mucho más lejos la lengua totonaca: tiene prefijos y desinencias. Yo amo... *ix-paxki-y*, *paxki-a paxki-y*; *ik-paxki-yauh*, *paxki-yatit*, *paxki-goy*.—Yo amé... *ik-paxki-lh* ó *ik-paxki-nit*, *paxki* ó *paxki-nita*, *paxki-lh* ó *paxki-nit*; *ik-paxki-uh* ó *ix-paxki-nitauh*, *paxki-tit* ó *paxki-nitatit*, *paxki-gohl* ó *paxki-gonit*.—Yo amaré... *nak-paxki-y*, *na-paxki-a*, *na-paxki-y*; *nak-paxki-yauh*, *na paxki-yatit*, *na paxki-goy*. Aquí ya carencia total de pronombres: bastan los solos prefijos y las desinencias á determinar el tiempo y la persona. Obsérvese que el futuro lleva, nó los prefijos, pero si las desinencias del presente. El pretérito imperfecto es asimismo el presente con los prefijos *xak*, *yx*. *yx*, iguales en los dos números; el pluscuamperfecto, el perfecto con los prefijos del imperfecto; el futuro perfecto, el mismo pretérito perfecto en sus dos formas con la partícula *nahuan* pospuesta. Yo amaba, *xak paxki-y*; yo había amado, *xak paxki-nit*; yo habré amado *ik-paxki-lh nahuan* ó *ik-paxki-nit nahuan*. Este verbo sigue aún en los prefijos la regla de los verbos otomí y pame. Los del singular sirven para las correspondientes personas del plural.

El verbo totonaco tiene, además, otras dos conjugaciones, en que no cambian los prefijos, pero sí las desinencias. Tiene su conjugacion pasiva y su conjugacion reflexiva y, como se ha visto, dos formas para el pretérito, que tal vez constituyan dos distintos tiempos. *Ik-okxilh-a*, yo veo; *ik-okxlh-auh*, nosotros vemos. *Xak-zki-n*, yo pedía; *ix-zky-na-goy*, aquellos pedian: *Paxki-kan-a*, tú eres amado; *in-paxki-go-kan*, aquellos eran amados. *Ik-agzton-chaguc-kan*. yo

me lavo. Hay aquí ya en el verbo, relativamente hablando, lujo de formas.

La lengua matlatzinca se puede decir que está entre la totonaca y la otomí ó la pame. Tiene un signo general característico para todos los tiempos del modo indicativo y notas características especiales en cada tiempo para personas y números.—Yo amo... *ki-tu-tu-tochi*, *ki-ki-tu-tochi*, *ki-tu-tochi*; *ki-kuen-tu-tochi*, *ki-chen-tu-tochi*, *ki-kuen-tu-tochi*; *ki-kuchen-tu-tochi*, *ki-chehen-tu-tochi*, *ki-ron-tu-tochi*. Adviértase que en el verbo matlatzinca hay dual.—Yo amaba... *ki-mi-tu-tu-tochi*, *ki-mi-kuen-tu-tochi*, *ki-mi-chen-tu-tochi*, *ki-mi-kuen-tu-tochi*; *ki-mi-kuchen-tu-tochi*, *ki-mi-ron-tu-tochi*.—Yo amé... *ki-tabu-tochi*, *ki-kibu-tochi*, *ki-tu-tochi*, *ki-kuebu-tochi*, *ki-chebu-tochi*, *ki-kuen-tu-tochi*; *ki-kuchen-bu-tochi*, *ki-chehen-bu-tochi*. *ki-tu-ro-tochi*.—Yo amaré... *ki-ru-tochi*, *ki-ri-tochi*, *ka-ri-tatu-tochi*; *ki-ru-tochi-huehui*, *ki-ri-tochi-huehui*, *ka-ri-tatu-tochi-huehui*; *ki-ru-tochi-e*, *ki-ri-tochi-e*, *ka-ritatu-tochi-e*. Sólo en las terceras personas del futuro el signo general característico cambia en *a* la *i*.

Conjugaciones en que el verbo cambie de persona á persona la terminacion ó por lo menos la nota característica son escasas. En la lengua nitlakapamuch, que pertenece al grupo de las de la Columbia Británica, hallo, sin embargo, la siguiente. Yo doy... *ens nahkt-inna*, *awi nahkt-atta*, *chenilt nahkt-arss*: *nemimult nahk-am*, *awipiaps nahk-attose*, *chinkwast nahkt-iiks*. Las desinencias son las mismas para los demás tiempos; las notas características varían. Yo dí, *huinahktlam*. Yo daré, *huinahkchin*. En la lengua apache encuentro otras de más complicacion. Yo hago... *she-ash-lah*, *tan-di-aghon-lah*, *tah-pi-ay-il-lah*, *tah-nah-hi-ah-ghont-lah*, *nah-hi-ah-ghast-lah*, *tah-goh-pi-ah-goh-lah*.—Yo hacía ó hice... *tah-she-ash-lah*, *di-and-lah*, *pi-ind-lah*: *tah-nah-ki-and-lah*, *nah-hi-alt-lah*, *goh-pi-ah-goh-nind-lah*.—Yo haré... *tash-i-ah-dosh-lil*, *di-ah-goh-dont-lil*, *tah-pi-aye-dahl-lil*, *tah-nah-he-ah-ge-dont-lil*, *nah-he-ah-dash-lil*, *go-pi-ah-guill-dah-lil*. El verbo es *ah gosh lah*. Adviértase que hay por lo menos en la lengua tres conjugaciones bastante distintas la una de la otra. Véase para muestra el presente del verbo *ish shan*. Yo como... *she-is-shan*, *deah-in-nah*, *aghan-iz-yan*; *tah-nah-de-hit-tahn*, *nah-he-naloh-in-day*, *goh-pi-gu-iz-yan*.

Falta ahora decir que así como en muchas lenguas no tiene el modo indicativo los tiempos que en la nuestra, en otras tiene tiempos de que la nuestra carece. Aun en algunas del primer caso hay tiempos que en la nuestra faltan. En la chilena donde, segun hemos visto, no existe el pretérito absoluto, hay un futuro mixto que equivale á nuestro condicional y al pretérito imperfecto y al pluscuamperfecto de la conjugacion en *rus* de los latinos.—*Mupiltu-a-vu-n*, *mupiltu-a-vu-ymi*, etc., corresponde á yo había de creer ó de haber creído.—En la lengua pokonchi, que pertenece á la familia de los maya-quichés, hay un futuro potencial y otro de voluntad segun revelan los siguientes ejemplos: —*Inchoinulocoh*, yo amaré ó podré amar; *inranulocoh*, yo amaré ó querré amar.—En la totonaca es por lo menos de sospechar que hay dos pretéritos y

dos futuros simples: recuerde el lector la doble forma de uno y otro tiempos. En la mame se observa tambien tres formas para el futuro de presente.—*Uni xtalibetz* y *ain chim xtalem*, yo amaré; *tzok-ni-xtale*, yo habré de amar—y cinco pretéritos absolutos—*ini-xtalim*, yo amé; *uni-xtale*, yo le amé; *ma chim-xtalim*, ya yo le amé; *ma ni-xtali* y *ma uni-xtale*, ya le amé yo.—

En la quiché hemos visto otras dos formas para el pretérito. En la matlatzinca hay un futuro que responde al presente de la conjugacion latina en *rus:* yo he de amar, *ta-ki-mi-tu-tu-tochi*. En la zapoteca aparecen dos pretéritos imperfectos—*ta-na-ti-a* y *ko-na-ti-a*, yo cavaba—dos pretéritos anteriores—*zia-na-ya*, yo he cavado, *hnaya-na-ya*, yo hube cavado—y tres pluscuamperfectos —*ko-na-kala-ya*, *hnaya-na-kala-ya* y *zia-na-kala-ya*, yo habia cavado. En la tarasca existen tambien dos pretéritos imperfectos—*pa-hambica* y *pa-hanga*, yo llevaba. Se usa del *pa-hanga* cuando se hace referencia á tiempo remoto. En la lengua mutsun hay nada menos que ocho pretéritos simples—*kan arán*, yo dí; *kan arás*, yo dí, sabe Dios cuando; *kan araicun*, yo dí, hace algun tiempo; *kan aragte*, yo dí ya; *kan ittzs aran*, yo dí, poco tiempo há; *kan kus arás*, yo dí, há largo tiempo; *kan munna arás*, yo dí, hace un siglo; en la ópata, otros dos pretéritos absolutos—*ne-hio-sia* y *ne-hio-ve*, yo escribí;—en la pima dos futuros imperfectos—*ani hakiarida-muku* y *an t'io haquiari*, yo contaré; y los pretéritos imperfecto y pluscuamperfecto de futuro en *rus*—*an' t'io hakiarid-* y *ani hakiarida-makada*; yo habia de contar y yo habia de haber contado; en la *kada* de los *nez-percès* un pretérito inmediato—*waka*, yo he sido ahora ó, lo que es lo mismo, acabo de ser;—en la chippewa por fin otra multitud de tiempos.

Multitud de tiempos digo, y digo mal, porque son multitud de conjugaciones ó modos. En las lenguas algonquinas, principalmente en la chippewa, no sólo hay la conjugacion positiva y la negativa, la animada y la inanimada, la activa y la pasiva, la reflexiva y la recíproca y todas las transitivas á que puede dar orígen la combinacion de los pronombres sinó tambien una de poder y otra de voluntad, y dentro del modo indicativo una de reiteracion, otra de duda, otra de sentimiento, otra de sentimiento y duda y otra relativa. «Siempre que veo, paréceme que veo, á pesar mio veo, á pesar mio paréceme que veo, el que me ve ó el que veo, etc.,» constituyen en las lenguas algonquinas otras tantas conjugaciones. Por esto principalmente han visto no pocos autores estrecha relacion entre aquellos idiomas y el vasco.

Modo imperativo. Comprenderá fácilmente el lector que no he de dar á los demás modos del verbo la extension que al indicativo, el primero y el principal en todas las lenguas. El imperativo suele vivir de prestado, pero tambien modificar lo que toma. No son muchas las lenguas donde se limita, como en la moxa sucede, á recibir las formas del futuro. Respeta en la quichua las del presente de infinitivo para las segundas personas, pero tiene para las terceras su nota característica.—*Apa-y*, *apa-y-chik*; lleva tú, llevad vosotros: *apa-chu-n*,

apa-chu-nku; lleve aquel, lleven aquellos.—Para las personas del singular dispone tambien en la chilena de notas especiales; en las de los otros números altera algun tanto los pronombres.—*Mupiltu-chi*, *mupiltu-ge*, *mupiltu-pe*; *mupiltu-yu*, *mupiltu-mu*, *mupiltu-gu*; *mupiltu-yñ*, *mupiltu-mn*, *mupiltu-gn* ó *mupiltu-gen*.—En la tupi modifica asimismo el presente de indicativo, al que suele dar de prefijo una *t*.—*T-ere-mboè*, *t-o-mboè*, *t-a-pe-mboe*, *t-o-mboe*; enseña, enseñad; enseñe, enseñen. En las segundas personas permite tambien decir: *e-mboè*, *pe-mboè*.—En la lulé, no sólo ostenta formas que le son peculiares, sinó que tambien hace difícil la formacion de su segunda persona del singular; formacion de la cual depende la de los pretéritos y el futuro de indicativo. Si la primera persona del presente de indicativo acaba en *az*, *ez*, *iz* ú *oz*, se forma la segunda del imperativo ó suprimiendo la *z* ó sustituyéndola por la repeticion de la vocal antecedente—de *amaiciz*, *amaici*; de *taz*, *taa*;—si por dos ó más consonantes, mudando en *i* la última—de *tacamz*, *tacami*. Véase el imperativo de *amaiciz: amaici*, ama tú; *amaici-pep* ó *ama-ito*, ame aquel; *amaici-pe* ó *amaici-cen*, amemos nosotros; *amaici-van*, amad vosotros; *amaici-npan*, amen aquellos.

En la lengua de los mosquitos toma el imperativo las formas del futuro sólo en las terceras personas, y aún en estas puede alterarlas.—*Daux*, haz tú; *daukbia* y tambien *daukbiasica*, que aquel haga: *daukpe*, hagamos nosotros; *man nani daux*, haced vosotros; *wetin-nani daukbia* y tambien *daukbiasica*, que aquellos hagan.—Se confunde el del verbo quiché con el futuro, pero sólo en los verbos neutros, los absolutos y los activos polisilábicos —*C' at logon*, *qu' yx logon* significan «tú amarás, vosotros amareis y ama tú, amad vosotros». En los verbos activos monosilábicos si empiezan por *a*, *e* ó *i* añade una *a* á la respectiva persona del futuro; si por una *o*, otra *o* y si por una *u*, otra *u*.—*Ch' av' il-a*, mira tú; *ch' a vor–o*, barrena tú: *il*, mirar, ver; *vor*, barrenar.—En el verbo maya es el futuro mismo sin la partícula prepuesta *bin*.—*Nacac-en*, *nacac–on*; suba yo, subamos nosotros. *Cambez-a*, *cambez–ex*; enseña tú; enseñad vosotros.—En el verbo nahuatl es el patron del presente del modo optativo.—*Ma nitlapia*, *ma xitlapia*, *ma tlapia*; *ma titlapiacan*, *ma xitlapiacan*, *ma tlapiacan* equivalen á «guarde yo, guarda tú», etc., y tambien á «oh si yo guardase, oh si tú guardases, etc.»

No es en pame el imperativo sinó el presente de indicativo con la adicion de *tt* ó la sustitucion de la consonante final por estas dos letras:—*xaop-tt*, enseña tú;—ni en otomí sinó la radical del verbo, simple ó repetida:—*nee–gui*, quered vosotros; *te-te*, haz. Toma en el totonaco las formas del pretérito, cosa verdaderamente extraña, pero anteponiéndoles la partícula *ka:*—*ka-paxki*, *ka-paxki-lh*; *ka-paxti-tit*, *ka-paxti-golh*; ama, ame, amad, amen.—En huaxteco es el presente de subjuntivo.—*Tata katahja*, *jaja katahja* son haz, haga y tambien tú hagas, él haga.—En mixteco toma prestadas las formas al futuro salvo en las

segundas personas, que hace con la sola radical del verbo; mas dándoles prefijos especiales.—*Na-dzatevui-ndi*, *dzatevui*, *na-dzatevui-ta*, *na-dzatevui-ndoo*, *chi-dzatevui*, *na-dzatevuita*; peque yo, peca tú, etc.—En eudeve apenas se separa del infinitivo.—*Hiosgua*, *hiosguaru*, escribe, escribid. En ópata recibe del futuro sólo las terceras personas.—*Hio-tte*, *hio-sea-i*, *hio-vu*, *hio-sea-me*; pinta, pinte; pintad, pinten.—En la lengua algonquina, por fin, recibe del futuro las formas de las terceras personas; tiene las demás propias.—*Ikit-on* ó *ikit-o-kan*, dí tú ó sírvete decir; *ta-ikit-o*, diga él; *ikit-o-da*, digamos nosotros; *ikit-og* ó *ikit-o-keg*, decid ó servíos decir; *ta-ikit-o-wag*, digan ellos; *ta-ikit-o-m*, dígase.

Hay imperativos con formas exclusivamente suyas. En la lengua pima: *ha-kiarida-ni* ó *ga-hakiarida*, cuenta tú; *hakiarida-vorha* ó *gorha-hakiarida*, contad vosotros. En la tarasca: *pa-pa*, *pa*, *pa-ue*, *pa-pacuhehe*, *pahe*, *pa-uex*; lleve yo, lleva tú, etc. En la zapoteca: *ko-na*, *lakeya-na-no* ó *kolakiee-na-no*; *kola-ka-na*, cava tú, cavemos nosotros, cavad vosotros. En la matlanzinca: *Ku-tochi*, *di-tochi*, *ta-tu-tochi*; *ku-tochi-huehui*, *di-tochi-hueui*, *ta-tu-tochi-huehui*; *ku-tochie*, *di-tochie*, *ta-tu-tochie*; ame, ama, ame; amemos los dos, amad los dos, amen los dos; amemos, amad, amen. Llevan dual y plural las desinencias y las postposiciones del futuro, pero nó las partículas prepositivas. En la mame: *ixtalin-o-ia*, *ixtalin-o-hu*, *ko-ixtalin-o*, *ixtalin-ke-ie*, *ixtalin-ke-hu;* ama tú, etcétera. En la mutsun: *arat* ó *aratit*, *araia*, *arai* ó *arati*, *arais*. Verdad es que estas voces corresponden á «dame, date, dale, dales.»

En alguna que otra lenguas hay más de un imperativo. Dos hemos visto en la nahuatl: uno afirmativo y otro negativo ó, hablando más propiamente, uno permisivo y otro prohibitivo. Del uno he hablado aquí; del otro, al escribir sobre las conjugaciones negativas. Otro hay aún de futuro apenas traducible en castellano:—*ma nitlapiaz*, *ma titlapiaz*, *ma tlapiaz*, *ma titlapiazque, ma antlapiazque*, *ma tlapiazque*, guarde yo despues, etc. Tres hay tambien en la lengua chibcha.—*Guitu*, *guitua*; azota, azotad.—*Chaguitua, maguitua*, etc.; azote yo, azotes tú, etc.—*Chaguitipuca*, *maguitysuca*, etc.; esté yo azotando, estés tú azotando, etc.

Modo optativo y subjuntivo. Empezaré aquí por las lenguas que tienen ambos modos. Los hay en las algonquinas, pero, como antes dije, constituyen verdaderas conjugaciones. Yo quiero ó deseo oir... es en chippewa *niuinôndom*, *kiuinôndom*, *giuinôndom; nininondamin*, *kiuinôndam*, *uinondomog*. Yo quería ó deseaba oir... *ningiuonôndom*, *kigiuinondom*, *giuinondom*; *ningouinôndamin*, *kigouinondam*, *teuinondomog*. Yo hube deseado oir... *ningiuinôndanabon*, *kigiuinôndanabon*, *kiuinondomobon*; *ningiuinôndaminabon*, *kigiuinôndamnabon*, *giuinôndamobonig*. Yo quisiera ó desearía oir... *ningouinôndom*, *kgouinôndom*, *teouiuôndom*, *niagouinôndamin*, *kigouinôndam*, *teuinôndomog*. No sólo hay en chippewa esta conjugacion sinó que hay tambien otra optativa

potencial de que da Duponceau el presente de indicativo. Yo puedo desear oir... *nindauinòndam, kitauinòndam, tauinòndom, nindauinòndamin, kitauinòndam, tauinòndomog.* Mas estos no son los modos de que he de hablar ahora.

Encuentro los dos primeramente en la lengua nahuatl. Por cierto que los dos tienen las mismas formas y difieren sólo en las partículas que los preceden y caracterizan. Emplea el optativo la partícula *ma* y el subjuntivo la conjuncion *intla.* El presente y el futuro de ambos son el imperativo de presente y de futuro; el pretérito imperfecto, el primer imperativo con la adicion de la sílaba *ni*; el pretérito perfecto y el pluscuamperfecto del optativo, el imperfecto con la anteposicion de la letra *o*, en aquel idioma signo de pretérito. Carece de pretéritos el subjuntivo, segun Olmos porque *intla*, si, es la única conjuncion de que el nahuatl dispone.—*Ma nitlapia, ma xitlapia*, etc.; ¡oh si yo guardase! ¡oh si tú guardases! etc. *Intla nitlapia, intla xitlapia*, etc.: que guarde, que guardes, etc.; *Ma nitlapia-ni, ma xitlapia-ni*, etc.; ¡oh si yo guardara! ¡oh si tú guardases! etc. *Intla, nitlapia-ni*, etc.: si yo guardara. *Ma o–nitlapia–ni*, oh si yo hubiera ó hubiese guardado. *Ma nitlapiaz*... ¡ojalá yo guarde!

Acontece lo mismo en el pima.—*Dod' an' iki hakiarida-na*, ¡ojalá yo cuente! *ko n' igui hakiarida-na*, que yo cuente.—En el maya sirve el futuro para el optativo y el subjuntivo. Para el optativo lleva *ca-chi* ó *ca-iná* antepuestos ó *iná* pospuesto y para el presente de subjuntivo antepuestos los pronombres personales.—*Cachi nacac-en, cainá nacac-ech, cachi nacac; nacac-on-iná, nacac-ex-iná, nacac-ob-iná;* ¡ojalá que yo subiera! ¡ojalá que tú subieses! etc. *Ten nacac-en* ó *naccon, tech-nacac-ech, lay nacac; toon nacac-on, teex nacac-ex, loob nacac-ob*; que yo suba, que tú subas... Para el imperfecto de subjuntivo basta, al decir de Beltran, anteponer *hi* al futuro; para el perfecto anteponerle *hi uil* y posponerle *cuchi*, signo de pretérito, y para el pluscuamperfecto, anteponer *hi* al futuro pasado é intercalar *ili* entre el *cochom* y la radical del verbo.—*Hi nacac-en*, que yo subiera. *Hi uil nacac-en cuchi*, que yo haya subido. *Hi nacac-en ili cochom*, que yo hubiera subido. El futuro resulta ser aquí la base y el fundamento de ambos modos.

En el mame, segun sospecha Pimentel, no difieren las formas del optativo de las del subjuntivo sinó en que aquellas contienen la interjeccion *vuit* entre el pronombre personal y el verbo. El subjuntivo, dice, creo que sea el optativo sin el *vuit.* No advierte que, suprimida esta interjeccion, queda el futuro presente de indicativo. A mi entender no hay en el mame formas especiales para ninguno de los dos modos.

Verdaderos modos optativo y subjuntivo no los hallo ya sinó en la lengua quichua. ¡Ojalá yo lleve! ojalá tu lleves, etc., es en la quichua *apa-y-man, apa-n-ki-man, apa-n-man*; *apa-nchik-man* ó *apa-yku-man, apa-nkichki-man, apa-n-man* ó *apa-nku-man.* Aquí propia de este modo no hay en realidad sinó la partícula *man*, puesto que la primera persona es el infinitivo ó la segunda del

imperativo y las demás son las del presente del indicativo; pero del subjuntivo hay ya nota característica. Yo lleve, tú lleves, etc., es *apa-pti-y*, *apa-pti-yki*, *apa-pti-n*; *apa-pti-nchik* ó *apa-pti-yku*, *apa-pti-ykichik*, *apa-pti-n* ó *apa-pti-nku*. *Pti* es la nota característica.

Optativo y subjuntivo da á la lengua tupí Antonio Ruíz de Montoya, pero confesando que no son más que el indicativo con ciertas partículas, las principales *tamo* para el optativo y *ramo* para el subjuntivo.—*Amboè tamo*, ¡oh si yo enseñara ó hubiera enseñado! y *amboè ramo*, yo enseñe, enseñara ó hubiere enseñado. En este idioma merece con más razon el nombre de modo lo que el mismo Ruíz llama modo permisivo. Séame lícito enseñar, permítasete enseñar, etcétera, es segun él, *t-a-mboè*, *t-ere-mboè*, *t-e-mboè:* el presente de indicativo con la nota *t*. Tambien da Machoni los dos modos á la lengua lulé, pero tambien confesando que el subjuntivo es el indicativo con el sufijo *le* y el optativo el infinitivo con el verbo *maiciz* que se conjuga con el sufijo *no*.—Arrojar, *tacluz*. Que yo arroje, etc., *tacluse-le*, *taclucelè*, *taclut-lè*; *taclucenle*, *taclulom-tè*, *taclupan-le*. ¡Oh si yo arrojase!... *tacluu-maici-nó*, *tacluu-maice-nó*, *tacluu-maip-nó*, etc.

Carece en América de modos optativo y subjuntivo multitud de lenguas. Citaré entre otras la chilena, la moxa, la chibcha, la otomí, la matlatzinca, la mutsun, la mixteca. Empléase en todas con los tiempos del indicativo las partículas que en la nuestra exigen las del subjuntivo; cosa que no debe chocarnos cuando ocurre, bien que no siempre, en una de las lenguas del grupo latino. *Si j'étais roi*, dicen los franceses y no *si je fusse roi*. *J'irai vous voir quand je pourrai* y no *quand je puisse*.

Otras lenguas tienen sólo uno de los dos modos. Tiene sólo el de subjuntivo la totonaca, que lo forma todo con el pretérito perfecto de indicativo y ciertos prefijos y sufijos.—Yo ame; *kak-paxki-lh*, *ka-paxki*, *ka-paxki-lh*; *kak-paxki-uh*, *ka-paxki-tit*, *ka-paxki-agolh*. Yo amara y amase, etc., *kak-paxki-lh*, *ix-paxki*, *ix-paxki-lh*, *kak-paxki-uh*, *ix-paxki-tit*, *ix-paxki-agolh*. Yo haya amado, etc., *xak–ti–paxki–lh*, *ix-ti-paxki*, *ix-paxki-lh*; *xak-ti-paxki-uh*, *ix-ti-paxki-tit*, *ix-ti-paxki-agolh*. Yo hubiera y hubiese amado, etc.; *xak-ti-paxki-lh-kahuah*, *ix-ti-paxki-kahuah*, etc. Yo amare... *xak-ti-paxki-lh-nahuan*, *ix-ti-paxki-nahuan*, etc.

Formas especiales son tambien las del subjuntivo huaxteco, por más que las del presente sean casi idénticas á las del futuro y las del pretérito imperfecto á las del pluscuamperfecto de indicativo. Lo son mucho más las del subjuntivo zapoteco en que, si bien el futuro es el de indicativo con el prefijo *ni*, el pretérito imperfecto lleva nada menos que el prefijo *nia*, la partícula intercalar *na* y el sufijo *niaka*, verbo en opinion de Córdoba, y el perfecto el prefijo *tia* é intercaladas las sílabas *ti-la*; *ti*, signo de pretérito.—Yo cavara, *nia-na-la-ya;* yo haya cavado, *zia-na-ti-la-ya;* yo cavaré, *ni-ka-na-ya*.—Más especiales son aún

las formas del subjuntivo tarasco.—Yo llevara, tú llevaras, etc.; *pa-piringa, pa-piringare, pa-pirindi; pa-piringacuhche, pa-piringatsi, pa-pirindix.*—Parece este tiempo derivacion de uno de los pretéritos perfectos de indicativo; pero la diferencia entre los dos tiempos es mucha.—Yo cavé, etc., *pa-hanga, pa-hangare, pa-handi; pa-hangacuche, pa-hangatsi, pa-handix.*

No es ya tanta la diferencia en las lenguas tarahumar, tepehuan y eudeve. En la tarahumar el pretérito perfecto de subjuntivo es el futuro de indicativo con la letra final convertida en *eke;* y el pluscuamperfecto, el de indicativo con la intercalacion de la nota *re.*—Yo contaré, *nejè tarara*; yo haya contado, *nejè tarar-eke.* Yo habia contado, *nejè tarayeke*; yo hubiera y hubiese contado, *nejè tararc-yeke.*—En el subjuntivo tepehuan pierde el verbo su última letra y toma para el presente la terminacion *ana*, que es casi la del imperativo; para el pretérito imperfecto la de *aguitade*, que es casi la del mismo tiempo del indicativo; para el pluscuamperfecto la de *aguijatade*; y para el futuro, la de *aguiague*, contraccion de la del futuro absoluto.—Diga yo, *aguidiana ane;* yo diga, *ane-ane aguidana.* (*Ane, aniane* son pronombres.) Yo decía, *aneane aguitade*; yo dijera, *aneane aguidaguitade.* Yo diré. *aneane aguidiague*; yo dijere, *aneane aguiague.*—En el verbo eudeve el presente de subjuntivo es el futuro con el sufijo *ru.*—Yo escribiré, *nee hiosguatze*; yo escriba, *nee hiosguatze-ru.*

Lenguas hay que tienen sólo el optativo. Sirva de ejemplo la ópata. En ópata ¡ojalá que yo haya escrito! es *ayuekapa ne hiosia*—el pretérito con la interjeccion *aguekapa*; ¡ojalá que yo hubiese escrito!, *iruna ne hiosea-kiru*—el futuro con el sufijo *kiru* y la interjeccion *iruna;* ¡ojalá que yo escribiere!, *aguepa ne hio*, el presente con la interjeccion *aguepa.* Tampoco tiene la lengua quiché más que optativo, y éste formado por la sola posposicion de la partícula *tah* á los tiempos del indicativo. Pospone el quiché esta partícula al presente de indicativo para obtener el de subjuntivo; al del futuro y tambien al del pretérito simple para el imperfecto; al del mismo pretérito simple ó á la segunda forma del pluscuamperfecto para el perfecto; y á esta misma forma, prefijas *x* ó *xi* y suprimido *chi* ó *chic* para el pluscuamperfecto.—*Ca nu logoh-tah*, ¡ojalá que yo ame! *chi nu logoh-tah* ó *x-nu logo-tah*, ¡ojalá que yo amase! *nu logom chi-tah*, ¡ojalá que yo haya amado! *x-nu logom tah*, ¡ojalá hubiese yo amado!

Donde no hay más que optativo ó subjuntivo entiendo, sin embargo, que unas mismas formas sirven para ambos modos como en español sucede. El cambio de una interjeccion por una conjuncion ó de una conjuncion por una interjeccion es de presumir que baste para distinguirlos. El modo subjuntivo aún sin conjunciones se lo determina. ¡Cómo nó si con algunos verbos las suprimimos sin necesidad nosotros! «Quisiera se resolviese pronto el asunto,» decimos, «suplícole de todas veras acepte mi humilde ofrenda.» Y tambien: «hubiéralo usted pensado mejor y no habría caído en tan grave yerro.» Omitimos en aquellas oraciones la conjuncion «que», y en ésta sustituimos la condicional por la

copulativa. Acontece esto mucho más en el idioma inglés que, dicho sea de paso, gramaticalmente es uno de los que más se aproximan á muchos de los de América. *I wish* () *you would do it—He said* () *he would come—*() *Had I received my money, I would pay you.*—() *Should he propose a partnership, you would be a fool to join him*, etc., etc. Literalmente: «deseo lo hiciese; dijo vendría; había yo recibido mi dinero, le pagaría; propusiese él una sociedad, sería V. loco unírsele;» en buen castellano «deseo que V. lo haga; dijo que vendría; pagaría á V. si hubiese yo recibido mi dinero; sería V. loco en unirse con él aun cuando le propusiese hacerle su consocio.»

Modo condicional. Tan cierto es que en muchas de las lenguas americanas sirven las formas del modo optativo para el subjuntivo ó las del subjuntivo para el optativo, que al hablar ciertos gramáticos de un modo condicional ó se refieren á una conjugacion distinta, á una de tantas conjugaciones como hay, por ejemplo, en las lenguas algonquinas, ó á tiempos del modo subjuntivo. A la misma lengua quiché se le atribuye tiempos condicionales, y no son éstos sinó los del optativo con la conjuncion *ve*, si, que junta con el signo *tah*, forma la partícula *veta.*—*Veta c' a logoh*, ya que tú ames.

Modo infinitivo. Carecen de modo infinitivo algunas lenguas: entre otras la pame, la otomí y la mazahua. Son muchas ricas en gerundios y participios, y no tienen voces de presente, pretérito ni futuro. Suelen éstas y otras con los participios y los gerundios suplir los tiempos del modo subjuntivo y aún la carencia de pronombres relativos. Aunque nó por necesidad, bueno es advertir que hace otro tanto la nuestra. «*En amaneciendo* proseguiré mi viaje,» es decir luego que amanezca; «cenaré *escrita* la carta,» es decir cuando la haya escrito. «Lo hallarás en la *hoja correspondiente* al lunes,» por «la hoja que corresponde;» «respeta á la *ungida* del Señor» por «la que ha sido ungida.»

Entre las lenguas que carecen de las voces de infinitivo las suplen algunas por el futuro y el pretérito de indicativo, acompañados de verbos ó frases como poder, querer, ser bueno, ser lícito, etc. Sirva en esto de muestra la nahuatl que conjuga «quiero guardar, quieres guardar, etc.» diciendo: *ni-tla-piaz-nequi*, *ti-tla-piaz-nequi*, etc., ó bien *ni-c-nequi ni-tla-piaz*, *ti-c-nequi ti-tla-piaz*, etc. *Nitlapiaznequi* literalmente significa «yo guardaré quiero» y *nicnequi titlapiaz* «yo quiero yo guardaré.» Resulta de aquí un verbo compuesto que se puede conjugar en las dos formas por todos los tiempos. *Nitlapiaz-nequia* ó *nicnequi a-nitlapiaz*, yo quería guardar; *o-nitlapiaz-nec* ú *o-ni-nec nitlapiaz*, yo quise guardar, etc.

La voz de pretérito la suple el mismo nahuatl por el pretérito de indicativo. —*Cualli ynic onitlapix*, literalmente «bueno es guardé» equivale á «bueno es haber guardado».—Por el futuro suple tambien la de futuro diciendo: *cualli yez in nitlapiaz*, bueno será yo guardaré, por bueno será que yo guarde ó habré de guardar.

Se encuentra en el mismo caso la lengua quiché y emplea los mismos proce-

dimientos. Se vale hasta de los mismos verbos determinantes: de *ah*, desear, querer; de *utzin*, poder, ser bueno; de *ahauax*, ser lícito, el *oportet* de los latinos.

En la lengua maya existen ya las tres voces. *Nacal*, subir; *naci-il*, haber subido; *bin-il nacac*, haber de subir. La voz de pretérito resulta ser la tercera persona del de indicativo con el sufijo *il*; la de futuro la tercera persona del de indicativo con *il* sufijo, no al verbo, sinó á la nota del tiempo. Aquel subió, *nac-i*; haber súbido, *naci-il*. Aquel subirá, *bin nacac;* haber de subir, *bin-il nacac*. *Bin* significa ir; y *bin nacac* puede significar muy bien «va á subir», accion futura.

Despues del maya donde hallo más limpias y determinadas dos de las tres voces es en el idioma tarasco. *Pa-ni*, llevar; *pa-rini*, haber llevado. *Ni* y *rini* son puras terminaciones.

Hasta cuatro voces hay en la lengua tupí:—*mboè*, enseñar; *mboe hagûera*, haber enseñado; *mboe haguâma*, haber de enseñar; *mboe ranguera*, haber de haber enseñado;—pero se las forma con voces auxiliares. *Ranguera*, *haguâma*, *hagûera*, *haba* son á lo que parece el futuro pasado, el futuro simple, el pretérito y el pasado de *ha*, forma verbal ó verbo.

Puras no las vuelvo á encontrar sinó en la quichua y la chilena. *Apa-y* en la quichua es llevar; *apa-ska*, haber llevado; *apa-nka* ó *apa-na*, haber de llevar; *mupiltu-n* en la chilena creer; *mupiltu-v-um*, haber creido.

En la lengua quichua es, con todo, de sospechar si las dos últimas voces no son los participios de pretérito y de futuro. Las formas de unos y otras son las mismas.—*Apa-j*, el que lleva; *apa-ska*, lo llevado; *apa-na* ó *apa-nka*, el que ha de llevar.—Se usa allí mucho los tres participios, pero tal vez ninguno como el de presente. Por él se hace multitud de sustantivos y aun de adjetivos. *Apaj*, el que lleva, el portador; *kamayuj* ó *kamayoj*, el que manda, el oficial, el empleado; *utij*, el que se aletarga, perezoso, inerte; *kausaj*, el que vive, el viviente, duradero, eterno; *garaj*, lo que pica, picante, angustioso; *chusaj*, el que vacía ó deja un lugar vacío; *nanaj*, lo que produce dolor, doloroso; *purij*, el que anda, el pasajero; *rimaj*, el que habla, el interlocutor, el personaje; *sípij*, el que mata, el homicida; *tupaj*, el que afila, el afilador; *willaj*, el que aconseja, el consejero, y el que predice, el profeta. Tiene, además, la lengua quichua supinos y gerundios. *Apay*, llevar, *apa-spa*, llevando. *Ccoruy*, decapitar; *ccoru-spa*, decapitando. *Moscqui*, delirar; *moscqu-spa*, delirando. Este es propiamente el gerundio de ablativo: el de genitivo es *apay pacha* y el de dativo y acusativo, *apanká-pak*.

En el idioma chileno abundan aún más los gerundios y los participios. El que cree ó creyó, *mupiltu-lu*; el que creía ó había creído *mupiltu-vu-lu*; el que ha de creer, *mupiltu-a-lu*; lo que es ó fué creído, *mupiltu-el*; lo que era ó había sido creído, *mupiltu-vu-el*; lo que será ó ha de ser creído, *mupiltu-al*; lo que

habrá sido ó habrá de haber sido creido, *mupiltu-vu-el*. Mayor riqueza de participios ni mayor regularidad en formarlos podrán difícilmente darse. Los gerundios son: el de genitivo *mupiltu-u* la primera voz de infinitivo; el de acusativo *mupiltu-am*; el de ablativo, *mupiltu-um* ó *mupiltu-vu-m*, segun sea de futuro ó de pretérito. Revisten allí los supinos una forma especial; llevan antepuestas á la *u* del infinitivo la partícula *pa* ó las partículas *me* ó *pu* segun ir ó venir sean el verbo determinante. *Mupiltu-pa-n*, vine á creer; *mupiltu-me-n* ó *mupiltu-pu-n*, fuí á creer. Pasan estos supinos á ser verbos y se conjugan por todos los tiempos del radical que les da origen. En la lengua nahuatl, como luego se verá, sucede lo mismo.

En la lengua quichua, y esto es más, se conjuga hasta las voces del infinitivo. *Munay* es amar; los participios, *munaj*, *munaska* y *munanka* ó *munana*. *Munay-nii* significa el amar yo; *munaska-iki*, el haber amado tú; *munanca-n*, el haber de amar aquel; *munay-ninchik*, el amar nosotros; *munaska-ikichik*, el haber amado vosotros, *munana-n* ó *munana-nku*, el haber de amar aquellos.

Rica es tambien en participios y gerundios la lengua de los tupíes.—El que enseña, *mboé-hara* ú *o-mboebae;* el que enseñó, *mboe-harera* ú *o-mboe-bae cuêra*; el que ha de enseñar, *mboe-harama* ú *o-mboe-bae rama;* el que había de haber enseñado, *o-mboe-ha-ranguera* ú *o-mboe-bae ranguera*.—Tiene el verbo tupí, como se ve, dos participios de presente y en cada uno cuatro tiempos, que son los del verbal ó verbo *ha*. Tiene aún otro participio que cabría llamar paciente y es no poco digno de nota.—El que yo enseño, *che-remi-mboė*; el que tú enseñas: *nde-remi-mboė;* el que aquel enseña, *he-mim-boė*, etc.; el que yo enseñe, *che-remi-mboė cuera;* el que yo he de enseñar, *che-remi-mboė rama;* el que yo había de haber enseñado, *che-remi-mboė ranguera*.

Es tambien notable la lengua tupí por los supinos, que terminan en *bo*, *ma*, *mo*, *nga*, *ta*, *na*, *ca*, *pa* según la letra final del verbo.—*Aiquatia*, pintar, *yquatiabo; ahaihub*, amar, *haihupa; ahechag*, ver, *hechaca; amomboî*, desafiar, *ymomboita; amaena*, atalayar, *maenanga*, etc.; supinos cuya formacion no deja de ser difícil.

En la lengua chibcha se conjuga así los supinos como los participios.—Para azotar yo, *ze guityiua;* para azotar tú, *um guityiua;* para azotar él *a guityiua*, etcétera. Yo el que azoto ó azotaba, *chaguitysuca;* nosotros los que azotamos ó azotábamos, *chiguitysuca*. Yo el que azotó ó había azotado, *chaguitua;* vosotros los que azotasteis ó habíais azotado, *miguitua*. Tú el que azotaras ó has de azotar, *maguitynynga;* aquellos los que azotaran ó habrán de azotar, *guitynynga*. Yo el que había de azotar *chaguitynynguepcua*. Las formas de los supinos son dos: *guityiua* y *guityca;* este para el acusativo. Debo aquí ahora de advertir que el participio de presente es en todas sus personas el imperativo segundo; el de pretérito, el imperativo tercero; y el de futuro simple, el futuro de indicativo, sin más diferencia que la de llevar en las dos primeras personas del sin-

gular los pronombres *cha*, *ma* en vez de *ze* y *um*. *Chiguitynynga*, por ejemplo, significa «nosotros azotaremos» y «nosotros los que azotaremos.»

Otro tanto observo en la lengua lulé. *Tacluton*, el que arroja, significa tambien «él arroja»; *taclunton*, el que arrojará ó ha de arrojar, significa tambien «él arrojará.» *Tacluu* es por otra parte voz de infinitivo y supino:—arrojar, *tacluú*, á arrojar, *tacluú*. No hallo en lulé formas especiales sinó para los gerundios de dativo y ablativo:—para arrojar, *taclu-p*; arrojando, *taclucle* ó *tacluú luquy*.

La lengua quiché tiene formas especiales y sencillas así para los participios como para el gerundio.—*Bak* es horadar; *bak-ol*, el que horada.—Si el verbo es monosilábico y lleva *a*, *e*, *i*, ú *o*. hace el participio de presente en *ol* y si *u* en *ul*.—*Met*, escardar; *met-ol*, el que escarda: *muk*, sepultar: *muk-ul*, el que sepulta.—Tiene otro participio de presente en *al* ó *an*, *an* si el verbo acaba en *ul*; pero éste más bien que participio es gerundio.—*Bak-al*, horadando: *pul-an*, hirviendo; *x-be-bakal*, se fué horadando.—Tiene además otros participios que de tales merecen el nombre: *bak-inac*, de pretérito; *bak-aboh*, pasivo de plural; *bak-uel* ó *bakal-el*, de futuro activo; *bak-el* ó *bak-atabel*, de futuro pasivo. Varían las formas de estos participios, mas con sujeción á reglas. Si el verbo acaba, por ejemplo, en *h*, *x* ó *z*, se forma el participio en *al* con la sola adicion de una *l*—*tah*, acaudillar; *tah-l*, acaudillado. Si acaba en una de estas mismas consonantes ó en *a*, *e*, *i* ú *o*, se forma el de plural repitiendo entre las letras radicales y la nota *oh* la consonante inicial—*ba*, mascar, hace el participio de plural *ba-b-oh*. Véase ahora sus gerundios: *u gih logo-bal* ó *logo-nic*, su tiempo amar ó amando, es tiempo de amar; *chire u logobal* ó *logonic* para su amar ó amando, para amar; *ca be nu logoh*, voy yo á amar ó amando, voy á amar: *chu logobal* ó *logonic*, aquel amar ó amando; amando.

La lengua maya hace los gerundios como la quiché. Dice también *u kin cambezah* ó *cambezic*, su tiempo enseñar ó es tiempo de enseñar; *ti cambezah*, á ó para enseñar; *binel in cah ti cambezah*, voy á enseñar; *ti cambezic*, por enseñar ó enseñando. Forma el participio de presente con el prefijo *ah*—*ah cambezah*, el que enseña;—y el de pasado con *an* ó *aan* sufijos á la raiz del verbo—*cambez-an* y tambien *cambezah-an*, lo que se enseñó ó cosa enseñada. Deja de hacerse esta sufixion sólo en los verbos disilábicos neutros donde la vocal es la misma en las dos sílabas. Allí el participio de pretérito es igual al de infinitivo. *Hutul* es desmoronarse y tambien desmoronado. No falta quien vea además en aquel idioma un participio de futuro pasivo. *Ah-cambeza-bil* es á sus ojos el enseñando ó el que ha de ser enseñado.

La lengua nahuatl carece de participios y hace los gerundios por el mismo procedimiento de la quiché y la maya. En ella *yn tlapia* significa el que guarda. Viene así reemplazado el participio activo por la tercera persona del presente de indicativo y una partícula, que, segun los muchos y variadísimos usos á que se

la aplica, no parece sinó el comodín de la lengua. El gerundio de genitivo se lo forma con la sabida frase de «es tiempo de», *ye iman*, y el futuro de indicativo ó la forma impersonal del presente. Es tiempo de enseñar yo ó de que yo enseñe, *ye iman in nitemachtia* ó *nitemachtiani;* gerundio que en esta forma, la de futuro, puede irse conjugando por todos los tiempos. «Tiempo era de enseñar yo» será naturalmente *ye iman yn nitemachtiaya;* «tiempo fué de enseñar yo», *ye iman yn onitemachti*, etc. Con los nombres verbales acabados en *liztli* cabe, sin embargo, suplir este gerundio anteponiéndoles el adverbio *ye* y cambiándoles en *pan* la última sílaba. *Tlacualiztli*, comida; *ye tlacualizpan*, tiempo es de comer. Se substituye tambien los gerundios de acusativo con posponer á los tiempos de presente y de futuro *tiuh* en el singular y *tihui* en el plural, si se quiere dar por determinante el verbo ir, y *quiu* y *quihui* si venir; á los tiempos de pretérito, *to* ó *co* en los dos números; y al de imperativo, *ti* ó *qui*, lo mismo tambien en el singular que en el plural. Voy ó iré á enseñar, *nitemachti-tiuh;* vengo ó vendré á enseñar, *nitemachti quiuh*. Vosotros fuisteis ó habíais ido á enseñar. *antemachti-to;* vosotros vinisteis ó habíais venido á enseñar, *antemachti-co*, etcétera.

En gerundios no hay verdaderamente lengua como la ópata. Los tiene de muchas clases, y todos formados por simples terminaciones. Con ellos reemplaza tiempos del subjuntivo y suple voces del infinitivo. Es por decirlo así la lengua de los gerundios. Hace los de presente añadiendo al presente de indicativo *pa* ó *ko* segun los dos verbos de la oracion se refieran á una misma persona ó dos distintas. Escribir es *hio:* escribiendo será *hio-pa* en oraciones como «escribiendo paso la vida» é *hio-ko* en oraciones como «escribiendo tú, lograré yo mi deseo». Esta distinción que no hemos todavía visto en ningun otro idioma, existe asimismo respecto á los participios de pasado, que se forma cambiando las últimas vocales del pretérito simple de indicativo en el primer caso por *aru* y en el segundo por *itzi*.—*Hio-sia*, yo escribí; *hio-s-aru*, *hio-s-itzi*, habiendo escrito.—Continua aún la distincion en otro gerundio que Pimentel califica de próximo.—Estando para escribir es tambien en el primer caso *hio-s-eaki* y en el segundo *hio-s-eako*.—Tiene además la lengua un gerundio de futuro—*hio-ko*, en escribiendo, en cuanto escriba; dos de obligación: uno para las oraciones de presente y pretérito imperfecto—*hio-sea-koko*, habiendo de escribir—y otro para las de pretérito perfecto y pluscuamperfecto—*hic-sea-kiko*.—A estos hay aún que añadir otro, desconocido en las demás lenguas: al tiempo de escribir, *hio-si-ka* ó *hio-si-kara*.

No carece tampoco de participios la lengua. *Hio-kame* es el que escribe; *hio-sea-kame* el que escribirá é *hiosi*, el que escribió y escrito.

Hay en la lengua pima pocos menos gerundios y más participios. En uno de los gerundios hay tambien una forma para las oraciones en que es una la persona de los dos verbos, y otra para las oraciones en que las personas son distin-

tas.—*Hakiarida*, contar: contando, para las oraciones de una sola persona, *hakiarida-tu*, para las de dos *hakiarida-da;* habiendo contado, *hakiarida-ka;* habiendo de contar, en contando, *hakiarida-ay*, *hakiarida-ai* ó *hakiarida-xa;* estando para contar, *hakiarida-aguida*.—Participio: el que cuenta, *hakiarida-dama;* el que contó, *hakiarida-kama;* el que ha de contar, *hakiarida-kugai;* los que han de contar, *hakiarida kugama*; el que ha de contar inmediatamente, *hakiarida-aguidama;* lo que ahora cuento, mi cuenta actual. *ni hakiarida-da* ó *ni hakiaridda;* lo que conté, *n' hakiarida-da;* lo que he de contar, *ni hakiarida-kugai*. *Ni* es el posesivo de primera persona.

No hay ya tantos participios ni gerundios en las lenguas tepehuan y tarahumar; pero tampoco escasean. Lengua tepehuan: el que dice (decir, *aguidi*), *aguidi-damne;* diciendo, en presente, *aguidimi;* en pretérito imperfecto, *aguidi-mijatade;* habiendo dicho, *aguid-ati*.—Lengua tarahumar: el que cuenta. (contar, *tara*), *tara-yamoke;* el que ha de contar, *tara-meri;* los que han de contar, *tara-bori;* lo que se puede contar, *tara-sati*; contando ahora, *tara-gó*; antes, *tara-yó*; despues, *tara-sagó*; habiendo de contar, uno. *tara-mera*; muchos, *tarabo*.

En las demás lenguas del grupo mejicano hay ya, no abundancia, sinó pobreza de formas. En la matlanzinca sólo encuentro un participio de presente y otro de futuro. *In-mutu-tochi*, el que ama; *in-kuentu-tochi-huehui*, los dos que aman; *in-don-tu-tochi*, los que aman. *In-kakatu-tochi*, el que amará; *in-kakatu-tochi-huehui*, los dos que amarán; *in-kakatu-tochic*, los que amarán. En la lengua tarasca y en la mutsun hay sólo un gerundio. En la tarasca *pa* es llevar; *pa-parin*, llevando. En la mutsun *ama*, comer; *amas-mak*, comiendo.

Carecen algunas lenguas de participios y de gerundios, y es curioso ver como los suplen. Nosotros no abundamos en participios de presente ni de futuro —no podemos decir el dañante, el muriente, el ganante, el perdiente, el negante, etc.; mucho menos el morituro, el dañadero, etc.;—y los suplimos por los relativos. El que daña, el que muere, el que gana, el que pierde, el que niega, el que morirá, el que dañará, decimos. Por igual procedimiento suelen los idiomas americanos suplir la falta. *Tai yodzatevui*, *tai dzatevui* dice el mixteca, y *ni-tagoni*, *ni-koti*, *ni-kagoni*, el zapoteca. *Tai* y *ni* equivalen á nuestro relativo «el que»; y las frases trascritas, á «el que peca, el que ha de pecar; el que come, el que comió, el que ha de comer.» El mixteca hace por este medio hasta el participio pasivo. *Ni-pitogo*, dice, por «el que fué cortado» tomándolo del pretérito del verbo pasivo *titogoa*.

Procede de igual manera el otomí, pero no siempre. Traduce «el que ama» por *too ma te* y «el que amara» por *too da ma* (*too* es el relativo); pero suprime á menudo el *too* y con los solos monosílabos *ma te* expresa «el amante, el que ama». *Ma* es amar; *te*, hacer; *ma te* significa literalmente amar-hacer ó ama-hace.

De manera muy parecida suple el zapoteca el gerundio. Une los verbos determinante y determinado, los pone en igual tiempo y les da una misma persona. «Como-muero,» *tago-tatia*, dice en lugar de «comiendo muero».

En los idiomas algonquines no hay tampoco gerundios ni variedad de participios. No hay á lo que parece sinó un participio de presente que se forma del subjuntivo y una letra ó sílaba sufijas: la *d* en chippewa, la *t* en lenapi, la misma *t* ú otras letras ó sílabas en otras lenguas. La formacion de este participio no es, segun leo, tan fácil como Duponceau la presenta. Lleva consigo el cambio de la primera ó primeras vocales de la voz en que el participio deba hacerse, bien sean las del verbo mismo, bien las de cualquiera de sus prefijos; y este cambio en cada idioma tiene sus reglas. Limitándome al chippewa, *á* cambia en *aia*; *a*, en *e*; *e*, en *aie*; *i*, en *á*; *i*, en *e*; *ó*, en *wa*; *o*, en *we*. *Ã-kosi*, participio *aia-kosi-d*; *a–bi*, *e-bi-d*; *b-e–jigo*, *b-aie-jigod*; *n-í–mi*, *n–á–mi-d*; *n–i-bó*, *n-e-bo-d*; *b-ó–dawe*, *b-wa-dawed*; *o-gimáwi*, *we–gimawi-d*. Cambio rarísimo de que no conozco ejemplo en lenguas de ninguna otra parte del mundo.

Nota bene. Pongo aquí término al párrafo, nó porque esté agotada la materia, sinó porque no permiten más los límites de este epílogo. Una observación he omitido que no puedo pasar en silencio y de aquí esta nota. Habrá visto el lector que en los verbos de algunas lenguas he dado para la primera persona del plural dos formas. No se las puede usar á capricho. La una es la forma determinada y la otra la indeterminada de que hablé al escribir de los pronombres. Donde quiera que las hay para los pronombres, las hay tambien para los verbos. La primera es siempre la determinada «nosotros los interlocutores, nosotros los presentes»; la segunda la indeterminada «nosotros, yo y los de mi clase, ó de mi pueblo, ó de mi raza». No he dejado de dar las dos sinó en las lenguas algonquinas. Las hay sin embargo en todas y por consiguiente en la chippewa, que es la que he tomado por modelo. Nosotros decimos, *nind ikit-o-min* y *kid ikit-o–min*. Nosotros decíamos, *nind ikit-o-min-a-ban* y *kid ikit-o-min-a-ban*, etc.

CXLV

Estado intelectual.—Lenguas.—Adverbios.—Preposiciones.—Conjunciones.—Interjecciones.

No me propongo catalogar en este párrafo los adverbios ni las partículas de las lenguas objeto de este examen. En este como en los anteriores mi ánimo es tan sólo dar á conocer lo que en las diversas partes de la oracion tienen de peculiar y característico idiomas que gramatical y léxicamente tanto distan de los nuestros. Las particularidades son aquí pocas; el párrafo será corto.

Adverbios. En la lengua quichua, dice el Sr. Pacheco, se hace muy á menudo los adverbios por la simple reduplicacion de los adjetivos y á veces tambien por la de los nombres y los verbos. Las pruebas abundan. *Kusi*, alegre; *kusi–kusi*, alegremente. *Karu*. gran distancia, *karu-karu*, muy lejos. *Millay*, innumerable; *millay-millay*, excesivamente. *Muspay*, delirar; *muspa-muspa*, locamente. *Pakariy*, amanecer; *pakar–pakar*, al romper del alba. *Ranqui*, amontonar; *ranqu–ranqu*, en monton, en masa. *Taccay*, dispersar; *tacca–tacca*, en plena dispersion, en derrota. Por esta reduplicacion observa el mismo señor Pacheco, hasta se suele aumentar la fuerza y aun modificar alguna vez el sentido de la voz que se duplica.

No es tampoco raro en la lengua quichua que la idea adverbial vaya en la desinencia del verbo. *Uyai* significa estar en guardia; *uyaryi*, escuchar; *uyapay*, escuchar atentamente. *Rikuy*, ver: *rikullay*. ver distraidamente. *Ñiy*, decir, *ñiyllay*, decir en broma. *Wikuy*, rodar algo una vez; *wikupay*, rodar repetidamente.

Esto no quiere decir que no haya en quichua adverbios primitivos ó independientes. *Ari*, *ñi*, si; y *ama* y *mana*, no: *ama* principalmente con el imperativo, *mana* con los demás tiempos. *Ancha*, mucho; *asqa*, en gran cantidad; *aswan*, más, mejor; *asllata*, poco, menos, menos á menudo; *icha*, quizá; *kunan*, ahora; *kkayna*, antes; *kkaylla*, despues; *kayna punchaw*, ayer; *gaya punchaw* pasado mañana, pronto; *haykaj*, cuando; *ña*, *ñan*, ya; *wiñay*. siempre; *pisi*, poco; *nakay*, apenas; *chayna*, así; *qepa*, detrás: *imaynan*, ¿cómo?; *kaypi*, aquí; *uyapura*, frente á frente.

Abundan los adverbios quichuas y presentan una particularidad notable: cambian de terminacion segun los tiempos del verbo que acompañan. *Ancha*, como se acaba de ver, significa mucho; *munay*, amar: yo te amo es *ancha-punin munayki*; yo te amé, *ancha–tataj munarkayki*; yo te amaré, *ancha-puni tataj munaskayki*; terminaciones que por elegancia pasan á veces á ser sufijos del verbo. «Yo te amaré» puede tambien traducirse por *munaskayki-puni-taj anchata*.

Esta forma, á nuestros ojos tan rara, la encuentro tambien en la lengua moxa, bien que sólo con los adverbios de tiempo. En moxo «cuando» es *acara* é «irse» *yana*; «cuando te irás», no *acara p–ayana*, sinó *acara–ina p–iy–ana*. Toma el adverbio un sufijo y cambia la nota carcterística del tiempo.

Sucede más en la lengua tarasca. En ella los adverbios y aun las conjunciones roban por decirlo así al verbo las desinencias pronominales. Yo llevaré y yo lleve, etc., es en tarasco *pauaca*, *pa-huaca–re*, *pa–uati*, *pa–uaca-cuhche*, *pa–uaca–htsi*, *pa–uati–x*; ojalá que yo vea, etc., *nondiati-ni-pa–uaca*, *nondiati–re-pa–uaca*, *nondiati–pa–uaca*, *nondiati–cuhche-pa–uaca*, *nondiati–htsi–pa–uaca*, *nondiati–x–pa–uaca*. Cuando tú llevaras, *himacangui-re-pa-piringa*.

Se nota lo mismo en las lenguas algonquinas. En lenapi, por ejemplo, «yo

estaré allí presente» no es *ika*, allí, *n' dappintsch*, yo estaré, sinó *ika-tsch n' dappin*, forma aplicable tambien á los pronombres. Los algonquines son por otra parte poco amigos de usar sueltos é independientes los adverbios. Los verbalizan y hacen lo que algunos gramáticos llaman verbos adverbiales. De *wingi* voluntariamente y *pendamen*, oir, han formado los mismos lenapis *wing-sittam*, oir con buena voluntad, con gusto; de *mayawi*, bien, *mayawi-echton*, hacer bien algo.

Los nahuas incorporan al verbo muchos de sus adverbios. *Nitlacaqui*, yo entiendo; *a-nitlacaqui*, yo no entiendo: *a* síncope de *amo*. *Ninotlaloa*, yo corro; *n-ahuic-tlaloa*, yo corro á una y otra parte: *ahuic*, el adverbio, colocado entre el pronombre y el verbo. *Otitlacuaque*, nosotros comimos; *oti-cen-tla-cuaque* ú *oti-cepan-tlacuaque*, nosotros comimos juntos: *cen*, *cepan*, juntamente. *Nitlacaqui*, yo lo entiendo; *nitla-chico-caqui*, yo lo entiendo al revés. *Nitlacua*, yo como; *ni tequi-tlacua*, como mucho. *Tequi*, el adverbio, cabe sincoparlo. *Nitlacuechoa*, yo golpeo ó muelo; *nitla-te-cuechoa*, yo golpeo mucho. *Nitlazitzquia*, lo tengo asido; *nitla-teteuh-zitzquia*, lo tengo muy asido. *Niquiza*, vuelvo ó salgo; *ni-tzin-quiza*, vuelvo ó salgo atrás. Los adverbios nahuas, sobre todo los de lugar, son muchos.

Son aún más numerosos los de la lengua ópata, que como la nuestra saca de todo adjetivo un adverbio. Hace la lengua ópata adverbios los adjetivos que terminan por la vocal *i* cambiándola en *a* y los acabados por *ka*, *ki* ó *kudi* cambiando en *ai* estas terminaciones. *Takkori*, esférico; *takkora*, esféricamente. *Eruki* ó *erukudi*, desquebrajado; *erukai*, desquebrajadamente. *Tzotoka*, cosa que gotea; *tzotokai*, gota á gota.

Mas en ese idioma no se advierte la tendencia á la incorporación que en el nahua. Donde se la ve muy marcada es en el mixteco, que no parece sinó que se proponga disolver el adverbio en el verbo. *Naiyondicha* es en mixteco «cómo ó en qué manera.» Véaselo en la frase «¿cómo dices?» *¿na-yokachin-didza-ndo?:* ha desaparecido del adverbio *iyon*; se ha puesto la sílaba *na* como prefijo del verbo, entre el verbo y el pronombre se ha colocado *didza*. *Dzondaani* es solamente. Véaselo en la frase «solamente estoy» *dzo-yo-ni-kandi:* queda del adverbio sólo *dzo* y *ni*, la primera y la última sílabas, la última entreverada con el verbo.

De las otras lenguas nada ocurre escribir como no sea sobre la manera de adverbiar los verbos ó los adjetivos. Toma la zapoteca el presente de indicativo de cualquier verbo, le suprime el afijo, le sustituye por *hua*, *hue* ó *ka* la primera sílaba y forma un adverbio de modo.—*Titoppea*, estar junto; *hua-toppe*, juntamente.—La maya, sobre tener una superabundancia de adverbios que asombra, usa adverbialmente los más de sus adjetivos.—No son mucho menos ricas en esto la quiché y la mame.—La huaxteca hace adverbios los nombres abstractos anteponiéndoles la partícula *kal: alhuatalab*, bondad; *kal alhuatalab*, buenamente.—La totonaca da forma adverbial á nombres y verbos preponién-

doles la partícula *cha: kalhuat*, llanto; *cha-kalhuat*, llorosamente, con lloros.—La otomí ó toma como adverbios los adjetivos ó les adhiere como sufijo *tho*, todo: *nho*, bueno; *nho-tho*, bien.—La de los mosquitos tiene multitud de adverbios cuya significacion modifica por medio de sufijos: *nara*, aquí: *narasa*, aquí hay; *lama*, cerca; *lamara*, más cerca.

Preposiciones. Abundan las preposiciones en algunos idiomas; escasean en otros. Veintiuna contó Gonzalez Holguin en el quichua sólo para el genitivo; veintiuna para el ablativo. En cambio el moxo no tiene más de una voz para traducir «donde, de donde, á donde, por donde, hácia donde;» *aya* ó *aya-ze*; ni más de una para las frases «aquí, de aquí, por aqui, etc.;» *ani* ó *anaqui*. *Iná*, para; *cu* ó *amucu*, dentro; *quie* y *eynau*, encima; *emoc*, debajo; *equiene*, detrás son las preposiciones de que más frecuentemente usa. A treinta y dos ascienden las de la lengua tupí segun Ruiz de Montoya. De ellas son sinónimas muchas. *Zocè*, *azocè*, *ahocí* equivalen todas á «sobre», al *supra* de los latinos: *eymbobè* y *ñanondè* al «antes;» *nidi*, *ndibè*, *andi*, *andibè* al «juntamente», al *simul*; *rehè*, *rí*, *arí*, al *propter*, al *per*, al *cum*, al *pro*, al *in*, al *contra*, al *ob* y al *ab* indistintamente. Son además algunas muy indeterminadas como revelan las tres últimas. No lo son estas solas. *Agui* y *gui* se las ha de traducir ya por «de,» ya por «en,» ya por «por,» ya por «sin,» ya por «fuera.» Tampoco es rica en preposiciones la lengua chibcha.

Lo es aún mucho menos la maya en la América del Centro. *Ti*, su principal preposicion, corresponde al «a ó para,» al «en,» al «por,» al «con,» al «hácia,» al «entre,» al «contra.» *Yet* ó *yetel* dice tambien «con», pero sólo cuando va sufijo á pronombres posesivos.—*U-etel*, conmigo; *au-etel*, contigo; *y-etel*, consigo.—Fuera de este caso hace siempre el oficio de conjuncion copulativa. *Achac*, sin, es tambien preposicion sólo con nombres ó con los pronombres *en*, *ech*, *lo*, etc.—*Achac-en*, sin mí; *achac-ech*, sin tí.—Con verbos significa «antes que» y exige futuro. *Tinmen* ó *tinmenel* es ya una preposicion compuesta que lleva incorporado el pronombre *in* de primera persona y se declina.—*T-in-men* por mi medio, por mi causa, por mi orden; *t-a-men*, *t-u-men*, *t-ah-men*, *t-a-men-ex*, *t-a-men-ob*, por tu medio, por su causa, por nuestra orden, etc. Han de ser pocas más las preposiciones mayas.

En la América del Norte las lenguas más copiosas en preposiciones son la nahuatl y la ópata; las más pobres, la matlatzinca, la tarasca y la mixteca. En la mixteca no pasan de ocho las preposiciones bien determinadas; en la matlatzinca quizá no lleguen á tan escaso número; en la tarasca no hay segun Pimentel sinó una: *himbo*. Las relaciones definidas por las de nuestro idioma no dejan con todo de venir indicadas en los mismos que acabo de citar por partículas intercaladas con los verbos. Es preciso no olvidar que en las lenguas americanas hay decidida tendencia á comprender en una sola voz las ideas ó los hechos con todas sus circunstancias.

Vuelvo ahora los ojos á las lenguas nahuatl y quiché, en este punto las más importantes. En la nahuatl hay preposiciones bien determinadas. *Cpac*, *icpac*, encima, sobre, en lo alto:—*no-cpac*, sobre mí; *tepetl-icpac*, en lo alto de la sierra. *Icampa*, detrás:—*mu m-icampa xitlapiah*, mira detrás de tí, es decir examina tu vida pasada. *Intlaca*, sin:—*intlaca tlaxcalli*, sin pan. *Nahuac*, *tlan*, *tloc*, cerca:—*no-nahuac*, cerca de mí; *no-calti-tlan*, cerca de mi casa. *Nalhco*, más allá, á la otra parte—*a-nalhco*, á la otra parte del agua ó del río. *Nepantla*, *tzalan*, entre—*to-nepantla*, entre nosotros; *te-tzalan-zinco*, entre algunos. *Itic*, dentro de, en lo interior de:—*n-itic*, dentro de mí; *cal-itic*, dentro de la casa. *Ix-nahuac*, *ix-pan*, *ix-tlan*, delante de—*t-ix-pan*, delante de nosotros. Pero las hay tambien equivalentes á tres ó cuatro de las nuestras. *Ca*, *ica*, *c*, *co*, *la*, *pa*, *tla* corresponden indistintamente á «de, á, en y por»—*coyonca*, de la ventana, á la ventana, en la ventana, por la ventana; *tlapan-co*, de la azotea, en la azotea, por la azotea; *mil-hpa*, en, de, á, por el campo, etc. «Por» tiene además su traduccion en *palh* y *pampa*:—*no-palh tinemi*, por mí vives; *no-pampa otihuala*, por mí viniste. Obsérvese ahora que *nopalh tinemi* así dice «por mí vives» como «vives conmigo.» *Pan* responde por otra parte, á «con, sobre, delante y de;» *huan* á «con;» *huic*, *huicpa* á «cerca, de, á, contra, por y hácia.»

Aunque pocas, presenta aquí el nahuatl algunas particularidades. *Copa* y *cacopa* equivalen á «de,» preposicion de ablativo. Como vayan sólo con pronombres, no cabe usarlas sinó precedidas de *tech*—*no-tech-copa tlatoa in Teutl*, de mí habla Dios.—*Pa*, como se ha visto, puede traducirse por varias de nuestras preposiciones. Si va con nombres verbales en *litzli*, les hace perder *tli* y está sólo en lugar de «en.»—*Nezahualitzli*, ayuno; *nezahualiz-pa*, en el ayuno.—En algunos casos síncopan aún más el nombre—*cochilitzli*, sueño; *no-coch-pa*, en mi sueño. *Co* unido á *tepuztli*, lomo, hace las veces de «detrás ó á la espalda.»—*No-teputz-co*, detrás de mí.—*Ycuapantli*, que significa espalda, desempeña á veces igual oficio:—*ycuitlapan-in tepetl*, detrás de la sierra. Es por fin uso general añadir la terminacion *tzinco* á las preposiciones, salvas *ca*, *co*, *intlaca* y *nalhco*.

Ofrece más particularidades la lengua quiché. *Uq* equivale propiamente á «con.» Por medio de *uq* se traduce el conmigo, contigo, consigo, etc., del castellano, que son en quiché *v-uq*, *av-uq*, *r-uq*, *k-uq*, *yv-uq*, *c-uq*. Corresponde *uq* además á la preposicion *ad* de los latinos—*x' ul v-uq*, vino á mí. Mas en este sentido no puede jamás unírselo á nombres de seres inanimados. Con éstos se usa de *pa*:—*qu' in be pa v' vchoch*, voy á mi casa.

Chi corresponde á «en;» pero con *vach*, cara, es tambien «á, hácia, delante de, en presencia de», *coram*. *Chi-nu-vach*, *ch-a-vach*, *ch-u-vach*, *chi-ka-vach*, *ch-y-vach*, *chi-qui-vach*, á, hácia ó delante de mí, de tí, de él, de nosotros, de vosotros, de ellos. En esta misma forma se declinan los pronombres con las

preposiciones *chinakah*, cerca, *chirih*, contra, *chixol*, entre, *chuxe*, debajo, *chivi*, sobre—*chi-nu-nakah*, cerca de mí; *ch-av-ih*, contra tí; *chi-ka-xol*, entre nosotros; *chi-qui-xe*, debajo de ellos; *ch-u-ri*, sobre aquel, sobre su cabeza.

Son además notables en quiché *nabe*, ante; *chupam*, dentro de; *hazutcum*, al rededor de; *chaka*, *chaka-uloc*, *chaka-oponok*, más allá de, á la otra parte de; *tokol*, hasta; *pa*, por; *uma*, *umal*, por causa de; *chima*, *chimari*, *chima-habi*, sin; etc.

Como antes he indicado, muchas son también las preposiciones de la lengua ópata. Añado ahora que tampoco deja de presentar sus particularidades. «A, en, contra, hácia, *apud*» es en ópata *vepini* con personas, *pini* con cosas; «en» es *gua* sólo con nombres de pueblos y verbales sustantivos; «en frente de, á la vista de» es *teguimini* con nombres de séres animados, *suma* ó *pinidegua* con los de séres inanimados; «con», expresando concomitancia, es *ma* ó *vera* si rige nombres de movimiento, *pa* si de quietud, *rakua* si de cosas; «de», preposicion de genitivo, es *chiguadu*; de ablativo, *iguau* ó *igue*; acompañando nombres de lugar, *kaigue* ó *aigue*. *Takkora*, *chickora*, *chiuora* significan todas «en rededor, en torno». Empléase la primera con relacion á objetos situados á cierta distancia; la segunda, con relacion á los que están cerca; la última, con relacion á los que casi tocan el objeto que rodean. De estas y las demás preposiciones unas exigen el nombre en nominativo, otras en genitivo, otras en acusativo. Cuando llevan preposicion, van siempre en genitivo los pronombres personales.

Supongo habrá observado ya el lector que en la mayor parte de las lenguas objeto de este exámen, las preposiciones deberían llamarse postposiciones. Sobre todo cuando rigen pronombres, suelen ir, no sólo pospuestas, sinó tambien prefijas ó sufijas. En esa misma lengua ópata ordinariamente van despues de su régimen. Tambien en la eudeve, en la tepehuan, en la tarahumar, en la cora, en la mutsun, en las algonquinas, en la mije ó mixe, en la tupí, en la lule, en la chilena, en la moxa, en la quichua. Sueltas y ántes de su régimen van á mi juício en muy pocas lenguas. Van, sin embargo, así en la mixteca, en la huaxteca, en la tatche y en la de los otomies. En la nahuatl y en la quiché ya lo hemos visto respecto á los pronombres posesivos; no van nunca independientes: preséntanse unas afijas, otras sufijas, otras entrelazadas. Con los nombres y los verbos en quiché las veo ordinariamente libres y antepuestas; en nahuatl, unas ántes y otras despues del régimen, ya fijas, ya sueltas. «Con la piedra» en nahuatl lo mismo puede escribirse *yca tetl* que *tetl yca* ó por síncope *tet-ica*. Lo ordinario es, con todo, que vayan sufijas y por lo tanto pospuestas.

Conjunciones. Van tambien sufijas ó cuando menos pospuestas algunas conjunciones en muchos de esos idiomas. ¡Cosa singular y muy para tenida en cuenta! Se observa en el sanscrito. En el sanscrito *ca* «y», *vâ*, «o» son enclíticos. Τε, «y», lo es tambien en el griego. Lo son en el latino *que* «y», *ve*, «o», *ne*, «acaso».—*Nala-ca* en sanscrito «y Nala». Εἶπέ τε en griego «y él dijo». *Juvenis*

gaudet equis canibus-que; dicite quo-re pede ingressi, quam-re bibistis aquam: ¿putares-ne id unquam accidere posse? «goza el joven con los caballos y los perros; decid ó con qué pié entrasteis ó qué agua bebisteis; ¿acaso creerías que tal pudiera nunca suceder?»—En latin van además pospuestas las conjunciones *enim, etiam, vero,* etc., y alguna que otra vez la *etenim.*—*Video difficile esse consilium, sum enim solus,* «veo que es difícil el consejo, pues estoy solo». *Tutus bos, etenim, rura perambulat,* «ya que seguro recorre el buey los campos». Estas últimas construcciones no son ya extrañas á nuestro idioma que nos permite decir: «las consecuencias son pues graves», «buenas tienes las palabras, las obras empero malas»; «es sin embargo lamentable que esto suceda»; pero lo son las que se refieren á las conjunciones copulativa y disyuntiva.

Estas son precisamente las que abundan en algunas lenguas americanas. *¿Incheñi huampar kay?* dicen los chilenos; «¿de mí el vaso y?» esto es «¿y mi vaso?» *Piti nuti-poze,* dicen los moxos, y tambien, *piti-haro pemunacu-nu:* «tú yo y,» tú y yo; «tú luego amasme», luego tú me amas. *Ahau u mun puch,* dicen los quichés, «el señor su esclavo y», el señor y su esclavo. *Terepa teguskaktzi veri,* dicen los ópatas; «tierra en cielo en como», en la tierra como en el cielo. Sus afines los eudeves prefijan el «como»: *teviktze endah-tevet,* dicen: «en el cielo como en la tierra». Anteponen de ordinario los pimas *kosi* y *aspumusi,* copulativa la una, disyuntiva la otra, y posponen *upu* y *aspi,* que las equivalen. Tambien los mixtecas, que tienen tres copulativas, anteponen *dehe* y *sihi* y posponen *tuku: nakesi Pedro, Juan tuku,* «vengan Pedro, Juan y», vengan Pedro y Juan; y *nakesi Juan sihi Pedro,* vengan Juan y Pedro. Proceden en esto como los latinos, que posponen *que* y anteponen *et, ac, atque,* y como los griegos, que posponen τε y anteponen καί. Los mutsunes, en cambio, posponen tres de sus copulativas —*aia, hi, hia*— y anteponen sólo una —*ara*— que es la que mejor corresponde á nuestra «y». No suelen por fin posponer los mayas ni sus copulativas ni sus disyuntivas y sí las conjunciones de duda. De sus copulativas, que son muchas —*ca, caix, ca-tun, cun, cunx, ix, yet, yetel,*—sólo posponen la *ix*, y ésta despues del primer miembro de la frase añadiendo al último *xan,* que significa «tambien».—*U-ohel u tzolan katun, u-ohel-ix u tzolante-xan:* «yo conozco el órden de los tiempos, yo conozco-y el ritual tambien», es decir «yo conozco el órden de los tiempos y tambien el ritual». Respecto á las conjunciones de duda hacen poco más ó ménos lo que los latinos con su conjuncion *ne. ¿Tech-ua ahtalel?* «¿tú acaso el que ha de venir?» ¿eres tú el que ha de venir? *¿Bikin u binel? bikin-ua:* «¿cuándo tu partida? cuando acaso»: esto es, ¿cuándo es tu partida? no sé cuándo. *Tohe-bal ua au-ol:* literalmente «sano ó curado estará acaso tu corazon» libremente «no sé si estás bueno.»

La lengua de estos mayas es indudablemente entre las de América la más rica en conjunciones. Las tiene en gran número y algunas con tantas ó más aplicaciones que las nuestras. No siempre usa indistintamente de las que pa-

recen sinónimas; suele emplear unas con unos tiempos del verbo y otras con otros; procedimiento por el cual determina y define frecuentemente conceptos que de otra manera resultarían oscuros. La lengua más rica en conjunciones es la maya y la más pobre tal vez la lule. La lule carece de copulativas y disyuntivas; y el lector podrá por de pronto creerla sin medios para expresar una relacion tan frecuente como la que estas conjunciones expresan entre nosotros. No lo creerá de seguro ya, cuando se fije en las muchas veces que las omitimos y las podemos omitir los españoles y en las muchas más que las omiten nuestros vecinos los franceses. «Vine, ví, vencí», dicen que dijo César. «Estoy vestido, armado, dispuesto», decimos nosotros. Y tambien: «llegó el general, los arengó, pelearon, murieron». Prescindimos aquí de la conjuncion copulativa, y en otras frases de la disyuntiva. «Gánelos V. con lisonjas, con dádivas, con amenazas, con lo que más pueda vencerlos.» «Destrúyalos el hambre, la guerra, la peste, lo que Dios quiera.» Suplimos otras veces ya la una ya la otra. «Nos visitó Cárlos con su hijo.» «Decida, si no la razon, la espada.» Podemos omitir aún otras conjunciones. «¿Está pobre? no disipara su fortuna en vicios, no lo estaría.» «Lo intenté; no pude conseguirlo.» La omision de conjunciones, cuando hecha con tacto, da vigor al estilo; la abundancia lo enerva.

La lengua lule emplea algunos de estos conocidos procedimientos. *Campan Pedro, Juan, Francisco*, dice; irán Pedro, Juan, Francisco. *Pep cuep yá net:* «padre hijo con vino», vinieron padre é hijo. Sírvese además de la repeticion: *Pedro cant, Juan cant, Francisco cant*. Pedro irá, Juan irá, Francisco irá, por «irán Francisco, Juan y Pedro.» Válese tambien de la repeticion en las frases disyuntivas. En lugar de decir ¿comiste ó nó? dice ¿comiste? ¿no comiste? *¿cayce-má có? ¿caice uyemá có? Uyé* es el adverbio negativo; *ma* y *co*, signos de interrogacion. *Inlë nó, inle nuplë nó*, dice tambien para significar «no sé si ayer ó anteayer.» La traduccion literal de la frase es «ayer fuera, ayer no fuera.»

A juzgar por el *Ollantai*, en quichua no se hace tampoco grande uso de estas conjunciones. *Icha* es allí unas veces «y», otras «ó», otras «pero», y se la ve, sin embargo, poco.

Interjecciones. Interjecciones las hay en todas las lenguas. Lo raro es que en todas no sean poco más ó menos las mismas, ya que son gritos arrancados al hombre por movimientos del alma de los que, generalmente hablando, no es dueño. De ordinario, no sólo difieren, sinó que son totalmente distintas. Algunas hay semejantes á las nuestras, pero muy pocas. *¡Ay mamay!* hallo en la lengua quichua, *¡ay wawuy! ¡ay urpillay!*; ¡ay mamá mia! ¡ay hija mía! ¡ay paloma mía! Tambien en la lengua maya observo que se expresa con la voz *¡ah!* la admiracion y el dolor, y con *¡ahán!* la sorpresa del que inesperadamente coge á otro en flagrante delito. «¡Ah! ¡ah! exclamamos tambien nosotros en este caso, ¿con que eres tú el que nos hurtas?» En la lengua quiché encuentro usada la interjeccion *¡eha!* en tono de provocacion é insulto como cuando nosotros decimos:

«¡ea! se acabó; ¡ea! basta de razones». En la lule por fin veo manifestada la satisfaccion y complacencia con las voces *¡aha ah!* que vienen á ser el ¡ajá! y el ¡ajajá! de la lengua castellana.

En cambio el varon tupi cuando se admira exclama *¡tù! ¡toù! ¡totoî! ¡tuharî! ¡ataî!* ó *¡atataî!;* cuando llora, *¡aì! ¡aquî!;* cuando siente dolor *¡guaetê!;* cuando tiene frío, *¡achû!;* cuando desprecia ó se enfada *¡tutuî!;* cuando se acuerda del bien pasado, *¡namômeî!;* y el mismo lule, á quien acabo de citar, en los momentos de impaciencia ó disgusto dice *¡eeh! ¡caüqui!* ó *¡euptisy!;* en los de espanto *¡mamy!;* en los de dolor *¡aá ney!;* en los de cólera *¡vu!;* en los de alegría *yhi hi;* en los de reprobacion ó abominacion *¡ottó!* ó *¡uscique maoo!* De todas las lenguas americanas podría recoger multitud de interjecciones no menos extrañas á nuestros idiomas.

Aparece aquí otra particularidad que sólo indicaré porque habrá de ser á las pocas páginas objeto de algun estudio. No en todas las lenguas usan hombres y mujeres las mismas interjecciones.

CXLVI

Estado intelectual.—Lenguas.—Sintaxis.

Conozco escasamente la sintáxis de las lenguas americanas. En muchos tratados gramaticales ni siquiera se la menciona. Está en los más reducida á cinco ó seis reglas de construccion que se da como de paso al escribir analógicamente ya del nombre, ya del pronombre, ya del verbo.

De la sintáxis americana puede, por otra parte, decirse lo que dice Burnouf de la sanscrita. Más aún que el sanscrito suelen aquellos idiomas expresar por medio de voces compuestas multitud de relaciones que en los de Europa sólo cabe indicar por medio de giros sintáxicos: no dan, como es de suponer, á estos giros la importancia que nosotros.

La concordancia de número existe con más ó ménos rigor en todas las lenguas. Con más ó ménos rigor, digo, porque en algunas no deja de tener sus excepciones. Las vimos ya en la lengua quichua cuando hablé de los números de los nombres; en la nahuatl las hay que considero dignas de nota. En nahuatl se traduce por *ce* el artículo indefinido: *ce oquichtli,* un hombre; *ce cihuatl,* una mujer, una hembra. En boca de las mujeres, «una mujer» es, sin embargo, *ce tocihua,* ó *ceme tocihua* y en boca de los hombres «un hombre» *ce* ó *ceme toquichtin,* uno hombres ó unos hombres. El verbo en este caso, y esa es otra anomalía, puede ir indistintamente en singular ó plural: «un hombre irá» es *ceme toquichtin yaz* ó *yazque.*

En muchas lenguas no hay concordancia de número sinó para la union del

verbo con el nombre ó el pronombre. No cabe naturalmente que la haya donde es invariable el adjetivo, como sucede, por ejemplo, en el idioma quichua. En él «la casa grande» es *hatun wasi* y «las casas grandes» *hatun wasikuna*.

Donde el adjetivo es invariable sobradamente comprenderá el lector que no cabe tampoco la concordancia de género. Género, tal como aquí lo consideramos, dije ya que no lo hay en las lenguas americanas. Se distingue en muchas los séres animados y los inanimados y en algunas hasta se divide los animados en racionales é irracionales; pero en ninguna, que yo sepa, se los clasifica por el sexo como acontece en todos los idiomas que del sanscrito proceden. Aun en las que se hace la distincion de séres animados é inanimados tengo para mí que no hay concordancia de género entre los nombres y los adjetivos. Cambian los adjetivos en algunas —la nahuatl por ejemplo— de singular á plural; pero nó de desinencias en ninguno de los dos números, con lo cual dicho se está que no es posible la concordancia de género.

No cabe en aquellos idiomas concordancia de género entre el adjetivo y el nombre; y ¡cosa singular! cabe á lo que parece en algunos entre el nombre y el verbo. En los algonquinos verbigracia hemos visto que el verbo tiene inflexiones distintas segun sea animado ó inanimado su objeto, y por lo tanto que concuerdan en género el verbo y el nombre. En la frase que cita Duponceau —*Pontiacan wemittigajiwog ogisakian*, Pontiac estima á los franceses—*wemittigajiwog* concuerda efectivamente en género con *ogisakian*, que es el verbo. Mas, como segun el mismo Duponceau reconoce, constituyen los pronombres las terminaciones de los verbos y son los pronombres los que varían segun se refieren á séres animados ó inanimados, lo que real y positivamente cabe decir que concuerda no son el nombre y el verbo sinó el nombre y el pronombre.

Casos como los del griego y el latin he dicho ya que los hay en muy pocas lenguas americanas. Aun donde los hay no sé que los adjetivos participen de las desinencias de los sustantivos.

Sobre el régimen puedo escribir aun ménos que sobre la concordancia. Donde tiene el nombre verdaderos casos como en el quichua el régimen directo y el indirecto es evidente que ni han de ofrecer dificultad ni es posible que se los confunda. Para mayor claridad en el quichua el caso recto, segun el Sr. Pacheco Zegarra, lleva una *n* final por nota característica. El hombre ama, dice este autor, es *runan munan* y no *runa munan*; el follaje abriga, *chapran ccatan* y no *chapra ccatan*. En las otras lenguas, en las que carecen de casos suélese determinar por medio de preposiciones ó postposiciones cuando menos el régimen indirecto. Hay con todo en algunas otros medios de distinguir los dos regímenes: ya el de anteponer el régimen directo al indirecto, ya el de señalar el indirecto por determinadas partículas, ya el de hacer uso de verbos que los gramáticos califican de aplicativos.

Hallo los verbos aplicativos primeramente en la lengua nahuatl, que da las

terminaciones *lia, alhuia, ilhuia,* ó *lhuia* á los activos cuando los emplea en oraciones de régimen indirecto. —Yo cojo flores es en nahuatl *nic-tequi in xochitl;* y yo cojo flores á ó para mis hijos, *nic-tequi-lia in xochitl in mopilhuan.*— Los hallo tambien en la lengua ópata. —*Patzi* es en ópata barrer; *patzi-da,* barrer para otro. *Gua* es comer; *guaida,* dar de comer á otro.— El régimen directo precede aquí al indirecto y el indirecto al verbo. Hay además en el eudeve verbos aplicativos acabados por *dem* ó *den:* y en el cahita terminados por *ia* ó *ria.* —*Etza,* sembrar; *etz-ia* sembrar para alguno.— En el pima ó névome los hay tambien que concluyen por *da* como los del ópata. —*Nukada,* guardar; *nukad-ida* guardar para otro.—Es aquí de notar que por medio de este cambio se puede convertir los neutros en activos y estos á su vez en aplicativos. —*Tubanu,* bajar; *tuban-ida,* bajar algo; *tubanida-da,* bajar algo para un tercero.— En el tepehuan los aplicativos empiezan unos por *a* y terminan otros por *di, de* ó *guide.* —*Vaigue ane,* acarreo agua; *a-vaigue ane,* acarreo agua á tercera persona. *Sadde,* arrear; *sadd-aguide,* arrear bestias para otro.— Encuentro por fin verbos aplicativos en el tarahumar, el tarasco y el matlatzinca.

El totonaco se esfuerza principalmente por determinar el régimen directo. Si es singular, lo pospone simplemente; si plural, ó añade al verbo las sílabas *go* ó *goy* ó pone la sílaba *ka* entre el verbo y su prefijo: —Yo amo á Dios, *ix-paxkiy Dios.* Yo amo á los hombres, *ix-ka-paxkiy chixkohuin* ó *ik-paxki-goy chixkohuin.*— Hace algo parecido el mixteco. O se limita á posponerlo ó le antepone *si* é intercala en el verbo la partícula *ñaha.* —Yo amo á Juan, *yosinimandi Juan* ó *yosinima-ni-ñaha-ndi si Juan,* lo que es ya lujo de determinacion.

El régimen directo no sé que vaya con preposicion ni aún en las lenguas sin casos. Tampoco observo que la lleven las frases de genitivo ni siquiera en los idiomas donde el caso regido va pospuesto al regente. El otomí traduce por ejemplo «la madre de Dios» diciendo *na ma okha.*

A propósito del régimen noto aún en la lengua maya algo que no merece olvido. En ella el caso recto puede ir antes ó despues del verbo; mas si va despues, ha de dejarse preceder del régimen; si ántes, ha de tomar la terminacion *ic* para los tiempos de presente y de futuro. Juan enseña á Pedro, *cambezah uh cah Pedro Juan* ó bien *Juan cambezic Pedro.*

No entraré ahora en las reglas de las oraciones compuestas, punto sobre el cual tengo sobrada escasez de noticias; añadiré á lo dicho sólo algunas palabras acerca de la construccion, generalmente hablando muy distinta de la de nuestros idiomas. Predomina el hipérbaton casi en todos los de aquel vasto continente. Lo ha podido observar el lector cuando ha visto lo frecuente que es colocar los genitivos antes de los nominativos, los pronombres despues de los verbos y las preposiciones y aún las conjunciones sufijas á los nombres. En el quichua se ve raramente el órden lógico. —*Hachap ccara,* «del árbol la corteza», la corteza del árbol. *Ccam huaukeypa llamacta huañuchirkanki,* «tú de hermano mío la llama

has sacrificado», tú has sacrificado la llama de mi hermano. *Wasi-y manta hamuny.* «casa mía de vengo», vengo de mi casa. *Ccatupim tikurkanki.* «plaza en vistole has», le has visto en la plaza. *Uyarihuay. churi.* oid, hijos. *Hatun pumap chakin.* «del gran leon pié», el pié del gran leon. *Tarmapi suyup yachak apu Inkap llapantin auccakunacta utka utkalla huatachirkan.* «Tarma en de la region el prudente gobernador del Inca todos enemigos presto presto ha hecho atar», en Tarma el prudente gobernador de la region ha hecho atar prontamente á todos los enemigos del Inca. Sube de punto el hipérbaton en la poesía como demuestran algunos *yararis* y sobre todo el *Ollantai*. *Hatun llaut'uta horccomuy-qellu umachata churaspa.* leo en ese poema dramático: «grande llautu traiganme amarilla borla poniendo»: tráiganme el grande llautu poniéndole la borla amarilla.

Lo mismo acontece en la lengua chibcha.—*Sie uchias abiohotysuca.* «agua sólo bebe», bebe sólo agua. *Umguetac hui chimie abga.* «tu casa en entremos, dijo»; entremos, dijo, en tu casa. *Muyscac zeguene*, «hombre yo soy», yo soy hombre. *To boza.* «perros dos», dos perros. *Guechas güe.* «de mi tío la mujer», la mujer de mi tío.—En este idioma, sin embargo, se antepone siempre el sugeto al verbo y el adjetivo demostrativo al sustantivo, y se pospone el adjetivo calificativo al nombre.—Pedro me azotó, *Pedro chaguity*. Este hombre, *sis muysca*. Hombre bueno, *muysca eho.*

No es ya de mucho tan señalado el hipérbaton en la lengua maya, en la quiché ni en la nahua. En la nahua se guarda frecuentemente el órden lógico. —*Tic-tlazotla in xochitl.* tú amas las flores. *Tiqu-elehuia in mahuizotl.* nosotros deseamos la gloria. *Onech-cotonili in noma.* el me cortó la mano.—En los genitivos de posesion así va ántes como despues el caso regente; los adjetivos ya preceden ya siguen á los sustantivos.—«El pan de mis hijos» así puede traducirse por *intlaxcal in nopilhuan* que por *in nopilhuan intlaxcal:* «agua caliente» lo mismo por *totonqui atl* que por *atl totonqui.*

En la lengua ópata tiene la construccion, á lo que parece, reglas fijas. Encabeza las oraciones el sugeto cuando es nombre. Si es pronombre va siempre detrás de la primera palabra. El genitivo no deja de anteceder nunca al nombre que lo determina. El régimen directo, como ya dije, precede al indirecto; los dos y el adverbio, al verbo. La preposicion y la conjuncion van pospuestas; el adjetivo, antepuesto, siempre que califica el sugeto. El hipérbaton, como se ve, es aquí mayor que en la lengua nahua. Lo es asimismo en la pima. Aquí tambien el genitivo antecede al nominativo; los dos regímenes, al verbo; el nombre, á la preposicion y aún á ciertas conjunciones. Intercalado en el verbo suele ir siempre el pronombre.

El órden lógico no se lo encuentra tampoco en las lenguas de los pueblos más septentrionales.

CXLVII

Estado intelectual.—Lenguas.—Prosodia.—Ortografía.

De las lenguas americanas se sabe aún menos sobre la prosodia que sobre la sintáxis. Las explicaciones prosódicas están reducidas en casi todas las gramáticas á la determinacion del sonido de algunas letras y á la de la sílaba donde en la mayor parte de los vocábulos suele recaer el acento, cosas de que hablé ya en la fonología. De la cantidad no se dice palabra. Después de haber escrito algo de los acentos, Duponceau nos da por toda noticia la de que los americanos del Norte, sobre todo en sus arengas, pronuncian y recalcan la última sílaba de cada frase y cada discurso á la manera que nuestros militares las voces de mando.

Es algo más digno de atencion lo que de la prosodia quichua observa el señor Pacheco. Hay, como vimos, en la lengua quichua ocho vocales: las cinco nuestras y tres que están la una entre la *e* y la *i*: la otra entre la *o* y la *u* y la otra entre la *u* inglesa de *cut*, cortar, y la *a* de *hat*, sombrero. Considera el señor Pacheco comparables las cinco primeras con las largas de los latinos y las tres últimas con las breves; y de los mil ochocientos doce versos de que consta el Ollontai halla compuestas de piés troqueos más de las siete octavas partes. Nota más el Sr. Pacheco y es que por regla general toda voz que termina por vocal larga la muda por la breve que le corresponde siempre que recibe un sufijo monosilábico; y recobra la larga cuando recibe otra sílaba. Ocurren, á no engañarme, cambios de esta índole en otras lenguas de la misma América, en alguna que otra de la del Norte.

La ortografía de todos aquellos idiomas es la que le han querido dar los gramáticos europeos. No había allí cuando la Conquista un solo pueblo que dispusiese de una escritura meramente fonética y ni uno solo por lo tanto que tuviese verdadera ortografía. Al dársela nuestros gramáticos, empeñáronse en traducir por los signos de su alfabeto aún los sonidos de que su lengua carecía; y, sobre expresarlos mal, introdujeron una confusion que desespera al que ha de estudiar unos idiomas por libros ingleses, otros por libros españoles, otros por tratados alemanes. Urge, como dije en la fonología, dar á cada sonido especial un especial signo sin asustarnos por el número de letras, ya que no nos asustamos por las del sanscrito.

En este incompletísimo trabajo no he podido ni siquiera emplear los nuevos signos adoptados para la ortografía de algunas lenguas. Perdone el lector, la falta: en estudio tan general era punto menos que imposible evitarla.

CXLVIII

Estado intelectual.—Lenguas.—Lexicología.

Entre todas las lenguas americanas no han tenido los lingüistas por monosilábica sinó la otomí, de la que son reconocidamente afines la mazahua y la pame. Hoy ni aun á la otomí se atreven á calificar sinó de cuasi monosilábica. Se entiende por lengua monosilábica, no la que consta sólo de monosílabos, sinó la que no tiene en sus voces sílaba que carezca de significacion propia, y ni aun en este sentido se admite que lo sea la de los otomíes Sin sílaba alguna que por sí no diga algo se conviene en que no hay ninguna; luego ó se debe eliminar de la clasificacion de las lenguas la categoría de las monosilábicas ó considerar tales lo mismo la de los otomíes que la de los chinos. A tomar con tanto rigor las cosas, no encontraríamos tampoco ni lenguas aglutinantes ni lenguas inflexivas: debe clasificárselas todas sólo por el carácter que en cada una predomine; y por el carácter que en la otomí predomina la reputo decididamente monosilábica.

Designa generalmente el otomí por medio de monosílabos así los séres como los atributos y los actos; y algunos de estos con monosílabos onomatópicos. —Traduce por *a* respirar; por *hia.* aspirar: por *ztzo.* escupir: por *ukku.* hipar; por *he.* estornudar; por *huy.* soplar; por *hhhe.* toser: por *yu.* aullar: por *hu.* hacer viento.—Expresa por monosílabos hasta séres y actos inmateriales: por *o* acordarse: por *muy* el alma; por *nho* lo bueno; por *ntzo* io malo; por *tè* lo noble; por *kha* lo santo. Es verdad que por muchas de estas voces indica tambien cosas materiales: por *o* la recámara; por *muy* el corazon; por *nho* lo hermoso: por *ntzo* lo feo: por *tè* lo alto; mas tambien lo es que con esto no da sinó prueba de reflexion y de ingenio. Ha sabido evidentemente apreciar la relacion que hay entre lo hermoso y lo bueno, lo alto y lo noble, lo feo y lo malo, el corazon y el alma, la memoria y la recámara.

Compone mucho el otomí, deriva poco; y generalmente deriva y compone tambien por medio de monosílabos. No deja tampoco de revelar ingenio en sus composiciones: por algunas expresa atributos que son tambien inmateriales. —*Ti, tzi,* retoño; *nsu.* la hembra: *tinsu. tzinsu.* la hija. *Ka.* rubio, a; *sti,* superficie: *kasti.* el oro. *Me,* el que carece; *ti,* riqueza: *meti.* el mendigo. *Hè.* fingir; *me.* madre: *hème.* la madrastra. *Thu.* estar colgado; *gu.* oreja: *thugu.* el pendiente. *Hia.* luz; *tsi.* hacer: *hiatsi.* el día. *Hia.* luz; *di.* producir: *hiadi.* el sol.—*Kog.* dulce; *kkay.* gente: *kogkkay.* el hombre de buena índole. *Yo.* dos; *hmi.* cara: *yohmi.* el traidor, el pérfido. *O.* acordarse; *kha.* santo: *koha.* Dios.

Aun contando los compuestos, no tiene el otomí muchos vocábulos de más de tres sílabas, ninguno de más de cuatro.

Dícese inexactamente que carece en absoluto de voces derivadas. Emplea adverbios así para la formacion de los comparativos y los superlativos como para la de los aumentativos y los diminutivos; no saca exclusivamente del verbo los participios ni los gerundios, para cuya construccion usa ya del relativo *too*, ya de otro verbo; mas dispone de verbales en que sufre más ó ménos alteracion la palabra de orígen. De *ophó*. escribir, forma *na tlophó*, la escritura; de *agui*. enterrar, *na yagui*. el entierro; de *nee*. querer, *na hnee*. la voluntad; de *nu*. ver, *na hnu*. la vista; de *xopho*. cosechar; *na zopho*. la cosecha. Por estos que tomo de Pimentel verá el lector que experimenta el verbo en los verbales cuando ménos alteracion fonética. La experimentan algunos verbos en sus mismos tiempos. *Adi*. pedir, hace el pretérito *yadi: cotti*. cerrar, *gotti: tzati*. quemar, *zàti*.

Abundan en el otomí los homónimos. Una misma palabra es con frecuencia nombre, adjetivo, verbo, adverbio. *Si*. por ejemplo, significa color, plano, extender, acaso; *tsa*. punta ó cúspide, agudo, gozar de salud, meramente, por dentro; *za*, redondo, redondez, levantar un arco.

Toca por ahí la lengua de los otomíes con casi todas las de América. Reunen casi todas gran número de esas palabras de naturaleza múltiple, y tienen muchas facilidad asombrosa en dársela á las otras ya por medio de partículas, ya por la incorporacion, ya por otros procedimientos. En los idiomas americanos, escribe con razon Duponceau, es facilísimo hacer de un verbo un nombre ó un adverbio y de un sustantivo ó un adjetivo un verbo. En el quichua, dice por su parte el Sr. Pacheco, es casi ociosa la clasificacion de las palabras; no las hay en rigor más que de una clase, las que designan el sér, los séres morales ó los materiales. Propiamente hablando son todas sustantivos que por medio de más ó ménos sufijos y alguna que otra vez de prefijos expresan ora una cualidad, ora una accion, ora un accidente y hacen por lo tanto las veces aquí de adjetivos, allí de verbos, más allá de adverbios. Sin la menor mudanza, añade, cambian á veces de carácter por sólo el lugar que en la proposicion ocupan.

Débese esto en gran parte á que, salvo la otomí y sus afines, pertenecen las lenguas americanas á la categoría de las aglutinantes, por más que algunas en ciertos cambios morfológicos presenten visos, apariencias y aun realidades de inflexivas, circunstancia que ha movido al Sr. Pimentel á admitir lenguas de subflexion en las que hizo objeto de su concienzudo y notable estudio.

Admitido ese subgénero de lenguas la nahuatl es indudablemente algo más que subflexiva.—*Milli*. tierra; *mille*. propietario de un fundo. *Atl*. agua; *aua*. poseedor de agua. *Tatli*. padre; *tayotl*. paternidad. *Tlilli*, negro; *tlillotl*. negrura. *Tlaxcallan*. Tlaxcala; *tlaxcaltecatl*, tlaxcalteca. *Yoli*. vivir; *yolca*. sustento. *Cuiltonoa*, regocijar; *tecuiltonocan*. lugar de regocijo. *Tlatoa*. gobernar; *tlatocayotl*. gobierno. *Machtia*. enseñar; *temachtilli*. enseñanza. *Elemiqui*. la-

brar; *elemi-c-qui.* labrador. *Pia.* guardar; *tlapixqui.* guarda.—*Teotl.* Dios; *calli.* casa: *teo-calli.* templo. *Atl.* agua; *otli.* camino: *aotli.* canal de riego. *Cuahuitl.* árbol, *necutli.* miel; *zayolli.* mosca: *cuauhnecuzayolli.* mosca ó abeja que vive en los árboles. *Atl.* agua; *chipactic.* puro, limpio: *achipactli.* agua pura. *Tentli.* labios, boca; *chico.* mal: *tenchico.* hablador, hombre que habla sin garbo.

Mas procedamos con método y vengamos á la manera de formar los derivados. En todas las lenguas está más ó ménos sometida á reglas. Tomaré por ejemplo esa misma lengua de los mejicanos. Cuando se quiere indicar posesion se cambia en *e* ó en *ua* la final del nombre.—Lo hemos visto ya: de *milli, mille;* de *atl. aua.*—Cuando cosas abstractas, en *yotl.*—De *tlacatl.* persona, *tlacayotl*, la humanidad, lo humano.—Cuando miembros ó parte del mismo que habla, tambien en *yotl.*—De *nacatl.* carne, *nacayotl.* carne de mi cuerpo.—Cuando la nacionalidad ó la naturaleza, en *atl.*—De *Mexico.* Méjico, *mexicatl.* mejicano; de *Tetzcuco.* Tezcuco, *tetzcucatl.* tezcucano.—Cuando reverencia, respeto, compasion, ternura, en *tzintli.*—De *cihuatl.* mujer, *cihuatzintli*, noble mujer, mujer querida; de *cocoxqui.* enfermo, *cocoxcatzintli.* pobre enfermo.—Cuando disminucion ó desprecio en *tontli.*—De *pilli.* hijo, *piltontli.* hijito, rapazuelo.—Cuando pequeñez. en *pil.*—De *tototl.* pájaro, *totopil.* pajarillo.—Cuando aumento ó desdén en *pol* ó *pul.*—De *cihuatl.* hembra, *cihuapol.* mala hembra, mujerzuela.—Cuando vejez ó deterioro en *zolli* ó *zulli.*—De *tilmatli.* manta, *tilmazolli*, manta raída, vieja manta.—Cuando igualdad ó semejanza, en *polli.*—De *pilli.* hijo, *pilpolli*, hijo como yo ó como la persona á quien ó de quien se habla.

Estos son los nombres derivados de nombres; siguen ahora los verbales. Cambian la final del verbo en *qui* cuando indican al que ejerce por hábito ú oficio la accion del verbo.—Lo hemos visto ya: de *pia.* guardar, *tla-pi-xqui*, el guarda. —En *ni*, cuando al que la ejerce bien habitual, bien accidentalmente.—De *poa.* contar, *tlapoani*, el que cuenta; de *machtia*, instruir, *nemachtiani*, el que se instruye ó el estudiante.—En *ani* ó en *oni.* cuando el instrumento con que la accion se ejecuta.—De *atlacui*, sacar agua, *atlacuiani*, cubo; de *tequi*, cortar, *tlateconi*, hacha.—En *liztli* ó *iztli*. cuando el mismo estado ó la misma accion expresada por el verbo.—De *miqui.* morir, *miquiztli*, la muerte.—En *can* ó *yan*, cuando el lugar en que la accion se verifica.—De *nemi.* vivir, *nemoayan*, el lugar en que se vive.—En *ca*, en *yotl*, en *lli* para los casos de los siguientes ejemplos:—De *yecoltia.* servir, se hace *tlayecoltiloca*, servicio; de *chipahua.* brillar, purificarse, *chipahuacayotl.* belleza; de *ixca.* hacer cocer, *tlaxcalli.* pan.

Véase ahora los verbos derivados de nombres. Se cambia el final del verbo en *uia*, cuando quiere indicarse que se ejerce la accion del verbo con lo que el nombre significa.—De *tetl.* piedra, se forma *tlateuia.* hacer algo con piedra; de *tlilli.* tinta, *tlatlilhuia.* entintar algo.—En *ti* ó en *tia.* cuando se desea decir que se convierte uno en lo que el nombre expresa ó se hace del nombre objeto de la accion del verbo.—De *pilhtzintli.* niño, *nipilhtzintia.* me vuelvo niño; de

huehue. viejo, *nihuehueti* ó *nihuehuetia.* me hago viejo; de *ontell*, dos, *nonteli* ó *nontia.* me hago doble; de *calli.* casa, *ninocalhtia.* apropíome la casa.—La terminacion *tia* sirve para formar otros muchos derivados.—De *Teotl.* Dios, se saca *teotia.* adorar; de *tatli.* padre. *tatia.* tomar por padre; de *nantli.* madre, *nantia.* tomar por madre; de *atl.* agua, *atia* y tambien *ayoa*, hacerse agua, aguarse.

Hay, además, verbos derivados de verbos. Se ha visto ya cómo se forma los aplicativos y los reverenciales y cómo se convierte los neutros en activos y los activos en neutros. De ese mismo verbo *ayoa* que acabo de citar se hace *nitlaayotia.* aguar algo. Se da á unos y otros el carácter de frecuentativos con sólo duplicar su primera sílaba.—*Tlalia.* derivacion de *tlalli.* tierra, es sentarse; *tlatlalia.* sentarse muchas veces ó en diversas partes.—*Chitoni.* saltar una astilla, escaparse una cuenta ó grano, echar luz el fuego; *chichitotza.* despedir ó hacer despedir astillas, llamas, cuentas, granos, etc.—Se les da el de compulsivos ya por medio de la terminacion *tia*, ya posponiéndoles las partículas *llani* ó *tlani.* —*Nitlacua.* yo como; *nitetlacualhtia.* yo doy de comer ó hago comer á otro. *Nicochi.* yo duermo; *nitecochitia.* yo hago dormir ó adormezco. *Machtia.* enseñar; *machtillani.* hacer que otro enseñe.—Por medio de partículas antepuestas ó pospuestas se forma gran número de derivados.—*Niauh.* yo voy: *ni-ual-auh.* yo vengo. *Ximicuani.* apártate; *xi-ualh-micuani.* ven, acércate. *Nitlatlachia.* yo miro; *ni-ual-tchia.* miro hácia acá. *Ual. ualh.* acá, adverbio).—*Nitetlapoa.* yo abro ó descubro; *nic-cen-tlapoa.* yo abro ó descubro del todo. *Nitemachtia.* yo enseño; *nite-cen-machtia.* ó *ni-cen-temachtia.* yo enseño cuanto sé ó cuanto hay que enseñar. *Cen.* enteramente.)—*Nitlapia.* yo guardo; *ni-uel-tapia.* guardo bien. *Velh.* bien.)—*Nitlacua.* yo como; *nitlacuaz.* yo comeré: *nitlacuaz-quia*, yo debía ó debiera comer; forma por la cual se suple el tiempo condicional de indicativo.—*Nino-zahuani.* yo ayuno; *ninozauapuloua.* yo ¡mísero de mí! ayuno.

Supongo habrá observado ya el lector que en todas estas derivaciones sufren las palabras primitivas cambio, supresion ó aumento de letras. De los verbos derivados supongo habrá visto tambien que unos llevan el pronombre indefinido *te.* otros el *tla:* unos van con el solo pronombre personal, otros con el personal y el recíproco; unos nacen del presente, otros del pretérito y otros del futuro del verbo de orígen. Bien que abundantes en excepciones, hay tambien sus reglas para todas estas mudanzas.

En riqueza de derivados y facilidad de hacerlos no cede la lengua ópata á la mejicana. Por medio de las terminaciones *ragua* y *akka* forma nombres abstractos.—De *massi.* padre, *massiaragua.* paternidad; de *naideni.* bueno, *naideniragua.* bondad; de *rade.* alegremente, *raderagua.* alegría; de *tossai.* blanco. *tossaiakka.* blancura; de *amassà.* enfadosamente, *amassàakka.* enfado.—Por medio de las terminaciones *de* y *sura.* nombres de abundancia ó de lugar donde algo abunda.—De *deni.* luz, *denide.* lugar de luz; de *chuki.* oscuro, *chukide.* lugar

oscuro; de *kuh.* árbol, *kuhsura.* arboleda.—Por medio de la terminacion *ssari* ó *sari.* diminutivos de desprecio.—De *uri*, hombre, *urisari.* hombrecillo, hombre ruin.—Por medio de la terminacion *guadeni.* aplicada al participio de pretérito de los verbos, los adjetivos en *ble.*—De *nereri.* amado, *nererigua deni.* amable; de *guai.* comido, *guaiguadeni.* comestible.—Por medio de las terminaciones *mui* ó *sari.* *ko* ó *kor.* aplicadas tambien á los participios de pasado, nuestros verbales en *or* y *on.*—De *niguai.* hablar, *niguamui* ó *niguasari.* hablador; de *kotzi.* dormir, *kotziko* ó *kotzikor.* dormilon.—Por medio de la terminacion *tudu.* añadida tambien á los participios de pretérito, los verbos compulsivos.—De *manuguari.* participio de *manugua.* barbechar, *manuguarituda.* obligar á barbechar. —Por medio de la terminacion *si* ó *ssi*, los verbos de gerundio.—De *guai.* comido, *guaissi.* ir comiendo.—Por medio de la terminacion *signa.* el total acabamiento de la accion del verbo.—De *niguay.* hablado, *niguaysigua.* hablar cuanto hay que hablar, etc., etc. Aquí, como se ve, las derivaciones se hacen por mera yuxtaposicion, cosa que sucede en pocas lenguas.

No es mi ánimo repetir á propósito de la lexicología la larga peregrinacion que emprendí en otros párrafos; pero algo he de escribir sobre la fuerza de derivacion de algunos otros idiomas. En el mutsun, de un solo verbo salen otros muchos que lo modifican. *Oio* es coger un solo objeto, persona ó cosa; *oiso.* coger mucho ó á muchos; *oimu.* cogerse uno á otro; *oisupu.* cogerse varios á varios: *oipu.* cogerse á sí mismo; *oioksi.* coger bien; *oiosi.* mandar coger; *oiomiste.* suplicar que cojan; *oiona.* ir á coger; *oiñi.* venir á coger; *oiou* ó *ohiou.* cuando se coja ó al tiempo de coger; etc. Generalmente cuando se quiere expresar la accion de «venir á» se añade al verbo la terminacion *in*; cuando la de «ir á», las terminaciones *na* ó *su*: *na* si se quiere indicar que se va léjos ó por muchos días; *su* si lo contrario.

En el tarasco son verbales casi todos los adjetivos y gran parte de los sustantivos.—De *tzipeni.* vivir, *tzipeti.* el que vive; de *pani.* llevar, *pari.* el portador; de *casirheni.* reverenciar, *casirhecua.* reverencia ó digno de reverercia; de *tarheni.* cavar, *tarhecua.* el instrumento con que se cava; de *eskani.* mirar, *ezkua.* la vista; de *phazkani.* teñir de prieto, *phazkuarho.* lugar donde se tiñe de prieto; de *xerekuarheni.*, enmarañar ó hacer nidos, *xerekuauri.* el que hace nidos, *xerekua.* el nido, *xerekuaukua*, el trabajo de hacer nidos, *xerekuaurakua.* el instrumento para hacer nidos, el pico del pájaro, *xerekata.* lo enmarañado á manera de nido, *xerekuarho.* lugar de nidos; de *tirenstani.* dormir, *tirens.* el dormilon: de *curinstani.* comer, *curins.* el que come mucho.—En los verbos derivados de verbos las partículas suelen ir intercaladas.—De *pahacacuche.* nosotros llevamos, *pahpera-hacacuche.* nosotros nos llevamos el uno al otro ó los unos á los otros; de *tarheni.* cavar, *tarhe-ra-ni.* hacer cavar á otro.—Los verbos frecuentativos llevan duplicada la radical: *aro-aro-meni*, dar voces.

En el matlanzinca los verbos derivados de verbos suelen llevar tambien inter-

caladas las partículas: *hu*, *rahaka* ó *nigraneyti*, si son frecuentativos: *pi*, si son aplicativos; *hana*, si expresan que la accion se ejecutó oportunamente; *mani*, si indican que se está ejecutando: *na*, si contienen la idea de posibilidad, y *yaxiho* si la de imposibilidad; *nen*, si dicen que se ejecuta de paso la accion del verbo primitivo, etc. Llevan por lo contrario antepuestas ó pospuestas las partículas los nombres derivados: pospuesta la partícula *nchete* los abstractos; antepuesta la *hue* los gentilicios; antepuesta la *he* los que indican respeto ó reverencia. Estos tienen á menudo intercaladas las partículas *tu*, *chu*, *ra* ó *di*. Tambien la partícula *te* los diminutivos, la partícula *maten* los comparativos y la *marahanten* los superlativos.

En el maya la terminacion *il*, dada á los sustantivos y los adjetivos, sirve para la formacion de los nombres abstractos—*uinic*, hombre; *uinicil*, humanidad;—la partícula prepositiva *ah* para la de los nombres gentilicios:—*ah-Mexico*, mejicano;—*tal*, *tiz*, *nol* ó *yen*, unas pospuestas otras antepuestas, para hacer de los sustantivos adjetivos—*chun*, principio, *chuntiz*, cosa que tiene principio; *tzotz*, vello, *tultzotz*, velloso; *luum*, tierra, *nol-luum*, lleno de tierra; *cizin*, demonio, *cizinyen*, diabólico;—*lah* é *ilan*, pospuestas, para decir lo que se tiene en lugar de lo que el nombre significa—*yum*, padre, *yumilan*, padrino;—*ah* antepuesta y *cab* pospuesta para designar al dueño ó poseedor de lo que el nombre primitivo expresa—*tzimin*, caballo, *ah-tzimin-cab*, el que tiene caballo. Véase ahora la significacion que dan algunas partículas á los verbos:—*acutal*, sentarse; *licil-acutal*, tener la costumbre de sentarse; *cambezah*, enseñar, futuro *cambez*, *baci-acambez*, dejar de enseñar, *bacilo acambez*, dejar de enseñar del todo, *bacito acambez*, dejar de enseñar por entonces, *bacitache* ó *bacitaclo acambez*, dejar de enseñar por ahora; *ocol*, entrar, *ocbal*, estar para entrar; *dzib*, escribir, *caput-dzib*, volver á escribir; *baykab*, frotarse, pasarse suavemente la mano, *babaykab*, frotarse, acariciarse mucho con la mano; *cháa*, tomar, *chaalahal*, tomar muchas cosas.

Excede en derivados á la lengua maya y aún á las demás de América la de los quichés, fundada toda en monosílabos que son á la vez nombres y verbos. Notabilísimo es verdaderamente este idioma en su parte léxica. Produce cada una de sus radicales multitud de formas y voces; y esto con tal orden y regularidad, que, conocidas las derivaciones de una, se conoce las de todas. Las radicales, nótelo bien el lector, constituyen allí la primera forma pasiva de los verbos. Los verbos absolutos, los activos, los neutros son ya derivados. Nacen de esos derivados otros verbos y otros nombres, y la lengua toda viene á quedar distribuida en grupos. Véase el que tomó y presentó por ejemplo el Padre Jimenez.

Bak, barreno, barrenar. Primera forma pasiva, *bak*: segunda forma pasiva, *bak-a-tah*: absolutos, *bak-on*, *bak-on*: neutros, *bak-e*, *bak-er*, *bak-ir*, *bak-bo*, *bak-a-bo*: activos, *bak-a ba*, *bak-ah*: activo frecuentativo, *bak-a-ba*: activo distributivo,

bak-a-la: neutros frecuentativos, *bak-a-bot. bak-bot:* neutro intensivo, *bak-ac.* participio de presente activo, *bak-ol:* participio de presente neutro, *bak-al:* participio de plural activo, *bak-a-boh:* participio de pasado y adjetivo (cosa barrenada). *bak-om:* accion de barrenar, barrenamiento. *bak-oh:* barrena, instrumento, y lugar en que se barrena, *bak-bal:* barrena en la numeracion (una, dos, cuatro barrenas, etc.), *bak-ah:* barrenante, en sentido metafórico, es decir penetrante, punzante, *bak-a-bic.*

Estas son, permítaseme la frase, sólo las derivaciones de primer grado. Tomemos ahora una de estas formas: sale de todas multitud de derivados. De *bakatah* se forma además de los participios de pretérito *bakatah-inak* y *bak-a-tal*, *bakatah-el.* lo que se ha de barrenar; *bakatah-izah.* hacer que se barrene algo; *bakatah-izar.* ser uno compelido á que algo se barrene: *bakatah-ic.* cosa barrenada ó penetrada; *bakata-iza-yom.* lo que ya se hizo barrenar, etc., etc. Nada menos que doscientas setenta y tres voces derivadas saca Jimenez de esa sola radical *bak*, bien que incluyendo en el número los participios, que no son pocos.

La distincion de formas verbales en pasiva, absoluta, activa y neutra, permite por otra parte en el mismo idioma quiché singulares derivaciones. De la forma activa del verbo *log*, *logoh.* amar ó querer, salen *logobal* y *logonem.* que significan el amor activo: de la forma absoluta *logon. logonic.* el amor abstracto: de la forma pasiva *logor. logoxic.* el amor pasivo.

Nótese, además, con qué sencillez se hace de voces primitivas nombres derivados que indiquen ya la jerarquía, ya la profesión, ya el carácter, ya la naturaleza de los hombres. Basta el prefijo *ah.* De *au.* collar, *ah-au.* el del collar, el señor; de *pop.* estera, *ah-pop.* el de la estera, el que se sienta en estera, el príncipe; *de cun.* medicina, *ah-cun.* el médico; de *tih.* enseñanza, *ah-tih.* el maestro; de *itz.* sortilegio, *ah-itz.* el sortílego; de *car.* pescado, *ah-car.* el pescador; de *purac.* plata, *ah-purac.* el platero; de *mak.* el pecado, *ah-mak.* el pecador; de *tzih.* palabra, *ah-tzih.* el hablador; de *naoh.* sabiduría, *ah-naoh.* el sabio; de *Rabinal,* Rabinal, *ah-rabinal.* el que es de Rabinal; de *tzizo.* coser, *ah-tzizon.* el sastre, etc.

No era por fin menor la fuerza derivativa de la lengua quichua. Por de pronto haré notar que aquí el nombre hace con frecuencia oficio de verbo. el verbo de nombre, el sustantivo de adjetivo y el adjetivo de sustantivo.—*Hvayccai* es robar y el robo; *munay.* amar y el amor; *puñuy,* dormir y el sueño. *Khiri* es herida y tambien herido; *sumaj,* belleza y tambien bello. *Ahlla* es selecto, eleccion y vírgen consagrada al Sol.—De los participios y supinos del verbo se forma asimismo, ya nombres, ya adjetivos.—*Ruraj.* participio de presente, es el que hace ó crea y el creador; *munaj.* el que ama y el amante. *Manchaypaj.* supino, y *manchana.* participio pasivo de futuro del verbo *manchay.* temer, son además adjetivos que equivalen á «temible». *Tiyana.* participio pasivo de futuro de *tiyay.* asentarse, significa asiento; *upiyana.* que lo es de

upiyay. beber, vaso; *apana.* que lo es de *apay.* llevar, carga; *llamccana.* que lo es de trabajar, herramienta.

Los nombres, los adjetivos y aún los adverbios se los trasforma con suma facilidad en verbos.—*Kepa.* trompeta; *kepay.* tocar la trompeta. *Llamtta.* leña; *llamttay.* cortar leña. *Ruru.* fruto; *ruruy.* dar fruto. *Challhua.* pescado; *challhuay.* pescar y pesca. *Micha.* económico; *michay.* economizar. *Hina.* así; *hinoy.* hacer de este modo.

Vienen luego las derivaciones que llamé de segundo grado y se forma por medio de la interposicion de partículas.— *Wasi.* casa; *wasi-cha-y.* construir una casa. *Pacra.* calvo; *pacra-ya-y.* volverse calvo. *Usuta.* zapato; *usuta-lliku-y.* calzarse; *usuta-llichi-y.* calzar á otro. *Sumaj.* hermoso; *sumaj-chaku-y.* y *suma-chi-y.* hermosear. *Upa.* mudo: *upa-lla-y.* callar; *upa-lla-chi-y.* hacer callar, imponer silencio.

Como se ve por los últimos ejemplos hay en el quichua como en el quiché derivaciones de más de dos grados. Principalmente en los verbos, no tienen por decirlo así, límite. *Munay.* como se ha visto, es amar; *muna-ku-y.* amar mucho; *muna-ri-ri-y.* amar tibiamente; *muna-ri-ri-ku-y.* amar poquísimo; *muna-y-ku-ku-y.* amar con ternura; *muna-y-ku-ri-ku-y.* amar con gran ternura; *muna-r-ko-y.* amar apasionadamente; *muna-pa-ku-y.* amar hasta la locura y ser correspondido.

Para que pueda el lector formar idea de lo lejos que va en punto á derivados este fecundo idioma, me permitiré transcribir los que saca de la voz *miski* el Sr. Pacheco Zegarra. Siento no disponer de caractéres para seguirle en su ortografía. *Miski.* dice el Sr. Pacheco, es en su sentido absoluto un sustantivo y significa «miel.» Antepuesto á otro sustantivo, se hace adjetivo y significa dulce. Con la desinencia *y.* que es la de todos los infinitivos, pasa á ser verbo y significa materialmente endulzar, moralmente suavizar, ablandar. De *miski-y* sale *miski-na.* que corresponde á la idea abstracta de dulzura. *Miski-chi-y.* por la interposicion de la partícula *chi* entre la voz radical y la desinencia del infinitivo, equivale á la frase castellana hacer endulzar ó suavizar. *Miski-y-ku-chi-y.* que lleva intercalados otros dos afijos, añade á la idea del verbo precedente la de que la accion debe ejecutarse con gran cariño. *Miski-y-ku-chi-pa-ku-y.* da al verbo *miski-y-ku-chi-y* carácter de reciprocidad y significa «ejercer actos que tienden á suavizarse los unos á los otros». *Miski-y-ku-chi-paku-skaskkanki-chis* es la segunda persona del plural del pretérito indefinido del verbo anterior y dice: «vosotros habeis ejercido con gran cariño actos que tienden á ablandaros recíprocamente». Se añade *puñi* á esta palabra y se dice «ciertamente habeis ejercido con gran cariño, etc.» Se añade al *puñi ñataj* y se dice: «en esta circunstancia habeis ejercido ciertamente, etc.» Se añade finalmente *si* al *ñataj* y resulta un vocábulo de quince sílabas—*miskiykuchipakuskaskankichispuñinatajsi*—que significa: «dícese que en esta circunstancia habeis ciertamente

ejercido actos que tienden á recíprocamente ablandaros.» De esto es indudable que no hay ejemplo en ninguna de las actuales lenguas de Europa.

Por medio de estas derivaciones, todas sometidas á reglas, modifica maravillosamente la lengua quichua el sentido de la mayor parte de sus voces.—*Rikuy*, ver; *ri-ku-pa-kuy*. ver con trabajo y atribuyendo á lo que se ve excesiva importancia; *riku-lla-y* por lo contrario, ver sin fijarse. *Llojsiy*. salir; *llojsi-wa-y*. salir de la presencia del que lo manda. *Warma*. hija; *warma-cha*. hijita y tambien mala hija, hija despreciable. *Ahllay*. escoger; *ahlla-s-kay*. estar escogiendo. *Chica*. grande, demasiado, sin número; *chica-lla*. demasiado pequeño, demasiado poco. *Ñiy*. decir; *ñi-ku-y*. prevenir, avisar. *Pisiy*. ser insuficiente, faltar; *pisi-pa-y*. desfallecer hasta morir. *Kkoskkayki*. yo te daré; *kkoskkayki-n*. yo te aseguro que te daré.

Como se habrá visto, no siempre las partículas de derivacion modifican de igual modo las voces primitivas. En los ejemplos que acabo de poner aminora *lla* la significacion de la palabra en que se lo intercala. Lo hace en multitud de casos. *Taki-lla-y*. de *takiy*. cantar, significa canturrear; *uhya lla-y*. de *uhyay*. beber, beborrotear; *chiuri-lla y*. de *chiuriy*. silbar, silbotear, permítaseme el neologismo. En multitud de nombres, principalmente en los de parentesco, indica sin embargo, ternura, cariño. Las mujeres del Ollantay y aun el mismo Inca Yupanki interponen esta partícula en la mayor parte de los vocativos. *Ay ñana-lla-y: ay urpi-lla-y: ay ñusta-lla-y: Inka-lla y: ay mama-lla-y: Ima-Sumaj, wawa-lla-y: ay kkosa-lla-y: Kusi-Kkoillurñia, pana-lla-y quyakuskka-lla-y, urpi-lla-y hampuy, kutimpuy makiyman:* ¡ay, hermana mía! ¡ay, paloma mía! ¡ay, princesa mía! ¡oh, mi Rey! ¡ay, madre mía! ¡Ima-Sumaj, hija mía! ¡ay, marido mío! ¡Kusi-Koillur, hermana mía, adorada mía, paloma mía, ven, vuelve á mis brazos.

No acabaría si quisiera apurar la materia. Paso á la composicion de las palabras, ya que la incorporacion ha podido verla el lector en los anteriores párrafos. Las voces compuestas no son menos que las derivadas en la lengua quichua. Hasta las interjecciones contribuyen á formarlas. *Aá* es interjeccion del que invoca, exclama, ruega ó reprende; *ñiy*. decir: *aañiy*. exclamar, desear, rogar. *Aáha*. interjeccion del que coge á otro en fragante; *aahañiy*. coger en fragante. *Akaku*. interjeccion del que se quema; *akakuñiy*. quemarse. *Akau*. interjeccion de queja; *akauñiy*. quejarse. *Achay*. ¡oh qué bueno! ¡oh qué hermoso!; *achay-ñiy* ó *acha-lla-yñiy*, gustar de algo.

Otro tanto sucede con algunos adverbios. *Hu*. sí; *huñiy*. decir que sí, conceder. *Ama*, nó; *ama-ñiy*, decir que nó, vedar, prohibir. *Ichach*, tal vez; *ichach-ñiy*. decir «tal vez ó veremos», dudar, estar dudoso. *Ñakka*. apenas, con mucho trabajo; *riy*, ir: *ñakka-riy*, padecer necesidad, trabajos, molestias.

Abundan mucho más las voces compuestas de dos sustantivos ó de un sustantivo y un adjetivo. *Huasi* ó *wasi*. casa; *huasi-huasi*. conjunto de casas.

barrio; *aca.* excremento, *acahuasi.* escusado, retrete; *punkku.* puerta, *huasi-punkku.* puerta de la casa; *kkuchu.* esquina, ángulo, *huasikkuchu.* ángulo de la casa, esquina: *masi.* compañero, *masihuasi.* vecino: *kamayuy* ó *kamayok.* oficial. empleado, *huasikamayok*, guardian de la casa, portero; *aya.* muerto, *aya-huasi.* sepultura, sepulcro. Cabe aumentar el número de esta clase de compuestos con poner en genitivo el nombre de la cosa poseída. *Intip.* genitivo de *inti.* sol: *intip-huasi.* casa del Sol, templo. *Kkuchip.* genitivo de *kkuchi.* cerdo; *kkuchip-huasi.* zahurda. Compone esta misma palabra con adjetivos. *Hatun.* grande: *ha-tunhuasi.* la casa grande, la casa del comun, la casa del pueblo.

Podría multiplicar los ejemplos. *Huarmi* ó *warmi.* mujer no se presta á menos composiciones. *Huahua.* hijo ó hija: *huarmihuahua.* hija, con relacion á la madre. *Masi* ya hemos visto que equivale á compañero; *huarmi-masi.* cuñada. *Camayok* acabamos de ver asimismo que significa empleado: *huarmi-camayok.* hombre dado á mujeres, mujeriego. *Hina.* con *h* gutural, oficio; *huarmi-hina.* afeminado. *Mama,* madre, *yaya,* padre; *huarmip-maman, huarmip-yayan.* suegra, suegro. *Kkari.* varon, *sonkko.* corazon; *kkari-sonkko-warmi.* mujer animosa, prudente. *Kkari-hina-huarmi.* mujer varonil. *Pokkuskka* adjetivo y participio de pretérito de *pokkuy.* maduro; *pokkuskka-huarmi.* mujer ya hecha.

Sin dejar los sustantivos y los adjetivos véase ahora otros compuestos. *Anti.* Andes; *suyu.* region, provincia; *Anti-suyu.* region de los Andes. *Mayu.* río: *pata.* grada, anden; *mayu-pata.* anden del río, orilla. *Kkori.* oro; *kaytu.* hilo: *kkori-kaytu.* hilo de oro. *Huaylla.* verde; *pampa.* campo; *huaylla-pampa.* prado. *Hukku.* hondo; *ppacha.* tierra; *hukku-ppacha.* infierno. *Alli.* bueno, sano; *yahuar.* sangre; *alli-yahuar.* hombre de limpia ó de buena sangre. *Huicsa.* vientre; *hunta.* lleno; *huicsa-hunta.* vientre lleno, mujer en días de parto. *Yana.* negro; *kkallu.* lengua; *yana-kkallu.* lengua negra, golondrina. *Mama.* madre; *kkocha.* lago; *mama-kkocha.* el mar, la madre de las aguas. *Nina.* fuego. lumbre, fino; *puhukuna.* supino del verbo *puhukuy* soplar; *nina-puhukuna.* fuelle;—*kkori.* oro; *kkori-nina.* oro fino. *Iskay.* dos; *sonkko.* corazon; *iskay-sonkko,* hombre de dos corazones, hombre falso, pérfido.

Son tambien muchas las voces compuestas de nombre y verbo. *Runa.* hombre; *tukuy.* hacerse; *runa-tukuy.* hacerse hombre. *Rinri.* oreja; *huankuy.* mutilar; *rinri-huanku.* animal desorejado. *Llapa.* todo: *atipaj.* participio de presente de *atipay.* vencer; *llapa-atipaj.* el que todo lo vence, el todo poderoso. *Aukay.* batallar; *huankar.* tambor; *aukay-huankar.* tambor de guerra. *Killa.* luna; *huañuy.* morir; *killa-huañu.* eclipse de luna. *Asipayaj.* participio de presente de *asipayay.* el que se burla; *asipayaj-sonkko,* burlon.

Grande es la fuerza de composicion de la lengua quichua; pero es aún mayor la de la lengua de los tupíes. En aquélla se hace por mera yuxtaposicion así los derivados como los compuestos, y en ésta alterando frecuentemente más ó menos las voces primitivas. Tomaré de pronto por ejemplo la voz *auy.* que significa

espíritu, alma. Por sus compuestos verá de paso el lector la filosofía del idioma. *Ang-á* (*á*. coger), denota afecto de amor, ruego, ternura. *Ang-ai* (*ai*. corromper, podrido, ruin), alma corrompida, mala conciencia. *Angai-pa* (*pab*. fin, muerte), muerte del alma, pecado. *Angaipa-popià* (*popià*. puñal, aguijon), puñal del pecado, remordimiento. *Ang-eró*, *anga-reró* (*rereró*. inquietar), desasosiego, inquietud del alma. *Anga-pici* (*pici*. bañar), baño del alma, consuelo. *Ang-hori* (*tori*. alegría; *h*. signo de relativo), alegría del espíritu, alegría que el alma engendra. *An-ho* (*ho*, ir, ida), ida del alma, suspiro. *Ang-uera* (*cue*, *cuera*, lo que fué), alma sin cuerpo. *Ang-uhei* (*uhei*. deseo), deseo del alma. *Ang-pyata* (*pyata*. recio), alma firme. *Angaipa-raci* (*taci*. dolor, *r* signo de relativo), dolor del pecado, arrepentimiento. *Ang-atu-rá* (*catú*. bueno. *ra*, parecido), lo parecido á la buena alma, es decir, lo hermoso, lo honrado, lo noble. *Ang-botá* (*potá*, querer), desear con toda el alma, vehementemente. *Ang-erahá* (*arahá*. llevar), llevar el alma. *Ang-equii* (*yequii*. arrancar, *ye* signo de recíproco), arrancarse el alma. *Mo-ang* (*mo*. partícula compulsiva), pensar, sospechar. *Ñe-ang* (*ñe*. nota de recíproco) cosa que se hace alma, corazon.

Las vocales en la lengua tupí tienen, no una, sinó muchas significaciones. Tomemos cualquiera de las cinco y acabará de comprender el lector la fuerza componente del idioma. Una de las acepciones de *i* es la de agua, de río. *I-bú*. *i-pupú* significan «manantial»; *bú*. salir, rebosar: *pupú*. hervir. *I-cang*. arroyo ó río de caudal escaso: *cang*. seco, enjuto. *I-pau*. isla: *pau*, cosa intermedia, intervalo. *I-ña*, chorro de agua: *ña*, lista ó faja de arriba abajo. *I-ciri*, agua corriente: *ciri*, correr. *I-rura*, avenida: *ru*, *ruri*, traer. *Ama-nde-i*, agua llovediza: *ama*, nube: *nd*, nexo eufónico. *I-ey*, sin agua: *ey*, sin. *I-guaba*, vaso: *haba*, verbal de presente que denota lugar, instrumento, etc. *I-guara*. bebedor de agua: *hara*, forma de participio activo, por eufonía *guara*. *I-ñe-mombia*, río manso (*mombi*, atar; *ñemombi*, atarse), río que se sujeta y no se sale de madre. *I-yuqui*, agua salada; *yuqui*, sal. *I-porú*, diluvio: *porú*, comedor de carne humana, de hombre. *I-tacú*. agua caliente; *i-racú*, calor de agua; *i-tacú-yú*, agua tibia; *yu*, tibio; *tacú*, calor. *I-tacú-pupú*, agua hirviendo, agua caliente hasta hervir: hervir, *pupú*. *I-timbó*, vapor de río: *timbó*, humareda, polvo. *I-tú*, salto de agua; *i-tú-guazú* ó *i-ti-guazú*. cascada: *tu*, salto, golpe; *guazú*, grande, ancho.

No sería fácil agotar la materia. Sin dar la significacion de las voces unidas á la *i* pongo á continuacion otros muchos compuestos: *i-embó*. arroyo; *i-apó*. pantano; *i-camambú*, ampollas de agua; *i-capi*, rocío; *i-ciricaba*, aguaducho; *i-ezacang*. río claro; *i-iere*. remolino; *i-mbiazá*. barra ó boca de río; *i-ñezú*. aguas muertas; *i-pembi*, las ramas con que se ataja los ríos; *i-piaho*, camino que á ellos conduce; *i-pigua*, ensenada; *i-pité*, golfo; *i-rapé*. canal; *i-iqua*, pozo; *i-riapira*, nacimiento de río; *i-riru*, cántaro; *i-ripyti*, agua turbia; *i-roi*,, agua fría; *i-tipiuu*, cieno; *i-u*. bebida de agua; *i-uehi*, sed; *i-upá*. laguna, et-

cétera. Véase ahora las composiciones de nombre y verbo. *A-i-á.* beber; *a-i-tiquicà.* beber á tragos; *ambo-i-à.* dar á beber: *a-i-piahó.* ir por agua; *a-i-picuì.* agitar ó revolver el agua; *a-i-mopá.* azotarla; *a-i-piyará.* coger agua del centro ó de lo hondo del río; *a-i-yará.* coger agua con la mano: *i-ahei.* estar sediento; *amboacu-i.* calentar agua; *i-rii.* bajar el río; etc., etc.

Todos estos nombres y verbos tienen por base, como se acaba de ver. la voz *i* en uno solo de sus significados: calcúlese el número de compuestos á que han de dar orígen las solas cinco vocales. La voz *a* cuenta once acepciones; la *e.* doce; la *i.* once: la *o.* cinco; la *u.* cuatro.

Es aquí de notar: 1.° que no hay voz relativa al agua que al principio. en medio ó al fin de diccion no lleve el nombre y no despierte por lo tanto la idea de este líquido. cosa que, siendo como es general, permitiría fácilmente distribuir por series los vocábulos todos del idioma y enseñarlo por un sistema racional y lógico; 2.° que por una parte la eufonía y por otra los signos de relacion y de reciprocidad alteran ya algun tanto, como dije, las voces compuestas, algunas de las cuales sufren, además, ya pérdida, ya aumento de letras.

Sucede esto mucho más en la lengua de los nahuas. Los cambios son aquí mayores y están sujetos á reglas. Daré algunas, aunque con la concision que me sea posible. Los nombres acabados en *tl. tli* ó *lli* pierden de ordinario esas terminaciones cuando ocupan el primer lugar en las voces compuestas.—*Tletl.* fuego; *xochitl* ó *xuchitl.* rosa; *tlexuchitl.* rosa de fuego. brasa. *Calli.* casa: *chihua.* hacer; *calchchihua.* hacer una casa. *Tototl.* gallina; *tetl.* piedra; *totolhtetl.* piedra de gallina, huevo.—En las composiciones de sustantivo y adjetivo siguen los sustantivos la misma regla: pero cambian tambien los adjetivos.—*Atl.* agua: *chipahuac.* limpio: *achipactli.* agua limpia.—Cuando los nombres concluyen por otras letras que las ya dichas, suelen no variar, pero á veces varían.—*Tlatzcan.* ciprés; *poloa.* destruir; *tlatzcapoloa* destruir un ciprés, derribarlo. Los numerales en composicion varían tambien á veces; pero en mi juicio por motivos meramente eufónicos.—Guardo dos, *ni-tla-ome-pia:* pongo dos, *ni-tla-on-tlalia.* (*Ome* es dos).

La mayor dificultad consiste en la composicion de dos verbos. No se unen aquí los verbos por sus infinitivos sinó por sus tiempos de indicativo. En unas composiciones va el primer verbo, que suele ser el principal, en pretérito y el segundo en la segunda persona de presente; en otras va el segundo en tercera persona de presente, y el primero en pluscuamperfecto. Ocurre lo primero cuando el segundo verbo es *icah.* estar, *icac.* estar en pié, *onoc.* estar echado, *mani.* estar tendido, *nemi.* andar, *yauh.* ir, *uitz.* venir, *aci.* llegar, *ehua.* partir, *quisa.* salir ó *huetzi.* caer; lo segundo cuando es *tlamati.* saber ó sentir algo, *celia.* recibir, *ihiyohuia.* padecer, *caqui.* oir. *itta.* ver, *nequi* ó *piquia.* finjirse.—*Tlachia.* mirar; *tlachixticah.* estar mirando. *Cua.* comer; *cuaticac.* estar comiendo en pié. *Cochi.* dormir; *cochtoc.* dormir echado. *Machtia.* en-

señar; *machtilinemi*, ando enseñando. *Cua*, comer; *cualinh*, voy comiendo. *Cualantia*, enojar; *cualantihuitz*, venir enojado. *Cua*, comer; *cualaci*, llegar á comer. *Quetza*, levantarse; *quetztehua*, levantarse y partirse. *Itoa*, decir; *itoliquiz*, decir saliendo, decir de paso, decir inconsideradamente; *itolihuetzi*, decir cayendo, decir de súbito.—*Aci*, alcanzar; *acicamati*, alcanzar á saber. *Paqui*, alegrarse; *paccacelia*, recibir algo alegremente; *paccacaqui*, oir alegremente algo.—*Tlaocoya* ó *tlaocuya*, estar triste; *tlaocuxcaihiyonia*, sufrir ó padecer con tristeza. *Cualani*, enojarse; *cualancaitta*, mirar con enojo. *Miqui*, morir; *miccanequi* ó *miccanenequi*, fingirse muerto. *Cocoa*, estar enfermo; *cocoxcatlapiquia*, fingirse enfermo. *Oquichtli*, hombre; *oquichnenequi*, fingirse hombre.

En la mayor parte de estas composiciones hay ya cambio, ya supresion de letras. En su conjugacion unos verbos exigen, además, el uso de ciertos pronombres y otros el de otros: diferencia que no constituye una de las menores dificultades del idioma.

Las voces compuestas son en nahuatl muchas. Largas ya gran parte de las primitivas, es natural que en él abunden las palabras de gran número de silabas. Las hay más que en el quichua y en las demás lenguas del Mediodía y el Centro, y son tambien más bellas y más sonoras.—Generosamente, *atellazomaquiliztica*: ingratitud, *atellazocamachiliztli*: residuo de la cera, *xicocuitlaocolliyacacolonca*: con falsa religion ó devocion fingida, *iztlacateoyoticanemini*: idolatría, *iztlacatlateotoquiliztli*: largo de diez piés, *matlacxoxpallatamachiuhtli*: apostasia, *netlaneltloquilizcahualiztli*; etc.

En voces largas sólo son comparables con la lengua nahuatl las algonquinas. En lenapi el arrepentimiento es *schiwelendamoritcheragan*: la alabanza, *machélémoachgéuimgussoragan*: la frase «tú eres un esclavo», *gettémakitschitanengussihump*. En Massachusets cólera es *musquanitammnonk*: nuestra cólera, *nummusquanitammaonkqannum*: la frase «y ante él doblo la rodilla» *wutappesittukquissunnurehtunkquoh*. Para la formacion de esas y otras muchas voces, dice Schoolcraft, hay sus reglas; mas esto no obsta para que el orador trasponga y cambie las sílabas segun le convenga como el jugador de ajedrez las piezas del tablero. Por lo que se ve hay para la composicion en esos idiomas mayor libertad que en el nahuatl y el quichua.

Estas, sin embargo, no son las únicas particularidades de las lenguas americanas. Acontece en algunas que para una sola accion hay distintos verbos; tantos como puedan ser los objetos sobre que se la ejerza. En el idioma de los cherokis yo me lavo es *catuwo*: yo me lavo la cabeza, *culestula*; yo lavo la cabeza de otro, *tsestula*; yo me lavo la cara, *cucusquo*; yo lavo la cara á otro, *tsecusquo*; yo me lavo las manos, *tacasula*; yo lavo las manos, á otro, *tatseyasula*; yo me lavo los piés, *tazasula*: yo lavo los piés á otro, *tatseyasula*; yo lavo mi ropa, *tacungkela*: yo lavo la ropa de otro, *tatseyungkela*: yo lavo platos, *tacutega*: yo lavo á un niño, *tseyuwu*; yo lavo carne, *corèla*.

En las lenguas toconoté y lule cambian tambien con frecuencia los verbos, ya segun el objeto sobre que la accion recae, ya segun el que la ejerce, ya segun las circunstancias con que se la verifica.—Arrojar flechas ó piedras, *sponz;* arrojar un palo, *tacponz:* arrojar á un lado, *tacluz:* arrojar hácia arriba, *sluz:* arrojar hacia arriba reiteradamente, *tacupuiz.*—Amontonar, *tacznesz:* amontonar con el pié, *tacuyuz:* amontonar con las manos, *nicuyuz:* amontonar con la pala, *scuyuz:* amontonar las vacas en el rodeo, *tycuyacsz.*—Casarse, *nupyhacauz:* casarse el hombre, *cumuez:* casarse la mujer, *cupez.*—Cavar con azadon, *tecz:* cavar con barreta, *pocz;* cavar con poste, *poocz.*

En la lengua quichua vuelvo á ver la accion de lavar con distintos verbos. *Tajsay*, lavar la ropa; *aytiy*, darle el último lavado, aclararla; *majchiy*, lavar la cara; *mojchiy*, lavar la boca; *llulpuquy*, lavar la cabeza.

En otras lenguas lo que cambia son los numerales. En la nahuatl por ejemplo la numeracion general es *ce*, uno; *ome*, dos; *yei*, tres; *nahui*, cuatro; etc. Para la de piedras. gallinas, cacao, tamales, huevos, vasijas, casas, etc., se dice, sin embargo, *centetl*, *ontetl*, *etetl*. *nauhtetl*, etc.: para la de renglones, surcos, paredes ó filas ya de personas, ya de objetos, *cempantli*, *ompantli*, *epantli*, *nappantli:* para la de cacles, cajetas. papel, trojes y objetos apareados ó hechos montones, *centlamantli*, *ontlamantli*, *etlamantli*, *nauhtlamantli*.

En la lengua quiché varian aún más los numerales. *Hun*, *cab* ó *caib*, *ox* ú *oxib*, *cah* ó *cahib* son en quiché uno, dos, tres, cuatro. Cuando se quiere contar períodos, palabras ó discursos, se los convierte en *hupah*, *capah*, *oxpah*, *cahpah:* cuando hileras ó cosas hechas sartales, en *hurabah*, *carabah*, *oxrabah*, *cahrabah:* cuando pares, en *huqulah*, *caqulah*. *oxqulah*, *cahqulah:* cuando puños, en *humog* ó *huntep*, *camogah*, *oxtep*, *cahmog:* cuando gotas, en *hutzuh*, *catzuh*, *oxtzuh ha*, *cahtzuh ah:* cuando migajas. tragos ó cucharadas, en *hubig*, *cabig*, *oxbig*, *cahlig:* etc., etc. Tienen aquí los numerales nada menos que treinta formas distintas.

En la lengua moxa varian tambien los numerales. *Etona*. un hombre; *etobe*, un anzuelo: *etomo*. una camisa: *etoo*, un animal cualquiera; *etono*, un plátano; *etope*, una herramienta; *etoqui*, un árbol; *etose*, una pluma; *etosi*, una olla; *etoa*, un huevo; *etoe*, una vez; *etoi*, un ave.

Para nosotros muchas de estas y las otras finales carecen hoy de sentido, mas yo sospecho que un día todas lo tuvieron. En moxo el *be* de *etobe* es la sílaba final de *emirobe*, que significa anzuelo; el *si* de *etosi*, la final de *merusi*, que significa olla: el *qui* de *etoqui*, la final de *yucuqui*. que significa árbol, etc. En nahualt el *tetl* de *centetl* equivale á piedra, huevo: el *pantli* de *cempantli* á bandera, pared, línea, hilera: el *tlamantli* de *centlamantli* á cosa. En quiché el *tzuh* de *hutzuh* corresponde á gota. Cuando tal sucede, ¿será tan desatinado suponer que todas estas distintas formas no fueron en un principio sinó voces compuestas de los numerales primitivos y nombres ya enteros ya contractos?

Otra particularidad observo en algunas lenguas americanas y es la extremada distincion que en ellas se hace de las relaciones y los grados de parentesco. En la toconoté hay nada menos que cincuenta y siete determinaciones de parentesco y diez y seis de afinidad: entre todas más de setenta. Entre ellas figuran las siguientes: *rezu*, tío, hermano de padre, y *turep*, tío, hermano de madre: *malahs*, tía, hermana mayor de madre. *macaz*, tía, hermana menor de madre y *corés*, tía, hermana de padre; *cuelá*, hijo de padre, *cuecueli*, hija de padre, y *cuep*. hijo ó hija de madre; *yaz*, hermano. *yagquepsz*, hermano carnal, *curep*, el hermano menor respecto de la hermana mayor, *naquel*, el hermano mayor respecto de la hermana menor: *ilehesygquep*, hermana mayor carnal de varon y hembra, *meluygquep*, hermana menor carnal de hembra respecto de su hermana mayor carnal, *ileph*, hermana mayor de hembra, y *melup*, hermana menor.

En la lengua quichua hay distinciones parecidas. *Machu*, abuelo: *paya*, abuela; *mama*, madre; *yaya*, padre; *churi* y *ususi* hijo é hija del padre: *huahua*- hijo ó hija de la madre; *huauqui*, *wawki*, hermano de hermano; *ñaña*, hermana de hermana; *pana*, hermana de hermano; *tura*, hermano de hermana; *yaya wawki*, tío, hermano de padre; *mama ñaña*, tía; hermana de madre. Sigue la distincion indefinidamente y llega tambien á los afines.

A causa de esto el padre y la madre quichuas llaman de distinto modo á sus hijos y los hermanos y las hermanas á sus hermanos. *¡Chuziy! ¡ususiy!* exclama el padre cuando quiere decir ¡hijo mío! ¡hija mía!: y *¡huahuay!*, la madre. *¡Panay!* exclama el hermano cuando quiere decir, ¡hermana mía!; y *¡ñanay!* la hermana. En cambio la hermana dice *¡turay!* cuando quiere exclamar ¡hermano mío!

Esto me lleva como por la mano á escribir de otra particularidad de las lenguas americanas que ha dado mucho que pensar á los lingüistas. En esa misma lengua toconoté de que hace poco hablaba se nota ya que las mujeres usan interjecciones que no salen nunca de boca de varon. El hombre que se admira ó se espanta de algo *¡tei attá!* dice; y la mujer *¡itqueto!* ó *¡raá areitomá!* Siente la mujer lástima ó ternura y prorumpe en *¡raá lopticareip!*: y el hombre en *¡tei lopticareip!*

En la lengua tupí se observa lo mismo. *¡Tù! ¡toû! ¡totoî! ¡tuharî! ¡ataî! ¡atataî!* dice el varon que se admira; y *¡heá! ¡heaí! ¡eaí! ¡aeaí!* la hembra. *¡Tutuì!* dice el hombre que desprecia; y *¡eguà!* la mujer. *¡Tutuì!* dice el que se enfada; y *heù* la que quiere mostrar enojo. *¡Hahá!* el que se ríe; y *hehei* la que se ríe.

En la misma lengua quichua hay interjecciones diferentes para los dos sexos. Con *¡ya!* llama el hombre al hombre; con *¡papau!* el hombre á la mujer: con *¡tutuy!* la mujer al hombre; con *ñau ñau* la mujer á la mujer. Con *¡hay. hay! ¡hi, hi!* llora y solloza el varon; y con *¡uyuy! uayuay!* la hembra. Con *¡pacpa!* excita y alienta la mujer; y con *¡asca!* el hombre.

Llega esto á más en la lengua moxa. En la lengua moxa la mujer, cuando

se admira, tampoco dice como los hombres *¡joté!* ni *¡ecobayobahu!* sinó *¡eee!* ó *¡ecobore!* Si ha de expresar «¡oh si yo comiera!» tampoco dirá como los varones *¡ezipa nuniquia!* sinó *¡ezibore nuniquia!* Lo singular es que tiene además para su uso particular pronombres demostrativos. En su boca «ese, aquel» es *eñi* y en la del hombre *ema:* «este,» *ñiquia*, *ñaca*, ó *poniquia*, y en la del hombre *maca:* «ese,» mostrándole, *ñiro* ó *poñiro* y en la del hombre *maro:* «aquel,» tratándose de un ausente, *poñenaqui* ó *poñecani* y en la del hombre *manaqui* ó *macani*. Quiere decir la mujer «su vestido» el vestido de él, y lo traduce, no por *ma-muiria*, sinó por *ñi-muiria*.

La lengua tupí, como hemos ya visto, tiene interjecciones para el varon é interjecciones para la hembra. Hace, además, respecto á los vínculos de parentesco tantas ó más distinciones que la lengua quichua y bajo otros aspectos algunas que creo dignas de especial recuerdo. *Cuñá* (lengua abierta) significa mujer; *tembirecó* (de *arecó*. yo tengo), mujer casada. Lleva tambien la mujer casada el nombre de *tará:* pero éste sólo puede usarlo el marido y sólo en vocativo. Cuando el marido la llama, *¡eyo ta!* le dice; y cuando la mujer á él *¡reì!* Dice el hombre «sí» afirmando y lo traduce por *ta:* lo dice la mujer y lo traduce por *heé*. Dice el hombre «sí» otorgando y lo traduce por *enei* ó *tei:* lo dice la mujer y lo traduce por *eré*. *Tapichá* corresponde á semejante: *chezapichara*, á mi semejante. No pueden usar de esta voz ni la hembra respecto al varon ni el varon respecto á la hembra. *Haice*, pariente, es palabra que sólo puede emplear la mujer con aplicacion á sus deudos varones. *Ahé* corresponde á «fulano:» la mujer jamás lo usa. Podría consignar otras muchas diferencias: pero las más se refieren al cuerpo y á los deleites de la hembra, y no concluiría este trabajo si quisiese apurar el asunto.

Algo de esto se ve aún en lenguas distantes de las que acabo de citar. En el mismo nahuatl se ha visto que «un hombre» es en boca de hembras *ce oquichtli* y en la de varones *ce toquichtin:* y «una mujer» es en boca de varones *ce cihuatl* y en la de hembras *ce cihua*. Tambien allí «mi sobrina» es *nopillo*, mi hermana mayor *nopi* y mi hermano menor ó mi hermana *nicui* sólo para las tías y las hermanas.

Pero hay en este órden cosas mucho más notables. Entre los chiquitos puede casi decirse que hay dos lenguajes: uno masculino y otro femenino. El femenino lo usan las mujeres, que hablen entre sí, que con los hombres, cualquiera que sea el asunto que las ocupe. El masculino lo emplean los varones siempre que hablan ó de otros hombres, ó de las divinidades y los espíritus ó de otros séres que á sus ojos revistan formas viriles. Cuando tratan ó de mujeres, ó de animales, ó de objetos sin vida, se sirven á par de las hembras del lenguaje femenino.

Hay entre los dos lenguajes diferencias puramente léxicas y diferencias gramaticales. Unas y otras son de fácil enseñanza. En el lenguaje masculino em-

piezan por *o* ó por *u* todos los nombres de séres irracionales é inanimados en que sea una *a* la vocal de la sílaba siguiente. Tortuga es en el lenguaje femenino *petas:* perro, *tamokos:* en el masculino *utamokos*, *opetas*. Empiezan en el lenguaje masculino por *i*, excepcion hecha de los nombres de animales, todos los demás, siempre que no vayan con los pronombres afijos. Así leña es en lenguaje femenino *kis* y en el masculino *ikis*. En el lenguaje femenino, segun parece, se suprime de algunas voces la letra inicial aún cuando no sea hija de la prótesis. *Ñoñeys*, dice el varon cuando quiere denotar al hombre; y *oñeis* la hembra.

Son tambien diferentes en los dos lenguajes los nombres de parentesco y aún los de cosas muy en uso. «Mi padre» es para el hombre *iyai;* para la mujer *isupu;* mi madre *ipaki*, *ipapa:* mi hermano, *tsaruki*, *icibausi:* mi maiz, *isozco*, *yakio*. Los nombres de parentesco y aun algunos otros, cuando van con los posesivos, suelen además en el lenguaje masculino llevar interpuesta la sílaba *to*. Su nuera es en el lenguaje femenil *ipakitsos* y en el viril *ipakitso-to-stii*.

Las diferencias gramaticales tienen reglas que haré palpables por ejemplos. Cambia en los dos lenguajes la tercera persona de ambos números: así la de los verbos como la de los sustantivos y preposiciones que llevan ó prefijos ó sufijos pronombres. En los verbos de transicion cambia, no sólo cuando es sugeto, sinó tambien cuando es complemento. Véase cómo. Alimento es *oos:* su alimento (el de él ó ella), en el lenguaje femenino *oos*, en el masculino *oostú;* su alimento (el de ellos ó ellas) en el femenino *omoos*, en el masculino *oosma*. «A falta de» es *u:* á falta de él ó de ella en el lenguaje femenino *ya-u-s*, en el masculino *ya-u-s-tii;* á falta de ellos ó ellas, en el primero *yupa-u-s*, en el segundo, *ya-u-sma*. Atar es *tomoè;* él ata en el lenguaje femenino *itomoèno;* en el masculino *itomoenotii:* ellos atan en el primero *yopitomoèno* y en el segundo *itomoèno-ma;* yo le ato en el primero, *itomoèto:* en el segundo, *itomoê-ka-tii:* yo los ato en el primero *itomoêt-iño;* en el segundo *itomoê-ka-ma*.

En la lengua de los caribes, por fin, hay tambien para los dos sexos diferencias gramaticales y léxicas. Las gramaticales están reducidas al uso de prefijos diversos para las dos primeras personas del singular y la primera del plural de las frases posesivas y diversos afijos para el cambio del verbo afirmativo en negativo; mas las léxicas son en mucho superiores á las de todas las demás lenguas, ya que se extienden á unos cuatrocientos vocábulos. Padre es en caribe *iumán* y ojo *acú:* mi padre, tu padre, nuestro padre, en boca de varon, *i-iumán*, *a-iumán*, *k-iumán;* mi ojo, tu ojo, nuestro ojo, en boca de hombre, *n-acú*, *b-acú*, *u-acú*. Yo me oculto es en boca de los dos sexos *arameton-ti-na;* yo no me oculto, en boca de hombre, *arameton-pa-ti-na;* en boca de mujer, *m-arameton-ti-na*. En la parte léxica difieren ya los pronombres personales. De estos pertenecen al lenguaje de los varones *ao*, *amanle* y *manle* yo, *inara*, él; y al de las mujeres *nukoya*, yo, *bukoya*, tú, *inura*, *ibura* él; y á los dos sexos los once restantes.

Los nombres, los adjetivos, los verbos y los adverbios por decirlo así bilingües difieren aún más que los pronombres. Fiebre es para los varones *ekelen*, para las hembras *ecobiri;* avaro, *amoinbeti*, *akinti;* habitar; *boeken*, *eremata;* bien, *auere*, *inalaki;* padre, *iuman*, *nukuchili;* grande; *ubutonti*, *nairiti;* hacer, *chicabué*, *ateca;* hé aquí, *enni*, *ity;* flauta, *china*, *culura;* hediondo, *amuanchibeti*, *keurreti;* amar, *iboninu*, *kinchi;* ayer, *coñale*, *ulinanca*, etc. etc.

¿Es fácil explicar esa especie de bilingüismo? Es de advertir que de las voces y formas femeniles no usa aquí ni la mujer cuando habla con el hombre, ni el hombre, como no pretenda reproducir textualmente palabras por una mujer proferidas.

Se ha querido dar razon del fenómeno con recordar que los pueblos salvajes procedían con los vencidos exterminando á los varones y reservándose las hembras; y, aunque esto no satisfacía, ha venido á quedar confirmado por recientes estudios de Luciano Adam sobre esa misma lengua de los caribes. A los caribes de las Antillas se los supone generalmente oriundos de los galibis, de quienes se dice que en aquellas islas vencieron á los aruacas: pues bien, Luciano Adam de ciento sesenta voces galibis que pudo identificar con otras tantas caribes encontró ciento diez en el lenguaje propio de los hombres, sólo nueve en el de las mujeres, treinta y seis comunes y cinco dudosas; y de setenta y nueve voces aruacas de que pudo hacer igual identificacion sólo cinco en el lenguaje de los varones, once comunes, tres dudosas y sesenta en el lenguaje de las hembras. Es altamente significativo el hecho; y á mis ojos no lo es menos el que siquiera en un idioma se hallen propias y exclusivas de las mujeres, no ya meras interjecciones ni meros nombres de parentesco, sinó voces para la expresion de toda clase de conceptos: personas, objetos, atributos, actos, circunstancias y accidentes. Sin esto me habría atrevido tal vez á dar otra explicacion del fenómeno; hoy no me atrevo.

Creo ahora inútil esforzarme en desvanecer el error de los que atribuyen á las lenguas americanas carencia total de nombres abstractos. Precisamente es rara la lengua en que no haya reglas para formarlos. Lo ha visto ya el lector cuando hablé de las voces derivadas: podría multiplicar indefinidamente los ejemplos.

Muchas lenguas americanas son hasta ricas en voces. Lo son las algonquinas, lo es la nahuatl, lo es la tupí, lo es la quichua. Sin estas, tienen algunas nombres, verbos y aún adverbios simples que en la nuestra no cabe traducir sinó por muchas palabras. En la ópata, por ejemplo, *tzopo* significa encogerse los nervios; *hida*, yerbas de comer y *rahë* yerbas que no se come; *rai*, beber agua é *hi* beber cualquiera otro líquido; *xitonagua*, saltar ya con un pié, ya con otro; *tzotonogua*, andar saltando con un pié y teniendo levantado el otro, y *tonososokogua*, estar tendido con las rodillas en alto; *taiguadegua*, boca arriba y *kotzipara*, boca abajo, etc. En el mismo idioma hay voces con que expresar los diversos estados por que pasa el maiz desde que germina hasta que produce fruto.

Germinar el maiz es allí *guetzatoa;* empezar á abrir las hojas, *rero;* empezar á tener caña, *homotoa;* granar, *tza;* estar granado, *cachi;* estar maduro, *mao;* endurecerse, *kigo;* quedar pequeña la mazorca, *sode;* quedar prieta, *pitzo.*

Las lenguas americanas, como ve el lector, no son menos dignas de nota en su parte léxica que en sus formas gramaticales.

CXLIX.

Estado intelectual.—Medios gráficos.

Antes del Descubrimiento no había para ninguno de estos idiomas una escritura meramente fonética. Asegura Montesinos que la hubo en el Perú muchos siglos antes del advenimiento de los Incas, mas incurriendo en groseras contradicciones. Ya dice que se la perdió en las guerras civiles que estallaron á la muerte de Titu Yupanqui, ya que la prohibió Pachacútic 7.° bajo duras penas por consejo de los sacerdotes de Illatici Huiracocha y desde entónces no la usó ningun peruano, ya que el Inca Roca dictó varias leyes y las hizo escribir todas en pergaminos. Es de advertir que entre Titu Yupanqui y Pachacutic 7.° pone más de cuatrocientos años, y entre Pachacútic y Roca, á sus ojos el primer Inca, sobre trescientos cincuenta. Ni cuando la Conquista ni después se encontró en parte alguna del Perú rastro de semejante escritura; y tengo para mí que, si la hubiese habido, rastro de ella habrían visto los españoles cuando ménos en los palacios de los reyes.

Precisamente en el Perú existía y era de uso general cuando la invasion de Pizarro otro medio gráfico de muy distinta índole: el quipu, un cordon de lana, generalmente de más de un metro, al que se prendía y del que se colgaba á manera de rapacejos cordoncillos de diversos colores. Constituía el color en esta singular escritura el primer órden de signos ideológicos; así que con frecuencia cambiaba, no sólo en cada uno de los cordoncillos, sinó tambien en cada uno de los hilos de que se componían. A lo largo de los cordoncillos se hacía nudos; y éstos constituían el segundo orden de signos. Variaban de significacion los nudos segun estuviesen más ó ménos lejanos del cordon-tronco, segun formasen ó dejasen de formar grupo, segun el puesto que en el grupo ocupasen y tal vez, tal vez segun la forma que se les diese.

Por poco que el lector reflexione comprenderá de seguro que para la expresion de conceptos no había de ser tan insuficiente el sistema como á primera vista parece. Había de dar mucho de sí la combinacion de los nudos y quizá no ménos la de los colores. Estoy con todo léjos de creer que por los solos quipus conociesen los peruanos, como algunos autores pretenden, su historia, sus leyes, su

dogma, su culto, su ciencia y hasta su poesía. Lo desmienten, además de otros hechos, lo mucho que segun los primitivos historiadores de Indias fiaban los Incas á la tradicion oral y las muchas precauciones que adoptaron para que no se la interrumpiera ni se la falseara.

Servían los quipus decididamente para todo lo que era ó podía ser objeto de numeracion y cuenta. Por ellos llevaba la Administracion una rigorosa estadística de los nacimientos, matrimonios y defunciones que ocurrían en todo el Imperio, de la gente apta y la inepta para los servicios públicos, de los jefes, los oficiales, los soldados y las diversas unidades tácticas de que se componían los ejércitos, de la cuantía, reparto y cobranza de los tributos, de la aplicacion que se les había dado, de las entradas y las salidas de los tambos y los pósitos y de los gastos é ingresos del Tesoro del Cuzco. «No pudiendo creer, escribe Cieza, que por medio tal cupiesen tan exactas cuentas, rogué en Marcavillca al Sr. Guacarapora que me lo demostrase; y él, mandando traer los quipus, me dijo desde luego detalladamente cuánto por su parte se había entregado á los españoles desde que entró Pizarro en el valle de Jauja: cuánto les había dado en oro, en plata, en ropa, en maiz, en llamas, en otros objetos; cosa de que en verdad quedé espantado.»

Sabemos por Garcilaso hasta cómo se usaba de esos quipus. Cuando los cordoncillos, dice, eran de diversos colores, se asentaba el oro en los amarillos, la plata en los blancos, la gente de guerra en los rojos; cuando de un mismo color, se ordenaba en ellos las cosas segun la importancia que las unas respecto á las otras tenían. Si se trataba, por ejemplo, de armas, destinábase el primer cordoncillo á las lanzas, el segundo á los dardos, el tercero á los arcos, etc.; si de vecinos de una localidad, el primero á los hombres de más de sesenta años, el segundo á los que pasaban de cincuenta, el tercero á los que habían cumplido los cuarenta... el último á los niños de pecho. Los nudos, añade, hacían el oficio de números: los inferiores indicaban las unidades; los superiores inmediatos, las decenas; los que los seguían, las centenas; y así sucesivamente. Los nudos de cada orden de unidades formaban grupo; los de unidades distintas estaban separados los unos de los otros. Llegábase raras veces á las centenas de millar.

Sabía Garcilaso descifrar los quipus, y es aquí por lo tanto digno del mayor crédito. Por él cabe decidir hasta qué punto lo es Cieza cuando asegura que esos quipus daban tambien razon de cosas acaecidas muchos años ántes. Los quipus servían efectivamente, segun Garcilaso, para recordar sucesos y aún leyes; mas sólo para recordarlos. Eran en casos tales pura mnemotecnia. «Por los nudos, por los hilos, por sus colores y con el favor de los cuentos y de la poesía, dice este autor, se conservaba la tradicion de los hechos, las leyes, las ordenanzas, los ritos, y las ceremonias, y este era el modo de escribir que tuvieron los Incas en su república. Cada hilo y cada nudo, añade, traía algo á la memoria de aquellos hombres de igual modo que aquí el solo número de cualquiera de los

mandamientos de la ley de Dios nos trae á la nuestra el mandamiento mismo.»

No habrían permitido ni tanto los quipus, si no hubieran estado, como estuvieron, á cargo de oficiales (*qipu-kamayoq*) que tenían por tarea casi exclusiva componerlos y descifrarlos. Entre esos oficiales los había que llevaban aneja á su empleo la delicada mision de mantener y trasmitir los conocimientos adquiridos: parte por el afan de conseguir tan noble objeto y parte por el hábito era natural que fuesen dando al sistema cada vez más precision y más alcance.

Los quipus, á lo que parece, no fueron privativos de los peruanos. Se cree que los usaron en Quito los puruas mucho ántes de perder su independencia y en Méjico los nahuas mucho ántes de conocer y adoptar la escritura jeroglífica. Verdaderos quipus dice Boturini que encontró en el país de los tlaxcaltecas. Entre los nahuas, segun Clavigero, se les daba el nombre de *nepohualtzitzin*. Se dice tambien si en el Canadá los hubo desde remotos siglos.

En el mismo Perú y sobre todo en Quito se asegura que había además contadores, unas cajas de madera ó de barro divididas en cajetines, donde con pedrezuelas de diversos tamaños y colores se llevaba cuentas y tal vez se recordara tambien acontecimientos. Wiener al fin de su libro *Perú y Bolivia* nos da el diseño de uno que se encontró en Chucana. Desgraciadamente ni él ni autor alguno que yo conozca indican la manera de usarlos.

Fué mucho más comun en América la pintura simbólica. Del Ecuador al Norte se halla con frecuencia toscamente dibujadas en altas rocas imágenes de orígen y significacion desconocidas por los mismos indígenas. Al Sur se las ve formando una larga y apénas interrumpida cadena desde el río Rupunuri, el Esequibo y la cordillera de Pacaraima hasta las márgenes del Orinoco y las del Yupura. Las hay allí en toda la vastísima planicie que cierran el mismo Orinoco, el Casiquiari, el Río Negro y el Atabapo; las hay tambien en los altos de Colombia, en la misma cuenca superior del Magdalena. Me he convencido, escribía ya Schomburgk á Humboldt, de que estas rocas van desde los grados 7° 10′ de latitud Sur hasta el 1° 40′ de latitud Norte y desde los 57° 30′ hasta los 66° 30″ de longitud Oeste á partir del meridiano de Greenwich.

Entre estas rocas de la América del Sur las de más nombre son las de Tepu-Merema, á pocas millas de Encaramada, las del salto de Waraputa, la de Timeri y las de Pandi. En las más se ve gigantescas figuras de caimanes, de boas, de jaguares, de escorpiones; en muchas, mal trazados dibujos del sol y la luna; en otras, bárbaros remedos de nuestra efigie; en algunas, las de Pandi por ejemplo, líneas geométricas y aun labores que recuerdan los caractéres del alfabeto de Landa. En esas de Pandi la pintura es toda de color de sangre y con tan pronunciados contornos, que tienen de grueso de dos á cinco milímetros; en otras, están grabadas las imágenes.

Quien haya podido labrar esas rocas no se aventura nadie á decirlo. Se las encuentra en lugares donde no hay memoria de pueblo alguno. Que no se las

grabó ni se las pintó por vano capricho lo revela de otra parte un hecho significativo. En las riberas del Orinoco, entre Encaramada y Caycara las hay con figuras en puntos sólo accesibles por muy altos andamiajes. Es muy de presumir que fueran todos aquellos dibujos símbolos de creencias ó de sucesos para generaciones y razas de que ya no queda recuerdo.

En la América Central continúa ese género de rocas. Una hay en Caldera de quince piés de altura y diez y seis de diámetro que lleva hondamente grabadas en su parte superior y en los lados curvas y círculos concéntricos y en la cara anterior figuras fantásticas, representaciones del sol y la luna, y multitud de cabezas; otras hay en los alrededores del lago Nijapa, donde entre muchos objetos pintados figura la mano roja de los mayas y la serpiente con plumas de los nahuas. A cuarenta piés de elevación sobre el nivel del lago está la serpiente.

Abundan tambien esas rocas en la América del Norte. Las hay en Veracruz, en las márgenes del Gila, en Arizona, en Nueva Méjico, en Utah, en la Columbia Inglesa. Aquí en muchas cree uno distinguir ya verdaderas inscripciones. Menos monstruosas las imágenes y algo mejor distribuidas, algo más correcto el dibujo, algo más fáciles de reconocer los objetos que se ha escogido por expresion ó símbolo de ideas ó hechos, se llega á creer aquí posible que un día se descifre lo hoy indescifrable. Verdad es que en algunas rocas, tales como las de Utah no se puede ménos de reconocer la mano de hombres que alcanzaron los tiempos de la Conquista, ya que entre los séres esculpidos está el caballo.

Tal vez los diseños no sean meramente simbólicos en todos esos peñascos. Los de la célebre roca de Dighton, que se atribuye á los escandinavos y se considera generalmente como figurativos, no difieren, por ejemplo, de los que hay en las rocas del Gila. Sobre que los pueblos, principalmente en su infancia, más tienden á figurar que á simbolizar los hechos. Del iroqués sabemos que, cuando salia á campaña, en el desnudo tronco de un árbol, generalmente un roble, pintaba de rojo una ó más canoas, el tótem del pueblo contra que se dirigía y el de los expedicionarios; y á su regreso, como hubiese salido vencedor, en el mismo ó en otro roble pintaba de blanco las mismas canoas vuelta la proa á su fortaleza y de negro tantos escalpes como enemigos habia dejado fuera de combate y tantas manillas como prisioneros llevaba. Tambien del delawar se dice que consignaba en troncos de árboles las cabelleras arrancadas por su mano.

La pintura figurativa era y es todavía comun á muchos pueblos salvajes del Norte. Fué además la base de la escritura jeroglífica de los nahuas.

A muy encontradas opiniones ha dado orígen esta rara escritura, aun hoy objeto de largos estudios. Quien le atribuye mucha importancia, quien poca; quien la considera fácil de descifrar y quien indescifrable. Vea el lector los elementos de que se componía y júzguela por sí mismo.

La escritura nahua era simbólica, figurativa y fonética. Tenía símbolos para

multitud de ideas. Teníalos en su cronología para cada uno de los días del mes, para cada uno de los meses del año, para los años de las indicciones y para los ciclos. Para los ciclos, por ejemplo, la gavilla, el manojo de yerbas. Teníalos en su numeracion para la unidad, para la veintena y para el cuadrado y el cubo de veinte: para la unidad el punto, para el veinte la bandera, para el cuatrocientos la pluma, para el ocho mil la bolsa. Teníalos tambien para la tierra, el agua, la lluvia, el rocío, el aire, el fuego, la flor, la piedra, el sol, la luna, las estrellas, la casa, el pueblo, el camino, el movimiento, el habla, el mando. Teníalos finalmente para sus misterios y ritus religiosos; éstos, los más difíciles de comprender porque eran el secreto de los sacerdotes.

Expresaba de otra parte por medio de imágenes todo lo que de imágen era susceptible: los acontecimientos históricos, las fiestas, las ceremonias, las costumbres, las cosas objeto de litigio, los castigos que la ley infligía á los delincuentes y el padre á los hijos, las artes que se ejercía en la república, los tributos que cada pueblo debía satisfacer ó satisfacía y áun las creencias sobre los trastornos y las revoluciones de la tierra. Como se proponía más escribir que pintar, no siempre reproducía los objetos tales como se los presentaba la naturaleza: propendía á irlos simplificando hasta dejarlos reducidos á meras indicaciones y aún á formas convencionales.

Reservaba casi exclusivamente los signos fonéticos para los nombres propios. Descomponía estos nombres en sílabas y las traducía por figuras de objetos cuyas voces significativas las contuvieran, si no podía traducirlos por la de un solo objeto. Descomponía, por ejemplo, *Chapultepec* en *chapul* y *tepec* y pintaba sobre la figura de un monte, *tepetl*, la de una langosta ó saltamontes, *chapulin:* descomponía *Tepalecooc* en *te*, *pal*, *e*, *co*, y *oc* y pintaba unos labios *te-ntli*, un trozo de barro negro, *pa-lli*, una judía, *e*, *etl*, una olla, *co-mitl*, y el símbolo de camino, *o-tli*. Escribía en cambio *Pantitlan* por la sola figura de una bandera, *pantli*, bien sobre el símbolo de pueblo, bien dentro de un círculo. Seguía aquí en el fondo el procedimiento hoy aplicado á los geroglíficos que para distracción de sus lectores publican ciertos periódicos.

Es ahora de observar que en esta parte de la escritura nahua ni siempre se descomponía de igual modo los nombres, ni siempre se les ajustaba por el mismo sistema los de los objetos pintados, ni siempre se disponía por el mismo orden las figuras. En el nombre *Chapultepec*, segun hemos visto, la figura correspondiente á *chapul* estaba arriba y la correspondiente á *tepec* abajo; en *Tepalecooc* la figura correspondiente á la primera sílaba abajo y la correspondiente á la última arriba. En el nombre *Itz-cohuatl*, que se representaba por la figura de una serpiente, *cohuatl*, y por la de puntas de obsidiana, *itztli* ó *iztli*, las puntas de obsidiana iban clavadas en la serpiente. En el nombre *Tlecohuatl*, que se traducía tambien por la figura de una serpiente, *cohuatl*, y por el símbolo del fuego, *tletl*, el símbolo del fuego estaba á la derecha y la figura de la serpiente

á la izquierda. En el nombre *Tlailotlaca*, por fin, que se expresaba por la figura de unos] dientes, *tlantli*, y el símbolo de camino, *otli*, dentro de este símbolo iban los dientes.

Los nombres propios, como demuestran los mismos ejemplos hasta aquí aducidos, ya se los descomponía sílaba por sílaba, ya por grupos de sílabas; y los de los objetos pintados, ya se los entraba tambien en la descripcion de los propios por una sola sílaba, ya por muchas. Acontecía con frecuencia que para la expresion de un mismo nombre se empleaba sistemas diversos. Para el de *Itzcohuatl*, que era el de uno de los reyes aztecas, ya servían, por ejemplo, las puntas de obsidiana *iztli* y la serpiente *cohuatl*, ya las mismas puntas de obsidiana, *iztli*, la olla *co-mitl* y el símbolo del agua, *atl* en aquel idioma.

Así las cosas, repito lo que dije en el párrafo tercero de este mismo epílogo. Esa escritura era deficiente y apénas pasaba de ser mnemocténica. Fonéticamente dudo que por ella fuese posible la lectura íntegra de una sola palabra. El lector había de poner siempre algo de lo suyo para que lo escrito dijese lo que su autor se había propuesto. Las terminaciones carecían muchas veces de signo. Debíase á cada paso aumentar, suprimir ó trasformar letras, cuando no sílabas. Ayudaba la escritura la tradicion, pero necesitaba á su vez de que la tradicion la ayudara.

No se arguya con lo que refieren el Padre las Casas y otros autores sobre la facilidad con que los mejicanos leían en sus libros. El hábito suple en primer lugar la deficiencia de medios mucho más imperfectos, como se ha visto en los peruanos respecto á los quipus. Los libros eran además de corto número de páginas y apénas contenían sinó indicaciones. Precisamente estos libros son por otro lado lo que más acusa la insuficiencia del medio.

El libro nahua no era como el nuestro un conjunto de hojas sueltas, sinó una hoja larga de papel escrita por los dos lados, plegada á modo de las que hoy reproducen en fotografía las obras del canal de Suez ó extensos campos de batalla y unida por los dos extremos á tablas de madera. Doblado y cerrado, se parecía á los de Europa; abierto, resultaba completamente distinto. Era generalmente de fibras de maguey con una ligera capa de barniz ó yeso y estaba pintado con variedad de colores, de ordinario brillantes y vivos, cada uno de los cuales es de presumir que tuviera su significacion simbólica. De corta extension y de nada reducida escritura, no se necesita de esfuerzos de reflexion para comprender que nunca había de abarcar muchas ideas ni bajar á muchos detalles. Contienen algunos, segun se cree, toda la peregrinacion de los aztecas y otros nada menos que la creacion y las revoluciones geológicas: dejo á juicio del lector si podría haber en ellos algo más que apuntes.

En esos libros y en los demás manuscritos estaban casi siempre unidas y combinadas las tres clases de escritura. Fíjese un momento el lector en la lámina que dimos con el título de «cuadro histórico geroglífico», y lo verá plenamente

comprobado. En el número 1 se ve un lago y en él un monte, un árbol, una ave: todo esto es puramente figurativo. A la derecha del lago hay un manojo de yerbas y de la boca del pájaro sale multitud de vírgulas: esto es ya simbólico. El haz de yerbas es el símbolo del ciclo; y las vírgulas, el del habla y el canto. Esto significa ó por lo menos puede significar que el hecho de que se trata ocurrió al comenzar de un ciclo y el ave cantó ó habló á los muchos hombres que le están escuchando. Del número 2 al 3 se ve á esos hombres sobre una estrecha faja de color cobrizo que serpentea por todo el cuadro, y en esa faja á trechos unas líneas y unos puntos negros. Esto es tambien simbólico. La faja es el símbolo del camino; y las líneas y los puntos negros, el de la marcha. En movimiento ya los hombres, véase como cada uno lleva un signo sobre la cabeza. Estos signos son fonéticos y dicen á no dudarlo el nombre de cada personaje ó el de cada una de las tribus ó los pueblos que cada personaje representa. Tengo para mí que dice el de los caudillos porque entre las figuras distingo en la anotada con la letra *b* á Tenoch, ya que sobre su cabeza hay el símbolo de la piedra *te-tl* y la pintura del nopal, *noch-tli*. Los signos fonéticos abundan. Los hay sobre las dos cabezas del lago, á la derecha del templo del número 3, en los números del 4 al 49. Se trata realmente de una peregrinacion y se expresa por signos fonéticos el nombre de cada uno de los puntos en que los peregrinos hicieron alto. Los signos aparecen de ordinario sobre el símbolo de poblacion, que el lector hallará á cada paso repetido, una como campana. Es fácil leer algunos. En el número 7 dentro del símbolo de poblacion hay la boca de una cueva. Cueva es en nahuatl *oztotl:* el geroglífico dice *Oztotl-an*. *An* es una de las terminaciones de localidad. En el número 26 vuelve á observarse la boca de una cueva dentro del símbolo de poblacion y encima de este símbolo siete puntos. Siete es *chicome;* cueva, *oztotl:* los dos geroglíficos dicen *Chicom-oztoc*. En el número 12 sobre el mismo símbolo de poblacion se ve el de piedra y sobre el de piedra unas ramas de zapote. Piedra es *tetl;* zapote, *zapotl:* los dos geroglíficos dicen *Tet-zapotl-an*.

En esa escritura nahua lo figurativo se iba sin duda haciendo simbólico y lo simbólico fonético. Es no obstante muy dudoso que por ese camino se hubiese jamás llegado á la verdadera escritura.

Los mayas tenían tambien sus geroglíficos. Teníanlos, no sólo pintados sobre papel, sinó tambien pintados ó esculpidos en las grandiosas páginas de sus monumentos. Disponían los pintados sobre papel en libros como los de los nahuas y los esculpidos ó pintados sobre los edificios en hileras de cuadrados ó cuadrilongos de regularidad notable. ¡Lástima que no nos hayan dejado medio de leer siquiera en las ruinas de sus palacios! Tal vez por estos solos geroglíficos cupiese rasgar el velo que cubre la misteriosa vida de la antigua América.

Hubo un momento en que se creyó haberlo conseguido. Vió un día Brasseur de Bourbourg en la Academia de la Historia de esta villa el manuscrito del

Padre Landa, *Relacion de las cosas de Yucatan;* y como en él diera con un alfabeto del que, segun este autor, se servían los mayas cuando querían consignar sus pensamientos, *¡Eureka!* gritó; hemos encontrado la clave con que descifrar el enigma. Desgraciadamente vino pronto el desengaño: ni una sola palabra pudo leerse con aquel alfabeto ni en las paredes ni en los libros de aquel pueblo. El desencanto ha sido tal, que hay ya en los Estados Unidos quien califica el abecedario de Landa de superchería española.

La calificacion es injusta. Dió Landa, no sólo un alfabeto, sinó tambien toda una serie de signos cronológicos y éstos se los encuentra allí lo mismo en los monumentos que en los libros. Si verdaderos resultan los unos, verdadero hubo de ser el otro, ya que todos los recogió de los indígenas. Sobre que ni es de presumir que recurriera al embuste hombre de su condicion y de su clase ni se acierta á descubrir el motivo por que había de suponer la existencia de un abecedario.

Nó, la obra de Landa es digna de crédito y merecedora de la estimacion de los doctos. Recientemente la ha reproducido el Sr. Rada y Delgado purgándola de los vicios y errores con que la publicó Brasseur, y es de desear que se la lea detenidamente sobre todo en la parte que al alfabeto maya hace referencia.

«Usaban tambien esta gente, dice, de ciertos caractéres ó letras con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias y *con ellas y figuras y algunas señales en las figuras entendían sus cosas y las daban á entender y enseñaban*. Hallámosles grande número de libros de estas sus letras..... De sus letras porné aquí un A. B. C., que no permite su pesadumbre más, porque usan para todas las aspiraciones de las letras de un carácter y despues al juntar de las partes otro, y así vienen á hacer *in infinitum*..... Tambien lo escriben á partes..... De las letras que aquí faltan carece esta lengua.»

Basta fijarse en estas líneas para comprender: 1.° que Landa no creyó ni se propuso dar en su abecedario los medios de leer los manuscritos mayas; 2.° que omitió á sabiendas las figuras y las señales sin las que en su juicio era imposible interpretarlos; 3.° que ni aún con el auxilio de estas señales y figuras pretendió que cupiese leerlos, pues se limitó á decir que por ellas y por las letras ó caractéres se entendía y se daba á entender las cosas; 4.° que aún del uso de los que llama caractéres ó letras escribió tan vaga é incompletamente, que no hay quien pueda comprenderlo; 5.° que por lo que de su explicacion se desprende había entre los mayas abecedario y silabario, es decir unos signos para las letras y otros para las sílabas ó lo que es lo mismo unos para los sonidos simples y otros para los compuestos; 6.° que se empleaba indistintamente los unos ó los otros, y de ordinario al usar los primeros se les añadía y pegaba los segundos; 7.° que, pues del silabario no trascribió Landa en su *Relacion* sinó cinco ó seis signos, cuando estos debían ser muchísimos más que los del abece-

dario, distó de dejar los datos suficientes para ni siquiera descifrar los libros y las inscripciones de aquel pueblo.

Algunas de las llamadas letras ó caractéres son, por otra parte, evidentes abreviaciones de signos que debieron de ser en otro tiempo figurativos y en días posteriores pudieron ser fonéticos á la manera de los geroglíficos que acabamos de ver entre los nahuas. Puesto que en los libros hieráticos que de los mayas nos quedan no vemos los caractéres de Landa ¿sería tan aventurado suponer que estos constituyeran una especie de escritura demótica?

A pesar de lo dicho se empeñó Brasseur en leer los manuscritos mayas. Al efecto multiplicó extraordinariamente los signos del alfabeto Landa, les dió multitud de sentidos, hizo otro tanto con los meramente cronológicos, fijó *ad libitum* la significacion de los que tomó por símbolos y grupos; y, ya que se hubo forjado el sistema de interpretacion que mejor le plugo ó mejor respondía á sus hipótesis, leyó el Códice Troano como si en él hubiera encontrado el más claro de nuestros libros. No vió en todo él, como dije al principio de este epílogo, sinó la descripcion de las terribles convulsiones por que pasó la tierra, y no logró sinó excitar la sonrisa en los labios de los que antes le miraban con respeto.

Rosny ha emprendido recientemente la misma tarea. Hasta ahora con tan poco éxito, que apenas ha podido darnos sinó la traduccion de corto número de símbolos y signos fonéticos y casi convencerse y convencernos de que se ha de leer de izquierda á derecha aquellos raros códices.

La tarea no es por cierto fácil. Salvo el de Dresde, no se abre un libro maya que no se crea ver un impenetrable logogrifo. La profusion de signos cronológicos y numéricos que hay en casi todas sus páginas, la extravagancia de las figuras y lo bárbaro del dibujo, lo repetidas que están algunas imágenes, todo llena de confusion el ánimo. A mis ojos todo es simbolismo: y, si algun día se ha de poder descifrarlo, ha de ser más por la mitología y el culto de aquel pueblo que por el exámen analítico de las pinturas.

Los símbolos mayas que hoy por hoy se conoce son muchos menos que los de los nahuas. Sabemos los de los días y los de los meses porque nos los dió el mismo Landa. Sobre los de la numeracion ocurren ya dudas. Admitiendo que los puntos representen unidades y las líneas ó barras quinquenas (permítaseme la palabra), sería aventurado decidir si los puntos cambian ó nó de valor ó de significacion segun estén encima, debajo, á la derecha ó á la izquierda de las líneas. En el *Códice Troano* que tengo á la vista observo toda esta variedad en la relativa colocacion de los puntos. Observo más y es que en una misma notacion hay puntos encima y debajo de las barras y aquellos son de un color y estos de otro. Son tambien no pocas veces los que están á los lados de distinto color que los de encima ó debajo. ¿Era esto hijo del capricho? No me parece creible en manuscritos donde se ve claro que no se buscaba ni la variedad ni la

belleza. Para mí el color modificaba indudablemente el sentido de las figuras; y se me hace difícil creer que no influyeran ni el color ni la posicion respectiva en el de los signos numéricos. Fuera de estos signos y los cronológicos ó cíclicos apenas cabe determinar con certeza sinó el de la marcha del hombre, casi igual al que para la indicacion del mismo movimiento tenían los aztecas. Los signos *ah* y *ma* de que escribe Rosni no son ideográficos ó simbólicos sinó fonéticos.

A pesar del alfabeto de Landa, forzoso es decirlo, no se está hoy más adelantado en la lectura de los códices mayas que en la de los nahuas. La culpa es toda nuestra. Ese mismo Landa que nos dejó el alfabeto pudo darnos muy bien el silabario y aún trasmitirnos gran número de manuscritos con la traduccion maya de modo que no cupiera dudar ni de la significacion ni del valor de cada signo. Pudo hacer otro tanto cualquiera de nuestros primitivos escritores de Indias con los códices nahuas, y uno y otro ahorrarnos dificultades que tal vez no se logre jamás vencer y esfuerzos que tal vez sean siempre estériles. So pretexto de que estos códices mantenían la supersticion y retardaban los progresos del cristianismo, mandó Zumarraga, primer obispo de Méjico, quemarlos todos en vez de procurar que se los estudiase y descifrase, é hizo con esto un daño que no le podrán nunca perdonar ni la ciencia ni la historia. Contribuyó ese mismo Landa á tan salvaje quema.

Son muy contados los manuscritos que de uno y otro pueblos han sobrevivido. De los códices mayas, conocidos con el nombre de *analtés*, no quedan sinó el Pereziano, el de Dresde y el Troano, del que se asegura no sin motivo ser continuacion el que se conserva en el Museo Arqueológico de esta Corte. De los nahuas nos quedan algunos más; y otros muchos más tendríamos, si se hubiese conservado íntegra la coleccion que á mediados del siglo último hizo con no pocos esfuerzos y sacrificios el infeliz Boturini. Los más notables están afortunadamente reproducidos en la obra monumental de Lord Kinsborough, *Antiquities of Mexico*, donde tambien lo está el de Dresde. Allí cabe examinar los de la coleccion de Mendoza, el Telleriano Remense, los dos del Vaticano, el de Bolonia, el de Berlin, el de Viena, el del museo Borgia, el de Fejervary, uno de los que recogió Boturini y tres de los que coleccionó Tomás Bodley. Méjico ha publicado tambien algunos de los que tiene en su museo y es de esperar que prosiga en tan noble empresa. Reproducidos por otra parte fotográficamente el Pereziano y cromo-litográficamente el Troano, falta sólo que nos decidamos nosotros, el pueblo más incurioso de la tierra, á dar á luz el del Museo Arqueológico. Ya que más no podamos, evitemos siquiera el peligro de que desaparezcan esos preciosos vestigios de antiguas civilizaciones. Son de poco interés para el arte, mas de grande interés para la historia. Para el arte ¿cómo habrían de valer si el que los pintaba se proponía hablar al entendimiento y no al corazon ni los sentidos? El simbolismo sacerdotal fué, además, en todos los pueblos enemigo del arte. El arte no aparece allí sinó en el códice de Dresde y en ciertos

detalles de algunos de los nahuas. En dibujo el de Dresde no parece sinó que dista de los demás buen número de siglos.

Escritura geroglífica la hubo, segun parece, en otros pueblos. Lafitau y La Hontan dicen de los iroqueses y los hurones que pintaban geroglíficos sobre madera é indicaban los nombres propios por el mismo procedimiento de los nahuas. De los virginios se asegura que en grandes ruedas de sesenta rayos representaban por medio de caracteres simbólicos los acontecimientos de sesenta años. Escribe Lederer que en una de esas ingeniosas ruedas vió señalado el arribo de los europeos por un cisne que despedía llamas. De uno de los pueblos de Nicaragua se sabe que hacía uso de los mismos medios gráficos que los aztecas. En la misma América Meridional llegó á ser conocida esa clase de escritura. El Padre Gilbar, segun refiere Humboldt, la halló entre los indios panos allá en las riberas del Ucayale, algo al Norte de la embocadura del Sarayacu. Vió allí á un viejo que, sentado al pié de un árbol, explicaba á multitud de jóvenes la significacion de figuras pintadas en libros, que tenían por hojas telas de algodon y por cubierta hojas de palmera pegadas las unas á las otras.

Entre los algonquines y otros pueblos del Norte está aún en uso la pictografía. De ella nos ha dado Schoolcraft numerosos ejemplos y recientemente Brinton al publicar en su libro «*El Lenapi y sus leyendas*» el texto y los símbolos del *Walam Olum*. Por estos símbolos se acaba de confirmar que lo que principalmente se busca en la escritura pintada es una mnemotecnia. Los iroqueses hasta la buscaron en sus sartas de *wampum*.

CL.

Estado intelectual.—Literatura.

En pueblos donde tantas eran la escasez y la imperfeccion de los medios gráficos sobradamente comprenderá el lector que no pudieron quedar grandes vestigios de su vida literaria. Algo se ha recogido, no obstante, de la tradicion oral que merece consignarse.

Distinguiéronse en la antigua América por sus dotes oratorias al Sur los araucanos, al Norte los iroqueses. Peroraban y peroran aún los jefes araucanos con variedad de tonos y palabra firme y segura: despiertan con facilidad en sus oyentes ya el amor, ya el odio, ya la compasión, ya la cólera. Daban y dan aún gran colorido á sus arengas por el frecuente uso de tropos y figuras, y se esfuerzan como los que más por que su lenguaje sea puro y su estilo enérgico. Hasta como ineptos para el mando eran tenidos los que no reunían al valor la elocuencia. Los súbditos no eran menos retóricos. Que pidiesen la mano de una vírgen, que asis-

tiesen á los funerales de un deudo, que fuesen á pelear ó peleasen, pronunciaban largos y pomposos discursos. Desgraciadamente no dispongo de ninguna de estas oraciones.

Solían los iroqueses hablar de pié, erguido el cuerpo, fiera la mirada, revuelto el manto al hombro, desnudo el brazo, solemne el tono y adecuado á la palabra el gesto. Eran afluentes, pulcros y amigos de metáforas como los araucanos; mucho más ordenados y concisos y un tanto irónicos. Procuraban de ordinario componer sus arengas de modo que agradasen, moviesen el corazon, se imprimiesen en la memoria del que los oyera y no lastimasen el oido de la mujer más púdica. Peroratas suyas anteriores á la Conquista no sé que las haya, pero sí posteriores. Entresacaré de algunas dos ó tres párrafos á fin de que el lector forme idea de la oratoria de aquellos hombres.

«Corlear, decía en 1684 el jefe de los onondagas al enviado de Dorgan, Onon-thio (el francés) me adoptó por hijo: como hijo me trató en Montreal y como hijo me dió el traje que visto. Juntos plantamos allí el árbol de la paz, y juntos lo pusimos en Onondaga, á donde envia siempre sus mensajeros. Hacían ya otro tanto sus antecesores y ni á ellos ni á nosotros nos pesa. Tengo dos brazos: extiendo el uno sobre Montreal para sostener el árbol que allí plantamos, el otro sobre la cabeza de Corlear (el inglés), que es hace tiempo mi hermano. Corlear es mi hermano y Ononthio mi padre, mas sólo porque quiero. Ni el uno ni el otro son mis señores: del creador del mundo recibí la tierra que ocupo. Soy libre. Respeto á los dos; pero no reconozco en ninguno el derecho de mandarme. No lo tiene tampoco ninguno de los dos para quejarse de que yo procure por todos los medios posibles evitar la guerra. Tomose mi padre (Ononthio) el trabajo de venir á mi puerta y siempre me hizo proposiciones razonables. Voy á verle: no puedo diferirlo más tiempo.»

Con no menos arrogancia habló despues Garrangula al francés, á Ononthio. «Cuando abandonaste los bosques de Quebec, le decía, debiste sin duda creer que el Sol había abrasado los bosques por donde se os hizo siempre inaccesible nuestra comarca ó habían salido de madre los lagos y nos impedían bajar á combatiros. Sí, Ononthio, algo parecido debiste concebir en tus sueños: sólo tu curiosidad por ver tanta maravilla ha podido traerte adonde estamos. Debes ahora comprender tu yerro, ya que nos tienes á tu presencia y podemos asegurarte que viven aún los mohawks, los senecas, los onondagas, los cayugas y los oneidas.

»En nombre de estos valientes guerreros te doy las gracias por haberles traido la pipa que tu antecesor recibió de sus manos. Habría sido mejor para tí que hubieses dejado so la tierra esa hacha mortífera, tantas veces teñida en sangre francesa..... Sábete que ya nuestras mujeres habían descolgado sus clavas y nuestros ancianos y niños habrían llevado al corazon de tu campo sus flechas, si no los hubiesen detenido nuestros héroes cuando vino tu mensajero.

»Oye ahora y ten presentes mis palabras. Nosotros no expoliamos sinó á los franceses, que proporcionan fusiles, pólvora y balas á los twightwis y á los chictaghis. Pueden estas armas traernos la muerte, y seguimos el ejemplo de los jesuitas, que hacen pedazos las barricas de ron que se pretende introducir en nuestros fuertes por temor de que, ébrios, no se las estrellemos en la cabeza... Entramos nosotros á los ingleses en nuestros lagos para que comerciasen con los otawas y los cuatoghis, y los adirondaks entraron á los franceses en nuestros castillos para facilitarles un tráfico que Inglaterra tiene por suyo. Nacimos libres y no dependemos ni de Corlear ni de Ononthio. Podemos ir adonde nos plazca, llevar con nosotros á quien queramos y comprar y vender lo que se nos antoje... Nosotros no somos esclavos de nadie.

»Oye, Ononthio: lo que te hablo lo hablan las cinco naciones... Dicen los mohawks, los senecas, los cayugas, los onondagas y los oneidas que cuando á presencia de tu antecesor sepultaron el hacha en el fuerte de Cadaracui, plantaron allí mismo el árbol de la paz y quisieron que se lo conservara cuidadosamente para que fuese cita de mercaderes el que había sido hasta entonces abrigo de soldados y fuese feria de castores y otros artículos de comercio lo que siempre había sido plaza de armas y municiones de guerra... Sería de sentir que después de haber echado tan fácilmente raíces el árbol que allí pusimos detuvieras su crecimiento é impidieras que cubriese tu país y el nuestro con sus frondosas ramas. En nombre de las cinco naciones puedo asegurarte y te aseguro que danzarán nuestros héroes bajo sus hojas, fumarán la pipa de la paz, se mantendrán quietos en sus petates y no desenterrarán su hacha de guerra ínterin Corlear y Ononthio no intenten, juntos ó separados, invadir la tierra que de manos del Grande Espíritu recibieron sus padres. Confirma este cinturon de wampum mis palabras y estotro la autoridad de que me revistieron las cinco naciones.»

«Sobrinos, decía Canassatego en 1744 á los delawares, vuestra causa es injusta y vuestro corazon protervo. Intentais romper los lazos que nos unen con Onas y sus gentes. ¿Cómo os atreveis á vender ahora las tierras que hace años vendisteis...? Nos habeis contado no sé qué oscura historia. No sólo en esto, en todo obrais con malicia. En cuanto se refiere á nuestros hermanos sois todo oidos para la calumnia. La acogeis con no ménos ansia que acogen las mujeres disolutas los besos de sus licenciosos amantes. Os intimo por todas estas razones que dejéis al punto la tierra: ni tiempo os doy para pensarlo. Sois mujeres: tomad el consejo de un hombre cuerdo y levantad inmediatamente el campo. Volved al otro lado del Delaware, donde un tiempo estuvisteis. Quizá ni allí os permitan vivir segun estais degradados... Os doy á escoger entre el Wyoming y el Shamokin. Adonde quiera que vayais observaremos vuestra conducta. No discutais, marchaos y tomad este cinturon... Tenemos ahora otros negocios que resolver con nuestros hermanos: salid de la asamblea y rumiad nuestras palabras.»

En la misma América del Norte había otro pueblo muy dado á la oratoria: el pueblo azteca, que tenía por decirlo así estereotipados sendos discursos para todos los actos solemnes de la vida social y política. Era este pueblo en todas sus oraciones tan blando, artificioso y difuso, como el iroqués en las suyas conciso, varonil y enérgico. Lo entrevimos ya en sus plegarias, y lo veremos ahora claramente en sus arengas, de las que no haré tampoco sinó entresacar párrafos.

Al que se acababa de elegir rey se le decía por boca de uno de los sacerdotes: «Oh Señor nuestro humanísimo, piadosísimo, amantísimo y más de estimar que las piedras preciosas y las plumas ricas, nuestro soberano dios por muerte de vuestros mayores os ha hecho señor de este pueblo. Murió para no volver el que ántes nos regía y gobernaba, y léjos de esconder por pereza las manos y los piés debajo de la manta, no perdonó diligencia en bien de nosotros. Vos sois ahora el que ha de llevar la pesadumbre del Reino, vos el que ha de poner las espaldas debajo de tan enorme carga. En vuestros brazos pone ahora Dios el oficio de regir á las gentes populares, que son antojadizas y soberbias. Vos durante algunos años las habreis de mantener y regalar como á niños en la cuna; os las habreis de poner en el regazo y halagarlas y hacerles el són para que duerman.

»¡Oh señor nuestro serenísimo y preciosísimo! Determinado está en el cielo y el infierno. A tí te cupo esta suerte; á tí te señaló y te eligió nuestro dios soberano. ¿Podrás por ventura esconderte ó ausentarte? ¿podrás escabullirte ó hurtar el cuerpo á la sentencia? ¿En qué estimas entónces á tu Dios? ¿en qué á los hombres que te eligieron, señores principales é ilustres? ¿en qué á los reyes que por inspiracion divina te designaron? Oh Señor nuestro, esforzaos y animaos y arrimad el hombro á la carga. ¿Quién sabe si durará por algun tiempo ú os atajará la muerte y será vuestra eleccion corto y vano sueño?

»Ved no seais desagradecido teniendo en poco este beneficio de Dios, porque él que ve todo lo oculto os castigará como mejor le pareciere; quizá permitiendo que haya discordias y alborotos en el Reino para que seais menospreciado y abatido, tal vez enviándoos otros reyes que os ódien, os den guerra y os humillen, acaso afligiendo á vuestros súbditos con hambres y pestes. ¿Qué hareis si en vuestros días se destruye el pueblo y se convierte vuestro resplandor en tinieblas? ¿qué si se desolare en vuestros días el Reino? ¿qué si por acaso viniere sobre vos la muerte ántes de tiempo y sin dároslo para apoderaros del Reino os aniquilare y os pusiere Dios bajo sus plantas? ¿qué si de súbito enviare ejércitos de enemigos?»

Refería luego el orador los deberes que el cargo de rey lleva consigo y terminaba diciendo: «¡Oh felicísimo Señor, serenísimo Rey, persona preciosísima! considerad que vais de camino y hay lugares fragosos y llenos de peligros por donde habeis de pasar tranquilo y contento. Tienen las dignidades y los señoríos barrancos y resbaladeros, sendas en que abundan y están los unos sobre los otros los lazos, pozos ocultos bajo la yerba con el fondo erizado de estacas

agudas en que se clave el que caiga. Conviene que sin cesar gimais, suspireis y volvais á Dios los ojos, y no durmais nunca á sueño tendido, ni os deis á mujeres, para todo varon enfermedad y muerte. Conviéneos, Señor, dar vuelcos en la cama, y estar pensando en las cosas de vuestro oficio, y dormir soñando con los negocios del Estado, sobre todo con los mantenimientos. No penseis, no, que el estrado real y el trono sean deleitosos y placenteros; no son sinó de gran trabajo y mucha penitencia. Mas no quiero daros pena ni enojo: harto os los habrán dado los defectos en que he incurrido y las veces que he tropezado, resbalado y aun caido durante esta plática.»

La doy aquí sumamente extractada y reducida. En Sahagun es una larga serie de amplificaciones. Véase ahora por vía de ejemplo trozos de la que el Rey dirigía á sus vasallos. «Oid con atencion todos los que estais aquí presentes; vosotros los que teneis á vuestro cargo regir pueblos de quienes habeis de ser padres y madres, vosotros los nobles y los generosos que habeis aquí venido sin ejercer autoridad en la República, vosotros los que valientes y esforzados como águilas y tigres entendeis en el ejercicio de las armas, y vosotras, mujeres egregias, á quienes deseo paz y ventura. Como sabeis todos, se me ha elegido señor vuestro por voluntad divina. Tal vez por no saber desempeñar el cargo me lo quite prontamente Dios y lo dé á varon más apto. En tanto que lo tenga, aunque defectuosa y groseramente y no sin ofensa del Señor, haré cuanto deba para el buen régimen del Reino. ¡Oh miserable de mí! ¡hombre sin ventura! á nuestro Señor Dios ¡qué de veces no le he ofendido! Tambien á los que ántes de mí gobernaron la nacion y fueron para toda ella luz, espejo y doctrina. Llevaron ellos siempre en su mano grandes hachas de clarísima luz con que alumbraban á todos: fueron prudentísimos, sapientísimos y animosísimos. No dióles Dios ni el saber, ni el corazon ni la volubilidad de los niños; los hizo poderosos y valientes para castigo de los malos y defensa del Reino. Con sucederles yo ¿qué podré hacer sinó avergonzarlos y afrentarlos?»

Despues de esa especie de exordio, movía principalmente el Rey á sus vasallos á que huyeran de la embriaguez y estuvieran dispuestos á la guerra. «Lo que primeramente os encargo, decía, es que no bebais *octli* porque es como beleño que saca de juicio al hombre. Es el *octli* raiz y principio de todo mal; y él y la embriaguez, la causa de toda discordia y de todos los desasosiegos y revueltas de los pueblos. Es como torbellino que todo lo revuelve y desbarata; es como tempestad del infierno que trae consigo todos los males juntos. De él nacen los adulterios, los estupros, la corrupcion de vírgenes, los incestos; de él los hurtos, los robos y todas las violencias; de él las murmuraciones, las injurias, las voces, la gritería, las luchas; de él la soberbia y el menosprecio del ajeno valer y la humildad ajena.

»Con nadie tiene paz el borracho. De su boca no salen nunca sinó voces destempladas que turban el sosiego de la república..... Es calumniador, mentiroso,

sembrador de discordias, hombre de dos caras y dos lenguas, víbora de dos cabezas que por uno y otro lado muerde. No está jamás alegre, ántes llega á llorar de triste. Hurta y carece de todo: nada medra en su casa y todo es allí pobreza y mala ventura. Por esto los reyes y señores que ántes de mí vinieron mataron á muchos ya ahogándolos con sogas, ya quebrándoles en losas la cabeza. Yo, siguiéndolos, os encargo y ordeno ahora que mozos y viejos dejeis del todo el *octli* y toda bebida que embriague, si no quereis acarrearos la afrenta y la muerte. Cuando no os vea yo, os verá Dios y hará que os castigueis por vuestras propias manos, y cuando de puro ébrios os echeis en el camino ó la calle ó andeis á gatas, presos sereis de la justicia y duramente castigados con infamia vuestra y de vuestros antepasados.»

Daba aquí el Rey cien vueltas al mismo pensamiento y luego decía: «Lo que habeis de buscar y desear son los lugares señalados para la guerra, el Tehuatempan y el Tlachinoltempan, donde nacen, viven y andan los padres y madres del Sol, el Tlacatecatl y el Tlacochcalcatl, que tienen á su cargo dar de beber y de comer al Sol y la Tierra con la sangre y la carne de los enemigos. Estos son los que han por lujo y gala la rodela y las armas, y se hacen merecedores de las orejeras ricas, de los bezotes preciosos, de las borlas de la cabeza, de las ajorcas de los brazos y de los cueros jaldes de las pantorrillas. Allí es donde se gana las cuentas de oro y las valiosas plumas, el señorío que Dios reserva á los que se baten animosos contra los infieles, las flores y las cañas de humo, la bebida y la comida regaladas, los maxtlis y las mantas ricas y la reverencia y el acatamiento que se da á la valentía.

»Notad bien que presumís de hombres, y hombres son los hoy grandes y famosos por sus altos hechos, hombres con sangre, corazon, huesos y carne como los vuestros, hombres que recibieron del mismo Dios el espíritu que en vosotros vive y el cuerpo que lo encierra. ¿Creeis acaso que tienen de madera ó de pedernal el corazon y el cuerpo? Cual vosotros lloran y se entristecen porque tambien aman los placeres. Mas, recios de corazon, se hacen fuerza por ser santos y virtuosos: combaten el sueño, se levantan á media noche, llaman llorando á Dios, oran, piden, importunan y alcanzan el favor de ser valerosos, y vencer en la guerra, y ser tenidos por soldados, y ganar riquezas, deleites, regalos, prez y fama.»

Seguía luego una larga excitacion á la guerra y un caluroso ruego á los que ejercían cargos para que corrigieran sus defectos y purificaran sus corazones. Sin tanta amplificacion es indudable que estos discursos, literariamente considerados, serían dignos de encomio, aun no teniendo grande energía. Son en su fondo y áun en su forma poéticos: abundan tambien en tropos y figuras. A las figuras y los tropos eran sumamente aficionados aquellos hombres. Ese mismo rey nuevamente electo, despues de ungido por los sacerdotes suplicaba á Tezcatlipoca que le infundiera su espíritu y su palabra ya que le había hecho «espaldar de su silla, boca de su boca, oido de su oido, diente de sus dientes, uña

de sus uñas, rostro de su rostro y cuerpo de su cuerpo.» Cortaba la partera el ombligo al varon y le decía: «esta no es tu casa sinó tu posada; tu tierra es el campo de batalla» y á la mujer «has de vivir en tu casa como el corazon en el cuerpo; has de ser la ceniza con que se cubra el fuego de tus lares; has de ser las trébedes en que descanse la olla.» Aun en sus discursos morales usaban con frecuencia de este lenguaje. «Prematuros, leo en una de esas oraciones, agotan los deleites las fuentes de la vida. Desmédrase el maguey si le sacan la miel antes que crezca.»

De oratoria nada más puedo escribir con alguna certeza. Diré ahora de las tradiciones empezando por las religiosas. En las últimas líneas del anterior párrafo cito el *Walam Olum*, que por las investigaciones de Brinton parece ser, contra las dudas y las sospechas de algunos autores, obra de los aborígenes. El *Walam Olum* es por decirlo así la Biblia de los lenapis. Véase de pronto sus primeros versículos. «Al principio en aquel lugar de todo tiempo sobre la tierra=sobre la tierra (había) una dilatada niebla y allí estaba el Gran Manito. =Al principio, de siempre, perdido por el espacio, en todas partes el Gran Manito estaba.=Hizo la vasta tierra y el firmamento.=Hizo el sol, la luna, las estrellas.= Los hizo mover por igual á todos.=Sopló entonces con violencia el viento, y se aclaró el cielo, y corrió con furia el agua;=y grupos de islas surgieron por vez primera y allí permanecieron.=Por primera vez habló el Gran Manito, un manito para los manitos=para los séres, los mortales, las almas, todos=y desde entónces fué manito para los hombres y abuelo de los hombres. =Dió la primera madre, la madre de los séres.=Dió los peces, dió las tortugas, dió las bestias, dió los pájaros.=Pero un mal Manito hizo séres malos, mónstruos;=hizo las moscas, hizo los mosquitos.=Todos los séres eran entónces buenos.=Verdaderamente los manitos eran activos y blandos=para aquellos hombres y aquellas primitivas madres. Trajéronles esposas=y trajéronles víveres en cuanto lo desearon.=Todos tenían joviales relaciones, todos tenían tiempo de sobra, todos pensaban alegremente.=Pero vino muy secretamente á la tierra un sér malo, un poderoso mágico=y consigo trajo ruindad, discordia, desventura;=trajo mal tiempo, trajo enfermedad, trajo muerte.=Todo esto ocurrió antiguamente en la tierra, más allá del período de las grandes aguas, en un principio.

»Largo tiempo despues había una serpiente poderosa y séres malos para los hombres.=Esta poderosa serpiente aborrecía á los allí moradores (é) inquietaba grandemente á los que aborrecía.=Ambos se ofendían, ambos se injuriaban el uno al otro; ni el uno ni el otro vivían en paz.=Arrojados de sus casas pelearon ellos con este asesino.=Decididamente la poderosa culebra resolvió dañar á los hombres.=Trajo tres personas, trajo un mónstruo, trajo impetuosas aguas.= Disparáronse y enjugáronse las aguas entre las colinas saltando, saltando y destruyendo y destruyendo.=Nanabush, el Blanco Fuerte (Manabozo), abuelo de

séres, abuelo de hombres, estaba en la isla de la Tortuga.=Allí estaba paseando y creando despues de haber pasado por la tortuga y creádola.=Salen todos, séres y hombres, y llevados por las olas y las someras aguas van á la isla de la Tortuga corriente abajo.=Había allí muchos peces monstruosos que se los comían.=Vino la hija de Manito y los amparó á todos en su canoa, á todos á medida que fueron llegando.=(Tambien) á Nanabozo, á Nanabozo, el abuelo de todos, el abuelo de los séres, el abuelo de los hombres, el abuelo de la tortuga.=Estaban entónces juntos los hombres en la tortuga á manera de tortugas.=Espantados en la tortuga, sobre la tortuga rogaron que se les devolviese lo que se les había arrebatado.=Corrieron y huyeron las aguas, secóse la tierra, sosegáronse los lagos, quedó todo en silencio y la poderosa serpiente desapareció.»

Compárese ahora estas líneas con las siguientes del *Popol-Vuh*, la Biblia de los quichés, ya conocida de los lectores. «Esta es la primera palabra y el primer discurso. No había aún hombres, animales, pájaros, peces, cangrejos, palo, piedra, hoyo, barranco, yerba ni monte: no había sinó el cielo.=No estaba aún patente la haz de la tierra; sólo lo estaba todo el espacio de los cielos y la mar tranquila.=No había aún cosa alguna que formase cuerpo, ni que con otra estuviese, ni que se moviese ni produjese el menor ruído.=Nada había en pié; había sólo el agua inmóvil y la mar represada dentro de sus lindes.=No existía aún nada; todo estaba quieto y silencioso en las tinieblas, en la noche. Sólo había en el agua como luz creciente el Creador, el Formador, el Dominador, la Serpiente cubierta de plumas, los que engendran y los que dan el sér, los padres y las madres.=Vestidos están de verde y azul: así tienen *Gucumatz* por nombre. Grandes sábios son y de grande entendimiento. Existe el cielo y en él está Dios, el Corazon del Cielo.

»Vino aquí entónces su palabra con Tepeu y Gucumatz en la oscuridad y en la noche, y con Tepeu y Gucumatz habló.=Consultáronse, meditaron, se comprendieron, se declararon y se comunicaron sus pensamientos.=En tanto que se consultaban se hizo día, y al rayar de la aurora pareció el hombre. Pareció mientras tenían consejo sobre el nacer y el crecer de los bosques y las lianas y sobre la naturaleza de la vida y la humanidad hechas en la oscuridad y las tinieblas por el Corazon del Cielo, que lleva por nombre Hurakan.=De este Hurakan el primer (signo) es el relámpago; el segundo el surcar del relámpago; el tercero, el rayo que hiere (Cakulla Hurakan, Chipi Cakulla y Raxa Cakulla), los tres del Corazon del Cielo.=Vinieron con Tepeu y Gucumatz y hubo consejo sobre la creacion y la vida: sobre cómo se había de hacer las siembras, sobre cómo se había de crear la luz y sobre quién había de ser el sosten y el alimento (de los dioses).=Hágase así, se dijo. Retírense las aguas y dejen en descubierto la tierra á fin de que se afirme y fecunde y el día brille en la tierra y el cielo. De cuanto hemos creado y formado no hemos de recibir honor ni gloria hasta que parezca el hombre.=Así hablaron mientras formaban la tierra. La tierra

verdaderamente fué creada de este modo: ¡Tierra! dijeron; y la tierra se formó. =Como neblina ó nube se formó, cuando parecidos á cangrejos se levantaron sobre el agua los altos cerros.=Sólo por milagro y maravilla pudo hacerse lo resuelto acerca de los montes y los valles: instantáneamente se cubrieron de cipreses y abetos.=Llenóse Gucumatz de alegría (y exclamó): bien venido eres, oh Corazon del Cielo, oh Cakulha Hurakan, oh Chipi Cakulha, oh Raxa Cakulha. =Lo que hemos creado y formado, respondieron, tendrá su perfeccionamiento.= Formóse desde luego la tierra, los montes y los llanos, dividiéronse las aguas y bajaron los arroyos serpenteando entre los cerros. Bajas las aguas parecieron los montes.=De este modo fué creada la tierra cuando la hicieron el Corazon del Cielo y el Corazon de la Tierra, así llamados por haber sido los primeros en fecundarla, suspendidas é inertes como estaban en medio de las aguas la tierra y el cielo.=Así hicieron, y despues pensaron en el modo de perfeccionar la obra »

Ni en ese *Popol-Vuh* ni en el *Walam-Olum* descubrirá de seguro el lector la grandiosidad de estilo que habrá visto así en nuestra Biblia como en los libros sagrados de los indos y los persas. Hay en el *Popol-Vuh* más pretensiones que en el *Walam-Olum;* pero tambien menos sencillez y más desórden. Ni en el uno ni en el otro faltan, con todo, rasgos poéticos. En el *Popol-Vuh* lo es á no dudarlo esa creciente luz de los dioses entre un cielo oscuro y las dormidas aguas, ese Hurakan que tiene por signos de su poder el relámpago que surca los aires y el rayo que mata y esos montes que aparecen como enormes cangrejos sobre aguas que se dividen y serpentean entre los altos cerros. Lo son tambien en el *Walam-Olum* esa lucha entre los genios del bien y el mal representados por Monedo y la Gran Serpiente, ese sucesivo empuje y salto de las aguas que se llevan en sus embravecidas olas á los hombres y esa hija de Monedo que los acoge en su barca y los libra de la tormenta. Por las palabras *pehella pehella*, *pohoka pohoka*, *eshohok eshohok*, *palliton palliton* se pinta en el *Walam* el turbulento curso de las enfurecidas aguas. Sobre todo en el *Popol-Vuh* los rasgos poéticos abundan. Hay allí verdadera poesía en la descripción del diluvio, donde se ve al hombre perseguido y escarnecido por la irritada naturaleza, en las aventuras de Hun-Hun-Ahpú y Vucub-Hun-Ahpú que dejo atrás escritas y en las escenas del Monte Hacavitz, donde los padres de los quichés esperaron en la oscuridad por largo tiempo que apareciese la estrella de la mañana y al verla quemaron incienso, danzaron y vertieron abundantes lágrimas. Es de sentir que el lenguaje no sea tan bello como la idea. Adviértase que hablo aquí de esas producciones sólo bajo el punto de vista literario.

De tradiciones religiosas sueltas he dado ya ejemplos al escribir del politeismo. Voy ahora á darlos de las que acerca de su orígen y el orígen del mundo referían y refieren aún algunos pueblos del Norte. «En los primitivos tiempos, dicen los esquimales tchiglites, vivían un hombre y su hermana. Hermosos

ambos, enamoróse él de ella y quiso hacerla su mujer. Iba siempre á sorprenderla de noche para impedirle que supiese quien la visitaba. Perseguida noche tras noche Maligna sin que pudiera jamás descubrir por lo oscuro de su cabaña quién fuera el desconocido, se ennegreció una vez las manos en el fondo de su lámpara y al abrazarle, sin que él lo notase, le tiznó la cara. Viendo al otro día tiznada la de su propio hermano, comprendió su desventura, exhaló su dolor en gemidos y abandonó para siempre su morada. Loco de amor el incestuoso, dió en seguirla. Ella entónces, sol esplendoroso y radiante, se elevó á los cielos, y él, luna fría con manchas en el rostro, corrió en vano para cogerla. La persecucion dura todavía. Es enemigo de las mujeres Tatkrem Innok y les está por esa razon prohibido salir á la luz de la luna.»

«Al principio del mundo, dicen los dindjiés (los vizcos), vivían solos en la tierra dos hermanos. El pequeño era amigo de andar desnudo. Desnudo iba y venía, entraba y salía. Ocupábase ordinariamente en hacer flechas.—El mayor, que amaba tiernamente al menor, le dijo una noche cuando estaban acostados: quisiera, hermano mío, que me dispararas una de tus flechas al sobaco. Como era de noche, el primogénito estaba tambien desnudo: acababa de desnudarse. Eso no haré yo, hermano mío, respondió el segundo. ¡Ah! replicó el mayor, no quieres, porque tus flechas no pinchan. Harto sabes que nada me harían si me las disparases.—Picado el segundo en su amor propio, asió del arco, lo tendió y mató al hermano atravesándole el pecho. Lloraron los padres y tambien el matador, que de puro desesperado salió de la tienda para nunca más volver. Buscáronle inútilmente los padres; no le encontraron. Despues de esta partida concibió de nuevo la madre y dió á luz otro hijo, que creció y se hizo poderoso.

»Dindjié—tal era su nombre—adulto ya, empezó á cazar y matar animales para su sustento. No cazaba que no se dijese: «muerto uno de mis hermanos, desapareció el otro: ¿qué se habrá hecho? he de encontrarle.» Iba un día á cazar en las riberas del Océano y oyó el chillido del gran somormujo ártico que en él se zabulle. ¿Por qué llora ese pájaro? se preguntó: verá rengíferos y tendrá miedo. Vió efectivamente, pisadas de renos, siguió la pista y llegó á la playa. Halló el mar cubierto de aves acuáticas, y, deseoso de matar algunas, se ocultó y se puso en acecho.

»De repente divisó á lo léjos algo parecido á una cabeza que salía del agua. ¿Qué será aquello? se dijo. Se ocultó de nuevo, y despues de haber esperado mucho tiempo á que el bulto se moviera, distinguió á flor de agua la cabeza de un hombre grande. Cazaba este hombre con el rostro escondido detrás de un manojo de juncos. Se acercaba á los pájaros, los cogía por los piés y los sumergía en el mar ó les retorcía el cuello.

»Recorrió Dindjié la playa en busca de la ropa del cazador, y, ya que la hubo encontrado, se apostó cerca. Salió el cazador del agua cuando había ya cogido

y dado muerte á todas las aves: se fué derecho á sus vestidos y se los puso. Dindjié entónces le salió apresuradamente al encuentro, le estrechó en sus brazos y le dijo: hace tiempo mató un hombre á su hermano primogénito y escapóse: ¿acertarías á ser tú? ¡Ay! exclamó el cazador, yo mismo. Soy tu hermano menor y te iba buscando, repitió Dindjié: ya que he tenido la dicha de hallarte no me separaré jamás de tí. Entristecido el primogénito, ¡ay, hermano mío! repuso, no soy ya como crees hombre vulgar: estoy casado con la mujer invisible y poderosa que no puede sufrir la presencia ni la vista de otros hombres y es de tan sutil olfato que los huele de léjos y los huye; imposible de todo punto que me sigas; vuélvete al lugar de que viniste. Nó, exclamó Dindjié, no lograrás que te deje: quiero ver tambien á la mujer invisible. Dirigiéronse juntos los dos hermanos á la morada del primogénito; y andando dijo el mayor al menor: ten en cuenta, hermano, que tu cuñada es poderosa y terrible: me adelantaré á participarle que te he encontrado y le preguntaré si gusta de que vivas conmigo; habrás de ajustarte á lo que responda.

»Había casado este hombre con dos mujeres soberbias. La una, la verdadera esposa, la que estaba junto á los umbrales, se llamaba *Rdha-ttsegæ*, la mujer-tarde; y la otra, la concubina, la que estaba dentro de la tienda, *Yekkray-ttsegæ*, la mujer-mañana.

»Ya cerca de la casa los dos hermanos, creyó Dindjié sentir que alguien tundía á la puerta. Oía el ir y venir del rascador sobre una piel y notaba que la piel se movía, mas no veía á la tundidora. Entró con su hermano en la tienda, abundantemente provista de carne de venado; y, aunque oyó voces femeniles, tampoco vió á nadie. Ea, mujeres mías, dijo el primogénito, dadnos de que comamos; este es un hermano mío que acabo de encontrar. Alguien tomó pemican excelente, lo puso en limpios platos de madera y lo acercó á los recien venidos. Dindjié no vió tampoco las manos que tal hacían.

»Estaba ántes la esposa, la mujer de la tarde, sentada en el umbral de la puerta. En cuanto concluyeron de comer los dos hermanos, la reemplazó la concubina, la mujer de la mañana, y se hizo de día. Bajó la noche con sus productos de caza, cuando horas despues volvió la concubina á penetrar en la tienda. Hubo entónces nueva comida y tras ella el descanso. Dindjié no vió tampoco mujer alguna junto al primogénito. Hermano mío, le dijo éste, no han muerto aún nuestros padres y deberías volverte á ayudarlos; presumo que no has podido ver todavía á tus cuñadas; mas él, aunque no las he podido ver, repuso, me quiero quedar contigo. Partió en esto la mujer de la tarde y Dindjié la entrevió un poco por la espalda. No alcanzó á verle de pronto sinó el vestido que estaba resplandeciente. Partió á la noche la mujer de la mañana, y Dindjié la vió otro tanto.

»¿Sabes hermano, dijo Dindjié al primogénito, que aunque sólo por la espalda empiezo á ver á tus esposas? No te lo he dicho aún todo, hermano mío, contestó

el primogénito: próximo á morir volé á la luna y allí tomé á mis dos mujeres; como son de la raza lunar y por lo tanto de otra naturaleza que tú, no puedes verlas. Permaneció Dindjié otros dos días y otras dos noches con sus hermanos y llegó á distinguir perfectamente á las dos hembras, blancas como la nieve. Muy satisfechas deben estar de tí, le dijo el primogénito, cuando permiten que las veas.

»Aconteció el encuentro de los dos hermanos en otoño. Vino á todo correr el invierno, y oyó Dindjié de boca de su hermano estas palabras: «Mi suegro, el anciano Luna, el que me concedió en matrimonio dos de sus hijas, me llama de nuevo á su tierra y te da mis dos esposas á condicion de que al volver á tu patria no pases en manera alguna por el hielo. Guárdate de faltar á su órden, pues con esto quiere probarte: marchémonos ahora, hermano. Partió el primogénito para la luna y Dindjié con sus dos consortes para la tierra de sus padres. .

»Llegaron los tres á una cascada producida por cierta angostura en que de los dos lados vertían sus aguas poderosos raudales; y como en este lugar hubiese un corto puentecillo que hacía innecesario atravesar los hielos de los grandes lagos, lo pasó Dindjié el primero, deseoso de cumplir las órdenes del anciano Luna. Vino la noche y observó que no le seguían las dos mujeres. ¿Por qué no me seguirán? se dijo. Retrocedió, volvió á la cascada y á lo léjos distinguió á sus esposas en los hielos del lago. Derritiéronse los hielos con el calor que ellas despedían y las aguas las engulleron.

»Voló Dindjié á la luna, y, aunque no encontró muy satisfecho de su conducta al agoviado suegro, recabó y obtuvo otras dos hijas, en todo parecidas á las primeras. Vuelve á la tierra, le dijo el anciano: te probaré allí de nuevo.

»Una de las dos mujeres, la que solía sentarse á la puerta, se negaba á los deseos de su marido porque le aborrecía. Aspera de condicion y siempre descontenta, ni hacía nada por él, ni le dirigía siquiera la palabra. Desapareció á la aurora, volvió cargada á la noche y no se dignó contestar á Dindjié, que le preguntó de donde venía. Como á la otra mañana volviera á salir, la siguió el marido y la vió entrar desnuda en una negra y corrompida ciénaga. La vió allí puesta de pié con una negra serpiente enroscada al cuerpo y la dejó espantado.

»Al otro día estaban las dos mujeres cada una en el sitio de costumbre. Se ausentó á su vez al caer de la tarde la que amaba á Dindjié; y como éste la siguiera la vió desnuda sobre un lecho de ortegas blancas con multitud de orteguitas que le chupaban los pechos. Guardose Dindjié de decir en su tienda lo que habia visto, pero lo estaba rumiando.

»Algun tiempo despues, mientras estaba el marido haciendo flechas, entraron las dos mujeres y dejó cada una á sus niños debajo de una manta. Los quiero ver, dijo el hombre: y levantando con una flecha una de las dos mantas, vió á

los hijos de la mujer que le trataba con cariño. Eran blancos y hermosos: llevaban atravesados en la nariz cañones de plumas de cisne. Los contempló Dindjié, y sonriendo volvió á cubrirlos. Miró luego los de la mujer mala. Eran hombres-culebras, negros, horribles, con una enorme boca abierta. Lleno de horror, les traspasó Dindjié la garganta con una flecha y los dejó sin vida.

»Vino en esto la mala mujer y montó en terrible cólera. Dindjié calló, salió á caza de liebres, volvió con las que pudo coger en sus lazos y las dió á sus dos mujeres para que se las guisasen. No quiso la mujer mala comerlas, y el marido le dijo: ¡ah! ¿no las quieres porque imaginas que son mis hijos? Las tomó la mujer en silencio, les puso pemican en los oídos y las resucitó hasta el punto de que pudieran escapar y volverse al bosque. ¡Infame! exclamó Dindjié viendo perdido el fruto de su cacería.

»Dindjié, queriendo entonces probarla, se fingió enfermo y se acostó quejándose del vientre. La mala mujer al punto cogió orines y hienda de perro, los mezcló y se los dió á guisa de medicamento. Afortunadamente no pudo con esto envenenarle.

»Así las cosas, se levantó al otro día el campo. Ya que tú sola tienes prole, dijo la mala mujer á su hermana, vete en hora buena con tu esposo; yo no estoy dispuesta á seguiros. Se fué á los pantanos, desapareció y nunca más volvió á parecer en la tierra.

»Tan disgustado estaba ya Dindjié de sus mujeres lunares, que pensó en abandonar áun á la que le quería y regresar á la tienda de sus padres. Llegó á poner en vías de ejecucion su pensamiento, mas no pudo realizarlo. La pobre mujer le seguía á lo lejos; y, aunque nunca le alcanzaba, no se daba nunca por vencida. Acampaba el hombre antes que la mujer llegase, y la mujer llegaba cuando el hombre se había puesto en camino. Así andando, llegó un día la mujer á la orilla de un gran lago, desde la cual pudo ver al otro lado á su marido encendiendo lumbre. Corrió, mas ántes que atravesara el lago, estaba el hombre en marcha. Como luego le sucediera otro tanto, se dijo con el mayor desconsuelo: «está visto que Dindjié se ha propuesto abandonarme; ¿no me había de ver cuando pasé el lago? recurriré á la astucia.»

»A la noche, miéntras estaba acampado Dindjié en la opuesta márgen de otro lago, se propuso alcanzarle rodeándolo á través de los bosques. Lo hizo no sin gran fatiga, y le alcanzó precisamente cuando, ya resuelto á partir, tenía puesta una de sus abarcas y se estaba calzando la otra. ¿Me abandonas? le dijo, ¿quieres irte sin mí? Le asió de las piernas, le abrazó estrechamente las rodillas y le puso en ellas á sus hijos.

»Dindjié entónces se apiadó de tan cariñosa mujer. La volvió á tomar y no la dejó ya en su vida. La mujer de la mañana vino á ser por este medio la verdadera esposa del hombre y la madre de los dindjiés.»

Tomo estas dos singulares leyendas de las que ha publicado recientemente

Emilio Petitot en la *Biblioteca de las Literaturas Populares* con el título de *Tradiciones Indias del Canadá Noroeste*. Podría trascribir otras no menos interesantes, pero no lo permiten la índole ni los límites de la obra. En algunas se da cuerpo y vida á creencias de ultratumba; en otras se refiere los maravillosos hechos atribuídos á la magia; en casi todas se entreteje con hombres y brutos el drama de la vida de los pueblos. En todas es sencillo y bello el lenguaje y amena la narracion aunque un poco tarda. Lo más notable es que los salvajes del Norte tienen tambien sus baladas en prosa, algunas tan poéticas y delicadas como la siguiente:

«Sopla el viento sobre el río Yukron, y mi esposo persigue en los montes Koyukon al rengífero.—Xami, Xami, duerme, pequeño mío.

»No hay leña con que alimentar el fuego. Está rota mi hacha de sílice, y mi marido se llevó la suya. ¿Dónde está el calor del sol? ¡Ay! el sol aguarda oculto en la tienda del gran Castor la venida de la primavera.—Xami, Xami, duerme, pequeño mío, no te despiertes.

»No busques pescado, anciana. Hace ya tiempo que está vacío el vivero y no viene á posarse el cuervo en la alcándara. Desde entonces falta mi marido. ¿Qué hará en el mundo?—Xami, Xami, duerme, hijo mío, tranquilo sueño.

»¿Dónde está el sér que amo? ¿Yacerá hambriento en las faldas del cerro? ¿Por qué tarda tanto? Si no viene pronto, yo misma, yo misma iré á buscarle en el monte.—Xami, Xami, duerme, hijo mío, duerme.

»Ha llegado el cuervo burlando y riendo. Sus mandíbulas están rojas de sangre; sus ojos ¡impostor! chispean de odio. Gracias, dice, por el suculento manjar que me ha proporcionado el farfanton de Kuskokrala. En el monte, en el escarpado monte, oh mujer, yace tranquilamente tu esposo.—Xami, Xami, duerme, duerme, hijo mío, no te despiertes.

»Veinte lenguas de rengífero, añade el cuervo, están juntas y atadas á sus hombros, y en su boca no hay lengua con que llamarte. Lobos, cuervos y zorros se lo disputan y se pelean por un bocado. Correosos y duros están sus nervios. No sucede así, mujer, con el niño que duerme en tu regazo.—Xami, Xami, duerme, hijo mío, sin despertarte.

»Mas por la montaña camina á paso lento el cazador Kuskokrala. Lleva atravesados dos chivos en sus robustos hombros, entre los dos chivos vejigas de manteca y colgadas del cinto veinte lenguas de rengífero. Corre, anciana y recoge leña: mira cuán lejos anda el embustero, el traidor, el engañoso cuervo. —Xami, Xami, despierta dormiloncillo, despierta y llama á tu padre.

»Mira: te trae de la montaña despojos de reno, grasa de tuétanos derretidos y caza gorda y fresca. Rendido de fatiga, ha tallado para tí un juguete en el hasta de un rengífero, miéntras aguardaba impaciente al caribú en las vertientes de las montañas.—Despierta y ve como el cuervo se sustrae á sus flechas. Despierta, pequeñuelo, despierta, que está aquí tu padre.»

Frases más sentidas ni mezcla más acabada de ternura y energía caben difícilmente. ¿No habrán por lo ménos corregido la balada manos cultas? Se la atribuye á esos mismos dindjiés, autores de la anterior leyenda. De pueblos salvajes lo confieso, hallo sólo entre los mosquitos algo comparable. Hay allí una especie de canto de amor, si muy breve, dulce y triste á par de una playera.

«Adorada niña, ando léjos de tí. ¿Cuándo volveremos á reunirnos y errar juntos por la ribera del mar? Siento en mi rostro el blando aliento de las brisas. Oigo el lejano retumbar del melancólico trueno. Veo brillar el relámpago en la cumbre de los montes y bañar de luz los valles. Pero tú estás léjos de mí. Rebosa el corazon de tristeza y pesadumbre. ¡Adios, niña! ¡adios! Sin tí no hay para mí ni calma ni consuelo.»

En los pueblos cultos había tambien sus poetas y se estimaba en mucho la poesía. Cuentan de Netzahualcóyotl, rey de Tezcuco, que perdonó y colmó de favores al encarcelado señor de Otompan por haberle oido una elegia que arrancó lágrimas. Ese mismo Netzahualcóyotl compuso hermosos cantos. «Son las caducas pompas del mundo, decía en uno de ellos, como los verdes sauces, que por mucho que quieran durar perecen porque los consume inesperado fuego, ó los destroza el hacha, ó los derriba el cierzo ó los agobian los años. Como las rosas es la púrpura por su color y su suerte; son bellas ínterin sus castos botones recogen y guardan avaros el rocío que cuaja en ricas perlas la aurora; se marchitan, pierden su hermosura, su lozanía y el encendido color con que agradablemente se ufanaban luego que les dirige el padre de los vivientes el más ligero de sus rayos... Todo tiene en la tierra su término... la tierra toda es un sepulcro... Corren los ríos, los arroyos y las fuentes alejándose incesantemente de los montes en que nacieron; y á medida que se acercan á los dominios de Tlaloc se labran y ahondan las melancólicas urnas en que van á sepultarse. Lo que ayer era no es ya hoy, ni lo de hoy cabe asegurar que mañana subsista. Llenas están las bóvedas de hediondo barro que fué un día cuerpo con alma, hombres que ocuparon tronos, autorizaron doseles, presidieron asambleas, gobernaron ejércitos, conquistaron provincias, poseyeron tesoros, se vieron adorados y estaban envanecidos por su fausto, su poder y su fortuna. Pasaron sus glorias como el polvoroso humo que sale de la boca del Popocatepetl, sin otro recuerdo de su existencia que la tosca piel en que están escritas. ¡Ah! si os introdujera yo en las oscuras galerías de esos panteones y os preguntara por los huesos del poderoso Achalchiuhtl Anextzin, primer caudillo de los toltecas, ó por los de Necaxecmitl, respetuoso adorador de los dioses, ó por los de Xiuhtzal, la emperatriz de incomparable hermosura, ó por los del pacífico Topiltzin, el último rey tolteca, ó por las sagradas cenizas de nuestro padre Xolotl ó por las del munificentísimo Nopal y el generoso Tlotzin ó por los aun calientes carbones de Ixtlilxochitl, mi glorioso aunque infeliz y desventurado padre, ó cualquiera otro de nuestros augustos progenitores ¿qué me responderíais sinó lo que os respondería

yo mismo: *Indipohdi, indipohdi*, nada sé, nada sabemos? Los primeros están confundidos con los últimos, y lo que de ellos fué será de nosotros y los que nos sucedieren. Esforcémonos por ganar el cielo donde todo es eterno y nada se corrompe. El horror del sepulcro es lisonjera cuna para el sol; y las funestas sombras, brillantes luces para los astros. No hay quien pueda alterar esas celestes páginas: como sirven inmediatamente para la grandeza de su autor hacen que veamos hoy nosotros lo mismo que vieron los pasados y verán nuestros últimos descendientes.»

Netzahualcóyotl volvía á menudo sobre el mismo tema. «Lastimoso, decía en otro canto, es recordar el gobierno de aquel viejo y caduco monarca Tezozomoc, que, lleno de ambicion y codicia, se levantó y enseñoreó como el sauce sobre los débiles y los humildes. Prados y flores le ofreció por mucho tiempo la primavera; vino al fin el huracán de la muerte y, encontrándole carcomido y seco, le arrancó de raíz y le derribó hecho pedazos. Más sucedió aún al antiguo rey Cotzastli, de cuya casa y linaje no quedó ni memoria... Gocen ahora de la abundancia y belleza del florido verano las parleras aves, y liben las mariposas el dulce néctar de las fragantes flores: todo es como los ramilletes que pasan de mano en mano y al fin se marchitan y concluyen.»

Elevábase á veces Netzahualcóyotl al rango de los profetas. «Oh rey Yotonkin, decía en otro de sus cantos, despues que hayas dejado por otra la presente vida, vendrá tiempo en que sean vencidos y desgraciados tus súbditos... Tus hijos y tus nietos experimentarán entonces todo género de males y llorando soñarán contigo, porque se verán huérfanos y servirán á extranjeros en su propia patria.» Al consagrarse el templo de Huitzilopochtli en Tezcuco, «en qué año, exclamó, se destruirá el templo que hoy consagramos? ¿quién asistirá á su ruína? ¿serán mis hijos ó los hijos de mis hijos? Perecerá entonces el país, se acabarán los señores, se cortará fuera de sazon el maguey y se hará estéril la tierra; hombres y mujeres se entregarán de mozos á la sensualidad y los vicios y se despojarán los unos á los otros. Sucederán cosas que maravillen: hablarán los pájaros, y vosotros veréis el árbol de la luz y de la vida. Si quereis evitar estos males, educad desde la niñez á vuestros hijos en la virtud y el trabajo.»

Otra poesía se atribuye aún á Netzahualcóyotl que anda traducida en verso castellano y reprodujo Ternaux-Compans en el tomo octavo de sus *Viajes, relaciones y memorias originales para la historia de América*. Mejicana parece y aún del gusto y estilo de este monarca; pero no la reputo suya, primero porque á él va dirigida, luego porque es muy difusa y lánguida y despues porque en ella sufre alteracion notable la idea fundamental de las que dejo trascritas. En esta se dice: «gocemos de la vida ya que la vida es corta, y del placer que nos sale al paso ya que el placer es pasajero;» y en aquellas: «ya que el placer es pasajero y la vida corta, aspiremos á lo que es eterno.»

Creerá tal vez el lector que esas composiciones estaban en verso; y la verdad

es que no falta quien lo afirme. No las he visto en nahuatl y no tengo motivos suficientes ni para asegurarlo ni para negarlo. En otomí publicó el señor Granados y Galvez la que empieza hablando de las caducas pompas del mundo; mas no puedo creer que en otomí la compusiera Netzahualcóyotl. Cuando así fuera, resultaría en prosa. Para suponerlas en verso no hallo sinó razones generales. Entre los nahuas y los mayas y aún en muchos pueblos salvajes es un hecho inconcuso que había la costumbre de cantar así los hechos de los dioses como las hazañas de los héroes. El canto iba no pocas veces acompañado de la música y el baile. Es de presumir que á la letra de los cantos se les diese medida, ritmo; si no el metro tal como nosotros lo usamos y entendemos, cierta combinacion de pausas y cortes. Que quisieran, que no, entiendo que irían á esto los poetas llevados por el compás del baile y de la música.

En el *Walam Olum* se ve clara la tendencia al metro. En capítulos enteros los párrafos no exceden de cierto número de sílabas, y algunos están divididos en versos con rima. En el párrafo diez y seis del capítulo tercero hallo por ejemplo: *Nguttichin lowaniwi—Nguttichin wapaniwi.—Agamunk topanpek—Wulliton epanek:*» Convinieron los del Norte.—Convinieron los del Este.—Sobre el agua, el mar helado—Fueron todos á gozar. Véase ahora los párrafos diez y nueve y veinte del mismo capítulo: *Lowanapi, wapanapi, shawanapi.—Lanewapi, tamakwapi, tumewapi—Elowapi, powatapi, wilawapi.—Okwisapi, danisapi, allumapi=Wemipayat, guneunga shinaking.—Wunkenapi chanelendam payaking.—Allowelendam kowiyey tulpaking:* Los hombres del Norte, del Este, del Sud,—El clan del Aguila, el clan del Castor, el clan del Lobo,—Los hombres mejores, los hombres ricos, los hombres jefes,—Con esposas, con hijas, con perros=Vinieron todos y se establecieron en la tierra de los abetos:—Los del Oeste no sin vacilaciones—Segun estimaban su viejo hogar en la tierra de la tortuga.

En los ritus fúnebres de los iroqueses hallo tambien versos rimados. *Jatthontenyonk—Jatagweniyosaon:* Continúa oyendo—tú que eres jefe. *Etho natejonhne—Sewaterihwakhaonghkwe—Sewarihwisaanoghkwe—Kayanerenhkowah:* Tal fué la tarea de vosotros,—De vosotros que os unisteis para la obra,—De vosotros que la obra completasteis:—La Gran Liga.

No es sin duda esta versificacion lo precisa y atildada que la de nuestros actuales poetas; pero es ya versificacion y recuerda por más de un concepto la de nuestra antigua literatura. Más perfecta quizá no la hubiese entónces sinó en el Perú, donde, á juzgar por el *Ollantay*, había versos de más arte que los de España. No había en el Perú al decir de Garcilaso sinó versos libres; mas nos afirma en lo contrario este drama y aún Garcilaso mismo, segun el cual se asemejaban en su composicion los versos quichuas á nuestras redondillas. En el *Ollantay* los versos libres son escasísimos; los asonantes, pocos; los consonantes, los más, y éstos generalmente van en realidad combinados á la manera que en

la redondilla lo están los nuestros. Las consonancias no son siempre rigorosas, y entre los octosílabos se desliza alguna que otra vez ya un endecasílabo, ya un decasílabo; pero, tomada la versificacion en conjunto, bien cabe decírsela tanto ó más correcta que no lo fué en el siglo XVI la de nuestra patria.

Tiene el verso quichua sobre el nuestro la ventaja de regirse por la cantidad y no por el simple acento, cantidad que en gran parte dependía del cambio de vocales de que escribí en otro párrafo. Segun el Sr. Pacheco Zegarra, á quien se debe el conocimiento de este particular ritmo, predomina en los versos del *Ollantay* el pié troqueo, tanto que de los mil ochocientos doce que lo constituyen no hay docientos que dejen de ser trocaicos. Donde el pié no es troqueo es, segun él, amfíbraco. Lo cierto es que, con ser octosilábicas como las nuestras, tienen las redondillas del *Ollantay* muy distinta cadencia.

Predomina el verso octosílabo en los diálogos del *Ollantay;* pero no predominaba en la poesía lírica. En los cantos que el mismo *Ollantay* contiene se encuentra ya el eptasílabo, ya el decasílabo alternado con el pentasílabo. *Ama piskku miqquichu.—Tuyallay.—Ñustallaypa charanta;—Tuyallay,—Ama hina tukuyahu.—Tuyallay.-Illarina surata:* No conviene que comas, Tuya, en el campo de la Princesa; Tuya, conviene que no consumas todo el maíz de la cosecha... *Millay munaymi. sumaj uyanpi,—Kkoyllur sutinmi;—Pajta pantawaj huhpa kkayllanpi—Rikuy suttinmi:* Fea en amor, bella de rostro, tiene por nombre Estrella; si no la quieres desconocer cuando otra se acerque, mira su brillo. Sólo en uno de esos cantos es octosílabo el verso.

Fuera del *Ollantay* esas canciones abundaban y abundan. Subjetivas, llevaban el nombre de *haravis;* descriptivas, el de *huainos*. Solían aquéllas ser dulces y melancólicas; unas y otras, verdaderamente poéticas. «En la solitaria pampa veíamos á los pajarillos llorando amargamente por las compañeras que se iban á sus nidos. Tan tristemente he de llorarte yo, amor mío, cuando te vayas.»—«Dos enamoradas palomas están sin consuelo. Suspiran, lloran, gimen; cubiertas de nieve, sollozan acurrucadas en el tronco de un árbol sin hojas. De repente se encuentra la una sin su amiga y se queja amargamente porque es la primera vez que se halla sola en el mundo. Creyéndola muerta, exhala su dolor en lastimeras voces. ¿Dónde estás, pregunta, amada mía? ¿qué se hicieron tus dulces ojos, tu encantadora garganta, tu tierno corazon? ¿qué tu boca ardiente? Buscando así á su amante, vaga perdida de roca en roca. Prorrumpe cada vez en más plañideros gritos y sin reparar en cosa alguna, llega á posarse en espinosas zarzas. Pregunta por todas partes qué fué de su amiga. Pierde al fin aliento, vacila, tropieza, cae y muere.»

Floreció en el Perú la poesía lírica y tambien la dramática. Es ya célebre en el mundo el drama titulado *Ollantay*. de que tantas veces dije. Tiene esta composicion como protagonista un famoso guerrero, Ollantay, que se había enamorado y logrado favores y fruto de Kusi-Kkóyllur, hija de Pachacútij. Se decide

el valeroso capitan á pedir al Inca la mano de su amada; y, como no la obtenga, se rebela y se corona en Tambo rey de los Antis. Airado Pachacútij, encierra para siempre á Kusi-Khóyllur en una cueva y envía contra el rebelde un numeroso ejército á las órdenes de Rumi-Ñawi, uno de sus mejores generales. Por de pronto sale vencedor Ollantay: sus bravos montañeses sepultan en angostos desfiladeros las tropas del Cuzco bajo las rocas que desgajan y las piedras que despiden de lo alto de los cerros. Sucede en esto á Pachacútij Túpac-Yupanqui é irrita el amor propio de Rumi-Ñawi. Rumi-Ñawi recurre entonces á la astucia ó por mejor decir á la alevosía. Se finge perseguido por el Inca y busca la proteccion de Ollantay, que, generoso y noble, se la concede. Por este medio logra á poco apoderarse sin lucha del mismo Ollantay y de todos sus hombres, y los conduce prisioneros al Cuzco. Empieza Yupanqui por condenarlos á muerte y aún ordena que se ejecute el fallo; mas luego, movido por la grandeza de su alma, los perdona, los deja libres y lleva la magnanimidad al punto de restituir á Ollantay los antiguos honores y aún confiarle la regencia del Reino. Habían trascurrido desde el día de la rebelion más de diez años: Ima-Sumaj, la hija de los infaustos amores de Ollantay con Kusi-Kkóyllur había crecido entre las vírgenes del Sol y acababa de enterarse por sus mismos ojos de la prision y los tormentos de su madre, próxima á la muerte. Se abre paso Ima hasta el Inca, le interesa por que corra á librar á su madre; lo consigue y es involuntariamente causa de que reconozcan en Kusi-Kkóyllur Túpac-Yupanqui á su hermana, Ollantay á su esposa. Túpac-Yupanqui otorga entonces á Ollantay lo que le había negado Pachakútij, la mano de Kusi-Kkóyllur.

El argumento está desarrollado con poco arte, con tan poco, que viene la proclamacion de Ollantay en Tambo despues de haberla sabido Pachakútij en una escena anterior por los nudos de un quipo y la boca de un mensajero. No está distribuido en actos ni en jornadas, sinó en una serie de pequeños cuadros bastante descosidos, permítaseme la palabra. Tiene en cambio el drama escenas bellísimas, diálogos y monólogos bien hechos, sobriedad así en el desenvolvimiento del tema como en la expresion de los conceptos, bien movidas y manejadas las pasiones, y si no bien modelados, bastante bien sostenidos los caractéres. Daré como muestra parte de la segunda escena del primer cuadro, cuyos interlocutores son Ollantay y Villaj-Uma, astrólogo y gran sacerdote.

VILLAJ-UMA. No temas, Ollantay, al verme hoy aquí. Es posible que me arrastre á tí el amor como arrastra el viento la hoja seca. Dime: ¿obedece tu pensamiento á tu corazon diabólico? Te concedo este día para que escojas á tu sabor entre tu ventura ó tu desventura, la vida ó la muerte.—OLLANTAY. Habla claro para que pueda comprenderte. Tus palabras son como una madeja embrollada. Quisiera que me la desenredases.—VILLAJ-UMA. Pues bien. Ollantay, escúchame. Mi ciencia me permite descubrir sucesos ocultos al espíritu del vulgo. Me creo yo tambien bastante poderoso para hacer de tí un grande hombre. Te

he educado y te he amado tiernamente desde que eras mozo para servirte en esta circunstancia. El pueblo te venera como jefe del país de los Andes; el rey te ama y quisiera partir contigo su corazon. Ha extendido sobre todos sus miradas; no las ha fijado sinó en tí. Ha hecho fuerte tu brazo contra las clavas de tus enemigos; y tú, por numerosos que hayan sido, los has derrotado. ¿Es esto motivo para que le hieras en el corazon? Amas á su hija y pretendes volverla loca por tí con el propósito de beneficiar esa pasion en tu provecho. No lo hagas: no germinan crímenes tales en corazones generosos. Si su pasion es inmensa, no debes pagar tanto amor con la deshonra. ¿Vacilas? Vengo á detenerte al borde del abismo. Tú sabes que el Rey no ha de consentir nunca en malcasar á su hija. Insinuárselo sería levantar en su corazon una tempestad espantosa. Bajarías por tus locas ilusiones del primer rango al último.—Ollantay. ¿Cómo sabes lo que yo tanto oculto en el fondo de mi alma? No lo sabía más que su madre.—Villaj-Uma. Leo en la luna como en libro abierto. Los más oscuros destinos son para mí claros.—Ollantay. Adivinaba que te proponías beber y apagar tu sed en mi corazon. ¿Tirarás la copa despues de haberla vaciado?—Villaj-Uma. ¡Qué de veces no bebemos en copas de oro venenos que matan! No olvides que casi siempre somos desgraciados por nuestra terquedad.—Ollantay. Húndeme en la garganta el cuchillo que tienes en la mano; arráncame el corazon. Héme á tus plantas.—Villaj-Uma (*dirigiéndose á Piki Chaki*). Recógeme esa flor. (*Dirigiéndose á Ollantay*). ¿La ves? Parece seca. La estrujo y mírala..... llora. Suelta jugo..... suelta jugo..... – Ollantay. Sería más fácil hacer brotar agua de una roca y arrancar lágrimas á la arena que hacerme abandonar á mi Kusi-Khóyllur, la estrella de mi ventura.—Villaj-Uma. Echa una mala semilla á la tierra y la verás en días crecer y multiplicarse más allá de las lindes del campo. Cuanto más se desborde de tu alma el crímen, más pequeño serás.—Ollantay. Quiero abrirte mi corazon, padre venerando, y confiarte mis faltas. Ya que has sorprendido mi secreto, sábete de hoy para siempre que el lazo que llevo á la garganta es muy largo y acabará por ahogarme. Pero es de hilo de oro y bien puede servir para castigo de un crímen de oro. Kusi-Khóyllur me pertenece, es mía: cuando corre ya mi sangre por sus venas, tan noble soy como ella. Su madre lo sabe todo y puede atestiguarlo. Voy á decírselo todo al Rey y cuento con tu influencia para decidirle á que me dé su hija. Le hablaré con energía y sin miedo: arrostraré la cólera y el desprecio que por mí sienta por no ser de sangre real. Quizá se acuerde de mi juventud y se ablande. Podrá leer mis combates en esta arma vencedora que tantos miles de guerreros ha vencido y puesto á los piés del Inca.—Villaj-Uma. Hablas demasiado, joven príncipe. Has roto y embrollado el hilo de tu suerte; desembróllalo y reanúdalo por tí mismo. Vé tú solo al Rey y sufre solo el castigo á que te has hecho acreedor. Procura sobre todo hablar poco y con gran respeto. Jamás te olvidaré.

Véase ahora el monólogo de Ollantay despues de haberle negado Pachakútij la hija: «¡Ollantay! ¡desdichado Ollantay! ¿Cómo tú, señor de tan extensas comarcas, te dejas humillar por un hombre á quien tanto tiempo serviste? ¡Oh estrella de mi ventura! acabo de perderte para siempre. ¡Qué vacía me va á quedar el alma! ¡Princesa, paloma mía! Y tú ¡oh Cuzco, la ciudad bella! ¡ay! de hoy en adelante seré tu implacable enemigo. Te abriré el seno para arrancarte el corazon y arrojarlo á los buitres. Verá tu rey cruel á millares de mis antis por mí seducidos y armados y por mí regidos avanzando hácia el Sajsaywaman, desde donde le amenazarán como nube de maldiciones. Cuando el fuego enrojezca el cielo y duermas en tu lecho ensangrentado, perecerá contigo tu rey y verá al caer si son numerosos mis yuncas. Al estrangularle yo, veremos si dice todavía su boca sin aliento: no eres digno de mi hija, no la poseerás nunca. No iré ya ante su altanero rostro á pedirla de rodillas. Seré yo entonces el rey y será ley mi voluntad. Ahora prudencia.»

Tomo estos dos pasajes de la excelente traduccion que de este drama hizo en francés el Sr. Pacheco Zegarra, que conoce como nadie el quichua. Su traduccion es á no dudarlo más fiel y más correcta que la de todos sus predecesores—Tschudi, Markham, Nodal, Barranca y Carrasco, que en realidad no hizo más que poner en verso la de Barranca—y lleva para mayor fortuna de los que nos dedicamos á esta clase de estudios comentarios ya históricos, ya gramaticales que constituyen un verdadero tesoro.

El drama, como se ve, es notable. Pero ¿es realmente anterior á la Conquista? No falta quien lo atribuya á manos españolas, á las de un cura de Tinta, llamado D. Antonio Valdez, del cual se sabe que lo hizo representar con mucha pompa en la corte del infeliz Túpac-Amaru.

No puedo en manera alguna asentir á la idea de que Valdez ni otro español sean los autores del drama. No hay en él reminiscencias católicas, y habría sido difícil que en una composicion literaria se hubiese dejado de escapar una que otra de la pluma de un español de aquel tiempo. Retrátase en él por lo contrario con fidelidad pasmosa y verdadero cariño las creencias, el culto y aun las supersticiones de los antiguos peruanos; y esto, sobradamente lo comprenderá el lector, habría sido todavía más difícil para nuestros hombres. El lenguaje es, además, puro y clásico: ¿qué extranjero había de conocer tan á fondo aquel idioma? ¿con qué objeto lo habría estudiado? Los versos parecen castellanos por el número de sus sílabas, pero nó, como se ha visto, por sus condiciones prosódicas. Entre los rimados los hay libres. Verso que un interlocutor deja truncado no lo completa ningun otro. La sinalefa no existe.

Hay indudablemente en el drama frases que parecen acusar manos españolas, entre ellas algunas de las que salen de la boca de Piki-Chaqui, un gracioso bastante parecido al de nuestras antiguas comedias; mas este no es bastante motivo para creer la obra ni extranjera, ni posterior á la Conquista. Revelaría esto

cuando más que con posterioridad á la Conquista sufrió la obra enmiendas, cosa ya no sólo posible, sinó tambien probable. Cuanto más popular es una composicion, tanto más expuesta suele hallarse á correcciones, máxime si al pueblo que la produjo le sobrevienen tales y tan repentinas mudanzas como las que en el siglo XVI sobrevinieron á la nacion de los Incas. En tradiciones americanas cuya antigüedad nadie desconoce ni ha puesto jamás en duda, como no se esté muy sobre aviso, se cree con facilidad ver el sello de los conquistadores á causa de esta clase de enmiendas, fruto casi siempre espontáneo de los mismos indígenas.

Inclíname por otra parte á la opinion que sostengo lo aficionado que se sabe fueron los Incas á las obras y representaciones dramáticas. No disponían de teatros, pero en las grandes fiestas y solemnidades tenían por costumbre levantar un bosquecillo artificial, donde, nó por actores asalariados, sinó por hombres de la principal nobleza se ejecutaba ya dramas ó tragedias en que se enaltecía las hazañas de los héroes ó los grandes hechos de los reyes, ya comedias donde se reproducía las escenas de la vida familiar ó agrícola sin caer jamás ni en lo obsceno ni en lo grotesco. Pueblo tan amigo de espectáculos teatrales, por fuerza había de producir obras del género del *Ollantay*.

Verdad es que esta aficion no era exclusiva de los peruanos. La tenían tambien los mayas y los nahuas y la solían satisfacer en las más de sus fiestas. Generalmente los nahuas escogían para esos espectáculos ya el pórtico, ya el patio de sus templos, que engalanaban al efecto con ramas y flores; mas no era tampoco raro que en las ciudades tuvieran teatros permanentes, unas plataformas de cal y canto que medían de doce á trece piés de altura y de treinta á cuarenta en cuadro. En la plaza pública se cree que dieran los mayas sus bailes-dramas: la necesitarían realmente si, como se dice, no dejaban nunca de tomar parte en ellas unas cuatrocientas personas.

De la poesía dramática de los primeros no quedan ni vestigios. Se asegura que tenía más de cómica que de trágica y más aún de chocarrera que de cómica; y es para creído, si, como refiere Acosta, nada menos que en la fiesta de Quetzalcoatl se reducía todo el espectáculo teatral al remedo de los mudos, los cojos, los ciegos, los tullidos y los demás lisiados y tambien al de las mariposas, los escarabajos y las sabandijas. De los bailes-dramas, de los segundos queda por lo menos la letra de uno, la del *Rabinal-Achi*, que recogió Brasseur de boca de los indígenas y publicó en el volúmen segundo de su *Coleccion de Documentos*.

El *Rabinal-Achi*, compuesto en lengua quiché, es un documento importante. Da idea de una literatura completamente distinta de las que hasta aquí hemos estudiado. Es sencillísimo en su argumento, brillante en la forma. Cansa por sus largos discursos y la contínua repeticion de lo que acaba de decir cada interlocutor en labios del que le contesta: pero, bien examinado, agrada y deslumbra.

Rabinal-Achi es un guerrero valeroso, que logra prender por el lazo á Queche-Achi, el implacable enemigo de su pueblo. Llevado Queche-Achi á la presencia del rey Hobtoh, ni se amilana ni se humilla; lleva su arrogancia y su orgullo hasta amenazarle y, cuando ve que ha de morir, le pide una tras otra gracias. Las va obteniendo, y termina por solicitar que le conceda trece veces veinte días y trece veces veinte noches para ir á dar el postrer saludo á sus montañas y sus valles. Se va, vuelve y se entrega heróicamente á manos de sus verdugos. En realidad el protagonista es aquí Queche-Achi: si Rabinal-Achi da nombre al drama es sin duda por haber librado á su pueblo y á su rey de tan terrible adversario.

Vea ahora el lector algunas muestras de la obra para que la pueda apreciar en sus bellezas como en sus defectos. Cuando Rabinal-Achi da al Rey cuenta de la prision de Queche-Achi dice: «¡Salud, oh Rey! ¡Salud, oh Reina! Doy gracias al que está en el cielo, doy gracias á la tierra porque bajo el dosel de plumas verdes estais derramando la sombra con la majestad dentro de los grandes muros del gran palacio. Del mismo modo que soy yo aquí vuestro valor y vuestro brío y he llegado ante vuestra boca y ante vuestra cara dentro de los vastos edificios de este palacio, del mismo modo me ha dado el cielo y me ha entregado la tierra á ese bravo, ó ese héroe, con quien hemos luchado trece veces veinte días y trece veces veinte noches al abrigo de los altos baluartes del castillo sin poder gozar nunca de un tranquilo sueño. Me le han entregado arrojándole contra el hilo de mi arco y contra la fuerza de mi escudo. Le he cogido y arrollado con mi blanca correa, con mi blanco lazo, con mi clava tolteca y mi hacha yaqui, con mis brazaletes de hueso cincelados, mis manillas y mis encantadas yerbas. Le he abierto tambien la boca á ese bravo y á ese guerrero sin que murmurase. Me ha declarado al punto el nombre de sus montañas y de sus valles: lo ha declarado á mi boca, á mi rostro, á mí, el valeroso, á mí, el héroe. Es ese bravo, es ese guerrero el que remedaba el lastimero grito del chacal, el maullido del gato salvaje y el rugido del leon detrás de las grandes murallas de la fortaleza á fin de provocar y espiar á nuestros hermosos y blancos mancebos. Es ese bravo, es ese héroe el que hizo morir á nueve ó diez de esos hidalgos jóvenes; es ese bravo el que robó la persona de Vuestra Majestad en el baño de Tohil. Es ese valiente guerrero el que ha sido la ruína de dos ó tres pueblos cerca de Balamoac, donde resuena la tierra arenosa, como dice su nombre. ¿Hasta cuándo dejará de darse vuestra alma la satisfaccion que desea de tanta arrogancia y tanta osadía....? Viene á pagar aquí sus fechorías entre el cielo y la tierra. Aquí en este lugar, oh señor mío, oh rey Hobtoh, cortaremos entre la tierra y el cielo su cepa y su tronco.»

El rey Hobtoh contesta: «¡Valor mío! ¡aliento mío! Gracias al cielo, gracias á la tierra que habeis llegado á los muros del gran castillo, ante mi boca y ante mi cara, ante mí, vuestro señor, ante mí, el rey Hobtoh. Gracias al cielo,

gracias á la tierra que os han dado y entregado á ese bravo, á ese héroe arrojándole contra el hilo de vuestro arco y ante la fuerza de vuestro escudo, bravo y héroe á quien habeis arrollado y preso. Hacedle entrar al momento ante mi boca y ante mi cara, á fin de que vea en su boca, á fin de que vea en su cara hasta qué punto es un bravo, hasta qué punto es un héroe. Porque el que habeis anunciado es sin duda ese bravo, ese guerrero. Mas que entre sin ruido y pase sin emocion la puerta de la gran fortaleza, del gran palacio, que aquí dentro de los muros de este palacio no le esperan sinó estimacion y honra. Aquí están sus doce hermanos, sus doce parientes, los que guardan los tesoros, los que guardan las piedras preciosas. Sus bocas y sus caras no están aún completas: ¿habrá venido él á completar el número dentro de la gran fortaleza y del gran castillo? Hay aquí tambien doce águilas y doce tigres poderosos y tampoco están todos; ¿habrá venido ese bravo á llenar el vacío? Hay tambien en estos lugares sillas y tronos de plata, unos ya ocupados, otros que nunca lo fueron: ¿habrá venido ese bravo, habrá venido ese guerrero para sentarse en ellos? Hay aquí doce clases de bebidas, doce clases de licores pérfidos á que se da el nombre de *ixtatzúnun*. bebidas tan dulces como frescas y embriagadoras que se apura en los vastos muros de este castillo antes de acostarse, bebidas y licores de los reyes: ¿habrá venido ese guerrero para probarlos? Hay aquí telas de admirable finura, tejidas todas de oro, deslumbradoras por lo brillantes, obra de la reina mi madre: ¿si querrá ese bravo, si querrá ese guerrero estrenarlas? Aquí vive encerrada la madre de las piedras preciosas, la que ha venido de Tzam-Gam-Carchag: ¿habrá venido ese bravo, habrá venido ese héroe para verle el primero el rostro? ¿habrá venido á danzar con ella dentro de los edificios de este gran palacio? ¿habrá venido ese bravo dentro de los muros de este gran palacio á ser nuestro cuñado ó nuestro yerno? Veamos ahora si es obediente, si es humilde, si al entrar se inclina y baja la cabeza. Asi dice mi palabra á la faz de la tierra, á la faz del cielo. Que la tierra y el cielo sean con vos Yatel-Achi, Rabinal-Achi.»

Los bailes-dramas eran á no dudarlo generales en toda la América del Centro. Continuaron despues de la Conquista; y de algunos de los que entoncès se escribió quedan noticias y hasta los títulos. Recientemente Brinton ha podido hacerse con el texto de uno y lo ha publicado integro en la *Library of Aboriginal American Literature*. que ve la luz en Filadelfia. Se intitula el baile-drama ó mejor decir el baile-comedia el *Güegüence* ó *Macho Raton* y está escrito en lenguaje entreverado de nahuatl y castellano. Parece moderno: quizá no pase del presente siglo. No entra en los dominios de este epílogo y me limito á mentarlo.

En las razas salvajes tengo para mí que no se había salido del baile pantomímico.

CLI.

Estado intelectual.—Ciencias.—Sistemas de numeracion.

Que en América debía de haber conocimientos científicos lo dicen algunos hechos: primeramente la exactitud con que en ciertas naciones se midió el curso aparente del sol y de la luna y el órden que se introdujo en la division del tiempo; despues las vastas obras de que en tantos pueblos quedan aún imponentes ruinas; por fin el desarrollo de varias industrias, sobre todo las relativas á la elaboracion de los metales. Me son desconocidos, y no he de entrar en el terreno de las conjeturas: consignaré tan sólo los que me parezcan ciertos.

Las matemáticas son indudablemente la ciencia de las ciencias. Por sus principios y sus leyes se observa que se ha formado y se rige el Universo. La nocion de la cantidad que les sirve de punto de partida ¡cuán lentamente, sin embargo, no se habrá desenvuelto en la razon del hombre á juzgar por el estado que tenía en América cuando la Conquista! Contaban muchas gentes por los dedos de las manos, y, cuando habían de expresar más de diez objetos, lo hacían abriéndolas y cerrándolas sucesivamente. No acertaban otros á salir de aquel número y, cuando querían indicar otro mayor, recurrían al medio de arrojar al aire uno ó más puñados de arena. Vencían otros la dificultad mostrando á la vez sus manos y sus piés y aún los de los circunstantes; pero sin poderse elevar nunca á cantidades de importancia. Yerra Humboldt cuando tacha de infundadas estas aserciones; aun hoy existen tribus que no han hecho en Aritmética mayores adelantos. Las había y las hay que no llegan á saber contar más de cinco objetos.

Entre los mismos pueblos salvajes habían llegado algunos, sin embargo, al sistema decimal. Los apaches contaban, segun algunos autores, hasta el número diez mil con la misma regularidad que nosotros. De los dakotas y los criks se sabe que podían numerar cientos de millares á pesar de no haber concebido unidades superiores al diez y al ciento. No habían subido hasta el millon los criks, mas sí los dakotas, para quienes era diez cientos por diez cientos como para nosotros es mil por mil. Aunque muy imperfecta, tenían, á lo que parece, la misma numeracion en la América del Norte los esquimales, los nutkas y los algonquines.

Llegó el sistema decimal á su completo desarrollo en la América del Sur, pero en naciones cultas y en pueblos salvajes que de ellas lo recibieron: entre los peruanos, los chilenos, los yuracarés y tal vez los patagones. Conocieron y tuvieron los peruanos las mismas unidades que los europeos: el uno, el diez, el ciento, el mil y el millon; *huk*, *chunka*, *pachah*, *waranhka* y *hunu*. Disponían

de voces aún para el billon, el trillon, el cuadrillon, etc.: expresaban por *hunuy hunu* el billon: por *hunuy hunuy hunu*, el trillon..... y por *pantaj hunu* lo infinito. Los números dígitos, segun los anteponían ó los posponían á unidades de órden superior, los hacían servir de multiplicador ó de sumando.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10; *huk* ó *suk*, *iskay*, *kimsa*, *tahua*, ó *chuska pichka*, *sokta*, *kanchis*, *pusak*, *iskun*, *chunca*. 20, 30, 40, 50, 60, 70, 80, 90, 100; *iskay chunka*, *kimsa chunka*, *tahua chunka*, *pichka chunka*, *sok'a chunka*, *canchis chunka*, *pusak chunka*, *iskun chunca*, *pachak*. 200, 300, 400, etc , 1,000; *iskay pachak*, *kimsa pachak*, *tahua pachak*... *waranka*. 2.000, 3,000, 4,000, etcétera; 100,000, 200,000, 1.000,000; *iskay waranka*, *kimsa waranka*, *tahua waranka*... *pachak waranka*, *iskay pachak waranka*, *hunu*. 11, 12, 13, 24, 35, 46, 57, 68, 79, 81, 92, 103, etc.; *chunca-huk-ni-yok*, *chunka-iskay-ni-yok*, *chunka-kimsa-yok*, *iskay-chunka-tahua-yok*: *kimsa-chunka-pichka-yok*, *tahua-chunka-sokta-yok*, *pichka-chunka-kanchis-yok*, *sokta-chunka-pusak-ni-yok*, *kankis-chunka-iskun-yok*, *pusak-chunka-huk-ni-yok*, *iskun-chunka-iskay-ni-yok*, *pachak-kimsa-yok*.

El sistema, como ve el lector, es igual al nuestro. Nosotros en la numeracion compuesta vamos tambien de mayor á menor y anteponemos los números dígitos si queremos que nos sirvan de multiplicadores y los posponemos si de sumandos. $16 = 10 + 6$; $2,000 = 2 \times 1,000$; $204 = 2 \times 100 + 4$. La circunstancia de que nosotros tengamos voces simples para números compuestos, once, doce, veinte, sesenta, etc.,—no altera la identidad de los dos sistemas, como no la altera tampoco la de que en el peruano los números dígitos pospuestos lleven la partícula posesiva *yok* y algunos la expletiva *ni*, meramente eufónicas.

Los peruanos tenían además sus números ordinales: *huk-ñeken*, *ñaupak* ó *ñaupaken*, el primero; *iskay-ñeken*, el segundo; *kimsa-ñeken*, el tercero, etc.; sus distributivos: *huc*, *hucmanta*, de uno en uno; *iscay iscaymanta*, de dos en dos; *kimsa kimsamanta*, de tres en tres; *pachak pachakmanta*, de ciento en ciento; sus partitivos ó proporcionales: *iskay-hamu*, doble, *kimsa-hamu*, triple; *tahua-hamu*, cuádruple; *pachak-hamu*, céntuplo; sus numerales adverbiales por fin: *huk-kuti*, una vez; *iskay-mitta*, dos veces; *pichka-mitta*, cinco veces; *pachca-mitta*, cien veces; *waranka-kuti*, mil veces.

En otros pueblos había prevalecido el sistema vigesimal. Eran allí diez y nueve los números dígitos, y se contaba en adelante por veintenas hasta cuatrocientos, que es el cuadrado de veinte. Contábase despues por cuatricentenas hasta ocho mil, que es el veinte elevado al cubo, y luego por octimillares. Había aún unidades de orden superior, que no en todas las numeraciones eran las mismas.

Tomaré de pronto por ejemplo el sistema de los nahuas. Entre los nahuas los números 1, 2, 3, etc., hasta 19 eran: *ce*, *ome*, *ye* ó *ei*, *nahui*, *macuilli*, *chicua-ce*, *chic-ome*, *chicu-ei*, *chico-nahui*, *matlactli*, *matlactli-on-ce*, *matlactli-om-*

ome, matlactli-om-ei, matlactli-on-nahui: 20, 21, 22, etc., hasta 39: *ce-m-poalli, ce-m-poalli-on-ce, ce-m-poalli-om-ome, ce-m-poalli-om-ei, ce-m-poalli-on-nahui, ce-m-poalli-om-macuilli, ce-m-poalli-on-chicu-a-ce, ce-m-poalli-on-chic-ome, ce-m-poalli-on-chicu-ei, ce-m-poalli-on-chicu-nahui, ce-m-poalli-on-matlactli, ce-m-poalli-on-matlactli-on-ce, ce-m-poalli-on-matlactli-om-ome, ce-m-poalli-on-matlactli-om-ei, ce-m-poalli-on-matlactli-on-nahui, ce-m-poalli-on-caxtolli, ce-m-poalli-on-caxtolli-on-ce, ce-m-poalli-on-caxtolli-om-ome, ce-m-poalli-on-caxtolli-om-ei, ce-m-poalli-on-caxtolli-on-nahui:* 40, 50, 60, 70, etc., hasta 380: *om-poalli, e-poalli, nauh-poalli, macuilh-poalli, chicu-a-ce-m-poalli, chic-om-poalli, chicu-e-poalli, chico-nauh--poalli, matlac-poalli, matlactli-on-ce-m-poalli, matlactli-om om-poalli, matlactli-om-ei-poalli, matlactli-on-nauh-poalli, caxtolli-poalli, caxtolli-on-ce-m-poalli, caxtolli-om-om-poalli, caxtolli-om-ei-poalli, caxtolli-on-nauh-poalli;* 400, 800, 1,200, 1,600, etc., hasta 7,600: *ce-n-tzontli, on-tzontli, e-tzontli, nauh-tzontli, macuilh-tzontli, chicu-a-ce-n-tzontli, chic-on-tzontli, chicu-e-tzontli, chicu nauh-tzontli, matla-tzontli, matlactli-o-ce-n tzontli, matlactli-om-on-tzontli, matlactli-e-n-tzontli, matlactli-on-nauh-tzontli, caxtolh-tzontli, caxtolli-on-ce-n-tzontli, caxtolli-om-on-tzontli, caxtolli-om-e-n-tzontli, caxtolli-on-nauh-tzontli;* 8,000, 16,000, 24,000, 32,000, etc., *ce-n-xiquipilli, on-xiquipilli, e-xiquipilli, nauh-xiquipilli,* etc. Así 10,284 por ejemplo era un octimillar, *ce-n-xiquipilli,* más cinco cuatricentenas, *ipan macuilh-tzontli,* más cuatro veintenas, *ipan nauh-poalli,* más cuatro unidades, *ipan nahui.* Con el adverbio *ipan,* más, se unía constantemente las unidades superiores con las inferiores.

Tenían aún los nahuas otras tres unidades de órden superior; el *ce-m-poal-xiquipilli,* la veintena de octimillar (20 × 8,000 = 160,000), el *ce-n-tzon-xiquipilli,* la cuatricentena de octimillar (400 × 8,000 = 3.200,000) y el *ce-m-poal-tzon-xiquipilli* la veintena de cuatricentena de octimillar (20 × 400 × 8,000 = 8,000 × 8,000 = 64.000,000). Podían así llevar fácilmente el cálculo á 1, 280.000,000, cantidad superior en mucho á sus necesidades aritméticas.

Seguían el mismo sistema los mayas pero con diferencias notabilísimas. En maya los números dígitos eran *hun, ca, ox, can, ho, uac, uuc, uaxac, bolon, lahun, buluc, lah-ca, ox-lahun, can-lahun, ho-lahun, uac-lahun, uuc-lahun, uaxac lahun, bolon-lahun;* 20, *hun-cal;* 40, *ca-cal;* 60, *ox-cal;* 80, *can-cal;* 100, *ho-kal;* 120, *uac-kal;* 140, *uuc-kal;* 160, *uaxac-kal;* 180, *bolon-kal;* 200, *lahun-kal;* 220, *buluc kal;* 240, *lah-ca-kal;* 260, *ox-lahu-cal;* 280, *can-lahun-kal;* 300, *ho-l-hu-kal;* 320, *uac-lahu-kal;* 340, *uuc-kal;* 360, *uaxac-lahu-kal;* 380, *bolon-lahu-kal:* 400, *hun-bak:* 800, *ca-bak:* 1,200, *ox-bak:* .. 8,000, *hun pic:* 16,000, *ca-pic;* 24,000, *ox-pic*..... 160,000 (20 × 8,000), *hun-calab;* 320,000 (2 × 160,000), *ca-calab;* 480,000, (3 × 160,000), *ox-calab;*... 64.000,000, (8,000 × 8,000 ó 1,500 × 160,000), *hun-alau;* 128.000,000 (2 × 64.000,000), *ca-lan;* 192.000,000 (3 × 64.000,000), *ox-ala,* etc.

Hasta aquí, segun ve el lector, el sistema nahua y el sistema maya eran idénticos. No lo eran ya cuando las veintenas iban acompañadas de unidades. No decían los mayas como los nahuas y nosotros veinte más uno, veinte más dos, etc., sinó uno más veinte, dos más veinte, tres más veinte, etc.: *hun-tu-kal. ca-tu-cal. ox-tu-cal. can-tu-kal. ho-tu-kal. uac-tu-kal, uuc-tu-kal.* etc. En nahuatl. como vimos, los números dígitos antepuestos á las veintenas, cuatricentenas, octimillares, etc., servían siempre de multiplicador; en maya unas veces de multiplicador, otras de sumando.

No es esta, sin embargo, la diferencia más digna de nota. 41, 42, 43, 44, etcétera, deberían haber sido aquí segun el sistema nahua *hun-tu-ca-kal. ca-tu-ca-kal. ox-tu-ca-kal, can-tu-ca-kal,* etc. No eran *hun-tu-ca-kal. ca-tu-ca-kal,* etcétera, sinó *hun-tu-yox-kal. ca-tu-yox-kal. ox-tu-yox-kal. can-tu-yox-kal.* etcétera. *Ox-kal.* es con todo, no 40 sinó 60. ¿Qué significa esto? Significa que á partir de 40 los mayas, en vez de decir 41, 42, 43, etc., decían y dicen 1 para 60, 2 para 60, etc.: al llegar á los 61, 1 para 80, 2 para 80, etc., y asi sucesivamente.

Obsérvase la misma particularidad en la numeracion de los quichés, hermanos de los mayas.

En la numeracion de los quichés 1, 2, 3, 4 hasta 19 es *hun*, *cab* ó *caib. ox* ú *oxib. cah* ó *cahib. oo* ú *oob, rakakib, rukub, rahxakib. beleh* ó *beleheb, lahuh, hu-lahuh. cab-lahuh, ox-lahuh. cah-lahuh. o lahuh. rak-lahuh, ruk-lahuh, rahxak-lahuh. beleh-lahuh:* 20, 40, 60, hasta 380, *hu-rinak, ca-rinak. ox-qal. hu-much, o qal. rak-qal. ruk-qal, rahxak-qal. beleh-qal, o-tuk, hu-lah-qal* ó *hu-lahuh-qal. cab-lahuh-qal. ox-lahuh-qal. cah-lahuh-qal. o-lahuh-qal* ó *ro-lahuh-qal, rak-lahuh-qal. ruk-lahuh-qal. rahxak-lahuh-qal. beleh-lahuh-qal;* 400, *o-much* (5 × 80): 500, 600, 700, *o-much-r-qal.* (5 × 80 + 5 × 20); *omuch-r-tuk* (5 × 80 + 200); *o-much-r-lah-qal* ú *o-much-r-lahuh-qal* 5 × 80 + 15 × 20): 800, 1,200, 1,600, 2,000 2,400, 2,800, etc., hasta 8,000, *ca-go, ox-o-go, cah-go, oo-go,* ó *ro-go, vak-a-go, vuku-go, vahxa-go, beleh-go,* etc.; 8,000, 16,000, 24,000, 32,000, etc.; *chury, ca-chury. ox-chury. cahchury, oo-chury,* etcétera; 21, 22, 23, 24, etc., *hu-rinak-hun. hu-rinak-cab. hu-rinak-ox, hu-rinak-cah,* etc.; 41, 42, 43, etc., *hun-r-ox-qal, cab-r-ox-qal, oxib r-ox-qal,* etc., es decir, 1, 2, 3 para 60; 61, 62, 63, etc., *hun-ri-hu-much, cab-ri-hu-much, ox-ri-hu-much,* 1, 2, 3, para 80; 81, 82, 83, etc., *hun-r-o-qal, cab-r-o-qal, oxib-r-o-qal.* 1, 2, 3, para 100; 101, 102, 103, etc., *hun-ri-rak-qal.cab-ri-rak-qal, oxib-ri-vak-qal,* 1, 2, 3, para 120, etc., etc.

Esta numeracion, aunque idéntica en el fondo á la de los mayas, ofrece diferencias que no creo dignas de olvido. No tiene, como acaba de verse, unidad superior al octimillar, al *chury*. Del 20 al 40 lleva las unidades simples pospuestas y del 40 arriba antepuestas. Forma del 80 unidad, *hu-much*. y da á la cuatricentena el nombre de *o-much*, 5 por 80. Del 200 hace asimismo unidad,

o-tuk, y para decir 600 dice, segun hemos visto, *o-much-o-tuk*. 400, 200; esto es 400 + 200.

Opino que en esta numeracion van enjertos dos sistemas: uno que tenía por unidad superior el 80 y otro que tomó por tal el 8,000. Opina el Sr. Chavero lo mismo acerca de la numeracion de los nahuas, y quizá esté en lo cierto. Lo que revelan aquí los términos mismos de la numeracion parecen indicarlo allí ciertos símbolos. En códices de los antiguos nahuas se ve á no dudarlo signos numéricos que no son el punto, la bandera, la pluma, ni la bolsa: entre ellos una como turquesa con algunas yerbas. ¿Podría allí la unidad 80, segun el Sr. Chavero, venir expresada por la voz *xihuitl*, que significa á la vez turquesa, yerba, gavilla?

Mas no nos distraigamos aún de las numeraciones quiché y maya. En la maya hemos visto que 41, 42, 43, era *hun-tu-y-ox-kal, ca-tu-y-ox-kal, ox-tu-y-ox-kal*, y en la quiché, *hun-r-ox-qal, cab-r-ox-qal, oxib-r-ox-qal;* palabras que en las dos equivalían á 1, 2, 3, para 60. ¿Qué es lo que en las dos determinaba esta singular equivalencia? En la maya la letra *y*, y en la quiché la *r*, en ciertos números acompañada de la *i*. *Y* en maya y *r*, *ri*, en quiché eran y son pronombres posesivos de tercera persona: *hun-tu-y-ox-kal* y *hun-r-ox-qal*, dicen así, traducidos literalmente: «su uno sesenta» ó «uno de sesenta.» Recuerde el lector la manera como solían hacer los genitivos de posesion quichés y mayas, y de seguro comprenderá estas al parecer inexplicables locuciones.

Se extendía el sistema vigesimal, bien que á mi juicio con no pocos intervalos, desde el Norte de Méjico á Nicaragua. Segun Duquesne, prevalecía tambien entre los muiscas. No tengo sobre este punto datos suficientes; pero en algo corroboran el aserto de Duquesne los que he podido procurarme. 1, 2, 3, hasta 10 eran en chibcha *ata, boza, mica, muyhica, hisca, ta, cuhupqua, suhuza, aca, ubchihica;* 11, 12, 13... hasta el 19 *quihicha* ó *qhicha-ata, qhicha-boza, qhicha-mica*, etc.; 20 *güeta* ó *güe* y tambien *qhicha ubchihica;* 21, 22, *güetas asaquy ata, güetas asaquy boza:* 30, 31, *güetas asaquy qhicha, güetas asaquy qhicha ata;* 40, *güetas asaquy qhicha ubchihica;* 100, *güe hisca;* 200, *güe ubchihica*. *Güe ubchihica* es efectivamente 20 × 10; *güe hisca*, 20 × 5; *güetas asaquy, qhicha ubchihica*, 20 + 20, etc. *Asaquy*, significa «más.»

Lo aquí más notable es que, segun Duquesne, llegaron los muiscas á la numeracion escrita y dispusieron de símbolos que por lo muy abreviados se asemejaban á nuestras cifras. De los símbolos que al mismo efecto usaron los nahuas y los mayas dije ya en otro párrafo. Réstame sólo añadir que los nahuas dieron á los suyos cierta elasticidad digna de nota. La bandera, símbolo de veinte, la dividían, por ejemplo, en cuatro partes y daban el valor de 5 á cada una de las que dejaban en blanco. En la pluma, símbolo de 400, representaban tambien 400, 300, 200 ó 100 segun la pintaban con todas las barbas, ó con las de un solo lado y la mitad de las del otro, ó con las de un lado solo, ó con la

mitad de uno de los dos lados. La bolsa, símbolo de 8,000 significaba por fin 8,000, 6,000, 4,000 ó 2,000, segun la presentaban entera ó presentaban sólo tres, dos ó una de sus cuatro partes.

Revelaban todos estos sistemas, así los vigesimales como los decimales, el conocimiento de operaciones aritméticas. Lástima que no quepa decir de aquellos hombres hasta qué punto lo llevaron. Está envuelta la cuestion en una oscuridad hoy por hoy invencible. En nada la esclarecen las pinturas jeroglíficas que de nahuas y mayas nos quedan; en nada tampoco los quippus ni los contadores del Perú y de Quito. ¿Se rasgará algun día la nube que hoy tanto vela y oculta la historia de la antigua América?

En todas las numeraciones del sistema vigesimal había no menos variedad de numerales que en la de los peruanos. En la de los nahuas, por ejemplo, *inic-ce* era el primero, *inic-ome* el segundo; *oc-ce*, otro, *oc nahui*, otros cuatro; *o-ome*, de dos en dos, *ma-macuilli*, de cinco en cinco; *im-matlactli-ce*, uno por cada diez; *in-ce-m-poalli-ce*, uno por cada veinte; *ce-p-pa*, *o-p-pa*, *yo-p-pa*, una, dos, tres veces; *oc-ce-p-pa*, *oc-ye-x-pa*, otra vez, otras tres veces; *ce-c-can*, *oc-c-an*, *chicuace-c-can*, en una, en dos, en seis partes; *oc-ce-c-can*, *oc-macuil-can*, en otra parte, en otras cinco partes; *oppa-ome*, *yexpa-ici*, *macuilpa-macuilli*, dos veces dos, tres veces tres, cinco veces cinco; *im-ome-xtin*, *i-m-cixtin*, *in-nahui-xtin*, ambos á dos, todos tres, todos cuatro, etc., etc. No era menor la variedad de numerales en la aritmética de los quichés y los mayas.

CLII.

Estado intelectual.—Sistemas cronológicos.

De los sistemas cronológicos no hay tan segura noticia. Faltan los datos ó son contradictorios. Diré de cada uno primeramente lo cierto, despues lo que ofrezca duda.

Considero inútil encarecer cuán atrasados vivían los pueblos de aquella parte del mundo en ciencias cosmológicas. Creían todos inmóvil y plana la tierra. No podían ni haber sospechado que fuese esférica, ya que por lo insuficiente de sus medios de navegacion apenas se atrevían á separarse de las costas. Creíanla algunos viviente; decíanla otros sostenida por séres gigantescos ó pilares que crugían de vetustos. La miraban los más como una isla en medio de un mar sin límites.

De lo que llamamos cielo no habían concebido mejor idea. Suponíanlo generalmente sólido y algunos sustentado por dioses. En hombros de sus cuatro Bacabes lo veían los mayas. Distinguían aún pocos pueblos los astros errantes de

los fijos, aunque muchos habían ya distribuido los últimos en constelaciones. Habíanse fijado casi todos en los cometas, y casi todos los tenían por de mal agüero.

En el sol y la luna ¿cómo no habían de haber parado su atencion los pueblos todos? Fuente de luz y foco de calor y vida, todos habían visto en el sol un padre y pocos habían dejado de rendirle culto. Cuando quisieron, con todo, medir y dividir el tiempo, apenas lo utilizaron sinó para distinguir el día de la noche y uno de otro día. Siempre igual, por más que lo veían aparecer y desaparecer en distintos puntos del horizonte, no sabían determinar por él mayores períodos. Eleváronse pronto á la nocion de mes; pero sólo por la luna, que en su revolucion sinódica les daba un período fijo de apreciacion nada difícil. Contaron por lunaciones durante siglos; y algunos, aun despues de haber subido al año solar, no acertaron á eliminarlas por completo de sus sistemas cronológicos.

Al año solar no llegó antes de la Conquista ningun pueblo salvaje. Contaban los moxos el tiempo, nó por años, sinó por estaciones: *une-mu* ó *une muu*, la estacion de las aguas; *boono-mu* ó *boono-muu*, la estacion seca ó la de los vientos del Mediodía. A lo que entiendo hacían otro tanto los tupíes. Las voces *roi* y *guaraci-pucú*, por las que, segun Montoya, designaban el año, equivalían en su más genuina acepcion á frío y sol largo. Por las estaciones medían aún el tiempo las tribus de Haytí, los iroqueses y los dacotas. Tenían ya los criks un año de doce lunas; pero no lo determinaban sinó por el madurar de los maíces. Teníanlo tambien los pueblos del Orinoco; pero tampoco lo determinaban sinó por la aparicion de las Pléyades en Oriente al sumergirse el sol en Occidente. Cómo lo determinasen los araucanos lo ignoro: que no lo hicieron por el sol lo dice la circunstancia de haberlo dividido en doce meses, todos de treinta días.

Períodos superiores al año es difícil que los concibieran ni los imaginaran gentes de tan escasa cultura. Las ruedas de que habla Lederer no son á mis ojos bastante motivo para atribuir nada menos que un ciclo de sesenta años á las tribus de Virginia. ¿Se sabe en primer lugar si los radios de esas desconocidas ruedas correspondían á verdaderos años? ¿se sabe siquiera que los virginios contasen el año en su serie cronológica? Sólo en la de los cricks se asegura que figuraba el decenio.

Aun los meses distaban de estimarlos todos los pueblos salvajes por las revoluciones sinódicas de la luna. Por las siderales los habían de calcular entre otros los dacotas, ya que les daban sólo veinte y ocho días. Período medio entre el día y el mes tampoco solían por otra parte tenerlo aquellas gentes. Sólo de los criks se asegura que habían dividido el mes en décadas.

La distribucion del día en horas y minutos era allí totalmente desconocida. El pueblo que á más había llegado, lo dividía, segun parece, en ocho partes.

No incluyo aquí á los esquimales, porque estos, atendidas las altas latitudes

que ocupaban y ocupan, apenas podían medir el tiempo más que por sus largos días, sus largas noches y sus no menos largos crepúsculos. Dícese con todo si dividían tambien el tiempo por el flujo y el reflujo del Océano.

Vengamos á los pueblos cultos. Los muiscas, segun Duquesne, contaban por lunas. Tenían, dice, un año comun de veinte lunaciones, otro rural de doce y otro hierático de treinta y siete. A cada luna daban treinta días y estos los distribuían en diez tríduos, permítaseme el latinismo. Así los días de cada luna como las lunas de cada año los designaban por sus diez primeros numerales. Véase en qué forma.

Días del mes ó luna: 1, *Ata;* 2, *Bosa;* 3, MICA;—4, *Muyhica;* 5, *Hisca;* 6, TA;—7, *Cuhupqua;* 8, *Suhuza;* 9, ACA;—10, *Ubchihica;* 11, *Ata,* 12, BOSA;—13, *Mica;* 14, *Muyhica;* 15, HISCA;—16, *Ta;* 17, *Cuhupqua;* 18, SUHUZA;—19, *Aca;* 20, *Ubchihica;* 21, ATA;—22, *Bosa;* 23, *Mica;* 24, MUYHICA;—25, *Hiska;* 26, *Ta;* 27, CUHUPQUA;—28, *Suhuza;* 29, *Aca;* 30, UBCHIHICA. Los días que van con letras versalitas eran, segun el mismo Duquesne, finales de tríduo y días de feria ó de mercado.

Lunas del año vulgar: *Ata, Bosa, Mica, Muyhica, Hisca, Ta; Cuhupqua, Suhuza, Aca, Ubchihica;—Ata, Bosa, Mica, Muyhica, Hisca, Ta, Cuhupqua, Suhuza, Aca, Ubchihica.* Lunas del año sacerdotal: *Ata, Bosa, Mica, Muyhica, Hisca, Ta, Cuhupqua, Suhuza, Aca, Ubchihica, Ata, Bosa, Mica, Muyhica, Hisca, Ta, Cuhupqua, Suhuza, Aca, Ubchihica, Ata, Bosa, Mica, Muyhica, Hisca, Ta, Cuhupqua, Suhuza, Aca, Ubchihica, Ata, Bosa, Mica, Muyhica, Hisca, Ta, Cuhupqua.* Lunas del año rural: *Ata, Bosa, Mica, Muyhica, Hisca, Ta, Cuhupqua, Suhuza, Aca, Ubchihica, Ata, Bosa.*

Segun el mismo Duquesne, empezaba el mes, en lengua chibcha *suna,* el día siguiente al del plenilunio, y el año, en chibcha *zocam,* el primer día del solsticio de invierno; componían cinco años sacerdotales una indiccion y veinte un ciclo. Veinte años religiosos equivalían á sesenta de los nuestros: la indiccion resultaba ser de quince. Inaugurábasela siempre por un sacrificio de que hablé en otro párrafo.

De todas estas afirmaciones de Duquesne sólo pone en duda Humboldt la relativa al principio del año, que para él debió de ser en Enero, ya que *Ata,* cuyo símbolo era una rana, parece corresponder al signo *acuario* de nuestro zodíaco. A mí juicio algunas más hay que poner en tela de juicio con mayor fundamento.

El calendario rural y el religioso eran uno mismo. Equivalía por una parte el año religioso á tres rurales, ya que al fin de los tres asegura el mismo Duquesne que se añadía un mes intercalar ó sordo; y eran por otra perfectamente correlativos los meses del trienio rural y el año religioso, puesto que en el segundo año de aquel trienio se inseguía la série numérica del primero y en el tercero la del segundo. Como el año religioso, empezaba el trienio rural por *Ata* y

concluía por *Cuhupqua*. No es así de creer que esta distincion existiera. De existir había de ser de puro nombre.

¿Qué venía á corregir además la intercalacion del mes sordo? No siendo cada lunacion sinó de 29 días, 12 horas y 44 minutos, el año de 12 lunas comprende sólo 354 días, 8 horas y 48 minutos: 10 días y 21 horas menos que el año solar por que nos regimos. 10 días y 21 horas dan en tres años 32 días y 15 horas. Mas ¿era acaso esta la falta que se debía subsanar? El año muisca, puesto que segun Duquesne era de 12 lunas, todas de 30 días, constaba, no de 354 días sinó de 360 y por lo tanto sólo de 5 menos que el año solar. 5 días, 5 horas y 48 minutos daban á los tres años, 15, 17, 24′. Con añadir un mes al trienio se corregía evidentemente una falta de 15, 17, 24′ por un exceso de 14, 6, 36′, cosa por demás inverosímil.

Dícese que la intercalacion no tenía por objeto sinó evitar que empezase el año rural en diversas estaciones; pero sin advertir que se la hacía tambien en el año que llaman religioso y ni en el religioso ni en el rural podía impedir que se fueran sin cesar desnivelando las estaciones y el calendario. Para que hubiese llenado aproximadamente el objeto que se le atribuye, ó se la habría debido dejar para el fin de cada sexenio, ó se habría debido por lo menos acortar de un día seis de los meses lunares, como se hizo en la antigua Grecia.

Sorprende aún más en esta cronología que ni el año religioso ni el rural, dado que se los considere distintos, formasen períodos cerrados de manera que todos empezasen y acabasen por las mismas lunas. Segun Duquesne trás el año ó el trienio que tenian por principio y fin *Ata* y *Cuhupqua* venía otro que empezaba por *Suhuza*, y acababa por *Muyhica*; otro que empezaba por *Hisca* y acababa por *Ata*; otro que empezaba por *Bosa* y acababa por *Suhuza* y así sucesivamente.

Formaba período cerrado y completo el año vulgar; pero en cambio ni correspondía á revolucion de astro alguno, ni tenía intercalaciones ni enmiendas de ningun género.

En mi juicio son muy inseguros los datos que Duquesne nos dió de tan rara cronología. Para que pudieran los muiscas pensar en corregir los años lunares era preciso que conocieran con más ó ménos precision el tiempo que transcurre entre la aparicion y la reaparicion del sol en un punto dado del horizonte. ¿Lo conocieron realmente los muiscas? No lo revela la intercalacion de que acabo de hablar, ni me parece bastante motivo para que lo creamos la existencia de la columna á que se ataba al mancebo inmolado en los comienzos de cada una de las cuatro indicciones. ¿Había de servir forzosamente la columna para la apreciacion de los equinoccios?

De los peruanos se sabe ya positivamente que conocieron los equinoccios y los solsticios. Determinaban los solsticios por medio de diez y seis torres colocadas de cuatro en cuatro, ocho al Oriente, y ocho al Occidente de la ciudad

del Cuzco, que se correspondian y equivalían. Las torres de los lados eran, se dice, altas como las de nuestras antiguas atalayas; las del medio, de unos tres estados. Distaban éstas la una de la otra de seis á siete varas y aquéllas de doce á catorce. Colocábase entre las diez y seis un observador y miraba por donde salía el sol y por donde se ponía. Cuando lo veía salir y ponerse entre las torres pequeñas se sabía que se estaba en uno de los solsticios.

Los equinoccios los verificaban los peruanos por medio de una rica y bien labrada columna de piedra que erigían ante los templos del Sol en el centro de un ancho círculo atravesado de Oriente á Occidente por una línea. Por la longitud de la sombra que proyectaba sobre este diámetro la columna medían la mayor ó menor distancia de los equinoccios; y sabían que estaban en ellos cuando la sombra tomaba de sol á sol toda la línea y á mediodía bañaba la luz toda la columna.

A pesar de esto se cree que los peruanos se regían tambien por años lunares y los habían dividido como los muiscas en doce meses de treinta días. Lo aseguran entre otros autores Garcilaso, Cieza y Polo de Ondegardo, y lo confirma el hecho de darse en quichua al mes el nombre de *quilla*, luna. Para mí, con todo, es indudable que cuando menos debía de corregir aquel pueblo por el curso aparente del sol las imperfecciones del sistema. Lo infiero, no sólo de su ahinco por conocer los solsticios, sinó tambien de que, segun parece adverado, empezaba el año por el solsticio de Diciembre. Como hiciese la correccion lo ignoro: no hay sobre este punto acuerdo entre los escritores.

No lo hay ni siquiera sobre los nombres de los doce meses. Para Balboa y Velasco, por ejemplo, se daba al mes de Diciembre el nombre de *Raimi;* para Betanzos el de *Puccuyquillaimi*, tal vez contraccion de *Puccuyquilla Raimi*, como indica el Sr. Jimenez Espada; para Cristóbal de Molina el de *Camay Quilla*, y para Fernandez de Palencia el de *Camayquiz*, quizá tambien contracto de *Camay Quilla*. Al mes de Enero llamaban por otra parte *Pura Opiazquiz* Balboa y Fernandez de Palencia; *Coyquiz*, Betanzos; *Atun Puccuy*, Molina.

Se hace ahora difícil creer que subdividieran los peruanos el mes por los cuartos de la luna, como pretende Garcilaso. De la luna no son susceptibles de exacta division ni las revoluciones siderales ni las sinódicas. No lo son tampoco los treinta días que al mes daban en aquel vasto Imperio, y no era por lo tanto posible que se distribuyera en períodos iguales. De que se lo dividiera en otros períodos no tengo la menor noticia; tampoco de que se dividiera el día en horas. Sólo sé que había en la lengua voces con que designar las diferentes partes del día y de la noche: *paccar paccar*, el amanecer; *paccar*, la mañana; *chisi*, la tarde; *manarak tuta*, antes de anochecer; *tuta*, la noche; *tuta tutarak*, antes que amanezca.

Si pudiéramos, no obstante, dar crédito á Montesinos, nada dejaríamos de saber acerca de este sistema cronológico. Los peruanos, segun ese autor, ya

mucho antes de Jesucristo tenían décadas, meses de treinta días, años solares de trescientos sesenta y cinco, años bisiestos, períodos de diez, de ciento, de quinientos y aun de mil años. Si á los Incas, dice, no se les concede mayor antigüedad que la de cuatro siglos y medio, debido es á que se tome por siglos los milenarios, en quichua años grandes del Sol, *intip-huata*. Mas hoy por hoy, ¿cabe seguir á Montesinos?

Sobre la cronología de los nahuas existen más seguros datos. De tiempo inmemorial habían medido los nahuas el curso del sol tanto ó más exactamente que nosotros. Conocían los solsticios y los equinoccios y, segun vió Gama, tenían medio constante de verificarlos en una de las peñas de Chapultepec, donde había grabadas en relieve sobre un plano horizontal con las puntas á Oriente tres flechas, dos de las cuales se cruzaban y formaban ángulos iguales. Representábanlos además por unas como aspas en figura de cruz de San Andrés que llamaban *nahui-ollin* é hicieron signo de uno de los días de sus meses.

Gracias á este conocimiento daban tambien los nahuas al año 365 días y una fraccion equivalente á nuestras 5 horas, 48 minutos y 51 segundos. De los 365 días, los 360 los distribuían en 18 veintenas y los otros 5 los intercalaban con el nombre de *nemontemi*. En opinion de Sahagun hacían del resíduo otro día nemontemi al fin de cada cuadrienio.

Las 18 veintenas llevaban los siguientes nombres: la 1.ª, *Atlacahualco*, *Cuahuitlehua*, *Cihuailhuitl* ó *Xilomaniliztli:* la 2.ª, *Tlacaxipehualiztli* ó *Cohuailhuitl:* la 3.ª, *Tozoztontli:* la 4.ª, *Hueytozoztontli:* la 5.ª, *Tóxcatl* ó *Tepupochuiliztli:* la 6.ª, *Etzacualiztli;* la 7.ª, *Tecuilhuitontli;* la 8.ª, *Hueytecuilhuitl;* la 9.ª, *Tlaxochimaco* ó *Miccailhuitzintli:* la 10.ª, *Xocohuetzi* ó *Hueymicailhuitl:* la 11.ª, *Ochpaniztli:* la 12.ª, *Teotleco* ó *Pachtli:* la 13.ª, *Tepeilhuitl* ó *Hueypachtli.* la 14.ª, *Queiccholli;* la 15.ª, *Panquetzaliztli;* la 16.ª, *Atemoztli;* la 17.ª, *Tititl* ó *Tititl-Izcalli;* la 18.ª, *Izcalli* ó *Izcalli-Xochihuitl.*

La mayor parte de estos nombres decía relacion á fiestas religiosas. *Cihuailhuitl*, la fiesta de las mujeres; *Cohua ilhuitl*, la fiesta de la serpiente; *Tecuilhuitl-ontli*, la fiesta de los señores; *Huey-tecu-ilhuitl*, la fiesta de los grandes señores; *Mica-ilhuitl-zintli*, la fiesta de los muertos; *Huey-mica-ilhuitl*, la gran fiesta de los difuntos; *Tepe-ilhuitl*, la fiesta de las montañas; *Xochi-huitl*, la fiesta de las flores. Se referían aún á fiestas *Tlaca-xipehua-liztli*, el desollamiento de gentes; *Tozoztontli*, la vigilia; *Huey-tozoztontli*, la gran vigilia; *Etzacua-liztli*, la comida del etzalli; *Tla-xochi maco*, la ofrenda de las flores; *Xilo-manili-ztli*, la ofrenda del maíz tierno; *Xoco-huetzi*, la caida del árbol de Xiuhtecuhtli; *O-ch-pani-ztli*, la barredura de los caminos; *Teo-tleco*, la llegada de los dioses; *Pan-quetzali-ztli*, el izamiento de banderas. Referíanse otros á fenómenos de la naturaleza: tales eran *Atl a-cahua-l-co*, el fin de las lluvias; *Cuahuitl-ehua*, el retoñar de los árboles; *A-temo-ztli*, la bajada ó caida de las aguas. Qué significasen *Tóxcatl* y *Tititl* lo ignoro; *Izcalli* decía literalmente,

«aquí la casa»; *Quecholli* era el nombre de un pájaro de brillantes plumas.

En el orden de esos meses ó veintenas convienen los autores todos; nó ya en el número de órden. Veytia y Lorenzana las empiezan por la de *Atemoztli;* Gama por la de *Tititl;* Gomara y Gemelli Carreri por la de *Tlacaxipehualiztli.* Yo las empiezo por la de *Atlacahualco* siguiendo á Sahagun, Torquemada, Duran, Clavigero, Carvajal y los intérpretes del Códice Vaticano y el Códice Telleriano Remense.

No concuerdan ya ni estos autores sobre el principio del año nahua. Coincidía á los ojos de Torquemada el primer día del mes de *Atlacahualco* con el 1.° de Febrero; á los de Sahagun con el 2; á los del intérprete del Códice Vaticano con el 24; á los de Duran con el 1.° de Marzo. Fuera de estos autores y los que los seguían era mayor la discrepancia. Abríase para Gemelli Carreri el año nahua el día 10 de Abril y para el célebre Gama el dia 3 de Enero. Entre tan encontradas opiniones me inclino á la de Duran, cuando no á las de Sahagun y Torquemada. Me parece que las confirma la significacion de los nombres de las veintenas.

El mes nahua, como tengo indicado, constaba de 20 días. Llevaban estos los nombres de *Cipactli*, Espadarte; *Ehécatl*, Viento; *Calli*, Casa; *Cuetzpalin*, Lagarto; *Cóhuatl*, Culebra; *Miquiztli*, Muerte; *Mázatl*, Venado; *Tochtli*, Conejo; *Atl*, Agua; *Itzcuintli*, Perro; *Ozomatli*, Mono; *Malinalli*, Yerba; *Acatl*, Caña; *Océlotl*, Tigre; *Cuauhtli*, Aguila; *Cozcacuauhtli*, Aura (ave de la familia de los zopilotes); *Ollin*, Movimiento; *Técpatl*, Pedernal; *Quiáhuitl*, Lluvia; *Xóchitl*, Flor. No siempre guardaron este órden si he de dar crédito a la palabra de Olmos; pero este era el que tenían indudablemente cuando la Conquista y el que presentan en las páginas de antiguos códices, sobre todo en las del manuscrito Borgia. Los aztecas los unieron además con los números del 1 al 13.

Estaba subdividido el mes en períodos de 5 días, presididos á lo que entiendo por *Cipactli*, *Miquiztli*, *Ozomatli* y *Cozcacuauhtli*, días de feria ó de mercado.

Estábalo á su vez el día en 16 partes; á juzgar por el códice Borgia acaso en 64 para los astrónomos. De las 16 partes sólo 4 tenían nombre: de la salida del sol al mediodía, el de *Iquiza Tonatiuh;* del mediodía á la puesta del sol, el de *Tonatiuh Nepantla;* de la puesta de sol á media noche, el de *Onaqui Tonatiuh;* de la media noche á la salida del sol, el de *Yohual Nepantla*. Cómo se apreciara y determinara las partes intermedias no es fácil averiguarlo.

Días y meses estaban gráficamente representados por imágenes, símbolos ó signos ideográficos. Principalmente los días se los ve reproducidos con verdadera profusion en muchos códices: en algunos con vivos y muy brillantes colores. Es de notar en el códice Borgia la imagen de un dios, tal vez el del año, que los lleva de adorno. Es riquísima la iluminacion de la figura, monstruoso el conjunto.

Como había entre los nahuas períodos de horas, días y meses, los había de

años. 13 años constituían una indiccion, un *tlalpilli*: 52 — 13 × 4 — una gavilla, un *xiuhmolpilli*: 204 — 52 × 2 — un ciclo, un *huehuetiliztli*.

Designábase los años de los tlalpillis por medio de la combinacion de dos series; una de 4 signos—*Tochtli*, *Acatl*, *Técpatl* y *Calli*—y otra de 13 números—del 1 al 13—combinacion que se agotaba dentro del *xiuhmolpilli* y no daba ni podía dar nunca para dos años igual signo y número. Véase cómo. Los años del *xiuhmolpilli* del 1 al 13, primer *tlalpilli*, eran: *Ce Tochtli, Ome Acatl, Yey Tecpatl, Nahui Calli, Macuilli Tochtli, Chicuace Acatl, Chicome Técpatl, Chicuey Calli, Chicunahui Tochtli, Matlactli Acatl, Matlactlionce Técpatl, Matlactliomome Calli, Matlactliomey Tochtli*; los del 14 al 26, segundo *tlalpilli*: *Ce Acatl, Ome Técpatl, Yey Calli, Nahui Tochtli, Macuilli Acatl, Chicuace Técpatl, Chicome Calli, Chicuey Tochtli, Chicunahui Acatl, Matlactli Técpatl, Matlactlionce Calli, Matlactliomome Tochtli, Matlactliomey Acatl*; los del 27 al 39, tercer *tlalpilli*: *Ce Técpatl, Ome Calli, Yey Tochtli, Nahui Acatl, Macuilli Técpatl, Chicuace Calli, Chicome Tochtli, Chicuey Acatl, Chicunahui Técpatl, Matlactli Calli, Matlactlionce Tochtli, Matlactliomome Acatl, Matlactliomey Técpatl*; los del 40 al 52, cuarto *tlalpilli*: *Ce Calli, Ome Tochtli, Yey Acatl, Nahui Técpatl, Macuilli Calli, Chicuace Tochtli, Chicome Acatl, Chicuey Técpatl, Chicunahui Calli, Matlactli Tochtli, Matlactlionce Acatl, Matlactliomome Técpatl, Matlactliomey Calli*. La combinacion resultaba ingeniosa: cada *tlalpilli* empezaba por diverso signo y concluía por su signo inicial, y de quererse proseguir la cuenta se hacía indispensable volver á *Ce Tochtli* y reproducir por el mismo orden las dos series.

Tochtli, Conejo, *Acatl*, Caña, *Técpatl*, Pedernal y *Calli*, Casa, eran en aquella cronología, á no dudarlo, signos de importancia. Por ellos se designaba los cuatro vientos ó puntos cardinales, las cuatro estaciones del año y, al decir de un escritor moderno, el sol, la luna, la estrella de la tarde y la tierra. Se los ve con frecuencia en los antiguos monumentos cronológicos. En algunos aparece la figura del sol en medio de una cruz como la de Malta, cuyos brazos terminan por los cuatro signos. *Tochtli*, está encima del sol; *Acatl*, á la derecha; *Técpatl*, debajo; *Calli*, á la izquierda.

No sería así extraño que los primitivos nahuas no tuviesen, como el señor Chavero sospecha, otros signos ni otros nombres para los días de sus meses. Que con posterioridad presidiesen los quintiduos ó períodos de cinco dias nos lo permite creer Olmos. Vinieron á confundirse despues entre los nombres y signos de las veintenas, pero quedaron solos y señores para la cuenta de los años. En el calendario civil se entiende, porque en el astronómico, segun revelan algunas páginas del códice Borgia, se la hacía tambien por los signos y nombres de los veinte días.

Además del año astronómico y el civil, que apenas se diferenciaban, había otro ritual, que principalmente servía para la fijacion de las fiestas religiosas. El

año ritual á que se daba el nombre de *Tonalámatl* y tambien el de *Cemilhuitlapohuallitztli,* constaba sólo de 260 días, distribuídos en 20 trecenas. Iban las trecenas encabezadas por uno de los días del mes civil en el siguiente órden: *Cipactli. Océlotl. Mázatl. Xóchitl. Acatl, Miquiztli. Quiáhuitl. Malinalli. Cóhuatl. Técpatl. Ozomatli. Cuetzpállin. Ollin. Itzcuintli, Calli. Cozcacuauhtli. Atl, Ehécatl, Cuauhtli* y *Tochtli.* Como los años del *xiuhmolpilli.* llevaban los días de cada trecena número—los números del 1 al 13;—y, como fueran 13 los días y 20 los nombres que se empleaba, corrían éstos de una trecena á otra y trastornaban el órden de los días iniciales. Daré por vía de ejemplo las dos primeras trecenas y la última.

1.ª Trecena: *Ce Cipactli, Ome Ehécatl, Yey Calli, Nahui Cuetzpállin, Macuilli Cóhuatl, Chicuace Miquiztli, Chicome Mázatl, Chicuey Tochtli, Chicunahui Atl. Mactlactli Itzcuintli. Mactlactlionce Ozomatli. Mactlactliomome Malinalli, Mactlactliomey Acatl.*—2.ª Trecena: *Ce Océlotl, Ome Cuauhtli, Yey Cozcacuauhtli. Nahui Ollin. Macuilli Técpatl. Chicuace Quiáhuitl. Chicome Xóchitl. Chicuey Cipactli. Chicunahui Ehécatl, Mactlactli Calli. Mactlactlionce Cuetzpállin, Mactlactliomome Cóhuatl, Mactlactliomey Miquiztli.*—20.ª Trecena: *Ce Tochtli, Ome Atl, Yey Itzcuintli, Nahui Ozomatli, Macuilli Malinalli, Chicuace Acatl, Chicome Océlotl, Chicuey Cuauhtli, Chicunahui Cozcacuauhtli, Mactlactli Ollin, Mactlactlionce Técpatl, Mactlactliomome Quiáhuitl, Mactlactliomey Xóchitl.* De pasar á otra trecena como verá el lector debería forzosamente empezarse de nuevo por *Ce Cipactli.*

Como este año no tenga ejemplar ni precedente en la cronología de ningun otro pueblo, se han empeñado muchos autores en inquirir la causa que pudo darle orígen. Tenía para unos este año por base y fundamento las revoluciones siderales de la luna, de las que venía á ser la mitad una trecena; y para otros, el tiempo en que el planeta Vénus dentro del año nuestro subsigue al sol y brilla por lo tanto en Occidente. Son á mi juicio inadmisibles una y otra hipótesis, cuando no sea más que por los siguientes motivos. Es en primer lugar inexacto que Vénus dentro del año solar brille en Occidente 260 días: Vénus ni por el tiempo de su aparicion en Occidente, ni por el de su aparicion en Oriente, ni por el de su revolucion en torno del sol (224 días, 16 horas, 49 minutos) podía en manera alguna determinar este raro período. No es por otra parte de suponer que los sacerdotes nahuas ignorasen que es de 27 días, 7 horas y 43 minutos la revolucion sideral de la luna. No comprendiendo cada dos trecenas del *Tonalámatl* sinó 26 días, claro es que al fin de cada año habían de quedar fuera de cómputo nada menos que 13 días, 5 horas y 1 minuto y por consecuencia espantosamente desniveladas la cronología y las revoluciones lunares. ¿Nada habían de haber hecho los sacerdotes por rectificar la diferencia?

A mis ojos tan extraña division del tiempo no pudo obedecer sinó á causas y fines religiosos. No era astronómica sinó ritual y cabalística. En ella, segun

vimos, descansaba toda la astrología de aquel pueblo. Digo mal astrología, puesto que era simple agorería. No es así de extrañar que primitivos historiadores de Indias, considerándola fuente de idolatría y de supersticiones, la censurasen acerbamente y hasta solicitasen que se la desterrara y aun se quemara los códices en que viniese escrita.

Acabaron de hacerla misteriosa y anómala aquellos sacerdotes cuando quisieron concordarla con el año civil. Para seguir contando sin confusion desde los 261 días hasta los 365 idearon otros nueve signos á que dieron el nombre genérico de «Los Nueve Señores Acompañados de la Noche» y los específicos de *Tletl* ó *Xiuhtletl*, *Técpatl*, *Xóchitl*, *Cinteotl*, *Miquiztli*, *Atl*, *Tlazolteotl*, *Tepeyoyotli* y *Quiáhuitl*. Estos signos y nombres los unian lo mismo á los de las modernas que á los de las antiguas trecenas; así que la primera la constituían ya en la siguiente forma: *Ce Cipactli*-Tletl, *Ome-Ehécatl-Técpatl*, *Yey-Calli-Xóchitl*, *Nahui-Cuetzpállin-Cinteotl*, *Macuilli-Cóhuatl-Miquiztli*, *Chicuace-Miquiztli-Atl*, *Chicome-Mázatl-Tlazolteotl*, *Chicuey-Tochtli-Tepeyoyotli*, *Chicunahui-Atl-Quiáhuitl*. *Mactlactli-Itzcuintli*-Tletl. *Mactlactlionce-Ozomatli-Técpatl*, *Mactlactliomome-Malinalli-Xóchitl*, *Mactlactliomey-Acatl-Cinteotl*.

Por la combinacion de las tres series habrían podido designar los sacerdotes hasta 2,340 dias ($20 \times 13 \times 9 = 2,340$); pero al llegar á los 361 suprimían ya los acompañados de noche. y al pasar de los 365 volvían bruscamente al *Ce-Cipactli-Tletl* interrumpiendo todas las series. Aunque adoptaron, como se habrá ya advertido, para nombres de algunos acompañados los de algunos dias—*Técpatl*, *Xóchitl*, *Miquiztli*, *Atl* y *Quiáhuitl*,—no por esto llevaron la confusion á su obra: pues, si dejaban comunes algunos nombres, no los signos y los signos de los acompañados eran tales, que no cabía confundirlos.

Trajo á lo que parece esta concordancia del año religioso y el civil notables mudanzas. Relegóse al calendario puramente astronómico y al civil la intercalacion de un sexto día *nemontemi* en cada cuadrienio; y en el otro calendario se reservó para el fin de cada *xiuhmolpilli* la apreciacion del resíduo anual de 5 horas 48 minutos y 53 segundos. Daba á los 52 años este residuo, 12 días y 14 horas: y se añadía al *xiuhmolpilli* 13 días, que se dedicaba á fiestas y regocijos, ó segun otros quieren á cada 5 *xiuhmolpilis* 65 dias.

Al *xiuhmolpilli* y al *huehuetiliztli* se sobreponía entónces este periodo cíclico de 260 años y otro mayor de 1040, compuesto de cuatro de 260.

A todos estos periodos añadían los nahuas cuatro grandes épocas ó edades que llamaban *tonatiuh*. soles, y suponían separadas por terribles catástrofes. Están esas grandes épocas pintadas en el Códice Vaticano, y por el órden que en él presentan se ve que la primera debió de ser el *A-tonatiuh* ó Sol de agua (*Atl*, agua): la segunda el *Ehecatonatiuh* ó Sol de aire (*ehécatl*. aire, viento): la tercera, el *Tle-tonatiuh* ó Sol de fuego (fuego. *Tletl*): y la cuarta el *Tlal-tonatiuh* ó Sol de tierra (tierra, *tlalli*). En las tres primeras edades se decía que,

salvos un varon y una hembra había perecido todo nuestro linaje: en la primera por una inundacion ó un diluvio, en la segunda por huracanes que soplaron de las cuatro partes del mundo y en la tercera por una lluvia de fuego ó por el fuego de los volcanes y los terremotos. Viene esto indicado en el mismo Códice, que fija hasta la duracion de cada época y la fecha de cada cataclismo. En la pintura del cuarto sol no se ve nada que signifique destruccion ni muerte. En ella una diosa, probablemente Centeotl, que baja del cielo galanamente vestida y adornada de flores, toma en sus manos dos ramas entretejidas de rosas, mientras á uno y otro lado un hombre que con su mano derecha empuña una bandera ofrece con la otra un ramo á una mujer, que lleva tambien su enseña y el pecho cruzado por una banda de hojas. Como la pintura toda sea indicio de fecundidad y alegría y no traiga por otra parte fecha, hase pensado, no sin razon, que esa cuarta época no se la daba aún por concluida, antes se creia estar en ella cuando la Conquista. Así opinaba Ixtlilxochitl cuando escribia su *Historia de los Chichimecas* y así opinan otros muchos autores.

Hablan, no obstante, de un quinto sol escritores tan autorizados como el de los *Anales de Cuauhtitlan*, Gomara, Motolinia y Gama. Este quinto sol fué, á lo que se dice, obra de los aztecas. Orgullosos estos hombres, quisieron ser principio de una nueva edad, y la empezaron por el día en que consideraron como término de su larga peregrinacion el lago de Méjico.

Acerca de la duracion de todos estos soles no hay datos fehacientes. Como antes dije, marca el Códice Vaticano la de los cuatro soles primeros. Lo hace desgraciadamente por medio de signos á que unos dan el valor de 400 y otros el de 80. Así mientras unos elevan la de las cuatro edades nada menos que á 18,028 años, la dejan otros en 3,628. Quienes tengan razon no cabe hoy por hoy decidirlo. Me siento inclinado á los últimos porque el signo causa de la duda no es á la verdad el que suele mirarse como expresion del número 400. El signo es un círculo con el área cruzada de líneas, del cual sobresalen rayas en que algunos ven yerbas: el mismo que, al escribir de los sistemas de numeracion, dí como símbolo del 80.

No pára aquí la discordia. Los autores que no recurrieron al Códice Vaticano la agravan considerablemente. Da por ejemplo el intérprete de este Códice al *Eheca-tonatiuh* 4,010 años; el del Códice Zumárraga, 676; Ixtlilxochitl, 1,715; el Anónimo de Gama, 364.

Hay no menor desacuerdo sobre la denominacion y el órden de estas edades. *Chalchiuhtlicue* llama el intérprete del Códice Zumárraga á la edad primera y *Nahui Atl* el Anónimo de Gama y Motolinia. *Nahui Ehecatl* dicen á la segunda Motolinia y el Anónimo de Gama. *Quiatonatiuh* llama á la tercera el Códice Chimalpopoca; *Nahui Quiáhuitl*, Motolinia; *Tlalocatecuhtli*, el Códice Zumárraga. *Tezcatlipoca* denomina por fin á la cuarta el intérprete de este mismo códice y *Nahui Océlotl* Gama y su Anónimo. Hay por otro lado quien cita el *Atonatiuh*

como el último de los cuatro soles y el *Ehecatonatiuh* como el primero, no faltando quien ponga, ya en el segundo, ya en el tercer lugar, el *Tlaltonatiuh* ó Sol de Tierra.

Preciso es, con todo, advertir que estas y otras discordancias de aquella cronología dependen en gran parte de las alteraciones que en su calendario hicieron las diversas ramas de la familia nahua. Ha visto ya el lector la importancia que en aquel pueblo tenían los signos *Tochtli*, *Acatl*, *Técpatl* y *Calli*. Habíaselo aplicado tambien á los cuatro soles. Se les cambió por tres veces el órden y de aquí, como era natural, graves mudanzas cronológicas. En tiempos remotos *Acatl* constituia el primer signo; *Técpatl* el segundo; *Calli* el tercero y *Tochtli* el último. Despues, quizá en tiempo de los toltecas, pasó *Técpatl* á ser el primero, *Calli* el segundo, *Tochtli*, el tercero y *Acatl* el cuarto. Vinieron los aztecas y pusieron en el primer lugar el signo *Tochtli*, en el segundo el *Acatl*, en el tercero el *Técpatl* y en el último el *Calli*. Estudiaron los antiguos historiadores de Indias la cronología, quien en documentos primitivos, quien en documentos toltecas, quien en documentos aztecas ó mejicanos, y no pudieron dejar de presentarse en desacuerdo.

Los cambios producidos por la inversion de estos cuatro signos he dicho que fueron graves, y lo fueron efectivamente. Se alteró por completo el orden de los días en las trecenas del *Tonalámatl* y el de los años en los *xiuhmolpillis* del año civil y el astronómico. A fin de evitar toda confusion en el ánimo de mis lectores he explicado la cronología nahua por la azteca, la de los tiempos de la Conquista. Compárese ahora los signos iniciales que entonces tenian las 20 trecenas del Tonalámatl con los que primitivamente tuvieron. Primitivamente los signos iniciales de las 20 trecenas fueron: *Acatl*, *Miquiztli*, *Quiáhuitl*, *Malinalli*, *Cóhuatl*, *Técpatl*, *Ozomatli*, *Cuetzpállin*, *Ollin*, *Itzcuintli*, *Calli*, *Cozcacuauhtli*, *Atl*, *Ehécatl*, *Cuauhtli*, *Tochtli*, *Cipactli*, *Océlotl*, *Mazátl* y *Xóchitl*. Hágase la misma comparacion entre los años del primer *tlalpilli* azteca y los del primer *tlalpilli* tolteca y se observará no menor discordancia. Los años del primer *tlalpilli* tolteca resultaban ser: *Ce Técpatl*, *Ome Calli*, *Yey Tochtli*, *Nahui Acatl*, *Macuilli Técpatl*, *Chicuace Calli*, *Chicome Tochtli*, *Chicuey Acatl*, *Chicunahui Técpatl*, *Matlactli Calli*, *Matlactlionce Tochtli*, *Matlactliomome Acatl* y *Matlactliomey Técpatl*.

No digo que se haga aquí la comparacion entre el *tlalpilli* azteca y el primitivo porque hay realmente lugar á creer que los antiguos nahuas no conocían ni el *xiuhmolpilli* ni el *huehuetiliztli* y sí tan sólo un ciclo de 80 años que dividian en cuatro veintenas encabezadas por los signos *Acatl*, *Técpatl*, *Calli* y *Tochtli*.

Que se contase por períodos de 80, que por períodos de 52 y 104 años, el sistema resultaba deficiente. El año en que tomó Cortés la ciudad de Méjico, el 1521, era en el calendario nahua *Yey Calli*. Siendo sabido que *Yey Calli* cons-

tituía el año tercero del segundo *tlalpilli* y por lo tanto el décimosexto del *xiuhmolpilli*, es óbvio que, si se quería concordar los años nahuas con los nuestros hasta que nació Cristo ó hasta que se creó el mundo, no había más que ir reconstruyendo hacia atrás los *xiuhmolpillis* ó gavillas. Constituyéndolos hacia adelante, es tambien óbvio que cabía concordarlos hasta nuestros dias. Esto hizo Veytia y nos dió en una tabla que ningun americanista desconoce la concordancia de unos y otros años desde el primero de la era de Cristo hasta el 1582. Por esa tabla sabemos que el año 1582 de Cristo fué el de *Matlactliomome Tochtli* y el 1.° el de *Nahui Calli*; mas ¿qué se adelanta con esto? *Nahui Calli* y *Matlactliomome Tochtli* vienen repetidos en la tabla 31 veces y corresponden á 31 distintos años. Con saber que un hecho aconteció en *Matlactliomome Tochtli* ó en *Nahui Calli* ¿sabríamos realmente algo? Para que la indicacion aprovechara sería indispensable tener un punto de partida fijo y conocer el número de los *xiuhmolpillis* trascurridos hasta aquellos años. Nosotros numeramos los siglos aún no siéndonos necesario: ¿se comprende que no numerasen los suyos los nahuas?

Yo no puedo convencerme de que no lo hicieran. Cuando menos los sacerdotes habían de tener su punto de partida y saber el número del *xiuhmolpilli* en que vivían, y el de los *xiuhmolpillis* en que habían ocurrido los principales acontecimientos. Pudo servirles y les sirvió sin duda de punto de partida primero la solemne atadura de los años hecha en Huehuetlapállan por los toltecas y después la que los aztecas hicieron en Atlixco ó Acahualtzingo: ataduras entre las que mediaron siglos. Me dice que así debió suceder sobre todo la importancia que á la cronología dieron siempre los nahuas. Ningun pueblo ha dejado de la suya tantos documentos en papel, en barro, ni en piedra; ningun pueblo la ha consignado como el nahua en una piedra parecida á la que se llama del Sol, piedra casi circular que mide una vara de espesor y cuatro y media de diámetro, pesa sobre quinientos quintales y es hoy la principal joya del Museo Nacional de Méjico.

¿Qué pueblo, por otra parte, ideó para su cronología más símbolos? Los tuvieron los nahuas, no sólo para cada uno de los dias del mes y cada uno de los meses del año, sinó tambien para el día inicial de las 28 trecenas de que vino á componerse, despues de compaginado con el civil, el año religioso, para el *tlalpilli*, para el *xiuhmolpilli*, para el ciclo de doscientos sesenta años y aún para el período máximo de 1040. Por esos símbolos podian á la verdad suplir bastante la deficiencia que en su calendario notamos, máxime cuando los utilizaban escrupulosamente en todos los manuscritos donde se proponían referir largas series de sucesos.

Penetró la cronología nahua con todas sus ventajas y sus inconvenientes en el territorio de los zapotecas. Habia tambien allí un año de 260 días distribuído en 20 trecenas y otro de 365 dividido en 18 veintenas y un período intercalar

de 5 días, que era de seis al fin de cada cuadrienio. Presentaba, con todo, la cuenta del año religioso particularidades que no conviene pasar en silencio. Las 20 trecenas estaban repartidas en 4 grandes cocijos encabezados por los signos *Chilla, Lana, Goloo* y *Guilloo;* y tanto estos nombres como los demás de los días, aunque en el fondo siempre idénticos, cambiaban no sólo de cocijo á cocijo sinó tambien de veintena á veintena. El año empezaba como el civil el día 12 de Marzo.

Véase por vía de ejemplo las tres primeras trecenas. *Chàga, càto, càyo, taa, caayo, xòpa,* etc., son los numerales del 1 al 13.—1.ª Trecena. *Quia-chilla chàga, Pillàa càto, Pelaala càyo, nelachi tàa, Peciguij caayo, Quelàna xòpa, Pillachina caache, Nelàba xono, Pelaqueza caa, Pillatela chij, Nelòo chijbitobi, Piñopipa chijbicàto, Piciguij chijño.* — 2.ª *Quiagueche Chàga, Palannaa càto, Pesloo càyo, Calaxco tàa, Pellòpa caayo, Qualàppe xòpa, Pillalào caache=Nichijlla xono, Peolàa caa, Pillaala chij, Làchi chijbitobi, Piñeè Chijbicato, Pecelàna chijño.*—3.ª *Quiachina chàga, Pelàpa càto, Peòlaqueca càyo, Calatella tàa, Pelloo caayo, Qualapija xòpa, Pillàa caache, Lache xono, Pelannaa caa, Neloo chij, Nixoo chijbitobi, Piñopa chijbicato, Pizaape chijño.* Complemento de la segunda veintena: *Quìallao chàga.*

Había aquí tambien, como se habrá visto, números para 13 días y nombres para 20 y por lo tanto una especie de compenetracion entre los dos años.

Era mayor esta compenetracion en el calendario de los mayas. Tenían los mayas el año de 18 veintenas con sus días intercalares, y por todo él corrían los 13 números del año religioso. Como seguían la numeracion y los nombres en los días complementarios, no empezaban nunca un año por el nombre ni el número del antecedente; pero si por el nombre de uno de los cuatro días iniciales Como los nahuas habían dividido los 20 días del mes en 4 períodos de 5, encabezados por otros tantos signos. Lo que hicieron en los años bisiestos para que no se interrumpiera este orden no hay quien lo sepa. No se necesita, sin embargo, gran fuerza de raciocinio para comprender que el sexto día intercalar, si consumía número no podía consumir nombre.

Los cuatro signos iniciales de los mayas eran: *Kan, Muluc, Ix* ó *Hix, Cauac.* Los nombres de los 20 días: KAN, *Chicchan, Cimi, Manik, Lamat;* MULUC, *Oc, Chuen, Eb, Ben; Ix, Men, Cib, Caban, Ezanab;* CAUAC, *Ahau, Imix, Ik, Akbal.* Los nombres de los meses ó veintenas: *Pop, Uo, Zip, Zodz* ó *Tzoz, Zeec, Xul, Dzeyaxkin, Mol, Chen, Iaax, Zac, Ceh, Mac, Kankin, Moan, Pax, Kayab, Cumhú.* Los nombres de los 13 números: *hun, ca, ox, can, ho, uac, uuc, uaxac, bolon, lahun, buluc, lahca, oxlahun.*

Nos dejó Landa por ejemplo un año que empezó por *Lahca Kan.* Hé aquí sus dos primeros meses ó veintenas: el de *Pop* y el de *Uo.* Veintena ó mes POP: *Lahca Kan, Oxlahun, Chicchan=Hun, Cimij, Ca Manik, Ox Lamat, Can Muluc, Ho Oc, Uac Chuen, Uuc Eb, Uaxac Ben, Bolon Ix, Lahun Men, Buluc*

Cib. Lahca Caban. Oxlahun Ezanab=Hun Canac. Ca Ahau. Ox Imix. Can Ik. Ho Akbal. Veintena ó mes Uo: *Uac Kan. Uuc Chicchan. Uaxac Cimij, Bolon Manik. Lahun Lamat. Buluc Muluc. Lahca Oc. Oxlahun Chuen=Hun Eb. Ca Ben. Ox Ix. Can Men. Ho Cib. Uac Caban. Uuc Ezanab. Uaxac Canac. Bolon Ahau, Lahun Imix, Buluc Ik. Lahca Akbal.*

Coincidía el principio del año maya con nuestro 16 de Julio. No existe sobre este punto discrepancia alguna entre los autores. Tampoco la hay sobre la manera como se designaba las diversas partes del día. El tiempo que trascurre desde el alba á la salida del sol se lo llamaba *Malih-okoc kin* y tambien *Pot akab:* el que media desde la salida del sol al mediodía, *Hatzcab:* el que va del mediodía á la noche, *Chunkin* y tambien *Cu ziztal kin:* la noche, *Akab:* la media noche, *Chumuk-Akab.*

Hay ya desacuerdo sobre los períodos en que se distribuian los años. Era opinion general que los mayas tenian *katunes* de 20 años para cuya conmemoracion ponían unas sobre otras en sus templos bien labradas piedras; y tengo yo para mí que debe respetársela contra la opinion de Pío Perez, que da 24 años á cada uno de estos períodos. No dice Perez las autoridades en que se funda, y no es por lo tanto digno de crédito. Con cada 13 *katunes* formaban un *Ahau-Katun* de 260 años y con 20 *ahau-katunes* un ciclo máximo de 5,200. Los 13 katunes del *Ahau-Katun* iban, segun Landa, numerados; y los 20 *ahau-katunes* del gran ciclo, designados con los nombres de los días.

Tal vez en lo último esté Landa oscuro ó desacertado. Atendida la conformidad de esta cronología con la nahua, es muy posible que acierten los que dicen que el ciclo máximo no se componía sinó de 4 *ahau-catunes* ó lo que es lo mismo de 52 katunes y no constaba por consecuencia sinó de 1,040 años.

El *katun* hay quien lo supone dividido en lustros de cuatro años.

Lo cierto es que aquí los signos iniciales no tenían menos importancia que en el sistema de los nahuas. Como ya se ha visto, encabezaban los quintíduos del mes, los meses y los años todos. *Cuch-aab,* cargador del año, llamaban al que del año era comienzo. Correspondían tambien como los Bacabes, de que escribí en otro párrafo, á los cuatro puntos cardinales del horizonte: *Kan* al Mediodía, *Muluc* al Oriente, *Ix* al Norte y *Cauac* al Occidente.

Dominaba aún la cronología nahua entre los chiapanecas, los quichés y los nicaraguatecas; y segun algunos escritores llegó á penetrar en tierras de los *mound-builders.* Me limitaré á dar los nombres de los días entre los quichés para no repetirme. Estos eran: *Mox. Igh. Votan. Ghanan. Abagh. Tox. Moxic. Lambat. Molo ó Mulu. Elab. Batz. Enob. Been, Hix. Tziquin, Chabin, Chic. Chinax, Cabogh, Aghual.* Figuran entre estos nombres los de algunos héroes: ¿lo serían tambien algunos de los nombres del calendario maya que nadie acierta á traducir?

En todas las cronologías del sistema nahua observo estrecha relacion entre

las divisiones del tiempo y las aritméticas, si se exceptúa la de 13 días, que debió de tener algo de simbólico y sagrado. Esto me hace sospechar si habría realmente en todas un período de 8.000 años, comprensivo de todos los que dejo indicados cuando no trascritos. El sistema vigesimal de los nahuas tenía por base el 5 lo mismo que sus veintenas civiles, como revela el atento estudio de los nombres de los primeros veinte números.

CLIII.

Estado intelectual.—Cosmogonías.—Revoluciones de la naturaleza.

Escasas las ideas que acerca de la creacion del mundo tuvieron los antiguos americanos y no ménos escasas las noticias que sobre ellas recogí, breve y de poco momento habrá de ser y será este párrafo.

Obra directa ó indirecta de la Divinidad consideraron el universo cuantas gentes en Dios ó en dioses creyeron; y obra comun de la Divinidad y el Diablo, los pueblos dualistas. Para las unas era Dios orígen y fuente de todo lo que existía: para los otros solamente de lo bueno. A los ojos de los iroqueses y los algonquines, por ejemplo, procedían de Dios ó de los génios del bien la vida, la salud, la concordia, la luz, los astros, el tiempo bonancible, los verdes montes, los risueños valles, los ríos de mansa corriente, los lagos y cuantos séres vivos amaban al hombre ó por lo menos no le ofendían; y del Diablo ó los génios del mal las fieras, las aves de rapiña, los raudales, los torrentes, los barrancos, los cerros pelados y abruptos, las tempestades, las tinieblas, la discordia, la enfermedad y la muerte.

Para muchos pueblos como para nosotros lo que es ahora la tierra no fué en un principio sinó mar sin orillas. Pareció la tierra á medida que se retiraron las aguas bien por la órden de un dios, bien por el soplo de los vientos. Primitivamente, segun el *Wallam Olum*, ni aguas había, sólo sí una vasta niebla y perdido en el espacio el Gran Monedo. Inmóvil y silenciosa estaba, segun el libro de los quichés, la mar dormida y sobre ella los que engendran y los que dan el sér brillando como luz creciente. Del seno de las mismas aguas había salido para los iroqueses la tierra. La tierra á los ojos de aquellos hombres no era sinó una enorme tortuga sobre cuya gruesa concha habían ido deponiendo légamo del fondo del mar forzudos mónstruos. Habíase extendido la tortuga segun se habían multiplicado plantas, animales y hombres.

En ningun sistema cosmogónico se suponía creados el sol, la luna ni los demás astros antes que la tierra. No dice el *Popol-Vuh* cuándo parecieron por primera vez el sol y la luna en el horizonte; pero sí que permanecieron velados

y dieron escasa luz mientras no quedó extinguida la segunda raza de hombres. Los muiscas aseguraban por otra parte que los había visitado Bochica cuando no vertía aún la luna sus rayos sobre Cundinamarca.

Posteriores á la humanidad hacían muchos pueblos el astro del día y el de la noche, tanto que no pocos les atribuyeron en disparatadas tradiciones el más absurdo orígen. Segun los iroqueses, era el sol la cabeza y la luna el cuerpo del padre de Enigorio. Segun los algonquines, había hecho Manabhozo de un marido perseguidor el infatigable sol y de la esposa perseguida la infatigable luna. Segun los esquimales, eran el sol y la luna dos hermanos, y las estrellas almas de sus mayores ó de animales que al morir se habían subido al cielo. Segun los thlinkites, estuvo en las tinieblas el mundo hasta despues del diluvio: logró entónces el cuervo Yehl apoderarse de tres cajas donde un anciano jefe de tribu tenía los astros y difundiéndolos por los espacios inundó de luz la tierra. Segun los gallinomeros el sol y la luna no eran sinó dos bolas de juncos mezclados con piedras de sílice que el coyote había puesto en las garras del halcon para que las llevara á lo alto y las encendiera. Dependía la palidez de la luna de que estaban húmedos los juncos de que se la hizo. Segun los navajos, por fin, eran obra de sus ancianos la luna, el sol y las estrellas. Encargáronse de suspender el sol en el espacio dos mudos flautistas y lo pusieron tan bajo, que por poco se abrasa la tierra. Gracias á que los ancianos, advirtiendo el peligro, á fuerza de echarle al rostro bocanadas de humo de tabaco lo redujeron á que se subiera á lo alto del firmamento.

Tenían tradiciones semejantes los mismos nahuas. Segun ellos, ántes que hubiese día en el mundo se habían reunido en Teotihuacan los dioses y despues de encendida una grande hoguera habían dicho que sería el sol el primero que se arrojase á las llamas y luna el segundo. Habíase echado el primero á la lumbre Nanahuatzin, un buboso; despues Tecuciztécatl, que se había ofrecido antes que ninguno al sacrificio y por cuatro veces había retrocedido al querer cumplir su palabra. Habían salido á poco por Oriente Nanahuatzin hecho sol y Tecuciztécatl hecha luna, los dos tan luminosos y refulgentes, que no los podían mirar ni los mismos dioses. Como no se hubiese querido que brillase tanto la luna, habíasele acercado un dios y dádole en la cara con un conejo. Habíase negado el sol á empezar su curso mientras no desapareciesen los dioses, y los dioses todos habían perecido. Había entónces Nanahuatzin recorrido por vez primera el horizonte y no había tardado Tecuciztécatl en seguirle.

Acerca de la creacion del hombre no andaban tampoco muy discordes aquellas cosmogonías. Eran muchas las que la decían posterior á la de los otros séres de la tierra. Algunas hasta llegaron á dar al hombre por padres, ya pájaros, ya brutos Eran en esto notables las de los nutkas y los potoyantes, rama de los californios. Aseguraba la de los potoyantes que el hombre no era sinó el coyote humanizado. Segun ella el coyote había adquirido nuestra forma á fuerza de

corregir hoy los piés, mañana las piernas, al otro día la cara, en otros las demás partes del cuerpo. Había sentido gran satisfaccion al ver que podía andar de pié y mirar á las nubes, pero no menor pena cuando por sentarse sobre el rabo lo había perdido. Segun la cosmogonía de parte de los nutkas, los animales todos llevaban en su seno *ab initio* el gérmen de nuestra especie. Soltáronlo un día espantados por dos séres desconocidos que iban en canoa bogando al remo, y surgió al punto el hombre.

Sobre la materia de que los primeros hombres hubiesen sido formados había mayor desacuerdo. Pimas y pápagos los tenían por compuestos de arcilla. Chiowotmakke, decían los primeros, despues de haber consolidado la tierra, al principio no más consistente ni más densa que una telaraña, tomó arcilla en las manos, la amasó con el sudor de su cuerpo y la sopló hasta que, llena de vida, se partió y se hizo varon y hembra. De lo más hondo de un campo, decían los segundos, sacó húmeda arcilla el Grande Espíritu, y desde las nubes á que subía la fué dejando caer en un agujero. Salió á poco Montezuma, y con él y su auxilio las tribus todas, inclusa la de los apaches, que fué la última. De barro nos suponían los iroqueses.

De más noble materia nos creían los winnebagoes. Segun ellos, Dios hizo de sus propias carnes á la primera mujer y de su propio corazon al primer hombre. Creó despues el primer hombre y la primera mujer de cada tribu y los distribuyó sobre la haz de la tierra. Puso en el centro á los winnebagoes y los distinguió dándoles el fuego y el tabaco. Era orgulloso este pueblo, y de su mismo dios quiso ser parte.

No llevaron tan lejos la soberbia ni los mismos nahuas. En una de sus tradiciones hacían al primer hombre hijo de la lluvia y del polvo, y en otra de un hueso que Mictlantecuhtli entregó á uno de los mil seiscientos dioses en que se dividió la piedra *técpatl* cuando cayó del cielo. Llegó el hueso á la tierra hecho pedazos; mas lo regaron los dioses con su propia sangre cumpliendo las órdenes de Citlalicue, y á los cuatro días vieron nacer un niño y á los otros cuatro una niña, Iztacmixcuatl é Ilancueitl, á quienes por de pronto alimentaron con jugo de magueyes.

Los quichés tenían sobre este punto más que tradiciones. Su *Popol-Vuh* refiere á la larga las vicisitudes por que pasó la formacion de nuestro linaje. Segun esa especie de Biblia los dioses quichés no se decidieron á crear al hombre sinó cuando se convencieron de que los animales no podían nombrarlos cuanto ménos glorificarlos. Hiciéronle de arcilla y debieron pronto arrepentirse de su obra. Sin cohesión, sin fuerza, flojo, linfático, torpe en sus movimientos, de turbios ojos, con lenguaje, pero sin inteligencia, no pudo á poco aquel hombre tenerse en pié y se deshizo en el agua. Aconsejados los dioses por el viejo Xpiyacoc y la vieja Xmucané, crearon después hombres de madera que crecieron y cubrieron la tierra. Estos hombres eran ya inteligentes y hablaban y razona-

ban, pero sin volver nunca los ojos al cielo ni acordarse de los séres que les habían dado la vida. Perecieron en una inundación donde les fué hostil toda la naturaleza y no dejaron memoria de sí como no fuese en los monos del bosque. Pensaron á la sazon los dioses en formar otros hombres, y esta vez acertaron. De maíz blanco y maíz amarillo los compusieron, de maíz del que Xmucané había hecho hasta nueve bebidas. Tan hermosos y perfectos los sacaron, que hasta los temieron. Les empañaron la vista como quien empaña con el vaho un espejo á fin de que no siguieran abarcando como ellos de una mirada el cielo y la tierra y penetrando todo lo que en tierra y cielo estaba oculto.

Esta triple creacion del hombre no es tan nueva ni original como parece si hemos de creer al ignorado autor del *Códice Chimalpopoca*. Según él, había entre los nahuas tradicion de haber sido formado y destruido cuatro veces el hombre ántes que el sol y la luna derramaran su luz por los espacios.

No tengo otros datos sobre las cosmogonías de América. Sólo puedo añadir que, segun una de las escuelas nahuas, la tierra surgió por azar y el cielo existió siempre, y segun tradiciones de Haytí el mar, probablemente el de las Antillas, fué hijo de una inundacion que sólo dejó al descubierto los altos valles y los altos montes.

Mas los americanos no hablaban solamente de la creacion del mundo; hablaban tambien de revoluciones de la naturaleza. Hemos visto ya en los nahuas la noticia de tres catástrofes: una por el agua, otra por el aire y otra por el fuego. Decían además aquellas gentes que había de sobrevenir otra por el fuego al fin de uno de sus ciclos, razon por la que cada cincuenta y dos años celebraban de noche durante la culminacion de las Pléyades la fiesta que dejo descrita en otro párrafo.

Entre los quichés acabamos de ver tambien que se daba como destruida por una inundacion la segunda raza de hombres: por una inundacion y una espesa resina que se dice cayó del cielo.

De una inundacion ó diluvio tenían muchos otros pueblos más ó ménos vagas noticias. Segun los winnebagoes había sido inundada la tierra ya por fuertes y tenaces lluvias, ya por vientos impetuosos que habían hecho desbordar las aguas del cauce de los ríos y el lecho de los lagos. En siglos venideros había de ocurrir otro cataclismo. Habia de perecer la tierra despues de cuatro días de una oscuridad profunda interrumpida á trechos sólo por la luz del rayo. El Grande Espíritu restablecería despues la asolada tierra. Segun los iowas allá en remotos tiempos habían sucumbido los séres todos de la naturaleza á la accion de largas y espantosas lluvias. Conservaban asimismo los mandanes idea de un diluvio y lo recordaban todos los años por una fiesta. De un diluvio hacían tambien mencion los thlinkites. No ya de un diluvio, pero sí de una inundacion los californios del lago Tahoo. Atacados por gentes poderosas, decían estos californios, nos vimos un día reducidos á servidumbre. Desencadenó las olas del Océano

el Grande Espíritu y fuimos á poco devorados por el mar opresores y oprimidos. Pimas y pápagos hablaban de otra inundacion.

Hallo recuerdos parecidos en Nicaragua, en los pueblos del Orinoco, entre los tupíes, en Arauco, en el imperio de los Incas. Grande hubo de ser el trastorno para que áun en tribus salvajes dejara memoria. Suponian los más de los pueblos que se habían salvado de la catástrofe cuando ménos un varon y una hembra; pero afirmaban otros lo contrario. Segun los winnebagoes y los nicaraguatecas los dioses habían debido crear otra mujer y otro hombre.

De otras revoluciones de la naturaleza no hallo tradicion alguna; sí de un fenómeno cuya existencia es inadmisible. En Méjico, en el Quiché y en el Perú se hablaba de una larguísima noche, de una noche que habia durado, segun Cieza, días, segun otros autores, años. ¿Qué noche podía ser esa de que hubiese podido quedar recuerdo en tierras tan apartadas las unas de las otras? Los aztecas, al decir de Gomara, creían que la noche había sido de veinticinco años y había ocurrido en el siglo séptimo de la era de Cristo. Los quichés, por lo que refiere el *Popol-Vuh*, entendían que sus mayores habían hecho en la oscuridad su peregrinacion desde Tulan-Zuiva al monte Hacavitz, en cuya alta cumbre habian visto brillar primero la estrella de la mañana y despues el sol naciente. Los peruanos, segun el mismo Cieza, encarecían las largas tinieblas por que sus ascendientes habían pasado, y afirmaban que se había erigido un templo en la isla de Titicaca por haber salido el nuevo sol de las aguas del lago.

No olvido que en todas las tradiciones se quiere hoy ver alegorías ó símbolos. Perdone el lector si se las doy sin descifrárselas. La interpretacion me parece con frecuencia no menos fantástica y caprichosa que la tradicion misma. Hoy por hoy refiero, no juzgo. ¿Cómo había de admitir, por ejemplo, que los nahuas hubiesen llegado á ver en la tierra un astro? Una idea tal habría producido una completa revolucion en la ciencia de aquel pueblo.

CLIV

Estado intelectual.—La Medicina.

Parecerá brusca la transicion de los sistemas cosmogónicos á los médicos. No me permite más la absoluta falta de noticias sobre el estado que en la antigua América pudieron tener otros ramos de la ciencia. Puro empirismo, cuando nó supersticion, era allí la Medicina; pero nos son siquiera conocidos los medios de que se valía para la curacion de las enfermedades, medios no tan escasos como algunos autores presumen.

Hase dado en la manía de creer que la terapéutica de los americanos estaba

toda reducida al uso de raros y estrambóticos remedios. Hasta en pueblos cultos formaban verdaderamente parte de la terapéutica la magia y la superchería; pero en todos es indudable que se recurría, ántes ó despues de aplicarlas, á medicamentos de los que al hombre ofrece la naturaleza. Más tengo para mí, y es que se reservaba generalmente lo extraordinario para las enfermedades que por lo desconocidas, largas y pavorosas atribuía la imaginacion de las gentes á hechizos, insidias de los enemigos ó malquerencia del diablo.

Diré de unos y otros medios empezando por los extranaturales, que son los que mejor se conoce.

Naciones había en que sólo se los empleaba con el objeto de descubrir el orígen del mal, el remedio aplicable y el resultado que la curacion daría. Tales eran, por ejemplo, al Mediodía la de los araucanos y al Norte la de los algonquines. Mandaba el médico araucano que se encendiera en la estancia del enfermo numerosas luces, ponía en un ángulo entre ramas de laurel una de canela de la que colgaba el tambor mágico y tenía al pié una llama dispuesta para el sacrificio. Por tres veces incensaba luego con humo de tabaco la canela, la víctima, los circunstantes y el enfermo, mientras entonaban las mujeres una cancion lúgubre al són de roncos atabales. Mataba despues la llama, arrancábale el corazon, chupábalo y clavábalo en la rama de canela, hacía como que buscaba algo en las entrañas del paciente, descolgaba el tambor, tocaba, cantaba, paseaba con todos los allí presentes y no cesaba hasta que, cayendo como aturdido, sufría raras y violentas contorsiones. En medio de este real ó supuesto paroxismo recetaba despues de haber hecho su diagnóstico y su pronóstico.

Los médicos algonquines, wabenos ó medas, sobre frescas ramas de verde follaje erigían para los enfermos con sujecion á reglas minuciosamente prescritas tiendas sin techo desde las cuales pudiesen observar el cielo. Entraban en la tienda precedidos por el de cabecera, que iba con su tambor, su maraca y su bolsa, cantaban á coro, cantando recibian al paciente y, ya que le habían dejado en la postura que su ritual exigía, se sentaban y permanecían por algun tiempo recogidos y mudos. Decidían al levantarse el plan curativo y éste por el atento estudio de los fenómenos que á la sazon ocurrían dentro de su limitado horizonte.

En ese plan curativo, como en el de los médicos de Arauco, volvían á figurar de seguro los medios extranaturales—el canto, la danza á són de tambor, la mueca, el conjuro, la succion, etc.—; pero á no dudarlo figuraba tambien el uso de ciertas plantas. La bolsa. distintivo del médico en muchísimos pueblos, principalmente en los del Norte, no era sinó un talego en que se llevaba multitud de yerbas.

Los medios extranaturales que por algunos médicos se empleaba eran verdaderamente risibles. Entre los koniagas asistía el shaman á sus enfermos provisto del tambor mágico y seguido de una de sus discípulas. Acercábaseles, y

para librarlos del espíritu del mal, en su opinion causa exclusiva de la dolencia, empezaba murmujeando conjuros que la mujer acompañaba con refunfuños y gruñidos. Cuando nada con esto conseguía, arrojábase con ímpetu sobre los pacientes y los estrujaba y forcejeaba como si en sus manos tuviese al mismo demonio. No los dejaba interin no dijesen á voz en grito los circunstantes: «¡se ha ido! ¡se ha ido!»

Entre los dacotas recorría el médico la tienda del enfermo, sentábase á no gran trecho de la cama, desnudábase á poco, tomaba un sonajero de corteza de abedul ó de calabaza, lo sacudia, cantaba y á fuerza de canturias se prometia atraer la enfermedad y por lo tanto sacarla del cuerpo del paciente. Si á las tres canciones, que los presentes repetian á coro, no lograba su objeto, fumaba tranquilamente en su pipa, cogía de nuevo el sistro, reproducia el canto y echándose sobre el enfermo le chupaba la parte enferma. No bien se levantaba, escupía agitado y corría á meter en agua el rostro como para limpiarlo del mal que hubiese podido quedarle en la boca. Tan seguro estaba ó parecía estar de haberse llevado con la succion la enfermedad de su cliente.

Atribuía á veces la enfermedad el médico dacota á un animal cualquiera, bípedo ó quadrúpedo. Empezaba entonces por hacer de corteza de árbol la imágen del sér que creia autor del maleficio, y, ya hecha, la ponía fuera de la choza del paciente dentro de un tazon de agua en que se habia desleido un poco de arcilla. Entrábase despues en la choza, y, sin dejar de sacudir un punto su maraca, producía los más extraños sonidos y gesticulaba como un energúmeno. Abríase en tanto de piernas sobre el tazon una mujer que llevaba recogidas las faldas junto á las corvas, y disponíanse hábiles arqueros á romper á flechazos la imágen. No bien parecía el médico en la puerta, rota la imágen y separada la mujer, saltaba por el tazon sobre sus rodillas y sus manos y dejaba que la mujer le saltase de un brinco á la espalda. Descendía luego la mujer, le asía por el cabello y le metía en la choza. Recogidos por fin los fragmentos de la imágen, se los enterraba cuidadosamente. ¿Podrá alguien descifrar el sentido de estas ceremonias?

En muchos pueblos, como ántes indiqué, fingía el médico sacar de la parte lesionada de sus enfermos algo material que suponía haber sido la causa de la dolencia: ya una astilla, ya una piedrezuela, ya un insecto, ya un sapo, ya sustancias que por lo desconocidas y repugnantes impresionaban vivamente los ánimos. Llevábalas en la boca y después de la succion las soltaba, bien sin esfuerzo, bien metiéndose en la garganta algo con que producir el vómito. En los criks, en los hurones, en los californios del Sud y en los de la Península, en Nicaragua, en el Istmo era general la costumbre.

En otros pueblos se quería espantar las enfermedades. Asistía allí el médico á sus parroquianos extrafalariamente vestido. Uno dicen haber visto en nuestros mismos días Catlin y Domenech que llevaba cuerpo y cara cubiertos por una

piel de oso, al cuello una sarta de colas, garras y dientes de fiera, en el pecho alas de pájaro, colgadas de la cintura, de los brazos y aún de la garganta serpientes de cascabel, escuerzos, murciélagos y tarántulas, en la mano izquierda un lanzon con cabellos por adorno y en la derecha el tambor mágico repleto de yerbas. Con tan raros trajes y con los cantos, los conjuros, los rugidos y las contorsiones de rúbrica entendían aquellas pobres gentes que no podía ménos de huir la enfermedad llena de miedo.

No con otro fin los winnebagoes solían andar al rededor de la cama de los enfermos llevando suspendidas de altas pértigas tortugas, culebras y sapos, y los chiquitos batían la tierra con sus macanas siempre que tenían en peligro de muerte algun individuo de su tribu.

Pero basta ya de los medios extranaturales, más usados en la América del Norte y la del Centro que en la del Mediodía. Entre los naturales el más generalizado era en mi opinion el baño ruso. Lo encuentro en casi toda la América Septentrional lo mismo hácia el Atlántico que hácia el Pacífico; y en algunos lugares hasta doy con sudatorios públicos. Sudatorios públicos había por lo ménos entre los mandanes, entre los californios, entre los *pueblos*, entre los moquis y en las ciudades de Méjico. En Méjico eran, además, pocas las familias de algun acomodo que no tuvieran en sus casas sudatorio. Estaba allí, á lo que entiendo, prescrito el baño ruso lo mismo por la terapéutica que por la higiene.

El sudatorio ó temazcal de los mejicanos era, segun las noticias más fehacientes, una pieza cuadrada ú oblonga sin más aberturas que la puerta, siempre angosta y baja, y un agujero estrechísimo en el techo. Despues de haberlo calentado lo más que cabía, se retiraba el fuego, se entraba desnudo al paciente, se le ponía sobre un petate, se cerraba la puerta, se iba rociando de agua paredes y pavimento y se producía una masa de vapor que sólo muy lentamente podía abrirse paso al aire libre. Cuando más profusamente traspiraba el enfermo, se le sacaba del sudatorio y se le sumergía de improviso en agua fría. A veces miéntras permanecía en el temazcal se le sacudía con un manojo de hojas de maiz ya todo el cuerpo, ya la parte lesionada; y otras despues del baño de agua fría se le frotaba las carnes. Casos había en que del sudatorio se le conducía á la cama.

Empleábase en Méjico el baño ruso principalmente contra las calenturas ocasionadas por enfriamientos, mordeduras de insectos y serpientes venenosas, relajaciones del sistema nervioso y dolencias morales. Tambien para la purificacion de la mujer cuando había salido del parto.

De temazcales eran asimismo calificados los sudatorios públicos de Nueva Méjico y la California del Norte. Estaban sitos generalmente en las orillas de los arroyos y consistían en simples excavaciones techadas de modo que apenas fuesen accesibles al aire. En los de California se mantenía vivo el fuego del otoño á la primavera: se lo guardaba con no menos cuidado que en los templos

aztecas y mayas. Poníanse allí en cuclillas al rededor de la lumbre cuantos necesitaban de baños, y para mejor promover la transpiracion se pegaban unos á otros y áun á veces hablaban ó cantaban á gritos. Cuando más sudorosos estaban, salían y se zabullían en el vecino arroyo. Contra todo género de enfermedades internas solían recurrir á tan violento tránsito del calor al frío.

Esos temazcales de los californios será bueno advertir de paso que, como las estufas de los pueblos, eran, además de sudatorios, lugares de reunion para los hombres, una especie de círculos vedados sólo á las mujeres que no ejercieran la Medicina. Durante los rigores del invierno buscaban allí abrigo no pocos varones.

Resultaba más duro este sistema de curacion en los pueblos más al Norte. Los koniagas, por ejemplo, principalmente los kadiaks, tenian sudatorios anexos á sus viviendas subterráneas. Ponian en ellos piedras, las calentaban que ardiesen, las rociaban y con el vapor que por este medio promovían bañaban en sudor á sus enfermos. Llevábanlos luego al próximo mar ó al próximo río, y no pocas veces para meterlos en el agua habían de romper á fuerza de puños el hielo que la cubría.

La manera de producir calor era de ordinario la ya referida: calentar piedras y rociarlas. Pueblos había, sin embargo, que usaban de otro procedimiento. Los californios del Centro abrian á veces en la arena un lecho donde cupiese á la larga un hombre. Caldeábanlo, retiraban la lumbre, lo removían y, cuando lo tenían á buena temperatura, tendían al enfermo de modo que la arena le sirviese de colchon y sábana. Ya que sudaba el enfermo á mares, le bañaban en frío.

Usaban algunos pueblos contra las enfermedades interiores otras clases de baños. Baños de agua fría, los nuevo-mejicanos del Sud, los pimas, las bárbaras tribus de la península de California y los cultos mayas; baños de agua caliente, muchas de las naciones que ocupaban la América del Centro. En Honduras despues de una corta inmersion en agua fría se obligaba al enfermo á correr en torno de una hoguera hasta que le rindiese el cansancio y le venciese el sueño. Entre los aztecas recordará, por otra parte, el lector que se bañaba en caliente á la mujer preñada dos meses antes del parto. Despues del parto se había de bañar durante veinte días la mujer mixteca.

Tal fe tenían en los baños todas aquellas gentes, que hasta los aplicaron á las enfermedades que despues de la Conquista les importamos los europeos. A esto se debió en no poca parte los terribles estragos que allí hicieron el sarampion y la viruela.

En muchos pueblos de América se usaba tambien la sangría. Por mera higiene se rasgaban los otomacos con afiladas puntas de hueso muslos y piernas siempre que en sus juegos de pelota se sentian arrebatados ó entraban en combate. Echábanse al río cuando querían restañar las heridas y, si no lo alcanza-

ban, las cubrían de barro ó de arena. Las sienes se abrían los guamos si los sofocaba el calor del baile ó del vino. Con el solo fin de continuar ágiles se sajaban los indios de Cueva los brazos y las piernas cuando en sus viajes no querían los piés llevarlos.

Como medio curativo hallo la sangría en el Perú, en el istmo de Panamá, en Honduras, en Guatemala, en Méjico, en las tribus salvajes que lo rodeaban, en la Florida, entre los criks, entre los californios del Centro, entre los koniagas. En el Perú se la empleaba, al decir de Garcilaso, contra los dolores de cabeza. Practicábasela en la junta de las cejas, encima de las narices. Hacíase al efecto uso de una punta de pedernal engastada en un palo hendido. Poníase la punta en la vena y dábase ligeramente contra el mango.

En el Istmo la sangría era remedio contra la fiebre. Disparábase contra el enfermo flechillas de punta con tope á fin de que no penetrasen más de lo justo. Interin no se daba en una de las venas seguían los disparos. Flebotomía tan rara como penosa. Cómo y por qué se sangrase en Honduras lo desconozco; sé tan sólo que en algunas dolencias se sacaba sangre de hombros, muslos y piernas. Sangrábase en Guatemala haciendo multitud de pequeñas picaduras y espolvoreándolas con sal luego de concluido el acto. En Méjico se usaba de la sangría contra varias enfermedades y se la practicaba con espinas de maguey, puas de puerco espín ó lancetas de iztli. Con aguzadísimas piedras la solían hacer allí las tribus salvajes. Se sangraba en la Florida por la frente. Se chupaba la sangre y se la recogia en vasos. Mujer que estuviera lactando ó en cinta se afanaba por beber de aquel líquido á fin de que fuera mejor su leche y más esforzados sus hijos. Contra los dolores agudos empleaban los criks la sangría. De los californios del Centro se dice que, cuando padecía el organismo todo, sangraban el brazo derecho; cuando parte, el izquierdo. Los koniagas por fin se atravesaban el uno al otro el brazo con ciertas agujas y sobre ellas se incidían la carne con instrumentos de pedernal ó de cobre.

En algunos pueblos se hacía tambien uso de purgantes y eméticos. Eméticos y purgantes á la vez eran, segun Garcilaso, ciertas raíces que en el Perú se tomaba contra los empachos y en general contra los dolores de estómago. De estas raíces, blancas y parecidas á pequeños nabos, decíase que las había machos y hembras. Cogíase de unas y otras, molíaselas, desleíase en agua ó vino sobre dos onzas y se daba á beber la mixtura al paciente, que había de echarse al sol para mejor y más pronto sentir los efectos. Producía el brevaje á la hora vahidos y desvanecimientos y en brazos, en piernas y en todas las coyunturas del cuerpo flojedad, hormigueo y grave molestia. Durante las evacuaciones el malestar, á lo que parece, lejos de disminuir, aumentaba; pero el resultado era grande segun el mismo autor, que dice haber recurrido por dos veces á tan penoso remedio. Había en el Perú otros purgantes y otros eméticos que desconozco.

En Méjico usábase principalnente de la jalapa y los piñones tostados como purgantes. Tambien del *amamartla* y otras raices. Tambien de la decoccion de la cola del *tlacuatl* ó *tlacuatzin*, la semivulpeja. Como eméticos se empleaba el *neixcotlapatli* y las hojas del *mexóchitl*.

Podría bajar de los remedios generales á los especiales, pero no sin llenar multitud de páginas. Diré sólo de los que se aplicaba á las enfermedades allí más comunes.

Que la sífilis fuese originaria de América no lo pondrá de seguro en duda quien haya leído á los historiadores primitivos de aquella parte del mundo, ni quien recuerde el desarrollo que tuvo en Europa á la vuelta de los primeros descubridores. Se le dió un nombre español, el de *bubas*, pero nó porque con este nombre viniese aquí designado tan terrible azote. No todos los pueblos tenían contra ella los mismos remedios.

Segun Cieza de Leon se la curaba en las costas del Perú sin más que purgarse, vivir en habitacion templada, mantenerse al abrigo del aire, comer parca y delicadamente y apurar uno tras otro vasos de zarzaparrilla, principalmente de la que se criaba en Guayaquil y la isla de la Puna. Con solo esto asegura Cieza que el mal desaparecía sin dejar huella.

Por un procedimiento análogo se combatía la enfermedad en las riberas del mar de los Caribes, si hemos de creer á Gonzalo Fernandez de Oviedo. La purga, el guardarse del frío, la comida sobria y buena resultaban ser tambien condiciones indispensables para que no fuera ineficaz la medicina. Tomaba el enfermo de doce á quince días cocimiento de guayacan ó de palo santo y se restablecía áun cuando fuese inveterada su dolencia. Con el mismo cocimiento había de lavar y limpiar sus úlceras si por acaso las tenía y quería que se le cerrasen y cicatrizasen. Tardaba la curacion sobre noventa días: en tanto no podía el paciente ni acercarse á mujer alguna ni dejar de seguir el régimen higiénico que le estaba prescrito.

Los californios del Mediodía usaban contra la gonorrea la canchalagua y contra las llagas el cauterio.

Eran en esto como en tantas otras materias dignos de atencion los nahuas. Los nahuas, por lo que leo en Sahagun, habían seguido paso á paso el curso todo de la enfermedad y acomodado á los progresos del mal los remedios. Empleaban ya las raíces, ya las hojas, ya las semillas de multitud de plantas; recurrían al baño y la sangría; y contra las úlceras hasta se servían de las limaduras de cobre. Imponían, por otra parte, al enfermo la prohibicion de comer pescado ni otra carne como no fuese la del zorrillo ó la del pájaro mosca. Tenían sustancias vegetales así para expeler del cuerpo el virus sifilítico como para corroer las llagas y abrir ó resolver tumores. Las tenían hasta contra la impotencia. No diré todos sus nombres; diré solamente los de las plantas que por decirlo así constituían el sistema general de curacion.

Las bubas se curaban, al decir de Sahagun, rociándolas con limaduras de cobre ó polvos de la yerba *tlaquequetzal*, dando á beber al enfermo agua de *tletlematl* y haciéndole tomar baños. Si con esto no desaparecían, debía beber el enfermo cuatro ó cinco veces al día atole mezclado con la semilla *michihuautli* ó agua de la raíz *cuauhtepatli*: y si acertaba á tullirse, agua de la raíz *tlatlapanaltic* y sangrarse.

Había en Méjico otra enfermedad de carácter epidémico. Llevaba por nombre *matlalzahuatl* y segun muchos autores fué ya en el siglo XI una de las principales causas de la ruina de los toltecas. Pareció dos ó tres veces con posterioridad á la Conquista; y ¡cosa singular! no se cebó más que en los indígenas. Atacó las tierras interiores, principalmente las más frías y estériles; dejó casi libres las costas. Circunstancias que á mis ojos no permiten que se la tome por la fiebre amarilla, azote endémico de los alienígenas en las playas del Atlántico. Acerca de la fiebre amarilla guardan silencio todos los primitivos historiadores de Indias y es á la verdad muy para creido que no existiese antes del Descubrimiento. Hasta fines del siglo XVII no fué materia de verdadero estudio: si hubiese existido en los tiempos de Colon, mucho antes la habria hecho la Ciencia objeto de sus investigaciones.

De la epidemia *matlalzahuatl* no conozco ni los síntomas ni el tratamiento. De otras enfermedades americanas conozco exclusivamente los síntomas. Una había en las comarcas húmedas del mismo Méjico, sobre todo en las costas al Sudoeste, que no afectaba sinó la piel y la cubría de manchas de varios colores. No ocasionaba dolor alguno al atacado que no cambiase de residencia; pero sí al que pasaba á regiones más frías. Segun mis noticias aún subsiste y es contagiosa.

Puramente cutánea había y hay aún otra enfermedad entre los salvajes de la América del Centro. Manifestábase por una especie de sarpullido que se extendía á todo el cuerpo y hacia no pocas veces que la piel saltara. Segun parece, lejos de enervar fortalecía. Se dice que son robustos y grandes sufridores de trabajos los que hoy la padecen.

Entre estos salvajes abundaban y abundan las enfermedades cutáneas. Era comun la lepra, allí tan caprichosa, que invadía con frecuencia á los hijos y respetaba á los padres, y otras veces invadía á los padres y respetaba á los hijos.

Otra enfermedad había y hay por fin procedente de la nigua. Es la nigua una pequeña pulga que se mete entre carne y cuero, come, se reproduce de extraordinario modo y causa no pocas veces la pérdida del miembro en que se introdujo. Ataca de ordinario los dedos de los piés por debajo de las uñas y hace estragos como á tiempo no se la extraiga. Para impedir que progrese y dañe no se conoce todavía otro remedio. Vive tan diminuta y penetrante pulga, *pulex penetrans*, al Sur de la América del Norte, en la América Central y en parte de la del Mediodía.

Contra las enfermedades comunes á los dos mundos conozco ya algun tanto la terapéutica. Curaban las tribus de Sinaloa las mordeduras de las serpientes con las hojas y las raices del guaco; y los californios del Sur, bebiendo desleídos en agua cenizas ó polvo del que encontraban en los nidos de hormigas. Tratábanlas muy de otra manera los ópatas, que ó bien cogían al venenoso reptil entre dos palos, le estiraban la cola y le mordían el cuello, ó bien lo unían por las dos extremidades y con los dientes le rompían uno por uno los huesos. Entendían y aseguraban aquellos cándidos y supersticiosos varones que transferían con esto á la serpiente el mal que les hubiese inferido. Más cultos los aztecas, chupaban la parte mordida, la calentaban al fuego, la restregaban con polvos de tabaco silvestre y le aplicaban la trasparente película de las pencas de los magueyes. Con los mismos polvos leo que la frotaban cuando habia sido mordida por alacranes.

Las dislocaciones las curaban esos mismos aztecas rearticulando los huesos á fuerza de tirar del miembro en que hubiesen ocurrido. Ponían luego sobre la parte dolorida polvos de *cuenepalli* mezclados con hollin; y, como sobreviniese grave inflamacion, empleaban la sangría. La sangría la usaban tambien en las fracturas, que remediaban con polvos de raíz de nopal y de *ococotli* y con entablillar el hueso roto. Solían asimismo entablillar los huesos rotos los atrasados nutkas, que utilizaban la corteza del abeto para los vendajes.

Lavaban los aztecas las heridas, sobre todo las de la cabeza, con orines calientes, rociábanlas con el zumo de una penca de maguey recien asada y, despues de haberlas espolvoreado con sal y hollin, las vendaban, relegando los parches al tiempo en que las viesen cubiertas de costras. Las sanaban los peruanos principalmente con la leche y la resina del árbol *mulli*, el *schinus molle* de Linneo; los californios del Sur con lociones y cataplasmas de salvia y romero; y los nutkas con emplastos y gomas. Recurrían á veces al cauterio algunas de las tribus incultas de la América del Centro.

De los aztecas nos dejó Sahagun en los libros décimo y undécimo de su *Historia General* un pequeño tratado de Terapéutica. Desgraciadamente nos dió en lengua nahuatl la mayor parte de los nombres de los medicamentos, nombres cuya equivalencia no encuentro en los diccionarios de que dispongo. Si la hubiese encontrado, trascribiria ahora cuando no fuese más que en resúmen lo que tan curioso autor dijo; no habiéndola encontrado ¿de qué serviría que la escribiese? Hablaré sólo de lo que pueda estar al alcance de mis lectores, y no sin relacionarlo con lo que de otros pueblos conozca.

Cuando tenían los aztecas sarnosa la cabeza, después de rapársela ó se la lavaban con orines y se la rociaban con polvos de hueso de aguacate ó se la humedecían con agua puesta en trementina á que habían echado polvos de semillas de algodon ó de ajenjos de la tierra. Cuando la tenían apostemada, ó recurrían á una mixtura de cal y de tabaco ó abrían en cruz las apostemas, las seca-

ban y con una pluma las untaban de trementina. Cuando la tenían con dolores contínuos, olían ú hojas verdes de tabaco ú hojas de la yerba llamada *ecuxo*, que tal vez provocasen el estornudo, y se la sahumaban y apretaban con vendas. Como con esto empeorasen, tomaban por las narices polvos de *cocoyatic*, allí planta en grande estima; y, si ni aun así experimentaban alivio, se la sangraban.

Al decir de Sahagún combatían los aztecas las enfermedades todas de los ojos, inclusas las nubes y las cataratas. Sólo para la curacion de las nubes hallo que empleasen medios, todos aquí conocidos. Echaban dentro de los ojos gotas ó de una disolucion de cardenillo y tomate ó de una de hollin y freza de lagartija. Aquí, empero, les llevaban á lo que parece mucha ventaja los peruanos, ya que, segun refiere Garcilaso, conocían bajo el nombre de *matecllu* ó *matiella* una yerba muy parecida á la oreja de abad que respecto á males de la vista era de maravillosa eficacia. Mascábasela, dice aquel autor, y como á primera noche se vertiese el zumo en los ojos enfermos y despues se la pusiese sobre ellos á manera de emplasto y se la vendase, al otro día ó cuando más al siguiente amanecían claros y buenos.

Escribe, además, Garcilaso de un remedio excelente para las encías. Hay en el Perú, dice, una raíz como de grama, aunque mucho más gruesa y de más espesos nudos, con la que se encarnaba y fortalecía los dientes y las muelas. Asábasela de noche al rescoldo, y cuando estaba aún ardiendo, se la partía en dos y se la aplicaba á las dos encías no sin gran dolor del paciente. Durante dos ó tres días estaban las encías blancas y el enfermo sin poder mascar cosa ninguna; y al tercero ó al cuarto se caía la carne quemada y aparecía otra muy colorada y linda.

Procedían los aztecas de muy diverso modo. Curábanse la hinchazon de las encías pinchándoselas, poniéndoles un poco de sal y frotándoselas con el dedo; y la toba ó sarro de los dientes raspándosela, si ya muy dura, y aplicándole grana, alumbre molido, sal y chile. Cuando aún blanda, combatían esa misma toba lavándose la dentadura con agua fría, restregándola con polvos de carbon y limpiándosela ya con sal, ya con una mixtura de sal, chile y grana, ya con cierta raíz llamada *tlatlauhcapatli*. A veces para el mismo fin se enjuagaban muelas y dientes con orines ó se los frotaban con polvos de copal y otros inciensos. Contra la muela que les dolía empujaban un grano de sal y un chile caliente y se sujetaban á la mejilla un emplasto de *ococotl* y de ciertos gusanos que se crían en el estiércol.

Cuando tenían las narices ásperas y secas, ó se las lavaban los aztecas con orines ó se las untaban con una mezcla de sal y *ulli*; y cuando con romadizo, tomaban la yerba *picietl* (el tabaco) y se frotaban lo interior de la boca á fin de provocar el vómito y arrojar las flemas. Se guardaban en este caso del sol y el aire y se abstenían de comer y beber cosa fría. Contra el romadizo

de los recien-nacidos se limitaban á verterles en las narices gotas ó de rocio ó de la leche de sus madres, ó se las recorrían con el dedo mojado en sal ó tomate.

Solían curarse la ronquera frotándose con *ulli* el cuello, bebiendo miel de abejas y echándose ó haciéndose echar en las narices gotas de la misma sustancia; y la tos, dándose con el dedo en la garganta, bebiendo agua de la raíz *tlacopopotl*, ó agua de la raíz *pipitzauac* (el *eupatorium sessilifolium*) ó agua que hubiese estado en chile y cal, ó agua hervida con chile, ó agua cocida con ajenjos, preservándose además del frio, privándose de beber pulque amarillo y cacao y comer fruta, no alimentándose sinó de cosas asadas ó tostadas y abrigándose y bañándose al uso de la tierra.

A los que escupían sangre les daban á beber cacao con especies aromáticas, con chile del más picante y con *ulli*, ó agua de *tlapalezcuahuitl* ó agua en que se hubiese revuelto un panecillo de distintas yerbas llamado *ozpatli*. A los que padecian de dolor de estómago les administraban por vía de purga dos ó tres piñones tostados; á los que de diarrea, zumo de tomates amarillos mezclado con chile y pepitas ó agua que hubiese estado con cal, amen de algunas lavativas de diferentes plantas; á los que de un cólico cerrado, calas de hollin mezclado con *ulli*, chile y *mequixcuitl* (el nitro mejicano); y á los que de cámaras de sangre, ó cacao con agua de cal ó un cocimiento de hojas de *cihuapatli* (la *eriocoma floribunda*) con hollin y clara de huevo.

Contra las enfermedades de la vejiga usaban entre otras pócimas vino con polvos de la cola de un didelfo macho y la de un didelfo hembra; contra las obstrucciones del caño de la orina agua con polvos de la corteza de *chichipatli* (la *baccaris amara*); contra las hinchazones de las rodillas, despues de punzarlas á fin de que salieran el pus y la sangre, bizmas de toloache (la *datura stramonium*); contra los males de los intestinos, el *ulli*.

El *ulli* es el *cautchuc*, la resina que mana del *olcuahuitl* (la *siphonia cahucha*). Lo empleaban los aztecas contra muchísimas enfermedades: así contra las de los intestinos y el estómago como contra las de los ojos y la cabeza. Empleaban tambien con frecuencia la goma del copal (el incienso americano), y la del mezquite, en nahuatl *mizquitl*, en lenguaje científico *inga circinalis*, y la del *ocotzotl*, una especie de pino aromático. Con gran frecuencia tambien el maíz, del que no se usaba ménos en la nacion de los Incas.

No digo más de la terapéutica de los nahuas, merecedora de una monografía. Debo añadir ahora que los californios del Sur en los casos de parálisis frotaban con ortigas los miembros inertes, y cuando querían desentumecerlos y avivarlos ponían sobre ellos una pasta seca de tallos de las mismas yerbas á que daban fuego; y los californios de la Península en casos iguales recurrían, no sólo á las fricciones de ortigas, sinó tambien á la aplicacion de hormigas que picasen. No puedo tampoco pasar en silencio que los yaquis curaban ó por lo mé-

nos se proponían curar las enfermedades del estómago metiéndole una varilla.

Despues de haber hablado de la Medicina, creo indispensable decir algo de los médicos. En el Perú los médicos, segun Garcilaso, no eran sinó gentes que conocían por tradicion las virtudes de ciertas plantas y habían adquirido práctica en la ejecucion de sencillas operaciones quirúrgicas, tales como la sangría. Servian sólo para los Incas, los caciques y sus deudos; no prestaban servicio alguno á los súbditos, que se remediaban los unos á los otros por lo que habían oido de boca de sus padres. Ni sabían tomar el pulso ni usar de medicinas compuestas; ni al que veian rendido y postrado le recetaban cosa alguna como no fuese la dieta. Dejábanle ordinariamente entregado á la naturaleza, que no siempre le mataba.

Había en el Perú médicos y médicas, y sucedía otro tanto en la nacion azteca. Aquí médicos y médicas, al decir de Sahagun, no sólo sabían sangrar y conocían las propiedades curativas de vegetales, animales y minerales, sinó que tambien curaban dislocaciones y fracturas, sajaban tumores, adherían y áun cosían los miembros dilacerados, operaban los ojos y apenas se detenían ante género alguno de dificultades. De las energías de las plantas tenían, á lo que parece, tal saber, que mucho despues de la Conquista, como uno de Michoacan, tildado de curandero, hubiese de presentarse ante los doctores del protomedicato de Méjico, se asegura que los confundió dándoles á oler una yerba que les produjo una fuerte hemorragia y luego polvos de otra con que al instante se la contuvo. «Hé aquí mis títulos y conocimientos, se refiere que les dijo; hé aquí el modo con que curo las dolencias de mis enfermos.» No es ciertamente de extrañar, si se considera que allí el médico disponía de jardines botánicos, hospitales y cadáveres en que aprender y ejercitarse, y, como era siempre hijo de médicos, pues cada azteca seguía invariablemente la profesion de sus padres, reunía á su propia experiencia la de sus antepasados.

Entre las médicas supone Sahagun que las había muy dadas á la supercheria y á la mágia. Algunas, escribe, soplaban á sus clientes, ataban y desataban sutilmente cordeles, ponian los ojos en el agua de una fuente ó barreño, echaban suertes con los granos gordos del maíz y aun fingían que se sacaban de los dientes gusanos, de otras partes del cuerpo papel, pedernal y cuchillos de iztli. Por otros autores veo que no dejaban tampoco los médicos de entregarse á supersticiosas prácticas, ya que en muchos casos conjuraban á los malos espíritus, invocaban á los dioses, frotaban y comprimían la parte enferma entre rezos y extraños gestos, aparentaban extraerle objetos causa de la dolencia y á veces componían de pasta de maíz una imágen, la engastaban en una hoja de maguey y la sacaban al camino con el piadoso fin de que se llevase consigo la enfermedad el primero que pasase. Medicina sin supersticion dudo que la hubiese en parte alguna de América.

En Méjico es, sin embargo, de notar que había unos como boticarios, es decir

unos hombres que vendían en el mercado público toda clase de medicamentos. Unido este hecho á la ya mentada existencia de hospitales, dotados casi todos de pingües rentas, y á la circunstancia de figurar entre los actos de culto y devocion la limpieza, principalmente la de calzadas y calles, prueba de todas maneras que estaban allí la medicina y la higiene como en ningun otro de los pueblos cultos.

Entre los mayas los médicos participaban ya de hechiceros y de sacerdotes. Para las enfermedades conocidas empleaban como los aztecas las plantas, la sangría, las purgas, la lavativa, los remedios comunes: contra las ignoradas exigían del paciente la confesion de los pecados, sorteaban los sacrificios hacederos y recurrían á los medios sobrenaturales de que ántes dije.

De las razas salvajes en muy pocas resultaba la Medicina profesion aparte. En unas iba anexa al cacicazgo; en otras, al sacerdocio; en otras, al sacerdocio y la mágia. Entre los chiquitos los caciques eran los médicos; y entre los haidahs los jefes, hombres-medicina. En las tribus de los fuegios, en las de los moxos, en las de la isla de Haytí, en las de la península de California exclusivamente los sacerdotes tenían á su cargo la curacion de los enfermos. Entre los araucanos, los puelches, los yuracarés, los tupíes, los caribes, los natchez, los hurones, los algonquines, los dacotas, los winnebagoes, los nutkas y los californios del Sur los médicos eran magos y los magos médicos. Entre los criks y los tinnehs iban juntas la Medicina, el sacerdocio y la mágia.

Los médicos-magos en algunos lugares habian adquirido importancia suma. Entre los dacotas, por ejemplo, se los admitía en todas las asambleas, se los oía sobre toda clase de negocios públicos, se les confiaba el mando de las tropas y el de las partidas de caza y se los creía árbitros de la suerte y el porvenir de los individuos y los pueblos. No se los iba á buscar en auxilio de un enfermo sin llevar en la mano derecha una pipa cargada de tabaco y en la izquierda arcos, mantas ú otros objetos de valía; y, cuando se los encontraba, se les hacía regalo de todo, se daba fuego á la pipa y se la ponían en la boca. En tanto que fumaban ¡con qué de lamentos y de suspiros no se le rogaba que se dignase visitar al paciente! Entre los californios del Norte el médico-mago era el que vestía las más ricas y hermosas pieles; el médico-mago, el que había de visitar y purificar el campo del que hubiese sido arrojada su tribu por los enemigos.

Se los temía á esos hombres y se los temía porque generalmente se los consideraba en relaciones con los espíritus. No pasaban los puelches cerca del sepulcro de uno de sus médicos que no guardasen el mayor silencio temerosos de que se levantase á castigarlos. En opinion de esos puelches los médicos no aplicaban á las enfermedades sinó los remedios prescritos por el Diablo, á quien se decía que de noche invocaban á gritos en campo abierto. Con el Diablo suponían tambien concertados á los médicos los caribes de Cumaná, dispuestos siempre á entregarles sus novias para que se las desflorasen. Con el Diablo aún los natchez,

que los creían dotados de virtud y energía para vencer no sólo toda clase de dolencias sinó tambien la muerte.

No en todos los pueblos el que deseaba ser médico lo conseguía. Donde iban juntas la medicina y el sacerdocio dicho se está que para ser médico se había de reunir las condiciones que para el sacerdocio se exigiese; donde iban juntas la medicina y la mágia lógico era tambien que debiera reunir las condiciones de mago el que quisiera ser médico. Entre los moxos el ejercicio de la Medicina formaba por decirlo así el primer grado del sacerdocio. Para obtenerlo era indispensable haber caido en las garras de un jaguar y haberse salvado, signo infalible de estar bajo la proteccion del invisible espíritu de los tigres, y someterse además á un ayuno de doce meses durante el cual no probase ni pescado ni carne.

Había entre los algonquines dos clases de médicos: médicos puramente empíricos, que llevaban el nombre de *muskekewininis*, y médicos-magos ú hombres-medicina, que llevaban el de *medas* ó el de *wabenos* segun la asociacion mágica á que pertenecían. Para esta segunda clase no se admitía ni siquiera como candidato al que por sus ayunos y sueños no se hubiese manifestado capaz de ejercer tan difícil arte. Aun al que lo manifestaba se le exigía que perseverase en la abstinencia, y sólo cuando se le veía hacer progresos rápidos, se le sometía á baños de vapor y se le iba iniciando en los misterios de la Medicina. Wabenos y medas creían en cierto poder oculto de la naturaleza y tenían naturalmente por más sabio al que más lo conocía. Habíanse así dividido en tres órdenes, constituídas entre los medas por los simples *medas*. los *sangemaos* y los *ogemaos*.

Había adquirido grande importancia esa especie de Medicina Sublime, á que se daba tambien el nombre de Medicina Danza, no sólo entre los algonquines, sinó tambien entre los dacotas y los winnebagoes. Recordará fácilmente el lector que entre unos y otros había clanes y éstos no se distinguían sinó por las diversas raíces que cada uno empleaba como medicamentos ó las diversas virtudes que á unas mismas raíces atribuían. No se entraba tampoco en esos clanes sin fórmulas ni misterios. Entre los winnebagoes se encerraba tres dias ántes de la iniciacion á los candidatos, se los sometía á rigoroso ayuno, se les hacia sudar á mares y se los instruía á ratos en los secretos de la naturaleza. El día despues se los colocaba de rodillas en uno de los extremos de una larga tienda donde al otro extremo había en pié de ocho á diez ancianos y junto á las paredes laterales, sentados en el suelo, los individuos todos del clan, hombres y mujeres. Uno tras otro daban los ancianos vueltas al rededor de la tienda con sus talegos de yerbas en la mano, y en cada una dirigía uno la palabra á los catecúmenos. Reuníanse luego formando círculo en medio del vasto aposento, soltaban los sacos, empezaban como á sentir bascas, doblábanse en arco y despues de esfuerzos mil arrojaban de sus espumosos lábios una pedrezuela que decían ser la de la Medicina. Poníanla en la boca de sus talegos, volvían á su primer sitio y

á poco avanzaban en línea llevándolos ante el rostro. Danzaban murmujeando primero lenta y pausadamente; despues á medida que se acercaban á los novicios levantando la voz y acelerando el paso hasta que al grito de *¡ough!* apretaban de súbito los sacos á sus propios pechos. Hacer esto y caer sobre sus frentes los catecúmenos como heridos del rayo era obra de un instante. Les temblaban todos los miembros, se les ponían rígidos los músculos y les sobrevenían terribles convulsiones. En cuanto volvían de su paroxismo, quedaban admitidos en el clan y eran ya hombres. Se les entregaba el correspondiente saco, se les ponía en la boca las vomitadas piedras y los afiliados todos los saludaban como hermanos.

Tenían esos winnebagoes hasta una especie de dios de la Medicina. Representábanlo por un animal cuadrúpedo con rostro de hombre, cuernos y larguísima cola: y aunque decían que sólo una que otra vez podían verle los magos, aseguraban que existía de él un hueso cuyos polvos desleidos en agua eran bastantes para combatir las más graves dolencias y áun arrancar á los enfermos de los mismos brazos de la muerte.

Es, por fin, de notar que no en todas las tribus salvajes dejaba de ser peligrosa la profesion de médico. Cuando el que la ejercía no curaba al paciente, como se le concedía el poder sobrenatural de que hice mérito, se atribuía en muchas á malquerer suyo la muerte, y donde no se le mataba se le infligía duros castigos. Tal vez para impedirlo se había infiltrado en tantas la idea de que la muerte era debida, cuando no á la cólera de Dios, á los conjuros y las malas artes de tribus enemigas, motivo, como se vió en otro párrafo, de no pocas guerras. De tan bárbaro salvajismo quedan aún por desgracia en América sobrados vestigios.

CLV.

Estado Intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Obras naturales.

Debo ahora escribir de las construcciones arquitectónicas; y antes me ha de permitir el lector que diga breves palabras acerca de las obras que como para servicio y enseñanza del hombre hizo la naturaleza.

En las tres Américas hay más ó ménos profundas cuevas que fueron un día, ya albergue de vivos, ya tumba de muertos, ya templo de dioses. En cuevas se dice que habitaron primitivamente los chichimecas; en cuevas, muchas hoy accesibles sólo por medios extraordinarios, se ha descubierto momias y despojos de apartados siglos; y en cuevas, alguna de misterioso aspecto por estalactitas y estalagmitas que unió el tiempo, se ha visto ya que tuvieron mixtecas y zapo-

tecas santuarios que eran á la vez panteones de pontífices y reyes. Son célebres entre las segundas las cuevas de Tennessee y de Kentucky y sobre todo las de Bolson de Mapimi, y entre las últimas las de Yancuitlan, Coatlan y Yopaa y la gruta de Chalcotongo. En los flancos de la cordillera de los Andes, entre Chavin de Huantar y Huanuco Viejo, distinguió no há muchos años Wiener cuevas-sepulcros. Para ver una hubo de bajar cien metros á horcajadas de uno como trapecio cuyas correas sostenían desde una meseta dos robustos indios. Extrajo de ella una momia que le puso en no poco peligro la vida.

Tampoco faltan en América puentes naturales. En la ribera de un torrente ó de un río de estrecho cauce acierta á caer un árbol secular sobre la opuesta márgen y constituye un puente que pasa sin miedo el indígena aún llevando carga en la cabeza ó los hombros. De Quito á la ciudad de Archidona se ve hoy mismo uno de esos puentes sobre el río Oyasacu; y no léjos de allí, sobre el río Maspa, otro artificial compuesto de troncos de árboles de las dos orillas atados y unidos por fuertes bejucos.

No son estos, sin embargo, los puentes que llaman la atencion en aquella vasta region del Orbe. Llámanla principalmente los de roca viva de Icononzo, tendidos sobre una profunda quebrada del valle de Pandi por la que precipita el torrente de Suma Paz sus caudales Dos son allí los puentes, y los dos se comunican por una angosta via abierta en el borde mismo de la quebrada. El uno, el más alto, está sobre el nivel de las aguas, segun los cálculos de Humboldt, á más de noventa y siete metros, y forma un arco que mide catorce y medio de longitud, doce con siete decímetros de anchura y dos con cuatro de espesor en su centro. Está el otro sobre el torrente a unos setenta y ocho metros, y se compone de tres masas de rocas, una de las cuales, la del medio, hace oficio de clave. Para concebir la grandeza de este segundo puente baste saber que tiene en su centro una abertura de más de ocho metros en cuadro por la que se ve el fondo del abismo. De qué puedan proceder tan gigantescos puentes seria difícil determinarlo. Se los suele atribuír á movimientos de la naturaleza; á movimientos de la naturaleza son debidos montes y valles.

Parecidos á los puentes de Icononzo son el de las montañas porfídicas de Chumbam en los Pastos, el de la *Madre de Dios*, próximo á Totonilco, y el del *Cedar Creek* de Virginia, arco calizo de veintisiete metros de ojo y setenta de altura sobre las aguas del río.

De nota son tambien merecedores los que hay en los contornos de Uxmal, tierra de los antiguos mayas. Con el fin de recojer en la estacion de las lluvias agua abundante para el resto del año habian hecho allí los mayas estanques provistos de más ó ménos hondas cisternas. Separados entre sí algunos de esos vastos depósitos por lindes naturales de piedra, idearon aquellos hombres socavar la tierra inferior para poner á los unos en comunicacion con los otros. Quedaron por este medio las lindes convertidas en puentes, que cuando más se forta

leció con grava y cemento. Puente hay de estos que mide seis metros de longitud por tres de anchura. Tal es el que hace veinte años dió en el tomo segundo de sus *Archivos* la *Comision Científica de Méjico.*

CLVI.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Puentes artificiales. —Caminos.—Acueductos.

Segun Velasco habia en el Perú puentes artificiales de piedra á que se daba el nombre de *rumichaca*. En mi opinion no es cierto. Daban este nombre á los puentes de piedra naturales, nó á los artificiales, como se desprende de lo que escribe Cieza en el capítulo 37.° de la primera parte de su *Crónica*, donde habla del puente de piedra entre Quito y Pasto.

Los puentes en el Perú eran generalmente de bejuco. Hé aquí segun Garcilaso cómo se los construía. En una de las márgenes del río formábase de cada tres bejucos una cuerda, de cada tres cuerdas una maroma, de cada tres maromas un cable y de cada tres cables un cablote que venía á ser tanto ó más grueso que el tronco de un hombre. Haciase de esos cablotes hasta cinco, mucho más largos siempre de lo que pedia la anchura de las aguas; y ya que se los tenía aparejados y dispuestos, se los ataba á sogas de cáñamo, de que pendían sendos cordelillos. Asían de los cordelillos sendos hombres, pasaban á la otra márgen nadando ó en balsas, y desde allí, ayudados de otros muchos, tiraban de las sogas hasta coger las extremidades de los cablotes. Montábase luego los cablotes en rocas inmediatas ó inmediatos estribos de cantería hechos á propósito que estaban el uno frente al otro en las dos orillas. Entre las rocas ó en medio de los dos estribos había escalonadas cinco ó más enormes vigas: por ellas se los pasaba y retorcía hasta darles toda la tension posible y en ellas se los sujetaba.

Haciase con tres de los cinco cablotes el suelo del puente: con los otros dos, los pretiles. En los del suelo atravesábase y fijábase con otros bejucos maderos tan largos cuan ancho se quería que el puente fuera; y sobre los maderos extendíase ordenadamente ramas, que juntas constituian una especie de manta. Con ramaje y no muy recias tablas de madera se hacia tambien una como pared del suelo á los pretiles á fin de evitar los desvanecimientos y la caida de los viajeros.

Se construyó, al decir de Garcilaso, el primer puente de esta clase sobre el río Apurímac en tiempo de Mayta Cápac. Tenia de longitud sobre doscientos pasos y en la época de la Conquista era tan fuerte, que no vacilaban los jinetes españoles en pasarlo sin apearse.

Cieza vió ya de esos puentes en las montañas de Abide, casi á la entrada de la América del Mediodía. Hallolos despues entre Jauja y Guamanga, entre Guamanga y Uramarca, en el Cuzco y entre Urcos y Quiquijana. En el de Abide estaban, segun él, prendidos los cablotes á meros troncos de árboles. A troncos de árboles encontró tambien sujetos Humboldt los del puente que en el año 1802 tuvo ocasion de examinar en la aldea de Penipé sobre las aguas del Chambo.

Aqui se advertía ya diferencias que es necesario recordar. Los cablotes eran de maguey, estaban en toda su extension cubiertos de tubitos de bambú y tenían de tres á cuatro pulgadas de diámetro. No había sobre el suelo del puente ni barrotes trasversales ni ramas. Tampoco cosa alguna del suelo á los pretiles. En cambio desde los troncos de los árboles se prolongaba el puente hasta la superficie de las riberas con el objeto de facilitar la subida y la bajada de los caminantes.

El sistema no dejaba de ser nunca el mismo. Las variaciones dependían á no dudarlo de la mayor ó menor importancia de la obra. No medía el puente del Chambo sinó cuarenta metros de longitud por dos de anchura, cuando hemos visto que el del Apurímac medía de longitud hasta doscientos pasos. Sobre el suelo de puentes de grandes dimensiones se sabe, por ejemplo, que en vez de ramaje se echaba arena y cascajo. Larguísimo el de Ollantaitambo sobre el Urubamba, tenía por estribos, además de los pilares de las riberas, un mogote de piedra levantado en medio del río.

Había en el Perú otras dos clases de puentes. Del *ichu*, cierta paja suave y correosa, hacíase cuatro maromas del grosor de la pierna. Atravesábase dos en el río y sobre ellas se ponía haces de enea y juncia recios como bueyes. Sobre los haces se tendían las otras dos maromas y encima otros del espesor del brazo. Haces menores y mayores y maromas de arriba y abajo iba todo atado y cosido lo uno con lo otro. Ejecutado esto, pasábase con toda seguridad de la una á la otra márgen. Construyose uno de esos puentes en el desaguadero del lago de Titicaca: tenía, segun Garcilaso, sobre ciento cincuenta pasos de longitud, trece ó catorce piés de anchura y más de tres de altura.

La otra clase de puentes no podía ser más sencilla. Usábasela de ordinario siempre que era más ancho el río que largos los bejucos ó las pajas. Levantábase fronteros dos pilares: uno en cada orilla. Atábase de pilar á pilar una gruesísima soga de cuero metida en un aro del que se colgaba un banasto y dos cuerdas que se prendía por sus cabos á las dos riberas. Metíase en el banasto al hombre ó bestia que habian de cruzar el río y se le llevaba de la una á la otra playa tirando de la respectiva cuerda.

Deleznables eran todos estos puentes, tan deleznables, que los de paja, enea y juncia, al decir de Garcilaso, se los habia de renovar cada seis meses y los de bejuco los hacia reparar el Inca todos los años, aunque podian durar sobre vein-

ticinco; mas no por esto resultaban ménos acomodados á la índole de aquellos ríos, en general de impetuosa y rápida corriente. Los ridiculizaron los españoles y hubieron de reconocer bien á su costa cuán injustos habían sido. En el primer tercio de la pasada centuria edificaron cerca de Santa uno de piedra en que gastaron un millon de pesetas. Se lo llevó el torrente sobre que estaba construido, y para establecer comunicaciones seguras entre Quito y Lima se hubo de recurrir al puente de bejucos. El año 1762 sucedió otro tanto con el de cantería que se hizo sobre el río Pisque á corta distancia de Quito. No resistió un año.

Continúan todavía en el Perú esos humildes puentes de cuerda. Uno hay en el ferrocarril de la Oroya junto á un puente de hierro que une dos montañas de los Andes. ¡A qué de reflexiones no se presta el contraste entre los dos puentes!

En Guatemala había tambien, segun ciertos autores, puentes de una sola cuerda. Pendía aquí del aro una correa que se ceñia al cuerpo el que había de pasar el río. Aun en Méjico es indudable que se conoció y usó, ya que no estos puentes, los que estaban compuestos de mayor ó menor número de maromas. Hacíase las maromas ó de fibras de maguey, ó de cañas, ó de ramaje y se las sujetaba en las orillas á recios troncos de árboles.

Construíase, además, en Méjico puentes de madera. Eranlo todos los de la capital, que, como es sabido, ocupaba el centro de un lago. Llegábase á la ciudad por cuatro calzadas á los cuatro vientos, y las cuatro estaban defendidas por torres y fosos cubiertos de puentes de vigas. De trecho en trecho puentes de vigas comunicaban tambien en casi todas las calles las casas de las dos aceras. Las vigas de estos puentes, segun escribió Cortés, eran muy grandes y muy bien labradas, y los puentes tan anchos, que por ellos podían pasar de frente hasta diez caballos. Levadizos todos, bien que no á la manera de los nuestros, no ocasionaron pocas pérdidas á ese mismo Cortés, así cuando hubo de abandonar, muerto Montezuma, la ciudad, como cuando se propuso recobrarla.

Puentes de cantería tengo para mí que los hubo en la misma tierra de Méjico. Tal vez sean contra mi juicio más bien obra de los españoles que de los indígenas los dos que hay en Puebla de los Reyes, al Norte de Tlaxcala, en el camino que conduce á San Francisco, puentes los dos de unas treinta y tres varas de largo que miden el uno once piés de altura y treinta y siete de anchura y el otro treinta y tres de anchura por cincuenta y cinco de altura, están compuestos de grandes piedras de forma irregular sin argamasa y tienen de ojo de cuatro á seis piés en alto y ancho; pero son á no dudarlo de los nahuas los de Chihuitlan y de Huejutla. Es el de Chihuitlan largo de doce piés, ancho de seis, alto de nueve, con parapetos, ojo de tres varas, y éste formado de dos enormes piedras que, unidas por sus extremos superiores y algo curvas en su parte interior, presentan visos y apariencias de arco. Las piedras todas son aquí

tambien irregulares y están sin mortero en los intersticios. No sucede así ya en el de Huejutla, levantado sobre un torrente. En él las piedras, de forma bastante regular, las junta cierta clase de argamasa.

Cerca de Palenque hay tambien, segun Galindo y Dupaix, dos puentes de piedra. Del primero, algunas leguas al Oeste de las Ruinas, sólo sé que tiene de anchura sobre quinientos pasos; del otro, al Norte del Palacio, leo en Dupaix que mide cincuenta y seis piés de largo, cuarenta y dos de ancho y once de alto, consta de bien labrados sillares que no une mortero alguno y presenta en su ojo el perfil de una campana de chimenea.

En el Perú, en el valle de Chavin de Huántar, sobre el río Mariash ó del Castillo, hallo otro puente, si con estribos de mampostería, con el anden compuesto de tres largos sillares.

Añádase á todos estos puentes los que solían poner en comunicacion los grupos de casas de los *pueblos,* puentes, unos cubiertos, otros al aire libre.

Tampoco faltaban caminos en América. Como no habían de servir para vehículos ni bestias de carga, eran en su mayor parte simples veredas; pero algunos, sobre todo en Méjico y el Perú, no ménos anchos que los de Europa.

Los del Perú asombraron á los españoles. Dos había, largos de mil leguas, que corrían el uno por la costa, el otro por las mesetas y las cumbres de los Andes y presentaban vencido tal cúmulo de obstáculos, que Cieza dudaba de que el emperador Carlos V pudiese con sus grandes medios hacer aquí otro tanto. El de la sierra estaba casi todo abierto en roca viva, pasaba hondísimos barrancos sobre inmensas masas de ladrillo y tramontaba los más altos y escabrosos picos á fuerza de escalones tallados en las peñas é interrumpidos á trechos por plazoletas. Iba el de la costa por los valles entre altos paredones y á la sombra de frondosos árboles, y por los arenales al hilo de recias estacas que servían para que el caminante no perdiese el rumbo. De Quito á Chile se asegura que bajaban los dos caminos; y el autor que ménos los pondera les da quince piés de anchura. Los mantenían limpios y rasos los Incas como los pavimentos de sus palacios, y no dejaban nunca de escudarlos contra las injurias del tiempo. En el de la costa ponían singular cuidado: no se cansaban de sustituír por otras las estacas caídas ni de reparar los muros.

Había en el Perú muchos otros caminos. De la plaza mayor del Cuzco partían cuatro para las cuatro regiones en que estaba dividido el Imperio. De los cuatro dos, el de Chinchasuyu y el de Collasuyu, ó sea el del Norte y el del Sur, constituían el de la sierra, del que acabo de hacer mérito. De los otros dos el de Contisuyu, ó sea el del Oeste, iba hasta el pueblo de Arequipa, y el de Antisuyu, ó sea el del Este, hasta la vertiente oriental de los Andes No eran tan extensos los demás; pero al decir de Cieza abundaban de modo que, cuando salía á campaña el Inca, marchaban por uno él y su corte y por otro su ejército. De tres á cuatro escribe el mismo autor que vió junto á Vilcas, tanto que un dia

se perdió por no haber acertado á tomar el que había de conducirle al término de su viaje.

Parte de estos caminos, principalmente en los lugares cenagosos, eran calzadas sostenidas por fuertes y recios muros. Una vió el mismo Cieza en el camino del valle de Xaquixaguana al Cuzco, y otra en el de Collasuyu, desde la salida del Cuzco á Mohina. En todos había á trechos los tambos de que en otro párrafo hice memoria y las casetas para los *chasquis* ó correos; y en algunos, ciertos mojones ó miliarios á manera de los que usamos aquí desde remotos siglos. De mojon á mojon iba, segun parece, como legua y media de Castilla; de caseta á caseta sobre un cuarto de legua; y de tambo á tambo una jornada.

En Méjico serían, á no dudarlo, simples veredas los caminos abiertos por las caravanas de mercaderes que se dirigian á nuevas y apartadas naciones. Teniendo como tenían aquellos comerciantes por costumbre ir á la deshilada y consumir en sus expediciones el menor tiempo posible, óbvio es que ni habían de necesitar ni detenerse en construír anchas ni correctas vías. Anchas y sólidas vías no dice nadie que las hubiera en region alguna del Imperio, como no fuese en la de los lagos; en ésta se afirma en cambio por los autores todos que las hubo soberbias. Soberbias ó humildes es digno de nota que anualmente se las reparase con grande esmero despues de la estacion de las lluvias. Verdad es que allí figuraban lo mismo la policía que la urbanidad en el catálogo de los deberes religiosos.

Hablé hace poco de la ciudad de Méjico y la presenté asentada en medio de un lago y unida á la costa por grandes caminos. Entró Cortés en su primera campaña por el del Sur y lo describió diciendo que media de largo dos leguas, tenía en sus márgenes los pueblos de Mexicaltzingo, Niciaca y Huitzilopochco, empalmaba á media legua de la capital con otro, que era el que venia de Xochimilco, estaba defendido en su punto de union por un baluarte con dos torres y dos puertas, terminaba en un puente de madera de diez pasos de anchura y era todo él una calzada de dos lanzas de latitud, muy bien obrada, por la que podían marchar de frente ocho caballos. Segun el mismo Cortés, resultaban ménos grandes los otros caminos; mas segun otros autores, ya que fuesen tan anchos, no eran de mucho tan largos, pues el del Norte, que venía de Tepeyacac, tenía escasamente una legua, y el del Oeste, que venía de Tacuba, no más de media. Ocupaban el del Este, segun los historiadores todos, los caños por donde se abastecían de agua dulce todos los vecinos.

Se dice si hubo tambien verdaderas calzadas en Guatulco y en Xochicalco, célebre por una bóveda de que escribiré más tarde. En Xochicalco, segun Latrobe, iban muchas en línea recta á la cumbre de la colina, estaban construidas todas con enormes piedras, estrechamente ajustadas las unas á las otras, y medían cuando más ocho piés de anchura.

Mas despues de las de Méjico las más importantes eran las del cerro de la

Quemada, de cuya fortaleza hablé en otro párrafo. Ménos por el Norte y el Nordeste, cruzábanse en las vertientes numerosos caminos de que arrancaban atajos y trochas para la cima. Abundaban los caminos sobre todo al Oeste, donde los había anchos de más de noventa piés, largos de cuatro y seis millas, rectos como lanzas, construídos con mal lisas piedras y tal vez cerrados, tal vez contenidos por murallas de que aun quedan restos. Anchos de treinta á cuarenta piés los había tambien al Oriente. Atravesaba uno de ellos un arroyo y moria á dos millas de distancia al pié de un *cuicillo* ó túmulo.

Disponían tambien de caminos los mayas en la península yucateca. Habían en sus tiempos de prosperidad abierto muchos entre los más importantes pueblos y aún algunos prolongádolos hasta las vecinas regiones de Guatemala, Tabasco y Chiapas. Segun Cogolludo habían hecho los principales desde los más apartados puntos del Reino á las playas fronteras de la isla de Cozumel, que venía á ser para ellos lo que para los católicos Jerusalen y Roma. Eran tambien estos caminos verdaderas calzadas y algunos tan espaciosos que, al decir del cura de Chemax, tenía el de Coba de diez á doce varas de ancho. Hermosas calzadas vió el Padre Landa lo mismo en el que unía los monumentos de Izamal con los de Tihoo como en el que partía de unos teatros de Chichén Itza; y una soberbia ha visto no hace aún treinta años Charnay en el trayecto de Izamal á Mérida. Tiene esta vía, segun Charnay, de seis á ocho metros de anchura, levanta del suelo cerca de ciento cincuenta centímetros, y se compone de piedras enormes cubiertas de una capa de mortero y otra de cemento de dos pulgadas de espesor que por lo bien conservada parece de nuestros días.

Aun en los pueblos salvajes había sus caminos. De uno de Costa Rica habla Acuña que, segun él, servía para la comunicacion de Cartago y el puerto de Matina y formaba parte de una red que desde las fronteras de Nicaragua se extendía al istmo de Panamá y á las costas del mar de los Caribes. Dice de este camino que tenía de treinta á cuarenta piés de latitud, se componía de bloques redondos de lava y venía defendido en sus dos lados por taludes de tres piés de altura. Habla tambien Blake de caminos en el desierto del Colorado; pero no los califica sinó de senderos.

Por lo angostos de senderos deberían asimismo ser calificados los caminos de los iroqueses; mas por su forma y construccion merecen otro nombre. Cabe apreciar todavía el que aquellos hombres hicieron de Oriente á Occidente, camino que empezaba en Albany sobre el Hudson, llegaba al Mohawk en Schenectady, seguía por las riberas de ese río hasta Roma, cruzaba el valle de Onondaga, corría al Norte del Cayuga y del Seneca, atravesaba en Avon las llanuras de Genessee y moría en el arroyuelo de Búfalo. Enlazaba este camino los territorios del Canadá y el Hudson y abundaba en ramales. No tenía de ancho sinó de un pié á pié y medio; mas estaba sólidamente construído, pasaba en

ciertos puntos como doce pulgadas debajo del nivel de la tierra, y recibía en todos la sombra de frondosas arboledas.

Tampoco faltaban en América obras hidráulicas. Junto á las Casas Grandes del Gila y de Chihuahua se distingue todavía restos de atarjeas que se presume llevaron agua á ciudades florecientes. En Uxmal hemos visto ya que hay estanques antiguos puestos en comunicacion los unos con los otros á fuerza de haberse socavado la tierra de sus lindes. Los hay no sólo en Uxmal sinó tambien en otros lugares de la Península Yucateca; y cuando se ha extraido el mucho lodo que los cubría, no se ha podido ménos de admirarlos. Tienen formado el lecho por numerosas capas de bien talladas y lisas piedras con las juntas en cruz y arcilla roja ó gris en los intersticios. Como ya dije, están generalmente provistos de cisternas. Lleva cuatro el que reconoció en Uxmal la Comision Científica de Méjico, y las cuatro miden veinticuatro piés de profundidad por cinco de diámetro y están calzadas de sillares sin cemento. Presenta además en sus bordes más de cuatrocientas *casimbas*, vasos abiertos en las rocas para recibir el agua de las lluvias.

En Palenque el arroyo que pasa junto á las ruinas corre algun trecho por un caz de piedra, ancho de seis piés y alto de diez, cubierto de una como bóveda de cantería. Tiene de largo el caz diez y nueve varas en la direccion de Norte á Sur y unas cincuenta y tres en la de Sur al Este y va, segun los más de los autores, subterráneo. En Veracruz, á Levante de Tlacotepec, en uno de los dos fuertes llamados «Las Palmillas» hay tambien vestigios de un acueducto que traía aguas cogidas á más de una legua de distancia. Restos de otro existen aún ocho ó diez millas al Sur del lago Amatitlan, en Rosario; y otro bien conservado, de piedra pulida y sin argamasa, sobre treinta millas al Oeste del mismo lago, al pié del volcan de Fuego.

Mas en América el país de las obras hidráulicas fué el de los aztecas. En Méjico lo eran las calzadas y aún las calles, ya que estaban dentro de un lago. Se las habia hecho hincando en el fondo grandes estacas, llenando los intersticios de tierra, cascajo y césped y asentando en la superficie con mortero bien labrados sillares. La ciudad toda, salvas muy pocas calles, estaba por otro lado surcada de los muchos canales sobre los que dije que habia á trechos puentes de madera. Recordará el lector, además, que por una de las calzadas venían los caños de agua dulce. Procedía el agua de Chapultepec, y los dos caños que la conducían eran cada uno, segun Cortés, de dos pasos de latitud, de un estado de altura y de un ojo por el que entrababa un volúmen de liquido como el cuerpo de un hombre. De allí iba el agua á los barrios todos de la ciudad por cañerías de menor diámetro, que al decir del mismo Cortés no dejaban, sin embargo, de ser grandes como bueyes. De los dos caños, probablemente de barro cocido cubierto de argamasa no servia nunca más que uno: habia dos para que se los pudiese limpiar sin que se interrumpiera el servicio.

Fué concebido, se dice, este notable acueducto por Netzahualcóyotl, empezado por Itzcohuatl, concluido por el primer Montezuma, inaugurado con grandes ceremonias y al fin reconstituido por el Montezuma que recibió á los primeros soldados de Castilla. Quiso Ahuitzotl, creyendo insuficientes esas aguas de Chapultepec, hacer otro por el que descendieran las de Coyohuacan, y lo hizo á pesar de lo ocasionada á desastres que le presentaron la obra. No bien hubo vertido por él las nuevas aguas, vió inundada Méjico y, mal que pesase á su orgullo, debió darse más prisa en retirarlas que no había mostrado en recogerlas.

Mucho ántes, en los días del ya citado Montezuma I, había ocurrido otra inundacion, orígen de la ruina de muchas casas. Hija de la súbita crecida del lago, se había temido que se reprodujera y se había pensado seriamente en evitarlo. Habíase al efecto construído al Sur de la ciudad un dique en forma de semicírculo, que tenía de anchura de dos á tres cuartos de legua y la tuvo mayor años más tarde. Obra fué esta que sorprendió á los españoles no ménos que las calzadas, pues medía hasta treinta piés de espesor y servía á la vez de defensa y paseo. Se la había hecho segun Torquemada hincando en el fondo del lago dos líneas concéntricas de estacas enormes entre las cuales se había ido asentando no ménos enormes piedras.

En la colina de Tezcutzingo, morada favorita de Netzahualcóyotl, eran ya de verdadero lujo las obras hidráulicas. Iba el agua á la cumbre de la colina por un alto acueducto de cantería de dos leguas de largo y caía en una fuente de que al desbordarse bajaba dividida en arroyos. A Norte y Mediodía alimentaba por dos atarjeas estanques de uno de los que se despeñaba al fondo de un precipicio, y más abajo por otras cañerías tres fuentes emblema del lago de Méjico. Era toda la colina un jardín y por todas partes corría el agua murmurando entre flores á la sombra de hojosos árboles.

Simples acequias para el riego de los campos vimos ya que las había en la mayor parte de las naciones de América. Como dije al hablar de la agricultura, eran generalmente poco anchas y ménos hondas, sin techo que las cubriera, ni ladrillo ni piedra que las calzara. En Quito se conocía ya los acueductos superficiales y los subterráneos. Se los construia ordinariamente con piedras unidas por betun de gran dureza. En ciudades y pueblos no era raro ver aún antes de la dominacion de los Incas fuentes artificiales mantenidas por aguas que venian de léjos.

Acontecia otro tanto y más en el Perú, donde no se perdonaba sacrificio por llevar el riego lo mismo á la Sierra que á los Llanos. Para vencer las dificultades que se oponían al paso de las aguas se llegó allí á perforar las peñas. Y esto que, á ser verdad lo que se refiere de la fortaleza del Cuzco, se había estudiado mejor que en la antigua Roma las leyes de la hidráulica. Aunque la fortaleza ocupaba la cumbre de un cerro como el de Sajsahuáman y no había acueducto alguno exterior que lo uniera con otros cerros, se la dice provista de buenas y abundantes aguas.

En las obras de esta índole habían hecho los peruanos maravillas. Se conservan aún ciertas cañerías del castillo de Ollantaitambo. Estaban todas abiertas en roca viva y á lo mejor en la vertiente casi vertical de la montaña. Sólo donde había soluciones de continuidad eran de ladrillo. Venían las aguas de cimas eternamente nevadas de la Cordillera y caían en vastos depósitos. Hasta en la poblacion que hay debajo del fuerte abundaban y abundan los canales. Los hay en cada calle y sólo en las esquinas losas por que pasarlos.

Por esos canales tenían marcada prediléccion los Incas. En Viracochapampa, en el palacio de los Reyes, plaza, patio, recintos, segun estaban rodeados de canales, constituían verdaderos islotes. Tambien allí simples losas servían de puentes.

No eran ménos aficionados los Incas á los juegos de aguas. La vertiente occidental de una de las tres colinas de Concacha se la había dividido en escalones. Aguas que descendían de la cumbre saltaban del primer escalon en forma de cortina, del segundo en forma de chorro, del tercero en forma de abanico.

Pongo aquí punto al párrafo. Tal vez extrañe el lector el órden que en él he guardado. Por tierra el hombre se abre siempre más ó menos fácil camino, no por agua. El puente es ántes que la vía; sobre todo el puente como lo hemos visto en América. Puentes de piedra hemos encontrado allí pocos y áun de estos se duda que sean anteriores á la Conquista. ¿Podía confundirlos con las obras hidráulicas?

CLVII

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Materiales.—Elementos Arquitectónicos.

Las obras de que acabo de escribir eran de pura necesidad. Sólo en la distribucion de las aguas de Tezcutzingo y de Concancha se descubría la mano del arte. Es para mí el arte expresion de sentimientos, y no sé verla ni aún en las calzadas del Perú y de Méjico. Me la revelan en cambio el simple terraplén levantado en honra de un dios, la piedra sin labrar erigida sobre la fosa de un héroe y la más sencilla greca esculpida en muros de barro. Cuando no en otro sentimiento, se inspira el arte en el de la belleza.

He de hablar ahora de los monumentos de América y me propongo dar ántes una sucinta idea de sus materiales y sus elementos arquitectónicos.

Salvo los metales, se empleaba en aquel vasto continente las materias que en Europa: la tierra, la arcilla, la madera, la cal, la arena, el betun y la piedra; el adobe y el ladrillo; la argamasa, el cemento y el estuco. Usábase tambien

casi de los mismos aparejos: el tapial, el hormigon y la mampostería: el sillar paralelepípedo, el ciclópeo y el almohadillado: la sillería de juntas en cruz y la de juntas verticales; los revoques y los enlucidos.

No vaya, sin embargo, á figurarse el lector que tal sucediese en toda América. No sé de ningun pueblo salvaje que para sus construcciones puliera los materiales que la naturaleza le suministraba. Muchos no se valían nunca de la piedra. Los mismos *mound-builders* apénas empleaban sinó la tierra y el guijo. El sillar almohadillado no recuerdo que se lo haya visto fuera del imperio de los Incas; y fuera de él áun el aparejo ciclópeo era por lo ménos raro. Recurrían poco á las argamasas los peruanos de la Sierra: y los nahuas y los mayas, segun llevo dicho, revestían de cemento hasta los caminos. Para los relieves de sus muros servíanse frecuentemente del hormigon los arquitectos de Yucatan y del estuco los de Palenque; procedimientos desconocidos en otros pueblos. Usaban tambien del hormigon los peruanos de la Costa, mas sólo para relleno de sus paredes. Los adobes tenían generalmente más aplicacion que los ladrillos: los había de colosales dimensiones. Los enlucidos apenas se los encontraba más abajo de la actual república de Méjico. De plata creyeron los españoles los edificios del Yucatan la primera vez que avistaron aquellas playas. Los peruanos empleaban poco la madera y los mayas la utilizaron para dinteles de sus puertas y aún para relieves.

Comunmente edifican los pueblos con los materiales que su territorio les ofrece, y no era natural que hiciesen excepcion los de América, ya que por la falta de bestias de tiro no podía ménos de serles difícil todo género de conducciones y arrastres. En los siguientes párrafos tendremos ocasion de ver con asombro traidos de lejanas canteras sillares enormes á monumentos como los de Palenque y Mitla; pero nó con frecuencia.

Tampoco escaseaban en aquella parte del mundo los elementos arquitectónicos. Dejo por ahora aparte los pavimentos, los muros y los techos, de que hablaré cuando llegue á la descripcion de los principales edificios. Existían el pilar, la columna, algo que se parecía al arco, bóvedas, frisos, cornisas, vanos de distintas clases y escaleras.

Por lo primitivos y rudos son de notar ante todo los pilares de Aké, ciudad yucateca no léjos de la de Tihóo. Treinta y seis distribuidos en tres filas paralelas hay allí sobre la meseta de una pirámide truncada á que se sube por una escalera de más de doce varas de anchura. Tienen de lado unos cuatro piés, de alto quince, é imponen, abiertos como están hoy á la luz del dia por carecer de toda techumbre. Compónense de grandes piedras, toscamente escuadradas aún por sus paramentos interiores, entre las cuales no se descubre argamasa de ningun género; y no presentan indicios de capitel ni base.

Ni base ni capitel tenían los numerosos pilares de las fachadas y galerias de Palenque con ser ricos y estar adornados de relieves de estuco: mas eran cuando

ménos rigorosamente cuadrangulares y lisos. Con capitel los veo sólo en uno de los edificios de Chichén Itza, en un salon que mide más de noventa piés de largo, más de doce de ancho y diez y siete de altura. Dos hay allí anchos de cerca de dos piés y altos de nueve y medio que llevan por corona un paralelipípedo de alguna mayor latitud, que uno como filete separa del fuste. Segun Charnay, que asegura haberlos visto, los había tambien en las casas de las antiguas ciudades toltecas; si con ó sin capitel y con ó sin base lo ignoro.

No abundaban los pilares en la tierra de los Incas, pero los hubo. Testigo el frente occidental del templo de Pachacámac al Sol, donde se los ve en número de doce. Tampoco observo que llevaran ni bases ni capiteles.

La columna en el Perú no creo que se la conociese. Se la conoció y usó, á no dudarlo, en Yucatan, en Palenque, en Mitla, en Méjico. En el monumento principal de Mitla, en la sala del pabellon del Norte las hay en fila que espantan por su grandeza. Miden más de cinco varas de altura por una de diámetro y son monolíticas. Quien las dice de granito, quien de pórfido; y al paso que unos las consideran destinadas á sostener un techo, probablemente de madera, otros las miran como símbolos. Carecen todas tambien de capitel y base y sólo en su remate superior disminuyen de diámetro.

Veo aún columnas sin base ni capitel, pero formadas ya de muchas piezas, en Chichén Itza. Las hallo en el juego de pelota y sobre todo enfrente de la pirámide del Castillo, donde hay todavia en pié más de cuatrocientas, bien que mutiladas. A cuatro ó cinco de fondo constituían las cuatrocientas con las que ya desaparecieron el pórtico ó la galería de una plaza ó de un patio cuadrilongos de vastas dimensiones. Se ha dudado que sean columnas; pero á mi juicio lo confirman el hecho de componerse muchas de varios anillos y el de notarse en algunos la espiga donde se habían de engastar ó estuvieron engastados los superiores.

Encuentro ya columnas con capitel en el palacio de Zayi. Las hay en los vanos del segundo piso de la fachada, no ménos sólidas que elegantes. Tienen por todo capitel un simple abaco; pero no tenían más tampoco las de la primitiva Grecia á juzgar por las que existen en uno de los sepulcros de Beni-Hassán.

Con capitel y base las veo en el ya citado Castillo de Chichén Itza. Llevan por capitel un enorme tablero y por base una cabeza de serpiente, ya casi borrada. Recias, bajas y con la base protendida, perdóneseme el latinismo, son á la verdad poco bellas, digan lo que quieran ciertos autores. En este género lo eran de seguro más algunas de las del juego de pelota del mismo Chichén, donde la base, la cabeza de serpiente, de fauces abiertas, medía tres piés de altura y el fuste, adornado de hermosos collarinos, estaba todo cubierto de plumas. Tambien aquí resultaba, sin embargo, protendida la base.

Columnas que representaban serpientes boca abajo las había tambien, al decir de Sahagun, en Tula de Méjico. En Méjico y en Yucatan se referían sin duda

al culto de la culebra de plumas en que tenían su símbolo el Cukulcan de los mayas y el Quetzalcoatl de los nahuas.

El más bello ejemplar de las columnas de América se lo encontró indudablemente en esa misma ciudad de Tula que fué corte de los toltecas. Tendido en el suelo de la plaza y dividido en dos trozos, nos deja ver cómo estuvieron ajustados sus diversos anillos. Tenía cada uno en la parte superior su espiga y en la inferior su mortaja: en la mortaja del uno entraba la espiga del otro. El fuste estaba todo cuajado de extrañas y caprichosas labores. Si llevaba capitel y base lo desconozco: presumo que los llevaría, puesto que se halló capiteles toltecas y hubo allí, segun acabo de indicar, bases parecidas á las de Chichén Itza. De uno de los capiteles tengo á la vista un dibujo: es cilíndrico, bien que de planos diversos, en uno de los cuales viene esculpido un ancho follaje.

Lo singular es que en Tula se conocía tambien la cariátide. Fragmentos de tres vió Charnay en la misma plaza, y se apresuró á reproducir uno verdaderamente notable. Constituye este fragmento la mitad inferior de una que debió ser gigantesca: tiene de altura más de dos metros; de diámetro en las piernas, ochenta centímetros; de largo en los piés, más de un metro. Por él cabe apreciar perfectamente el traje nahua: el bordado maxtli, la liga de cuero con borlas, los cacles ó cotaras sujetos por correas que pasan entre los dedos de los piés y están ceñidas á los tobillos. Como se ve, diferían aquí las cariátides de las de Grecia: allí eran mujeres, aquí varones.

En Tula había, además, columnas empotradas en las paredes y en las ciudades yucatecas de Sayi y de Hewick unos como balaustres pegados á los muros de las fachadas.

Otra particularidad he de escribir aún, y es que en el capitel de una de las columnas del Castillo de Chichén Itza hay esculpido entre varios adornos un guerrero con las manos levantadas que no parece sinó que quiera sostener con ellas el entablamento, circunstancia que hace recordar no poco los capiteles romano-bizantinos.

Despues de todo distaba de reunir la columna americana la belleza de las que tanto nos admiran en los monumentos de Grecia y Roma. No había ninguna cónica, ni ninguna con las armónicas proporciones del más severo de los órdenes griegos. Tampoco ninguna estriada.

Pasemos al arco. Si lo hubo en aquella parte del mundo, confieso que no ha llegado á mi noticia. Tengo para mí que no se lo conoció en ningun pueblo. El ojo del puente de Huejutla, como vimos ya, es un ángulo obtuso. Hay curvas en Palenque y curvas que tienen la figura de la hoja del trébol: pero no merecen el nombre de arcos ni son en manera alguna comparables con las que nos presenta bajo la misma forma la arquitectura de los árabes. Son curvas ciegas, invertebradas y abiertas en el macizo de los muros. Con asombro las deberíamos mirar si fuesen verdaderos arcos, ya que las más se desarrollan sobre paredes inclinadas.

Los verdaderos arcos se componen de dovelas cuyas líneas de junta son la prolongacion de radios de uno ó más círculos. Sin dovelas, ó con dovelas que no reunan esta condicion, no hay arco posible. Así vemos que tienen las dovelas todas, salvo las de arranque, oblícuas por uno solo de sus lados, forma de cuñas.

No hubo arcos en América; pero sí esfuerzos por construirlos. No los hicieron que yo sepa ni los nahuas ni los Incas, pero sí los arquitectos mayas y los de Palenque. Hay en Kabah las ruinas de un monumento al que se da el pomposo calificativo de arco de triunfo. Del doble friso de dos pilares de cantería parten hiladas horizontales de piedra más salientes unas que otras. Van formando por este solo hecho una curva de intrados nada correcto que sería probablemente peraltada. Se ha visto en otros pueblos conatos parecidos, mas aquí, para mejor conseguir el objeto, hasta debió de recurrirse á cortar los dentellones. No se hizo tanto en Karnac, sitio de la antigua Tébas.

Por el mismo procedimiento así en Yucatan como en Palenque se abovedaba puertas y salones. Levantábase verticalmente los muros hasta cierta altura y desde allí se los iba oblicuando hasta que casi se tocasen. Se cerraba despues el vértice con una línea de piedras cuadrangulares, generalmente lajas. Estas bóvedas, con todo, distaban realmente del arco mucho más que el monumento ántes descrito: eran todas rectilíneas.

Ofrecía mayor interés la cúpula subterránea de Xochicalco, que comunicaba por un largo tubo con el aire libre. Tiene, segun Dupaix, sólo tres varas de diámetro y un poco más de altura; pero sorprende tanto por ser cónica, como por lo bien que en ella siguen las hiladas de sillares la proyeccion de la curva.

En Yucatan y el Perú había tambien construcciones ya cónicas, ya cilíndricas: en la península yucateca, el templo de Mayapán y el Caracol de Chichén, famoso por su belleza; en el imperio de los Incas, las torres-sepulcros de Silustani, el fuerte de Huinchuz y el castillo de Ollantaitambo. Hay aún tres leguas al Sudoeste de Puno dos torres que son conos invertidos, es decir más estrechos en su base que en su corona. Dominan aún torreones cilíndricos varias rocas del Colorado.

En frisos y cornisas no hubo como los mayas. Constituyen la casa de las Monjas de Uxmal cuatro grandes edificios, lados de un inmenso paralelógramo. Son distintas las fachadas, y no hay ninguna que no tenga un entablamento cuajado de molduras. Desarróllanse estas sobre dos y tres planos, hecho que en las horas de sol y luna da no poco lugar á bellos contrastes de luz y sombra. Alternan allí los simples adornos con bustos y aún estátuas; y unos y otros revisten los monumentos de majestad y riqueza. Por uno de esos frontispicios corren entrelazadas aquellas dos serpientes de que hablé en otro párrafo.

Hay en otros edificios yucatecas no ménos hermosura y variedad de adornos

En el mismo Uxmal, sobre las puertas de la casa del Gobernador y la del Adivino y en Chichén Itza sobre las de otra casa de las Monjas no corren ménos ricos entablamentos. Los hay tambien sencillos, pero escasean y pertenecen en mi juicio á más antiguas épocas.

Deseará tal vez el lector conocer el carácter de estos adornos. En otro párrafo procuraré cumplir su deseo. Paso ahora á escribir de los vanos.

Los constructores de América, generalmente hablando, no estaban por los huecos. En toda esa cuádruple casa de las Monjas de Uxmal no había ni una ventana. Sólo por las puertas recibia luz la mayor parte de los edificios. Verdad es que, siendo muy pocos los de más de un alto, no hacian mayor falta otras aberturas.

Hablaré primero de las puertas. Las más eran rectangulares; algunas, cuadradas. En el Perú solían ser ya de distinta forma. Como las de Egipto tenían las jambas oblícuas y resultaban mucho más estrechas en el dintel que en la base. Hasta triangulares eran una que otra: sirva de ejemplo la de una de las dos torres que vimos al Sudoeste de Puno.

Rectangulares las había tambien dentro de aquel vasto imperio; mas prevalecía allí de tal modo la manera egipcia, que se la aplicaba aún á nichos como los abiertos en un muro de contencion de la fortaleza de Ollantaitambo y en una de las paredes del palacio de Caxamarca. En la Costa predominaba el rectángulo; en la Sierra, el trapecio.

En Yucatan y Palenque vinieron á reunirse las dos formas. Hasta la comun altura de los dinteles subían rectas las jambas; oblicuábanse despues como en los monumentos de los Incas. Distaba, sin embargo, esta doble forma de ser la ordinaria.

Otra observo no merecedora de olvido. En Palenque, en el santuario del templo del Sol, hay una elegantísima puerta de dintel quebrado. Forma el dintel por el mayor ó menor avance de los ladrillos laterales un hermoso juego de ángulos entrantes y salientes. Algo parecido tiene aún el Perú en el palacio de Caxamarca y en el de la isla de Titicaca. Los ángulos entrantes y salientes están aquí dispuestos de manera, que si se los cortase, como parece se hizo en Pachacámac, resultarían los dinteles en forma de arco.

En una de las dos torres al Sudoeste de Puno el perfil de la puerta es finalmente casi el del huevo.

Umbral no lo tenía puerta alguna; batientes, muy pocas. Aun éstos los presumimos; no los conocemos. Afirma Waldeck que los hubo en la puerta principal del palacio de Palenque porque vió en las jambas tres goznes de piedra. Supone Wiener que tambien los debió de haber en una puerta de Pachacámac, porque está redondeado el jambaje; en otra de Tiahuanaco, sita entre el templo del Sol y la aldea, porque está estriado; en las del mirador de los Leones de Huanuco el Viejo y en la de entrada de una torre del palacio de Caxamarca porque tiene

derrame. Indicios no todos bastante significativos. Es muy de tomar en cuenta que no se usaba de batientes para las puertas de las casas particulares ni en Yucatan ni en Méjico.

Las ventanas, donde las habia, presentaban de ordinario la forma de las puertas. La más notable excepcion está en Palenque. En Palenque las ventanas todas, salvo la de la torre, tienen la figura de la T griega. Hueco raro, unas veces ventana, otras simple nicho.

En escaleras fueron tambien notables los americanos. Prescindo de las talladas en roca viva, como las de los Andes y las del castillo de Ollantaitambo, que, si imponían por su grandeza, no revelaban arte. Circunscribiéndome á las de fábrica, así en Yucatan como en Palenque y Méjico podría recomendar muchas á la atencion de mis lectores. Como se verá en otro párrafo, era costumbre de las naciones cultas construir en lugares altos los grandes edificios, principalmente los templos. Para comunicarlos con la llanura era indispensable recurrir á la escalera ó la rampa. Optábase generalmente por la rampa tratándose de eminencias naturales; por la escalera tratándose de montes hechos á mano. Había así escaleras enormes. Para subir á la torre mayor del templo de la ciudad de Méjico, nos dice Cortés que había más de cien escalones y para subir á la menor cincuenta. Para subir al edificio principal de Chichén-Itza escribe Landa que había cuatro escaleras á los cuatro vientos: cada escalera de noventa escalones y cada escalon de once varas de largo. Calcúlese los escalones que habría en Palenque para subir al templo de la Cruz, cuando la pirámide en que estaba sito medía ciento treinta y cuatro piés de altura en el sentido de su pendiente.

Los tramos eran generalmente rectos: los escalones, si muchos en los grandes palacios, angostos y altos en los templos. Como antes dije, se solía arrojar escalera abajo los cadáveres de los cautivos sacrificados á los dioses. Queríase que rodasen hasta el patio por su propio peso. No habría en esto de seguro pirámide que compitiese con la de Papantla. Apenas se concibe cómo podrían trepar por sus casi verticales escaleras ni sacerdotes ni víctimas.

Altos lo eran los escalones hasta en los monumentos civiles. Dos buenos palmos de altura dice Landa que solían tener los de los edificios de Izamal y Tihoo.

Los escalones eran comunmente de piedra. Tambien los pasamanos, donde los había. Distinguíanse entre estos por lo originales y ricos los que llevaba en Chichén-Itza la escalera del Castillo. Empezaban por dos grandes cabezas de serpiente que tenían abiertas las fauces. Existen aún y producen tan buena impresion como en los tiempos de Landa.

Había hasta lujo de escaleras. Las pirámides con dos y tres abundaban. Adviértase que no cuento entre ellas las que las tenían de piso á piso. Acontecía en algunas pirámides, en la de Teopantepec por ejemplo, que la escalera de piso á piso cambiaba de direccion y subia en ziszás de la base á la cumbre y en otras

que de andén á andén cambiaba no sólo de direccion sinó tambien de lugar, segun autores del siglo XVI ponderan y explican. Algunas estaban, además, divididas en dos por un pasamano ó muro central, como sucedía en el templo mayor de Méjico y, segun algunos, en el palacio de Palenque. Esto no constituía á mis ojos sinó escalones de diversos tramos. Me refiero aquí sólo á los edificios á cuya planta se podía llegar por escaleras distintas abiertas en distintos lados, y repito que eran muchos.

CLVIII.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Adornos.

En la América la arquitectura, generalmente hablando, era sobria de adornos. No solía prodigarlos sinó en Yucatan, Palenque y Mitla. Si sobre todas las pirámides de Méjico existiesen los antiguos templos, tal vez debiera afirmar lo contrario: no lo creo al ver los que aún subsisten.

En el frontis del cuerpo superior de la pirámide de Centla hay adornos. Consisten en dos simples nichos donde es probable que hubiese ídolos. En la pirámide de Huatusco se conserva todavía un edificio de tres altos. En el frente del segundo hay por adorno un recuadro con algunas líneas de bolas de piedra incrustadas en el muro. Sucede otro tanto en el templo de la pirámide de Tlacolula. En la de Papantla los adornos aumentan: pero están reducidos á seis filas de recuadros de triple marco y mucho fondo.

Del templo mayor de Méjico no quedan ya ni las paredes ni la pirámide que lo sostenía. Por las relaciones que de él se hizo parece, sin embargo, indudable que tuvo más adornos de los que llevo dichos. Veamos cuáles fueron. La cerca del patio que antecedía á la pirámide se la dice coronada por colosales cabezas de serpiente asidas las unas á las otras. La pirámide se la presenta estucada y bruñida. En torno de la meseta superior se pone á modo de almenas unos monolitos de basalto con esculturas al parecer cronológicas de los que aun hay muestra. La parte superior del templo se la pinta revocada de blanco y rojo, con dos cintas de pedrezuelas de reluciente obsidiana al través del friso y unos como caracoles por remate. A los dos lados de las capillas en que estaba dividido el templo (la de Tlaloc y la de Huitzilopochtli) se asegura que había estátuas de piedra de hombres que estaban en adoracion y tenian cruzadas sobre las piernas las manos, estátuas de las que tambien existe una conocida bajo la denominacion de «El Judío Triste».

Aun dándolo todo por cierto, convendrá el lector en que no eran muchos los adornos para tan vasto monumento. A éstos hay que añadir, sin embargo, los

TEMPLO MEXICANO

de la piedra *temalácatl* que estuvo en medio del patio y los de la piedra *cuauhxicalli*, puesta al pié de la pirámide. Se conserva el *cuauhxicalli*, atribuido al rey Tizoc; y por él cabe apreciar que precisamente en esa clase de piedras desplegaban los aztecas todas las galas de su escultura. Es el *cuauhxicalli* un monolito de traquita cilíndrico, de más de tres varas de diámetro y más de una vara de altura; y tiene labrada en su parte superior la imágen del sol y en torno del cilindro figuras de guerreros que llevan asidos por los cabellos ya hombres, ya mujeres, cuyo pueblo de naturaleza está indicado por geroglíficos. Van los grupos de guerreros y cautivos entre dos franjas, y las dos están tambien cubiertas de molduras que abajo parecen gotas y arriba tirantes con ojetes.

Ofrecen tanto ó más interés los adornos que aun cabe observar en las ruinas del templo de Xochicalco, sito en territorio de los zapotecas. Nos queda de él, además de la pirámide que le sirve de base, el cuerpo inferior y su ancho friso. Están todos sus muros llenos de relieves de carácter simbólico. Se ve extendido por el del Mediodía la serpiente de plumas, símbolo de Quetzalcoatl, con sus fauces abiertas, su lengua bífida y su larga cola; y en los espacios que por su tortuoso movimiento deja libres, ya el signo *Acatl*, ya una figura sentada á la manera de los orientales y con la cabeza ceñida tal vez del signo *Cipactli*. En el friso hay cuatro figuras sentadas del mismo modo, aunque no ya con el mismo tocado, rodeadas tambien de signos. En los demás lados hay por lo ménos la cabeza de la serpiente con otros símbolos y figuras entre las que es muy de notar una por el doble y exageradísimo penacho que lleva y le cae en ondas por espalda y rostro. Entre los signos figuran además de los citados el *Atl*, el *Tochtli*, el *Nahui Ollin* y áun creo que el *Calli*.

Los nahuas, como se ve, ó no decoraban sus monumentos ó los decoraban con representaciones simbólicas. En los relieves del *cuauhxicalli* de Tizoc se cree con fundamento que reprodujeron los holocaustos de la fiesta cuadrienal de Xiuhtecuhtli, el dios del fuego. No dejaron, con todo, de usar algunos adornos parecidos á los de Europa. En las esquinas de ese mismo templo de Xochicalco esculpieron grecas y entrelazos. Hicieron otro tanto en uno de los altares de Teotihuacan que encontró Máyer. Tambien en la pirámide de Tusapan, donde hay una pequeña franja de triángulos isósceles contrapuestos que llevan un punto en el centro de su área.

La Tula de los toltecas parece haber sido excepcion entre los nahuas cuando se examina las bellas y caprichosas labores de la columna que ántes menté, parte, segun se cree, del templo de la Rana; pero no es suficiente el hecho para asegurarlo. Lo que sí puedo afirmar es que hasta en los edificios de los aztecas se observa inclinacion á la pintura polícroma.

Era más decidida esta aficion en el litoral del imperio de los Incas. Solía pintarse allí los muros de rojo ó amarillo, ó combinarse en forma de tablero los dos colores, ó destinarse á fondos el uno, á dibujos el otro. En el litoral se recurría

además con frecuencia á complicadísimas grecas de muy bajo relieve. Así nos lo demuestran las ruínas del Gran Chimu, en cuyas paredes de hormigon, cuando estaban aun frescas, se hacía los relieves empotrando cañas que se revestía despues de arcilla.

Otra clase de adornos habia ya en la Sierra. En las ruínas de Huanuco el Viejo, despues de atravesar un espacioso patio, se da con una calle que forman cuatro grandes puertas. Debajo del dintel de cada puerta, á uno y otro lados, hay pumas de piedra que no parecen sinó guardas de tan ostentosa vía. Al fin de la calle se alza un terraplen cuadrilongo á que se sube por una rampa; y en el pretil de sus dos entradas hay tambien leones agachados, puestos de dos en dos cola con cola.

En Tiahuanaco, por otra parte, sobre el dintel de una puerta monolítica, ocupan todo lo ancho del muro cuatro franjas de relieves interrumpidas en medio por uno de mayor tamaño. Distínguese en el relieve central un personaje con el rostro circunvalado de una especie de auréola, que lleva en las manos no sé si hachas ó cetros; en los de las tres franjas superiores, guerreros con una como corona mural, que empuñan un objeto, si no igual, parecido; y en los de la franja inferior, caras como la de la imágen de arriba, puestas en los recuadros que forma una sola y continuada greca. Están las figuras todas con máscara, tanto que las de la tercera franja parecen aves; y así por este hecho como por los signos que en todas y en todo veo, signos entre los cuales predominan el águila y la serpiente, estoy firmemente convencido de que toda la decoracion es simbólica.

Simbólicos creo tambien los escasos relieves que se conservan en Cabana procedentes de las ruínas de Pashash; así que opino que en el Perú había como en Méjico sobriedad de adornos y marcada tendencia al simbolismo arquitectónico. Esa tendencia, sin embargo, entiendo que desapareció bajo el imperio de los Incas, al que juzgo anteriores las obras que hasta aquí he citado. Los autores todos se hacen lenguas del lujo desplegado en el templo mayor del Cuzco, tenido generalmente por la obra maestra del período incásico. Constituían ese lujo, tanto al decir de Cieza como al de Garcilaso, su grandeza, su excelente cantería y sobre todo el mucho oro derramado así por el paramento exterior como por el paramento interior de sus sólidos y macizos muros. Por fuera, al rededor de todo el templo, corría, se dice, una cenefa de oro, segun Cieza ancha de dos palmos y gruesa de dos dedos y segun Garcilaso tablon de más de una vara de anchura. Las puertas todas, añaden uno y otro escritores, estaban tambien aforradas de oro. Por dentro, segun Garcilaso, planchas y tablones de oro cubrían las paredes del templo. Por dentro y por fuera, segun Cieza, chapas de oro vestian las casas anexas. Pinta Cieza labradas las puertas; pero sin decirnos en qué consistían las labores.

En Copan el verdadero ornato no existía. Hay en las ruinas relieves y escul-

turas, pero nó en las paredes. Allí las esculturas están todas sueltas; y sólo una en lo que se considera templo. Se encuentran las demás dentro de un muro que cerca las construcciones todas; pero al pié de altos terraplenes, en anchurosos patios. Los relieves se los halla asimismo en piedras aisladas que probablemente sirvieron de altares: sólo uno tambien en el recinto del templo. Independientes unos y otras de los edificios, los reservo para el párrafo que he de consagrar á la escultura. Para lo que en este mismo párrafo he de escribir diré tan sólo que en una de las piedras-altares observo ya la intencion de reproducir por medio de adornos esculturales los rasgos característicos de la fisonomía humana: los dientes, la nariz, los ojos, las orejas, la frente.

No había para adornos arquitectura como la yucateca. Había sido fecunda en concebirlos y los prodigaba en lo exterior de casi todos sus monumentos, principalmente de la línea del dintel de la puerta á la cornisa. Extendíalos á veces hasta el arranque de sus edificios, como demuestran la casa del Adivino, de Uxmal, y la de las Monjas, de Chichén Itza.

Solía dividir con más de un filete los cuerpos de sus obras. Daba á la greca una variedad infinita. Usaba de gran número de molduras que le eran propias. Ya recurría al bajo relieve, ya á la figura. Desarrollaba esta multitud de adornos en distintos planos. Guardaba de ordinario la simetría.

Hacía aquí rectilínea la greca, allí curvilínea; aquí triangular, allí cuadrilátera; aquí simple, allí festoneada; aquí grandiosa, allí diminuta. Componíala en unas partes con cuadrados de gran relieve unidos por sus vértices, y en otras con una cinta que se iba desenvolviendo en forma de espira al rededor de un filete. Ya la presentaba como una madeja, ya como cabellos rizos, ya como palos rotos. Formábala no pocas veces con dos líneas que se entrelazaban y cortaban formando rombos.

Entre sus combinaciones propias la que más y mejor usaba, era la del enrejado ó celosia. Dejó recuadros de celosía en una puerta de Labnah; y forma de celosía dió en Uxmal á los frisos de la casa de las Monjas. En una de las alas de este vasto monumento y en la casa del Adivino recamó con grecas triangulares los listones del enrejado y comunicó á las dos obras singular belleza. Para mayor elegancia esculpió aquí un floron, allí una cruz, en el centro de cada cuadro.

Hacía uso de otra combinacion originalísima: la de barrotes horizontales, separados y decrecientes que bajaban formando pirámides invertidas y truncas. Nos dió ejemplos de esta combinacion en la puerta de la Casa del Gobernador, de Uxmal, y en el frente de uno de los cuerpos de la misma casa de las Monjas. donde está muy repetida. Los barrotes son siempre ocho y cuando ménos en la casa de las Monjas terminan en uno y otro extremos por cabezas de serpientes. Constituyen entre sí trapecios, y no parece sinó que se sostengan los unos á los otros.

Otra combinacion rara habia ideado aquella arquitectura; la de los mascaro-

nes. En Kabah cubren todo un muro. En lo interior de la casa de las Monjas los hay enormes. Los hay hasta en las esquinas de los mejores edificios. Nó mascarones graciosos y bellos como los de Grecia y Roma; pero sí mascarones que reproducen bajo tan monstruosas como vagas formas nuestra fisonomía. De pronto se hace difícil distinguirlos: no se los distingue fácilmente hasta haberse acostumbrado á ver y abarcar en conjunto sus desparramados miembros. Se los ve luego con más frecuencia de lo que se deseara, que no son á la verdad estéticos.

Tal vez de esos mascarones naciera uno de los más característicos adornos de tan rica arquitectura, el conocido por el nombre de *trompa,* que sólo por su arranque está incrustado en los muros y corre en línea vertical por las esquinas de ciertas fachadas. Parécese en verdad á una trompa de elefante retorcida y produce un efecto análogo al de los *rostrums* de la antigua Roma. Haciendo como hacía veces de nariz en no pocos mascarones, ¿sería tan extraño que de ellos hubiese venido á más independiente vida?

Dar cuenta de todas las combinaciones y molduras yucatecas sería punto menos que imposible. Hay allí séries ya de balaustres ciegos, ya de piedras prismáticas que entran las unas en las otras, ya de cubos labrados, unidos por sus vértices, ya de unos como hacecillos, ya de hojas ó plumas. Hay además coronas, estrellas, penachos, curvas á cual más caprichosas y multitud de símbolos. Tales y tantos son frecuentemente los adornos, que cubren del todo los muros, como sucede en nuestras fachadas del Renacimiento y en los edificios de los árabes.

No abundan ménos los relieves. En uno de los frontis de la Casa de las Monjas y la del Adivino, las dos serpientes enlazadas de que ántes dije; en el de esta misma casa y la del Gobernador, huesos y troncos humanos; en el de una de las alas del palacio de las Monjas, caras ó mejor máscaras del sol, que por lo puramente hieráticas sienten poco ó nada la naturaleza. La sienten ya algo más los guerreros esculpidos en la puerta del castillo de Chichén Itza, que recuerdan los de Persépolis, y más aún los del palacio de los Tigres, del mismo Chichén, que dejan muy atrás los del *cuauhxicalli* de Méjico. Los tigres que en este palacio adornan uno de los frisos tambien son de relieve.

Figuras las hubo notables en algunos monumentos. En ese mismo palacio de los Tigres, un doble *ocelotl* que trae á la memoria los dobles caballos y los dobles unicornios de la arquitectura persa; en uno de los cuerpos de la casa de las Monjas de Uxmal, en el de las Serpientes, mancebos de elegante contorno; en la casa del Adivino, estátuas colosales, que, á juzgar por la que Waldeck reconstruyó, darían alta idea de la escultura maya.

A todos estos adornos añadían los yucatecas la pintura. Dibujaban y pintaban en los muros, como se ve por los del palacio de los Tigres; pintaban sus relieves segun demuestran los del mismo palacio; y á veces hasta los fondos de

ANTIGÜEDADES MEXICANAS

sus calados de celosía pintaban de varios colores, como Waldeck asegura haber visto en Uxmal por sus mismos ojos.

La diversidad de planos es, por fin, notoria y aumentaba no poco el efecto y la belleza de aquellos edificios. Hasta siete cuento yo en el frontis de la casa del Gobernador, de Uxmal. Desarrolladas sobre los siete las obras de cincel, daban y dan todavía lugar, como indiqué, á hermosos y severos contrastes de luz y sombra.

Difería bastante de la de Yucatan la decoracion de Palenque. Desplegábase más en lo interior que en lo exterior de los monumentos, escaseaba en molduras y abundaba en bajos relieves, empleaba el estuco tanto ó más que la piedra, y recurría pocas veces á la estatuaria.

Estátuas no se las halló más que en el templo de la Cruz y en el patio principal del Palacio. Las dos que hay en el templo de la Cruz servían, á lo que parece, de cariátides. De las ocho que aún se conserva en el Palacio dos ocupan los lados y seis la caja de la escalera del Oeste. Gigantescas las dos, miden nada ménos que veinte piés de altura. Las diez son de piedra.

Relieves de piedra hay muchos más en todos los edificios. En el Palacio, en el mismo patio principal, en la escalera del Este, figuras de cuarto bocel que son casi estátuas; en otro lugar del Palacio, un grupo en que una mujer sentada en lujoso asiento recibe de manos de otra una merced ú ofrenda; en el templo de la Cruz, la adoracion de este emblema y dos varones, el uno rica y el otro extrañamente ataviados, vivo reflejo de una civilizacion desconocida; en el templo del Sol, otros hombres y otra mujer con no ménos suntuosos trajes. No hablo de otros relieves de poca importancia.

Abundaban tambien los relieves en estuco. De estuco eran los que adornaban los pilares todos del frontis oriental del Palacio; de estuco, los once medallones que decoraban los muros de la inmediata galería; de estuco, los de la fachada de Occidente, de los que pudo todavía darnos Waldeck hermosas muestras.

Las simples molduras apénas se las ve más que en el templo del Sol Por cierto que entre las de la puerta del santuario predomina el óvalo, tan frecuente en la arquitectura de Roma. El óvalo, la greca, uno que otro símbolo y caprichosas curvas constituirían allí de seguro el ornato escultural de los monumentos. Adviértase que no cuento entre los adornos las tabletas de katunes ó jeroglíficos que cubrían en algunos sitios gran parte de las paredes.

En Palenque iba tambien la pintura en apoyo de la escultura. Estaban pintados algunos relieves y aún algunas de las ventanas en forma de la *Tau* egipcia; y había frisos exclusivamente decorados por dibujos de colores.

No puedo ahora pasar en silencio las ruínas de una ciudad de los lacandones sita en la márgen izquierda del Usumacinta, entre Guatemala, Tabasco y Chiapas, ruínas á las que dió Charnay el nombre de Lorillard, su patrono. El ornato en aquellas ruínas es mezcla del de Yucatan y Palenque, tanto que si al pié de las

copias que de ellas se hizo no se dijera de donde proceden, se tomaría sin vacilar las unas por de Palenque, las otras por yucatecas. Iguales tambien á los de Palenque son los relieves de Tikal, otra ciudad lacandona sita cuarenta y cinco kilómetros al Nordeste de Flores.

Vengamos finalmente á Mitla, notable por tantos conceptos. La greca es el adorno principal de Mitla, pero la greca de mosáico y de mosáico de relieve. No sé yo que tenga par en el mundo. Se desarrolla allí la greca en tableros cuadrilongos, y presenta variedad de figuras que no se reproducen sinó en los tableros que á uno y otro lado se corresponden. Las piezas del mosáico son de forma de cuña, y están todas metidas por su vértice en los muros sin que las una cemento ni argamasa de ninguna especie. No todas, sin embargo, aparecen sentadas del mismo modo: lo están unas de plano, otras verticalmente, otras de canto, segun lo exigió el dibujo.

Despues de esto el color lo era todo en aquellos grandiosos edificios. Las paredes están interiormente encaladas y además cubiertas de una capa de mezcla y otra de bermellon y almagre maravillosamente bruñida; los pavimentos, bruñidos tambien y brillantes. Estos eran azules; aquellos, rojos.

La pintura, como se ve, dejó de entrar pocas veces en la decoracion arquitectónica.

CLIX.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Monumentos Megalíticos.—Pirámides.

Antes de pasar á describir los monumentos especiales de cada nacion creo aún necesario añadir algo á lo escrito.

Los monumentos que antes se llamaba druídicos ó célticos llevan el nombre de megalíticos desde que se los vió en tierras donde los druidas no pusieron nunca la planta. Se los atribuye hoy á la infancia del arte y se los dice esparcidos por todos los continentes. Salvo los túmulos, de los que hablé en otro párrafo, me permito dudar que los hubiese en muchas partes de América. De todos los que he podido apreciar por más ó menos fieles dibujos declaro que no me atrevo á considerar tales sinó los de Tiahuanaco. Tengo por aventuradísimo extender la denominacion á los que Wiener presenta ya como menhires, ya como dólmenes ó trilitos. Escribe Gailhabaud que cerca de Campos, á corta distancia de Río-Janeiro, hay un menhir conocido por *a pedra dos gentils*, la piedra de los paganos, mas no lo conozco y no puedo juzgarlo. Tal vez merezcan más el nombre de menhires unas piedras sin labrar que hay en un patio de Sijoh, no lejos

de la costa de Yucatan, piedras de tales dimensiones, que una mide pié y medio de profundidad, catorce de elevacion y cuatro de anchura.

En Tiahuanaco, al pié de la colina ó terraplen de Acapana, hay un inmenso cuadro de grandes piedras sin labrar, dividido en dos secciones desiguales por una quinta hilera de pedruscos. Si era esto ó no un recinto sagrado como los *témenes* de la antigua Grecia lo ignoro; lo que creo poder afirmar es que pertenece á la clase de monumentos que nos ocupa.

Eran raros en América los monumentos megalíticos; numerosas las pirámides. Abundaron éstas en todos los pueblos cultos. Las hubo de tiempo inmemorial en Méjico, entre los quichés, en la península yucateca, en el vasto imperio de los Incas. Por centenares se las puede contar todavía, unas enteras, otras medio en ruínas, otras hechas verdaderos montes. Se las ha querido presentar como reminiscencias de las de Egipto, pero infundadamente. No hay ninguna de base triangular, ni ninguna con vértice, ni ninguna que sea toda de sillería, ni ninguna que haya sido mero sepulcro. Aunque muchas contuvieran cámaras mortuorias, fueron casi todas ó pedestales de gigantescas estátuas ó asiento de palacios, castillos ó templos. Son todas por esta razon truncadas y cuadrangulares. De piedra tienen de ordinario el revestimiento; de tierra ó de cal y canto la masa. Son raras las de un solo cuerpo; están generalmente compuestas de varios pisos que de abajo arriba van disminuyendo en volúmen y están circuidos de más ó menos espaciosos andenes. Hablo de las de grandes dimensiones; no de las parecidas á las que en Teotihuacan cubrían las márgenes del camino ó calle de los Muertos.

Las pirámides en América tenían á no dudarlo carácter propio. Con gradas ó altos en disminucion conozco pocas en Egipto; sin ellas conozco pocas en América. Constan generalmente las de América de tres á cinco altos: algunas sólo de dos y otras de siete, ocho y nueve. Dos tiene una de las de Guíngola, y ocho las imponentes murallas de Tepexi el Viejo; siete la de Papantla, y la fortaleza de Pissac, y tres las de Paramonga; nueve la del Castillo de Chichén y la del templo de Tikal. Tan aficionados eran á division tal los pueblos de aquel vasto continente, que la simularon en pirámides de un solo cuerpo y hasta la hicieron en construcciones cónicas. Atestiguan lo primero el castillo de la Quemada; lo segundo, el de Ollantaytambo.

Solían por otra parte en América estar las pirámides perfectamente orientadas. Tenían casi todas su fachada y su escalera al Oeste.

La escalera, aun en las pirámides de gradas, no era raro que constituyese un tramo recto de la base á la plataforma; lo constituía y lo constituye aún en la de Huatusco, la de Chachicomula y la del palacio de Palenque. En otras, como la de Teopantepec, corría diagonalmente y en opuestas direcciones de grada á grada. En otras, como la de Cholula, se componía del mismo número de tramos que de pisos, y los tenía distribuidos de modo que no cabía cojer el de ninguna

grada superior sin dar la vuelta al anden de la de abajo. En otras, como las de Tehuantepec, era triple y daba acceso á la plataforma por tres de los cuatro muros; en otras como la del Castillo de Chichén Itzá, hasta cuádruple. En todas llevaba sus pretiles. Adviértase de paso que en una de las pirámides de Tehuantepec los muros son convexos.

Maravillan algunas pirámides por sus dimensiones. La de Kinsborough mide cien piés de altura y ciento ochenta por ciento veinte de base. Otra de las del grupo de Uxmal, la del Sudeste, doscientos por setenta y cinco de base y sesenta y siete de altura. La del Sol en Teotihuacan, ciento noventa y dos de altura y ochocientos treinta y uno de longitud. La de Cholula, ciento noventa y tres de altura y mil quinientos setenta y tres en cada uno de sus lados. Por su elevacion perpendicular y no por su inclinacion fijo la altura. Tienen así la citada pirámide de Teotihuacan mayor altura que la de Mycerinus y casi el largo de la de Cephren; la de Cholula doble base de la de Cheops y mayor altura tambien que la de Mycerinus.

No sólo abundaban en América las pirámides; prevalecía la forma piramidal. Teníanla en el Perú terraplenes-miradores como los de Hurin Sausa, Vilcas Huáman y Huanuco el Viejo, colinas y cerros como los que servían de base á los templos de Pachacámac y aun ventanas y puertas. Teníanla en Yucatan las bóvedas y ciertos vanos. Teníanla en Palenque los cuerpos en que remataban muchos de sus edificios y en Méjico hasta algunos de los monumentos erigidos sobre sus pirámides. Piramidal era el de Xochicalco. Sucedía más en Mitla. En Mitla había dos templos que constituían uno de los lados de dos plazas. Los dos templos descansaban en pirámides de tres pisos; y pirámides eran de dos pisos los muros que cerraban los otros lados. Hasta en la cuenca del Ohio veremos con esta forma prolongados terraplenes.

CLX.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Monumentos de los Mound-Builders.

Entro ya en la descripción de los monumentos. Empezaré por los más sencillos, los de la raza de los Mound-Builders, que tan profundas huellas dejó de su paso en los dos Canadás y los Estados Unidos, principalmente en la tierra comprendida entre los Grandes Lagos, las Montañas Pedregosas, el golfo de Méjico y los Montes Alleghanis. Dije ya de ellos en los párrafos sobre las fortificaciones y los túmulos; completaré ahora la noticia.

Los Mound-Builders cercaron vastas extensiones de tierra, no sólo para su defensa, sinó tambien para su culto. Para su defensa las cercaron en lugares emi-

nentes y para su culto en las llanuras; para su defensa, insiguiendo los irregulares bordes del ribazo ó la colina, y para su culto trazando líneas rigorosamente geométricas. No siempre dieron las mismas formas á estos últimos recintos; más ordinariamente los hicieron ó circulares ó cuadrados. Dentro de un mismo campo unieron y pusieron no pocas veces en comunicación los unos con los otros. Los levantaron con frecuencia por grupos, y grupos construyeron que cubren áreas de cuatro y más kilómetros en cuadro.

En el Ohio, en Liberty, hay uno de esos grupos. Presenta al Sur un recinto circular de ciento once metros de radio que por su parte septentrional comunica al Este con otro de cuatrocientos setenta y dos metros de diámetro y diez y seis hectáreas de superficie y al Oeste con otro muy abierto que no llega á medir de radio ni cincuenta y cinco metros. Toca al Noroeste en el círculo máximo por uno de sus vértices con un recinto cuadrado que tiene de superficie más de diez hectáreas. Levantan del suelo todas las cercas sobre un metro, son de tierra y están dentro y fuera acompañadas de pequeños túmulos.

Las cercas en tan singulares monumentos apenas cambian de altura: pocas exceden de veinticinco decímetros; muchas menos de treinta y tres. Una hay cerca de Néwark que mide hasta ocho metros; pero debe considerársela excepcion de la regla. De uno á dos metros, esta es la comun elevacion. En anchura disminuyen de abajo arriba: en Hópeton las hay por cuya corona podría muy bien pasar una vía férrea. Que no encierren más ó menos montículos hay pocas. Hasta veinticuatro contienen las de Mound City. Las circulares tienen de ordinario una sola entrada; las cuadrangulares, muchas. Son casi todas de tierra; sólo una que otra, de arcilla.

La combinacion de formas es algo vária. En Portsmouth las cercas son cuatro círculos concéntricos cortados por otras tantas avenidas casi á los cuatro vientos. Dos círculos concéntricos forman tambien las de Salem y Circleville; pero las separan fosos y las tengo por obras militares. Constituyen las del condado de Pike un cuadrado inscrito en un círculo y las de Hópeton un círculo y un cuadrado adyacentes, cada uno de los cuales tiene de área poco más de ocho hectáreas. Al Oriente del cuadrado de Hópeton hay otros dos pequeños círculos; al Occidente en direccion al Mediodía dos líneas paralelas con otro círculo de cortísimo diámetro. Ni faltan cercas de una sola figura: testigo la circular de Bourneville, cuya área es de algo más de tres hectáreas.

Estos recintos de tan humildes muros y al aire libre son verdaderamente notables. ¿Qué religión profesarían los hombres que los construyeron? ¿A qué necesidades del culto obedecerían dándoles tan extensas superficies? La frecuente unión del cuadrado y el círculo, el paso abierto entre las varias cercas, los túmulos en todas ó casi en todas erigidos no eran para mí caprichos. ¿Tendrían aquellas raras construcciones otro objeto del que hoy se les atribuye?

Hacían los Mound-Builders túmulos, no sólo para sus muertos, sinó tambien

para sus dioses. Pues hablé ya de los túmulos-sepulcros, diré ahora de los túmulos-templos. Tienen por base ya un cuadrado, ya un rectángulo, ya un polígono, ya un círculo, ya una elipse, cuya área mide frecuentemente de tres á cuatro hectáreas. En altura varian de uno á veinticinco metros. Son casi todos de tierra. Están muchos divididos en altos á la manera de las pirámides de Méjico, y en no pocos se sube á la cima por una ó más series de gradas. Las cimas son siempre plataformas donde se presume que hubo altares de madera. Se presume, digo, porque de ellos no quedan vestigios.

En el Illinois, en Cahokia hay uno que tiene de base ciento treinta y ocho metros por ciento noventa y cuatro, de altura veinticinco, de plataforma cincuenta y cinco por ciento veinticinco, poco menos de una hectárea. Está dividido en dos por un andén largo de noventa y seis metros, ancho de cuarenta y cuatro; y en la cima lleva otro montecillo cónico.

Túmulos hay levantados sobre colinas, mas no son á mis ojos templos. De ásperas vertientes así las colinas como los túmulos, sin escalones, circunvaladas de fosos, no para el culto debieron de servir, sinó para resguardarse de enemigos. Fortaleza opino que fué aún el que se asegura que existe en el Missouri, cerca de Springfield, á pesar de decirse que en su plataforma hay agujereada por medio una piedra de dos decímetros de espesor, tres metros de longitud y dos y medio de anchura.

Los montes-templos, sin embargo, abundan. A miles se los hace subir, y no es de extrañar, como se incluya en el número así los de grandes como los de pequeñas dimensiones, así los aislados como los que forman parte de los recintos que dije. En el Ohio, en Marietta, hay cuatro iguales que se distinguen de los demás por cuatro estribos ó brazos que en figura de cruz presentan. Sobre el Mississipi, en el distrito de Washington, hay doce ó más, unos rectangulares, otros cuadrados, muchos de los cuales se comunican por altos terraplenes que hacen oficio de vías.

Hay túmulos-templos y túmulos-altares. Se hallan éstos siempre cerca ó dentro de las sagradas cercas, y están compuestos de diferentes capas de tierra, grava, arena y barro, que en forma espiral suben de la base á la cima. En la cima tienen todos uno como altar cuadrado, oval ó redondo, comunmente hecho de arcilla que allí mismo se endureció al fuego. Altar hay de piedras, pero de piedras sin labrar. Que sea de pedruscos, que de arcilla, ocupa siempre el centro de la plataforma y presenta en el suyo una concavidad donde tal vez se recogiera la sangre de las víctimas. Es generalmente grande y de trece á veintidos decímetros de altura.

Despues de los túmulos y los recintos las más notables obras de los Mound-Builders son los terraplenes. De esos terraplenes pasan tambien los más por monumentos religiosos. Lo parecen á la verdad los muchos que en el Wisconsin y el Ohio remedan más ó menos toscamente animales gigantescos: cuadrú-

pedos, pájaros, peces, hombres. Son bajos—levantan del suelo poco más de doce decímetros;—pero de extension considerable. Hay efigie humana de más de veintiocho metros de largo; figuras de lagarto de cincuenta y cinco y aun de cien metros; imágenes de pájaros cuyas alas miden hasta veintisiete. Son todos de barro blanquecino; poquísimos, de piedras.

Hay además terraplenes paralelos que tal vez sirvieran de caminos. Descuellan entre ellos los de Piketon, largos de trescientos veintiocho metros, altos por su parte interna de seis y por la externa de uno á diez, apartados el uno del otro por más de cincuenta y cinco. Prolóngase uno de los dos, bien que en mucho menos volúmen, nada menos que por seiscientos noventa y cinco hasta el de cierto grupo de túmulos.

Quedan por fin obras de los Mound-Builders que son inclasificables: túmulos á la vez templos y sepulcros, montículos que parecen torres-vigías ó lugares de ahumadas, montes y terraplenes cuyo destino nadie conoce ni presume.

Es doloroso ignorar los usos, el gobierno y las creencias de esos Mound-Builders. ¿Qué civilizacion sería la de unos hombres cuyos monumentos son tan rara mezcla de humildad y de grandeza? De tierra, de arcilla, de arena, cuando más de cascajo se componen túmulos, terraplenes y recintos: y recintos, terraplenes y túmulos imponen por lo vastos.

CLXI.

Estado intelectual.—Bellas Artes —Arquitectura.—Méjico.—Teotihuacan.—Cholula.

Parecerá tal vez extraño que en Méjico empiece por las obras de Teotihuacan atribuidas á los toltecas, cuando de la de Cholula ó Chalollan se supone autor á Xelhua, jefe de los olmecas. Sobre no ser muy firmes los datos acerca del orígen de la una y las otras, hablaré primero de las de Teotihuacan por el mayor parentesco que á mi juicio existe entre ellas y las de los Mound-Builders.

Las obras de Teotihuacan, sitas á treinta y seis kilómetros de la ciudad de Méjico, al Nordeste, en un valle que se inclina suavemente al Mediodía, ocupan un rectángulo que de Este á Oeste mide sobre quinientos treinta metros y de Norte á Sud unos mil y quinientos. Consisten en dos pirámides, la del Sol y la de la Luna, un edificio que llaman Ciudadela y un camino, el de los Muertos, en cuyas márgenes hay dos filas de pequeños túmulos, aquí conocidos con el nombre de *tlatelli*, en castellano tlateles.

Parecen ya las pirámides obra de la naturaleza, colinas; mas cabe aún distinguir lo que fueron. Está la de la Luna al Septentrion, la del Sol al Austro, y la una distante de la otra sobre ocho hectómetros. Son ambas rectangulares. Tiene

de base la de la Luna cincuenta y seis metros por ciento treinta; de altura cuarenta y dos, de plataforma seis por lado; la del Sol, de base doscientos treinta y dos por doscientos veinticuatro, de altura sesenta y dos, de meseta treinta y dos por diez y ocho. Consta la primera de cuatro pisos, la segunda de tres; mas la primera al Oriente presenta un solo cuerpo. En la primera por el lado oriental corre en ziszas una rampa que de abajo arriba va decreciendo: en la segunda la rampa es de más vueltas. Si una y otra tuvieron escalera es cuando menos dudoso. Llevan las dos en lo alto un tlatelli: la del Sol al Occidente: la de la Luna al Mediodía. La del Sol por tres de sus lados está ceñida de una muralla en talud, alta de seis metros, profunda de cuarenta.

Se componen las dos pirámides de estratos ó capas. La primera capa, de ocho decímetros de espesor, es de piedra y barro; la segunda, de cuatro decímetros, de toba y lodo; la tercera, de siete centímetros, de barro y tetzontli; la cuarta, de un milímetro, de fino y brillante estuco. El tamaño de las piedras va disminuyendo de capa en capa: en la primera son de tres decímetros cúbicos; en la segunda, como el puño de un hombre; en la tercera, como garbanzos. Las cuatro capas se reproducen hasta nueve veces de la base á la plataforma. Por ahí cabe estimar lo que tendrá de altura cada estrato.

De qué sea la masa de las dos pirámides lo ignoro. Los más la dicen de arcilla y cascajo: algunos de piedras sin labrar de todas dimensiones y formas; otros de tierra. Un ingeniero americano, que asegura haber hecho excavaciones, las supone cerros labrados.

En lo alto de las pirámides no hubo, á lo que parece, sinó dos gigantescas estátuas: en la una la del Sol y en la otra la de la Luna. De ninguna de las dos, que unos suponen cubiertas y otros adornadas de oro, quedan ahora ni vestigios. No las halló ya Veytia, que visitó las ruinas el año 1757. Por él sabemos, sin embargo, que Ramon del Moral llegó á ver fragmentos de los brazos y las piernas. Lo cierto es que ni en uno ni en otro monumentos hay el menor indicio de haber existido altar ni templo.

Sobre la orientacion de estas pirámides hay diversas opiniones. Segun el señor Chavero coincide aproximadamente la pirámide de la Luna con el meridiano magnético, y la línea de los centros de las dos está en la direccion del meridiano astronómico.

A ocho hectómetros de la pirámide del Sol, al Mediodía, está la Ciudadela. La Ciudadela es un rectángulo de cuatrocientos cuarenta y seis metros por cuatrocientos quince. Lo forman cuatro muros que tienen de altura diez metros—en el lado occidental sólo cinco—y de espesor nada menos que ochenta. Sobre estos muros hay multitud de tlateles—cuatro en el del Norte y el del Sur y tres en el de Oriente;—y en medio del área del rectángulo, otra pirámide que domina todo el edificio y parece haber tenido por el Este la subida.

Los tlateles ó túmulos son allí abundantes. Al rededor de la pirámide del Sol

los hay de nueve metros de altura. Cubren las aceras y están diseminados por el arroyo de la calle de los Muertos. Se extienden más allá del perímetro que he dado á las ruinas: se los ve dentro del radio de ocho kilómetros.

Supongo que el lector habrá visto ya el indicado parentesco entre estas obras y las de los Mound-Builders. Lo revelan los materiales, la estructura y la estratificacion de las dos pirámides, el hecho de estar divididas las dos en pisos y no llevar andenes en todos sus lados y el de hallarse circuida la del Sol de pequeños túmulos. Estas pirámides son ya, con todo, un progreso en la historia del arte. Calza la piedra, aunque en bruto, las masas de arcilla y de tierra, y para unir los pedruscos se emplea el barro.

Aparece mayor el adelanto como nos fijemos en algunos detalles: en las dos estátuas que los dos monumentos se dice que sostenían; en los pilares labrados de una plaza toda de piedra que cortaba la calle de los Muertos; en un monolito de veinte toneladas de peso donde se ve tosca y groseramente esculpido el cuerpo no sé si de un hombre ó de un ídolo y en un altar de tres metros de altura, de filetes y grecas comparables con las de nuestra arquitectura de los tiempos clásicos; mas ¿no mediarían siglos entre este altar, por ejemplo, y las pirámides?

La pirámide de Cholula es ya de adobes. Presumen algunos que tiene por núcleo una colina, pero excavacion alguna lo confirma. Dicen otros, siguiendo á Veytia, que está alternadamente compuesta de capas de adobes y de guijarros; pero no lo confirman tampoco los que la han examinado por sus ojos en este siglo. De capas de adobes y de arcilla la dice formada Humboldt, y tal creo. Son segun él los adobes de cuarenta centímetros de longitud y ocho de altura.

Hoy esta pirámide es ya tambien un monte, y un monte cubierto de césped y de arbustos. Se la ha podido, sin embargo, medir y resulta de las siguientes dimensiones. Ocupa más de diez y seis hectáreas. Tiene de elevacion perpendicular cincuenta y cuatro metros; de base, cuatrocientos treinta y nueve por lado; de plataforma, cincuenta y cinco. Guarda entre la altura y la base la proporcion de uno á siete, ochenta. A pesar de lo desfigurada se conoce todavía que constó de cuatro pisos y de igual número de tramos de escalera, construidos, como antes escribí, en lados distintos. Se la supone además perfectamente orientada; no se lo asegura por no estar al descubierto sus ángulos.

Pirámide de mayor altura la hay en Egipto; de mayor base, en lugar alguno. No es así de extrañar que haya dado motivo á leyendas. Fué, segun parece, la torre de Babel de los nahuas. Vieron con ira los dioses, decían los nahuas, que se pretendía hacerla llegar al cielo, y á fuerza de lanzarle rayos consiguieron que Xelhua desistiera de tan impío propósito. Sostuvo despues el templo de Quetzalcoatl, que tantos recuerdos había dejado en Cholula.

Entre los indígenas corre aun otra leyenda no menos falta de fundamento. Dando por hueca la pirámide, se supone que en ella se escondieron soldados numerosos para caer de rebato contra el ejército de Cortés. Ni da noticia del

suceso autor alguno del tiempo de la Conquista ni es presumible que esté hueca la pirámide. Se quiso á fines del pasado siglo alinear ó rectificar el camino de Méjico á Puebla, y para conseguirlo se hubo de romper uno de los ángulos del coloso. No se encontró, al decir de Humboldt, sinó una cámara que contenía dos cadáveres, ídolos de basalto y gran número de vasos: y aun de esta cámara escribe Tylor en su libro *Anahuac* que no acertó á encontrarla. Aquí los datos de Humboldt son á la verdad contradictorios. Era segun él de piedra y la sostenían postes de *cupressus disticha*, puntales de ahuehuete. El techo estaba por otra parte formado á la manera de las bóvedas mayas, no con sillares sinó con ladrillos ó concretando más, adobes. Puede que tenga la pirámide otros huecos: hoy por hoy se los ignora.

En este bárbaro monumento de Cholula vese aun la estratificacion de los que los Mound-Builders levantaron; pero aparece ya, no sólo el adobe, si hemos de creer á Tylor, sinó tambien un mortero en que hay pedrezuelas y fragmentos de cacharros y obsidiana. Tylor goza hoy de bastante autoridad entre los etnólogos.

CLXII.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Méjico.—Teopantepec. —Huatusco.—Papantla.—Xochicalco.—Tusapan.

En Teopantepec hay ya una pirámide cuyos paramentos exteriores son de sillería. Es de cal y canto, pero está revestida de piedras cuadrangulares puestas á soga y cruzadas las juntas. Mide cada uno de los sillares nada menos que ciento veintiseis centímetros de longitud por cuarenta y dos de altura.

Consta esta pirámide de cuatro cuerpos en disminucion ligeramente inclinados; es rectangular, tiene de frontis en su base quince metros y en su plataforma seis; de elevacion total, unos veinte. Orientada como casi todas, lleva al Occidente su escalera, que, como dije en otro párrafo, va diagonalmente y en contrapuesta direccion de piso á piso. La anchura de los andenes se acerca, si no miente la escala de Dupaix, á ciento treinta centímetros.

Ocupa tan hermoso monumento, notable por la regularidad de sus líneas, la cumbre de una peñascosa colina, á la que conduce una especie de calzada abierta en los mismos peñascos. Hallábase ya cuando la vió Dupaix ganada por espinos y matorrales y algo desmantelada por los propietarios del contorno, que la habían convertido en cantera; hoy es de presumir que se encuentre en peor estado.

No ya sobre la cumbre de una colina, sinó sobre la de un cerro, está la pirámide de Huatusco. Tiene tambien de cal y canto la masa, de piedra los paramentos, los sillares puestos á soga, en cruz las juntas, la fachada á Poniente.

Los sillares resultan de más tamaño: de unos ciento sesenta y cinco centímetros de longitud y ochenta de altura.

Compónese la pirámide de sólo tres altos que separa un anden de más de ciento sesenta centímetros. Cuenta de base hasta sesenta y seis metros en cuadro; de elevacion vertical, once; de frente en la plataforma, trece. Lleva de abajo arriba un solo tramo de escalera, ancho de nueve metros, con gradas y pasamanos de piedra.

Lo particular aquí es que sobre la plataforma hay otro edificio. Sucede lo mismo en la pirámide de Cholula, sobre cuya meseta se levanta una iglesia católica; pero en Huatusco y tambien en Tlacolula el edificio es anterior á la Conquista. Tiene de altura nueve metros y de base diez en su fachada; consta de tres pisos y con los tres constituye otra pirámide dividida por dos simples cornisas. Exteriormente sólo presenta en el primer piso una puerta cuadrada; en el segundo, unos recuadros con líneas de bolas; en el tercero, lisas y llanas las paredes: interiormente, en el primero un ancho salon cuadrilongo con techo de vigas sostenido por tres pilastras: en el segundo, otro salon; en el tercero, una azotea. Las paredes, todas de grande espesor, en sus paramentos interiores son casi perpendiculares; el segundo salon no se sabe por dónde recibía luz, ya que carece de ventanas.

Asoma aquí otra particularidad de aquella antigua arquitectura. En la pirámide de Teopantepec hay pavimentos de mezcla bruñidos; en esta de Huatuzco se ve encalada y bruñida la superficie de todo el edificio sobrepuesto á la plataforma.

Es más original la pirámide de Papantla, descubierta el año 1785 por Diego Ruiz en el fondo de un bosque. No tiene de altura sinó diez y ocho metros ni de base más de veinticinco por lado; pero forma verdadera pirámide, ya que en sus cuatro ángulos presenta una sola línea de inclinacion desde el arranque á la meseta. Está, sin embargo, dividida nada menos que en siete altos y lleva en cada uno por sus cuatro caras una línea de nichos de triple marco que corren entre dos cornisas. A Levante, no á Poniente, se le puso la fachada, y en ella cinco escaleras, tan empinadas como rectas, que seis pasamanos limitan y separan. El séptimo piso está hueco, prueba á mis ojos clara de que fué oratorio ó templo á la vez que corona de la pirámide. Las escaleras además terminan en la base de este piso.

La pirámide de Papantla es tambien de sillería. No de sillares de pórfido, como pretende Humboldt, pero sí de sillares de piedra arenisca. Mide cada uno de ciento veinticinco á ciento noventa y cuatro centímetros de longitud, de ciento once á ciento cincuenta y tres de altura y de nueve á veinte de espesor. Perfectamente escuadrados, tienen las juntas, que apenas se las distingue. Quiere Humboldt que en la superficie toda de la pirámide estuviesen cubiertos de una capa de cemento gruesa de seis centímetros; pero escribe aquí de re-

ferencia, y no le siguen los que posteriormente vieron por sus ojos la obra.

De todas maneras acusa esta pirámide un marcadísimo adelanto sobre las que llevo descritas. Lo revela mayor la de Xochicalco.

La pirámide de Xochicalco está en la cumbre de una colina casi cónica, á mil y trescientos metros sobre el nivel del mar. La colina es ya en parte obra del hombre. Está ceñida toda en su base por un ancho y profundo foso de cuatro kilómetros de circunferencia, y en sus faldas por cinco andenes concéntricos, revestidos de obra de mampostería, que sin duda con el fin de facilitar la corriente de las aguas pluviales se inclinan algun tanto al Sudoeste. Hállanse los andenes defendidos por muros de varias dimensiones, y de anden á anden médian como veinte metros de distancia.

La cima ó meseta de la colina es rectangular: tiene setenta y dos metros de Norte á Mediodía y ochenta y seis de Oriente á Occidente. Plaza de guerra parece segun está circuída de una muralla de piedra de ochenta y tres centímetros de espesor y doscientos de altura. Levántase de su centro la que fué pirámide, y de los cinco altos que al parecer contó no conserva ya sinó el primero: una base con cornisa, friso y zócalo. De elevacion perpendicular se calcula que midió sobre veinte metros; de base mide todavía doscientos siete decímetros por ciento setenta y cuatro.

Las paredes del cuerpo que subsiste menguan en volúmen hasta el friso, que es ancho y saliente. Friso y base están cubiertos de relieves que muy bien podrian ser jeroglíficos. Pasma ver la construccion de estas miserandas reliquias. Los sillares, aquí verdaderamente de pórfido, varían en dimensiones, que apenas hay dos iguales. Todos, no obstante, son paralelepípedos y fueron escuadrados de manera que se los pudo unir sin cemento ni argamasa de ningun género. Continúan sin interrupcion de piedra á piedra los dibujos de los relieves. Verdad es que se los hace y probablemente se los hizo despues de montada la obra de cantería.

No es aun esto lo que mas sorprende en tan hermoso monumento. Sorprende más lo que parece imaginado para producir efectos de luz y sombra: las largas líneas, la prolongacion de las cornisas, el corte y recorte de los ángulos.

Tenía esta pirámide la escalera al Oriente. Cada escalon era de tres á cuatro metros de ancho; el declive total de ocho, ochenta.

No diré ahora de los relieves, que dejo para el párrafo de la escultura. Añadiré sólo que el edificio debió de estar pintado de rojo y junto á él habia y hay túmulos, ya de pedruscos ya de tierra. ¿Quién no ve aquí aún la influencia de los Mound-Builders?

En el mismo Xochicalco, en la colina pedestal de la pirámide, al Norte, debajo del anden primero, hay una entrada que conduce á un subterráneo abierto en la roca viva. De Norte á Sud un pasadizo recto, que á los cuatro metros se bifurca, lleva á cierto espacio cilíndrico que hubo de servir de respiradero. Su

otra rama, que corre de Levante á Poniente, termina en dos salones divididos por dos pilares cortados en la misma peña. Es de admirar sobre todo el salon último, donde en una de sus esquinas se ve labrada una elegante cúpula cónica de ciento sesenta y siete centímetros de diámetro y algo más de eje, revestida interiormente de sillares cuadrados, dispuestos en filas circulares, y rematada por un tubo que á no dudarlo fué respiradero de la cueva.

El corte en paralelepípedos de las enormes piedras de la pirámide, algunas de dos metros y medio de longitud y otras de metro y medio de altura, piedras todas llevadas de lejos á lo alto de una escarpada colina habla ya mucho en favor de los autores del monumento: ¿qué no han de decir ahora esas hiladas de sillares que con tanta precision y limpieza siguen la curva de un cono? Es esta hoy por hoy dentro de la antigua América obra única en su género.

Los pasadizos del subterráneo son angostos y de la sola altura de un hombre. De la entrada á los salones hay unos cincuenta metros. El salon de la cúpula mide de diez á once de ancho y poco más de largo. Paredes y bóvedas están enlucidas; cubiertos de una capa de cal y arcilla y pintados de almagro los pavimentos. Están, digo, porque todavía quedan restos de tales enlucidos y mezclas. Ejerció el tiempo sus funciones, se desplomó parte de las bóvedas y hoy á causa de los escombros no cabe pasar de uno á otro pasadizo sinó á rastras.

En Tusapan aparece la pirámide con mayor pureza aun que en Xochicalco y Papantla. Es de un solo piso y va sin interrupcion oblicuándose por igual en todos sus planos desde la base á la plataforma. ¡Lástima que siquiera en sus paramentos no sea de sillería! Se compone toda de piedras calizas irregulares cubiertas de una capa de yeso. Como en Huatusco conduce una ancha escalera central al templo que, no por ser tambien de un alto, deja de estar exteriormente dividido por elegantes cornisas en cuatro cuerpos: tres oblícuos—los dos inferiores y la bóveda;—el otro recto si no mienten los grabados que tengo á la vista. Ni aun ese templo está edificado con sillares: no lo están sinó las cornisas y el dintel y las jambas de la puerta.

Dos palabras ahora sobre los edificios de Méjico hasta aquí descritos. Examinados en conjunto; la primera impresion es ingrata. ¡Qué monotonía! todo son pirámides. Pero á poco se va observando la variedad que nació de esa unidad de forma. En los monumentos de Teotihuacán y de Cholula la forma piramidal resulta sólo de la sucesiva disminucion de los altos que los componen, altos que son todos rectos. En el de Huatusco empiezan los altos á desviarse de la línea perpendicular, y son ya decididamente oblícuas las paredes de la fábrica erigida sobre la plataforma; en el de Papantla y el de Xochicalco los ángulos son líneas que á través de las cornisas de los altos siguen oblicuándose de la base á la cumbre. En el de Tusapan la pirámide es perfecta.

Las pirámides de Teotihuacan son, por otra parte, de tierra, de arcilla, de argamasa, de guijarros; la de Cholula, de adobes. La de Huatusco y la de Pa-

pantla están revestidas de piedra, la de Xochicalco es de sillería. El aparejo resulta además distinto en las tres últimas: irregular en Xochicalco, regular en Papantla y Huatusco. ¿Provendrían tales diferencias de la de razas? La pirámide de Xochicalco está en territorio zapoteca; la de Papantla, en tierra de los totonacas; las demás, en suelo tolteca.

Me resta decir si eran á mi juicio templos ó castillos esas pirámides. El foso, los muros de los andenes y las altas y recias murallas de la plataforma de la colina dan indudablemente carácter militar á Xochicalco. ¿Lo tendría, con todo, la derruída pirámide? No permiten creerlo ni sus cuadros en relieve ni la profusion y el lujo de sus adornos. En parte alguna estuvieron tan decoradas las obras militares. Sobre que los relieves presentan marcado tinte de simbólicos. La pirámide fué á mis ojos templo y la colina fortaleza; el subterráneo, mansion mortuoria. Y si esto opino de Xochicalco, racional es que opine otro tanto de las demás pirámides. La del templo mayor de Méjico, que no tardaré en describir, sabido es que de baluarte sirvió contra los soldados españoles y Cortés se vió obligado á tomarla á viva fuerza. Queríase allí pelear por la patria, segun parece, á la sombra de los dioses.

CLXIII

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Templo Mayor de Méjico

Mucho se debieron multiplicar en Méjico las pirámides-templos, sobre todo bajo los aztecas, á juzgar por lo que escribieron Cortés y sus hombres. Tantas había dentro de la ciudad de Cholula, que el mismo Cortés afirma haber contado hasta cuatrocientas; y tantas en la corte de Montezuma, que con sólo las llamas de sus braseros se dice que estaba de noche la población entera casi tan clara como de día. Desaparecieron por desgracia todas merced al afan destructor de los españoles que, excitados por el fanatismo tanto ó más que por el espíritu de dominacion y la sed de oro, quisieron extinguir hasta los recuerdos del antiguo culto.

No fué respetado ni siquiera el templo mayor de Méjico para cuyo encomio no hallaba Cortés palabras. «Tal es, decía este capitan, su grandeza, que no la sabría explicar lengua humana: dentro de su circuíto se podría muy bien facer una villa de quinientos vecinos. Hay bien cuarenta torres muy altas, la mayor más alta que la de la catedral de Sevilla. Son todas de tal labor así en lo de piedra como en lo de madera, que no pueden estar en parte alguna mejor labradas ni hechas.»

Aunque no existe, me propongo describirlo brevemente, aprovechando las

noticias que más próximas á la verdad me parezcan, á fin de que el lector conozca el desarrollo á que había llegado allí la arquitectura poco ántes de la Conquista. Fué empezado aquel templo por Tizoc el año 1483 y solemnemente inaugurado por Ahuitzotl en 1487, treinta y tres años ántes de haber entrado por primera vez en Méjico soldados españoles.

Lo que llamaron el templo mayor de Méjico es por de pronto de advertir que era un conjunto de obras incluído dentro de una vasta cerca coronada de almenas. Al decir de Sahagun había allí reunidos nada menos que treinta y tres templos, seis oratorios, siete casas grandes para otros tantos colegios de sacerdotes, dos de ayuno, una como cárcel donde se guardaba los dioses de los pueblos vencidos, una hospedería para los magnates forasteros que acudiesen á las fiestas religiosas, casitas para los calpullis, cinco *tzompantlis*, cuatro albercas, el bosquecillo sagrado de que en la fiesta de Mixcoatl partían á los montes de Cacatepec los cazadores, dos juegos de pelota, la cueva donde se metía las pieles de las víctimas desolladas en los sacrificios, el corral á que los teopixquis arrojaban las cañas verdes y las espinas de maguey que habían teñido de su propia sangre, los diversos recintos en que se amasaba las imágenes de Huitzilopochtli, los lugares destinados á la reunion de los niños y los esclavos que hubiesen de morir en honra de los Tlaloques y por fin multitud de patios, alguno tan extenso que medía más de ciento treinta metros en cuadro. No es fácil hallar construcciones de mayor importancia.

De la cerca ó muro que tantos edificios contenía no puedo dar las dimensiones. Sólo me es lícito decir que constituía un rectángulo, abundaba en esculturas y sobre cada una de las cuatro calzadas que conducían á la ciudad tenía una puerta y un depósito de armas.

Por lo que escribe Tezozomoc, lo primero que debía encontrarse al atravesar la puerta principal, á mi juicio la del Mediodía, era uno de los *tzompantlis*, de esa especie de terreros donde estaban ensartados en varales los cráneos de los que habían muerto sobre la piedra de los holocaustos. Algo más al Norte dábase con otra cerca llamada *Coatepantli* porque corría sobre ella una línea de cabezas de serpiente asidas las unas á las otras. Tenía cada cabeza, por las que aún existen, unos ciento sesenta centímetros de longitud, ciento veinticinco de ancho y como ochenta de altura; medidas en mi opinion suficientes para que se conciba la grandiosidad de esta segunda muralla, si no de mucha elevacion, tan extensa, que contenía un patio donde al decir del mismo Tezozomoc, podían de ocho á diez mil hombres bailar en corro.

En mitad de este patio, segun Bernal Díaz del Castillo, empedrado con grandes losas blancas y lisas y segun otros autores cubierto de hormigon y de brillante estuco, alzábase sobre un zócalo el *temalácatl* ó piedra gladiatoria, á la que se subía de todos los puntos del horizonte por pequeñas gradas; y en el lado septentrional sobre otro zócalo, tambien con gradas, la gran pirámide cua-

drada de Huitzilopochtli, de cuatro cuerpos ó pisos, de quinientos treinta y dos metros de periferia en su base y unas veinticinco de elevacion, pirámide á cuya meseta daban acceso por Mediodía de ciento catorce á ciento veinte escalones encajonados y divididos en dos por tres vistosos pretiles. Había á lo que parece en el zócalo de esta pirámide, enfrente de la escalera meridional, el *cuauhxicalli* de que hablé en otro párrafo; y en la plataforma superior, coronada de unas piedras de dos metros y medio de altura á que Duran dió el nombre de *tzitzimites*, los templos contiguos de Huitzilopochtli y de Tlaloc, junto á los cuales dos estátuas monolíticas, sentadas y las manos en cruz sobre las piernas, sostenían un asta de madera á que servían de remate hermosas plumas.

Estaban los templos en el lado posterior de la plataforma—el de Huitzilopochtli á Oriente y el de Tlaloc á Occidente; – y á decir verdad, que los juzguemos por las pinturas que nos quedan en los códices de los indígenas, que por los relatos y dibujos de nuestros primitivos historiadores, distaban de corresponder á la grandeza del pedestal que los sostenía. Eran más bien capillas que templos: unas capillas rectangulares abiertas, que sobre el dintel tenían por adorno un estrecho friso con dos líneas de pedrezuelas de obsidiana y sobre el friso unas caprichosas almenas á modo de caracoles. Interiormente no me atrevo á creer que contuviesen otra cámara que la del respectivo ídolo, ídolos que en cambio imponían asi por sus gigantescas dimensiones y espantables formas como por sus lujosas vestimentas y su relumbrante pedrería. Hay quien da á tales capillas hasta diez y seis metros de elevacion por doce de anchura, mas yo lo considero inverosímil.

Tenía la religion nahua por el primero de sus ritos los sacrificios, y quería consumarlos ante el pueblo. Daba así poca importancia al templo, mucho á la pirámide desde la cual podía hacerlos visibles á todos sus creyentes. Fuera del templo dejó aquí como en todas partes los *techcates* sobre que inmolaba sus víctimas, los instrumentos del sacrificio, el mismo *teocuauhxicalli*, en que arrojaba los corazones de los cautivos á quienes acababa de abrir el pecho. Dejó fuera del templo hasta las copas en que hacía arder el fuego sagrado.

La obra, sin embargo, había de resultar en conjunto grandiosa y bella. La pirámide, toda de mampostería, estaba enlucida y tersa como un espejo; las escalinatas y el *coatepantli* eran de sillería; los *tzitzimites*, ricamente esculpidos por las dos caras segun demuestra el que aún subsiste, llevaban en relieve símbolos de una de las dos divinidades y tal vez signos cronológicos; el *temalácatl* y el *cuauhxicalli* estaban, no sólo cincelados, sinó tambien pintados de vivos colores.

No escribiré ahora de los demás edificios, cuya distribucion y condiciones desconozco. El que acabo de describir era sin duda el prototipo de todos lo que allí y fuera de allí existían. Así lo dejan creer las ya indicadas pinturas de los códices, y así lo confirma entre otros autores Motolinia al hablar de la forma y

manera de los *teocallis*. He consignado lo que sobre él he podido recoger, y doy por terminada mi tarea. Solamente de otro templo me permitiré decir aún algunas palabras: del de Quetzalcoatl, del que se asegura que era redondo y tenía por puerta la enorme boca de una serpiente. Sahagun menciona otros tres templos redondos: ¿sería comun la forma circular en la arquitectura nahua?

CLXIV

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Méjico.—Palacios y Jardines.

Disto de considerar indiscutible cuanto llevo escrito acerca del templo de Tlaloc y Huitzilopochtli. Las opiniones abundan. Dieron algunos autores á la pirámide hasta cinco altos y le pusieron á Levante cinco tramos de escalera independientes los unos de los otros, cuatro de los cuales, los superiores, no era posible coger sinó dando al anden inferior la vuelta. Quieren otros que además de la escalera del Mediodía hubiese otra al Norte. Niegan otros que estuviese almenada la plataforma y suponen de tres pisos las dos capillas. La diferencia de altos en la pirámide puede consistir en que se tome por alto lo que yo tengo por zócalo. La escalera de tramos independientes he de confesar que se dice haber sido comun en las pirámides de aquel tiempo. No la admito aquí entre otras razones por no permitírmelo Cortés ni Bernal Diaz, que, no sólo vieron y examinaron tan gigantesca torre, sinó que tambien la hubieron de tomar á fuerza de armas. Las dificultades del asalto habrían sido indudablemente mayores si para subir á la plataforma hubiesen debido nuestros soldados dar por estrechos andenes cuatro vueltas á la pirámide, y de seguro las habrían cuando menos indicado militares tan expertos. Si hubiese habido dos escaleras, el asalto habría sido por lo contrario más fácil y tampoco habrían dejado de decirlo ni Cortés ni Bernal Diaz. Lo á mi juicio más dudoso es que estuviera con *tzitzimites* la orilla toda de la meseta. Sobre no hablar de clase alguna de almenas ni de barandas estos para mí testigos de mayor excepcion, me parece poco probable que aquellos sacerdotes cerrasen por valla alguna á los ojos de las muchedumbres el lugar de los sacrificios. Habla, sin embargo, de los *tzitzimites* un autor respetable y aun se toma por tal una piedra encontrada el año 1792, de la que sacó Gama un dibujo; y no he creído prudente negarlo. Tal vez los *tzitzimites* no estuvieran sinó en las esquinas de la plataforma. Nótese que, segun Cortés, acosados por él los defensores de la pirámide, hubieron de saltar de la plataforma á las azoteas ó lo que es lo mismo á los andenes. Por cierto que Cortés da aquí sobre estos andenes medidas que no conviene olvidemos. Las azoteas, escribe, son anchas como un paso y habrá de la una á la otra como tres estados.

Respecto á los pisos de que pudieran constar los dos templos estoy por fin en que no debió de haber más de uno, tanto por lo que revelan las pinturas de los códices como por lo que refieren Duran, Tezozomoc y los mismos Cortés y Diaz.

Voy á escribir ahora de palacios y jardines que tampoco existen; y no siendo menores sobre ellos las dadas habré de seguir el mismo método. Hablaré primero de los de Méjico, despues de los de Tezcuco, que, si espléndido fué Montezuma, no lo fué menos Netzahualcóyotl.

Los palacios de Méjico se distinguían principalmente por lo extensos. Más de cuatro veces, dice el Conquistador Anónimo, entré en una de las casas del Rey sin otro fin que verla, y ninguna la pude acabar de recorrer porque me lo impidió el cansancio. Una sala ví, añade, donde cómodamente cabían hasta tres mil personas: en el piso de arriba, en la azotea, habrían podido muy bien treinta hombres á caballo correr cañas como en una plaza. No se le acusará á buen seguro de exagerado, como se recuerde que en el palacio de Axayácatl pudieron holgadamente alojarse no sólo Cortés y sus soldados sinó tambien Montezuma y su servidumbre.

En el palacio principal había treinta y dos puertas con sus escudos de armas y tres patios espaciosísimos, uno de ellos con una hermosa fuente que sin cesar corría. Despues del primer patio, contiguo á la puerta mayor, venían los grandes salones; despues de los salones, aposentos sin número, entre los cuales descollaban por su riqueza los reservados para los reyes de Tacuba y Tezcuco. Grandes y muchas eran tambien las dependencias: los cuartos del harem, los graneros, los almacenes, los corrales, los huertos, los jardines. Jardines los había en el piso bajo y en las azoteas, embellecidas todas, como las de los vasallos, por plantas y flores.

Los paramentos exteriores de los muros se componían de enormes sillares de tetzontli sobre lechos de argamasa; los interiores, en las más importantes viviendas, de alisadas y bruñidas tablas de mármol, pórfido, jaspe, obsidiana, ú otra piedra no menos rica. De baldosas de las mismas sustancias solían ser los pavimentos. Llegaba el lujo á las techumbres, tanto, que las vigas, sobre ser de cedro, ciprés, ú otra madera preciosa, estaban de ordinario curiosamente talladas. Sobre todo en los jardines era comun ver sostenidos por elegantes columnas de piedra balcones y pórticos y hermoseados por caprichosas cabezas ú otras esculturas nichos y esquinas.

Describe Cortés otro palacio no menos digno de memoria. En él dice que tenía Montezuma un jardin con miradores que del piso al techo eran de jaspe. Diez albercas había segun él en ese jardin, y en los diez se guardaba y mantenía todo género de aves acuáticas. Había además sus albergues para aves de rapiña, para leones, tigres, lobos y otras fieras, para monstruos humanos y tambien para albinos. Los albergues de las aves de rapiña eran, segun parece, los más

notables. Medían de profundidad sobre estado y medio y de anchura como seis pasos en cuadro; estaban la mitad cubiertos y la otra mitad descubiertos. Las losas del suelo, que Cortés califica de gentiles, se hallaban distribuidas en forma de tablero; la parte cubierta del techo llevaba tambien sus losas. En la descubierta había un zarzo de madera.

Conviene ahora observar que todos estos palacios no tenían sinó planta baja y azotea; ¿era así de extrañar que fuesen tan vastos?

Tenía Montezuma otros jardines en la colina de Chapultepec, cuya base lamían entonces las aguas del lago de Tezcuco. Bajaban estos jardines por las vertientes del monte entre arrayanes y altísimos cipreses y eran deliciosos, no solamente por la belleza de sus árboles, sinó tambien por el rumor de sus fuentes y cascadas. En ellos sobre una roca de pórfido estaban, se dice, de relieve el mismo rey y su padre. No quedan ya de tales esculturas ni vestigios; pero Gama asegura que podía vérselas aún á mediados del último siglo.

De los monumentos de Tezcuco dejó Yxtlilxochitl noticias algo más preciosas. El palacio de Netzahualcóyotl, que se extendía de Oriente á Occidente elevando al cielo multitud de torres, era de mil treinta metros de longitud y ochocientos diez y seis de anchura. Los muros exteriores, construidos con adobes y cemento, á Levante y Austro tenían de espesor ciento sesenta y siete centímetros y de altura como seis metros. Más altos á Poniente y Septentrion, casi llegaban al decámetro. Hasta el tercio de su elevacion estaban inclinados; despues, á plomo.

Contaba el palacio muchas puertas, pero sólo tres de importancia: una al Occidente, hacia el Lago; otra al Oriente, hacia los montes; y otra al Mediodía. Se llegaba á las tres por soportales de más de trece metros de ancho.

Por una de las tres puertas se entraba en un patio vastísimo que servía de plaza pública y mercado y comunicaba por una galería con otro interior, circuido de un pórtico. Al rededor del primer patio se extendían las habitaciones del Monarca; en torno del segundo, las salas de los Consejos y los altos tribunales de justicia. Salas y habitaciones eran grandes y casi cuadradas: tenían de longitud sobre cuarenta y un metros y casi otro tanto de anchura. En la del Gran Consejo estaban cubiertas las paredes de ricas telas; en el patio contiguo ardía sin cesar un brasero sobre un estrado.

Eran tanto ó más espaciosos los aposentos para las mujeres de Netzahualcóyotl y los reyes de Tacuba y Méjico, y tantas ó más que las del palacio de Montezuma las dependencias. Al Mediodía y al Oriente de las salas de los Consejos había tambien sus jardines, y jardines con no menos acueductos, fuentes, estanques poblados de peces, pajareras y baños perdidos en el fondo de intrincados laberintos. Dábanles sombra, segun el mismo Ixtlilxochitl, más de dos mil cedros.

Ni se satisfizo Netzahualcóyotl con estos jardines. Los tuvo en Cauchiacac,

en Tzinacamoztoc, en Cozcacuauhco, En Cuetlachatitlan, en Tlatelec, en Tepetzingo y en el lago Acatelelco; y, como si no bastaran, construyó otros en la colina de Texcutzingo, á dos leguas de Tezcuco. Para estos, sin duda los más célebres, abrió entre dos cercas un ancho camino, que probablemente subía en espiral á lo alto de la colina, y labró además, parte en la roca viva, parte de mampostería, quinientos veinte y más escalones que permitían la ascension directa del llano á la cumbre. Llevó el agua á la colina, segun vimos en otro párrafo, por un extenso y sólido acueducto. Cómo distribuyó el agua lo dije en el párrafo á que me he referido: daré ahora otro género de pormenores.

En la cumbre de Toxcutzingo había segun Ixtlilxochitl una como torre con su remate en forma de maceta, del cual salían vistosos penachos, símbolo del nombre de la colina; y abajo, entre gigantescos cipreses y cedros, un palacio magnífico á cuyo salon principal se subía por escalones que lo separaban de un anchuroso patio. En el estanque superior, sobre una peña que de en medio surgía, estaba esculpido dentro de una rueda de años el escudo de armas de Netzahualcóyotl y en la orla hasta doce cabezas de reyes y grandes; á no mucha distancia, sobre otra peña, un leon con alas de más de tres metros de altura, echado y vuelto á Oriente, que retrataba en su semblante el del Monarca; debajo, en uno de tres estanques, el del centro, sobre otra peña viva, tres mujeres que representaban las tres capitales del Imperio: Tezcuco, Méjico y Tacuba. De los otros dos estanques, en el del Norte se había esculpido sobre otra peña las armas de Tula, corte en otro tiempo de los toltecas, y en el del Mediodía las de Tenayuca, que lo había sido de los chichimecas.

Hizo de Texcutzingo Netzahualcóyotl un monumento histórico y un verdadero paraíso. Llevó allí de propios y extraños climas los árboles de más sombra y mayor grandeza y las más olorosas y preciadas flores, y decoró los jardines con elegantes pabellones de mármol. Lo distinguió sobre todo por las fuentes y los baños, todos circulares y uno de ellos labrado en una roca de pórfido que por lo saliente se creería que va á desprenderse y rodar con estrépito al valle. Tenían todos estos baños sus gradas y su reclinatorio, y cuesta á la verdad trabajo comprender cómo sin utensilios de hierro se pudo obrar tales maravillas.

De algo de esto, principalmente de los baños, quedan todavía importantes restos. Hay por otra parte planos recien hechos por D. Antonio García Cubas y publicados en la obra del Sr. Chavero, que permiten apreciar hasta las dimensiones de algunas de las obras. El baño mayor tiene de diámetro dos metros; el menor, el de la roca de pórfido, cerca de metro y medio.

Jardines y palacios notables los había en muchas ciudades de Méjico: como de ninguno podría dar noticias concretas, los omito.

CLXV.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura —Méjico.—La Quemada.—Monte Alban.

Otra colina hay en Méjico tanto ó más célebre que la de Texcutzingo. No lo es ya por bellos jardines ni por graciosas construcciones; pero sí por un conjunto de edificios tan grandiosos como rudos. Paso á describirla por lo sintética que me parece, es decir porque en mi juicio fué palacio, templo y fortaleza. La he mentado yo muchas veces y aun he escrito de sus medios de defensa y sus caminos; pero la reputo merecedora de párrafo aparte por más que la escasez de datos no permita darla á conocer tal como sería en otros tiempos.

La Quemada, que tal es hoy su nombre, está muy al Norte de Méjico, en el Estado de Zacatecas, de nueve á diez kilómetros al Norte de Villanueva, orillas de un río de caudal escaso. En su desigual cima cuenta de Norte á Sur sobre ochocientos metros y de Oriente á Occidente de noventa y uno á ciento ochenta y dos, salvo en su extremo septentrional, donde se ensancha y llega á más de cuatrocientos cincuenta. Del llano á la cumbre tiene multitud de caminos, alguno con evidentes muestras de haber llevado murallas como los andenes de la colina de Xochicalco. Entre estos caminos mide uno de anchura más de ocho metros y toca por el Sudoeste el borde de la plataforma.

El borde de la plataforma, donde no se halla suficientemente defendido por la naturaleza, lo está por muros de laja de doscientos cincuenta á trescientos treinta y cuatro centímetros de espesor y de altura. Lo está sin interrupcion en su extremidad Norte á causa de ser allí menos rápida la vertiente. Al Norte los muros de laja cercan un área casi triangular de cuatro hectómetros de lado, desigualmente dividida por otra muralla.

Tanto contiene aquella plataforma ó meseta, que no sin razon se da tambien á la colina el nombre de Cerro de los Edificios. Las ruínas de más extension están al Sud dentro de vastos terraplenes contenidos por muros de sólida mampostería. En la boca del camino, de más de ocho metros de anchura, en sus dos ángulos, hay ya restos de construcciones. Una cuadrada cabe reconocer aún alta de ocho metros y de ocho metros de lado. Casi contigua hay otra cuadrangular que tiene de base cincuenta y cinco por sesenta y nueve metros. En uno de los terraplenes que la limitan, en el de Levante, subsiste todavía un pilar redondo de cinco metros de altura y veinticinco de circunferencia en medio de evidentes señales de haber existido otros nueve.

Al Este, sin más intermedios que una angosta calle, se alza del suelo otra construccion rectangular de veintisiete por treinta y ocho metros, cuyas paredes, aun en perfecto estado de conservación, tienen dos metros de espesor y

cinco de altura. Dentro cabe todavía ver once columnas de cinco metros de altura y cuatro de circunferencia, que á no dudarlo sustentaron un techo formado por vigas y tablas de piedra.

Enfrente de estas dos construcciones arranca de uno de los terraplenes un camino que empieza por unas gradas y corre entre dos cercas hacia el Norte. A los doscientos setenta y tres metros se da con otro grupo de edificios: dos pirámides truncadas—una de catorce metros cuadrados en su base y otros tantos de altura y otra de cinco metros de altura levantada sobre un zócalo de trece por veintiseis de base—; dos hoyos en forma de taza de más de dos metros de diámetro; una fábrica rectangular que mide en su interior veinte y siete decímetros por veintidos y tiene muros de doscientos setenta y ocho centímetros de altura y por fin un túmulo de piedras cuya elevacion no llega á dos metros y medio.

Hacia el Oeste cerca de un peñasco que se levanta en medio de la meseta hay ruinas de mayor importancia. Descuella entre todas una construccion cuadrada de cuarenta y un metros de lado que limitan á los cuatro vientos terraplenes de más de tres metros de espesor y sólo ochenta y tres centímetros de elevacion, á cuya espalda hay muros, gruesos de unos ochenta centímetros y altos de cinco metros. En el lado septentrional se ve unos como asientos, ya cortados en la roca viva, ya construidos con piedras en bruto; y en medio, parte sobre el terraplen, una pirámide truncada de algo más de cinco metros de elevacion y diez por nueve de base. Al pié de esta pirámide, de cinco cuerpos, hay otra que parece un altar, puesto que sólo mide diez y nueve decímetros cuadrados de base y trece de altura. El conjunto es imponente, como se lo mire desde Mediodía. Los terraplenes tienen todos gradas y los muros puertas, es decir, aberturas como ellos altas y alguna, la del Este, ancha de ocho metros y tambien con escalones.

Las pirámides aquí, nótenlo bien mis lectores, son verdaderas pirámides. Sólo una, la que acabo de mentar, consta de varios pisos; y aun esta los presenta separados, no por andenes, sinó por simples cejas. Todas tienen sus caras, salvo la inferior, determinadas por líneas que constituirían triángulos y tendrían en un mismo punto el vértice si no estuviesen truncadas. La inclinacion de las paredes empieza aquí desde la base y no cesa hasta la cima. No está ni siquiera interrumpida aparentemente por cornisas como las de Papantla.

Hay muchas más ruinas en el Cerro de los Edificios, pero no me he propuesto describir sinó las que basten á fijar el carácter de tan especial arquitectura y creo suficientes las descritas. Se habla de una cueva de grande extension, abierta al Occidente, en el mismo borde del precipicio; mas nadie la ha recorrido. Las ruinas de la parte Norte, pocas en número, apenas difieren por otro lado de las del Mediodía. Las constituyen algunas piezas cuadradas y una pirámide cuya meseta es de cinco metros en cuadro. No llaman particularmente la atencion sinó dos túmulos ó terraplenes de piedras, largos de ocho metros.

Lo raro es que todos estos edificios están compuestos de lajas desiguales

(cuando de más espesor, de seis centímetros) unidas por un mortero rojizo mezclado con paja. Utilizaron sus autores á lo que parece los materiales que más á mano tenían, cosa por demás comun en las construcciones de los pueblos.

Réstame decir que tambien en la Quemada veo la influencia de los Mound-Builders. Los terraplenes continúan en el valle, y de algunos se dice que llegan á quince kilómetros de distancia.

Parecidas á las de la Quemada son las ruínas de Monte Alban, esparcidas por la meseta de una cordillera de colinas que separa en el estado de Oajaca dos risueños valles. Tambien allí hay muros levantados sobre terraplenes y hay terraplenes que, ya son paralelos, ya se cruzan en ángulos rectos. Una construccion piramidal se levanta al Norte que tiene de altura cerca de catorce metros y de base hasta sesenta y nueve en cuadro. Sirve de pedestal á varios terraplenes y muros de ignorado destino y á un pequeño túmulo que ocupa el ángulo Noroeste.

Los más importantes restos están al Mediodía. Cuatro terraplenes de doce á trece metros de altura y trescientos treinta y cuatro de longitud limitan un espacioso rectángulo. Así en él como en los terraplenes hay túmulos cónicos, altos de once á trece metros. Los túmulos son de piedras sin labrar, tal vez unidas con argamasa y siempre cubiertas de cemento; los terraplenes, de tierra y pedruscos, tal vez con paramentos de sillería. Quedan aún vestigios de una escalera que conducía desde el rectángulo á la plataforma de los terraplenes.

Los túmulos merecen por su interior estructura descripcion aparte. Está atravesado uno de ellos de Sur á Norte por una galería larga de más de ventiun metros, ancho de diez y seis decímetros y alto de veinte, que segun Dupaix tiene bóveda semielíptica y á mano izquierda la pared revestida de sillares cuadrilongos de piedra berroqueña, donde se ve esculpidas en relieve figuras algo agigantadas que miran todas al Norte. Lo está otro diametralmente por otra galería con pavimento de cal y arena, muros de bien labradas piedras rectangulares puestas horizontalmente y losas grandes vueltas las unas contra las otras que están á manera de caballete y le sirven de techo. Lo está otro por un caño de veinticinco decímetros de elevacion y diez y seis de anchura, que al llegar al centro del túmulo queda interrumpido por una plazoleta y sigue despues algo desviado al Mediodía, bien que como ántes en línea recta. Lo está otro por cuatro pasadizos á los cuatro vientos que desembocan en una estancia de seis metros cuadrados de base y ocho metros de altura, estancia cubierta por una cúpula en ruína que debió de ser semiesférica ó cónica. Es cada pasadizo de ocho metros de longitud, dos de elevacion y ciento veinticinco centímetros de anchura, y tiene asimismo curva la bóveda. Pasadizos y estancia son todos de bien labrada sillería.

Este cuarto túmulo y otro de que habla Dupaix, donde la estancia en vez de ser cuadrilátera es redonda y los techos en vez de curvos angulares, no puedo

dejar de advertir que tienen por base un zócalo cuadrilongo de cantería donde los sillares están puestos á soga.

De una sexta galería escribe por fin Dupaix; más de esta sólo dice que sus paredes verticales sirven como de sustento á dos andanas de losas puestas oblícuamente ó lo que es lo mismo á una de tantas bóvedas angulares como las que aquí se acaba de ver y vimos ya en el párrafo que dediqué á los elementos arquitectónicos.

En Monte Alban, como se ve, lo notable y lo característico son las obras subterráneas. Presentan siempre estas obras dificultades mucho mayores que las ordinarias; y sorprende á la verdad que á través de los túmulos se hiciese tan buenos trabajos de canteria por hombres que apenas recurrían más que al cascajo para la construccion de esos túmulos mismos. En obras de esta índole no dejan de ser difíciles aún las bóvedas angulares, si bóvedas puede llamárselas: ¡cuánto más no lo han de ser las curvilíneas! Tengo para mí que no son de sillería como la pequeña cúpula de Xochicalco. Por los edificios que á continuacion describiré, hubo de haber en Oajaca hábiles arquitectos; mas no sé que en parte alguna llegaran al arco verdadero.

CLXVI.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Monumentos de Mitla.

En el mismo Estado de Oajaca, en el fondo de un valle seco y triste, en medio de un semicírculo de montañas de agudos picachos están los famosos monumentos de Mitla, no sin razon objeto de estudios y encomios. Dudose mucho tiempo acerca de su destino; pero es hoy creencia general que fueron necrópolis. Cuando ellos mismos no lo dijeran, lo haría presumir la aridez del suelo, donde abundan los insectos venenosos y apenas crece más que el maguey y la pitahaya.

Los monumentos de Mitla son cuatro grandes fábricas, á que generalmente se da el nombre de palacios, y dos pirámides, que se mira como altares ó templos. Están ruinosos, tanto que de algunos apenas subsisten sinó miserandos restos; mas queda por fortuna en pié, sin otra falta que la del techo, parte de uno que basta á darnos á conocer su especial carácter.

Componíase probablemente este edificio de cuatro alas independientes que limitaban un espacio cuadrilongo de treinta y tres metros de longitud y treinta de anchura. De las cuatro alas existen tres; sólo la otra, la del Mediodía, es presumible. Dejando por ahora aparte las de Oriente y Occidente, entro á describir la que mejor se conserva, la del Norte.

Tiene por base, como las otras dos, un zócalo oblongo, de unos ciento cin-

cuenta centímetros de altura, que á la vez le sirve de atrio; en el centro, no más de cuatro escalones, pero de grandes piedras cortadas en forma de paralelepípedos y anchos de cerca de diez y ocho metros.

Mide de largo la fachada treinta y nueve metros, de alto once; y está interrumpida sólo por tres anchas puertas de que son marco y sosten cuatro machones. De las tres puertas la del medio es una tercera parte más estrecha que las otras, anchas de tres metros; los machones tienen veinticinco decímetros de lado por treinta y tres de altura.

Impone la fachada por la extension de sus líneas, la grandeza de los sillares, la robustez de los ángulos y la variedad de planos. Desvíanse de la vertical las tres primeras hiladas de sillares—las dos inferiores hacia afuera, la superior hacia dentro;—y de la cuarta arriba corren tres fajas de recuadros cuadrilongos separadas una de otra por anchas molduras. Los recuadros están todos llenos de bellas y caprichosas grecas en mosaico de relieve; y de las molduras se inclina tambien hacia fuera la superior de la primera faja. Recuadros y planos oblicuos continúan por los machones de las puertas y aún por todas las paredes del edificio. El efecto es grande, sobre todo cuando de los recuadros mismos unos son entrantes, otros salientes. Descuellan por su grandiosidad los dinteles de las puertas, labrados en relieve: algunas de sus piedras miden de largo de cuarenta y cuatro á cincuenta y ocho decímetros. Llama tambien la atencion que en lo que podríamos llamar el abaco de los machones haya un agujero redondo de unos cuarenta centímetros de diámetro. Quien lo considera ornacina, quien simple anillo para sosten de un toldo; y á mí, en verdad, para anillo me parece mucho, para nicho poco.

Suntuoso y atrevido es, como ve el lector, el monumento. Conviene, sin embargo, que no nos exageremos sus cualidades. Las paredes no son de piedra sinó en sus paramentos exteriores. La masa, cuando más de hormigon, apenas si está comprimida por los sillares. Lo está sólo en los recuadros por los sillarejos de que el mosáico se compone. ¿Cabría de otra manera comprender su estructura? Usámos aquí otros siglos y volvemos á usar ahora el mosáico de ladrillo, pero en muros de ladrillo. En recuadros con fondo de piedra ¿había de ser fácil el mosáico de relieve? Empotrados en la masa de las paredes afirma Dupaix que están los sillarejos.

Abren paso las tres puertas á un salon rectangular de treinta y cinco metros de longitud por seis de anchura, en cuyo centro subsisten aún de Oriente á Occidente seis columnas que debieron un día sustentar el techo. Son las seis columnas monolitos de más de cuatro metros de altura por uno de diámetro que carecen de base y capitel y sólo en su remate superior presentan algo reducida la circunferencia; las paredes, de tierra y pedruscos cubiertos de una capa de yeso pintada y bruñida; y el piso, de una mezcla de cal y arena revestida de otra más fina y lustrosa, de la que ya no quedan sinó vestigios.

Comunica este vasto salon por un estrecho pasadizo con un patio de más de nueve metros de longitud por siete de anchura, al que dan á los cuatro puntos del horizonte cuatro salas cuadrilongas, que miden de largo la del Este diez metros, la del Norte siete, cincuenta; la del Oeste quince y la del Sur ocho; y de ancho todas sobre dos y medio. Ofrecen de particular todas estas salas que así en el paramento interior como en el exterior de sus paredes están materialmente cubiertas de mosáicos iguales en dibujo y tal vez superiores en belleza á los de la fachada. Estos mosáicos, que no vienen ya en recuadros, antes corren sin interrupcion á lo largo de las paredes en fajas de grecas distintas, entiendo que han de parecerse no poco al ataurique de los árabes.

Respecto á los techos, que, como he dicho, no existen, creo acertado seguir por de pronto á Humboldt y Dupaix, que á no engañarme, hablaron más sobre hechos que sobre hipótesis. Los dan uno y otro por formados de maderos de ahuehuete; y Humboldt asegura que el año 1802 alcanzó todavía tres de esas vigas ó, como Dupaix quiere, troncos. Esos troncos ó vigas en las piezas del patio iban naturalmente de muro á muro; en el salon es probable que, como supone Viollet-le-Duc, bajasen de los dos muros á trabarse con otros tendidos longitudinalmente sobre las seis columnas. Qué hubiese sobre los maderos no considero posible decidirlo.

Este edificio ó esta ala de edificio consta, como se ha visto, de dos cuerpos: el uno muy largo y estrecho, el otro mucho menos largo y más profundo. En longitud están los dos cuerpos en la proporcion de uno á dos; en profundidad, en la de uno á dos medio; y como el segundo viene sobre la mitad del primero resulta el plano general en forma de *Tau* egipcia.

De las otras alas no queda más que la de Oriente, y ésta de tal modo en ruína, que sólo subsisten trozos de la pared que miraba al patio y dos de las cinco columnas que sostendrían el techo del salon contiguo. La forma y la decoracion serían por lo que se ve iguales en todas; no así las dimensiones. En la de Oriente la longitud del frontis no llegaba á treinta metros ni la anchura del salon á doscientos veinticinco centímetros.

Casi contiguo al palacio que acabo de describir, á Mediodía, hay otro tambien compuesto de cuatro alas independientes, construídas sobre zócalos oblongos, que limitan y contienen una anchurosa plaza. De las cuatro sólo ha desaparecido por completo la del Este; las otras conservan aún, bien que muy deterioradas, las paredes, los machones, las puertas, algunos sillares y restos de mosáicos. La forma es la misma: no se diferencian de las otras sinó en que no tienen más de un cuerpo, carecen de columnas y son más reducidas. Mide el salon veinticinco metros por veinticinco decímetros.

Debajo del ala Norte de este palacio reaparecen las galerías subterráneas de Monte Alban. Una hay aquí en forma de cruz latina que mide en su brazo Sur sobre cinco metros, cincuenta centímetros, y en cada uno de los demás brazos tres

con treinta y cuatro. La anchura es en los cuatro de uno con veinticinco: y la altura en todos, menos el meridional, de uno con ochenta. En el meridional no pasa de uno con once. Este por otra parte está mucho más bajo: sólo por cuatro escalones se llega al crucero.

Está cubierto el piso de las cuatro calles de una capa de cemento; llenas las paredes de tableros de mosaico iguales á los que vimos en la fachada del primer edificio; formado el techo por grandes tablas de piedra que van de muro á muro. Fórmalo en el crucero sólo una losa rectangular sostenida por una columna cilíndrica á que sirve de base otra ancha losa cuadrada. Lo particular es que, segun Dupaix, todo está pintado de bermellon y almagre.

De los otros dos palacios apenas se conoce más que las formas generales y las dimensiones. Hallábase el uno al Norte del primeramente descrito, y consistía en tres plazas cuadrangulares de eje comun circunscritas por edificaciones de una sola pieza, que, al revés de lo que hasta aquí hemos visto, dependían unas de otras. Solo la plaza ó patio más al Sur carecía de construcciones al Occidente.

Tenía de eje comun el palacio más de ochenta y cuatro metros; la primera plaza, la del Norte, quince en cuadro; la segunda, la del medio, veintitres; la tercera, la de Mediodia, veintidos por veintiuno. Esta, suponiéndola cerrada á los cuatro vientos.

El otro palacio, que estaba al Sudoeste, se componía asimismo de tres plazas ó patios con edificios de una sola pieza. Difería sólo en que de las tres plazas dos, las del Norte y el centro, tenían comun el eje, y la otra, la del Sur, aunque contigua á la postrera por uno de sus ángulos, el del Nordeste, caía al Occidente y formaba cuerpo aparte. Obsérvase por el plano de este monumento que en las líneas de entrada no había más de un muro con dos aberturas.

La segunda y la tercera plazas eran iguales en dimensiones: medían en cuadro veintitres metros. La primera, más reducida, pero tambien cuadrada medía sólo quince.

En los dos palacios las salas eran largas, angostas y con una ó dos puertas. En las fachadas todas se ve por sus escasas ruinas que había tambien sus machones y sus mosáicos de relieve. Tenían los arquitectos á no dudarlo un patron á que atenerse.

Examinados en conjunto los cuatro monumentos, asombra á la verdad su rigor geométrico, la pureza y la energía de sus líneas, la precision de sus ángulos, la simetría y harmónica disposicion de sus partes, el corte y las juntas de sus piedras que hicieron inútil la argamasa, las combinaciones de sus mosáicos, tambien sujetos á medida. No cabe regularidad mayor que la de esas singulares construcciones. Que no fueran palacios, ¿cómo ponerlo ahora en duda viéndolas reducidas las más á una sola pieza y los salones todos sin ventanas?

De las dos pirámides está sita la una al Oeste de la primera necrópoli, la segunda al Sur de la última, á la otra márgen de un riachuelo cuyo nombre ignoro. Tienen las dos la misma forma; difieren sólo en los detalles. De cuatro pisos consta la primera, de tres la segunda; pero ambas constituyen el lado oriental de una plaza circunscrita á Sur, Occidente y Norte por terraplenes, en aquella de dos altos, en ésta de uno. Reprodúcese aquí, segun ve el lector, la disposicion arquitectónica de las necrópolis; la plaza ó patio cuadrangular limitada por construcciones. Aquí al Oriente estaba el templo; á los otros puntos cardinales, tal vez las moradas de los sacerdotes; en medio, el altar que existe aún en los dos monumentos. En los dos miran á Levante la escalera del ara, á Poniente la del templo.

La primera pirámide, la mejor conservada y probablemente la menos antigua, es toda de piedra y adobes y lleva cubiertos los andenes de sus altos de una especie de cemento pintado y bruñido: en la segunda alternan los adobes con capas de una mezcla que no encuentro definida. Aunque no de igual número de pisos, tienen de altura las dos hasta veinte metros y de base veinticinco por treinta y uno.

Pirámides, necrópolis, galerías, todo solía estar orientado. Brújula en mano dice Dupaix que observó la posicion de los edificios de Mitla. En muy pocos casos, escribe, dejan de mirar á los puntos cardinales de la esfera las fachadas de sus monumentos y aún las puertas de sus sepulcros subterráneos. ¿Por qué medios los orientarían los arquitectos zapotecas?

CLXVII

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Monumentos de Palenque.

Perdóneseme que prescinda de otros monumentos de Oajaca y no me pare siquiera en el cerro de las Juntas, cerro con andenes y muros como el de Xochicalco en cuya cima hay, dicen, restos de un palacio y una pirámide que estuvieron el uno enfrente de la otra y al parecer unidos por numerosas columnas. Tengo á los ojos el diseño de la pirámide, y la veo con formas tan distintas de cuanto la rodea, que suspendo para mejor coyuntura la descripcion y el juicio y paso desde luego á las ruínas de Palenque.

Las ruínas de Palenque son restos de una ciudad antigua, por nombre Nachan, que, segun Dupaix, medía de extension unos doce kilómetros. Hoy, segun Waldeck, ocupa escasamente cinco, aserto que á mi juicio en nada contradice el de Dupaix. Están en territorio de Chiapas, orillas del Otolúm, de once á doce kilómetros al Sudoeste de Santo Domingo, en las colinas de un risueño



MONUMENTO DE SAN CRISTÓBAL DE ZAPANTEPEC

TORRE DEL PALACIO DE PALENQUE

valle, á la entrada de una serranía de la que bajan con sonoro murmullo abundantes arroyos.

Los principales monumentos en ruina son cinco: el Palacio, el templo de la Cruz, el del Sol, el del Hermoso Relieve y el de los Tableros. Hay además muros aislados, arranques de edificios, sillares sueltos y dos pirámides que Waldeck asegura haber descubierto buscando tierra para el cultivo de maíces. El monumento más al Norte es el Palacio. Al Sur y casi en la línea del Palacio está el templo del Relieve; al Sudoeste, el de los Tableros, al Sudeste, los del Sol y la Cruz; y á tres mil quinientos pasos al Mediodía de la última casa Nordeste de Santo Domingo, al otro lado del Balunjthié ó río de los Tigres, las dos pirámides.

Está erigido el Palacio casi á la márgen del Otolúm sobre una mole piramidal de unos setenta y ocho por ochenta y seis metros de base y once ó doce de altura, que dividían en tres cuerpos tres anchas y muy salientes cornisas. Esta mole, rellena segun Dupaix de arena y cal y segun Stephens solo de tierra, por lo que aún permiten juzgar sus restos estaba toda revestida de hermosos sillares y tenía á Oriente y Norte soberbias escalinatas.

Ocupa el Palacio casi toda el área de la plataforma. Mide de altura sobre ocho metros y de base cincuenta por treinta y cinco. Para Charnay tiene al Norte sus principales puertas; para Dupaix al Este. La verdad es que lleva en sus cuatro frentes hasta cuarenta huecos, entre los cuales las puertas sólo se distinguen por su mayor anchura. Sobre el dintel de los huecos no presenta sinó una cornisa de severas molduras rectilíneas que corren sin interrupcion de esquina á esquina ni sobre las molduras sinó muros oblícuos que debieron en otros días sostener el techo.

Los huecos, altos de veintitres decímetros y anchos de veinticinco, están separados por sólidos machones cuadrilongos en su cara exterior cubiertos de relieves de estuco; y de las molduras superiores en la intermedia, en el friso, había á lo que parece agujeros para toldos, semejantes á los que vimos en una de las fachadas de Mitla. No olvide el lector que hablo aquí en presente de lo que siquiera en parte existe; en pasado de lo que totalmente ha desaparecido.

Los dinteles quien los supone de madera, quien de piedra. Es de notar, sin embargo, que de madera no asegura nadie haberlos visto, y de piedra dice del Río que halló sobre dos machones uno de trece por diez y siete decímetros.

Los frentes todos del edificio están vistosamente encalados.

Abren paso los cuarenta huecos á una doble galería que corre abierta y desembarazadamente por los lados Este y Norte y en los demás sobre todo en el del Sur, consta de varios compartimientos. Esta galería tengo para mí que es digna de estudio. La forman, además de la pared maestra, otras dos paredes; y al paso que en la segunda escasean los vanos, abundan en la tercera casi tanto

como en la de ingreso. El piso, de puro hormigon, lleva encima una gruesa capa de bruñida mezcla; y la bóveda, que levanta del suelo cerca de seis metros, es angular y presenta cerrado el vértice por largas y estrechas lajas. Son de sillería las paredes y se alzan perpendicularmente hasta la altura de unos veintisiete decímetros. Se inclinan desde allí las unas á las otras por habérselas construido avanzando hilada sobre hilada, y de aquí la forma de la bóveda. Lo singular es que, segun parece, en lugar de haberse roto aquí los dientes de las hiladas se los rellenó de cemento.

Las lajas no servían sólo para cerrar la bóveda; continuaban protegiéndola exteriormente y formando una masa que, segun Dupaix, podia decirse á prueba de bomba.

Otra particularidad se observa en esa galería. En la pared central del lado Este hay dos puertas. La más al Sur es cuadrangular como casi todas; la más al Norte se prolonga en figura de arco de trébol por la parte inclinada del muro. La forma es rara, y se la ve, con todo, reproducida seis veces en el mismo muro, tres al Norte y tres al Mediodía, bien que no ya para puertas sinó para una especie de nichos. Estos arcos, segun antes escribí, son ciegos é invertebrados; si así no fuera, deberíamos reconocer en los quichés á los primeros artistas de América.

Junto á la puerta, que hubo de llevar batientes segun los goznes de piedra que aún tiene, hay casi á la altura del arranque del arco once escudos ó medallones con bustos de relieve que debieron de ser retratos. Los bustos eran todos de estuco á juzgar por el que se conserva.

En esa doble galería, toda enlucida y pintada de fino almagre, asoma por fin otro elemento arquitectónico, la ventana, que toma aquí por cierto variedad de formas. La ventana y el nicho son aquí ya la *tau* egipcia, ya la cruz griega, ya el círculo, ya el paralelógramo, ya el trapecio, ya el triángulo de vértice roto, ya el arco de tres segmentos, ya el polígono.

Para recorrer con fruto el resto del Palacio conviene ahora que tomemos un punto de partida. A pesar de lo que dice Charnay, entiendo que el frontis principal del Palacio era el del Este. Me lo hace creer esa misma puerta de arco de trébol que acabamos de ver, puerta que, sobre ser frontera á la de la fachada del Este, conduce directamente al patio mayor del edificio. Que el muro Este de la pirámide sea ahora perpendicular no significa por otra parte que lo haya sido siempre. Descalzados y caídos sus sillares por la devastadora fuerza de la vegetacion y el tiempo, las lluvias han podido desmoronar la tierra de la masa hasta convertir en recto lo que era oblícuo. Entre el viaje de Charnay y el de Dupaix no debe olvidarse que mediaron más de setenta años. Pudo ver Dupaix lo que no podía Charnay, y lo vió de seguro ya que lo afirma. Tomo así por punto de partida la puerta de arco de trébol.

Cruzándola se llega á la vista de un patio cuadrilongo que mide veintidos

metros por diez y nueve y está veinticinco decímetros más bajo que el suelo de la galería. Bájase á tan grandioso patio por una escalinata de piedra de más de ocho metros de anchura, en cuyos lados sobre sillares enormes están esculpidas en relieve figuras humanas que tienen de elevacion cerca de tres metros. Segun Waldeck se podía bajar de la galería Norte por otra escalinata: en el plano de Dupaix no lo veo ni indicado.

Otra escalinata hay en el patio, pero enfrente de la del Este y, no para descender de la galería, sinó para subir á lo que se considera templo. Aunque más estrecha, no es ménos imponente. En cada uno de sus lados, sobre una piedra blanquizca y dura, tiene asimismo labrada en relieve una figura de colosales dimensiones.

Grande y hermoso debía de ser el patio, sobre todo si, como Waldeck supone, tenía escaleras á los cuatro vientos. No se contenta aquí Waldeck con añadir otra al Norte; añade aún otra al Mediodía sin prescindir de la que pone Dupaix en el ángulo Sudoeste. Aun sin tantas escaleras no podía dejar de producir efecto un patio de tan gigantescas esculturas, circunscrito, donde no por la galería, por soberbias construcciones. Bien que más pequeñas hay en el lado occidental otras seis figuras de relieve, y en medio indicios de una fuente cuya redonda taza debía de estar casi al nivel del suelo. Para mayor belleza estaban adornados de relieves de estuco en su cara al patio todos los machones de la galería de Oriente y Norte.

Al Oeste del patio, sobre la segunda escalera, está lo que Waldeck y otros llaman templo, un paralelógramo dividido longitudinalmente en dos, que mide unos veintidos metros por ocho. Más que templo parece por sus muchos vanos galería; pero, galería ó templo, da por Occidente sobre otro patio al que se baja por cuatro escalones abiertos al Sudoeste.

Al Sud de este patio, que tiene casi las mismas dimensiones de la fábrica superior, hay otro notable por la torre que se levanta en su lado Norte. Ha sido esa torre objeto de muy encontrados juicios; mas yo la reputo una de las mejores páginas de la historia del Arte. Es, segun Dupaix, una elegante torre cuadrada, de figura piramidal, compuesta de cuatro cuerpos que van disminuyendo en volúmen y están divididos por anchas molduras. De elevacion mide hasta veinte metros, de base ocho en cuadro. Consta de pedruscos, de grava, de tierra y de una capa de mezcla pintada de almagre. Lleva en el piso bajo su puerta con dintel y jambas y en todos los lados de los demás una espaciosa ventana cuadrangular como no las hay en el resto del Palacio. Únase á esto que interiormente, segun el mismo Dupaix, conducía una escalera en ziszas del uno al otro piso.

La Arquitectura de América no abundaba en construcciones de más de un piso hueco. Tampoco en anchos ventanales ni en muy pronunciados dinteles. Una torre de cuatro cuerpos con las proporciones y los vanos que les atribuyen

los que la han visto revela evidentemente un progreso. Lo revela tanto más, cuando subsiste aún llevando, como lleva hoy, en su seno, un árbol de elevadas y frondosas ramas violentamente sacudido en el tiempo de las lluvias por los vendabales.

Al Sud del patio de los grandes relieves y al Este del de la Torre están las edificaciones que debieron servir de morada á los dueños del Palacio, súbditos ó reyes. Son una serie de paralelógramos, algunos tan largos y estrechos como los de Mitla. No creo necesario describirlos. Reproducen todos sobre poco más ó menos las líneas generales del monumento. Un zócalo de escasa altura, el cuerpo de la obra con puertas sin dintel y una que otra ventana, un ancho friso entre dos molduras, un techo sobre paredes con inclinacion al centro, tal es la forma general de estas fábricas. En algunas antes del friso hay una especie de alero como para defenderlas del agua del cielo.

Individualmente no pueden ya estos edificios en ruínas llamar la atencion sinó por lo que de particular contengan: relieves, mesas ó camas de piedra, vestigios de decoracion polícroma, jeroglíficos ú otros objetos de interés para la historia.

El Palacio tiene, además, sus construcciones subterráneas, no debajo del nivel de la tierra, pero sí en el fondo de la pirámide que lo sostiene. Están todas al Sur, y son cuadras ó corredores paralelos con muros de piedra y bóvedas angulares que se comunican entre sí y tambien por angostas escaleras con la parte exterior del edificio. Aunque se hallan casi todas fuera de la línea de las obras superiores, extienden algunos de sus brazos á la de las galerías, á las que son semejantes. Tienen, segun Dupaix, veinticinco metros de longitud y dos de anchura; segun Waldeck son más extensas.

Bien que tibia, reciben luz las más al Mediodía por tres agujeros que salen á la plataforma de la pirámide; las otras están, sobre oscuras, húmedas, tanto, que en la estacion de las lluvias corre por ellas el agua.

Entrase en estos subterráneos por la habitacion más al Sudeste del patio de la Torre y por el penúltimo compartimiento de la segunda galería del Sur á contar desde el Sudeste del Palacio.

Una observacion ahora y pasaré á los templos. No hay aquí de mucho el sentimiento de regularidad y de harmonía que vimos en las obras de Mitla. Fuera de la torre difícilmente se encontrará iguales ni dos puertas, ni dos ventanas, ni dos escaleras, ni dos patios, ni tal vez dos aposentos. Aun dentro de una misma pared ventanas y nichos están á diversa altura. Es distinto el nivel de los patios y son distintos el plano y la elevacion de los edificios. Las galerías están, como vimos, interrumpidas á Sur y Occidente. De los once escudos ó medallones de la puerta de arco de trébol hay nueve á la izquierda y sólo dos á la derecha. No son del todo regulares ni aún los rectángulos.

Hay aquí en cambio el sentimiento de la grandiosidad. Se lo ve en los si-

llares, en los machones, en las molduras de las cornisas, en las dimensiones de las obras, en las esculturas de piedra, en los mismos relieves de estuco, en la manera como está derramado por pisos, paredes, techos y patios el cemento y el almagre. Es grandioso el palacio hasta en sus ruinas: la naturaleza ha hecho allí brotar del seno de la muerte la más lozana vida, un verdadero bosque.

Visto el Palacio, vistos los monumentos de Palenque. Fijémonos en el que llaman de los Tableros ó las Lajas, puesto sobre una eminencia natural, á que se sube por una tosca escalera. Es un edificio cuadrilateral que tiene de largo veintitres metros, de ancho cerca de nueve y de alto, hasta el arranque del techo, poco más de cuatro. En su fachada, que mira al Norte, hay cinco grandes huecos—el central el de la puerta—entre recios machones adornados de relieves de estuco, un friso entre cuatro molduras y un techo de paredes inclinadas, que Waldeck ha restaurado, en mi sentir, á su antojo. Abren paso los cinco huecos á una galería de bóveda adintelada, y por otros tres la galería á tres salones rectangulares, el mayor el del medio. En el fondo de este salon que Dupaix califica de santuario, hay una laja ó tablero con geroglíficos: y en los muros contiguos á la galería otras dos mayores: las tres origen del nombre de tan sencilla fábrica. Arquitectónicamente ¿en qué se distingue del Palacio este monumento? El piso es aquí de grandes losas perfectamente escuadradas.

Dista del Palacio el edificio de las Lajas, á que da Waldeck por pedestal una pirámide de cuatro cuerpos, sobre doscientos pasos. Más al Sur, pero á la misma parte del rio y casi tocándolo, sobre otra pirámide segun el mismo Waldeck y sobre un cerro en parte natural y en parte artificial segun Dupaix, á quien sigo, está el que se ha denominado Templo del Hermoso Relieve porque contiene uno de singular belleza. Difiere algun tanto de los demás, pero en mi entender por lo reducido de sus dimensiones. Es un edificio casi cuadrado, dividido longitudinalmente en dos partes que constituyen dos solas cámaras. No tiene sinó dos huecos—uno en la fachada y otro en el muro de separacion—y los dos se corresponden exactamente. Sobre la puerta del frontis que está á Levante, no hay sinó una cornisa. Las bóvedas son tambien angulares.

Llama, sin embargo, la atencion esta obra, no sólo por el relieve de estuco que ocupa el testero del fondo, sinó tambien por la mucha regularidad de sus líneas y un subterráneo á que conduce una escalera practicada en el segundo aposento; subterráneo rectangular, que se prolonga por uno de sus lados y forma recodo.

Al otro lado del río, casi enfrente del Palacio, se levanta el famoso templo de la Cruz, del que algo saben ya mis lectores. Está, segun Dupaix, en lo alto de un cerro de áspera subida y segun Waldeck y Charnay en la plataforma de una pirámide á cuya pendiente se da treinta y siete metros de altura. Pirámide ó cerro, tenía el pedestal escalones de piedra de que en tiempo de Dupaix aún quedaban vestigios. El templo es en su base un paralelógramo que segun Stephens mide cerca de catorce metros de longitud y más de ocho y medio de

anchura. Tiene su zócalo. Mira á Septentrion y no presenta en su fachada más que tres espaciosas puertas, el acostumbrado friso entre molduras y las paredes inclinadas, sosten ordinario del techo. Su puerta del centro es más alta y ancha que las laterales; pero como ellas carece de todo filete y de todo ornato. Del zócalo á la cornisa tendrá todo el edificio unos siete metros. Pretenden algunos que constó de dos pisos; mas Dupaix consigna precisamente que se distinguía del templo del Sol en que no contaba más que uno. ¿Habrán confundido los dos templos Waldeck y Stephens? ¿Los habrá confundido Dupaix?

Interiormente está dividido el templo en una galería de toda la longitud del edificio y en tres piezas posteriores, dentro de una de las cuales, la del medio, larga de ocho metros, está contenida otra que fué santuario. A la puerta y en el fondo de este santuario cabe aún ver los relieves que tan alto renombre han dado al monumento. Falta sólo del de la adoracion de la cruz una de las tres lajas que lo componian, la de la derecha, hoy en el Instituto Smithsoniano de Wáshington.

Segun Charnay hay tambien en esta fábrica un subterráneo á que conduce una escalera practicada en la pieza lateral de la izquierda.

Queda el templo del Sol, casi contiguo al que acabo de describir. No es tan grande; pero está interiormente distribuido de igual manera. Así lo afirma Charnay, así lo revelan los planos de Dupaix y así lo corrobora aún el de Waldeck, donde no observo otra variacion sustancial que la de venir parcialmente interrumpida por un muro la galería. Para que sea mayor la identidad lleva tambien en el fondo del santuario su relieve entre lajas, artísticamente de tanto ó mayor interes que el de la adoracion de la cruz.

Exteriormente el templo es muy otro aún por los dibujos de Dupaix. Para Dupaix tiene dos pisos: el primero, copia hasta la cornisa del que hemos visto en el templo de la Cruz: el segundo, la mitad próximamente del primero en dimensiones y asentado en el centro. Es el de arriba reproduccion del de abajo: con un solo entrepaño, pero tambien con un friso entre cuadro molduras. Las paredes en declive para sosten del techo están aquí naturalmente en el segundo, no en el primer piso.

Lo presentan de muy distinto modo Waldeck y Stéphens y aquí son irrefutables. Les dan la razon las fotografías de Charnay, ante las cuales hay que bajar la cabeza. Segun ellas los vanos de la fachada del primer cuerpo están entre machones embellecidos, lo mismo que los del templo de las Lajas, por relieves de estuco. Arrancan de la cornisa los acostumbrados muros en declive y, en lugar de sostener un techo plano, sustentan un segundo cuerpo cuadrangular extrañamente calado, donde no deja de descubrirse cierta regularidad en medio de un aparente desórden. ¿Sería en realidad este segundo cuerpo algo más que una prolongacion del techo?

Las pirámides que Waldeck dice haber descubierto es lástima que no las haya





RUINAS DE PALENQUE. –ESTATUA Ó CARIATIDE DE PIEDRA

reproducido con las demás obras de Palenque. «Tienen, escribe, cuadrada la base; por caras, triángulos perfectamente equiláteros: de elevacion, ocho metros: los sillares de abajo, de ochenta y tres centímetros de longitud y cuarenta y dos de altura; los superiores, de hilada en hilada más reducidos: las juntas, tales que no ha podido la vegetacion ganarlas. Como terminan en punta las creo sepulcros.» Si realmente existen, constituyen la única excepcion de la regla: son solamente comparables á los conos de Ocotzingo, tambien perfectos.

En Ocotzingo dominaba el mismo gusto de Palenque. Allá en la vertiente de un cerro de mediana altura, sobre un rellano ligeramente oblicuo, al que se sube por una espaciosa y medio desmoronada gradería, hay tres adoratorios, dos pequeños y uno mayor sentado en el centro y en segundo término, donde aparecen las notas características de los monumentos á que consagré este párrafo: el friso entre muy salientes molduras, el techo sobre muros en declive, las paredes enlucidas, las bóvedas y aun las puertas angulares, las ventanas en cuadro, la parte interior dividida en tres piezas, el atrio con grandes y bien escuadradas losas. Los dos conos que acabo de indicar, de diez y seis metros de eje, de ciento sesenta y siete de circunferencia en su base y de arriba abajo de argamasa y piedras, forman precisamente el fondo del cuadro.

Con todos estos edificios, así los de Ocotzingo como los de Palenque, sucede tambien que cuando no están exactamente orientados, presentan desviaciones insignificantes.

CLXVIII.

Cultura intelectual.—Bellas Artes.—La Arquitectura.—La Arquitectura en Yucatan—Aké—Izamal—Mayapan—Tihoo (Mérida).

Paso á Yucatan, fecundo en monumentos. En monumentos tal vez debidos á diversas razas, de seguro construidos en distintas épocas. Monumentos casi todos en una misma faja de tierra, del grado veinte al veintiuno de latitud Norte: pero, artísticamente considerados, muy distantes los unos de los otros.

Al Este de Mérida, como á cuarenta kilómetros, en cierto lugar llamado Aké, dentro de la periferia de unos mil metros cuadrados, se levantan de quince á veinte pirámides de diferentes tamaños que en su mayor parte sostuvieron palacios hoy derruidos. Están algunas por grupos de cuatro y distribuidas de modo, que limitan plazas ó patios rectangulares en cuyo centro hay un rollo á manera de picota. Son generalmente de piedras de escaso volúmen, ya poco labradas, ya sin labrar; y tienen muchas tan oblonga la base, que guardan la proporcion de uno á dos y aun de uno á cuatro sus diversos lados.

Entre las últimas descuella por lo singular una alta de seis metros á que se

sube por gradas de treinta y ocho de anchura. Tiene de plataforma sesenta y dos por once metros y en ella divididos en tres filas veintiseis pilares de que todavía subsisten veintinueve. Pilares, escalera, pirámide, son de piedras en bruto, desiguales en todas sus dimensiones, ó de piedras medio talladas á lo sumo por una de sus caras.

Miden de elevacion los pilares hoy más altos cerca de cinco metros; sus mayores piedras, hasta doce decímetros de lado y cuatro ó cinco de altura; las gradas, doce de huella y cerca de cuatro de contrahuella; sus pedruscos, de quince á veinte de largo por tres á cuatro de grueso.

Se ve unidas aquí la grandiosidad y la rudeza: se ve al hombre primitivo vislumbrando el arte y esforzándose por hacer con los solos elementos de la naturaleza una morada digna de sus dioses, sus reyes ó su pueblo; se ve á la arquitectura oscilando entre los monumentos megalíticos y los ciclópeos.

Disputó Charnay sobre si en esta fábrica se había usado ó no del cemento. Decidióse por la afirmativa considerando primero que, pues en los pilares hay entre piedra y piedra grandes intersticios con algo hubo de rellenárselos, y despues hallando de cemento en otra pirámide hasta un bajo relieve. Me permito opinar lo contrario. Aun dentro de Aké esta fábrica es única en su género; para ella no cabe á mi juicio inferir nada de lo que en otra se note. Si por otra parte subsisten hoy los pilares con intersticios y sin clase alguna de argamasa, ¿á qué suponerla?

En Yucatan, á no dudarlo, se hizo grande uso del cemento. Para relieves se lo empleaba bajo la misma dominacion de los españoles. No es raro en los edificios verlo como en los de Palenque capa sobre capa. No se hable de los caminos: camino sin cemento puede que no lo hubiera. Lo hallará confirmado el lector en Izamal, que está al Oriente de Aké á unos treinta y dos kilómetros.

En Izamal contó Landa de diez á doce pirámides. Lizana, que escribió sesenta años despues, no habló ya sinó de cinco; la de Itzmat-ul, la de Kab-ul, la de Kinich Kakmó, la de Ppapp-Hol-Chak y la de Hun-pik-tok, es decir, la de Itzamná, la de la Mano Obradora, la del Sol ó el Fuego, la de los Sacerdotes y la del Jefe de ocho mil pedernales.

Segun Charnay la principal, la que describió Landa, es la de Kinich-Kakmó. Tenia dos pisos, veinte escalones, una ancha plataforma, detrás una plazoleta con otro cerro ó pirámide que sostenía un templo. Era redonda por su parte posterior y toda de cantería. Cada escalon medía sobre veintiocho metros de longitud y cinco decímetros de altura. Está hoy como las de Teotihuacan y de Cholula desfigurada por el tiempo; mas deja ver aún sus dos cuerpos y parte de las gradas con su pretil ó pasamano. Por las medidas de Charnay cuenta de elevacion de quince á veinte metros, de lado en su base cerca de veintiocho.

De las demás pirámides no se da pormenores. Se dice sólo que al Sur había otra de igual tamaño, la de Ppapp-Hol-Chak, sin cerro alguno en la plataforma,

En cambio se habla de los relieves de una al Occidente, sobre todo de una cara gigantesca que se supone ser la de Zamná, el gran maestro de los mayas. Tiene esta cara ó cabeza cuatro metros de altura y está toda compuesta de piedras sin labrar y de cemento. De cemento es aún otro relieve que representa un tigre agachado con rostro de hombre, y de cemento era otro relieve de figuras colosales que fué dado á conocer por Stephens y ha desaparecido.

Charnay escribe por otra parte de los restos de un camino hacia la isla de Cozumel y de otro á Mérida. De este último dice que era de siete á ocho metros de anchura y se componía de piedras enormes cubiertas de hormigon y de una capa de cemento. El cemento, añade, parece de ayer segun lo bien que se conserva. De cemento afirma tambien que era la otra vía.

Lo volveremos á ver en Mayapan, cuyas ruínas, ocultas durante siglos por los muchos árboles que las ganaron, cubren una vasta llanura. Descuella entre estas ruinas una pirámide de más de diez y seis metros de elevacion y veintisiete de lado, que tiene á los cuatro vientos escalones de cerca de siete de anchura, hoy casi destruídos. Aunque de un solo piso, como á diez y seis decímetros de su remate presenta un anden de otros tantos decímetros de ancho en cuya orilla acaban los escalones. Del anden á la plataforma lleva tambien gradas á los cuatro puntos del horizonte, pero más estrechas. Ni indicios de otra construccion deja ver en su meseta, de cuatro metros en cuadro y toda de piedra llana.

Existe en Mayapan otro edificio, si no tan grande, no menos digno de nota. Tiene por asiento una pirámide, hoy ya cerro, que mide algo más de ocho metros de altura. Consta de dos cuerpos: uno circular de veintisiete decímetros de elevacion y setenta de diámetro; otro cónico, alto de treinta y ocho; los dos separados por un estrecho friso entre molduras de tosca labra. Lo que fuese no se hace fácil adivinarlo. Por una puerta rectangular y con dintel de piedra da paso á una galería de ochenta y tres centímetros de ancho, abierta al rededor de un cilindro sólido de cantería, de veinticinco decímetros de diámetro. Son recias sus paredes—nada menos que de treinta y cinco decímetros—y llevan, además de cuatro ó cinco capas de cemento, claros indicios de haber sido pintadas de rojo, amarillo, azul y blanco.

Al Sudoeste de tan raro edificio, sobre un terrado que de él arranca, hubo una doble fila de columnas de sesenta y nueve centímetros de diámetro, de las que aun subsisten ocho. No tiene ninguna capitel ni base ni es ninguna monolítica, antes están todas compuestas de cinco anillos de cincuenta y cinco á sesenta y nueve centímetros de altura.

En los restos de otros edificios tuvo Stephens ocasion de ver bóvedas angulares como las de Palenque, hechas tambien por el sucesivo avance de unos sillares sobre otros y la superposicion de lajas al abierto vértice. Otro hecho observó aún desconocido por mis lectores. Esparcidas acá y acullá encontró multitud de

piedras evidentemente desprendidas de antiguos monumentos. Notó que están en su mayor parte escuadradas sólo por la superficie exterior y llevan en la interior una especie de muñon que debió de servir para adherirlas á las paredes. Este dato, como se verá más tarde, es de importancia.

Tihoo, la Mérida de ahora, no abundaba menos en grandiosos monumentos. Con piedras de ellos desprendidas ó arrancadas se construyó, segun Waldeck, las actuales casas. Entero no queda ya ninguno: subsiste sólo el primer cuerpo de dos pirámides. Afortunadamente de una de éstas nos deja Landa una descripcion y un plano: reproduciré en compendio sus palabras y las completaré con las que dirigió en carta á Felipe II Lorenzo de Bienvenida.

La base era cuadrangular y tenía más de dos carreras de caballo. El frente, que miraba á Levante, lo constituían siete escalones de dos palmos de altura; los demás lados, anchas paredes. Al ras del último escalon había una plataforma; y dentro de ella, á veinte y ocho ó treinta piés de los bordes, salvo por Occidente, se alzaba un segundo cuerpo á cuya superior meseta conducían otros siete escalones de toda la anchura del frontis, tambien á Levante. Arriba cerraban como en Mitla un patio rectangular cuatro edificios independientes, á cuyo alrededor corría una calle de seis piés de anchura. Me valgo aquí del sistema métrico de Landa.

De los cuatro edificios los tres eran filas de celdas, interrumpidas en el de Oriente y el de Occidente por un pasadizo de bóveda adintelada. El cuarto, el de Mediodía, estaba dividido en dos solas piezas y precedido de un pórtico de gruesos pilares. A la parte posterior del de Occidente venía además adherido uno como templo circular de bastante altura.

De las celdas se sabe que medían sobre ocho piés de ancho y doce de largo; de las otras dos piezas no se dice las dimensiones. Carecían las puertas de unas y otras de quicio y batientes, y tenían formado el dintel por una sola piedra. Sobre los dinteles, á lo largo de todos los edificios, habia un resalto que servía de base á columnitas medio empotradas en los muros y sobre las columnas otro releje. Las bóvedas, á lo que parece, eran todas angulares; exteriormente, azoteas de un encalado muy fuerte gracias al uso de cierta agua de la corteza de un árbol.

Los cuatro edificios eran de cantería maravillosamente labrada. los dos cuerpos ó macizos que los sostenían, de piedra seca.

Impondría á no dudarlo el monumento; mas no por su altura. Segun Bienvenida alzaba del suelo sólo cinco toesas, poco más de nueve metros, cincuenta centímetros. Verdad es que acaso no incluyera el autor en la medida los edificios superiores.

Mienta Landa otras dos fábricas, una de ellas á dos largos tiros de piedra de la que acabo de describir, alta y con un hermoso patio donde sobre tres cerros ó pirámides había otros tantos oratorios.

No hablaré ahora ni de los túmulos de Kantunile, en uno de los cuales se halló tres esqueletos, ni de los edificios de Coba, construidos con sillares de desmesurada grandeza, ni de las treinta y seis pirámides de Ticul, al decir de Norman sepulcros, ni de las de Maxcanú, aunque alguna esté cruzada interiormente por una galería ancha de once decímetros, alta de diez y nueve, larga de centenares de metros, adintelada en su bóveda, abundante en brazos. Omitiré estas y otras muchas ruínas porque no presentan rasgo alguno característico, y yo me propongo aquí, no hacer un simple inventario de las obras antiguas de América, sinó marcar las fases y el desarrollo que allí tuvo el arte. Paso ya por esta razon á los pueblos en que la arquitectura buscó tanto ó más que la grandiosidad la belleza.

CLXIX.

ESTADO INTELECTUAL.—BELLAS ARTES.—ARQUITECTURA.—YUCATAN.—CHICHEN ITZÁ.

Las ruínas de Chichen Itzá, que vienen á ocupar un rectángulo de ochocientos treinta y cinco metros de longitud y quinientos cincuenta y seis de anchura, son ya conocidas de mis lectores por dos grandes bocas de serpiente que encabezan una escalinata y las desiguales columnas de un pórtico, un dia tal vez mercado. Al Norte está lo que unos llaman templo, otros gimnasio y otros circo; al Este el Pórtico; entre uno y otro el Castillo; al Sur el Acabtzib y la Casa de las Monjas; algo más al Norte el Caracol; al Oeste el Chichanchob ó la Casa Roja.

De todos estos edificios el Acabtzib es el más humilde y tambien el más antiguo. No está asentado en pirámide ni eminencia alguna; mas lo parece segun lleva excavado á su alrededor el terreno. Mide de frente cuarenta y un metros; de fondo trece. Mira á Levante. Presenta dividida en tres partes su fachada: en la del centro una escalera, ancha de más de doce metros, que va del suelo á la cornisa, y en cada una de las laterales, dos puertas. Al Ocaso llevaba probablemente otra escalera, que hoy no es sinó una masa de cal y canto. Tiene al mismo viento siete puertas: al Austro y Septentrion una. En ninguno de los cuatro frentes, adorno alguno, como no sea un ancho friso entre sencillísimas molduras.

Interiormente consta el edificio de diez y ocho piezas: las más interesantes, dos á que abre paso la puerta del Mediodía. De las dos la primera, alta de dos metros y ancha de cinco, está al nivel del suelo; la otra, de iguales dimensiones, levanta como dos decímetros. Hay sobre la puerta de comunicacion entre las dos un dintel monolítico donde debajo de dos filas de jeroglíficos está escul-

pida la figura de un hombre sentado en actitud de bendecir tal vez las flores de un vaso que tiene á sus plantas; y esta figura y estos jeroglíficos han dado, á lo que parece, nombre al monumento. *Akab* en lengua maya es noche, oscuridad, tinieblas; *tzib*, escribir, pintar; y con llamarlo *Akabtzib* se pretende que se quiso calificarlo de monumento de la misteriosa escritura; pretension injustificada como no se suponga que se le dió el nombre despues de olvidada la significacion de la pintura jeroglífica.

Es indudablemente mucho menos antigua la Casa de las Monjas, que tiene por asiento, no una pirámide, pero si una mole rectangular que mide cuarenta y cuatro metros de longitud, nueve de elevacion y treinta y uno de anchura y está circuida de una hermosa baranda. Alzase la casa en medio de la plataforma de esta mole, á la cual conducen treinta y nueve escalones, anchos de quince metros. Tuvo antes dos pisos, tanto, que existen aun los otros quince escalones que subian al segundo: mas hoy no conserva ya sinó el primero, alto de sesenta y seis decímetros y ancho de noventa y uno.

Su fachada, esculpida de la base al coronamiento, es bellísima y presenta ya la rica variedad de adornos de que hablé en otro párrafo, entre ellos el enrejado de celosía. Tiene en su centro una puerta de excelentes proporciones y en su mitad superior un amplio friso entre muy salientes molduras. Sobre el dintel lleva distribuidos en cinco hileras veinte medallones de jeroglíficos, y en medio del friso otro grande que contiene una figura profusamente adornada de plumas. Está en el resto del friso cubierta de mascarones; en las molduras de la primera cornisa, de entrelazos en forma de madeja: en la segunda, de una greca festoneada de buen efecto. Continúan los mascarones junto á las jambas de la puerta; y los que están en los ángulos del friso tienen por nariz lo que se ha convenido en llamar trompa de elefante. Al lado de los mascarones de abajo y aun en los mascarones todos se observa por fin dibujos que considero simbólicos.

Esta fachada, toda de cantería, tiene bastante regular el paramento. Una singularidad ofrece, y ésta, como veremos, no lo es en la arquitectura maya: la de presentar en sus molduras una serie de planos y contraplanos oblícuos que interrumpen frecuentemente las líneas verticales y le dan, sobre todo en los ángulos, extraño aspecto.

Entre las piezas interiores existe una de más de trece metros de largo. En todas están enlucidas las paredes; y en algunas hay nichos que se extienden del pavimento á la bóveda con claros indicios de haber tenido pintadas figuras con la cabeza ceñida de ricos plumajes.

No termina aquí la Casa de las Monjas. La mole rectangular en que esta parte descansa se une al Este por un muro con otra fábrica de diez y seis metros de longitud, seis de elevacion y nueve de anchura, que consta de un solo piso y está interiormente dividido en nueve cuartos, algunos rellenos. Casi contiguas hay otras dos sueltas que imponen sólo por la falta de proporcion entre su altura

y su base. Tiene de base la una treinta y cinco decímetros por ciento treinta y ocho y de elevacion cincuenta y cinco; y de base la otra, treinta y cinco por setenta y dos, cuando es de ochenta y seis su altura.

Charnay ha dado en fotografía la fachada de una de estas construcciones. Del dintel abajo la pared está desnuda de adornos: del dintel arriba, cruzada por dos anchos frisos entre severas y recísimas molduras. En los dos frisos hay mascarones; pero en el inferior alternan con recuadros de figuras humanas. Aun entre las molduras está decorada la pared: lo está por grecas de distintos dibujos.

Los adornos, segun vimos, constituyen uno de los rasgos más característicos de la arquitectura yucateca. Uno hay bellísimo de que aquí da muestra Charnay en otra fotografía. Es nuestro artesonado puesto verticalmente; son series de casetones esculpidos sobre dos planos. Festoneadas las líneas interiores de los rombos, hacen la decoracion graciosa y rica.

Dejando el Caracol para lo último, paso ahora al Chichanchob ó la Casa Roja, puesta sobre otra mole de diez y ocho metros de longitud y quince de anchura. La casa, á la que se sube por una escalera de cincuenta y cinco decímetros de ancho, es de buenas y regulares proporciones, pero escasa en adornos. Los lleva sólo en su coronamiento, no en el friso que sobre sus tres puertas se extiende, y aún en el coronamiento por demás sencillos. Es sobre todo notable por su distribucion interna, muy parecida á la de los templos de Palenque. Tres piezas detrás de un corredor, esta es toda la casa. Una línea de jeroglíficos en la pared del fondo del corredor y huellas de pintura en las tres piezas, estos son los adornos.

El edificio inmediato no ofrece nada notable: sí ya el Gimnasio. Constituyen el Gimnasio ó Juego de Pelota dos paredes de mampostería, separadas una de otra treinta y cinco metros, que miden diez de espesor, ciento de longitud y siete de altura. Paralelas las dos, van de Norte á Mediodía. Carecen de molduras; pero allá en su paramento interior, hacia el centro, á cincuenta y cinco decímetros del suelo, llevaron sujetas por grandes espigas dos anillos de piedra de veintidos centímetros de ojo y ciento de diámetro, de los cuales todavía subsiste uno. En Yucatán como en Méjico hacer pasar la pelota por el ojo de esos anillos era la principal suerte del juego.

De las dos paredes, la que mira á Levante sostiene en su extremo meridional un monumento en cuya pared meridional ocupa todo lo ancho de un friso una serie de tigres. Debió de ser grandioso este edificio á juzgar por la base de una de sus columnas, cabeza enorme de serpiente que mide tres metros de largo. Tiene de base de trece á catorce metros en cuadro y estuvo precedido de un pórtico en cuyas paredes no hace treinta años se veía aún reproducidas por la pintura las principales escenas de la vida interior y exterior de los mayas. En esculturas era verdaderamente rico: todavía subsisten, decoradas por relieves,

jambas de puertas y muros de una pieza ayer subterránea y hoy abierta á la luz del dia.

A Norte y Sur del Gimnasio había otras dos pequeñas fábricas que tenían de largo, la una de nueve á diez metros y la otra veintidos y medio. Estaban las dos sobre macizos rectangulares como el de la Casa de las Monjas, contenían una sola pieza y abundaban en relieves. La del Norte por lo menos llevaba tambien su pórtico, pórtico que tal vez sirviera, como Charnay pretende, para que los grandes señores pudieran, al abrigo del sol y el aire, seguir las peripecias del juego de pelota. Quedan aún de este pórtico dos columnas.

Ignoro si habrá advertido el lector que los monumentos de Chichén hasta aquí descritos están levantados, no sobre pirámides, sinó sobre paralelepípedos. En un paralelepípedo descansaba tambien el que Landa nos pintó en Izamal y el tiempo ha derribado. En el Castillo volvemos á encontrar la pirámide: una pirámide de nueve pisos, de estrecho andén y muros perpendiculares, que tiene de altura quince metros y de base más de cincuenta y dos por cincuenta y cinco. En ella, segun Charnay y Norman, hay cuatro escaleras á los cuatro vientos; segun Stéphens, sólo dos, una al Occidente y otra al Norte. La del Norte, la principal, consta nada menos que de noventa escalones de doce metros de anchura y lleva en sus pasamanos las dos monstruosas cabezas de serpiente de que antes dije, largas de veintisiete decímetros, horribles por sus abiertas fauces. Cuenta la de Occidente otros tantos escalones, pero no tan anchos: de sólo diez metros.

Sobre la plataforma se alza un edificio rectangular de doce por trece metros de base y seis y medio de altura, que debió de ser templo y no castillo. Lleva en tres de los lados su puerta con dintel de zapote, y en el septentrional un vano con dos columnas que abre paso á un vestíbulo. El entablamento, que en estas columnas y los machones contiguos descansa, es verdaderamente notable. No por los adornos, que no los tiene, pero sí por su ancho friso y las severas molduras de su cornisa y su arquitrabe, donde se ve la misma contraposicion de planos oblícuos que observé en la Casa de las Monjas.

Las columnas, que son de veintidos decímetros de altura, tienen por base cabezas de serpiente y por capitel verdaderos cubos de piedra. En fustes y en capiteles hay profusion de esculturas, y en uno de los últimos la de un guerrero que está, segun en otro párrafo escribí, con las manos levantadas, como si con ellas quisiera sostener el entablamento.

El vestíbulo es de cerca de once metros de longitud y diez y siete decímetros de anchura. Comunica por una puerta con un salon alto de cuarenta y seis decímetros, largo de cincuenta y dos y ancho de treinta y cinco, cubierto, cosa hasta aquí no vista, por dos bóvedas angulares, que por sus opuestos lados descansan en enormes maderos tendidos á lo largo y en el centro de la estancia sobre dos pilares. Por Oriente, Sur y Occidente se halla circuido este salon de una

como galería, pero tan aislado de ella, que sólo cabe ganarla por las puertas exteriores del edificio, abiertas á los mismos rumbos.

Es notable todo el edificio por sus relieves. Los hay, no sólo en sus dinteles de zapote, sinó tambien en sus jambajes de piedra; y casi todos representan guerreros con unos como capacetes de que salen ricos penachos. Segun Charnay los hay hasta en los pilares del salon, que muy bien pudo haber sido santuario de Cukulcán como algunos pretenden.

Dúdase que este monumento sea el mismo que Landa vió y describió en Chichén por los años de 1560; pero á mi entender sin motivo. Nos dió Landa el plano, y el plano no deja lugar á dudas, por más que adolezca de vicios propios de quien no conocía el arte de levantarlo. Naturalmente distaría de estar entonces la obra tan deteriorada como en nuestro siglo, y la hallaría Landa como no la encontraron Charnay y Stéphens. Segun Landa, tenía la pirámide cuatro escalinatas; en las cuatro, al comienzo de sus pasamanos, cabezas de serpiente; en vez de ángulos, cubos redondos, que se iban estrechando por muy galana órden; al rededor de sí muchos otros edificios; y á no largo trecho de la escalera del Norte, dos pequeños teatros de piedra, de cuádruple gradería y enlosada plataforma, donde se dice que se hacía farsas y comedias para solaz del pueblo. ¿Tomaría Landa por teatro los dos anchos muros del juego de pelota?

Acerca de la columnata que hay al pié del Castillo nada debo añadir á lo dicho en el párrafo CLVII. Réstame hablar del Caracol, edificio que de seguro sorprendería, si ya el lector no hubiese visto en Mayapán otro muy parecido. El Caracol es una torre circular erigida sobre una pirámide de dos altos. El primer alto mide de Norte á Sur más de sesenta y un metros; de Oriente á Occidente, más de cuarenta y uno. Se sube á su plataforma por veinte escalones, anchos de ciento veinticinco decímetros, que llevan por pasamanos dos culebras entrelazadas. Por otros diez y seis escalones de más de once metros se llega á la segunda plataforma, de veintidos por quince. A cuatro metros del último escalón se alza la torre, de cuarenta y seis decímetros de diámetro, torre que levanta sobre el nivel de la tierra poco más de diez metros. No presenta la torre en su exterior sinó cuatro puertas, al Nordeste, al Sudoeste, al Sudeste y al Noroeste y una cornisa de que arranca un techo cónico; ni en su interior sinó dos corredores concéntricos de bóvedas apuntadas, en medio de los cuales hay una masa de piedra, tambien circular, de diez y nueve decímetros de diámetro. El muro que separa los dos corredores tiene otras cuatro puertas á los mismos rumbos; las paredes todas están cubiertas de pinturas. ¿De qué servirían tan raras obras? ¿qué significaría esa masa de piedra levantada en el centro?

CLXX

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Yucatán.—Uxmal.

Vengamos á Uxmal, la Atenas de los mayas. Las ruinas, tan numerosas como imponentes, ocupan otro rectángulo que de Norte á Sur mide sobre quinientos cuarenta metros y de Oriente á Occidente sobre cuatrocientos. Al Septentrion están el Palacio ó Casa de las Monjas y el Cerro del Enano ó del Adivino, á que Waldeck ha dado el nombre de Pirámide de Kinsborough; algo más á Mediodía, Las Culebras, probablemente el Juego de Pelota; más al Austro, la Casa del Gobernador con la de las Tortugas y otra construccion piramidal de grandes dimensiones; al Sudeste, la Casa de la Vieja; al Sudoeste, la de las Palomas con fábricas que circunscriben un patio de cincuenta metros de longitud y cuarenta de anchura.

La Casa del Gobernador es de las más notables. Alza del suelo como ochenta y tres centímetros una plataforma que en sus lados Este y Norte tendrá de base ciento sesenta y siete metros y en los Sur y Oeste está remetida en ángulo recto. Sobre ésta, otra de cinco á seis metros de altura, que mide ciento cincuenta de lado. Sobre ésta, algo al Occidente, otra, alta de cinco metros, ancha de veintisiete, larga de ciento. Sobre ésta, por fin, en medio de una calle ó galería, de ocho metros de anchura, la Casa ó Palacio, larga de ochenta y nueve, ancha de once, alta de siete.

Las tres plataformas están ligeramente inclinadas al centro. Súbese á las dos primeras por rampas; á la última, por treinta y cinco escalones al Este, de treinta y seis metros de ancho. Son todas de piedras sin labrar, pero tienen revestidas las paredes de sillares asentados con argamasa. De sillares es presumible que tuvieran tambien un día los pavimentos.

No hay construcciones especiales en la primera plataforma; pero sí en la segunda. En la segunda vese por todas partes restos de muros de ignorado destino: al Sur, rotas columnas de trece decímetros de elevacion y dos de radio; en el centro, al pié de los treinta y cinco escalones, en medio de una cerca cuadrada, una piedra redonda que fué quizá picota y un túmulo de tierra y grava, alto de diez y seis á diez y siete metros, del que desenterró Stéphens la imágen de un animal de doble cabeza, no poco parecido en su estructura á los que forman los capiteles del sepulcro de Darío; al Noroeste, la Casa de las Tortugas, de que hablaré más tarde.

Consta el Palacio de un cuerpo central y dos alas á él unidas por otros dos cuerpos entrantes. Tiene sobre una misma cuerda alas y centro; á Poniente, dos puertas; á Norte y Sur, una; á Levante, en el ala izquierda, dos; en la dere-

cha y en los cuerpos entrantes una; en el centro siete. Toda de cantería lleva desnudos los sillares hasta el dintel de las puertas; del dintel al remate, un ancho friso cuajado de esculturas entre muy salientes cornisas. Cornisas y friso corren sin interrupcion por los cuatro frentes.

En los cuerpos entrantes las puertas son triángulos; en los demás, rectángulos. Sus dinteles, de madera de zapote, han desaparecido. Sencilla es á trechos la decoracion y á trechos complicada. Por la orilla superior de todo el edificio ondula una línea sin término al rededor de una recta. Después de este adorno, bellísimo, predominan los cuadros donde se desarrolla rectilíneamente una espira: perdóneseme aquí la impropia aplicacion de esta palabra. Casi exclusivamente constituyen estos cuadros el friso de la fachada al Mediodía. Son en realidad grecas. Siguen despues los clavos ó pequeños cubos.

Pero vengamos á descripcion más concreta. Los frontis más ricamente adornados son los de Oriente y Occidente. Hablaré del de Oriente y por él podrá el lector formar idea de lo que allí fué el Arte. Sobre la línea del dintel de la puerta extiéndese una recia y muy saliente moldura abiselada, de agudas aristas. Empieza á seguida el ancho friso con un fondo á manera de celosía que cruzan alternadamente en diagonal fajas de grecas y de cubos unidos por sus vértices. Ciérralo por la parte superior una serie de mascarones con trompas de elefante por narices, ceñidos de coronas que llevan uno como floron en su centro; y á continuacion la cornisa, tambien abiselada, sobre la cual corre la línea ondulante. Esta decoracion es riquísima. Las grecas son tan grandes, que bastan dos á cubrir el espacio entre la moldura inferior y los mascarones; su línea generadora, y esto las caracteriza, se desarrolla sobre planos distintos. Las caras de los cubos tienen esculpidos en hueco cuadrados concéntricos. Los mascarones, sobre todo en sus diademas, están preciosamente labrados. De mascaron á mascaron hay adornos al parecer caprichosos, probablemente jeroglíficos.

Llaman aún más la atencion los adornos de las puertas. Sobre la central, por ejemplo, parte de abajo arriba una serie de molduras paralelas, todas á bisel, que van aumentando en longitud, terminan por cabezas de serpiente y forman juntas una especie de pirámide invertida. Del medio de todas estas molduras destácase uno como nicho, por su parte inferior en forma de semicírculo, donde se cree distinguir aún restos de una estátua. Caen por los lados desde el mascaron de la cornisa largos manojos, no sé si de plumas ó de hojas, que aumentan no poco la magnificencia del conjunto. Los planos á bisel de las molduras están cuajados de jeroglíficos de muy bajo relieve.

No son de mucho tan ricas las demás puertas, pero sí las esquinas de todo el frontis y aún las de todo el edificio, compuestas cada una en todo lo ancho del friso de cinco mascarones paralelos con las trompas al aire, que le dan hermoso y original aspecto.

Parecida y casi igual á la de Oriente es la fachada de Occidente. En todas

debo advertir que son de piedra sólo los paramentos, pues las paredes las constituye una especie de hormigon al que están fuertemente adheridos por muñones los sillares, no todos de igual tamaño. Estos sillares sólo en los cubos forman por sí solos dibujo: se ve claramente que antes de colocarlos se los labró todos conforme al plano ó plan del arquitecto.

Interiormente está dividido el palacio en dos grandes secciones por una pared que lo atraviesa de Norte á Mediodía. Once aposentos tiene á Levante, trece al Ocaso, todos rectangulares y simétricos. Presenta revestido de cemento el piso, calzados de piedra los muros, angulares las bóvedas, cerradas por dinteles de zapote las puertas, desnudas y continuas las superficies todas, es decir, sin vestigio alguno de ventanas, color ni escultura.

Mide de grueso la pared occidental, salvo en sus extremos, veinticinco decímetros; poco menos, las transversales de los dos cuerpos entrantes; de cinco á ocho las otras. Miden todas de alto, en la seccion oriental, sesenta y tres y en la occidental sesenta. De los aposentos, miden los dos centrales ciento sesenta y siete de longitud por treinta y tres de anchura; los demás, excepto los de los cuerpos entrantes, algo más reducidos, sesenta y nueve por cincuenta y cinco. En esas alas entrantes empieza la inclinacion de las paredes casi á flor de tierra; en los otros cuerpos, á la mitad de la altura entre el pavimento y el vértice de la bóveda.

Sorprende en todo este edificio la regularidad de dimensiones, de líneas, de ángulos, de sillares, de adornos. Artistas que tales obras concebían y ejecutaban, bien puede asegurarse que sentían la belleza y tenían acendrado el gusto. Superaban en esto á los de Mitla, con quienes no deja de observarse puntos de contacto.

Réstame ahora hablar de la Casa de las Tortugas, sita, como vimos, en la segunda de las tres plataformas que sirven de base á la ya descrita. La de las Tortugas, rectangular como la del Gobernador, tiene de largo veintiseis metros, de ancho nueve, de alto tres y medio; una sola puerta al Norte y tres al Mediodía; desnudas las paredes en su mitad inferior y decoradas en la de arriba por un friso entre molduras compuesto de columnitas de dos á tres anillos contiguas las unas á las otras; labradas á trechos en el filete superior de los tres que constituyen la cornisa las tortugas que le han dado nombre. Las columnas del friso no son, á lo que parece, redondas sinó en su parte exterior: cilíndricas todas y todas de un diámetro, producen excelente efecto.

Interiormente es ahora inapreciable esta casa porque la han cegado las ruínas de las bóvedas. A qué estuviese destinada se desconoce. Llama la atencion que no estuviese unida por escalera alguna ni á la primera ni á la tercera plataforma.

Metida en el ángulo Sudoeste de la plataforma primera se levanta una pirámide que no merece olvido. Es cuadrangular: tiene de base ochenta y tres me-

tros por cincuenta y cinco; de altura, diez y ocho; de meseta, veinte en cuadro; uno como antepecho, alto de ochenta y tres centímetros; el piso, de piedras sin labrar; las caras, de sillería y en su parte superior adornadas de grecas como las que poco há hemos visto; debajo de estas sencillas esculturas, un andén ó ceja; en lugar alguno, vestigios de haber sustentado ni castillo, ni palacio, ni templo, ni construccion de ningun otro género.

Más al Sudoeste hay aun otra pirámide, de cincuenta y cinco metros por treinta y tres de base y quince de altura, á la que se sube por una escalera practicada al Norte. Sirve esta pirámide de pedestal á un edificio, compuesto de sólo tres piezas, que mide veintisiete metros de longitud por cinco y medio de anchura y es parecido al de la pirámide del Enano que describiré más tarde.

No lejos, algo al Norte, está el patio de que antes dije. De las fábricas que lo cercan sólo es de notar una por cierta pared que la cruza de Oriente á Occidente, toda dentellada y con agujeros parecidos á los de nuestros palomares. Casa de las Palomas la denominan por este motivo.

No hablaré ahora de las muchas construcciones acá y acullá esparcidas, entre las que hay pirámides de doscientos veintidos metros de base. No me detendré ni aun en la casa de la Vieja, así dicha de una estátua que se encontró cerca de su frontis, casa puesta sobre otra pirámide de pequeñas dimensiones. Tampoco en el Juego de Pelota, parecidísimo al de Chichén Itzá, en cuyos dos muros paralelos se ve aún reliquias de los dos anillos que en mejores días tuvieron. Sólo notaré de paso que en los frentes de los dos muros, de sillería, hay hermosas esculturas, entre ellas dos serpientes enlazadas. Paso desde luego á la Casa de las Monjas, otro de los grandes monumentos de los mayas.

Bajo el nombre de Casa de las Monjas se comprende cuatro edificios, casi á los cuatro vientos, que tienen por base un zócalo rectangular de cinco metros de altura y noventa y seis de lado, y, aunque sueltos é independientes, cierran un patio que mide cerca de setenta y dos de longitud y cincuenta y nueve y medio de anchura. Por la parte Sur y no por otra se compone este zócalo de tres pisos: el inferior, alto de ocho decímetros y ancho de cincuenta y cinco; el medio, de treinta y tres y de ciento veinticuatro; y el superior, de diez y de trece. Del primero al segundo piso créese de ordinario que hubo escalones; mas no porque de ellos queden ni vestigios.

Donde los hay aún es en la parte Norte, bien que no del zócalo al edificio sinó del edificio al patio. Es de advertir que el edificio del Norte está sobre un segundo zócalo de unos cinco metros de altura, y sin gradas, por lo tanto, no habría sido posible llegar á su puerta. Húbolas tambien, y se hace aún fácil distinguirlas en los lados Este, Sur y Oeste del mismo patio, allí inferior en sesenta y nueve centímetros al nivel de las construcciones. Servían aquí los escalones para descender al patio, en cuyo centro se ve todavía los restos de una columna, tal vez picota.

De los cuatro edificios, todos rectangulares, son paralelos el de Oriente y el de Occidente, no los del Norte y el Mediodía, ya que el del Norte se separa algun tanto de la línea recta. Como la Casa del Gobernador, están todos interiormente divididos en dos secciones y constan de multitud de aposentos regulares y simétricos, aunque no todos iguales en longitud ni anchura. Tienen todos angulares las bóvedas, calzadas de sillería las paredes, de madera de zapote los dinteles de las puertas, anillos de que suspender la hamacas, absoluta carencia de ventanas y adornos. Adornos ó esculturas interiores no los hay sinó en las puertas que conducen á las cámaras de la segunda seccion en el edificio del Este.

Las puertas exteriores dan generalmente al patio. Sólo en cada uno de los extremos del edificio Norte hay una á la plataforma, y en el edificio Sur tantas á la plataforma como á la plaza. En medio de éste existe, además, un paso de la plataforma al patio.

Hé aquí ahora las dimensiones de los cuatro edificios. Mide el del Mediodía setenta y siete metros de longitud, cinco de elevación y siete y medio de anchura; el del Este cuarenta y tres, seis y diez; el del Norte setenta y tres, sesenta y ocho y siete y medio; el del Oeste, cuarenta y siete, cinco y medio y nueve. Al rededor de los cuatro corre exteriormente una calle ó andén de unos diez y seis decímetros de anchura.

La parte más estética del monumento son las fachadas. Las he dejado para el fin con el objeto de describirlas más desembarazadamente.

Los cuatro edificios tienen fachadas al patio y á la plataforma. A pesar de que tampoco llevan esculturas de la mitad de las paredes abajo, presentan en junto labrada una superficie de seis mil siescientos ochenta metros cuadrados.

En el frontis del Sur hay cuatro puertas rectangulares á Oriente y cuatro á Occidente; en el centro, el paso que antes indiqué, de bóveda adintelada. Sobre las ocho puertas corren tres molduras, á bisel la superior y la inferior, vertical la del medio; y sobre las tres, el ancho friso con el enrejado de celosía por fondo, bien que no en todos los paños. Encima de cada puerta hay una casa en que algunos ven el signo mejicano *calli:* encima de la casa, un mascaron que interrumpe las líneas de la cornisa; y entre casa y casa, grupos de tres columnas ó balaustres á que sirven como de marco dobles fajas verticales. La cornisa está compuesta de otras tres molduras como las de abajo.

Los mascarones son originalísimos. Las casas tienen sus cornisas y su friso abiselados, el friso, además, cubierto de unas hojas, tal vez imitacion de las de bálago. No existe ya en sus puertas estátua alguna; pero es indudable que las hubo. Estaban, segun Waldeck, sentadas y circuida de un nimbo la cabeza.

En cada uno de los dos extremos del frontis había un cuerpo saliente que formaba esquina. Desapareció ya el de Poniente, pero subsiste aún el de Levante. Es de notar: primero, porque así entre las molduras inferiores como en-

tre las superiores, ó lo que es lo mismo, así entre las del arquitrabe como entre las de la cornisa hay una serie de bajos cilindros; segundo, porque están constituidos los ángulos por bellos mascarones con la trompa en alto; tercero y último, porque á los lados de estos mascarones bajan cintas de adornos contenidas en sendos sillares, que, á mi juicio, son, en su mayor parte jeroglíficos.

En este cuerpo hay tambien sus paños lisos, es decir, sin esculturas. Los sillares están dispuestos de manera, que no resulta ni medio regular el aparejo.

La fachada del edificio del Este presenta, con la de esta última construccion, no pocos puntos de contacto. Tiene cinco puertas. Entre las molduras que corren por sus dinteles, como entre las de la cornisa, hay tambien sus rollos ó bajos cilindros, y en las esquinas sus mascarones con las trompas en alto entre cintas de jeroglíficos. Mascarones entre cintas y, por cierto más regulares que los otros, constituyen asimismo la decoracion de la puerta del centro. El fondo del friso es tambien de celosía. De él se destacan á trechos, equidistantes las unas de las otras, hasta seis series de barras horizontales como la que en la Casa del Gobernador hemos visto. Cada serie consta aquí de ocho barras ó listones, en disminucion de arriba abajo, terminadas por cabezas de mónstruos. Son las barras, no á bisel, sinó rectas y permiten ver por los espacios que las separan el enrejado del fondo. Para mayor belleza, en la parte superior de cada uno de esos grupos hay de relieve un busto de extrañísimo tocado con máscara, símbolo probablemente de alguno de los dioses mayas. De efecto, de grande efecto es á no dudarlo esta fachada, afortunadamente una de las que mejor se conservan. Cuanto más se la mira, más bella parece. Los bustos están como rizados. En la cornisa hay dispuestos ordenada y simétricamente hermosos florones de que cuelga una especie de rapacejos.

Rica es tambien la fachada del edificio del Norte. Abunda en puertas: tiene por lo menos catorce. No lleva rollos entre las molduras inmediatas á los dinteles, pero sí entre las de la cornisa. Ostenta alternadamente sobre las puertas nichos ó series de mascarones que á manera de torres se elevan sobre el coronamiento. Entre los mascarones y los nichos presenta en diagonal grecas no menos grandes que las de la Casa del Gobernador, bien que rectangulares y desarrolladas sobre menor número de planos. Reticular es tambien el fondo de su friso, pero mucho más bello que en las otras construcciones. Está aquí interior y exteriormente festoneada y tiene además una graciosa labor en el centro cada una de las mallas de la red, ó lo que es igual, cada uno de los cuadros de la celosía.

Fijémonos ahora en algunos detalles. Los nichos son casas con su arquitrabe, su friso y su cornisa, la cornisa especialmente de exquisito gusto. Sobre estas cornisas, primorosamente labradas en todas sus molduras, hay sus mascarones. Entre los adornos parecen figuras humanas. Una hay sentada en el punto de union de dos grecas con las manos en cruz sobre el pecho. Se habla de otras dos

que al parecer tocan instrumentos de música. Las esquinas del edificio están no sólo redondeadas sinó tambien oblicuadas. En ellas los mascarones llevan hacia abajo las trompas.

Paso ahora á la última fachada, la mejor, la del edificio del Oeste. Como en la anterior, las mallas de la red que constituye el fondo del friso están preciosamente festoneadas. Sobre ellas se desarrollan grecas cual ninguna de las descritas, grecas que ocupan todo el espacio entre la cornisa y el arquitrabe. Por las grecas corren dos serpientes de plumas que á trechos se entrelazan y forman recuadros. La cola de la una y la cabeza de la otra se casi tocan junto á una puerta, sobre que se alza hasta el coronamiento una serie de mascarones. La cola es como la de las culebras de cascabel; la cabeza, la de un mónstruo coronado que oprime á un hombre entre sus fauces. En los núcleos de las grecas aparecen ya cabecitas, ya rosetones; en las grecas mismas ó sobre las molduras del arquitrabe, estátuas que, segun Waldeck, son de guerreros. Sobre la cola de la serpiente hay uno como turbante turco del que sale un rico penacho. Las trompas de los mascarones de las esquinas salen, como en casi todos los monumentos mayas, de la arista del edificio. No es de extrañar que Waldeck se entusiasmara á la vista de tan bello frontis. Segun asegura lo vió casi intacto; hoy está de tal modo en ruínas, que apenas cabe distinguir dos de los recuadros que formaban el enlace de las dos culebras. Paños enormes carecen de adornos.

Supongo habrá observado el lector que de las cuatro fachadas no hay dos iguales. La forma general es en todas la misma; la decoracion diversa. Tan diversa, que á mi entender se hubo de construir en distintos tiempos los cuatro edificios. Del frontis del Sur al del Oeste hay para mí no menos distancia que del severo estilo ojival del siglo XIII al florido del XV. Del uno al otro la decoracion se embellece y complica.

Antes de la Conquista ¡cuán agradable no había de ser entrar en el patio, bien por cualquiera de sus ángulos, bien por el paso del Mediodía! La grandeza del patio mismo, la columna monolítica del centro, los amplios frisos de los monumentos, cuajados de adornos, la escalinata que conducía al del Norte abierta entre más humildes construcciones, todo había de cautivar los sentidos y conmover el ánimo.

El piso del patio estaba, segun Waldeck, cubierto de losas, en cada una de las cuales había labrada una tortuga. No lo confirma desgraciadamente ninguno de los etnólogos que han visitado despues aquellas ruínas. El piso, á lo que parece, no es sinó de piedras sin labrar que cubre una espesa capa de cemento. De cemento se supone que está revestido tambien el de las habitaciones.

Junto á la Casa de las Monjas, á Levante, entre otras erigidas sobre bajas mesetas hay una que llaman de los Pájaros. Exteriormente es notable por las muchas cintas de hojas que la embellecen y recuerdan la arquitectura de los antiguos griegos, é interiormente, tanto por la grandiosidad de sus dos salones,

altos de cinco y medio metros, largos de seis y anchos de cuatro, como por un hueco que, sin dejar de ser en el fondo la bóveda angular que conocemos, presenta algo curvilíneo el intradós y algo en forma de cuña las dovelas.

La casa de los Pájaros es, con todo, un juguete al lado de la del Adivino, tambien á Levante. Está la del Adivino sobre uno entre cono y pirámide que tiene de veinticinco á veintisiete metros de altura, cuarenta y uno por sesenta y tres de base y seis por veintidos de plataforma; pirámide ó cono, que, á ser exactos los dibujos de Waldeck y á no venir desmentidos por los de Charnay, estaría toda cubierta de sillares regularísimos y tendría verticales las juntas. Los dibujos de Charnay, como reproduccion de la naturaleza por la naturaleza, inspiran mayor confianza que los de Waldeck, y por ellos se observa que dista de ser regular el aparejo de tan grandiosa mole, sobre todo en la parte superior donde apenas veo escuadradas las piedras. No están en cruz las juntas; pero dudo que de unas á otras se pueda trazar ni una sola vertical de un metro.

No por esto la pirámide, rectilínea en sus caras y curvilínea en sus extremos, deja de ser una de las más originales de América. Tiene rápida la pendiente, al Orto la escalera, al Ocaso, en el medio, dos como estribos, el uno sobre el otro, el inferior más ancho, el superior más estrecho. Es la escalera de ascenso penoso y difícil: consta de noventa escalones, si abajo de más de cinco metros de anchura, arriba tan altos y angostos, que apenas cabe sentar en ellos la planta. Los dos estribos ó cuerpos salientes están labrados y contienen puertas y aposentos: formaron indudablemente parte de la misma casa del Adivino, con la cual se comunicarían por medios hoy desconocidos.

La Casa, probablemente lugar de holocaustos cuando no templo, es un edificio rectangular, largo de doscientos decímetros, ancho de treinta y tres, alto de cuarenta y cuatro, circuido por todas partes de un andén de poco más de un metro, con la puerta principal al Oeste y otras dos al Este, lo interior dividido en tres salas de bóveda angular y muros lisos y sin cemento, la mayor, la del centro, de sesenta y seis decímetros de longitud y diez y nueve de anchura.

Aquí, como en tantos otros monumentos del Yucatán, lo notable es el frontis. Difiere bastante de los descritos en este párrafo. No uno, sinó dos frisos tiene abiertos entre molduras: el primero del dintel de la puerta abajo; el segundo del dintel arriba; esculpidos los dos, pero sólo en el centro; aquél con casetones festoneados, éste con grecas. Cómo fuese la puerta, por las fotografías de Charnay no cabe apreciarlo; segun Waldeck era angular y por su vértice daba con la superior cornisa. Los cuadros de casetones son visiblemente cuatro, dos á la derecha y dos á la izquierda, los cuatro con orla en figura de madeja. Del fondo de cada uno, segun el mismo Waldeck, destacábase una estátua de tamaño natural, imágen de un hombre con el pene erigido, que llevaba en la cabeza un casquete, en los hombros una especie de esclavina, encima de las caderas un ancho cinto y en las manos, cruzadas sobre el pecho, uno como martillo ó maza.

Asegura Waldeck que logró recomponer una con fragmentos que encontró al pié de la pirámide: en la fotografía de Charnay descubro realmente indicios de que pudo haberlas. Sobre las molduras inferiores del primer friso observo peanas donde hay labradas en cruz canillas de cuerpo humano. Tambien en el coronamiento del edificio noto bustos que parecen cráneos.

Frontis de mayor regularidad no cabe. Cráneos, grecas, casetones festoneados caen verticalmente los unos sobre los otros; entre los casetones, entre las grecas, entre los cráneos, median las mismas distancias; las molduras, abajo, en medio, arriba, están igualmente dispuestas. Los muros, como se acaba de ver, se hallan, en parte decorados, en parte lisos: aun en esto hay proporcion y armonía.

No es tan severa, pero sí más rica, la fachada del estribo inmediato, cuyo techo está al nivel de la Casa. Obra de taracea parece segun sus muchos adornos. Series de mascarones cubren las esquinas; un solo mascaron, el friso; grandes grecas, las jambas de la puerta. Hasta debajo de la puerta, que es rectangular y abre paso á dos salas, la anterior alta de cincuenta y dos decímetros, larga de cuarenta y uno, ancha de diez y nueve y la posterior ancha de diez, larga de treinta y tres, alta de treinta, continua la decoracion y es probable que se extendiera hasta la cornisa del otro estribo, de la cual se distingue todavía una serie de rollos entre dos molduras. De este segundo estribo por lo que se ve estaban completamente lisas las paredes y eran de no mala sillería.

Creo innecesario decir más sobre Uxmal, inagotable en monumentos. Basta en mi opinion lo escrito para que se comprenda á donde llevaron allí los mayas la arquitectura. Añadiré sólo que entre la Casa del Adivino y la de las Monjas hay otro patio con una picota en el centro, circunscrito por construcciones de que no queda ya sinó el zócalo. Esos patios ó plazas no olvide el lector que tambien los vimos en Mitla.

CLXXI

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Yucatan.—Kabah, Zayi, Labnah, Kewick, Tuloom.

Desde lo alto de la pirámide del Adivino se descubren á lo lejos otras dos ya sin los edificios que sostuvieron: la de Xcoch, de veintiuno á veinticinco metros de altura, y la de Nohpat, de cuarenta y uno de vertiente. En la de Nohpat, que mide de base hasta sesenta y nueve, se conserva todavía abajo, al Sur, una esplanada con una picota en el centro, arriba una sala ó corredor, de ocho á trece decímetros de anchura, y de arriba abajo una escalera casi en perfecto estado.

Mas, pues no me propongo, como antes he dicho, sinó fijarme en los monu-

mentos donde quepa ver el sucesivo desarrollo de la Arquitectura, paso desde luego á los de Kabah, por más de un concepto notables. Sobre una plataforma rectangular de cincuenta y cinco por treinta y ocho metros de base, que alza del suelo poco más de cinco y medio, hay á derecha é izquierda construcciones de las ya vistas: en medio una cerca cuadrada de sillería de siete á ocho metros de lado y unos dos de altura con toda la hilada inferior cuajada de jeroglíficos, y en el fondo al Nordeste veinte escalones anchos de sesenta y seis decímetros que conducen á otra meseta, base de un palacio. Tiene de longitud el frontis de este palacio cuarenta y un metros, y es todo él un friso cubierto de mascarones entre molduras de gran proyeccion embellecidas por grecas y adornos que no desdeñarían los mejores arquitectos de Europa. Exuberante es aquí la decoración, y no parece, con todo, sinó que el artista halló breve el espacio en que extenderla, segun prolongó á trechos el muro formando unas como torres de más de un metro de espesor y cuatro de altura, revestidas tambien de mascarones.

Abre paso la puerta á una doble fila de salas de unos nueve metros de longitud, seis de elevacion y tres de anchura, que tienen angular la bóveda y llenas de inscripciones y dibujos las paredes. Están las interiores siete decímetros más altas que las exteriores y las unas enlazadas con las otras por escalones labrados en una sola piedra que no parecen sinó la reproducción de la trompa de los frontis. A derecha é izquierda de los escalones se hace á lo largo del muro un zócalo tambien rico en adornos.

Como á ciento cincuenta metros de este palacio, al Nordeste, hay otro de más sencilla decoracion, pero tanto ó más digno de nota. Sobre una base rectangular de veintinueve por cuarenta metros se alza un edificio con puertas cuadrangulares desde cuyo dintel se oblicúa interiormente el muro hasta el suelo de otra meseta. No tiene por adorno el frente de esta construccion humilde sinó una que otra pareja de columnas empotradas; pero allá en el centro, sobre una especie de vestíbulo de bóveda en ángulo llevan á la superior plataforma anchos escalones. Hay en esta plataforma á cada lado una cisterna, en medio lo que se ha dado en llamar picota y en el fondo otra fábrica de nueve puertas, algunas divididas en dos por una columna de capitel cuadrado. Aquí tambien se oblicúa el muro desde la línea superior de las puertas; pero con la particularidad de que sobre este plano oblicuo y no sobre el recto se extienden las esculturas, reducidas á numerosos grupos de tres columnas. No por estar inclinado deja aquí de extenderse el friso entre las acostumbradas molduras ni de correr sobre la cornisa uno como antepecho.

En este segundo palacio es de observar: primero, que las columnas divisorias de las puertas tienen un simple abaco por capitel y el umbral por base; segundo, que las de los frisos, agrupadas de dos en dos y de tres en tres, más parecen balaustres que columnas y están meramente esculpidas en los sillares de los muros; tercero, que son ya, no de zapote, sinó de piedra los dinteles; cuarto,

que el techo de la fábrica de abajo constituye parte del suelo de la plataforma de arriba; quinto y último, que descansan sobre vanos las escaleras.

Levántase á la izquierda de este monumento una pirámide de muchos pisos, que mide cincuenta por treinta y cinco metros de base y veintidos de altura y tiene escaleras á los cuatro vientos. Presenta en la cumbre sólo montones de escombros; pero así á los piés como en los flancos multitud de construcciones, algunas tambien con puertas debajo de graderías que conducen á superiores plataformas. Aquí se ve adornos de estuco pintados de brillantes colores; allí en altos jambajes de piedra figuras de hombres con tocados de plumas que les bajan á los tobillos; más allá, impresa la mano roja, tan frecuente en los monumentos mayas.

No hablaré ahora de lo que llaman el arco de triunfo, ya que de él escribí en otro párrafo; mentaré sólo la Casa de Justicia, larga de treinta metros, en cuyo frente hay por toda decoracion grupos de tres pilares entre puerta y puerta y cuatro filas de cortas pilastras sobre la cornisa. La decoracion, segun observará el lector, va cambiando.

El cambio es completo en la Casa Grande de Zayi. Tiene esta casa tres altos en plataformas cuadrangulares distintas: la primera de treinta y tres por setenta y tres metros, la segunda de doce por cuarenta y seis y la tercera de cinco por cuarenta y uno; plataformas á que da acceso al Sur una escalinata de más de ocho metros de anchura y al Norte otra mucho más estrecha. Ocupa la casa el borde de las tres mesetas y en la segunda, al Oeste, conserva todavía en pié una fachada digna de examen. Por todo lo largo corre al ras de la tierra un zócalo compuesto de una línea de rollos entre dos molduras. Sirve este zócalo de umbral comun á las puertas, las menos de un ojo, las más de tres por llevar el dintel sobre dos columnas. De puerta á puerta adornan los entrepaños grupos de cuatro balaustres ciegos que van del zócalo al arquitrabe. Son arquitrabe y cornisa reproduccion del zócalo; y el friso lo constituyen series de dos á nueve cortas columnas sin capitel ni base, imágenes de seres fantásticos, caprichosas grecas, y en las esquinas el acostumbrado mascaron, baja la trompa.

Rica es la fachada; pero aun más bella que rica. La hacen tal principalmente la armonía de todas sus partes, la regularidad de sus extensas líneas y la acertada distribucion de sus adornos. Las columnas de las puertas, altas de diez y ocho decímetros, llevan por capitel un abaco. Los balaustres son de doble panza y triple lazo. Los dinteles, todos de piedra, están labrados de modo que dan uno como capitel á las jambas. Latía indudablemente en el corazon del artista el sentimiento de la belleza.

No son de mucho tan notables los frentes de las demás plataformas. El de la primera, algo parecido al de la segunda, tiene puertas de tres ojos y una apuntada; el de la tercera las tiene todas de un ojo en forma de rectángulo y por todo ornato sencillísimas molduras.

Hay además en Zayi un terraplen con paramentos de sillería que mide ciento treinta y ocho metros cuadrados y en el centro otras construcciones, una con dos filas de aposentos, la interior más alta que la exterior sobre siete decímetros, á la cual se sube por escalones como los de Kabáh. Aquí, por lo que leo, los balaustres decoran en ordenadas series la parte interna del muro.

En Labnáh veo felizmente combinados el estilo de Zayi y el de Uxmal. Hay allí un edificio que limita y cierra un patio cuadrangular, y en él hallo por de pronto digno de atencion el frontis. Tiene en medio el frontis un portal abovedado que casi toca en el coronamiento; la parte inferior del muro sin más adorno que una columna sin base en cada esquina; el arquitrabe y la cornisa compuestos de un sencillo feston entre molduras; el friso engalanado por las amplias grecas de Uxmal y los grupos de columnas de Zayi; sobre la cornisa un antepecho del que sobresalen tres cuerpos, uno en el centro, otro en cada lado. El arquitrabe aquí, lejos de empezar, concluye en el arranque de la bóveda, que es algo vobadiza sobre lo que podríamos llamar su imposta y está algo más abierta en su vértice de lo que se acostumbra.

En lo interior, en el patio la decoracion presenta el mismo carácter. No alternan aquí en los frisos de las fachadas los grupos de columnas con las grecas, pero sí con esos enrejados de celosía que tanto embellecen en Uxmal los frentes de la Casa de las Monjas.

Hay en el mismo Labnáh otro edificio que no cabe pasar en silencio. Está sobre un terraplén de ciento once metros de longitud y cuarenta y uno de anchura, consta de dos cuerpos de grande extension construidos sobre diversos planos, tiene en el de arriba lisas las paredes de la fachada y una sola línea de aposentos, y en el de abajo, sobre dos filas de salas, un frente como ninguno de los de Zayi: un frente con un ancho zócalo al ras del suelo, grupos de columnas de triple lazo del zócalo al arquitrabe, sobre todo en las esquinas y junto á las puertas, las molduras del arquitrabe en gran parte labradas, la greca dominando en el friso entre múltiples adornos, los ángulos revestidos de mascarones y uno de ellos decorado por la enorme boca de un caiman, de la que sale una cabeza humana. Complícase aquí el arte y tengo yo para mí que más pierde que gana en belleza.

Otro edificio encarecen aún los viajeros en Labnáh; pero no tanto por su arquitectura como por su escultura. Es ancho de cinco á seis metros y largo de once á doce, y está sobre un terraplén alto de doce á trece. Arquitectónicamente no se distingue de los demás sinó en que al Mediodía sobre la puerta sobresale de la cornisa un cuerpo que tiene ocho metros de altura. Estuvo, por lo que se ve, esta fachada cubierta de colosales adornos de estuco, entre los cuales, por lo que todavía permiten apreciar sus restos, figuraba una línea de calaveras, otra de figuras humanas, una imágen sentada y otra de rodillas, todo pintado de brillantes colores.

Tambien en Kewick se nota la mezcla de los dos estilos. De las dos fachadas que publica Stéphens, en la una hay la misma decoracion que observamos en el friso de la Casa de las Tortugas de Uxmal y en la otra á los dos lados de la puerta tres balaustres entre pilastras separados por líneas de rombos, recuerdo de los de Zayi.

No acabaría si quisiera apurar los monumentos de Yucatán, casi todos en ruínas. Concluiré hablando brevemente de los que están al Océano. Los principales son los de Tuloom, sitos en la costa de Oriente. Al borde mismo del mar se extiende por Norte, Occidente y Mediodía una muralla de veintiuno á treinta y cinco decímetros de espesor, compuesta toda de piedras sin labrar, que de Este á Oeste mide ciento sesenta y siete metros y de Norte á Sur cuatrocientos diez y siete. Cuenta esta muralla dos puertas al Septentrion, dos al Austro y una á Poniente; y en los ángulos Noroeste y Sudoeste una torre de treinta y tres decímetros en cuadro que, puesta como está en alto, serviría de atalaya. Dentro del espacio que este muro encierra hay mirando al agua un edificio levantado sobre un sólido cuerpo de mampostería, de ocho metros cuadrados de base y otros tantos de altura, al que se sube por una escalera, ancha tambien de ocho metros, practicada á Occidente. Al fin de la escalera está la puerta del edificio sostenida por dos pilares, y sobre el dintel dos nichos en uno de los que se conservan todavía fragmentos de una estátua. Nada nuevo ofrece lo interior, compuesto simplemente de dos corredores de bóveda angular con bancos de piedra; pero tiene el monumento alas de dos pisos y en el segundo de los dos hay un aposento cuya techumbre descansa en dos columnas centrales con adornos de estuco.

Techos sustentados por columnas no los vimos sinó en Mitla. Aquí los hallamos en otra fábrica construida dentro del área de la muralla. En la que está al Sur de la que acabo de describir hay un aposento con cuatro columnas.

En Tuloom, sin embargo, son sencillísimas las construcciones. Entre las muchas que en el mismo lugar existen no hay una que abunde en adornos. Simples molduras, haciendo oficio unas de zócalo, otras de arquitrabe, otras de cornisa, constituyen de ordinario la decoracion de las fachadas.

Sucede otro tanto, y es más, en todos los edificios de la costa: en los de la isla de Cozumel, en los de la isla de Mujeres, en los de Campeche.

CLXXII

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Breves reflexiones sobre la de los yucatecas.

La arquitectura de Yucatán ha sido objeto de contrarias apreciaciones. Aun hoy quien la deprime, quien la ensalza. Daré mi opinion contra lo que acostumbro.

Los materiales estaban reducidos á la tierra, los guijarros, la piedra caliza, las argamasas y el zapote. La piedra y los guijarros constituían el grueso de las paredes; la piedra caliza, los paramentos; el zapote, los dinteles de las puertas, donde no eran de cantería, y en una que otra fábricas el asiento de la techumbre; de las argamasas el mortero, el lecho de los sillares; el cemento, la superficie de los pisos y las bóvedas; el yeso, la haz interior de los muros; el estuco, parte de la decoracion de algunas fachadas.

Los paramentos distaban de ser tan regulares como Waldeck los pinta. No solían serlo sinó los labrados en forma de celosía, donde por lo comun caían verticalmente las juntas. De los sillares, en una misma hilada venían unos puestos á tizon, otros á soga; y, aunque no pocos fuesen cubos ó al cubo se aproximasen, no dejaba de haber muchos que ni paralelepípedos eran. Juntas en cruz como las que en monumentos de otras razas hemos visto se hacía aquí difícil encontrarlas.

Los edificios estaban todos en alto; pero no todos sobre colinas ni sobre pirámides. Tenían los más por asiento masas rectangulares de uno, dos ó tres pisos. No eran ordinariamente de grande altura: levantaban pocos del suelo más de ocho metros. Pecaban todos de estrechos y largos: tal que medía hasta ochenta y seis metros de longitud no contaba diez de anchura. Contenían algunos un corredor y todos una ó más filas de aposentos: presentaban pocos en comunicacion una con otra más de dos habitaciones. Sólo uno en Tuloom parece haber tenido sobre un mismo plano dos pisos; generalmente los tenían sobre planos diversos ó, para que mejor se me entienda, sobre distintas áreas. Adviértase que escaseaban los de más de un piso.

Con todo esto revela á mis ojos aquella arquitectura notables adelantos. Las moles, base de los edificios, solían ser enormes. Las había de cuatrocientos diez y ocho metros cuadrados de base. No era además raro que un edificio constase de cuatro cuerpos independientes y con ellos limitase un extenso patio rectangular como el que en Chichén y en Uxmal encierran las casas de las Monjas.

Todo por otra parte solía ser regular y simétrico. Los cuatro cuerpos se correspondían y era casi constante la proporcion entre su longitud y su anchura.

Excedían en dimensiones los aposentos centrales á los de los lados; y éstos se correspondían tambien en medida y número. Exteriormente, si había una sola puerta, caía siempre en medio de la fachada; si más, á trechos iguales. En casi todos los frontis la mitad superior constituía el entablamento. Formaban de ordinario el arquitrabe molduras de gran proyeccion, y no parecía el entablamento sinó un friso entre dos cornisas. De la cornisa verdadera arrancaba en todos los edificios un bajo muro que en algunos tenía aires de antepecho. Las escaleras, generalmente grandiosas, estaban abiertas casi todas en medio de los frontis.

Todo esto acredita ya que el arquitecto yucateca había llegado á formarse un sistema de construccion, obedecía en todo á determinadas reglas y se hallaba dotado de ese sentimiento de armonía que á tanta altura llevó las artes en la antigua Grecia. Fíjese ahora el lector en la variedad y la buena distribucion de los adornos. Así en la arquitectura clásica como en la bizantina y la románica, apenas hay uno de que no se halle ejemplo en la que nos ocupa. Embellecían la arquitectura de Yucatán, como se ha visto, la greca en sus múltiples combinaciones, filetes de todo género, molduras á bisel, entrelazos, hojas, flores, plumas, cilindros, balaustres, rombos, jeroglíficos. Merced al predominio de las formas rectilíneas sobre las curvilíneas no presentaba de mucho aquella decoracion la elegancia de la griega, pero sí originalidad y riqueza.

Originalidad sobre todo. En parte alguna se ve como allí paredes reticulares, muros, por decirlo así, artesonados, grecas colosales desarrolladas sobre planos diversos, relieves de piedra de triple y cuádruple fondo, cintas ondulando al rededor de interminables rectas, serpientes enlazadas sirviendo de marco á los compartimientos de todo un edificio, culebras monstruosas encabezando los pretiles de soberbias escalinatas, anchos filetes de sillería bajando en disminucion desde la cornisa al arquitrabe sobre los dinteles de las puertas, gigantescos mascarones proyectando fuera de las esquinas de las fachadas trompas de elefante. No sólo no se parece apuella decoracion en su conjunto á ninguna de las de Europa; no se parece ni á las de América, si se exceptúa la de Mitla, con la cual tiene á no dudarlo alguna semejanza.

Añádase á lo dicho el frecuente uso de la columna y la visible tendencia al arco que en aquella arquitectura se observa. Columnas hallamos en Mitla, pero todas monolíticas. De varias piezas no vimos sinó una en la que fué corte de los toltecas, en la Tula de Méjico. Aquí, en Yucatan, sobre existir muchas, eran todas de dos anillos. Carecían ordinariamente de base y llevaban á lo sumo por capitel un simple abaco, á veces en figura de cubo; mas conviene recordar que sin base estaban las de los templos de Atenas, y meros abacos, segun antes dije, tenían por capitel las del sepulcro de Beni Hassan en Egipto. Lo de notar es que así en Yucatán como en el resto de América eran todas cilíndricas. Se abiselan las de Mitla, como sabe el lector, sólo en su superior remate.

La tendencia al arco es en Yucatan manifiesta. Interiormente ya desde el

arranque, ya desde la altura media de dos paredes fronterizas empezó allí el arquitecto por adelantar una sobre otra las hiladas de sillares hasta que casi se tocaran. Rompía despues los dientes de las hiladas ó henchía los intersticios, cubría de lajas el vértice y obtenía esas bóvedas que he calificado unas veces de angulares y otras de apuntadas por darles algun nombre y evitarme el uso de enojosas perífrasis. Adelantó despues algo más, y al romper los dientes de las hiladas encorvó las paredes; avanzó más, y llegó á dar forma de cuña á las que podríamos llamar dovelas. Intentó por fin en Kabáh hacer al aire libre un arco que no parece sinó débil remedo de los que los romanos erigieron en honor de sus héroes.

No hicieron tanto ni Egipto ni Grecia. El triángulo abierto sobre la entrada del Tesoro de Atreo en Micenas dista de tener la importancia arquitectónica de las puertas triangulares del Palacio del Gobernador de Uxmal, cuanto más la de las paredes inclinadas de que acabo de hacer mérito.

Veo así en Yucatan el apogeo del arte americano. La arquitectura, allí como en todas partes, fué por etapas á su perfeccionamiento. En Aké y Zayi tuvo á mis ojos el principio y el fin de su jornada.

CLXXIII.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Tikal.—Lorillard.—Yaxhaa.—Copan y Quirigua.—Tenampua.

Al Sur de la Península Yucateca están las ruínas de Tikal, ruínas de templos ó palacios erigidos sobre colinas á las que se dió forma de pirámides. Se distinguen, segun Charnay, estas construcciones por la inclinación y el enorme espesor de sus paredes, los nichos abiertos á los lados de sus puertas principales, la riqueza escultural de sus dinteles de zapote, la desusada altura y excelente decoracion de los muros levantados sobre las cornisas y la especial índole de sus falsas bóvedas, más agudas y elevadas que lo de costumbre. En algunos monumentos de Yucatán observamos ya que se prolongaban á trechos los muros de las fachadas con unas como torres profusamente esculpidas; en estas de Tikal, á lo que parece, la prolongacion era continua y sin otro objeto que el adorno.

De uno solo de estos palacios ó templos da Charnay dibujos y una descripcion sucinta. La pirámide ó colina, escalonada como las de Méjico, tiene de base cincuenta y seis por cincuenta y un metros, de altura treinta y uno. La escalinata que conduce á la plataforma, once y medio de anchura. El templo, de longitud doce y medio, de profundidad ocho, de elevacion doce, incluso el muro decorativo. Interiormente lo componen, al frente un ancho corredor, en lo demás angostas galerías.

Mendez escribe de otros palacios, especialmente de uno puesto sobre una eminencia de más de cuarenta y dos metros, en parte obra de la naturaleza, en parte de mampostería, á cuya plataforma se sube por una escalinata de veintiun metros de anchura. El palacio, segun él, mira al Oriente y presenta de base veintidos metros por trece, de altura veintisiete. Cuenta dos pisos: el primero desnudo y macizo, es decir, relleno de piedra y guijarros; el segundo, al cual llevaría probablemente otra escalera, decorado y esculpido. Lo en él más notable es sin duda un nicho de quince á diez y ocho decímetros de profundidad, interiormente cubierto de pinturas y jeroglíficos y exterior y superiormente provisto de aros de que colgar cortinas, en todo el Yucatán frecuentísimos.

De las noticias acerca de los demás palacios no considero necesario recoger sinó que hay paredes de más de dos metros de espesor, corredores largos de treinta metros y anchos de diez y ocho decímetros, ventanas ó respiraderos de sesenta centímetros por ciento ventiuno.

En las ruínas de la ciudad sita en la márgen izquierda del Usumacinta á que dió Charnay el nombre de Lorillard, su patrono, reaparecen los muros puramente decorativos. El primer monumento que estudiamos, dice el mismo Charnay, está á ciento cincuenta metros del río sobre una pirámide que mide treinta y seis y medio de altura. Tiene veintiuno de fachada, seis de profundidad y de cinco á seis de elevacion hasta la pared decorativa, que levanta cuatro y medio y no parece sinó un inmenso enverjado. Rica debió de ser la decoracion segun los restos indican. Los dinteles de sus tres puertas, todos de sillería, están cubiertos de finos y bajos relieves; su friso presenta aún claros indicios de haber contenido once estátuas; y el centro de la pared superior conserva todavía el banco en que hubo de parecer sentada una de gigantescas dimensiones.

Detrás de este templo, añade Charnay, sobre una pirámide mucho más alta hay otra construccion de mayor interés. Ocupan là plataforma nada menos que seis palacios distribuidos de modo que forman un rectángulo. Desgraciadamente han venido á tan deplorable estado de ruína, que no cabe apreciar sinó que los dinteles eran de sillería en las puertas angostas y de madera en las anchas.

De un edificio más raro habla Galindo; de una torre de cinco altos que dice haber visto en una de las islas del lago Yaxhaa. La torre, segun él, mide en su base veinte metros cuadrados, disminuye en volúmen de piso á piso y no tiene vano alguno hasta el quinto, donde hay á Oriente y Occidente una abertura por donde cabe entrar á gatas. Conduce á la puerta de Occidente una escalera cuyas gradas, de dos metros de anchura, no llegan á más de diez centímetros de contrahuella; y el piso todo está reducido á tres aposentos en comunicacion uno con otro, hoy destechados, y ayer segun las señas de falsa bóveda. Sería difícil averiguar de qué pudo servir esta fábrica, toda de sillería, con argamasa y sin vestigio alguno de madera.

Para la historia de la arquitectura no suministran ya nuevas formas ni las



Dintel de piedra del templo de Lorillard (Yucatan) que representa un sacrificio hecho al dios Cuculcan



Antiguo templo en la ciudad de Lorillard (Yucatan)

ruínas de Tayasal, ni las pirámides de piedras en bruto de Huehuetenango, ni el sacrificadero de Utatlan, vislumbre de los de Méjico, ni las columnas con capitel y molduras que asegura haber visto Juarros en la confluencia del Xilotepec y el Pancacoya, columnas de que no me he podido procurar ningun dibujo, ni los restos siquiera de Cinaca Mecallo de que habló el cura de Sutiapa Antonio Urrutia. Los he de omitir y pasar desde luego á Copán y Quirigua.

Existen las ruínas de Copán en la márgen oriental del río de igual nombre, en los confines de Guatemala y Honduras, en region donde abunda el tabaco. Extiéndense á más de tres kilómetros; pero están las principales dentro de un área casi rectangular que mide trescientos cuatro metros de longitud y doscientos setenta y cuatro de anchura. Fuera de este recinto no se menciona sinó un muro de piedra con su edificio circular y una hoya que pudo ser estanque, un monumento sentado en la cumbre de un cerro de más de seis hectómetros de altura y un camino muy largo que corre á través de los vecinos bosques. Háblase, además, de una cueva, por nombre Tibulca, que Fuentes supone abierta al pié de una colina y adornada de columnas con capitel y base; mas nadie la ha visto y el que más la identifica con otra á más de ocho kilómetros, obra exclusiva de la naturaleza.

Segun dejan creer los restos que aún subsisten, estaba circuída el área toda de las principales ruínas por un muro de sillería, en gran parte escalonado, cuya base tenía de profunda más de siete metros. Eran los sillares de dimensiones varias, pero todos grandes, y no estaban, á lo que parece, unidos por género alguno de argamasa.

Dentro de esta área, al Norte, hay lo que se llama el templo, inmensa mole de piedra, que cae perpendicular sobre el río al Oeste, baja en talud á los otros vientos y se eleva sobre el nivel de la tierra á veintiun metros y sobre el del río á treinta. Constituiría esta mole un perfecto rectángulo de ciento noventa por doscientos cuarenta y seis metros, si al Noroeste y al Sudeste no tuviera dos ángulos entrantes, ambos rectos, más de magnitud distinta. Sin contar lo en ella sobrepuesto, calcúlase que tiene sobre setecientos veintidos mil metros cúbicos de piedra. Son los sillares, por regla general, largos de diez y ocho decímetros, anchos de cuatro y medio.

En la plataforma de esta mole, más baja que los muros, á los cuales se sube por escalones de más de cuarenta centímetros de contrahuella, hay nada menos que cuatro pirámides y dos extensos patios. Están los dos patios á un nivel inferior al de la plataforma en más de nueve metros, son cuadrilongos y mide el que menos cuarenta y tres metros por treinta y uno. Tuvieron los dos evidentemente gradas por todos sus lados á la manera de los anfiteatros de Roma. El menor, el más próximo al río, las conserva aún, tanto que al Occidente se las ve divididas en dos tramos de quince por un terraplen de treinta y seis decímetros de anchura. En el patio mayor, el más al Oriente, hay una de las estátuas de que

luego hablaré y un altar compuesto de una piedra de diez y ocho decímetros en cuadro y doce de altura sobre otras cuatro globulares que en las esquinas le sirven de asiento; y en el menor, al cual conduce una galería, abierta al mismo nivel, que tiene su entrada por el vértice del ángulo entrante del Noroeste, un pozo en medio de la gradería de Occidente, hondo de cinco metros y largo y ancho de doce decímetros, que conduce á una cámara-sepúlcro de tres metros de longitud, doce de elevacion y quince decímetros de anchura, y junto á la boca del pozo un estrecho corredor por el que á gatas puede llegar el hombre á la vista del río.

Contigua al patio menor hay una de las pirámides. Mide treinta y siete metros de altura. Se asciende á su cúspide por escalones altos de diez y ocho decímetros y anchos de veintisiete. Otra hay tambien junto al patio menor, pero de más reducidas dimensiones. Son en cambio mucho mayores las otras dos, pegadas la una al muro del Norte, la otra al del Mediodía.

Continúan las pirámides fuera del templo. Al Oriente se alza una de nueve metros de elevacion y quince de base; al Mediodía, otras dos menores; más al Sur, muros terraplenados que se internan á largo trecho por los inmediatos bosques.

Hay, además, dentro de la descrita área, uno dentro y los otros fuera del Templo, hasta catorce monolitos que contienen otras tantas imágenes de alto relieve; el menor, ancho y grueso de nueve decímetros ya lto de cerca de treinta y cuatro, y el mayor de nueve decímetros de profundidad, doce de amplitud y treinta y nueve de altura; monolitos llenos todos de jeroglíficos; los más sobre pedestales cuadrados, uno sobre una piedra circular de cinco metros de diámetro; y casi todos con un altar delante, de varia forma y escultura, destinado á la ofrenda y al sacrificio.

Al Este y al Oeste de estas ruínas hállanse otros dos monolitos, segun el coronel Galindo, en la cima de no muy elevados montes. Lo cierto es que en Quirigua, mucho más al Norte, los hay en tanto ó mayor número que en Copán, si no tan ricos en adornos, bastante más altos. De los doce hasta hoy conocidos el más pequeño cuenta de altura veintisiete decímetros y el más grande setenta y nueve, y todos de anchura de doce á diez y ocho, de espesor de seis á nueve. Diferéncianse estos monolitos de los de Copan no sólo en lo elevados, sinó tambien en que son de menos relieve, presentan algunos la forma de obeliscos y hay uno, el más alto, que sobre ser más ancho arriba que abajo, se desvía de la perpendicular de tres á cuatro metros y está de diez y ocho á veinticuatro decímetros sepultado en la tierra.

De los demás monumentos de Quirigua, esparcidos por un área de novecientos catorce metros en cuadro, apenas se tiene noticia. Se habla sólo de una pirámide, al decir de Catherwood, semejante á las de Copan, que tiene casi cuadrada la base, está dividida en pisos, es de bloques sin mortero en su corazon y

de buena sillería en sus paramentos y lleva por gradas escalones anchos de quince á diez y ocho centímetros y altos de veintitres á veinticinco.

Como no sea por sus monolitos, tengo yo para mí que arquitectónicamente dista mucho Quirigua de Copán, donde, como habrá observado el lector, reaparecen y aun suben de punto la grandiosidad y la fuerza de las construcciones de Palenque. Esas masas de piedra que en Copán hemos visto son imponentes. Estuvieron pintadas, pero sin escultura ni otras labores, y no puedo á la verdad creerlas coetáneas de los monolitos. Allí veo el arte en su virilidad y aquí en su decadencia. Espanta en los monolitos la profusion de adornos.

Por la misma razon no acierto á descubrir en la arquitectura de Copán la mano de los yucatecas. Entre los monumentos de Uxmal y los de Copán media, á mi juicio, menos distancia que entre el Templo de Copán y los monolitos; pero la hay y mucha. Constituyen las ruinas de Copán, á lo que entiendo, grupo aparte. No hallo que se les parezcan sinó las de Tenampua, situadas al Sur, en lo alto de una colina de abruptas vertientes que levanta de la llanura sobre cuatrocientos ochenta y siete metros. Mide de ancho la meseta mil seiscientos nueve; de largo, ó sea de Oriente á Occidente, dos mil cuatrocientos trece; y está toda cuajada de obras de arte. Abundan sobre todo las pirámides ó túmulos, algunas de piedra, las más de tierra con paramentos de sillería, generalmente de dos á cuatro pisos, orientadas todas y casi todas con gradería al Oeste, tan varias en dimensiones, que, mientras las hay muy altas, tienen de elevacion algunas sólo de seis á nueve metros. Pasan de trescientas.

Una pirámide ocupa á Mediodía el borde mismo de la vertiente que no parece sinó una atalaya segun domina todo el llano. Al Septentrion de esta pirámide, casi contigua, hay una hoya rectangular, tal vez obra de la naturaleza, que como los patios de Copán lleva gradas de sillería á los cuatro vientos. En el extremo occidental se ve otras dos excavaciones, pero perpendiculares y en roca viva. Miden una y otra treinta y seis decímetros de profundidad y sesenta en cuadro, y de su fondo parte una galería que conduce á la margen superior de su lado Norte. Hay aún otras dos cuadradas casi en el centro, en lugar bajo y pantanoso; mas estas fueron probablemente estanques.

Lo más notable son dos recintos murados, los dos rectangulares, sitos el uno al Este y el otro en el ángulo Sudeste. No sé del último sinó que tiene una puerta en cada uno de sus lados y dos montículos en su área; mas del otro tengo á la vista un plano que me permite dar mayores noticias. El área de este recinto oriental es de noventa y un metros por cincuenta y cuatro. Circunscríbenla dos muros paralelos, distantes el uno del otro tres metros, cuyo espesor no baja de sesenta centímetros. Están unidos á trechos los dos muros por otros transversales, y es de presumir que fuesen bastante elevados por más que hoy, derruidos en su mayor parte, no quepa determinar su altura. Al Occidente, en medio, se abre la puerta entre dos pirámides; al Oriente, frontera, hay otra

pirámide que ocupa un espacio igual al de las otras dos y la puerta. Dentro del recinto se alzan aún otras dos pirámides, cuadrada la una, rectangular la otra, las dos con escalera al Oeste. Está la primera casi en el ángulo Nordeste; la segunda, de tres pisos, al Sur, debajo de la línea media. Del ángulo Sudoeste de la segunda al muro hay una hilada de piedras fijas; enfrente de la puerta, otra pequeña construccion de piedras en cuadro.

No acaban aquí las obras de Tenampua. Fuera de los dos recintos hay un terraplén de medio hectómetro de largo, sobre el que se levantan dos montículos paralelos, distantes el uno del otro como doce metros, que tienen de base cuarenta y dos por once y de altura sólo treinta decímetros. Por su parte exterior llevan tambien estos raros túmulos dobles murallas divididas en compartimientos, y por la interior bajan formando gradas. Tres son las gradas, y la última está revestida de grandes piedras planas puestas verticalmente.

Aquí tampoco se encuentra adornos en monumento alguno. Piedra y tierra son los solos materiales de tan numerosas fábricas y aún la piedra en bloques. Cuidadosamente asentada, aunque sin mortero, se la ve casi en todas partes, pero no en sillares. De mampostería concertada en seco puédese aquí cuando más calificar el aparejo. ¿Serian estas obras exclusivamente militares? Estoy en que eran á la vez templo, panteon y fortaleza. Recuerdo aquí sin querer los edificios de la Quemada.

CLXXIV.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Perú.—Monumentos pre-incásicos.

En la América Meridional tuvo sólo el Perú verdadera arquitectura. Contiene aún ruínas merecedoras de estudio que acusan la mano de distintos pueblos.

Constituyen, á mi entender, grupos diversos las construcciones de Tiahuanaco, las de Huanuco el Viejo, las del Chimu y las de los Incas.

En Tiahuánaco llaman primeramente la atencion las piedras de que hablé en otro párrafo. Miden muchas de cincuenta á cincuenta y ocho decímetros, están todas de pié, forman cuadro y, separadas unas de otras, no cierran el área que circunscriben. Aunque en parte labradas, segun Rivero y Tschudi, las tengo, como dije, por un monumento megalítico.

Alzase dentro de este recinto una puerta que ha dado lugar á serias disquisiciones. Hízola Angrand objeto de largo y prolijo examen, y creyó por ella descubrir que los toltecas habian bajado hasta las orillas del lago de Titicaca. No se

fijó sin embargo Angrand sinó en la parte decorativa; y yo he de apreciar aquí principalmente la arquitectónica.

La puerta de Tiahuanaco, monolito de veintisiete decímetros de elevacion, diez de profundidad y treinta y ocho de anchura, se pareceria á nuestros arcos de triunfo si tuviera curvilíneo el ojo. Lleva más ó ménos esculpidos sus cuatro frentes y debió por lo tanto desde su orígen estar como ahora completamente aislada. En su vano presenta un perfecto rectángulo de ciento cuarenta y cinco centímetros por setenta y siete.

Su frontis principal mira á Levante. De la línea del dintel abajo ostenta en cada lado sólo un nicho cuadrilongo; de la línea del dintel arriba, cuatro franjas de relieves en medio de las cuales hay otro que llega hasta el desperfilado coronamiento. Es el relieve central la imágen de un dios ó un héroe que lleva enmascarado el rostro y en cada mano uno como cetro que termina por una cabeza de condor ó de águila; los relieves laterales, figuras, ya de águilas, ya de guerreros, que tambien empuñan una especie de caña y no parece sinó que van á presentarla al dios de la faz cubierta. Sólo en la no interrumpida franja inferior hay en los entrepaños de una greca continua una serie de bustos

El frontis de Occidente es mucho más sencillo. No lo decoran sinó seis nichos: cuatro del dintel arriba, dos del dintel abajo.

Este singular monolito, hoy roto diagonalmente en el ángulo superior del Norte, se distingue principalmente por la simétrica distribucion de sus partes. Cae perpendicular sobre el eje de la puerta la imágen del dios incógnito. Son tantas en número las águilas y los guerreros de la derecha como los de la izquierda. Iguales en tamaño y dibujo resultan todos los guerreros, iguales las águilas, iguales los bustos. Miran todas las águilas y todos los guerreros al dios y están por lo tanto contrapuestas los del uno y los del otro lado; mas no por esto dejan de ser idénticas en perfil, en actitud, en todo. Los mismos espacios median, por fin, de figura á figura; los mismos espacios de nicho á nicho.

Es ahora de advertir que había en Tiahuanaco más de una puerta monolítica. Aunque derribada, otra menor subsiste todavía de que dan idea en su *Atlas* los citados Rivero y Tschudi. Muchas escribe Cieza que vió, y éstas con bases algunas de las que medían de alto diez y seis decímetros, de largo ochenta y tres y de ancho cuarenta y uno.

Estas portadas, únicas en su género, constituyen, á no dudarlo, una de las más importantes páginas de la primitiva historia del Arte. ¿Qué objeto podían tener cuando no servían de paso á monumento alguno y eran por sí solas monumentos? ¿Serían, como los arcos de triunfo, mera conmemoracion de acontecimientos militares? ¿Serían tal vez la consagracion de dogmas religiosos? En muchos kilómetros á la redonda no hay canteras de que extraer tan enormes piedras: ¿qué razon pudo haber en los constructores para empeñarse en que fuesen de una sola pieza tamañas obras?

Que estas obras son antiquísimas no lo niega nadie. Refiere Cieza que se rieron los naturales cuando les preguntó si se las había construido en la época de los Incas. Esos naturales, sin embargo, no pudieron decirle cuándo se las hizo; sabían sólo que habían remanecido edificadas en una noche. Hoy por hoy ¿quién ha de atreverse á darles fecha?

Anterior de mucho á los Incas debió de ser en Tiahuanaco otro edificio del que decía el mismo Cieza que no quedaba sinó un bien labrado muro cuyas piedras, algunas de espantoso grandor, estaban muy consumidas. Anteriores tambien hubieron de ser los dos ídolos que el mismo autor califica de gigantescos. Subsiste entero el uno, del otro la cabeza, y no los olvidaré en el párrafo que dedico á la escultura.

Dos terraplenes hay aún en Tiahuanaco que unos creen obra de los Incas, otros atribuyen á más antiguas gentes y todos reputan posteriores á las puertas monolíticas. Tiene el más alto veinticinco metros de altura, estuvo revestido de grandes y hermosas piedras, en parte caidas, y aun hoy conserva, unas en pié, otras derribadas, las que sirvieron de corona y pretil á la plataforma.

Está allí sembrado el suelo de piedras talladas, algunas de tales dimensiones, que miden ocho metros de longitud, cinco de elevacion y diez y seis decímetros de grueso. Las hay labradas con tal esmero, tan delicadas aristas ó tan perfectas escocias, que admira verlas. No todas son ruínas. Dejaron muchas de ocupar el sitio á que se las destinara. ¿Querrá creer el lector que no estaba concluida ni aun la puerta que he descrito? Están á medio hacer los relieves de los ángulos.

En Huánuco el Viejo hay tambien sus puertas monumentales. Está Huanuco el Viejo siete grados al Norte de Tiahuanaco, en una meseta de los Andes á la que se sube desde el valle de Colpa, nuevecientos sesenta y tres metros más bajo, por una escalinata de piedra. Se extienden aquí las ruínas de Oriente á Occidente; y luego de haberse atravesado una galería entre salones largos de ochenta y tres metros y anchos de doce, se da con una serie de puertas levantadas la una detrás de la otra sobre un mismo eje. Seis son las puertas, mas no todas equidistantes ni de las mismas dimensiones. Distribuidas en tres grupos, van de grupo en grupo disminuyendo y tienen de grupo á grupo un patio. Las de cada grupo están de otra parte separadas por un espacio de veinte á veinticinco decímetros.

Aquí las puertas no son ya monolíticas ni rectangulares. Son de sólida y perfecta sillería y de forma piramidal lo mismo en sus ojos que en sus muros. No tienen de una sola pieza sinó el dintel, en todas más largo que la línea superior del ojo y en todas achaflanado. Como no sea en sus sillares, no presentan ningun ángulo recto. Llevan á cada lado del dintel un nicho con una escultura y éste en forma de rombo.

Bellísimas son las seis puertas. Traen á la memoria el arte griego por el es-

merado corte y el buen asiento de las piedras, la acertada contraposicion de las juntas, la pureza de todas las líneas y la sobriedad de adornos, y el arte egipcio por la tendencia á la pirámide. Revisten, sin embargo, especial carácter por los nichos y sus figuras, segun Wiener, figuras de leones. ¡Qué sencillez la del conjunto! Sobre la línea del dintel no corre sinó una estrecha cinta de sillares.

En dimensiones ni aun la mayor de las puertas excede la de Tiahuanaco. Para Rivero y Tschudi tiene de largo sólo treinta y tres decímetros y de alto veinticinco. Es más grande para Wiener, que da de longitud al dintel hasta cuarenta y cinco decímetros; pero dudo que lo sea. Fija Wiener el tamaño del dintel y no el de todo el monumento.

Despues de las seis puertas lo más notable en Huánuco es un terraplen que así pudo ser mirador como fortaleza. Tiene de altura cinco metros y de base treinta por cuarenta y ocho; cuadrilonga la planta; un doble zócalo compuesto de piedras en bruto; inclinadas al centro las paredes; á Levante una rampa, en otro tiempo tal vez escalera; ceñida de alto pretil la ancha plataforma; el pretil, abierto sobre la rampa, formando dos puertas; junto á las puertas encima del antepecho, figuras de leones ú otros animales acoplados á la manera de los de Persépolis. Bellísima es tambien esta pirámide, en que domina el mismo gusto de las puertas.

Terraplen y puertas formaban en Huánuco parte de un vasto sistema de construcciones. No entra en mi plan describirlas todas; citaré sólo las termas, de las que dice Wiener que contienen aún once piscinas calzadas de sillares, las aberturas por donde venían las aguas del Puquio, las paredes, de admirable aparejo, y en ellas nichos con bancos de piedra.

Terraplenes como el de Huánuco entiendo que en el antiguo Perú abundaron. No de la misma belleza, ni de igual aparejo, ni con esculturas; pero sí en forma de pirámide, con rampa y de no mucha elevacion, atendidos lo largo y lo ancho de su base. Así considero los de Tiahuanaco, que tenían hasta antepecho. Así veo todavía uno en Pisac y otro en las ruínas de Hurin Sausa, terraplén hoy asiento de una capilla católica. Como en Méjico, los hubo y los hay aún de dos ó más altos. Es entre éstos notabilísimo el de Cuelap, cuyo cuerpo inferior tiene de base mil y dos metros por ciento cincuenta y seis y de altura cuarenta y uno. Mide de altura el cuerpo superior los mismos cuarenta y un metros y de base ciento sesenta y siete por ciento treinta y nueve. Dimensiones verdaderamente asombrosas.

No lo eran menos las de los monumentos del Gran Chimu, levantados en el valle de Trujillo, al Sur, á unos ocho kilómetros del puerto de Huanchaco. Cubren hoy las ruínas un área de cuatro kilómetros, sin contar siete ú ocho fundos, cada uno de los cuales tiene de ancho de ochenta y tres á ciento treinta y cuatro metros y de largo de ciento sesenta y siete á doscientos veinti-

cinco. Verdad es que dentro de esta área vivía, á lo que parece, todo un pueblo, y había ricos palacios y espléndidos jardines, laberintos, templos, sepulcros, plazas y calles de humildes viviendas y un estanque, á que iban las aguas del río Moche por una larga y bien construida acequia.

Se hallaban, segun Rivero y Tschudi, distribuidas estas vastas construcciones en dos grandes rectángulos paralelos que medían, el uno, el de Poniente, ciento ochenta y tres metros por trescientos cincuenta, y el otro, el de Levante, cuatrocientos cincuenta y cuatro por doscientos y por doscientos ochenta y ocho, ya que éste formaba en su lado oriental un ángulo entrante. Distaban el uno del otro los dos rectángulos sobre ciento cuatro metros, y estaban los dos cercados, bien que el uno con simple y el otro con doble muralla.

No me permite la falta de datos ni siquiera describir medianamente estas ruínas, cuanto menos decir lo que los edificios fueran; así que habré de limitarme á determinar, por lo que aún existe, sus rasgos característicos. De su grandeza nada creo deber añadir á lo escrito, como no sea que el estanque, rectangular tambien, tenia de largo ciento treinta y siete metros y de ancho setenta y cinco y había plazas de mayor espacio.

Las murallas de los dos rectángulos son en forma de pirámide. Tienen de elevación cuarenta y un metros; de grueso, cuarenta y un decímetros en su base y ocho en su corona. Presentan á flor de tierra dos hiladas de pedruscos unidos con barro; en lo demás, adobes de cuarenta y dos por veintidos centímetros. Son tambien de adobes algunas paredes de los palacios; pero las más, de un hormigon en que el barro hace el oficio de mortero. De ese mismo hormigon acostumbran á ser los muros que cercan los cuadros de cultivo.

Los paramentos de las paredes están generalmente enlucidos y aun pintados de brillantes colores. Una sala se conserva todavía donde se los ve decorados por nichos dispuestos en figura de tablero. Los hay, y no pocos, cubiertos de bajos relieves, entre los que predomina la greca. Algunos hasta desaparecen bajo los adornos, parecidos por lo delicados y lo menudos á los del encaje. Aunque rara vez salen esos relieves de la línea recta, acreditan buen gusto. Veo en una pared entre dos molduras un listado friso donde el simple desarrollo de una doble greca sin fin produce excelente efecto En otra lo producen dentro de un friso igual un juego de cuadrados y rectángulos alternos sobre una línea de pequeños círculos inclinados los unos á los otros.

Todos estos adornos recordará el lector que se los hacía de ordinario con cañas y arcilla.

Los materiales arquitectónicos no tenían de mucho, como se ve, la importancia de los de Huánuco y Tiahuanaco. De las obras sepulcrales de que hice mencion unas eran vastos panteones como la *huaca* de Toledo y otras conos truncados de escasa altura. Los conos eran de cascajo; y el dintel de la *huaca* de adobes. Conviene, sin embargo, no ignorar que los adobes de ese dintel eran

enormes y, segun Rivero y Tschudi, había en uno de los palacios umbrales monolíticos de doce á diez y seis decímetros de longitud y veintisiete centímetros de anchura.

No lejos de las ruínas, al Este de la ciudad de Trujillo, á unos cuatro kilómetros, hay por otra parte una fábrica imponente que llaman templo del Sol y á mi juicio no construyeron tampoco los Incas. Es una pirámide rectangular de tres altos ó pisos, toda de adobes, que tiene de veinticinco á treinta y un metros de elevacion, ciento veinticinco por ciento treinta en su base y ciento cuatro de anchura en la plataforma. Levántase un poco más abajo otro edificio, todo tambien de adobes, que mide nada menos que noventa metros en cuadro y está circuido de un muro grueso de treinta y tres decímetros. ¿Qué pueblo era ese que podía levantar tan colosales obras?

Hay á no dudarlo otros edificios anteriores á los Incas. Hubo de serlo en Pachacámac el antiguo templo del dios de este nombre y las casas de hospedería, de que aun quedan restos; es posible que lo sea parte del castillo de Ollantaitambo y otras fortalezas; no sería de extrañar que tambien lo fueran las gradas y los asientos tallados en roca viva de que tan grandiosas muestras ofrece Concagua y sobre tódo la meseta del Rodadero; mas en la duda creo racional incluirlos en el siguiente párrafo.

CLXXV.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Arquitectura.—Perú.—Monumentos de los Incas.

La arquitectura de los Incas se distingue principalmente por la rica variedad de sus materiales y sus aparejos. Empleaba la tierra, el barro, el adobe, el cascajo, la piedra en bruto, la piedra labrada, la arenisca, la pizarra, el granito, el pórfido, el mármol; y por morteros, ya cierta arcilla soluble y pegajosa, ya una mezcla de betun y cal, ya otra de yeso y arena. Usaba ora el hormigon, ora la mampostería, ora el sillar ó el sillarejo: aquí la sillería comun y allí la almohadillada; y con no poca frecuencia el aparejo conocido bajo la denominacion de ciclópeo. No era raro que en una misma obra cambiase de paramentos y aún hiciese todas las combinaciones posibles. Deducen de este hecho algunos autores que la obra es de distintos tiempos y diversas razas; pero la deduccion á mis ojos no es siempre legítima. Tengo por indudable que hasta en el siglo de la Conquista se hizo uso del aparejo ciclópeo.

El aparejo ciclópeo apenas lo empleó la antigua Europa fuera de los monumentos militares. Lo hallamos en las murallas de Tarragona y en las acrópolis de Micenas y de Tirinto; sólo en un templo, el de la isla de Gozzo. En el Perú

es tambien el aparejo de los grandes castillos. Están sus más genuinas y colosales manifestaciones en las fortalezas de Ollantaitambo y el Cuzco. Hay allí piedras irregularísimas de diez metros de longitud por siete de altura, circuidas de otras de mucho menos tamaño.

El aparejo, sin embargo, no es siempre el mismo. Ya presenta visiblemente separadas las piedras por intersticios, como en el Cuzco; ya tan unidas, que no cabe introducir en las juntas un cuchillo, como sucede en Ollantaitambo. En Ollantaitambo hay piedra que tiene hasta trece lados irregulares y encaja exactamente con las once de su contorno; hecho que apenas se concibe sin suponer en los constructores medios de desgastarlas todas por su mútuo roce. Poníase mucho ahinco en alisar los lados y no los paramentos; circunstancia tambien digna de nota. Aquí, por otra parte, la desigualdad de las piedras es muchísimo mayor que en el Cuzco.

Entre los dos aparejos opto por el del Cuzco, donde no veo tan amenguado el prestigio de la fuerza por la lenta y fatigosa labor del cantero. No me place en la Arquitectura el artificioso desórden; no me cautiva el perfecto ajuste que en las ruínas de Limatambo observo entre una enorme piedra casi redonda y multitud de piedras polígonas. Amontonar una sobre otra gigantescas y poco labradas piedras llenando bien que mal los huecos me parece obra de titanes; casarlas con afectado esmero, obra de un pueblo paciente con alardes de fuerza.

Impone la fortaleza de Ollantaitambo, mas no por esos que podríamos llamar juegos de cantería, sinó por sus andenes, por sus gradas abiertas en la roca viva, por sus estrechas gargantas, por sus muros de sostenimiento y de defensa, por sus escarpes, por las grandiosas tablas de piedra de ignorado objeto que aparecen en su enriscada cumbre. Tiene cada uno de esos tablones más de tres metros de altura.

Hay aún en la arquitectura de los Incas otro aparejo ciclópeo, si de tal merece el nombre aquel en que no se guarde rigoroso órden ni en la colocacion de los sillares ni en la formacion de las hiladas, aunque el sillar no pase de sus ordinarias dimensiones. Se lo ve en la fachada Norte del palacio de Titicaca, en los muros del templo del Cuzco que hoy sirven de base al convento de Santo Domingo, en el frente septentrional de otro palacio de Cajamarca, en gran número de edificios. Los sillares dentro de una misma hilada unos están á cordel, otros á soga, y algunos entran en las hiladas contiguas. Esto me hace afirmar que ese aparejo no es sinó uno de los muchos que usaban indistintamente los Incas y está lejos de marcar en el Perú, como marca en Europa, una de las evoluciones del Arte.

No es así raro ver juntos en una misma fábrica dos y tres aparejos: juntos se los ve en la misma fortaleza de Ollantaitambo sin que su respectiva posicion permita considerarlos como agregaciones de distintas épocas.

Son de aparejo regular las paredes de muchos monumentos. Sus bien tallados

sillares, generalmente oblongos y sólo en algunas cúbicos, están puestos á soga en hiladas paralelas y con las juntas contrapuestas. Citaré como ejemplo las del ya referido palacio de la isla de Coati en el lago de Titicaca. Mayor regularidad no es posible.

Esta clase de aparejo está, sin embargo, modificada en muchos edificios. En muchos los sillares son algo convexos por su cara exterior y tienen á bisel los bordes, circunstancia que no deja de dar belleza á los muros. Se encuentra esa especie de sillería almohadillada en muchas fábricas del Cuzco, en las ruínas del Cañar, en la casa del Inca de Cayo ó Callo y á más ó menos largos trechos desde el Cuzco á Cayambe.

Los demás aparejos, salvo los de mámpostería, son ya excepcionales. No se los halla sinó en determinadas construcciones. Consisten ó en mezcla de hormigon y pedruscos de mayor ó menor tamaño ó en el empleo de los adobes, que se hacía de barro y paja.

En el aparejo regular los sillares distan de tener las dimensiones que generalmente se les atribuye. Pocos llegan á la longitud de veinte decímetros; muy pocos la exceden. Están ordinariamente asentados sin argamasa; pero en no pocos edificios con uno de los cementos de que antes dije. En Pullal, en tres casas del Inca, largas de cincuenta y ocho metros, llevan de sobrelecho una mezcla de pedrecillas con cierta marga arcillosa, y en los monumentos de Pacaritambo cierto asfalto, antiquísimo, segun Alejandro de Humboldt, en las orillas del Eufrates y el Tigris. Refiere el mismo Humboldt que con la punta de un cuchillo sacó de entre los sillares de Pullal trozos de aquella singularísima mezcla.

Las paredes no son nunca muy elevadas. Fluctúan entre cinco y seis metros. Llegan pocas á los siete. En sus paramentos exteriores, cosa muy de notar, carecen de adornos. No presentan nada que se parezca á entablamento: no presentan ni arquitrabe, ni friso, ni cornisa, ni una mala moldura por remate. Tienen por lo comun un sólo hueco, la puerta, alta de diez y nueve á veinte decímetros, más ancha abajo que arriba, de batientes con inclinacion al eje, tal vez acanalados para suplemento de goznes, sin umbral, con dintel monolítico. Sólo en Marca-Huamachuco, en Tarmabambo, en Incahuasi, en Vilcabamba tienen tambien ventanas de forma egipcia que miden de anchura de treinta y cinco á sesenta centímetros, de elevacion de setenta á noventa.

Interiormente están las paredes algo más embellecidas. En los palacios de Cajamarca y Coati las hay con puertas de jambas verticales que del dintel arriba se abren formando ángulos entrantes y salientes. En el de Coati se ve además puertas con marcos, con grecas en los dinteles y con unas como cruces en la cara anterior del jambaje. En todos los palacios son, por otra parte, comunes los *hocos* ó nichos, á lo que se cree armarios, unos cilindros de piedra de que se suspendía las armas y en las esquinas unos travesaños de pórfido en que al decir

de Humboldt se prendía las hamacas. La forma de los nichos es aún la de las ventanas y las puertas.

La decoracion subía de punto en los palacios principales y los principales templos. Convertíase los nichos en ornacinas. Cubríase de planchas de oro y plata las paredes y aún se las sembraba de yerbas, reptiles ó insectos de los mismos metales.

Los pavimentos eran de ordinario humildes. Sólo en las grandes fábricas acostumbraban á ser de mármol. En las grandes y las chicas eran simplemente de paja ó de juncos los techos; de paja ó de juncos de tal modo entretejidos y compuestos, que, en opinion de Cieza, sólo el fuego podía destruirlos. Sustituíase alguna vez por lajas de piedra tan deleznables materias; pero sólo cuando se había de cubrir muy reducidos espacios. Refiere Garcilaso de la Vega que, como se quisiera hacer con sobrado el templo de Viracocha, se hubo de recurrir al medio de levantar del suelo hasta doce muros de ocho decímetros de espesor y trece de entrepaño y cargar sobre ellos las losas de que al efecto se disponía.

Al techo de paja había allí aficion tan viva, que, segun noticias comunicadas al mismo Garcilaso, se lo imitó en una excavacion hecha al modo de las de la India junto á las márgenes del lago de Titicaca, no lejos de Tihuanaco.

Las piezas abundaban ó escaseaban segun la índole de los edificios. Daban todas á calles ó patios y por patios ó calles se comunicaban. Entre sí comunicábanse pocas.

Es por fin de notar la carencia de medios con que cerrar las puertas. A lo que parece, no se hizo nunca de madera las hojas. ¿Serían muchas las de piedra? Lo dudo.

Al llegar aquí tal vez extrañe el lector que no haya dado á conocer la arquitectura de los Incas por el mismo método que la de los otros pueblos. Las descripciones de los monumentos incásicos son aún vagas y contradictorias; los dibujos, poco exactos; los planos, insuficientes por falta de notas que los aclaren. No han tenido todavía aquellas obras ni un Stéphens que minuciosa y concienzudamente las estudie ni un Charnay que las fotografíe. No cabe por otro lado poner en duda que en su conjunto se parecen y se prestan por lo tanto al método sintético que aquí he seguido. ¿Quién además había de leerme si me empeñase en dar cuenta de todas las que aquellos reyes dejaron? Ascienden á más de doscientos los palacios que los Incas construyeron desde el Cuzco á Quito; á veinte ó veinticinco los monasterios de vírgenes consagradas al astro del día; á más los templos; á cantidad innúmera los *tambos* y las *coptras*.

Daré ahora una sucinta idea de estas diferentes clases de edificios y pondré fin al párrafo describiendo rápidamente el templo mayor del Cuzco.

Los tambos no eran sinó estaciones militares construidas en las márgenes de los caminos. Distaban uno de otro de veintisiete á treinta y tres kilómetros. Podían contener hasta cinco mil soldados. Consistían en una serie de aposentos y

cuarteles al rededor de un patio en cuyo centro se alzaba una torre. El patio lo solían tener rectangular y ancho de ocho á diez metros, largo de ciento sesenta á doscientos veinte. Carecían generalmente de toda pretension arquitectónica. Componíanse de piedras sin labrar ó de adobes

No merecían tampoco las coptras el nombre de monumentos. Eran vastos depósitos ya de armas, ya de cereales, ya de tejidos que no se distinguían de los tambos sinó en que tenian una fortaleza donde éstos la atalaya ó la torre.

Tampoco se hacian notables más que por su extension las casas de juego. Las había capaces de tres mil personas y de una llega á decirse que medía de largo doscientos ochenta y dos metros y de ancho de setenta á ochenta; mas no las constituían sinó cuatro muros de irregular mampostería con su techo de paja.

Eran ya artísticas las casas de baños. Tenían algunas de esmerada sillería los muros; en medio, un patio con pilas de piedra al rededor de una fuente que arrojaba por la boca de un leon ó un tigre bullidoras aguas; en torno, multitud de aposentos cuyas paredes exteriores decoraba mayor ó menor número de nichos con estátuas de oro ó de mármol.

Más artísticos eran aún los palacios, sobre todo los del Cuzco. Pondérase en ellos, no sólo el buen aparejo de los muros, la riqueza de los salones y la abundancia de las esculturas, sinó tambien los jardines de que estaban adornados, unos naturales, otros de plantas, aves y brutos hechos de plata y oro y aún de pedrería.

Los monasterios de las vírgenes del Sol se distinguían más por lo vastos que por lo bellos. Vastos habían de ser cuando el del Cuzco no contenía menos de mil personas entre profesas, criadas, porteros, y *mamaconas*. Segun escribe Garcilaso, eran altísimas sus murallas y sólo dos las puertas: una al principio y otra al fin de una estrecha calle en que moraba la gente de servicio.

El mayor lujo estaba en los templos. En el del Cuzco era tan primorosa la cantería, que Sarmiento no acertaba á ver otra igual sinó en la torre de la Calahorra que hay aquí á la cabeza del puente de Córdoba. Había sillares soberbios y por toda argamasa un betun que apenas permitía distinguir las juntas.

El templo del Cuzco, segun el mismo Sarmiento, contaba de circuito más de quinientos sesenta metros y estaba cercado todo por una muralla. Era rectangular; tenía la puerta, no al Norte como pretende Garcilaso, sinó al Oriente. En altura no aventajaba los demás edificios. Tampoco en adornos de arte. Por toda decoracion llevaba en lo alto á todo su alrededor una ancha cenefa de oro y tenía aforrada de oro la puerta.

Interiormente el oro constituía tambien casi todo el ornato de tan suntuosa fábrica. De tablones de oro estaban cubiertas las paredes; de oro y pedrería era el sol que ocupaba todo el testero del fondo. Embaldosaban mármoles el pavimento y ocultaban el techo de paja finos tejidos de algodon bordados de vivos colores.

Contiguo al templo había un patio por cuyas paredes corría tambien un friso de oro y en él santuarios erigidos á la Luna, las estrellas, el trueno y el arco Iris con más un aposento destinado á los sacerdotes. De plata era en el primer santuario la imágen de la Luna, y de plata se dice que estaban revestidos los muros y la puerta. De oro se supone tambien aforrada la del segundo santuario y de estrellas recamado el velo tendido debajo del techo.

Como se ve no era aquí la riqueza tan arquitectónica como metálica.

Generalmente hablando, sobresalieron poco los Incas en obras de arte. A no haber sido por sus trabajos de cantería, ni aun entre los pueblos de América habrían alcanzado notable puesto. No levantaron ni para sus templos aquellas bárbaras moles que tanto asombran en la tierra de los mayas y de los nahuas. Pusieron en Pachacámac el del Sol sobre una al parecer pirámide, mas no hicieron realmente sinó apiramidar un cerro. Hicieron poco más aún en sus atrevidas fortalezas. Verdaderas pirámides calzadas de piedra no conozco en el Perú ninguna. Las de Huánuco, segun se ha visto, eran de adobes.

CLXXVI.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—Escultura.

La escultura no dejó de hacer en América notables progresos. Floreció más ó menos en casi todas las naciones cultas, y habría florecido más, si como en Grecia y Roma, lejos de haberse visto cohibida por el dogmatismo religioso, hubiese hallado en los dioses motivos de inspiracion y arquetipos de belleza. Vióse en muchos pueblos arrastrada por un vano simbolismo á lo feo y lo monstruoso, y apenas acertó á salir de tan deplorable vía, cuando tomó la realidad por modelo. Ni aun donde se adoraba sólo á los astros tuvo en las creencias eficaz estímulo, ya que allí á la material reproduccion de los astros había de circunscribirse.

Obsérvase así en América que las mejores obras de escultura, aun las que decoran los que llamamos templos, son debidas, más que á la idea de Dios, al sentimiento de la naturaleza. Hablo de las mejores obras en el sentido rigorosamente artístico, es decir, de las mejores, no por lo bien cinceladas, sinó por lo bien concebidas y lo fieles á su fin y su objeto. Es comun en la crítica del arte confundir la ejecucion y el pensamiento y calificar, por ejemplo, de maravillosos los monolitos de Copán, si bien esculpidos, detestables bajo el punto de vista estético; y me propongo huir en lo posible de tan erróneos juicios.

Quiero por de pronto dar idea de esculturas hieráticas á fin de que el lector se convenza de mis asertos Hablaba no ha mucho de la puerta monolítica de Tiahuanaco, cuyo friso está cubierto de bajos relieves. En vano buscará allí el artista proporcion, verdad ni belleza. En las figuras de hombre, salvo los ojos,

las alas y las manos, todo es rectilíneo, hasta la boca; en las de águila, salvo además el pico. Tiene la cabeza casi el grandor del cuerpo; el rostro, careta; los ojos y los hombros, alas. Brazos, piernas y piés son meras indicaciones geométricas. En cambio está todo cuajado de símbolos y todo sujeto á regla y medida.

En el mismo Tiahuanaco hay una estátua de granito y una cabeza de pórfido de trece decímetros de altura, parte de otra estátua. Las dos resultan casi paralelepípedos, y en las dos prevalece tambien la línea recta. La boca de la cabeza de pórfido es un rectángulo; el cuello, una serie de escalones. En la estátua, por otra parte, como si se hubiera temido interrumpir sus formas rectilíneas, vienen sólo indicados ó con muy poco realce brazos y manos. Ningun miembro hay en ella separado del cuerpo; las extremidades son tan informes como las de los relieves de la puerta. Tampoco faltan en cambio símbolos: los tiene la cabeza en el rostro, en las orejas y hasta en el bonete que la cubre.

Cerca de Cajabamba se ha encontrado otra escultura de granito que representa un hombre en cuclillas y en actitud de orar En su conjunto es aún, á mi juicio, una estátua como las de Tiahuanaco, con obvia tendencia al paralelepípedo. Revela, con todo, esfuerzos por redondear las formas de la cara, adelanto ya digno de nota. Manos y piés continuan siendo extremadamente bárbaros.

Lo son aún más tres bajos relieves que se sacó del cerro de Pashash y se trasladó á Cabana. En dos se llega á descubrir, despues de atento examen, un animal fantástico, y en el otro se distingue sin esfuerzo una cara dentro de un círculo al que se unen las colas y se acercan las garras de cuatro mónstruos. Considérase desde luego simbólico el último relieve, en que se ve no sin motivo al sol; y yo entiendo que se puede atribuir á los tres el mismo carácter, ya que las fantasías del arte no son propias de pueblos en la infancia y, cuando en ellos parecen, acostumbran á ser expresion de creencias y dogmas religiosos.

Entre los muiscas la escultura, aún siendo hierática, presenta mayores progresos. No la conozco más que por unas estátuas y relieves que han reproducido Rivero y Tschudi en su *Atlas*, unas y otras halladas en el fondo de un espeso bosque, cerca de Timana, donde empieza el valle del río Magdalena; mas las creo bastantes para definir su índole y determinar su estado.

De las estatuas la mejor, la que más se aproxima á la realidad, es una que lleva cierto gorro turco. Tiene la cabeza bastante bien modelada y expresion risueña; rectos los hombros, los brazos, el cuerpo y por muslos dos cilindros. Lleva tambien pegados al cuerpo los brazos y al pecho las manos, si disformes los unos, más disformes las otras. Una singularidad presenta que no es para omitida: cuatro agudos colmillos que se cruzan sobre los labios.

Otra estátua hay con colmillos aún más característica. Lleva por gorro una como artesa, por ojos dos bolas con agujeros por pupilas, extremadamente hinchados los carrillos y en las manos un instrumento parecido á la media luna.

Aquí aparece ya uno de los rasgos más distintivos de la escultura americana: la alteracion y el disfraz de nuestras facciones. En la media luna de esta misma estátua vienen vagamente indicados dos ojos y una boca con sus dientes y largos colmillos.

Se observa mejor este raro procedimiento en otras dos estátuas. En la una la cara es un pentágono donde hay una simple incision por nariz, dos grandes bolas en mayores concavidades por ojos y una caja de dientes por boca. Desaparece en la otra la cabeza detrás de una superficie semicircular donde tres piezas rectangulares hacen las veces de boca y ojos. Empuña esta figura con sus dos manos un cilindro con que parece sustentar esta especie de carátula y abajo presenta en fila ocho tubos de ignorado objeto.

Que todo hubo de ser aquí simbólico y no efecto de la ignorancia de los escultores nos lo dice en primer lugar la cabeza expresiva de la primera estátua y luego una hermosa carita que sale de las manos de la tercera. El que acertó á diseñar y cincelar este bello rostro habría llegado indudablemente sin el freno teocrático á verdaderos prodigios. Revelan además ese simbolismo los relieves, donde creo ver con otros autores signos meramente cronológicos.

Las estátuas son todas de piedra arenisca; sus cuerpos, informes; su tamaño, grande á pesar de no tener ninguna las extremidades inferiores. La que menos pasa en longitud del metro; la que más llega á los trece decímetros.

En Nicaragua la ejecucion es inferior; la reproduccion del hombre por el arte, mucho más completa; mucho más en el sentido de que se le procura reproducir y bien ó mal se le reproduce de los piés á la cabeza. Parecidas á las de Tiahuanaco no veo aquí sinó una estátua en la isla de Zapatero y otra en Subtiava; parecida á las de los muiscas no acierto á ver ninguna.

Aquí se modeló ya, no sólo la cabeza, sinó tambien el tronco, los brazos, los muslos, las piernas, los piés y hasta los miembros genitales; aquí se llegó á separar del cuerpo los brazos. No son aún las estátuas sinó bosquejos y bosquejos rudos del hombre; pero algunas presentan bastante bien definidas las líneas generales. Sirvan de ejemplo una tendida que hay en Mombacho y otra sentada sobre alto pedestal en Zapatero. Carecen otras completamente de proporcion y armonía y traen fuera de asiento sobre todo los muslos; pero llaman la atencion por el buen dibujo de sus cabezas, bueno relativamente hablando.

Sin duda para ajustarse á desconocidos ritus se puso aquí sentados los más de los ídolos y con la cabeza los más en ó debajo de fauces de mónstruos. Sobre las dificultades de la inexperiencia hubo de vencer el artista las que esta posicion suscitaba y sucumbió frecuentemente en la empresa. Para colmo de mal hubo de substituir por espantables máscaras el rostro de algunos de sus dioses. Una estátua hay en Zapatero que no parece sinó la degenerada imágen del Tlaloc de los nahuas; otra de tan horrible aspecto en la isla de Pensacola, que no sin razon los indígenas de hoy la llaman «el diablo.»

En Nicaragua la escultura reprodujo mejor al bruto que al hombre, y del hombre, como dejo indicado, mejor la cabeza que el cuerpo. Testigo por una parte el enorme tigre sentado sobre sus lomos en la isla de Zapatero y por otra las cabezas de la mayor parte de las estátuas, principalmente las de los ídolos de Momotombita, entre las cuales se distingue una por su verdad y sus colosales dimensiones.

Vengamos á los famosos monolitos de Copán de que ya tiene el lector noticia Los relieves de estos monolitos merecen á la verdad estudio. No los de los lados ni los de la espalda, evidentemente jeroglíficos, pero sí los del frontis. Hay en cada frontis una figura de varon ó de hembra, de ancho cuerpo, de redonda cara y de grandes orejas ú orejeras. Están todas ricamente tocadas y vestidas y, por lo menos las de mujer, no menos bien calzadas. Llevan por tocado una cabeza de mónstruo, por todo el cuerpo profusion de adornos, los piés abiertos, las manos al pecho y vueltas la una á la otra por el dorso.

Los adornos son tales, tantos y de tal índole, que se hace difícil determinarlos cuanto más describirlos. A los de las figuras hay que añadir los del fondo, que no escasean De los primeros unos forman parte y otros descienden del tocado, que es altísimo; otros decoran ya el pecho, ya las gargantas de brazos y piés, ya el cinto, ya el calzon ó el faldellin, cubierto de una red de espaciosas mallas. Son muy de notar entre estos adornos primero ciertas carátulas ó caritas no sin gracia y despues unos remedos de facciones humanas más vagos aun que los de las muiscas.

Esos vagos remedos no se los encuentra sólo en los monolitos. De los altares que aún se conservan, uno alto de once decímetros, ancho y largo de diez y nueve, no es sinó el remedo de una cara incompleta cuyos dientes superiores están casi al ras del suelo.

Resulta de estos datos que en Copán la escultura participa de la de los muiscas y la de Nicaragua. De la de los muiscas en esos remedos vagos de nuestras facciones y de la de Nicaragua en llevar las figuras la cabeza dentro de fauces de fieras.

¿En qué se distingue? En presentar vestidas sus imágenes y cubrirlas de adornos, en guardar algo mejor las proporciones entre las diversas partes del cuerpo, en definir más los piés y las manos, en acercarse más á la naturaleza. ¡Cuán distante no está aún de la altura á que llegó en el mismo continente americano! Poco saliente el rostro, desmesuradas las orejas, sin cuello, entumidos los brazos, casi recto el tronco, macizas las piernas, baja la estatura, hieren esas estátuas perdidas en un mar de adornos el sentimiento de la belleza, aunque superen en ejecucion las de los mismos muiscas.

Son algo mejores los guerreros que decoran los cuatro frentes de uno de los altares; pero á mi ver ni aun éstos, comparables con otros de Yucatán y Méjico, revelan dominio sobre el arte que nos ocupa. Ciñen todos peto y capacete, em-

puñan algo, están sentados con las piernas en cruz y en actitud de hablarse; mas, si acreditan mayor soltura en el artista, no mejor dibujo. Mejor dibujo no se lo ve sinó en algunas cabezas, entre ellas la de un cocodrilo.

Peores que los de Copán son los monumentos de Quirigua.

Si pudiese dar crédito á Waldeck, en Yucatán debería buscar los grandes adelantos de la escultura. En uno de los dibujos del monumento de Uxmal que corona la pirámide del Adivino pinta Waldeck la arrogante estátua de que hablé en otro párrafo, la de un hombre con casquete, orejeras, esclavina y cinto, que lleva las manos sobre el pecho armadas de martillos; y en otro del edificio del mismo Uxmal que al Occidente cierra el patio de la casa de las Monjas, estátuas de guerreros con casco, orejeras, esclavina, cinto y *maxtli*. De corresponder las copias á los originales, debería efectivamente declarar que los artistas mayas habían sido superiores, no sólo á los de Persépolis y los de Egipto, sinó tambien á los europeos del último tercio de la Edad Media, é inferiores sólo á los de Grecia y Roma. Desgraciadamente los dibujos son fantásticos. La estátua de la pirámide del Adivino, declara el mismo Waldeck que la reconstituyó con fragmentos que descubrió entre las ruínas y poco despues desaparecieron; de las de la casa de las Monjas quedan restos que vienen reproducidos en las fotografías de Charnay y desmienten el dibujo.

La escultura no hizo en Yucatán grandes progresos. Recuerda á Tiahuanaco en las máscaras de lengua caída que adornan el frontis de uno de los edificios de la casa de las Monjas; á Nicaragua, en las fauces de fiera que sirven como de tocado á ciertas figuras de Nohpat, extremadamente bárbaras; y á los muiscas, en el remedo de las humanas facciones, remedo que llevó á donde no podía llevarlo sinó la más loca fantasía. En los párrafos sobre la arquitectura hablé ya de los variados y caprichosísimos mascarones de los monumentos yucatecas, algunos de difícil reconocimiento á la primera ojeada. Hay, además, en algunos edificios, en el occidental de la misma casa de las Monjas por ejemplo, cabezas con bolas por ojos, con agujeros por narices y con bocas de que salen no sé si colmillos ó garfios.

Que yo sepa no dejó la escultura en Yucatán otros relieves notables que los del gimnasio ó juego de pelota de Chichen Itza, no mal conservados, ni otra estátua que la de Kinich-Kakmó, regalo de Plongeon al museo de la república de Méjico. Está medio tendida la estátua en una piedra de dos decímetros de espesor, siete de longitud y seis de anchura; tiene altas las rodillas, la frente y la espalda, vuelto el rostro, las manos sosteniendo un disco; y lleva en los piés cactlis, en gargantas de piernas y brazos ajorcas y en la cabeza un sencillo tocado. No se distingue aún ni por la elegancia, ni por la correccion, ni por las buenas proporciones; mas de todas las que hasta aquí hemos visto es indudablemente la que más arte revela, sobre todo atendida su difícil postura. Respira á la vez lozanía y nobleza.

Los relieves son tambien mucho más artísticos que los de Copán y Tiahuanaco. Constitúyelos multitud de guerreros, unos armados de carcaj y flechas dirigiéndose en opuesto rumbo hacia una serpiente de abiertas fauces y larga lengua y otros al parecer llevando ó entregando ofrendas á no sé qué dios ó diosa. En todos estas figuras, calzadas, vestidas y cubiertas de capacetes, los más con ricos penachos, hay ya, no sólo bastante verdad y armonía sinó tambien movimiento. En gusto, en el perfil del cuerpo humano superan desde luego la estátua.

Lo que no se ve todavía en esos relieves, de seguro labrados antes de la colocacion de los sillares, es diversidad de planos. En el mismo plano están las figuras que los muchos adornos, probablemente símbolos, que noto en las paredes.

Despues de relieves tales ¿qué importancia han de tener ni los del jambaje de una de las puertas de Kabah, ni los de algunas jambas del Castillo y Juego de Pelota de Chichén, ni la misma cara gigantesca de Izamal, compuesta como expliqué en otro párrafo? Merece citarse sólo el doble ocelotl de Uxmal por su semejanza con los dobles unicornios de Persépolis y las cabezas de serpiente de la escalera del Castillo de Chichén por su arrogante grandeza.

En Méjico fué decisiva la influencia de la religion sobre la escultura. Aquella bárbara religion azteca que no sabía aplacar la cólera ni implorar el favor de los dioses sinó por sangrientos holocaustos era difícil que en el terreno del arte dejara de producir mónstruos, y mónstruos realmente produjo. Conoce ya el lector, porque se lo describí en el párrafo sobre el politeismo nahua, un ídolo de piedra sin cara ni brazos en que creí ver la diosa de la muerte. Aquella aterradora y confusa esfinge, símbolo de símbolos, es sin disputa la mejor y la más imponente obra que en el antiguo Anahuac existe. Viene tras ella la colosal Chalchiuhthlicue de Coatlichan, monolito de siete metros de altura, hoy caido y maltratado por las aguas. Es otra escultura informe, angulosa, casi indescifrable, ruda como pocas.

Tiene una estátua Méjico tan parecida á la de Kinich-Kakmó, que me siento inclinado á considerarla símbolo de una misma fuerza. Hablo de una de Tacubaya, tambien medio tendida y con un disco en la mano. Como arte ¡qué diferencia de la una á la otra estátua! Carece la de Tacubaya de dibujo, de gracia, de nobleza y sin duda por exigencias míticas lleva encuadrados los ojos y retorcidos los labios. Véase la del Indio Triste de la que hablé al describir el templo mayor de Méjico. Es más sencilla y real, pero sin proporciones y casi rectilínea.

En cabezas fué más afortunado Méjico. La de diorita de Totec, de dimensiones colosales, es bella, aún teniendo interrumpidas por símbolos las líneas del rostro. La de granito de Hueyapan, de diez y seis decímetros de altura, está bien modelada. La de Quetzalcoatl, como dios del aire, en barro, se acerca por lo serena

y majestuosa á las de los dioses griegos. Algunas de las que en Teotihuacán se descubrió revelan posesion de la naturaleza por el arte. Verdad y no poca respira tambien el busto en que se ha creido reconocer una sacerdotisa azteca.

Hay tambien en Méjico relieves, y relieves de distintos gustos. Forman género, á mi entender, dos que representan á Huitzilopochtli y la deidad de la Música y uno de la coleccion Uhde que Waldeck ha reproducido en su libro sobre Palenque. Tres son las figuras y las tres recuerdan la que ocupa el centro de la puerta monolítica de Tiahuanaco, como ella bajas y toscas. De las tres la de más bello y agraciado semblante es la de Huitzilopochtli. Tienen todas abiertos los piés y cortas las piernas; llevan todas collar, y detras de la cabeza un adorno encañonado que tambien veo en la sacerdotisa azteca. Empuña la de Huitzilopochtli un carcaj y una lanza y la de la coleccion Uhde una caña de maiz y un objeto que desconozco; la de la Música toca con ambas manos un instrumento que tal vez sea un *teponaztli*.

Constituyen para mí otro género los relieves del *cuauhxicalli* de Méjico. Este cuauhxicalli, obra del reinado de Tizoc, es un cilindro de traquita de una sola pieza que tiene de altura ochenta y tres centímetros y de diámetro más de doscientos cincuenta. En su parte superior lleva de relieve la imágen simbólica del astro del día y en la convexa una serie de figuras, distribuidas de dos en dos, sobre cuya representacion y objeto hay aún debates. De cada grupo de dos figuras, sin embargo, la una es clara y distintamente un guerrero que con una mano sostiene un carcaj y un escudo y con la otra ase del cabello á su pareja, armada tambien de flechas, si varon, y provista de no sé qué instrumentos, si hembra. Resignada y humilde, presenta algo esta figura á la otra, cuyo pié izquierdo está calzado de modo que parece garra de condor ó de águila.

Ven ciertos autores en cada grupo la rendicion de una ciudad á los aztecas, y otros el simple hecho de llevar una víctima al sacrificio, tal vez en la fiesta cuadrienal de Xiuhteculli. Estoy por los últimos, aun viendo encima de cada pareja el jeroglífico de uno de los pueblos de aquel vasto territorio. Los guerreros van notoriamente de fiesta: con pié de águila, con ajorcas, con orlado maxtli, con hermoso cinto, con collar y orejeras, con ricos penachos. No van tampoco desnudos de adornos los humillados y entre ellos hay mujeres.

Representen lo que quieran, entre estos relieves y los primeros media enorme distancia. Los tengo por inferiores á los del gimnasio de Chichén-Itzá; pero tambien por muy superiores en la reproduccion de las líneas generales del cuerpo humano, con ser muy imperfecta, á todo lo que se ha visto en Méjico.

Debo ahora hacer siquiera mencion de otra famosa piedra, la del Sol, en que tan hábilmente están resumidos y simbolizados todos los períodos de la cronología nahua. La cité en otros párrafos, y á lo escrito me falta sólo añadir que por su ejecucion es, como trabajo escultural, obra de mérito.

Aunque de menos importancia, hay en Méjico multitud de piedras como la

del Sol, es decir, cronológicas. La cronología, como en otra parte escribí, la entallaban los aztecas en todo género de materias, incluso el barro. En las más duras rocas se la halla frecuentemente esculpida. Verdad es que en rocas se esculpía tambien cabezas, figuras y sobre todo trofeos.

El señor Chavero considera cronológicos hasta los relieves de Xochicalco. Sobresalen en ellos unas cabezas de dragon de enormes dientes y lengua bífida, si en unas recta, en otras caída, y unos personajes sentados á la manera de los pueblos de Oriente, que llevan por toda vestimenta un *maxtli* con su cinto y por adorno un collar de perlas y un tocado de que bajan en opuestas direcciones largas plumas. Campean estos personajes no sólo en lo ancho del muro, sinó tambien en el friso y las cabezas de dragon sólo abajo en las esquinas. En uno de los compartimientos el dragon parece á la verdad que se extiende de extremo á extremo tomando la forma de aquella serpiente de plumas, símbolo de Quetzalcoatl entre los aztecas y de Cukulcán entre los mayas; pero ¿habrá reparado el señor Chavero en que las reales ó imaginarias plumas están sueltas?

Estoy léjos de negar que sean simbólicos y hasta cronológicos los relieves. Entre los personajes y los dragones hay multitud de signos y dibujos que en manera alguna puedo creer simples adornos. Distingo entre ellos el *acatl*, el *nahui-ollin*, el *calli*, el *tochtli* y hasta el *cipactli*. Mas ni los veo tan determinados como en la piedra del Sol y otras puramente cronológicas, ni aun cuando así los viera, me sentiría autorizado para atribuir este exclusivo carácter á relieves, en los cuales, segun Nebel, hay algo más que hombres sentados á la oriental y dragones de lengua bífida.

Artísticamente estos relieves, aunque distan de producir el efecto que los del *cuauhxicalli*, acusan en el que los hizo mayor dominio sobre la naturaleza. Supo aquí el artista vencer las dificultades que hubo de oponerle por una parte la necesidad de atenerse á determinados símbolos y por otra la actitud de las figuras.

Por simbólico y hasta por cronológico se toma aún otro relieve que se encontró en *Zaachila*. Está labrado en una losa rectangular que mide sesenta y dos centímetros de largo, veintisiete de ancho y sesenta y nueve milímetros de grueso y presenta sentadas al pié de un ara cuatro al parecer sacerdotes. Podrá ser interesante la obra por su significacion, no por su mérito, pues solo es comparable con nuestras bárbaras esculturas del primer tercio de la Edad Media. Valor artístico no lo tiene en Zaachila sinó un ídolo, de seguro muy posterior al relieve, que lleva ceñido el cabello por una corona de pedrería, cruzadas sobre el pecho las manos, cruzadas tambien las piernas y un simple maxtli por traje. Aunque hay allí otras estátuas, sólo ésta llama la atencion por su verdad y su belleza, pues las demás no son sinó caprichosas y repugnantes degradaciones de nuestra fisonomía.

Limitándome á mentar el trofeo con alas de Ococingo, notable, más aun

que por lo bien esculpido, por su semejanza á los globos alados que tan comunes son en las puertas de los templos de Egipto, entro ya en Palenque, donde llegó á su apogeo el Arte. La Escultura fué allí tan amiga de lo grande como la Arquitectura. No labró muchas estátuas, pero sí figuras de relieve por lo menos del tamaño que se las daba la naturaleza. Hizo estos relieves, unos en piedra, otros en estuco, y los de estuco por un procedimiento que la enaltece. Modelaba los cuerpos como si hubiera querido ó debido presentarlos desnudos, y luego por sucesivas capas de cemento el traje y los adornos. Pudo así conservar bien las formas del hombre ó la mujer que reproducía aún debiéndolas vestir y decorar tan prolijamente como se conoce que exigían las costumbres de la época. En algunos relieves, segun Dupaix, hacía primero con piedras el alma de la figura.

Todos estos relieves son merecedores de estudio. Empezaré por los del palacio de la gran pirámide y entre éstos, por los que ocupan el pretil de la escalera del primer patio. Los constituyen, como recordará el lector, colosales figuras de granito, altas de tres metros. Son casi todas de mujer y están unas de pié, otras de rodillas. De la cintura arriba van todas desnudas; de la cintura abajo unas con faldas, otras sólo con un *maxtli* suelto. Llevan muchas collar y aretes y todas la cabeza bien tocada, aunque algunas prendido el cabello por una simple cinta. Dos hay con medallones en los collares, dos con jeroglíficos en los *maxtlis,* una con carátula sobre el cinto.

En todas estas figuras causa extrañeza el rostro. Tienen todas muy deprimida la frente, grande y corva la nariz, gruesos y salientes los labios. No agradan, pero son á no dudarlo copias de una raza que ha desaparecido ó siguió en tiempos la costumbre de amasar artificialmente la cabeza de sus hijos. Esas facciones típicas es de advertir que se las ve en todas las esculturas de Palenque.

En esas figuras precisamente lo mejor es la cabeza: lo mejor modelado, lo más bien entendido. Dejan en general mucho que desear y son muy inferiores á las de estuco. Están muchas de frente y todas presentan de perfil la cara, y en las que hay de rodillas resultan infamemente colocados pié y pierna; circunstancias que á buen seguro no revelan gran progreso en el arte. En los cuerpos predomina además lo anguloso, lo rectilíneo.

Corresponden al mismo género y adolecen de las mismas faltas otras dos figuras de granito que hay en la boca de la escalera fronteriza. Tal vez de aquí se infiera que los escultores de Palenque no sabían hacer en piedra lo que en estuco; mas no permiten que lo crea otros relieves. En el mismo palacio, en uno de los aposentos interiores, en un óvalo de piedra, segun Dupaix muy dura, está entallado un grupo ya muy superior á lo descrito. Sobre un banco en forma de mónstruo de dos cabezas se ve sentada una mujer gallarda y jóven con las piernas en cruz, una mano en el muslo y otra en el pecho; y debajo sentada en el suelo otra mujer, notoriamente etiope, que con ambas manos le dedica tal vez un tocado, tal vez una maceta de que brota una esbelta flor. Está la jóven

casi desnuda y viste la etíope faldellin y esclavina de espaciosas mallas sujeta por un ancho cinto. Cinto lleva tambien la jóven, y altos brazaletes, y medallon suspendido de collar lujoso, y en la cabeza adornos de que sale una mano sosteniendo una borla sobre la espalda. ¿Qué representa este grupo: reina y súbdita ó diosa y creyente? Waldeck ha creido ver un delfin en el prendido de la mujer del banco y sobre la nariz de las dos mujeres una hoja á que atribuye importancia.

Signifique el relieve lo que quiera, su mayor mérito es visible, principalmente en la diosa ó reina. Otras son ya las proporciones, otros el movimiento y la ondulacion de líneas, otra la gracia, otra la belleza del rostro dentro del ya marcado tipo. La figura está hábilmente presentada en escorzo; los dedos de manos y piés cincelados como no los hemos visto aún en obra alguna de América. Busca aquí ya el artista las dificultades en vez de rehuirlas: ahueca las manos y hasta pone con la palma en alto la de la cabeza. ¡Con qué amor no labra luego trajes y adornos!

Son aún mejores los relieves en piedra del templo de la Cruz. Desgraciadamente no están donde estuvieron. Dos que había á los dos lados de la puerta del santuario se hallan ahora en el vecino pueblo de Santo Domingo; de tres tablas que componían el del altar, una fué trasladada á la márgen del río que atraviesa las ruinas y otra al Instituto Smithsoniano de Washington. Queda sólo una en el lugar que ocupó. Examinémoslos como si aun continuran todos en su respectivo lugar.

De los dos relieves de la puerta el uno es el de un personaje que está de pié, juntos los tobillos, la mano izquierda á la altura del pecho y en la otra una que parece ofrenda, calzado, vestido, la ropa ceñida á las carnes, de piés á cabeza cubierto de joyas y adornos. Lleva este rico hombre cacles, botines, jubon, cinto, esclavina y un alto y complicadísimo tocado, confusa mezcla de plumas y signos, entre los que descuella un pájaro con un pez en su largo pico —todo prolija y elegantemente labrado;—además, orejeras, collar, brazaletes, carátula en el cinto, y del cinturon colgados por una parte el *ex* ó *maxtli* y por otra una figura grotesca; el collar, con su medallon y unos cordones que le bajan por la espalda terminando en largas borlas; sujeto á la espalda otro bello adorno, tan grande y revuelto como indescriptible, donde busco en vano la serpiente con plumas que mejores ojos han visto.

El otro relieve es un viejo de grandes y raros ojos que sostiene con ambas manos una caña puesta en la boca. Lleva el viejo más sencillo traje—una piel de tigre sobre una cota; —pero no escasos adornos: ajorcas en piés y manos, cordon de largas borlas, orejeras y un enmarañadísimo tocado de hojas del que sobresale un monstruoso pájaro de corvo pico. Sujeta al parecer entre los muslos una desaforada serpiente, cuya cabeza y cola descansan en incomprensibles adornos.

El relieve del altar lo constituyen dos grandes fajas de jeroglíficos entre las cuales dos hombres, puestos de pié, rinden culto á una cruz en que posa las garras un ave de indefinible cabeza, revuelto plumaje y larga cola. La cruz es rarísima. En el astil, debajo del crucero, se distingue una figura, y encima, una de esas caras remedo del humano rostro. El crucero está formado por unas como llamas entre las que hay dos cabezas. De su base, que es doble, brotan nuevas llamas. Los dos hombres son de distinta estatura y visten distintamente. El uno, el más alto, lleva simplemente arrebujado á la cintura un paño que le cubre el *maxtli:* el otro, una especie de jubon que le llega á los muslos. Ciñen ambos gorro cónico; pero aquél, liso y llano; éste, con caídas. Los dos van con los mismos adornos: ajorcas en gargantas de piés y manos, orejeras y el grueso cordon de borlas. A mi juicio ofrecen algo el uno y el otro á la cruz ó al pájaro: el uno levantadas las manos, el otro bajas.

Están de perfil todas las figuras, así las del altar como las de la puerta; pero ¡qué bien sentadas! ¡cuán gallardamente puestas! ¡con qué buenos contornos! Sobre todo en la primera del altar es excelente la línea general del cuerpo. No las perjudica la superabundancia de adornos, ántes las favorece. Están todos bien dibujados y sobrepuestos. ¡Qué expresion, por otra parte, la de los rostros! Copió indudablemente la naturaleza el autor de estos relieves; fió poco ó nada á la fantasía. Hablo de las figuras humanas, que en lo demás harto comprendo que hubo de ceñirse al simbolismo de su culto.

Hallo en el templo del Sol casi las mismas figuras. Allí tambien hay dos en los dos lados de la puerta y un altar grande como el de la Cruz en el fondo del santuario. Aunque ya mutiladas las primeras, se las ve de igual estilo y corte que las de la puerta del otro templo, bien que sustituida la del viejo por la de otro personaje de menos días. Son aún más elegantes en los adornos y más correctas en los piés y las manos. En una de las dos, la de más rico traje, es de ver el fleco de la esclavina, las largas borlas y el hermoso cinturon que lleva al brazo.

Lo más notable es el relieve del santuario. Aquí tambien dos hombres, entre dos fajas de jeroglíficos, rinden culto, no á ninguna cruz ni á ningun pájaro, pero sí á un horrible mascaron de aguda lengua y corvos garfios por colmillos. Estos dos hombres son los mismos del otro retablo; mas aquí está á la derecha el que allí á la izquierda, tiene cada uno los piés sobre la espalda de otro mortal de extraño aspecto y ambos dan en ofrenda con ambas manos un ridículo monigote. Aquí, además, debajo del mascaron cae una tabla sobre la cabeza de dos viejos ya derribados al suelo, que procuran apartarla de sí con una de sus manos; y los dos son fiel trasunto del que vimos en la puerta del santuario de la Cruz con una piel de tigre. ¿Representaría esto la victoria de un culto sobre otro culto?

Son de notar en este bello relieve, no sólo las buenas proporciones y la ele–

gancia de las principales figuras, sinó tambien la expresion de fatiga y abatimiento de los que las sostienen y la de amargura y terror de los que alejan de sí la tabla, tabla que lleva esculpido en su centro otro mascaron horrible Debe la obra ser de grande efecto por la impresion que en Charnay produjo. No se arredró el artista por la actitud violenta en que habia de poner las figuras secundarias.

Estátuas, que yo sepa, no había en Palenque sinó dos que servían de cariátides contra un saledizo del templo de la Cruz, largo de cincuenta y ocho decímetros y ancho de veinticinco. Está la una rota y las dos fuera de su asiento. De la que se conserva íntegra tengo ante mis ojos la copia de Waldeck, que la presenta algo embellecida á juzgar por el dibujo de Catherwood. Esa estátua no sé á la verdad cómo definirla. Por su extremada sencillez y su tocado se parece á las de Egipto; por sus facciones, á las de Europa. No observo en ella ni remotamente el tipo de las figuras de Palenque. De Palenque no cabría considerarla si no se la viera con el *ex* suelto, altos de empeine y abiertos los piés y cubierto el pedestal que la sustenta de uno de esos jeroglíficos que tanto abundan en aquellas ruinas.

Es la estátua un ó una jóven de rostro agraciado y talle corto, que lleva ceñida la frente de una especie de calántica de altos y finos cuernos, por collar una simple cinta, por todo traje unos pantalones y el *maxtli*, por adorno, debajo de la cintura, una que parece bolsa, en ella la mano izquierda y al pecho la otra. Diríase que es símbolo de alguna ciencia al observar que sujeta contra el pecho una tabla de forma rectangular con dientes, lleva esculpida en el *ex* una como canal de líneas perfectamente geométricas y en su mismo collar presenta la figura de un semicírculo.

Artísticamente no tiene esa estátua el mérito de los relieves hasta aquí descritos. Es dura, casi rectilínea del sobaco á los piés, bella solamente en el rostro. Verdad es que á mi juicio, quedó sin concluir, ya que están aún sin modelar así los piés como las manos.

Los relieves de estuco abundaban en Palenque mucho más que los de piedra. En el Palacio no había sin relieve de estuco cara de pilar ó machon que diese á la calle ó á cualquiera de los patios. De estuco eran los medallones de la primera galería que ya el lector conoce. De todos estos relieves quedan pocos; los suficientes, sin embargo, para que conozcamos que eran más bien superiores que inferiores á los de piedra. Son generalmente grupos de dos á tres personas, en los que vemos ya actos de adoracion, ya alguien que lleva un niño en brazos. Describiré por vía de ejemplo dos de los grupos del Palacio y la figura que ha dado nombre al templo del Hermoso Relieve.

En medio de un severo recuadro está de pié un personaje que lleva suspendido de la mano derecha un rico paño y con la izquierda empuña el largo astil de una enseña militar ó religiosa. Ocupan los ángulos dos hombres casi desnudos

y sin más que un cinto, sentados en el suelo con las piernas en cruz y una mano en el hombro. Repugna ver la ahusada cabeza de estos dos seres, cubierta en otras figuras por caprichosos tocados, pero es copia del natural y sería injusto censurarla. Están dentro de su tipo no menos bien dibujados que el varon á quien adoran. Ciñe las sienes de este varon una corona con plumas de la que sobresale una cabeza; la garganta, un collar de perlas; el pecho, una esclavina; el cuerpo, una piel ajustada por un cinturon soberbio; las muñecas, ajorcas; las piernas, delicadísimas polainas.

Componen el otro grupo dos mujeres de elegantísimo corte: la una de pié y algo inclinada entregando un objeto que desconozco; la otra de rodillas, juntas las manos y alta la cabeza, como si dijese que se considera indigna de recibirlo. Vese en la primera un tocado semejante á un casco persa, un largo collar, una falda can fleco que no le llega á la mitad del muslo, brazaletes y unas sandalias que no habrían despreciado las mujeres de la antigua Grecia; en la otra, sólo un casquete con tres plumas y un bien labrado cinto del que cuelga otro no menos bien labrado pañete de figura redonda, sujeto por estrechas cintas á la parte inferior de la cadera.

Con ser bellos los dos grupos, no llegan á la figura del templo del Hermoso Relieve. En almohadon riquísimo, puesto sobre un banco á que sirve de piés y brazos un mónstruo de dos cabezas está gallardamente sentada una graciosa jóven, vueltos á un lado los ojos, alzada la mano zurda, con la diestra señalando, el pié izquierdo en la almohada y el otro caido sin que apénas roce con el banco la punta de los dedos. Ciñe esta jóven un casco, parecido al gorro frigio, del que sobresalen revueltas plumas, viste una camiseta que no le cubre la mitad del pecho y luce un medallon suspendido de un collar de finas perlas; tiene prendida al cinto una corta falda y una sobrefalda que cae sobre el almohadon en airosos pliegues, ostenta en los brazos anchas ajorcas y calza no menos elegantes sandalias que las de la otra figura.

Esta es indudablemente la obra maestra de la escultura en América. Está de perfil la cabeza; pero casi de frente el cuerpo. Hallo aquí vencidas todas las dificultades que puede presentar el relieve; en feliz consorcio la verdad y la belleza. Está bien compuesta la figura, bien entendidos los pliegues del ropaje, tan bien comprendida la naturaleza muerta como la viva.

La escultura americana llegó á su apogeo en Palenque no sabemos cuando. Probablemente en siglos remotos. Descubren estos relieves un mundo ignorado; dan fe de vida de una civilizacion y una raza que tal vez estuvieran ya decadentes cuando se los labró en los muros del palacio y los templos. Esa raza no debió de ser guerrera ya que en relieve alguno se distingue un arma. Se la ve en sus obras de arte sometida á símbolos y es de suponer que fuera religiosa. ¿Había de poder vivir en paz durante el largo período en que aquella parte de la América del Norte fué teatro de tan sangrientas luchas entre los pueblos que

se la disputaron? Al construirse aquellos hoy arruinados edificios se la observa ya entregada al fausto. Que lo estaba nos lo dicen en las más de las figuras lo suntuoso de los trajes, la abundancia de joyas, la prodigalidad de adornos, aquellos tan extravagantes como ricos tocados de que empezamos á ver débiles muestras en los muros de Xochicalco. Es de creer que ya entonces llevase siglos de prosperidad y muchos más siglos de vida nacional.

Se mira con indiferencia que se consume la ruina de tan interesantes monumentos, y de todas veras lo deploro. Llenos de esculturas y cuajados aún de jeroglíficos, pueden un día arrojar luz sobre la antigua historia de aquel vasto continente, hoy tan nebulosa: los considero merecedores no sólo de conservacion, sinó tambien de atento y constante estudio.

Por el de sus esculturas entiendo que la raza de Palenque debió de ocupar otras ciudades. En relieves de Tikal y de la ciudad á que Charnay dió el nombre de Lorillard observo los mismos hombres de ahusada cabeza, los mismos trajes, la misma exuberancia de adornos y aun los mismos símbolos. En un templo de Tikal, en lo alto de un altar de piedra veo aquel mismo mascaron de lengua triangular y hórrido aspecto que observamos en el retablo del templo del Sol de Palenque; y en un dintel de Lorillard hallo la cruz con llamas sostenida por varones suntuosamente engalanados.

La diferencia no es notable sinó bajo el punto de vista artístico. Dista de notarse en estos relieves ni la verdad y belleza de líneas de los de Palenque ni la oportuna colocacion de las figuras para que no se pierdan entre los adornos. Son los de Tikal y Lorillard extremadamente confusos y acusan en muchos de sus pormenores grande inexperiencia. Mejor que los relieves hay en Lorillard una estátua de piedra reproducida por Charnay en su último *Viaje á Yucatán*. Es un ídolo puesto á la usanza turca con las manos sobre los muslos, rico *ex* sujeto al cinto, anchos brazaletes, esclavina bordada de perlas y un tocado estrepitosísimo. Es de no malos contornos y de no poca verdad en las facciones.

Entre los zapotecas, los mixtecas y los tarascos la escultura no creó más que mónstruos. Los hay, sin embargo, de excelente ejecucion, tales como la colosal cabeza del dios Ocelotl de Mitla, el vaso cinerario de Tlacolula y la urna ocelotl de Xochixtlahuaca.

Más ó menos ejerció el simbolismo religioso en todos los pueblos marcada presion sobre el ingenio de los escultores. Aunque pugnaron éstos por su libertad, sólo la consiguieron unos en los barros, otros en las carátulas, otros en esas mismas piedras jeroglíficas de que desde Copán á Palenque hallamos cubiertas las paredes de los monumentos. ¡Qué de caprichos en esas por desgracia indescifrables piedras! ¡qué variedad de facciones aún dentro de un tipo dado! ¡qué de picantes caricaturas! En el mismo Perú, donde tan poco adelantó la escultura, se ve los frutos de esa libertad en algunas cabezas de granito de Cabana

y en muchos de sus vasos. ¡Felices los escultores que como los de Palenque supieron satisfacer á la vez las exigencias de la religion y las del arte.

CLXXVII.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—La Pintura.

La escultura en Palenque era polícroma. Aun hoy se conservan en muchos de sus relieves de estuco restos de antiguos colores Polícroma debía de ser tambien en Méjico. Se sabe como estuvo pintada la piedra del Sol, y cabe todavía ver en ídolos del Museo Nacional huellas de pintura.

Que en el Perú, en Méjico y en Yucatan se hacía, por otra parte, uso de la pintura mural es notorio. Cieza vió por sus ojos pintadas de brutos y pájaros las paredes de las fortalezas de Huarco y Paramonga. Charnay descubrió en Tula una casa tolteca y en muchos fragmentos de pared vió pintados de blanco y rojo sobre fondo negro rosetones, palmas, figuras geométricas y caprichosos dibujos. En Chichén-Itzá, en los muros del Gimnasio ó Juego de Pelota, que otros llaman palacio de los Tigres, había no ha muchos años pintadas de verde, amarillo, encarnado, azul y rojo oscuro costumbres de los mayas.

No eran malas estas pinturas si es fiel la copia que tengo á la vista. Había en ellas varones y hembras, unos de pié, otros sentados, otros en cuclillas; guerreros saltando y blandiendo alegres sus lanzas; mujeres cantando ó tañendo; una barca con gente, un hombre que caía al mar, un ídolo de monstruosa cabeza; todo diseñado con verdad y soltura. De los colores no puedo juzgar porque la copia es en negro; presumo que distarían de reproducir los del objeto pintado.

Mas ¿no pintarían ni aztecas, ni mayas, ni ningun otro pueblo en papel ni en otra sustancia? Refiere Cortés en sus *Cartas* que cuando Narvaez con su ejército aportó en San Juan de Ulua, unos indígenas llevaron á Montezuma figurados en papel de la tierra los ochenta caballos y los ochocientos hombres que con diez ó doce tiros de fuego habían desembarcado; mas por este hecho, que confirman casi todos los primitivos historiadores de Indias, estoy léjos de ver la cuestion resuelta. En papel de la tierra tenían aquellas gentes figurados sus principales hechos, sus creencias, sus hábitos, sus industrias y aun sus leyes; y nadie hasta ahora se ha creido con derecho á calificar de pinturas aquellas hojas meramente jeroglíficas.

Pintábase en aquellas hojas ó códices y no con poco brillantes colores; mas sólo para el entendimiento, no para el sentimiento; sólo para un fin mnemónico, no para un fin artístico. Prescindíase así en ellas generalmente de la verdad y la belleza; procurábase con preferencia traer á la memoria por las imágenes más

admitidas y los más breves procedimientos la idea que deseaba expresarse. El color mismo tenía su significacion en aquella incompletísima escritura: no podía el pintor emplearlo ni modificarlo á su fantasía y se hallaba por consecuencia privado de imitar los variadísimos tonos de la naturaleza.

Estéticamente considerados, resultan hasta bárbaros los más de esos códices. Sólo por el de Dresde veo asomar el Arte en forma de caricatura.

Pintura, verdadera pintura no sé que la hubiese en América. Se sabría dibujar ya que se sabía esculpir; mas ¡del dibujo á la pintura hay tan largo trecho! Asegura Garcilaso que el inca Viracocha hizo pintar en lo alto de una peña dos condores, el uno contra el Cuzco, baja la cabeza y recogidas las alas, el otro abiertas y fijos en el Cuzco los ojos. ¡Lástima que ni en copia existan!

CLXXVIII.

Estado intelectual.—Bellas Artes.—La Música.

La música era generalmente una simple auxiliar del canto y el baile. Solía así en cada pueblo tener de agitada ó tranquila y de triste ó alegre lo que la danza y la poesía. Melancólicos encontramos los haravies del Perú y melancólica era su música. En ella, dice un escritor anónimo, domina una melancólica monotonía que nace de su vaga tonalidad y de su constante terminacion en notas bajas. La música azteca, escribe por su parte el Sr. Chavero, revelaba la índole guerrera de algunos pueblos y en los cantares de la muerte parecía á veces lluvia de lágrimas.

De la antigua música quedan, como fácilmente supondrá el lector, escasas reliquias y aun éstas de dudoso orígen. Perdóneseme que aquí me limite á dar noticia de algunos instrumentos. El tambor era de uso casi general en América. Servía para los actos de guerra y tambien para las fiestas civiles, inclusas las religiosas. Solía ser oblongo y estar formado de un tronco hueco donde se había hecho en sentido longitudinal uno ó dos agujeros. Se lo tocaba, como aquí, con baquetas, que en algunos pueblos llevaban el casquillo cubierto de goma elástica.

Este era el tambor comun. Usábase de otro que consistía en un cilindro hueco de madera, por abajo abierto y por encima con una piel de ciervo que cabía poner más ó menos tirante segun se quisiera producir sonidos agudos ó graves. Este, segun he leido, exigía mayor destreza porque se lo debía tañer con la sola mano. Pueblos había como los de Yucatán y Méjico donde simultáneamente se empleaba uno y otro tambores y por la combinacion de los dos se llegaba á notables melodías. En otros pueblos, como el de los dacotas, no se conocía sinó el

segundo tambor y aun éste reducido á una piel de búfalo prendida en los bordes de un aro.

Después del tambor el instrumento más generalizado era el sonajero, una especie de sistro á que en gran parte de la América del Mediodía se dió el nombre de *maraca*. Constituíalo ordinariamente una calabaza, con ó sin mango, llena de guijas. En algunos pueblos del Norte se sustituía á la calabaza el saco de corteza de abedul ó de piel de búfalo y en Méjico más ó ménos caprichosos objetos de barro. Distinguiéronse por las sonajas principalmente los dacotas, que las hacían de pezuñas de ciervo. Taladraban las pezuñas de ciervo, y la una debajo de la otra las suspendían de un palo distribuyéndolas en dos opuestas filas. A cada sucudida del palo se obtenía un singular y extraño ruido.

Hacíase no menos uso de la flauta, conocida en la cuenca del Orinoco y los altos de Bogotá con el nombre de *fotuto*. Era la flauta en buena parte de América una simple caña con agujeros. Tenía ya en Méjico lengüeta y boquilla y además una boca parecida á la del clarinete. Hasta de siete y ocho tubos la había en el Perú, cosa que ha sorprendido no poco á los europeos. De tubos, no encajados unos en otros, sinó puestos en fila como los de la *syrinx* de los griegos y la *arundo* de los romanos. Una se halló en una huaca que se compone de ocho tubos de piedra metidos en una caja. Son los tubos desigualmente largos y forman escala lo mismo por la diversa nota que cada uno da que por la diversa longitud que cada uno tiene.

Hacían á veces los mismos peruanos esta clase de flautas con canutos de caña sujetos por una cuerda. Con cañas las hacían tambien y las continúan haciendo al otro lado de los Andes dos pueblos que les han dado por cierto desmesurada grandeza: los chiquitos y los moxos. Flautas usan todavía los moxos con tubos largos de diez y seis decímetros.

Había además en el Perú flautones cuyos sonidos lúgubres, al decir de los señores Rivero y Tschudi, llenan aún de inefables deseos el corazon y humedecen los ojos. Parecidos los debieron de usar los salivas, ya que un autor nos los pinta con flautones de barro que tenían dos ó tres concavidades y producían sonidos bajos y profundos.

No era tan comun el uso de la trompeta. Se la conocía, sin embargo, en todas las naciones cultas y se la suplía en muchas de las salvajes por el cuerno marino. Esos mismos salivas que acabo de citar las tenían de tal magnitud, que no las podían tocar sinó apoyándolas en ajenos hombros.

De uso algo general no queda ya sinó el silbato. Los había de cinco voces en el Perú y tal vez en Méjico. Los de Méjico, por los que copió y publicó Waldeck, eran de varias formas.

Los instrumentos especiales no abundaban. El más digno de mencion es la marimba, encontrada ahora en las orillas del Zambezé, en tribus africanas del Mediodía. Componíase la marimba en Chiapas y Nicaragua de una serie de ta-

blillas de madera fuerte y sonora colocadas al modo de las tiras de vidrio de nuestros tímpanos, bien que sobre calabazas vacías de diferentes dimensiones. Tocábasela á dos y cuatro manos con baquetas de casquillo de goma elástica, y producíase no pocas veces en el ánimo de los que la oían dulces impresiones y gratos efectos Muy otra era la de Guatemala, pues consistía en una más ó menos extensa línea de tubos verticales de varia longitud y de un mismo diámetro sujetos por fibras de corteza de árbol entre dos tablas de madera. Llevaban los tubos en su boca una lámina móvil sumamente elástica y junto á su base, al lado, una abertura cubierta por una membrana sutilísima. Daban el músico ó los músicos en las láminas movibles con sus baquetas, algunas de doble casquillo, y por la consiguiente compres on del aire y vibracion de las membranas obtenían las buscadas notas.

Medían ordinariamente las marimbas en Guatemala noventa centímetros de longitud y constaban de veintidos tubos, por lo comun de barro, que en longitud iban de diez á cuarenta centímetros. Resultaban mucho menores que las de Chiapas y Nicaragua, parecidísimas á las de los africanos.

Segun Brasseur había en Guatemala otros instrumentos *sui generis:* bambúes con una ó más cuerdas tendidas como las de los arcos y metidas por uno de sus extremos en una calabaza. Por medio de la vibracion de las cuerdas se hacía que la calabaza produjera melodiosos sonidos. Segun Rivero y Tshudi se conocía en el Perú hasta una especie de guitarra de cinco á siete cuerdas á la que se daba el nombre de *tinya*.

Otros instrumentos habría, pero de escasa monta. Aun con los descritos ¿cabe formar muy buen concepto del estado de la Música en América?

CLXXIX.

Estado moral.

No quiero cerrar este largo epílogo sin escribir algo acerca de la moralidad de los pueblos de América en los tiempos de la Conquista.

Las naciones cultas no vacilo en afirmar que fuera de la religion y de la guerra tenían mejores costumbres que Europa. El Perú, hasta dentro de la guerra, ya que la hacía con más respeto que nosotros á la persona y los bienes de los enemigos. Con nuestro contacto depraváronse todas en comun sentir de los primitivos historiadores de Indias. Bajo la antigua tiranía eran dóciles, trabajadoras, poco propensas á litigios, moderadas en el uso de sensuales deleites; bajo la nuestra, con ser mucho peor, contamináronse de todos nuestros vicios y se hicieron rebeldes, inactivas, pendencieras, lujuriosas.

De las tribus salvajes no me atrevo á formular juicio general de ningun gé-

nero. Las había rayanas de los brutos y las había que en el sentimiento de la dignidad propia y la ajena igualaban cuando no aventajaban á los pueblos cultos. Contaban las dos especies variedades infinitas. ¿Quién podría, por ejemplo, confundir ni comparar siquiera al charrua con el araucano, ni al caribe con el vasallo de Guacanagari, ni al shoshoni con el iroqués, ni al californio peninsular con los algonquines?

Sin distincion de gentes salvajes ni cultas voy á consignar en breves líneas los principales vicios de América.

El predominante era el de la embriaguez. No había fiesta donde no anduviera el vino en manos de los concurrentes mientras no cayeran beodos. Se lo servía á veces hasta en los duelos. Daba todo acontecimiento motivo á la borrachera y por consiguiente márgen á disputas y riñas. Afortunadamente no bebían las hembras y solían recoger á tiempo á los varones: hijos, esposos ó padres.

No pudieron con toda su autoridad los Incas extirpar este vicio. Tampoco los sacerdotes ni los jefes mayas. Sólo sí los monarcas aztecas, y éstos por las leyes bárbaras que en otro párrafo hemos visto. En lo que es hoy Nueva-Méjico prevalecía ya la mala costumbre: embriagábanse las tribus todas á excepcion de los comanches y los pueblos.

Vastas regiones hubo, sin embargo, donde ni siquiera se conoció el uso de las bebidas fermentadas: en el extremo Sur la Patagonia, en el Norte toda la tierra comprendida desde Nueva-Méjico hasta el Oceano Glacial Artico. Hoy beben aquí los indígenas, pero solo el infame *whiski* á que los han acostumbrado los europeos.

Otro de los vicios generales era la lujuria. El lector la conoce ya por lo que escribí acerca de la poligamia, el cambio de mujeres y la libertad concedida en muchos pueblos á las adultas para ceder su cuerpo á quien quisieran. Diré algo sobre la prostitucion y la sodomía.

Existía la prostitucion en todas las naciones cultas y de las salvajes en todas las comprendidas desde las fronteras septentrionales de California hasta las superiores márgenes del Orinoco. Era verdaderamente excepcional fuera de estos vastos límites.

En Méjico y el Perú se le puso freno. Jamás se le consintió que estableciera burdeles ni casas públicas. Debía la ramera de Méjico ejercer su oficio en hogar propio, y la del Perú vivir fuera de poblado, en choza á que no podía acercarse otra mujer sin que perdiera el cabello y cayera en infamia.

No fueron los mayas tan escrupulosos. Fuéronlo mucho menos los nicaraguatecas que llegaron á dar vida legal á las mancebías y toleraron á los rufianes. Dije ya que entre ellos con diez almendras de cacao se ganaba los favores de una prostituta.

En los demás pueblos no se sabe que el poder político tomara acerca de la prostitucion medidas de ningun género. Sólo de los tahus, que moraban al

Norte de Méjico, refiere Castañeda algo que no creo merecedor de olvido Los tahus, segun este historiador, hacian grandes fiestas en honra de las hembras que consagraban á la prostitucion el cuerpo y la vida. Reuníanse los principales y danzaban y holgaban con la que había tomado resolucion tan heróica. No podia desde entonces la voluntaria ramera negarse al que le ofreciese el fijado precio. Ese estímulo á la prostitucion ¿de qué nacería? ¿tal vez de la excesiva castidad de las mujeres?

La sodomía presentaba en América un aspecto raro. Entre los cadiaks, que viven del grado cincuenta y cinco al cincuenta y seis de latitud Norte, escogía la madre entre sus hijos al más hermoso, le vestía como hembra, le dedicaba sólo á faenas mujeriles, con mujeres le acompañaba y al verle púber le casaba con hombre rico que le quisiera. En California las primeras misiones que establecimos hallaron tambien á muchos caciques públicamente casados con hombres que de niños vestían traje de mujer y de mujer habían adquirido maneras y hábitos. Entre esos mismos tahus que acabo de citar había, segun el mismo Castañeda, hombres-mujeres, esposas de otros hombres. En Cueva, segun Fernández de Oviedo, varones principales tenían en sus casas muchachos con enaguas que ejercían de mujeres y, si osaban ayuntarse con otros hombres, pagaban con la vida el atrevimiento. Observábase esta costumbre, segun el mismo Oviedo, en Maracaybo y otros puntos de Tierra Firme; y la hallo efectivamente entre los laches. Entre los laches ¡cosa singular! reaparecía la mujer del grado cincuenta y cinco. Tambien aquí la madre, como tuviese cinco varones, podía y solía destinar el postrero á vida de hembra y criarle para esposa de alguno de los hombres importantes de su tribu.

Es ahora no menos digno de observacion que la sodomía parece haber tenido en algunos pueblos carácter religioso. Consigna Cieza de Leon que en su tiempo no eran ya sodomitas otros pueblos del Perú que los comarcanos de Puerto Viejo y la isla de la Puna; y á renglon seguido añade que en cada templo y adoratorio principal había uno, dos ó más hombres, en todo lo exterior parecidos á mujeres, con los que en las solemnes fiestas y los grandes sacrificios solían los señores ayuntarse. Refiere Las Casas, por otra parte, que en Vera Paz no se conoció, segun los indígenas, la sodomía, hasta que se la enseñó el dios Chin cohabitando con otro dios á vista de los fieles. Si ahora recuerda el lector que en Hayti entre los amuletos y joyas en uso los había con ídolos ó cemíes en tan impuro coito, no ha de ser difícil se convenza de lo que estoy diciendo.

Pudo muy bien haber influido en que se diera á la sodomía este carácter el sacerdote, que, condenado á la total abstencion de la mujer en algunas religiones, es muy posible que buscara por este camino la satisfaccion de apetitos que no se contrarió nunca sin escándalo de la moral pública. Dígolo porque, segun el testimonio de Juan de Gante, á pesar de que en el imperio de Montezuma se

castigaba con durísimas penas este vicio, los sacerdotes que no podían casarse tenían por mujeres muchachos de que abusaban, *pueros quibus abutebantur*.

Había tomado el mal tales proporciones, que en la isla de Hayti, por ejemplo, hombres sin pudor se prestaban al oficio de rameras y lo publicaban vistiendo enaguas, y algunos habían llegado al extremo de ser sodomitas con las hembras, vicio que achaca Oviedo al mismo Guacanagarí. Hallábase generalizado principalmente al Norte de Méjico, en gran parte de la América Central y en la primera zona de la del Mediodía; y sin disputa lo estuvo tambien en los mismos Perú y Méjico antes de la Conquista en que estaba ya muy reprimida por severas leyes.

De otro vicio he de hablar aún: el juego. El juego dominaba principalmente en la América del Norte. Los tacullis eran por él apasionadísimos. Sobre todo en la estacion de los hielos se pasaban á veces sin dejarlo días y noches. No los arredraba ni los afligía la mala fortuna: seguían jugando hasta perder el último dije. Aun de parte de sus vestidos se desprendían con serles tan necesarios para defenderse de las inclemencias del cielo.

No jugaban menos los haidahs y los nutkas De los indios del estrecho de Puget y de los chinuks sabemos que llegaban á jugarse la mujer y los hijos. Su misma libertad exponían á los azares de la suerte.

Los californios del Norte se jugaban tambien la esposa, y los nuevo-mejicanos aventuraban no pocas veces en una jugada todo lo que tenían. ¿Qué de extrañar cuando el rey azteca Axayácatl, herido en su amor propio, puso un día contra un jardín de Xochimilco nada menos que la plaza y el lago de Méjico?

Los juegos eran casi todos de azar y sumamente frívolos. Constituíalos ya el adivinar en qué mano se hallaba éste ó aquél objeto ó cuántos ó cuáles palillos retirados de un monton se había escondido en la yerba; ya el arrojar á manera de dados dientes de castor con diversas figuras ó tablillas por un lado blancas y por otro negras; ya el dejar caer en el suelo ó sobre un tapete astillas de lona ó cosa parecida y ganar por las que se hubiesen cruzado mayor ó menor número de puntos cuando no la apuesta. Los pocos juegos que de destreza había estaban reducidos á despedir con fuerza aquí un palo, allí una lanza y hacer pasar el primero por un aro en rotacion ó recoger con la segunda ciertos anillos en el momento de dar contra una estacada á que se los dirigía.

Había tambien juegos de agilidad y fuerza; mas estos, no todos ni en todas ocasiones, eran por sí mismos objeto de lucro. En la misma América del Norte gustaban de la carrera los algonquines. En la del Centro, en la isla de Hayti, divididos en opuestos escuadrones los vasallos de Behechio libraban por vía de pasatiempo verdaderas batallas. En la del Sur hacían otro tanto los laches, bien que sin otras armas que los puños. Cuéntase que aun despues de la Conquista se bajaba de muchos pueblos de los alrededores á presenciar estas luchas. No hablo de las carreras del Perú por considerarlas ejercicios militares.

He de escribir ahora de un juego que en las tres Américas tuvo grande importancia: el juego de pelota. Entre las razas salvajes del Norte, dejando por ahora á los nuevo-mejicanos de que escribiré más tarde, usábanlo, que yo sepa, los californios septentrionales, los miwokos, los criks y los dacotas; todos de igual manera. Tomaban siempre parte en la contienda dos tribus ó dos pueblos. Puesta la pelota entre dos metas equidistantes y colocadas las dos tribus en opuestas direcciones, el juego consistía en que la tribu del Norte, por ejemplo, procurase llevar la pelota más allá de la meta del Mediodía y la tribu del Mediodía más allá de la meta del Norte; cosa no fácil siendo por una y otra parte muchos los jugadores y hallándose las dos metas, la una de la otra, á bastante distancia. Usaban los californios del Norte y los miwokos pelotas de roble; los dacotas, de barro, pero cubiertas de piel de ciervo. Disparábanla todas, por medio de un palo retorcido en uno de sus extremos donde había una pequeña red de tiras de cuero ó nervios de búfalo.

Aquí tenía ya el juego el mismo carácter que en nuestras provincias vascas. Asistían al espectáculo numerosas gentes, hacían apuestas quienes por el uno, quienes por el otro bando y á medida que aumentaba el ardor de la pelea y la inseguridad de la victoria iban atravesando todo lo que poseían, excepcion hecha de las mujeres y los hijos. Alentaban los perdidosos con gritos á los jugadores por quienes habían comprometido su fortuna; hacían otro tanto los que ganaban temiendo no cambiase la suerte; vociferaban á su vez los que se disputaban el triunfo; y resultaba de todo un cuadro lleno de animacion y vida.

Jugaban los haytianos muy de otra manera, pero tambien en el campo, entre dos metas ó rayas, y con el triunfo para los que consiguieran llevar la pelota fuera de la linde de sus contendientes. La diferencia estaba en que se valían ya de pelotas macizas de caucho, de tal modo elásticas, que al primer rebote subían á mayor altura que la del punto de su caida, y éstas las recibían y rechazaban, no con la mano, sinó con la cabeza, el hombro, la cadera ó la rodilla. Daban tambien aquellos hombres grande importancia al juego, tanta que al rededor de lo que podríamos llamar sus trinquetes habían puesto bancos de piedra para el vulgo de los espectadores y *duhos* de bien cincelada madera para sus caciques.

Seguían el mismo sistema los otomacos y los chiquitos. Tomaban á veces parte en la lucha hasta doscientos y trescientos, y, con tal calor, que inflamaban el ánimo de los mirones y los llevaban á numerosas apuestas. Recibían y despedían los chiquitos la pelota con la cabeza y los otomacos con el hombro derecho; mas entre éstos las mujeres, jugadoras no menos diestras, hacían ya uso de una pala de veintisiete centímetros de ancho que por largo astil permitía moverla á dos manos.

En parte alguna, sin embargo, llegó el juego á más perfeccion ni á más grandeza que entre los mayas y los nahuas. Supongo no habrá olvidado el lector el papel que en el *Popol-Vuh* desempeña la pelota. En Méjico los reyes, se des-

vivían por jugarla bien, y hasta se ofendían de que se los aventajara. Refiérese de Axayácatl que en un juego con que quiso celebrar sus victorias contra el rey de Tlatelolco salió una y otra vez vencido por Xihuilltemoc, señor de Xochimilco, y de tal manera lo sintió, que al otro día, por su órden, le hizo extrangular por unos guardias que le echaron al cuello una guirnalda de flores donde iba oculta una cuerda.

Era el juego de pelota entre los nahuas, y aun creo que entre los mayas, la fiesta nacional por excelencia, la fiesta obligada después de todos los faustos acontecimientos de la Monarquía. Ciudad sin trinquete no la habia en todo el Imperio; algunas contribuían anualmente al Tesoro nada menos que con diez y seis mil pelotas.

Las pelotas eran de caucho, sólidas y elásticas camo las de Hayti; los trinquetes, rectangulares, largos de veintisiete á cincuenta y cinco metros, anchos de trece á veintidos, salvo en los extremos donde tenían grandes recodos, de paredes, las unas, las laterales, altas de veinticinco á treinta y tres decímetros, las otras, más bajas, todas interiormente enlucidas, pintadas y con dos anillos como el que en Chichén-Itzá dejo descritos, sin techo y sin más corona que unas almenas.

Fijaban los augures el día de cada juego; y la víspera, á media noche, iban al trinquete los sacerdotes, y con no escasas ceremonias ponían sobre las paredes de los lados la imágen de Omeacatl y la de Ometochtli, bendecían el edificio y consagraban el juego murmugeando preces y haciendo dar á la pelota cuatro vueltas en torno de los muros. Sus ceremonias y aun sus ofrendas hacía tambien el dueño del trinquete, casi en todas partes el señor del pueblo.

Entraban en el trinquete los jugadores con solo el *maxtli* y unos paños de cuero de venado en los muslos. Dividíanse en dos bandos y habían de devolverse los unos á los otros la pelota sin traspasar la línea descrita debajo de los dos anillos. La debían recibir y despedir todos con la parte del cuerpo que de antemano se hubiese convenido, generalmente con las rodillas ó las asentaderas, é incurrían en falta siempre que de otro miembro hiciesen uso.

Duraba la lucha de sol á sol, pero no con los mismos jugadores. Si alguno acertaba á meter la pelota por el ojo de uno de los dos anillos, ese era el héroe de la fiesta. Cercábanle, agasajábanle, cantábanle panegíricos y regalábanle mantas, plumas y *maxtlis*. Interesábanse tambien en el juego los espectadores. Como cruzasen apuestas, enardecía cada uno con aplausos y vítores á sus favoritos.

Los nuevo-mejicanos procedían casi de igual modo que los mejicanos. Distinguíanse de ellos principalmente en que jugaban á campo abierto.

No así los mayas, que segun vimos en Chichén-Itzá, levantaron para este juego sólidos y bien esculpidos muros y labraron anillos de piedra por los que corrían bien enlazadas serpientes. ¿Jugarían, con todo, de igual manera? Hun-

ahpú y Xbalanqué juegan en el *Popol-Vuh* con pala, bote y argolla. Qué fuesen la argolla y el bote lo desconozco: la pala por sí sola es una revolucion en el juego.

De otros vicios podría hablar; mas hartos son los que he dicho.

CLXXX.

Conclusion.

Termino aquí este largo epílogo, que me propuse escribir con el doble objeto de dar á conocer en todas sus fases la vida de los antiguos pueblos de América y enmendar los yerros de las anteriores páginas. No generalizo más porque no me atrevo á tanto con gentes casi innumerables, varias todas en lengua, en religion, en gobierno, en artes, en costumbres. No formularía de seguro regla de que no brotasen á torrentes las excepciones ni teoría que no contradijesen estos mismos párrafos.

Tal vez más tarde me sienta con mayores bríos para acometer tan árdua empresa; me contento por ahora con haber reunido los datos que pueden facilitarla. Defectuoso, muy defectuoso habrá de parecer este mismo epílogo: ¿cómo nó si he debido hacerlo con escasez de libros y hurtando tiempo á las preocupaciones de la política y al tráfago del foro? En descargo de mis faltas no quiero que se note sinó la magnitud del tema, la novedad del ensayo y lo oscura que es la historia de América anterior á la época del Descubrimiento y la Conquista.

Probablemente tardará todavía en rasgarse el velo que la cubre. Los jeroglíficos pintados en sus viejos códices y los esculpidos en los muros de sus desiertas ruinas no han encontrado todavía Champollion Figeac que los descifre. ¿Se dará algun día con inscripciones como la de Rosette que permitan leerlos? Difícil es cuando vivió América tan aislada del resto del mundo, que á fines del siglo XV no tenía arados con que cultivar sus fincas, ni utensilios de hierro con que labrar sus artefactos, ni carros en que trasportar sus mercancías, ni buques de alto bordo en que cruzar sus mares, ni moneda de ley para el cambio de sus productos, ni escritura en que traducir fielmente sus conceptos, ni fuerza de abstracción aún donde hablaba de un centro de las almas y de un Dios padre de los dioses. ¿Quién ha de haber repetido allí en lengua alguna del viejo continente inscripciones jeroglíficas?

No hay que desesperar, sin embargo. Todos los días arranca la ciencia secretos así á la historia como á la naturaleza.

APÉNDICES

I.

FRAGMENTOS DEL POPEL-VUH.

Traduccion de Francisco Ximenez

Destruccion de los segundos hombres, los hombres de palo.

Y despues fueron acabados y destruidos y muertos todos estos hombres de palo. Fué consultado por el Corazon del Cielo, y se hizo un gran diluvio que vino sobre ellos. De palo de corcho era la carne de los hombres y de esa materia fueron hechos y labrados por el criador; y las mujeres fueron hechas de corazon de espadaña, y esa fué la voluntad del criador, hacerlas de esta materia. Empero no hicieron memoria ni agradecieron al criador que les crió de haberlos criado, y así fueron muertos y anegados. Vino gran resina y pez del cielo; y vino un pájaro llamado Xecotcovuch, y les sacó los ojos; y vino otro que se llamaba Camulotz, y les cortó las cabezas; y vino otro animal llamado Cotzbalam, y les comió sus carnes, y vino el que se llama Tucumbalam y les quebró los huesos y los nervios y los hicieron harina. Y esto fué en castigo y escarmiento porque no hicieron gracias delante de su madre y padre y Señor, el Corazon del Cielo, que se llama Huracan. Y por ellos se oscureció la faz de la tierra y empezó una llovizna de noche y de día; y vino todo género de animales chicos y grandes, y los palos y las piedras, y les dieron en rostro y afrentaron..... y andaban corriendo desatinados, y querían subirse sobre las casas, y se les caía la casa y venian abajo; y querían subirse sobre los palos, y los arrojaban los palos; y querían meterse en los hoyos, y se les cerraban; y así fueron destruidos y aniquilados y afrentados todos. Y así fué dicho: señal de esta gente son los monos que ahora andan por los montes.

Viaje de Hun-hun-ahpu y Vucub-hun-ahpu á Xibalba,
segun Ximenez el Infierno.

Y luego que se fueron Hun-hun-ahpu y Vucub-hun-ahpu, tomaron la delantera los mensajeros. Y luego bajaron por el camino del infierno, que tenía las gradas

muy ladeadas, y bajaron, y cuando salieron llegaron al agua violenta, que era una barranca, y pasaron de allí al agua que se trueca, y pasaron adonde todo era palos puntiagudos, y no se hirieron, y bajaron á la orilla de un río que era de sangre, y no bebieron en el río, ni pudieron ser vencidos, sinó que pasaron y llegaron á un camino, que se dividía en cuatro caminos: allí fueron vencidos en la encrucijada. Uno era colorado, otro negro, otro blanco y otro amarillo. Viéndose perplejos, habló el camino negro: á mí me habeis de tomar, porque yo soy el camino de los Señores. Y allí fueron ganados, y siguiendo este camino, llegaron á los tronos de los Señores del infierno, y allí fueron ganados. El primero que estaba sentado era un hombre labrado y compuesto por los del infierno, y á éste fué el primero que saludaron, y le dijeron: ¿está bien el señor Hun-came, está muy bien el señor Vucub-came? Pero no les respondieron. Y luego empezaron los Señores del infierno á hacer gran ruido, riéndose; y otra vez volvieron á hacer ruido riéndose todos los Señores, porque fueron ganados y en su corazon ya tenían vencidos á Hun-hun-ahpu y Vucub-hun-ahpu; y se rieron. Y luego Hun-came y Vucub-came les dijeron: está bien, ya vinisteis, mañana aderezad la argolla, la pala, y lo demás; ahora venid y sentaos en nuestro banco El banco era de piedra ardiente, y sentándose se quemaron en el asiento, y andaban dándose vueltas, y no se levantaron, y se andaban meneando, y se les quemaron las asentaderas; y se volvieron á reir los del infierno, y ya espiraban de la risa, y les dolían ya las entrañas de reir, y estaban ya que reventaban de sangre y se les salían los huesos á todos los Señores del infierno de risa.

Ea, andad, les dijeron, á aquella casa, que allí se os llevará vuestro ocote. Se fueron á la casa de la oscuridad, donde sólo había oscuridad; y entonces discurrieron los Señores del infierno lo que debían hacer, y lo que pensaron fué el despedazarlos mañana. Luego morirán por aquel su fuego y por su pelota, esto trataron entre sí, y el ocote de ellos era de unas piedras de que hacen navajas, que se llama *saquitoc* (aguda punzadera) y estaba puntiagudo y aguzado.

Y era muy duro el ocote de los del infierno, y entraron Hun-hun-ahpu y Vucub-hun-ahpu dentro de aquella oscura casa; entonces les fueron á dar su ocote; sólo un ocote encendido fué el que les enviaron Hun-came y Vucub-came, y juntamente dos tabacos ó cigarros fué lo que enviaron los Señores, y lo que les dieron á Hun-hun-ahpu y Vucub-hun-ahpu. Y cuando llegaron los que llevaban el ocote, estaban ellos doblados y encogidos en la oscuridad, y entró brillando el ocote. Encended el cigarro, dicen los Señores, mañana los habeis de volver con el ocote sin que se acabe; esto es lo que dicen los Señores, y allí fueron ganados, porque acabaron el ocote y el tabaco que les dieron. Muchos eran los castigos que tenían los del infierno, y muchas diferencias de castigos; el primero era aquella casa oscura, donde sólo había oscuridad; el segundo era y se llamaba casa donde sólo había mucho frío, muy intolerable é insoportable frío; el tercero era casa de tigres, donde sólo había tigres, que apenas se

podían rebullir, se estrujaban y se mordían; la cuarta era casa de murciélagos, donde sólo había murciélagos, que estaban chillando y volando encerrados, sin poder salir; el quinto era casa de navajas de *challe,* donde sólo había de estas navajas de muy agudos filos, que estaban haciendo ruido, refregándose unas con otras. Muchos eran los castigos del infierno, mas no entraron en ellos Hun-hun-ahpu y Vucub-hun-ahpu; despues se dirá de estos castigos. Y entrando el Hun-hun-ahpu y Vucub-hun-ahpu delante de Hun-came y Vucub-came, les dijeron: ¿adonde está el tabaco y el ocote que anoche os dieron? Respondieron: Señor, lo acabamos. Está bien, dijeron Hun-came y Vucub-came, ya se cumplieron vuestros días, morireis y sereis acabados, aquí sereis arrebatados, y quedarán vuestras caras aquí ocultas. Y entonces fueron despedazados, y los enterraron donde echaban la ceniza. Le fué cortada la cabeza á Hun-hun-ahpu, y sólo le enterraron el cuerpo con el otro su hermano. Y entonces Hun-came y Vucub-came mandaron que la pusiesen en el horcon de un palo en el camino, y pusieron la cabeza en un horcon, y entonces fructificó aquel palo que antes no tenía fruto, antes que pusiesen la cabeza de Hun-hun-ahpu en el horcon; y lo que fructificó, es lo que ahora llamamos *jicaras,* la cabeza de Hun-hun-ahpu. Y al ver esto, Hun-came y Vucub-came se maravillaron de ver el fruto del árbol, que por todas partes estaba de aquel fruto redondo, y luego no se pudo saber donde estaba la cabeza de Hun-hun-ahpu, sinó que se había todo hecho una misma cosa con las jicaras, y así les parecía á la vista á todos los del infierno, cuando iban á divertirse. En mucha estimación lo tuvieron aquel árbol, porque en un instante fué hecho, cuando pusieron la cabeza de Hun-hun-ahpu en el horcon, y dijeron unos á otros: no cojan de esta fruta ni se pongan debajo del árbol. Así lo dispusieron y determinaron todos los del infierno, y no se veía donde estaba la cabeza de Hun-hun-ahpu, porque se había hecho una misma cosa con las jicaras, y esta maravilla lo oyó una doncella; ahora diremos cómo fué allá.

Aquí se trata de una doncella, hija de un señor que se llama Cuchumaquic.

Oyendo, pues, una doncella, hija de un señor que se llama Cuchumaquic y ella Xquic (sangre), la conversación de su padre sobre haber fructificado aquel árbol, maravillada de lo que oía, dijo: ¿por qué no iré á ver este árbol que se cuenta? que de verdad es cosa muy dulce y suave esto que dicen y yo oigo. Y luego se fué sola, y llegó debajo del árbol que estaba enfrente de donde echaban la ceniza, y maravillada, dijo: ¡que hermosa fruta y que hermosamente fructifica este árbol! no me moriré ni me acabaré si yo cojo una de estas frutas. Y entonces habló la calavera que estaba en las cruces del árbol, y dijo: ¿qué es lo que deseas? sólo es hueso esto que está redondo en las ramas del árbol, ¿por ventura lo deseas? Lo deseo, dijo la doncella. Está bien, estiende tu mano derecha, dijo la calavera. Bien, dijo la doncella, y estendió la mano derecha para arriba delante de la calavera, y luego echó la calavera un chisgüete de saliva,

y vino derecho á la mano de la doncella. A toda prisa miróse la palma de la mano, y ya no había saliva de la calavera en la mano. Te he dado, dijo la calavera, señal en mi saliva y mi baba; esta mi cabeza ya no responderá porque sólo es hueso, y no tiene ya carne. Asimismo es la cabeza de cualquier señor; sólo por la carne se adorna; y en muriendo se asombran los hombres por la calavera. Sus hijos son como su saliva y su baba; si son hijos de señor sabio y entendido, no se pierde, ni se apaga el sér de señor entendido ó sabio, sinó que se hereda en sus hijos y en sus hijas, cuando los engendra, y así lo he hecho contigo. Sube á la tierra, que no morirás; concurre á la palabra cuando sea hecha. Esto dijo la cabeza de Hun-hun-ahpu y de Vucub-hun-ahpu, y esto fué su sabiduría y mandato de Huracan, de Chipa-caculha y Raxa-caculha, y por su mandato lo hicieron y así se volvió la doncella á su casa, habiéndole dicho muchas cosas y mandatos. Y luego concibió y fueron concebidos hijos en su vientre, por aquella que sólo era saliva; los que fueron engendrados, fueron Hun-hun-ahpu y Xbalanqué.

Venganza de la muerte de Hun-hun-ahpu y Vucub-hun-ahpu por Hun-ahpu y Xbalanque.

Y llegaron delante de los señores, é iban tristes, y cabizbajos, y así llegaron y se humillaron, hicieron reverencia, y se postraron, todos hechos andrajos, que ciertamente parecían pobres. Entonces se les preguntó por su patria y su pueblo, y tambien se les preguntó por sus padres y madres: ¿de dónde sois, de adónde habeis venido? No lo sabemos, Señor, no conocemos la casa de nuestros padres y madres; éramos nosotros chiquitos cuando murieron; sólo esto dijeron y no otra cosa. Está bien; éa, haced que nos divirtamos: ¿cuánto quereis de vuestro trabajo? y lo daremos, les fué dicho á los pobres. No queremos nada, que de verdad tenemos vergüenza, le dijeron al Señor. No tengais miedo ni vergüenza, bailad y hablad primero, luego despedazaos, y quemad mi casa, haced todo lo que sabeis, nos divertiremos, que así lo quieren nuestros corazones, y os ireis, y os daremos vuestro precio, que sois unos pobres, les fué dicho. Y luego empezaron su canto y su baile, y vinieron á verlos todos los del infierno, y se juntaron á divertirse; y todo lo bailaron, la comadreja, el pubay, el armado. Y les dijo el Señor á ellos: éa, despedazad este mi perro, y volvedlo á resucitar, les fué dicho. Sí, Señor, dijeron, y entonces despedazaron al perro, y lo resucitaron otra vez, y se holgó mucho el perro cuando lo resucitaron, y meneaba la cola. Y díjoles el Señor: éa, quemad esta mi casa. Y quemaron la casa del Señor, y estando todos los señores amontonados en la casa, no se quemaron, y luego en breve volvieron la casa á su ser: ni un instante estuvo la casa perdida de Hun-came, y maravilláronse todos los señores, y asimismo bailaban y se alegraban mucho. Y les fué dicho por el Señor: éa, despedazad

un hombre, y que no muera, les fué dicho. Está bien, y cogiendo á un hombre, lo rebanaron, y levantaron en alto el corazón de aquel hombre, y lo manifestaron delante de todos los señores. Se maravillaron otra vez Hun-came y Vucub-came, y en un instante lo volvieron á resucitar, y se alegró mucho cuando fué resucitado, y se maravillaron los Señores. Ea, ahora despedazáos á vosotros mismos, que deseamos ver este vuestro baile, les dijeron los Señores. Está bien, dijeron ellos, y luego se despedazaron, y Hun-ahpu fué rebanado por Xbalanqué. Todo lo fué dividiendo en partes, sus brazos y piernas; le cortó la cabeza y la echó léjos, y le sacó el corazón, y fué echado en el zacate. Y estaban borrachos todos los Señores del infierno de ver aquello. Sólo uno estaba bailando, que era Xbalanqué, y dijo: éa levántate! y luego al punto resucitó. Grandemente se alegraron y se alegraban los Señores, y eso hacían para alegrar á Hun-came y Vucub-came, y así como si bailasen, sentían el gozo.

Y luego les vino en deseo su desesperación á los Señores de este su baile de ellos de Hun-ahpu y Xbalanqué, y entónces salió el mandato de Hun-came y Vucub-came. ¡Haced tambien con nosotros eso, despedazadnos, de uno en uno despedazadnos! dijeron Hun-came y Vucub-came á Hun-ahpu y Xbalanqué. Está bien, alegraos, ¿no nos trajisteis para que alegráramos, á vosotros que sois Señores de vuestros vasallos? les dijeron á los Señores. Y el primero fué despedazado, el que era cabeza y Señor del Infierno, llamado Hun-came, y muerto ya Hun-came, fué cogido Vucub-came, y no los resucitaron.

Creacion de los hombres.

Estos fueron los nombres de los primeros hombres que fueron formados: el primer hombre se llamaba Balam-quitzé; el segundo Balam-acab; el tercero Mahucutah y el cuarto Iquibalam. Y estos son los nombres de nuestros primeros padres y madres: sólo formaduras y criaturas son dichos, no tuvieron padres ni madres, sólo los llamamos hombres, porque no nacieron de mujeres, ni tampoco fueron engendrados por el criador, sinó que por milagro fueron formados y criados por el criador, que se llamaba Tepeu y Gucumatz. Y cuando fueron hechos hombres ó á su imágen, fueron hombres que hablaron y parlaron, vieron y oyeron, anduvieron y palparon, eran hombres buenos y hermosos. Sus semejanzas fueron de hombres y tuvieron respiracion; y mirando, llegó su vista á verlo todo, y supieron todo cuanto hay en el mundo, y cuando miraban, luego volvían á ver, y revolvían la vista á todo lo que está en el cielo y lo que hay en la tierra, y no había cosa que les pudiese impedir la vista de todo cuanto hay. Y no habían menester andar y correr nuestros primeros padres para ver todo lo que hay en el cielo, sinó que en una parte se estaban cuando lo veían todo: mucha era su sabiduría y sobrepujó su semejanza á los árboles, á las piedras, á la laguna, al mar, al monte y al llano, y eran muy preciosos hombres

el Balam-quitzé, Balam-acab, Mahucutah é Yquibalam. Y entonces fueron preguntados por el criador: ¿cómo es vuestro estado? ¿ois, por ventura? ¿veis, por ventura? ¿por ventura es bueno vuestro andar y hablar? Mirad y ved todo el mundo. ¿Veis claramente los cerros y los llanos? ¡Probad á verlo todo! les fué dicho; y luego vieron todo cuanto habia en el mundo, y luego dieron gracias al criador y formador, diciendo: de verdad os damos muchas veces gracias, porque nos habeis criado hombres, nos disteis boca, cara, y con qué habláramos y oyéramos; nos meneamos y andamos y tenemos gusto, y sabemos todo lo que está distante y cerca, y tambien vemos lo grande y lo pequeño, el cielo y la tierra, y así, os damos gracias que nos criasteis, y fuimos criados y formados; tú eres nuestra abuela y nuestro abuelo, dijeron, dando gracias de su creación y acabaron de saberlo todo y de ver hasta los cuatro rincones del cielo y de la tierra, y lo que había dentro del cielo y dentro de la tierra. Y no les pareció bien esto á los formadores y criadores: no está bien esto que dijeron nuestras criaturas, que dicen y saben cuanto hay, chico y grande.

Y así otra vez consultaron los criadores: ¿qué haremos otra vez con éstos, para que sólo lo que está cerca vean y sólo un poco de la faz de la tierra vean sus ojos? porque no es bueno esto que dicen. ¿Por ventura no son solamente criaturas? ¿por ventura han de ser ellos tambien dioses? ¿y si no se multiplican cuando ya sea tiempo de que amanezca? ¿y si no se aumentan? Desbaratémosles un poco, porque todavía les falta que hacer: no está bueno esto que vemos: ¿por ventura hemos de igualarnos todos hasta saber todo cuanto hay y hasta verlo todo? les fué dicho por el Corazon del cielo, Huracan, Chipi-caculha, Raxa-caculha, Tepeu y Gucumatz criador, y al viejo Xpiyacoc y á la Xmucané, que son llamados criadores. Despues dispusieron de otra suerte á sus criaturas.

Y luego les fué echado vaho en los ojos por aquel que era el Corazon del cielo, y se los empañó como se empaña soplando un espejo. Así sólo pudieron ver lo que estaba cerca, sólo aquello vieron claro. Así fué perdida la sabiduría y entendimiento de los cuatro hombres primeros, y así fueron formados nuestros primeros padres por el Corazon del cielo y de la tierra.

Reaparicion del sol despues de la noche larga.

Y este fué el esclarecer y manifestarse el sol, la luna y las estrellas.

Y grandemente se alegraron Balam-quitzé, Balam-acab, Mahucutah é Iquibalam, cuando se vió el lucero que salió primero brillando, y salió antes que el sol; y luego desataron el copal ó incienso que habían traído de allá del Oriente. Despues ha de servir, dijeron en su corazon, y entonces desataron los tres dones que habían pensado en sus corazones. Y el incienso que traía Balam-quitzé se llamaba Mixtampon, y el segundo que traía Balam-acab, se llamaba Caviz-tam-

pon, y el que traía Mahucutah se llamaba Cahavilpon, y aquellos tres tenían sólo incienso, y esto quemaron cuando se fueron bailando hacia el Oriente. De dulzura lloraban, y cuando bailaron quemaron su copal, el amado y precioso incienso; y lloraron luego porque no vieron ni pareció el sol. Y cuando salió el sol se alegraron todos los animales, chicos y grandes y todos se salieron de los caminos del agua y de las barrancas, y se pusieron en las puntas de los cerros, y todos se encararon hacia el sol naciente. Y luego todos cantaron y gritaron, el leon y el tigre. El primero que cantó fué el pájaro que se llama Queletza. De verdad se alegraron todos los animales: tendieron sus alas, el águila y el zope blanco y todos los pájaros chicos y grandes. Y estaban de rodillas los Señores y sus vasallos, los de Tanub é Ilocab, con los de Rabinal y Cacchiquel, los de Quicquinaha y Tulhalha, Uchabaha, Quibaha, Ahbatena, y los de Yaqui-tepeu y cuantos pueblos había y hay ahora, que no son contables los nombres, y juntamente á todos les amaneció.

Como pretendieron ganar los pueblos de Guatemala á los dioses de los quichés.

De esta suerte, dijeron, los ganaremos puesto que son mancebos, cuando se manifiestan en el río; vayan dos doncellas que sean muy hermosas y que sean muy blancas doncellas, y que se las vaya el deseo á ellas. Está bien, dijeron todos; busquemos dos hermosas doncellas, dijeron. Y entonces buscaron entre sus hijas, y ciertamente eran muy blancas niñas, y les mandaron entonces y dijeron: ¡hijas! andad á lavar los paños al río, y si os vieren tres mancebos, desnudaos ante ellos, y si os apetecen, ganadlos. Iremos allá donde esteis vosotras, si os dijeren así, decidles que sí, y cuando os fuese preguntado, ¿de dónde habeis venido, y de quien sois hijas? somos hijas de los Señores, decidles; y decidles que os den señal y traed la señal que os dieren; y si quisieren cohabitar con vosotras, daos á ellos, y mirad que si no os dais, os hemos de matar, y si traeis señal, luego estará bueno nuestro corazon para con vosotras, y os querremos, y, si hubiere señal alguna, traedla. Esto les mandaron á las dos doncellas, que se llamaban la una Xtah y la otra Xpuch, y las dos doncellas Xtah y Xpuch fueron enviadas al río adonde se bañaba el Tohil, Avilix y Hacavitz y esto fué lo que discurrieron los pueblos.

Y luego se fueron á componer y aderezar, y ciertamente que estaban hermosas, cuando se fueron al río, al baño del Tohil, y desvergonzadamente lavaban y deshonestamente, y se alegraban los Señores por sus dos hijas que habían enviado; y llegando al río empezaron á lavar y se desnudaron ambas á dos, y estaban cada una en su piedra trabajando cuando llegó el Tohil, Avilix y Hacavitz. Y llegaron al río, y un poco disimularon verlas á las dos doncellas que lavaban, y las doncellas luego tuvieron vergüenza cuando llegó el Tohil, y de ningun modo apeteció el Tohil á las dos doncellas y entonces les fué preguntado:

¿de dónde venís? les fué dicho á las dos doncellas ¿qué es lo que quereis, que venís aquí á nuestra agua? Y les fué dicho: nosotras somos enviadas acá por los Señores, y nos dijeron: andad á ver las caras de Tohil, y hablad con ellos, y así mismo traed señal de que habeis visto sus caras, se nos fué dicho. Y habiendo declarado su enviada, dijeron: ¿querían los pueblos que fornicasen las doncellas con los naguales de Tohil? dijeron Tohil, Avilix y Hacavitz.

Y dijeron otra vez á Xtah y Xpuch, que así se llamaban las doncellas: está bien, irá señal de nuestra palabra con vosotras, aguardad un poco, se os dará que lleveis á los Señores. Y luego consultaron los Principales, y se dijo á Balam-quizé, Balam-acab, Mahucutah é Iquibalam: pintad en los tres paños la señal de vuestro sér que vaya ante los Señores en los pueblos, que los lleven las dos doncellas que lavan, ¡dádselos! les fué dicho á Balam-quitzé, Balam-acab y Mahucutah.

Y luego pintaron los tres; y el primero, Balam-quitzé, pintó la imágen de un tigre que la pintó en el paño; y Balam-acab pintó su imágen, que era un águila, y la pintó en el paño; y pintando Mahucutah pintó todo tábanos y abispas, por todas partes llenó de abispas su pintura en el paño. Y acabaron sus pinturas los tres, en tres dobleces pintaron, y luego fueron á dar los paños á Xtah y Xpuch, que así se llamaban, y les dijeron Balam-quitzé, Balam-acab y Mahucutah; esta es la señal de vuestra palabra y verdad, andad, llevadlo ante los Señores y decidles, que ciertamente habló el Tohil á vosotras, y esta es la señal que traemos; esto les direis á ellos, y dadles las tijnas que las vistan. Esto les fué dicho á las doncellas, cuando fueron despedidas, y luego se fueron y llevaron los paños pintados, y luego que llegaron, luego se alegraron los Señores cuando las vieron y llevaban pendientes de sus manos su peticion las doncellas. ¿Por ventura visteis al Tohil? les fué dicho. Y dijeron: lo vimos. Está bien, dijeron ellos, ¿y qué señal trajisteis? ¿es así verdad? Y pensaban los Señores que era señal de haber pecado y tendieron entonces los paños pintados las doncellas, y por todas partes eran tigres, por todas partes águilas y todo tábanos y abispas, lo que estaba pintado en el paño, que estaba bruñido. Y entonces desearon ponérselos, y pusiéronse el primero, y no les hizo nada el tigre, que estaba pintado en el paño; y luego el Señor se puso el segundo en que estaba el águila, y no le hizo nada y le daba vueltas delante de todos que habían pedido se lo pusiese. Y luego se puso el tercero, que estaba pintado de tábanos y abispas, y luego empezaron á picarle todo el cuerpo los tábanos y las abispas, y no pudo tolerar ni sufrir las picadas de los animales pintados y empezó á dar gritos el Señor por los animales que había pintado Mahucutah en la tercera pintura. Y fueron vencidas y afrentadas las doncellas por los Señores, la Xtah y la Xpuch: ¿qué paños son estos que traeis, donde los fuisteis á traer, demonios? les fué dicho á las doncellas, cuando fueron afrentadas y reñidas, viéndose vencidos todos los pueblos por el Tohil. Y lo que querían era, que se fuese el Tohil tras las dos doncellas Xtah

y Xpuch, y que hubiesen sido rameras segun la voluntad de los pueblos, y que hubiesen sido tentacion de ellos, y no tuvo efecto que cayesen por los naguales de aquellos hombres Balam-quitzé, Balam-acab y Mahucutah. Y entonces consultaron otra vez los pueblos: ¿qué les haremos? que de verdad es mucho su sér por lo que han hecho, dijeron otra vez, cuando se juntaron á consejo. Lo que se hará, será sobrepujarlos, vencerlos y matarlos: nos armaremos con saetas y escudos; ¿por ventura no somos nosotros muchos? No ha de quedar uno ni ninguno de ellos, dijeron cuando tomaron parecer, y armáronse todos los pueblos, y se juntaron muchos matadores de todos los pueblos.

II.

CANTOS DE LOS LENAPIS Ó EL WALUM OLUM.

Los cantos á que se refiere la nota son los capítulos del *Walum Olum* de que hablé en el párrafo sobre la literatura. Dos inserté allí y trascribiré aquí el tercero y cuarto

«Despues de la salida de las aguas los lenapis de la Tortuga estaban íntimamente unidos en casas vacías (cuevas) donde vivían juntos.=Donde vivían helaba, donde vivían nevaba, donde vivían arreciaban las tormentas, donde vivían hacía frio =En estas septentrionales regiones hablaban favorablemente de tibias y blandas tierras, de tierras de muchos ciervos y búfalos.=Mientras viajaban, como unos se hicieran fuertes y otros ricos, se dividieron en edificadores y cazadores.=Los cazadores eran los más fuertes, los más unidos y los más puros.=Parecieron al Norte, al Este, al Sud, al Oeste.=En aquella antigua comarca, en aquella boreal comarca, en aquella comarca de la Tortuga los mejores lenapis eran los de la Tortuga.=Estaban inquietos los hogares todos de aquella comarca y dijeron á su sacerdote: vámonos.=A la tierra de la Serpiente, al Este, se dirigieron y caminaron con verdadera pesadumbre.=Separados, débiles, temblando, abrasada su tierra, vinieron lacerados y rotos á la isla de la Serpiente. =Libres los del Norte, y sin cuidados, salieron de la tierra de la Nieve en distintas direcciones.=Los padres del Aguila Calva y el Lobo Blanco (*Waplanewa* y *Waptumewi*,) permanecieron á lo largo del mar, rico en peces y almejas.=Flotando sobre las aguas en sus canoas, nuestros padres fueron ricos y vivieron brillante vida mientras estuvieron en aquellas islas.=El Jefe Castor y el Gran Pájaro (*Wihlamok* y *Kicholen*) dijeron: vamos á la isla de la Serpiente.=Todos dicen que ivan á destruir toda la tierra.=Lo aceptaron los del Norte, lo aceptaron los del Este y todos fueron á celebrarlo en el agua, en el mar helado =Fueron todos á las maravillosas y resbaladizas aguas, á las aguas de duras piedras, al grande mar Tidal, al mar portador de almejas.=Diez

mil, de noche, todos en una noche, todos de noche salieron y fueron á la isla de la Serpiente, á Levante.=Los hombres del Norte, del Este, del Sud, el clan del Aguila, el clan del Castor, el clan del Lobo, los mejores, los más ricos, los principales, con esposas, con hijas, con perros=vinieron todos y se establecieron en la tierra de los abetos. Vacilaron los del Oeste teniendo en mucho sus hogares de la tierra de la Tortuga.

»Largo tiempo hace que los padres de los lenapis estaban en la tierra de los abetos.=El bando del Aguila Calva había sido el porta-pipa=mientras iban en busca de la isla de la Serpiente, la grande y hermosa tierra.=Muertos ellos, los cazadores, próximos á partir, se reunieron.=Se tú jefe, dijeron todos á Hermosa Cabeza (*Kolawil*)=ve á los Serpientes y mata á diestro y siniestro en la colina de la Serpiente, para que la dejen.=Todos los de la tribu de los Serpientes eran débiles y se escondieron en los Valles Pantanosos.=Despues de Hermosa Cabeza fué jefe en la tierra de los abetos Blanca Lechuza (*Wapagokhos*).=Despues de él fué jefe de aquel pueblo el de la escolta (*Yanotowil*).=Despues de él fué jefe Pájaro Nieve (*Chilili*). Habló del Sud=que habían de poseer nuestros padres derramándose por la tierra.=Pájaro Nieve fué al Sud; Castor Blanco (*Tamakwi*) fué al Este.=La tierra de la Serpiente estaba á Mediodía; la gran tierra de los abetos, hacia la costa.=Al Oriente estaba la tierra del pez; hacia los lagos, la tierra del búfalo.=Despues de Pájaro Nieve fué jefe el Secuestrador (*Ayamek*) y perecieron todos=todos los salteadores, los Serpientes, los hombres malos, los hombres piedras.»

Los demás cantos no son más que la enumeracion de los otros jefes de los lenapis hasta el desembarco de los europeos.

Es de advertir que la traduccion de otros cantos dista de ser la misma en Raffinesque que en Brinton. He seguido la de Brinton por creerla más ajustada al texto. Véase *The Lenàpé and Their Legends* by Daniel Brinton. Philadelphia 1885; Brasseur de Bourbourg, *Quatre Lettres sur le Méxique*. Paris 1868.

III

Poesías de Netzahualcóyotl.

A

«Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que, por mucho que anhelen la duracion, al fin un inopinado fuego los consume, un hacha cortante los destroza, un cierzo los derriba y la avanzada edad y decrepitud los agobia y entristece. Sigue la púrpura la condición de las rosas en el color y la suerte: continúan hermosas en tanto que sus castos botones recogen y conservan avaros aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la aurora y economiza,

derrite y deshace en líquidos rocíos; mas apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el más ligero rayo de sus luces las despoja de su belleza y lozanía haciendo que pierdan por marchitas la encendida y purpúrea color con que agradablemente ufanas se vestían. En breves periodos cuentan las deliciosas repúblicas de las flores sus reinados, porque las que por la mañana ostentan soberbiamente engreídas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste caída de su trono y los repetidos parasismos que les impelen al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro. Todas las cosas de la tierra tienen término, porque en la más festiva carrera de sus engreimientos y bizarrías calman sus alientos, caen y se despeñan al hoyo. Toda la redondez de la tierra es un sepulcro: no hay cosa que sustente que con título de piedad no la esconda y entierre. Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y las aguas, y nunca retroceden á sus alegres nacimientos: aceléranse ansiosas á llegar á los vastos dominios de Tlaloc y cuanto más se acercan á sus dilatados márgenes, tanto más van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy ni lo de hoy se asegura que será mañana. Llenas están las bóvedas de pestilentes polvos que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma, ocupando éstos los tronos, autorizando los doseles, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, arrastrando cultos, lisonjeándose con el fausto, la majestad, la fortuna, el poder y la dominación. Pasaron estas glorias como el polvoroso humo que vomita el infernal fuego de Popocatepetl sin otros monumentos que recuerden sus existencias que las toscas pieles en que se las escribe. ¡Ah! ¡Ah! Y si yo os introdujera en los oscuros senos de esos panteones y os preguntara ¿cuáles eran los huesos del poderoso Achalchiut Anextzin, primer caudillo de los antiguos toltecas, y de Necaxcemitl, reverente cultor de los dioses? Si os preguntara ¿dónde está la incomparable belleza de la gloriosa emperatriz Xiuhtzal; si os preguntara por el pacífico Tolpiltzin, último monarca del infeliz reino tolteca? Si os preguntara ¿cuáles son las sagradas cenizas de nuestro primer padre Xolotl, cuáles las del munificentísimo Nopal, cuáles las del generoso Tlotzin y aun por los calientes carbones de mi glorioso é inmortal, aunque infeliz y desventurado padre Ixtlilxochitl? Si así os fuera preguntando por todos nuestros augustos progenitores ¿qué me responderíais? Lo mismo que yo respondiera: nada sé, nada sé, porque los primeros y los últimos están confundidos con el barro. Lo que fué de ellos ha de ser de nosotros y de los que nos sucedieren. Aspiremos, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales vasallos, aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe. El horror del sepulcro es lisonjera cuna para el sol y las funestas sombras brillantes luces para los astros. No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas, porque como inmediatamente sirven á la inmensa grandeza del autor, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registraron los que fueron y registrará la posterioridad.»

B

«Oid con atención las lamentaciones que yo el rey Netzahualcóyotl hago sobre el Imperio, hablando conmigo mismo y presentándolo á otros por ejemplo.—¡Oh Rey bullicioso y poco estable! cuando llegue tu muerte, serán destruidos y deshechos tus vasallos; veránse en oscura confusion y entonces ya no estará en tu mano el gobierno de tus reinos sinó en la del Dios creador y todopoderoso. —Quien vió la casa y corte del viejo rey Tetzozomoc y lo florido y poderoso que estaba su tiránico Imperio y ahora lo ve tan marchito y seco, sin duda creería que siempre se había de mantener en su sér, siendo burla y engaño lo que el mundo ofrece, pues todo se ha de consumir y acabar.—Lastimoso es considerar lo que hubo durante el gobierno de aquel viejo y caduco monarca, que, semejante al sauce, animado de codicia y ambicion, se levantó y enseñoreó sobre los débiles y los humildes. Prados y flores le ofreció en los campos la primavera el mucho tiempo que de ellos gozó, mas al fin carcomido y seco vino el huracan de la muerte, y arrancándolo de raiz lo rindió y hecho pedazos lo derribó al suelo. Ni fué menos lo que sucedió al antiguo rey Cotzaztli, pues ni memoria quedó de su casa y linaje.—Con estas reflexiones y triste canto que traigo á la memoria doy vivo ejemplo de lo que en la florida primavera pasa y el fin que tuvo Tetzozomoc á pesar del mucho tiempo que de ella disfrutó. ¿Quién habrá que, notándolo, por duro que sea, no se derrita en lágrimas, ya que la abundancia de los ricos y variados deleites son como ramilletes de flores que pasan de mano en mano y al fin se deshojan y marchitan en la presente vida?—Hijos de los reyes y grandes señores, advertid y considerad lo que en mi triste y lamentoso canto os manifiesto cuando refiero lo que pasa en la florida primavera y el fin y término del poderoso rey Tetzozomoc. ¿Quién viendo esto, repito, será tan duro que no se derrita en lágrimas, pues la abundancia de diversas flores y bellos deleites son ramilletes que se marchitan y acaban en la presente vida?—Gocen por ahora de la abundancia y belleza del florido verano con la melodía las parleras aves y liben las mariposas el dulce néctar de las fragantes flores: todo es como los ramilletes que pasan de mano en mano y al fin se marchitan y acaban en la presente vida.»

C

Un rato cantar quiero,
pues la ocasión y el tiempo se me ofrece.
Ser admitido espero,
mi intento lo merece,
y comienzo mi canto,
aunque fuera mejor llamarle llanto.
Y tú, querido amigo,
goza la amenidad de aquestas flores,
Alégrate conmigo.
Desechemos de penas los temores,
que el gusto trae medida,
por ser al fin con fin la mala vida.
Yo tocaré cantando
el músico instrumento sonoroso;
tú, de flores gozando,
danza y festeja á Dios, que es poderoso.

Gocemos de esta gloria,
porque la humana vida es transitoria.
De Ocblehacan pusiste
en esta noble corte, siendo tuyo,
tus sillas, y quisiste
vestirlas, donde arguyo
que con grandeza tanta
el imperio se aumenta y se levanta.
Oyoyotzin prudente,
famoso rey y singular monarca,
goza del bien presente,
que lo presente lo florido abarca,
porque vendrá algún día
que busques este gusto y alegría.
Entonces tu fortuna
te ha de quitar el cetro de la mano,
ha de menguar tu luna,
no te verás tan fuerte y tan ufano
Entonces tus criados
de todo bien serán desamparados.
Y en tan triste suceso
los nobles descendientes de tu nido,
de príncipes el peso,
los que de nobles padres han nacido,
faltando tu cabeza,
gustarán la amargura de pobreza.
Traerán á la memoria
triste en pompa de todos envidiada,
tus triunfos y victoria;
y, con la gloria y majestad pasada
cotejando pesares,
de lágrimas harán crecidos mares.
Y estos tus descendientes
que te sirven de pluma y de corona,
de ti viéndose ausentes,
de Culhuacan extrañarán la cuna;
y, tenidos por tales,
con sus desdichas crecerán sus males.
De esta grandeza rara,
digna de mil coronas y blasones,
será la fama avara;
solo se recordarán en las naciones
lo bien que gobernaron
las tres cabezas que el Imperio honraron.
En Méjico famosa
Moctezuma, valor de pecho indiano;
á Culhuacan dichosa
de Netzahualcoyotl rigió la mano;
á Acataplán la fuerte
Totoquilhuastli le salió por suerte.
Ningún olvido temo
de lo bien que tu reino dispusiste,
estando en el supremo
lugar que de la mano recibiste
de aquel señor del mundo,
factor de aquestas cosas sin segundo.
Goza pues muy gozoso
oh Netzahualcoyotl lo que ahora tienes:
con flores de este hermoso
jardin corona tus ilustres sienes;
oye mi canto y lira
que á darte gustos y placeres tira.
Los gustos de esta vida,
sus riquezas y mandos son prestados;
son sustancia fingida
con apariencias sólo matizados;
y es tan gran verdad esta,
que á una pregunta me has de dar respuesta.
¿Qué es ya de Cihuapan
y de Cuauhtzinte Cómtzin, el valiente
y de Conahuatzin?
¿Qué es de toda esa gente?
Sus voces ahora acaso
ya están en la otra vida: este es el caso.
¡Ojalá los que agora
juntos nos tiene del amor el hilo
que amistad atesora
viéramos de la muerte el duro filo!
Porque no hay bien seguro:
siempre trae mudanza á lo futuro.

N. B. Esta poesia no es á mi juicio de Netzahualcoyotl; las otras dos se duda que lo sean.

IV.

Códices.

A los publicados por Lord Kinsborough hay que añadir el *Codex Perezianus*, el *Códice Troano* y el que existe en el Museo Arqueológico de esta Corte.

El *Codex Perezianus* fué encontrado por Leon de Rosny el año 1859 en un cesto de papeles de la Biblioteca Nacional de París. Aunque deteriorado como ninguno, lo hizo fotografiar Victor Duruy, siendo ministro de Instruccion Pú-

blica de Napoleon III, y autografiar después el mismo Rosny, que lo publicó en sus *Archives Paléographiques de l'Orient et de l'Amérique.*

El *Códice Troano* se llama así por haber pertenecido á D. Juan de Tró, distinguido arqueólogo de esta villa. Consta de setenta páginas, anverso y reverso de treinta y cinco hojas, altas de veintitres decímetros, anchas de doce. Lo vió Brasseur de Bourbourg, lo pidió por horas al D. Juan y se lo llevó precipitadamente á París con el deseo y la esperanza de hacerlo publicar por su Gobierno. Ya en París, escribió al Sr. Tró pidiéndole mil perdones por su abuso de confianza á la vez que autorización para reproducir el Códice. Otorgóselos de buen grado el Sr. Tró, y el Códice vió la luz el año 1869 en una edicion magnífica, que costeó aquel Gobierno cuando era el mismo Duruy ministro de Instruccion Pública.

El sólo códice por publicar es el del Museo Arqueológico de esta villa, en opinion de Rosny continuacion y complemento del *Códice Troano*. Está expuesto entre dos cristales.

Los tres códices son de la clase de los *analtés,* es decir, mayas.

El *Troano*, segun mis noticias, acaba de pasar al dominio del Estado y constituirá pronto otra de las joyas del Museo. D. Luís de Tró, digno heredero del D Juan, ha cedido al fin á las reiteradas instancias y proposiciones del Gobierno.

Hay, además, códices posteriores á la Conquista que no carecen de importancia. Uno se publicó aquí en 1878 con el título de *Pintura del Gobernador, Alcaldes* y *Corregidores de Méjico*, que formó parte de la Biblioteca del Duque de Osuna, hoy vendida al Estado.

V.

Profecías.

Estas profecías se dice que son cinco. Tradújolas Lizana del idioma maya al castellano y las publicó en el capítulo 1.°, parte 2.ª de su *Historia de Nuestra Señora de Itzamal*. Su texto segun este autor es el siguiente:

Profecía Primera,
del sacerdote Napuctum.

En la última edad segun está determinado—habrá fin el culto de dioses vanos—y el mundo será purificado con fuego.—El que esto viere será llamado dichoso—si con dolor llorare sus pecados.

Profecía Segunda.

del sacerdote Ahkuil-Chel.

En el fin de la edad presente—los que ignorais las cosas futuras—¿qué edad pensais que sucederá?—Sabed pues que vendrán de toda parte—tales cosas por nuestros males, que los podeis tener por presentes.—Y os digo que en la edad novena—ningun sacerdote ni profeta nuestro—os declarará la escritura—que generalmente ignorais.

Profecía Tercera

Del Gran Sacerdote Nahau Pech.

En el día que más alumbrare el sol—por la misericordia del Omnipotente—vendrán de aquí á cuatro edades—los que han de traer la nueva de Dios.—Con grande afecto os encomiendo—espereis, oh itzalanes, á vuestros huéspedes. —Esto profetizó Nahau Pech—en los días de la cuarta edad—acerca de su principio.

Profecía Cuarta

De Natzin Yabun-Chan.

Hecha fué la palabra de Dios sobre la tierra,—la cual esperad, que ella vendrá—que sus sacerdotes os la traerán.—Aprended sus palabras y predicación. — ¡Bienaventurados los que las apercibieren!—Oh itzalanes, aborreced á vuestros dioses;—olvidad ya los que son finibles;—adorad todos al dios de la verdad,—que es poderoso en toda parte;—que es criador de todas las cosas.

Profecía Quinta

De Chilam Calam, de Zicayom Canichem Manu.

En el fin de la décima tercia edad,—estando en su pujanza Itzá y la ciudad nombrada Tancah,—vendrá la señal de Dios que está en las alturas—y la cruz se manifestará ya al mundo—con la cual el orbe fué alumbrado.—Habrá división entre las voluntades—cuando esta señal sea traída en tiempo venidero.—Los hombres sacerdotes—antes de llegar una legua y aun un cuarto de legua—vereis la cruz que se os aparecerá—y os amanecerá de polo á polo.—Cesará luego el culto de vanos dioses.—Ya vuestro padre viene, oh itzalanes;—ya viene un hermano, oh tantunites.—Recibid á vuestros huéspedes barbados de él—que vienen á traer la señal del Dios de Oriente.—Dios es que nos viene manso y po-

deroso. —Ya viene la nueva de nuestra vida;—no teneis que temer del mundo. —Tú eres dios único que nos criaste;—eres dios amigable y piadoso.—Ya ensalcemos su señal en alto,—ensalcémosla para adorarla y verla.—La cruz hemos de ensalzar;—en oposición de la mentira aparece hoy;—en contra del árbol primero del mundo—hoy es hecha al mundo demostración.—Señal es esta de un dios de las alturas;—ésta adorad, oh gente itzalana,—adorémosla con voluntad recta,—adorémosla que es dios nuestro y verdadero dios.—Recibid la palabra del dios verdadero,—que del cielo viene el que os habla.—Cobrad juicio, los de Itzá;—los que creyeren serán alumbrados—en la edad que está por venir.—Mirad si os importa lo que os digo.—Yo vuestro intérprete y maestro Chilam Balam.—Yo con esto dije lo que el Dios verdadero me manda —porque de ello sea el mundo sabedor.

¿Son estas profecías de sacerdotes gentiles ó de sacerdotes católicos?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

